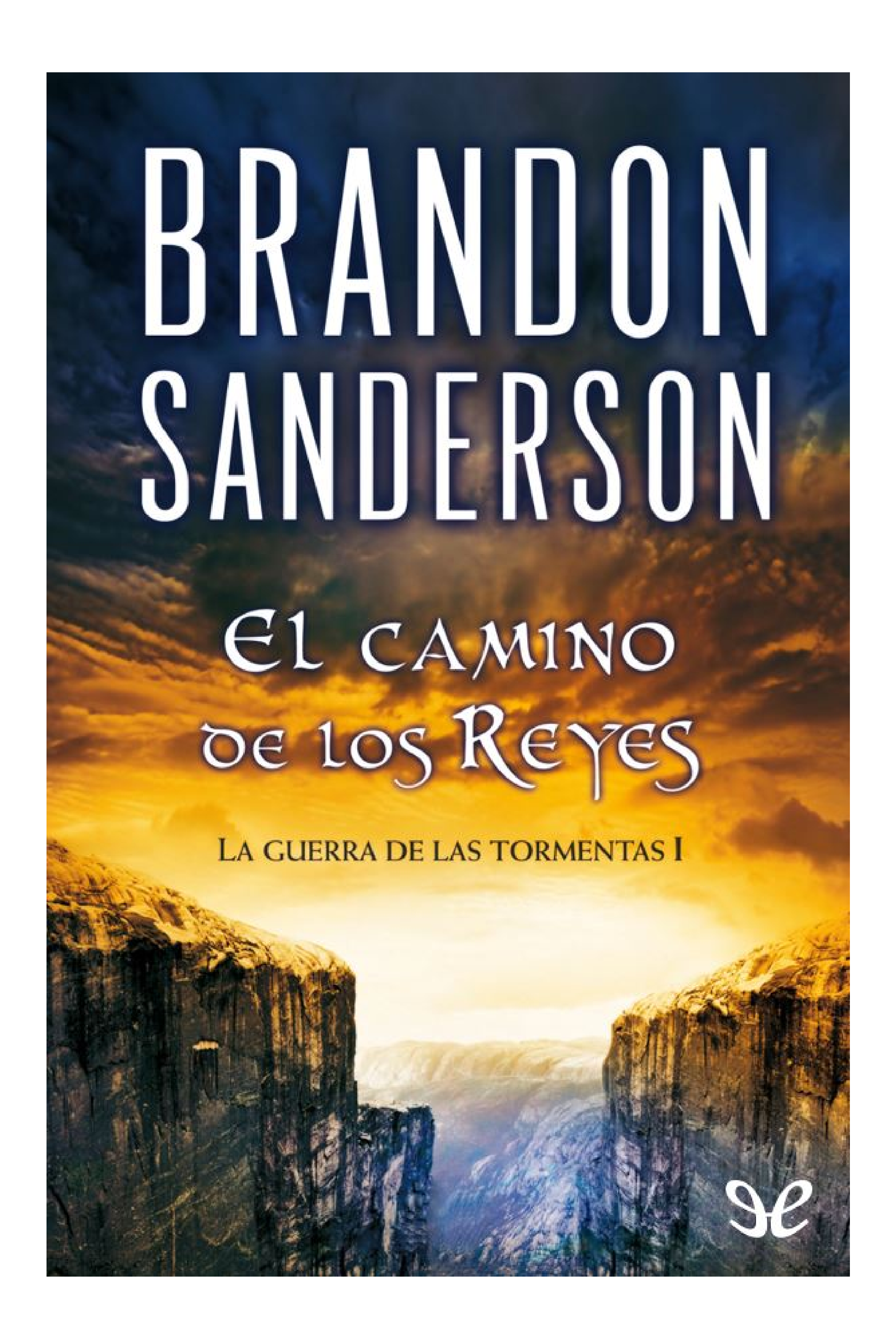

BRANDON SANDERSON
El camino de los Reyes
La guerra de las tormentas I

En Roshar, un mundo de piedra y tormentas, extrañas tempestades de increíble potencia barren el rocoso territorio de tal manera que han dado forma a una nueva civilización escondida. Han pasado siglos desde la caída de las diez órdenes consagradas conocidas como los Caballeros Radiantes, pero sus espadas y armaduras aún permanecen.

En las Llanuras Quebradas se libra una guerra sin sentido. Kaladin ha sido sometido a la esclavitud, mientras diez ejércitos luchan por separado contra un solo enemigo. El comandante de uno de los otros ejércitos, el señor Dalinar, se siente fascinado por un antiguo texto llamado El camino de los reyes. Mientras tanto, al otro lado del océano, su eminente y hereje sobrina, Jasnah Kholin, forma a su discípula, la joven Shallan, quien investigará los secretos de los Caballeros Radiantes y la verdadera causa de la guerra.



Brandon Sanderson

El camino de los reyes

La Guerra de las Tormentas 1

ePub r1.2
libra 02.01.14

Título original: *The Way of Kings*
Brandon Sanderson, 2010
Traducción: Rafael Marin Trechera
Ilustraciones: Greg Cali, Isaac Stewart y Ben McSweeney

Editor digital: libra

Primer editor: siwan

Reporte de erratas: Rov, ertio, Glokta
ePub base r1.0



Para Emily,
que es demasiado paciente
demasiado amable
y demasiado maravillosa
para expresarlo en palabras.
Pero lo intento de todas formas.

Agradecimientos

Terminé el primer borrador de este libro en 2003, pero empecé a trabajar en diversas partes a finales de los noventa. Fragmentos de esta novela se remontan aun más atrás en mi imaginación. Ningún libro mío ha tardado tanto en cuajar: he pasado más de una década dando forma a esta novela. Por eso no debería ser ninguna sorpresa que muchas personas me hayan ayudado con ella. Va a ser imposible mencionarlos a todos: mi memoria, sencillamente, no es tan buena. Sin embargo, hay algunos partícipes importantes a los que me gustaría dar sinceramente las gracias.

En primer lugar está mi esposa, Emily, a quien dedico este libro. Dio mucho de sí para ver como se iba formando la novela. Eso incluye no solo leer y dar consejos sobre el manuscrito, sino renunciar a su marido durante largos periodos de tiempo. Si mis lectores tienen la posibilidad de conocerla, no estaría mal que le diesen las gracias (le gusta el chocolate).

Como siempre, mis excelentes editor y agente (Moshe Feder y Joshua Bilmes) trabajaron muy duro en este libro. Moshe, especialmente, no cobra más cuando sus autores entregan monstruosidades de cuatrocientas mil palabras. Pero editó la novela sin una queja: su ayuda fue incalculable para entregar la novela que ahora tiene usted en la mano. También hizo que E. Paul Wilson repasara las escenas médicas, para mejorarlas.

Gracias también a Harriet McDougal, una de las mejores editoras de nuestro tiempo, quien asumió la corrección por pura bondad. Los fans de *La rueda del tiempo* la conocerán como la persona que descubrió y editó a Robert Jordán, con quien luego se casó. No se dedica a editar muchos libros hoy en día, y por eso me siento muy honrado y halagado por contar con su colaboración y ayuda. Alan Romanczuk, que trabaja con ella, debe recibir también su

agradecimiento por facilitar la publicación de este libro.

En Tor Books, Pauls Stevens ha sido de gran ayuda. Como nuestro contacto editorial, ha hecho un trabajo excelente. Moshe y yo tenemos suerte de contar con su ayuda. Igualmente, Irene Gallo (la directora artística) ha sido una ayuda maravillosa y paciente al tratar con un autor molesto que quería hacer cosas raras con los dibujos de su libro. Muchas gracias a Irene, Justin Golenbock, Greg Collins, Karl Gold, Nathan Weaver, Heather Saunders, Meryl Gross, y todo el equipo de Tor Books. Dot Lin, que fue mi publicista hasta la publicación de este libro (y que ahora trabaja para añadir unas cuantas letras más después de su nombre), fue una ayuda maravillosa no solo en publicidad, sino al darme consejos y acompañarme en una divertida sesión en Nueva York. Gracias a todos.

Y hablando de dibujos, se darán cuenta de que el interior de este libro es mucho más extenso de lo que normalmente se encuentra en una novela de fantasía. Esto se debe a los extraordinarios esfuerzos de Greg Cali, Isaac Stewart, y Ben McSweeney. Trabajaron duro, haciendo numerosos bocetos para rematar las cosas. El trabajo de Ben en las páginas de bocetos de Shallan es simplemente maravilloso, una mezcla de lo mejor de mi imaginación y sus interpretaciones artísticas. Isaac, que también hizo los dibujos interiores de las novelas de «Nacidos de la Bruma», fue mucho más allá de lo que habría cabido esperar razonablemente de él. Trabajar hasta tarde y con plazos de entrega exigentes fueron la norma para esta novela. Hay que alabar su trabajo. (Los iconos de los capítulos, mapas, guardas en color y las páginas de notas de Navani son suyas, por si tienen curiosidad.)

Como siempre, mi grupo de escritura ha sido una gran ayuda. Sus miembros se componen de unos cuantos lectores alfa y beta. Sin ningún orden concreto, son: Karen Ahlstrom, Geoff y Rachel Biesinger, Ethan Skarstedt, Nathan Hatfield, Dan Wells, Karylynn ZoBell, Alan yjeanette Layton, Janci Olds, Kristina Kugler, Steve Diamond, Brian Delambre, Jason Denzel, Michelle Trammel, Josh Walker, Chris King, Austin y Adam Hussey, Brian T. Hill, y el tal Ben cuyo apellido nunca sé escribir bien. Estoy seguro de que me olvido de algunos. Sois todos gente maravillosa, y os daría espadas

esquirladas si pudiera.

Guau. Esto se está convirtiendo en un agradecimiento épico. Pero hay todavía más gente a la que debo mi reconocimiento. La redacción de estas palabras tiene lugar en torno al aniversario de haber contratado al Inevitable Peter Ahlstrom como secretario personal, corrector ayudante y cerebro extra. Si revisan las anteriores páginas de agradecimiento, siempre lo encontrarán allí. Lleva años siendo un querido amigo y un gran defensor de mi obra. Ahora tengo suerte de que trabaje para mí a tiempo completo. Hoy se levantó a las tres de la mañana para leer las últimas pruebas de imprenta del libro. La próxima vez que lo vean en una convención, cómprenle un buen queso.

También sería negligente por mi parte si no le diera las gracias a Tom Doherty por permitirme que me saliera con la mía al escribir este libro. Pudimos conseguir que la novela fuera tan larga porque Tom creía en este proyecto, y una llamada personal suya fue lo que consiguió que Michael Whelan hiciera la portada. Tom ha dado aquí más de lo que probablemente merezco: esta novela (con la extensión de que alardea, con el número de ilustraciones que contiene) es de las que echaría atrás a muchos editores. Este hombre es el motivo por el que Tor lanza tantos libros asombrosos.

Finalmente, un momento para la maravillosa portada de Michael Whelan. Para los que no han oído la historia, empecé a escribir novelas de fantasía (de hecho, empecé siendo lector de ellas) cuando era adolescente gracias a una hermosa portada de Michael. Tiene una capacidad única para capturar el alma verdadera de un libro en sus pinturas; siempre supe que podría confiar en una novela con una de sus portadas. He soñado con que algún día hiciera la portada de uno de mis libros. Parecía algo imposible de conseguir. Que haya sucedido por fin, y en la novela de mi corazón en la que he trabajado tanto tiempo, es un honor sorprendente.



Roshar

Endless Ocean
Rall Elorim
Reshi
Kasitor
Iri
Rira
Reshi
Babatharnam
Panatham
The Purelake
Shinovar
Aimian Sea
Aimia
Desh
Azir
Yezier
Alm
Azimir
Emul
The Valley
Greater Hexi
Liafor
Tashikk
Steen
Sesemalex Dar
Tukar
Marat
N
Leeward
Stormward
S
Southern Depths

STEAMWATER OCEAN
ISLES
Northgrip
HERDAZ
Mourn's Vault
Varikev
Ru Parat
Elanor
JAH KEVED
Kholinar
TU BAYLA
Valath
BAVLAND
Silnasen
TU TRIAX
Vedenar
ALETHKAR
Revolar
UNCLAIMED HILLS
Shattered Plains
Karanak
FROSTLANDS
Kharbranth
Longbrow's Straits
THAYLENAH
New Natanan
The Shallow Crypts
OCEAN OF ORIGINS
FOR HIS ROYAL MAJESTY KING GAVILAR KHOLIN
BY HIS ROYAL HIGH CARTOGRAPHER
ISASIK SHULIN
1167

Preludio a La Guerra de las Tormentas

Kalak rodeó un promontorio rocoso y se detuvo agotado ante el cuerpo de un tronador moribundo. La enorme bestia de piedra yacía de costado; las protuberancias de su pecho, parecidas a costillas, estaban rotas y agrietadas. La monstruosidad era de forma vagamente esquelética y sus miembros anormalmente largos brotaban de unos hombros de granito. Los ojos eran manchas de un rojo oscuro en la cara afilada, como creados por un fuego que ardiera en las profundidades de la piedra. Perdían su brillo por momentos.

Incluso después de tantos siglos, ver de cerca un tronador hizo que Kalak se estremeciera. La mano de la bestia tenía casi su misma altura. Manos como esa lo habían matado antes, y no había sido agradable.

Naturalmente, morir rara vez lo era.

Rodeó a la criatura, escogiendo con cuidado su camino por el campo de batalla. La llanura estaba cubierta de piedras y rocas deformes, columnas naturales que se alzaban a su alrededor, cadáveres que regaban el terreno. Pocas plantas crecían allí.

Los riscos y montículos rocosos presentaban numerosas cicatrices. Algunos eran secciones arrasadas donde habían combatido los absorbentes. Con menos frecuencia, pasó ante huecos resquebrajados de extraña forma donde los tronadores se habían soltado de la roca para unirse a la batalla.

Muchos de los cuerpos que yacían alrededor de él eran humanos; otros muchos, no. Sangres diversas. Roja, anaranjada, violeta. Aunque ninguno de los cadáveres se movía, una confusa neblina de sonidos flotaba en el aire. Gemidos de dolor, alaridos de pena. No parecían los sonidos de una victoria. El humo surgía de los pocos arbustos o de los montones de cadáveres ardientes. Incluso

algunas secciones de roca humeaban. Los polvorientos habían hecho bien su trabajo.

«Pero yo he sobrevivido, he logrado sobrevivir esta vez», pensó Kalak, con la mano en el pecho mientras se apresuraba hacia el lugar de encuentro.

Eso era peligroso. Cuando moría, era enviado de vuelta, sin remisión. Cuando sobreviviera a la Desolación, se suponía que debía volver también. De vuelta al lugar que temía. De vuelta a aquel daño de dolor y fuego. ¿Y si decidía…, no ir?

Pensamientos comprometidos, quizá pensamientos traicioneros. Avivó el paso.

El lugar de encuentro estaba a la sombra de una gran formación rocosa, una torre que se alzaba hacia el cielo. Como siempre, ellos diez lo habían decidido antes de la batalla. Los supervivientes llegarían hasta aquí. Extrañamente, solo uno de los demás lo estaba esperando. Jezrien. ¿Habían muerto los otros ocho? Era posible. La batalla había sido demasiado cruenta esta vez, una de las peores. El enemigo se volvía cada vez más tenaz.

Pero no. Kalak frunció el ceño mientras se acercaba a la base de la torre. Allí había siete magníficas espadas, clavadas en el suelo de piedra. Cada una de ellas era una obra de arte, elegante en su diseño, grabada con glifos y pautas. Las reconoció todas. Si sus amos hubieran muerto, las espadas se habrían desvanecido.

Estas espadas eran armas de poder superior incluso a las espadas esquirladas. Eran únicas. Preciosas. Jezrien permanecía apartado del círculo de espadas, mirando hacia el este.

—¿Jezrien?

La figura de blanco y azul se volvió a mirarlo. Incluso después de tantos siglos, Jezrien parecía joven, como si apenas estuviera en la treintena. Su barba negra estaba bien recortada, aunque su ropa, antaño elegante, estaba chamuscada y manchada de sangre. Cruzó las manos a su espalda mientras se volvía hacia Kalak.

—¿Qué ocurre, Jezrien? —preguntó Kalak—. ¿Dónde están los demás?

—Han partido —la voz de Jezrien era tranquila, grave, regia. Aunque hacía siglos que no llevaba corona, conservaba sus modales reales. Siempre parecía saber qué hacer—. Podríamos decir que fue

un milagro. Solo uno de nosotros murió esta vez.

—Talanel —dijo Kalak. La suya era la única espada que faltaba.

—Sí. Murió defendiendo ese pasaje junto al río norte.

Kalak asintió. Talanel tenía tendencia a elegir luchas desesperadas y ganarlas. También tenía tendencia a morir en el proceso. Ya estaría de vuelta en el lugar donde iban entre Desolaciones. El lugar de las pesadillas.

Kalak descubrió que estaba temblando. ¿Cuándo se había vuelto tan débil?

—Jezrien, no puedo regresar esta vez —Kalak susurró las palabras, se acercó y agarró al otro hombre por el brazo—. No puedo.

Kalak sintió que algo en su interior se quebraba con aquella admisión. ¿Cuánto tiempo había sido? Siglos, tal vez milenios de tortura. Era tan difícil seguir la cuenta… Aquellos fuegos, aquellos garfios clavándose en su carne cada nuevo día. Arrancándole la piel del brazo, quemando luego la grasa, buscando después el hueso. Podía olerlo. ¡Todopoderoso, podía olerlo!

—Deja tu espada —dijo Jezrien.

—¿Qué?

Jezrien indicó con un gesto el círculo de armas.

—Me eligieron para que te esperase. No estábamos seguros de que hubieras sobrevivido. Se ha…, se ha tomado una decisión. Es hora de que el Juramento llegue a su fin.

Kalak sintió una aguda punzada de terror.

—¿De qué servirá eso?

—Ishar cree que basta con que uno de nosotros siga unido al Juramento. Existe la posibilidad de que pongamos fin al ciclo de Desolaciones.

Kalak miró al rey inmortal a los ojos. De un pequeño montículo a su izquierda brotaba una negra columna de humo. Los gemidos de los moribundos los acosaban desde atrás. En los ojos de Jezrien, Kalak vio angustia y pesar. Acaso incluso cobardía. Era un hombre que pendía de un hilo sobre un acantilado.

«Todopoderoso —pensó Kalak—. Tú también has llegado al límite, ¿verdad?». Les había sucedido a todos.

Kalak dio media vuelta y se dirigió a un pequeño risco que se

alzaba sobre una parte del campo de batalla.

Había muchísimos cadáveres, y entre ellos caminaban los vivos.

Hombres con atuendos primitivos, con lanzas rematadas por puntas de bronce. Entre ellos, había otros con brillantes armaduras plateadas. Un grupo pasó de largo, cuatro hombres con pieles curtidas o cuero gastado que se unieron a una poderosa figura con una hermosa armadura plateada, sorprendentemente intrincada. Qué contraste. Jezrien se detuvo junto a él.

—Nos ven como divinidades —susurró Kalak—. Confían en nosotros, Jezrien. Somos todo lo que tienen.

—Tienen a los Radiantes. Eso será suficiente.

Kalak negó con la cabeza.

—Esto no detendrá al enemigo. Encontrará un modo de superarlo. Sabes que lo hará.

—Tal vez —el rey de los Heraldos no ofreció ninguna otra explicación.

—¿Y Taln? —preguntó Kalak. «La sangre ardiendo. Los fuegos. El dolor una y otra vez…»

—Mejor que sufra un hombre y no diez —susurró Jezrien. Parecía tan frío. Como una sombra causada por el calor y la luz que cayeran sobre alguien honorable y sincero y proyectara detrás esta negra imitación.

Jezrien regresó al círculo de espadas. Su propia hoja se formó en sus manos, apareciendo de entre la bruma, húmeda de condensación.

—Ha sido decidido, Kalak. Seguiremos nuestros caminos, y no nos buscaremos unos a otros. Nuestras hojas deben quedarse. El Juramento termina ahora.

Alzó su espada y la clavó en la piedra junto con las otras siete.

Jezrien vaciló, mirando la espada, y luego inclinó la cabeza y dio media vuelta. Como avergonzado.

—Escogimos voluntariamente esta carga. Bueno, podemos decidir dejarla si queremos.

—¿Qué le diremos a la gente, Jezrien? —preguntó Kalak—. ¿Qué dirán de este día?

—Es sencillo —respondió Jezrien, alejándose—. Les diremos que finalmente han ganado. Es una mentira fácil. ¿Quién sabe? Quizás

acabe convirtiéndose en verdad.

Kalak vio que Jezrien se marchaba a través del paisaje calcinado. Finalmente, convocó a su propia hoja y la clavó en la piedra junto con las otras ocho. Dio media vuelta y echó a andar en la dirección opuesta a Jezrien.

Y sin embargo, no pudo dejar de volverse a mirar de nuevo el círculo de espadas y el único hueco que quedaba. El lugar donde tendría que haber estado la décima espada.

Aquel de ellos que se había perdido. Aquel al que habían abandonado.

«Perdónanos», pensó Kalak, y luego se marchó.



Mapa de Alezkar e inmediaciones, creado por los reales exploradores de Su Majestad Gavilar Kholin, hacia 1167

LIBRO
PRIMERO

EL CAMINO DE LOS REYES

4,500 años más tarde



«El amor de los hombres es frío, un arroyo de las montañas cercano al hielo. Somos suyos. Oh, Padre Tormenta…, somos suyos. Solo faltan mil días y la Eterna Tormenta viene.»

Recogido el primer día de la semana Palah del mes Shash del año 1171, treinta y un segundos antes de la muerte. El sujeto era una mujer de ojos oscuros, embarazada, de mediana edad. Su hijo no sobrevivió.

Szeth-hijo-hijo-Vallano, sin-verdad de Shinovar, vestía de blanco el día que iba a matar a un rey. Las ropas blancas eran una tradición parshendi, extraña para él. Pero hacía lo que sus amos exigían y no pedía explicaciones.

Estaba sentado en un gran salón de piedra, caldeado por numerosas hogueras que proyectaban una luz brillante sobre los juerguistas, haciendo que en su piel se formaran perlas de sudor mientras bailaban y bebían y chillaban y cantaban y aplaudían. Algunos caían al suelo con la cara enrojecida; la fiesta era demasiado desenfrenada para ellos, los estómagos demostraban no estar a la altura de los odres de vino trasegados. Parecía como si estuvieran muertos, al menos hasta que sus amigos los sacaron del salón donde se celebraba la fiesta y los llevaron a las camas que los esperaban.

Szeth no seguía el ritmo de los tambores, ni bebía el vino de color zafiro, ni se levantaba a bailar. Estaba sentado en un taburete

al fondo, un criado silencioso vestido de blanco. Pocos en la celebración por la firma del tratado reparaban en él. Era solo un sirviente, y los shin eran fáciles de ignorar. La mayoría de la gente del este creía que la raza de Szeth era dócil e inofensiva. Generalmente tenía razón.

Los tambores iniciaron un nuevo ritmo. El compás sacudió a Szeth como un cuarteto de corazones latientes, bombeando por toda la sala oleadas de sangre invisible. Los amos de Szeth, despreciados como salvajes en los reinos más civilizados, estaban sentados ante sus propias mesas. Eran hombres de piel negra moteada de rojo. Parshendi, se llamaban, primos de los pueblos de servidores más dóciles conocidos como parshmenios en la mayor parte del mundo. Una rareza. Ellos no se llamaban a sí mismos así: parshendi era el nombre que les daban los alezi. Significaba, más o menos, «parshmenios que saben pensar». Nadie parecía considerarlo un insulto.

Los parshendi habían traído a los músicos. Al principio, los alezi de ojos claros se mostraron reticentes. Para ellos, los tambores eran instrumentos de la gente corriente de los ojos oscuros. Pero el vino fue el gran asesino tanto de la tradición como de la propiedad, y ahora la élite de los alezi bailaba con abandono.

Szeth se levantó y empezó a abrirse paso por la sala. La fiesta había durado mucho: incluso el rey se había retirado hacía horas. Pero muchos seguían celebrando. Mientras caminaba, Szeth se vio obligado a evitar a Dalinar Kholin, el hermano del mismísimo rey, que se había desplomado borracho en una mesita. El hombre, mayor pero fornido, había rechazado a aquellos que trataron de convencerlo para que se fuera a la cama. ¿Dónde estaba Jasnah, la hija del rey? Elhokar, el hijo varón y heredero, estaba sentado ante la alta mesa, dirigiendo la fiesta en ausencia de su padre. Conversaba con dos hombres, un azish de piel oscura que tenía una extraña marca de piel clara en la mejilla, y un alezi más joven que no dejaba de mirar por encima del hombro.

Los compañeros de farra del heredero no tenían importancia. Szeth se mantuvo alejado de él, quedándose en los lados de la sala, y pasó junto a los músicos que tocaban los tambores. Los musispren flotaban en el aire a su alrededor, los diminutos espíritus tomaban

la forma de lazos transparentes que giraban. Los músicos repararon en Szeth cuando pasó por su lado. Se retirarían pronto, al igual que los demás parshendi.

No parecían ofendidos. No parecían furiosos. Y sin embargo en apenas unas horas iban a romper el tratado. No tenía ningún sentido. Pero Szeth no hacía preguntas.

En el fondo de la sala, pasó ante hileras de luces azules que brotaban donde la pared se encontraba con el suelo. Contenían zafiros imbuidos de luz tormentosa. Profanos. ¿Cómo podían los hombres de esas tierras usar algo tan sagrado solo para iluminarse? Peor, se decía que los sabios alezi estaban a punto de crear nuevas hojas esquirladas. Szeth esperaba que solo fueran exageraciones. Porque si llegaba a ocurrir eso, el mundo cambiaría. Probablemente de un modo que acabaría con la gente de todos aquellos países, de la lejana Thaylenah a la alta Jah Keved, donde se hablaba alezi.

Eran un gran pueblo, estos alezi. Incluso borrachos, tenían una nobleza natural. Altos y bien proporcionados, los hombres vestidos con atuendos de seda oscura que se abotonaban a los lados del pecho y tenían elaborados bordados de plata o de oro. Cada uno parecía un general en el campo de batalla.

Las mujeres eran aún más espléndidas. Llevaban elegantes vestidos de seda muy ajustados cuyos brillantes colores contrastaban con los tonos oscuros que preferían los hombres. La manga izquierda de cada vestido era más larga que la derecha y cubría la mano. Los alezi tenían un extraño sentido del decoro. Llevaban la negra cabellera recogida en lo alto de la cabeza, a veces en intrincados rodetes. A menudo los remataban con lazos o adornos dorados, junto con joyas que brillaban con la luz tormentosa. Precioso. Profano, pero precioso.

Szeth dejó atrás el salón. Nada más salir, pasó ante la puerta tras la que se celebraba la Fiesta de los Mendigos. Era una tradición alezi, una sala donde se ofrecía a algunos de los hombres y mujeres más pobres de la ciudad un festín que aunaba al del rey y sus invitados. Había un hombre de larga barba canosa desplomado junto a la puerta, sonriendo como un necio, aunque Szeth no supo si era por el vino o porque era débil mental.

—¿Me has visto? —preguntó el hombre con habla pastosa. Se

echó a reír, y entonces empezó a hablar en un extraño galimatías, mientras echaba mano a un frasco de vino. Así que era la bebida, después de todo. Szeth pasó de largo, dejando atrás una fila de estatuas que mostraba a los Diez Heraldos de la antigua teología vorin. Jezerezeh, Ishi, Kelek, Talenelat… Fue contándolos uno a uno y advirtió que solo había nueve. Resultaba muy sospechoso. ¿Por qué habían quitado la estatua de Shalash? Se decía que el rey Gavilar era muy devoto del culto vorin. Demasiado devoto, para algunos.

El pasillo giraba a la derecha, siguiendo el perímetro del palacio. Se hallaban en la planta del rey, en la segunda planta del edificio abovedado, rodeados de paredes de roca, techos y suelos. Eso era profano. No se podía hollar la piedra. ¿Pero qué podía hacer él? Era un sin verdad. Hacía lo que sus amos exigían.

Hoy, eso incluía vestir de blanco. Pantalones blancos anchos atados a la cintura con una cuerda, y sobre ellos una fina camisa de mangas largas, abierta por delante. Las ropas blancas para los asesinos eran una tradición entre los parshendi. Aunque Szeth no lo había preguntado, sus amos le habían explicado el porqué.

Blanco para ser osado. Blanco para no mezclarse con la noche. Blanco para advertir.

Pues si ibas a asesinar a un hombre, tenía derecho a verte venir.

Szeth giró a la derecha, siguiendo el pasillo directamente hacia los aposentos del rey. Las antorchas ardían en las paredes, su luz insatisfactoria para él, un ligero guiso tras un largo ayuno. Diminutos llamaspren bailaban a su alrededor, semejantes a insectos hechos de luz solidificada. Las antorchas eran inútiles para él. Echó mano a su bolsa y las esferas que contenía, pero vaciló al ver más luces azules por delante: un par de lámparas de luz tormentosa flotaban en la pared, con brillantes zafiros resplandeciendo en sus corazones. Szeth se acercó a una y tendió la mano para envolver la gema recubierta por el cristal.

—¡Eh, tú! —exclamó una voz en alezi. Había dos guardias en la intersección. Guardias dobles, pues había salvajes en Kholinar esta noche. Cierto, se suponía que esos salvajes eran ahora aliados. Pero las alianzas podían ser endebles.

Esta no duraría una hora.

Szeth vio acercarse a los dos guardias. Llevaban lanzas: no eran ojos claros, y por tanto tenían prohibida la espada. Sin embargo, sus petos pintados de rojo eran ornamentados, igual que sus yelmos. Puede que fueran ojos oscuros, pero se trataba de ciudadanos de alto rango con puestos honorables en la guardia real.

Tras detenerse a unos pocos pasos de distancia, el primer guardia hizo un gesto con la lanza.

—Márchate. Este no es sitio para ti. —Tenía la piel bronceada y llevaba una perilla recortada.

Szeth no se movió.

—¿Bien? —dijo el guardia—. ¿A qué estás esperando?

Szeth inspiró profundamente, atrayendo la luz tormentosa, que fluyó hacia su interior, absorbida por las lámparas de zafiro gemelas de las paredes, como si su aliento las hubiera convocado. La luz tormentosa rugió en su interior, y el pasillo de pronto se volvió más oscuro, sumiéndose en las sombras como la cima de una colina que pierde la luz del sol por el paso de una nube.

Szeth pudo sentir el calor de la luz, su furia, como una tempestad que hubieran inyectado directamente en sus venas. Su poder era vigorizante pero peligroso. Lo impulsaba a actuar. A moverse. A golpear.

Conteniendo la respiración, se aferró a la luz tormentosa. Podía sentirla brotando de él. Solo era posible contenerla unos pocos instantes como máximo. Se filtraba, pues el cuerpo humano constituía un contenedor demasiado poroso. Szeth había oído que los Vaciadores podían contenerla perfectamente. Pero claro, ¿existían todavía? Su castigo declaraba que no. Su honor exigía que existieran.

Ardiendo de energía sagrada, Szeth se volvió hacia los guardias. Estos pudieron ver que filtraba luz tormentosa, y que arabescos de luz brotaban de su piel como humo luminiscente. El primer guardia entornó los ojos, frunciendo el ceño. Szeth estaba seguro de que el hombre nunca había visto antes nada así. Por lo que recordaba, Szeth había matado a todos los pisapiedras que habían llegado a ver lo que podía hacer.

—¿Qué…, qué eres? —la voz del guardia había perdido su seguridad—. ¿Espíritu u hombre?

—¿Qué soy? —susurró Szeth, y un poco de luz manó de sus labios mientras miraba más allá del hombre al fondo del largo pasillo—. Yo…, lo siento.

Szeth parpadeó, lanzándose a aquel lejano punto del pasillo. La luz tormentosa surgió de su ser con un destello, helando su piel, y el suelo dejó inmediatamente de tirar de él hacia abajo. En cambio, fue empujado hacia aquel lejano punto: como si, para él, esa dirección se hubiera convertido de repente en su abajo.

Era un lanzamiento básico, el primero de sus tres tipos de lanzamientos. Le proporcionaba la habilidad de manipular cualquier fuerza, spren o dios que sujetara a los hombres al suelo. Con la sacudida de este lanzamiento, podía sujetar a las personas o los objetos a distintas superficies o enviarlas en distintas direcciones.

Desde la perspectiva de Szeth, el pasillo era ahora un pozo profundo por el que caía, y los dos guardias estaban de pie en uno de los lados. Se sorprendieron cuando los pies de Szeth los golpearon en la cara, derribándolos. Szeth cambió su punto de vista y se arrojó al suelo. La luz brotó de él. El suelo del pasillo se convirtió de nuevo en su abajo, y aterrizó entre los dos guardias, con las ropas crujiendo y dejando caer copos de escarcha. Se levantó, y comenzó el proceso de invocar a su espada esquirlada.

Uno de los guardias trató de echar mano a su lanza. Szeth tocó al soldado en el hombro y alzó la cabeza. Se concentró en un punto sobre él mientras dejaba la luz salir de su cuerpo y entrar en el guardia, lanzando al pobre hombre hacia el techo.

El guardia soltó un grito de sorpresa cuando el arriba se convirtió en el abajo para él. Sacudiéndose con la luz, chocó contra el techo y soltó la lanza, que no había sido sacudida directamente y que cayó al suelo cerca de Szeth.

Matar. Era el mayor de los pecados. Y sin embargo allí estaba Szeth, sin verdad, caminando profanamente sobre piedras usadas para construir. Y no terminaría. Como sin verdad, solo había una vida que tenía prohibido tomar.

Y era la suya propia.

Al décimo latido de su corazón, su hoja esquirlada cayó en su mano, que permanecía a la espera. Se formó como si se condensara a partir de la bruma, el agua perlada a lo largo de la hoja. Era una

espada larga y fina, de doble filo, más pequeña que la mayoría de las espadas. Szeth la blandió, trazó una línea en el suelo de piedra y atravesó el cuello del segundo guardia.

Como siempre, la hoja esquirlada mataba de manera extraña: aunque cortaba con facilidad la piedra, el acero o todo lo que fuera inanimado, se difuminaba nada más tocar piel viva. Viajó a través del cuello del guardia sin dejar una marca, pero una vez terminado su trayecto, los ojos del hombre humearon y ardieron. Se volvieron negros, marchitándose en su cabeza, y el hombre se desplomó, muerto. Una espada esquirlada no cortaba la carne viva: cortaba el alma.

Arriba, el primer guardia jadeó. Había conseguido ponerse en pie, aunque estos estuvieran plantados en el techo del pasillo.

—¡Un portador de esquirlada! —gritó—. ¡Un portador de esquirlada ataca el salón del rey! ¡A las armas!

«Por fin», pensó Szeth. Los guardias desconocían su uso de la luz tormentosa, pero conocían una hoja esquirlada en cuanto veían una.

Szeth se arrodilló y recogió la lanza que había caído de arriba. Al hacerlo, liberó el aliento que había estado conteniendo desde que atrajo la luz tormentosa. Lo retenía mientras la empuñaba, pero aquellas dos linternas no contenían mucha cantidad, de modo que pronto necesitaría respirar. En cuanto dejó de contener el aliento la luz empezó a vaciarse cada vez más rápido.

Szeth apoyó la culata de la lanza en el suelo de piedra, y luego miró hacia arriba. El guardia dejó de gritar, abriendo mucho los ojos cuando los faldones de su camisa empezaron a resbalar hacia abajo, y la tierra empezaba a recuperar su dominio. La luz que brotaba de su cuerpo menguó.

Miró a Szeth. Miró la punta de la lanza que señalaba directamente a su corazón. Miedospren violetas brotaron del techo de piedra en torno a él.

La luz se apagó. El guardia cayó.

Gritó cuando alcanzó la lanza que le atravesó el pecho. Szeth dejó caer el arma, que golpeó el suelo con un golpe sordo a causa del cuerpo que se retorcía en su extremo. Con la hoja esquirlada en la mano, se volvió hacia un pasillo lateral, siguiendo el plano que había memorizado. Dobló una esquina y se pegó a la pared justo

cuando un pelotón de guardias llegaba al lugar donde yacían los soldados muertos. Los recién llegados empezaron a gritar de inmediato, en señal de alarma.

Las instrucciones de Szeth eran claras. Debía matar al rey, pero tenían que verlo haciéndolo. Que los alezi supiesen lo que era capaz de hacer. ¿Por qué? ¿Por qué habían accedido los parshendi a este tratado, si habían enviado a un asesino la misma noche de su firma?

Más gemas brillaban en las paredes del pasillo. Al rey Gavilar le gustaba la ostentación, y no podía decirse que dejaba fuentes de poder para que Szeth las usara en sus lanzamientos. Las cosas que Szeth hacía no se veían desde hacía milenios. Las historias de aquellos tiempos casi se habían extinguido, y las leyendas eran horriblemente inadecuadas.

Szeth se asomó al pasillo. Uno de los guardias de la intersección lo vio y, señalándolo, soltó un grito. Szeth se aseguró de que lo vieran bien, luego se escabulló. Inspiró profundamente mientras corría, atrayendo luz tormentosa de las linternas. Su cuerpo se llenó de vida con ella, y su velocidad aumentó, los músculos rebosantes de energía. Dentro de él, la luz se convirtió en una tormenta; la sangre le tronó en los oídos. Era algo terrible y maravilloso al mismo tiempo.

Dos pasillos por delante, uno a cada lado. Abrió la puerta de una habitación de almacenaje, entonces vaciló un momento (lo suficiente para que un guardia doblara una esquina y lo viera) antes de meterse en la estancia. Preparándose para un lanzamiento completo, levantó el brazo y ordenó a la luz tormentosa que se acumulara allí, haciendo que la piel resplandeciera. Entonces hizo un gesto con la mano hacia el marco de la puerta, esparciendo luminiscencia blanca como si fuera pintura. Cerró la puerta de golpe justo cuando llegaban los guardias.

La luz tormentosa sostuvo la puerta en el marco con la fuerza de cien brazos. Un lanzamiento completo unía las cosas, sujetándolas hasta que la luz se agotaba. Tardaba más tiempo en crearse que un lanzamiento básico, y apuraba la luz tormentosa con más rapidez. El picaporte de la puerta se estremeció, y la madera empezó a quebrarse cuando los guardias arrojaron su peso contra ella. Un hombre pidió un hacha a gritos.

Szeth cruzó la habitación con rápidas zancadas, entre los muebles cubiertos por sábanas que había almacenados dentro. Eran de paño rojo y maderas oscuras y exquisitas. Llegó a la pared del fondo y, preparándose para otra blasfemia más, alzó su hoja esquirlada y descargó un golpe en horizontal contra la piedra gris oscuro. La roca se abrió con facilidad: una espada esquirlada podía cortar cualquier objeto inanimado. Continuó con dos tajos en vertical, luego otro horizontal al pie, hasta obtener un gran bloque de forma cúbica. Presionó con la mano, introduciendo la luz tormentosa en la piedra.

Tras él, la puerta de la habitación empezó a quebrarse. Miró por encima del hombro y se concentró en la temblorosa puerta, lanzando el bloque en esa dirección. La escarcha se cristalizó en sus ropas: arrojar algo tan grande requería también gran cantidad de luz tormentosa. La tempestad en su interior se apaciguó, como una tempestad que queda reducida a una llovizna.

Se hizo a un lado. El gran bloque de piedra tronó, deslizándose hacia la habitación. Normalmente, mover el bloque habría sido imposible. Su propio peso lo habría arrastrado hacia las piedras de abajo. Pero ahora ese mismo peso lo liberó, pues para el bloque la dirección de la puerta de la habitación era su abajo. Con un sonido profundo y rechinante, el bloque se soltó de la pared y recorrió el aire dando tumbos, aplastando los muebles.

Los soldados finalmente irrumpieron a través de la puerta, y entraron en la habitación en el instante en que el enorme bloque chocaba contra ellos.

Szeth volvió la espalda al terrible sonido de los gritos, la madera al quebrarse y los huesos al romperse. Se agachó y pasó por su nuevo agujero, accediendo al pasillo exterior.

Caminó despacio, atrayendo la luz tormentosa de las lámparas por delante de las que pasaba, absorbiéndola y almacenando de nuevo la tempestad dentro de sí. A medida que las lámparas menguaban, el pasillo se oscureció. Al fondo había una gruesa puerta de madera, y cuando él se acercaba, pequeños miedospren, con forma de goterones de baba púrpura, empezaron a sacudirse en el artesonado, señalando hacia la puerta. Los atraía el terror que sentían al otro lado.

Szeth abrió la puerta, y entró en el último pasillo que conducía a los aposentos del rey. Altos jarrones de cerámica roja adornaban el pasillo, intercalados con nerviosos soldados. Flanqueaban una alfombra larga, estrecha y roja, que semejaba un río de sangre.

Los lanceros no esperaron a que se acercase. Echaron a correr, alzando sus cortas azagayas. Szeth dirigió la mano hacia un lado, introduciendo luz tormentosa en el marco de la puerta, usando el tercero y último tipo de lanzamiento, el inverso. Este actuaba de manera distinta a los otros dos. No hizo que el marco de la puerta emitiera luz tormentosa; de hecho, pareció atraer hacia ella la luz cercana, dándole una extraña penumbra.

Los lanceros arrojaron sus armas, y Szeth permaneció quieto, con la mano en el marco. Un lanzamiento inverso requería su contacto constante pero relativamente poca luz tormentosa. Durante ese tipo de lanzamiento, todo lo que se acercara a él (en especial los objetos más ligeros) era en cambio dirigido y devuelto hacia el origen mismo de aquel.

Las lanzas giraron en el aire, rodeándolo y clavándose en el marco de madera. Mientras las sentía golpear y hundirse, Szeth brincó y se lanzó hacia la pared de piedra de la derecha, contra la que dio con los pies.

De inmediato reorientó su perspectiva. Para sus ojos, no estaba de pie en la pared: lo estaban los soldados, y la alfombra rojo sangre se extendía entre ellos como un largo tapiz. Szeth echó a correr por el pasillo, golpeando con su hoja esquirlada, abriéndose paso entre los cuellos de los hombres que le habían arrojado sus lanzas. Se desplomaron uno a uno, después de que les ardieran los ojos.

Los otros guardias del pasillo fueron presa del pánico. Algunos intentaron atacarlo, otros gritaron pidiendo ayuda, los hubo que se apartaron de él. Los atacantes tenían problemas: se sentían desorientados por intentar golpear a alguien que estaba colgado de la pared. Szeth abatió a unos cuantos, luego dio una voltereta en el aire, rodó y se arrojó de nuevo al suelo.

Aterrizó en mitad de los soldados. Completamente rodeado, pero empuñando su hoja esquirlada.

Según la leyenda, las hojas esquirladas fueron usadas por

primera vez por los Caballeros Radiantes muchos siglos atrás. Regalo de su dios, les permitían combatir contra horrores de roca y llama de docenas de metros de altura, enemigos cuyos ojos ardían de puro odio. Los Vaciadores. Cuando tu enemigo tenía una piel tan dura como la roca, el acero resultaba inútil. Se requería algo de origen divino.

Szeth se incorporó, con la mandíbula apretada y las ropas blancas ondeando a los lados del cuerpo. Atacó; el arma resplandecía, reflejando la luz de las antorchas. Lanzó golpes elegantes, amplios. Tres, uno tras otro. No pudo ni cerrar los oídos a los gritos que siguieron ni evitar ver la caída de los hombres. Se desplomaron a su alrededor como juguetes derribados por la patada descuidada de un niño. Si la hoja tocaba la columna vertebral de un hombre, este moría con los ojos ardiendo. Si atravesaba el núcleo de un miembro, mataba a ese miembro. Un soldado se apartó tambaleándose, con un brazo inutilizado. Nunca podría sentirlo ni usarlo de nuevo.

Szeth bajó su espada esquirlada, alzándose entre los cadáveres de ojos cenicientos. Aquí, en Alezkar, los hombres hablaban a menudo de las leyendas, de la dura victoria de la humanidad contra los Vaciadores. Pero cuando las armas creadas para combatir pesadillas se volvían contra soldados corrientes, las vidas de los hombres no tenían valor ninguno.

Szeth dio media vuelta y continuó su camino sobre la suave y resbaladiza alfombra roja. La espada esquirlada, como siempre, brillaba limpia y clara. Cuando se mataba con ella, no había sangre. Eso parecía una señal. La hoja esquirlada solo era una herramienta: no podía culpársela de las muertes.

La puerta que había al fondo del pasillo se abrió de golpe. Szeth se detuvo cuando un pequeño grupo de soldados salió corriendo por ella, rodeando a un hombre de regias vestiduras que mantenía la cabeza gacha como para protegerse. Los soldados vestían de azul oscuro, el color de la Guardia Real, y ni por un instante se detuvieron a mirar los cadáveres. Estaban preparados para lo que podía hacer un portador de una espada esquirlada. Abrieron una puerta lateral y mientras unos conducían por ella a su protegido, otros apuntaban a Szeth con sus lanzas sin dejar de retroceder.

Otra figura salió de los aposentos del rey: llevaba una brillante armadura azul hecha de placas entrelazadas. Sin embargo, al contrario de las armaduras normales, esta no tenía cuero ni malla visible en las juntas: solo placas más pequeñas, unidas con intrincada precisión. La armadura era preciosa; el azul entretejido presentaba bandas doradas en los bordes de cada placa, y el yelmo estaba adornado con tres hileras de pequeñas alas en forma de cuerno.

Era una armadura esquirlada, el complemento habitual de una espada del mismo tipo. El recién llegado empuñaba una enorme hoja esquirlada de dos metros de largo con un diseño en forma de llamas grabado en la hoja. Se trataba de un arma de metal plateado, tan brillante que parecía resplandecer, diseñada para matar a dioses oscuros, una versión más grande de la que Szeth portaba.

Szeth vaciló. No reconoció la armadura; no le habían advertido que tendría que encargarse de esa tarea, y no había tenido tiempo de memorizar las diversas clases de cotas y espadas que portaban los alezi. Pero habría de encargarse de un portador de esquirlada antes de perseguir al rey: no podía desentenderse de un enemigo semejante.

Además, existía la posibilidad de que un portador de esquirlada lo derrotase y pusiese fin a su miserable vida. Sus lanzamientos no funcionarían directamente con alguien ataviado con una armadura esquirlada, y esta haría aún más fuerte a su portador. El honor de Szeth no le permitía traicionar el objeto de su misión ni buscar la muerte. Pero si la muerte llegaba, se sentiría agradecido.

El portador de esquirlada atacó, y Szeth se lanzó a un lado del pasillo, brincando y haciendo un quiebro para aterrizar en la pared. Retrocedió, con la espada preparada. El portador de esquirlada adoptó una postura agresiva, realizando uno de los movimientos de esgrima habituales en el este. Se movía con más agilidad de lo que cabría esperar de un hombre ataviado con una armadura tan pesada. La esquirlada era especial, tan antigua y mágica como las espadas tradicionales.

El portador de esquirlada atacó. Szeth se hizo a un lado y se arrojó al techo mientras la hoja de su atacante se hundía en la pared. Sintiendo un escalofrío, Szeth saltó hacia delante y lanzó un

golpe hacia abajo, tratando de alcanzar el yelmo del portador. Este se agachó, hincando una rodilla en el suelo, y la hoja de Szeth arañó el aire.

Szeth retrocedió de un salto cuando el portador soltó un mandoble hacia arriba, hendiendo el techo. Szeth no poseía una armadura, ni le importaba. Sus lanzamientos interferían con las gemas que daban poder a la armadura esquirlada, y tenía que elegir una cosa u otra.

Mientras el portador se volvía, Szeth avanzó por el techo. Como esperaba, el portador soltó un nuevo golpe, y él se arrojó a un lado, rodando. Se irguió y saltó de nuevo al suelo. Se volvió para aterrizar tras el portador de la esquirlada, cuya espalda golpeó con la hoja de su arma.

Por desgracia, la armadura ofrecía una ventaja importante: podía contrarrestar una hoja esquirlada. El arma de Szeth golpeó con fuerza, haciendo que una telaraña de brillantes líneas se extendiera por la espalda de la armadura, y la luz tormentosa empezó a brotar de ellas. La armadura esquirlada no se deformaba ni mellaba como el metal corriente. Szeth tendría que golpear al portador en el mismo sitio al menos una vez más para abrirse paso.

Szeth se puso de un salto fuera del alcance del portador cuando este lanzó un mandoble furioso, tratando de alcanzarle las rodillas. La tempestad desatada dentro de Szeth le proporcionaba muchas ventajas, incluyendo la capacidad para recuperarse rápidamente de las heridas pequeñas. Pero no restauraba los miembros cercenados por una hoja esquirlada.

Rodeó al portador, y luego tomó impulso y avanzó con ímpetu. El portador volvió a golpear, pero Szeth saltó por un instante al techo, eludiendo el arco trazado por la espada, y luego de nuevo al suelo. Lanzó un golpe mientras aterrizaba, pero el portador se recuperó rápidamente y ejecutó un perfecto golpe de continuación que por medio palmo no alcanzó a Szeth.

El portador era peligrosamente hábil con aquella hoja. Muchos de sus iguales dependían demasiado del poder de su espada y su armadura. Este era diferente.

Szeth saltó a la pared y lanzó al portador rápidas estocadas. El portador lo mantuvo a raya con unos amplios mandobles de su

larga hoja.

«¡Esto está durando demasiado!», pensó Szeth. Si el rey lograba escabullirse y encontrar refugio, Szeth fracasaría en su misión, no importaba a cuánta gente matara. Se preparó para atacar de nuevo, pero el portador de la esquirlada lo obligó a retroceder. Cada segundo que durase la pelea era otro segundo con que el rey contaba para escapar.

Había llegado el momento de ser intrépido. Szeth se impulsó de un salto hacia el extremo opuesto del pasillo. El portador no vaciló en lanzar un golpe, pero Szeth se agachó justo a tiempo y la hoja esquirlada cortó el aire por encima de él.

Aterrizó agazapado, usó su impulso para arrojarse hacia delante y golpeó al portador en el costado, agrietando la armadura. Descargó un potente golpe. La pieza de la armadura se quebró y trozos de metal fundido saltaron por el aire. El portador de la esquirlada gruñó, cayó sobre una rodilla y se llevó una mano al costado. Szeth alzó un pie y arrojó al hombre hacia atrás con una patada cuya fuerza la luz tormentosa incrementaba.

El fornido adversario chocó contra la puerta de los aposentos reales, haciéndola pedazos y cayendo dentro de la habitación. Szeth se metió en cambio por la puerta de la derecha, siguiendo el camino que había emprendido el rey. Aquí el pasillo tenía la misma alfombra roja, y las lámparas de luz tormentosa en las paredes le dieron a Szeth la oportunidad de volver a llenarse de tempestad.

La energía ardió de nuevo dentro de él. Si conseguía llegar lo bastante lejos, podría encargarse del rey y dejar al portador para después. No sería fácil, de todos modos. Un lanzamiento pleno contra una puerta no bastaría para detener a un portador de esquirlada, y la armadura permitiría a este correr a una velocidad sobrenatural. Szeth miró por encima del hombro.

El portador no lo seguía. Estaba sentado en el suelo, rodeado de trozos de madera, al parecer aturdido. Szeth apenas podía verlo. Tal vez lo había herido más de lo que creía.

O tal vez…

Se detuvo. Pensó en la cabeza agachada del hombre al que había neutralizado, en el rostro oscurecido. El portador no lo seguía. Era muy hábil. Se decía que pocos hombres podían rivalizar con la

habilidad de Gavilar Kholin con la espada. ¿Podría ser…?

Szeth dio media vuelta y echó a correr, confiando en sus instintos. En cuanto el portador lo vio, se puso rápidamente de pie. Szeth corrió más deprisa. ¿Dónde podía estar más seguro el rey? ¿Rodeado de unos guardias, huyendo? ¿O protegido por una armadura esquirlada, como si de un guardaespaldas se tratase?

«Muy astuto», pensó Szeth mientras el portador, antes aturdido, adoptaba otra pose de lucha. Szeth atacó con renovado vigor, blandiendo su hoja en un torbellino de golpes. El portador de la esquirlada, sí, el rey, respondió agresivamente con amplios mandobles. Szeth los esquivó, sintiendo el viento del arma muy cerca de él. Calculó su próximo movimiento, y luego se lanzó hacia delante, agachándose ante el siguiente contragolpe.

El rey, esperando otro golpe en el costado, se volvió con el brazo alzado para cubrir el agujero abierto en su armadura. Eso dio a Szeth espacio para eludirlo y entrar en sus aposentos.

El rey dio media vuelta para seguirlo, pero Szeth atravesó la sala lujosamente amueblada, tendiendo la mano y tocando los muebles a su paso. Los insufló de luz tormentosa, lanzándolos hacia un punto detrás del rey. Los muebles se volcaron como si la habitación hubiera caído de lado, divanes, sillas y mesas se precipitaron hacia el sorprendido rey. Gavilar cometió el error de golpearlos con su hoja esquirlada. El arma atravesó fácilmente un gran diván, pero las piezas chocaron contra él de todas formas, haciéndolo vacilar. Un banquito lo golpeó a continuación, derribándolo.

Gavilar se apartó rodando de los muebles y cargó, la armadura filtrando chorros de luz por las secciones agrietadas. Szeth se detuvo a continuación hacia atrás y a la derecha cuando llegó el rey. Se apartó del golpe que le arrojaba este y luego se arrojó hacia delante con dos lanzamientos básicos seguidos. La luz tormentosa fluyó de su interior, helando la ropa, mientras se dirigía hacia el rey al doble de velocidad de una caída normal.

El rey se mostró sorprendido al ver que Szeth volaba por el aire y luego se volvía hacia él, blandiendo la espada. Descargó su hoja contra el yelmo del monarca y de inmediato se lanzó hacia el techo. Se había lanzado en demasiadas direcciones demasiado rápidamente, y su cuerpo había perdido el sentido de la orientación,

lo que le dificultó aterrizar con gracia. Se puso de pie tambaleándose.

Abajo, el rey dio un paso atrás, intentando colocarse en posición para golpear a Szeth. Por las grietas del yelmo se filtraba luz tormentosa, e intentaba proteger el costado roto de la armadura. El rey descargó un golpe con una sola mano, hacia el techo. Szeth se lanzó hacia abajo, juzgando que el ataque le imposibilitaría contraatacar a tiempo.

Szeth subestimó a su oponente. El rey aceptó el ataque de Szeth, alzando su yelmo para absorber el golpe. Justo cuando Szeth golpeaba el yelmo por segunda vez, rompiéndolo, Gavilar descargó su mano, enguantada de hierro, sobre la cara de Szeth.

Una luz cegadora destelló en los ojos de este, que sintió un dolor terrible en el rostro. Todo se volvió borroso.

Gritó de dolor, la luz tormentosa lo abandonó, y chocó contra algo duro. Las puertas del balcón. El dolor recorrió sus hombros, como si alguien lo hubiera apuñalado con un centenar de dagas, y cayó el suelo y rodó hasta detenerse, temblando. El golpe habría matado a un hombre corriente.

«No hay tiempo para el dolor. No hay tiempo para el dolor. ¡No hay tiempo para el dolor!», se dijo. Parpadeó, sacudiendo la cabeza. Todo era tinieblas en torno a él. ¿Acaso había perdido la vista? No. Fuera estaba oscuro. Se encontraba en el balcón de madera: la fuerza del golpe lo había hecho atravesar las puertas. Algo resonaba. Fuertes pisadas. ¡El portador de la hoja esquirlada!

Szeth se puso en pie con dificultad. La sangre manaba por un lado de su cara, y la luz tormentosa surgía de su piel, cegando su ojo izquierdo. La luz. Lo sanaría, si pudiera. Sentía la mandíbula desencajada. ¿Se la habría roto? Soltó la espada.

Una pesada sombra se movió delante de él: la armadura del portador había filtrado tanta luz tormentosa que el rey tenía problemas para caminar. Pero se acercaba.

Szeth gritó, arrodillado, insuflando luz tormentosa en el balcón de madera y lanzándolo hacia abajo. El aire se llenó de escarcha a su alrededor. La tempestad rugió, corriendo por sus brazos hasta la madera. La lanzó hacia abajo, luego volvió a hacerlo. Lanzó por cuarta vez cuando Gavilar salía al balcón, que se estremeció con el

peso adicional, hasta resquebrajarse.

El portador de la esquirlada vaciló.

Szeth lanzó el balcón hacia abajo por quinta vez. Los soportes se quebraron y toda la estructura se desprendió. Szeth gritó a pesar de tener la mandíbula rota y usó sus últimos restos de luz tormentosa para saltar a la pared del edificio. Pasó por delante del aturdido portador, luego golpeó la pared y rodó.

El balcón se desgajó, el rey alzó aturdido la cabeza mientras perdía pie. La caída fue breve. A la luz de la luna, Szeth lo observó solemnemente, con la visión todavía turbia, cegado de un ojo, mientras la estructura caía hacia el suelo de piedra de abajo. La pared del palacio tembló, y el estrépito de la madera rota resonó en los edificios cercanos.

Todavía de pie en la pared, Szeth se incorporó con un gemido. Se sentía débil. Había agotado su luz tormentosa con demasiada rapidez, forzando su cuerpo. Bajó por el lado del edificio y se acercó a los restos del balcón, apenas capaz de permanecer en pie.

El rey aún se movía. La armadura esquirlada lo había protegido, pero solo en parte; un gran trozo de madera ensangrentada asomaba por el costado de su cuerpo. Szeth se arrodilló a inspeccionar el rostro dolorido del hombre. Rasgos fuertes, barbilla cuadrada, barba negra moteada de canas, ojos verdes sorprendentemente claros. Gavilar Kholin.

—Yo…, esperaba que…, vinieras —dijo el rey entre jadeos.

Szeth palpó bajo el peto de la armadura en busca de las correas. Las soltó y retiró la coraza, revelando las gemas de su interior. Dos se habían roto y estaban apagadas. Tres brillaban todavía. Aturdido, Szeth inspiró profundamente, absorbiendo la luz.

La tormenta empezó a rugir de nuevo. Más luz surgió del lado de su cara, regenerando su piel y sus huesos lastimados. El dolor apenas si mermaba: la cura proporcionada por la luz tormentosa estaba lejos de ser instantánea. Pasarían horas antes de que se hubiera recuperado.

El rey tosió.

—Puedes decirle…, a Thaidakar…, que llega demasiado tarde.

—No sé quién es ese —dijo Szeth, poniéndose en pie. Se llevó las manos a un costado, invocando su hoja esquirlada.

El rey frunció el ceño.

—¿Entonces quién…? ¿Restares? ¿Sadeas? Nunca pensé…

—Mis amos son los parshendi —respondió Szeth. Pasaron diez segundos y la espada apareció en su mano.

—¿Los parshendi? Eso no tiene sentido. —Gavilar volvió a toser y dirigió una mano temblorosa a un bolsillo de su pecho. Sacó una esfera pequeña y cristalina atada a una cadena—. Coge esto. No debe ser…, suyo —añadió, aturdido—. Dile…, a mi hermano…, que tiene que encontrar las palabras más importantes que puede pronunciar un hombre… —Guardó silencio y se quedó inmóvil.

Szeth vaciló, pero luego se arrodilló y cogió la esfera. Era extraña, diferente de cuanto hubiera visto antes. Aunque era completamente oscura, parecía desprender una especie de resplandor negro.

«¿Los parshendi? Eso no tiene sentido», había dicho Gavilar.

—Nada tiene sentido ya —susurró Szeth, guardando la extraña esfera—. Todo se desencadena. Lo siento, rey de los alezi. Pero dudo que te importe. —Se levantó—. Al menos no tendrás que ver el fin del mundo en compañía de nosotros.

Junto al cuerpo del rey, su hoja esquirlada se materializó en la bruma y, ahora que había muerto, chocó contra las piedras del suelo. Valía una fortuna: reinos enteros habían caído en la lucha por poseer una sola espada esquirlada.

Del interior del palacio llegaron gritos de alarma. Szeth tenía que irse. Pero…

«Dile a mi hermano…»

Para el pueblo de Szeth, la petición de un moribundo era sagrada. Cogió la mano del rey, la hundió en la sangre del hombre, y la usó para garabatear en la madera: «Hermano, debes encontrar las palabras más importantes que puede pronunciar un hombre.»

Con eso, Szeth escapó hacia la noche. Dejó la espada esquirlada del rey: no tenía ninguna utilidad que darle. La hoja que Szeth portaba ya era suficiente maldición.

PARTE

UNO

Silencio Arriba

KALADIN * SHALLAN



«Me habéis matado. ¡Hijos de puta, me habéis matado! ¡Mientras el sol sigue calentando, yo muero!»

Recogido el quinto día de la semana Chach del mes Betab del año 1171, diez segundos antes de la muerte. El sujeto era un soldado ojos oscuros de treinta y un años de edad. La muestra se considera cuestionable.

CINCO AÑOS MÁS TARDE

—Voy a morir ¿verdad? —preguntó Cenn.

El curtido veterano que Cenn tenía al lado se volvió a mirarlo de arriba abajo. Llevaba barba corta, y en los lados de la cara los pelos negros empezaban a ceder paso al color gris.

«Voy a morir. Voy a morir. Oh, Padre Tormenta. Voy a morir…», pensó Cenn, aferrado a su lanza, cuya asta estaba resbaladiza por el sudor.

—¿Qué edad tienes, hijo? —preguntó el veterano. Cenn no recordaba el nombre del hombre. Era difícil recordar nada mientras veía al otro ejército formar líneas al otro lado del rocoso campo de batalla. Aquel alineamiento parecía tan ordenado, tan limpio. Las lanzas cortas en las primeras filas, las lanzas largas y las jabalinas a continuación, los arqueros en los laterales. Los lanceros ojos oscuros iban equipados igual que Cenn: jubón de cuero y faldón hasta las

rodillas con un sencillo bonete de acero y un peto a juego.

Muchos de los ojos claros tenían armaduras completas. Iban a caballo, y las guardias de honor se congregaban a su alrededor con corazas que brillaban en color burdeos y verde bosque. ¿Había entre ellos portadores de esquirlada? El brillante señor Amaram no era un portador de esquirlada. ¿Lo eran algunos de sus hombres? ¿Y si Cenn tenía que combatir a alguno? Los hombres corrientes no mataban a portadores. Había sucedido tan pocas veces que cada caso era ahora legendario.

«Está pasando de verdad», pensó con terror creciente. Esto no era una maniobra del campamento. No era un entrenamiento sobre el terreno, jugando con palos. Esto era real. Al aceptar el hecho, el corazón latiendo en su pecho como un animal asustado, las piernas temblorosas, Cenn advirtió de repente que era un cobarde. ¡No tendría que haber dejado los rebaños! Nunca tendría que…

—¿Hijo? —dijo el veterano, la voz firme—. ¿Qué edad tienes?

—Quince años, señor.

—¿Y cómo te llamas?

—Cenn, señor.

El gigantesco hombre barbudo asintió.

—Yo soy Dallet.

—Dallet —repitió Cenn, todavía mirando al otro ejército. ¡Había tantos! Miles—. Voy a morir ¿verdad?

—No —Dallet tenía voz grave, pero de algún modo eso era reconfortante—. Todo va a salir bien. Mantén la mente despejada. Quédate con el pelotón.

—¡Solo he recibido tres meses de instrucción! —A Cenn le parecía oír, como débiles tañidos, el sonido metálico de las armaduras y los escudos del enemigo—. ¡Apenas soy capaz de sujetar esta lanza! Padre Tormenta, estoy muerto. No puedo…

—Hijo —lo interrumpió Dallet con voz suave pero firme. Alzó una mano y la apoyó sobre el hombro del muchacho. El borde del gran escudo circular que llevaba a la espalda reflejaba la luz—. Todo va a salir bien.

—¿Cómo puedes saberlo? —las palabras de Cenn sonaron a súplica.

—Porque, muchacho, formas parte del pelotón de Kaladin

Benditormenta.

Los otros soldados cercanos asintieron mostrando su acuerdo.

Tras ellos, formaban oleadas y más oleadas de soldados: miles de ellos. Cenn se encontraba al frente, con el pelotón de Kaladin, compuesto por unos treinta hombres más. ¿Por qué habían trasladado a Cenn a un nuevo pelotón en el último momento? Tenía que ver con la política del campamento.

¿Por qué estaba este pelotón en el mismo frente, donde las bajas tendrían que ser mayores? Pequeños miedospren, como manchas de baba púrpura, empezaron a surgir del suelo y a congregarse alrededor de sus pies. En un momento de puro pánico, casi estuvo a punto de dejar caer la lanza y echar a correr. La mano de Dallet se tensó sobre su hombro. Al mirar los confiados ojos negros del veterano, Cenn vaciló.

—¿Measte antes de que formáramos filas? —preguntó Dallet.

—No tuve tiempo de…

—Hazlo ahora.

—¿Aquí?

—Si no lo haces, acabarás meándote pierna abajo en la batalla, lo que te distraerá y tal vez acabe por matarte. Hazlo.

Avergonzado, Cenn le tendió a Dallet su lanza y orinó sobre las piedras. Cuando terminó, miró a los que lo rodeaban. Ninguno de los soldados de Kaladin sonrió con burla. Permanecían preparados, las lanzas a los costados, los escudos en las espaldas.

El ejército enemigo casi había terminado su maniobra. El campo entre las dos fuerzas era despejado, de piedra negra, notablemente regular y liso, roto solo por algún macizo rocoso ocasional. Habría sido un buen pasto. El cálido viento sopló en la cara de Cenn, cargado con los olores acuáticos de la alta tormenta de la noche pasada.

—¡Dallet! —dijo una voz.

Un hombre se acercó entre las filas, llevando una lanza corta que tenía dos fundas de cuero para cuchillos atadas al asta. El recién llegado era un hombre joven, quizás unos cuatro años mayor que Cenn, pero era más alto incluso que Dallet. Llevaba el uniforme de cuero corriente en los lanceros pero debajo usaba un par de pantalones oscuros. Esto se suponía que no estaba permitido.

Su negro cabello alezi le llegaba hasta los hombros, y sus ojos eran marrón oscuro. Tenía también nudos de cordón blanco en los hombros de su pelliza, lo que lo convertía en líder de escuadrón.

Los treinta hombres que acompañaban a Cenn se pusieron firmes, alzando sus lanzas en gesto de saludo. «¿Este es Kaladin Benditormenta?, ¿este joven?», se preguntó Cenn, incrédulo.

—Dallet, pronto tendremos un recluta nuevo —dijo Kaladin. Tenía una voz fuerte—. Necesito que… —guardó silencio cuando advirtió a Cenn.

—Llegó hace unos minutos, señor —dijo Dallet con una sonrisa —. Lo estaba preparando.

—Bien hecho —replicó Kaladin—. Pagué buen dinero por apartar a ese muchacho de Gare. Ese hombre es tan incompetente que bien podría estar luchando en el otro bando.

«¿Qué? —pensó Cenn—. ¿Por qué pagaría nadie por mí?»

—¿Qué te parece el terreno? —preguntó Kaladin. Varios de los lanceros alzaron sus manos para protegerse del sol y escrutar las rocas.

—¿Ese hueco junto a los dos macizos rocosos a la derecha del todo? —preguntó Dallet.

Kaladin negó con la cabeza.

—Demasiado áspero.

—Sí. Tal vez. ¿Y la colina baja de allí? Lo bastante lejos para evitar la primera caída, lo bastante cerca para no adelantarse demasiado. Kaladin asintió, aunque Cenn no podía ver lo que estaban mirando.

—Parece bien.

—¿Lo oís, panda de patanes? —gritó Dallet.

Los hombres alzaron sus lanzas.

—Échale un ojo al chico nuevo, Dallet —dijo Kaladin—. No conocerá las señales.

—Naturalmente —dijo Dallet, sonriendo. ¡Sonriendo! ¿Cómo podía sonreír? El ejército enemigo hacía sonar sus cuernos. ¿Significaba eso que estaban preparados? Aunque acababa de aliviarse, Cenn sintió un hilillo de orina correrle por la pierna.

—Mantente firme —dijo Kaladin, y luego echó a correr por la línea para hablar con el siguiente jefe de pelotón. Tras Cenn y los

demás, las docenas de filas seguían creciendo. Los arqueros de los laterales se prepararon para disparar.

—No te preocupes, hijo —tranquilizó Dallet—. Nos irá bien. El jefe Kaladin tiene suerte.

El soldado al otro lado de Cenn asintió. Era un veden larguirucho y pelirrojo, con una piel bronceada más oscura que los alezi. ¿Por qué combatía en el ejército alezi?

—Así es. Kaladin está bendecido por la tormenta, vaya que sí. Solo perdimos… ¿cuánto…, un hombre en la última batalla?

—Pero alguien sí que murió —dijo Cenn.

Dallet se encogió de hombros.

—Siempre muere gente. Nuestro pelotón pierde menos que nadie. Ya lo verás.

Kaladin terminó de consultar con el otro jefe de pelotón, y luego volvió corriendo con su equipo. Aunque llevaba una lanza corta, de las que se usan con una mano mientras la otra sujeta el escudo, la suya era un palmo más larga que las que utilizaban sus hombres.

—¡Preparados! —exclamó Dallet. Al contrario que los otros jefes de pelotón. Kaladin no se unió a las filas, sino que se plantó delante de su pelotón.

Los hombres alrededor de Cenn arrastraron los pies, excitados. Los sonidos se repitieron por todo el enorme ejército, la quietud dio paso a la ansiedad. Cientos de pies arrastrándose, los escudos chasqueando, los correajes resonando. Kaladin permaneció inmóvil, contemplando al otro ejército.

—Preparados —dijo, sin volverse.

Detrás, un oficial ojos claros pasó a caballo.

—¡Preparaos para combatir! Quiero su sangre, hombres. ¡Luchad y matad!

—Preparados —repitió Kaladin, después de que el hombre pasara.

—Prepárate para echar a correr —le dijo Dallet a Cenn.

—¿Correr? ¡Pero nos han entrenado para marchar en formación! ¡A permanecer en nuestra línea!

—Claro —dijo Dallet—. Pero la mayoría de los hombres no tienen mucha más instrucción que tú. Los que saben luchar bien acaban siendo enviados a las Llanuras Quebradas para combatir a

los parshendi. Kaladin está intentando ponernos en forma para llegar hasta allí y luchar por el rey —Dallet señaló con la cabeza la línea—. La mayoría de los que están aquí romperá filas y atacará. Los ojos claros no son lo bastante buenos como comandantes para mantenerlos en formación. Así que quédate con nosotros y corre.

—¿Debería sacar mi escudo?

Alrededor del equipo de Kaladin, las otras filas aprestaban sus escudos. Pero el pelotón de Kaladin los dejó en sus espaldas.

Antes de que Dallet pudiera responder, sonó un cuerno desde atrás.

—¡Vamos! —dijo Dallet.

Cenn no tuvo mucha opción. El ejército entero empezó a moverse con un clamor de botas al paso. Como había predicho Dallet, la marcha firme no duró mucho. Algunos hombres empezaron a chillar, y el rugido fue imitado por otros. Los ojos claros les ordenaron que avanzaran, corrieran, lucharan. La línea se desintegró.

En cuanto eso sucedió, el pelotón de Kaladin echó a correr a toda velocidad hacia delante. Cenn se esforzó por mantener el ritmo, se dejó llevar por el pánico y se aterrorizó. El terreno no era tan liso como había parecido, y casi resbaló con un rocapullo oculto, las enredaderas encogidas en su cascarón.

Se irguió y continuó, sujetando la lanza con una mano, el escudo chocando contra su espalda. El lejano ejército estaba también en movimiento, los soldados cargaban. No había ninguna semejanza con una formación de batalla ni de línea cuidadosa. Esto no se parecía a nada de lo que habían enseñado en la instrucción.

Cenn ni siquiera sabía quién era el enemigo. Un terrateniente pretendía apoderarse del territorio del brillante señor Amaram, cuya tierra, en última instancia, pertenecía al alto príncipe Sadeas. Era una escaramuza fronteriza, y Cenn pensaba que era con otro principado alezi. ¿Por qué combatían unos contra otros? Tal vez el rey podría ponerle fin, pero estaba en las Llanuras Quebradas, buscando venganza por el asesinato del rey Gavilar cinco años antes.

El enemigo tenía un montón de arqueros. El pánico de Cenn aumentó cuando la primera oleada de flechas saltó al aire. Tropezó

de nuevo, ansiando coger su escudo. Pero Dallet lo agarró por el brazo y tiró de él.

Cientos de saetas hendieron el aire, oscureciendo el sol. Trazaron un arco y cayeron, como anguilas del cielo sobre su presa. Los soldados de Amaram alzaron sus escudos. Pero no el pelotón de Kaladin. No había escudos para ellos.

Cenn gritó.

Y las flechas cayeron en las filas centrales del ejército de Amaram, tras él. Cenn miró por encima del hombro, sin dejar de correr. Las flechas caían detrás de él. Los soldados gritaban, las flechas se rompían contra los escudos. Solo unas pocas flechas dispersas aterrizaban cerca de las primeras filas.

—¿Por qué? —le preguntó a gritos a Dallet—. ¿Cómo lo sabías?

—Quieren que las flechas alcancen donde hay más gente congregada —replicó el hombretón—. Donde tendrán más posibilidades de encontrar un cuerpo.

Varios otros grupos en vanguardia dejaron sus escudos bajados, pero la mayoría corría torpemente con los escudos vueltos hacia el cielo, concentrados para que las flechas no los alcanzaran. Eso los retrasó, y se arriesgaron a ser atrapados por los hombres de detrás que sí estaban siendo alcanzados. Cenn ansiaba levantar su escudo de todas formas: le parecía un error correr sin él.

La segunda andanada los alcanzó, y los hombres gritaron de dolor. El pelotón de Kaladin cargó hacia los soldados enemigos, algunos de los cuales morían por las flechas de los arqueros de Amaram. Cenn pudo oír a los soldados enemigos aullando sus gritos de guerra, y pudo distinguir sus rostros individuales. De repente, el pelotón de Kaladin se detuvo, formando un tenso grupo. Habían llegado a la pequeña inclinación que Kaladin y Dallet habían escogido antes.

Dallet agarró a Cenn y lo empujó hasta el centro mismo de la formación. Los hombres de Kaladin bajaron sus lanzas y sacaron sus escudos mientras el enemigo se volvía hacia ellos. No atacaron en formación, no mantuvieron las filas de lanzas largas detrás y lanzas cortas delante. Tan solo corrieron hacia delante, chillando de puro frenesí.

Cenn se debatió para soltar el escudo de su espalda. El estrépito

de las lanzas resonó en el aire cuando los pelotones se enzarzaron en lucha. Un grupo de lanceros enemigos corrió hacia el pelotón de Kaladin, acaso buscando la superioridad del terreno. Las tres docenas de atacantes tenían cierta cohesión, aunque su formación no era tan tensa como el pelotón de Kaladin.

El enemigo parecía decidido a compensarlo con pasión: gritaban y chillaban de furia, corriendo hacia la línea de Kaladin, que mantuvo la fila, defendiendo a Cenn como si fuera un ojos claros y ellos su guardia de honor. Las dos fuerzas se encontraron con un estruendo de metal sobre madera, los escudos entrechocaron unos con otros. Cenn se estremeció.

Todo acabó en un par de parpadeos. El pelotón enemigo se retiró, dejando dos muertos. El grupo de Kaladin no había perdido a nadie. Mantenía una pujante formación en V, aunque un hombre se quedó atrás y sacó una venda para protegerse un muslo herido. El resto de los hombres cerraron el hueco. El herido era fornido y de brazos gruesos; maldijo, pero la herida no parecía grave. Se puso en pie en un instante, pero no regresó al lugar donde estaba antes. En cambio, se dirigió a un extremo de la formación en V, un lugar más protegido.

El campo de batalla era un caos. Los dos ejércitos se entremezclaban de forma indiferenciada. Sonido de golpes metálicos, crujidos y gritos flotaban en el aire. Muchos de los pelotones se separaron, y sus miembros corrieron de un encuentro a otro. Se movían como cazadores, grupos de tres o cuatro buscando individuos solos para cebarse luego brutalmente sobre ellos.

El grupo de Kaladin mantuvo el terreno, enfrentándose solo a los pelotones enemigos que se acercaban demasiado. ¿Eran así realmente las batallas? Cenn había sido entrenado para largas filas de soldados, hombro con hombro. No esta frenética mezcla, este caos brutal. ¿Por qué no mantenían la formación?

«Los soldados de verdad no están aquí —pensó Cenn—. Luchan en una batalla auténtica en las Llanuras Quebradas. No me extraña que Kaladin quiera llevar allí su pelotón.»

Las lanzas destellaban por todas partes; era difícil distinguir amigo de enemigo a pesar de los emblemas en las corazas y los colores en los escudos. El campo de batalla se disolvió en cientos de

pequeños grupos, como si un millar de guerras diferentes tuvieran lugar al mismo tiempo.

Después de los primeros encontronazos, Dallet cogió a Cenn por el hombro y lo colocó en la fila en el mismo fondo de la formación en V. Cenn, sin embargo, carecía de ningún valor. Cuando el grupo de Kaladin se enzarzó con los pelotones enemigos, toda su instrucción desapareció. Hizo acopio de todas sus fuerzas para quedarse allí, empuñando la lanza y tratando de parecer amenazador.

Durante casi una hora, el pelotón de Kaladin defendió su pequeña loma, luchando en equipo, hombro con hombro. Kaladin a menudo dejó su posición en el frente, corriendo aquí y allá, golpeando su escudo con su lanza en un extraño ritmo.

«Son señales», comprendió Cenn, mientras el pelotón de Kaladin adoptaba una formación en anillo. Con los gritos de los moribundos y los miles de hombres que se gritaban unos a otros, era casi imposible oír una sola voz. Pero el brusco tañido de la lanza contra el metal del escudo de Kaladin sonaba con claridad. Cada vez que cambiaban de formación, Dallet agarraba a Cenn por el hombro y lo guiaba.

El grupo de Kaladin no persiguió a los enemigos rezagados. Permanecieron a la defensiva. Y, aunque varios hombres del pelotón sufrieron heridas, ninguno cayó. Su pelotón era demasiado intimidatorio para los grupos más pequeños, y las unidades enemigas más grandes se retiraban después de unos cuantos intercambios, buscando enemigos más fáciles.

Al cabo de un rato cambió algo. Kaladin dio media vuelta y observó la marea de la batalla con sus penetrantes ojos marrones. Alzó la lanza y golpeó su escudo con un rápido ritmo que no había utilizado antes. Dallet agarró a Cenn por el brazo y lo apartó de la pequeña loma. ¿Por qué abandonar ahora?

Justo entonces, el cuerpo del ejército de Amaram se dispersó, y los hombres se separaron. Cenn no había advertido lo mal que había ido la batalla en esta zona para su bando. Mientras el equipo de Kaladin se retiraba, pasaron ante muchos muertos y heridos, y Cenn sintió náuseas. Había soldados abatidos, las entrañas al descubierto.

No tenía tiempo para el horror: la retirada se convirtió rápidamente en una derrota. Dallet maldijo, y Kaladin volvió a golpear su escudo. El pelotón cambió de dirección, encaminándose hacia el este. Allí, Cenn vio que un grupo grande de soldados de Amaram resistía.

Pero los enemigos habían visto las filas disgregarse, y eso los envalentonó. Corrieron en grupos, como sabuesos salvajes que cazaran cerdos perdidos. Antes de que el grupo de Kaladin cubriera la mitad del campo regado de muertos y moribundos, un gran contingente de soldados enemigos los interceptó. Kaladin golpeó reacio su escudo, y el pelotón redujo la marcha.

Cenn sintió que su corazón empezaba a latir más y más rápido. Cerca, un pelotón de soldados de Amaram se vino abajo: los hombres tropezaban y caían, gritando, intentando escapar. Los enemigos usaban sus lanzas como trinchetes, ensartando a los hombres en el suelo como si fueran presas de caza.

Los hombres de Kaladin recibieron al enemigo en una amalgama de lanzas y escudos. Los cuerpos empujaron por todas partes, y Cenn tropezó. En la mezcolanza de amigo y enemigo, morir y matar, Cenn se vio superado. ¡Tantos hombres corriendo en tantas direcciones!

Sintió pánico y corrió hacia lugar seguro. Un grupo de hombres cercanos llevaba uniformes alezi. El pelotón de Kaladin. Cenn corrió hacia ellos, pero cuando algunos se volvieron hacia él, se aterrorizó al advertir que no los reconocía. Este no era el pelotón de Kaladin, sino un grupito de soldados desconocidos que trataba de mantener una línea irregular y rota. Heridos y aterrorizados, se dispersaron en cuanto un pelotón enemigo se acercó.

Cenn se quedó inmóvil, sujetando la lanza con mano sudorosa. Los soldados enemigos cargaron hacia él. Sus instintos lo instaron a huir, pero había visto a demasiados hombres caer uno a uno. ¡Tenía que resistir! ¡Tenía que enfrentarse a ellos! No podía huir, no podía…

Gritó, y atacó con la lanza al soldado que venía en cabeza. El hombre apartó sin problemas el arma con su escudo, y luego clavó su lanza corta en el muslo de Cenn. El dolor fue caliente, tan ardiente que la sangre que borboteó en su pierna izquierda pareció

fría en comparación. Cenn jadeó.

El soldado liberó su arma. Cenn retrocedió tambaleándose, dejó caer su lanza y su escudo. Cayó al suelo rocoso, chapoteando en sangre ajena. Su enemigo alzó la lanza, una silueta acechante contra el cielo azul, dispuesto a clavársela a Cenn en el corazón.

Y entonces apareció él.

El líder del pelotón. Benditormenta. La lanza de Kaladin salió de ninguna parte, desviando el golpe que habría matado a Cenn. Kaladin se plantó delante del muchacho, solo, enfrentándose a seis lanceros. No vaciló. Atacó.

Sucedió con mucha rapidez. Kaladin derribó con una zancadilla al hombre que había lanceado a Cenn. Mientras ese hombre caía, Kaladin desenvainó un cuchillo de una de las fundas atadas alrededor de su lanza. Su mano chasqueó, el cuchillo destelló y alcanzó el muslo de un segundo enemigo. Ese hombre cayó sobre una rodilla, gritando.

Un tercer hombre se detuvo, mirando a sus aliados caídos. Kaladin se abrió paso frente a un enemigo herido y clavó su lanza en la barriga del tercer hombre. Un cuarto soldado cayó con un cuchillo en el ojo. ¿Cuándo había sacado Kaladin ese cuchillo? Giró entre los dos últimos, la lanza un borrón, empuñándola como si fuera un bastón. Durante un instante, Cenn pudo ver algo que rodeaba al líder del pelotón. Una contorsión del aire, como el viento mismo hecho visible.

«He perdido un montón de sangre. Brota tan rápidamente…»

Kaladin giró, enfrentándose a los que lo atacaban por el flanco, y los dos últimos lanceros cayeron con borboteos que Cenn interpretó como de sorpresa. Eliminados todos los soldados enemigos, Kaladin dio media vuelta y se arrodilló junto a Cenn. El jefe del pelotón soltó su lanza y sacó de su bolsillo una blanca tira de tela que envolvió con eficacia en torno a la pierna del muchacho. Kaladin trabajaba con la habilidad de quien ha vendado heridas docenas de veces antes.

—¡Kaladin, señor! —dijo Cenn, señalando a uno de los soldados que Kaladin había herido. El enemigo se sujetaba la pierna mientras se ponía en pie. Sin embargo, un segundo más tarde, el alto Dallet apareció allí, para empujar al enemigo con su escudo. Dallet no

mató al hombre herido, sino que lo dejó marcharse a trompicones, desarmado.

El resto del pelotón llegó y formó un anillo en torno a Kaladin, Dallet y Cenn. Kaladin se levantó y se cargó la lanza al hombro. Dallet le devolvió sus cuchillos, recuperados de los enemigos caídos.

—Me preocupaste un momento, señor —dijo Dallet—. Al echar a correr así.

—Sabía que me seguirías —respondió Kaladin—. Alza el estandarte rojo. Cyn, Korater, vais a volver con el muchacho. Dallet, quédate aquí. La línea de Amaram se desvía en esta dirección. Deberíamos estar a salvo pronto.

—¿Y tú, señor? —preguntó Dallet.

Kaladin contempló el campo de batalla. En las fuerzas enemigas se había abierto un hueco, y un hombre se acercaba montado en un caballo blanco, blandiendo una maza. Llevaba una armadura completa, pulida, de plata brillante.

—Un portador de esquirlada —dijo Cenn.

Dallet bufó.

—No, gracias al Padre Tormenta. Solo un oficial ojos claros. Los portadores son demasiado valiosos para malgastarlos en una disputa fronteriza menor.

Kaladin observó al ojos claros lleno de odio. Era el mismo odio con que el padre de Cenn hablaba de los ladrones de chulls, o el odio que la madre de Cenn mostraba cuando alguien mencionaba a Kusiri, que se había fugado con el hijo de un zapatero remendón.

—¿Señor? —preguntó Dallet, vacilante.

—Los subpelotones dos y tres, formación en pinza —dijo Kaladin, con voz agria—. Vamos a bajar de su trono a un brillante señor.

—¿Seguro que eso es aconsejable, señor? Tenemos heridos.

Kaladin se volvió hacia Dallet.

—Es uno de los oficiales de Hallaw. Podría ser él.

—Eso no lo sabes, señor.

—Da igual: es el jefe de un batallón. Si matamos a un oficial de tan alto rango, tendremos garantizado estar en el próximo grupo que envíen a las Llanuras Quebradas. Vamos a por él —su mirada se volvió distante—. Imagínate, Dallet. Soldados de verdad. Un

campamento de guerra con disciplina y ojos claros con integridad. Un lugar donde nuestra lucha significará algo.

Dallet suspiró, pero asintió. Kaladin señaló a un grupo de soldados, luego cruzaron corriendo el campo. Un grupo más pequeño de soldados, incluyendo a Dallet, esperó atrás con los heridos. Uno de ellos, un hombre delgado con negro pelo alezi moteado con un puñado de pelos rubios, lo que indicaba cierta sangre extranjera, sacó un largo lazo rojo de su bolsillo y lo ató a su lanza. Alzó la lanza, dejando que el lazo ondeara al viento.

—Es una llamada para que los mensajeros retiren a los heridos del campo —le dijo Dallet a Cenn—. Pronto te sacaremos de aquí. Fuiste valiente, al enfrentarse a esos seis.

—Huir me pareció una estupidez —repuso Cenn, intentando distraer su mente de la herida de su pierna—. Con tantos heridos en el campo ¿cómo podemos pensar que van a venir a por nosotros?

—El jefe Kaladin los soborna —dijo Dallet—. Normalmente solo se llevan a los ojos claros, pero hay más mensajeros que ojos claros heridos. El jefe dedica la mayor parte de su paga a los sobornos.

—Este pelotón sí que es diferente —comentó Cenn, sintiéndose mareado.

—Ya te lo dije.

—No por la suerte. Por la instrucción.

—Eso es una parte. La otra parte es porque sabemos que si nos hieren Kaladin nos sacará del campo de batalla. —Hizo una pausa y miró por encima del hombro. Como Kaladin había predicho, la línea de Amaram regresaba, recuperándose.

El ojos claros a caballo de antes sacudía enérgicamente una maza. Un grupo de su guardia de honor se dirigió a un lado, enfrentándose con los pequeños pelotones de Kaladin. El ojos claros hizo volverse a su caballo. Llevaba un yelmo abierto por delante con los lados rectos y un gran penacho de plumas en lo alto. Cenn no podía distinguir el color de sus ojos, pero sabía que serían azules o verdes, tal vez amarillos o gris claro. Era un brillante señor, elegido al nacer por los Heraldos, marcado para gobernar.

Impasible, observaba a aquellos que combatían cerca. Entonces uno de los cuchillos de Kaladin lo alcanzó en el ojo derecho.

El brillante señor gritó, y cayó de la silla mientras Kaladin de

algún modo se deslizaba entre las líneas y saltaba sobre él, la lanza en alto.

—Sí, es en parte por la instrucción —dijo Dallet, sacudiendo la cabeza—. Pero sobre todo por él. Lucha como una tormenta, y piensa el doble de rápido que los demás hombres. La manera en que se mueve a veces…

—Me vendó la pierna —dijo Cenn, advirtiendo que empezaba a decir tonterías debido a la pérdida de sangre. ¿Por qué recalcar lo de la pierna herida? Era algo sencillo.

Dallet tan solo asintió.

—Entiende mucho de heridas. Y sabe leer glifos también. Es un hombre extraño, nuestro jefe de pelotón, para ser un simple lancero ojos oscuros. —Se volvió hacia Cenn—. Pero deberías ahorrar fuerzas, hijo. Al jefe no le gustará que te perdamos, no después de lo que pagó por ti.

—¿Por qué? —preguntó Cenn. El campo de batalla se volvía más tranquilo, como si muchos de los hombres moribundos hubieran gritado ya hasta quedarse roncos. Casi todo el mundo alrededor era aliado, pero Dallet seguía vigilando para asegurarse de que ningún soldado enemigo trataba de atacar a los heridos de Kaladin.

—¿Por qué, Dallet? —repitió Cenn, con urgencia—. ¿Por qué traerme a este pelotón? ¿Por qué a mí?

Dallet sacudió la cabeza.

—Él es así. Odia la idea de que los chicos jóvenes como tú, apenas entrenados, vayan a la batalla. De vez en cuando, coge a uno y lo trae al pelotón. Más de media docena de nuestros hombres fueron una vez como tú —los ojos de Dallet adquirieron una expresión remota—. Creo que todos vosotros le recordáis a alguien.

Cenn se miró la pierna. Dolospren, como pequeñas manos anaranjadas con dedos extremadamente largos, reptaban a su alrededor, reaccionando a su agonía. Empezaron a volverse, perdiéndose en otras direcciones, buscando a otros heridos. El dolor de Cenn remitía, y sentía la pierna entumecida, al igual que el resto del cuerpo.

Se echó atrás y contempló el cielo. Pudo oír un trueno lejano. Qué extraño. No había nubes en el cielo.

Dallet maldijo.

Cenn dio media vuelta, tratando de sacudirse el estupor. Galopando directamente hacia ellos venía un enorme caballo negro con un jinete de brillante armadura que parecía irradiar luz. La armadura no tenía costuras: no había cota de malla debajo, solo placas más pequeñas, notablemente intrincadas. La figura llevaba un casco ornamentado, y la coraza era dorada. Llevaba una enorme espada en una mano, al menos de la altura de un hombre. No era una simple espada recta, sino curva, y el lado que no tenía filo era ondulado. Toda la hoja estaba grabada.

Era hermosa. Como una obra de arte. Cenn nunca había visto a un portador de esquirlada, pero supo inmediatamente que este hombre lo era. ¿Cómo podía haber confundido a un simple ojos claros acorazado con una de estas majestuosas criaturas?

¿No había dicho Dallet que no habría ningún portador en este campo de batalla? Dallet se puso en pie y llamó al pequeño pelotón para que formara. Cenn se quedó sentado donde estaba. No podría haberse levantado, no con la pierna herida.

Se sentía mareado. ¿Cuánta sangre había perdido? Apenas podía pensar.

Fuera como fuese, no podía luchar. No se lucha contra algo así. El sol brillaba contra aquella armadura. Y esa preciosa, intrincada, sinuosa espada. Era como…, como si el Todopoderoso hubiera tomado forma para caminar por el campo de batalla.

¿Y por qué querría nadie combatir contra el Todopoderoso?

Cenn cerró los ojos.



«Diez órdenes. Nos amaron, una vez. ¿Por qué nos has olvidado, Todopoderoso? Esquirla de mi alma ¿dónde has ido?»

Recogido el segundo día de Kakash, año 1171, cinco segundos antes de la muerte. El sujeto era una mujer ojos claros en su tercera década.

OCHO MESES MÁS TARDE

El estómago de Kaladin gruñía cuando extendió la mano a través de los barrotes y aceptó el cuenco de bazofia. Introdujo el pequeño tazón entre los barrotes, lo olisqueó y luego hizo una mueca mientras la jaula empezaba a rodar de nuevo. El mejunje gris pastoso estaba hecho de grano guisado, y este en concreto estaba sazonado con trozos de la comida del día antes.

Por repugnante que fuera, era todo lo que podría conseguir. Empezó a comer, viendo pasar el paisaje, con las piernas asomando entre los barrotes. Los otros esclavos de su jaula agarraron sus cuencos con gesto protector, temerosos de que alguien pudiera robárselos. Uno de ellos trató de robarle la comida a Kaladin el primer día. Casi le rompió el brazo a aquel hombre. Ahora todo el mundo lo dejaba en paz.

Y eso le parecía bien.

Comió con los dedos, ignorando la suciedad. Había dejado de

reparar en la suciedad hacía meses. Odiaba sentirse parte de la misma paranoia que mostraban los demás. ¿Cómo podía no hacerlo, después de ocho meses de palizas, privaciones y brutalidad?

Combatió la paranoia. No se volvería igual que ellos. Aunque hubiera renunciado a todo lo demás, aunque se lo hubieran arrebatado todo, aunque ya no tuviera ninguna esperanza de escapar. Esto lo conservaría. Era un esclavo, pero no tenía por que pensar como uno de ellos.

Terminó lentamente la bazofia. Cerca de él, uno de los otros esclavos empezó a toser débilmente. Había diez esclavos en el carromato, todos hombres sucios y de barbas desgreñadas. Era uno de los tres carromatos que avanzaban en caravana por las Montañas Irreclamadas.

El sol ardía rojizo en el horizonte, como la parte más caliente del fuego de un herrero. Iluminaba las nubes con un chorro de color, pintado descuidadamente sobre un lienzo. Cubiertas de altas y monótonas hierbas verdes, las montañas parecían interminables. En un montículo cercano, una pequeña figura revoloteaba entre las plantas, danzando como un insecto nervioso. La figura era amorfa, vagamente transparente. Los vientospren eran espíritus maliciosos que tenían la manía de quedarse donde no eran queridos. Kaladin había albergado la esperanza de que este se aburriera y se marchara, pero cuando intentó apartar su cuenco de madera, descubrió que se le había pegado a los dedos.

El vientospren se rio, pasó zumbando, poco más que un lazo de luz sin forma. Kaladin maldijo, sacudiendo el cuenco. Los vientospren a menudo gastaban ese tipo de bromas. Tiró del cuenco, y finalmente se soltó. Gruñendo, lo lanzó a uno de los otros esclavos. El hombre empezó a lamer rápidamente los restos de la porquería.

—Eh —susurró una voz.

Kaladin se volvió a mirar hacia un lado. Un esclavo de piel oscura y pelo enmarañado se arrastraba hacia él, con timidez, como temiendo que Kaladin se enfadara.

—No eres como los demás. —Los negros ojos del esclavo se dirigieron hacia la frente de Kaladin, que llevaba tres marcas. Las dos primeras componían un par de glifos que le habían dado hacía

ocho meses, su último día en el ejército de Amaram. La tercera era más reciente, concedida por su amo más reciente. «Shash», decía el último glifo. Peligroso.

El esclavo tenía la mano oculta entre sus harapos. ¿Un cuchillo? No, eso era ridículo. Ninguno de estos esclavos podría haber ocultado un arma: las hojas ocultas que Kaladin llevaba en el cinturón eran lo máximo que podía uno lograr. Pero los viejos instintos no podían ser desterrados fácilmente, así que Kaladin vigiló esa mano.

—He oído hablar a los guardias —continuó diciendo el esclavo, acercándose un poco más. Tenía un tic que le hacía parpadear con frecuencia—. Dicen que has intentado escapar antes. Que has escapado, de hecho.

Kaladin no respondió.

—Mira —dijo el esclavo, sacando la mano de detrás de sus harapos y revelando su cuenco de bazofia. Estaba medio lleno—. Llévame contigo la próxima vez —susurró—. Te daré esto. La mitad de mi comida a partir de ahora hasta que escapemos. Por favor — mientras hablaba, atrajo a unos pocos hambrespren. Parecían moscas marrones que revoloteaban alrededor de su cabeza, casi demasiado pequeños para que pudieran ser vistos.

Kaladin se volvió a contemplar las interminables colmas y las hierbas siempre en cambiante movimiento. Apoyó un brazo en los barrotes y descansó la cabeza contra él, las piernas todavía colgando por fuera.

—¿Bien? —preguntó el esclavo.

—Eres un idiota. Si me dieras la mitad de tu comida, estarías demasiado débil para huir, si yo fuera a hacerlo. Cosa que no haré. No funciona.

—Pero…

—Diez veces —susurró Kaladin—. Diez intentos de escapatoria en diez meses, huyendo de cinco amos distintos. ¿Y cuántas de ellas salieron bien?

—Bueno…, quiero decir…, todavía estás aquí…

Ocho meses. Ocho meses como esclavo, ocho meses de bazofia y palizas. Bien podría haber sido una eternidad. Apenas recordaba ya el ejército.

—No te puedes esconder si eres esclavo —dijo Kaladin—. No con esta marca en la frente. Sí, escapé unas cuantas veces. Pero siempre me encontraron. Y entonces tuve que regresar.

Antaño, lo llamaban afortunado. Benditormenta. Eran patrañas: en todo caso, Kaladin tenía mala suerte. Los soldados eran supersticiosos, y aunque inicialmente se había resistido a su manera de pensar, cada vez le fue resultando más difícil. Todas las personas a las que había intentado proteger acabaron muertas. Y ahora aquí estaba él, en una situación aún peor que cuando empezó. Era mejor no resistir. Esta era su suerte, y se resignaba a ella.

Había cierto poder, cierta libertad en eso. La libertad de no tener que preocuparse.

El esclavo acabó por comprender que Kaladin no iba a decir nada más, así que se retiró y se puso a comer su bazofia. Los carromatos continuaron rodando, los campos de verde extendiéndose en todas direcciones. La zona que los rodeaba, sin embargo, estaba pelada. Cuando se acercaban, la hierba se retiraba, cada tallo individual se replegaba en un agujero en la piedra. Después de que pasaran las carretas, la hierba volvía a asomar tímidamente y extendía sus hojas hacia el aire. Y así, los carromatos avanzaban por lo que parecía ser un camino de roca, despejado solo para ellos.

Avanzados en las Montañas Irreclamadas, las tormentas eran increíblemente poderosas. Las plantas habían aprendido a sobrevivir. Eso era lo que había que hacer, aprender a sobrevivir. Prepárate, capea la tormenta.

Kaladin captó el olor de otro cuerpo sucio y sudoroso y oyó el ruido de pasos arrastrándose. Miró receloso hacia un lado, esperando ver al mismo esclavo otra vez.

Pero este era un hombre distinto. Tenía una larga barba negra manchada de migas de comida y retorcida por la suciedad. Kaladin mantenía su barba más corta, pues permitía que los mercenarios de Tvlakv se la recortaran periódicamente. Como Kaladin, el esclavo vestía los restos de un saco marrón atado con un harapo y era un ojos oscuros, naturalmente, quizá tenía los ojos de un verde oscuro profundo, aunque con los ojos oscuros era difícil decir. Todos parecían marrones o negros a menos que los vieras a la luz

adecuada.

El recién llegado se retiró, levantando las manos. Tenía un sarpullido en una de ellas, la piel levemente descolorida. Probablemente se había acercado porque había visto a Kaladin responderle al otro hombre. Los esclavos le habían tenido miedo desde el primer día, pero también sentían mucha curiosidad por él.

Kaladin suspiró y dio media vuelta. El esclavo se sentó, vacilante.

—¿Te importa si te pregunto cómo has acabado siendo esclavo, amigo? No puedo dejar de preguntármelo. Nos lo preguntamos todos.

A juzgar por el acento y el pelo oscuro, el hombre era alezi, como Kaladin. La mayoría de los esclavos lo eran. Kaladin no respondió a la pregunta.

—Yo robé un rebaño de chulls —dijo el hombre. Tenía una voz rasposa, como hojas de papel que rozaran entre sí—. Si me hubiera llevado un solo chull, tal vez me habrían dado unos azotes. Pero un rebaño entero… Diecisiete cabezas —se rio para sí, admirado de su propia audacia.

Al fondo de la carreta, alguien volvió a toser. Eran un grupo lamentable, incluso tratándose de esclavos. Débiles, enfermos, mal nutridos. Algunos, como Kaladin, eran fugitivos recalcitrantes, aunque Kaladin era el único que tenía la marca del «shash». Eran los más indignos de una casta indigna, comprados de saldo. Probablemente serían vendidos de nuevo en algún lugar remoto donde hiciera falta desesperadamente mano de obra. Había muchas ciudades pequeñas e independientes a lo largo de la costa de las Montañas Irreclamadas, lugares donde las reglas vorin sobre el empleo de esclavos eran solo un rumor lejano.

Seguir ese camino era peligroso. Nadie gobernaba estas tierras, y al atajar por terreno descubierto y apartarse de las rutas establecidas de comercio, Tvlakv podía encontrarse fácilmente con un puñado de mercenarios sin empleo. Hombres que no tenían honor y no temían matar a un amo de esclavos y a sus propiedades para robar unos cuantos chulls y unas cuantas carretas.

Hombres que no tenían honor. ¿Había hombres que lo tuvieran?

«No —pensó Kaladin—. El honor murió hace ocho meses.»

—¿Y bien? —preguntó el hombre de la barba hirsuta—. ¿Qué hiciste para acabar como esclavo?

Kaladin alzó de nuevo el brazo contra los barrotes.

—¿Cómo te capturaron a ti?

—Eso es lo raro —dijo el hombre. Kaladin no había respondido a su pregunta, pero él sí que había contestado. Eso parecía suficiente—. Fue una mujer, claro. Tendría que haber sabido que acabaría por venderme.

—No tendrías que haber robado chulls. Demasiado lentos. Los caballos habrían sido mejor.

El hombre se rio.

—¿Caballos? ¿Qué crees que soy, un loco? Si me hubieran pillado robando caballos, me habrían ahorcado. Los chulls al menos solo me ganaron una marca de esclavo.

Kaladin miró hacia un lado. La marca de la frente del hombre era más antigua que la suya, la piel alrededor de la cicatriz blanqueada. ¿Qué ponía en aquel glifo?

—*Sas morom* —dijo Kaladin. Era el nombre del distrito donde el hombre había sido marcado originalmente.

El hombre alzó la cabeza, sorprendido.

—¡Eh! ¿Conoces los glifos? —Varios de los esclavos cercanos se agitaron al advertir esta rareza—. Tu historia debe de ser aún mejor de lo que creía, amigo.

Kaladin contempló la hierba que se agitaba con la suave brisa. Cada vez que el viento arreciaba, los tallos de hierba más sensibles se encogían en sus madrigueras, dejando el paisaje a parches, como la piel de un caballo enfermo. Aquel vientospren seguía allí, moviéndose entre la hierba. ¿Cuánto tiempo llevaba siguiéndolo? Al menos un par de meses ya. Eso era muy extraño. Tal vez no se trataba del mismo. Resultaba imposible distinguirlos.

—¿Bien? —instó el hombre—. ¿Por qué estás aquí?

—Hay muchas razones por las que estoy aquí —replicó Kaladin —. Fracasos. Delitos. Traiciones. Probablemente por lo mismo que la mayoría de nosotros.

A su alrededor, varios de los hombres gruñeron, mostrando su asentimiento; uno de aquellos gruñidos degeneró en una tos lastimosa. «Tos chirriante —pensó una parte de la mente de Kaladin

—, acompañada de exceso de flema y murmullos febriles de noche. Parece el final.»

—Bueno —dijo el hombre charlatán—, quizá debería hacer una pregunta distinta. Sé más concreto, es lo que decía siempre mi madre. Di lo que pretendes y pide lo que quieres. ¿Cuál es la historia que te hizo conseguir esa marca que llevas?

Kaladin se sentó, sintiendo el carromato sacudirse y rodar bajo él.

—Maté a un ojos claros.

Su desconocido compañero silbó de nuevo, esta vez con más admiración que antes.

—Me sorprende que te dejaran vivir.

—Matar al ojos claros no es lo que me convirtió en esclavo —dijo Kaladin—. El problema es al que no maté.

—¿Cómo es eso?

Kaladin negó con la cabeza, luego dejó de responder a las preguntas del charlatán. El hombre acabó por dirigirse a la parte delantera de la carreta, se sentó y se puso a mirarse los pies descalzos.

Horas más tarde, Kaladin seguía sentado en el mismo sitio, acariciando absorto los glifos de su frente. Esta era su vida, un día tras otro, viajar en estas malditas carretas.

Sus primeras marcas habían sanado hacía mucho tiempo, pero la piel alrededor de la marca del *shash* estaba roja, irritada, y cubierta de postillas. Latía, casi como un segundo corazón. Dolía aun más que la quemadura que sufrió cuando agarró el asa caliente de una olla cuando era niño.

Las lecciones que su padre le había enseñado susurraron en el fondo de su cerebro, recordando la manera adecuada de tratar una quemadura. Aplicar un ungüento para impedir la infección, lavarla a diario. Esos recuerdos no suponían ningún consuelo, sino una molestia. No tenía hojas de trébol ni aceite de lister: ni siquiera tenía agua para lavar la herida.

Las partes que habían desarrollado la postilla le tiraban de la piel, haciendo que sintiera la frente tensa. Apenas podía pasar unos pocos minutos sin arrugar el ceño e irritar la herida. Se había

acostumbrado a tocarse y secar la sangre que manaba de las grietas: tenía manchada toda la parte derecha de la frente. Si hubiera tenido un espejo, probablemente habría localizado los diminutos putrispren rojos reunidos alrededor de la herida.

El sol se puso por el oeste, pero los carromatos siguieron rodando. Salas Violeta asomó al horizonte por oriente, vacilante al principio, como para asegurarse de que se había puesto el sol. Era una noche despejada, y las estrellas titilaban en lo alto. La Cicatriz de Taln (un puñado de estrellas rojo oscuro que destacaban vibrantes entre el parpadeo de las blancas) estaba alta en el cielo esta estación.

El esclavo que tosía antes volvía a hacerlo. Una tos bronca, húmeda. En otro tiempo, Kaladin habría corrido a ayudar, pero algo en su interior había cambiado. Había intentado ayudar a tanta gente que ahora estaba muerta… Le parecía, irracionalmente, que ese hombre estaría mejor sin su interferencia. Después de fallarle a Tien, y luego a Dallet y su equipo, y luego a diez sucesivos grupos de esclavos, era difícil encontrar la fuerza de voluntad para volver a hacerlo.

Dos horas después de la Primera Luna Tvlakv finalmente ordenó parar. Sus dos brutales mercenarios bajaron de lo alto de los carromatos, y luego se dispusieron a encender una pequeña hoguera. El larguirucho Taran, el chico que les servía de criado, atendió a los chulls. Los grandes crustáceos eran casi tan grandes como las carretas. Se posaron, replegándose en sus caparazones para pasar la noche con unos puñados de grano. Finalmente, Tvlakv empezó a comprobar uno por uno a los esclavos, dando a cada uno un tazón de agua, asegurándose de que su inversión gozaba de buena salud. O, al menos, tan buena como podía esperarse de este pobre grupo.

Tvlakv empezó con el primer carromato, y Kaladin, todavía sentado, metió los dedos en su cinturón improvisado, comprobando las hojas que había escondido allí. Crujieron satisfactoriamente, y notó la aspereza de las hojas secas y tiesas contra su piel. Todavía no estaba seguro de lo que iba a hacer con ellas. Las había cogido en un impulso durante uno de los momentos en los que le habían permitido salir del carromato para estirar las piernas. Dudaba que

nadie más en la caravana supiera reconocer el acónito negro con sus hojas estrechas de punta en forma de tenedor, así que no había sido un riesgo demasiado grande.

Ausente, sacó las hojas y las frotó entre el índice y la palma de su mano. Tenía que secarlas antes de que alcanzaran su potencia. ¿Por qué las llevaba? ¿Pretendía dárselas a Tvlakv y vengarse? ¿O era una contingencia, algo que conservar por si las cosas salían demasiado mal y se volvían demasiado insoportables?

«No habré caído tan bajo», pensó. Lo más probable era que se tratara de su instinto por apoderarse de un arma cuando veía una, no importaba lo poco corriente que fuera. El paisaje era oscuro. Salas era la más pequeña y la más tenue de las lunas, y aunque su color violeta había inspirado a incontables bardos, no hacía mucho para ayudarte a ver tu propia mano delante de tu cara.

—¡Oh! —dijo una suave voz femenina—. ¿Qué es eso?

Una figura transparente, de apenas un palmo de altura, asomó en el borde del suelo, cerca de Kaladin. Se subió a la carreta, como si escalara una alta meseta. El vientospren había tomado la forma de una mujer joven (los spren más grandes podían cambiar de forma y tamaño), de rostro anguloso y largo cabello ondulante que se convertía en bruma tras su cabeza. La mujer (Kaladin no podía dejar de pensar que el vientospren era una mujer) estaba formada de celestes y blancos y llevaba un sencillo vestido blanco de corte infantil que le llegaba hasta la mitad del muslo. Como el cabello, se convertía en bruma en la parte inferior. Sus pies, manos y rostro eran claramente definidos, y tenía las caderas y el busto de una mujer esbelta.

Kaladin la miró con el ceño fruncido. Los spren estaban por todas partes: se les ignoraba la mayor parte de las veces. Pero este era una rareza. El vientospren siguió avanzando, como si subiera por una escalera invisible. Llegó a una altura en la que pudo mirar a la mano de Kaladin, de modo que él cerró los dedos en torno a las hojas negras. La criatura rodeó su puño. Aunque brillaba como una imagen retinal tras contemplar el sol, su forma no proporcionaba ninguna iluminación real.

Se agachó, mirándole la mano desde diferentes ángulos, como una niña que esperara encontrar un caramelo oculto.

—¿Qué es? —su voz era como un susurro—. Puedes enseñármelo. No se lo diré a nadie. ¿Es un tesoro? ¿Has cortado un pedazo de la capa de la noche y lo has guardado? ¿Es el corazón de un escarabajo, diminuto pero poderoso?

Él no dijo nada, lo que provocó un puchero en la spren. La criatura flotó hacia arriba, gravitando aunque no tenía alas, y lo miró a los ojos.

—Kaladin, ¿por qué me ignoras?

Kaladin se sobresaltó.

—¿Qué has dicho?

Ella sonrió con picardía, y entonces dio un brinco y su figura se difuminó en un largo lazo blanco de luz blanquiazul. Salió disparada entre los barrotes, retorciendo y agitando el aire, como una tira de tela capturada por el viento, y se introdujo bajo la carreta.

—¡La tormenta te caiga encima! —dijo Kaladin, poniéndose en pie de un salto—. ¡Espíritu! ¿Qué has dicho? ¡Repite eso!

Los spren no usaban los nombres de la gente. No eran inteligentes. Los más grandes (como los vientospren o los ríospren) podían imitar voces y expresiones, pero no pensaban de verdad. No…

—¿Ha oído alguno de vosotros eso? —preguntó Kaladin, volviéndose hacia los otros ocupantes de la jaula. El techo apenas le permitía ponerse en pie. Los demás estaban tendidos, esperando recibir su ración de agua. No obtuvo ninguna respuesta más allá de unos cuantos murmullos para que se callara y unas toses por parte del hombre enfermo del rincón. Incluso el «amigo» de antes le ignoró. El hombre se había sumido en el estupor, mirándose los pies, y agitando de vez en cuando los dedos.

Tal vez no habían visto a la spren. Muchos de los más grandes eran invisibles, excepto para la persona a la que atormentaban. Kaladin se sentó en el suelo del carromato y asomó las piernas. La vientospren había dicho su nombre, pero sin duda solo repetía lo que había oído antes. Pero… Ninguno de los hombres del carromato sabía su nombre.

«Tal vez me estoy volviendo loco —pensó Kaladin—. Veo cosas que no existen. Oigo voces.»

Inspiró profundamente, y luego abrió la mano. La presión había quebrado y roto las hojas. Tendría que guardarlas para impedir nuevos…

—Esas hojas parecen interesantes —dijo la misma voz femenina —. Te gustan mucho, ¿no?

Kaladin dio un respingo y se torció hacia un lado. La vientospren flotaba en el aire junto a su cabeza, el vestido blanco ondulando con un viento que Kaladin no podía sentir.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó.

La vientospren no respondió. Caminó en el aire hacia los barrotes, asomó la cabeza, y vio a Tvlakv, el tratante de esclavos, administrar bebidas a los últimos esclavos del primer carromato. Miró de nuevo a Kaladin.

—¿Por qué no luchas? Lo hacías antes. Ahora lo has dejado.

—¿Y a ti qué te importa, espíritu?

Ella ladeó la cabeza.

—No lo sé —dijo, como sorprendida—. Pero me importa. ¿No es extraño?

Era más que extraño. ¿Qué podía interpretar de una spren que no solo usaba su nombre, sino que parecía recordar cosas que él había hecho hacía semanas?

—La gente no come hojas, Kaladin, ¿sabes? —dijo ella, cruzando sus brazos transparentes. Entonces ladeó la cabeza—. ¿O sí? No me acuerdo. Sois tan extraños, metiéndoos algunas cosas en la boca, y vertiendo otras cuando creéis que no hay nadie mirando.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—¿Cómo lo sabes tú?

—Lo sé porque…, porque es mío. Mis padres me lo dijeron. No lo sé.

—Bueno, pues yo tampoco —respondió ella, como si acabara de ganar una discusión importante.

—Bien. ¿Pero por qué usas mi nombre?

—Porque es educado. Y tú eres maleducado.

—¡Los spren no saben lo que eso significa!

Kaladin parpadeó. Bueno, estaba muy lejos del lugar donde había crecido, recorriendo piedras extranjeras y comiendo comida extranjera. Tal vez los spren que vivían aquí eran diferentes a los de

casa.

—¿Por qué no luchas? —preguntó ella, posándose en sus piernas y mirándolo a la cara. No tenía ningún peso que Kaladin pudiera sentir.

—No puedo luchar —respondió él en voz baja.

—Lo hiciste antes.

Kaladin cerró los ojos y apoyó la cabeza contra los barrotes.

—Estoy cansado.

No se refería a la fatiga física, aunque ocho meses de comer sobras habían sustraído gran parte de la fuerza que había cultivado durante la guerra. Se sentía cansado. Incluso aunque durmiera lo suficiente. Incluso en aquellos raros días en que no tenía hambre, ni frío, ni se sentía dolorido tras una paliza. Tan cansado…

—Has estado cansado antes.

—He fracasado, espíritu —replicó él, cerrando con fuerza los ojos—. ¿Debes torturarme así?

Todos estaban muertos. Cenn y Dallet, y antes de eso Tukk y los Tomadores. Antes que eso, Tien. Antes de eso, sangre en sus manos y el cadáver de una joven de piel pálida.

Alguno de los esclavos cercanos murmuró, pensando probablemente que estaba loco. Cualquiera podía acabar atrayendo a un spren, pero aprendías pronto que hablar con uno de ellos carecía de sentido. ¿Estaba loco? Tal vez debería desear eso: la locura era una huida al dolor. En cambio, lo aterrorizaba.

Abrió los ojos. Tvlakv finalmente se acercaba al carromato de Kaladin con su cubo de agua. El hombre, grueso y de ojos marrones, caminaba con una leve cojera; resultado de una pierna rota, tal vez. Era thayleño, y todos los thayleños tenían las mismas barbas y cejas blancas, no importaba su edad ni el color del pelo de sus cabezas. Aquellas cejas crecían muy largas, y los thayleños las llevaban recogidas tras las orejas. Eso hacía que pareciera que tenía dos vetas blancas en su cabello, por lo demás negro.

Sus ropajes (pantalones de rayas rojas y negras con una camisola azul oscura a juego con el color de su gorra de lana) habían sido buenos en algún momento, pero ahora estaban hechos harapos. ¿Había sido alguna vez otra cosa que no fuera un tratante de esclavos? Esta vida (la indiferente compra y venta de carne

humana) parecía tener un efecto en los hombres. Agotaba el alma, aunque llenara la faltriquera.

Tvlakv se mantuvo a distancia de Kaladin, y alzó su lámpara de aceite para inspeccionar al esclavo que tosía. Llamó a sus mercenarios. Bluth (Kaladin no sabía por qué se molestaba en aprender sus nombres) se acercó. Tvlakv habló en voz baja, y señaló al esclavo. Bluth asintió, el rostro pétreo recortado a la luz de la lámpara, y liberó el garrote de su cinto.

La vientospren tomó la forma de un lazo blanco, y luego voló hacia el hombre enfermo. Giró y se retorció unas cuantas veces antes de posarse en el suelo y convertirse de nuevo en una muchacha. Se inclinó para inspeccionar al hombre. Como una niña curiosa.

Kaladin dio media vuelta y cerró los ojos, pero todavía podía oír la tos. En el interior de su mente, la voz de su padre respondió con tono cuidadoso y preciso: «Para curar la tos chirriante, administra dos puñados de hiedra de sangre, en polvo, cada día. Si no la tienes, asegúrate de dar líquido en abundancia al paciente, preferiblemente con azúcar diluido. Mientras el paciente esté hidratado, lo más probable es que sobreviva. La enfermedad parece mucho peor de lo que es.»

«Lo más probable es que sobreviva…»

Las toses continuaron. Alguien abrió la puerta de la jaula. ¿Sabrían ayudar al hombre? La solución era tan sencilla. Dadle agua, y viviría.

No importaba. Era mejor no implicarse.

Hombres muriendo en el campo de batalla. Un rostro juvenil, tan familiar y querido, mirando a Kaladin en busca de salvación. Una espada abriendo un cuello. Un portador de esquirlada cargando a través de las filas de Amaram.

Sangre. Muerte. Fracaso. Dolor.

Y la voz de su padre. «¿De verdad puedes dejarlo, hijo? ¿Dejarlo morir cuando podrías haber ayudado?»

«¡Adelante!»

—¡Alto! —gritó Kaladin, poniéndose en pie.

Los otros esclavos retrocedieron. Bluth dio un respingo, cerró la puerta de la jaula y empuñó su garrote. Tvlakv se ocultó tras el

mercenario, usándolo como escudo.

Kaladin inspiró profundamente, cerró una mano en torno a las hojas y luego se llevó la otra a la cabeza, para limpiar una mancha de sangre. Cruzó la pequeña jaula, los pies descalzos resonando sobre la madera. Bluth se quedó mirando mientras Kaladin se arrodillaba junto al hombre enfermo. La luz fluctuante iluminó un rostro alargado y demacrado y unos labios casi exangües. El hombre había tosido flema: era verdosa y densa. Kaladin palpó el cuello del hombre en busca de hinchazón, luego comprobó sus ojos marrón oscuro.

—Se llama tos chirriante —dijo Kaladin—. Vivirá si le dais un tazón extra de agua cada dos horas durante cinco días. Tendréis que obligarlo a tragarla. Mezcladla con azúcar, si tenéis.

Bluth se rascó su amplia barbilla, y luego miró al tratante de esclavos.

—Sácalo —dijo Tvlakv.

El esclavo herido despertó cuando Bluth descorrió el cerrojo de la jaula. El mercenario hizo un gesto a Kaladin con su garrote para que retrocediera, y Kaladin se retiró, reacio.

Tras guardar el garrote, Bluth agarró al esclavo por debajo de los brazos y lo sacó a rastras, mientras intentaba no apartar la mirada de Kaladin, cuyo último intento de huida había implicado a veinte esclavos armados. Su amo debería haberlo ejecutado por ello, pero dijo que Kaladin era «intrigante» y lo marcó con el *shash*, antes de venderlo por una miseria.

Siempre parecía haber un motivo para que Kaladin sobreviviera cuando aquellos a los que intentaba ayudar morían. Algunos hombres podrían haberlo considerado una bendición, pero él lo veía como una irónica especie de tormento. Cuando pertenecía a su anterior amo, había pasado algún tiempo hablando con un esclavo del oeste, un hombre de Selay que le había hablado de la Antigua Magia de sus leyendas y su capacidad para curar a la gente. ¿Podría ser eso lo que le estaba sucediendo a Kaladin?

«No seas necio», se dijo.

La puerta de la jaula se cerró de golpe. Las jaulas eran necesarias: Tvlakv tenía que proteger de las altas tormentas su frágil inversión. Las jaulas tenían costados de madera que podían ser

levantados y cerrados durante las furiosas galernas.

Bluth arrastró al esclavo hasta la hoguera, junto al barril de agua sin abrir. Kaladin sintió que se relajaba. «Eso es —se dijo—. Tal vez puedas ayudar todavía. Tal vez haya un motivo para preocuparse.»

Kaladin abrió la mano y miró las hojas negras aplastadas que tenía en la palma. No las necesitaba. Dejarlas caer en la bebida de Tvlakv no habría sido difícil, pero sí inútil. ¿De verdad quería muerto al tratante de esclavos? ¿Qué conseguiría con eso?

Un grave chasquido sonó en el aire, seguido de un segundo, más sordo, como si alguien hubiera dejado caer una bolsa de grano. Kaladin alzó la cabeza y miró hacia el lugar donde Bluth había depositado al esclavo enfermo. El mercenario alzó su garrote una vez más, y entonces descargó un golpe que resonó al alcanzar el cráneo del esclavo.

El hombre no había murmurado un solo grito de dolor ni de protesta. Su cadáver se desplomó en la oscuridad. Bluth lo recogió con indiferencia y se lo cargó al hombro.

—¡No! —gritó Kaladin, saltando en la jaula y golpeando los barrotes con las manos.

Tvlakv se calentaba junto al fuego.

—¡La tormenta te lleve! —gritó Kaladin—. ¡Podría haber vivido, hijo de puta!

Tvlakv lo miró. Entonces, sin prisas, el tratante de esclavos se acercó, enderezando su gorra de lana azul oscuro.

—Os habría hecho enfermar a todos, ¿no lo ves? —su voz tenía un leve acento, y agrupaba las palabras sin darle énfasis a las sílabas adecuadas. Los thaylenses siempre parecía como si estuvieran murmurando—. No voy a perder un carromato entero por un hombre.

—¡Ha dejado ya la fase de contagio! —dijo Kaladin, golpeando de nuevo los barrotes con las manos—. Si alguno de nosotros fuera a pillar la tos, lo habría hecho ya.

—Espero que no lo hagáis. Creo que ya no puede salvarse.

—¡Te digo lo contrario!

—¿Y he de creerte, desertor? —dijo Tvlakv, divertido—. ¿Un hombre con ojos que arden y odian? Querrías matarme —se

encogió de hombros—. No me importa. Mientras estés fuerte para cuando sea el momento de las ventas. Deberías bendecirme por salvarte de la enfermedad de ese hombre.

—Bendeciré tu túmulo cuando apile yo mismo las piedras —replicó Kaladin.

Tvlakv sonrió, y regresó junto al fuego.

—Conserva esa furia, desertor, y esa fuerza. Me pagarán bien cuando lleguemos.

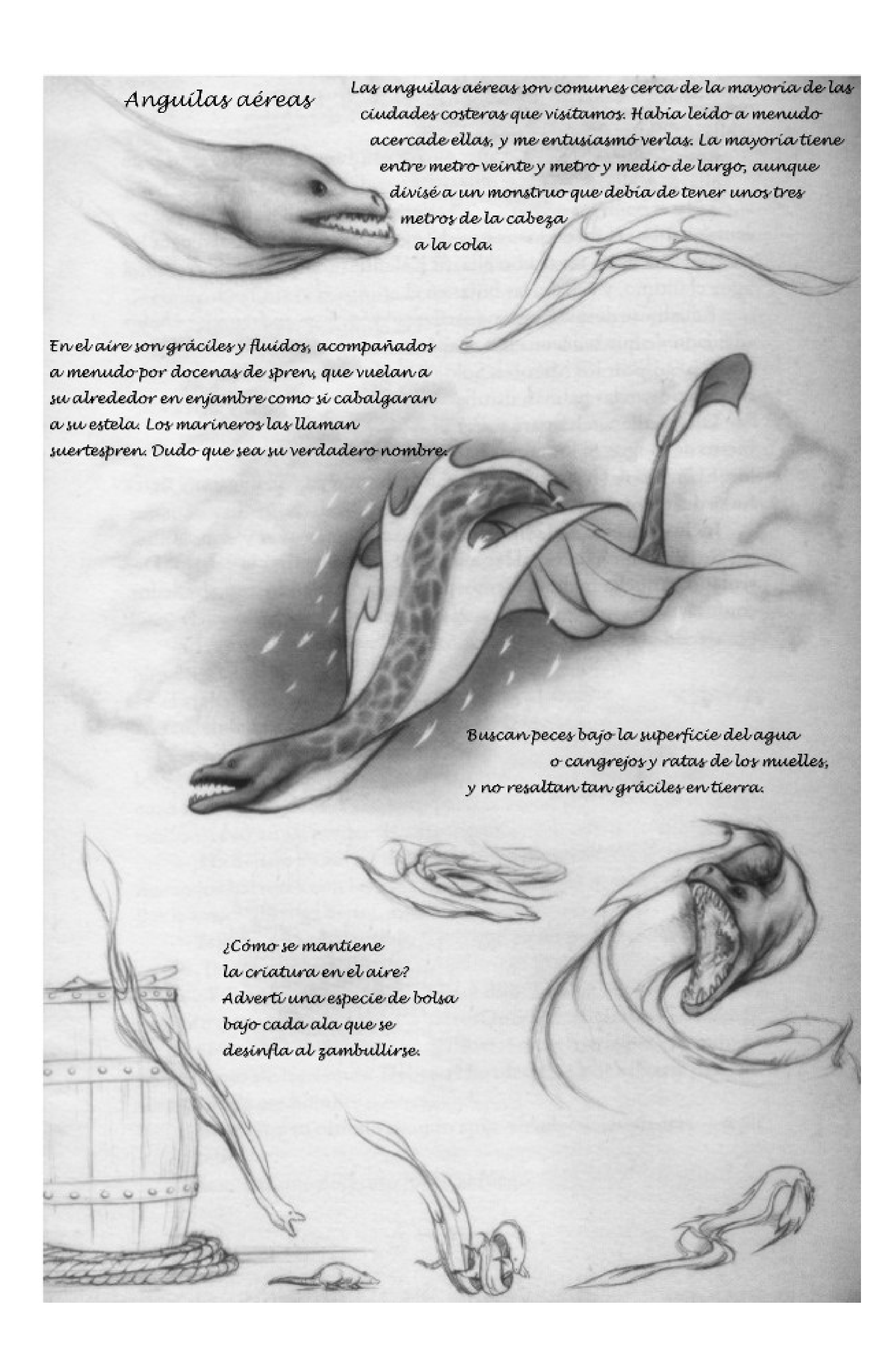
«No si no llegas a vivir tanto», pensó Kaladin. Tvlakv siempre calentaba sobre el fuego los restos del agua del cubo que usaba para los esclavos. Se hacía un té con ella. Si Kaladin se asegurara de recibir el agua el último, y echaba las hojas en el…

Kaladin se detuvo, mirándose las manos. Con su frenesí, se había olvidado de que tenía en ellas el acónito negro. Había dejado caer los copos al golpear los barrotes. Solo unos pedacillos se le habían quedado pegados en las palmas, insuficientes para resultar potentes.

Dio media vuelta para mirar atrás: el suelo de la jaula estaba cubierto de mugre. Si los copos habían caído allí, era imposible recogerlos. El viento se levantó de pronto, expulsando polvo, migajas y tierra fuera del carromato, hacia la noche.

Incluso en esto Kaladin fracasaba.

Se derrumbó, de espaldas a los barrotes, e inclinó la cabeza. Derrotado. Aquella maldita vientospren siguió bailando a su alrededor, confusa.


Anguilas aéreas
Las anguilas aéreas son comunes cerca de la mayoría de las ciudades costeras que visitamos. Había leído a menudo acercade ellas, y me entusiasmó verlas. La mayoría tiene entre metro veinte y metro y medio de largo, aunque divisé a un monstruo que debía de tener unos tres metros de la cabeza a la cola.
En el aire son gráciles y fluidos, acompañados a menudo por docenas de spren, que vuelan a su alrededor en enjambre como si cabalgaran a su estela. Los marineros las llaman suertespren. Dudo que sea su verdadero nombre.
Buscan peces bajo la superficie del agua o cangrejos y ratas de los muelles, y no resaltan tan gráciles en tierra.
¿Cómo se mantiene la criatura en el aire? Advertí una especie de bolsa bajo cada ala que se desinfla al zambullirse.



«Un hombre se encontraba en lo alto de una montaña, contemplando su patria hundirse en el polvo. Las aguas se arremolinaban debajo, muy lejos. Y oyó a un niño llorar. Eran sus propias lágrimas.»

Recogido el 4 de Tanates, año 1171, treinta segundos antes de la muerte. El sujeto era un zapatero de cierto renombre.

Kharbranth, la Ciudad de las Campanas, no era un lugar que Shalian hubiera imaginado que visitaría nunca. Aunque a menudo había soñado con viajar, esperaba pasar los primeros años de su vida secuestrada en la mansión de su familia, donde solo los libros de su padre le permitían escapar. Esperaba casarse con uno de los aliados de su padre, y luego pasarse el resto de la vida secuestrada en la mansión de ese otro hombre.

Pero las expectativas eran como la porcelana fina. Cuanto más fuerte te agarrabas a ellas, más probable era que se rompiesen.

Se sentía inquieta. Se apretó contra el pecho la libreta de dibujo encuadernada en cuero, mientras los estibadores llevaban el barco a puerto. Kharbranth era enorme. Construida en la falda de una pronunciada pendiente, la ciudad tenía forma de cuña, como si hubiera sido edificada en una amplia grieta, con un lado abierto que desembocaba en el océano. Los edificios eran recios, con ventanas cuadradas, y parecían haber sido construidos con alguna

especie de barro o adobe. ¿Crem, tal vez? Estaban pintados de colores brillantes, rojos y anaranjados la mayoría, pero había también azules y amarillos de vez en cuando.

Pudo oír las campanas, tintineando al viento, resonando con sus voces puras. Tuvo que torcer el cuello para contemplar la zona más alta de la ciudad: Kharbranth era como una montaña que se alzaba sobre ella. ¿Cuánta gente vivía en un lugar como este? ¿Miles de personas? ¿Decenas de miles? Se estremeció de nuevo, asustada aunque emocionada al mismo tiempo, y entonces parpadeó con fuerza, fijando la imagen de la ciudad en su memoria.

Los marineros corrían de un lado a otro. *El Placer del Viento* era un navío estrecho, de un solo palo, apenas lo suficientemente grande para ella, el capitán, su esposa y la media docena de tripulantes. Al principio le había parecido muy pequeño, pero el capitán Tozbek era un hombre tranquilo y cauto, un marino excelente, aunque fuera pagano. Había guiado el barco con cuidado a lo largo de la costa, encontrando siempre una cala a cubierto para capear las altas tormentas.

El capitán supervisaba el trabajo mientras los hombres aseguraban las maromas. Tozbek era un hombre bajo que le llegaba a Shallan a la altura de los hombros, y mostraba sus largas cejas blancas thayleñas en una curiosa pauta en punta. Era como si tuviera dos abanicos sobre los ojos, de un palmo de largo cada uno. Llevaba una sencilla gorra de lana y una chaqueta negra con botones plateados. Shallan imaginaba que aquella cicatriz de su barbilla se la había hecho en una furiosa batalla marítima contra los piratas. El día antes, se decepcionó al enterarse de que había sido causada por un cabo suelto durante un temporal.

La esposa de Tozbek, Ashlv, bajaba ya por la plancha para registrar el barco. El capitán vio a Shallan observándolo, y se acercó a ella. Era uno de los contactos comerciales de la familia, en quien su padre confiaba ciegamente. Eso era buena cosa, ya que el plan que sus hermanos y ella habían trazado no tenía lugar para que la escoltara un ama o una dama de compañía.

El plan ponía a Shallan nerviosa. Muy, muy nerviosa. Odiaba ser hipócrita. Pero el estado financiero de su casa… Necesitaban una espectacular entrada de dinero u otro tipo de presión en la política

local de Veden. De lo contrario, no sobrevivirían al año.

«Lo primero es lo primero —pensó Shallan, obligándose a conservar la calma—. Encuentra a Jasnah Kholin. Suponiendo que no se haya marchado de nuevo sin ti.»

—He enviado a un mozo de tu parte, brillante —dijo Tozbek—. Si la princesa sigue aquí, lo sabremos pronto.

Shallan asintió agradecida, todavía aferrada a su libreta de dibujos. En la ciudad, había gente por todas partes. Algunos llevaban ropas familiares: pantalones y camisas con encajes los hombres; faldas y blusas de colores, las mujeres. Podrían ser gente de su tierra, Jah Keved. Pero Kharbranth era una ciudad libre. Una ciudad-estado pequeña y políticamente frágil con poco terreno pero con muelles abiertos a todos los barcos que pasaban; allí no hacían ninguna pregunta referida a nacionalidades ni estatus. La gente acudía en masa.

Eso significaba que muchas de las personas que Shallan veía eran exóticas. Aquellas túnicas simples indicaban a un hombre o una mujer de Tashikk, muy al oeste. Las largas sayas hasta los tobillos, pero abiertas por delante como capas… ¿de dónde era esa gente? Rara vez había visto a tantos parshmenios como veía ahora trabajando en los muelles, cargando fardos a sus espaldas. Como los parshmenios que había poseído su padre, eran fornidos y de miembros gruesos, con su extraña piel jaspeada: algunas partes pálidas o negras, otras de un intenso escarlata. La pauta jaspeada era única en cada individuo.

Después de seguir a Jasnah Kholin de ciudad en ciudad durante casi un año, Shallan estaba empezando a pensar que nunca alcanzaría a la princesa. ¿La estaba evitando? No, eso no parecía probable: Shallan no era lo bastante importante para esperarla. La brillante Jasnah Kholin era una de las mujeres más poderosas del mundo. Y una de las más tristemente célebres. Era la única miembro de una fiel casa real que era una hereje profesa.

Shallan intentó controlar su ansiedad. Lo más probable era que descubrieran que Jasnah se había vuelto a marchar. *El Placer del Viento* atracaría para pasar la noche, y Shallan negociaría un precio con el capitán (con un gran descuento, debido a las inversiones de su familia en el negocio de Tozbek) para que la llevara al siguiente

puerto.

Ya habían pasado varios meses de la fecha en que Tozbek esperaba librarse de ella. Shallan no había sentido nunca el menor resentimiento por su parte: su honor y lealtad le obligaban a acceder a sus peticiones. Sin embargo, su paciencia no duraría eternamente, ni el dinero de ella tampoco. Ya había gastado la mitad de las esferas que había traído consigo. Tozbek acabaría por abandonarla en una ciudad desconocida, desde luego, pero tal vez insistiera en llevarla de regreso a Vedenar.

—¡Capitán! —dijo un marinero, subiendo la plancha a la carrera. Llevaba solamente un chaleco y pantalones bombachos, y tenía la piel bronceada de quien trabaja al sol—. Ningún mensaje, señor. El práctico del puerto dice que Jasnah no se ha marchado todavía.

—¡Bien! —exclamó el capitán, volviéndose hacia Shallan—. ¡La caza ha terminado!

—Benditos sean los Heraldos —dijo Shallan en voz baja.

El capitán sonrió; sus exageradas cejas parecían vetas de luz que surgieran de sus ojos.

—¡Debe de ser tu hermoso rostro el que nos ha traído este viento favorable! ¡Los propios vientospren se extasiaron contigo, brillante Shallan, y nos condujeron hasta aquí!

Shallan se ruborizó, y pensó una respuesta que no era la adecuada.

—¡Ah! —dijo el capitán, señalándola—. Puedo ver que tienes una respuesta…, ¡lo veo en tus ojos, joven señora! Escúpela. Las palabras no están hechas para quedárselas uno. Son criaturas libres, y si se encierran trastornan el estómago.

—No es educado —protestó Shallan.

Tozbek soltó una risotada.

—¡Meses de viaje, y sigues diciendo lo mismo! ¡Y yo te insisto en que somos marineros! Olvidamos nuestra educación en el momento en que pusimos por primera vez el pie en un barco, y ahora ya no hay redención posible para nosotros. Ella sonrió. Había sido educada por severas amas y tutoras para mantener la boca cerrada. Por desgracia, sus hermanos habían mostrado todavía más determinación en animarla a hacer lo contrario. Shallan había

adoptado la costumbre de entretenerlos con comentarios mordaces cuando no había nadie cerca. Recordó con afecto las horas pasadas junto a la chisporroteante chimenea del gran salón, los tres más jóvenes de sus cuatro hermanos sentados a su alrededor, escuchándola mientras hacía comentarios del último adulador de su padre o un romance fugaz. A menudo inventaba versiones tontas de conversaciones para llenar las bocas de gente que podía ver, pero no oír.

Eso había establecido en ella lo que sus amas consideraban una «vena insolente». Y los marineros apreciaron aún más que sus hermanos un comentario mordaz.

—Bueno —le dijo Shallan al capitán, ruborizándose pero ansiosa por hablar de todas formas—, estaba pensando esto: dices que mi belleza sedujo a los vientos para que nos llevaran a toda prisa a Kharbranth. ¿Pero no implicaría eso que en otros viajes mi falta de belleza tuviera la culpa de que llegáramos tarde? —Bueno…, esto…

—Así que en realidad, lo que me estás diciendo es que soy hermosa exactamente una sexta parte de las veces.

—¡Tonterías! ¡Joven señora, eres como un amanecer soleado!

—¿Un amanecer? ¿Con eso quieres decir demasiado escarlata —se tiró del largo cabello rojo— y con tendencia a hacer que los hombres vuelvan la cara cuando me ven?

El se echó a reír, y varios de los marineros cercanos lo imitaron.

—Muy bien, pues —dijo el capitán Tozbek—, eres como una flor.

Ella hizo una mueca.

—Soy alérgica a las flores.

El capitán alzó una ceja.

—No, de verdad —admitió ella—. Creo que son cautivadoras. Pero si me regalaras un ramo, me daría un ataque tan fuerte que acabaría buscando en las paredes las pecas sueltas que pudieran haberse desprendido con la fuerza de mis estornudos.

—Bueno, si eso es cierto, sigo diciendo que eres tan bonita como una flor.

—Si lo soy, entonces los jóvenes de mi edad deben sufrir mi misma alergia…, pues mantienen las distancias muy claramente —dio un respingo—. Bueno, verás, te dije que esto no era educado.

Las jóvenes no deberían actuar de forma tan irritante.

—Ah, joven señora —dijo el capitán, llevándose la mano a la gorra—, los muchachos y yo echaremos de menos tu lengua afilada. No estoy seguro de qué vamos a hacer sin ti.

—Navegar, probablemente —contestó Shallan—. Y comer, y cantar, y contemplar las olas. Todas las cosas que hacéis ahora, solo que tendréis más tiempo para hacerlas, ya que no tropezaréis con una muchacha sentada en cubierta haciendo dibujos y murmurando para sí. Pero te estoy agradecida, capitán, por un viaje tan maravilloso…, aunque algo exagerado en su duración.

Él volvió a llevarse la mano a la gorra, agradeciendo el cumplido.

Shallan sonrió. No había esperado que viajar sola fuera tan liberador. A sus hermanos les preocupaba que sintiera miedo. La consideraban tímida porque no le gustaba discutir y permanecía callada cuando había grupos grandes hablando. Y tal vez era tímida, en efecto: estar lejos de Jah Keved resultaba intimidatorio. Pero también era maravilloso. Había llenado tres libros de bocetos con las criaturas y gentes que había visto, y aunque su preocupación por las finanzas de su casa era una nube perpetua, se equilibraba con el puro placer de la experiencia.

Tozbek empezó a preparar el atraque. Era un buen hombre. Respecto a su alabanza a su supuesta belleza, ella le daba el valor que tenía. Una amable, aunque exagerada, muestra de afecto. Shallan era de piel pálida en una época en que el bronceado alezi se consideraba la marca de la auténtica belleza, y aunque tenía ojos celestes, su linaje familiar impuro se manifestaba en el pelo rojizo. No había un solo mechón de adecuado negro. Sus pecas habían ido desapareciendo a medida que se convirtió en mujer (benditos fueran los Heraldos), pero seguía habiendo algunas visibles, espolvoreando sus mejillas y su nariz.

—Joven señora —le dijo el capitán después de consultar con sus hombres—. La brillante Jasnah sin duda estará en el Cónclave.

—Oh, ¿dónde está el Palaneo?

—Sí, sí. Y el rey vive también allí. Es el centro de la ciudad, como si dijéramos. Excepto que está en lo más alto. —Se rascó la barbilla—. Bueno, de todas formas, la brillante Jasnah Kholin es

hermana de un rey: no se alojaría en ningún otro lugar, no en Kharbranth. Yalb, aquí presente, te mostrará el camino. Podremos llevar tu equipaje más tarde.

—Muchas gracias, capitán —respondió ella—. Shaylor mkabat nour.

«Los vientos nos han traído a salvo.» Una frase de agradecimiento en el idioma thaylense.

El capitán sonrió de oreja a oreja.

—Mkai hade fortenthis!

Ella no tenía ni idea de lo que significaba aquello. Su thaylense era bastante bueno cuando lo leía, pero hablarlo era otro cantar. Le sonrió, lo que pareció ser la respuesta adecuada, pues él se echó a reír y señaló a uno de sus marineros.

—Esperaremos dos días en este muelle —le dijo—. Hay una alta tormenta mañana, así que no podemos zarpar. Si la situación con la brillante Jasnah no sale según lo esperado, te llevaremos de vuelta a Jah Keved.

—Gracias de nuevo.

—No es nada, joven señora —dijo él—. Es lo que haríamos de todas formas. Podemos pertrecharnos aquí y todo. Además, ese retrato de mi esposa que hiciste para mi camarote es muy bonito. Muy bonito.

Se acercó a Yalb para darle instrucciones. Shallan esperó, mientras guardaba su libreta en su carpeta de cuero. Yalb. Le resultaba difícil pronunciar el nombre en su lengua veden. ¿Por qué eran tan aficionados los thayleños a unir tantas letras, sin vocales adecuadas?

Yalb la llamó con la mano. Ella se dispuso a seguirlo.

—Ten mucho cuidado, muchacha —le advirtió el capitán al pasar—. Incluso una ciudad segura como Kharbranth oculta peligros. Mantén la cabeza en su sitio.

—Creo que no hay duda de que prefiero tener la cabeza sobre los hombros, capitán —respondió ella, pisando con cuidado la plancha—. Si no lo hago, entonces será que alguien se ha acercado demasiado con una maza.

El capitán se echó a reír, y se despidió de ella mientras Shallan bajaba por la plancha, agarrándose a la barandilla con la mano

libre. Como todas las mujeres de Vorin, mantenía la mano izquierda (la mano segura) cubierta, revelando solo la mano libre. Las mujeres ojos oscuros corrientes solían llevar un guante, pero una mujer de su rango debía mostrar más recato. En su caso, mantenía la mano segura cubierta por la enorme manga de su vestido, que llevaba abotonado hasta arriba.

El traje era de estilo tradicional vorin, ajustado en el busto, hombros y cintura, con una falda amplia debajo. Era de seda azul con botones de concha de chull en los lados, y ella sujetaba con la mano segura la mochila contra su pecho, mientras se agarraba a la barandilla con la mano libre.

Desembocó en la furiosa actividad de los muelles, donde los mensajeros corrían de un lado a otro, y mujeres de vestidos rojos apuntaban los cargamentos en sus libros de cuentas. Kharbranth era un reino de vorin, como Alezkar y como Jah Keved, la tierra de Shallan. Aquí no había paganos, y escribir era un arte femenino: los hombres aprendían solamente glifos, dejando las letras y la lectura para sus hermanas y esposas.

Ella no lo había preguntado, pero estaba segura de que el capitán sabía leer. Lo había visto con libros, cosa que la hizo sentirse incómoda. Leer era una ocupación rara en un hombre. Al menos, en hombres que no fueran fervorosos.

—¿Quieres ir montada? —le preguntó Yalb, con su dialecto thayleño rural tan fuerte que ella apenas pudo distinguir sus palabras.

—Sí, por favor.

El asintió y se marchó, dejándola en los muelles, rodeada por un grupo de parshmenios que trasladaban laboriosamente cajas de madera de un embarcadero a otro. Los parshmenios eran duros de mollera, pero resultaban unos trabajadores excelentes. Nunca se quejaban, y hacían siempre lo que se les decía. El padre de Shallan los prefería a los esclavos corrientes.

¿De verdad que los alezi estaban combatiendo contra los parshmenios en las Llanuras Quebradas? A Shallan eso le parecía muy extraño. Los parshmenios no luchaban. Eran dóciles y prácticamente mudos. Naturalmente, por lo que había oído, los de las Llanuras Quebradas (los parshendi, los llamaban) eran

físicamente distintos de los parshmenios corrientes. Más fuertes, más altos, más inteligentes. Quizás en realidad no eran parshmenios, sino parientes lejanos de algún tipo.

Para su sorpresa, pudo ver signos de vida animal en los muelles. Unas cuantas anguilas aéreas ondulaban en las alturas, buscando ratas o peces. Cangrejos diminutos se escondían entre las grietas de los tablones del muelle, y un puñado de haspens colgaban de sus gruesos troncos. En una calle cercana, un visón vagabundo acechaba en las sombras, buscando un bocado que pudiera pillar.

Shallan no pudo resistirse a abrir su carpeta y empezar a abocetar una anguila aérea. ¿Es que no tenía miedo de toda aquella gente? Sostuvo la libreta con mano segura, los dedos ocultos engaritados en su parte superior mientras usaba un lápiz de carboncillo para dibujar. Antes de que terminara, su guía regresó con un hombre que tiraba de un curioso carruaje con dos ruedas grandes y un asiento cubierto por un dosel. Vacilante, ella guardó la libreta. Había esperado un palanquín.

El hombre que tiraba del vehículo era bajo y de piel oscura, con una amplia sonrisa y labios carnosos. Le indicó con un gesto a Shallan que se sentara, y ella lo hizo con la modesta gracia que sus amas le habían enseñado. El conductor formuló una pregunta en un lenguaje entrecortado y terso que no reconoció.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó ella a Yalb.

—Quiere saber si te gustaría ir por el camino largo o por el corto. —Yalb se rascó la cabeza—. No estoy seguro de cuál es la diferencia.

—Supongo que uno tarda más tiempo que el otro.

—Oh, sí que eres lista.

Yalb le dijo algo al conductor en aquel mismo tono entrecortado, y el hombre le respondió.

—El camino largo ofrece una buena vista de la ciudad —dijo Yalb—. El corto va directamente al Cónclave. No hay muchas buenas vistas, dice. Supongo que se ha dado cuenta de que eres nueva en la ciudad.

—¿Tanto destaco? —preguntó Shallan, ruborizándose.

—Oh, no, por supuesto que no, brillante.

—Y con eso quieres decir que soy tan evidente como una

verruga en la nariz de una reina.

Yalb se echó a reír.

—Eso me temo. Pero no puedes ir a ningún sitio una segunda vez hasta que lo hayas hecho una primera, supongo. ¡Todo el mundo tiene que destacar alguna vez, así que bien puedes hacerlo siendo tan bonita como eres!

Shallan había tenido que acostumbrarse al amable galanteo de los marineros. Nunca eran demasiado atrevidos, y ella sospechaba que la esposa del capitán les había hablado severamente cuando se dio cuenta de cómo hacían que se ruborizara. En la mansión de su padre, los criados (incluso aquellos que eran ciudadanos plenos) temían salirse de su sitio.

El porteador seguía esperando una respuesta.

—El camino corto, por favor —le dijo Shallan a Yalb, aunque le habría gustado ver el camino panorámico. ¿Por fin estaba en una ciudad de verdad y elegía la ruta directa? Pero la brillante Jasnah había demostrado ser tan elusiva como un cantarín salvaje. Era mejor darse prisa.

La carretera principal subía por la falda de la montaña a trompicones, así que incluso el camino corto le permitió ver gran parte de la ciudad. Resultó ser embriagadoramente rica, con tanta gente extraña, vistas y campanas resonantes. Shallan se acomodó y lo contempló todo. Los edificios se agrupaban según su color, y ese color parecía indicar un propósito. Las tiendas que vendían los mismos artículos estaban pintadas del mismo tono: violeta para las ropas, verde para los alimentos. Las casas tenían sus propias pautas, aunque Shallan no pudo interpretarlas. Los colores eran suaves, con una tonalidad apagada y gastada.

Yalb caminaba junto al carro, y el porteador empezó a dirigirse a Shallan. Yalb tradujo, las manos en los bolsillos de su chaleco.

—Dice que la ciudad es especial por las laits que hay.

Shallan asintió. Muchas ciudades estaban construidas en laits: zonas protegidas de las altas tormentas por las formaciones rocosas cercanas.

—Kharbranth es una de las ciudades mejor protegidas del mundo —continuó traduciendo Yalb—, y las campanas son un símbolo de eso. Se dice que las levantaron por primera vez para

advertir que soplaba una alta tormenta, ya que los vientos eran tan suaves que la gente no siempre se daba cuenta —Yalb vaciló—. Solo dice eso porque quiere una buena propina, brillante. He oído esa historia, pero creo que es una tontería absoluta. Si los vientos soplaran lo bastante fuerte para mover las campanas, la gente se daría cuenta. Además, ¿no se darían cuenta de que les estaba lloviendo encima de las cabezas?

Shallan sonrió.

—No importa. Puede continuar.

El porteador continuó charlando con su voz entrecortada. ¿Qué lenguaje era aquel, por cierto? Shallan escuchaba la traducción de Yalb, mientras absorbía las vistas, sonidos y, por desgracia, los olores. Había crecido acostumbrada al aroma agradable de los muebles recién limpiados y al pan horneándose en las cocinas. Su viaje por el océano le había enseñado nuevos olores, a salitre y limpio aire marino.

No había nada limpio en lo que olía aquí. Cada callejón ante el que pasaban tenía su propia variedad única de hedores repugnantes. Se alternaban con los aromas picantes de los vendedores callejeros y sus comidas, y la yuxtaposición era aún más nauseabunda. Por suerte el porteador se dirigió a la parte central de la calzada, y los olores remitieron, aunque eso los frenó, pues tuvieron que enfrentarse al denso tráfico. Shallan miró asombrada a la gente que encontraba. Aquellos hombres de manos enguantadas y piel levemente azulina eran de Natanatan. ¿Pero quiénes eran aquellas personas altas y regias que vestían túnicas negras? ¿Y los hombres con las barbas recogidas en trenzas que los hacían parecer envarados?

Los sonidos recordaron a Shallan los coros en competición de los cantarines salvajes de su casa, solo que multiplicados de variedad y volumen. Cien voces llamándose unas a otras, mezcladas con los golpes de las puertas al cerrarse, de las ruedas al rodar sobre la piedra, de los gritos ocasionales de las anguilas aéreas. Las omnipresentes campanas tintineaban al fondo, más fuertes cuando soplaba el viento. Asomaban en las ventanas de las tiendas, colgaban de los aleros. Todos los postes de los faroles de la calle tenían una campana colgando bajo la lámpara, y el carro donde

Shallan viajaba tenía un campanita de plata en el mismo extremo del dosel. Cuando habían subido la mitad de la montaña, una oleada de fuertes campanadas indicó la hora. Los diversos repiques crearon un verdadero estrépito con su falta de sincronía.

Las multitudes se fueron haciendo más escasas cuando llegaron al barrio más alto de la ciudad, y al cabo de un rato su porteador la condujo hasta un enorme edificio situado en la misma cima. Pintado de blanco, estaba tallado en la cara de la misma roca, en vez de estar construida con ladrillos o barro. Las columnas de delante brotaban de la piedra, y la parte trasera del edificio se fundía suavemente con el acantilado. Los tejados tenían cúpulas cuadradas en lo alto y estaban pintados de colores metálicos. Mujeres ojos claros entraban y salían, llevando utensilios de escribas y vestidas como Shallan, las manos izquierdas adecuadamente cubiertas. Los hombres que entraban o salían del edificio vestían chaquetones vorin de estilo militar y pantalones recios, abotonados por los costados y terminados en un duro cuello. Muchos llevaban espadas, los cinturones envueltos en los chaquetones que les llegaban hasta las rodillas.

El porteador se detuvo e hizo un comentario a Yalb. El marinero empezó a discutir con él, las manos en las caderas. Shallan sonrió ante su severa expresión y parpadeó intensamente, fijando la escena en su memoria para posteriores bocetos.

—Me está ofreciendo dividir conmigo la diferencia si lo dejo hinchar el precio del viaje —dijo Yalb, sacudiendo la cabeza y ofreciendo una mano para ayudar a Shallan a bajar del carruaje. Cuando lo hizo, miró al porteador, que se encogió de hombros, sonriendo como un niño al que han pillado robando golosinas.

Ella agarró la mochila con su mano cubierta y buscó dentro con su mano libre para sacar el monedero.

—¿Cuánto debo darle?

—Dos claros deberían ser más que suficientes. Yo habría ofrecido uno. El ladrón quería pedir cinco.

Antes de este viaje, ella nunca había usado dinero: tan solo admiraba las esferas por su belleza. Cada una estaba compuesta por una perla de cristal un poco más grande que la uña de una persona, con una gema mucho más pequeña en el centro. Las gemas podían

absorber la luz tormentosa, y eso las hacía brillar. Cuando abrió el monedero, fragmentos de rubí, esmeralda, diamante y zafiro brillaron en su rostro. Cogió tres chips de diamante, la denominación más pequeña. Las esmeraldas eran las más valiosas, pues podían ser usadas por los animistas para crear comida.

La parte de cristal de la mayoría de las esferas era del mismo tamaño; el tamaño de gema del centro determinaba el valor. Los tres chips, por ejemplo, tenían cada uno una diminuta lasca de diamante dentro. Incluso eso era suficiente para brillar con la luz tormentosa, mucho más débil que una lámpara, pero todavía visible. Un marco (la denominación media de la esfera) era un poco menos brillante que una vela: hacían falta cinco chips para sumar un marco.

Solo había traído esferas infusas, ya que había oído que las opacas eran sospechosas, y a veces los prestamistas tenían que ser llevados a juicio para determinar la autenticidad de la gema. Guardaba las esferas más valiosas que tenía en su bolsa segura, naturalmente, que estaba abotonada en el interior de su manga izquierda.

Le entregó los tres chips a Yalb, que ladeó la cabeza. Le asintió al porteador, ruborizándose, advirtiendo que sin darse cuenta había utilizado a Yalb como si fuera un maestro-siervo intermediario. ¿Se sentiría ofendido?

El se echó a reír y se irguió, como si imitara a un maestro-siervo, y le pagó al porteador con una burlona expresión de severidad. El porteador se rio, le hizo una reverencia a Shallan, y se marchó con su carro.

—Esto es para ti —dijo Shallan, sacando un marco de rubí y entregándoselo a Yalb.

—¡Brillante, esto es demasiado!

—En parte es por agradecimiento —dijo ella—, pero también es para pagarte que te quedes aquí y esperes unas horas, por si regreso.

—¿Esperar unas hora por un marco de fuego? ¡Eso es el salario de una semana navegando!

—Entonces debería ser suficiente para asegurarme de que no te marcharás.

—¡Estaré aquí mismo! —exclamó Yalb, haciéndole una elaborada reverencia sorprendentemente bien ejecutada.

Shallan inspiró profundamente y empezó a subir las escalinatas que conducían a la impresionante entrada del Cónclave. La piedra tallada era en efecto notable: la artista que había en ella quiso detenerse a estudiarla, pero no se atrevió. Entrar en el enorme edificio fue como ser engullida. El pasillo interior estaba flanqueado con lámparas de luz tormentosa que brillaban en blanco. Dentro de ellas posiblemente había broams de diamante: la mayoría de los edificios de hermosa construcción usaban luz tormentosa para proporcionar iluminación. Un broam (la denominación más alta de las esferas) brillaba casi con la misma luz que varias velas.

Su luz brillaba por igual y suavemente sobre las muchas ayudantes, escribas, y ojos claros que se movían por el pasillo. El edificio parecía estar construido como un alto, ancho y largo túnel horadado en la roca. Grandiosas cámaras flanqueaban los lados, y pasillos secundarios surgían de la gran sala central. Shallan se sintió más cómoda que en el exterior. Este lugar, con sus sirvientes ocupados, sus brillantes señores menores y sus brillantes damas, era familiar.

Alzó su mano libre en señal de necesidad, y en efecto, un maestro-siervo con una esplendente camisa blanca y pantalones negros acudió presuroso a su lado.

—¿Brillante? —preguntó, hablándole en su veden nativo, probablemente por el color de sus cabellos.

—Busco a Jasnah Kholin —dijo Shallan—. He oído decir que está dentro de estos muros.

El maestro-siervo se inclinó secamente. La mayoría de los maestros-siervos se enorgullecían de su servicio refinado, el mismo aire que Yolb había remedado burlón un rato antes.

—Ahora vuelvo, brillante —dijo.

Sería del segundo *nahn*, un ciudadano ojos oscuros de muy alto rango. En la fe vorin, la Llamada (la tarea a la que uno dedicaba la vida) era de importancia vital. Elegir una buena profesión y trabajar duro en ella era la mejor forma de asegurarse un buen lugar en la otra vida. El devotario concreto que se elegía para adorar a menudo tenía que ver con la naturaleza de la Llamada escogida.

Shallan se cruzó de brazos, esperando. Había pensado mucho en su propia Llamada. La elección obvia era el arte, ya que le encantaba dibujar. Pero lo que la atraía era algo más que el dibujo: era el estudio, las cuestiones suscitadas por la observación. ¿Por qué no temían a la gente las anguilas aéreas? ¿De qué se alimentaban los haspers? ¿Por qué una población de ratas florecía en una zona, pero fracasaba en otra? Así que en cambio había elegido historia natural.

Ansiaba ser una verdadera erudita, recibir auténtica instrucción, pasarse el tiempo investigando y estudiando. ¿Era en parte por eso por lo que había sugerido este osado plan de buscar a Jasnah y convertirse en su pupila? Tal vez. Sin embargo, tenía que mantener la concentración. Convertirse en pupila de Jasnah (y por tanto en estudiante) era solo un paso.

Reflexionó sobre esto mientras se acercaba tranquilamente a una columna, usando su mano libre para palpar la piedra pulida. Como gran parte de Roshar (a excepción de ciertas regiones costeras), Kharbranth estaba construida en roca pura, sin romper. Los edificios de fuera habían sido tallados directamente en la roca, y este había sido horadado en ella. La columna era de granito, supuso, aunque su conocimiento de geología era escaso.

El suelo estaba cubierto de largas alfombras de color naranja quemado. El tejido era denso, diseñado para parecer rico y soportar el pesado tráfico. El pasillo ancho y rectangular daba una sensación de antigüedad. Un libro que Shallan había leído decía que Kharbranth había sido fundada en los días de las sombras, años antes de la última Desolación. Muy antiguo, entonces. Miles de años de edad, creado antes de los terrores de la Hierocracia, mucho antes, incluso, de la Traición. Cuando se decía que los Vaciadores de cuerpo de piedra acechaban la tierra.

—¿Brillante? —preguntó una voz.

Shallan dio media vuelta y descubrió que el sirviente había regresado.

—Por aquí, brillante.

Shallan asintió, y el sirviente la condujo rápidamente por el concurrido pasillo. Repasó cómo debía presentarse a Jasnah. La mujer era una leyenda. Incluso Shallan, que vivía en los remotos

estados de Jah Keved, había oído hablar de la deslumbrante y hereje hermana del rey alezi. Jasnah solo tenía treinta y cuatro años, aunque muchos consideraban que ya habría conseguido la toca de maestra erudita si no fuera por sus denuncias a la religión. Más en concreto, denunciaba a los devotarios, las diversas congregaciones religiosas a las que se unía la gente de bien vorin.

Los comentarios inadecuados no le servirían aquí a Shallan. Tendría que comportarse. Ser pupila de una mujer de gran renombre era la mejor forma de dominar las artes femeninas: música, pintura, escritura, lógica y ciencia. Era el equivalente a cómo se entrenaría un joven en la guardia de honor de un brillante señor que respetase.

Shallan le había escrito originalmente a Jasnah pidiendo llena de desesperación ser admitida como pupila suya: no esperaba que la respuesta de la mujer fuera afirmativa. Cuando la recibió (a través de una carta que le ordenaba que la visitara en Dumadari en dos semanas), Shallan se quedó sorprendida. Llevaba persiguiéndola desde entonces.

Jasnah era una hereje. ¿Le exigiría a ella que renunciara a su fe? Dudaba poder hacerlo. Las enseñanzas vorin referentes a la Gloria y la Llamada habían sido uno de sus pocos refugios durante los días difíciles, cuando su padre estaba en su peor momento.

Se dirigieron a un pasillo más estrecho y entraron en una serie de corredores que se alejaban cada vez más de la caverna principal. Finalmente, el maestro-siervo se detuvo en una esquina y le indicó que continuara. Había voces procedentes del pasillo a la derecha.

Shallan vaciló. A veces, se preguntaba cómo había llegado a esto. Ella era la silenciosa, la tímida, la más joven de cinco hermanos y la única chica. A cubierto, protegida toda la vida. Y ahora las esperanzas de toda su casa reposaban sobre sus hombros.

Su padre estaba muerto. Y era vital que eso permaneciera en secreto.

No le gustaba pensar en aquel día: lo bloqueaba de su mente, y se obligaba a pensar en otras cosas. Pero los efectos de su pérdida no podían ignorarse. Había hecho muchas promesas, algunos acuerdos comerciales, algunos sobornos, parte de los últimos disfrazados de los primeros. La casa Davar le debía grandes

cantidades de dinero a gran número de personas, y sin su padre para aplacarlos a todos, los acreedores pronto empezarían a exigir.

No había nadie a quien acudir. Su familia, debido en gran medida a su padre, era rechazada incluso por sus aliados. El alto príncipe Valam, el brillante señor a quien su familia debía lealtad, vacilaba, y ya no le ofrecía la protección de antaño. Cuando se conociera que su padre había muerto y que su familia estaba en la ruina, sería el fin de la casa Davar. Serían consumidos y sometidos a otra casa.

Seríán forzados a trabajar a muerte como castigo; de hecho, incluso podrían ser asesinados por los acreedores insatisfechos. Impedir eso dependía de Shallan, y el primer paso venía con Jasnah Kholin.

Shallan inspiró profundamente, y luego giró la esquina.



«Me estoy muriendo ¿verdad? Curandero, ¿por qué tomas mi sangre? ¿Quién te acompaña, con su cabeza de arrugas? Puedo ver un sol lejano, oscuro y frío, brillando en un cielo negro.»

Recogido el 3 de Jesnan, año 1171, 11 segundos antes de la muerte. El sujeto era un pastor de chulls de etnia reshi. La muestra es llamativa.

—¿Por qué no lloras? —preguntó la vientospren.

Kaladin estaba sentado de espaldas a la jaula, la cabeza gacha. Las tablas del suelo que tenía delante estaban astilladas, como si alguien las hubiera cavado solamente con las uñas. La sección astillada estaba manchada de oscuro donde la seca madera gris se habían empapado de sangre. Un inútil e ilusorio intento de huida.

La carreta continuó rodando. La misma rutina cada día. Despertarse magullado y dolorido tras una noche inquieta, pasada sin mantas ni colchón. Una carreta en la que cada vez los esclavos eran sacados y encadenados con brazas de hierro en los pies, y se les daba tiempo para moverse y hacer sus necesidades. Luego se los recogía y se les daba la bazofia de la mañana, y las carretas echaban a andar, hasta la bazofia de la tarde. Más camino. La bazofia de la noche, y luego una jarra de agua antes de dormir.

La mancha *shash* de Kaladin estaba aún fresca y ensangrentada.

Al menos el techo de la jaula la protegía del sol.

La vientospren se convirtió en bruma, flotando como una nube diminuta. Se acercó a Kaladin, el movimiento recortó su cara delante de la nube, como si despejara de un soplido la bruma y revelara algo más sustancioso debajo. Vaporoso, femenino y anguloso. Con ojos llenos de curiosidad. Como ningún otro spren que Kaladin hubiera visto.

—Los otros lloran de noche —dijo—. Pero tú no.

—¿Llorar para qué? —respondió él, apoyando la cabeza contra los barrotes—. ¿Qué cambiaría?

—No lo sé. ¿Por qué lloran los hombres?

El sonrió y cerró los ojos.

—Pregúntale al Todopoderoso por qué lloran los hombres, pequeña spren. No a mí.

Su frente estaba perlada de sudor por la humedad del verano del este, y le picó cuando se le coló en la herida. Con suerte, pronto volverían a tener algunas semanas de primavera. El clima y las estaciones eran impredecibles. Nunca se sabía cuánto iban a durar, aunque lo más normal era que fueran unas pocas semanas.

La carreta continuó su camino. Al cabo de un rato, Kaladin sintió la luz del sol en la cara. Abrió los ojos. El sol se colaba por la parte superior de la jaula. Dos o tres horas después de mediodía, entonces. ¿Y la bazofia de la tarde? Kaladin se levantó, aupándose tras apoyar una mano en los barrotes de acero. No pudo distinguir a Tvlakv conduciendo la carreta de delante, solo a Bluth detrás. El mercenario llevaba puesta una camisa sucia con encajes en la parte delantera y un sombrero de ala ancha para protegerse del sol, su lanza y su maza en el banco a su lado. No llevaba espada: ni siquiera Tvlakv lo hacía, no cerca de tierra alezi.

La hierba continuó abriéndose para dejar paso a las carretas, desvaneciéndose por delante, y luego cerrándose después de que pasaran. Aquí el paisaje estaba salpicado de extraños matorrales que Kaladin no reconoció. Tenían gruesos tallos y agujas verdes. Donde las carretas se acercaban demasiado, las agujas se metían dentro de los pecíolos, dejando detrás troncos retorcidos, como gusanos, con ramas convulsas. Moteaban el paisaje elevado, alzándose de las rocas cubiertas de hierba como centinelas

diminutos.

Las carretas continuaron avanzando bien pasado el mediodía. «¿Por qué no nos detenemos para comer?»

La primera carreta se detuvo por fin. Las otras dos lo hicieron detrás, entre sacudidas, los chulls de caparazón rojo vacilaron, las antenas oscilando a un lado y a otro. Esos animales de forma cuadrada tenían abultados caparazones pétreos y gruesas patas rojas como troncos. Por lo que Kaladin había oído, sus pinzas podían quebrar el brazo de un hombre. Pero los chulls eran dóciles, sobre todo los domesticados, y no había conocido a nadie del ejército que recibiera más que algún pellizco poco intenso por parte de uno.

Bluth y Tag bajaron de sus carretas y se acercaron a reunirse con Tvlakv. El amo de esclavos estaba de pie en el asiento de su carromato, protegiéndose los ojos contra la blanca luz del sol y sujetando en la mano una hoja de papel. Se produjo una discusión. Tvlakv no paraba de señalar en la dirección que emprendían, y luego indicó su papel.

—¿Perdido, Tvlakv? —exclamó Kaladin—. Tal vez deberías rezar al Todopoderoso para que te guíe. He oído decir que le gustan los amos de esclavos. Tiene una sala especial en Condenación para vosotros.

A la izquierda de Kaladin, uno de los esclavos (el hombre de la barba larga que había hablado con él unos cuantos días antes) se apartó, pues no quería estar demasiado cerca de una persona que estaba provocando al amo.

Tvlakv vaciló, luego le hizo un gesto cortante a sus mercenarios, mandándolos callar. El hombretón bajó de un salto de su carreta y se acercó a Kaladin.

—Tú —dijo—. Desertor. Los ejércitos alezi recorren estas tierras para sus guerras. ¿Sabes algo de la zona?

—Déjame ver el mapa —contestó Kaladin.

Tvlakv titubeó, y luego se lo tendió.

Kaladin extendió la mano a través de los barrotes y cogió el papel. Luego, sin leerlo, lo partió en dos. En unos segundos lo hizo un centenar de pedazos ante los horrorizados ojos de Tvlakv.

Tvlakv llamó a los mercenarios, pero cuando llegaron Kaladin tenía un doble puñado de papelillos que arrojarles.

—Feliz Fiesta Media, hijos de puta —dijo mientras los copos de papel revoloteaban a su alrededor. Dio media vuelta y se acercó al otro lado de la jaula y se sentó, mirándolos.

Tvlakv se quedó sin habla. Entonces, el rostro enrojecido, señaló a Kaladin y le susurró algo a los mercenarios. Bluth dio un paso hacia la jaula, pero luego se lo pensó mejor. Miró a Tvlakv, después se encogió de hombros y se retiró. Tvlakv se volvió hacia Tag, pero el otro mercenario tan solo sacudió la cabeza y dijo algo en voz baja.

Después de unos minutos de insultar a los cobardes mercenarios, Tvlakv rodeó la jaula y se acercó al lugar donde Kaladin estaba sentado. Sorprendentemente, cuando habló, su voz sonó tranquila.

—Veo que eres listo, desertor. Te has hecho valer. Mis otros esclavos no son de esta zona, y nunca he venido por aquí. Puedes negociar. ¿Qué deseas a cambio de servirnos de guía? Puedo prometerte una comida extra al día, si me complaces.

—¿Quieres que guíe la caravana?

—Aceptaremos tus instrucciones.

—Muy bien. Primero, encuéntrame un acantilado.

—¿Eso te permitirá ver la zona?

—No —dijo Kaladin—. Eso me dará algo para arrojarte desde lo alto.

Tvlakv se ajustó molesto la gorra, apartándose una de sus largas cejas blancas.

—Me odias. El odio te mantendrá fuerte, hará que tu precio aumente. Pero no encontrarás ninguna venganza en mí a menos que tenga una oportunidad de llevarte al mercado. No te dejaré escapar. Pero tal vez alguien sí lo haga. ¿Quieres que te vendan?

—No busco venganza —dijo Kaladin.

La vientospren regresó: se había marchado durante un rato a inspeccionar los extraños matorrales. Se detuvo en el aire y empezó a revolotear en torno al rostro de Tvlakv, inspeccionándolo. Parecía que el hombre no podía verla.

Tvlakv frunció el ceño.

—¿No buscas venganza?

—No funciona —repuso Kaladin—. Aprendí hace mucho tiempo esa lección.

—¿Hace mucho tiempo? No puedes tener más de dieciocho años, desertor.

Era una buena deducción. Tenía diecinueve. ¿De verdad solo habían pasado cuatro años desde que se unió al ejército de Amaram? Kaladin sentía como si hubiera envejecido una docena.

—Eres joven —continuó Tvlakv—. Podrías escapar de este destino. Hay hombres que han vivido más allá de la marca de esclavo: podrías pagar tu precio, ¿entiendes? O convencer a uno de tus amos para que te dé la libertad. Podrías volver a ser un hombre libre. No es tan imposible.

Kaladin bufó.

—Nunca seré libre de estas marcas, Tvlakv. Debes de saber que he intentado escapar, y fracasado, más de diez veces. No son solo estos glifos de mi cabeza lo que hacen que tus mercenarios sean cautelosos.

—Los fracasos pasados no demuestran que no haya una oportunidad en el futuro, ¿no?

—Estoy acabado. No me importa. —Miró al amo de esclavos—. Además, no crees en lo que estás diciendo. Dudo que un hombre como tú pueda dormir de noche si piensa que los esclavos que ha vendido pueden ser libres para buscarlo un día.

Tvlakv se echó a reír.

—Tal vez, desertor. Tal vez tengas razón. O tal vez pienso simplemente que si fueras a ganar tu libertad perseguirías al primer hombre que te vendió como esclavo, ¿no? El alto señor Amaram, ¿no fue él? Su muerte me pondría sobre aviso para que pudiera huir.

¿Cómo sabía eso? ¿Cómo se había enterado de lo de Amaram? «Lo encontraré —pensó Kaladin—, lo destriparé con mis propias manos. Le arrancaré la cabeza del cuello, le…»

—Sí —dijo Tvlakv, estudiando el rostro de Kaladin—, así que no eras tan sincero cuando dijiste que no ansiabas venganza. Ya veo.

—¿Cómo sabes lo de Amaram? —preguntó Kaladin, con una mueca—. He cambiado de manos una docena de veces desde entonces.

—La gente habla. Los esclavistas más que nadie. Debemos ser amigos unos de otros, ya ves, pues nadie más nos soporta.

—Entonces sabes que no me marcaron por desertar.

—Ah, pero es lo que debemos fingir, ¿no? Los hombres culpables de delitos graves no se venden demasiado bien. Con ese glifo *shash* en tu cabeza ya será bastante difícil conseguir un buen precio por ti. Si no puedo venderte, entonces tú…, bueno, no desearás esa situación. Así que jugaremos un juego juntos. Yo diré que eres un desertor. Y tú no dirás nada. Es un juego sencillo, creo.

—Es ilegal.

—No estamos en Alezkar —dijo Tvlakv—, así que no hay ley que valga. Además, la deserción fue el motivo oficial de tu venta. Di lo contrario y solo ganarás fama de mentiroso.

—Solo un dolor de cabeza para ti.

—Pero acabas de decir que no deseas vengarte de mí.

—Podría aprender.

Tvlakv se echó a reír.

—¡Ah, si no has aprendido eso ya, entonces probablemente no lo harás nunca! Además, ¿no has amenazado con tirarme de un acantilado? Creo que ya has aprendido. Pero ahora tenemos que discutir cómo actuar. Mi mapa ha encontrado un final inesperado, ya ves.

Kaladin vaciló antes de suspirar.

—No lo sé —dijo sinceramente—. Tampoco he estado nunca por aquí.

Tvlakv frunció el ceño. Se acercó más a la jaula, inspeccionando a Kaladin, aunque mantuvo la distancia. Tras un momento, sacudió la cabeza.

—Te creo, desertor. Una lástima. Bien, confiaré en mi memoria. El mapa era poca cosa de todas formas. Casi me alegro de que lo hayas roto, pues había tenido la tentación de hacerlo yo mismo. Si me encuentro con algún retrato de mis ex esposas, me encargaré de que se crucen en tu camino y así aprovecharé tus talentos únicos.

Se marchó.

Kaladin lo vio marchar, luego se maldijo a sí mismo.

—¿Qué ha pasado? —dijo la vientospren, acercándose a él, la cabeza ladeada.

—Casi me cae bien —dijo Kaladin, apoyando de nuevo la cabeza contra la jaula.

—Pero…, después de lo que hizo…

Kaladin se encogió de hombros.

—No he dicho que no sea un hijo de puta. Solo es un hijo de puta simpático —vaciló. Luego hizo una mueca—. Esos son los peores. Cuando los matas, acabas sintiéndote culpable por ello.

La carreta tenía goteras durante las altas tormentas. No era ninguna sorpresa: Kaladin sospechaba que Tvlakv se había visto obligado a dedicarse a su oficio por la mala suerte. Se dedicaría a otro tipo de comercio, pero algo (falta de fondos, la necesidad de dejar a toda prisa sus previos entornos) le había obligado a escoger esta carrera, la más ignominiosa de todas.

Los hombres como él no podían permitirse lujos, ni siquiera calidad. Apenas podían zanjar sus deudas. En este caso, esto significaba carretas con goteras. Los lados de madera eran lo bastante fuertes para soportar los vientos de las altas tormentas, pero no eran cómodos.

Tvlakv casi no había tenido tiempo para prepararse para esta tormenta. Al parecer, el mapa que Kaladin había roto incluía también una lista de fechas de altas tormentas comprada a un guardián trashumante. Las tormentas podían ser predichas matemáticamente: para el padre de Kaladin era un hobby. Podía detectar el día adecuado ocho de cada diez veces.

Las tablas se sacudían contra los barrotes de la jaula mientras el viento golpeaba el vehículo, haciéndolo estremecer, haciendo que se agitara como el torpe juguete de un gigante. La madera gemía y borbotones de agua de lluvia helada se colaban por las grietas. Los destellos de los relámpagos se colaban también, acompañados por los truenos. Era la única luz que tenían.

De vez en cuando, los relámpagos destellaban sin los truenos. Los esclavos gemían aterrorizados, pensando en el Padre Tormenta, las sombras de los Radiantes Perdidos, o de los Vaciadores: todo lo que se decía que espantaba las tormentas más violentas. Se acurrucaban al otro lado de la carreta, compartiendo el calor. Kaladin no se acercó a ellos, y permaneció sentado solo, de espaldas a los barrotes.

No temía las historias de seres que caminaban en las tormentas.

En el ejército se había visto obligado a capear una alta tormenta o dos bajo el recodo de una roca protectora o cualquier otro refugio improvisado. A nadie le gustaba estar al raso durante una tormenta, pero a veces no se podía evitar. Los seres que viajaban en las tormentas (quizás incluso el propio Padre Tormenta) no eran tan letales como las rocas y ramas que volaban por los aires. De hecho, la tempestad inicial de agua y viento (la muralla de tormenta) era lo más peligroso. Cuanto más aguantaras después de eso, más débil se hacía la tormenta, hasta que lo que seguía no era más que una llovizna.

No, no le preocupaba que los Vaciadores buscaran carne para cebarse. Le preocupaba que le sucediera algo a Tvlakv. El amo de esclavos capeaba la tormenta en un cerco de madera construido en el fondo de su carreta. Era ostensiblemente el lugar más seguro de la caravana, pero un giro desafortunado del destino (un peñasco lanzado por la tormenta, la caída de una carreta) podía matarlo. En ese caso, Kaladin podía ver a Bluth y Tag poniendo tierra de por miedo, dejando a todo el mundo en sus jaulas, los lados de madera cerrados. Los esclavos morirían lentamente de hambre y deshidratación, cociéndose bajo el sol dentro de esas cajas.

La tormenta continuó soplando, sacudiendo la carreta. Estos vientos parecían en ocasiones seres vivos. ¿Y quién podía decir que no lo eran? ¿Eran los vientospren atraídos por las ráfagas de viento, o eran ellos mismos las ráfagas de viento? ¿Las almas de la fuerza que ahora querían con tanto ímpetu destruir la carreta de Kaladin?

Esa fuerza, sentiente o no, fracasó. Las carretas estaban encadenadas a los peñascos cercanos y sus ruedas trabadas. Las ráfagas de viento se fueron haciendo más letárgicas. Los relámpagos dejaron de destellar, y el enloquecedor tamborileo de la lluvia se convirtió en un suave repique. Solo una vez durante el viaje había volcado una carreta en una alta tormenta. Tanto el vehículo como los esclavos que transportaba habían sobrevivido con unas cuantas marcas y magulladuras.

El lado de madera a la derecha de Kaladin se estremeció de repente, y entonces se abrió cuando Bluth descorrió los cerrojos. El mercenario llevaba un jubón de cuero para protegerse de la lluvia, y del ala de su sombrero chorreó agua mientras exponía los barrotes,

y sus ocupantes, a la lluvia. Estaba fría, aunque no era tan penetrante como durante el apogeo de la tormenta. Roció a Kaladin y los esclavos acurrucados. Tvlakv siempre ordenaba descubrir las carretas antes de que dejara de llover, pues decía que era la única forma de lavar el hedor de los esclavos.

Bluth colocó el lado de madera en su sitio bajo la carreta, y luego abrió los otros dos lados. Solo la pared de la parte delantera, detrás del asiento del conductor, no era abatible.

—Es un poco temprano para bajar los costados, Bluth —dijo Kaladin. No eran aún los coletazos, el periodo cerca del final de una alta tormenta en que la lluvia caía suavemente. La lluvia era pesada todavía, y el viento racheado ocasionalmente.

—El amo os quiere bien limpios hoy.

—¿Por qué? —preguntó Kaladin, levantándose, el agua corriendo por sus ajadas ropas marrones.

Bluth lo ignoró. «Tal vez nos acercamos a nuestro destino», pensó Kaladin mientras escrutaba el paisaje.

A lo largo de los últimos días, las colinas habían dado paso a irregulares formaciones rocosas, lugares donde los vientos desgastadores habían dejado atrás acantilados que se desmoronaban y formas irregulares. La hierba crecía en los lados rocosos que recibían más luz, y las otras plantas eran abundantes a la sombra. Después de una alta tormenta era cuando la tierra estaba más viva. Los pólipos de rocapullo se abrían y extendían sus enredaderas. Otros tipos de enredaderas surgían de las grietas, lamiendo el agua. Las hojas se desplegaban en árboles y matorrales. Bichitos de todo tipo se deslizaban por los charcos, disfrutando del banquete. Los insectos zumbaban en el aire; crustáceos más grandes (cangrejos y patosos) salían de sus escondites. Las mismas rocas parecían cobrar vida.

Kaladin advirtió a media docena de vientospren revoloteando, sus formas transparentes persiguiendo a (o tal vez viajando con) las últimas vaharadas de la tormenta. Luces diminutas se alzaban alrededor de las plantas. Vidaspren. Parecían motas de brillante polvo verde o enjambres de diminutos insectos transparentes.

Un patoso (sus espinas como vellos alzadas al aire para advertir los cambios del viento) subió por el lado del carro, su largo cuerpo

cubierto de docenas de pares de patas. Era algo bastante familiar, pero nunca había visto un patoso con un caparazón púrpura oscuro. ¿Adónde llevaba Tvlakv la caravana? Estas colinas sin cultivar eran perfectas para la agricultura. Podías esparcir savia de tocón mezclada con semillas de lavis, y tendrías pólipos más grandes que la cabeza de un hombre creciendo por toda la colina, dispuestos para abrirse y entregar el grano que llevaban dentro.

Los chulls se dieron un atracón de rocapullos, gusanos y crustáceos más pequeños que habían aparecido después de la tormenta. Tag y Bluth ataron tranquilamente las bestias a sus arneses mientras un Tvlakv de aspecto refunfuñón salía de debajo de su refugio impermeable. El amo de esclavos se puso una gorra y una capa negra para protegerse de la lluvia. Rara vez salía hasta que la tormenta hubiera pasado por completo: estaba muy ansioso por llegar a su destino. ¿Estaban cerca de la costa? Era uno de los pocos sitios donde había ciudades en las Ciudades Irreclamadas.

Minutos después, las carretas volvieron a ponerse en marcha por el irregular terreno. Kaladin se acomodó mientras el cielo se aclaraba, la alta tormenta una mancha de negrura en el horizonte occidental. El sol trajo un calorcillo agradable, y los esclavos se regodearon en la luz mientras las gotas de agua chorreaban de sus ropas y la parte trasera de la bamboleante carreta.

Al momento, un lazo de luz transparente se acercó a Kaladin. Estaba empezando a acostumbrarse a la presencia de la vientospren. Se había ido durante la tormenta, pero había regresado. Como siempre.

—Vi a otros de tu especie —comentó Kaladin.

—¿Otros? —preguntó ella, tomando la forma de una mujer joven. Empezó a rodearlo en el aire, girando de vez en cuando, danzando con un ritmo que él no oía.

—Vientospren —dijo Kaladin—. Persiguiendo a la tormenta. ¿Estás segura de que no quieres ir con ellos?

Ella miró hacia el oeste, añorante.

—No —dijo finalmente, continuando su baile—. Me gusta estar aquí.

Kaladin se encogió de hombros. Ella había dejado de gastarle bromas como antes, así que él había dejado de permitir que su

presencia lo molestase.

—Hay otros cerca —dijo—. Otros como tú.

—¿Esclavos?

—No lo sé. Personas. No los de aquí. Otros.

—¿Dónde?

Ella volvió un dedo blanco y transparente hacia el este.

—Allí. Muchos. Montones y montones.

Kaladin se levantó. No podía imaginar que la spren supiera medir bien distancia y números… Kaladin entornó los ojos, estudiando el horizonte. «Eso es humo. ¿De chimeneas?» Notó su olor en el aire: de no ser por la lluvia, lo habría olido antes.

¿Debería importarle? No importaba dónde fuera esclavo: seguiría siendo esclavo. Había aceptado esta vida. Era su forma de ser ahora. No le importaba, no le preocupaba.

Sin embargo, contempló con curiosidad cómo su carreta remontaba la falda de una colina y permitía que los esclavos vieran bien adónde se dirigía. No era una ciudad. Era algo más grande, más amplio. Un enorme campamento militar.

—Gran Padre de las Tormentas… —susurró Kaladin.

Diez masas de tropa vivaqueaban siguiendo las familiares pautas alezi: circulares, por compañías, con los seguidores del campamento en las afueras, los mercenarios en un anillo interior, los ciudadanos soldados cerca del centro, los oficiales ojos claros en el centro mismo. Estaban acampados en una serie de enormes formaciones rocosas parecidas a cráteres, pero los lados eran más irregulares, más serrados. Como cascaras de huevos rotos.

Kaladin había dejado un ejército muy parecido a este ocho meses atrás, aunque las fuerzas de Amaram eran mucho más pequeñas. Este cubría kilómetros de piedra, extendiéndose a lo lejos tanto al sur como al norte. Un millar de estandartes con un millar de glifos de familias diferentes ondeaban orgullosos en el aire. Había algunas tiendas (principalmente en la zona exterior a los ejércitos), pero la mayoría de los soldados se albergaba en grandes barracones de piedra. Eso implicaba que había animistas.

El campamento que tenían directamente delante mostraba un estandarte que Kaladin solo había visto en los libros. Azul oscuro con glifos blancos: *khokh* y *linil*, estilizados y pintados con una

espada ante una corona. La casa Kholin. La casa del rey.

Anonadado, Kaladin miró más allá de los ejércitos. Hacia el este, el paisaje era tal como lo había oído describir en una docena de historias diferentes que detallaban la campaña del rey contra los traidores parshendi. Era una enorme llanura hendida de piedra, tan amplia que no podía ver el otro lado, dividida y cortada a pico por abismos, grietas de ocho o diez metros de anchura. Eran tan profundas que desaparecían en la oscuridad y formaban un mosaico de mesetas irregulares. Algunas grandes, otras diminutas. La imponente llanura parecía un plato roto cuyas piezas hubieran sido vueltas a ensamblar con pequeñas aberturas entre los fragmentos.

—Las Llanuras Quebradas —susurró Kaladin.

—¿Qué? —preguntó la vientospren—. ¿Qué ocurre?

Kaladin sacudió la cabeza, divertido.

—Me pasé años intentando llegar a este lugar. Es lo que quería Tien, al final al menos. Venir aquí, combatir en el ejército del rey…

Y ahora Kaladin estaba aquí. Finalmente. «Accidentalmente.» Le entraron ganas de reír por el absurdo. «Tendría que haberme dado cuenta —pensó—; ni siquiera nos dirigíamos a la costa y sus ciudades. Veníamos hacia aquí. A la guerra.»

Este lugar estaría sometido a las leyes y normas alezi. Esperaba que Tvlakv quisiera evitarlas. Pero aquí probablemente encontraría también los mejores precios.

—¿Las Llanuras Quebradas? —dijo uno de los esclavos—. ¿De verdad?

Los demás se acercaron para asomarse. Con la súbita emoción, parecieron olvidar su miedo a Kaladin.

—¡Son las Llanuras Quebradas! —dijo otro hombre—. ¡Es el ejército del rey!

—Tal vez encontraremos justicia aquí —dijo otro.

—He oído decir que los sirvientes de la casa del rey viven tan bien como los mejores mercaderes —dijo otro—. Sus esclavos tienen que vivir también mejor. ¡Estaremos en tierras vorin, incluso ganaremos un salario!

Eso era cierto. Cuando trabajaban, había que pagar un pequeño salario a los esclavos: la mitad de lo que cobraría alguien que no lo fuera, que a menudo era ya menos de lo que obtendría un

ciudadano pleno por el mismo trabajo. Pero era algo, y la ley alezi lo exigía. Solo los fervorosos (que no podían poseer nada de todas formas) no tenían que cobrar. Bueno, ellos y los parshmenios. Pero los parshmenios eran más animales que otra cosa.

Un esclavo podía aplicar sus ganancias a su deuda de esclavo y, después de años de labor, ganar su libertad. Teóricamente. Los otros continuaron charlando mientras las carretas empezaban a bajar por la pendiente, pero Kaladin se retiró al fondo. Sospechaba que la idea de pagar un salario a los esclavos era una mentira que pretendía mantenerlos dóciles. La deuda era enorme, mucho más de lo que valía un esclavo, y era virtualmente imposible cancelarla.

Bajo sus anteriores amos, había exigido que le pagaran sus salarios. Siempre habían encontrado un modo de engañarlo: cobrándole por la vivienda, la comida. Así eran los ojos claros. Roshone, Samaram, Katarotam… Todos los ojos claros que Kaladin había conocido, fueran esclavos u hombres libres, habían demostrado ser corruptos hasta el corazón, a pesar de toda su pose y belleza externa. Eran como cadáveres putrefactos vestidos con sedas hermosas.

Los otros esclavos siguieron charlando del ejército del rey, y de la justicia. «¿Justicia? —pensó Kaladin, apoyándose contra los barrotes—. No estoy convencido de que exista eso que llaman Justicia.» Con todo, se mantuvo en la duda. Esto era el ejército del rey (los ejércitos de los diez altos príncipes) que venían a cumplir el Pacto de la Venganza.

Si había una cosa que todavía ansiaba, era la oportunidad de empuñar una lanza. De luchar de nuevo, de intentar volver a ser el hombre que había sido. Un hombre a quien le importaban las cosas.

Si pudiera encontrarla en alguna parte, la encontraría aquí.



«He visto el final, y lo he oído. La Noche de las Penas, la Verdadera Desolación. La Tormenta Enombrarterna.»

Recogido el 1 de Nanes, año 1172, 15 segundos antes de la muerte. El sujeto era un joven ojos oscuros de origen desconocido.

Shallan no esperaba que Jasnah Kholin fuera tan hermosa.

Era una belleza regia, madura, como la que podría encontrarse en el retrato de una erudita histórica. Shallan advirtió que ingenuamente había esperado que Jasnah fuera una solterona fea, como las severas matronas que habían sido sus instructoras hacía años. ¿Cómo si no podía una imaginarse a una hereje que tenía más de treinta años y seguía soltera?

Jasnah no era así. Era alta y esbelta, con la piel clara, finas cejas negras y denso pelo de color ónice. Lo llevaba alzado en parte, recogido en torno a un pequeño adorno dorado en forma de pergamino con dos pinzas para sujetarlo. El resto caía tras su cuello en pequeños y tensos rizos. Incluso rizado y combado como era, le llegaba hasta los hombros: suelto, sería tan largo como el de Shallan y le llegaría hasta la mitad de la espalda.

Tenía un rostro anguloso e inteligente, ojos violeta claro. Escuchaba a un hombre vestido con una túnica blanca y naranja fuerte, los colores reales kharbranthianos. La brillante Kholin era varios dedos más alta que el hombre: al parecer, la reputación de

altura de los alezi no era ninguna exageración. Jasnah miró a Shallan, reparó en su presencia, y luego regresó a su conversación.

¡Padre Tormenta! Esta mujer era la hermana de un rey. Reservada, estatuaria, inmaculadamente vestida de azul y plata. Como el vestido de Shallan, el de Jasnah estaba abotonado por los lados y tenía un cuello alto, aunque Jasnah tenía mucho más pecho que Shallan. Las faldas eran sueltas bajo la cintura y caían generosamente al suelo. Sus mangas eran largas y majestuosas, y la izquierda estaba abotonada para ocultar su mano segura.

En su mano libre había una joya: dos anillos y un brazalete conectados por varias cadenas, sosteniendo un grupo triangular de gemas que cubría el dorso de su mano. Una animista: la palabra se usaba tanto para la persona que realizaba el proceso como para el fabrial que lo hacía posible.

Shallan entró en la sala, tratando de ver mejor las grandes y brillantes gemas. Su corazón empezó a latir con más fuerza. La animista parecía idéntica a la que sus hermanos y ella habían encontrado en el bolsillo interior del chaleco de su padre.

Jasnah y el hombre de la túnica echaron a andar en dirección a Shallan, sin dejar de hablar. ¿Cómo reaccionaría Jasnah, ahora que su pupila había llegado por fin? ¿Se enfadaría por su tardanza? Shallan no podía ser acusada de eso, pero la gente a menudo espera cosas irracionales de sus inferiores.

Como la gran caverna exterior, este pasillo estaba tallado en la roca, pero estaba ricamente adornado, con labrados candelabros hechos con gemas de luz tormentosa. La mayoría eran granates de color violeta profundo, que se contaban entre las piedras menos valiosas. Incluso así, la cantidad de ellos que colgaban brillando con luz violeta hacía que la lámpara valiera una pequeña fortuna. Sin embargo, más que eso, Shallan se sintió impresionada por la simetría del diseño y la belleza de la pauta de cristales que colgaban a los lados.

Mientras Jasnah se acercaba, Shallan pudo oír parte de lo que estaba diciendo.

—¿… cuenta de que esta acción podría provocar una reacción desfavorable por parte de los devotarios? —decía la mujer, hablando en alezi. Era muy parecido al veden nativo de Shallan, y

le habían enseñado a hablarlo bien durante su infancia.

—Sí, brillante —dijo el hombre de la túnica. Era mayor, con un hililllo de barba blanca, y tenía ojos grises claros. Su rostro franco y amable parecía muy preocupado, y llevaba un sombrero cilíndrico y breve a juego con el naranja y blanco de su rica túnica. ¿Era quizás algún tipo de mayordomo real?

No. Esas gemas de sus dedos, la forma en que se movía, la manera en que los otros asistentes ojos claros se referían a él… «¡Padre Tormenta! —pensó Shallan—. ¡Tiene que ser el rey en persona!» No el hermano de Jasnah, Elhokar, sino el rey de Kharbranth. Taravangian.

Shallan realizó apresuradamente una reverencia adecuada, que Jasnah advirtió.

—Los fervorosos tienen mucho poder aquí, majestad —dijo Jasnah con voz suave.

—Y yo también —repuso el rey—. No tienes que preocuparte por mí.

—Muy bien —contestó—. Tus términos son factibles. Guíame hasta el lugar y verá qué se puede hacer. Si me disculpas mientras caminamos, no obstante, tengo alguien a quien debo atender.

Jasnah hizo un breve gesto hacia Shallan, indicándole que se uniera a ellos.

—Por supuesto, brillante —dijo el rey. Parecía confiar en Jasnah. Kharbranth era un reino muy pequeño (solo una ciudad), mientras que Alezkar era uno de los más poderosos del mundo. Una princesa alezi bien podía superar a un rey kharbranthiano en términos de realeza, por mucho que dijera el protocolo.

Shallan se apresuró a alcanzar a Jasnah, que caminaba un poco por detrás del rey mientras este empezaba a hablar con sus ayudantes.

—Brillante —dijo—. Soy Shallan Davar, a quien pediste que viniera a verte. Lamento profundamente no haber podido encontrarme contigo en Dumadari.

—La culpa no fue tuya —dijo Jasnah con un gesto—. No esperaba que llegaras a tiempo. Sin embargo, no estaba segura de dónde iría después de Dumadari cuando te envié esa nota.

Jasnah no estaba enfadada: eso era buena señal. Shallan notó

como parte de su ansiedad remitía.

—Me impresiona tu tenacidad, chiquilla —continuó Jasnah—. Sinceramente, no esperaba que me siguieras hasta tan lejos. Después de Kharbranth iba a cesar de dejarte notas, ya que suponía que habrías renunciado a seguirme. La mayoría lo hace después de las primeras paradas.

¿La mayoría? ¿Entonces esto era una especie de prueba? ¿Y Shallan la había superado?

—Sí, en efecto —continuó musitando Jasnah—. Tal vez acceda a que me hagas una petición para ser mi pupila.

Shallan casi tropezó por la sorpresa. ¿Petición? ¿No lo había hecho ya?

—Brillante —dijo Shallan—. Creía que…, bueno, tu cart…

Jasnah la miró.

—Te di permiso para reunirte conmigo, joven Davar. No prometí aceptarte. La formación y el cuidado de una pupila son una distracción para la que tengo poca tolerancia o tiempo en este momento. Pero has viajado desde muy lejos. Sopesaré tu petición, aunque debes comprender que mis requerimientos son estrictos.

Shallan cubrió una mueca.

—No hay ningún berrinche —advirtió Jasnah—. Eso es buena señal.

—¿Berrinche, brillante? ¿En una mujer ojos claros?

—Te sorprendería —repuso Jasnah secamente—. Pero la actitud sola no te ganará el puesto. Dime, ¿cómo es tu educación?

—Extensiva en algunas áreas —respondió Shallan. Entonces añadió, vacilante—: Y enormemente deficitaria en otras.

—Muy bien —dijo Jasnah. Ante ellas, el rey parecía tener prisa, pero era tan viejo que incluso un paso urgente seguía siendo lento —. Entonces haremos una evaluación. Responde con sinceridad y no exageres, ya que descubriré pronto tus mentiras. Tampoco finjas falsa modestia. No tengo paciencia para tonterías.

—Sí, brillante.

—Empezaremos por la música. ¿Cómo juzgarías tu destreza?

—Tengo buen oído, brillante —dijo Shallan con toda sinceridad —. Soy mejor con la voz, aunque he sido formada con la cítara y las flautas. No sería la mejor que has oído, pero tampoco la peor. Me sé

de memoria la mayoría de las baladas históricas.

—Dime el estribillo de «Cadenciosa Adrene».

—¿Aquí?

—No estoy acostumbrada a repetirme, niña.

Shallan se ruborizó, pero empezó a cantar. No fue su mejor actuación, pero su tono era puro y no tropezó con ninguna de las palabras.

—Bien —dijo Jasnah mientras Shallan hacía una pausa para respirar—. ¿Idiomas?

Shallan vaciló un instante, desviando su atención del frenético intento por recordar el siguiente verso. ¿Idiomas?

—Sé hablar tu nativo alezi, obviamente —dijo—. Tengo un conocimiento pasable del thaylen leído y hablo bien azish. Puedo hacerme entender en selay, pero no lo sé leer.

Jasnah no hizo ningún tipo de comentario. Shallan empezó a ponerse nerviosa.

—¿Escritura? —preguntó.

—Conozco todos los glifos mayores, menores y temáticos, y los sé pintar caligráficamente.

—También lo saben la mayoría de los niños.

—Los glifos protectores que yo pinto son considerados impresionantes por aquellos que me conocen.

—¿Glifos protectores? —dijo Jasnah—. Si necesito a alguien para escribir un tratado en su poni de peluche o hable de un guijarro interesante que haya descubierto, te mandaré llamar. ¿No hay nada que puedas ofrecerme que tenga verdadera habilidad?

Shallan se ruborizó.

—Con el debido respeto, brillante, tienes una carta mía, y fue lo bastante persuasiva para concederme esta audiencia.

—Un argumento válido —dijo Shallan, asintiendo—. Has tardado bastante en mencionarlo. ¿Cómo es tu formación en la lógica y las artes relacionadas?

—Soy diestra en matemáticas básicas —dijo Shallan, todavía molesta—, y a menudo he ayudado a mi padre con cuentas menores. He leído las obras completas de Tormas, Nashan, Niali el Justo y, naturalmente, Nohadon.

—¿Placini?

—No.

—¿Quién?

—¿Gabrathin, Yustara, Manaline, Syasikk, Shauka-hija-Hasweth?

Shallan se estremeció y sacudió de nuevo la cabeza. Ese último nombre era obviamente shin. ¿Tenía el pueblo sin maestros lógicos siquiera? ¿De verdad esperaba Jasnah que sus pupilas hubieran estudiado semejantes textos oscuros?

—Ya veo —dijo Jasnah—. Bien ¿qué hay de historia?

Historia. Shallan se encogió aún más.

—Yo…, es una de las áreas en las que soy más deficiente, brillante. Mi padre nunca pudo encontrar un tutor adecuado para mí. Leí los libros de historia que poseía…

—¿Cuáles eran?

—Todo el grupo de los *Temas* de Barlesha Lhan, principalmente.

Jasnah agitó una mano, despectiva.

—Apenas merecen la pena el tiempo invertido en escribirlos. Una recopilación popular de hechos históricos en el mejor de los casos.

—Pido disculpas, brillante.

—Es un agujero embarazoso. La historia es la más importante de las subartes literarias. Cabría esperar que tus padres se hubieran preocupado especialmente de esta área, si esperaban enviarte a estudiar con una historiadora como yo.

—Mis circunstancias son poco usuales, brillante.

—La ignorancia rara vez es poco usual, joven Davar. Cuanto más vivo, más comprendo que es el estado natural de la mente humana. Hay muchos que lucharán por defender su santidad y luego esperan que sus esfuerzos te impresionen.

Shallan volvió a ruborizarse. Era consciente de que tenía algunas deficiencias, pero Jasnah tenía expectativas irracionales. No dijo nada y siguió andando junto a la alta mujer. ¿Cuánto medía este pasillo, por cierto? Estaba tan apurada que ni siquiera miró las pinturas ante las que iban pasando. Doblaron una esquina, internándose más en la montaña.

—Bien, pasemos entonces a la ciencia —dijo Jasnah, con tono insatisfecho—. ¿Qué puedes decir de ese tema?

—En las ciencias tengo los fundamentos razonables que podrían esperarse de una joven de mi edad —contestó Shallan, más envarada de lo que le habría gustado.

—¿Y eso qué significa?

—Puedo hablar con habilidad de geografía, geología, física y química. He hecho estudios concretos de biología y botánica, y pude obtenerlos con un razonable nivel de independencia en las posesiones de mi padre. Pero si esperas que resuelva sin pestañear el Acertijo de Fabrisan, sospecho que te sentirás decepcionada.

—¿No tengo derecho a hacer exigencias razonables a mis estudiantes potenciales, joven Davar?

—¿Razonables? ¡Tus exigencias son tan razonables como las que hacen los Diez Heraldos el Día de Pruebas! Con el debido respeto, brillante, pareces querer que tus pupilos potenciales sean ya maestros eruditos. Puede que pueda encontrarte un par de fervorosos de ochenta años en la ciudad que tal vez encajen con tus requerimientos. Podrían solicitar el puesto, aunque tal vez tengan problemas para oír lo bastante bien para responder a tus preguntas.

—Comprendo —replicó Jasnah—. ¿Y le hablas a tus padres con ese mismo despecho?

Shallan dio un respingo. El tiempo que había pasado con los marineros le había soltado demasiado la lengua. ¿Había venido hasta aquí solo para ofender a Jasnah? Pensó en sus hermanos, arruinados, manteniendo una tenue fachada en casa. ¿Tendría que regresar con ellos derrotada, tras haber echado a perder esta oportunidad?

—No les hablaba así, brillante. Ni debería hacerlo así contigo. Pido disculpas.

—Bien, al menos eres lo bastante sincera para admitir tus defectos. Con todo, sigo decepcionada. ¿Cómo es que tu madre considerara que estabas preparada para ser pupila?

—Mi madre falleció cuando yo era solo una niña, brillante.

—Y tu padre pronto volvió a casarse. Malise Gevelmar, creo.

Shallan se sorprendió ante su conocimiento. La casa Davar era antigua, pero solo de importancia y poder medios. El hecho de que Jasnah conociera el nombre de su madrastra decía mucho sobre ella.

—Mi madrastra falleció recientemente. No me envió a ser tu pupila. Yo misma tomé la iniciativa.

—Mis condolencias —dijo Jasnah—. Tal vez deberías estar con tu padre, cuidando sus posesiones y consolándolo, en vez de hacerme perder el tiempo.

Los hombres que caminaban ante ellas se internaron por otro pasillo lateral. Jasnah y Shallan los siguieron, entrando en un corredor más pequeño con una ornamentada alfombra roja y amarilla y espejos colgando de las paredes.

Shallan se volvió hacia Jasnah.

—Mi padre no me necesita. —Bueno, eso era cierto—. Pero yo sí te necesito enormemente, como ha demostrado esta misma entrevista. Si tanto te amarga la ignorancia, ¿puedes en buena consciencia dejar pasar la oportunidad de librarte de la mía?

—Lo he hecho antes, joven Davar. Eres la duodécima joven que ha pedido ser mi pupila este año.

«¿Doce? ¿En un año?» Y ella que había dado por hecho que las mujeres se apartaban de Jasnah por su antagonismo hacia los devotarios.

El grupo llegó al final del estrecho pasillo y dobló una esquina para encontrar, para sorpresa de Shallan, un lugar donde un gran trozo de roca había caído del techo. Una docena de ayudantes esperaban allí, algunos con aspecto ansioso. ¿Qué estaba sucediendo?

Gran parte de los escombros habían sido despejados, aunque el agujero en el techo aún asomaba ominosamente. No se veía el cielo: habían ido descendiendo progresivamente, y estaban probablemente muy bajo tierra. Una piedra enorme, más alta que un hombre, había caído en un portal a la derecha. No se podía pasar a la habitación contigua. A Shallan le pareció oír algo al otro lado. El rey se acercó a la piedra, hablando con voz tranquilizadora. Se sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la anciana frente.

—Los peligros de vivir en una ciudad tallada directamente en la roca —dijo Jasnah, avanzando—. ¿Cuándo sucedió esto?

Al parecer, no había sido convocada a la ciudad específicamente para este propósito: el rey simplemente aprovechaba su presencia.

—Durante la reciente alta tormenta, brillante —dijo el rey.

Sacudió la cabeza, haciendo que su fino y caído bigote blanco temblara—. Los arquitectos del palacio podrían abrir un hueco hasta la habitación, pero llevaría tiempo, y se espera que la siguiente tormenta tenga lugar dentro de unos pocos días. Además, cavar podría desplomar más parte de la techumbre.

—Creía que Kharbranth estaba protegida de las tormentas, majestad —dijo Shallan, haciendo que Jasnah le dirigiera una mirada de furia.

—La ciudad está protegida, joven —respondió el rey—. Pero la montaña de piedra que tenemos detrás sufre los embates de las tormentas. A veces hay avalanchas en esa parte, y eso puede hacer que toda la falda de la montaña tiemble. —Miró al techo—. Los desplomes son muy raros, y creíamos que esta zona era segura, pero…

—Pero es roca —dijo Jasnah—, y no puede decirse si una veta acecha justo debajo de la superficie —inspeccionó el monolito que había caído del techo—. Esto será difícil. Probablemente perderé una piedra focal muy valiosa.

—Yo… —empezó a decir el rey, secándose de nuevo la frente—. Si tan solo tuviéramos una espada esquirlada…

Jasnah lo interrumpió con un gesto.

—No buscaba renovar nuestro trato, majestad. Acceder al Palaneo merece el coste. Manda traer a alguien trapos mojados. Que la mayoría de los criados se trasladen al otro extremo del pasillo. Tú mismo puedes esperar también allí.

—Me quedaré aquí —dijo el rey, lo que levantó objeciones entre sus asistentes, incluyendo un gigante que llevaba una coraza de cuero negro, probablemente su guardaespaldas. El rey lo mandó callar alzando una mano arrugada—. No me esconderé como un cobarde mientras mi nieta está atrapada.

No era extraño que estuviera tan nervioso. Jasnah no siguió discutiendo, y Shallan pudo ver en sus ojos que no era cosa suya si el rey arriesgaba la vida. Lo mismo al parecer se aplicaba a ella, pues Jasnah no le ordenó que se retirara. Varios criados se acercaron con trapos mojados y los repartieron. Jasnah rechazó el suyo. El rey y su guardaespaldas alzaron los rostros, cubriéndose la boca y la nariz.

Shallan cogió el suyo. ¿Para qué servía? Un par de criados pasaron unos cuantos trapos más por un hueco entre la piedra y la pared a los que estaban atrapados dentro. Luego todos los sirvientes se retiraron al pasillo.

Jasnah hurgó y sondeó el peñasco.

—Joven Davar —dijo—, ¿qué método usarías para calibrar la masa de esta piedra?

Shallan parpadeó.

—Bueno, supongo que le preguntaría a su majestad. Sus arquitectos probablemente la han calculado.

Jasnah ladeó la cabeza.

—Una respuesta elegante. ¿Lo han hecho, majestad?

—Sí, brillante —respondió el rey—. Tiene más o menos quince mil kavals.

Jasnah miró a Shallan.

—Un punto a tu favor, joven Davar. Un erudito sabe cuándo no perder el tiempo redescubriendo información ya conocida. Es una lección que olvido a veces.

Shallan se sintió hincharse ante esas palabras. Ya tenía la impresión de que Jasnah no suministraba alabanzas a la ligera. ¿Significaba eso que todavía la estaba considerando como posible pupila?

Jasnah alzó su mano libre, la animista brillando contra la piel. Shallan notó que los latidos de su corazón se aceleraban. Nunca había visto forjar una animación en persona. Los fervorosos eran muy reclusivos en el uso de sus fabriales, y ni siquiera sabía que su padre tenía uno hasta que se lo encontraron encima. Naturalmente, el suyo ya no funcionaba. Era uno de los principales motivos por los que estaba aquí.

Las gemas insertadas en la animista de Jasnah eran enormes, las más grandes que Shallan había visto jamás, con un valor de muchas esferas cada una. Una era de cuarzo ahumado, una gema de puro cristal negro. La segunda era de diamante. La tercera era un rubí. Todas estaban talladas: una piedra tallada podía albergar más luz tormentosa. Tenían muchas brillantes facetas de forma ovalada.

Jasnah cerró los ojos, presionando la mano contra la roca caída. Alzó la cabeza, inhalando lentamente. Las piedras del dorso de su

mano empezaron a brillar más ferozmente, el cuarzo ahumado en concreto se hizo tan brillante que resultaba difícil mirarlo.

Shallan contuvo la respiración. Lo único que se atrevió a hacer fue parpadear, confinando la escena a la memoria. Durante un largo momento, no sucedió nada.

Y entonces, brevemente, Shallan oyó un sonido. Un tamborileo grave, como un grupo lejano de voces que tararearan juntas una única nota pura.

La mano de Jasnah se *hundió* en la roca.

La piedra desapareció.

Un estallido de denso humo negro explotó en el pasillo. Suficiente para cegar a Shallan: pareció el resultado de un centenar de incendios, y olió a madera quemada. Shallan se llevó rápidamente el trapo mojado a la cara y cayó de rodillas. Extrañamente, notó embotados los oídos, como si se hubiera precipitado de una gran altura. Tuvo que tragar saliva para aliviarlos.

Cerró los ojos con fuerza cuando empezaron a lagrimear, y contuvo la respiración. Sus oídos se llenaron de un sonido absorbente.

Pasó. Abrió los ojos y encontró al rey y su guardaespaldas acurrucados contra la pared de al lado. El humo seguía arremolinándose en el techo: el pasillo olía muy fuerte. Jasnah permanecía de pie, los ojos cerrados todavía, ajena al humo, aunque ahora la suciedad cubría su cara y sus ropas. También había dejado marcas en las paredes.

Shallan había leído sobre esto, pero todavía estaba asombrada. Jasnah había transformado la piedra en humo, y como el humo era mucho menos denso que la piedra, el cambio había dispersado el humo con un estallido.

Era cierto: Jasnah tenía una animista que funcionaba. Y además era poderosa. Nueve de cada diez animistas eran capaces de unas cuantas transformaciones limitadas: crear agua o grano a partir de la piedra; formar blandos edificios de roca de una sola habitación con el aire o la tela. Una animista superior, como Jasnah, podía efectuar cualquier transformación. Convertir literalmente cualquier sustancia en otra. Cómo debía molestar a los fervorosos que una

reliquia tan sagrada y poderosa estuviera en manos de alguien que no pertenecía al fervor. ¡Y una hereje, nada menos!

Shallan se puso en pie tambaleante, dejando el trapo en su boca, respirando aire húmero pero libre de humo. Tragó saliva, sus oídos volvieron a embotarse cuando la presión de la sala volvió a la normalidad. Un momento después, el rey corrió a la habitación ahora accesible. Una niña pequeña, junto con varias ayas y otros sirvientes de palacio, estaba sentada en el otro lado, tosiendo. El rey la cogió en brazos. Era demasiado joven para tener una manga de recato.

Jasnah abrió los ojos, parpadeando, como si estuviera momentáneamente confundida por su situación. Inspiró profundamente, y no tosió. De hecho, sonrió, como si le gustara el olor a humo.

Se volvió hacia Shallan y se concentró en ella.

—Sigues esperando una respuesta por mi parte. Me temo que no te gustará lo que diga.

—Pero no has terminado de ponerme a prueba todavía —dijo Shallan, obligándose a ser osada—. Sin duda no harás tu juicio hasta que lo hayas hecho.

—¿No he terminado? —preguntó Jasnah, frunciendo el ceño.

—No me has preguntado por todas las artes femeninas. No mencionaste la pintura y el dibujo.

—Nunca me han sido de mucha utilidad.

—Pero pertenecen a las artes —dijo Shallan, desesperada. ¡Era donde estaba mejor dotada!—. Muchos consideran que las artes visuales son las más refinadas de todas. He traído mi carpeta. Puedo mostrarte lo que sé hacer.

Jasnah frunció los labios.

—Las artes visuales son frívolas. He sopesado los hechos, niña, y no puedo aceptarte. Lo siento mucho.

El corazón de Shallan se estremeció.

—Majestad —le dijo Jasnah al rey—, me gustaría ir al Palaneo.

—¿Ahora? —preguntó el rey, acunando a la niña—. Pero vamos a celebrar una fiesta…

—Agradezco el ofrecimiento, pero tengo abundancia de todo menos tiempo.

—Naturalmente —dijo el rey—. Te llevaré personalmente. Gracias por lo que has hecho. Cuando oí que había solicitado la entrada… —continuó hablando con Jasnah, que lo siguió sin decir nada pasillo abajo, dejando a Shallan detrás.

Shallan se llevó la mochila al pecho, se quitó el paño de la boca. Seis meses de búsqueda, para esto. Agarró frustrada el trapo, apretujando el agua cenicienta entre sus dedos. Quería llorar. Eso era lo que probablemente habría hecho de haber sido la misma niña que fue hacía seis meses.

Pero las cosas habían cambiado. Ella misma había cambiado. Si fracasaba, la casa Davar caería. Shallan sintió que su determinación se redoblaba, aunque no pudo impedir que unas cuantas lágrimas escaparan de las comisuras de sus ojos. No iba a rendirse hasta que Jasnah se viera obligada a cargarla de cadenas y hacer que las autoridades se la llevaran.

Con paso sorprendentemente firme, echó a andar en la dirección que había seguido Jasnah. Seis meses antes, les había explicado a sus hermanos un plan desesperado. Aprendería con Jasnah Kholin, erudita, hereje. No por la educación. Ni por el prestigio. Sino para averiguar dónde guardaba su animista.

Y entonces se lo robaría.



Calco de un mapa del campamento de Sadeas empleado por los lanceros comunes. Estaba grabado en el dorso de una Concha de cremlino del tamaño de una palma. El calco estaba marcado con tinta por un sabio alezi anónimo, hacia 1173.



«Tengo frío. Madre, tengo frío. ¿Madre? ¿Por qué puedo seguir oyendo la lluvia? ¿Cesará?»

Recogido en Vevishes, año 1172, 32 segundos antes de la muerte. El sujeto era una niña ojos claros, de unos seis años de edad.

Tvlakv sacó a todos los esclavos de sus jaulas al mismo tiempo. Esta vez no temía que se escaparan o hubiera una rebelión: no con otra cosa sino desierto tras ellos y más de cien mil soldados armados delante.

Kaladin bajó de la carreta. Estaban dentro de una de las formaciones parecidas a cráteres, su irregular pared de piedra alzándose al oeste. El terreno había sido despejado de plantas, y la roca resbalaba bajo sus pies descalzos. Charcos de agua de lluvia se habían acumulado en las depresiones. El aire era limpio y nítido, y el sol en el cielo fuerte, aunque con esta humedad oriental siempre se sentía mojado.

Alrededor se extendían los signos de un ejército largamente establecido: esta guerra llevaba en marcha desde la muerte del antiguo rey, casi seis años atrás. Todo el mundo contaba historias de aquella noche, la noche en que los hombres de las tribus parshendi asesinaron al rey Gavilán.

Los pelotones de soldados marchaban, siguiendo direcciones indicadas por círculos pintados en cada intersección. El

campamento estaba repleto de largos búnkeres de piedra, y había más tiendas de las que Kaladin había visto desde arriba. Las animistas no podían utilizarse para crear cualquier refugio. Tras el hedor de la caravana de esclavos, el lugar olía bien, rebosante de aromas familiares como el cuero tratado y las armas engrasadas. Sin embargo, muchos de los soldados tenían aspecto desaliñado. No estaban sucios, pero tampoco parecían especialmente disciplinados. Recorrían el campamento en grupos, con las guerreras sin abrochar. Algunos señalaron a los esclavos y se rieron de ellos. ¿Este era el ejército de un alto príncipe? ¿La fuerza de élite que luchaba por el honor de Alezkar? ¿A esto era a lo que Kaladin había aspirado a unirse?

Bluth y Tag vigilaban atentamente mientras Kaladin se alineaba con los otros esclavos, pero no intentó nada. Este no era el momento de provocarlos: Kaladin había visto cómo actuaban los mercenarios cuando estaban cerca de soldados de verdad. Bluth y Tag interpretaron su papel, caminando con el pecho henchido y las manos posadas sobre las armas. Empujaron a unos cuantos esclavos a su sitio, le dieron un golpe con una porra en el vientre a un hombre y lo maldijeron con saña.

Se mantuvieron apartados de Kaladin.

—El ejército del rey —dijo el esclavo que tenía al lado. Era el hombre de piel oscura que lo había intentado convencer para escapar—. Creí que íbamos a trabajar en las minas. Esto no será tan malo después de todo. Limpiaremos letrinas o mantendremos carreteras.

Era extraño, ansiar trabajar en las letrinas o hacerlo bajo el caluroso sol. Kaladin esperaba otra cosa. Esperaba. Sí, había descubierto que todavía podía sentir esperanza. Una lanza en sus manos. Un enemigo al que enfrentarse. Podría vivir con eso.

Tvlakv hablaba con una mujer ojos claros de aspecto importante. Llevaba el pelo recogido en un complejo peinado, chispeando de amatistas infusas, y su vestido era de un escarlata oscuro. Tenía un aspecto muy parecido al de Laral, al final. Probablemente era cuarta o quinta dahn, esposa y escriba de uno de los oficiales del campamento.

Tvlakv empezó a alardear de su mercancía, pero la mujer alzó

una delicada mano.

—Puedo ver lo que estoy comprando, esclavista —dijo con suave acento aristocrático—. Los inspeccionaré yo misma.

Empezó a caminar ante la fila, acompañada por varios soldados.

Su vestido seguía la moda noble alezi: una sólida franja de tela, tensa y ajustada en el torso y estilizadas faldas debajo. Se abotonaba en los lados del torso de la cintura al cuello, donde quedaba rematada por un pequeño cuello bordado en oro. La manga izquierda, más larga, ocultaba su mano segura. La madre de Kaladin siempre había llevado solo un guante, cosa que a él le parecía más práctico.

A juzgar por su cara, no le impresionaba demasiado lo que veía.

—Estos hombres están medio famélicos y enfermos —dijo, tomando una fina vara de una joven ayudante. La usó para alzar el pelo de la frente de uno de los esclavos e inspeccionar su marca—. ¿Pides dos broams de esmeraldas por cabeza?

Tvlakv empezó a sudar.

—Tal vez uno y medio…

—¿Y qué utilidad tendrían para mí? No me fiaría de hombres tan sucios cerca de la comida, y tenemos parshmenios que hacen casi todos los demás trabajos.

—Si su alteza no está satisfecha, podría abordar a otros altos príncipes…

—No —dijo ella, golpeando al esclavo que había estado observando cuando se apartó—. Uno y cuarto. Pueden ayudarnos a cortar madera en los bosques del norte…

Se interrumpió al ver a Kaladin.

—Vaya. Este material es mucho mejor que los otros.

—Pensé que podría gustarte —dijo Tvlakv, acercándose a ella—. Es bastante…

La mujer alzó la vara y lo hizo callar. Tenía una pequeña llaga en un labio. Un poco de raíz de cus podría venirle bien.

—Quítate la saya, esclavo —ordenó.

Kaladin la miró directamente a los ojos azules y sintió una urgencia casi irresistible por escupirla. No. No podía permitirse eso. No cuando había una oportunidad. Sacó los brazos del saco que le hacía las veces de saya, dejándolo caer hasta la cintura y

descubriendo su pecho.

A pesar de los ocho meses de esclavitud, era mucho más musculoso que los demás.

—Gran número de cicatrices para alguien tan joven —dijo la noble, pensativa—. ¿Eres militar?

—Sí.

La vientospren se acercó a la mujer e inspeccionó su cara.

—¿Mercenario?

—Ejército de Amaram —respondió Kaladin—. Ciudadano, segundo *nahn*.

—Antiguo ciudadano —intervino Tvlakv rápidamente—. Fue…

Ella lo volvió a mandar callar con un gesto de la vara, mirándolo. Entonces usó la vara para hacer a un lado el pelo de Kaladin e inspeccionar su frente.

—Glifo *shash* —dijo, chasqueando la lengua. Varios de los soldados cercanos se acercaron, las manos en las espadas—. De donde yo vengo, los esclavos que se merecen esto son ejecutados sin más.

—Son afortunados —dijo Kaladin.

—¿Y cómo acabaste aquí?

—Maté a alguien —respondió Kaladin, preparando sus mentiras con cuidado.

«Por favor —imploró a los Heraldos—. Por favor.» Había pasado mucho tiempo desde la última vez que rezara.

La mujer alzó una ceja.

—Soy un asesino, brillante —dijo Kaladin—. Me emborraché, cometí algunos errores. Pero sé usar una lanza tan bien como el que más. Ponme en el ejército de tu brillante señor. Déjame luchar de nuevo.

Era una mentira extraña, pero la mujer nunca lo dejaría combatir si pensaba que era un desertor. En este caso, era mejor ser conocido como un asesino accidental.

«Por favor…» Ser soldado de nuevo. Pareció, en un instante, lo más glorioso que había querido jamás. Sería mucho mejor morir en el campo de batalla que consumirse vaciando orinales.

Tvlakv se acercó a la mujer ojos claros. Miró a Kaladin y suspiró.

—Es un desertor, brillante. No le hagas caso.

¡No! Kaladin sintió un ardiente estallido de furia consumir su esperanza. Alzó las manos hacia Tvlakv. Iba a estrangular a esa rata, y…

Algo restalló en su espalda. Gruñó, se tambaleó y cayó sobre una rodilla. La noble dio un paso atrás, llevándose alarmada su mano segura al pecho. Uno de los soldados del ejército agarró a Kaladin y lo puso de nuevo en pie.

—Bueno —dijo ella por fin—. Es una lástima.

—Puedo luchar —gruñó Kaladin contra el dolor—. Dame una lanza. Déjame…

Ella alzó la vara, interrumpiéndolo.

—Brillante —dijo Tvlakv, sin mirar a los ojos de Kaladin—. Yo no le confiaría un arma. Es cierto que es un asesino, pero también tiene fama de desobediente y de encabezar rebeliones contra sus amos. No podría vendértelo como soldado jurado. Mi consciencia no lo permitiría —vaciló—. Puede haber corrompido a los hombres de su carreta con ideas de evasión. Mi honor exige que te lo cuente.

Kaladin apretó los dientes. Se sintió tentado de abatir al soldado que tenía detrás, agarrar aquella lanza y pasar sus últimos momentos de vida atravesando con ella la gruesa barriga de Tvlakv. ¿Por qué? ¿Qué le importaba a Tvlakv cómo fuera a tratarlo este ejército?

«Nunca tendría que haber roto el mapa —pensó—. La amargura se devuelve con más frecuencia que la amabilidad.» Era uno de los dichos de su padre.

La mujer asintió, y continuó avanzando por la fila.

—Muéstrame cuáles —dijo—. Me los llevaré, por tu sinceridad. Necesitamos nuevos obreros para el puente.

Tvlakv asintió ansioso. Antes de seguir, se detuvo y se inclinó hacia Kaladin.

—No puedo confiar en tu conducta. La gente de este ejército me echará la culpa si no revelo todo lo que sé. Yo…, lo siento.

Con eso, el mercader se marchó.

Kaladin gruñó, y luego se zafó del soldado, pero permaneció en la fila. Muy bien, que así fuera. Talar árboles, construir puentes, luchar en el ejército. Nada de eso importaba. Tan solo seguiría viviendo. Le habían quitado su libertad, su familia, sus amigos, y…,

lo más querido de todo: sus sueños. No podían hacerle nada más.

Tras la inspección, la noble cogió una tableta de escritura que le ofrecía su ayudante e hizo unas cuantas anotaciones en su papel. Tvlakv le dio un libro de cuentas detallando cuánto había pagado cada esclavo de sus deudas. Kaladin pudo ver que decía que ninguno de ellos había pagado nada. Tal vez Tvjakv mentía sobre las cifras. No era improbable.

Kaladin probablemente dejaría que todos sus salarios fueran a parar a sus deudas esta vez. Que se preocuparan cuando vieran que veía su farol. ¿Qué harían si podía zanjar su deuda? Quizá no lo averiguaría nunca: dependiendo de lo que ganaran estos obreros del puente, podrían hacer falta de diez a cincuenta años para lograrlo.

La mujer ojos claros asignó a la mayoría de los esclavos a los trabajos en el bosque. Media docena de los más flacos fueron enviados a los comedores, a pesar de lo que había dicho antes.

—Esos diez —dijo la noble, alzando su vara para señalar a Kaladin y los otros ocupantes de su carreta—. Llevadlos a las cuadrillas de los puentes. Decidle a Lamaril y Gaz que le den al alto un tratamiento especial.

Los soldados se echaron a reír, y uno empezó a empujar al grupo camino abajo. Kaladin lo soportó; estos hombres no tenían motivos para ser amables, y no les iba a dar un motivo para ser más duros. Si había un grupo al que los soldados ciudadanos odiaban más que a los mercenarios, era a los desertores.

Mientras caminaba, no pudo dejar de advertir el estandarte que ondeaba sobre el campamento. Llevaba el mismo símbolo bordado que las guerreras de los uniformes de los soldados: un glifo amarillo con la forma de una torre y un martillo en un campo de verde oscuro. Era el estandarte del alto príncipe Sadeas, gobernante del distrito natal del propio Kaladin. ¿Era una ironía del destino que hubiera acabado aquí?

Los soldados parecían ociosos, incluso los que estaban de servicio, y las calles del campamento estaban llenas de basura. Los seguidores del campamento eran abundantes: putas, mujeres obreras, toneleros, candeleros y pastores. Incluso había niños corriendo por las calles de lo que era mitad ciudad, mitad campamento castrense.

También había parshmenios. Llevaban agua, trabajaban en las zanjas, levantaban sacos. Eso le sorprendió. ¿No había parshmenios que lucharan? ¿No les preocupaba que se rebelaran? Al parecer, no. Los parshmenios que había aquí trabajaban con la misma docilidad que los de Piedralar. Tal vez tenía sentido. Los alezi habían combatido contra otros alezi en sus ejércitos natales, ¿así que por qué no iba a haber parshmenios en ambos bandos de este conflicto?

Los soldados llevaron a Kaladin hasta la zona norte del campamento, una caminata que llevó su tiempo. Gracias a las animistas, los barracones de piedra parecían todos exactamente iguales, y la periferia del campamento mostraba un perímetro irregular, como si fueran montañas. La vieja costumbre le hizo memorizar la ruta. Aquí la alta muralla circular había sido gastada por incontables altas tormentas, dando una clara visión del paisaje al este. Aquel terreno descubierto sería una buena zona para reunir a un ejército antes de marchar por la pendiente hacia las Llanuras Quebradas.

El borde norte del campo contenía un subcampamento lleno de varias docenas de barracones, y en su centro había un aserradero lleno de carpinteros. Estaban cortando algunos de los recios árboles que Kaladin había visto en las llanuras: retiraban la corteza nudosa y los serraban en planchas. Otro grupo de carpinteros amontonaba las planchas.

—¿Vamos a ser carpinteros? —preguntó Kaladin.

Uno de los soldados soltó una risotada.

—Vais a uniros a las cuadrillas de los puentes.

Señaló a un grupo de hombres de aspecto apenado sentados en piedras a la sombra de un barracón que comían con los dedos de unos cuencos de madera. Era deprimente: la bazofia parecía similar a la que les había suministrado Tvlakv.

Uno de los soldados volvió a empujar a Kaladin, que bajó dando tumbos por la pendiente y cruzó el terreno. Los otros nueve esclavos lo siguieron, acompañados por los soldados. Ninguno de los hombres sentados en torno a los barracones les dirigió una sola mirada. Llevaban chalecos de cuero y pantalones sencillos, algunos con sucias camisas cerradas, otros con el pecho desnudo. El penoso grupo no tenía mucho mejor aspecto que los esclavos, aunque

parecían hallarse en un estado físico algo mejor.

—Nuevos reclutas, Gaz —llamó uno de los soldados.

Un hombre esperaba a la sombra, a cierta distancia de los que comían. Se dio la vuelta, revelando un rostro tan lleno de cicatrices que la barba le crecía a parches. Le faltaba un ojo (el otro era marrón) y no se molestaba en cubrírselo. Los nudos blancos de sus hombros indicaban que era sargento, y tenía la fina dureza que Kaladin había aprendido a asociar con alguien que sabía moverse en un campo de batalla.

—¿Estos flacuchos? —dijo Gaz, masticando algo mientras se acercaba—. Apenas detendrán una flecha.

El soldado que estaba junto a Kaladin se encogió de hombros, empujándolo hacia delante una vez más.

—La brillante Hasha dijo que hicieras algo especial con este. Los demás son cosa tuya.

El soldado indicó con un gesto a sus compañeros, que empezaron a marcharse.

Gaz examinó a los esclavos. Se concentró por último en Kaladin.

—Tengo entrenamiento militar —dijo Kaladin—. En el ejército del alto señor Amaram.

—Me importa un bledo —interrumpió Gaz, escupiendo algo oscuro hacia un lado.

Kaladin titubeó.

—Cuando Amaram…

—Sigues mencionando ese nombre —replicó Gaz—. Has servido a las órdenes de algún señor sin importancia, ¿no? ¿Esperas impresionarme?

Kaladin suspiró. Había conocido a este tipo de hombres antes, un sargento menor sin ninguna esperanza de ascender. Su único placer en la vida lo obtenía de su autoridad con gente aún más lastimosa que él. Bien, que así fuera.

—Tienes una marca de esclavo —bufó Gaz—. Dudo que hayas blandido alguna vez una lanza. Sea como sea, tendrás que rebajarte a unirte a nosotros ahora, alteza.

La vientospren de Kaladin revoloteó e inspeccionó a Gaz. Luego cerró uno de sus ojos, imitándolo. Por algún motivo, verla hizo que Kaladin sonriera. Gaz malinterpretó la sonrisa. Frunció el ceño y

avanzó, señalando.

En ese momento, un fuerte coro de cuernos resonó por todo el campamento. Los carpinteros alzaron la mirada, y los soldados que habían traído a Kaladin echaron a correr hacia el centro del campamento. Los esclavos que acompañaban a Kaladin miraron alrededor, ansiosos.

—¡Padre Tormenta! —maldijo Gaz—. ¡Hombres de los puentes! ¡Arriba, arriba, patanes!

Empezó a dar patadas a algunos de los hombres que comían. Soltaron sus cuencos y se pusieron en pie. Llevaban simples sandalias en vez de botas adecuadas.

—Tú, alteza —dijo Gaz, señalando a Kaladin.

—No he dicho…

—¡No me importa qué condenación has dicho! ¡Estás en el Puente Cuatro! —señaló al grupo de hombres que partía—. Los demás, id a esperar allí. Os dividiré más tarde. Poneos en marcha, o me encargaré de que os cuelguen de los talones.

Kaladin se encogió de hombros y corrió tras el grupo de hombres de los puentes. Era una de las muchas cuadrillas de hombres similares que salían corriendo de los barracones o de las callejas. Parecía haber muchos. Eran unos cincuenta barracones con, tal vez, veinte o treinta hombres en cada uno de ellos…, eso sumaba casi tantos hombres de los puentes en este ejército como soldados tenía la fuerza completa de Amaram.

El equipo de Kaladin cruzó el terreno, esquivando tablones y pilas de serrín, para acercarse a una enorme construcción de madera. Obviamente, había soportado unas cuantas altas tormentas y algunas batallas. Las muescas y agujeros dispersos por toda su estructura parecían producto del impacto de las flechas. ¿Este era el puente al que se referían?

«Sí», pensó Kaladin. Era un puente de madera de unos cien metros de largo y tres de ancho. Se inclinaba en la parte delantera y la posterior, y no tenía barandillas. El puente era grueso, con los tablones más grandes prestando su apoyo en el centro. Había unos cuarenta o cincuenta puentes en fila. Tal vez uno por cada barracón, lo que suponía una cuadrilla por cada puente. Unas veinte cuadrillas se reunían en ese punto.

Gaz se había procurado un escudo de madera y una maza, pero no había ninguna para nadie más. Inspeccionó rápidamente al equipo. Se detuvo junto al Puente Cuatro y vaciló.

—¿Dónde está vuestro jefe de puente?

—Muerto —respondió uno de los hombres—. Se arrojó anoche desde el Abismo del Honor.

Gaz maldijo.

—¿Es que no podéis conservar un jefe de puente ni siquiera una semana? ¡Tormentas! Alineaos, yo correré cerca de vosotros. Atended mis órdenes. Elegiremos otro jefe de puente después de ver quién sobrevive. —Señaló a Kaladin—. Tú irás atrás, alteza. ¡Los demás, moveos! ¡Tormentas, no soportaré otra reprimenda por vuestra culpa, necios! ¡Moveos, moveos!

Los demás se pusieron en marcha. Kaladin no tuvo más remedio que ir a la zona al descubierto de la cola del puente. Había sido un poco lento en su valoración: parecía que había entre treinta y cinco o cuarenta hombres por puente. Había, espacio para cinco hombres por manga (tres bajo el puente y uno a cada lado) y ocho de calado, aunque esta cuadrilla no tenía a un hombre para cada posición.

Ayudó a alzar el puente. Probablemente usaban madera muy liviana para los puentes, pero seguía siendo pesado, por las tormentas. Kaladin gruñó mientras se debatía con el peso, alzó el puente y luego se colocó debajo. Los hombres corrieron a ocupar los resquicios medios en su estructura, y lentamente todos cargaron el puente sobre sus hombros. Al menos había barras debajo para usarlas como asideros.

Los otros hombres tenían almohadillas en las hombreras para amortiguar el peso y ajustar su altura para sostener el peso. A Kaladin no le habían dado ningún chaleco, así que los soportes de madera se clavaron directamente en su piel. No podía ver nada. Había un hueco para la cabeza, pero la madera impedía su visión por todas partes. Los hombres de los lados veían mejor: sospechaba que esos lugares eran más ansiados.

La madera olía a aceite y a sudor.

—¡Vamos! —dijo Gaz desde fuera, con la voz apagada.

Kaladin gruñó cuando la cuadrilla empezó a trotar. No podía ver adónde iba, y se esforzó por no tropezar mientras bajaban por la

pendiente hacia las Llanuras Quebradas. Pronto estuvo sudando y maldiciendo entre dientes, la madera rozándole y clavándose en la piel de sus hombros. Ya estaba empezando a sangrar.

—Pobre idiota —dijo una voz a su lado.

Kaladin miró hacia la derecha, pero los asideros de madera obstruían su visión.

—¿Estás…? —jadeó—. ¿Estás hablando conmigo?

—No deberías de haber contrariado a Gaz —dijo el hombre. Su voz sonaba hueca—. A veces deja que los nuevos corran en la fila exterior. A veces.

Kaladin trató de responder, pero ya jadeaba en busca de aliento. Creía que estaba en mejor forma que esto, pero se había pasado ocho meses alimentándose de bazofia y soportando altas tormentas en celdas con goteras, graneros fangosos o jaulas. Ya no era el mismo de antes.

—Inspira y espira profundamente —dijo la voz apagada—. Concéntrate en los pasos. Cuéntalos. Eso ayuda.

Kaladin siguió el consejo. Podía oír a las otras cuadrillas corriendo cerca. Tras ellos venían los sonidos familiares de los hombres marchando y los cascos sobre la piedra. Un ejército los seguía.

Debajo, rocapullos y pequeños amasijos de cortezapizarra crecían de la piedra, haciéndolo tropezar. El paisaje de las Llanuras Quebradas parecía roto, irregular y gastado, cubierto de macizos y salientes de roca. Eso explicaba por qué no usaban ruedas en los puentes: probablemente los porteadores eran mucho más rápidos en ese terreno abrupto.

Pronto tuvo los pies heridos y magullados. ¿No podían haberle dado unos zapatos? Apretó los dientes contra la agonía y siguió adelante. Era solo otro trabajo. Continuaría, y sobreviviría.

Un sonido resonante. Sus pies pisaron madera. Un puente, uno permanente, que cruzaba un abismo entre mesetas en las Llanuras Quebradas. Lo cruzaron en unos segundos, y sus pies volvieron a pisar piedra.

—¡Moveos, moveos! —gritó Gaz—. ¡Tormentas, continuad!

Continuaron trotando mientras el ejército cruzaba el puente tras ellos, cientos de botas resonando sobre la madera. Antes de que

pasara mucho rato, la sangre manaba por el hombro de Kaladin. Su respiración era tortuosa, el costado le dolía enormemente. Podía oír jadear a los demás, los sonidos transmitidos por el espacio confinado bajo el puente. Así que no era el único. Con suerte, pronto llegarían a su destino.

Esperó en vano.

La siguiente hora fue una tortura. Fue peor que ninguna paliza que hubiera sufrido como esclavo, peor que ninguna herida en el campo de batalla. Parecía que la marcha no tenía fin. Kaladin recordó vagamente haber visto los puentes permanentes cuando divisó las llanuras desde el carruaje de esclavos. Conectaban los llanos donde los abismos eran más fáciles de cruzar, no donde serían más eficaces para los que viajaban. Eso significaba a menudo desvíos al norte o al sur antes de poder continuar hacia el este.

Los hombres del puente gruñían, maldecían, gemían, y luego guardaban silencio. Cruzaron un puente tras otro, una llanura tras otra. Kaladin nunca llegó a echar un buen vistazo a uno de los abismos. Tan solo siguió corriendo. Y corriendo. No podía sentir ya los pies. Siguió corriendo. Sabía, de algún modo, que si paraba le darían una paliza. Sentía como si sus hombros hubieran sigo raspados hasta el hueso. Trató de contar los pasos, pero estaba demasiado agotado incluso para eso.

Pero no dejó de correr.

Finalmente, por fortuna, Gaz los mandó parar. Kaladin parpadeó, tropezó hasta detenerse y casi se desplomó.

—¡Levantad! —gritó Gaz.

Los hombres levantaron, los brazos de Kaladin sintieron la tensión del movimiento después de sostener tanto tiempo el puente.

—¡Soltad!

Se hicieron a un lado, los hombres del puente de debajo se agarraron a los asideros. Fue torpe y difícil, pero al parecer los hombres tenían práctica. Impidieron que el puente se desplomara cuando lo depositaron en el suelo.

—¡Empujad!

Kaladin retrocedió confundido mientras los hombres empujaban sus asideros en la parte trasera o el lateral del puente. Estaban en el borde de un abismo donde no había puente permanente. A los

lados, las otras cuadrillas de puentes empujaban sus propios puentes.

Kaladin miró por encima del hombro. El ejército constaba de unos dos mil hombres uniformados de verde bosque y blanco puro. Mil doscientos lanceros ojos oscuros, varios cientos de jinetes con raros y preciosos caballos. Tras ellos, un gran grupo de infantería pesada, hombres ojos claros con gruesas armaduras y con grandes mazas y escudos de acero cuadrados.

Parecía que habían elegido intencionadamente un punto donde el abismo era estrecho y la primera meseta era un poco más alta que la segunda. El puente era el doble de largo que la anchura del abismo en este lugar. Gaz lo maldijo, así que Kaladin se unió a los demás para empujar su puente a través del irregular terreno. Cuando el puente encajó en su sitio al otro lado del abismo, la cuadrilla se retiró para dejar paso a la caballería.

Kaladin estaba demasiado agotado para mirar. Se dejó caer en las piedras y se tumbó, escuchando los sonidos de los infantes al cruzar el puente. Giró la cabeza hacia un lado. Los otros hombres del puente se habían tendido también. Gaz caminaba entre las diversas cuadrillas, sacudiendo la cabeza, con el escudo en la espalda, mientras murmuraba sobre su escaso valor.

Kaladin ansió quedarse allí tendido, mirando al cielo, ajeno al mundo. Su entrenamiento, sin embargo, le advirtió que eso podía causarle calambres. Y que entonces el camino de regreso sería aún peor. Ese entrenamiento…, pertenecía a otro hombre, a otra época. Casi a los días de las sombras. Pero aunque Kaladin ya no podía ser él, todavía podía oírlo.

Y por eso, con un gemido, se obligó a sentarse y empezó a frotarse los músculos. Los soldados cruzaban el puente en hileras de cuatro, las lanzas en alto, los escudos al frente. Gaz los contemplaba con evidente envidia, y la vientospren de Kaladin danzaba alrededor de la cabeza del hombre. A pesar de la fatiga, Kaladin sintió un momento de celos. ¿Por qué molestaba a ese cretino en vez de a él?

Unos minutos después, Gaz reparó en Kaladin y lo miró con el ceño fruncido.

—Se pregunta por qué no estás tendido —dijo una voz familiar.

El hombre que había estado corriendo junto a Kaladin yacía a poca distancia, contemplando el cielo. Era mayor, con pelo gris, y tenía un rostro largo y correoso que acompañaba su voz amable. Parecía tan agotado como el propio Kaladin.

Kaladin siguió frotándose las piernas, ignorando decididamente a Gaz. Entonces rasgó parte del saco con el que se vestía, y se vendó los pies y los hombros. Por suerte, estaba acostumbrado a caminar descalzo como los esclavos, así que el daño no era demasiado malo.

Cuando terminó, el último de los soldados de infantería cruzó el puente. Los siguieron varios jinetes ojos claros de resplandecientes armaduras. En el centro cabalgaba un hombre con una majestuosa armadura esquirlada de color rojo bruñido. Era distinta de la otra que Kaladin había visto: se decía que cada una de ellas era una obra de arte única, pero tenía el mismo aspecto. Ornamentada, entrelazada, rematada por un hermoso yelmo con la visera abierta.

La armadura parecía extraña, de algún modo. Había sido forjada en otra época, en un tiempo en que los dioses caminaban por Roshar.

—¿Ese es el rey? —preguntó Kaladin.

El viejo correoso se echó a reír, cansado.

—Ojalá.

Kaladin se volvió hacia él, frunciendo el ceño.

—Si fuera el rey, entonces significaría que estamos en el ejército del brillante señor Dalinar.

El nombre le resultó a Kaladin vagamente familiar.

—Es un alto príncipe, ¿no? ¿El tío del rey?

—Así es. El mejor de los hombres, el más honorable portador de esquirlada del ejército del rey. Dicen que nunca ha roto su palabra.

Kaladin hizo una mueca de desdén. Lo mismo se decía de Amaram.

—Deberías desear estar en el ejército del alto príncipe Dalinar, muchacho —dijo el otro hombre—. No usa cuadrillas de puentes. No como estas al menos.

—¡Muy bien, patanes! —gritó Gaz—. ¡En pie!

Los hombres gimieron y se incorporaron tambaleándose. Kaladin suspiró. El breve descanso había sido suficiente para comprobar lo agotado que estaba.

—Me alegro de regresar —murmuró.

—¿Regresar? —dijo el viejo.

—¿No nos damos la vuelta?

Su amigo se rio secamente.

—Muchacho, no hemos llegado todavía. Y alégrate. Llegar es lo peor.

Y así comenzó la segunda parte de la pesadilla. Cruzaron el puente, tiraron de él, y luego lo alzaron una vez más sobre sus magullados hombros. Cruzaron corriendo la meseta. Al otro lado, bajaron de nuevo el puente para cruzar otro abismo. El ejército cruzó, y luego les tocó cargarlo de nuevo.

Lo repitieron una docena de veces. Descansaban entre trayectos, pero Kaladin estaba tan magullado y agotado que los breves descansos no eran suficiente. Apenas recuperaba el aliento cada vez, antes de verse obligado a levantar de nuevo el puente.

Tenían que ser rápidos. Los hombres de los puentes podían descansar mientras el ejército cruzaba, pero tenían que compensar el tiempo corriendo por las mesetas, y adelantando a los soldados, para poder llegar antes que ellos al siguiente abismo. En un momento determinado, su amigo de rostro correoso le advirtió que si no colocaban el puente lo bastante rápido, serían azotados con látigos cuando regresaran al campamento.

Gaz daba órdenes, maldiciendo a los hombres, dándoles patadas cuando se movían demasiado despacio, sin hacer nunca ningún trabajo real. Kaladin no tardó mucho en desarrollar un odio feroz por aquel tipo delgado con el rostro lleno de cicatrices. Eso era extraño: no había sentido odio por sus otros sargentos. Su trabajo era maldecir a los hombres y mantenerlos motivados.

No era eso lo que quemaba a Kaladin. Gaz lo había enviado sin sandalias ni chaleco a este viaje. A pesar de las vendas, Kaladin tendría cicatrices por su trabajo de hoy. Estaría tan dolorido y magullado que no podría ni andar.

Lo que Gaz había hecho tenía la marca del matón de poca monta. Había arriesgado la misión si perdía un porteador, todo por un resquemor apresurado.

«Hombre tormentoso», pensó Kaladin, usando su odio hacia Gaz para sostenerlo durante esta ordalía. Varias veces después de

empujar el puente hasta su sitio, se desplomó, seguro de que nunca podría volver a levantarse. Pero cuando Gaz les ordenaba levantarse, lograba de algún modo ponerse en pie. Era eso o dejar que ganara.

¿Por qué hacían todo esto? ¿Qué sentido tenía? ¿Por qué corrían tanto? Tenían que proteger su puente, el precioso peso, la carga. Tenían que alzarlo al cielo y correr, tenían que…

Estaba empezando a delirar. Los pies, corriendo. Uno, dos, uno, dos, uno, dos.

—¡Alto!

Se detuvo.

—¡Levantad!

Alzó las manos.

—¡Soltad!

Dio un paso atrás y bajaron el puente.

—¡Empujad!

Empujó el puente.

«Morid.»

La última orden era suya propia, añadida cada vez. Cayó sobre la piedra, un rocapullo que retiró apresuradamente sus enredaderas cuando las tocó. Cerró los ojos, incapaz de preocuparse ya por los calambres. Entró en trance, una especie de semisueño, durante lo que pareció un solo segundo.

—¡En pie!

Se levantó tambaleándose, los pies ensangrentados.

—¡Cruzad!

Cruzó, sin molestarse en mirar la mortal sima a cada lado.

—¡Tirad!

Agarró un asidero y tiró del puente tras él.

—¡Cambiad!

Kaladin se detuvo, aturdido. No comprendía esa orden. Gaz nunca la había dado antes. Las tropas formaban filas, moviéndose con esa mezcla de nerviosismo y relajación forzada que experimentan en ocasiones los hombres antes de la batalla. Unos cuantos expectaspren, como gallardetes rojos que crecían del suelo y revoloteaban al viento, empezaron a brotar de las rocas y a serpentear entre los soldados.

¿Una batalla?

Gaz lo agarró por el hombro y lo empujó hacia la parte delantera del puente.

—Los recién llegados tienen que ir primero en esta parte, alteza.

El sargento sonrió malévolo.

Kaladin, aturdido, alzó el puente con los demás, levantándolo por encima de su cabeza. Los asideros eran aquí iguales, pero la primera fila tenía una abertura delante de su cara que le permitía ver. Todos los hombres del puente habían cambiado de posición: los que corrían delante se habían trasladado a la parte de atrás, y los de atrás, incluyendo a Kaladin y el viejo de rostro correoso, pasaron delante.

Kaladin no preguntó la utilidad de aquello. No le importaba. Pero le gustó ir delante: ahora que podía ver, correr era más fácil.

El paisaje de las mesetas era el de las ásperas tierras de tormentas: había parches dispersos de hierba, pero aquí la piedra era demasiado dura para que sus semillas arraigaran. Los rocapullos eran más comunes, y crecían como burbujas en toda la llanura, imitando rocas del tamaño de la cabeza de un hombre. Muchos estaban abiertos y extendían sus enredaderas como si fueran gruesas lenguas verdes. Unos cuantos incluso estaban en flor.

Después de tantas horas respirando en los asfixiantes confines bajo el puente, correr delante resultaba casi relajante. ¿Por qué le daban una posición tan maravillosa a un recién llegado?

—Talenelat'Elin, portador de todas las agonías —dijo el hombre a su derecha, con voz aterrorizada—. Va a ser malo. ¡Ya están alineados! ¡Va a ser malo!

Kaladin parpadeó, concentrándose en el abismo que se acercaba. Al otro lado de la grieta esperaba una hilera de hombres de piel escarlata y negra. Llevaban extrañas armaduras naranja oxidado que cubrían sus antebrazos, pechos, cabezas y piernas. La mente aturdida de Kaladin tardó un momento en comprender.

Los parshendi.

No eran como los trabajadores parshmenios corrientes, sino mucho más musculosos, mucho más sólidos. Tenían la fornida constitución de los soldados, y cada uno llevaba un arma atada a la espalda. Algunos tenían barbas rojas y negras entrelazadas con

trozos de roca, mientras que otros eran lampiños.

Mientras Kaladin observaba, la primera fila de parshendi se arrodilló. Tenían arcos cortos, las flechas preparadas. No arcos largos capaces de lanzar flechas alto y lejos. Esos arcos cortos y curvos disparaban recto y rápido y con fuerza. Un arco excelente para matar a un grupo de hombres antes de que pudieran colocar su puente.

«Llegar es la peor parte…»

Ahora, por fin, empezaba la verdadera pesadilla.

Gaz se quedó rezagado, gritando a las cuadrillas que siguieran avanzando. Los instintos de Kaladin le gritaban que se apartara de la línea de fuego, pero el impulso del puente lo empujaba hacia delante.

Hacia la garganta de la bestia misma, cuyos dientes se disponían para cerrarse de golpe.

El cansancio y el dolor de Kaladin desaparecieron. Se puso en estado de alerta. Los puentes cargaron, los hombres bajo ellos gritando mientras corrían. Corrían hacia la muerte.

Los arqueros dispararon.

La primera oleada mató al amigo del rostro correoso, abatido por tres flechas diferentes. El hombre a la izquierda de Kaladin cayó también: ni siquiera le había visto la cara. Ese hombre gritó mientras caía, pues no murió enseguida, pero la cuadrilla le pasó por encima. El puente se iba haciendo cada vez más pesado a medida que morían los hombres.

Los parshendi dispararon tranquilamente una segunda descarga. Kaladin apenas advirtió que otra de las cuadrillas vacilaba. Los parshendi parecían concentrar sus disparos en ciertas cuadrillas. Esa en concreto recibió una andanada completa de docenas de arqueros, y las tres primeras filas de los hombres del puente cayeron e hicieron tropezar a los que los seguían. El puente se estremeció, resbaló al suelo y emitió un sonido aplastante cuando las masas de cuerpos cayeron unos encima de otros.

Las flechas pasaron al lado de Kaladin, matando a los otros dos hombres de la primera fila que lo acompañaban. Otras flechas más se clavaron en la madera a su alrededor, y una le desgarró la piel de la mejilla.

Gritó. De horror, de sorpresa, de dolor, de puro asombro. Nunca antes se había sentido tan indefenso en la batalla. Había cargado contra fortificaciones enemigas, había corrido bajo oleadas de flechas, pero siempre había sentido una medida de control. Tenía su lanza, tenía su escudo, podía contraatacar.

Esta vez, no. Las cuadrillas de los puentes eran como cerdos enviados al matadero.

Una tercera andanada voló, y otros miembros de los veinte puentes cayeron. Oleadas de flechas llegaban también del lado alezi, cayendo y alcanzando a los parshendi. El puente de Kaladin casi había llegado al abismo. Pudo ver los ojos negros de los parshendi al otro lado, pudo distinguir los rasgos de sus finos rostros moteados. A su alrededor, los hombres aullaban de dolor, mientras las flechas los alcanzaban. Hubo un sonido estrepitoso cuando otro puente se desplomó, y sus hombres fueron masacrados.

Detrás, Gaz seguía gritando.

—¡Alzad y soltad, idiotas!

La cuadrilla se detuvo cuando los parshendi lanzaron otra descarga. Los hombres tras Kaladin gritaron. Los disparos de los parshendi fueron interrumpidos por una descarga de respuesta por parte de los alezi. Aunque Kaladin estaba anonadado, sus reflejos sabían qué hacer. Soltar el puente, ponerse en posición para empujar.

Esto expuso a los hombres que habían estado a salvo en las filas de atrás. Obviamente, los arqueros parshendi sabían que esto iba a suceder, y prepararon y lanzaron una última andanada. Las flechas alcanzaron el puente en una oleada, abatiendo a media docena de hombres y salpicando de sangre la madera oscura. Los miedospren, aleteantes y violetas, se escabulleron de la madera y revolotearon en el aire. El puente se sacudió, cada vez más pesado de empujar, ya que de repente perdió a todos aquellos hombres.

Kaladin tropezó, las manos resbalosas. Cayó de rodillas y estuvo a punto de caer al abismo. Apenas consiguió sujetarse.

Se tambaleó, una mano colgando sobre el vacío, la otra agarrada al borde. Su mente experimentó un ataque de vértigo mientras contemplaba aquel precipicio que se perdía en la oscuridad. La altura era hermosa: siempre le había gustado escalar altas

formaciones rocosas.

Por reflejo, se aupó para regresar a la meseta, arrastrándose de espaldas. Un grupo de soldados de infantería, protegidos por escudos, había tomado posiciones para empujar el puente. Los arqueros del ejército intercambiaron disparos con los parshendi mientras los soldados empujaban hasta colocar el puente en su sitio y la caballería pesada lo atravesaba y atacaba a los parshendi. Cuatro puentes habían caído, pero dieciséis habían sido colocados en fila, permitiendo una carga efectiva.

Kaladin trató de moverse, trató de alejarse del puente arrastrándose. Pero tan solo se desplomó donde estaba, pues su cuerpo se negaba a obedecer. Ni siquiera pudo ponerse boca abajo.

«Debería ir… —pensó agotado—, ver si ese viejo sigue vivo… Vendarle las heridas…, salvar…»

Pero no pudo. No podía moverse. No podía pensar. Avergonzado, se permitió cerrar los ojos y rendirse a la inconsciencia.

—Kaladin.

No quiso abrir los ojos. Despertar significaba regresar a aquel horrible mundo de dolor. Un mundo donde hombres indefensos y agotados eran obligados a cargar contra filas de arqueros.

Ese mundo era la pesadilla.

—¡Kaladin!

La voz femenina era suave, como un susurro, pero urgente.

—Van a dejarte. ¡Levántate! ¡Morirás!

«No puedo… No puedo volver…»

«Déjame.»

Algo le golpeó la cara, un leve bofetón de energía con cierto picor. Se rebulló. No era nada comparado con sus otros dolores, pero de algún modo esto fue mucho más exigente. Alzó una mano para espantarlo. El movimiento fue suficiente para apartar los últimos vestigios de estupor.

Trató de abrir los ojos. Uno de ellos se negó, pues la sangre de un corte en la mejilla había corrido y se había secado en torno al párpado. El sol se había movido. Habían pasado horas. Gimió, se sentó y se frotó la sangre seca del ojo. El terreno estaba cubierto de cadáveres. El aire olía a sangre y cosas peores.

Un par de penosos hombres de los puentes sacudían a cada uno de los caídos buscando indicios de vida, y luego les quitaban los chalecos y las sandalias, apartando a los cremlinos que se alimentaban de sus cuerpos. Los hombres nunca habrían comprobado el estado de Kaladin. No tenía nada que pudieran llevarse. Lo habrían dejado con los cadáveres, abandonado en la llanura.

La vientospren de Kaladin revoloteaba en el aire sobre él, moviéndose ansiosamente. Kaladin se frotó la mandíbula donde lo había golpeado. Los spren grandes como ella podían mover pequeños objetos y dar pellizquitos de energía. Eso los hacía más molestos.

Esta vez, probablemente le había salvado la vida. Gimió al comprobar cuántas partes del cuerpo le dolían.

—¿Tienes nombre, espíritu? —preguntó, obligándose a ponerse en pie.

En la meseta que había cruzado el ejército, los soldados se abrían paso entre los cadáveres de los parshendi muertos, buscando algo. ¿Recolectando equipo, tal vez? Parecía que las fuerzas de Sadeas habían vencido. Al menos, no se veía ningún parshendi con vida. O los habían matado o habían huido.

La meseta por la que habían luchado parecía exactamente igual que las otras que habían cruzado. Lo único que resultaba distinto aquí era que había un gran montículo de…, algo en el centro. Parecía un rocapullo enorme, tal vez una especie de crisálida o concha, de unos seis metros de alto. Un lado estaba abierto y revelaba su viscoso interior. Kaladin no lo había visto en la carga inicial: los arqueros habían requerido toda su atención.

—Un nombre —dijo la vientospren, la voz distante—. Sí. Tengo un nombre. —Pareció sorprendida mientras miraba a Kaladin—. ¿Por qué tengo nombre?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —respondió él, obligándose a moverse. Los pies le ardían de dolor. Apenas podía cojear.

Los hombres cercanos lo miraron con sorpresa, pero los ignoró, y cruzó cojeando la meseta hasta que encontró un cadáver que todavía tenía puesto el chaleco y los zapatos. Era el hombre del rostro correoso que había sido tan amable con él, muerto con una

flecha que le atravesaba el cuello. Kaladin ignoró aquellos ojos desencajados que miraban el cielo sin verlo, y recogió las ropas del hombre: el chaleco de cuero, las sandalias, la camisa manchada de sangre. Se sintió enfadado consigo mismo, pero no contaba con que Gaz le diera ropa.

Se sentó y usó las partes más limpias de la camisa para cambiar sus vendajes improvisados, y luego se puso el chaleco y las sandalias, intentando no moverse demasiado. Ahora soplaba una leve brisa que se llevaba los olores de la sangre y los sonidos de los soldados que se llamaban unos a otros. La caballería estaba reagrupándose, como ansiosa por regresar.

—Un nombre —dijo la vientospren, caminando por el aire para plantarse ante su rostro. Tenía la forma de una mujer joven, completa con una falda ondulante y pies delicados—. Sylphrena.

—Sylphrena —repitió Kaladin, atando las sandalias.

—Syl —dijo la espíritu. Ladeó la cabeza—. Qué divertido. Parece que tengo un apodo.

—Enhorabuena.

Kaladin volvió a levantarse, tambaleándose.

A un lado, Gaz esperaba con las manos en las caderas, el escudo atado a su espalda.

—Tú —dijo, señalando a Kaladin. Y luego indicó el puente.

—Tienes que estar bromeando —replicó Kaladin, mirando cómo los restos de la cuadrilla, menos de la mitad inicial, se congregaban en torno al puente.

—Carga o quédate atrás —dijo Gaz. Parecía furioso por algo.

«Yo tenía que haber muerto —comprendió Kaladin. Por eso no le importó que no tuviera chaleco ni sandalias—. Iba delante.» Kaladin era el único de la primera fila que había sobrevivido.

Estuvo a punto de sentarse y dejar que lo abandonara. Pero morir de sed en una llanura solitaria no era la forma que habría elegido para partir. Se acercó a trompicones al puente.

—No te preocupes —le dijo uno de los hombres—. Esta vez nos dejarán ir despacio, y hacer muchas pausas. Y tendremos unos cuantos soldados para ayudarnos: hacen falta al menos veinticinco hombres para levantar un puente.

Kaladin suspiró y se colocó en su puesto mientras algunos

desafortunados soldados se unían a ellos. Juntos, alzaron el puente. Era terriblemente pesado, pero lo consiguieron.

Kaladin echó a andar, sintiéndose entumecido. Había creído que no había nada más que la vida pudiera hacerle, nada peor que la marca de esclavo con un *shash*, nada peor que perder todo lo que tenía con la guerra, nada más terrible que fallarles a aquellos que había jurado proteger.

Pero se había equivocado. Sí que podían hacerle algo peor. Un tormento final que el mundo reservaba solo para él.

Y se llamaba Puente Cuatro.



«Están en llamas. Arden. Traen la oscuridad cuando vienen, y por eso todo lo que se puede ver es que su piel está en llamas. Arden, arden, arden…»

Recogido en Palishnev, año 1173, segundos antes de la muerte. El sujeto era un aprendiz de panadero.

Shallan recorría presurosa el pasillo con sus color naranja quemado, el techo y la parte superior de las paredes manchados ahora por el paso del humo negro producido por la animista de Jasnah. Por fortuna, los cuadros de las paredes no se habían estropeado.

Un grupito de parshmenios llegó portando trapos, cubos y escalerillas para limpiar el hollín. Le hicieron una reverencia al pasar, sin murmurar ninguna palabra. Los parshmenios podían hablar, pero rara vez lo hacían. Muchos parecían mudos. De niña, a ella le parecían hermosos los dibujos de su piel moteada. Eso fue antes de que su padre le prohibiera frecuentarlos.

Volvió su mente a la tarea que la preocupaba. ¿Cómo iba a convencer a Jasnah Kholin, una de las mujeres más poderosas del mundo, para que cambiara de opinión y la aceptara como pupila? La mujer era testaruda: se había pasado años resistiendo los intentos de reconciliación de los devotarios.

Volvió a entrar en la amplia caverna principal, con su alto techo de piedra y sus apurados y bien vestidos ocupantes. Se sentía

intimidada, pues aquel breve atisbo de la animista la seducía. Su familia, la casa Davar, había prosperado en años recientes y salido de la oscuridad. Esto se había debido principalmente a la habilidad política de su padre: muchos lo odiaban, pero su dureza lo había llevado lejos. Igual que la riqueza producida por el descubrimiento de varios e importantes nuevos depósitos de mármol en tierras Davar.

Shallan nunca receló de los orígenes de la riqueza. Cada vez que la familia agotaba una de sus canteras, su padre salía con su agrimensor y descubría una nueva. Solo después de interrogar al agrimensor descubrieron la verdad Shallan y sus hermanos: su padre, usando su animista prohibida, había estado creando nuevos depósitos con ritmo cuidadoso. No lo suficiente para despertar sospechas, solo lo justo para conseguir el dinero necesario para continuar con sus objetivos políticos.

Nadie sabía dónde había conseguido el fabrial, que ella llevaba ahora en una bolsita oculta. No se podía utilizar ya, dañado en la misma noche desastrosa en la que murió su padre. «No pienses en eso», se dijo.

Habían hecho que un joyero reparara la animista rota, pero ya no funcionaba. El mayordomo de su casa (uno de los más íntimos confidentes de su padre, un consejero llamado Luesh) había sido entrenado para usar el artilugio, y ya no podía hacerlo funcionar.

Las deudas y promesas de su padre eran escandalosas. Sus opciones quedaron limitadas. La familia tenía algún tiempo, quizás un año, antes de que los pagos no realizados se volvieran imperiosos, y antes de que la ausencia de su padre fuera advertida. Por una vez, las posesiones aisladas y remotas de la familia eran ventaja y proporcionaban un motivo para que las comunicaciones se retrasaran. Sus hermanos se habían puesto en marcha, escribiendo cartas en nombre de su padre, haciendo unas cuantas apariciones y difundiendo rumores de que el brillante señor Davar planeaba algo grande.

Todo para darle a ella tiempo para conseguir llevar a cabo su osado plan. Encontrar a Jasnah Kholin. Convertirse en su pupila. Descubrir dónde guardaba su animista. Y luego sustituirla con la que no funcionaba.

Con el fabrial, podrían crear nuevas canteras y restaurar su riqueza. Podrían crear comida para alimentar a los soldados de su casa. Con suficiente riqueza a la mano para zanjar deudas y hacer sobornos, podrían anunciar la muerte de su padre y no ser destruidos.

Shallan vaciló en el salón principal, considerando su siguiente movimiento. Lo que planeaba hacer era muy arriesgado. Tendría que escapar sin implicarse en el robo. Aunque había pensado mucho en ello, aún no sabía cómo lograrlo. Pero se sabía que Jasnah tenía muchos enemigos. Tenía que haber un modo de achacarles la «rotura» del fabrial.

Ese paso vendría más tarde. Pues ahora Shallan tenía que convencer a Jasnah de que la aceptara como pupila. Todos los demás resultados eran inaceptables.

Nerviosa, Shallan alzó los brazos en el signo de necesidad, la mano segura cubierta cruzando el pecho y tocando el codo de la mano libre, que alzaba con los brazos extendidos. Una mujer se acercó, llevando la camisa blanca de encajes bien almidonada y la falda negra que eran el signo universal de los maestros-siervos.

La recia mujer hizo una reverencia.

—¿Brillante?

—El Palaneo —dijo Shallan.

La mujer inclinó la cabeza y condujo a Shallan a las profundidades del largo pasillo. La mayoría de las mujeres de aquí, incluidas las sirvientas, llevaban el pelo recogido, y Shallan se sintió fuera de sitio con el suyo suelto. El intenso color rojo la hacía destacar aún más.

Pronto, el gran pasillo empezó a inclinarse hacia abajo. Pero cuando llegó la media hora todavía podía oír campanas lejanas sonando tras ella. Tal vez por eso a la gente de por aquí le gustaban tanto: incluso en las profundidades del Cónclave se podía oír el mundo exterior.

La criada la condujo hasta un par de grandes puertas de acero. Hizo una reverencia y Shallan la despidió con un ademán.

Shallan no pudo dejar de admirar la belleza de las puertas. Su exterior estaba tallado con una intrincada pauta geométrica de círculos y líneas y glifos. Era una especie de gráfica, la mitad en

cada puerta. Por desgracia, no tenía tiempo para estudiar los detalles, así que pasó de largo.

Detrás de las puertas había una sala impresionante. Los lados eran de roca pulida y se extendían hasta las alturas; la tenue iluminación imposibilitaba saber cuánto, pero vio atisbos de luz lejana. Inmersos en las paredes había docenas de pequeños balcones, como los palcos privados de un teatro. En muchos de ellos brillaba una suave luz. Los únicos sonidos eran el paso de las páginas y suaves suspiros. Shallan se llevó al pecho la mano segura, sintiéndose empequeñecida por la magnífica cámara.

—¿Brillante? —dijo un joven maestro-siervo, acercándose—. ¿Qué necesitas?

—Una nueva sensación de perspectiva, al parecer —respondió Shallan, ausente—. ¿Cómo…?

—Esta sala se llama el Velo —explicó el sirviente en voz baja—. Es lo que hay antes que el Palaneo mismo. Ambos estaban aquí cuando se fundó la ciudad. Algunos piensan que estas salas fueron talladas por los mismísimos Cantores del Alba.

—¿Dónde están los libros?

—El Palaneo está por aquí.

El sirviente señaló y la guio hasta unas puertas situadas al otro lado de la sala. Tras atravesarlas, entraron en una cámara más pequeña dividida con paredes de grueso cristal. Shallan se acercó a la más cercana y la tocó. La superficie de cristal era áspera como la roca extraída.

—¿Animista? —preguntó.

El sirviente asintió. Tras él, otro criado pasó guiando a un fervoroso madrugador. Como todos los fervorosos, este anciano tenía la cabeza afeitada y una larga barba. Su sencilla túnica gris estaba atada por un cinturón marrón. El criado lo condujo hasta una esquina, y Shallan pudo distinguir vagamente sus formas al otro lado, sombras nadando a través del cristal.

Dio un paso adelante, pero el sirviente se aclaró la garganta.

—Necesitaré tu chit de admisión, brillante.

—¿Cuánto cuesta uno? —preguntó Shallan, vacilante.

—Mil broams de zafiro.

—¿Tanto?

—Los muchos hospitales del rey exigen mantenimiento —se disculpó el hombre—. Las únicas cosas que tiene Kharbranth para vender son peces, campanas e información. Las dos primeras cosas no son exclusivas nuestras. Pero la tercera…, bueno, el Palaneo tiene la mejor colección de tomos y pergaminos de Roshar. Más, incluso, que el Santo Enclave de Valath. En el último recuento, había más de setecientos mil textos distintos en nuestro archivo.

Su padre poseía exactamente ochenta y siete libros. Shallan los había leído todos varias veces. ¿Cuánto podía contenerse en setecientos mil libros? El peso de semejante información la aturdía. Anheló poder revisar aquellos estantes ocultos. Podría pasarse meses tan solo leyendo sus títulos.

Pero no. Tal vez cuando se asegurara de que sus hermanos estaban a salvo, cuando las finanzas de su casa quedaran restauradas, podría regresar. Tal vez.

Se sintió como si tuviera hambre y sin embargo tuviera que dejar sin comer una caliente tarta de frutas.

—¿Dónde puedo esperar? —preguntó—. Si alguien que conozco está dentro.

—Puedes usar una de las salas de lectura —dijo el criado, relajándose. Tal vez había temido que montara una escena—. No hace falta ningún chit para sentarse en una. Hay porteros parshmenios que te conducirán a los niveles superiores, si eso es lo que deseas.

—Gracias —repuso Shallan, volviendo la espalda al Palaneo. Se sentía de nuevo como una niña, encerrada en su cuarto, sin poder correr por los jardines debido a los miedos paranoicos de su padre —. ¿Tiene ya la brillante Jasnah una sala de lectura?

—Puedo preguntar —dijo el sirviente, conduciéndola de nuevo hacia el Velo con su techo lejano e invisible. Se marchó a consultar con otros, dejando a Shallan ante la puerta del Palaneo.

Podría echar a correr. Colarse…

No. Sus hermanos se burlaban de ella por ser demasiado tímida, pero no fue la timidez lo que la contuvo. Sin duda habría guardias. Irrumpir en el Palaneo no solo sería fútil, sino que estropearía cualquier oportunidad que tuviera de hacer cambiar de opinión a Jasnah.

Hacer cambiar de opinión a Jasnah, demostrar su valía. Solo pensarlo la ponía enferma. Odiaba cualquier tipo de confrontación. Cuando era más joven se había sentido como una delicada pieza de cristal, encerrada en un mueble para ser expuesta pero no tocada nunca. La única hija, el último recuerdo de la amada esposa del brillante señor Davar. Seguía pareciéndole raro tener que ser ella quien se hacía cargos después… Después del incidente… Después…

Los recuerdos la invadieron. Nan Balat herido, su ropa rasgada. Una larga espada plateada en la mano, lo bastante afilada para cortar las piedras como si fueran de agua.

«No. No pienses en el pasado», pensó Shallan, de espaldas a la pared de piedra, cogiendo su mochila.

Buscó solaz en los dibujos, metió los dedos en el zurrón para coger papel y sus lápices. Sin embargo, el criado regresó antes de que pudiera sacarlos.

—La brillante Jasnah Kholin ha pedido en efecto que reserven una sala de lectura para ella. Puedes esperarla allí, si lo deseas.

—Así es —respondió Shallan—. Gracias.

El criado la condujo a un cubículo en sombras, dentro del cual cuatro parshmenios esperan en una recia plataforma de madera. El criado y Shallan subieron a la plataforma y los parshmenios tiraron de unas cuerdas conectadas a una polea y alzaron la plataforma por el hueco de piedra. Las únicas luces eran las esferas colocadas en cada rincón del techo del ascensor. Amatistas, que tenían una suave luz violeta.

Shallan necesitaba un plan. Jasnah Kholin no parecía de las que cambian fácilmente de opinión. Tendría que sorprenderla, impresionarla.

Llegaron a un nivel a unos doce o quince metros del suelo, y el criado indicó a los porteadores que pararan. Shallan siguió al maestro-siervo por un oscuro pasillo que se extendía sobre el Velo. Era circular, como un torreón, y tenía un reborde de piedra que llegaba a la altura de la cintura con una barandilla de madera encima. Otras salas ocupadas brillaban con distintos colores por las esferas utilizadas para iluminarlos; la oscuridad del enorme espacio hacía que parecieran flotar en el aire.

Esta sala tenía un largo y curvo escritorio de piedra que se unía

directamente al borde del balcón. Había una sola silla y un cuenco de cristal en forma de copa. Shallan le dio las gracias al criado asintiendo con la cabeza, y el criado se retiró. Entonces sacó un puñado de esferas y las colocó en el cuenco, iluminando la pequeña sala.

Suspiró, se sentó en la silla y depositó su zurrón en la mesa. Soltó los lazos del zurrón, entreteniéndose mientras intentaba pensar algo, cualquier cosa que persuadiera a Jasnah.

«Primero necesito despejar mi mente.»

Sacó del zurrón un fajo de grueso papel de dibujar, un puñado de lápices de carbón de diferentes anchuras, algunos pinceles y plumas de acero, tinta y acuarelas. Finalmente, sacó la libreta, encuadernada en forma de códice, y que contenía los bocetos naturales que había hecho durante las semanas transcurridas en *El Placer del Viento*.

Eran cosas sencillas, en realidad, pero para ella valían más que un cofre lleno de esferas. Sacó una hoja del fajo, luego seleccionó un lápiz de punta fina y lo hizo rodar entre sus dedos. Cerró los ojos y fijó una imagen en su mente: Kharbranth tal como lo había memorizado en aquel momento poco después de desembarcar en los muelles. Las olas golpeando los postes de madera, el olor salino del aire, los hombres trepando por los cordajes y llamándose unos a otros llenos de emoción. Y la ciudad misma alzándose sobre la colina, las casas encaramadas unas sobre otras, ni una mota de tierra malgastada. Campanas, lejanas, tintineando suavemente al aire.

Abrió los ojos y empezó a dibujar. Sus dedos se movían por su cuenta, trazando amplias líneas primero. El valle en forma de grieta donde estaba situada la ciudad. El puerto. Aquí, cuadrados representando las casas, allí un trazo para indicar un giro en la gran carretera que conducía al Cónclave. Lentamente, poco a poco, añadió detalles. Sombras como ventanas. Líneas para rellenar las carreteras. Atisbos de personas y carros para indicar el caos de las avenidas.

Había leído cómo trabajaban los escultores. Muchos tomaban un bloque de piedra y marcaban primero una forma vaga. Luego, lo repasaban de nuevo, tallando más detalles con cada pase. Era lo

mismo con sus dibujos. Líneas anchas primero, luego algunos detalles, luego más, hasta las líneas más finas. No tenía ninguna formación académica con los lápices: simplemente, hacía lo que le parecía adecuado.

La ciudad tomó forma bajo sus dedos. La fue liberando, línea a línea, trazo a trazo. ¿Qué haría sin esto? La tensión escapó de su cuerpo, como liberado por las yemas de sus dedos hacia el lápiz.

Perdió el sentido del tiempo mientras trabajaba. A veces sentía como si entrara en trance, como si todo lo demás se difuminara. Los dedos casi parecían dibujar por su propia cuenta. Era mucho más fácil pensar mientras dibujaba.

Antes de que pasara demasiado tiempo, había copiado su Memoria en la página. Alzó la hoja, satisfecha, relajada, la mente despejada. La imagen memorizada de Kharbranth desapareció de su cabeza: la había liberado en el boceto. Había también en aquello una sensación de liberación. Como si su ente estuviera en tensión conteniendo recuerdos hasta que pudieran ser utilizados.

Hizo luego a Yalb, de pie, sin camisa, con el chaleco, ordenando al bajo porteador que la había traído hasta el Cónclave. Sonrió mientras trabajaba, recordando la afable voz de Yalb. Ya habría regresado al *Placer del Viento*. ¿Habían pasado dos horas? Probablemente.

Siempre le entusiasmaba más dibujar personas y animales que dibujar cosas. Había algo energético en poner una criatura viva en una página. Una ciudad era líneas y cuadrados, pero una persona era círculos y curvas. ¿Podría conseguir aquella sonrisa del rostro de Yalb? ¿Podría mostrar su perezosa felicidad, la forma en que flirteaba con una mujer muy por encima de su rango? Y el porteador, con sus finos dedos y sus sandalias, su largo abrigo y sus pantalones anchos. Su extraño lenguaje, sus agudos ojos, su plan para aumentar su estipendio ofreciendo no solo un viaje, sino un recorrido turístico.

Cuando dibujaba, no se sentía como si trabajara solo con carboncillo y papel. Al dibujar un retrato, su medio era el alma misma. Había plantas de las que podía quitarse un trocito (una hoja, o un peciolo), para luego plantarla y cultivar un duplicado. Cuando recopilaba la Memoria de una persona, liberaba un capullo

de su alma, y lo cultivaba y lo hacía crecer en la página. Carboncillo para los tendones, pulpa de papel para el hueso, tinta para la sangre, la textura del papel para la piel. Se sumergió en un ritmo, una cadencia, el roce del lápiz como el sonido de la respiración de aquellos que representaba.

Los creacionspren se congregaron en torno a su libreta, mirando su trabajo. Como los otros spren, se decía que siempre estaban cerca, pero a menudo invisibles. A veces los atraías. A veces no. Con el dibujo, la habilidad parecía crear la diferencia.

Los creacionspren eran de tamaño medio, tan altos como uno de sus dedos, y brillaban con una leve luz plateada. Se transformaban continuamente, tomando formas nuevas. Normalmente, las formas eran cosas que habían visto recientemente. Una urna, una persona, una mesa, una rueda, un clavo. Siempre del mismo color plateado, siempre la misma altura diminuta. Imitaban las formas con exactitud, pero las movían de manera extraña. Una mesa rodaba como una rueda, una urna se quebraba y se reparaba sola.

Su dibujo había congregado a una media docena, atraídos por su acto de creación igual que el brillo del fuego atraía a los llamaspren. Había aprendido a ignorarlos. No tenían importancia: si atravesaba uno con una mano, la figura se borraba como arena esparcida y luego se reformaba. Nunca sentía nada cuando los tocaba.

Un rato después, alzó la página, satisfecha. Mostraba a Yalb y al porteador con detalle, con atisbos de la populosa ciudad detrás. Había reflejado bien los ojos. Eso era lo más importante. Cada una de las Diez Esencias tenía un análogo en el cuerpo humano: la sangre para lo líquido, el pelo para la madera, etcétera. Los ojos estaban asociados con el cristal y el vidrio. Las ventanas a la mente y el espíritu de una persona.

Hizo a un lado la página. Algunos hombres coleccionaban trofeos. Otros coleccionaban armas o escudos. Muchos coleccionaban esferas.

Shallan coleccionaba personas. Personas, y criaturas interesantes. Tal vez era debido a que había pasado gran parte de su juventud en una prisión virtual. Había desarrollado la costumbre de memorizar rostros, y de dibujarlos más tarde, después de que su

padre la descubriera haciendo bocetos de los jardineros. ¿Su hija? ¿Haciendo dibujos de ojos oscuros? Se enfureció con ella: uno de los pocos momentos en que dirigió su famoso temperamento contra su hija.

Después de eso, ella hizo dibujos de personas solo en privado, usando en cambio los momentos libres para esbozar los insectos, crustáceos y plantas de los jardines de la mansión. A su padre no le importó esto (la zoología y la botánica eran actividades femeninas adecuadas), y eso la animó a elegir la historia natural como Llamada.

Sacó una tercera hoja en blanco. Parecía suplicarle que la rellenara. Una página en blanco no era nada más que potencial, algo sin sentido hasta que fuera utilizada. Como una esfera plenamente infusa guardada dentro de una bolsa que impedía que su luz fuera útil.

«Lléname.»

Los creacionspren se congregaron en torno a la página. Se mantuvieron quietos, como curiosos, expectantes. Shallan cerró los ojos e imaginó a Jasnah Kholin de pie ante la puerta bloqueada, la animista brillando en su mano. El pasillo estaba en silencio, a excepción de los lloriqueos de una niña. Los ayudantes conteniendo la respiración. Un rey ansioso. Una reverencia callada.

Shallan abrió los ojos y empezó a dibujar con vigor, perdiéndose intencionadamente. Cuando menos estuviera en el ahora y más estuviera en el entonces, mejor sería el boceto. Los otros dos dibujos habían sido de calentamiento: esta era la obra maestra del día. Con el papel sujeto a la mesa, la mano segura agarrada a ella, la mano libre voló por el papel, cambiando de vez en cuando de lápices. Suave carboncillo para la negrura densa y tupida, como el hermoso cabello de Jasnah. Carboncillo duro para los grises claros, como las poderosas ondas de luz que surgían de las gemas de la animista.

Durante unos instantes, Shallan volvió a aquel pasillo para ver algo que no debería ser: una hereje blandiendo uno de los poderes más sagrados del mundo. El poder del cambio mismo, el poder con el que el Todopoderoso había creado Roshar. Tenía otro nombre, que solo estaba permitido transmitir en los labios de los fervorosos. *Elithana-thile*. El que transforma.

Shallan pudo oler el polvoriento pasillo. Pudo oír a la niña llorando. Pudo sentir su propio corazón latiendo de expectación. La piedra cambiaría pronto. Absorbiendo la luz tormentosa de la gema de Jasnah, renunciaría a su esencia, para convertirse en algo nuevo. El aliento de Shallan quedó contenido en su garganta.

Y entonces el recuerdo se desvaneció, devolviéndola a la silenciosa y tenue sala de lectura. La página contenía ahora una reproducción perfecta de la escena, conseguida con negros y grises. La orgullosa figura de la princesa miraba la piedra caída, exigiéndole que cediera ante su voluntad. Era ella. Shallan supo, con la certeza intuitiva del artista, que esta era una de las mejores obras que había hecho jamás. De un modo muy sencillo, había capturado a Jasnah Kholin, algo que los devotarios no habían conseguido nunca. Eso la llenó de euforia. Aunque esta mujer volviera a rechazarla, no podría cambiar un hecho. Jasnah Kholin se había unido a la colección de Shallan.

Shallan se limpió los dedos en su paño, y luego alzó el papel. Advirtió ausente que ya había atraído a unas dos docenas de creacionspren. Tendría que barnizar la página con savia de pleárbol para fijar el carboncillo y protegerlo de manchas. Tenía un poco en su zurrón. Primero quería estudiar la página y la figura que en ella aparecía. ¿Quién era Jasnah Kholin? Nadie que se dejara intimidar, desde luego. Era una mujer hasta el tuétano, maestra de las artes femeninas, pero en ningún modo delicada.

Una mujer semejante apreciaría la determinación de Shallan. Escucharía otra solicitud de pupilaje, suponiendo que se le presentara de forma adecuada.

Jasnah era también una racionalista, una mujer con la audacia para negar la existencia del mismísimo Todopoderoso basándose en su propio razonamiento. Jasnah apreciaría la fuerza, pero solo si estaba enmarcada por la lógica.

Shallan asintió para sí, sacó una cuarta hoja de papel y un pincel de punta fina, y empezó a sacudir su frasco de tinta antes de abrirlo. Jasnah había exigido pruebas de las habilidades lógicas y escritoras de Shallan. Bien ¿qué mejor forma de hacerlo que suplicarle a la mujer con palabras?

«Brillante Jasnah Kholin —escribió Shallan, pintando las letras

lo más clara y bellamente que pudo. Podría haber usado una caña, pero se usaba el pincel para las obras de arte. Pretendía que esta página lo fuera—. Has rechazado mi petición. Lo acepto. Sin embargo, como sabe cualquiera formado en las peticiones formales, ninguna suposición debería ser tratada como axiomática.» El argumento en realidad decía: «Ninguna suposición, excepto la existencia del Todopoderoso mismo, debería ser considerada axiomática.» Pero esta forma de expresarlo complacería a Jasnah.

«Una científica debe estar dispuesta a cambiar sus teorías si la experimentación las refuta. Me aferro a la esperanza de que trates las decisiones de una manera similar: como resultados preliminares pendientes de nueva información.

»Por nuestra breve entrevista, puedo ver que aprecias la tenacidad. Me felicitaste por continuar tu búsqueda. Por tanto, presupongo que no considerarás esta carta una rotura del buen gusto. Considéralo como prueba de mi ardor por ser tu pupila, y no como desprecio a tu decisión expresada.»

Shallan se llevó el pincel a los labios mientras consideraba su siguiente paso. Los creacionspren se apartaron lentamente, desvaneciéndose. Se decía que eran los logispren, en forma de diminutas nubes de tormenta, los que eran atraídos por los grandes argumentos, pero Shallan no los había visto nunca. Shallan continuó:

«Esperas pruebas de mi valía. Ojalá pudiera demostrar que mi educación es más completa que lo que reveló nuestra entrevista. Por desgracia, no tengo base para semejante argumento. Tengo debilidades en mi comprensión. Eso está claro y no se somete a ninguna disputa razonable.

»Pero las vidas de los hombres y las mujeres son más que acertijos lógicos; el contexto de sus experiencias es valiosísimo para tomar buenas decisiones. Mis estudios de lógica no llegan a tu nivel, pero incluso yo sé que los racionalistas tienen una regla: no se puede aplicar la lógica como un absoluto cuando se refiere a los seres humanos. No somos solo seres de pensamiento.

»Por tanto, el alma de mi presente argumento es dar perspectiva a mi ignorancia. No a modo de excusa, sino de explicación. Expresaste insatisfacción porque alguien como yo hubiera recibido

formación tan inadecuada. ¿Qué hay de mi madrastra? ¿Qué hay de mis tutoras? ¿Por qué fue tan pobre mi educación?

»Los hechos son embarazosos. He tenido pocas tutoras y virtualmente ninguna educación. Mi madrastra lo intentó, pero ella tampoco tenía educación alguna. Es un secreto cuidadosamente guardado, pero muchas de las casas rurales veden ignoran la adecuada formación de sus mujeres.

»Tuve tres tutoras distintas cuando era muy joven, pero cada una de ellas se marchó después de unos pocos meses, citando el temperamento de mi padre o su rudeza como motivo. Me quedé sola en mi educación. He aprendido lo que he podido a través de lecturas, llenando los huecos gracias a mi naturaleza curiosa. Pero no seré capaz de igualar el conocimiento de alguien que ha recibido el beneficio de una educación formal…, y cara.

»¿Por qué es este un argumento por el que debas aceptarme? Porque todo lo que he aprendido ha sido a través de un gran esfuerzo personal. Lo que a otras les fue entregado, yo tuve que cazarlo. Creo que, a causa de esto, mi educación (limitada como es) tiene valor y mérito extras. Respeto tus decisiones, pero te pido que lo reconsideres. ¿Qué prefieres tener? ¿Una pupila que sea capaz de repetir las respuestas correctas porque una cara tutora se las hizo saber, o una pupila que tuvo que esforzarse y luchar por todo lo que ha aprendido?

»Te aseguro que una de las dos apreciará tus enseñanzas más que la otra.»

Alzó el pincel. Ahora que los consideraba, sus argumentos parecían imperfectos. ¿Exponía su ignorancia, y luego esperaba que Jasnah la aceptara? De todas formas, parecía el paso adecuado, a pesar de que esta carta era una mentira. Un mentira construida de verdades. No había venido a compartir el conocimiento de Jasnah. Había venido como ladrona.

Eso hizo que su consciencia la incordiara, y casi estuvo a punto de alargar la mano y romper la página. Unos pasos en el pasillo la hicieron detenerse. Se puso en pie de un salto, se volvió con la mano segura en el pecho. Buscó palabras para explicar su presencia ante Jasnah Kholin.

Luces y sombras fluctuaban en el pasillo, y luego una figura

vacilante se acercó a la salita, con una esfera blanca en la mano para darse luz. No era Jasnah. Era un hombre de poco más de veinte años que llevaba una sencilla túnica gris. Un fervoroso. Shallan se relajó.

El joven reparó en ella. Su rostro era afilado, sus ojos azules agudos. Tenía la barba corta y cuadrada, la cabeza afeitada. Cuando habló, su voz tenía un tono culto.

—Ah, discúlpame, brillante. Creí que esta era la sala de Jasnah Kholin.

—Lo es —respondió Shallan.

—Oh. ¿También la estás esperando?

—Sí.

—¿Te importaría mucho si espero contigo? —tenía un leve acento herdaziano.

—Naturalmente que no, fervoroso —ella asintió respetuosa, y luego recogió sus cosas a toda prisa, preparándole el asiento.

—¡No puedo ocupar tu asiento, brillante! Traeré otro para mí.

Ella alzó una mano para protestar, pero él se había retirado ya. Regresó unos momentos más tarde, trayendo una silla de otra salita. Era alto y delgado y (decidió Shallan con leve incomodidad) bastante guapo. Su padre poseía solo tres fervorosos, todos hombres mayores. Recorrían sus tierras y visitaban las aldeas, atendiendo a la gente, ayudándole a alcanzar Puntos en sus Glorias y Llamadas. Shallan tenía sus rostros en su colección de retratos.

El fervoroso soltó su silla. Vaciló antes de sentarse, mirando la mesa.

—Vaya, vaya —dijo, sorprendido.

Durante un momento, Shallan pensó que estaba leyendo su carta, y ella sintió un irracional arrebato de pánico. El fervoroso, sin embargo, estaba mirando los tres dibujos que había en la cabecera de la mesa, esperando el barniz.

—¿Los has hecho tú, brillante?

—Sí, fervoroso —respondió Shallan, bajando los ojos.

—¡No es necesario ser tan formales! —dijo el fervoroso, inclinándose y ajustándose las lentes mientras estudiaba su trabajo —. Por favor, soy el hermano Kabsal, o solo Kabsal. De verdad, está bien. ¿Y tú eres?

—Shallan Davar.

—¡Por las llaves doradas de Vedeledev, brillante! —dijo el hermano Kabsal, sentándose—. ¿Te enseñó Jasnah Kholin esta habilidad con el lápiz?

—No, fervoroso —contestó ella, todavía de pie.

—Sigues igual de formal —dijo él, sonriendo—. Dime ¿tan intimidador resulto?

—Me han educado para mostrar respeto a los fervorosos.

—Bueno, considero que el respeto es como el abono. Úsalo donde sea necesario, y florecerán las plantas. Extiéndelo demasiado, y las cosas empezarán a oler. —Sus ojos chispearon.

¿Había hablado un fervoroso, un servidor del Todopoderoso, de abono?

—Un fervoroso es representante del mismísimo Todopoderoso —dijo—. Mostrarte falta de respeto sería mostrárselo al Todopoderoso.

—Comprendo. ¿Y es así como responderías si el Todopoderoso se te apareciera aquí? ¿Con toda esta formalidad y reverencia?

Ella vaciló.

—Bueno, no.

—Ah ¿y cómo reaccionarías?

—Sospecho que con gritos de dolor —dijo ella, dejando escapar sus pensamientos demasiado fácilmente—. Ya que está escrito que la gloria del Todopoderoso es tal que todo aquel que lo contemple será reducido inmediatamente a cenizas.

El fervoroso se echó a reír.

—Bien dicho, en efecto. Por favor, siéntate.

Ella así lo hizo, vacilante.

—Sigues pareciendo preocupada —dijo él, alzando el retrato de Jasnah—. ¿Qué debo hacer para que te tranquilices? ¿Me subo a esta mesa y bailo?

Ella parpadeó sorprendida.

—¿Ninguna objeción? —dijo el hermano Kabsal—. Bien, entonces…

Soltó el retrato y empezó a subirse a la silla.

—¡No, por favor! —exclamó Shallan, extendiendo su mano libre.

—¿Estás segura? —Él miró la mesa, calibrándola.

—Sí —dijo Shallan, imaginando al fervoroso tambaleándose y dando un mal paso, y luego cayendo por el balcón y precipitándose varios metros al piso de abajo—. ¡Por favor, prometo no respetarte más!

Él se echó a reír, se bajó de la silla y se sentó. Se inclinó hacia ella, como conspirando.

—La amenaza del baile sobre la mesa funciona casi siempre. Solo he tenido que llegar hasta el final una vez, por una apuesta perdida contra el hermano Lhanin. El maestro fervoroso de nuestro monasterio casi se muere del susto.

Shallan no pudo evitar sonreír.

—Eres fervoroso: las posesiones te están prohibidas. ¿Qué apostaste?

—Dos profundas inhalaciones de la fragancia de una rosa de invierno —dijo el hermano Kabsal— y el calor de la luz del sol sobre la piel —sonrió—. Podemos ser bastante creativos en ocasiones. Años pasados macerándote en un monasterio pueden hacerle eso a un hombre. Estabas a punto de explicarme dónde aprendiste esa habilidad con el lápiz.

—Práctica —dijo Shallan—. Tengo la impresión de que es así como al final aprende todo el mundo.

—Sabias palabras, nuevamente. Empiezo a preguntarme cuál de nosotros es el fervoroso. Pero sin duda tuviste un maestro que te enseñó.

—Dandos el Sagaz.

—Ah, un verdadero maestro de los lápices si alguna vez ha habido uno. No es que dude de tu palabra, brillante, pero me intriga cómo Dandos Heraldin pudo enseñarte arte cuando, la última vez que lo comprobé, sufre de aislamiento terminal y perpetuo. Es decir, está muerto. Desde hace trescientos años.

Shallan se ruborizó.

—Mi padre tenía un libro con sus enseñanzas.

—Aprendiste esto —dijo Kabsal, alzando su dibujo de Jasnah—, de un libro.

—Er… ¿sí?

Él volvió a mirar el dibujo.

—Tengo que leer más.

Shallan no pudo evitar echarse a reír ante la expresión del fervoroso, y ella cogió un recuerdo suyo sentado allí, la admiración y la perplejidad mezclándose en su rostro mientras estudiaba el dibujo y se frotaba la barbilla poblada con un dedo.

Él sonrió agradablemente, y soltó el dibujo.

—¿Tienes barniz?

—Sí —respondió ella, sacándola del zurrón. Estaba guardada en un rociador en forma de pera de los que a menudo se usan para el perfume.

Él aceptó el frasquito y giró el cierre, y luego lo sacudió y probó el barniz en el dorso de su mano. Asintió satisfecho y echó mano al dibujo.

—Una obra como esta no debería correr el riesgo de perderse.

—Puedo barnizarla yo —dijo Shallan—. No hace falta que te molestes.

—No es ninguna molestia. Es un honor. Además, soy fervoroso. No sabemos qué hacer si no estamos ocupados, haciendo cosas que los otros pueden hacer ellos solitos. Es mejor seguirme la corriente.

Empezó a aplicar el barniz, espolvoreando la página con cuidadosos apliques.

Por fortuna, las manos de él eran cuidadosas y aplicó el barniz con regularidad. Obviamente había hecho esto antes.

—¿Eres de Jah Keved, supongo? —preguntó.

—¿Lo dices por el pelo? —dijo ella, llevándose una mano a sus rojos mechones—. ¿O por el acento?

—Por la manera en que tratas a los fervorosos. La Iglesia de Veden es con diferencia la más tradicional. He visitado tu hermoso país en dos ocasiones: mientras vuestra comida le sienta muy bien a mi estómago, la cantidad de reverencias que le hacéis a los fervorosos me incomoda.

—Tal vez tendrías que haber bailado en unas cuantas mesas.

—Lo llegué a pensar —dijo él—, pero los hermanos y hermanas fervorosos de tu país se habrían muerto de vergüenza. Odiaría tener eso sobre mi consciencia. El Todopoderoso no es amable con los que matan a sus sacerdotes.

—Yo pensaba que matar en general está mal —respondió ella, todavía observando cómo aplicaba el barniz. Le resultaba extraño

que otra persona trabajara en su obra.

—¿Qué piensa de tu habilidad la brillante Jasnah? —preguntó mientras trabajaba.

—No creo que le importe —respondió Shallan, haciendo una mueca y recordando su conversación con la mujer—. No parece apreciar demasiado las artes visuales.

—Eso he oído decir. Es uno de sus pocos defectos, por desgracia.

—¿Aparte de esa pequeña cuestión de la herejía?

—Ciertamente —dijo Kabsal, sonriendo—. He de admitir que entré aquí esperando indiferencia, no deferencia. ¿Cómo te convertiste en parte de su séquito?

Shallan se sobresaltó, advirtiendo por primera vez que el hermano Kabsal debía de haber pensado que era una de las ayudantes de la brillante dama Kholin. Tal vez una pupila.

—Hermano —dijo para sí.

—¿Hmmm?

—Parece que te he confundido inadvertidamente, hermano Kabsal. No tengo ninguna relación con la brillante Jasnah. No todavía, al menos. Estoy intentando que me acepte como pupila.

—Ah —dijo él, terminando el barnizado.

—Lo siento.

—¿Por qué? No has hecho nada malo —sopló el dibujo, y luego lo volvió para que ella lo viera. Estaba perfectamente barnizado, sin ninguna mancha—. ¿Quieres hacerme un favor? —dijo, apartando la página.

—Lo que quieras.

Él alzó una ceja.

—Cualquier cosa razonable —corrigió ella.

—¿Según qué medida?

—Mía, supongo.

—Lástima —dijo él, poniéndose en pie—. Entonces me limitaré. ¿Serías tan amable de hacerle saber a la brillante Jasnah que he venido a verla?

—¿Te conoce?

¿Qué asuntos tenía un fervoroso herdaziano con Jasnah, una atea confirmada?

—Oh, yo no diría eso —replicó él—. Pero espero que haya oído

mi nombre, ya que he solicitado una audiencia con ella varias veces.

Shallan asintió y se puso en pie.

—¿Quieres intentar convertirla?

—Es un desafío único. No creo que pudiera vivir conmigo mismo si al menos no intentara persuadirla.

—Y no queremos que seas incapaz de vivir contigo mismo —advirtió Shallan—, ya que la alternativa nos devuelve a tu desagradable costumbre de casi matar fervorosos.

—Exactamente. De todas formas, creo que un mensaje personal por tu parte podría ayudar donde las solicitudes por escrito han sido ignoradas.

—Yo…, lo dudo.

—Bueno, si se niega, eso solo significa que volveré —sonrió—. Eso significaría, espero, que volveremos a vernos. Así que lo espero con ansia.

—Yo también. Lamento de nuevo el malentendido.

—¡Brillante! Por favor, no te hagas responsable de mis suposiciones.

Ella sonrió.

—No vacilaría en hacerme responsable de ti en cualquier modo o consideración, hermano Kabsal. Pero sigue pareciéndome mal.

—Pasará —advirtió él, los ojos azules chispeando—. Pero haré cuanto pueda para que te vuelvas a sentir bien. ¿Hay algo que te guste? Aparte de respetar a los fervorosos y hacer dibujos sorprendentes, quiero decir.

—La mermelada.

Él ladeó la cabeza.

—La mermelada…

—Me gusta —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Has preguntado qué me gusta.

La mermelada.

—Así sea.

Él se retiró al oscuro pasillo, rebuscando en los bolsillos de su túnica la esfera para darse luz. En unos instantes, se marchó.

¿Por qué no había esperado a que regresara Jasnah? Shallan sacudió la cabeza, y luego barnizó sus otros dos dibujos. Acababa de

terminar de dejarlos secar y de guardarlos en su zurrón cuando oyó de nuevo pisadas en el pasillo y reconoció la voz de Jasnah.

Shallan recogió apresuradamente sus cosas, dejando la carta sobre la mesa, y luego se fue a esperar a la salita de al lado. Jasnah Kholin entró un momento después, acompañada por un grupito de sirvientes.

No parecía nada contenta.



> *«¡Victoria! ¡Nos hallamos en la cima de la montaña! ¡Los dispersamos ante nosotros! ¡Sus casas se convierten en nuestras moradas, sus tierras son ahora nuestras granjas! Y ellos arderán, como nosotros lo hicimos una vez, en un lugar que es vacío y triste.»*
>
> Recogido en Ishashan, año 1172, 18 segundos antes de la muerte. El sujeto era una solterona ojos claros del octavo dahn.

Los temores de Shallan quedaron confirmados cuando Jasnah la miró directamente, y luego bajó la mano segura en un gesto de frustración.

—Así que estás aquí.

Shallan se estremeció.

—¿Los sirvientes te lo han dicho, entonces?

—¿Crees que no iban a dejar a alguien entrar en mi salita y no advertirme?

Tras Jasnah, un pequeño grupo de parshmenios esperaba en el pasillo, cada uno de ellos portando un montón de libros.

—Brillante Kholin —dijo Shallan—. Yo solo…

—Ya he desperdiciado suficiente tiempo contigo —dijo Jasnah, los ojos llenos de furia—. Te retirarás, joven Davar. Y no volveré a verte de nuevo durante mi estancia aquí. ¿Comprendido?

Las esperanzas de Shallan se desmoronaron. Se arrugó. Jasnah

Kholin hablaba con gravedad. No se la desobedecía. Solo había que mirar a aquellos ojos para entenderlo.

—Lamento haberte molestado —susurró Shallan. Recogió su zurrón y se marchó con toda la dignidad de la que fue capaz. Apenas pudo controlar las lágrimas de vergüenza y decepción que brotaban de sus ojos mientras recorría el pasillo, sintiéndose como una auténtica idiota.

Llegó al hueco de los porteros, aunque ya habían bajado después de subir a Jasnah. No tiró de la campana para llamarlos. En cambio, apoyó la espalda en la pared y se sentó en el suelo, las rodillas contra el pecho, el zurrón en su regazo. Se abrazó las piernas, la mano libre agarrando la mano segura a través del tejido del puño, respirando levemente.

Las personas furiosas la inquietaban. No podía dejar de pensar en su padre en uno de sus arrebatos, no podía dejar de oír gritos, chillidos y gemidos. ¿Era débil porque la confrontación la inquietaba de esa manera? Le parecía que sí.

«Muchacha necia e idiota —pensó, mientras unos cuantos dolospren salían de la pared cerca de su cabeza—. ¿Qué te hizo pensar que podías hacer esto? Solo has puesto el pie fuera de los terrenos de tu familia media docena de veces durante tu vida. ¡Idiota, idiota, idiota!»

Había persuadido a sus hermanos para que confiaran en ella, para que pusieran sus esperanzas en su ridículo plan. ¿Y qué había hecho ahora? Malgastados seis meses durante los cuales sus enemigos se acercaban cada vez más.

—¿Brillante Davar? —preguntó una voz vacilante.

Shallan alzó la cabeza, advirtiendo que estaba tan envuelta en su tristeza que no había visto acercarse al sirviente. Era un hombre joven que llevaba un uniforme todo negro, sin ningún emblema en el pecho. No era un maestro-siervo, sino tal vez uno en proceso de formación.

—A la brillante Kholin le gustaría hablar contigo. —El joven indicó el pasillo.

«¿Para ridiculizarme aún más?», pensó Shallan con una mueca. Pero una alta dama como Jasnah conseguía lo que quería. Shallan se obligó a dejar de temblar, luego se levantó. Al menos había

podido controlar las lágrimas: no había estropeado su maquillaje. Siguió al sirviente hasta la salita iluminada, el zurrón agarrado ante ella como un escudo en un campo de batalla.

Jasnah Kholin estaba sentada en la silla que antes había utilizado ella, con montones de libros sobre la mesa. Se frotaba la frente con la mano libre. La animista descansaba contra el dorso de su mano, el cuarzo oscuro y agrietado. Aunque parecía fatigada, su postura era perfecta, su fino vestido de seda le cubría los pies, la mano segura sobre el regazo.

Jasnah miró a Shallan, bajando la mano libre.

—No debería de haberte tratado con tanta ira, joven Davar —dijo con voz cansada—. Estabas simplemente mostrando insistencia, una tendencia que normalmente animo. Tormentas encendidas, a menudo soy culpable de testarudez yo también. A veces nos resulta difícil aceptar en los demás lo que guardamos para nosotros. Mi única excusa puede ser que he experimentado una inusitada cantidad de tensión últimamente.

Shallan asintió agradecida, aunque se sentía completamente incómoda.

Jasnah volvió a mirar a través del balcón la oscura extensión del Velo.

—Sé lo que dice la gente de mí. Espero no ser tan dura como algunos creen, aunque una mujer puede tener fama de cosas mucho peores que la severidad. Puede venir bien.

Shallan tuvo que obligarse a no mostrar su nerviosismo. ¿Debería retirarse?

Jasnah sacudió la cabeza para sí, aunque Shallan no pudo imaginar qué pensamientos habían causado aquel gesto inconsciente. Finalmente, se volvió hacia Shallan e indicó el gran cuenco en forma de copa de la mesa. Contenía una docena de esferas suyas.

Shallan se llevó sorprendida la mano libre a los labios. Se había olvidado por completo del dinero. Hizo una reverencia de agradecimiento a Jasnah, y luego recogió rápidamente las esferas.

—Brillante, antes de que se me olvide, debo mencionar que un fervoroso, el hermano Kabsal, vino a verte mientras yo esperaba aquí. Me pidió que te transmitiera su deseo de hablar contigo.

—No me extraña —dijo Jasnah—. Pareces sorprendida por las esferas, joven Davar. Di por hecho que estabas esperando fuera para recuperarlas. ¿No es por eso por lo que estabas tan cerca?

—No, brillante. Tan solo estaba apaciguando mi nerviosismo.

—Ah.

Shallan se mordió los labios. La princesa parecía haber superado su enfado original.

—Brillante —dijo Shallan, temblando ante su descaro— ¿qué te pareció mi carta?

—¿Tu carta?

—Yo… —Shallan miró la mesa—. Bajo ese montón de libros, brillante.

Un sirviente retiró rápidamente el montón de libros; el parshmenio debía de haberlos colocado encima del papel sin darse cuenta. Jasnah cogió la carta, alzando una ceja, y Shallan abrió rápidamente su zurrón y guardó las esferas en su monedero. Luego se maldijo a sí misma por ser tan rápida, ya que ahora no tenía nada que hacer sino permanecer allí de pie y esperar a que Jasnah terminara de leer.

—¿Esto es verdad? —preguntó Jasnah, alzando la cabeza—. ¿Eres autodidacta?

—Sí, brillante.

—Eso es notable.

—Gracias, brillante.

—Y esta carta fue una maniobra astuta. Asumiste correctamente que responderé a una petición por escrito. Esto me demuestra tu habilidad con las palabras, y la retórica de la carta prueba que puedes pensar de manera lógica y presentar un buen argumento.

—Gracias, brillante —dijo Shallan, sintiendo otro arrebato de esperanza, mezclado con fatiga. Sus emociones se habían sacudido de un lado a otro como una cuerda usada en un juego de fuerza.

—Deberías haberme dejado la nota y marcharte antes de que yo regresara.

—Pero entonces la nota se habría perdido bajo ese montón de libros.

Jasnah la miró alzando una ceja, como para demostrar que no le gustaba que la corrigieran.

—Muy bien. El contexto de la vida de una persona es importante. Tus circunstancias no excusan tu falta de educación en historia y filosofía, pero un poco de indulgencia es aplicable en este caso. Permitiré que solicites ser mi pupila más adelante, un privilegio que nunca he concedido antes a ninguna aspirante. Cuando tengas base suficiente en esos dos temas, vuelve de nuevo a verme. Si has mejorado de manera adecuada, te aceptaré.

Las emociones de Shallan se vinieron abajo. El ofrecimiento de Jasnah era amable, pero harían falta años de estudio para conseguir lo que pedía. La casa Davar habría caído para entonces, las tierras de su familia habrían sido divididas entre sus acreedores, y sus hermanos y ella misma habrían sido despojados de sus títulos y quizás incluso vendidos como esclavos.

—Gracias, brillante —dijo Shallan, inclinando la cabeza.

Jasnah asintió, como considerando cerrado el tema. Shallan se retiró y caminó en silencio por el pasillo y tiró de la cuerda para llamar a los porteadores.

Jasnah solo había prometido aceptar una petición futura. Para la mayoría, eso habría sido una gran victoria. Ser educada por Jasnah Kholin, considerada por muchos la mejor erudita viva, le habría asegurado un futuro brillante. Shallan se habría casado extremadamente bien, quizá con el hijo de un alto príncipe, y habría encontrado nuevos círculos sociales abiertos. De hecho, si hubiera tenido tiempo para formarse bajo la tutela de Jasnah, el puro prestigio de una afiliación con los Kholin tal vez habría sido suficiente para salvar su casa.

Si acaso…

Shallan salió del Cónclave: no había puertas delante, solo columnas emplazadas ante la boca abierta. Le sorprendió descubrir lo oscuro que estaba fuera. Bajó los grandes peldaños, y luego siguió un pequeño sendero lateral más cultivado donde no podría verla nadie. Pequeños estantes de cortezapizarra ornamental habían sido plantados por este camino, y varias especies habían extendido sus tentáculos como abanicos para agitarlos a la brisa de la noche. Unos cuantos perezosos vidaspren, como motas de brillante polvo verde, revoloteaban de una hoja a la siguiente.

Shallan se apoyó contra la planta parecida a una roca, y los

tentáculos se retiraron y escondieron. Desde este punto de observación, podía contemplar Kharbranth, las luces brillando bajo ella como una cascada de fuego que cayera por la superficie del acantilado. La otra única opción que les quedaba a sus hermanos y a ella era huir. Abandonar las posesiones familiares y buscar asilo. ¿Pero adonde? ¿Había antiguos aliados a los que su padre no hubiera alienado?

Estaba la cuestión de la extraña colección de mapas que habían encontrado en su estudio. ¿Qué significaban? Él apenas hablaba de sus planes con sus hijos. Ni siquiera los consejeros de su padre sabían gran cosa. Helaran, su hermano mayor, sabía más, pero había desaparecido hacía más de un año, y su padre lo declaró muerto.

Como siempre, pensar en su padre la hizo sentirse enferma, y el dolor empezó a constreñir su pecho. Se llevó la mano libre a la cabeza, abrumada de repente por el peso de la situación de la Casa Davar, su parte en él, y el secreto que ahora portaba, oculto a diez latidos de distancia.

—¡Hola, joven señora! —llamó una voz. Shallan se volvió y se sorprendió al ver a Yalb de pie en un saliente rocoso a poca distancia de la entrada del Cónclave. Un grupo de hombres con uniforme de guardia estaba sentado en la roca a su alrededor.

—¿Yalb? —dijo ella, aturdida. Tendría que haber regresado a su barco hacía horas. Corrió a acercarse al pequeño macizo rocoso—. ¿Por qué sigues todavía aquí?

—Oh —respondió él, sonriendo—. Me puse a jugar a kabers con estos agradables caballeros de la guardia de la ciudad. Pensé que los agentes de la ley difícilmente irían a hacerme trampas, así que nos pusimos a jugar mientras esperábamos.

—Pero no tenías por qué esperar.

—Tampoco tenía por qué ganarle ochenta chips a estos amigos —rio Yalb—. ¡Pero hice ambas cosas!

Los hombres sentados a su alrededor no parecían tan entusiasmados. Sus uniformes eran tabardos naranja atados por el centro con fajines blancos.

—Bueno, supongo que debería conducirte de vuelta al barco —dijo Yalb, recogiendo algo reacio la pila que tenía amontonada a los

pies. Brillaban con diversidad de tonos. Su luz era escasa (cada una era solo un chip), pero era una ganancia impresionante.

Shallan dio un paso atrás mientras Yalb saltaba de la roca. Sus compañeros protestaron por su partida, pero él señaló a la muchacha.

—¿Pretendéis que deje que una mujer ojos claros de su estatura vuelva caminando sola al barco? ¡Os tenía por hombres de honor!

Ese argumento acalló sus protestas.

Yalb se rio para sus adentros, le hizo una reverencia a Shallan y la guio camino abajo. Sus ojos chispeaban.

—Padre Tormenta, sí que es divertido ganarles a esos agentes de la ley. Cuando esto se sepa, tendré bebida gratis en todos los muelles.

—No deberías jugar —dijo Shallan—. No deberías intentar adivinar el futuro. No te di esa esfera para que pudieras malgastarla con esas prácticas.

Yalb se echó a reír.

—No es jugar si sabes que vas a ganar, joven señora.

—¿Hiciste trampas? —susurró ella, horrorizada. Miró hacia los guardias, que habían continuado su juego, iluminados por las esferas en las piedras que tenían delante.

—¡No tan fuerte! —dijo Yalb en voz baja. Sin embargo, parecía muy satisfecho consigo mismo—. Hacerle trampas a cuatro guardias, eso sí que es arte. ¡Casi no puedo creerme que lo haya logrado!

—Me decepcionas. Esta conducta no es adecuada.

—Lo es si tu profesión es la de marinero, joven señora —se encogió de hombros—. Es lo que esperaban de mí. Me vigilaron como si fueran cuidadores de anguilas aéreas venenosas, eso dijeron. El juego no estaba en las cartas: estaba en intentar conseguir que no me pillaran. ¡Creo que no habría conseguido escapar con la piel intacta si no hubieras llegado!

Eso no parecía preocuparle mucho.

El camino hasta los muelles no estaba tan concurrido como antes, pero seguía habiendo un sorprendente número de gente. La calle estaba iluminada por lámparas de aceite (las esferas habrían acabado en la bolsa de alguien), pero mucha gente llevaba linternas

de esferas que proyectaban un arco iris de luces de colores en el camino. Las personas casi parecían spren, cada una de un tono diferente, moviéndose a un lado o a otro.

—Bien, joven señora —dijo Yalb, guiándola con cuidado a través del tráfico—. ¿De verdad quieres volver? Solo he dicho lo que he dicho para poder escabullirme de la partida.

—Sí, quiero volver, por favor.

—¿Y tu princesa?

Shallan hizo una mueca.

—La reunión no fue…, fructífera.

—¿No te aceptó? ¿Qué pasa con ella?

—Competencia crónica, supongo. Ha tenido tanto éxito en la vida que tiene expectativas poco realistas de los demás.

Yalb frunció el ceño, guiando a Shallan alrededor de un grupo de borrachos que festejaban en el camino. ¿No era un poco temprano para este tipo de cosas? Yalb se adelantó unos pasos, se dio la vuelta y siguió caminando de espaldas, mirándola.

—Eso no tiene sentido, joven señora. ¿Qué podría querer más sino tú?

—Mucho más, al parecer.

—¡Pero si eres perfecta! Perdona mi atrevimiento.

—Estás caminando de espaldas.

—Perdona mi torpeza, entonces. Se te ve bien desde cualquier lado, joven señora, eso tengo que reconocerlo.

Ella sonrió. Los marineros de Tozbek tenían una opinión demasiado elevada de ella.

—Serías una pupila ideal —continuó Yalb—. Agradable, bonita, refinada y demás. No me gusta mucho tu opinión del juego, pero era de esperar. No sería adecuado que una mujer decorosa no lo reprendiera a uno por jugar. Sería como si el sol se negara a salir o que el mar se volviera blanco.

—O que Jasnah Kholin sonriera.

—¡Exactamente! Sea como sea, eres perfecta.

—Eres muy amable al decirlo.

—Bueno, es verdad —dijo él, poniendo los brazos en jarras y deteniéndose—. ¿Así que ya está? ¿Vas a renunciar?

Ella le dirigió una mirada de perplejidad. Estaba allí de pie en el

camino abarrotado, iluminado desde arriba por una linterna que brillaba en amarillo anaranjado, las manos en las caderas, las blancas cejas thayleñas cayendo a los lados de su cara, el pecho desnudo bajo el chaleco abierto. No era una postura que ningún ciudadano, no importaba lo alto de su rango, hubiera adoptado jamás en la mansión de su padre.

—Intenté persuadirla —dijo Shallan, ruborizándose—. Fui a verla por segunda vez, y me rechazó de nuevo.

—Dos veces ¿eh? En las cartas, siempre tienes una tercera mano. Gana con más frecuencia.

Shallan frunció el ceño.

—En realidad eso no es cierto. Las leyes de la probabilidad y la estadística…

—No sé mucho de malditas matemáticas —dijo Yalb, cruzándose de brazos—. Pero sí conozco las Pasiones. Ganas cuando más lo necesitas ¿sabes?

Las Pasiones. Supersticiones paganas. Naturalmente, Jasnah había considerado los glifos como otra superstición, así que tal vez todo era cuestión de perspectiva.

Intentarlo una tercera vez…, Shallan se estremeció al pensar en la ira de Jasnah si volvía a molestarla de nuevo. Sin duda retiraría su ofrecimiento de que viniera a estudiar con ella en el futuro.

Pero Shallan nunca llegaría a aceptar ese ofrecimiento. Era como una esfera de cristal sin ninguna gema en el centro. Bella, pero sin valor. ¿No era mejor correr un último riesgo para conseguir el puesto que necesitaba…, ahora?

No funcionaría. Jasnah había dejado claro que Shallan no tenía educación suficiente.

Educación suficiente…

Una idea chispeó en su cabeza. Se llevó la mano segura al pecho, de pie en el camino, y consideró la audacia de aquella propuesta. Lo más probable era que la expulsaran de la ciudad por orden de Jasnah.

Sin embargo, si regresaba a casa sin intentar usar de todos los recursos ¿podría mirar a sus hermanos a la cara? Dependían de ella. Por una vez en la vida, alguien necesitaba a Shallan. Esa responsabilidad la entusiasmaba. Y la aterrorizaba.

—Necesito un mercader de libros —dijo, la voz temblando levemente.

Yalb la miró alzando una ceja.

—Un mercader de…

—La tercera mano gana casi siempre. ¿Crees que puedes encontrarme un mercader de libros que esté abierto a estas horas?

—Kharbranth es un puerto importante, joven señora —dijo él con una risotada—. Las tiendas abren hasta tarde. Espera aquí.

Se perdió entre la multitud, dejándola con una ansiosa protesta en los labios.

Shallan suspiró, y luego se sentó en una postura recatada en la base de piedra del poste de una linterna. Debería estar a salvo. Vio a otras mujeres ojos claros pasar por la calle, aunque a menudo iban en palanquín o en aquellos pequeños vehículos de los que tiraban a mano. Incluso vio algún ocasional carruaje regio, aunque solo los muy ricos podían permitirse tener caballos.

Unos minutos más tarde, Yalb surgió de la multitud como por ensalmo y le indicó que lo siguiera. Ella se puso en pie y se dirigió rápidamente hacia él.

—¿No deberíamos procurarnos un porteador? —preguntó mientras él la conducía a una gran calle que corría en lateral por la colina de la ciudad. Pisó con cuidado: su falda era tan larga que le preocupaba rasgar el dobladillo contra la piedra. La tira inferior estaba diseñada para ser reemplazada fácilmente, pero Shallan apenas podía permitirse malgastar esferas en esas cosas.

—No —respondió Yalb—. Está aquí mismo.

Señaló una calle que cruzaba donde había una fila de tiendas en la empinada pendiente, cada una con un cartel colgando delante con el glifopar que significaba «libro», unos glifos que normalmente tenían forma de libro. Los sirvientes analfabetos que pudieran ser enviados a estas tiendas tenían que ser capaces de reconocerlas.

—Los mercaderes del mismo tipo tienden a estar juntos —dijo Yalb, frotándose la barbilla—. A mí me parece una tontería, pero supongo que los mercaderes son como los peces. Donde encuentras uno, encuentras a los demás.

—Lo mismo podría decirse de las ideas —respondió Shallan, contando. Seis tiendas diferentes. Todas iluminadas con luz

tormentosa en los escaparates, fría y regular.

—La tercera de la izquierda —señaló Yalb—. El nombre del mercader es Artmyrn. Mis fuentes dicen que es el mejor.

Era un nombre thayleño. Probablemente Yalb había preguntado a otros compatriotas, y ellos le habían indicado este sitio.

Shallan asintió mientras subían la empinada calle de piedra en dirección a la tienda. Yalb no entró con ella: muchos hombres, lo había advertido, se sentían incómodos con los libros y la lectura, incluso aquellos que no eran vorin.

Atravesó la puerta de recia madera con dos paneles de cristal, y entró en una cálida habitación, sin saber qué esperar. Nunca había entrado en ninguna tienda para comprar nada: o bien enviaba a sus criados, o los mercaderes venían a verla.

La habitación parecía muy acogedora, con grandes y cómodos sillones junto a una chimenea. Los llamaspren danzaban en los leños ardientes, y el suelo era de madera. Madera absolutamente lisa: probablemente la habían animado a partir de la piedra de abajo. Lujoso, en efecto.

Al fondo de la habitación había una mujer tras un mostrador. Llevaba una falda bordada y una blusa, en vez de la havah de una sola pieza que vestía Shallan. Era ojos oscuros, pero claramente adinerada. En los reinos vorin, probablemente sería del primer o segundo *nahn*. Los thayleños tenían su propio sistema de rangos. Al menos no eran completamente paganos: respetaban el color de ojos, y la mujer tenía puesto un guante en la mano segura.

No había muchos libros en el lugar. Unos cuantos en el mostrador, uno en un estante entre las sillas. Un reloj sonaba en la pared, su parte inferior con una docena de tintineantes campanas de plata. Parecía más el hogar de una persona que una tienda.

La mujer colocó un marcador en su libro y le sonrió a Shallan. Era una sonrisa ansiosa, casi depredadora.

—Por favor, brillante —dijo, indicando las sillas. La mujer había rizado sus largas y blancas cejas thayleñas de modo que colgaban a los lados de su rostro como si fueran tirabuzones.

Shallan se sentó vacilante mientras la mujer hacía sonar una campanita bajo el mostrador. Al punto, un hombre grueso entró en la habitación vestido con un chaleco que parecía a punto de estallar

por la tensión de contener su masa corporal. Su pelo era gris, y mantenía las cejas peinadas hacia atrás, sobre las orejas.

—Ah —dijo, dando una palmada con sus manos enormes—, querida joven. ¿Vienes al mercado por una bonita novela? ¿Algo entretenido para pasar las crueles horas mientras estás separada de un amor perdido? ¿O tal vez un libro de geografía, con detalles de lugares exóticos?

Tenía un leve tono condescendiente y hablaba en su nativo veden.

—Yo…, no, gracias. Necesito un extenso grupo de libros de historia y tres de filosofía —trató de recordar los nombres que había citado Jasnah—. Algo de Placini, Gabrathin, Yustara, Manaline, o Shauka-hija-Hasweth.

—Pesadas lecturas para alguien tan joven —dijo el hombre, asintiéndole a la mujer, que probablemente era su esposa. Ella se metió en la habitación del fondo. La usaría para leer, aunque él supiera hacerlo no querría ofender a los clientes haciéndolo en su presencia. Manejaría el dinero: el comercio era un arte masculino en la mayoría de las situaciones.

—Bueno, ¿cómo es que una joven flor como tú se molesta con esos temas? —dijo el mercader, sentándose frente a ella—. ¿No puedo interesarte en una novela romántica? Son mi especialidad, ya ves. Las jóvenes de toda la ciudad acuden a mí, y siempre les ofrezco lo mejor.

Su tono la irritó. Ya era bastante molesto saber que era una niña protegida. ¿De verdad era necesario recordárselo?

—Una novela romántica —dijo, apretando el zurrón contra su pecho—. Sí, tal vez estaría bien. ¿Tienes por casualidad un ejemplar de *Más cerca de la llama*?

El mercader parpadeó. *Más cerca de la llama* estaba escrito desde el punto de vista de un hombre que se volvía loco lentamente después de ver a sus hijos morir de hambre.

—¿Estás segura de que quieres algo tan, ejem…, ambicioso? —preguntó el hombre.

—¿Es la ambición un atributo inadecuado para una joven?

—Bueno, no, supongo que no —sonrió de nuevo, la gruesa sonrisa dentuda de un mercader que intenta tranquilizar a alguien

—. Puedo ver que eres una mujer de gusto refinado.

—Lo soy —dio Shallan la voz firme, aunque su corazón martilleaba. ¿Es que iba a ponerse a discutir con todos los que conociera?—. Me gustan mis comidas preparadas con mucho cuidado, ya que mi paladar es muy delicado.

—Perdón. Quería decir que tienes un gusto exquisito con los libros.

—La verdad es que nunca me he comido ninguno.

—Brillante, creo que te estás burlando de mí.

—No, en realidad ni siquiera he empezado.

—Yo…

—Aunque haces bien al comparar la mente y el estómago.

—Pero…

—Demasiadas veces nos esforzamos mucho con lo que ingerimos por la boca, y mucho menos con lo que entra por nuestros ojos y oídos. ¿No te parece?

Él asintió, quizá porque no se fiaba de que lo dejara hablar sin interrumpirlo. En el fondo de su mente, Shallan sabía que se estaba permitiendo llegar demasiado lejos, que estaba tensa y frustrada tras sus encuentros con Jasnah.

No le importó en ese momento.

—Refinada —dijo, saboreando la palabra—. No estoy segura de estar de acuerdo. En el contexto, quieres decir que tengo prejuicios en contra de algo. Que soy exclusiva. ¿Puede una persona permitirse ser exclusiva con lo que ingiere? ¿Ya hablemos de comida o de pensamientos?

—Supongo que sí —dijo el mercader—. ¿No es eso lo que has dicho?

—He dicho que deberíamos pensar en lo que leemos o comemos. No que debiéramos ser exclusivos. Dime, ¿qué crees que le sucedería a una persona que solo comiera dulces?

—Lo sé bien —contestó el mercader—. Tengo una cuñada que periódicamente sufre problemas de estómago por eso.

—¿Ves? Es demasiado discriminadora. El cuerpo necesita muchas comidas diferentes para mantenerse sano. Y la mente necesita muchas ideas distintas para mantenerse aguda. ¿No estás de acuerdo? Si yo leyera solamente esos tontos romances que

presumes que pueden manejar mi ambición, mi mente enfermaría igual que el estómago de tu cuñada. Sí, creo que la metáfora es sólida. Eres muy sagaz, maese Artmyrn.

Él recuperó la sonrisa.

—Naturalmente —advirtió ella, sonriendo también—, que te hablen en tono paternalista trastorna la mente y el estómago. Muy amable por tu parte dar una lección dolorosa para acompañar tu brillante metáfora. ¿Tratas a todos tus clientes de esta forma?

—Brillante… Creo que te pierdes en el sarcasmo.

—Curioso. Yo creía que iba de cabeza, gritando con toda la fuerza de mis pulmones.

Él se ruborizó y se puso en pie.

—Voy a ayudar a mi esposa.

Se retiró rápidamente.

Ella permaneció sentada, y advirtió que estaba molesta consigo misma por dejar que su frustración estallara. Era aquello contra lo que la habían advertido sus amas. Una joven tenía que cuidar sus palabras. La lengua desatada de su padre le había ganado a su casa una reputación lamentable: ¿insistiría ella en lo mismo?

Se calmó, disfrutando del calor de la chimenea y contemplando el baile de los fuegospren hasta que el mercader y su esposa regresaron trayendo varios montones de libros. El mercader volvió a sentarse, su esposa acercó un taburete, colocó los tomos en el suelo y luego los fue mostrando uno a uno mientras su marido hablaba.

—De historia tenemos dos opciones —dijo el mercader, desaparecida la condescendencia…, y la amabilidad—. *Tiempos y tránsito*, de Rencalt, es un repaso en un solo volumen de la historia roshariana desde la Hierocracia.

Su esposa alzó un libro rojo, encuadernado en tela.

—Le dije a mi esposa que probablemente te sentirías insultada por una opción tan poco profunda, pero ella insistió.

—Gracias —dijo Shallan—. No me siento insultada, pero necesito algo más detallado.

—Entonces tal vez te sirva *Eternathis* —respondió el mercader mientras su esposa alzaba un conjunto gris azulado de cuatro volúmenes—. Es una obra filosófica que examina el mismo período concentrándose solo en las relaciones de los cinco reinos vorin.

Como puedes ver, el tratamiento es exhaustivo.

Los cuatro volúmenes eran gruesos. ¿Los «cinco» reinos vorin? Shallan creía que eran cuatro. Jah Keved, Alezkar, Kharbranth y Natanatan. Unidos por la religión, fueron fuertes aliados durante los años que siguieron a la Traición. ¿Qué era el quinto reino?

Los volúmenes la intrigaron.

—Me los llevaré.

—Excelente —dijo el mercader, y un poco de brillo volvió a sus ojos—. De las obras filosóficas que citaste, no tenemos nada de Yustara. Tenemos obras de Placini y Manaline: ambas son colecciones de extractos de sus escritos más famosos. He hecho que me lean el libro de Placini. Es bastante bueno.

Shallan asintió.

—En cuanto a Gabrathin, tenemos cuatro volúmenes distintos. ¡Sí que era prolífica! Oh, y tenemos un solo libro de Shauka-hija-Hasweth —la esposa alzó un fino volumen verde—. He de admitir que nunca he hecho que me lean ninguna de sus obras. No pensaba que hubiera ninguna filósofa shin de importancia.

Shallan miró los cuatro libros de Gabrathin. No tenía ni idea de cuál debería llevarse, así que evitó la cuestión, señalando las dos colecciones que había mencionado primero y el volumen único de Shauka-hija-Hasweth. ¿Una filósofa de la lejana Shin, donde la gente vivía en el barro y adoraba las rocas? El hombre que había matado al padre de Jasnah casi seis años antes, provocando la guerra contra los parshendi en Natanatan, era shin. El asesino de blanco, lo llamaban.

—Me llevaré esos tres, junto con las historias.

—¡Excelente! —repitió el mercader—. Por comprar tantos, te haré un buen descuento. Digamos ¿diez broams de esmeraldas?

Shallan estuvo a punto de atragantarse. Un broam de esmeralda era la denominación más alta de esfera y valía mil chips de diamante. ¡Diez era varias veces más de lo que había costado su viaje a Kharbranth!

Abrió su zurrón y miró en su monedero. Le quedaban unos ocho broams de esmeraldas. Obviamente, tendría que llevarse menos libros, ¿pero cuáles?

De repente, la puerta se abrió de golpe. Shallan dio un respingo

y se sorprendió al ver a Yalb allí de pie, con la gorra en las manos, nervioso. Corrió hacia ella y clavó una rodilla en tierra. Ella se quedó demasiado aturdida para decir nada. ¿Por qué estaba tan preocupado?

—Brillante —dijo, inclinando la cabeza—. Mi amo me ordena que regreses. Ha reconsiderado su ofrecimiento. En efecto, podemos aceptar el precio que ofreciste.

Shallan abrió la boca, pero estaba estupefacta.

Yalb miró al mercader.

—Brillante, no le compres nada a este hombre. Es un mentiroso y un tramposo. Mi amo te enviará libros mucho mejores a mejor precio.

—¿Pero qué es esto? —dijo Artmyrn, poniéndose en pie—. ¿Cómo te atreves? ¿Quién es tu amo?

—Barmest —dijo Yalb, a la defensiva.

—Esa rata. ¿Envía a un sirviente a mi establecimiento para intentar robarme a mi cliente? ¡Escandaloso!

—¡Vino a nuestra tienda primero! —dijo Yalb.

Shallan recuperó finalmente el entendimiento. «¡Padre Tormenta! ¡Sí que es todo un actor!»

—Tuviste tu oportunidad —le dijo a Yalb—. Corre y dile a tu amo que me niego a ser manipulada. Visitaré todas las librerías de la ciudad si es necesario, hasta que encuentre a alguien razonable.

—Artmyrn no es razonable —dijo Yalb, escupiendo a un lado.

Los ojos del mercader se abrieron como platos, llenos de ira.

—Ya veremos —dijo Shallan.

—Brillante —repuso Artmyrn, la cara roja—. ¡No creerás estas acusaciones!

—¿Y cuánto ibas a cobrarle? —preguntó Yalb.

—Diez broams de esmeraldas —dijo Shallan—. Por esos siete libros.

Yalb se echó a reír.

—¿Y no te levantaste y saliste por la puerta? ¡Prácticamente le tiraste de las orejas a mi amo, y te ofreció un trato mejor que eso! Por favor, brillante, vuelve conmigo. Estamos dispuestos a…

—Diez era solo una cifra de partida. No esperaba que la ofreciera —Artmyrn miró a Shallan—. Naturalmente, ocho…

Yalb volvió a reírse.

—Estoy seguro de que tenemos esos mismos libros, brillante. Apuesto a que mi amo te los ofrece por dos.

Artmyrn se puso aún más colorado, murmurando.

—¡Brillante, no irás a favorecer a alguien tan indigno como para enviar a un criado a la casa de otro mercader para que le robe sus clientes!

—Tal vez debería —dijo Shallan—. Al menos no ha insultado mi inteligencia.

La esposa de Artmyrn miró con mala cara a su marido, y el hombre se puso todavía más colorado.

—Dos esmeraldas, tres zafiros. Es lo más que puedo rebajar. Si los quieres más barato, cómpraselos a ese sinvergüenza de Barmest. Seguro que a los libros les faltan páginas.

Shallan vaciló, miró a Yalb. El estaba metido en su papel, la cabeza inclinada, rezongando. Lo miró a los ojos y él se encogió levemente de hombros.

—Lo aceptaré —le dijo a Artmyrn, provocando un gemido por parte de Yalb, que se marchó con una maldición de la esposa del mercader. Shallan se puso en pie y contó las esferas. Sacó de su monedero los broams de esmeraldas.

Poco después, salió de la tienda con una pesada bolsa de lona. Recorrió la calle vacía y encontró a Yalb holgazaneando junto a una farola. Le sonrió mientras le cogía la bolsa.

—¿Cómo sabes cuál es el precio justo de un libro? —preguntó ella.

—¿Precio justo? —dijo él, echándose la bolsa al hombro—. ¿Para un libro? No tengo ni idea. Tan solo pensé que intentaría cobrarte lo máximo que pudiera. Por eso pregunté quién era su mayor rival y volví para ayudarte a que fuera más razonable.

—¿Tan obvio era que me iba a dejar engañar? —preguntó ella, ruborizada, mientras los dos salían de la calleja.

Yalb se echó a reír.

—Un poquito. Engañar a hombres como él es casi tan divertido como engañar a los guardias. Probablemente podrías haber conseguido un precio aún mejor si te hubieras marchado conmigo y luego hubieras vuelto para darle otra oportunidad.

—Eso parece complicado.

—Los mercaderes son como mercenarios, decía siempre mi abuela. La única diferencia es que los mercaderes te arrancan la cabeza y luego pretenden ser tus amigos.

Esto lo decía un hombre que acababa de pasarse la tarde engañando a las cartas a un grupo de guardias.

—Bueno, te estoy muy agradecida.

—No es nada. Fue divertido, aunque no puedo creer que pagaras esa cantidad. Es solo un puñado de madera. Podría encontrar unas cuantas tablas y hacerle unas marcas divertidas. ¿Me pagarías esferas puras también por eso?

—No puedo ofrecer eso —dijo ella, rebuscando en su zurrón. Sacó el dibujo que había hecho de Yalb y el porteador—. Pero, por favor, acepta esto con mi agradecimiento.

Yalb cogió el dibujo y se colocó bajo una linterna cercana para verlo. Se echó a reír, ladeando la cabeza, sonriente de oreja a oreja.

—¡Padre Tormenta! ¿Pero qué es esto? Parece que me estoy mirando en una placa pulida, vaya que sí. ¡No puedo aceptar esto, brillante!

—Por favor. Insisto.

Sin embargo, parpadeó, tomando un recuerdo de él allí de pie, una mano en la barbilla mientras estudiaba el dibujo de sí mismo. Lo volvería a dibujar más tarde. Después de lo que había hecho por ella, lo quería en su colección. Yalb metió con cuidado el dibujo entre las páginas de un libro, y luego se echó la bolsa al hombro y continuaron caminando. Salieron a la calle principal. Nomon (la luna media) había empezado a salir, bañando la ciudad de una suave luz azul. Estar despierta hasta tan tarde había sido un raro privilegio para ella en la casa de su padre, pero en la ciudad la gente apenas parecía reparar en la hora. Qué lugar tan extraño era esta ciudad.

—¿Volvemos al barco? —preguntó Yalb.

—No —dijo Shallan, inspirando profundamente—. Vayamos al Cónclave.

Él alzó una ceja, pero la condujo de regreso. Una vez allí, se despidió de Yalb, recordándole que se llevara su dibujo. Él así lo hizo, deseándole suerte antes de marcharse a toda prisa, quizá

preocupado por encontrarse con los guardias a los que había engañado antes.

Shallan hizo que un sirviente llevara sus libros, y recorrió el pasillo de vuelta al Velo. Tras atravesar las ornadas puertas de hierro, llamó la atención de un maestro-siervo.

—¿Sí, brillante? —preguntó el hombre. La mayoría de los reservados de lectura estaban ahora apagados, y pacientes criados devolvían los libros a lugar seguro más allá de las paredes de cristal.

Sacudiéndose la fatiga, Shallan contó las filas. Todavía había luz en la salita de Jasnah.

—Me gustaría usar aquella sala de allí —dijo, señalando el balcón de al lado.

—¿Tienes un chit de admisión?

—Me temo que no.

—Entonces tendrás que alquilar el espacio si deseas usarlo regularmente. Dos marcocielos.

Con un respingo por el precio, Shallan rebuscó las esferas adecuadas y pagó. Sus monederos parecían deprimentemente más vacíos. Dejó que los porteros parshmenios la izaran hasta el nivel superior, y luego se acercó en silencio a la salita. Allí, usó todas las esferas restantes para llenar la enorme lámpara en forma de copa. Para conseguir suficiente luz, se vio obligada a usar esferas de los nueve colores y los tres tamaños, así que la iluminación era difusa y variada.

Shallan se asomó al balcón para ver el de al lado. Jasnah estaba sentada estudiando, ajena a la hora, su cuenco lleno hasta arriba de puros broams de diamantes. Eran lo mejor para iluminar, pero menos útiles para animar, así que no eran tan valiosos.

Shallan dio media vuelta. Había un lugar en el mismo filo de la mesa donde podía sentarse sin que la viera Jasnah, así que lo ocupó. Tal vez debería de haber elegido un reservado en otro nivel, pero quería vigilar a la mujer. Era de esperar que Jasnah se pasara semanas estudiando ahí. Tiempo suficiente para que Shallan se dedicara a memorizar ferozmente. Su habilidad para memorizar imágenes y escenas no funcionaba tan bien con los textos, pero podía aprender listas y hechos a un ritmo que resultaba notable para sus tutoras.

Se sentó, sacó los libros y los ordenó. Se frotó los ojos. Era muy tarde, pero no tenía tiempo que perder. Jasnah había dicho que podía hacerle otra solicitud cuando los huecos de su conocimiento estuvieran llenos. Bien, Shallan pretendía rellenarlos en tiempo récord, y luego volver a presentarse. Lo haría cuando Jasnah estuviera preparada para marcharse de Kharbranth.

Era un gesto desesperado, tan frágil que podría fracasar con cualquier circunstancia. Tras inspirar profundamente, Shallan abrió el primero de los libros de historia.

—Nunca voy a librarme de ti, ¿no? —preguntó una suave voz femenina.

Shallan se puso en pie de un salto y estuvo a punto de derribar sus libros cuando dio media vuelta hacia la puerta. Jasnah Kholin estaba allí, el vestido azul oscuro bordado de plata, su brillo de seda reflejando la luz de las esferas de Shallan. La animista estaba cubierta por un guante negro sin dedos para bloquear las brillantes gemas.

—Brillante —dijo Shallan, levantándose y haciendo una torpe reverencia a toda prisa—. No pretendía molestarte. Yo…

Jasnah la hizo callar con un gesto. Se hizo a un lado mientras un parshmenio entraba en la salita, portando una silla. La colocó junto a la mesa de Shallan, y Jasnah se acercó y se sentó.

Shallan trató de juzgar el estado de ánimo de Jasnah, pero las emociones de la otra mujer eran imposibles de descifrar.

—Sinceramente, no quería molestarte.

—Soborné a los sirvientes para que me avisaran si regresabas al Velo —dijo Jasnah como quien no quiere la cosa, cogiendo uno de los tomos de Shallan y leyendo el titulo—. No quería que volvieran a interrumpirme.

—Yo… —Shallan agachó la cabeza, ruborizándose profundamente.

—No te molestes en pedir disculpas —dijo Jasnah. Parecía cansada, más cansada de lo que se sentía Shallan. Repasó los libros —. Una buena selección. Elegiste bien.

—No fue decisión mía. Es lo que tenía el mercader.

—¿Pretendías estudiar su contenido rápidamente? —musitó Jasnah—. ¿Para tratar de impresionarme una última vez antes de

que me marche de Kharbranth?

Shallan vaciló, y luego asintió.

—Un plan astuto. Tendría que haber puesto una restricción temporal a tu nueva solicitud —miró a Shallan, valorándola—. Eres muy decidida. Eso es bueno. Y sé por qué deseas tan desesperadamente ser mi pupila.

Shallan se sobresaltó. ¿Lo sabía?

—Tu casa tiene muchos enemigos —continuó Jasnah—, y tu padre no se deja ver. Será difícil que te cases bien sin una alianza táctica estable.

Shallan se relajó, aunque trató de que no se le notara.

—Déjame ver tu zurrón.

Shallan frunció el ceño, resistiendo la urgencia de apretarlo contra su pecho.

—¿Brillante?

Jasnah extendió la mano.

—¿Recuerdas lo que dije sobre repetirme?

Reacia, Shallan lo entregó. Jasnah sacó con cuidado su contenido, alineando los pinceles, lápices, plumas, frascos de barniz, tinta, y disolvente. Colocó en fila los fajos de papel, los cuadernos y los dibujos terminados. Luego sacó los monederos de Shallan, advirtiendo que estaban vacíos. Miró la lámpara y contó su contenido. Alzó una ceja.

A continuación, empezó a repasar los dibujos. Primero, las hojas sueltas; se entretuvo con el que había hecho de ella. Shallan observó el rostro de la mujer. ¿Estaba complacida? ¿Sorprendida? ¿Insatisfecha por el tiempo que había pasado haciendo bocetos de marineros y criadas?

Por fin, Jasnah pasó al cuaderno de bocetos lleno de los dibujos de plantas y animales que Shallan había observado durante su viaje. Jasnah pasó más tiempo con esto, leyendo cada anotación.

—¿Por qué has hecho estos bocetos? —preguntó al final.

—¿Por qué, brillante? Bueno, porque quise.

Hizo una mueca. ¿Tendría que haber dicho algo profundo en cambio?

Jasnah asintió lentamente. Entonces se puso en pie.

—Tengo habitaciones en el Cónclave, concedidas por el rey.

Recoge tus cosas y ve allí. Pareces agotada.

—¿Brillante? —preguntó Shallan, levantándose, sintiendo un escalofrío de excitación.

Jasnah se detuvo en la puerta.

—En nuestro primer encuentro, te tomé por una oportunista rural que buscaba solo aprovechar mi nombre para conseguir riquezas.

—¿Has cambiado de opinión?

—No —dijo Jasnah—, indudablemente hay algo de eso en ti. Pero cada uno de nosotros es muchas personas diferentes, y se puede saber mucho de una persona por lo que lleva consigo. Si ese cuaderno es alguna indicación, buscas el saber en tu tiempo libre por su propio bien. Eso es positivo. Es, quizás, el mejor argumento que podías hacer a tu favor.

»Si no puedo librarme de ti, entonces tal vez pueda darte algún uso. Ve y duerme. Mañana empezaremos temprano, y dividirás tu tiempo entre tu educación y en ayudarme con mis estudios.

Con esas palabras, Jasnah se retiró.

Shallan se quedó allí sentada, asombrada, cansada y parpadeando. Sacó una hoja de papel y escribió una rápida plegaria de agradecimiento, que quemaría más tarde. Luego recogió a toda prisa sus libros y fue a buscar a un criado para que fuera al *Placer del Viento* a recoger su baúl.

Había sido un día muy, muy largo. Pero había ganado. El primer paso se había completado.

Ahora empezaba su verdadera tarea.



Chulls

Hay chulls por todas partes, naturalmente, y los hay de diversas formas y tamaños. Debe de haber más razas de las que suponía en un principio. Los he visto tirar de carros, cargar cajas, llevar ánforas de agua en alforjas en sus flancos.
Incluso vi a un hombre cabalgando un chull para trasladarse, aunque parece que caminar sería más rápido.

Los chulls no son tan pesados como parecen.

En los desiertos, las plantas crecen en las grietas y un chull dormido parece una piedra.

Al parecer las bestias no sufren daños si el caparazón se agrieta o se rompe. Algunas personas se stentan en lo alto para cabalgar, y muchos carros se enganchan a apliques perforados directamente en el caparazón!

Muchos de los conductores aquí en la costa dirigen a los animales golpeándoles en las antenas con un palo largo, en vez de usar una compleja brida de cuero como los trabajadores de mi padre.



«Diez personas, con espadas esquirladas encendidas, delante de una pared roja y blanca y negra.»

Recogido: Jesachev, año 1173,12 segundos antes de la muerte. Sujeto: uno de nuestros propios fervorosos, escuchado en sus últimos momentos.

Kaladin no había sido asignado al Puente Cuatro por casualidad. De todas las cuadrillas, la del Puente Cuatro era la que tenía mayor promedio de bajas. Eso era particularmente notable, considerando que las cuadrillas medias perdían de un tercio a la mitad de sus hombres en cada ocasión.

Kaladin estaba sentado al aire libre, la espalda apoyada en la pared del barracón, mojado por la llovizna. No era una alta tormenta. Solo una lluvia corriente de primavera. Suave. Una tímida prima de las grandes tormentas.

Syl estaba sentada en su hombro. O flotaba sobre él. Lo que fuera. No parecía tener peso. Kaladin estaba sentado con la barbilla contra el pecho, mirando un agujerito en la piedra que se llenaba lentamente de agua de lluvia.

Debería de haber entrado en el barracón del Puente Cuatro. Era frío y sin mueble alguno, pero lo protegería de la lluvia. Pero… no le importaba. ¿Cuánto tiempo llevaba ya en el Puente Cuatro? ¿Dos

semanas? ¿Tres? ¿Una eternidad?

De los veinticinco hombres que habían sobrevivido a su primera misión en el puente, veintitrés estaban ya muertos. Dos habían sido trasladados a otras cuadrillas porque habían hecho algo que satisfizo a Gaz, pero habían muerto allí. Solo quedaban otro hombre y Kaladin. Dos de casi cuarenta.

Las cuadrillas habían sido rellenadas con más desgraciados, y la mayoría habían muerto también. Habían sido sustituidos. Muchos de esos murieron. Se había elegido un jefe de puente tras otro, supuestamente un puesto favorecido, siempre con la posibilidad de correr en los mejores lugares. En el Puente Cuatro no importaba.

Algunas acciones con el puente no eran tan malas. Si los alezi llegaban antes que los parshendi, no moría ningún hombre de los puentes. Y si llegaban demasiado tarde, a veces otro alto príncipe estaba allí ya. Sadeas no ayudaba en ese caso; cogía su ejército y volvía al campamento. Incluso en una mala carrera, los parshendi a menudo elegían concentrar sus flechas en ciertas cuadrillas, tratando de abatir al completo de una sola vez. A veces caían docenas de hombres, pero ni uno solo del Puente Cuatro.

Eso era extraño. Por algún motivo, el Puente Cuatro siempre parecía ser el objetivo. Kaladin no se molestaba en aprender los nombres de sus compañeros. Ninguno de los hombres del puente lo hacía. ¿Qué sentido tenía? Aprende el nombre de un hombre, y uno de los dos estará muerto antes de que pase una semana. Las probabilidades eran que los dos estaríais muertos. Tal vez debería aprenderse los nombres. Así tendría a alguien con quien hablar en Condenación. Podrían recordar lo terrible que fue el Puente Cuatro, y coincidir con que los fuegos eternos eran mucho más agradables.

Sonrió aturdido, todavía contemplando la roca que tenía delante. Gaz vendría a por ellos pronto, para enviarlos a trabajar. Fregar letrinas, limpiar calles, vaciar establos, recoger piedras. Algo que mantuviera sus mentes apartadas de su destino.

Seguía sin saber por qué luchaban en esas violentas mesetas. Algo referido a aquellas grandes crisálidas. Tenían gemas en sus corazones, al parecer. ¿Pero qué tenía eso que ver con el Pacto de la Venganza?

Otro hombre de la cuadrilla, un joven veden de pelo rubio

rojizo, yacía cerca, mirando el cielo lluvioso. El agua se arremolinaba en las comisuras de sus ojos marrones y luego le corría por la cara. No parpadeaba.

No podían huir. El campamento de guerra bien podría haber sido una prisión. Los hombres de los puentes podían acudir a los mercaderes y gastar sus exiguas ganancias en vino barato o putas, pero no podían salir del campamento. El perímetro era inexpugnable. En parte, para impedir que entraran los soldados de los otros campamentos: siempre estallaba la rivalidad cuando se congregaban los ejércitos. Pero sobre todo para que los esclavos y hombres de los puentes no pudieran escapar.

¿Por qué? ¿Por qué tenía que ser todo esto tan horrible? Nada tenía sentido. ¿Por qué no dejar que unos cuantos hombres corrieran delante de los puentes con escudos para interceptar las flechas? Lo había preguntado, y le dijeron que eso los retrasaría demasiado. Volvió a preguntar, y le dijeron que lo colgarían si no cerraba la boca.

Los ojos claros actuaban como si todo este lío fuera una especie de juego grandioso. Si lo era, las reglas eran desconocidas por los hombres de los puentes, que solo eran piezas en un tablero del que no tenían ni idea de cuál podría ser la estrategia del jugador.

—¿Kaladin? —preguntó Syl, flotando hasta posarse en su pierna, manteniendo la forma de muchachita con el largo vestido fluyendo en la niebla—. ¿Kaladin? Llevas sin hablar varios días.

Él siguió sin decir nada, desplomado. Había una salida. Los hombres del puente podían visitar el abismo más cercano al campamento. Había reglas que lo prohibían, pero los centinelas las ignoraban. Se consideraba la única merced que podía concederse a los hombres de los puentes.

Los hombres que seguían ese camino no regresaban nunca.

—¿Kaladin? —dijo Syl, la voz suave, preocupada.

—Mi padre solía decir que hay dos tipos de gente en el mundo —susurró Kaladin, la voz rasposa—. Decía que estaban los que quitaban vidas. Y los que las salvaban.

Syl frunció el ceño, ladeando la cabeza. Este tipo de conversación la confundía: no era buena con las abstracciones.

—Pero yo pensaba que estaba equivocado, que había un tercer

tipo. Gente que mataba para salvar —sacudió la cabeza—. Fui un necio. Hay un tercer grupo, uno grande, pero no es el que yo pensaba.

—¿Qué grupo? —preguntó ella, sentándosele en la rodilla, el ceño fruncido.

—La gente que existe para que la salven o para que la maten. El grupo del medio. Los que no pueden hacer más que morir o ser protegidos. Las víctimas. Eso es todo lo que soy.

Contempló el aserradero mojado. Los carpinteros se habían retirado, cubriendo con lonas la madera sin tratar y llevándose las herramientas que podían oxidarse. Los barracones se extendían hasta las zonas norte y este del patio. El del Puente Cuatro estaba un poco apartado de los demás, como si la mala suerte fuera una enfermedad que pudiera contraerse. Contagio por proximidad, como diría el padre de Kaladin.

—Existimos para que nos maten —dijo Kaladin. Parpadeó y miró a los otros miembros del Puente Cuatro sentados apáticos bajo la lluvia—. Si no estamos muertos ya.

—Odio verte así —dijo Syl, zumbando alrededor de la cabeza de Kaladin mientras su cuadrilla arrastraba un tronco hasta el aserradero. Los parshendi a menudo pegaban fuego a los puentes permanentes más lejanos, así que los ingenieros y carpinteros del alto príncipe Sadeas siempre estaban ocupados.

El antiguo Kaladin podría haberse preguntado por qué los ejércitos no se esforzaban más por defender los puentes. «¡Aquí pasa algo raro!, dijo una voz en su interior. Te estás perdiendo parte del rompecabezas. Desperdician recursos y vidas. No parece importarles presionar y atacar a los parshendi. Solo libran escaramuzas en las llanuras, y luego vuelven a los campamentos y lo celebran. ¿Por qué? ¿POR QUÉ?»

Ignoró esa voz. Pertenecía al hombre que un día había sido.

—Antes eras vibrante —dijo Syl—. Muchos se fijaban en ti, Kaladin. Tu pelotón de soldados. Los enemigos con los que luchabas. Los otros esclavos. Incluso algunos ojos claros.

Pronto llegaría el almuerzo. Entonces podría dormir hasta que el jefe del puente lo despertara a patadas para el trabajo de la tarde.

—Yo te observaba pelear —dijo Syl—. Apenas lo recuerdo. Mis recuerdos de entonces son difusos. Como mirarte a través de un aguacero.

Espera. Eso era extraño. Syl no había empezado a seguirlo hasta después de su caída del ejército. Y ella había actuado entonces como cualquier vientospren corriente. Vaciló, ganándose una maldición y un latigazo del capataz.

Empezó a tirar de nuevo. Los hombres del puente que se retrasaban en el trabajo eran azotados, y los que eran torpes en las carreras, ejecutados. El ejército era muy riguroso en ese aspecto. Niégate a atacar a los parshendi, intenta retrasarte tras los otros puentes, y te decapitan. De hecho, reservaban ese destino para ese delito concreto.

Había un montón de formas de ser castigado. Podías ganar trabajo de más, ser azotado, perder tu paga. Si hacías algo realmente malo, te entregaban al juicio de Padre Tormenta, dejándote atado a un poste o una pared durante una alta tormenta. Pero lo único que podías hacer para ser ejecutado directamente era negarte a correr hacia los parshendi.

El mensaje estaba claro. Atacar con tu puente podía matarte, pero negarte a hacerlo te mataría.

Kaladin y su cuadrilla alzaron el tronco en una pila junto con los demás, y luego soltaron sus cuerdas. Regresaron a la entrada del aserradero, donde esperaban más leños.

—¡Gaz! —llamó una voz. Un soldado alto de pelo amarillo y negro esperaba al borde de los terrenos de los puentes, con un grupo de hombres de aspecto miserable acurrucados tras él. Era Laresh, uno de los soldados que cumplía servicio en las tiendas. Traía nuevos hombres para sustituir a aquellos que habían muerto.

El día era brillante, sin rastro de nubes, y el sol caía con fuerza sobre la espalda de Kaladin. Gaz se acercó a recibir a los nuevos reclutas, y Kaladin y los demás estaban casualmente allí para recoger un leño.

—Qué grupo tan patético —dijo Gaz, examinando a los reclutas —. Naturalmente, si no lo fueran, no los enviarían aquí.

—Esa es la verdad —convino Laresh—. Esos diez de ahí delante fueron sorprendidos robando. Ya sabes qué hacer.

Constantemente eran necesarios hombres nuevos en los puentes, pero siempre había cuerpos suficientes. Los esclavos eran comunes, pero también lo eran los ladrones y otros delincuentes de entre los seguidores del campamento. Nunca parshmenios. Eran demasiado valiosos, y además, los parshendi eran una especie de primos de los parshmenios. Era mejor que los trabajadores parshmenios del campamento no vieran a los suyos luchando.

A veces un soldado acababa en la cuadrilla de un puente. Eso solo sucedía si había hecho algo extremadamente malo, como golpear a un oficial. Actos que acabarían colgando a un hombre en muchos ejércitos aquí se traducían en enviarlo a las cuadrillas de los puentes. En teoría, si sobrevivían a cien carreras con los puentes, los liberaban. Las historias decían que había sucedido una o dos veces. Probablemente era solo un mito para darle a los hombres de los puentes una diminuta esperanza de sobrevivir.

Kaladin y los demás pasaron ante los recién llegados, con las miradas gachas, y empezaron a atar sus cuerdas al siguiente tronco.

—El Puente Cuatro necesita algunos hombres —dijo Gaz, frotándose la barbilla.

—El Cuatro siempre necesita hombres —replicó Laresh—. No te preocupes. He traído una hornada especial.

Señaló con la cabeza a un segundo grupo de reclutas, mucho más desharrapado, que caminaba detrás.

Kaladin se irguió lentamente. Uno de los prisioneros de ese grupo era un muchacho de apenas catorce o quince años. Bajo, delgado, de cara redonda.

—¿Tien? —susurró, dando un paso adelante.

Se detuvo, sacudiéndose. Tien estaba muerto. Pero este recién llegado parecía tan familiar, con aquellos ojos negros asustados… Su presencia hizo que Kaladin quisiera protegerlo. Escudarlo.

Pero…, había fracasado. Todo el mundo que había intentado proteger, desde Tien hasta Cenn, había acabado muerto. ¿Qué sentido tenía?

Siguió arrastrando el tronco.

—Kaladin —dijo Syl, posándose—. Voy a dejarte.

Él parpadeó asombrado. Syl. ¿Dejarlo? Pero…, ella era lo único que le quedaba.

—No —susurró. Más pareció un graznido.

—Intentaré volver —dijo ella—. Pero no sé qué sucederá cuando te deje. Las cosas son extrañas. Tengo recuerdos raros. No, la mayoría no son ni siquiera recuerdos. Instintos. Uno de esos me dice que, si te dejo, puedo perderme.

—Entonces no te vayas —dijo él, cada vez más aterrado.

—Tengo que irme —dijo ella, rebulléndose—. No puedo seguir viendo esto. Intentaré regresar —parecía apenada—. Adiós.

Y con eso se perdió en el aire, adoptando la forma de un diminuto grupo de hojas transparentes que daban vueltas.

Kaladin la vio marchar, anonadado.

Luego volvió a tirar del tronco. ¿Qué más podía hacer?

El joven que le recordaba a Tien murió durante la siguiente carrera del puente.

Fue duro. Los parshendi estaban en posición, esperando a Sadeas. Kaladin corrió hacia el abismo, sin pestañear siquiera mientras los hombres eran masacrados a su alrededor. Lo que lo impulsaba no era valentía, ni siquiera el deseo de que aquellas flechas lo alcanzaran y le pusieran fin a todo. Corría. Era lo único que hacía. Como un peñasco que cae por una colina, o como caía la lluvia del cielo. Ni los peñascos ni la lluvia tenían elección. Él tampoco. No era un hombre, sino una cosa, y las cosas hacían solo lo que hacían.

Los hombres tendían puentes en una tensa línea. Cuatro cuadrillas habían caído. El grupo de Kaladin había perdido tantos miembros que casi se había detenido.

Colocado el puente, Kaladin se volvió, mientras el ejército lo atravesaba para iniciar la verdadera batalla. Regresó dando tumbos por la meseta. Después de unos instantes, encontró lo que estaba buscando. El cadáver del muchacho.

Kaladin se quedó allí de pie, el viento azotándole el pelo, contemplando el cuerpo. Yacía boca arriba en un pequeño hueco en la piedra. Kaladin recordó haber yacido en un hueco similar, abrazando a un cadáver similar.

Otro compañero había caído cerca, agujereado a flechazos. Era el hombre que había sobrevivido a la primera carga de Kaladin hacía todas aquellas semanas. Su cuerpo estaba tendido a un lado,

sobre un macizo rocoso a un palmo del cadáver del muchacho. La sangre manaba de la punta de una flecha que le asomaba por la espalda. Caía, gota a gota, salpicando el ojo abierto y sin vida del chico. Un pequeño rastro rojo caía del ojo a un lado de su cara. Como lágrimas carmesí.

Esa noche, Kaladin se acurrucó en el barracón, escuchando una alta tormenta sacudir las paredes. Se apretujó contra la fría piedra. Los truenos quebraban el cielo.

«No puedo seguir así. Estoy tan muerto por dentro como si me hubieran atravesado con una lanza el cuello.»

La tormenta continuó con su furia. Y por primera vez en un año, Kaladin se encontró llorando.



NUEVE AÑOS ANTES

Kal irrumpió en el quirófano, donde la puerta abierta dejó entrar la brillante y blanca luz del sol. A los diez años de edad, ya mostraba indicios de que sería alto y desgarbado. Siempre había preferido que lo llamaran Kal a su nombre completo, Kaladin. El diminutivo hacía que se relacionara mejor. Kaladin sonaba a nombre de ojos claros.

—Lo siento, padre —dijo.

Lirin, el padre de Kal, tensó con cuidado la correa en torno al brazo de la joven atada a la mesa de operaciones. Tenía los ojos cerrados ya: Kal se había perdido la administración de la droga.

—Discutiremos luego tu tardanza —dijo Lirin, asegurando la otra mano de la mujer—. Cierra la puerta.

Kal se estremeció y cerró la puerta. Las ventanas estaban oscuras, los postigos firmemente en su sitio, y por eso la única luz era la que procedía de la luz tormentosa que brillaba en un gran globo lleno de esferas. Cada una de esas esferas era un broam, en total una suma increíble en préstamo permanente del terrateniente de Piedralar. Las linternas fluctuaban, pero la luz tormentosa siempre era continua. El padre de Kal decía que eso podía salvar vidas.

Kal se acercó a la mesa, ansioso. La joven, Sani, tenía el pelo negro brillante, sin un solo mechón de marrón o rubio. Tenía quince años, y su mano libre estaba envuelta en un vendaje harapiento y

ensangrentado. Kal hizo una mueca al ver el torpe vendaje: parecía como si hubieran arrancado la tela de la camisa de alguien y la hubieran atado a toda prisa.

Sani volvió la cabeza hacia un lado, y murmuró algo, drogada. Solo vestía una muda blanca de algodón, su mano segura expuesta. Los chicos mayores del pueblo alardeaban de las oportunidades que habían tenido (o que decían haber tenido) de ver a las chicas en ropa interior, pero Kal no comprendía por qué tanto alboroto. Sin embargo, le preocupaba Sani. Siempre se preocupaba cuando alguien estaba herido.

Por fortuna, la herida no parecía grave. Si hubiera amenazado su vida, el padre de Kal ya habría empezado a trabajar en ella, usando a su madre, Hesina, como ayudante.

Lirin se dirigió a un lado de la sala y recogió unos cuantos frasquitos de contenido claro. Era un hombre bajo, calvo a pesar de su relativa juventud. Llevaba puestas sus gafas, que consideraba el regalo más precioso que le habían hecho jamás. Rara vez se las quitaba excepto para operar, ya que eran demasiado valiosas para arriesgarse a romperlas. ¿Y si se arañaban o se caían? Piedralar era una población grande, pero su remoto emplazamiento al norte de Alethar haría difícil reemplazar las gafas.

La sala estaba limpia, los estantes y la mesa lavados cada mañana, todo en su sitio. Lirin decía que podía saberse mucho de un hombre por cómo mantenía su lugar de trabajo. ¿Estaba revuelto u ordenado? ¿Respetaba sus herramientas o las dejaba por cualquier parte? El único reloj fabrial de la ciudad estaba aquí, en la encimera. El pequeño aparato tenía un único dial en el centro y una brillante gema en el corazón: había que infundirlo para que diera la hora. A nadie más en la ciudad le preocupaban los minutos y las horas como a Lirin.

Kal acercó un taburete para ver mejor. Pronto no lo necesitaría: se hacía más alto día a día. Inspeccionó la mano de Sani. «Está bien —se dijo, como su padre le había instruido—: Un cirujano tiene que conservar la calma. La preocupación tan solo malgasta tiempo.»

Era difícil seguir ese consejo.

—Manos —dijo Lirin, sin dejar de recoger sus instrumentos. Kal suspiró, se bajó de un salto del taburete y corrió a la bacina de agua

jabonosa y caliente que había junto a la puerta.

—¿Por qué importa? —quería estar trabajando, ayudar a Sani.

—La sabiduría de los Heraldos —dijo Lirin, ausente, repitiendo una lección que había dado muchas veces antes—. Los muertespren y los putrispren odian el agua. Los mantendrá alejados.

—Hammie dice que es una tontería —repuso Kal—. Dice que los muertespren son muy buenos matando gente, ¿así que por qué deben tenerle miedo a un poco de agua?

—Los Heraldos fueron sabios más allá de nuestra comprensión.

Kal hizo una mueca.

—Pero son demonios, padre. Se lo oí decir a ese fervoroso que vino a predicar la primavera pasada.

—Hablaba de los Radiantes —dijo Lirin bruscamente—. Vuelves a confundirlos.

Kal suspiró.

—Los Heraldos fueron enviados para enseñar a la humanidad —explicó Lirin—. Nos guiaron contra los Vaciadores después de que fuéramos expulsados del cielo. Los Radiantes eran la orden de caballeros que fundaron.

—Que eran demonios.

—Que nos traicionaron cuando los Heraldos se marcharon —Lirin alzó un dedo—. No eran demonios, solo eran hombres que tenían demasiado poder e insuficiente sentido común. Sea como fuere, siempre tienes que lavarte las manos. Puedes ver con tus propios ojos el efecto que tiene en los putrispren, aunque los muertespren no puedan verse.

Kal volvió a suspirar, pero hizo lo que le decían. Lirin se acercó de nuevo a la mesa, con una bandeja llena de cuchillas y frasquitos de cristal. Su conducta era extraña; aunque se aseguraba de que su hijo no confundiera a los Heraldos con los Radiantes Perdidos, Kal había oído decir a su padre que creía que los Vaciadores no eran reales. Ridículo. ¿A quién más podía echársele la culpa cuando las cosas se perdían de noche, o cuando una cosecha se infectaba con gusanos cavadores?

En el pueblo pensaban que Lirin pasaba demasiado tiempo con libros y gente enferma, y eso hacía que fuera un tipo extraño. Se sentían incómodos con él, y con Kal por asociación. Kal apenas

empezaba a darse cuenta del dolor que podía causar el ser diferente.

Lavadas las manos, se sentó de nuevo en el taburete. Empezó a sentirse nervioso otra vez, esperando que nada saliera mal. Su padre usó un espejo para ajustar las luces de las esferas sobre la mano de Sani. Con cuidado, cortó la venda improvisada con una cuchilla de cirujano. La herida no amenazaba la vida de la chica, pero la mano estaba muy afectada. Cuando su padre empezó a entrenar a Kal dos años antes, cosas como esta lo hacían sentirse mareado. Ahora ya estaba acostumbrado a la carne desgarrada.

Eso era bueno. Kal imaginaba que le resultaría útil cuando fuera a la guerra algún día, a luchar por su alto príncipe y los ojos claros.

Sani tenía tres dedos rotos y la piel de la mano arañada, y levantada la herida manchada de palos y tierra. El dedo tercero era el peor, quebrado y retorcido, con astillas de hueso asomando a través de la piel. Kal lo palpó, sintiendo los huesos fracturados, la negrura de la piel. Limpió con cuidado la sangre seca y la tierra con un paño húmedo, retirando las piedrecillas y los palos mientras su padre cortaba hilo para coser.

—Tendrá que perder el tercer dedo, ¿verdad? —dijo Kal, atando un vendaje a la base del dedo para impedir que sangrara.

Su padre asintió, con un atisbo de sonrisa en el rostro. Esperaba que Kal se diera cuenta de eso. Lirin decía a menudo que un cirujano sabio debe saber qué quitar y qué salvar. Si ese dedo hubiera sido tratado adecuadamente al principio…, pero no, no se podía recuperar. Volver a coserlo significaría dejarlo para que se infectara.

Su padre se encargó de la amputación. Tenía unas manos cuidadosas, precisas. La formación de cirujano duraba diez años, y aún faltaba algún tiempo para que Lirin dejara a Kal empuñar la cuchilla. Mientras tanto, Kal limpiaba la sangre, le entregaba las cuchillas a su padre, y sujetaba el tendón para impedir que se moviera mientras su padre serraba. Repararon la mano hasta donde pudieron, trabajando con deliberada velocidad.

El padre de Kal terminó la sutura final, obviamente satisfecho por haber podido salvar cuatro dedos. No lo verían así los padres de Sani. Se sentirían decepcionados porque su hermosa hija tendría

ahora una mano desfigurada. Casi siempre sucedía así: terror ante la herida inicial, luego furia por la incapacidad de Lirin para hacer milagros. Lirin decía que era porque la gente del pueblo se había acostumbrado a tener un cirujano. Para ellos, la cura se había convertido en la normalidad, en vez de en un privilegio.

Pero los padres de Sani eran buena gente. Harían una pequeña donación, y la familia de Kal (sus padres, él y su hermano menor, Tien) podrían continuar comiendo. Era extraño que sobrevivieran gracias a las desgracias de otros. Tal vez era parte de lo que hacía que la gente de la ciudad los mirara con mala cara.

Lirin terminó usando una pequeña vara calentada para cauterizar los lugares donde consideraba que los puntos de sutura no serían suficientes. Finalmente, extendió un fuerte aceite de listre sobre la mano para impedir que se infectara: el aceite espantaba a los putrispren aún mejor que el jabón y el agua. Kal colocó vendas nuevas, cuidando de no molestar las tablillas.

Lirin tiró el dedo, y Kal empezó a relajarse. Sani se pondría bien.

—Todavía tienes que trabajar esos nervios, hijo —dijo Lirin en voz baja, lavándose la sangre de las manos.

Kal agachó la cabeza.

—Es bueno preocuparse —dijo Lirin—. Pero la preocupación, como todo lo demás, puede ser un problema si interfiere con tu habilidad para operar.

«¿Preocuparse demasiado puede ser un problema? —pensó Kal—. ¿Y qué hay de sentirse tan desprendido que nunca cobras por tu trabajo?» No se atrevió a decirlo en voz alta.

Limpiar la habitación era lo siguiente. A Kal le parecía que se pasaba media vida limpiando, pero Lirin no lo dejaría marchar hasta que no hubiera terminado. Al menos abrió los postigos y dejó que entrara la luz. Sani continuaba dormida: la hierba de invierno la mantendría todavía inconsciente durante unas horas.

—¿Dónde estabas, por cierto? —preguntó Lirin, los frascos de alcohol y aceite tintineando mientras los devolvía a su sitio.

—Con Jam.

—Jam es dos años mayor que tú. Dudo que le guste pasarse el tiempo con alguien que es mucho más joven que él.

—Su padre empezó a entrenarlo con la lanza —dijo Kal

apresuradamente—. Tien y yo fuimos a ver qué ha aprendido.

Kal se preparó para recibir una reprimenda.

Su padre continuó limpiando cada una de las cuchillas de cirujano con alcohol, y luego con aceite, como dictaban las antiguas tradiciones. No se volvió hacia Kal.

—El padre de Jam era soldado en el ejército del brillante señor Amaram —dijo Kal, vacilante. ¡El brillante señor Amaram! El noble general ojos claros que custodiaba el norte de Alezkar. Kal deseaba con todas sus ganas ver un ojos claros de verdad, no al viejo Wistiow. Un soldado, según decía todo el mundo, como contaban las historias.

—Sé lo del padre de Jam —dijo Lirin—. He tenido que operar esa pierna coja suya tres veces ya. Un regalo de su gloriosa época de soldado.

—Necesitamos a los soldados, padre. ¿Prefieres que los thayleños violen nuestras fronteras?

—Thaylenah es un reino isla —dijo Lirin tranquilamente—. No comparten frontera con nosotros.

—¡Bueno, pero podrían atacarnos por mar!

—Solo son mercaderes y comerciantes en su mayor parte. Todos los que he conocido han tratado de engañarme, pero no es lo mismo que invadir.

A todos los niños les gustaba contar historias de lugares lejanos. Era difícil recordar que el padre de Kal (el único hombre de segundo *nahn* en la ciudad) había recorrido todo Kharbranth durante su juventud.

—Bueno, luchamos contra alguien —continuó Kal, disponiéndose a fregar el suelo.

—Sí —dijo su padre tras una pausa—. El rey Gavilar siempre nos encuentra gente para luchar. Eso sí es verdad.

—Entonces necesitamos soldados, como dije.

—Más necesitamos cirujanos —Lirin suspiró con fuerza, apartándose de su armario—. Hijo, casi lloras cada vez que nos traen a alguien; aprietas los dientes ansiosamente incluso durante las intervenciones más sencillas. ¿Qué te hace pensar que serías capaz de hacerle daño a alguien?

—Me haré más fuerte.

—Eso es una tontería. ¿Quién te ha metido esas ideas en la cabeza? ¿Por qué quieres aprender a lastimar a otros niños con un palo?

—Por honor, padre —dijo Kal—. ¿Quién cuenta historias de cirujanos, por el amor de los Heraldos?

—Los hijos de los hombres y mujeres cuyas vidas salvamos —dijo Lirin tranquilamente, mirando a Kal a los ojos—. Ellos cuentan historias de cirujanos.

Kal se ruborizó y se amilanó, hasta que volvió a fregar el suelo.

—Hay dos tipos de personas en el mundo, hijo —dijo su padre severamente—. Los que salvan vidas. Y los que las quitan.

—¿Y los que protegen y defienden? ¿Los que salvan vidas quitando vidas?

Su padre bufó.

—Eso es como intentar detener una tormenta soplando más fuerte. Ridículo. No se puede proteger matando.

Kal siguió frotando.

Finalmente, su padre suspiró, se acercó y se arrodilló junto a él, y lo ayudó a fregar.

—¿Cuáles son las propiedades de la hierba de invierno?

—Tiene un sabor amargo —dijo Kal inmediatamente—, lo que hace más seguro guardarla, ya que la gente no se la comerá por accidente. Aplástala hasta convertirla en polvo, mézclala con aceite, usa una cucharadita por cada diez pesos de la persona que vas a drogar. Produce un sueño profundo durante unas cinco horas.

—¿Y cómo puedes saber si alguien tiene la temblequera?

—Energía nerviosa —dijo Kal—, sed, problemas para dormir e hinchazón en los sobacos.

—Tienes buena cabeza, hijo —dijo Lirin en voz baja—. Yo tardé años en aprender lo que tú has aprendido en unos meses. He estado ahorrando. Me gustaría enviarte a Kharbranth cuando cumplas dieciséis años, para que te formes con cirujanos auténticos.

Kal sintió una punzada de emoción. ¿Kharbranth? ¡Eso era un reino distinto! Su padre había viajado por allí como correo, pero no se había formado como cirujano en aquel lugar. Lo había aprendido del viejo Vathe en Shorse, la población más cercana.

—Tienes un don concedido por los Heraldos mismos —dijo Lirin, apoyando una mano en su hombro—. Podrías ser diez veces el cirujano que yo soy. No sueñes los sueños pequeños de los demás hombres. Nuestros abuelos nos consiguieron el segundo *nahn* para que pudiéramos tener ciudadanía plena y el derecho a viajar. No desperdicies eso matando.

Kal vaciló, pero acabó por asentir.



«Tres de dieciséis gobernaban, pero ahora el Roto reina.»

Recogido: Chacharían, año 1173, 84 segundos antes de la muerte. Sujeto: un ladronzuelo con la enfermedad consumidora, de ascendencia iraili parcial.

La alta tormenta acabó por remitir. Era el atardecer del día en que murió el muchacho, el día en que Syl lo dejó. Kaladin se puso las sandalias (las mismas que le había cogido al hombre del rostro correoso el primer día) y se levantó. Caminó por el abarrotado barracón.

No había camas, solo una fina manta por persona. Había que elegir si utilizarla como colchón o para abrigarte. Podías congelarte o podías acabar dolorido. Esas eran las opciones, aunque varios de los hombres de los puentes habían encontrado un tercer uso para las mantas. Se envolvían con ellas las cabezas, como para bloquear la vista, el sonido y el olor. Para ocultarse del mundo.

El mundo los encontraba de todas formas. Sabía jugar a esa clase de juegos.

La lluvia caía copiosamente en el exterior, el viento arreciaba todavía. Los relámpagos iluminaban el horizonte occidental, donde el centro de la tormenta continuaba su avance. Faltaba una hora para que llegaran los coletazos, y era tan temprano que nadie

quería salir a la tormenta.

Bueno, nadie quería salir a ninguna tormenta. Pero era lo más temprano que se podía salir y sentirse a salvo. Los relámpagos habían pasado, los vientos eran soportables.

Atravesó el oscuro aserradero, encogido para protegerse del viento. Las ramas yacían dispersas como huesos en el cubil de un espina-blanca. Las hojas estaban aplastadas por la lluvia contra los ásperos lados de los barracones. Kaladin chapoteó en los charcos que helaron y entumecieron sus pies. Le sentó bien: todavía los tenía doloridos de la última carga del puente.

Oleadas de lluvia helada lo asaltaron, mojando su pelo, corriendo por su cara y su hirsuta barba. Odiaba tener barba, sobre todo la forma en que los pelos le picaban en la comisura de la boca. Las barbas eran como los cachorros de sabueso-hacha. Los niños sueñan con el día en que pueden tener uno, sin advertir lo molestos que pueden llegar a ser.

—¿Vas a dar un paseo, alteza? —dijo una voz.

Kaladin alzó la cabeza y encontró a Gaz acurrucado en un hueco entre dos barracones. ¿Por qué estaba aquí fuera, bajo la lluvia?

Ah. Gaz había sujetado una pequeña cesta de metal en la pared de uno de los barracones, y una suave luz surgía del interior. Había dejado sus esferas a la tormenta, y había salido temprano para recuperarlas.

Era un riesgo. Incluso una cesta cubierta podía soltarse. Algunas personas creían que las sombras de los Radiantes Perdidos acechaban las tormentas, robando esferas. Tal vez era cierto. Pero durante el tiempo que había pasado en el ejército, Kaladin había conocido a más de un hombre que había resultado herido al salir a buscar esferas durante una tormenta. Sin duda esa superstición había que achacarla a la experiencia de los ladrones.

Había formas más fáciles de infundir esferas. Los prestamistas cambiaban esferas opacas por otras infundidas, o podías pagarles para que infundieran las tuyas en uno de sus nidos bien protegidos.

—¿Qué estás haciendo? —exigió Gaz. El hombre bajo y tuerto se llevó la cesta al pecho—. Haré que te cuelguen si has robado las esferas de alguien. —Kaladin se apartó de él—. ¡Ojalá te caiga encima la tormenta! ¡Haré que te cuelguen de todas formas! No

creas que puedes escapar: sigue habiendo centinelas. Te…

—Voy al Abismo del Honor —dijo Kaladin en voz baja. Su voz apenas era audible por encima de la tormenta.

Gaz se calló. El Abismo del Honor. Bajó su cesta de metal y no puso más objeciones. Los hombres que tomaban ese camino recibían cierta deferencia.

Kaladin continuó cruzando el patio.

—Alteza —llamó Gaz.

Kaladin se volvió.

—Deja las sandalias y el chaleco. No quiero tener que enviar a alguien allá abajo a recuperarlos.

Kaladin se quitó el chaleco y lo dejó caer al suelo mojado, y luego abandonó las sandalias en un charco. Se quedó con una camisa sucia y unos tiesos pantalones marrones, ambos tomados de un muerto.

Kaladin se dirigió a la zona este del aserradero. Los truenos rugían al oeste. El camino que conducía a las Llanuras Quebradas le resultaba ya familiar. Lo había recorrido una docena de veces con las cuadrillas del puente. No había batalla todos los días (quizás una cada dos o tres), y no muchas cuadrillas tenían que cargar siempre. Pero muchas de las cargas eran tan agotadoras, tan horribles, que dejaban a los hombres aturdidos, casi sin respuesta, durante los días siguientes.

Muchos hombres tenían problemas para tomar decisiones. Lo mismo sucedía a los que sorprendía la batalla. Kaladin sentía esos efectos también. Incluso decidir venir al abismo había sido difícil.

Pero los ojos ensangrentados de aquel muchacho sin nombre lo acosaban. No estaba dispuesto a soportar de nuevo una cosa igual. No podía.

Llegó a la base de la pendiente, la lluvia impulsada por el viento salpicándole la cara como si intentara empujarlo de vuelta al campamento. Continuó, hasta acercarse al abismo más cercano. El Abismo del Honor, lo llamaban los hombres de los puentes, pues era el lugar donde podían tomar la única decisión que les quedaba. La decisión «honorable». La muerte.

Estos abismos no eran naturales. Este empezaba estrecho, pero a medida que se extendía hacia el este, se volvía más ancho, y más

profundo, de manera increíblemente rápida. Con solo tres metros de largo, la grieta era lo bastante amplia para que fuera difícil saltar. Un grupo de seis escalas de cuerda con peldaños de madera, clavada a la roca, era utilizado por los hombres enviados a saquear las pertenencias de los cadáveres que habían caído a los abismos durante las cargas.

Kaladin contempló las llanuras. No podía ver gran cosa a través de la oscuridad y la lluvia. No, este lugar no era natural. Habían roto la tierra. Y ahora la tierra rompía a la gente que venía a ella. Kaladin dejó atrás las escalas, un poco más allá del borde del abismo. Entonces se sentó, las piernas colgando del borde, mirando hacia abajo mientras la lluvia caía a su alrededor y las gotas se zambullían en las oscuras profundidades.

A ambos lados, los cremlinos más aventureros habían dejado ya sus cubiles y correteaban alimentándose de las plantas que lamían el agua de lluvia. Lirin le había explicado una vez que las lluvias de las altas tormentas eran ricas en nutrientes. Los guardatormentas de Kholinar y Vedenar habían demostrado que las plantas a las que se suministraba agua de tormenta se desarrollaban más que las que recibían agua de lagos o ríos. ¿Cómo era que a los científicos les entusiasmara tanto descubrir hechos que los granjeros conocían desde hacía generaciones y generaciones?

Kaladin contempló las gotas de agua que caían hacia el olvido en la grieta. Pequeñas saltadoras suicidas. Miles y miles de ellas. Millones y millones. ¿Quién sabía qué les esperaba en la oscuridad? No se podía ver, no se podía saber, hasta que te unieras a ellas. Saltar al vacío y dejar que el viento te empujara hacia abajo…

—Tenías razón, padre —susurró Kaladin—. No se puede detener una tormenta soplando más fuerte. No se puede salvar a los hombres matando a otros. Todos tendríamos que convertirnos en cirujanos. Hasta el último de nosotros…

Estaba farfullando. Pero, extrañamente, su mente parecía más despejada ahora que en las últimas semanas. Tal vez era la claridad de la perspectiva. La mayoría de los hombres se pasaban toda la vida preguntándose por el futuro. Bueno, ese futuro estaba ahora vacío. Así que se volvió hacia el pasado, y pensó en su padre, pensó en Tien, en sus decisiones.

Antaño, su vida había parecido sencilla. Eso fue antes de perder a su hermano, antes de haber sido traicionado en el ejército de Amaram. ¿Volvería Kaladin a aquellos días inocentes, si pudiera? ¿Preferiría fingir que todo era sencillo?

No. No había tenido una caída sencilla, como esas gotas. Se había ganado sus cicatrices. Había rebotado en las paredes, se había golpeado la cara y las manos. Había matado a hombres inocentes por accidente. Había caminado junto a personas que tenían corazones como carbones ennegrecidos, adorándolas. Había caído y escalado y caído y caminado a trompicones.

Y ahora estaba aquí. Al final de todo. Comprendiendo mucho más, pero de algún modo sin sentirse más sabio. Se puso en pie en el borde del abismo, y pudo sentir la decepción de su padre flotando a su alrededor, igual que los truenos en las alturas.

Puso un pie en el vacío.

—¡Kaladin!

Se detuvo al oír la voz suave pero penetrante. Una forma transparente flotaba en el aire, acercándose a través de la lluvia cada vez más débil. La figura avanzó, luego se hundió, después volvió a elevarse, como si llevara algo pesado. Kaladin retiró el pie y extendió la mano. Syl se posó en ella sin más ceremonias, con forma de anguila aérea que llevaba algo oscuro en la boca.

Cambió a la forma familiar de la mujer joven, el vestido aleteando entre sus piernas. En los brazos tenía una estrecha hoja verde oscuro con una punta dividida en tres. Acónito negro.

—¿Qué es esto? —preguntó Kaladin.

Ella parecía agotada.

—¡Estas cosas pesan! —Alzó la hoja—. ¡La traje para ti!

Él cogió la hoja con dos dedos. Acónito negro. Veneno.

—¿Por qué me traes esto? —preguntó con brusquedad.

—Yo creía… —dijo ella, con timidez—. Bueno, guardabas aquellas otras hojas con tanto cuidado. Luego las perdiste cuando trataste de ayudar a ese hombre en las jaulas de esclavos. Pensé que te haría feliz tener otra.

Kaladin casi se echó a reír. Ella no tenía ni idea de lo que había hecho al traerle una hoja del veneno natural más letal de Roshar porque quería hacerlo feliz. Era ridículo. Y enternecedor.

—Todo pareció salir mal cuando perdiste esa hoja —dijo Syl en voz baja—. Antes de eso, luchabas.

—Fracasé.

Ella se acharó, arrodillada sobre su palma, la brumosa falda entre las piernas, las gotas de lluvia la atravesaban y hacían ondular su forma.

—¿Entonces no te gusta? Volé hasta tan lejos… Casi me olvidé de mí misma. Pero regresé. Regresé, Kaladin.

—¿Por qué? —suplicó él—. ¿Qué te importa?

—Porque me importa —respondió ella, ladeando la cabeza—. Te observé ¿sabes? En aquel ejército. Siempre buscabas a los hombres jóvenes y sin entrenar y los protegías, aunque eso te pusiera en peligro. Puedo recordarlo. Apenas, pero me acuerdo.

—Les fallé. Ahora están muertos.

—Habrían muerto más rápidamente sin ti. Hiciste que tuvieran una familia en el ejército. Recuerdo su gratitud. Es lo que me atrajo en primer lugar. Los ayudaste.

—No —dijo él, sujetando el acónito negro entre los dedos—. Todo lo que toco se marchita y muere. —Se tambaleó en el filo del precipicio. Los truenos rugían en la distancia.

—Esos hombres de la cuadrilla —susurró Syl—. Podrías ayudarlos.

—Demasiado tarde. —Cerró los ojos, pensando en el muchacho muerto de antes—. Es demasiado tarde. He fracasado. Están muertos. Todos van a morir, y no hay salida.

—¿Por qué no intentarlo una vez más, entonces? —su voz era suave, pero de algún modo era más fuerte que la tormenta—. ¿Qué mal haría? No puedes fracasar esta vez, Kaladin. Lo has dicho. Todos van a morir de todas formas.

El pensó en Tien, en sus ojos muertos mirando hacia arriba.

Ella siguió hablando.

—No sé qué quieres decir la mayor parte de las veces cuando hablas —dijo ella—. Mi mente está muy nublada. Pero me parece que si te preocupa lastimar a la gente, no deberías tener miedo de ayudar a los hombres del puente. ¿Qué más podrías hacerles?

—Yo…

—Un intento más, Kaladin —susurró Syl—. Por favor. Un

intento más…

Los hombres acurrucados en el barracón sin apenas una manta que considerar propia. Asustados de la tormenta. Asustados unos de otros. Asustados de lo que pudiera traer el día siguiente.

Un intento más…

Kaladin pensó en sí mismo, llorando por la muerte de un muchacho al que ni siquiera había tratado de ayudar. Un intento más.

Kaladin abrió los ojos. Estaba helado y mojado, pero sentía que una cálida y diminuta llama de determinación lo iluminaba. Cerró la mano, aplastando el acónito negro, y luego la dejó caer a un lado, sobre el abismo. Bajó la otra mano, que había estado sujetando a Syl.

Ella revoloteó en el aire, ansiosa.

—¿Kaladin?

Él se apartó del abismo, los pies descalzos chapoteando en los charcos y pisando sin que le importaran las enredaderas de los rocapullos. La pendiente por la que había venido estaba llena de plantas planas, como pizarras, que se habían abierto igual que libros a la lluvia, sus hojas rizadas rojas y verdes conectando las dos mitades. Vidaspren (puntitos de luz verde, más brillantes que Syl pero pequeños como esporas) danzaban entre las plantas, esquivando las gotas de lluvia.

Kaladin echó a andar, el agua salpicaba a su alrededor en ríos diminutos. Regresó al patio del puente. Estaba vacío a excepción de Gaz, que ataba una lona suelta.

Kaladin había cruzado casi toda la distancia que lo separaba del hombre antes de que este reparara en él. El delgado sargento hizo una mueca.

—¿Demasiado cobarde para acabar de una vez, alteza? Bueno, si crees que voy a devolver…

Se interrumpió con un sonido ahogado cuando Kaladin se abalanzó hacia delante y lo agarró por el cuello. Gaz alzó un brazo, sorprendido, pero Kaladin lo apartó y le puso una zancadilla y lo hizo caer al suelo lleno de lodo, levantando un torrente de agua. Los ojos de Gaz se abrieron como platos de sorpresa y dolor, mientras la presión de Kaladin en su garganta empezaba a estrangularlo.

—El mundo acaba de cambiar, Gaz —dijo Kaladin, acercándose —. Morí en ese abismo. Ahora tienes que tratar con mi espíritu vengativo.

Rebulléndose, Gaz miró frenéticamente a su alrededor en busca de una ayuda que no estaba allí. Kaladin no tuvo ningún problema para sujetarlo. Había una cosa buena en cargar puentes: si sobrevivías lo suficiente, desarrollabas músculos.

Kaladin soltó levemente el cuello de Gaz, permitiéndole que jadeara. Entonces se acercó más.

—Vamos a empezar de nuevo, tú y yo. Y quiero que comprendas una cosa desde el principio. Ya estoy muerto. No puedes hacerme daño. ¿Lo entiendes?

Gaz asintió lentamente y Kaladin le permitió otra bocanada de aire helado y húmedo.

—El Puente Cuatro es mío —dijo Kaladin—. Puedes asignarnos tareas, pero yo soy el jefe del puente. El otro murió hoy, así que tienes que elegir uno nuevo de todas formas. ¿Entendido?

Gaz volvió a asentir.

—Aprendes rápido —dijo Kaladin, dejando que el hombre respirara libremente. Dio un paso atrás, y Gaz se puso en pie, vacilante. Había odio en sus ojos, pero estaba velado. Parecía preocupado por algo…, algo más que las amenazas de Kaladin.

—Quiero dejar de pagar mi deuda de esclavo —dijo Kaladin—. ¿Cuánto sacan los hombres del puente?

—Dos marcoclaros al día —respondió Gaz, mirándole con el ceño fruncido y frotándose el cuello.

De modo que un esclavo ganaría la mitad. Un marco diamante. Una miseria, pero Kaladin la necesitaría. También necesitaría mantener a Gaz en cintura.

—Empezaré a cobrar mi sueldo, pero tú te llevarás un marco de cada cinco.

Gaz se sobresaltó y lo miró a la tenue luz.

—Por tus esfuerzos —dijo Kaladin.

—¿Qué esfuerzos?

Kaladin se le acercó.

—Tus esfuerzos por mantener la Condenación apartada de mí. ¿Entendido?

Gaz volvió a asentir. Kaladin se retiró. Odiaba malgastar dinero en un soborno, pero Gaz necesitaba un recordatorio consistente y repetitivo de por qué debería evitar que mataran a Kaladin. Un marco cada cinco días no era un gran recordatorio, pero para un hombre que estaba dispuesto a arriesgarse a salir en mitad de una alta tormenta por proteger sus esferas, podría ser suficiente.

Kaladin regresó al pequeño barracón del Puente Cuatro y abrió la gruesa puerta de madera. Los hombres estaban acurrucados dentro, tal como los había dejado. Pero algo había cambiado. ¿Siempre habían parecido tan patéticos?

Sí. Lo habían parecido. Kaladin era quien había cambiado, no ellos. Sintió una extraña descolocación, como si se hubiera permitido olvidar, aunque solo en parte, los últimos nueve meses. Retrocedió en el tiempo para estudiar al hombre que había sido. El hombre que todavía había luchado, y luchado bien.

No podía ser de nuevo ese hombre (no podía borrar las cicatrices) pero sí podía aprender de ese hombre, igual que un nuevo jefe de pelotón aprendía de los generales victoriosos del pasado. Kaladin Benditormenta estaba muerto, pero Kaladin el del Puente era de la misma sangre. Un descendiente con potencial.

Kaladin se acercó a la primera figura acurrucada. El hombre no dormía: ¿quién podía hacerlo en una alta tormenta? Dio un respingo cuando Kaladin se arrodilló a su lado.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Kaladin. Syl se acercó revoloteando y estudió el rostro del hombre, que no podía verla.

El hombre era mayor, con mejillas hundidas, ojos marrones y pelo canoso muy corto. Su barba era corta y no tenía marca de esclavo.

—¿Tu nombre? —repitió Kaladin con firmeza.

—Que te lleve la tormenta —respondió el hombre, dándose la vuelta.

Kaladin vaciló, pero luego se acercó de nuevo y dijo en voz baja:

—Mira, amigo. Puedes decirme tu nombre o seguiré molestándote. Sigue negándote, y te arrastraré a esa tormenta y te colgaré de una pierna sobre el abismo hasta que me lo digas.

El hombre miró por encima del hombro. Kaladin asintió lentamente, sosteniéndole la mirada.

—Teft —dijo por fin—. Me llamo Teft.

—Eso no ha sido demasiado difícil —dijo Kaladin, tendiendo la mano—. Yo soy Kaladin. Tu jefe de puente.

El hombre vaciló, luego aceptó la mano tendida, frunciendo confundido el ceño. Kaladin lo recordaba vagamente. Llevaba algún tiempo en la cuadrilla, unas cuantas semanas al menos. Antes de eso, había estado en otra cuadrilla. Uno de los castigos a los hombres de los puentes que cometían infracciones en el campamento consistía en ser transferidos al Puente Cuatro.

—Descansa un poco —dijo Kaladin, soltando la mano de Teft—. Vamos a tener un día duro mañana.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Teft, rascándose la barba.

—Porque somos hombres de los puentes —contestó Kaladin, poniéndose en pie—. Todos los días son duros.

Teft vaciló, luego sonrió débilmente.

—Bien sabe Kelek que es cierto.

Kaladin lo dejó, y continuó por la fila de figuras encogidas. Visitó a cada hombre, preguntando o amenazando hasta que le decían sus nombres. Todos se resistieron. Era como si sus nombres fueran lo último que poseían y no estuvieran dispuestos a renunciar fácilmente, aunque parecían sorprendidos (quizás incluso animados) de que a alguien le interesara preguntarlos.

Kaladin se aferró a aquellos nombres, repitiéndolos en su cabeza, sosteniéndolos como si fueran gemas preciosas. Los nombres importaban. Tal vez moriría en la siguiente carga, o tal vez se rompería bajo la tensión, dándole a Amaram una victoria final. Pero mientras se sentaba en el suelo a planear, sintió que aquel pequeño calor ardía firmemente en su interior.

Era el calor de las decisiones tomadas y del propósito aprovechado. Era la responsabilidad.

Syl se sentó en sus piernas mientras él permanecía allí sentado, susurrando para sí los nombres de los hombres. Ella parecía animada. Feliz. El no sentía nada de eso. Se sentía sombrío, cansado, mojado. Pero se envolvió en la responsabilidad que había tomado, la responsabilidad por estos hombres. Se aferró a ella como un escalador se aferra a su último asidero mientras cuelga en la pared de una montaña.

Encontraría un modo de protegerlos.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Interludios

Ishikk * Nan Balat * Szeth



Ishikk se dirigió chapoteando hacia la reunión con los extraños forasteros, susurrando para sí, el palo con los cubos a cada extremo descansando contra sus hombros. Llevaba sandalias en sus pies sumergidos y un par de pantalones hasta las rodillas. Ninguna camisa. ¡Nu Ralik lo prohibiera! Un buen lagopureño nunca cubría sus hombros cuando brillaba el sol. Un hombre podía enfermar de esa forma, si no conseguía suficiente luz.

Silbaba, pero no porque tuviera un día agradable. De hecho, el día que Nu Ralik había ofrecido era casi horrible. Solo cinco peces nadaban en los cubos de Ishikk, y cuatro eran de la variedad más sosa y corriente. Las mareas habían sido irregulares, como si el Lagopuro mismo estuviera de mal humor. Se avecinaban malos días, seguro como el sol y las mareas.

El Lagopuro se extendía en todas direcciones, cientos de kilómetros de ancho, su cristalina superficie perfectamente transparente. En la parte más profunda, nunca había más de seis palmos de la superficie al fondo, y en la mayoría de los sitios las lentas aguas solo llegaban a la altura de la pantorrilla. Estaba lleno de peces diminutos, pintorescos cremlinos, y ríospren parecidos a anguilas.

El Lagopuro era la vida misma. En tiempos, esta tierra había sido reclamada por un rey. Sela Tales, se llamaba la nación, uno de los Reinos de Época. Bueno, podían llamarlo como quisieran, pero Nu Ralik sabía que las fronteras de la naturaleza eran mucho más importantes que las de las naciones. Ishikk era lagopureño. Primero

y sobre todo. Por las mareas y el sol que lo era.

Caminaba confiado entre las aguas, aunque a veces había que tener cuidado dónde pisabas. Las cálidas y agradables aguas lamían sus piernas justo por debajo de las rodillas, y él salpicaba muy poco. Sabía moverse despacio, cuidando de no apoyar su peso hasta estar seguro de no pisar una lanzacrin o una roca afilada.

Ante él, el poblado de Fu Abra rompía la cristalina perfección, un puñado de edificios encaramados en bloques bajo el agua. Sus tejados en forma de cúpula los hacían parecer los rocapullos que brotaban del suelo, y eran lo único en kilómetros a la redonda que rompía la superficie del Lagopuro.

Otras personas caminaban por aquí, moviéndose con el mismo paso lento. Era posible correr por el agua, pero apenas había motivos. ¿Qué podía ser tan importante para tener que salpicar y levantar ondas?

Ishikk sacudió la cabeza. Solo los forasteros tenían tanta prisa. Saludó con la cabeza a Thaspic, un hombre delgaducho de piel oscura que pasó tirando de una pequeña balsa repleta de pilas de ropa: probablemente las había sacado a lavar.

—Hola, Ishikk —dijo el hombre—. ¿Cómo ha ido la pesca?

—Terrible —respondió—. Vun Makak me ha plagado bien hoy. ¿Y tú?

—Perdí una camisa mientras lavaba —replicó Thaspic, la voz agradable.

—Ah, así son las cosas. ¿Están aquí mis forasteros?

—Pues claro. En casa de Maib.

—Vun Makak dice que no la saquen a comer fuera de casa —dijo Ishikk, continuando su camino—. Ni la infecten con sus constantes preocupaciones.

—¡Que el sol y las mareas lo envíen! —dijo Thaspic con una risita, y continuó su camino.

La casa de Maib estaba cerca del centro del poblado. Ishikk no estaba seguro de qué la hacía vivir dentro del edificio. La mayoría de las noches él dormía en su balsa. Nunca hacía frío en el Lagopuro, excepto durante las altas tormentas, y estas se podían capear bastante bien, pues Nu Ralik enviaba el modo.

El Lagopuro se vaciaba en pozos y agujeros cuando venían las

tormentas, y por eso solo había que meter la balsa en una grieta entre dos macizos rocosos y acurrucarte al lado, usándola para romper la furia de la tempestad. Las tormentas no eran tan malas aquí como lo eran en el este, donde desprendían peñascos y derribaban edificios. Oh, había oído historias sobre ese tipo de vida. Nu Ralik quiera que nunca tuviese que ir a un lugar tan terrible.

Además, probablemente allí hacía frío. Ishikk compadecía a aquellos que tuvieran que vivir en el frío. ¿Por qué no venían al Lagopuro?

«Nu Ralik envíe que no lo hagan» —pensó, dirigiéndose a casa de Maib. ¡Si todo el mundo supiera lo hermoso que era el Lagopuro, sin duda todos querrían vivir aquí, y no habría un solo lugar por donde caminar sin toparse con un forastero!

Entró en el edificio, exponiendo las pantorrillas al aire. El suelo era lo bastante bajo para que unos cuantos centímetros de agua siguieran cubriéndolo: a los lagopureños les gustaba así. Era natural, aunque, si bajaba la marea, a veces los edificios se secaban.

Los pececillos nadaban entre sus pies. Eran corrientes, sin valor ninguno. Maib estaba dentro de la casa, preparando una olla de sopa de pescado, y lo saludó con un gesto. Era una mujer recia y llevaba persiguiéndolo años, intentando echarle el anzuelo para que se casara con ella por su buena mano para la cocina. Ishikk tal vez la dejaría pescarlo algún día.

Sus forasteros estaban en el rincón, ante una mesa que solo ellos podían elegir: la que estaba un poco más levantada, con reposapiés para que no tuvieran que mojarse. «¡Nu Ralik, qué necios! —pensó con diversión—. No disfrutan del sol y llevan camisas contra su calor, los pies fuera del agua. No me extraña que sus pensamientos sean tan raros.»

Soltó sus cubos y saludó a Maib. Ella lo miró.

—¿Buena pesca?

—Terrible.

—Ah, bueno, tu sopa es gratis hoy, Ishikk. Para compensar la maldición de Vun Makak.

—Muchas gracias —dijo él, aceptando un humeante cuenco. Maib sonrió. Ahora estaba en deuda con ella. Con cuencos suficientes, se vería obligado a casarse.

—Hay un kolgril en el cubo para ti —señaló él—. Lo capturé esta mañana temprano.

El recio rostro de ella se llenó de incertidumbre. Un kolgril era un pez muy afortunado. Curaba el dolor de las articulaciones durante un mes entero después de comerlo, y a veces te permitía ver cuándo iban a visitarte los amigos dejándote leer las formas de las nubes. A Maib le gustaban bastante, debido al dolor de dedos que Nu Ralik le había enviado. Un kolgril serían dos semanas de sopa, y eso la pondría a ella en deuda con él.

—Vun Makak te mire —murmuró molesta mientras se acercaba a comprobar—. Mira qué bien. ¿Cómo voy a capturarte, hombre?

—Soy pescador, Maib —dijo él, sorbiendo su sopa: el cuenco estaba hecho para que se pudiera sorber fácilmente—. Es difícil pescar a un pescador. Lo sabes.

Se rio para sí y se acercó a sus forasteros mientras ella sacaba al kolgril del cubo.

Había tres. Dos makabaki de piel oscura, aunque eran los makabaki más extraños que había visto jamás. Uno tenía los miembros gruesos mientras que la mayoría de los de su especie eran pequeños y de huesos finos, y tenía una cabeza completamente calva. El otro era más alto, con pelo oscuro y corto, músculos flacos y anchos hombros. Ishikk los llamaba para sí Gruñón y Brusco, debido a sus personalidades.

El tercer hombre tenía una piel morena clara, como los alezi. Pero también parecía algo raro. Sus ojos tenían una forma distinta y su acento, claramente, no era alezi. Hablaba el lenguaje selay peor que los otros dos, y habitualmente guardaba silencio. Sin embargo, parecía pensativo. Ishikk lo llamaba Pensador.

«Me pregunto cómo se ganó esa cicatriz que tiene en el cuero cabelludo», pensó Ishikk. La vida fuera del Lagopuro era muy peligrosa. Montones de guerras, sobre todo al este.

—Llegas tarde, viajero —dijo el alto y estirado Brusco. Tenía la constitución y el aire de un soldado, aunque ninguno de los tres portaba armas.

Ishikk frunció el ceño, se sentó y sacó reacio los pies del agua.

—¿No es el día?

—El día está bien, amigo —dijo Gruñón—. Pero tenemos que

vernos a mediodía. ¿Comprendido?

Normalmente, era Gruñón quien hablaba por los otros.

—Estamos cerca —respondió Ishikk. De verdad. ¿Quién prestaba atención a qué hora era? Forasteros. Siempre tan atareados.

Gruñón tan solo sacudió la cabeza cuando Maib les trajo un poco de sopa. Su casa era lo más parecido que tenía la aldea a una posada. Le dejó a Ishikk una suave servilleta de tela y una buena copa de vino dulce, tratando de equilibrar aquel pescado lo más rápido posible.

—Muy bien —dijo Gruñón—. Veamos tu informe, amigo.

—He estado por Fu Ralis, Fu Namir, Fu Albast y Fu Moorin este mes —dijo Ishikk, tomando un sorbo de sopa—. Nadie ha visto a ese hombre que buscáis.

—¿Hiciste las preguntas adecuadas? —dijo Brusco—. ¿Estás seguro?

—Pues claro que estoy seguro —contestó Ishikk—. Llevo años haciendo esto.

—Cinco meses —corrigió Brusco—. Y sin resultado.

Ishikk se encogió de hombros.

—¿Quieres que me invente historias? A Vun Makak le gustaría que lo hiciera.

—No, nada de historias, amigo —dijo Gruñón—. Solo queremos la verdad.

—Bueno, os la he dado.

—¿Lo juras por Nu Ralik, ese dios vuestro?

—¡Calla! No digáis su nombre. ¿Sois idiotas?

Gruñón frunció el ceño.

—Pero es vuestro dios, ¿no es así? ¿Es su nombre sagrado? ¿No se puede decir?

Los forasteros eran tan estúpidos… Pues claro que Nu Ralik era su dios, pero siempre había que fingir que no lo era. Había que engañar a Vun Makak (su hermano menor y vengativo), para que creyera que lo adorabas a él, o de lo contrario se pondría celoso. Solo se podía hablar de estas cosas a salvo en una cueva sagrada.

—Lo juro por Vun Makak —recalcó Ishikk—. Que me vigile y me maldiga como quiera. He buscado diligentemente. No hay ningún forastero como ese que mencionáis: el pelo blanco, la lengua

astuta y una cara en forma de flecha… No lo han visto.

—A veces se tiñe el pelo —dijo Gruñón—. Y se disfraza.

—He preguntado, usando los nombres que me disteis —contestó Ishikk—. Nadie lo ha visto. Quizá pueda buscaros un pez que lo localice. —Ishikk se frotó la barba—. Apuesto a que un gordo cort valdría. Pero podría tardar algún tiempo en encontrar uno.

Los tres lo miraron.

—Puede que haya algo en esos peces, ya sabéis —dijo Brusco.

—Superstición —respondió Gruñón—. Siempre buscas en la superstición, Vao.

Vao no era el nombre real del hombre. Ishikk estaba seguro de que usaban nombres falsos, y por eso les daba sus propios nombres falsos. Si iban a darle nombres falsos, él les daría nombres más falsos a su vez.

—¿Y tú, Temoo? —replicó Brusco—. No podemos pontificar para…

—Caballeros —dijo Pensador. Le hizo un gesto con la cabeza a Ishikk, que seguía sorbiendo su sopa. Los tres pasaron a otro idioma y continuaron su discusión.

Ishikk escuchó a medias, tratando de determinar qué lenguaje era. Nunca había sido bueno con otros tipos de lenguaje. ¿Para qué los necesitaba? No servían para pescar ni vender pescados.

Había buscado a su hombre, de verdad. Había recorrido muchos lugares, visitado muchos sitios en torno al Lagopuro. Era uno de los motivos por los que no quería que lo pescara Maib. Tendría que asentarse, y eso no era bueno para capturar peces. No los raros, al menos.

No se molestó en preguntarse por qué estaban buscando a aquel Hoid, fuera quien fuese. Los forasteros siempre buscaban cosas que no podían tener. Ishikk se acomodó y metió los pies en el agua. Eso le sentó bien. Al cabo de un rato, ellos terminaron su discusión. Le dieron unas cuantas instrucciones más, le entregaron una bolsa de esferas, y pisaron el agua.

Como la mayoría de los forasteros, llevaban gruesas botas hasta las rodillas. Chapotearon mientras se dirigían a la entrada. Ishikk los siguió, tras despedirse de Maib y recoger sus cubos. Volvería a cenar más tarde.

«Tal vez debería dejarla pescarme —pensó, saliendo a la luz y suspirando aliviado—. Nu Ralik sabe que me estoy haciendo viejo. Tal vez estaría bien relajarse.»

Sus forasteros chapotearon en el Lagopuro. Gruñón era el último. Parecía insatisfecho.

—¿Dónde estás, Roamer? ¿Qué misión de locos es esta?

Y entonces añadió, en su propia lengua:

—*Alaanta kamaloo kayana*.

Chapoteó tras sus compañeros.

—Bueno, acertaste en lo de «necios» —dijo Ishikk con una risita, y se volvió en su propia dirección, disponiéndose a comprobar sus trampas.



A Nan Balat le gustaba matar.

No a personas. Personas nunca, sino animales, a esos los podía matar. Sobre todo a los pequeños. No estaba seguro de por qué eso le hacia sentirse mejor: simplemente, así era.

Estaba sentado en el porche de su mansión, arrancando una a una las patas de un cangrejito. Había una sensación de placer en ir arrancándoselas: tiró levemente de la primera, y el animal se tensó. Luego tiró con más fuerza, y empezó a agitarse. Los ligamentos resistieron, luego empezaron a rasgarse, seguidos de un rápido chasquido. El cangrejo se agitó un poco más, y Nal Balat le alzó la pata, sosteniendo al bicho con dos dedos de la otra mano.

Suspiró satisfecho. Arrancar una pata lo tranquilizaba, hacía que los dolores de su cuerpo se retiraran. Arrojó la pata por encima del hombro y pasó a la siguiente.

No le gustaba hablar de esta costumbre suya. Ni siquiera se lo mencionaba a Eylita. Era solo algo que hacía. Había que mantener la cordura de algún modo.

Terminó con las patas y se levantó, apoyado en su bastón, y se volvió a mirar los jardines Davar, que estaban compuestos por muros de piedra cubiertos por varios tipos de enredaderas. Eran hermosos, aunque Shallan era la única que los apreciaba realmente. Esta zona de Jah Kevev (al suroeste de Alezkar, en un altiplano aislado por montañas como los Picos Comecuernos) era extensa en enredaderas. Crecían por todas partes, cubriendo la mansión, desarrollándose sobre los escalones. Al aire libre, colgaban de los

árboles, crecían en las extensiones rocosas, tan ubicuas como lo era la hierba en otras zonas de Roshar.

Balat se acercó al filo del porche. Unos cantarines salvajes empezaron a cantar en la distancia, rozando sus conchas irregulares. Cada uno tocaba una nota y un ritmo distinto, aunque en realidad no podían ser consideradas melodías. Las melodías eran cosas de humanos, no de animales. Pero cada una era una canción, y en ocasiones parecían cantarse y responderse unos a otros.

Balat bajó los escalones uno a uno, mientras las enredaderas temblaban y se retiraban antes de que sus pies se posaran. Habían pasado casi seis meses desde la partida de Shallan. Esta mañana, habían tenido noticias de ella a través de la abarcaña: había tenido éxito en la primera parte de su plan, y se había convertido en pupila de Jasnah Kholin. Y así, su hermana pequeña, que nunca antes había salido de las propiedades familiares, se preparaba para robarle a la mujer más importante del mundo.

Bajar los escalones era para él un esfuerzo deprimente. «Veintitrés años y ya soy un lisiado» —pensó. Seguía sintiendo un dolor constante y latente. La fractura había sido mala, y el cirujano había estado a punto de decidir amputarle la pierna entera. Tal vez podría estar agradecido de que eso no hubiera sido necesario, aunque siempre tendría que caminar usando un bastón.

Scrak estaba jugando con algo en el jardín de retiro, un lugar donde habían plantado hierba cultivada y al que habían mantenido libre de enredaderas. La gran sabueso-hacha correteaba, mordisqueando el objeto, las antenas aplastadas contra su cráneo.

—Scrak —dijo Balat, acercándose cojeando—, ¿qué has encontrado, chica?

La sabueso-hacha miró a su mano, alzando las antenas. La sabueso tronó con dos voces resonantes que se solaparon una con otra, y luego continuó jugando.

«Maldita criatura —pensó Balat con afecto—, nunca obedece adecuadamente.» Llevaba criando sabuesos-hacha desde su juventud, y había descubierto (como muchos antes que él) que cuanto más inteligente era el animal, más probable era que desobedeciera. Oh, Scrak era leal, pero te ignoraba en las pequeñas cosas. Como un niño pequeño que intenta demostrar su

independencia.

Al acercarse, vio que Scrak había conseguido capturar un cantarín.

La criatura, del tamaño de un puño, tenía forma de disco con punta y cuatro brazos que surgían de los lados y arañaban ritmos en la parte superior. Normalmente cuatro patas cortas lo sujetaban a una pared de roca, aunque Scrak las había arrancado a mordiscos. Había hecho lo mismo con dos de los brazos, y había conseguido romper el cascarón. Balat casi se lo quitó para arrancar los otros dos brazos, pero decidió que era mejor dejar que Scrak se divirtiera.

Scrak soltó al cantarín y miró a Balat, alzando inquisitiva las antenas. Era delgada y estilizada, las seis patas extendidas ante ella mientras se sentaba sobre sus cuartos traseros. Los sabuesos-hacha no tenían caparazones ni piel; en cambio, su cuerpo estaba cubierto de una fusión de las dos, suave al tacto y más flexible que el auténtico caparazón, pero más duro que la piel y hecho de secciones entrelazadas. La cara angular de la sabueso parecía llena de curiosidad mientras sus profundos ojos negros miraban a Balat. Tronó suavemente.

Balat sonrió, extendió la mano y rascó tras los agujeros de las orejas de la sabueso. El animal se apoyó contra él: probablemente pesaba tanto como Balat mismo. Los sabuesos-hacha más grandes llegaban hasta la altura de la cintura de un hombre, aunque Scrak era de una raza más pequeña y más rápida.

El cantarín se estremeció y Scrak saltó ansiosamente encima, aplastándole la concha con sus fuertes mandíbulas exteriores.

—¿Soy un cobarde, Scrak? —preguntó Balat, sentándose en un banco. Hizo a un lado el bastón y cogió un cangrejillo que se escondía a un lado del banco y había vuelto blanca su concha para igualar el color de la piedra.

Alzó al animal, que se rebullía. El verde de la hierba había sido cultivado para que fuera menos tímido, y asomó de sus agujeros solo unos momentos después de que pasara. Otras plantas exóticas florecían en las conchas o los agujeros del suelo, y pronto parches de rojo, naranja y azul ondularon con el viento a su alrededor. La zona alrededor de la sabueso-hacha permaneció pelada, naturalmente. Scrak se estaba divirtiendo con su presa, y hacía que

incluso las plantas menos cultivadas se ocultaran en sus cubiles.

—No podría haber ido en persecución de Jasnah —dijo Balat, empezando a arrancar las patas al cangrejillo—. Solo una mujer podría acercarse lo suficiente para robar la animista. Así lo decidimos. Además, alguien tiene que quedarse a cuidar de las necesidades de la casa.

Las excusas eran huecas. Sí que se sentía como un cobarde. Arrancó unas cuantas patas más, pero eso no le produjo ninguna satisfacción. El cangrejo era demasiado pequeño, y las patas se desprendían con demasiada facilidad.

—El plan ni siquiera funcionará —dijo, arrancando la última pata. Era extraño mirar así a la criatura cuando no tenía patas. El cangrejo seguía vivo. Sin embargo, ¿cómo podía saberlo? Sin patas que menear, la criatura parecía tan muerta como una piedra.

«Los brazos —pensó Balat—. Los agitamos para que parezca que estamos vivos. Para eso sirven.» Metió los dedos entre las mitades del caparazón del cangrejo y empezó a separarlas. En esto, al menos, notó una sensación de resistencia.

Eran una familia rota. Años de sufrir el temperamento brutal de su padre habían impulsado a Asha Jushu al vicio y a Tet Wikim a la desesperación. Solo Balat había escapado ileso. Balat y Shallan. A ella la habían dejado en paz, intacta. En ocasiones, Balat la había odiado por eso, ¿pero cómo se podía odiar a alguien como Shallan? Tímida, callada, delicada.

«Nunca tendría que haberla dejado marchar —pensó—. Tendría que haber habido otro modo.» Sola, ella no lo conseguiría nunca. Probablemente estaba aterrada. Era asombroso que hubiera conseguido tanto.

Arrojó los pedazos del cangrejo por encima del hombro. «Si tan solo Helaran hubiera sobrevivido.» Su hermano mayor, entonces conocido como Nan Helaran, ya que era el primogénito, se había enfrentado continuamente a su padre. Bueno, ahora estaba muerto, igual que su padre. Habían dejado atrás una familia de lisiados.

—¡Balat! —exclamó una voz. En el porche apareció Wikim. Parecía que el joven había superado su reciente arrebato de melancolía.

—¿Qué? —dijo Balat, volviéndose.

Wikin bajó corriendo las escaleras, mientras las enredaderas, y luego la hierba, se apartaban a su paso.

—Tenemos un problema.

—¿Qué tipo de problema?

—Bastante grande, diría yo. Vamos.



Szeth-hijo-hijo Vallano, sin-verdad de Shinovar, estaba sentado en el suelo de madera de la taberna, la cerveza empapando lentamente sus pantalones marrones. Sucias, gastadas y deshilachadas, sus ropas eran muy distintas de las simples, aunque elegantes, ropas blancas que había llevado más de cinco años antes, cuando asesinó al rey de Alezkar.

La cabeza gacha, las manos en el regazo, no llevaba armas. No había convocado su espada esquirlada desde hacía años, y parecía que había pasado el mismo tiempo desde la última vez que se dio un baño. No se quejaba. Si parecía un despojo, la gente lo trataba como a un despojo. No se pide a un despojo que asesine a nadie.

—¿Así que hará todo lo que digas? —preguntó uno de los trabajadores de las minas que estaba sentado a la mesa. Las ropas del hombre eran un poco mejores que las de Szeth, cubiertas con tanta mugre y tanto polvo que era difícil distinguir la piel de la ropa sucia. Eran cuatro, bebiendo en copas de cerámica. La habitación olía a barro y a sudor. El techo era bajo, las ventanas (solo en la parte a sotavento), meras rendijas. La mesa quedaba precariamente sujeta por varias correas de cuero, ya que la madera estaba agrietada por la mitad.

Took, el amo actual de Szeth, depositó su copa en el extremo ladeado de la mesa, que se inclinó aún más bajo el peso de su brazo.

—Sí, claro que lo hará. Eh, kurp, mírame.

Szeth alzó la cabeza. «Kurp» significaba niño en el dialecto local bav. Szeth estaba acostumbrado a estas etiquetas peyorativas.

Aunque tenía treinta y cinco años (y llevaba siete desde que fuera nombrado sin-verdad), los grandes ojos redondos, la baja estatura y la tendencia a la calvicie de su pueblo llevaba a la gente del este a decir que parecían niños.

—Levántate —dijo Took.

Szeth así lo hizo.

—Salta arriba y abajo.

Szeth obedeció.

—Ponte la cerveza de Ton en la cabeza.

Szeth extendió la mano para coger la jarra.

—¡Eh! —dijo Ton, retirando la jarra—. ¡De eso nada! ¡No la he terminado todavía!

—Si lo hubieras hecho —repuso Took—, no se la podría echar por encima de la cabeza ¿no?

—Dile que haga cualquier otra cosa —replicó Ton.

—Muy bien.

Took se sacó el cuchillo de la bota y se lo arrojó a Szeth.

—Kurp, córtate el brazo.

—Took… —dijo uno de los otros hombres, un tipo estirado que se llamaba Amark—. Eso no está bien, y lo sabes.

Took no revocó la orden, así que Szeth obedeció, cogió el cuchillo y se hizo un corte en el brazo. La sangre empezó a agolparse en torno a la hoja sucia.

—Córtate la garganta —dijo Took.

—¡Venga ya, Took! —dijo Amark, levantándose—. Yo no…

—Oh, calla —dijo Took. Varios grupos de hombres de las otras mesas estaban mirando ahora—. Ya veréis. Kurp, córtate la garganta.

—Tengo prohibido tomar mi propia vida —dijo Szeth en voz baja, en el idioma bav—. Como sin-verdad, es la naturaleza de mi sufrimiento el tener prohibido el sabor de la muerte por mi propia mano.

Amark se sentó, con aspecto manso.

—Madrepolvo —dijo Ton—, ¿siempre habla así?

—¿Así cómo? —preguntó Took, dando un trago a su jarra.

—Palabras suaves, tan precisas y adecuadas. Como un ojos claros.

—Sí —dijo Took—. Es como un esclavo, solo que mejor, porque es un shin. No se escapa ni te replica ni nada. Tampoco hay que pagarle. Es como un parshmenio, pero más listo. Vale muchas esferas, diría yo. —Miró a los otros hombres—. Podríais llevarlo a las minas a trabajar con vosotros, y cobrar su paga. Haría las cosas que vosotros no queréis hacer. Limpiar las letrinas, encalar la casa. Todo tipo de cosas útiles.

—Bueno ¿cómo es que te encontraste con él, entonces? —preguntó uno de los otros hombres, rascándose la barbilla. Took era un trabajador de paso que iba de pueblo en pueblo. Mostrar a Szeth era una de las formas para hacer amigos rápidamente.

—Oh, eso sí que es una historia —dijo—. Yo viajaba por las montañas del sur, ya sabéis, y oí ese extraño ruido aullante. No era solo el viento ¿sabéis?, y…

El relato era completamente inventado. El anterior amo de Szeth, un granjero de una aldea cercana, se lo había cambiado a Took por un saco de semillas. El granjero lo había adquirido a un buhonero, que lo consiguió a su vez de un zapatero que lo había ganado en una apuesta ilegal. Había habido docenas antes que él.

Al principio, los plebeyos ojos oscuros disfrutaban de la novedad de ser sus dueños. Para la mayoría, los esclavos eran demasiado caros, y los parshmenios eran aún más valiosos. Así que tener a alguien como Szeth a quien dar órdenes era toda una novedad. Limpiaba los suelos, serraba madera, ayudaba en los campos, cargaba con las cosas. Algunos lo trataban bien, otros no.

Pero siempre se libraban de él.

Tal vez podían sentir la verdad, que era capaz de mucho más de aquello para lo que se atrevían a utilizarlo. Una cosa era tener un esclavo propio, pero cuando el esclavo hablaba como un ojos claros y sabía más que tú, hacía que se sintieran incómodos.

Szeth trataba de interpretar el papel, trataba de obligarse a actuar de forma menos refinada. Era muy difícil para él. Tal vez imposible. ¿Qué dirían estos hombres si supieran que el hombre que vaciaba sus orinales era un portador de esquirlada y un absorbente, un correvientos como los Radiantes de antaño? En el momento en que invocaba su espada, sus ojos pasaban del verde oscuro a un zafiro claro, casi brillante, un efecto único de su arma.

Era mejor que no lo descubrieran nunca. Szeth se vanagloriaba de ser malgastado; cada día que lo obligaban a limpiar o cavar en vez de a matar era una victoria. Esa noche de cinco años atrás todavía lo acosaba. Antes de ese momento le habían ordenado matar, pero siempre en secreto, en silencio. Nunca antes le habían dado unas instrucciones tan deliberadamente terribles.

«Mata, destruye, y ábrete paso hasta el rey. Que te vean haciéndolo. Deja testigos. Heridos pero vivos…»

—Y fue entonces cuando juró servirme toda la vida —terminó de decir Took—. Está conmigo desde entonces.

Los hombres que escuchaban se volvieron hacia Szeth.

—Es verdad —dijo él, como le habían ordenado antes—. Hasta la última palabra.

Took sonrió. Szeth no lo dejaba en mal lugar: al parecer, consideraba natural obedecerle. Tal vez como resultado seguiría siendo su amo más tiempo que los demás.

—Bueno —dijo Took—. Debo marcharme. Hay que madrugar mañana. Más lugares que ver, más carreteras desconocidas que recorrer…

Le gustaba considerarse un viajero experto, aunque por lo que Szeth sabía, solo se movía en un amplio círculo. Había muchas minas pequeñas, y por tanto muchos pueblos pequeños, en esta parte de Bavlaterra. Took probablemente habría estado en esta aldea años atrás, pero las minas se nutrían de un montón de trabajadores de paso. Era improbable que lo recordaran, a menos que alguien se hubiera fijado en sus historias, terriblemente exageradas.

Terribles o no, los otros mineros parecían anhelar más. Le instaron a continuar, ofreciéndole otro trago, y él modestamente aceptó.

Szeth permaneció sentado en silencio, las piernas cruzadas, las manos en el regazo, la sangre corriéndole por el brazo. ¿Sabían los parshendi lo que hacían al arrojar su piedra jurada mientras huían de Kholinar aquella noche? Le habían exigido a Szeth que la recuperara y luego esperara junto a la carretera, preguntándose si lo descubrirían y ejecutarían…, esperando que lo descubrieran y lo ejecutaran, hasta que un mercader de paso le preguntó. Para

entonces, Szeth solo vestía un taparrabos. Su honor lo había obligado a quitarse la ropa blanca, ya que con ella habría sido más fácil reconocerlo. Tenía que conservarse para poder sufrir.

Después de una breve explicación que dejó fuera los detalles incriminatorios, Szeth se encontró viajando en la parte trasera del carro del mercader, un hombre llamado Avado que fue lo bastante listo para comprender que, tras la muerte del rey, los extranjeros tendrían por delante malos tiempos. Se dirigió a Jah Keved, sin saber que tenía a su servicio al asesino de Gavilán.

Los alezi no lo buscaron. Daban por hecho que él, el famoso «asesino de blanco», se había retirado con los parshendi. Probablemente esperaban descubrirlo en mitad de las Llanuras Quebradas.

Los mineros acabaron por cansarse de las historias cada vez más vacilantes de Took. Se despidieron de él, ignorando sus claras insinuaciones de que otra copa de cerveza lo impulsaría a contar la mejor de todas sus historias: la de la época en que fue guardián de la noche y robó una esfera que brillaba con color negro en la oscuridad. Ese relato siempre incomodaba a Szeth, ya que le recordaba la extraña esfera negra que le había dado Gavilar. La había ocultado cuidadosamente en Jah Keved. No sabía qué era, pero no quería arriesgarse a que uno de sus amos se la quitara.

Como nadie le ofreció otra bebida, Took se levantó reacio de su silla y le indicó a Szeth que lo siguiera. La calle estaba oscura. Este pueblo, Camino de Hierro, tenía su placita y todo, varios cientos de casas, y tres tabernas distintas. Eso lo convertía prácticamente en una metrópoli para Bavlaterra, la pequeña y casi ignorada extensión de tierra al sur de los Picos Comecuernos. La zona era prácticamente parte de Jah Keved, pero incluso su alto príncipe se mantenía apartado de allí.

Szeth siguió a su amo por las calles, en dirección al distrito más pobre. Took era demasiado tacaño para pagar una habitación en las zonas bonitas, o incluso modestas, del pueblo. Szeth miró por encima del hombro, deseando que la Segunda Hermana (conocida como Nomon para esta gente del este) hubiera salido para dar un poco más de luz.

Took trastabilló, borracho, y entonces cayó al suelo. Szeth

suspiró. No sería la primera noche en que cargara a su amo hasta la cama. Se arrodilló para levantarlo.

Se detuvo. Un líquido cálido manaba bajo el cuerpo de su amo. Solo entonces advirtió el cuchillo en su cuello.

Se puso instantáneamente en alerta cuando un grupo de ladrones salió del callejón. Un cuchillo en una mano alzada reflejó la luz de las estrellas, listo para ser lanzado contra Szeth. Se tensó. Había esferas infusas que podía sacar de la bolsa de su amo.

—Espera —susurró uno de los ladrones.

El hombre del cuchillo se detuvo. Otro hombre se acercó a inspeccionar a Szeth.

—Es un shin. No le haría daño a un cremlino.

Los demás arrastraron el cadáver hasta el callejón. El del cuchillo volvió a alzar su arma.

—Pero podría gritar.

—¿Entonces por qué no lo ha hecho? Te lo digo, son inofensivos. Casi como parshmenios. Podemos venderlo.

—Tal vez —dijo el segundo—. Está aterrorizado. Míralo.

—Ven aquí —dijo el primer ladrón, llamándolo con la mano.

Szeth obedeció y entró en el callejón, que de pronto quedó iluminado cuando uno de los demás abrió la bolsa de Took.

—Kelek —dijo uno de ellos—, apenas merece la pena el esfuerzo. Un puñado de chips y dos marcos, ni un solo broam.

—Os lo digo —insistió el primer hombre—. Podemos vender a este tipo como esclavo. A la gente les gustan los esclavos shin.

—Es solo un muchacho.

—No. Todos lo parecen. Eh, ¿qué tenemos aquí?

El hombre le quitó de la mano al que contaba las esferas un titilante trozo de roca del tamaño de una esfera. Era bastante corriente, un sencillo pedazo de roca con unos cuantos cristales de cuarzo en el interior y una veta rojiza de hierro en un lado.

—¿Qué es esto?

—No tiene ningún valor —dijo uno de los hombres.

—He de deciros que tienes en la mano mi piedra jurada —dijo Szeth tranquilamente—. Mientras la poseas, eres mi amo.

—¿Qué es eso? —dijo uno de los ladrones, incorporándose.

El primero cerró el puño en torno a la piedra, dirigiendo una

mirada de advertencia a los demás. Miró de nuevo a Szeth.

—¿Tu amo? ¿Qué significa eso exactamente?

—He de obedecerte —dijo Szeth—. En todas las cosas, aunque no cumpliré ninguna orden para darme muerte a mí mismo.

Tampoco le podían ordenar que entregara su Hoja, pero no había ninguna necesidad de mencionar eso en este momento.

—¿Me obedecerás? —dijo el ladrón—. ¿Quieres decir que harás lo que yo diga?

—Sí.

—¿Cualquier cosa que yo diga?

Szeth cerró los ojos.

—Sí.

—Vaya, esto sí que es interesante —murmuró el hombre—. Muy pero que muy interesante…



Mapa principal de las Llanuras Quebradas. Al este, puede advertirse claramente la Torre, la meseta más alta de la roca. Los campamentos son visibles al oeste.
Los glifos y los números de las mesetas han sido eliminados para conservar la claridad de esta reproducción a escala del cuadro original de la galería de mapas de su majestad Elhakar

PARTE

DOS

Las tormentas iluminadoras

DALINAR * KALADIN * ADOLIN



«Viejo amigo, espero que esta misiva te encuentre bien. Aunque, como ahora eres esencialmente inmortal, supongo que encontrarse bien por tu parte es cosa hecha.»

—Hoy es un día excelente para matar a un dios —anunció el rey Elhokar, cabalgando bajo el brillante cielo despejado—. ¿No diríais lo mismo?

—Indudablemente, majestad —la respuesta de Sadeas fue suave, rápida y con una sonrisa de complicidad—. Podríamos decir que los dioses, por norma, deberían temer a los nobles alezi. A la mayoría de nosotros, al menos.

Adolin sujetó las riendas con algo más de fuerza: cada vez que el alto príncipe Sadeas hablaba se tensaba.

—¿Tenemos que cabalgar en vanguardia? —susurró Renarin.

—Quiero escuchar —respondió Adolin en voz baja.

Su hermano y él cabalgaban cerca de la vanguardia de la columna, junto al rey y los altos príncipes. Tras ellos se extendía una gran procesión; mil soldados con el azul de Kholin, docenas de sirvientes, e incluso mujeres en palanquines para escribir relatos de la caza. Adolin los contempló mientras echaba mano a su cantimplora.

Llevaba puesto su armadura esquirlada, y por eso tenía que tener cuidado cuando la cogió, no fuera a aplastarla. Los músculos

reaccionaban con velocidad, fuerza y destreza aumentadas cuando llevabas puesta la armadura, y hacía falta práctica para usarla correctamente. Adolin todavía se sorprendía de vez en cuando, aunque tenía este atuendo (heredado de la parte materna de la familia) desde que cumplió los dieciséis años, hacía ya siete.

Se volvió y tomó un largo trago de agua tibia. Sadeas cabalgaba a la izquierda del rey, y Dalinar, el padre de Adolin, era una sólida figura que lo hacía a la derecha. El último alto príncipe de la cacería era Vamah, que no era portador de esquirlada.

El rey estaba resplandeciente con su armadura esquirlada de color dorado; naturalmente, la armadura podía hacer que cualquiera pareciera regio. Incluso Sadeas parecía impresionante cuando llevaba su armadura roja, aunque su cara bulbosa y su tez sonrosada debilitaran el efecto. Sadeas y el rey hacían alarde de sus armaduras. Y…, bueno, tal vez Adolin también. Había pintado la suya de azul, con unos cuantos adornos en el yelmo y las hombreras para darle un aspecto de mayor peligro. ¿Cómo se podía no alardear cuando llevabas algo tan grandioso como una armadura esquirlada?

Adolin tomó otro sorbo y escuchó al rey hablar de su emoción por la caza. Solo un portador de esquirlada en la procesión (de hecho, solo un portador en los diez ejércitos) no usaba pintura ni adornos en su armadura. Dalinar Kholin. El padre de Adolin prefería dejar su armadura con su color natural gris pizarra.

Dalinar cabalgaba junto al rey, el rostro sombrío. Cabalgaba con el yelmo atado a su silla, revelando un rostro cuadrado rematado por unos cabellos negros y cortos que se habían vuelto blancos en las sienes. Pocas mujeres habían llamado jamás guapo a Dalinar Kholin: su nariz tenía la forma equivocada, sus rasgos eran duros en vez de delicados. Era el rostro de un guerrero.

Montaba un enorme caballo negro de Ryshadium, uno de los corceles más grandes que Adolin había visto en su vida. Y aunque el rey y Sadeas parecían regios con sus armaduras, de algún modo Dalinar conseguía parecer un soldado. Para él, la armadura no era un adorno. Era una herramienta. Nunca parecía sorprendido por la fuerza o la velocidad que la armadura le concedía. Era como si para él llevarla fuera su estado natural y los momentos en que no la tenía puesta fueran anormales. Tal vez ese era el motivo por el que se

había ganado la reputación de ser uno de los mejores guerreros y generales que habían vivido jamás.

Adolin deseó de pronto, apasionadamente, que su padre hiciera un poco más hoy en día que vivir de su reputación.

«Está pensando en las visiones», pensó, observando la expresión distante y los ojos preocupados de su padre.

—Volvió a suceder anoche —le dijo en voz baja a Renarin—. Durante la alta tormenta.

—Lo sé —contestó Renarin, la voz medida, controlada. Siempre hacía una pausa antes de responder a una pregunta, como si probara las palabras en su mente. Algunas mujeres que Adolin conocía decían que la forma de ser de Renarin las hacía sentirse como si las estuviera diseccionando con su mente. Temblaban cuando hablaban de él, aunque Adolin nunca había encontrado incómodo a su hermano menor.

—¿Qué crees que significan? —preguntó Adolin, hablando en voz baja para que solo Renarin pudiera oírlo—. Los…, episodios de padre.

—No lo sé.

—Renarin, no podemos seguir ignorándolos. Los soldados hablan. ¡Los rumores se extienden por los diez ejércitos!

Dalinar Kholin se estaba volviendo loco. Cada vez que se producía una alta tormenta, caía al suelo y empezaba a temblar. Luego empezaba a farfullar. A menudo, se levantaba, los ojos azules desencajados y salvajes, y estremecía y agitaba. Adolin tenía que sujetarlo para que no se hiciera daño a sí mismo ni a los demás.

—Ve cosas —dijo Adolin—. O cree que las ve.

El abuelo de Adolin había sufrido delirios. Cuando envejeció, creyó que había vuelto a la guerra. ¿Era eso lo que le había ocurrido a Dalinar? ¿Estaba reviviendo batallas de juventud, los días en que había ganado su fama? ¿O era aquella terrible noche la que veía una y otra vez, la noche en que su hermano fue asesinado por el asesino de blanco? ¿Y por qué mencionaba tan a menudo a los Caballeros Radiantes después de sus episodios?

Todo aquello hacía que Adolin se sintiera enfermo. Dalinar era el Aguijón Negro, un genio en el campo de batalla, una leyenda viviente. Juntos, su hermano y él habían reunificado a los altos

príncipes de Alezkar en guerra después de siglos de lucha. Había derrotado a incontables caballeros en duelo, había ganado docenas de batallas. Todo el reino se miraba en él. Y ahora esto.

¿Qué hacías, como hijo, cuando el hombre al que amabas (el hombre vivo más grande) empezaba a perder la cabeza?

Sadeas hablaba de una victoria reciente. Había ganado otra gema corazón hacía dos días, y parecía que el rey no se había enterado. Adolin se tensó al oírlo alardear.

—Deberíamos irnos atrás —dijo Renarin.

—Tenemos suficiente rango para estar aquí —repuso Adolin.

—No me gusta cómo te pones cuando estás cerca de Sadeas.

«Tenemos que vigilar a ese hombre, Renarin —pensó Adolin—. Sabe que padre está debilitándose. Intentará golpear.» No obstante, Adolin se obligó a sonreír. Trataba de parecer relajado y confiado delante de Renarin. Normalmente, eso no era difícil. Pasaría felizmente toda su vida librando duelos, retozando y cortejando a la chica bonita de turno. Últimamente, sin embargo, la vida no parecía dispuesta a dejarlo disfrutar de sus placeres sencillos.

—… modelo de valor, Sadeas —estaba diciendo el rey—. Has hecho muy bien al capturar las gemas corazón. Te felicito.

—Gracias, majestad. Aunque la competición se vuelve aburrida, ya que alguna gente no parece interesada en participar. Supongo que incluso las mejores armas acaban por estancarse.

Dalinar, que en otro momento tal vez habría respondido a la velada acusación, no dijo nada. Adolin apretó los dientes. Era vergonzoso que Sadeas le lanzara indirectas a su padre en su situación actual. Tal vez Adolin debería retar a aquel bastardo pomposo. No se libran duelos con los altos príncipes: era algo que no se hacía a menos que estuvieras dispuesto a causar un gran escándalo. Pero tal vez él lo estaba. Tal vez…

—Adolin… —advirtió Renarin.

Adolin miró hacia el lado. Extendió la mano, como para invocar su espada. En cambio, sujetó las riendas con la mano. «La tormenta te maldiga —pensó—. Deja en paz a mi padre.»

—¿Por qué no hablamos de la cacería? —dijo Renarin. Como de costumbre, el más joven de los Kholin cabalgaba con la espalda recta y la postura perfecta, los ojos ocultos tras sus gafas, un modelo

de decoro y solemnidad—. ¿No estás emocionado?

—Bah —respondió Adolin—. Las cacerías nunca me han parecido tan interesantes como dice todo el mundo. No me importa lo grande que sean las bestias. Al final, es solo una carnicería.

Pero los duelos, esos sí que eran emocionantes. La sensación de la hoja esquirlada en tu mano, de enfrentarse a alguien habilidoso, dotado y cuidadoso. Hombre contra hombre, fuerza contra fuerza, mente contra mente. Cazar a una bestia estúpida no podía compararse con eso.

—Tal vez deberías haber invitado a Janala —dijo Renarin.

—No habría venido. No después…, bueno, ya sabes. Rilla se mostró muy expresiva ayer. Fue mejor marcharse.

—Tendrías que haberla tratado mejor —dijo Renarin, como desaprobando su conducta.

Adolin murmuró una evasiva. No era culpa suya que sus relaciones se consumieran tan rápidamente. Bueno, técnicamente, esta vez sí era culpa suya. Pero no era corriente. Esto era solo una rareza.

El rey empezó a quejarse por algo. Renarin y Adolin se habían quedado atrás, y Adolin no podía oír lo que decía.

—Acerquémonos —dijo, espoleando a su caballo.

Renarin puso los ojos en blanco, pero lo siguió.

«Únelos.»

La palabra zumbó en la mente de Dalinar. No podría librarse de ella. Lo consumía mientras montaba a *Galante* por una rocosa meseta de las Llanuras Quebradas.

—¿No tendríamos que haber llegado ya? —preguntó el rey.

—Todavía estamos a dos o tres mesetas del sitio de caza, majestad —dijo Dalinar, distraído—. Será otra hora, tal vez, observando los protocolos adecuados. Si tuviéramos un punto de observación, quizá podríamos ver el pabellón de…

—¿Un punto de observación? ¿No valdría esa formación rocosa de ahí delante?

—Supongo —dijo Dalinar, inspeccionando la roca, parecida a una torre—. Podríamos enviar exploradores a comprobarlo.

—¿Exploradores? Bah. Necesito una carrera, tío. Te apuesto

cinco broams completos a que puedo ganarte hasta la cima.

Y con esas palabras, el rey echó a galopar con un tronar de cascos, dejando atrás a un asombrado grupo de ojos claros, ayudantes, y guardias.

—¡Tormentas! —maldijo Dalinar, espoleando a su caballo—. ¡Adolin, tienes el mando! Asegura la siguiente meseta, por si acaso.

Su hijo, que venía detrás, asintió bruscamente. Dalinar galopó tras el rey, una figura de armadura dorada y larga capa azul. Los cascos de los caballos resonaron contra la piedra, las formaciones rocosas quedaron atrás. Por delante, la empinada aguja de roca se alzaba en la meseta. Esas formaciones eran comunes aquí en las Llanuras Quebradas.

«Maldito muchacho.» Dalinar seguía considerando a Elhokar un muchacho, aunque el rey tenía veintisiete años. Pero a veces actuaba como un chiquillo. ¿Por qué no podía advertirlo de antemano antes de lanzarse a una de estas acciones?

Con todo, mientras cabalgaba, Dalinar admitió para sí que le sentaba bien cabalgar libremente, el yelmo quitado, el rostro al viento. Su pulso se aceleró cuando se sumergió en la carrera, y perdonó su impetuoso principio. Por el momento, Dalinar se permitió olvidar sus preocupaciones y las palabras que resonaban en su cabeza.

¿El rey quería una carrera? Bien, Dalinar le daría una carrera.

Lo adelantó. El corcel de Elhokar era de buena raza, pero nunca podría igualar a *Galante*, que era un ryshadio puro, dos manos más alto y mucho más fuerte que un caballo corriente. Los animales escogían a sus jinetes, y solo una docena de hombres en todos los campamentos de guerra eran tan afortunados. Dalinar era uno, Adolin otro.

En cuestión de segundos, Dalinar llegó a la base de la formación. Saltó de la silla mientras *Galante* seguía en movimiento. Cayó con fuerza, pero la armadura esquirlada absorbió el impacto, aplastando la piedra bajo sus botas de metal mientras se detenía. Los hombres que no habían usado jamás la armadura (sobre todo aquellos que estaban acostumbrados a su primo inferior, la simple cota o el peto) nunca podrían comprender. La esquirlada no era solo una armadura. Era mucho más.

Corrió hacia el pie de la formación rocosa mientras Elhokar galopaba detrás, Dalinar saltó, las piernas ayudadas por la armadura lo impulsaron unos dos metros y agarró un asidero en la piedra. Con un tirón, se aupó, usando la fuerza de muchos hombres que le concedía la armadura. La Emoción de la competición empezó a alzarse en su interior. No era tan aguda como la Emoción de la batalla, pero sí un sustituto digno.

La roca crujió bajo él. Elhokar había empezado a escalar también. Dalinar no miró hacia abajo. Mantuvo los ojos fijos en la pequeña plataforma natural que había en lo alto de la formación de doce metros. Se agarró con los dedos recubiertos de acero, buscando un asidero tras otro. Los guanteletes cubrían sus manos, pero la antigua armadura de algún modo transfería la sensación a sus dedos. Era como si llevara puestos unos finos guantes de cuero.

Un sonido de roce llegó desde la derecha, acompañado de una voz que maldecía entre dientes. Elhokar había tomado un camino distinto, esperando adelantarlo, pero había encontrado una sección sin asideros arriba. Su avance quedaba frenado.

La armadura dorada del rey chispeó mientras miraba a Dalinar. Elhokar apretó los dientes y miró hacia arriba, y entonces se lanzó con un poderoso salto hacia un saliente.

«Muchacho alocado», pensó Dalinar, viendo cómo el rey parecía colgar en el aire durante un momento antes de agarrarse a la roca saliente. Entonces el rey se aupó y continuó escalando.

Dalinar se movió furiosamente, la piedra rechinando bajo sus dedos de metal, las lascas cayendo libres. El viento agitaba su capa. Se esforzó, insistió, y consiguió adelantar al rey. La cima estaba a pocos metros de distancia. La Emoción le cantaba. Buscaba el objetivo, decidido a ganar. No podía perder. Tenía que…

«Únelos.»

Vaciló, sin saber por qué, y dejó que su sobrino lo adelantara.

Elhokar se aupó a la formación rocosa, y soltó una carcajada triunfal. Se volvió hacia Dalinar y extendió una mano.

—¡Por los vientos de las tormentas, tío, sí que has hecho una buena carrera! Al final, creí que ibas a ganarme.

El triunfo y la alegría en el rostro de Elhokar provocaron una sonrisa en Dalinar. El joven necesitaba victorias. Incluso las

pequeñas le harían bien. Los glorispren, como diminutos globos de luz dorada transparente, empezaron a cobrar existencia a su alrededor, atraídos por su sensación de éxito. Bendiciéndose a sí mismo por haber vacilado, Dalinar aceptó la mano del rey, dejando que Elhokar lo ayudara a subir. Apenas había suficiente espacio en lo alto de la torre natural para ambos.

Tras inspirar profundamente, Dalinar le dio una fuerte palmada en la espalda. El metal resonó contra el metal.

—Ha sido una buena competición, majestad. Y lo has hecho muy bien.

El rey sonrió. Su armadura dorada brillaba al sol de mediodía. Tenía la visera alzada, revelando sus ojos amarillo claro, su fuerte nariz y un rostro lampiño que era casi demasiado guapo, con sus labios carnosos, la ancha frente y la barbilla firme. Gavilar había tenido también aquel aspecto antes de sufrir la rotura de la nariz y aquella terrible cicatriz en la barbilla.

Bajo ellos, la Guardia de Cobalto y algunos de los ayudantes de Elhokar se acercaban a caballo, incluido Sadeas. Su armadura brillaba en rojo, aunque no era un portador de esquirlada completo: solo tenía la armadura, no la espada.

Dalinar alzó la mirada. Desde esta altura, podía contemplar una gran porción de las Llanuras Quebradas y experimentó un extraño momento de familiaridad. Sentía como si hubiera estado antes en este punto de observación, contemplando un paisaje roto.

El momento pasó en un latido.

—Allí —dijo Elhokar, señalando con una mano recubierta por el guantelete dorado—. Puedo ver nuestro destino.

Dalinar se cubrió los ojos y detectó un gran pabellón de lona a tres mesetas de distancia donde ondeaba la bandera del rey. Anchos puentes permanentes conducían hasta aquel lugar; estaban relativamente cerca del lado alezi de las Llanuras Quebradas, en mesetas que el propio Dalinar mantenía. Un abismoide que vivía aquí era su presa, la riqueza de su corazón su privilegio.

—Tenías razón una vez más, tío —dijo Elhokar.

—Intento que eso sea una costumbre.

—Supongo que no puedo echarte la culpa por eso. Aunque pueda derrotarte en una carrera de vez en cuando.

Dalinar sonrió.

—Me siento joven de nuevo, persiguiendo a tu padre por algún ridículo desafío.

Los labios de Elhokar se tensaron en una fina línea, y los glorispren se desvanecieron. Mencionar a Gavilar lo llenaba de amargura: sentía que los demás lo comparaban desfavorablemente con el antiguo rey. Por desgracia, no se equivocaba.

Dalinar continuó rápidamente.

—Debemos haber parecido los diez locos, corriendo de esa forma. Deseo que me des más tiempo para preparar tu guardia de honor. Esto es una zona de guerra.

—Bah. Te preocupas demasiado, tío. Desde hace años los parshendi no han atacado desde tan cerca nuestro lado de las Llanuras.

—Bueno, parecías preocupado por tu seguridad hace dos noches.

Elhokar suspiró con fuerza.

—¿Cuántas veces debo explicártelo, tío? Puedo enfrentarme a soldados enemigos espada en mano. Es de lo que pueden enviar cuando no miramos, cuando todo está oscuro y silencioso, de lo que deberías intentar protegerme.

Dalinar no respondió. El nerviosismo, incluso la paranoia de Elhokar en lo referido a un posible asesinato era fuerte. ¿Pero quién podía reprochárselo, considerando lo que le había sucedido a su padre?

«Lo siento, hermano», pensó, como hacía cada vez que pensaba en la noche en que murió Gavilar. Solo, sin su hermano para protegerlo.

—He examinado ese asunto del que me hablaste —dijo Dalinar, espantando los malos recuerdos.

—¿Sí? ¿Y qué has descubierto?

—Me temo que no mucho. No había rastros de intrusos en tu balcón, y ninguno de los criados informó de que hubiera ningún extraño en la zona.

—Había alguien observándome en la oscuridad de la noche.

—Si es así, no han regresado, majestad. Y no dejaron huellas.

Elhokar parecía insatisfecho, y el silencio entre ellos aumentó. Abajo, Adolin se reunió con los exploradores y preparó el cruce de

las tropas. Elhokar había protestado por cuántos hombres había traído Dalinar. La mayoría no serían necesarios en la cacería: los portadores de esquirlada, no los soldados, matarían a la bestia. Pero Dalinar se encargaría de que su sobrino estuviera protegido. Las incursiones parshendi se habían vuelto menos atrevidas durante los años de lucha (las escribas alezi calculaban que su número era una cuarta parte de su fuerza anterior, aunque era difícil juzgarlo), pero la presencia del rey podría ser suficiente para lanzarlos a un ataque intrépido.

Los vientos asaltaron a Dalinar, trayendo consigo aquella leve familiaridad que había experimentado unos minutos antes. Allí de pie en lo alto del pico, contemplando la desolación. Una sensación de horrible y sorprendente perspectiva.

«Eso es, pensó. Estuve en lo alto de una formación como esta. Sucedió durante…»

Durante una de sus visiones. La primera.

«Debes unirlos —le habían dicho las extrañas y resonantes palabras—. Tienes que prepararte. Hacer de tu pueblo una fortaleza de fuerza y paz, una muralla para resistir los vientos. Dejad de pelear y uníos. Se avecina la Tormenta Eterna.»

—Majestad —se encontró diciendo—. Yo…

Se interrumpió nada más empezar. ¿Qué podía decir? ¿Que había estado teniendo visiones? ¿Que, desafiando toda doctrina y todo sentido común, creía que esas visiones podían proceder del Todopoderoso? ¿Que pensaba que deberían retirarse del campo de batalla y regresar a Alezkar?

Pura locura.

—¿Tío? —preguntó el rey—. ¿Qué quieres?

—Nada. Vamos, regresemos con los demás.

Adolin enroscó en su dedo una de las riendas de piel de cerdo mientras montaba su caballo, esperando al siguiente grupo de exploradores y sus informes. Había conseguido apartar su mente de su padre y Sadeas, y reflexionaba cómo iba a explicar su ruptura con Rilla de un modo que le hiciera ganar alguna compasión por parte de Janala.

A Janala le encantaban los antiguos poemas épicos. ¿Podría

formular la ruptura en términos dramáticos? Sonrió, pensando en sus exuberantes cabellos negros y su picara sonrisa. Ella había sido atrevida al abordarlo, aunque se sabía que estaba cortejando a otra. Podría utilizar eso también. Tal vez Renarin tenía razón, quizá debería de haberla invitado a la cacería. La perspectiva de luchar contra un conchagrande le habría parecido mucho más interesante si alguien hermoso y de largos cabellos lo estaba mirando…

—Los nuevos informes de los exploradores han llegado, brillante señor Adolin —dijo Tardar, tras acercarse corriendo.

Adolin volvió al presente. Había tomado posiciones con algunos miembros de la Guardia de Cobalto junto a la base de la alta formación rocosa donde su padre y el rey seguían todavía conversando. Tardar, señor de los exploradores, era un hombre de rostro demacrado y pecho y brazos gruesos. Desde algunos ángulos, su cabeza parecía tan relativamente pequeña para su cuerpo que daba la impresión de que la habían aplastado.

—Adelante —dijo Adolin.

—La avanzadilla se ha reunido con el maestro de caza y han regresado. No hay rastro de parshendi en ninguna de las mesetas cercanas. Las compañías Dieciocho y Veintiuno están en posición, aunque todavía faltan ocho compañías por llegar.

Adolin asintió.

—Que la compañía Veintiuno envíe a algunos jinetes a vigilar desde las mesetas catorce y dieciséis. Y dos cada uno en las mesetas seis y ocho.

—¿Seis y ocho? ¿Detrás de nosotros?

—Si yo fuera a emboscar a la partida, la rodearía y cortaría la posibilidad de huida —contestó Adolin—. Hazlo.

Tardar saludó.

—Sí, brillante señor.

Se marchó corriendo a transmitir las órdenes.

—¿Crees de verdad que todo eso es necesario? —preguntó Renarin, que cabalgaba tras Adolin.

—No. Pero padre querrá que se haga de todas formas. Lo sabes.

Hubo movimiento arriba. Adolin alzó la mirada a tiempo como para ver al rey saltar de la formación rocosa, la capa ondeando tras él mientras caía unos doce metros hasta el suelo de roca. Su padre

se encontraba en el saliente, y Adolin pudo imaginarlo maldiciendo para sus adentros ante lo que consideraba un gesto estúpido. La armadura esquirlada podía soportar una caída así, pero era lo bastante alto para resultar peligroso.

Elhokar aterrizó con un fuerte crujido, levantando lascas de piedra y una gran vaharada de luz tormentosa. Consiguió permanecer erguido. El padre de Adolin siguió un camino de bajada más seguro, y descendió hasta un saliente más bajo antes de dar el salto.

«Últimamente parece tomar el camino más seguro con más frecuencia —pensó Adolin—. Y a menudo parece encontrar motivos para darme también el mando.» Pensativo, Adolin trotó hasta la sombra de la formación rocosa. Necesitaba un informe de la retaguardia: su padre querría oírlo.

Su camino lo llevó a pasar ante un grupo de ojos claros de la partida de Sadeas. El rey, Sadeas y Vamah tenían cada uno una colección de asistentes, ayudantes y sicofantes que los acompañaban. Mirarlos cabalgar con sus cómodas sedas, sus guerreras abiertas y sus palanquines cubiertos hacía que Adolin fuera consciente de su sudorosa y gruesa armadura. La armadura esquirlada era maravillosa y te daba poder, pero bajo un sol caluroso podía hacer que un hombre deseara algo menos restringido.

Pero, naturalmente, no habría llevado ropa informal como los demás. Adolin tenía que ir de uniforme, incluso en una cacería. Los Códigos de Guerra alezi lo ordenaban. No importaba que nadie los hubiera seguido desde hacía siglos. O al menos nadie más que Dalinar Kholin y, por extensión, sus hijos.

Adolin pasó ante un par de ojos claros que descansaban, Vartian y Lomard, dos de los recientes seguidores de Sadeas. Hablaban tan fuerte que Adolin pudo oírlos. Probablemente lo hacían a propósito.

—Correr de nuevo detrás del rey —decía Vartian, sacudiendo la cabeza—. Como un cachorro de sabueso-hacha mordisqueando los talones de su amo.

—Vergonzoso —dijo Lomard—. ¿Cuánto tiempo hace que Dalinar ganó una gema corazón? La única vez que puede conseguir una es cuando el rey le permite cazarla sin competencia.

Adolin apretó los dientes y continuó su camino. La interpretación de los Códigos que hacía su padre no permitía que Adolin desafiara a un hombre a duelo mientras estaba de servicio o al mando. Le molestaban aquellas restricciones innecesarias, pero Dalinar había hablado como oficial al mando de Adolin. Eso significaba que no había posibilidad de discusión. Tendría que encontrar un modo de batirse en duelo con los dos aduladores idiotas en otro momento, para ponerlos en su sitio. Por desgracia, no podía retar a todos los que hablaban mal de su padre.

El mayor problema era que las cosas que decían contenían parte de verdad. Los principados alezi eran como reinos en sí mismos, todavía mayormente anónimos a pesar de haber aceptado a Gavilar como rey. Elhokar había heredado el trono, y Dalinar, por derecho, había tomado como propio el principado Kholin.

Sin embargo, la mayoría de los altos príncipes solo aceptaban de boquilla el dominio supremo del rey. Eso dejaba a Elhokar sin tierra que fuera específicamente suya. Tendía a actuar como un alto príncipe del principado Kholin, mostrando gran interés en su administración día a día. Así, aunque Dalinar tendría que haber sido gobernante por sí mismo, se inclinaba ante los caprichos de Elhokar y dedicaba sus recursos a proteger a su vecino. Eso lo debilitaba a los ojos de los demás: no era más que un guardaespaldas glorificado.

Antaño, cuando Dalinar era temido, los hombres no se habían atrevido a susurrar estas cosas. ¿Pero ahora? Dalinar asistía cada vez a menos ataques en las mesetas, y sus fuerzas se quedaban atrás en la captura de preciosas gemas corazón. Mientras los otros luchaban y ganaban, Dalinar y sus hijos se pasaban el tiempo dedicados a la burocracia administrativa.

Adolin quería estar ahí fuera luchando, matando parshendi. ¿De qué servía seguir los Códigos de la Guerra cuando rara vez podía ir a la guerra? «Es culpa de esos delirios.» Dalinar no era débil, y desde luego no era un cobarde, no importaba lo que dijera la gente. Solo estaba preocupado.

Los capitanes de retaguardia no habían formado todavía, así que en cambio Adolin decidió entregarle un informe al rey. Trotó hacia él…, uniéndose a Sadeas, que hacía lo mismo. De forma no del todo

inesperada, Sadeas lo miró con mala cara. El alto príncipe odiaba que Adolin tuviera una espada esquirlada mientras que él no tenía: llevaba años anhelando tener una.

Adolin miró al alto príncipe a los ojos, sonriendo. «Cuando quieras batirte conmigo por mi hoja, Sadeas, adelante, inténtalo.» Qué no daría Adolin por tener a aquella anguila en el coso de duelos.

Cuando Dalinar y el rey se acercaron cabalgando, Adolin habló rápidamente, antes de que pudiera hacerlo Sadeas.

—Majestad, tengo el informe de los exploradores.

El rey suspiró.

—Más de nada, supongo. Sinceramente, tío, ¿debemos recibir un informe de cada pequeño detalle del ejército?

—Estamos en guerra, majestad —dijo Dalinar.

Elhokar suspiró, agobiado.

«Eres un hombre extraño, primo», pensó Adolin. Elhokar veía asesinos en cada sombra, y sin embargo a menudo despreciaba la amenaza parshendi. Se perdía cabalgando como había hecho hoy, sin guardia de honor, y saltaba de una formación rocosa de doce metros de altura. Sin embargo, no dormía por las noches, petrificado de horror.

—Di tu informe, hijo —ordenó Dalinar.

Adolin vaciló, sintiéndose ahora como un idiota por la falta de sustancia de lo que tenía que decir.

—Los exploradores no han visto ningún indicio de los parshendi. Se han reunido con el maestro de caza. Dos compañías han asegurado la siguiente meseta, y las otras ocho tardarán algún tiempo en cruzarla. Pero estamos cerca.

—Sí, lo vimos desde arriba —dijo Elhokar—. Tal vez unos cuantos podríamos adelantarnos…

—Majestad —interrumpió Dalinar—. Sería un poco absurdo traer mis tropas para dejarlas atrás.

Elhokar puso los ojos en blanco. Dalinar no cedió, su expresión tan inmóvil como las rocas que los rodeaba. Verlo así, firme, inflexible ante un desafío, hizo que Adolin sonriera lleno de orgullo. ¿Por qué no podía ser así todo el tiempo? ¿Por qué se echaba atrás tan a menudo ante los insultos o los retos?

—Muy bien —dijo el rey—. Haremos una pausa y esperaremos a que el ejército cruce.

Los ayudantes del rey respondieron inmediatamente, los hombres desmontaron, las mujeres hicieron que los portadores de sus palanquines las depositaran en el suelo. Adolin se marchó para recibir aquel informe de retaguardia. Cuando regresó, Elhokar prácticamente celebraba cortes. Sus sirvientes habían emplazado un pequeño pabellón para darle sombra, y otros servían vino helado, usando uno de los nuevos fabriales que podían enfriar las cosas.

Adolin se quitó el yelmo y se secó la frente con su pañuelo, deseando una vez más poder unirse a los demás y disfrutar de un poco de vino. En cambio, se bajó del caballo y fue a buscar a su padre. Dalinar estaba de pie ante el pabellón, las manos enguantadas a la espalda, mirando hacia el este, hacia el Origen, el distante lugar que no podía verse, donde empezaban las altas tormentas. Renarin estaba a su lado, mirando también, como intentando ver qué le parecía tan interesante a su padre.

Adolin apoyó una mano en el hombro de su hermano, y Renarin le sonrió. Adolin sabía que su hermano, que tenía ya diecinueve años, se sentía fuera de lugar. Aunque llevaba espada al cinto, apenas sabía usarla. Su enfermedad de la sangre le dificultaba pasar cualquier cantidad razonable de tiempo practicando.

—Padre, tal vez el rey tenga razón —dijo Adolin—. Tal vez deberíamos haber avanzado rápidamente. Preferiría acabar de una vez esta cacería.

Dalinar lo miró.

—Cuando tenía tu edad, me entusiasmaban estas cacerías. Abatir un conchagrande era el momento culminante del año para los jóvenes.

«Otra vez no», pensó Adolin. ¿Por qué le ofendía tanto a todo el mundo que la caza no le pareciera excitante?

—Es solo un chull grande, padre.

—Esos «chulls grandes» crecen hasta los cuatro metros y medio de altura y son capaces de aplastar incluso a un hombre con una armadura esquirlada.

—Sí —contestó Adolin—, y por eso tendremos que hacer de cebo durante horas mientras nos asamos al sol. Si decide aparecer,

lo acribillaremos a flechazos, solo para acercarnos cuando esté tan débil que apenas pueda resistirse mientras lo matamos con las espadas esquirladas. Muy honorable.

—No es un duelo, sino una cacería. Una gran tradición.

Adolin lo miró alzando una ceja.

—Y, sí, puede ser tedioso —añadió Dalinar—. Pero el rey insistió.

—Todavía acusas tus problemas con Rilla, Adolin —dijo Renarin —. Estabas ansioso hace una semana. Tendrías que haber invitado a Janala.

—Janala odia la caza. Piensa que es una costumbre bárbara.

Dalinar frunció el ceño.

—¿Janala? ¿Quién es Janala?

—La hija del brillante señor Lustow —dijo Adolin.

—¿La estás cortejando?

—Todavía no, pero lo intento.

—¿Qué pasó con la otra chica? ¿La bajita a la que le gustaba ponerse lazos plateados en el pelo?

—¿Deeli? —dijo Adolin—. ¡Padre, dejé de cortejarla hace más de dos meses!

—¿Sí?

—Sí.

Dalinar se frotó la barbilla.

—Ha habido dos entre Janala y ella, padre —aclaró Adolin—. Tendrías que prestar más atención.

—El Todopoderoso ayude a cualquier hombre que intente llevar la cuenta de tus retorcidos cortejos, hijo.

—La más reciente fue Rilla —dijo Renarin.

Dalinar frunció el ceño.

—Y vosotros dos…

—Tuvimos algunos problemas ayer —dijo Adolin. Tosió, decidido a cambiar de tema—. Por cierto, ¿no te parece extraño que el rey insistiera en venir a cazar el abismoide en persona?

—No especialmente. No es corriente que uno de buen tamaño aparezca por aquí, y el rey rara vez participa en las cargas. Esto es para él una forma de luchar.

—¡Pero es tan paranoico! ¿Por qué quiere ir a cazar ahora,

exponiéndose en las Llanuras?

Dalinar se volvió a mirar el toldo del rey.

—Sé que parece extraño, hijo. Pero el rey es un hombre más complejo de lo que muchos piensan. Le preocupa que sus súbditos lo consideren un cobarde por lo mucho que teme a los asesinos, y por eso busca formas de demostrar su valor. Formas alocadas, en ocasiones…, pero no es el primer hombre que he visto que se enfrenta a la batalla sin miedo, y sin embargo vive aterrorizado por los cuchillos en las sombras. La característica de la inseguridad es la bravata.

»El rey está aprendiendo a liderar. Necesita esta cacería. Necesita demostrarse a sí mismo, y a los demás, que es fuerte y digno para dirigir un reino en guerra. Por eso lo animé. Una cacería de éxito, en las circunstancias actuales, podría impulsar su reputación y su confianza.

Adolin cerró lentamente la boca, pues las palabras de su padre silenciaron sus quejas. Era curioso cómo las acciones del rey tenían sentido cuando se explicaban de esta forma. Adolin miró a su padre. «¿Cómo pueden decir los demás que es un cobarde? ¿No ven su sabiduría?»

—Sí —dijo Dalinar, la mirada distante—. Tu sobrino es mejor hombre de lo que muchos piensan, y un rey más fuerte. Al menos podría serlo. Yo solo tengo que averiguar cómo persuadirlo para que abandone las Llanuras Quebradas.

Adolin se sobresaltó.

—¿Qué?

—No lo entendí al principio —continuó Dalinar—. Únelos. Se supone que he de unirlos. ¿Pero no están unidos ya? Luchamos juntos aquí, en las Llanuras Quebradas. Tenemos un enemigo común en los parshendi. Empiezo a ver que solo estamos unidos de nombre. Los altos príncipes sirven de boquilla a Elhokar, pero esta guerra, este asedio, es para ellos un juego. Una competición de unos contra otros.

»No podemos unirlos aquí. Tenemos que regresar a Alezkar y estabilizar nuestra patria, aprender a trabajar juntos como una sola nación. Las Llanuras Quebradas nos dividen. Los demás se preocupan demasiado por obtener riquezas y privilegios.

—¡Las riquezas y los privilegios son la esencia de los alezi, padre! —dijo Adolin. ¿De verdad estaba oyendo esto?—. ¿Qué hay del Pacto de la Venganza? ¡Los altos príncipes juraron desquitarse de los parshendi!

—Y lo hemos hecho —Dalinar miró a Adolin—. Me doy cuenta de que parece terrible, hijo, pero algunas cosas son más importantes que la venganza. Yo amaba a Gavilar. Lo echo muchísimo de menos, y odio a los parshendi por lo que hicieron. Pero la obra de la vida de Gavilar era unir Alezkar, e iré a Condenación antes de dejar que eso se pierda.

—Padre —dijo Adolin, dolorido—, si algo va mal aquí, es porque no nos esforzamos lo suficiente. ¿Crees que los altos príncipes están jugando? ¡Bien, demuéstrales cómo hay que hacerlo! En vez de hablar de retirada, deberíamos estar hablando de avanzar, de golpear a los parshendi en vez de asediarlos.

—Tal vez.

—Sea como sea, no podemos hablar de retirada —dijo Adolin. Los hombres comentaban ya que Dalinar había perdido el valor. ¿Qué dirían si se enteraran de esto?—. No has hablado de esto con el rey ¿no?

—Todavía no. No he encontrado el modo adecuado.

—Por favor. No lo hables con él.

—Ya veremos.

Dalinar se volvió hacia las Llanuras Quebradas, la mirada distante de nuevo.

—Padre…

—Has expresado tu argumento, hijo, y yo lo he respondido. No insistas. ¿Tienes el informe de la retaguardia?

—Sí.

—¿Y el de la vanguardia?

—Acabo de comprobar con ellos y…

Se calló. Maldición. Había pasado tanto rato que probablemente ya era hora de que la partida del rey avanzara. Los últimos soldados no podían dejar esta meseta hasta que el rey estuviera a salvo al otro lado.

Adolin suspiró y se dirigió a recoger el informe. Poco después, todos habían cruzado el abismo y cabalgaban por la siguiente

meseta. Renarin se le acercó y trató de entretenerlo conversando, pero Adolin solo respondió de mala gana.

Estaba empezando a sentir una extraña ansiedad. La mayoría de los hombres veteranos del ejército, incluso aquellos que solo eran unos pocos años más viejos que él, habían luchado junto a su padre en los días gloriosos. Adolin sentía celos de todos aquellos hombres que habían conocido a su padre y lo habían visto luchar cuando no estaba tan constreñido por los Códigos.

Los cambios en Dalinar habían comenzado con la muerte de su hermano. Fue aquel día terrible cuando todo empezó a salir mal. La pérdida de Gavilar casi lo había destrozado, y Adolin nunca perdonaría a los parshendi por haber causado tanto dolor a su padre. Nunca. Los hombres luchaban en las Llanuras por muchos motivos, pero Adolin había venido por esto. Tal vez si derrotaran a los parshendi su padre volvería a ser el hombre que fue. Tal vez aquellos fantasmales delirios que lo acosaban desaparecerían.

Por delante, Dalinar hablaba con Sadeas. Ambos tenían el ceño fruncido. Apenas se toleraban el uno al otro, aunque una vez fueron amigos. Eso también había cambiado la noche del asesinato de Gavilar. ¿Qué había sucedido entre ellos?

El día continuó arrastrándose, y por fin llegaron al sitio de la caza: un par de mesetas, una donde atraerían a la criatura para que atacara, y otra a distancia segura para los que mirarían. Como la mayoría de las demás mesetas, estas tenían una superficie irregular habitada por plantas resistentes adaptadas a la exposición continua a las tormentas. Recodos rocosos, depresiones y suelo irregular hacían que luchar en ellas fuera peligroso.

Adolin se unió a su padre, que esperaba junto al último puente mientras el rey se dirigía a la meseta de observación seguido de una compañía de soldados. Los ayudantes serían los siguientes.

—Lo estás haciendo muy bien al mando, hijo —dijo Dalinar, asintiendo a un grupo de soldados que pasaban y saludaban.

—Son buenos hombres, padre. Apenas necesitan a nadie que les dé órdenes durante una marcha de meseta en meseta.

—Sí, pero necesitas experiencia de liderazgo, y ellos necesitan verte como comandante.

Renarin se acercó a caballo; probablemente era hora de cruzar a

la meseta de observación. Dalinar le indicó a sus hijos que fueran primero.

Adolin se volvió para irse, pero titubeó cuando advirtió algo en la meseta tras ellos. Un jinete que se movía rápidamente para alcanzar a la partida de caza y venía de la dirección de los campamentos de guerra.

—Padre —señaló Adolin.

Dalinar se volvió inmediatamente, siguiendo el gesto. Sin embargo, Adolin reconoció pronto al recién llegado. No era un mensajero, como esperaba.

—¡Sagaz! —llamó, saludando.

El recién llegado se acercó al trote. Alto y delgado, el sagaz del rey cabalgaba con facilidad una jaca negra. Llevaba un chaleco negro y pantalones del mismo color, todo a juego con su cabello de ónice. Aunque tenía una larga y fina espada a la cintura, Adolin sabía que nunca la había desenvainado. Un arma de duelo y no una hoja militar, su cometido era principalmente simbólico.

Sagaz los saludó al acercarse, mostrando una de aquella sonrisas salaces suya. Tenía los ojos azules, pero en realidad no era un ojos claros. Tampoco era un ojos oscuros. Era…, bueno, era el sagaz del rey, una categoría propia.

—¡Ah, joven príncipe Adolin! —exclamó Sagaz—. ¿Has conseguido apartarte lo suficiente del campamento de las mujeres jóvenes para unirte a esta cacería? Estoy impresionado.

Adolin se rio incómodo.

—Bueno, eso ha sido tema de conversación últimamente…

Sagaz alzó una ceja.

Adolin suspiró. Sagaz acabaría por descubrirlo tarde o temprano: era imposible ocultarle nada.

—Me cité para almorzar con una mujer ayer, pero fui…, bueno, estaba cortejando a otra. Y es de las celosas. Ahora ninguna de las dos quiere hablar conmigo.

—Que te metas en semejantes líos es una fuente constante de diversión, Adolin. ¡Cada uno es más emocionante que el anterior!

—Bueno, sí. Emocionante. Así es exactamente como se siente uno.

Sagaz se echó a reír de nuevo, aunque mantuvo una sensación

de dignidad en su postura. El sagaz del rey no era un tonto bufón de la corte como uno podía encontrarse en otros reinos. Era una espada, una herramienta mantenida por el rey. Insultar a los demás estaba por debajo de la dignidad del rey, así que igual que uno usa guantes cuando se ve obligado a manejar algo sucio, el rey tenía un sagaz para no tener que rebajarse al nivel de la grosería o la ofensa.

Este nuevo sagaz llevaba varios meses con él, y había algo…, diferente en él. Parecía conocer cosas que no debería conocer, cosas importantes. Cosas útiles.

Sagaz saludó a Dalinar.

—Alteza.

—Sagaz —respondió Dalinar, envarado.

—¡Y el joven príncipe Renarin!

Renarin bajó la mirada.

—¿No hay saludos para mí, Renarin? —dijo Sagaz, divertido.

Renarin no respondió.

—Cree que te burlarás de él si te habla, Sagaz —dijo Adolin—. Esta mañana me dijo que no está dispuesto a decir nada contigo cerca.

—¡Maravilloso! —exclamó Sagaz—. ¿Entonces puedo decir lo que desee y él no pondrá pegas?

Renarin dudó.

Sagaz se inclinó hacia Adolin.

—¿Te he contado la noche que pasamos el príncipe Renarin y yo hace dos días, caminando por las calles del campamento? Nos encontramos con esas dos hermanas, ya sabes, de ojos azules y…

—¡Eso es mentira! —dijo Renarin, ruborizándose.

—Muy bien —dijo Sagaz, sin inmutarse—. Confieso que en realidad eran tres hermanas, pero el príncipe Renarin terminó injustamente con dos de ellas, y mi reputación no menguó al…

—Sagaz —cortó con severidad Dalinar.

El hombre vestido de negro lo miró.

—Tal vez deberías restringir tus burlas para quienes las merecen.

—Brillante señor Dalinar. Creo que eso es lo que estaba haciendo.

Dalinar frunció aún más el ceño. Nunca le había gustado Sagaz,

y meterse con Renarin era un modo seguro de despertar su ira. Adolin podía comprenderlo, pero Sagaz casi siempre era amable con Renarin.

Sagaz se dispuso a marcharse, pasando ante Dalinar al hacerlo. Adolin apenas pudo oír lo que dijo cuando se inclinó para susurrar algo.

—Los que «merecen» mis burlas son aquellos que pueden beneficiarse de ellas, brillante señor Dalinar. El muchacho es menos frágil de lo que crees.

Hizo un guiño y luego volvió su caballo para cruzar el puente.

—Vientos de tormenta, me cae bien ese tipo —dijo Adolin—. ¡Es el mejor sagaz que hemos tenido en años!

—A mí me pone nervioso —dijo Renarin en voz baja.

—¡Ahí está la mitad de la gracia!

Dalinar no dijo nada. Los tres cruzaron el puente y adelantaron a Sagaz, que se había detenido para atormentar a un grupo de oficiales, ojos claros de rango tan bajo que tenían que servir en el ejército y ganarse un salario. Varios de ellos se rieron cuando Sagaz se burló de otro.

Los tres se reunieron con el rey, y de inmediato los abordó el jefe de la cacería. Bashin era un hombre bajo de panza notable: llevaba ropas ajadas con un chaquetón de cuero y sombrero de ala ancha. Era un ojos oscuros del primer *nahn*, el rango más alto y prestigioso que podía tener un ojos oscuros, digno incluso para casarse con una familia ojos claros.

Bashin le hizo una reverencia al rey.

—¡Majestad! ¡Magnífico momento! Ya hemos lanzado el cebo.

—Excelente —dijo Elhokar, desmontando. Adolin y Dalinar hicieron lo mismo, las armaduras tintineando suavemente. Dalinar desató su yelmo de la silla.

—¿Cuánto tardará?

—Dos o tres horas, probablemente —dijo Bashin, cogiendo las riendas del caballo del rey. Los mozos se encargaron de los dos ryshadios—. Lo hemos emplazado aquí.

Bashin señaló la meseta donde tendría lugar la caza, la más pequeña donde tendría lugar la lucha, lejos de los ayudantes y la masa de soldados. Un grupo de cazadores guiaba a un lento chull en

torno a su perímetro, tirando de una cuerda que colgaba por el lado del acantilado. Esa cuerda arrastraría el cebo.

—Usamos carne de cerdo —explicó Bashin—. Y hemos rociado de sangre de cerdo los lados. El abismoide ha sido visto una docena de veces. Tiene su nido cerca, eso es seguro, no está aquí para desovar. Es demasiado grande para eso, y lleva demasiado tiempo en la zona. ¡Va a ser una buena caza! Cuando llegue, soltaremos un grupo de cerdos salvajes como distracción y podréis empezar a debilitarlo con flechas.

Habían traído arcos largos, grandes arcos de acero con gruesas cuerdas y un poder tan grande de tensión que solo un portador de esquirlada podía usarlos para disparar dardos gruesos como tres dedos. Su creación era reciente, trabajo de los ingenieros alezi a través del uso de la ciencia fabrial, y cada uno requería una gema infusa para mantener la fuerza de su tiro sin combar el metal. Navani, la tía de Adolin, viuda del rey Gavilar, madre de Elhokar y su hermana Jasnah, había dirigido la investigación que desarrolló los arcos.

«Habría sido agradable que no se hubiera marchado», pensó Adolin. Navani era una mujer interesante. Las cosas nunca eran aburridas a su alrededor.

Algunos habían empezado a llamar a los arcos «arcos esquirlados», pero a Adolin no le gustaba el término. Las hojas y las armaduras esquirladas eran algo especial. Reliquias de otra época, un tiempo en que los Radiantes recorrían Roshar. Ninguna ciencia fabrial había sido capaz de recrearlas.

Bashin condujo al rey y sus altos príncipes hacia un pabellón emplazado en el centro de la meseta de observación. Adolin se unió a su padre, con intención de darle un informe del cruce. Aproximadamente la mitad de los soldados estaban ya en su sitio, pero muchos de los ayudantes cruzaban todavía el gran puente permanente que daba a la meseta. El estandarte del rey ondeaba sobre el pabellón y habían levantado un pequeño puesto de descanso. Un soldado al fondo preparaba la panoplia donde había cuatro arcos grandes. Eran estilizados y de aspecto peligroso, con gruesas flechas negras con cuatro plumas en la cola.

—Creo que disfrutaréis de un buen día de caza —le dijo Bashin a

Dalinar—. A juzgar por los informes, la bestia es grande. Más grande de las que has matado antes, brillante señor.

—Gavilar siempre quiso matar a una de esas —dijo Dalinar, tristemente—. Le encantaban las cacerías de conchasgrandes, aunque nunca abatió a un abismoide. Es extraño que yo haya matado a tantos.

El chull que tiraba del cebo bramó en la distancia.

—Habrá que apuntarle a las patas, brillantes señores —dijo Bashin. Los consejos previos a la caza eran una de las responsabilidades de Bashin, y se las tomaba muy en serio—. Los abismoides, bueno, estáis acostumbrado a atacarlos en sus crisálidas. No olvidéis lo terribles que son cuando no están incubando. Con uno tan grande como este, usad una distracción y atacad desde…

Se interrumpió, y luego maldijo en voz baja.

—Las tormentas se lleven a ese animal. El hombre que lo entrenó debe de haber sido diestro.

Contemplaba la siguiente meseta. Adolin siguió su mirada. El chull de aspecto de cangrejo que había estado tirando del cebo se alejaba del abismo con paso lento y decidido. Sus encargados gritaban y corrían tras él.

—Lo siento, brillante señor —dijo Bashin—. Lleva haciendo eso todo el día.

El chull baló con voz grave. Algo le pareció extraño a Adolin.

—Podemos traer a otro —dijo Elhokar—. No debería tardar mucho tiempo en…

—¿Bashin? —la voz de Dalinar sonó súbitamente alarmada—. ¿No debería haber un cebo al final de la cuerda de la bestia?

El jefe de la cacería se detuvo. La cuerda de la que tiraba el chull estaba deshilachada por el extremo.

Algo oscuro, algo aturdidor y enorme, surgió del abismo apoyado en unas patas gruesas y quitinosas. Subió a la meseta, no a la pequeña meseta donde se suponía que iba a tener lugar la caza, sino a la meseta de observación donde se encontraban Dalinar y Adolin. La meseta que estaba llena de ayudantes, invitados desarmados, escribas femeninas y soldados sin preparación.

—Oh, Condenación —dijo Bashin.



Soy consciente de que probablemente estás enfadado todavía. Me alegra saberlo. Al igual que tu perpetua salud, he llegado a dar por hecha tu insatisfacción conmigo. Creo que es una de las grandes constantes del cosmero.

Diez latidos

Uno

El tiempo que se tardaba en invocar una espada esquirlada. Si el corazón de Dalinar se aceleraba, el tiempo era más corto. Si estaba más relajado, tardaba más.

Dos

En el campo de batalla, el paso de esos latidos podía extenderse como una eternidad. Se puso el yelmo mientras corría.

Tres

El abismoide abatió con un brazo, golpeando el puente lleno de ayudantes y soldados. La gente gritó y cayó al abismo. Dalinar corrió, confiando en sus piernas amplificadas por la armadura, siguiendo al rey.

Cuatro

El abismoide se alzó como una montaña de caparazones entrelazados del color de la tinta violeta oscura. Dalinar comprendió por qué los parshendi llamaban dioses a estos bichos.

Tenía una cara retorcida y en forma de punta de flecha, con una boca llena de mandíbulas picudas. Aunque era vagamente crustáceo, no se trataba de un grueso y plácido chull. Tenía cuatro terribles antepinzas en sus anchos hombros, cada pinza del tamaño de un caballo, y una docena de patas más pequeñas que se aferraban al borde de la meseta.

Cinco

La quitina rechinó contra la piedra cuando la criatura terminó de auparse a la meseta, agarrando a un chull que tiraba de un carro con una rápida pinza.

Seis

—¡A las armas, a las armas! —gritó Elhokar, corriendo por delante de Dalinar—. ¡Arqueros, disparad!

Siete

—¡Distraedla de los que no están armados! —le gritó Dalinar a sus soldados.

La criatura rompió la concha del chull, fragmentos del tamaño de platos que se dispersaron por toda la meseta, y se metió a la bestia en las fauces y empezó a mirar a las escribas y ayudantes que huían. El chull dejó de balar cuando el monstruo lo engulló.

Ocho

Dalinar saltó a un saliente rocoso y voló cinco metros antes de aterrizar, levantando lascas de roca.

Nueve

El abismoide aulló con un horrible sonido rechinante. Trompeteó a cuatro voces que se solapaban unas con otras.

Los arqueros apuntaron. Elhokar gritó sus órdenes justo delante de Dalinar, su capa azul ondeando.

La mano de Dalinar cosquilleaba de expectación.

¡Diez!

Su espada esquirlada, Juramentada, se formó en su mano, solidificándose de la niebla, apareciendo cuando el décimo latido de su corazón tamborileó en su pecho. Metro ochenta desde la empuñadura a la punta, la espada habría sido imposible de empuñar por cualquier hombre que no llevara una armadura esquirlada. Era perfecta para Dalinar. Llevaba a Juramentada desde su juventud, unido a ella cuando tenía veinte Llantos de edad. Era

larga y levemente curvada, del ancho de una mano, con ondas serradas cerca de la empuñadura. Se curvaba en la punta como el garfio de un pescador, y estaba húmeda de rocío helado.

Esta espada era parte de él. Podía sentir la energía corriendo por la hoja, como si estuviera ansiosa. Un hombre nunca conocía la vida misma hasta que atacaba en la batalla con su espada y su armadura.

—¡Enfadadla! —gritó Elhokar, su hoja, Soleada, brotando de la bruma y formándose en su mano. Era larga y fina con una gran guardia cruzada, y tenía grabados en los bordes los diez glifos fundamentales. No quería que el monstruo escapara: Dalinar podía oírlo en su voz. Dalinar estaba más preocupado que los soldados y ayudantes: esta cacería ya había salido terriblemente mal. Tal vez deberían distraer al monstruo el tiempo suficiente para que todos escaparan, y luego regresar y dejar que se atiborrara de chulls y cerdos.

La criatura emitió de nuevo su gemido a múltiples voces, lanzando una pinza contra los soldados. Los hombres gritaron. Los huesos se rompieron y los cuerpos se desmoronaron.

Los arqueros dispararon, apuntando a la cabeza. Cien dardos saltaron al aire, pero solo unos pocos alcanzaron el suave músculo entre las placas de quitina. Tras ellos, Sadeas pedía su arco grande. Dalinar no podía esperar a eso: la criatura estaba ahí, peligrosa, matando a sus hombres. El arco sería demasiado lento. Esto era un trabajo para la espada esquirlada.

Adolin atacó, montado en *Sangre Segura*. El muchacho había ido en busca de su caballo, en vez de atacar como había hecho Elhokar. El propio Dalinar se había visto obligado a permanecer con el rey. Los otros caballos, incluso los caballos de guerra, estaban dominados por el pánico, pero el semental blanco ryshadio de Adolin mantenía la calma. En un instante *Galante* estuvo allí, trotando junto a Dalinar, que agarró las riendas y se alzó al aire con sus piernas amplificadas por la armadura y se encaramó a la silla. La fuerza de su aterrizaje podría haber lastimado la espalda de un caballo normal, pero Galante estaba hecho de una piedra más fuerte que eso.

Elhokar cerró su yelmo, los lados cubiertos de bruma.

—Atrás, majestad —gritó Dalinar, adelantándolo—. Espera hasta

que Adolin y yo lo debilitemos.

Dalinar alzó la mano y se bajó también la visera. Los lados se difuminaron, encajando en su sitio, y los lados del yelmo se volvieron transparentes para él. Seguía haciendo falta la visera, pues mirar a través de los lados era como mirar a través de un cristal sucio, pero la transparencia era una de las partes más maravillosas de la armadura esquirlada.

Dalinar cabalgó hacia la sombra del monstruo. Los soldados corrían, echando mano a sus lanzas. No habían sido entrenados para combatir contra bestias de nueve metros de altura, y era indicativo de su valor que igualmente formaran filas, tratando de desviar su atención de los arqueros y los ayudantes que huían.

Las flechas llovieron, rebotaron en el caparazón y se volvieron más letales para los soldados que para el abismoide. Dalinar alzó el brazo libre para cubrir su visera cuando una flecha rebotó en su yelmo.

Adolin retrocedió cuando la bestia atacó a un grupo de arqueros, aplastándolos con una de sus pinzas.

—Yo me encargo de la izquierda —gritó, la voz apagada por el yelmo.

Dalinar asintió, cortó hacia la derecha, galopó ante un grupo de sorprendidos soldados y salió de nuevo a la luz mientras el abismoide alzaba una pinza para descargar otro golpe. Dalinar pasó bajo el miembro, transfirió Juramentada a la mano izquierda y extendió la espada al lado y cortó una de las patas como troncos del abismoide.

La hoja cortó la gruesa quitina sin hallar apenas resistencia. Como siempre, no cortó la carne viva, aunque mató la pata con la misma seguridad que si la hubiera cercenado. El gran miembro resbaló, quedando entumecido e inútil.

El monstruo rugió con sus voces profundas, solapadas, chirriantes. Al otro lado, Dalinar pudo distinguir a Adolin cortando una pata.

La criatura se estremeció y se volvió hacia Dalinar. Las dos patas que habían sido atacadas se arrastraban sin vida. El monstruo era largo y estrecho como una langosta, y tenía una cola aplanada. Caminaba sobre catorce patas. ¿Cuántas podría perder antes de

desplomarse?

Dalinar hizo dar media vuelta a Galante y se reunió con Adolin, cuya armadura brillaba, la capa ondulando tras él. Cambiaron de lado mientras se volvían en grandes arcos, cada uno dirigiéndose a otra pata.

—¡Enfréntate a tu enemigo, monstruo! —gritó Elhokar.

Dalinar se volvió. El rey había encontrado su montura y había conseguido controlarla. *Venganza* no era un ryshadio, pero el animal era de la mejor raza shin. Elhokar cargó, alzando la espada por encima de su cabeza.

Bueno, no se le podía prohibir que combatiera. Con la armadura, no tendría problemas mientras no dejara de moverse.

—¡Las patas, Elhokar! —gritó Dalinar.

El rey lo ignoró y atacó directamente al pecho de la bestia. Dalinar maldijo, y picó espuelas mientras el monstruo se volvía. En el último momento Elhokar se agachó y esquivó el golpe. La pinza del abismoide golpeó la piedra con un sonido resonante. El animal rugió enfurecido por no haber alcanzado a Elhokar, y su rugido retumbó en los abismos.

El rey se volvió hacia Dalinar, pasando a toda velocidad ante él.

—¡Lo estoy distrayendo, necio! ¡Sigue atacando!

—¡Tengo un ryshadio! —le respondió Dalinar—. ¡Yo lo distraeré: soy más rápido!

Elhokar volvió a ignorarlo. Dalinar suspiró. Como de costumbre, el rey no se dejaba contener. Discutir tan solo costaría más hombres y más vidas, así que Dalinar hizo lo que le decían. Se dispuso a dar otra vuelta para atacar de nuevo, los cascos de Galante golpeaban contra el suelo de piedra. El rey llamó la atención directa del monstruo, y Dalinar pudo acercarse y atravesar con su espada otra pata.

La bestia emitió cuatro gritos superpuestos y se volvió hacia Dalinar. Pero, cuando lo hacía, Adolin apareció cabalgando por el otro lado y cortó otra pata con un diestro golpe. La pata se desmoronó, y las flechas siguieron cayendo mientras los arqueros disparaban.

La criatura se estremeció, confundida por los ataques que venían de todas partes. Se estaba debilitando, y Dalinar alzó el brazo e hizo

un gesto, ordenando al resto de los soldados que se retiraran hacia el pabellón. Dadas las órdenes, se internó y atacó otra pata. Eso significaba que cinco habían caído ya. Tal vez era el momento de dejar que la bestia se alejara renqueando: no merecía la pena poner vidas en riesgo para matarla.

Llamó al rey, que cabalgaba a poca distancia, la espada extendida a un lado. El rey lo miró, pero obviamente no lo escuchó. Mientras el abismoide se alzaba al fondo, Elhokar hizo volverse bruscamente a *Venganza* y corrió hacia Dalinar.

Hubo un suave chasquido, y de repente el rey, y su silla, volaron por los aires. El rápido movimiento del caballo había hecho que la cincha se rompiera. Un hombre con armadura esquirlada era pesado y ponía gran tensión tanto en su montura como en su silla.

Dalinar sintió una lanzada de temor, y refrenó a Galante. Elhokar cayó al suelo, soltando su espada esquirlada. El arma volvió a convertirse en bruma, desapareciendo. Era la protección para impedir que la hoja cayera en manos de los enemigos: desaparecían a menos que desearas que se quedaran cuando las soltabas.

—¡Elhokar! —gritó Dalinar. El rey rodó, la capa envolviendo su cuerpo, hasta que se detuvo. Permaneció aturdido un instante: la armadura estaba agrietada en un hombro y filtraba luz tormentosa. La armadura habría acolchado la caída. Estaría bien.

A menos…

Una pinza se alzó sobre el rey.

Dalinar sintió un momento de pánico, hizo volverse a Galante para cargar hacia donde estaba el rey. ¡Iba a ser demasiado lento! La bestia le…

Una flecha enorme se clavó en la cabeza del abismoide, quebrando la quitina. La sangre púrpura borboteó, haciendo que la bestia aullara de agonía. Dalinar se retorció en la silla.

Sadeas, con su armadura roja, cogía otra flecha enorme de manos de su ayudante. Disparó y la saeta se clavó en el hombro del abismoide con un fuerte crujido.

Dalinar alzó a Juramentada en saludo. Sadeas lo reconoció, alzando su arco. No eran amigos, y no se caían bien mutuamente.

Pero protegerían al rey. Ese era el lazo que los unía.

—¡Ponte a salvo! —le gritó Dalinar al rey mientras cargaba.

Elhokar se puso en pie, tambaleándose, y asintió.

Dalinar atacó. Tenía que distraer a la bestia el tiempo suficiente para que Elhokar se quitara de en medio. Más flechas de Sadeas volaron certeras, pero el monstruo empezó a ignorarlas. Su lentitud se había desvanecido, y sus bramidos se habían vuelto furiosos, salvajes, enloquecidos. Se estaba enfadando de veras.

Esta era la parte más peligrosa: ahora no podía haber retirada. La bestia los perseguiría hasta matarlos o que la mataran.

Una pinza aplastó el suelo junto a Galante, levantando por los aires lascas de piedra. Dalinar se agachó, cuidando de mantener extendida su espada esquirlada, y cortó otra pata. Adolin había hecho lo mismo por el otro lado. Siete patas menos, la mitad. ¿Cuánto faltaba antes de que la bestia se desmoronara? Normalmente, en esta etapa, habrían lanzado varias docenas de flechas contra el animal. Era difícil adivinar qué podía hacerse sin ese debilitamiento previo…, y aparte de eso nunca había luchado contra un abismoide tan grande antes.

Hizo volverse a Galante, tratando de atraer la atención de la criatura. Por fortuna, Elhokar había…

—¡Eres un dios! —gritó Elhokar.

Dalinar gruñó, mirando por encima del hombro. El rey no había huido. Cabalgaba hacia la bestia, la mano a un lado.

—¡Te desafío, criatura! —gritó Elhokar—. ¡Reclamo tu vida! ¡Ellos verán a sus dioses aplastados, igual que verán a su rey muerto a mis pies! ¡Te desafío!

«¡Necio de Condenación!», pensó Dalinar, haciendo volverse a Galante.

La hoja esquirlada de Elhokar volvió a reformarse en su mano, y el rey cargó contra el pecho del monstruo, el hombro agrietado filtrando luz tormentosa. Se acercó y atacó el torso de la bestia, arrancando un pedazo de quitina, pues como el pelo o las uñas de una persona, esta podía ser cortada por una espada. Entonces Elhokar clavó su arma en el pecho de la bestia, buscando su corazón.

La bestia rugió y se estremeció, derribando a Elhokar. El rey apenas pudo sostener su espada. La bestia se dio la vuelta. Ese movimiento, por desgracia, hizo que su cola alcanzara a Dalinar,

quien maldijo, haciendo volverse a Galante, pero la cola llegó demasiado rápido. Alcanzó al caballo, y en un latido Dalinar se encontró rodando por el suelo, con juramentada resbalando de sus dedos y abriendo una grieta en el suelo de piedra antes de convertirse en bruma.

—¡Padre! —gritó una voz lejana.

Dalinar dejó de rodar por el suelo, aturdido. Alzó la cabeza y vio a Galante luchando por incorporarse. Por fortuna, el caballo no se había roto una pata, aunque sangraba por varias heridas causadas por el roce.

—¡Márchate! —dijo Dalinar. La orden enviaría al caballo a lugar seguro. Al contrario que Elhokar, obedecería.

Dalinar se puso en pie, vacilante. Un sonido de roce llegó por su izquierda, y Dalinar se volvió justo a tiempo para que la cola del abismoide lo alcanzara en el pecho y lo arrojara de espaldas.

De nuevo el mundo se sacudió, y el metal golpeó la piedra con gran estruendo mientras se deslizaba por el suelo.

«¡No!», pensó, extendiendo una mano enguantada y deteniendo su caída para usar el impulso e incorporarse. Mientras el cielo giraba, algo pareció enmendarse, como si la armadura misma supiera dónde era arriba y dónde era abajo. Aterrizó, todavía moviéndose, los pies rozando la piedra.

Recuperó el equilibrio, luego corrió hacia el rey, comenzando el proceso de volver a invocar la espada esquirlada. Diez latidos. Una eternidad.

Los arqueros continuaron disparando, y muchas flechas rebotaron en la cara del abismoide. El animal las ignoró, aunque las flechas más grandes de Sadeas todavía parecían distraerlo. Adolin había conseguido abatir otra pata, y la criatura se tambaleó insegura, arrastrando inútilmente ocho de sus catorce patas.

—¡Padre!

Dalinar se volvió para ver a Renarin, vestido con un uniforme azul de Kholin, con un largo chaquetón abotonado hasta el cuello, cruzando el terreno rocoso.

—Padre, ¿estás bien? ¿Puedo ayudar?

—¡Muchacho idiota! —dijo Dalinar, señalando—. ¡Vete!

—Pero…

—¡No llevas armadura y estás desarmado! —gritó Dalinar—. ¡Vuelve antes de que te maten!

Renarin detuvo a su jaca.

—¡Vete!

Renarin se marchó al galope. Dalinar se volvió y corrió hacia Elhokar, mientras Juramentada cobraba existencia en su mano. Elhokar continuaba golpeando el torso inferior de la bestia, y secciones de carne se ennegrecían y morían cuando la hoja esquirlada golpeaba. Si clavaba la espada en el lugar adecuado, podría detener el corazón o los pulmones, pero eso sería difícil mientras la bestia estuviera todavía erguida.

Adolin, resuelto como siempre, había desmontado junto al rey. Trataba de detener las pinzas, golpeándolas mientras caían. Por desgracia, había cuatro pinzas y solo un Adolin. Dos lo golpearon al mismo tiempo, y aunque Adolin logró cortar un trozo de una, no vio la otra que se movía a su espalda.

Dalinar lo avisó con un grito demasiado tarde. La armadura esquirlada crujió cuando la pinza lanzó a Adolin por los aires. Trazó un arco y golpeó el suelo con fuerza. La armadura no se rompió, gracias a los Heraldos, pero el peto y el costado se agrietaron claramente, dejando rastros de humo blanco.

Adolin rodó, letárgico, moviendo las manos. Estaba vivo.

No había tiempo para pensar en él ahora. Elhokar estaba solo.

La bestia atacó, golpeando el suelo junto al rey, derribándolo. La hoja se desvaneció y Elhokar cayó de bruces contra las piedras.

Algo cambió dentro de Dalinar. Las reservas desaparecieron. Otras preocupaciones perdieron todo su significado. El hijo de su hermano estaba en peligro.

Le había fallado a Gavilar, borracho en un rincón mientras su hermano luchaba por su vida. Tendría que haber estado allí para defenderlo. Solo quedaban dos cosas de su amado hermano, dos cosas que Dalinar podía proteger con la esperanza de ganar algún tipo de redención: el reino de Gavilar y su hijo.

Elhokar estaba solo y en peligro.

Nada más importaba.

Adolin sacudió la cabeza, aturdido. Alzó su visera y tomó una

bocanada de aire fresco para despejar su mente.

Luchando. Estaban luchando. Podía oír a hombres gritando, rocas estremeciéndose y un enorme sonido estremecedor. Olía a algo mohoso. Sangre de conchagrande.

«¡El abismoide!», pensó. Antes incluso de que su mente se aclarara, Adolin empezó a invocar de nuevo su espada y se obligó a incorporarse.

El monstruo acechaba a poca distancia, una sombra oscura en el cielo. Adolin había caído cerca de su lado derecho. Mientras su visión se centraba, vio que el rey había caído y que su armadura estaba resquebrajada por el golpe que había recibido antes.

El abismoide alzó una pinza enorme, preparándose para golpear. Adolin supo de repente que el desastre era inminente. El rey moriría en una simple cacería. El reino se haría pedazos, los altos príncipes se dividirían, el único tenue eslabón que los mantenía unidos se cortaría de cuajo.

«¡No!», pensó, aturdido, todavía mareado, tratando de avanzar. Y entonces vio a su padre.

Dalinar corría hacia el rey, moviéndose con una velocidad y una gracia que ningún hombre, ni siquiera si llevaba una armadura esquirlada, podría conseguir jamás. Saltó sobre un saliente de roca, luego se agachó y rodó bajo una pinza que corría a buscarlo Otros hombres creían entender de espadas y armaduras, pero Dalinar Kholin…, en ocasiones, demostraba que no eran más que niños.

Dalinar se irguió y saltó, todavía avanzando, y rebasó por pocos centímetros una segunda pinza que hacía pedazos el saliente rocoso tras él.

Fue solo un momento. Un suspiro. La tercera pinza caía hacia el rey, y Dalinar rugió y saltó hacia delante. Soltó su espada (golpeó el suelo y desapareció) mientras resbalaba bajo la pinza que caía. Alzó las manos y…

Y detuvo el golpe. Se dobló con el impacto, hincó una rodilla en tierra, y el aire resonó con el estruendo de caparazón contra armadura. Pero detuvo el golpe.

«¡Padre Tormenta!», pensó Adolin, viendo a su padre alzarse sobre el rey, inclinado bajo el enorme peso de un monstruo que tenía muchas veces su tamaño. Los sorprendidos arqueros vacilaron.

Sadeas bajó su arco. El aliento de Adolin quedó detenido en su pecho.

Dalinar contuvo la pinza e igualó su fuerza, una figura de oscuro metal plateado que casi parecía brillar. La bestia barritó, y Dalinar le devolvió un alarido poderoso y desafiante.

En ese momento, Adolin supo que lo estaba viendo. El Aguijón Negro, el mismo hombre junto al que había deseado combatir. La armadura de los guanteletes y las hombreras de Dalinar empezó a resquebrajarse, telarañas de luz corrieron por el antiguo metal. Adolin finalmente se puso en movimiento. «¡Tengo que ayudar!»

Su espada esquirlada se formó en su mano y corrió a un lado y descargó un tajo contra la pata que tenía más cerca. Hubo un chasquido en el aire. Con tantas patas de menos, las otras patas de la bestia no podían sostener su peso, sobre todo cuando intentaba con tanto ímpetu aplastar a Dalinar. Las patas restantes del lado derecho chasquearon con un crujido espantoso, rociando ícor violeta, y la bestia se desplomó a un lado.

El suelo se estremeció, haciendo que Adolin casi cayera de rodillas. Dalinar hizo a un lado la pinza ahora flácida, la luz tormentosa de tantas grietas flotando a su alrededor. Cerca, el rey se levantó del suelo: apenas habían pasado unos segundos desde su caída.

Elhokar se puso en pie, mirando la bestia caída. Entonces se volvió hacia su tío, el Aguijón Negro.

Dalinar hizo un gesto de agradecimiento a Adolin, luego señaló bruscamente a lo que pasaba por cuello de la bestia. Elhokar asintió, y entonces invocó su espada y la clavó profundamente en la carne del monstruo. Los ojos verdes de la criatura se ennegrecieron y velaron, y el humo se retorció en el aire.

Adolin se acercó a reunirse con su padre, viendo cómo Elhokar clavaba su hoja en el pecho del abismoide. Ahora que la bestia estaba muerta, la espada podía cortar su carne. El ícor violeta brotó, y Elhokar soltó su espada y rebuscó en la herida, sondeando con sus brazos amplificados por la armadura, y cogió algo.

Arrancó la gema corazón de la bestia, la enorme joya que crecía dentro de todos los abismoides. Era gruesa y sin tallar, pero se trataba de una esmeralda pura tan grande como la cabeza de un

hombre. Era la gema corazón más grande que Adolin había visto jamás, e incluso las pequeñas valían una fortuna.

Elhokar alzó el horripilante premio, mientras los dorados glorispren aparecían a su alrededor, y los soldados gritaron celebrando su triunfo.



Déjame asegurarte primero que el elemento está asegurado. He encontrado un buen hogar para él. Podríamos decir que protejo su seguridad tal como protejo mi propia piel.

La mañana después de haber tomado su decisión en la alta tormenta, Kaladin se aseguró de despertarse antes que los demás. Apartó la manta y cruzó la habitación llena de bultos tapados. No se sentía emocionado, pero sí decidido. Determinado a luchar de nuevo.

Comenzó la lucha abriendo la puerta a la luz del sol. Gemidos y maldiciones sonaron tras él cuando los hombres adormilados se fueron despertando. Kaladin se volvió hacia ellos, las manos en las caderas. El Puente Cuatro tenía ahora mismo treinta y cuatro miembros. Ese número fluctuaba, pero al menos veinticinco eran necesarios para llevar el puente. Menos, y el puente se desplomaría con toda seguridad. A veces incluso lo hacía con más miembros.

—¡Arriba y a organizarse! —gritó Kaladin con su mejor voz de jefe de pelotón. Él mismo se sorprendió por la autoridad de su tono.

Los hombres parpadearon, los ojos hinchados.

—¡Eso significa salir del barracón y a formar filas! —tronó Kaladin—. ¡Hacedlo, por la tormenta, u os sacaré yo mismo uno a uno!

Syl revoloteó y se posó en su hombro, observando con

curiosidad. Algunos de los hombres del puente se sentaron, mirándolo sorprendidos. Otros se dieron la vuelta y le dieron la espalda, envueltos en sus mantas.

Kaladin inspiró profundamente.

—Muy bien.

Cruzó la habitación y escogió a un alezi llamado Moash. Era un hombre fuerte. Kaladin necesitaba dar un escarmiento, y alguno de los hombres más flacos, como Dunny o Narm, no valdrían. Además, Moash era uno de los que habían vuelto a echarse a dormir.

Lo agarró por un brazo y tiró de él con toda su fuerza. Moash se puso en pie, tambaleándose. Era un hombre joven, quizá de la edad de Kaladin, y tenía rostro de halcón.

—¡Piérdete en la tormenta! —exclamó, retirando el brazo.

Kaladin le dio un puñetazo en el estómago, donde sabía que se quedaría sin aire. Moash jadeó sorprendido, se dobló, y Kaladin avanzó para agarrarlo por las piernas y cargárselo al hombro.

Casi no pudo con el peso. Pero, por suerte, cargar puentes era un entrenamiento duro pero efectivo. Naturalmente, pocos sobrevivían el tiempo suficiente para beneficiarse de ello. No ayudaba en nada que hubiera pausas impredecibles entre cargas. Eso era parte del problema: las cuadrillas de los puentes se pasaban la mayor parte del tiempo mirándose la barriga o haciendo tareas menores, y luego se les ordenaba que corrieran durante kilómetros cargando un puente.

Llevó al exterior al sorprendido Moash y lo soltó en el suelo de piedra. El resto del campamento estaba despierto, los carpinteros llegaban al aserradero, lo soldados corrían a desayunar o para hacer la instrucción. Las otras cuadrillas, por supuesto, seguían dormidas. A menudo se les permitía dormir hasta tarde, a menos que tuvieran trabajo por la mañana.

Kaladin dejó a Moash y volvió a entrar en el barracón.

—Haré lo mismo con cada uno de vosotros, si tengo que hacerlo.

No fue necesario. Los sorprendidos hombres del puente salieron a la luz, parpadeando. La mayoría solo llevaba pantalones hasta las rodillas. Moash se puso en pie, frotándose el estómago y mirando a Kaladin con mala cara.

—Las cosas van a cambiar en el Puente Cuatro —dijo Kaladin—.

Para empezar, no dormiremos más de la cuenta.

—¿Y qué vamos a hacer a cambio? —preguntó Sigzil. Tenía la piel marrón oscuro y el pelo negro; eso significaba que era makabaki, del suroeste de Roshar. Era el único hombre del puente que no tenía barba, y a juzgar por su suave acento, probablemente era azish o emuli. Los extranjeros eran corrientes en las cuadrillas de los puentes: los que no encajaban a menudo acababan en la vanguardia de un ejército.

—Excelente pregunta —dijo Kaladin—. Vamos a entrenarnos. Cada mañana, antes de nuestras tareas, cargaremos el puente como práctica para mejorar nuestra resistencia.

La expresión de más de un hombre se ensombreció al oír esto.

—Sé lo que estáis pensando —dijo Kaladin—. ¿No son ya lo bastante duras nuestras vidas? ¿No deberíamos poder relajarnos durante los breves momentos que tenemos para hacerlo?

—Sí —dijo Leyten, un hombre alto y recio de pelo rizado—. Así es.

—No —replicó Kaladin—. Cargar con el puente nos agota porque pasamos la mayor parte del día holgazaneando. Oh, sé que tenemos trabajo: vivaquear en los abismos, limpiar letrinas, fregar suelos. Pero los soldados no esperan que trabajemos duro: solo quieren tenernos ocupados. El trabajo les ayuda a ignorarnos.

»Como vuestro jefe de puente, mi principal deber es manteneros con vida. No hay mucho que pueda hacer respecto a las flechas parshendi, así que tengo que hacerlo con vosotros. Tengo que haceros más fuertes, para que cuando estéis en el último tramo de una carga, entre las flechas, podáis correr rápidamente. —Miró a los ojos de los hombres en la fila, uno a uno—. Pretendo que el Puente Cuatro no vuelva a perder otro hombre.

Ellos lo miraron con incredulidad. Finalmente, un hombre de miembros gruesos al fondo soltó una risotada. Tenía la piel bronceada, el pelo rojo, y casi medía más de dos metros de altura, con brazos grandes y torso poderoso. Los unkalaki (conocidos simplemente como los comecuernos por la mayoría) eran un grupo de pueblos del centro de Roshar, cerca de Jah Keved. Se había identificado como «Roca» la noche anterior.

—¡Loco! —dijo el comecuernos—. ¡Este loco se cree ahora que

nos dirige!

Soltó una carcajada. Los otros lo imitaron, sacudiendo la cabeza ante el discurso de Kaladin. Unos cuantos risaspren (espíritus plateados como pececillos que corrían por el aire en pautas circulares) empezaron a revolotear entre ellos.

—Eh, Gaz —llamó Moash, haciéndose bocina con las manos.

El sargento tuerto charlaba con unos soldados cerca.

—¿Qué? —replicó Gaz con una mueca.

—Este quiere que carguemos puentes como práctica. ¿Tenemos que hacer lo que dice?

—Bah —dijo Gaz, agitando una mano—. Los jefes de puente solo tienen autoridad en el campo.

Moash se volvió a mirar a Kaladin.

—Parece que puedes perderte en la tormenta, amigo. A menos que quieras someternos a todos a base de golpes.

Rompieron la fila, algunos hombres volvieron al barracón, otros se dirigieron a los comedores. Kaladin se quedó solo.

—Eso no ha salido tan bien —dijo Syl desde su hombro.

—No, la verdad es que no.

—Pareces sorprendido.

—No, solo frustrado.

Miró a Gaz. El sargento del puente le dio la espalda.

—En el ejército de Amaram, me entregaban hombres sin experiencia, pero nunca fueron descaradamente insubordinados.

—¿Qué diferencia hay? —preguntó Syl. Una pregunta inocente. La respuesta tendría que haber sido obvia, pero ella ladeaba la cabeza, confundida.

—Los hombres del ejército de Amaram sabían que había sitios peores a los que podían ir. Los podías castigar. Los hombres del puente saben que han llegado a lo más bajo. —Con un suspiro, dejó que parte de su tensión se ventilara—. Tengo suerte de haberlos sacado del barracón.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—No lo sé. —Kaladin miró hacia un lado, donde Gaz todavía estaba charlando con los soldados—. Bueno, sí.

Gaz vio que Kaladin se acercaba y el horror y la urgencia se reflejaron en sus ojos. Terminó su conversación y se dispuso

rápidamente a rodear un puñado de troncos.

—Syl —dijo Kaladin—, ¿podrías seguirlo por mí?

Ella sonrió y se convirtió en una fina línea blanca que surcó el aire y dejó un rastro que se desvaneció lentamente. Kaladin se detuvo donde antes estaba Gaz.

Syl regresó poco después y volvió a asumir su forma de muchacha.

—Está escondido entre esos dos barracones —señaló—. Está agazapado allí, esperando a ver si lo sigues.

Con una sonrisa, Kaladin tomó el camino largo para rodear los barracones. En el callejón encontró a una figura escondida en las sombras, mirando en la otra dirección. Kaladin avanzó con sigilo y agarró a Gaz por el hombro. El sargento dejó escapar un gritito, giró, intentó dar un golpe. Kaladin detuvo el puño con facilidad. Gaz miró a Kaladin lleno de horror.

—¡No iba a mentir! Que te lleve la tormenta, no tienes autoridad más que en el campo. Si me vuelves a hacer daño, haré que te…

—Cálmate, Gaz —dijo Kaladin, soltándolo—. No voy a hacerte daño. Todavía no, al menos.

El sargento retrocedió, frotándose el hombro, sin dejar de mirar con mala cara a Kaladin.

—Hoy es tercer pase —dijo Kaladin—. Día de paga.

—Recibirás tu paga dentro de una hora, como todos los demás.

—No. La llevas encima, te vi hablar con el correo antes.

Extendió una mano.

Gaz gruñó, pero sacó una bolsa y contó esferas. Diminutas luces blancas brillaban en sus centros. Marcos de diamante, cada uno por valor de cinco chips de diamante. El precio de una hogaza de pan era un chip.

Gaz contó cuatro marcos, aunque la semana tenía cinco días. Se los entregó a Kaladin, pero este dejó la mano abierta, la palma tendida.

—El otro, Gaz.

—Dijiste…

—¡Ahora!

Gaz dio un respingo y sacó entonces una esfera.

—Tienes una extraña forma de cumplir tu palabra, alteza. Me

prometiste…

Guardó silencio cuando Kaladin cogió la esfera que le acababa de dar y se la devolvió.

Gaz frunció el ceño.

—No te olvides de dónde viene esto, Gaz. Cumpliré mi promesa, pero no eres tú quien se queda con parte de mi paga. Soy yo quien te la da. ¿Entendido?

Gaz parecía confundido, aunque cogió rápidamente la esfera de la mano de Kaladin.

—Si me sucede algo, el dinero se acabará —dijo Kaladin, guardándose en el bolsillo las otras cuatro esferas. Luego dio un paso adelante. Era un hombre alto, y se alzó sobre Gaz, que era mucho más bajo—. Recuerda nuestro trato. Mantente apartado de mi camino.

Gaz se negó a dejarse intimidar. Escupió a un lado, y el oscuro gargajo se quedó pegado a la pared de madera y resbaló lentamente.

—No voy a mentir por ti. Si crees que un marco de mierda a la semana me…

—Solo espero lo que dije. ¿Qué trabajo tiene que hacer hoy el Puente Cuatro en el campamento?

—La cena. Limpiar y fregar.

—¿Y el turno del puente?

—El de la tarde.

Eso significaba que la mañana estaría libre. A la cuadrilla le gustaría: podrían pasar el día de paga perdiendo esferas en el juego o visitando a las putas, quizás olvidando durante unos instantes las vidas miserables que llevaban. Tendrían que volver para el trabajo de la tarde, a esperar en el aserradero por si hay una carga. Después de la cena, se pondrían a limpiar ollas.

Otro día malgastado. Kaladin se dispuso a regresar al aserradero.

—No vas a cambiar nada —le dijo Gaz—. No eres un jefe de pelotón del campo de batalla. Eres un simple hombre del puente. ¿Me oyes? ¡No puedes tener autoridad sin rango!

Kaladin dejó el callejón atrás.

—Se equivoca.

Syl se plantó delante de su cara, flotando mientras él avanzaba.

Lo miró ladeando la cabeza.

—La autoridad no viene del rango —dijo Kaladin, acariciando las esferas que tenía en el bolsillo.

—¿De dónde viene?

—De los hombres que te la dan. Es la única forma de conseguirla —volvió la mirada atrás. Gaz no había dejado todavía el callejón.

—Syl, tú no duermes, ¿verdad?

—¿Dormir? ¿Un spren? —Parecía divertida por la idea.

—¿Quieres vigilarme esta noche? ¿Asegurarte de que Gaz no se cuela en el barracón e intenta algo mientras estoy dormido? Puede que intente asesinarme.

—¿Crees que haría una cosa así?

Kaladin lo pensó un instante.

—No. Probablemente no. He conocido a una docena de hombres como él, pequeños matones con apenas el poder suficiente para resultar molestos. Gaz es un bribón, pero no creo que sea un asesino. Además, en su opinión, no tiene que hacerme daño: solo tiene que esperar a que me maten en el puente. Con todo, es mejor asegurarse. Vigílame, por favor. Despiértame si intenta algo.

—Claro. ¿Pero y si acude a hombres más importantes y les dice que te ejecuten?

Kaladin hizo una mueca.

—Entonces no hay nada que hacer. Pero no creo que haga eso. Lo haría parecer débil ante sus superiores.

Además, la decapitación quedaba reservada a los hombres de los puentes que no cargaban contra los parshendi. Mientras él lo hiciera, no lo ejecutarían. De hecho, los líderes del ejército parecían vacilar a la hora de castigar en demasía a los hombres de los puentes. Un hombre había cometido un asesinato hacía poco y lo habían colgado a la intemperie durante una alta tormenta. Pero aparte de eso, todo lo que Kaladin había visto era quitar sus ganancias a unos pocos hombres por pelear, y un par fueron azotados por ser demasiado lentos durante las primeras fases de una carga con el puente.

Castigos mínimos. Los líderes de este ejército comprendían. Las vidas de los hombres de los puentes eran lo más cercanas a la desesperanza que era posible: empújalos demasiado y podrían dejar

de preocuparse y dejarse matar.

Por desgracia, eso significaba que no había gran cosa que Kaladin pudiera hacer por castigar a su propia cuadrilla, aunque tuviera esa autoridad. Tenía que motivarlos de otro modo. Cruzó el patio del aserradero hacia el lugar donde los carpinteros estaban construyendo nuevos puentes. Tras buscar un poco, encontró lo que quería: un grueso tablón que esperaba ser encajado en un puente portátil. En un lado habían clavado ya un asidero.

—¿Puedo llevarme esto? —le preguntó a un carpintero.

El hombre alzó una mano para rascarse la cabeza cubierta de serrín.

—¿Llevártelo?

—Estaré aquí mismo —explicó Kaladin, alzando el tablón y cargándoselo al hombro. Era más pesado de lo que había esperado, y agradeció la hombrera de su chaleco de cuero.

—Nos hará falta… —dijo el carpintero, pero no puso objeción suficiente para que Kaladin no se marchara con el tablón.

Eligió una extensión plana de roca directamente delante del barracón. Entonces empezó a trotar de un extremo del patio del aserradero al otro, cargando con el tablón, sintiendo el calor del sol naciente en su piel. Fue de un lado a otro, de un lado a otro. Practicó carrera, caminar y trotar. Practicó llevar el tablón al hombro, luego alzado, los brazos extendidos.

Se esforzó a fondo. De hecho, estuvo a punto de desplomarse en varias ocasiones, pero cada vez que lo hacía encontraba una reserva de fuerzas en alguna parte. Así que siguió moviéndose, los dientes apretados contra el dolor y la fatiga, contando los pasos para concentrarse. El aprendiz de carpintero con el que había hablado trajo a un supervisor, que se rascó la cabeza por debajo de la gorra al contemplar a Kaladin. Finalmente, se encogió de hombros, y los dos se retiraron.

No había pasado mucho rato y ya había atraído a una pequeña multitud. Trabajadores del aserradero, algunos soldados y gran número de hombres de los puentes. Algunos de las otras cuadrillas se burlaron de él, pero los miembros del Puente Cuatro se mostraron más comedidos. Muchos lo ignoraron. Otros (el canoso Teft, el juvenil Dunny, varios más) se quedaron mirándolo, como si

no pudieran creer lo que estaba haciendo.

Esas miradas, por aturdidas y hostiles que fueran, formaban parte de lo que mantenía a Kaladin en movimiento. También corría para ventear su frustración, aquel caldero de rabia que ardía en su interior. Furia consigo mismo por fallarle a Tien. Furia contra el Todopoderoso por haber creado un mundo donde algunos morían llenos de lujo mientras otros lo hacían cargando puentes.

Le pareció sorprendentemente bueno agotarse de ese modo que él mismo escogía. Se sintió igual que aquellos primeros meses después de la muerte de Tien, cuando se entrenó con la lanza para olvidar. Cuando sonaron las campanas de mediodía, llamando a los soldados a almorzar, Kaladin por fin se detuvo y soltó el gran tablón en el suelo. Se frotó el hombro. Llevaba horas marchando. ¿Dónde había encontrado las fuerzas?

Corrió al puesto de carpintero, goteando de sudor, y tomó un largo sorbo del barril de agua. Los carpinteros normalmente reprendían a los hombres de los puentes que lo hacían, pero ninguno dijo una sola palabra mientras Kaladin tragaba dos cazos llenos de agua de lluvia de sabor metálico. Soltó el cazo y asintió a un par de aprendices antes de volver trotando hacia donde había dejado el tablón.

Roca (el comecuernos grandullón de piel bronceada) lo estaba sopesando, el ceño fruncido.

Teft advirtió a Kaladin, y luego le hizo un gesto a Roca.

—Nos apostó unos cuantos chips a cada uno a que habías usado un tablón liviano para impresionarnos.

Si pudieran haber sentido su cansancio, no se habrían mostrado tan escépticos. Se obligó a quitarle el tablón a Roca. El grandullón lo soltó con una mirada se asombro, y vio cómo Kaladin corría con él para devolverlo al lugar donde lo había encontrado. Le dio las gracias al aprendiz, y luego trotó de vuelta con el grupito de hombres del puente. Roca pagaba a regañadientes los chips de su deuda.

—Podéis ir a almorzar —les dijo Kaladin—. Nos toca servicio de puente esta tarde, así que volved aquí dentro de una hora. Reunión en el comedor a la última campanada antes de la puesta de sol. Nuestro trabajo en el campamento es hoy limpiar después de la

cena. El último en llegar se encarga de los orinales.

Le dirigieron una mirada divertida mientras se marchaba. Dos calles más allá, se desvió hacia un callejón y se apoyó contra la pared. Entonces, jadeando, se dejó caer al suelo y se tumbó.

Sentía como si hubiera esforzado todos los músculos de su cuerpo. Le ardían las piernas, y cuando intentó cerrar el puño, notó los dedos demasiado débiles para conseguirlo del todo. Inspiró y espiró profundamente, tosiendo. Un soldado que pasaba lo miró, pero cuando vio sus ropas, se marchó sin decir palabra.

Al cabo de un rato, Kaladin sintió un suave contacto en el pecho. Abrió los ojos y encontró a Syl tumbada en el aire, la carita hacia la suya. Sus pies se dirigían a la pared, pero su postura (de hecho, la forma en que flotaba su vestido) hacía que pareciera como si estuviera de pie, no tendida boca abajo.

—Kaladin, tengo que decirte algo.

Él volvió a cerrar los ojos.

—¡Kaladin, es importante!

Sintió una leve descarga de energía en el párpado. Fue una sensación muy extraña. Gruñó, abrió los ojos y se obligó a sentarse en el suelo. Ella caminó por el aire, como si rodeara una esfera invisible, hasta que quedó de pie en la dirección correcta.

—He decidido que me alegra que cumplieras tu palabra con Gaz, aunque sea una persona repulsiva.

Kaladin tardó un instante en advertir de qué estaba hablando.

—¿Las esferas?

Ella asintió.

—Creí que ibas a romper tu palabra, pero me alegra que no lo hicieras.

—Muy bien. Bueno, gracias por decírmelo.

—Kaladin —dijo ella, petulante, las manos en las caderas—. Esto es importante.

—Yo… —guardó silencio, y entonces apoyó de nuevo la cabeza contra la pared—. Syl, apenas puedo respirar, mucho menos pensar. Por favor. Dime qué te molesta.

—Sé lo que es una mentira —dijo ella, acercándose y sentándose sobre su rodilla—. Hace unas semanas, ni siquiera comprendía el concepto de lo que es mentir. Pero ahora me alegro de que no

mintieras. ¿No lo ves?

—No.

—Estoy cambiando.

Se estremeció. Debió de ser una acción intencionada, pues su figura entera temblequeó un momento.

—Sé cosas que no sabía hace unos cuantos días. Es muy extraño.

—Bueno, supongo que eso es bueno. Quiero decir, cuanto más comprendas, mejor. ¿No?

Ella agachó la cabeza.

—Cuando ayer te encontré cerca del abismo después de la alta tormenta ibas a matarte ¿verdad?

Kaladin no respondió. Ayer. Eso fue hacía una eternidad.

—Te di una hoja —dijo ella—. Una hoja venenosa. Podrías haberla utilizado para matarte tú o matar a cualquier otro. Para eso planeabas posiblemente usarla en primer lugar, allá en las carretas —lo miró a los ojos, y su voz diminuta pareció aterrorizada—. Hoy sé lo que es la muerte. ¿Por qué sé lo que es la muerte, Kaladin?

Kaladin frunció el ceño.

—Siempre has sido rara, para ser una spren. Incluso desde el principio.

—¿Desde el mismo principio?

Él vaciló y trató de recordar. No, las primeras veces que ella había venido, había actuado como cualquier otro vientospren. Le gastaba bromas, le pegaba el zapato al suelo, se escondía luego. Incluso cuando permaneció con él durante los meses de su esclavitud, había actuado principalmente como cualquier otro spren. Perdía rápidamente interés en las cosas, revoloteaba.

—Ayer no sabía qué era la muerte —dijo Syl—. Hoy sí lo sé. Meses atrás, no sabía que actuaba de forma rara para ser una spren, pero comprendí que así era. ¿Cómo sé siquiera cómo se supone que debe actuar un spren? —Bajó la cabeza y pareció más pequeña—. ¿Qué me está pasando? ¿Qué soy?

—No lo sé. ¿Importa?

—¿No debería?

—Yo tampoco sé lo que soy. ¿Hombre del puente? ¿Cirujano? ¿Soldado? ¿Esclavo? Solo son etiquetas. Dentro, soy yo. Un yo muy distinto del que era hace un año, pero no puedo preocuparme por

eso, así que sigo adelante y espero que mis pies me lleven adonde necesito ir.

—¿No estás enfadado conmigo por haberte traído esa hoja?

—Syl, si no me hubieras interrumpido, habría saltado al abismo. Esa hoja era lo que necesitaba. De algún modo, hiciste lo adecuado.

Ella sonrió, y vio que Kaladin empezaba a hacer estiramientos. Cuando terminó, se levantó y salió de nuevo a la calle, casi recuperado de su cansancio. Ella saltó al aire y se posó en su hombro, sentada con los brazos atrás y los pies colgando por delante, como una niña en un acantilado.

—Me alegra que no estés enfadado. Aunque creo que eres responsable de lo que me está pasando. Antes de conocerte, nunca tenía que pensar en la muerte ni en mentir.

—Así es como soy yo —dijo él secamente—. Llevo muerte y mentiras dondequiera que voy. Yo y la Vigilante Nocturna.

Ella frunció el ceño.

—Eso ha sido… —empezó a decir él.

—Sí. Sarcasmo. —Syl ladeó la cabeza—. Sé lo que es el sarcasmo. —Entonces sonrió con malicia—. ¡Sé lo que es el sarcasmo!

«Padre Tormenta —pensó Kaladin mirando aquellos ojillos alegres—. Eso me parece ominoso.»

—Un momento —dijo—. ¿Estas cosas nunca te han pasado antes?

—No lo sé. No puedo recordar nada de hace más de un año, cuando te vi por primera vez.

—¿De veras?

—No es extraño —dijo ella, encogiendo sus hombros transparentes—. La mayoría de los spren no tienen memorias largas. —Vaciló—. No sé por qué es eso.

—Bueno, tal vez sea normal. Podrías haber recorrido este ciclo antes, pero lo has olvidado.

—Eso no resulta muy reconfortante. No me gusta la idea de olvidar.

—¿Pero la muerte y la mentira no te hacen sentirte incómoda?

—Sí. Pero si perdiera estos recuerdos…

Miró al aire, y Kaladin siguió sus movimientos y advirtió un par

de vientospren que revoloteaban con la brisa, libres y sin preocupaciones.

—Asustada de seguir adelante, pero aterrada de volver a ser lo que eras —dijo. Ella asintió.

—Sé cómo te sientes. Vamos. Necesito comer, y hay algunas cosas que quiero recoger después de almorzar.



No estás de acuerdo con mi misión. Lo comprendo en la medida que es posible comprender a alguien con quien estoy completamente en desacuerdo.

Cuatro horas después del ataque del abismoide, Adolin estaba supervisando todavía la limpieza. En la lucha, el monstruo había destruido el puente que conducía a los campamentos. Por fortuna, algunos soldados se habían quedado al otro lado y habían ido a llamar a una cuadrilla de hombres de los puentes.

Adolin caminaba entre los soldados, recogiendo informes mientras el sol caía lentamente sobre el horizonte. El aire tenía un olor húmedo y mohoso. El olor de la sangre del conchagrande. La bestia yacía donde había caído, el pecho abierto. Algunos soldados recolectaban su caparazón entre cremlinos que habían salido a darse un festín con el cadáver. A la izquierda de Adolin, largas filas de hombres usaban capas o camisas como almohadas en la irregular superficie de la llanura. Los cirujanos del ejército de Dalinar los atendían. Adolin bendijo a su padre por traer siempre a los cirujanos, incluso en una expedición de rutina como esta.

Continuó su camino, todavía con la armadura puesta. Los soldados podrían haber regresado a los campamentos por otra ruta, pues todavía había un puente al otro lado que conducía a las Llanuras. Podrían haberse dirigido hacia el este, y luego dado la

vuelta. Dalinar, sin embargo, había decidido (para gran malestar de Sadeas) que deberían esperar y atender a los heridos, y descansar las pocas horas que tardaría en llegar una cuadrilla de hombres de los puentes.

Adolin miró hacia el pabellón, donde se oían risas. Varios grandes rubíes resplandecían con fuerza, en lo alto de picas, con cabezales dorados sujetándolos en su sitio. Eran fabriales que desprendían calor, aunque sin fuego. No comprendía cómo funcionaban los fabriales, aunque los más espectaculares necesitaban gemas grandes para hacerlo.

Una vez más, los otros ojos claros disfrutaban de su descanso mientras él trabajaba. Esta vez no le importaba. Le habría resultado difícil divertirse después de semejante desastre. Y había sido un desastre, desde luego. Un suboficial ojos claros se acercó con una lista final de bajas. La esposa del hombre la leyó, y luego lo dejó con la hoja y se retiró.

Había casi cincuenta muertos, y el doble de heridos. Muchos eran hombres a los que Adolin había conocido. Cuando le dieron al rey la valoración inicial, este no dio importancia a las muertes, indicando que serían recompensados con puestos en las Fuerzas Heráldicas de arriba. Parecía haber olvidado convenientemente que él mismo habría sido una de las bajas de no ser por Dalinar.

Adolin buscó a su padre con la mirada. Dalinar se encontraba en el borde de la meseta, mirando de nuevo hacia el este. ¿Qué buscaba allí? No era la primera vez que Adolin veía realizar acciones extraordinarias a su padre, pero habían parecido particularmente dramáticas. Aguantar bajo el enorme abismoide, impedir que matara a su sobrino, la armadura brillando. Esa imagen estaba clavada en la memoria de Adolin.

Los otros ojos claros se mostraban más relajados en torno a Dalinar ahora, y durante las siguientes horas Adolin no oyó ni un solo comentario acerca de su debilidad, ni siquiera por parte de los hombres de Sadeas. Temía que eso no fuera a durar. Dalinar era heroico, pero solo de vez en cuando. En las semanas que siguieran, los otros empezarían a hablar de nuevo de cómo participaba rara vez en los ataques en las mesetas, en cómo había perdido su chispa.

Adolin deseó más. Hoy, cuando Dalinar saltó para proteger a

Elhokar, había actuado como las historias decían que había hecho en su juventud. Adolin quería de vuelta a ese hombre. El reino lo necesitaba.

Suspiró y se dio la vuelta. Tenía que entregarle al rey el último informe de bajas. Probablemente se burlarían de él por eso, pero tal vez, mientras esperaba a entregarlo, podría escuchar a Sadeas. Adolin seguía pensando que había algo extraño en aquel hombre. Algo que su padre veía, pero él no.

Y así, preparado para las pullas, se dirigió al pabellón.

Dalinar miraba hacia el este, con las manos enguantadas unidas a la espalda. Allí, en algún lugar, en el centro de las Llanuras, los parshendi tenían su campamento base.

Alezkar llevaba casi seis años en guerra, enzarzada en un asedio prolongado. La estrategia del asedio había sido sugerida por el propio Dalinar: atacar la base parshendi habría requerido acampar en las Llanuras, capear altas tormentas y confiar en un gran número de frágiles puentes. Una batalla perdida y los alezi podrían haberse encontrado atrapados y rodeados, sin modo de volver a sus posiciones fortificadas.

Pero las Llanuras Quebradas también podían ser una trampa para los parshendi. Los límites este y sur eran infranqueables: las mesetas allí estaban tan erosionadas que muchas eran poco más que agujas de piedra, y los parshendi no podían cubrir la distancia entre unas y otras. Las Llanuras estaban rodeadas por montañas, y manadas de abismoides recorrían la tierra intermedia, enormes y peligrosos.

Con el ejército alezi encajonándolos por el este y el norte (y con los exploradores situados por si acaso al este y al sur), los parshendi no podían escapar. Dalinar había argumentado que los parshendi se quedarían sin suministros. Entonces tendrían que exponerse y tratar de escapar de las Llanuras, o tendrían que atacar a los alezi en sus campamentos fortificados.

Fue un plan excelente. Excepto que Dalinar no había tenido en cuenta las gemas.

Se dio la vuelta y caminó por la meseta. Anhelaba ir a ver a sus hombres, pero necesitaba mostrar confianza en Adolin. Estaba al

mando, y lo haría bien. De hecho, parecía que ya estaba entregando algunos informes finales a Elhokar.

Dalinar sonrió, mirando a su hijo. Adolin era más bajo que Dalinar, y su pelo era rubio mezclado con negro. El rubio era herencia de su madre, o eso le habían dicho a Dalinar, que no recordaba nada de ella.

Había sido borrada de su memoria, dejando extraños huecos y zonas neblinosas. A veces podía recordar una escena exacta, con todo el mundo nítido y claro, pero ella era un borrón. Ni siquiera podía recordar su nombre. Cuando los otros lo mencionaban, se le escapaba de la mente, como un trozo de manteca que resbala de un cuchillo demasiado caliente.

Dejó que Adolin hiciera su informe y se acercó al cadáver del abismoide. Yacía desmoronado de costado, los ojos apagados, la boca abierta. No había lengua, solo los curiosos dientes de los conchagrandes, con una extraña y compleja red de mandíbulas. Algunos dientes planos para aplastar y destruir conchas y otras mandíbulas más pequeñas para arrancar la carne y metérsela en la garganta. Los rocapullos se habían abierto cerca, y sus enredaderas se extendían para lamer la sangre de la bestia. Había una conexión entre el hombre y las bestias que cazaba, y Dalinar siempre sentía una extraña melancolía después de matar a una criatura tan majestuosa como un abismoide.

La mayoría de las gemas corazón se cosechaban de manera muy distinta a la de hoy. A veces durante el extraño ciclo vital de los abismoides, estos buscaban el lado occidental de las Llanuras, donde las mesetas eran más amplias. Se subían a lo alto y hacían una crisálida rocosa, esperando la llegada de una alta tormenta.

Durante esa época, eran vulnerables. Solo había que llegar a la meseta donde la bestia descansaba, romper la crisálida con mazas o una espada esquirlada, y luego sacar la gema corazón. Un trabajo fácil para conseguir una fortuna. Y las bestias venían frecuentemente, a menudo varias veces a la semana, mientras no hiciera demasiado frío.

Dalinar contempló el enorme cadáver. Diminutos spren casi invisibles flotaban en torno al cuerpo de la bestia, desvaneciéndose en el aire. Parecían lenguas de humo que pudieran desprenderse de

una vela después de ser apagada. Nadie sabía qué tipo de spren eran: solo se los veía en torno a los cuerpos recién muertos de los conchagrandes.

Sacudió la cabeza. Las gemas corazón lo habían cambiado todo en la guerra. Los parshendi las querían también, lo suficiente para esforzarse al máximo en la contienda. Luchar contra los parshendi por los conchagrandes tenía sentido, pues los parshendi no podían sustituir sus tropas con otras de refresco como hacían los alezi. Así que la lucha por los conchagrandes era a la vez una forma que daba beneficios y que permitía avanzar la táctica del asedio.

Con la caída de la noche, Dalinar pudo ver luces chispeando al otro lado de las Llanuras. Torres donde hombres vigilaban la presencia de abismoides que salían a pupar. Estaban de guardia durante toda la noche, aunque los abismoides rara vez salían por la tarde o en la oscuridad. Los exploradores cruzaban los abismos con pértigas que les ayudaban a saltar, moviéndose rápidamente de meseta en meseta sin necesidad de puentes. Cuando un abismoide era localizado, los exploradores daban la voz de alerta, y todo se convertía en una carrera: alezi contra parshendi. Había que dominar la meseta y conservarla el tiempo suficiente para sacar la gema corazón, y atacar al enemigo si llegaban allí primero.

Todos los altos príncipes querían aquellas gemas corazón. Pagar y alimentar a miles de soldados no era barato, y una sola gema corazón podía cubrir los gastos durante meses. Aparte de eso, cuanto más grande era la gema usada por un animista, menos probable era que se quebrara. Las enormes gemas corazón ofrecían un potencial casi ilimitado. Y por eso los altos príncipes se daban prisa. El primero en llegar a una crisálida tenía que luchar contra los parshendi por conseguir la gema corazón.

Podrían haberse turnado, pero las costumbres alezi no eran así. Para ellos la competición era una doctrina. El vorinismo enseñaba que los mejores guerreros tendrían el sagrado privilegio de unirse a los Heraldos después de la muerte, donde lucharían por recuperar los Salones Tranquilos de manos de los Vaciadores. Los altos príncipes eran aliados, pero también rivales. Renunciar a una gema corazón ante otro…, bueno, les parecía mal. Era mejor competir. Y por eso lo que antes fue una guerra se había convertido en un

deporte. Un deporte letal, pero esos deportes eran los mejores.

Dalinar dejó atrás al abismoide caído. Comprendía cada paso en el proceso de lo que había sucedido durante estos seis años. Incluso había provocado algunos de ellos. Pero ahora se preocupaba. Hacían avances y reducían el número de parshendi, pero el objetivo original de vengar el asesinato de Gavilar casi se había olvidado. Los alezi retozaban, jugaban, perdían el tiempo.

Aunque habían matado a muchísimos parshendi (casi una cuarta parte de las fuerzas estimadas originalmente habían muerto), este asunto estaba requiriendo demasiado tiempo. El asedio duraba ya seis años, y fácilmente podría durar otros seis. Eso le preocupaba. Obviamente, los parshendi esperaban ser asediados allí. Habían preparado suministros y estaban listos para trasladar a toda su población a las Llanuras Quebradas, donde podían emplear aquellos abismos y mesetas olvidados de los Heraldos como si fueran cientos de fosos y fortificaciones.

Elhokar había enviado mensajeros, exigiendo saber por qué los parshendi habían matado a su padre. Nunca respondieron. Se habían atribuido el asesinato, pero no habían ofrecido ninguna explicación. Últimamente parecía que Dalinar era el único que todavía se preguntaba el motivo.

Dalinar se volvió hacia un lado: los ayudantes de Elhokar se habían retirado al pabellón para disfrutar del vino y las viandas. La gran tienda, abierta por un lado, estaba teñida de violeta y amarillo, y una suave brisa agitaba la lona. Existía una leve posibilidad de que otra alta tormenta llegara esta noche, decían los guardianes. Que el Todopoderoso enviara al ejército de vuelta al campamento si se producía una.

Altas tormentas. Visiones.

Únelos…

¿De verdad creía en lo que había visto? ¿De verdad pensaba que el mismísimo Todopoderoso le había hablado? ¿A Dalinar Kholin, el Aguijón Negro, un temible guerrero?

Únelos.

Sadeas salió del pabellón. Se había quitado el yelmo, revelando una cabeza de denso cabello negro que caía en cascada hasta sus hombros. Con su armadura, era una figura imponente: tenía mucho

mejor aspecto con la armadura que con uno de aquellos ridículos trajes de seda y encajes que eran tan populares hoy día.

Sadeas miró a Dalinar a los ojos y lo saludó con un leve movimiento con la cabeza. «Mi parte está hecha», decía aquel gesto. Sadeas caminó unos momentos, luego volvió a entrar en el pabellón.

Bien. Sadeas había recordado el motivo para invitar a Vamah a la cacería. Ahora Dalinar tendría que buscarlo. Se dirigió al pabellón. Adolin y Renarin se encontraban cerca del rey. ¿Habría dado ya su informe el muchacho? Parecía probable que Adolin estuviera intentando, una vez más, escuchar las conversaciones de Sadeas con el rey. Dalinar tendría que hacer algo al respecto: la rivalidad personal del muchacho con Sadeas era quizá comprensible, pero contraproducente.

Sadeas charlaba con el rey. Dalinar hizo amago de ir a buscar a Vamah (el otro alto príncipe estaba casi al fondo del pabellón), pero el rey lo interrumpió.

—Dalinar, ven aquí. ¡Sadeas me dice que ha ganado tres gemas corazón solamente en las tres últimas semanas!

—Así es —contestó Dalinar, acercándose.

—¿Cuántas has ganado tú?

—¿Incluyendo la de hoy?

—No —dijo el rey—. Antes de esta.

—Ninguna, majestad —admitió Dalinar.

—Son los puentes de Sadeas. Son más eficaces que los tuyos.

—Puede que no haya ganado nada en las últimas semanas —dijo Dalinar, envarado—, pero mi ejército ha ganado su parte de escaramuzas en el pasado.

«Y las gemas corazón, por lo que me importa, pueden irse todas a Condenación.»

—Tal vez —dijo Elhokar—, ¿pero qué has hecho últimamente?

—He estado ocupado con otros asuntos importantes.

Sadeas alzó una ceja.

—¿Más importantes que la guerra? ¿Más importantes que la venganza? ¿Es eso posible? ¿O tan solo estás poniendo excusas?

Dalinar le dirigió al otro alto príncipe una mirada significativa. Sadeas tan solo se encogió de hombros. Eran aliados, no amigos. Ya

no.

—Deberías usar puentes como los suyos —dijo Elhokar.

—Majestad, los puentes de Sadeas pierden muchas vidas.

—Pero también son rápidos —dijo Sadeas tranquilamente—. Confiar en puentes con ruedas es una locura, Dalinar. Moverlos por estas mesetas es lento y dificultoso.

—Los Códigos exigen que un general no pida a ningún hombre nada que no pueda hacer él mismo. Dime, Sadeas: ¿Correrías delante de esos puentes que usas?

—Tampoco comería bazofia —repuso Sadeas secamente—, ni cavaría letrinas.

—Pero podrías hacerlo si fuera necesario —dijo Dalinar—. Los puentes son distintos. ¡Padre Tormenta, ni siquiera les dejas usar armaduras ni escudos! ¿Entrarías en combate sin tu armadura?

—Los hombres de los puentes cumplen una función muy importante —replicó Sadeas—. Distraen a los parshendi para que no disparen a mis soldados. Al principio intenté darles escudos. ¿Y sabes qué? Los parshendi ignoraron a los hombres de los puentes y dispararon contra mis soldados y caballos. Descubrí que duplicando el número de puentes a la carga, y luego haciéndolos extremadamente ligeros (nada de armaduras ni escudos que los retrasaran), los hombres de los puentes trabajan mucho mejor.

»¿Ves, Dalinar? ¡Los parshendi son tentados por los hombres de los puentes y no le disparan a nada más! Sí, perdemos unas cuantas cuadrillas en cada asalto, pero rara vez tantos que puedan retrasarnos. Los parshendi siguen disparándoles. Supongo que, por algún motivo, piensan que matar a los hombres de los puentes nos hace daño. Como si un hombre desarmado que carga con un puente valiera lo mismo para el ejército que un jinete en su caballo con armadura. —Sadeas sacudió divertido la cabeza ante la idea.

Dalinar frunció el ceño. «Hermano, había escrito Gavilar. Debes encontrar las palabras más importantes que pueda decir un hombre…» Una cita del antiguo texto *El camino de los reyes*. Estaba completamente en desacuerdo con las cosas que daba a entender Sadeas.

—De todas formas —continuó Sadeas—, sin duda no puedes rebatir lo efectivo que ha sido mi método.

—A veces el premio no merece la pena el coste. Los medios por los que conseguimos la victoria son tan importantes como la victoria misma.

Sadeas miró a Dalinar con incredulidad. Incluso Adolin y Renarin, que se habían acercado, parecían asombrados ante sus palabras. Era una forma de pensar muy poco alezi.

Con las visiones y las palabras de aquel libro dándole vueltas en la cabeza últimamente, Dalinar no se sentía particularmente alezi.

—El premio vale cualquier precio, brillante señor Dalinar —dijo Sadeas—. Ganar la competición vale cualquier esfuerzo, cualquier gasto.

—Es una guerra, no una competición.

—Todo es una competición —dijo Sadeas con un gesto de indiferencia—. Todos los tratos entre los hombres son competiciones en las que algunos tienen éxito y otros fracasan. Y algunos fracasan de manera espectacular.

—¡Mi padre es uno de los guerreros más afamados de Alezkar! —replicó Adolin, avanzando hacia el grupo. El rey lo miró alzando una ceja, pero por lo demás permaneció al margen de la conversación—. Viste lo que hizo antes, Sadeas, mientras te ocultabas junto al pabellón con tu arco. Mi padre contuvo a la bestia. Eres un cobar…

—¡Adolin! —exclamó Dalinar. Esto estaba yendo demasiado lejos—. Modérate.

Adolin apretó los dientes, la mano en el costado, como ansioso por invocar su espada esquirlada. Renarin dio un paso adelante y colocó amablemente la mano en su hombro. Reacio, Adolin retrocedió.

Sadeas se volvió hacia Dalinar, sonriente.

—Un hijo apenas puede contenerse, y el otro es incompetente. ¿Ese es tu legado, viejo amigo?

—Estoy orgulloso de ambos, Sadeas, pienses lo que pienses.

—Puedo comprender al marcado a fuego —dijo Sadeas—. Una vez fuiste impetuoso como él. ¿Pero el otro? Viste cómo salió corriendo del campo hoy. ¡Incluso se olvidó de desenvainar su espada o traer su arco! ¡Es un inútil!

Renarin se ruborizó y agachó la cabeza. Adolin alzó la suya. Se

llevó de nuevo la mano al costado y avanzó hacia Sadeas.

—¡Adolin! —dijo Dalinar—. ¡Yo me encargaré de esto!

Adolin lo miró, los ojos azules encendidos de ira, pero no invocó su espada.

Dalinar dirigió su atención hacia Sadeas y habló en voz muy clara, muy deliberada.

—Sadeas. Sin duda que no acabo de oírte llamar abiertamente inútil a mi hijo delante del rey. Sin duda que no has dicho eso, pues un insulto semejante exigiría que invocara mi espada y reclamara tu sangre, rompiendo el Pacto de la Venganza y haciendo que los dos mayores aliados del rey se dieran muerte mutuamente. Sin duda que no has sido tan necio. Sin duda me he enterado mal.

Todo quedó en silencio. Sadeas vaciló. No se retractó. Aguantó la mirada de Dalinar. Pero vaciló.

—Tal vez —dijo lentamente— has oído mal. Yo no insultaría a tu hijo. Eso no habría sido… sabio por mi parte.

Se miraron fijamente el uno al otro, se produjo un acto de comprensión, y Dalinar asintió. Sadeas lo hizo también: un breve gesto con la cabeza. No dejarían que su odio mutuo se convirtiera en un peligro para el rey. Las pullas eran una cosa, pero las ofensas capaces de provocar un duelo eran otras. No podían arriesgarse a eso.

—Bien —dijo Elhokar. Permitía que sus altos príncipes se enfrentaran y dieran codazos en busca de estatus e influencia. Creía que así eran más fuertes, y pocos lo defraudaban: era un método establecido de gobierno. Dalinar se encontraba cada vez más en desacuerdo.

Únelos…

—Supongo que podemos acabar con esto —dijo Elhokar.

Adolin parecía insatisfecho, como si de verdad hubiera esperado que Dalinar invocara su hoja para enfrentarse a Sadeas. Dalinar también se sentía acalorado, la Emoción lo tentaba, pero la resistió. No. Aquí no. Ahora no. No mientras Elhokar los necesitara.

—Tal vez podemos terminar, majestad —dijo Sadeas—. Aunque dudo que esta discusión concreta entre Dalinar y yo termine jamás. Al menos hasta que vuelva a aprender cómo debe comportarse un hombre.

—He dicho que ya es suficiente, Sadeas.

—¿Suficiente, dices? —añadió una nueva voz—. Creo que una sola palabra de Sadeas es «suficiente» para cualquiera.

Sagaz se abrió paso entre el grupo de asistentes, sosteniendo una copa de vino en una mano y la espada de plata al cinto.

—¡Sagaz! —exclamó Elhokar—. ¿Cuándo has llegado?

—Alcancé la partida justo antes de la batalla, majestad —dijo Sagaz, con una reverencia—. Iba a hablar contigo, pero el abismoide fue más rápido. He oído decir que tu conversación con él fue bastante reconfortante.

—¡Pero entonces llegaste hace horas! ¿Qué has estado haciendo? ¿Cómo es que no te he visto?

—Tenía…, cosas que hacer —respondió Sagaz—. Pero no podía perderme la cacería. No querría que me echaras de menos.

—Hasta ahora me ha ido bien.

—Y sin embargo, te faltaba una pizca de Sagaz.

Dalinar estudió al hombre vestido de negro. ¿Cómo interpretarlo? Era listo, en efecto. Y sin embargo era libre para expresar sus pensamientos, como había demostrado con Renarin antes. Este Sagaz tenía un aire a su alrededor que Dalinar no podía situar del todo.

—Brillante señor Sadeas —dijo Sagaz, tomando un sorbo de vino —. Lamento muchísimo verte aquí.

—Yo pensaba que te alegrarías de verme. Siempre te proporciono diversión.

—Desgraciadamente, así es.

—¿Desgraciadamente?

—Sí. Verás, Sadeas, lo pones demasiado fácil. Un sirviente sin educación y medio lelo y con resaca podría burlarse de ti. Yo me quedo sin la necesidad de esforzarme, y tu misma naturaleza se burla de mis burlas. Y por eso, por pura estupidez, me haces parecer incompetente.

—De verdad, Elhokar —dijo Sadeas—. ¿Tenemos que soportar a esta…, criatura?

—Me cae bien —sonrió Elhokar—. Me hace reír.

—A expensas de aquellos que te somos leales.

—¿A expensas? —intervino Sagaz—. No creo que me hayas

pagado nunca una sola esfera. Aunque no, por favor, no te ofrezcas. No puedo aceptar tu dinero, ya que sé bien a cuántas otras personas debes pagar para conseguir lo que deseas.

Sadeas se ruborizó, pero mantuvo la calma.

—¿Un chiste de putas, Sagaz? ¿Es lo mejor que puedes conseguir?

Sagaz se encogió de hombros.

—Señalo las verdades cuando las veo, brillante señor Sadeas. Cada hombre tiene su sitio. El mío es hacer insultos. El tuyo hacer ingresos.

Sadeas se ruborizó, la cara roja.

—Eres un idiota.

—Si el sagaz es un idiota, entonces es una lástima para los hombres. Te diré una cosa, Sadeas. Si puedes hablar sin decir algo ridículo, te dejaré en paz durante el resto de la semana.

—Bueno, pienso que eso no debe ser demasiado difícil.

—Y sin embargo has fracasado —dijo Sagaz, suspirando—. Has dicho «pienso», y no puedo imaginarme nada más ridículo que la idea de verte pensando. ¿Y tú, joven príncipe Renarin? Tu padre desea que te deje en paz. ¿Puedes hablar y decir algo que no sea ridículo?

Todos se volvieron hacia Renarin, que estaba de pie detrás de su hermano. Renarin vaciló, los ojos muy abiertos. Dalinar se puso tenso.

—Algo que no sea ridículo… —dijo Renarin lentamente.

Sagaz se echó a reír.

—Sí, supongo que eso será suficiente. Muy listo. Si el brillante señor Sadeas pierde el control de sí mismo y acaba por matarme, quizá puedas ser el sagaz del rey después de mí. Pareces tener la mente adecuada para ello.

Renarin se animó, lo que pareció molestar aún más a Sadeas. Dalinar miró al alto príncipe: Sadeas había dirigido la mano a la espada. No era una hoja esquirlada, pues no tenía. Pero sí llevaba una espada de ojos claros. Bastante letal: Dalinar había luchado junto a Sadeas en muchas ocasiones, y el hombre era un experto espadachín.

Sagaz dio un paso adelante.

—¿Qué va a ser entonces, Sadeas? —preguntó en voz baja—. ¿Le harás un favor a Alezkar y la liberarás de ambos?

Matar al sagaz del rey era legal. Pero, al hacerlo, Sadeas perdería su título y sus tierras. A la mayoría de la gente le parecería un asunto lo bastante malo para no hacerlo al descubierto. Naturalmente, si pudieras asesinar a un sagaz sin que nadie supiera que fuiste tú, sería diferente.

Sadeas apartó lentamente la mano de la empuñadura de su espada, y luego le asintió al rey y se marchó.

—Sagaz —dijo Elhokar—, Sadeas tiene mi favor. No hay necesidad de atormentarlo así.

—Disiento —respondió Sagaz—. El favor del rey puede ser un tormento suficiente para la mayoría de los hombres, pero no para él.

El rey suspiró y miró a Dalinar.

—Debería ir a tranquilizar a Sadeas. Pero quería preguntarte si has reflexionado sobre el tema que te mencioné antes.

Dalinar negó con la cabeza.

—He estado ocupado con las necesidades del ejército. Pero lo examinaré ahora, majestad.

El rey asintió, y luego se marchó apresuradamente detrás de Sadeas.

—¿De qué se trata, padre? —preguntó Adolin—. ¿De la gente que cree que lo está espiando?

—No —respondió Dalinar—. Esto es algo nuevo. Te lo mostraré dentro de poco.

Dalinar se volvió a mirar a Sagaz. El hombre vestido de negro estaba haciendo chasquear sus nudillos uno a uno y miraba a Sadeas con expresión reflexiva. Advirtió que Dalinar lo estaba mirando e hizo un guiño y se marchó.

—Me cae bien —repitió Adolin.

—Tal vez acabes por convencerme —dijo Dalinar, frotándose la barbilla—. Renarin, ve y trae un informe sobre los heridos. Adolin, acompáñame. Necesitamos comprobar ese asunto del que habló el rey.

Ambos jóvenes parecían confusos, pero hicieron lo que se les pedía. Dalinar echó a andar en dirección al lugar donde yacía el

cadáver del abismoide.

«Veamos qué nos han traído tus preocupaciones esta vez, sobrino», pensó.

Adolin hizo girar en sus manos la larga correa de cuero. Casi de una cuarta de ancho y del grosor de un dedo, la correa terminaba de forma abrupta. Era la cincha de la silla del rey, la cinta que rodeaba el vientre del caballo. Se había roto súbitamente durante la lucha, arrojando del caballo la silla y al jinete.

—¿Qué piensas? —preguntó Dalinar.

—No lo sé. No parece tan gastada, pero supongo que lo estaba, o de otro modo no se habría roto, ¿no?

Dalinar recuperó la correa, pensativo. Los soldados no habían regresado todavía con la cuadrilla del puente, aunque empezaba a oscurecer.

—Padre —dijo Adolin—. ¿Por qué nos pide Elhokar que examinemos esto? ¿Espera que castiguemos a los mozos de cuadras por no cuidar bien de su silla? ¿Es…? —Adolin guardó silencio y comprendió de pronto la vacilación de su padre—. Crees que cortaron la cincha ¿verdad?

Dalinar asintió. Le dio la vuelta en sus manos enguantadas, y Adolin pudo ver lo que estaba pensando. Una cincha podía estar tan gastada que podía romperse, sobre todo si tenía que soportar el peso de un hombre con armadura esquirlada. Esta correa se había roto en el punto donde conectaba con la silla, así que habría sido fácil que los mozos la pasaran por alto. Esa era la explicación racional. Pero cuando se miraba con ojos un poco más irracionales, podía parecer que había sucedido algo vil.

—Padre, se vuelve cada vez más paranoico. Sabes que sí.

Dalinar no respondió.

—Ve asesinos en cada sombra —continuó diciendo Adolin—. La correa se rompe. Eso no significa que alguien intentara matarlo.

—Si el rey está preocupado, deberíamos examinarlo. La rotura es más lisa por un lado, como si la hubieran afeitado para que se rompiera bajo tensión.

Adolin frunció el ceño.

—Tal vez —no se había dado cuenta de ese detalle—. Pero

piénsalo, padre. ¿Por qué iba nadie a cortar la cincha? Una caída del caballo no dañaría a un portador de esquirlada. Si fue un intento de asesinato, entonces fue torpe.

—Si fue un intento de asesinato —dijo Dalinar—, incluso torpe, entonces es algo de lo que tenemos que preocuparnos. Sucedió cuando estábamos de guardia, y su caballo fue atendido por nuestros mozos. Tendremos que examinar este asunto.

Adolin gimió, dejando escapar parte de su frustración.

—Los demás susurran ya que nos hemos convertido en guardaespaldas y mascotas del rey. ¿Qué dirán si se enteran de que estamos investigando todas sus preocupaciones paranoides, no importa lo irracionales que sean?

—Nunca me ha preocupado el qué dirán.

—Nos pasamos el tiempo dedicados a la burocracia mientras los demás ganan fortuna y gloria. ¡Rara vez participamos en los ataques en las mesetas porque estamos ocupados haciendo cosas como esta! ¡Tenemos que estar ahí fuera, peleando, si queremos alcanzar alguna vez a Sadeas!

Dalinar lo miró, el ceño fruncido, y Adolin contuvo su siguiente estallido.

—Veo que ya no estamos hablando de esta cincha rota.

—Yo…, lo siento. Hablé con demasiada pasión.

—Tal vez. Pero claro, tal vez necesite oírlo. Me di cuenta de que no te gustó cómo te contuve antes con Sadeas.

—Sé que tú también lo odias, padre.

—No sabes tanto como presumes. Haremos algo al respecto en un momento. Por ahora, juro…, esta correa parece cortada. Tal vez hay algo que no vemos. Esto podría haber sido parte de algo más grande que no salió como esperaban.

Adolin vaciló. Parecía demasiado retorcido, pero si había un grupo al que gustaran los complots demasiado retorcidos, eran los ojos claros alezi.

—¿Crees que uno de los altos príncipes puede haber intentado algo?

—Tal vez —contestó Dalinar—. Pero dudo que ninguno de ellos lo quiera muerto. Mientras Elhokar gobierne, los altos príncipes podrán luchar en esta guerra a su modo y engordar sus fortunas. No

les impone demasiadas exigencias. Les gusta tenerlo como rey.

—Los hombres pueden ansiar el trono solo por la distinción.

—Cierto. Cuando regresemos, mira a ver si alguien ha estado alardeando demasiado últimamente. Averigua si Roion está molesto todavía por el insulto de Sagaz en el festín de la semana pasada y haz que Talata repase los contratos que el alto príncipe Bethab le ofreció al rey por el uso de los chulls. En contratos anteriores, trató de colar una idea que lo favorecería en una sucesión. Se ha vuelto más osado desde que tu tía Navani se marchó.

Adolin asintió.

—Mira a ver si puedes rehacer la historia de la cincha —dijo Dalinar—. Que un talabartero la examine y te diga qué piensa de la rotura. Pregúntale a los mozos si advirtieron algo, y mira si han recibido alguna donación sospechosa de esferas últimamente —titubeó—. Y dobla la guardia del rey.

Adolin dio media vuelta y miró el pabellón, del que salía Sadeas. Entornó los ojos.

—¿Crees que…?

—No —interrumpió Dalinar.

—Sadeas es una anguila.

—Hijo, tienes que dejar esa fijación con él. Aprecia a Elhokar, cosa que no puede decirse de la mayoría de los demás. Es uno de los pocos a quien confiaría la seguridad del rey.

—Yo no haría lo mismo, padre, eso puedo asegurártelo.

Dalinar guardó silencio un momento.

—Ven conmigo.

Le tendió a Adolin la cincha y se encaminó hacia el pabellón.

—Quiero enseñarte algo sobre Sadeas.

Resignado, Adolin siguió a su padre. Pasaron ante el pabellón iluminado. Dentro, hombres ojos oscuros servían comida y bebida mientras las mujeres permanecían sentadas y escribían mensajes o narraciones de la batalla. Los ojos claros hablaban unos con otros con tono ampuloso y emocionado, halagando la valentía del rey. Los hombres vestían colores oscuros y masculinos: marrón, azul, verde bosque, naranja oscuro.

Dalinar se acercó al alto príncipe Vamah, que se encontraba fuera del pabellón con un grupo de ayudantes ojos claros. Iba

vestido con un largo abrigo marrón con los costados abiertos para mostrar el brillante forro de seda amarilla. Era una moda controlada, no tan ostentosa como llevar la seda por fuera. A Adolin le parecía bonita.

Vamah era un hombre algo calvo de rostro redondo. El poco pelo que le quedaba se alzaba de punta, y tenía ojos gris claro. Tenía la costumbre de entornarlos, cosa que hizo cuando Dalinar y Adolin se acercaron.

«¿De qué va esto?», se preguntó Adolin.

—Brillante señor —le dijo Dalinar a Vamah—, vengo a asegurarme de que has satisfecho todas tus necesidades.

—Mis necesidades estarían más satisfechas si pudiéramos estar ya de vuelta. —Vamah miró el sol poniente, como echándole la culpa de algún error. Normalmente no estaba de tan mal humor.

—Estoy seguro de que mis hombres se mueven lo más rápidamente que pueden.

—No sería tan tarde si no nos hubieras retrasado tanto en el camino de venida.

—Me gusta ser cuidadoso —dijo Dalinar—. Y, hablando de cuidados, hay algo de lo que quería hablar contigo. ¿Podemos mi hijo y yo hablar contigo a solas un momento?

Vamah hizo una mueca, pero dejó que Dalinar lo apartara de sus ayudantes. Adolin los siguió, cada vez más desconcertado.

—La bestia era enorme —le dijo Dalinar a Vamah, indicando con la cabeza el abismoide caído—. La más grande que he visto.

—Lo supongo.

—He oído decir que has tenido éxito en tus recientes ataques en la meseta, y que has matado a unos cuantos abismoides en sus crisálidas por tu cuenta. Hay que felicitarte.

Vamah se encogió de hombros.

—Las que conseguimos eran pequeñas. Nada parecido a esa gema corazón que Elhokar obtuvo hoy.

—Una gema corazón pequeña es mejor que ninguna —dijo Dalinar amablemente—. He oído decir que tienes planes para aumentar las murallas de tu campamento.

—¿Hmm? Sí. Rellenar unos cuantos huecos, mejorar la fortificación.

—Me aseguraré de decirle a su majestad que querrás comprar acceso extra a las animistas.

Vamah se volvió hacia él, frunciendo el ceño.

—¿Las animistas?

—Para la madera —dijo Dalinar tranquilamente—. Sin duda no pretenderás rellenar las paredes sin usar andamios ¿no? Es una suerte que aquí, en estas llanuras remotas, tengamos animistas para proporcionarnos cosas como la madera, ¿no te parece?

—Bueno, sí —respondió Vamah, cada vez más sombrío. Adolin lo miró primero a él y luego a su padre. Había algo no dicho en la conversación. Dalinar no hablaba solo de madera para las murallas: las animistas eran el medio por el que los altos príncipes alimentaban a sus ejércitos.

—El rey es bastante generoso al permitir el acceso a las animistas —dijo Dalinar—. ¿No estás de acuerdo?

—Comprendo tu argumento, Dalinar —dijo Vamah secamente—. No hace falta que sigas golpeándome la cara con la roca.

—No tengo fama de ser un hombre sutil, brillante señor. Solo de ser efectivo.

Dalinar se retiró, indicándole a su hijo que lo siguiera. Adolin así lo hizo, mirando al otro alto príncipe por encima del hombro.

—Se ha estado quejando en voz alta de las tasas que Elhokar cobra por usar sus animistas —dijo Dalinar en voz baja. Era el principal tipo de impuesto que el rey cargaba a los altos príncipes. Elhokar no luchaba ni ganaba gemas corazón excepto en alguna cacería ocasional. Se mantenía apartado de la lucha en la guerra, como era adecuado.

—¿Y por eso…? —dijo Adolin.

—Por eso le recordé cuánto le debe al rey.

—Supongo que eso es importante. ¿Pero qué tiene eso que ver con Sadeas?

Dalinar no respondió. Siguió caminando por la meseta, hasta subirse al borde del abismo. Adolin se reunió con él, esperando. Unos segundos más tarde, alguien se acercó desde atrás con una tintineante armadura esquirlada, y luego Sadeas se plantó junto a Dalinar al borde del abismo. Adolin miró al hombre con ojos entornados, y Sadeas alzó una ceja, pero no hizo ningún comentario

sobre su presencia.

—Dalinar —dijo Sadeas, volviéndose a mirar las Llanuras.

—Sadeas —la voz de Dalinar era controlada y lacónica.

—¿Hablaste con Vamah?

—Sí. Comprendió mi postura.

—Pues claro que sí —había un indicio de diversión en la voz de Sadeas—. No habría esperado otra cosa.

—¿Le dijiste que ibas a aumentar lo que le cobras por la madera?

Sadeas controlaba el único bosque grande de la región.

—A doblarla —dijo Sadeas.

Adolin miró por encima de su hombro. Vamah los estaba mirando, y su expresión era tan negra como una alta tormenta, los furiaspren brotaban del suelo a su alrededor como pequeños charcos de sangre borboteante. Dalinar y Sadeas juntos le enviaban un mensaje muy claro. «Vaya…, probablemente por eso lo invitaron a la cacería, advirtió Adolin. Para poder manejarlo.»

—¿Funcionará? —preguntó Dalinar.

—Estoy seguro de que sí —respondió Sadeas—. Vamah es un tipo bastante razonable, cuando se le pincha: comprenderá que es mejor usar las animistas que gastarse una fortuna manteniendo una línea de suministros con Alezkar.

—Tal vez deberíamos hablarle al rey de estas cosas —dijo Dalinar, mirando a Kharbranth, que estaba en el pabellón, ajeno a lo que habían hecho.

Sadeas suspiró.

—Lo he intentado: no tiene cabeza para este tipo de trabajo. Deja al muchacho con sus preocupaciones, Dalinar. Lo suyo son los grandiosos ideales de justicia, alzar la espada mientras cabalga contra los enemigos de su padre.

—Últimamente parece menos preocupado con los parshendi y más con los asesinos en la noche —dijo Dalinar—. La paranoia del muchacho me preocupa. No sé de dónde sale.

Sadeas se echó a reír.

—Dalinar ¿hablas en serio?

—Siempre hablo en serio.

—Lo sé, lo sé. ¡Pero sin duda podrás ver de dónde sale la

paranoia del muchacho!

—¿De la forma en que fue asesinado su padre?

—¡De la forma en que lo trata su tío! ¿Un millar de guardias? ¿Paradas en todas y cada una de las mesetas para dejar que los soldados «aseguren» el paso a la siguiente? ¡Vamos, Dalinar!

—Me gusta ser cuidadoso.

—Otros llaman a eso ser paranoico.

—Los Códigos…

—Los Códigos son un puñado de tonterías idealizadas —dijo Sadeas— diseñadas por los poetas para describir la forma en que piensan que deberían haber sido las cosas.

—Gavilar creía en ellos.

—Y mira adonde lo llevó eso.

—¿Y dónde estabas tú, Sadeas, cuando él luchaba por su vida?

Sadeas entornó los ojos.

—¿Así que vamos a resucitar eso ahora? ¿Como antiguos amantes que se cruzan inesperadamente en una fiesta?

El padre de Adolin no respondió. Una vez más, Adolin se sintió aturdido por la relación de su padre con Sadeas. Sus pullas eran genuinas: solo había que mirarlos a los ojos para ver que apenas podían soportarse el uno al otro.

Y sin embargo aquí estaban, aparentemente planeando y ejecutando una manipulación conjunta de otro alto príncipe.

—Protegeré al muchacho a mi manera —dijo Sadeas—. Tú hazlo a la tuya. Pero no te quejes sobre su paranoia cuando insistes en acostarte con el uniforme puesto, por si los parshendi deciden de pronto, contra toda razón y precedente, atacar los campamentos. «No sé de dónde sale», desde luego.

—Vámonos, Adolin —dijo Dalinar, volviéndose para marcharse. Adolin lo siguió.

—Dalinar —llamó Sadeas.

Dalinar dudó un momento y se volvió.

—¿Lo has descubierto ya? —preguntó Sadeas—. ¿Por qué escribió él aquello?

Dalinar negó con la cabeza.

—No vas a encontrar la respuesta. Es una locura de misión, viejo amigo. Y te está haciendo pedazos. Sé lo que te ocurre durante las

tormentas. Tu mente se desquicia por toda la tensión que acumulas.

Dalinar continuó su camino. Adolin corrió tras él. ¿Qué había sido aquello? ¿Por qué escribió «él»? Los hombres no escribían. Adolin abrió la boca para preguntar, pero pudo captar el estado de ánimo de su padre. No era el momento de insistir.

Caminó con Dalinar hasta un pequeño promontorio en la meseta. Llegaron a la cima, y desde allí contemplaron el abismoide caído. Los hombres de Dalinar continuaban cosechando su carne y su caparazón.

Permanecieron allí arriba durante un rato. Adolin rebosaba de preguntas, pero fue incapaz de formularlas.

Al cabo de un rato, Dalinar habló.

—¿Te he dicho alguna vez cuáles fueron las últimas palabras de Gavilar?

—No. Siempre me he preguntado qué pasó esa noche.

—«Hermano, sigue los Códigos esta noche. Hay algo extraño en los vientos.» Eso es lo que me dijo, lo último que me dijo justo antes de que empezáramos la celebración por la firma del tratado.

—No sabía que tío Gavilar seguía los Códigos.

—Es quien primero me los enseñó. Los encontró como reliquia de la antigua Alezkar, cuando nos unimos por primera vez. Empezó a seguirlos poco antes de morir. —Dalinar vaciló—. Fueron días extraños, hijo. Jasnah y yo no estábamos seguros de qué pensar de los cambios de Gavilar. En ese momento, los Códigos me parecían una tontería, incluso el que ordenaba que un oficial evitara la bebida durante la guerra. Sobre todo ese. —Su voz se volvió aún más baja—. Yo estaba en el suelo, inconsciente, cuando asesinaron a Gavilar. Puedo recordar voces, intentar despertarme, pero estaba demasiado afectado por el vino. Tendría que haber estado allí para ayudarlo. Miró a Adolin.

—No puedo vivir en el pasado. Es una locura hacerlo. Me responsabilizo de la muerte de Gavilar, pero no hay nada que se pueda hacer por él ahora.

Adolin asintió.

—Hijo, sigo pensando que si consigo que sigas los Códigos el tiempo suficiente, verás, como he visto yo, su importancia. Esperemos que no necesites un ejemplo tan dramático como yo.

Pero tienes que comprender. Hablas de Sadeas, de derrotarlo, de competir con él. ¿Sabes la parte que tuvo que ver Sadeas en la muerte de mi hermano?

—Fue el señuelo —dijo Adolin. Sadeas, Gavilar y Dalinar fueron buenos amigos hasta la muerte del rey. Todo el mundo lo sabía. Habían conquistado Alezkar juntos.

—Sí. Estaba con el rey y escuchó a los soldados gritar que atacaba un portador de esquirlada. La idea del señuelo fue un plan de Sadeas: se puso una de las túnicas de Gavilar y huyó en lugar de Gavilar. Lo que hizo fue suicida. Sin armadura, hizo que un asesino portador de esquirlada lo persiguiera. Creo sinceramente que fue una de las cosas más valientes que he visto hacer a un hombre.

—Pero fracasó.

—Sí. Y hay una parte de mí que nunca podrá perdonar a Sadeas por ese fracaso. Sé que es irracional, pero debería de haber estado allí, con Gavilar. Igual que yo. Los dos le fallamos a nuestro rey, y no podemos perdonarnos el uno al otro. Pero los dos seguimos unidos en una cosa. Hicimos un juramento ese día. Protegeríamos al hijo de Gavilar. No importaba a qué precio, ni importaba qué otras cosas se interpusieran entre nosotros…, protegeríamos a Elhokar.

»Y por eso estoy aquí en estas Llanuras. No es por las riquezas ni por la gloria. No me interesan esas cosas, ya no. He venido por el hermano al que amaba, y por el sobrino al que amo por propio derecho. Y, en cierto modo, eso es lo que nos divide y nos une a Sadeas y a mí. Sadeas piensa que la mejor manera de proteger a Elhokar es matar a los parshendi. Se dedica con todas sus fuerzas, junto con sus hombres, a conquistar estas mesetas y luchar. Creo que una parte de él piensa que rompo mi juramento al no hacer lo mismo.

»Pero esa no es la manera de proteger a Elhokar. Necesita un trono estable, aliados que lo apoyen, no altos príncipes que compitan entre ellos. Crear una Alezkar fuerte lo protegerá mejor que matar a nuestros enemigos. Esa es la obra de la vida de Gavilar, unir a los altos príncipes…

Guardó silencio. Adolin esperó a que siguiera contando más, pero no lo hizo.

—Sadeas —dijo Adolin finalmente—. Me… sorprende que digas

que es valiente.

—Lo es. Y astuto. A veces, cometo el error de dejar que sus manierismos y su extravagante forma de vestir me hagan subestimarlo. Pero hay un buen hombre en su interior, hijo. No es nuestro enemigo. Podemos ser mezquinos a veces, los dos. Pero él trabaja para proteger a Elhokar, así que te pido que respetes eso.

¿Cómo se respondía a una cosa así? «¿Lo odias, pero me pides que yo no lo haga?»

—Muy bien —dijo Adolin—. Me contendré. Pero sigo sin fiarme de él, padre. Por favor. Al menos considera la posibilidad de que no esté tan entregado como lo estás tú, de que te esté engañando.

—Muy bien. Lo consideraré.

Era algo. Adolin asintió.

—¿Qué es eso que dijo al final? ¿Algo sobre un escrito?

Dalinar titubeó.

—Es un secreto que compartimos él y yo. Aparte de nosotros, solo Jasnah y Elhokar lo saben. He pensado durante mucho tiempo si debería contártelo, ya que ocuparás mi lugar si caigo. Te he contado las últimas palabras que me dijo mi hermano.

—Pidiéndote que siguieras los Códigos.

—Sí. Pero hay más. Hay algo más que me dijo, pero no con palabras dichas. Esas otras palabras… las escribió.

—¿Gavilar sabía escribir?

—Cuando Sadeas descubrió el cuerpo del rey, encontró palabras escritas en un fragmento de tabla, usando la propia sangre de Gavilar. «Hermano, decía. Debes encontrar las palabras más importantes que puede decir un hombre.» Sadeas escondió el fragmento, y más tarde hicimos que Jasnah leyera las palabras. Si es cierto que sabía escribir (y otras posibilidades parecen imposibles) fue un secreto vergonzoso que ocultamos. Como decía, sus acciones se hicieron extrañas al final de su vida.

—¿Y qué significan esas palabras?

—Es una cita. De un antiguo libro llamado *El camino de los reyes*.

A Gavilar le dio por leer el volumen al final de su vida: me hablaba de él a menudo. No me di cuenta de que la cita era de allí hasta hace poco: Jasnah lo descubrió por mí. Ahora he hecho que me lean el libro unas cuantas veces, pero hasta el momento no he

encontrado nada que explique por qué escribió lo que escribió —hizo una pausa—. El libro era utilizado por los Radiantes como una especie de guía, un libro de consejos sobre cómo vivir sus vidas.

¿Los Radiantes? «¡Padre Tormenta!», pensó Adolin. Los delirios de su padre habían…, a menudo parecían tener algo que ver con los radiantes. Esto era una nueva prueba de que los delirios estaban relacionados con la culpa que sentía por la muerte de su hermano.

¿Pero, qué podía hacer Adolin para ayudar?

Pisadas metálicas en el terreno rocoso. Adolin dio media vuelta y luego asintió respetuoso cuando vio al rey acercarse, todavía llevando su armadura dorada, aunque se había quitado el yelmo. Era varios años mayor que Adolin, y tenía un rostro astuto y nariz prominente. Algunos decían que veían en él un porte regio, y las mujeres le habían confesado a Adolin que encontraban al rey bastante guapo.

No tan guapo como Adolin, naturalmente. Pero guapo de todas formas.

El rey, sin embargo, estaba casado: su esposa la reina dirigía sus asuntos en Alezkar.

—Tío —dijo Elhokar—. ¿No podemos ponernos en camino? Estoy seguro de que los portadores de esquirlada podríamos saltar el abismo. Tú y yo podríamos volver al campamento en poco tiempo.

—No dejaré a mis hombres, majestad —dijo Dalinar—. Y dudo que quieras correr solo por las mesetas durante horas, expuesto, y sin los guardias apropiados.

—Supongo —contestó el rey—. Sea como sea, quiero darte las gracias por tu valentía de hoy. Parece que te debo la vida una vez más.

—Mantenerte con vida es otra cosa que tengo por costumbre, majestad.

—Me alegro de ello. ¿Has investigado ese asunto que te dije? —señaló con la cabeza la cincha, que Adolin tenía todavía en la mano enguantada.

—Lo he hecho.

—¿Y bien?

—No pudimos decidirlo, majestad —dijo Dalinar, cogiendo la

correa y entregándosela al rey—. Puede que la hayan cortado. El desgaste es más acusado por un lado. Como si se hubiera debilitado hasta el punto de rasgarse.

—¡Lo sabía! —dijo Elhokar—. Puedo verlo con claridad, aquí mismo. Insisto, tío. Alguien intenta matarme. Van a por mí, igual que fueron a por mi padre.

—No creerás que los parshendi son responsables —dijo Dalinar, sorprendido.

—No sé quién es responsable. Tal vez alguien de esta misma cacería.

Adolin frunció el ceño. ¿Qué estaba dando a entender Elhokar? La mayoría de los miembros de la cacería eran hombres de Dalinar.

—Majestad, examinaremos este asunto —dijo Dalinar sinceramente—. Pero tienes que estar dispuesto a aceptar que puede que solo haya sido un accidente.

—No me crees —dijo Elhokar llanamente—. Nunca me crees.

Dalinar inspiró profundamente, y Adolin pudo ver que su padre tuvo que esforzarse por controlarse.

—No estoy diciendo eso. Incluso una amenaza potencial a tu vida me preocupa mucho. Pero sugiero que evites sacar conclusiones apresuradas. Adolin ha señalado que esta sería una forma terriblemente torpe de intentar matarte. Una caída del caballo no es una amenaza seria para un hombre que lleva armadura.

—Sí ¿pero y durante una cacería? —dijo Elhokar—. Tal vez querían que el abismoide me matara.

—En teoría no correríamos peligro en la cacería —repuso Dalinar—. Teníamos que acribillar al conchagrande desde lejos, y luego acercarnos a él y rematarlo.

Elhokar entornó los ojos, y miró primero a Dalinar y luego a Adolin. Fue casi como si el rey recelara de ellos. La mirada desapareció en un segundo. ¿Lo había imaginado Adolin? «¡Padre Tormenta!», pensó.

Desde atrás, Vamah empezó a llamar al rey. Elhokar lo miró y asintió.

—Esto no ha terminado, tío —le dijo a Dalinar—. Examina esa correa.

—Lo haré.

El rey le devolvió la correa y se marchó, la armadura tintineando.

—Padre —dijo Adolin inmediatamente— ¿has visto…?

—Ya hablaré con él cuando no esté tan tenso.

—Pero…

—Ya hablaré con él, Adolin. Examina la correa. Y reúne a hombres —indicó algo en el lejano oeste—. Creo que eso es la cuadrilla que viene con el puente.

«Por fin», pensó Adolin, siguiendo su mirada. Un grupito de guras cruzaba la meseta en la distancia, portando el estandarte de Dalinar y dirigiendo a una cuadrilla que cargaba uno de los puentes móviles de Sadeas. Habían mandado llamar a una de esas, ya que eran más rápidas que las de Dalinar, que tiraban con chulls de puentes más grandes.

Adolin corrió a dar las órdenes, aunque estaba distraído con órdenes de su padre, las últimas palabras de Gavilar, y ahora la mirada desconfiada del rey. Parecía que tendría muchas cosas sobre las reflexionar en el largo camino de vuelta a los campamentos.

Dalinar contempló cómo Adolin corría a cumplir sus órdenes, el peto del muchacho todavía tenía una telaraña de grietas, aunque había dejado de filtrar luz tormentosa. La armadura se repararía sola con tiempo. Podría reformarse aunque estuviera completamente rota.

Al muchacho le gustaba quejarse, pero era el mejor hijo que podía esperar un hombre, con iniciativa y fuerte sentido del mando. Los dados lo apreciaban. Tal vez se mostraba un poco demasiado amistoso con ellos, pero eso podía perdonarse. Incluso su apasionamiento se podía perdonar, suponiendo que aprendiera a canalizarlo.

Dalinar dejó al joven con su trabajo y fue a ver cómo estaba *Galante*. Encontró al ryshadio con los mozos, que habían levantado corral en la zona sur de la meseta. Habían vendado las heridas del caballo, que ya no cojeaba.

Dalinar palmeó al gran corcel en el cuello y miró aquellos profundos ojos negros. El caballo parecía avergonzado.

—No fue culpa tuya que me desmontaras, *Galante* —dijo Dalinar con voz tranquilizadora—. Me alegra que no hayas resultado malherido.

Se volvió hacia un mozo cercano.

—Dale comida extra esta tarde, y dos meloncillos dulces.

—Sí, mi brillante señor. Pero no comerá comida extra. Nunca lo hace si intentamos dársela.

—La comerá esta noche —dijo Dalinar, palmeando de nuevo el cuello del ryshadio—. Solo la come cuando considera que se la merece, hijo.

El mozo pareció sorprendido. Como casi todos ellos, pensaba que los ryshadios eran solo otra raza de caballos. Un hombre apenas podía comprenderlo hasta que un ryshadio lo había aceptado como jinete. Era como llevar una armadura esquirlada, una experiencia completamente indescriptible.

—Te comerás esos dos meloncillos dulces —dijo Dalinar, señalando al caballo—. Te los mereces.

Galante resopló.

—Hazlo —dijo Dalinar. El caballo piafó, contento. Dalinar comprobó la pata y luego se volvió hacia el mozo—. Cuida bien de él, hijo. Montaré otro caballo para el regreso.

—Sí, mi brillante señor.

Le trajeron una montura: una recia yegua de color rojizo. Tuvo mucho cuidado al montar. Los caballos corrientes siempre le parecían frágiles.

El rey salió cabalgando tras el primer pelotón, con Sagaz a su lado. Dalinar advirtió que Sadeas cabalgaba detrás, donde Sagaz no pudiera molestarlo.

La cuadrilla del puente esperaba en silencio, descansando mientras el rey y su séquito cruzaban. Como la mayoría de las cuadrillas de Sadeas, estaba compuesta por un puñado de desechos humanos. Extranjeros, desertores, ladrones, asesinos, y esclavos. Muchos probablemente merecían su castigo, pero la temible manera en que Sadeas los explotaba irritaba a Dalinar. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que ya no pudiera llenar las cuadrillas con los hombres adecuados para el sacrificio? ¿Se merecían incluso los asesinos ese destino?

Recordó de pronto un párrafo de *El camino de los reyes*. Había estado escuchando lecturas del libro con más frecuencia de lo que le había dicho a Adolin.

> Una vez vi a un hombre flaco cargando a la espalda una piedra más grande que su cabeza. Se doblaba bajo el peso, sin camisa bajo el sol, vestido solo con un taparrabos. Avanzaba por un camino concurrido. La gente le dejaba paso. No porque simpatizaran con él, sino porque temían el impulso de sus pisadas. No hay quien se atreva a impedir el paso a alguien semejante.
>
> El monarca es como este hombre, avanzando a trompicones, el peso de un reino sobre sus hombros. Muchos le abren paso, pero pocos están dispuestos a ayudarlo a llevar la piedra. No desean comprometerse en el trabajo, no vayan a condenarlos a una vida llena de cargas extra.
>
> Yo dejé mi carruaje aquel día y tomé la piedra, recogiéndola para el hombre. Creo que mis guardias se sintieron avergonzados. Puedes ignorar a un pobre despojo sin camisa que hace ese trabajo, pero nadie ignora a un rey que comparte la carga. Tal vez deberíamos cambiar de sitio más a menudo. Si se ve a un rey asumir la carga del más pobre de los hombres, tal vez haya quienes estén dispuestos a ayudarlo con su propia carga, invisible y a la vez tan desalentadora.

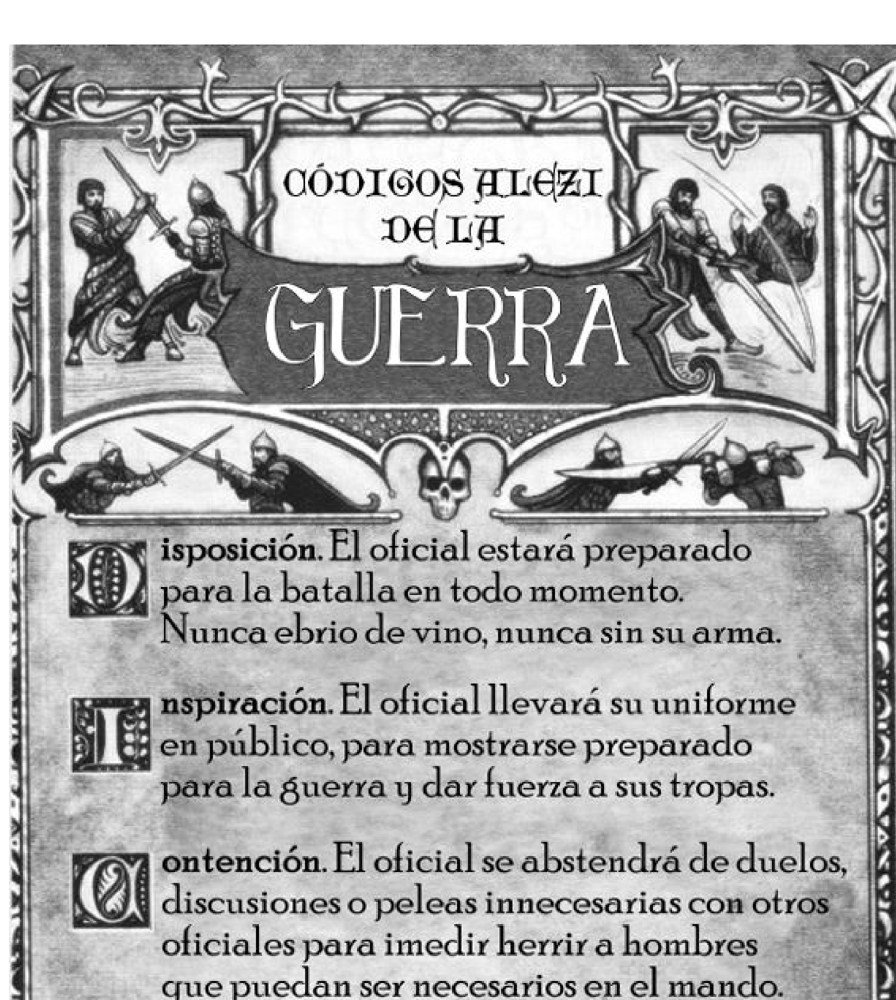
A Dalinar le sorprendió poder recordar la historia palabra por palabra, aunque probablemente no debería hacerlo. Al buscar el significado tras el último mensaje de Gavilar, había escuchado lecturas del libro casi a diario durante los últimos meses.

Le decepcionó descubrir que no había ningún significado claro tras la cita que había dejado Gavilar. Había seguido escuchando de todas formas, aunque trataba de mantener su interés oculto. El libro no tenía buena fama, y no solo porque estuviera asociado con los

Radiantes Perdidos. Las historias de un rey que hacía el trabajo de un obrero de poca monta eran las menores de sus incómodas páginas. En otros sitios, decía claramente que los ojos claros estaban por debajo de los ojos oscuros. Eso contradecía las enseñanzas de Vorin.

Sí, era mejor mantener esto en silencio. Dalinar había sido sincero al decirle a Adolin que no le importaba lo que dijera la gente. Pero si los rumores impedían su capacidad para proteger a Elhokar, podían volverse peligrosos. Tenía que ser cuidadoso.

Cruzó el puente a caballo y saludó con un gesto agradecido a los hombres del puente. Eran el escalón más bajo del ejército, y sin embargo cargaban con el peso de reyes.



Disposición. El oficial estará preparado para la batalla en todo momento. Nunca ebrio de vino, nunca sin su arma.

Inspiración. El oficial llevará su uniforme en público, para mostrarse preparado para la guerra y dar fuerza a sus tropas.

Contención. El oficial se abstendrá de duelos, discusiones o peleas innecesarias con otros oficiales para imedir herrir a hombres que puedan ser necesarios en el mando.

Liderazgo. El oficial no requerirá a sus soldado ninguna acción que no esté dispuesto a realizar el mismo

Honor. El oficial no abandonará a sus aliados en el campo de batalla, ni buscará beneficios de la pérdida de sus aliados.



SIETE AÑOS Y MEDIO ANTES

—Quiere enviarme a Kharbranth —dijo Kal, encaramado en su roca—. Para que aprenda a ser cirujano.

—¿Cómo? ¿De verdad? —preguntó Laral, mientras caminaba por el borde de la roca justo delante de él. Tenía vetas doradas en su pelo por lo demás negro. Lo llevaba largo, y flotaba tras ella al viento mientras hacía equilibrios, las manos en los costados.

El pelo era llamativo. Pero, naturalmente, sus ojos lo eran aún más. Brillantes, verde claro. Tan diferente de los negros y castaños de la gente del pueblo. Había algo realmente distinto en los ojos claros.

—Sí, de verdad —dijo Kal con un gruñido—. Lleva hablando de eso un par de años ya.

—¿Y no me lo dijiste?

Kal se encogió de hombros. Laral y él estaban en lo alto de un bajo promontorio de peñascos al este de Piedralar. Tien, su hermano menor, jugaba entre las piedras de abajo. A la derecha de Kal, un grupito de colinas bajas se extendía hasta el oeste. Estaban salpicadas de pólipos de lavis, y una plantación estaba siendo recolectada.

Se sintió extrañamente triste mientras contemplaba esas colinas, llenas de trabajadores. Los pólipos marrón oscuro crecían como melones llenos de grano. Después de ser puesto a secar, el grano alimentaría a toda la población y los ejércitos de su alto príncipe.

Los fervorosos que pasaban por la ciudad se encargaban de explicar que la Llamada del granjero era noble, una de las más grandes después de la Llamada del soldado. El padre de Kal murmuraba entre dientes que veía más honor en alimentar al reino que en luchar y morir en guerras inútiles.

—¿Kal? —insistió Laral—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Lo siento. No estaba seguro de que mi padre hablara en serio o no. Así que no dije nada.

Eso era mentira. Sabía que su padre hablaba en serio. Kal simplemente no quería mencionar que iba marcharse para convertirse en cirujano, sobre todo a Laral.

Ella puso las manos en jarras.

—Creí que ibas a ser soldado.

Kal se encogió de hombros.

Ella puso los ojos en blanco, saltó del risco hasta una piedra junto a él.

—¿No quieres convertirte en un ojos claros? ¿Ganar una espada esquirlada?

—Padre dice que eso no sucede muy a menudo.

Ella se arrodilló ante él.

—Estoy segura de que podrías lograrlo.

Aquellos ojos, tan brillantes y llenos de vida, titilando en verde, el color de la vida misma.

Kal había descubierto que cada vez le gustaba más mirar a Laral. Sabía, lógicamente, lo que le estaba sucediendo. Su padre le había explicado el proceso de crecer con la precisión de un cirujano. Pero había tanto sentimiento implicado, emociones que las estériles descripciones de su padre no habían explicado. Algunas de esas emociones iban dirigidas a Laral y las otras chicas del pueblo. Otras emociones tenían que ver con la extraña capa de melancolía que lo sofocaba en ocasiones, cuando menos se lo esperaba.

—Yo… —dijo Kal.

—Mira —repuso Laral, levantándose de nuevo y subiéndose a su roca. Su bonito vestido amarillo se agitó con el viento. Un año más y empezaría a llevar guante en la mano izquierda, la marca de que había entrado en la adolescencia—. Ven, sube. Mira.

Kal se puso en pie y miró hacia el este. Allí, los matopomos

crecían en densos bosquecillos alrededor de la base de los recios árboles markel.

—¿Qué ves? —preguntó Laral.

—Matopomos marrones. Probablemente estarán muertos.

—El Origen está ahí fuera —señaló ella—. Estas son las tierras de tormenta. Padre dice que estamos aquí para hacer de rompevientos para las tierras más tímidas al oeste. —Se volvió hacia él—. Tenemos una noble herencia, Kal, ojos oscuros y ojos claros por igual. Por eso los mejores guerreros han sido siempre de Alezkar. El alto príncipe Sadeas, el general Amaram…, el propio rey Gavilar.

—Supongo.

Ella suspiró exageradamente.

—Odio hablar contigo cuando estás así, ¿sabes?

—¿Así cómo?

—Como estás ahora. Ya sabes. Desanimado, suspirando.

—Tú eres la que acaba de suspirar.

—Sabes lo que quiero decir.

Laral bajó de la roca e hizo un mohín. Le pasaba a veces. Kal se quedó donde estaba, mirando al este. No estaba seguro de cómo se sentía. Su padre deseaba de todo corazón que fuera cirujano, pero él vacilaba. No era solo por las historias, la emoción y la maravilla que contenían. Sentía que siendo soldado podría cambiar las cosas. Cambiarlas de verdad. Una parte de él soñaba con ir a la guerra, proteger a Alezkar, combatir junto con heroicos ojos claros. Con hacer el bien en otro lugar que en un pueblo pequeño que jamás visitaba nadie importante.

Se sentó. A veces soñaba esas cosas. Otras, le resultaba difícil preocuparse por nada. Sus ominosos sentimientos eran como una anguila negra enroscada en su interior. Los matopomos de allí fuera sobrevivían a las tormentas creciendo juntos en la base de los poderosos árboles markel. Su corteza estaba recubierta de piedra, sus ramas eran gruesas como las piernas de un hombre. Pero ahora los matorrales estaban muertos. No habían sobrevivido. Agruparse no les había sido suficiente.

—¿Kaladin? —preguntó una voz tras él.

Se volvió y encontró a Tien, que tenía diez años, dos menos que

él, aunque parecía mucho más joven. Aunque los otros niños lo llamaban renacuajo, Lirin decía que todavía no había alcanzado toda su altura. Pero bueno, con esas mejillas redondas y carnosas y aquella delgada constitución, Tien parecía tener la mitad de su edad.

—Kaladin —dijo, los ojos muy abiertos, las manos unidas—. ¿Qué estás mirando?

—La maleza muerta.

—Oh. Bueno, tienes que ver esto.

—¿Qué es?

Tien abrió las manos para revelar una piedra pequeña, marcada por una pequeña línea irregular en todos los lados. Kal la cogió, la examinó. No podía distinguir nada importante. De hecho, era aburrida.

—Es solo una piedra.

—No es solo una piedra —replicó Tien, sacando su cantimplora. Se humedeció el pulgar, y luego frotó el lado plano de la piedra. La humedad la oscureció, e hizo visible una pauta blanca—. ¿Ves? —preguntó, entregándosela.

Los estratos de la roca alternaban el blanco, el marrón y el negro. La pauta era notable. Naturalmente, seguía siendo solo una piedra. Pero por algún motivo, Kal sonrió.

—¡Qué bonita, Tien! —Se dispuso a devolvérsela.

Tien negó con la cabeza.

—La encontré para ti. Para que te sientas mejor.

—Yo…

Era una piedra estúpida. Sin embargo, inexplicablemente, Kal se sintió mejor.

—Gracias. Eh, ¿sabes una cosa? Apuesto a que habrá algún lurg oculto en esas rocas. ¿Quieres ver si podemos encontrar uno?

—¡Sí, sí, sí! —dijo Tien. Se echó a reír y empezó a bajar por las rocas. Kal se dispuso a seguirlo, pero se detuvo, recordando algo que había dicho su padre.

Se mojó las manos con agua de su propia cantimplora y la lanzó a los matopomos marrones. Donde alcanzaron las gotas, el matorral se volvió verde al instante, como si estuviera rociando con pintura. El matorral no estaba muerto: solo reseco, esperando a que llegaran

las tormentas. Kal vio los parches de verde desvanecerse lentamente a medida que el agua era absorbida.

—¡Kaladin! —gritó Tien. A menudo empleaba el nombre completo de Kal, aunque este le había pedido que no lo hiciera—. ¿Es este?

Kaladin bajó entre los peñascos, tras guardarse en el bolsillo la piedra que le había dado su hermano. Al hacerlo, pasó ante Laral. Ella miraba hacia el oeste, hacia la mansión de su familia. Su padre era consistor de Piedralar. Kal volvió a mirarla. Su cabello era precioso, con los dos colores contrastados.

Ella se volvió hacia Kal y frunció el ceño.

—Vamos a cazar lurgs —explicó él, sonriendo y señalando a Tien—. Ven.

—De pronto estás alegre.

—No sé. Me siento mejor.

—Me pregunto cómo lo hace.

—¿Quién hace el qué?

—Tu hermano —dijo Laral, mirando a Tien—. Te cambia.

La cabeza de Tien asomó entre las piedras y el chico hizo gestos ansiosos, saltando arriba y abajo lleno de emoción.

—Es difícil estar triste cuando está cerca —dijo Kal—. Vamos. ¿Quieres ver al lurg o no?

—Supongo que sí —contestó Laral con un suspiro. Extendió una mano hacia él.

—¿Para qué es eso? —preguntó Kal, mirando la mano.

—Para que me ayudes a bajar.

—Laral, eres mejor escaladora que yo o que Tien. No necesitas ayuda.

—Se llama amabilidad, estúpido —dijo ella, ofreciendo la mano con más insistencia. Kal suspiró y la tomó, y ella saltó entonces sin apoyarse siquiera en ella ni necesitar su ayuda.

«Ella sí que ha estado actuando muy rara últimamente», pensó.

Los dos se reunieron con Tien, que saltaba en un hueco entre unos peñascos. El chico señaló ansioso. Un parche blanco y sedoso crecía en un hueco en la roca. Estaba hecho de diminutos hilos tejidos en una bola del tamaño del puño de un niño.

—Tengo razón ¿verdad? —preguntó Tien—. ¿Es este?

Kal alzó la cantimplora y roció de agua la piedra hasta mojar el parche blanco. Los hilos se disolvieron con la lluvia simulada, y la crisálida se derritió para revelar a una pequeña criatura de lustrosa piel verde y marrón. El lurg tenía seis patas que usaba para aferrarse a la piedra, y sus ojos estaban situados en el centro de su espalda. Saltó, buscando insectos. Tien se echó a reír, viéndolo rebotar de roca en roca, pegándose a ellas. Dejó parches de mucosidad allá donde se posaba.

Kal se apoyó contra la piedra, mirando a su hermano, recordando los días, no tan lejanos, en que perseguir lurgs era mucho más emocionante.

—Bueno —dijo Laral, cruzándose de brazos—. ¿Qué vas a hacer si tu padre intenta enviarte a Kharbranth?

—No lo sé —respondió Kal—. Los cirujanos no aceptan a nadie antes de su decimosexto Llanto, así que tengo tiempo para pensar.

Los mejores cirujanos y curanderos se educaban en Kharbranth. Todo el mundo lo sabía. Se decía que la ciudad tenía más hospitales que tabernas.

—Parece que tu padre te está obligando a hacer lo que él quiere, no lo que quieres tú —dijo Laral.

—Es lo que le pasa a todo el mundo —respondió Kal, rascándose la cabeza—. A los demás chicos no les importa ser granjeros porque sus padres eran granjeros, y Ral se convirtió en el nuevo carpintero del pueblo. No le importó que fuera el oficio de su padre. ¿Por qué debería importarme a mí ser cirujano?

—Yo solo… —Laral parecía furiosa—. Kal, si vas a la guerra y consigues una espada esquirlada, entonces serías un ojos claros… Quiero decir… Oh, esto es inútil —se cruzó de brazos con más fuerza.

Kal se rascó la cabeza. Sí que estaba rara.

—No me importaría ir a la guerra, ganar honor y todo eso. Sobre todo, me gustaría viajar. Ver cómo son las otras tierras.

Había oído historias de animales exóticos, como enormes crustáceos o anguilas que cantaban. De Rail Ellorin, la ciudad de las sombras, o de Kurth, la ciudad de los relámpagos.

Había pasado mucho tiempo estudiando estos últimos años. La madre de Kal decía que debería permitírsele que tuviera una

infancia, en vez de concentrarse tanto en su futuro. Lirin argumentaba que las pruebas para ser admitido por los cirujanos de Kharbranth eran muy rigurosas. Si Kal quería tener una oportunidad con ellos, tenía que empezar a aprender pronto.

Y sin embargo, convertirse en soldado… Los otros muchachos soñaban con enrolarse en el ejército, con luchar con el rey Gavilar. Se hablaba de ir a la guerra contra Jah Keved, de una vez por todas. ¿Cómo sería ver por fin a un héroe de las historias? ¿Luchar con el alto príncipe Sadeas, o Dalinar, el Aguijón Negro?

Al cabo de un rato, el lurg cayó en la cuenta de que lo habían engañado. Se posó en una roca y se dispuso a tejer de nuevo su crisálida. Kal cogió una piedra gastada del suelo y puso una mano en el hombro de Tien, impidiendo que el chico siguiera molestando al cansado anfibio. Kal avanzó y empujó al lurg con dos dedos, haciéndolo saltar de la roca y caer en la piedra. Se la entregó a Tien, que miró con los ojos muy abiertos cómo el lurg tejía la crisálida, escupiendo la seda húmeda y usando manos diminutas para darle forma. Esa crisálida sería impermeable por dentro, sellada con moco seco, pero por fuera el agua de la lluvia disolvería el saco.

Kal sonrió, luego alzó la cantimplora y bebió. Era agua fresca y limpia de la que habían eliminado ya el crem. El crem (el sucio material marrón que caía con el agua de lluvia) podía enfermar a los hombres. Eso lo sabía todo el mundo, no solo los cirujanos. Siempre había que dejar reposar el agua durante un día, y luego retirar el agua fresca de la parte de arriba y usar el crem para la alfarería.

El lurg terminó su crisálida. Tien inmediatamente echó mano a la cantimplora.

Kal la sostuvo en alto.

—Estará cansado, Tien. Ya no dará más saltos.

—Oh.

Kal bajó la cantimplora y le dio una palmada a su hermano en el hombro.

—Lo puse en esa piedra para que pudieras llevártelo. Lo podrás sacar más tarde —sonrió—. O puedes dejarlo caer en el agua del baño de padre a través de la ventana.

Tien apartó cuidadosamente la piedra y luego se encaramó a los peñascos. Aquí la falda de la colina había resultado muy degradada por una alta tormenta meses atrás. Estaba aplastada, como si hubiera sido golpeada por el puño de una criatura enorme. La gente decía que podría haber sido una casa destruida. Quemaron oraciones de agradecimiento al Todopoderoso mientras susurraban al mismo tiempo sobre cosas peligrosas que se movían en la oscuridad durante la tormenta. ¿Estaban los Vaciadores detrás de la destrucción, o habían sido las sombras de los Radiantes Perdidos?

Laral se encaminaba de nuevo hacia la mansión. Se alisó nerviosa el vestido: últimamente se preocupaba mucho más que antes por no ensuciarse la ropa.

—¿Sigues pensando en la guerra? —preguntó Kal.

—Hmm… Sí.

—Tiene sentido —dijo él. Un ejército había venido a reclutar hacía tan solo unas semanas y había escogido a unos cuantos de los chicos mayores, aunque solo después de que el consistor Wistiow diera permiso—. ¿Qué crees que rompió aquí las rocas, durante la alta tormenta?

—No sabría decir.

Kal miró hacia el este. ¿Qué enviaba las tormentas? Su padre decía que ningún barco había navegado jamás hacia el Origen de las Tormentas y había regresado. Pocos barcos dejaban siquiera la costa. Quedar atrapado en alta mar durante una tormenta significaba la muerte, o eso decían las historias.

Dio otro sorbo de su cantimplora, le puso el tapón, guardando el resto por si Tien encontraba otro lurg. Los hombres trabajaban en los campos lejanos, vistiendo monos, camisetas marrones y botas recias. Era temporada de gusanos. Un solo gusano podía arruinar todos los granos de un pólipo. Incubaba dentro, devorando lentamente a medida que el grano crecía. Cuando por fin abrías el pólipo en invierno, lo único que encontrabas era una gruesa babosa del tamaño de las manos de dos hombres. Y por eso buscaban en primavera, repasando cada pólipo. Donde encontraban un nido, metían un palo recubierto de azúcar al que el gusano se adhería. Lo sacabas y aplastabas al bicho con el talón, y luego cubrías el agujero con crem.

Se tardaban semanas en cubrir adecuadamente un campo, y los granjeros solían repasar sus colinas tres o cuatro veces, fertilizando al mismo tiempo. Kal había escuchado describir el proceso más de un centenar de veces. No se vivía en una población como Piedralar sin escuchar a los hombres despotricar sobre los gusanos.

Extrañamente, advirtió a un grupo de chicos mayores congregados al pie de una de las colinas. Los reconoció a todos, claro. Jost y Jest, hermanos. Mord, Tift, Naget, Khav, y algunos más. Todos tenían recios nombres de ojos oscuros alezi. No como el nombre de Kaladin. Era diferente.

—¿Por qué no están buscando gusanos? —preguntó.

—No lo sé —respondió Laral, dirigiendo su atención a los muchachos. Tenía una extraña expresión en la mirada—. Vamos a ver.

Echó a andar colina abajo antes de que Kal pudiera poner ninguna pega.

Se rascó la cabeza y miró a Tien.

—Vamos a esa colina.

Una cabeza juvenil asomó tras un peñasco. Tien asintió con fuerza, y luego continuó su búsqueda. Kal se bajó del peñasco y caminó por la pendiente detrás de Laral. Ella llegó junto a los muchachos, y ellos la miraron con expresiones incómodas. Nunca había pasado mucho tiempo con ellos, no como hacía con Kal y Tien. Sus padres eran buenos amigos, a pesar de que uno era ojos claros y otro ojos oscuros.

Laral se encaramó a una roca cercana, esperó y no dijo nada. Kal se acercó. ¿Por qué había querido ella venir aquí, si no iba a hablar con los otros chicos?

—Hola, Jost —dijo Kal. El mayor entre los chicos de catorce años, Jost era casi un hombre…, y lo parecía. Su pecho era ancho más allá de sus años, sus piernas gruesas y fornidas, como las de su padre. Tenía en las manos una rama que había recortado hasta darle la forma general de un palo de lucha—. ¿Por qué no estáis buscando gusanos?

Fue un error preguntar aquello, y Kal lo supo de inmediato. Las expresiones de varios de los chicos se ensombrecieron. Les molestaba que Kal no tuviera que trabajar nunca en las colinas. Sus

protestas porque tenía que pasarse horas y horas memorizando músculos, huesos y curas caían siempre en saco roto. Todo lo que ellos veían era a un chico que se pasaba los días a la sombra mientras ellos trabajaban bajo el sol ardiente.

—El viejo Tarn encontró un puñado de pólipos que no crecen bien —dijo Jost por fin, dirigiendo una mirada a Laral—. Nos dejó ir por hoy mientras decidían si plantar otros o dejarlos crecer a ver qué sale.

Kal asintió, cohibido ante los nueve chicos. Estaban sudorosos, las rodillas de sus pantalones manchadas de crem y gastadas por frotar la piedra. Pero Kal estaba limpio, y llevaba un par de bonitos pantalones que su madre le había comprado unas semanas antes. Su padre les había dado permiso a Tien y a él para salir de casa mientras atendía unos asuntos en la mansión del consistor. Kal pagaría el permiso estudiando de noche a la luz tormentosa, pero no tenía sentido explicárselo a los otros chicos.

—Bueno, esto… ¿De qué estabais hablando? —preguntó. En vez de contestar, Naget dijo:

—Kal, tú sabes cosas —de pelo claro y larguirucho, Naget era el más alto del grupo—. ¿No? ¿Del mundo y demás?

—Sí —dijo Kal, rascándose la cabeza—. A veces.

—¿Has oído hablar alguna vez de que un ojos oscuros se convierta en ojos claros?

—Claro. Puede suceder, dice mi padre. Los ricos mercaderes ojos oscuros se casan con ojos claros de baja cuna y se unen a su familia. Entonces tal vez tengan hijos ojos claros. Ese tipo de cosas.

—No, no se refiere a eso —dijo Khav. Tenía cejas bajas y siempre parecía tener el ceño fruncido—. Ya sabes. Ojos oscuros de verdad. Como nosotros.

«No como tú», parecía implicar su tono. La familia de Kal era la única del segundo *nahn* en el pueblo. Todos los demás eran del cuarto o el quinto, y el rango de Kal los hacía sentirse incómodos. La extraña profesión de su padre tampoco ayudaba.

Todo aquello dejaba a Kal extrañamente fuera de lugar.

—Sabéis cómo puede suceder —dijo—. Preguntadle a Laral. Estaba hablando de eso. Si un hombre gana una espada esquirlada en el campo de batalla, sus ojos se vuelven claros.

—Así es —intervino Laral—. Lo sabe todo el mundo. Incluso un esclavo podría convertirse en ojos claros si ganara una espada esquirlada.

Los chicos asintieron: todos tenían ojos marrones, negros o de otros colores oscuros. Ganar una hoja esquirlada era una de las principales razones por las que los plebeyos iban a la guerra. En los reinos vorin, todo el mundo tenía una oportunidad para ascender. Era, como decía el padre de Kal, un valor fundamental de su sociedad.

—Sí —dijo Naget, impaciente—. ¿Pero sabes si ha sucedido alguna vez? No en las historias, quiero decir. ¿Sucede en la realidad?

—Claro —dijo Kal—. Tiene que suceder. Si no ¿por qué irían tantos hombres a la guerra?

—Porque tenemos que preparar a los hombres para combatir en los Salones Tranquilos —dijo Jest—. Tenemos que enviar soldados a los Heraldos. Los fervorosos siempre hablan de eso.

—Con el mismo tono con que nos dicen que también está muy bien ser granjero —dijo Khav—. Como si ser granjero fuera un segundo puesto o algo así.

—Eh —dijo Tift—. Mi padre es granjero, y muy bueno. ¡Es una Llamada noble! Todos vuestros padres son granjeros.

—Muy bien, vale —replicó Jost—. Pero no estamos hablando de eso. Estamos hablando de los portadores de esquirlada. Vas a la guerra, puedes ganar una espada esquirlada y te conviertes en un ojos claros. A mi padre, ¿sabéis?, tendrían que haberle dado aquella espada. Pero el hombre que estaba con él la cogió mientras estaba inconsciente. Le dijo al oficial que fue él quien mató al portador de esquirlada, así que se quedó con la hoja, y mi padre…

Lo interrumpió la risa tintineante de Laral. Kal frunció el ceño. Era un tipo de risa distinta de la que oía normalmente en ella, mucho más tenue y algo molesta.

—Jost, ¿estás diciendo que tu padre ganó una espada esquirlada?

—No. Se la quitaron —respondió el muchacho.

—¿No luchó tu padre en las escaramuzas de las tierras asoladas del norte? —dijo Laral—. Díselo, Kaladin.

—Tiene razón, Jost. No había ningún portador de esquirlada allí: solo incursores reshi que pensaban que podrían vencer al nuevo rey. No tenían hojas esquirladas. Si tu padre vio una, debe recordarlo mal.

—¿Recordarlo mal? —dijo Jost.

—Er… claro —dijo Kal rápidamente—. No digo que esté mintiendo, Jost. Solo que pudo tener alguna alucinación inducida por el trauma, o algo así.

Los chicos guardaron silencio y miraron a Kal. Uno se rascó la cabeza.

Jost escupió a un lado. Parecía estar mirando a Laral con el rabillo del ojo. Ella miró a Kal y le sonrió.

—Siempre haces que la gente se sienta idiota, ¿no, Kal? —dijo Jost.

—¿Qué? No, yo…

—Quieres que mi padre parezca tonto —dijo Jost, la cara roja—. Y quieres que yo quede como un estúpido. Bueno, algunos de nosotros no tenemos tanta suerte como para pasarnos los días tumbados y comiendo fruta. Tenemos que trabajar.

—Yo no…

Jost le lanzó el palo a Kal, quien lo cogió con torpeza. Entonces Jost recogió otro palo de manos de su hermano.

—Si insultas a mi padre, tendrás que pelear. Eso es honor. ¿Tienes honor, alteza?

—No soy ninguna alteza —escupió Kal—. Por el Padre Tormenta, Jost, soy solo unos pocos *nahn* más alto que tú.

Los ojos de Jost delataron su ira cuando mencionó el *nahn*. Alzó el bastón.

—¿Vas a luchar conmigo o no?

Los furiaspren empezaron a aparecer en pequeños charcos a sus pies, rojo brillante.

Kal sabía lo que estaba haciendo Jost. No era extraño que los chicos buscaran modos de parecer mejores que él. El padre de Kal decía que tenía que ver con la inseguridad. Le habría dicho a Kal que tirara el palo y se marchara.

Pero Laral estaba allí sentada, sonriéndole. Y los hombres no se convertían en héroes marchándose.

—Muy bien. Claro.

Kal alzó su palo.

Jost atacó inmediatamente, más rápido de lo que Kal esperaba. Los otros chicos miraron con una mezcla de alegría, sorpresa y diversión. Kal apenas consiguió alzar su bastón. Los palos de madera entrechocaron, enviando una descarga por los brazos de Kal.

Perdió el equilibrio. Jost se movió rápidamente, haciéndose a un lado y descargando un golpe hacia abajo que alcanzó a Kal en el pie. Kal soltó un grito cuando un destello de agonía le corrió por la pierna, y soltó el bastón con una mano.

Jost hizo girar su bastón y lo golpeó en el costado. Kal boqueó, dejando que el bastón castañeteara sobre las piedras, y se llevó la mano al costado mientras caía de rodillas. Respiró jadeante, esforzándose contra el dolor. Pequeños y volátiles dolospren (brillantes formas de mano de color naranja claro, como músculos o tendones estirados) brotaron de la piedra a su alrededor.

Kal apoyó una mano en el suelo, inclinándose hacia delante mientras se sujetaba el costado. «Será mejor que no me hayas roto ninguna costilla, cremlino», pensó.

A un lado, Laral frunció los labios. Kal sintió de pronto un súbito arrebato de vergüenza.

Jost bajó el bastón, satisfecho.

—Bien —dijo—. Puedes ver que mi padre me ha entrenado bien. Tal vez eso te enseñará. Las cosas que dicen son verdad, y…

Kal gruñó de ira y dolor, recogió el bastón del suelo y saltó hacia Jost. El chico mayor maldijo, retrocediendo mientras alzaba su palo. Kal gritó, golpeando.

Algo cambió en ese momento, Kal sintió una energía mientras blandía el arma, una emoción que borró su dolor. Se abalanzó, golpeando con el palo una de las manos de Jost.

Jost soltó esa mano, gritando. Kal hizo girar su arma y golpeó al chico en el costado. Kal nunca había empuñado un arma antes, nunca había tenido una pelea más peligrosa que una riña con Tien. Pero el trozo de madera en las manos lo agrandaba. Le sorprendió lo maravilloso que parecía ese momento.

Jost gruñó, retrocediendo de nuevo, y Kal blandió el palo,

disponiéndose a aplastarle la cara. Alzó el bastón, pero entonces se detuvo. La mano de Jost sangraba donde la había golpeado. Solo un poco, pero era sangre.

Le había hecho daño a una persona.

Jost gruñó y se irguió. Antes de que Kal pudiera protestar, el muchacho le puso una zancadilla y lo derribó al suelo, dejándolo sin aliento. Eso inflamó la herida de su costado, y los dolospren corretearon por el suelo y se le pegaron al costado como si fueran una cicatriz naranja que se alimentara de su agonía.

Jost dio un paso atrás. Kal quedó tendido de espaldas. No sabía qué pensar. Blandir el bastón en aquel momento le había parecido maravilloso. Increíble. Al mismo tiempo, podía ver a Laral a un lado. Ella se levantó y, en vez de arrodillarse para ayudarlo, dio media vuelta y se marchó, camino de la mansión de su padre.

Las lágrimas inundaron los ojos de Kal. Sin un grito, rodó y agarró de nuevo el bastón. ¡No se rendiría!

—Se acabó —dijo Jost desde atrás. Kal sintió algo duro en su espalda, una bota que lo empujaba contra la piedra. Jost le arrebató el bastón.

«He fallado. He…, perdido.» Odiaba la sensación, la odiaba mucho más que el dolor.

—Lo has hecho bien —dijo Jost a regañadientes—. Pero déjalo. No quiero hacerte daño de verdad.

Kal agachó la cabeza, dejando que su frente descansara en la cálida roca iluminada por el sol. Jost retiró el pie, y los muchachos se marcharon, charlando, rozando el suelo con sus botas. Kal se obligó a ponerse a cuatro patas, y luego se puso en pie.

Jost se volvió, cauto, blandiendo su bastón en una mano.

—Enséñame —dijo Kal.

Jost parpadeó sorprendido. Miró a su hermano.

—Enséñame —suplicó Kal, avanzando un paso—. Yo buscaré gusanos por ti, Jost. Mi padre me da dos horas libres cada tarde. Haré tu trabajo si me enseñas, por las noches, lo que tu padre te ha enseñado con ese bastón.

Tenía que aprender. Tenía que sentir de nuevo aquel arma en sus manos. Tenía que ver si ese momento que había experimentado era falso o no. Jost se lo pensó, y finalmente negó con la cabeza.

—No puedo. Tu padre me mataría. ¿Imaginas esas manos tuyas de cirujano cubiertas de callos? No estaría bien —se dio la vuelta—. Tienes que ser lo que eres, Kal. Yo seré lo que soy.

Kal se quedó allí largo rato, viéndolos marchar. Se sentó en la roca. La figura de Laral se alejaba. Algunos criados bajaban por la colina para recogerla. ¿Debería seguirla? Todavía le dolía el costado, y se sentía molesto por ella por haberlo llevado con los demás chicos en primer lugar. Y, por encima de todo, estaba avergonzado.

Se tumbó, las emociones acumulándose en su interior. Tenía problemas para comprenderlas.

—¿Kaladin?

Se volvió, avergonzado por encontrar lágrimas en sus ojos, y vio a Tien sentado en el suelo a su lado.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —exclamó Kal.

Tien sonrió, y luego puso una piedra en el suelo. Se puso en pie y se marchó, sin detenerse cuando Kal lo llamó. Gruñendo, Kal se obligó a ponerse en pie y se acercó para recoger la piedra.

Era otra piedra normal y corriente. Tien tenía la costumbre de encontrarlas y creer que eran increíblemente preciosas. En casa tenía una colección entera. Sabía dónde había encontrado cada una, y podía decirte qué tenía de especial.

Con un suspiro, Kal empezó a regresar al pueblo.

«Tienes que ser lo que eres. Yo seré lo que soy.»

Le dolía el costado. ¿Por qué no había golpeado a Jost cuando tuvo la oportunidad? ¿Podría entrenarse para destacar en la batalla? Podía aprender a causar daño. ¿No?

¿Quería?

«Tienes que ser lo que eres.»

¿Qué hacía un hombre si no sabía lo que era? ¿O incluso lo que quería ser?

Llegó a Piedralar. El centenar aproximado de edificios estaba dispuesto en filas, cada uno en forma de cuña con la parte inferior apuntando hacia la tormenta. Los tejados eran de gruesa madera, cubiertos de brea para impedir que se colara la lluvia. Los lados norte y sur de los edificios rara vez tenían ventanas, pero las partes delanteras (que daban al oeste, de donde no llegaban las tormentas)

eran casi todo ventana. Como las plantas de las tierras de tormenta, las vidas de los hombres estaban dominadas aquí por las altas tormentas.

La casa de Kal estaba cerca del extrarradio. Era más grande que la mayoría, ancha para que cupiera una sala de cirugía, que tenía su propia entrada. La puerta estaba entornada, así que Kal se asomó. Esperaba ver a su madre limpiando, pero en cambio descubrió que su padre había regresado de la mansión del brillante señor Wistiow. Lirin estaba sentado en el filo de su mesa de operaciones, las manos en el regazo, la cabeza calva gacha. En la mano sostenía sus gafas, y parecía exhausto.

—¿Padre? ¿Por qué estás sentado en la oscuridad?

Lirin alzó la cabeza. Su rostro era sombrío, distante.

—¿Padre? —repitió Kal, cada vez más preocupado.

—El brillante señor Wistiow ha sido llevado por los vientos.

—¿Está muerto? —Kal se sorprendió tanto que se olvidó de su costado. Wistiow siempre había estado allí. No podía haber muerto. ¿Qué sería de Laral?—. ¡Estaba sano la semana pasada!

—Siempre ha sido frágil, Kal —dijo Lirin—. El Todopoderoso llama a todos los hombres al Reino Espiritual tarde o temprano.

—¿No hiciste nada? —estalló Kal. Lamentó las palabras de inmediato.

—Hice todo lo que pude —contestó su padre, poniéndose en pie —. Tal vez un hombre con más formación que yo… Bueno, no tiene sentido lamentarse.

Se dirigió a un lado de la habitación, quitó el negro cobertor a la lámpara en forma de copa llena de esferas de diamante. La habitación se iluminó al instante, ardiendo como un sol diminuto.

—Entonces no tenemos consistor —dijo Kal, llevándose una mano a la cabeza—. No tenía hijos varones…

—Los de Kholinar nos nombrarán un nuevo consistor. Que el Todopoderoso les dé sabiduría en la elección. —Miró la lámpara. Eran las esferas del consistor. Una pequeña fortuna.

El padre de Kal volvió a cubrir la copa, como si no acabara de destaparla. El movimiento volvió a sumir la habitación en la oscuridad, y Kal parpadeó mientras sus ojos se ajustaban a la nueva falta de luz.

—Nos las dejó a nosotros —dijo Lirin.

Kal se sobresaltó.

—¿Qué?

—Serás enviado a Kharbranth cuando cumplas dieciséis años. Estas esferas te pagarán el viaje…, el brillante señor Wistiow pidió que así fuera, como último acto de cuidado hacia su gente. Irás y te convertirás en un verdadero maestro cirujano, y luego regresarás a Piedralar.

En ese momento, Kal supo que su destino estaba sellado. Si el brillante señor Wistiow lo había exigido, iría a Kharbranth. Se dio la vuelta y salió de la sala de cirugía, saliendo a la luz sin decirle otra palabra a su padre.

Se sentó en los escalones. ¿Y él, qué quería? No lo sabía. Ese era el problema. Gloria, honor, las cosas que había dicho Laral…, nada de eso le importaba realmente. Pero había sentido algo cuando blandió el bastón. Y ahora, de repente, le habían quitado la posibilidad de decisión.

Todavía tenía en el bolsillo las piedras que le había dado Tien. Las sacó, y luego cogió su cantimplora y las roció con agua. La primera que le había dado mostró remolinos y estratos blancos. Parecía que la otra también tenía un dibujo oculto.

Parecía una cara hecha de trocitos blancos que le sonreía. Kal sonrió a su pesar, aunque rápidamente dejó de hacerlo. Una piedra no iba a resolver sus problemas.

Por desgracia, aunque permaneció sentado pensando largo rato, no parecía haber nada que resolviera sus problemas. No estaba seguro de querer ser cirujano, y se sintió súbitamente constreñido por lo que la vida le obligaba a ser.

Pero aquel momento en que blandió el bastón le cantaba. Un único momento de claridad en un mundo confuso.



¿Puedo ser sincero? Antes, preguntaste por qué estoy tan preocupado. Es por el siguiente motivo:

—Es viejo —dijo asombrada Syl, revoloteando alrededor del boticario—. Realmente viejo. No sabía que los hombres pudieran ser tan viejos. ¿Estás seguro de que no son los deteriospren los que estropean la piel de este hombre?

Kaladin sonrió mientras el boticario avanzaba apoyándose en su bastón, ajeno a la vientospren invisible. Su cara estaba tan llena de grietas como las mismas Llanuras Quebradas, tejidas en una pauta que brotaba de sus ojos hundidos. Llevaba un par de gruesas gafas en la punta de la nariz y vestía de oscuro.

El padre de Kaladin le había hablado de los boticarios, hombres que caminaban por la frontera entre los herboristas y los cirujanos.

La gente corriente consideraba las artes curativas con tanta superstición que era fácil que un boticario cultivara un aire arcano. Las paredes de madera estaban cubiertas con glifoguardas de dibujos crípticos, y tras el mostrador había estantes con hileras de frascos. En un rincón colgaba un esqueleto humano completo, sujeto por alambres. La habitación, carente de ventanas, estaba iluminada por puñados de esferas de granate que colgaban de las esquinas.

A pesar de todo, el lugar estaba limpio y ordenado. Tenía el olor familiar a antisépticos que Kaladin asociaba con el quirófano de su

padre.

—Ah, joven del puente —el bajo boticario se ajustó las gafas. Se inclinó hacia delante, pasando los dedos por su barba fina y blanca—. ¿Vienes por una guarda contra el peligro, tal vez? ¿O tal vez una joven fregona del campamento ha llamado tu atención? Tengo una poción que, deslizada en la bebida, la hará mirarte con buenos ojos.

Kaladin alzó una ceja.

Syl, sin embargo, abrió la boca con expresión sorprendida.

—Deberías dársela a Gaz, Kaladin. No estaría mal que te apreciara más.

«Dudo que su función sea esa», pensó Kaladin con una sonrisa.

—¿Joven? —preguntó el boticario—. ¿Es un ensalmo contra el mal lo que deseas?

El padre de Kaladin le había hablado de estas cosas. Muchos boticarios proporcionaban supuestos ensalmos de amor o pociones para curar todo tipo de males. No contenían más que azúcar y unas pizquitas de hierbas comunes para causar modorra o alerta, dependiendo del efecto pretendido. Todo era una tontería, aunque la madre de Kaladin insistía mucho en las glifoguardas. El padre de Kaladin siempre había expresado su decepción por su testarudez a la hora de aferrarse a las «supersticiones».

—Necesito vendas —dijo Kaladin—. Y un frasco de aceite de ristre o savia de matopomo. También una aguja y tripa, si tienes alguna.

Los ojos del boticario se abrieron sorprendidos de par en par.

—Soy hijo de cirujano —admitió Kaladin—. Entrenado por él mismo. A él lo formó un hombre que había estudiado en el Gran Cónclave de Kharbranth.

—Ah —dijo el boticario—. Bien.

Se irguió, apartó el bastón y se sacudió la ropa.

—¿Vendas, dijiste? ¿Y antiséptico? Déjame ver…

Se movió tras el mostrador. Kaladin parpadeó. La edad del hombre no había cambiado, pero ya no parecía tan frágil. Su paso era más firme, y su voz había perdido su sibilante aspereza. Buscó entre sus frascos, murmurando para sí mientras leía las etiquetas.

—Podrías ir a la sala de los cirujanos. Te cobrarían bastante menos.

—No a un hombre de los puentes —dijo Kaladin con una mueca. Lo habrían rechazado. Los suministros eran para los soldados de verdad.

—Comprendo —dijo el boticario, depositando un frasco sobre el mostrador e inclinándose luego para buscar en los cajones. Syl se acercó a Kaladin.

—Cada vez que se inclina pienso que se va a quebrar como una rama.

Estaba empezando a comprender el pensamiento abstracto, y a un ritmo sorprendentemente rápido.

«Sé lo que es la muerte.» Él todavía no sabía si sentir lástima por ella o no.

Kaladin cogió el pequeño frasquito y le quitó el corcho y olió lo que había dentro.

—¿Moco de larmic? —hizo una mueca ante el horrible olor—. Eso no es tan efectivo como las otras dos cosas que he pedido.

—Pero es mucho más barato —respondió el hombre, sacando una caja grande. Abrió la tapa y reveló unas vendas blancas esterilizadas—. Y, como tú mismo has dicho, eres un hombre de los puentes.

—¿Cuánto por el moco, entonces?

Le preocupaba este tema: su padre nunca le había dicho cuánto costaban los suministros.

—Dos marcos de sangre por el frasco.

—¿Esto es lo que considera «barato»?

—El aceite de listre cuesta dos marcos de zafiro.

—¿Y la savia de matopomo? —preguntó Kaladin—. ¡He visto unos juncos creciendo justo delante del campamento! No puede ser tan rara.

—¿Y sabes cuánta savia se saca de cada planta? —preguntó el boticario, señalando.

Kaladin vaciló. No era verdadera savia, sino una sustancia lechosa que se sacaba de los tallos. O eso le había dicho su padre.

—No —admitió.

—Una sola gota —dijo el hombre—. Si tienes suerte. Es más barato que el aceite de listre, cierto, pero más caro que el moco. Aunque el moco apesta como el culo de la Vigilante Nocturna.

—No tengo tanto —dijo Kaladin. Cinco marcos de diamante componían un granate. Diez días de paga para comprar un frasquito de antiséptico. ¡Padre Tormenta!

El boticario arrugó la nariz.

—La aguja y la tripa te costarán dos marcoclaros. ¿Puedes permitirte eso, al menos?

—Apenas. ¿Cuánto por las vendas? ¿Dos esmeraldas enteras?

—Solo son tiras viejas que he blanqueado y hervido. Dos clarochips una brazada.

—Te daré un marco por la caja.

—Muy bien.

Kaladin rebuscó en sus bolsillos para sacar las esferas mientras el viejo boticario continuaba:

—Los cirujanos sois todos iguales. Nunca os da por pensar de dónde vienen vuestros suministros. Solo los usáis como si no fueran a acabarse nunca.

—No se puede poner precio a la vida de una persona —dijo Kaladin. Era uno de los dichos de su padre. Era el principal motivo por el que Lirin nunca cobraba por sus servicios.

Kaladin sacó sus cuatro marcos. Sin embargo, vaciló al verlos. Solo uno brillaba con una suave luz esquirlada. Los otros tres eran oscuros, los trocitos de diamante apenas visibles en el centro de las gotas de cristal.

—Un momento —dijo el boticario, entornando los ojos—. ¿Intentas darme esferas opacas?

Cogió una antes de que Kaladin pudiera quejarse, y rebuscó bajo el mostrador. Sacó una lupa de joyero, se quitó las gafas y alzó la esfera hacia la luz.

—Ah, no. Es una gema de verdad. Deberías infundir tus esferas, joven. No todo el mundo es tan confiado como yo.

—Brillaban esta mañana —protestó Kaladin—. Gaz debe de haberme pagado con esferas gastadas.

El boticario apartó la lupa y se puso de nuevo las gafas. Seleccionó tres marcos, incluyendo el que brillaba.

—¿Puedo quedarme con ese? —preguntó Kaladin.

El boticario frunció el ceño.

—Ten siempre una esfera brillante en el bolsillo —dijo Kaladin

—. Da buena suerte.

—¿Seguro que no quieres una poción de amor?

—Si te atrapan en la oscuridad, tendrás luz —dijo lacónicamente —. Además, como has dicho, la mayoría de la gente no es tan confiada.

Reacio, el boticario cambió la esfera infusa por la muerta…, aunque comprobó con la lupa para asegurarse. Una esfera opaca valía tanto como una infusa: lo único que había que hacer era dejarla fuera durante una alta tormenta y se recargaría y daría luz más o menos durante una semana.

Kaladin se guardó la esfera infusa y recogió su compra. Se despidió del boticario con un gesto. Syl se reunió con él mientras salía a la calle del campamento.

Había pasado buena parte de la tarde escuchando a los soldados en el comedor, y había aprendido unas cuantas cosas sobre los campamentos de guerra. Cosas que debería haber aprendido hacía unas semanas, pero había estado demasiado abatido para preocuparse. Ahora sabía de las crisálidas de las mesetas, las gemas corazón que contenían y la competición entre los altos príncipes. Comprendía por qué Sadeas presionaba tanto a sus hombres, y empezaba a ver por qué se daba media vuelta si llegaban a la meseta después de otro ejército. Eso no era muy común. Con frecuencia, Sadeas llegaba primero, y los otros ejércitos alezi que llegaban tras él tenían que volverse.

Los campamentos eran enormes. En total, había más de cien mil soldados en los diversos campamentos alezi, muchas veces la población de Piedralar. Y eso sin contar a los civiles. Un campamento de guerra móvil atraía a un gran número de seguidores; los campamentos fijos como estos que había en las Llanuras Quebradas atraían a muchos más.

Cada uno de los diez campamentos ocupaba su propio cráter y estaba lleno de una incongruente mezcla de edificios forjados con animistas, chabolas y tiendas. Algunos mercaderes, como el boticario, tenían dinero para construir una estructura de madera. Los que vivían en tiendas las desmontaban durante las altas tormentas y pagaban por refugiarse en cualquier otra parte. Incluso dentro del cráter, las tormentas eran fuertes, sobre todo cuando la

pared exterior era baja o estaba rota. Algunos lugares, como el aserradero, estaban completamente expuestos.

Las calles estaban repletas de la habitual multitud. Mujeres con faldas y blusas: las esposas, hermanas o hijas de los soldados, mercaderes o artesanos. Trabajadores con pantalones o monos. Gran número de soldados ataviados de cuero, llevando lanzas y escudos. Todos eran hombres de Sadeas. Los soldados de un campamento no se mezclaban con los de otro, y te mantenías apartado del cráter de otro brillante señor a menos que tuvieras algo que hacer allí.

Kaladin sacudió la cabeza, desazonado.

—¿Qué pasa? —preguntó Syl, posándose en su hombro.

—No esperaba que hubiera tanta discordia entre los campamentos. Creía que todo sería el ejército del rey, unificado.

—Las personas son discordantes —dijo Syl.

—¿Qué quiere decir eso?

—Todos actuáis y pensáis de forma diferente. No hay nada igual: los animales actúan igual, y todos los spren son, en cierto sentido, virtualmente el mismo individuo. Hay armonía en eso. Pero no en vosotros: parece que no hay dos que se puedan poner de acuerdo en nada. Todo el mundo hace lo que se supone que debe hacer, excepto los humanos. Tal vez por eso queréis con tanta frecuencia mataros unos a otros.

—Pero no todos los vientospren actúan igual —dijo Kaladin, abriendo la caja y guardándose algunas vendas en el bolsillo que había cosido en el interior de su chaleco de cuero—. Tú eres la prueba.

—Lo sé —dijo ella en voz baja—. Tal vez ahora comprendas por qué me molesta tanto.

Kaladin no supo cómo responder a eso. Poco después, llegó al aserradero. Unos cuantos hombres del Puente Cuatro descansaban a la sombra en la zona este de su barracón. Sería interesante ver hacer uno de esos barracones. Eran animados forjándolos directamente del aire y luego eran convertidos en piedra. Por desgracia, la animación sucedía de noche, y bajo guardia estricta para evitar que el sagrado ritual fuera visto por nadie que no fueran los fervorosos u ojos claros del más alto rango.

La primera campanada de la tarde sonó justo cuando Kaladin

llegaba al barracón. Vio que Gaz lo miraba con mala cara por haber estado a punto de empezar tarde el servicio del puente. La mayor parte de ese «servicio» sería estar sentado, esperando a que sonaran los cuernos. Bueno, Kaladin no pretendía malgastar el tiempo. No podía arriesgarse a agotarse cargando el tablón, no cuando podía ser inminente una carga con el puente, pero tal vez podría hacer algunos estiramientos o…

Un cuerno sonó en el aire, claro y nítido. Era como el cuerno místico que se decía que guiaba a las almas de los valientes al campo de batalla del cielo. Kaladin se detuvo. Como siempre, esperó a la segunda llamada, pues una parte irracional de él necesitaba escuchar la confirmación. Se produjo una pauta que indicaba la localización del abismoide que pupaba.

Los soldados empezaron a dirigirse a la zona de preparación junto al aserradero; otros corrieron al campamento para recoger sus cosas.

—¡Alineaos! —gritó Kaladin, corriendo hacia los hombres del puente—. ¡Por la tormenta! ¡Todos en fila!

Ellos lo ignoraron. Algunos de los hombres no tenían puestos sus chalecos, y se atascaron en la puerta del barracón al intentar entrar todos a la vez. Los que tenían los chalecos puestos corrieron hacia el puente. Kaladin los siguió, frustrado. Una vez allí, los hombres se reunieron en torno al puente de un modo cuidadosamente preestablecido. Cada uno tenía la oportunidad de estar en la mejor posición: correr delante hacia el abismo, luego moverse hacia la seguridad relativa de la parte posterior para el acercamiento final.

Había una estricta rotación, y ni se cometían ni se toleraban errores. Las cuadrillas de los puentes tenían un sistema brutal de autocontrol: si un hombre intentaba hacer trampas, los otros lo obligaban a correr delante el último tramo. Esas cosas se suponía que estaban prohibidas, pero Gaz se hacía el tonto. También rechazaba sobornos para permitir que los hombres cambiaran de posición. Tal vez sabía que la única estabilidad, la única esperanza que tenían los hombres de los puentes estaba en su rotación. La vida no era justa, ser un hombre de los puentes no era justo, pero al menos si corrías la línea de la muerte y sobrevivías, la próxima vez podías correr detrás.

Había una excepción. Como jefe del puente, Kaladin tenía que correr delante casi todo el tiempo, y luego pasar a la parte de atrás para el ataque. Su posición era la más segura del grupo, aunque ninguno estaba verdaderamente a salvo. Kaladin era como una corteza mohosa en el plato de un hombre hambriento: no era el primer bocado, pero estaba condenado de todas formas.

Ocupó su posición. Yake, Dunny y Malop eran los últimos rezagados. Cuando ocuparon sus puestos, Kaladin ordenó a los hombres levantar el puente. Casi le sorprendió que lo obedecieran, pero casi siempre había un jefe de puente que daba las órdenes durante una carrera. La voz cambiaba, pero las órdenes simples no. Levantar, correr, bajar.

Veinte puentes cargaron desde el aserradero y corrieron hacia las Llanuras Quebradas. Kaladin advirtió que un grupo de hombres del Puente Siete los miraba con alivio. Habían estado de servicio hasta la primera campanada de la tarde: habían evitado esta carga por solo unos instantes.

Los hombres de los puentes trabajaban duro. No era solo por las amenazas de palizas: corrían con fuerza porque querían llegar a la meseta fijada como objetivo antes de que lo hicieran los parshendi. Si lo conseguían, no habría flechas, ni muerte. Y por eso correr con los puentes era la única cosa que hacían sin reservas ni pereza. Aunque muchos odiaban sus vidas, se aferraban a ella con uñas y dientes, enfervorecidos.

Cruzaron el primero de los puentes permanentes. Los músculos de Kaladin gruñeron de protesta al tener que esforzarse tan pronto, pero trató de no pensar en su fatiga. Las lluvias de la alta tormenta de la noche anterior querían decir que la mayoría de las plantas estaban todavía abiertas, los rocapullos extendiendo sus enredaderas, los branzhas floridos extendiendo en las grietas ramas como garras hacia el cielo. También había algunos espineros: los pequeños matorrales de miembros de piedra como agujas que Kaladin había advertido por primera vez en esta zona. El agua se acumulaba en las numerosas grietas y hondonadas que había en la superficie de la irregular meseta.

Gaz gritaba sus indicaciones, diciéndoles qué camino seguir. Muchas de las mesetas cercanas tenían tres o cuatro puentes,

creando senderos entrelazados a través de las Llanuras. La carrera se convertía en rutina. Era agotadora, pero también familiar, y era bueno estar delante, donde Kaladin podía ver adonde iba. Se sumergió en su habitual mantra contando los pasos, como le había aconsejado que hiciera aquel hombre sin nombre cuyas sandalias todavía llevaba puestas.

Por fin, llegaron al último de los puentes permanentes. Cruzaron una corta meseta, dejando atrás las humeantes ruinas de un puente que los parshendi habían destruido durante la noche. ¿Cómo lo habían conseguido en medio de la alta tormenta? Antes, mientras escuchaba a los soldados, Kaladin había aprendido que estos sentían odio, admiración y no poco asombro hacia los parshendi, que no se parecían en nada a los perezosos y casi mudos parshmenios que trabajaban por todo Roshar. Estos parshendi eran guerreros habilidosos, cosa que a Kaladin seguía pareciéndole incongruente. ¿Parshmenios? ¿Luchando? Era muy extraño.

El Puente Cuatro y las otras cuadrillas bajaron sus puentes, cubriendo un abismo en su parte más estrecha. Sus hombres se desplomaron alrededor, relajándose mientras el ejército cruzaba. Kaladin estuvo a punto de imitarlos; de hecho, sus rodillas casi se doblaron de expectación.

«No, pensó, irguiéndose. No. Me quedo de pie.»

Era un gesto alocado. Los otros hombres del puente apenas le prestaron atención. Uno de ellos, Moash, incluso lo maldijo. Pero ahora que había tomado la decisión, Kaladin se aferró tozudamente a ella, uniendo las manos a la espalda y asumiendo la posición de descanso mientras veía cruzar al ejército.

—¡Eh, hombrecito! —llamó uno de los soldados que esperaban su turno—. ¿Sientes curiosidad por ver cómo son los soldados de verdad?

Kaladin se volvió hacia el hombre, un tipo fornido de ojos marrones con brazos del tamaño de muslos. Por los nudos que llevaba en la hombrera de su pelliza de cuero, era jefe de pelotón. Kaladin había llevado esos nudos en tiempos.

—¿Cómo tratas a tu lanza y tu escudo, jefe de pelotón? —replicó Kaladin.

El hombre frunció el ceño, pero Kaladin supo en qué estaba

pensando. Los arreos de un soldado eran su vida: cuidabas de tus armas igual que cuidabas de tus hijos, encargándote a menudo de su atención antes de comer y descansar.

Kaladin señaló el puente con un gesto.

—Este es mi puente —dijo en voz alta—. Es mi arma, la única que se me permite. Trátalo bien.

—¿O harás qué? —replicó uno de los otros soldados, provocando una carcajada entre las filas. El jefe del pelotón no dijo nada. Parecía preocupado.

Las palabras de Kaladin eran una bravata. En realidad, odiaba el puente. Pero permaneció de pie de todas formas.

Unos instantes más tarde, el alto príncipe Sadeas en persona cruzó el puente de Kaladin. El brillante señor Amaram siempre había parecido tan heroico, tan distinguido, un caballero general. Este Sadeas era una criatura completamente distinta, con la cara redonda, el pelo rizado y la expresión altanera. Cabalgaba como si estuviera en un desfile, una mano sujetando ligeramente las riendas, la otra sujetando el yelmo bajo el brazo. Su armadura estaba pintada de rojo, y el yelmo tenía frívolos borlones. Había tanta pompa innecesaria que casi superaba a la maravilla del antiguo artefacto.

Kaladin olvidó su fatiga y cerró los puños. Aquí tenía a un ojos claros que podía odiar aún más que a la mayoría, un hombre insensible que causaba la muerte de cientos de hombres de los puentes cada mes. Un hombre que había prohibido expresamente que sus hombres de los puentes llevaran escudo por motivos que Kaladin aún seguía sin comprender.

Sadeas y su guardia de honor pasaron pronto, y Kaladin advirtió que probablemente tendría que haber inclinado la cabeza. Sadeas no se había dado cuenta, pero si lo hubiera hecho le habría causado problemas. Sacudiendo la cabeza, Sadeas levantó a su cuadrilla, aunque hizo falta un esfuerzo adicional para que Roca, el gran comecuernos, se incorporara y se pusiera en marcha. Una vez al otro lado del abismo, sus hombres levantaron su puente y corrieron hacia el abismo siguiente.

El proceso se repitió tantas veces que Kaladin perdió la cuenta. En cada cruce, se negó a tumbarse. Permaneció de pie con las

manos a la espalda, viendo pasar al ejército. Más soldados se fijaron en él y se burlaron. Kaladin los ignoró, y al quinto o sexto cruce las burlas remitieron. La siguiente vez que vio al brillante señor Sadeas, inclinó la cabeza, aunque hacerlo le revolvió el estómago. No servía a este hombre. No le debía lealtad. Pero sí servía a los hombres del Puente Cuatro. Los salvaría, y eso significaba que tenía que cuidar de que no lo castigaran por insolencia.

—¡Invertid los corredores! —gritó Gaz—. ¡Cruzad e invertid!

Kaladin se volvió bruscamente. El siguiente cruce sería el asalto. Entornó los ojos para mirar a lo lejos, y apenas pudo distinguir una línea de oscuras figuras congregadas en otra meseta. Los parshendi habían llegado y estaban formando. Tras ellos, un grupo trabajaba en la apertura de una crisálida.

Kaladin sintió una puñalada de frustración. Su velocidad no había sido suficiente. Y, cansados como estaban, Sadeas querría atacar rápidamente, antes de que los parshendi pudieran sacar la gema corazón de su caparazón.

Los hombres de los puentes se levantaron, silenciosos, preocupados. Sabían lo que se avecinaba. Cruzaron el puente y tiraron de él, y luego se reagruparon en el orden inverso. Los soldados formaban filas. Todo era silencioso, como si se dispusieran a llevar un catafalco a la pira.

Los hombres dejaron sitio a Kaladin atrás, a cubierto y protegido.

Syl se posó en el puente, mirando el lugar. Kaladin se acercó, cansado mental y físicamente. Se había esforzado demasiado por la mañana, y luego al quedarse de pie en vez de descansar. ¿Qué le había impulsado a hacer una cosa así? Apenas podía andar.

Miró a los hombres del puente. Estaban resignados, abatidos, aterrorizados. Si se negaban a correr, serían ejecutados. Si corrían, se enfrentarían a las flechas. No miraban hacia la lejana línea de arqueros parshendi. Tenían las cabezas gachas.

«Son tus hombres —se dijo Kaladin—. Necesitan que los lideres, aunque no lo sepan.»

«¿Cómo puedes liderarlos desde atrás?»

Se salió de la fila y rodeó el puente. Dos de los hombres, Drehy y Teft, alzaron sorprendidos la cabeza al verlo pasar. La punta de la

muerte (el lugar situado justo en el centro de la parte delantera) lo ocupaba Roca, el fornido y bronceado comecuernos. Kaladin le dio un golpecito en el hombro.

—Estás en mi sitio, Roca.

El hombre lo miró, sorprendido.

—Pero…

—Ve atrás.

Roca frunció el ceño. Nadie había intentado jamás saltarse las órdenes y ponerse delante.

—Estás tarado por el aire, llanero —dijo con su cargado acento —. ¿Deseas morir? ¿Por qué no saltas al abismo? Eso sería más fácil.

—Soy el jefe del puente. Mi privilegio es correr delante. Ve.

Roca se encogió de hombros, pero hizo lo que le ordenaban, ocupando el puesto de Kaladin en la parte trasera. Nadie dijo una palabra. Si Kaladin quería hacerse matar, ¿quiénes eran ellos para oponerse?

Kaladin miró a los demás hombres.

—Cuanto más tardemos en colocar este puente, más flechas podrán lanzarnos. Permaneced firmes, sed decididos, y sed rápidos. ¡Levantad el puente!

Los hombres lo levantaron, las filas interiores se colocaron debajo y se situaron en hileras de cinco. Kaladin se colocó delante con un hombre alto y recio llamado Leyten a su izquierda, y un hombre delgado llamado Murk a su derecha. Adis y Corl ocupaban los extremos. Cinco hombres delante. La punta de la muerte.

Cuando todas las cuadrillas terminaron de levantar sus puentes, Gaz dio la orden.

—¡Atacad!

Corrieron, dejando atrás las filas de soldados que empuñaban lanzas y escudos. Algunos los miraban con curiosidad, tal vez divertidos ante la idea de aquellos pobres diablos corriendo con tanta urgencia hacia la muerte. Otros apartaron la mirada, quizás avergonzados de las vidas que costaría que pudieran cruzar ese abismo.

Kaladin mantuvo la mirada al frente, aplastando aquella voz incrédula que sonaba en el fondo de su mente y que le gritaba que

estaba haciendo algo muy estúpido. Cargó hacia el último abismo, concentrado en las líneas parshendi. Figuras de piel negra y escarlata que empuñaban arcos.

Syl revoloteaba cerca de su cabeza, sin forma de persona ya, sino de lazo de luz. Se plantó delante de él.

Los arcos se alzaron. Kaladin no había estado en la punta de la muerte durante una carga tan mala como esta desde su primer día en la cuadrilla. Siempre ponían hombres nuevos en rotación en esa punta. Así, si morían, no tenían que preocuparse por entrenarlos.

Los arqueros parshendi tensaron sus armas y apuntaron a cinco o seis de las cuadrillas. El Puente Cuatro estaba obviamente en su punto de mira.

Los arcos dispararon.

—¡Tien! —gritó Kaladin, casi loco de fatiga y frustración. Gritó el nombre con fuerza, sin saber por qué, mientras una muralla de flechas volaba hacia él. Kaladin sintió un arrebato de energía, una descarga de súbita fuerza, inesperada e inexplicable.

Las flechas aterrizaron.

Murk cayó sin emitir un sonido, atravesado por cinco o seis flechas, manchando de sangre las rocas. Leyten cayó también, y con él Adis y Corl. Las flechas caían a los pies de Kaladin, rompiéndose, y media docena de ellas alcanzaron la madera alrededor de su cabeza y sus manos.

Kaladin no sabía si lo habían alcanzado. Estaba demasiado lleno de energía y alarma. Continuó corriendo, gritando, cargando el puente sobre sus hombros. Por algún motivo, un grupo de arqueros parshendi bajó sus armas. Kaladin vio su piel moteada, los extraños yelmos rojizos o anaranjados, y las sencillas ropas marrones. Parecían confundidos.

Fuera cual fuese el motivo, permitió que el Puente Cuatro ganara unos instantes preciosos. Para cuando los parshendi volvieron a alzar sus arcos, la cuadrilla de Kaladin había llegado al abismo. Sus hombres se alinearon con las otras cuadrillas: solo quedaban ya quince puentes. Habían caído cinco. Cerraron las aberturas mientras iban llegando.

Kaladin gritó a sus hombres para que soltaran el puente entre otra descarga de flechas. Una de ellas le rozó la piel de las costillas,

rebotando en el hueso. Se sintió herido, pero no experimentó ningún dolor. La cuadrilla de Kaladin colocó el puente en su sitio mientras una oleada de flechas alezi distraía a los arqueros enemigos.

Una tropa a caballo cruzó los puentes. Los hombres que les habían permitido el acceso fueron pronto olvidados. Kaladin cayó de rodillas junto al puente mientras los otros miembros de su cuadrilla se apartaban, ensangrentados y heridos, terminada su participación en la batalla.

Kaladin se sujetó el costado, sintiendo la sangre. «Herida recta, de poco más de un centímetro de largo, no lo bastante grande para ser peligrosa.»

Era la voz de su padre.

Kaladin jadeó. Tenía que ponerse a salvo. Las flechas zumbaban por encima de su cabeza, disparadas por los arqueros alezi.

«Algunas personas quitan vidas. Otras las salvan.»

No había terminado todavía. Kaladin se obligó a ponerse en pie y se tambaleó hacia donde alguien estaba tendido junto al puente. Era un hombre llamado Hobber; tenía una flecha en la pierna. El hombre gemía, sujetándose el muslo.

Kaladin lo agarró por los sobacos y lo apartó del puente. El hombre maldijo de dolor, mareado, mientras Kaladin lo arrastraba a una grieta bajo un saliente de roca donde Roca y algunos de los otros hombres habían buscado refugio.

Tras soltar a Hobber (la flecha no había alcanzado ninguna arteria y se pondría bien), Kaladin se volvió y trató de correr de vuelta al campo de batalla. Sin embargo, resbaló y se desplomó por la fatiga. Golpeó el suelo con fuerza, gimiendo.

«Algunas personas quitan vidas. Otras las salvan.»

Se puso en pie, el sudor goteando en su frente, y volvió al puente, mientras la voz de su padre resonaba en sus oídos. El siguiente hombre que encontró, un tipo llamado Koorm, estaba muerto. Kaladin dejó el cadáver.

Gadol tenía una profunda herida en el costado, donde una flecha lo había atravesado por completo. Tenía la cara cubierta de sangre por un arañazo en la sien, y había conseguido arrastrarse un poco para alejarse del puente. Alzó la mirada con frenéticos ojos negros,

los dolospren anaranjados ondulando a su alrededor. Kaladin lo cogió por debajo de los brazos y lo arrastró justo antes de que una resonante carga de caballería cruzara por el sitio donde estaba tendido.

Lo arrastró hasta la grieta, advirtiendo que había dos muertos más. Hizo una rápida cuenta. Había veintinueve hombres de puente, incluyendo los muertos que había visto. Faltaban cinco. Kaladin volvió dando tumbos al campo de batalla.

Los soldados se habían agazapado tras el puente, los arqueros formaban a los lados y disparaban contra las líneas parshendi mientras la caballería pesada cargaba, dirigida por el mismísimo alto príncipe Sadeas, virtualmente indestructible con su armadura esquirlada, e intentaba hacer retroceder al enemigo.

Kaladin se tambaleó, mareado, acongojado al ver a tantos hombres corriendo, gritando, disparando flechas y arrojando lanzas. Cinco hombres del puente, muertos probablemente, perdidos en todo aquello…

Divisó una figura agazapada junto al borde del abismo. Las flechas cruzaban por encima de su cabeza. Era Dabbid, uno de sus hombres. Estaba encogido, un brazo torcido en un extraño ángulo.

Kaladin corrió. Se lanzó al suelo y se arrastró bajo las zigzagueantes flechas, esperando que los parshendi ignoraran a un par de hombres de los puentes desarmados. Dabbid ni siquiera se dio cuenta de que Kaladin lo alcanzaba. Estaba en estado de shock, moviendo los labios sin hablar, los ojos vidriosos. Kaladin lo agarró torpemente, temeroso de erguirse demasiado, no fuera a alcanzarlo una flecha.

Apartó a Dabbid del borde del abismo con un torpe medio arrastre. Seguía resbalando en la sangre, cayendo, lastimándose los brazos con la roca, golpeándose la cara con las piedras. Insistió, arrastrando al joven bajo las flechas voladoras. Finalmente, llegó lo suficientemente lejos para arriesgarse a levantarse. Trató de coger en brazos a Dabbid, pero sus músculos estaban demasiado débiles. Se esforzó y resbaló, agotado, y cayó al suelo.

Quedó allí tendido, jadeando, finalmente superado por el dolor en el costado. «Tan cansado…»

Se incorporó temblando, e intentó agarrar de nuevo a Dabbid.

Parpadeó para espantar las lágrimas de frustración, demasiado débil incluso para tirar del hombre.

—Llanero tarado —gruñó una voz.

Kaladin se volvió para ver llegar a Roca. El enorme comecuernos agarró a Dabbid por debajo de los brazos y tiró de él.

—Loco —le murmuró a Kaladin, pero alzó con facilidad al hombre herido y lo llevó al hueco.

Kaladin lo siguió. Se desplomó en el hueco, la espalda contra la roca. Los miembros supervivientes de la cuadrilla se congregaron a su alrededor, los ojos llenos de asombro. Roca soltó a Dabbid.

—Cuatro más —dijo Kaladin entre jadeos—. Tenemos que encontrarlos…

—Murk y Leyten —dijo Teft. Había estado cerca de la parte trasera del puente durante la carrera y no había sufrido ninguna herida—. Y Adis y Corl. Iban delante.

«Así es, pensó Kaladin, exhausto. Cómo pude olvidar…»

—Murk está muerto —dijo—. Los otros puede que vivan.

Trató de ponerse en pie.

—Idiota —dijo Roca—. Quédate aquí. Yo me encargo. Vaciló.

—Supongo que yo también soy idiota.

Hizo una mueca, pero volvió al campo de batalla. Teft titubeó pero luego corrió detrás de él.

Kaladin respiró entrecortadamente, sujetándose el costado. No podía decidir si el impacto de la flecha le dolía más que el corte.

«Salvar vidas…»

Se arrastró hasta los tres heridos. Hobber, con una flecha en la pierna, podía esperar, y Dabbid solo tenía un brazo roto. Gadol era el peor, con un agujero en el costado. Kaladin miró la herida. No tenía una mesa de operaciones, ni siquiera tenía antiséptico. ¿Cómo se suponía que iba a hacer nada?

Ignoró la desesperación.

—Que uno de vosotros me traiga un cuchillo —le dijo a los hombres del puente—. Cogedlo del cadáver de un soldado que haya caído. ¡Y que alguien encienda una hoguera!

Los hombres se miraron unos a otros.

—Dunny, trae tú el cuchillo —dijo Kaladin mientras colocaba la mano sobre la herida de Gadol, tratando de detener la sangre—.

Narm ¿sabes encender una hoguera?

—¿Con qué? —preguntó el hombre.

Kaladin se quitó el chaleco y la camisa y se la tendió a Narm.

—Usa esto como yesca y reúne algunas flechas caídas para que sirvan de madera. ¿Alguien tiene acero y pedernal?

Moash tenía, afortunadamente. Si tenías algo valioso, lo llevabas en las cargas con el puente: podían robártelo si lo dejabas atrás.

—¡Moveos rápido! —dijo Kaladin—. Que alguien abra un rocapullo y me traiga la molleja de agua de dentro.

Vacilaron unos momentos. Entonces, por suerte, hicieron lo que les pedía. Tal vez estaban demasiado aturdidos para poner reparos. Kaladin le abrió la camisa a Gadol, descubriendo la herida. Era mala, terriblemente mala. Si había cortado los intestinos o alguno de los otros órganos…

Le ordenó a uno de los hombres que sujetara una venda en la frente de Gadol para contener la pequeña hemorragia que tenía allí (cualquier cosa podía ayudar) e inspeccionó el costado herido con la velocidad que le había enseñado su padre. Dunny regresó rápidamente con un cuchillo. Sin embargo, Narm tenía problemas con el fuego. El hombre maldijo, probando de nuevo su acero y pedernal.

Gadol empezó a sufrir espasmos. Kaladin presionó las vendas contra la herida, sintiéndose impotente. No había ningún sitio donde aplicar un torniquete para una herida como esta. No había nada que pudiera hacer sino…

Gadol tosió y escupió sangre.

—¡Rompen la misma tierra! —susurró, los ojos desencajados—. La quieren, pero en su furia la destruirán. ¡Igual que el hombre celoso quema sus riquezas antes de dejar que se las queden sus enemigos! ¡Vienen!

Boqueó. Y entonces se quedó inmóvil, los ojos muertos mirando hacia arriba, la baba ensangrentada corriéndole por la mejilla. Sus últimas palabras flotaron espectrales sobre ellos. No muy lejos, los soldados gritaban y luchaban, pero los hombres del puente guardaban silencio.

Kaladin se sentó en el suelo, aturdido (como siempre) por el dolor de perder a alguien. Su padre siempre había dicho que el

tiempo embotaría su sensibilidad.

En esto, Lirin se había equivocado.

Se sentía muy cansado. Roca y Teft corrían de regreso a la grieta en la roca, cargando con alguien entre los dos.

«No habría traído a nadie a menos que estuviera todavía vivo —se dijo Kaladin—. Piensa en los que puedes ayudar.»

—¡Mantén encendido ese fuego! —dijo, señalando a Narm—. ¡No lo dejes morir! Que alguien caliente el cuchillo.

Narm dio un respingo, advirtiendo por primera vez que había conseguido arrancar una llama. Kaladin se apartó del cadáver de Gadol y dejó sitio a Roca y Teft, quienes depositaron en el suelo a un ensangrentado Leyten, que respiraba entrecortadamente y tenía dos flechas, una en el hombro, otra en el otro brazo. Una tercera flecha le había rozado el estómago, y el corte se había visto ensanchado por el movimiento. Su pierna izquierda parecía haber sido pisoteada por un caballo: estaba rota, y tenía un gran tajo donde la piel se había quebrado.

—Los otros tres están muertos —dijo Teft—. Y a este le falta poco, No hay mucho que podamos hacer. Pero como dijiste que lo trajéramos…

Kaladin se arrodilló inmediatamente y trabajó con cuidadosa y eficiente velocidad. Presionó el vendaje contra el costado, sujetándolo con la rodilla, y luego ató otro a la pierna, ordenando a uno de los hombres que lo sostuviera con fuerza y levantara el miembro.

—¿Dónde está ese cuchillo? —gritó, atando un torniquete alrededor del brazo. Tenía que detener la hemorragia ahora mismo; ya se preocuparía de salvar el brazo más tarde.

El juvenil Dunny corrió con la hoja calentada. Kaladin alzó el vendaje lateral y cauterizó rápidamente la herida. Leyten estaba inconsciente y su respiración se hacía más entrecortada.

—No morirás —murmuró Kaladin—. ¡No morirás!

Su mente estaba aturdida, pero sus dedos conocían los movimientos. Durante un momento, volvió a la sala de cirugía de su padre, escuchó sus cuidadosas instrucciones. Cortó la flecha del brazo de Leyten, pero dejó la del hombro, y luego devolvió el cuchillo para que lo calentaran de nuevo.

Peet regresó finalmente con el agua. Kaladin la cogió, usándola para limpiar la herida de la pierna, que era la más fea, ya que había sido causada por un atropello. Cuando el cuchillo volvió, extrajo la flecha del hombro y cauterizó la herida lo mejor que pudo, y luego usó otro de sus vendajes, que desaparecían rápidamente, para cubrir la herida.

Usó dos flechas, lo único que tenían, para entablillar la pierna. Con una mueca, cauterizó también esa herida. Odiaba causar tantas cicatrices, pero no podía permitirse perder más sangre. Iba a necesitar antisépticos. ¿Cuándo podría conseguir aquel moco?

—¡No te atrevas a morirte! —dijo, apenas consciente de que estaba hablando. Vendó rápidamente la herida de la pierna, y luego usó la aguja y el hilo para cerrar la del brazo. La vendó, luego desató gran parte del torniquete.

Finalmente, se echó hacia atrás y miró al hombre herido, completamente agotado. Leyten seguía respirando. ¿Cuánto duraría? Las probabilidades estaban en su contra.

Los hombres del puente rodeaban a Kaladin, de pie o sentados, con expresiones extrañamente reverentes. Kaladin pasó a Hobber y atendió la herida de su pierna. No necesitaba ser cauterizada. Kaladin la lavó, retiró algunas astillas, luego la cosió. Había dolospren alrededor del hombre, diminutas manos anaranjadas que brotaban del suelo.

Kaladin cortó la porción más limpia del vendaje que había usado con Gadol y lo ató en torno a la herida de Hobber. Odiaba la falta de limpieza, pero no había más remedio. Luego entablilló el brazo de Dabbid con algunas flechas que hizo recoger a los otros hombres, usando la camisa del propio Dabbid para atarlas. Luego, finalmente, Kaladin se sentó contra el reborde de piedra y dejó escapar un largo y fatigado suspiro.

Golpes de metal contra metal y gritos de soldados sonaban desde atrás. Se sentía tan cansado… Demasiado cansado incluso para cerrar los ojos. Solo quería permanecer sentado y mirar al suelo eternamente.

Teft se sentó a su lado. El hombre canoso tenía la calabaza de agua, que aún contenía algo de líquido en el fondo.

—Bebe, muchacho. Lo necesitas.

—Deberíamos limpiar las heridas de los otros hombres —dijo Kaladin, aturdido—. Tienen arañazos…, he visto a algunos con cortes…, y deberían…

—Bebe —dijo Teft, con voz cascada e insistente.

Kaladin vaciló, pero luego bebió el agua. Sabía extrañamente amarga, como la planta de la que había sido sacada.

—¿Dónde aprendiste a curar así? —preguntó Teft. Varios de los hombres cercanos se volvieron hacia él al oír la pregunta.

—No siempre he sido esclavo —susurró Kaladin.

—Esto que has hecho no servirá para nada —dijo Roca, acercándose. El enorme comecuernos se puso en cuclillas—. Gaz nos hace dejar atrás a los heridos que no pueden andar. Son órdenes de arriba.

—Yo hablaré con Gaz —dijo Kaladin, apoyando de nuevo la cabeza contra la roca—. Devolved ese cuchillo al cadáver del que lo cogisteis. No quiero que nos acusen de ladrones. Luego, cuando llegue el momento de marcharnos, quiero a dos hombres a cargo de Leyten y a otros dos a cargo de Hobber. Los ataremos a lo alto del puente y los llevaremos. En los abismos, tendréis que moveros rápido y desatarlos antes de que cruce el ejército, y luego volver a amarrarlos cuando terminen. También necesitaremos que alguien se encargue de Dabbid, si no se le ha pasado el aturdimiento.

—Gaz no lo tolerará —dijo Roca.

Kaladin cerró los ojos, negándose a seguir discutiendo.

La batalla fue larga. Cuando empezó a anochecer, los parshendi finalmente se retiraron, saltando los abismos con sus poderosas e innaturales piernas. Hubo un coro de gritos por parte de los soldados alezi, que habían vencido. Kaladin se obligó a ponerse en pie y se fue a buscar a Gaz. Todavía tardarían un rato en abrir las crisálidas (era como golpear piedra), pero tenía que hablar con el sargento del puente.

Encontró a Gaz observando desde detrás de la línea de batalla. Miró a Kaladin con su único ojo.

—¿Cuánta de esa sangre es tuya?

Kaladin se miró y advirtió por primera vez que estaba cubierto de sangre oscura y reseca, la mayor parte perteneciente a los hombres que había atendido. No respondió a la pregunta.

—Nos llevamos a nuestros heridos.

Gaz negó con la cabeza.

—Si no pueden andar, se quedan atrás. Son las órdenes. No es decisión mía.

—Nos los llevamos —dijo Kaladin, sin más firmeza ni más fuerza.

—El brillante señor Lamaril no lo permitirá.

Lamaril era el superior inmediato de Gaz.

—Enviarás el Puente Cuatro en último lugar para conducir a los soldados heridos al campamento. Lamaril no irá con esa tropa: se adelantará con el cuerpo principal, ya que no querrá perderse el festín de la victoria de Sadeas.

Gaz abrió la boca.

—Eh…, yo…

—Mis hombres se moverán con rapidez y eficacia —dijo Kaladin, interrumpiéndolo—. No frenarán a nadie.

Sacó de su bolsillo la última esfera y se la entregó.

—Tú no dirás nada.

Gaz cogió la esfera e hizo una mueca.

—¿Un marcoclaro? ¿Crees que con eso correré un riesgo tan grande?

—Si no lo haces —dijo Kaladin, con voz tranquila—, te mataré y dejaré que me ejecuten.

Gaz parpadeó sorprendido.

—Tú nunca…

Kaladin dio un solo paso hacia delante. Cubierto de sangre, debía de ser una visión espantosa. Gaz palideció. Entonces maldijo, alzando la esfera oscura.

—Y encima es una esfera opaca.

Kaladin frunció el ceño. Estaba seguro de que todavía brillaba antes de la carga del puente.

—Es culpa tuya. Tú me la diste.

—Esas esferas fueron recién infundidas anoche —dijo Gaz—. Vinieron directamente del tesorero del brillante señor Sadeas. ¿Qué has hecho con ellas?

Kaladin sacudió la cabeza, demasiado agotado para pensar. Syl se posó en su hombro cuando se volvió para regresar con los

hombres del puente.

—¿Qué son para ti? —gritó Gaz—. ¿Por qué te importan?

—Son mis hombres.

Dejó atrás a Gaz.

—No me fío de él —dijo Syl, mirando por encima del hombro—. Podría decir que lo has amenazado y enviar hombres para que te arresten.

—Tal vez. Supongo que tendré que contar con que quiera más sobornos.

Kaladin continuó su camino, escuchando los gritos de los vencedores y los gemidos de los heridos. Las mesetas estaban cubiertas de cadáveres amontonados en los bordes del abismo, donde los puentes habían concentrado la batalla. Como siempre, los parshendi habían dejado atrás a sus muertos. Lo hacían incluso cuando vencían. Los humanos enviaban a sus cuadrillas de los puentes y sus soldados a quemar a sus muertos y enviar sus espíritus a la otra vida, donde los mejores lucharían en el ejército de los Heraldos.

—Esferas —dijo Syl, todavía mirando a Gaz—. No parecen gran cosa con la que contar.

—Tal vez sí, tal vez no. He visto cómo las mira. Quiere el dinero que le doy. Tal vez tanto que se mantendrá en cintura —Kaladin sacudió la cabeza—. Lo que dijiste antes es verdad: los hombres no son fiables de muchas maneras. Pero si hay algo con lo que puedas contar, es con su codicia.

Era un pensamiento amargo. Pero había sido un día amargo. Un principio brillante y esperanzado, y un crepúsculo sangriento y rojo.

Como todos los días.



Mapa de los campamentos de guerra alezi realizado por Vadonas, que visitó los campamentos en una ocasión y pintó tal vez una representación idealizada.



Ati fue una vez un hombre amable y generoso, y ya viste en qué se convirtió. Rayse, por otro lado, se encontraba entre los individuos más repulsivos, ladinos y peligrosos que he conocido.

—Sí, esto lo han cortado —dijo el grueso talabartero, alzando la correa mientras Adolin miraba—. ¿No estás de acuerdo, Yis?

El otro talabartero asintió. Yis era un iriali de ojos amarillos y pelo dorado. No rubio, dorado. Había incluso un brillo dorado en él. Lo llevaba corto y usaba gorra. Obviamente, no quería llamar la atención. Muchos consideraban un mechón de pelo iriali un conjuro de buena suerte.

Su compañero, Avaran, era un ojos oscuros alezi que llevaba un delantal sobre el chaleco. Si los dos hombres trabajaban al modo tradicional, uno se dedicaba a las piezas más grandes y robustas, como las sillas de montar, mientras que el otro se especializaba en los detalles más finos. Un grupo de aprendices se esforzaba al fondo, cortando y cosiendo pellejos de cerdo.

—Cortado —coincidió Yis, cogiendo la correa—. Estoy de acuerdo.

—Que me envíen a Condenación —murmuró Adolin—. ¿Queréis decir que Elhokar tenía razón?

—Adolin —dijo una voz femenina desde atrás—. Dijiste que íbamos a dar un paseo.

—Es lo que estamos haciendo —respondió él, volviéndose sonriente. Janala esperaba cruzada de brazos, vestida con un elegante vestido amarillo de factura impecable, abotonado por los lados y cerrado en torno al cuello con un tieso collar bordado de hilo escarlata.

—Había imaginado que el paseo sería para caminar.

—Hmm —dijo él—. Sí. Pronto llegaremos a eso. Será magnífico. Podremos pasear, caminar, deambular y esto…

—¿Transitar? —ofreció Yis, el talabartero.

—¿Eso es un tipo de bebida? —preguntó Adolin.

—Mmm…, no, brillante señor. Estoy seguro de que es otra palabra que significa caminar.

—Bueno, pues haremos eso también. Transitaremos. Siempre me gusta un buen tránsito. —Se frotó la barbilla y recuperó la correa—. ¿Estáis seguros con eso que me decís sobre esta cincha?

—No hay mucho que discutir, brillante señor —dijo Avaran—. No es una simple rotura. Tendrías que tener más cuidado.

—¿Cuidado?

—Sí. Asegúrate de no llevar hebillas sueltas que rocen el cuero y lo corten. Parece que esto es cosa de una silla. A veces, la gente deja que la cincha cuelgue cuando prepara la silla para la noche, y le dejan algo pillado debajo. Supongo que eso es lo que causó el corte.

—Oh —dijo Adolin—. ¿Quieres decir que no fue intencionado?

—Bueno, puede haber sido así. ¿Pero, por qué cortaría nadie una cincha así?

«Por qué, en efecto», pensó Adolin. Se despidió de los dos talabarteros, se metió la correa en el bolsillo y le ofreció el codo a Janala. Ella lo aceptó con su mano libre, obviamente feliz por marcharse de la tienda de productos de cuero. Tenía un olor raro, aunque no tan malo como el de una curtiembre. Adolin la había visto echar mano al pañuelo varias veces, actuando como si quisiera llevárselo a la nariz.

Salieron al sol de mediodía. Tibon y Marks (dos ojos claros miembros de la Guardia de Cobalto) esperaban con la criada de Janala, Falksi, que era una joven ojos oscuros azish. Los tres los siguieron mientras Adolin y Janala paseaban por la calle del campamento, y Falksi murmuró entre dientes con voz cargada de

acento, quejándose por la falta de un palanquín adecuado para su señora.

A Janala no parecía importarle. Inspiró profundamente el aire y se aferró al brazo de Adolin. Era bastante bonita, aunque le gustaba hablar sobre sí misma. La charlatanería era un atributo de las mujeres que normalmente le gustaba, pero hoy tenía problemas para prestarle atención a Janala cuando empezó a contarle los últimos chismes de la corte.

Habían cortado la correa, pero los dos talabarteros habían dado por hecho que era resultado de un accidente. Eso implicaba que habían visto cortes como este antes. Una hebilla suelta o cualquier otro accidente casual había cortado el cuero.

Pero esta vez el corte había arrojado al rey de su caballo en mitad de una lucha. ¿Podía haber implicado algo más?

—¿No te parece, Adolin? —preguntó Janala.

—Indudablemente —respondió él, escuchando a medias.

—¿Entonces hablarás con él?

—¿Hmm?

—Con tu padre. ¿Le pedirás que permita a los hombres abandonar ese horrible uniforme pasado de moda de vez en cuando?

—Bueno, es de ideas fijas —dijo Adolin—. Además, no está tan pasado de moda.

Janala lo fulminó con la mirada.

—Muy bien —admitió él—. Es un poco soso.

Como todos los demás oficiales ojos claros del ejército de Dalinar, Adolin llevaba un simple traje azul de corte militar. Un largo gabán azul oscuro, sin brocados, y pantalones recios en una época en que los chalecos, los adornos de seda y los pañuelos eran la moda. El glifopar Kholin de su padre iba bordado en el pecho y la espalda de forma bastante molesta, y la parte delantera abrochaba con botones plateados a ambos lados. Era simple, claramente reconocible, pero horriblemente soso.

—Los hombres de tu padre lo adoran, Adolin —dijo Janala—. Pero sus exigencias se vuelven cansinas.

—Lo sé. A mí me lo vas a decir. Pero no creo que pueda hacerle cambiar de opinión.

¿Cómo explicarlo? A pesar de seis años de guerra, Dalinar no flaqueaba en su resolución de mantener los Códigos. En todo caso, su dedicación a ellos aumentaba.

Al menos ahora Adolin comprendía una cosa. El amado hermano de Dalinar había hecho una última petición: seguir los Códigos. Cierto, esa petición se refería a un solo hecho, pero el padre de Adolin era famoso por llevar las cosas a los extremos.

Adolin tan solo deseaba que no hiciera la misma petición a todo el mundo. Individualmente, los Códigos eran solo inconveniencias menores: ir siempre de uniforme en público, no emborracharse nunca, evitar los duelos. En conjunto, sin embargo, eran una carga.

Su respuesta a Janala quedó interrumpida cuando una serie de cuernos resonó por todo el campamento. Adolin alzó la cabeza, dio media vuelta y miró hacia el este, hacia las Llanuras Quebradas. Fue contando la siguiente serie de cuernos. Habían localizado una crisálida en la meseta ciento cuarenta y siete. ¡Eso estaba ahí al lado!

Contuvo la respiración, esperando la siguiente serie de cuernos que llamaría a los ejércitos de Dalinar a la batalla. Eso solo sucedería si su padre lo ordenaba.

Una parte de él sabía que esos cuernos no sonarían. La meseta ciento cuarenta y siete estaba lo bastante cerca del campamento de Sadeas para que el otro alto príncipe lo intentara.

«Vamos, padre —pensó Adolin—. ¡Podemos ganarle!»

No sonó ningún cuerno más.

Adolin miró a Janala. Ella había escogido la música como Llamada y le prestaba poca atención a la guerra, aunque su padre era uno de los oficiales de caballería de Dalinar. Por su expresión, Adolin se dio cuenta de que comprendía lo que significaba la falta de un tercer toque de cuerno.

Una vez más, Dalinar Kholin había decidido no luchar.

—Vamos —dijo Adolin, dándose media vuelta y moviéndose en otra dirección, tirando prácticamente de Janala, que seguía enganchada a su codo—. Hay algo más que quiero comprobar.

Dalinar permanecía de pie, con las manos a la espalda, contemplando las Llanuras Quebradas. Estaba en una de las terrazas

inferiores situadas ante el palacio elevado de Elhokar: el rey no residía en ninguno de los diez campamentos de guerra, sino en un pequeño complejo elevado en una colina cercana. El ascenso de Dalinar a aquel lugar había sido interrumpido por el sonar de los cuernos.

Esperó el tiempo suficiente para ver el ejército de Sadeas congregarse en su campamento. Dalinar podía haber enviado a un soldado a preparar a sus propios hombres. Estaba lo bastante cerca.

—¿Brillante señor? —preguntó una voz a su lado—. ¿Deseas continuar?

«Tú lo proteges a tu modo —Sadeas, pensó Dalinar—. Yo lo protegeré al mío.»

—Sí, Teshav —dijo, volviéndose para continuar subiendo por el camino en zigzag.

Teshav lo siguió. Tenía vetas rubias en su negro pelo alezi, que llevaba en un intrincado peinado entrelazado. Sus ojos eran violetas y su rostro afilado mostraba expresión de inquietud. Era normal: siempre parecía necesitar algo de lo que preocuparse.

Teshav y su ayudante escriba eran ambas esposas de oficiales. Dalinar confiaba en ellas. Más o menos. Era difícil confiar en alguien por completo. «Basta —pensó—. Empiezas a parecer tan paranoico como el rey.»

De cualquier forma, se alegraría del regreso de Jasnah. Si es que alguna vez decidía hacerlo. Algunos de sus oficiales de más alto rango le instaban a volver a casarse, aunque solo fuera por tener una mujer que fuera su escriba principal. Pensaban que rechazaba sus sugerencias por amor a su primera esposa. No sabía que ella había desaparecido de su mente, un blanco parche de niebla en su memoria. Aunque, en cierto modo, los oficiales tenían razón. Le habían quitado todo lo que se refería a su esposa. Todo lo que quedaba era un agujero, y llenarlo de nuevo para ganar una escriba parecía una crueldad.

Dalinar continuó su camino. Aparte de las dos mujeres, ya lo ayudaban Renarin y tres miembros de la Guardia de Cobalto. Estos llevaban gorras de fieltro azul oscuro y capas sobre petos plateados y pantalones azules. Eran ojos claros de bajo rango, capaces de llevar espadas para la lucha cuerpo a cuerpo.

—Bien, brillante señor —dijo Teshav—. El brillante señor Adolin me pidió que informara de los progresos en la investigación de la cincha. Está hablando con los talabarteros en este mismo momento, pero hasta ahora hay poco que decir. Nadie vio a nadie manipular la silla del caballo de su majestad. Nuestros espías dicen que no se murmura que haya nadie alardeando en los otros campamentos, y nadie en el nuestro ha recibido de pronto grandes sumas de dinero, por lo que hemos podido descubrir.

—¿Y los mozos?

—Dicen que revisaron la silla, pero cuando se les insistió, admitieron que no pueden recordar haber comprobado específicamente la cincha —sacudió la cabeza—. Llevar a un portador de esquirlada pone a veces gran tensión tanto en el caballo como en la silla. Si tan solo hubiera algún modo de domar a más ryshadios…

—Creo que antes se podría domar las altas tormentas, brillante. Bien, supongo que es una buena noticia. Mejor para todos que este asunto de la cincha resulte ser nada. Ahora hay otro tema que quisiera que examinaras.

—Es mi placer servirte, brillante señor.

—El alto príncipe Aladar ha empezado a hablar de tomarse unas cortas vacaciones y volver a Alezkar. Quiero que averigües si habla en serio.

—Sí, brillante señor —asintió Teshav—. ¿Eso sería un problema?

—La verdad es que no lo sé.

No se fiaba de los altos príncipes, pero al menos con ellos aquí podía vigilarlos. Si uno de ellos regresaba a Alezkar, podría conspirar sin que alguien lo controlara. Naturalmente, incluso las visitas breves podrían ayudar a estabilizar sus tierras.

¿Qué era más importante? ¿La estabilidad o la capacidad de vigilar a los otros? «Sangre de mis padres. No me hicieron para este politiqueo y estas conspiraciones. Me hicieron para que empuñara una espada y abatiera enemigos.»

Haría lo que hacía falta hacer, de cualquier manera.

—¿No dijiste que tenías información sobre las cuentas del rey, Teshav?

—Así es —dijo ella, mientras continuaban el corto paseo—.

Hiciste bien en pedirme que examinara los libros, ya que parece que tres de los altos príncipes (Thanadal, Hatham y Vamah) van muy retrasados en sus pagos. Aparte de ti, solo el alto príncipe Sadeas ha pagado por adelantado lo que es debido, como exigen los principios de la guerra.

Dalinar asintió.

—Cuanto más se alargue esta guerra, más cómodos se sienten los altos príncipes. Empiezan a hacerse preguntas. ¿Por qué pagar altas tasas de guerra por la alimentación? ¿Por qué no traer aquí a granjeros y empezar a cultivar su propio alimento?

—Perdona, brillante señor —dijo Teshav mientras transitaban un recodo del camino. Su escriba ayudante caminaba detrás, con varios libros de cuentas en un morral—. ¿Pero de verdad quieres desaconsejar eso? Un segundo grupo de suministros podría ser valioso como refuerzo.

—Los mercaderes ya proporcionan refuerzos. Es uno de los motivos por los que no los he hecho marcharse. No me importaría otro, pero el poder de las animistas es la única presión que tenemos sobre los altos príncipes. Le debían lealtad a Gavilar, pero no sienten lo mismo hacia su hijo. —Dalinar entornó los ojos—. Eso es un punto vital, Teshav. ¿Has leído las historias que te sugerí?

—Sí, brillante señor.

—Entonces ya lo sabes. El período más frágil en la existencia de un reino se produce durante la vida del heredero de su fundador. Durante el reinado de un hombre como Gavilar, los hombres se muestran leales porque lo respetan. Durante las generaciones subsiguientes, empiezan a verse a sí mismos como parte de un reino, una fuerza conjunta que se mantiene unida gracias a la tradición.

»Pero el reinado del heredero…, ese es el punto peligroso. Gavilar no está aquí para mantener unido a todo el mundo, y todavía no existe la tradición de que Alezkar sea un reino. Tenemos que aguantar lo suficiente para que los altos príncipes empiecen a considerarse parte de un todo mayor.

—Sí, brillante señor.

Ella no hacía preguntas. Teshav era profundamente leal, como la mayoría de sus oficiales. No cuestionaban por qué era tan

importante para él que los diez principados se consideraran a sí mismos una sola nación. Tal vez asumían que era debido a Gavilar. De hecho, el sueño de su hermano de una Alezkar unida era parte de ello. Pero había también algo más.

«Viene la Tormenta Eterna. La Auténtica Desolación. La Noche de las Penas.»

Reprimió un escalofrío. Las visiones no hacían que pareciera tener mucho tiempo para prepararse.

—Escribe una misiva en nombre del rey —dijo Dalinar—, bajando el precio de las animistas para aquellos que hagan sus pagos a tiempo. Eso debería despertar a los demás. Dáselo a las escribas de Elhokar y que se lo expliquen a él. Esperemos que esté de acuerdo con la necesidad.

—Sí, brillante señor —dijo Teshav—. Si puedo mencionarlo, me sorprendió bastante que me sugirieras leer esas historias. En el pasado, esas cosas no te interesaban especialmente.

—Últimamente hago cosas que no son específicas de mis intereses o mis talentos —respondió Dalinar con una mueca—. Mi falta de capacidad no cambia las necesidades del reino. ¿Has recogido los informes sobre los bandidos de la zona?

—Sí, brillante señor —ella vaciló—. Las cifras son alarmantes.

—Dile a tu marido que le entrego el mando del Cuarto Batallón. Quiero que entre los dos elaboréis un sistema mejor de patrullas en las Montañas Irreclamadas. Mientras la monarquía alezi tenga presencia aquí, no quiero que sea una tierra sin ley.

—Sí, brillante señor —dijo Teshav, indeciso—. ¿Te das cuentas de que eso significa que dedicas dos batallones enteros a patrullar?

—Sí —respondió Dalinar. Había pedido ayuda a los otros altos príncipes. Sus respuestas oscilaron entre la sorpresa y la risa. Nadie le había dado ningún soldado.

—Eso, añadido al batallón que asignaste para mantener la paz en las zonas entre los campamentos y los mercados exteriores —puntualizó Teshav—. En total, más de la cuarta parte de tus fuerzas aquí, brillante señor.

—Las órdenes se mantienen, Teshav. Encárgate. Pero primero tengo que seguir discutiendo contigo de los libros de cuentas. Ve a la sala de los legajos y espéranos allí.

Ella asintió respetuosa.

—Naturalmente, brillante señor.

Se retiró con su pupila.

Renarin se acercó a Dalinar.

—No le ha gustado eso, padre.

—Desea que su marido participe en la lucha. Todos esperan que gane otra espada esquirlada ahí fuera, y se la dé a ellos.

Los parshendi tenían esquirladas. No muchas, pero incluso una sola era sorprendente. Nadie sabía explicar dónde las habían conseguido. Dalinar había ganado una espada y una armadura parshendi durante su primer año aquí. Se las había dado ambas a Elhokar para que recompensara al guerrero que considerase el más útil para Alezkar y el esfuerzo bélico.

Dalinar se volvió y entró en el palacio. Los guardias de la puerta lo saludaron a Renarin y a él. El joven mantuvo la mirada al frente. Algunas personas pensaban que carecía de emociones, pero Dalinar sabía que solo estaba preocupado.

—Quería hablar contigo, hijo —dijo Dalinar—. Sobre la cacería de la semana pasada.

Los ojos de Renarin fluctuaron avergonzados, las comisuras de sus labios forzaron una mueca. Sí, en efecto, tenía emociones. Simplemente, no las mostraba tan a menudo como los demás.

—Eres consciente de que no tendrías que haberte precipitado a la batalla como lo hiciste —dijo Dalinar con severidad—. El abismoide podría haberte matado.

—¿Qué habrías hecho tú, padre, si hubiera sido yo quien corría peligro?

—No pongo reparos a tu valentía, sino a tu sabiduría. ¿Y si te hubiera dado uno de tus ataques?

—Entonces tal vez el monstruo me habría borrado de la meseta —repuso Renarin amargamente— y ya no sería una inútil carga para nadie.

—¡No digas esas cosas! Ni siquiera de broma.

—¿Era una broma? Padre, no sé pelear.

—Pelear no es la única cosa de valor que puede hacer un hombre.

Los fervorosos eran muy insistentes en eso. Sí, la más alta

Llamada era unirse a la batalla en la otra vida para reclamar los Salones Tranquilos, pero el Todopoderoso aceptaba la excelencia de cualquier hombre o mujer, no importaba a qué se dedicaran.

Uno hacía lo que mejor podía, escogiendo una profesión y un atributo del Todopoderoso para emularlo. Una Llamada y una Gloria, se decía. Trabajabas duro en tu profesión, y te pasabas la vida intentando vivir según un solo ideal. El Todopoderoso lo aceptaba, sobre todo si eras un ojos claros: cuanto mejor fuera tu sangre como ojos claros, más Gloria innata tenías ya.

La Llamada de Dalinar era ser líder, y su Gloria elegida era la determinación. Las había elegido ambas en su juventud, aunque ahora las veía de forma muy distinta a entonces.

—Tienes razón, naturalmente, padre —dijo Renarin—. No soy el primer hijo de héroe que nace sin ningún talento para la guerra. Los demás lo llevaron bien. Yo también lo haré. Probablemente acabe siendo consistor de alguna ciudad pequeña. Suponiendo que no me refugie en los devotarios.

El muchacho miró hacia delante.

«Sigo pensando en él como en "el chico" —pensó Dalinar—. Aunque ya tiene veinte años.» Sagaz tenía razón. Subestimaba a Renarin. «¿Cómo reaccionaría yo si me prohibieran luchar? ¿Si tuviera que quedarme atrás con las mujeres y los mercaderes?»

Dalinar se habría sentido amargado, especialmente respecto a Adolin. De hecho, a menudo había sentido envidia de Gavilar durante su infancia. Sin embargo, Renarin era el principal partidario de Adolin. Prácticamente adoraba a su hermano mayor. Y era lo bastante valiente para correr sin pensárselo a una batalla donde una criatura de pesadilla aplastaba a lanceros y portadores de esquirlada por igual.

Dalinar se aclaró la garganta.

—Quizá sea hora de empezar a entrenarte con la espada.

—La debilidad de mi sangre…

—No importará mucho si te ponemos una armadura y te damos una espada —dijo Dalinar—. La armadura hace fuerte a cualquier hombre, y una hoja esquirlada es casi tan liviana como el mismo aire.

—Padre —dijo Renarin llanamente—, nunca seré un portador de

esquirlada. Tú mismo has dicho que las espadas y armaduras que ganamos a los parshendi deben ser para los guerreros más hábiles.

—Ninguno de los otros altos príncipes entregó sus trofeos de guerra al rey. ¿Y quién me reprocharía si, por una vez, yo le hiciera un regalo a mi hijo?

Renarin se detuvo en el pasillo, mostrando un inusitado nivel de emoción, los ojos muy abiertos, el rostro ansioso.

—¿Hablas en serio?

—Te doy mi juramento, hijo. Si puedo capturar otra hoja y otra armadura, serán para ti —sonrió—. Para ser sinceros, lo haría simplemente por el placer de ver la cara de Sadeas cuando te conviertas en pleno portador. Aparte de eso, si tu fuerza se iguala a la de los demás, supongo que tu habilidad natural te hará destacar.

Renarin sonrió. Las armaduras esquirladas no lo resolvían todo, pero Renarin tendría su oportunidad. Dalinar se encargaría de ello. «Sé lo que es ser hijo segundo —pensó mientras continuaban caminando hacia los aposentos del rey—, abrumado por un hermano mayor al que amas y envidias al mismo tiempo. Padre Tormenta, vaya si lo sé.»

«Todavía me siento así.»

—Ah, buen brillante señor Adolin —dijo el fervoroso, avanzando con los brazos abiertos. Kadash era un hombre alto y maduro, y llevaba la cabeza afeitada y la barba cuadrada de su Llamada. También tenía una cicatriz que zigzagueaba por la parte superior de su cabeza, recuerdo de sus primeros días como oficial del ejército.

No era corriente encontrar a un hombre como él (un ojos claros que antes fue soldado) en el fervor. De hecho, era extraño que cualquier hombre cambiara su Llamada. Pero no estaba prohibido, y Kadash había ascendido en el fervor considerando que había comenzado muy tarde. Dalinar decía que era signo de fe o de perseverancia. Tal vez de ambas cosas.

El templo del campamento había empezado siendo una gran cúpula de animistas, y luego Dalinar ofreció dinero y canteros para transformarla en una casa de adoración más adecuada. Ahora tallas de los Heraldos flanqueaban las paredes interiores, y anchas ventanas abiertas en la parte a sotavento habían sido completadas

con cristal para dejar pasar la luz. Esferas de diamante ardían en puñados colgados del alto techo, y se habían instalado atriles para la instrucción, práctica y prueba de las diversas artes.

Había muchas mujeres en este momento, recibiendo instrucciones de los fervorosos. Había menos hombres. Estando en guerra, era fácil practicar las artes masculinas en el campo de batalla.

Janala se cruzó de brazos y contempló el templo con obvia insatisfacción.

—¿Primero un apestoso taller de talabarteros, y ahora el templo? Pensaba que íbamos a pasear por algún lugar que fuera al menos ligeramente romántico.

—La religión es romántica —respondió Adolin, rascándose la cabeza—. Amor eterno y todo eso, ¿no?

Ella lo miró.

—Te esperaré fuera.

Dio media vuelta y se marchó con su doncella.

—Y que alguien me traiga un palanquín, por la tormenta.

Adolin frunció el ceño y la vio marchar.

—Sospecho que tendré que comprarle algo bien caro para compensar esto.

—No veo cuál es el problema —dijo Kadash—. A mí me parece que la religión es romántica.

—Tú eres fervoroso —replicó Adolin—. Además, esa cicatriz te hace un poco desagradable para sus gustos. —Suspiró—. No es que el templo la haya espantado, es mi falta de atención. No he sido muy buena compañía hoy.

—¿Hay algo que te preocupa, brillante señor? —preguntó Kadash—. ¿Es por tu Llamada? No has hecho muchos progresos últimamente.

Adolin hizo una mueca. Su Llamada elegida eran los duelos. Trabajando con los fervorosos para crear objetivos personales y cumplirlos, podría demostrar su valor ante el Todopoderoso. Por desgracia, durante la guerra, los Códigos decían que tenía que limitar sus duelos, ya que con su frivolidad podían herir a oficiales que pudieran ser necesarios en la batalla.

Pero el padre de Adolin evitaba batallar cada vez más. ¿Qué

sentido tenía entonces no librar duelos?

—Sagrado —dijo Adolin—, tenemos que hablar en un sitio donde no pueda oírnos nadie.

Kadash alzó una ceja y condujo a Adolin alrededor de la cumbre central. Los templos vorin eran siempre circulares con un suave montículo en el centro, habitualmente de tres metros de altura. El edificio estaba dedicado al Todopoderoso, mantenido por Dalinar y los fervosoros que poseía. Todos los devotarios podían usarlo, aunque la mayoría tenían sus propias capillas en los campamentos.

—¿Qué es lo que deseas preguntarme, brillante señor? —preguntó el Teft cuando llegaron a la sección más apartada de la enorme cámara. Kadash se mostraba respetuoso, aunque había sido tutor e instructor de Adolin durante su infancia.

—¿Se está volviendo loco mi padre? —preguntó Adolin—. ¿O podría estar viendo visiones enviadas por el Todopoderoso, como me parece que cree?

—Es una pregunta bastante categórica.

—Lo conoces desde hace más tiempo que yo, Kadash, y sé que eres leal. También sé que eres quien mantiene los oídos abiertos y advierte qué pasa, así que estoy seguro de que ha oído los rumores. —Adolin se encogió de hombros—. Parece que es el momento para ser categóricos, si es que alguna vez ha habido uno.

—Asumo, entonces, que los rumores no son infundados.

—Por desgracia, no. Sucede durante las altas tormentas. Se agita y delira, y después dice haber visto cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—No estoy seguro, exactamente. —Adolin hizo una mueca—. Cosas sobre los Radiantes. Y tal vez… sobre lo que ha de venir.

Kadash pareció preocuparse.

—Esto es territorio peligroso. Lo que me preguntas me empuja a tratar de violar mis juramentos. Soy un Teft, pertenencia de tu padre y leal a él.

—Pero no es tu superior religioso.

—No. Pero es el guardián del Todopoderoso de estas gentes, cuya misión es vigilarme y asegurarse de que no exceda mi situación. —Kadash frunció los labios—. Es un equilibrio delicado, brillante señor. ¿Qué sabes de la Hierocracia, la Guerra de la

Pérdida?

—La iglesia intentó hacerse con el control —dijo Adolin, encogiéndose de hombros—. Los sacerdotes intentaron conquistar el mundo…, por su propio bien, dijeron.

—Eso fue una parte —repuso Kadash—. La parte de la que hablamos más a menudo. Pero el problema es mucho más profundo. Entonces la iglesia se aferraba al conocimiento. Los hombres no estaban al mando de sus propios caminos religiosos: los sacerdotes controlaban la doctrina, y a pocos miembros de la Iglesia se les permitía saber de teología. Les enseñaban a seguir a los sacerdotes. No al Todopoderoso ni a los Heraldos, sino a los sacerdotes.

Empezó a caminar, guiando a Adolin alrededor del borde posterior de la cámara del templo. Pasaron ante las estatuas de los Heraldos, cinco masculinos, cinco femeninos. En realidad, Adolin sabía muy poco de lo que estaba diciendo Kadash. Nunca le habían llamado mucho la atención las historias que no tenían relación directa con el mando de los ejércitos.

—El problema, brillante señor —continuó Kadash—, fue el misticismo. Los sacerdotes decían que los profanos no podían entender a la religión ni al Todopoderoso. Donde tendría que haber habido franqueza, había humo y susurros. Los sacerdotes empezaron a decir que tenían visiones y profecías, aunque esas cosas habían sido denunciadas por los mismísimos Heraldos. El Vaciamiento es algo oscuro y maligno, y su objetivo era intentar adivinar el futuro.

—Espera, estás diciendo…

—No te me adelantes, por favor, brillante —instó Kadash, volviéndose hacia él—. Cuando los sacerdotes de la Hierocracia fueron derrotados, el Hacedor de Soles se encargó de interrogarlos y revisar la correspondencia que habían mantenido unos con otros. Se descubrió que no había habido ninguna profecía. Ninguna promesa mística por parte del Todopoderoso. Que todo había sido una excusa, fabricada por los sacerdotes para aplacar y controlar al pueblo.

Adolin frunció el ceño.

—¿Adonde quieres ir a parar, Kadash?

—A lo más cerca de la verdad que me permita mi atrevimiento,

brillante señor —dijo el fervoroso—. Ya que no puedo ser tan categórico como tú.

—Crees que las visiones de mi padre son invenciones, entonces.

—Nunca acusaría a mi alto príncipe de mentir —dijo Kadash—. Ni siquiera de debilidad. Pero no puedo aprobar el misticismo ni las profecías en modo alguno. Hacerlo sería negar el vorinismo. Los días de los sacerdotes han pasado. Los días de mentir a la gente, de mantenerla en la oscuridad, han quedado atrás. Ahora cada hombre elige su propio camino, y los fervorosos los ayudan a conseguir la cercanía al Todopoderoso a través de ese camino. En vez de profecías oscuras y falsos poderes detentados por unos pocos, tenemos una población que comprende sus creencias y su relación con su Dios.

Se acercó un paso más y habló en voz muy baja.

—No hay que reírse de tu padre ni despreciarlo. Si sus visiones son verdaderas, entonces es algo entre el Todopoderoso y él. Todo lo que puedo decir es esto: sé algo de lo que es verse acechado por la muerte y la destrucción de la guerra. Veo en los ojos de tu padre mucho de lo que yo he sentido, pero peor. Mi opinión personal es que las cosas que ve son probablemente un reflejo de su pasado y no una experiencia mística.

—Así que se está volviendo loco —susurró Adolin.

—No he dicho eso.

—Has dado a entender que el Todopoderoso probablemente no enviaría visiones como estas.

—Así es.

—Y que esas visiones son producto de su propia mente.

—Probablemente —dijo el fervoroso, alzando un dedo—. Un equilibrio delicado, ya ves. Un equilibrio que es particularmente difícil de mantener cuando hablo con el propio hijo de mi alto señor —extendió una mano y cogió a Adolin por el brazo—. Si alguien ha de ayudarlo, debes ser tú. No sería propio de nadie más, ni siquiera de mí.

Adolin asintió lentamente.

—Gracias.

—Deberías ir a reunirte ya con esa joven.

—Sí —dijo Adolin con un suspiro—. Me temo que incluso con el

regalo adecuado, no vamos a continuar nuestra relación mucho tiempo. Renarin se burlará otra vez de mí.

Kadash sonrió.

—Es mejor no rendirse a la primera, brillante señor. Ve ahora. Pero regresa de vez en cuando para que podamos hablar de tus objetivos en lo referente a tu Llamada. Ha pasado mucho tiempo desde tu Elevación.

Adolin asintió y salió rápidamente de la cámara.

Después de repasar con Teshav los libros de cuentas durante horas, Dalinar y Renarin llegaron al pasillo situado ante los aposentos del rey. Caminaban en silencio, las suelas de sus botas repicando sobre el suelo de mármol y resonando en las paredes de piedra.

Los pasillos del palacio de guerra del rey se hacían más ricos cada semana. Antes, este pasillo era solo otro túnel de piedra forjada con la animación. Cuando Elhokar se alojó aquí, ordenó mejoras. Se abrieron ventanas a sotavento. Se pusieron suelos de mármol. Las paredes se llenaron de tallas, con mosaicos de adorno en las esquinas. Dalinar y Renarin pasaron ante un grupo de canteros que tallaba cuidadosamente una escena de Nalan'Elin emitiendo luz, la espada de la venganza alzada sobre su cabeza.

Llegaron a la antesala del rey. Una habitación grande y despejada protegida por diez miembros de la Guardia Real, vestidos de azul y oro. Dalinar reconoció cada rostro: él había organizado personalmente la unidad, escogiendo sus miembros.

El alto príncipe Ruthar esperaba para ver al rey. Tenía cruzados sus musculosos brazos, y una barba negra y corta le rodeaba la boca. La chaqueta de seda roja era corta y sin botones: era más bien un chaleco con mangas, un mero guiño al tradicional uniforme alezi. La camisa que llevaba debajo era blanca y con chorreras, y sus pantalones azules eran anchos y acampanados.

Ruthar miró a Dalinar y lo saludó asintiendo, una breve muestra de respeto, y luego continuó charlando con uno de sus ayudantes. No obstante, se interrumpió cuando uno de los guardias de la puerta se hizo a un lado para dejar entrar a Dalinar. Ruthar hizo una mueca de malestar. El fácil acceso que Dalinar tenía al rey

amargaba a los otros altos príncipes.

El rey no estaba en su salón, pero las amplias puertas de su balcón estaban abiertas. Los guardias de Dalinar esperaron atrás mientras entraba en el balcón, seguido por un vacilante Renarin. En el exterior, la luz menguaba con la caída del sol. Emplazar el palacio en un lugar tan alto era seguro desde un punto de vista táctico, pero tenía el inconveniente de que era asolado implacablemente por las tormentas. Era un antiguo dilema de las campañas. ¿Se elegía la mejor posición para capear las tormentas, o el terreno elevado?

La mayoría habría elegido lo primero: era improbable que sus campamentos al borde de las Llanuras Quebradas fueran atacados, lo que hacía que la ventaja del terreno elevado fuera menos importante. Pero los reyes solían preferir las alturas. En este caso, Dalinar había animado a Elhokar, por si acaso.

El balcón en sí mismo era una gruesa plataforma de roca situada en lo alto de un pequeño pico, rodeada de una barandilla de hierro. Las habitaciones del rey eran una cúpula animada emplazada en lo alto de la formación natural, que cubría rampas y escaletas que conducían a las zonas inferiores de la falda de la colina. Allí se alojaban los diversos ayudantes del rey: guardias, guardianes de las tormentas, Tefts, y miembros lejanos de la familia. Dalinar tenía su propio bunker en su campamento. Se negaba a llamarlo palacio.

El rey estaba apoyado contra la barandilla, dos guardias vigilando desde lejos. Dalinar le indicó a Renarin que se reuniera con ellos para poder hablar con el rey en privado.

El aire era fresco (la primavera había venido durante un tiempo) y estaba cargado con los dulces olores de la tarde: rocapullos en flor y piedra húmeda. Debajo, los campamentos empezaban a iluminarse, diez círculos chispeantes llenos de hogueras de guardias y cocineros, lámparas, y el firme brillo de las gemas infusas. Elhokar contemplaba las Llanuras Quebradas más allá de los campamentos. Estaban completamente oscuras, a excepción del tintineo ocasional de un puesto de guardia.

—¿Nos observan desde allí? —preguntó el rey cuando Dalinar se le acercó.

—Sabemos que sus bandas de saqueadores se mueven de noche,

majestad —dijo Dalinar, apoyando una mano en la barandilla de hierro—. No puedo sino pensar en que nos vigilan.

El uniforme del rey era el tradicional gabán largo con botones a los lados, pero lo llevaba suelto y relajado, y los lazos de encaje asomaban por el cuello y los puños. Sus pantalones eran azul oscuro, del mismo estilo bombacho que los de Ruthar. A Dalinar todo le parecía demasiado informal. Sus soldados parecían dirigidos cada vez más por un grupo laxo que vestía de encaje y se pasaba las noches de fiesta.

«Esto es lo que previo Gavilar —pensó Dalinar—. Por eso insistía tanto en que siguiéramos los Códigos.»

—Pareces pensativo, tío —dijo Elhokar.

—Solo reflexionaba sobre el pasado, majestad.

—El pasado es nimio. Yo solo miro hacia delante.

Dalinar no estaba seguro de estar de acuerdo con ninguna de las dos declaraciones.

—A veces pienso que debería poder ver a los parshendi —dijo Elhokar—. Creo que si miro el tiempo suficiente, los veré, los localizaré para poder desafiarlos. Ojalá lucharan como hombres de honor.

—Si fueran hombres de honor —repuso Dalinar, las manos a la espalda—, no habrían matado a tu padre como lo hicieron.

—¿Por qué crees que lo hicieron?

Dalinar sacudió la cabeza.

—La pregunta da vueltas una y otra vez en mi cabeza, como un peñasco que cae por una montaña. ¿Ofendimos su honor? ¿Fue un malentendido cultural?

—Un malentendido cultural implicaría que tienen una cultura. Son brutos primitivos. ¿Quién sabe por qué cocea un caballo o muerde un sabueso-hacha? No tendría que haber preguntado.

Dalinar no respondió. Había sentido el mismo desprecio, la misma ira, en los meses posteriores al asesinato de Gavilar. Podía comprender el deseo de Elhokar de considerar a estos extraños parshmenios de las tierras salvajes como poco más que animales.

Pero él los había visto en aquellos otros tiempos. Había interactuado con ellos. Eran primitivos, sí, pero no brutos. No estúpidos. «Nunca llegamos a comprenderlos —pensó—. Supongo

que esa es la clave del problema.»

—Elhokar —dijo en voz baja—. Puede que sea hora de formularnos algunas preguntas difíciles.

—¿Como cuáles?

—Como hasta cuándo continuaremos esta guerra.

Elhokar se envaró. Dio media vuelta para mirar a Dalinar.

—¡Seguiremos luchando hasta que el Pacto de la Venganza quede satisfecho y mi padre haya sido vengado!

—Nobles palabras. Pero llevamos fuera de Alezkar seis años ya. Mantener dos centros de gobierno tan alejados entre sí no es sano para el reino.

—Los reyes a menudo van a la guerra por extensos períodos de tiempo, tío.

—Rara vez lo hacen durante tanto tiempo —dijo Dalinar— y rara vez llevan consigo a todos los portadores de esquirlada y todos los altos príncipes del reino. Nuestros recursos están mermados, y las noticias de casa son que los asentamientos reshi en las fronteras se vuelven cada vez más osados. Seguimos fragmentados como pueblo, somos lentos en confiar unos en otros, y la naturaleza de esta guerra prolongada, sin un camino claro a la victoria y concentrados en las riquezas en vez de en capturar terreno, no ayuda en nada.

Elhokar se irguió. El viento soplaba en lo alto del pico rocoso.

—¿Dices que no hay camino claro a la victoria? ¡Estamos ganando! Las incursiones parshendi son cada vez menos frecuentes, y no llegan tan al oeste como antes. Hemos matado a miles de ellos en la batalla.

—No los suficientes. Siguen siendo poderosos. El asedio nos está afectando a nosotros tanto como a ellos.

—¿No fuiste tú uno de los que sugirieron esa táctica en primer lugar?

—Entonces era un hombre distinto, lleno de dolor y furia.

—¿Y ya no sientes esas cosas? —Elhokar se mostró incrédulo—. ¡Tío, no puedo creer que esté oyendo esto! No estarás sugiriendo en serio que abandone la guerra, ¿verdad? ¿Quieres que me vuelva a casa, como un sabueso-hacha regañado?

—Dije que eran cuestiones difíciles, majestad —dijo Dalinar,

controlando su furia. Fue difícil—. Pero hay que considerarlas.

Elhokar resopló, molesto.

—Es cierto lo que Sadeas y los demás susurran. Estás cambiando, tío. Tiene que ver con esos episodios tuyos, ¿no?

—Eso no tiene importancia, Elhokar. ¡Escúchame! ¿Qué estamos dispuestos a hacer para vengarnos?

—Cualquier cosa.

—¿Y si eso significa todo por lo que trabajó tu padre? ¿Honramos su memoria socavando su visión de Alezkar, todo por conseguir la venganza en su nombre? —El rey vaciló—. Persigues a los parshendi —dijo Dalinar—. Eso es laudable. Pero no puedes dejar que tu pasión por la venganza te ciegue a las necesidades de tu reino. El Pacto de la Venganza ha mantenido controlados a los altos príncipes, ¿pero qué sucederá cuando venzamos? ¿Nos desmembraremos? Creo que necesitaremos forjarlos, unirlos. Libramos esta guerra como si fuéramos diez naciones distintas, luchando unos al lado de otros pero no unos con otros.

El rey no respondió inmediatamente. Las palabras, por fin, parecían empezar a calar. Era un buen hombre, y compartía más cosas con su padre de las que los demás querían admitir.

Se apartó de Dalinar y se apoyó en la barandilla.

—Crees que soy un mal rey, ¿verdad, tío?

—¿Qué? ¡Pues claro que no!

—Siempre hablas de lo que debería hacer, y de lo que carezco. Dime la verdad, tío. Cuando me miras ¿desearías ver el rostro de mi padre?

—Naturalmente que sí —dijo Dalinar.

La expresión de Elhokar se ensombreció.

Dalinar apoyó una mano en el hombro de su sobrino.

—Sería un mal hermano si no deseara que Gavilar estuviera vivo. Le fallé…, fue el mayor y más terrible fracaso de mi vida.

Elhokar se volvió hacia él, y le sostuvo la mirada. Dalinar alzó un dedo.

—Pero que yo amara a tu padre no significa que piense que eres un fracasado. Ni significa que no te quiera por ti mismo. Alezkar se habría desplomado tras la muerte de Gavilar, pero tú organizaste y llevaste a cabo nuestro contraataque. Eres un buen rey.

El rey asintió lentamente.

—Has vuelto a escuchar lecturas de ese libro, ¿verdad?

—Así es.

—Hablas como él, ¿sabes? —dijo Elhokar, volviéndose a mirar de nuevo hacia el este—. Hacia el final. Cuando empezó a actuar…, erráticamente.

—No creo que esté tan mal.

—Tal vez. Pero se parece mucho. Hablar de poner fin a la guerra, la fascinación por los Radiantes Perdidos, insistir en que todo el mundo siga los Códigos…

Dalinar recordaba aquellos días…, y sus propias discusiones con Gavilar. «¿Qué honor podemos encontrar en un campo de batalla mientras nuestra gente pasa hambre?», le había preguntado el rey una vez. «¿Es honor cuando nuestros ojos claros planean y conspiran como anguilas en un cubo, amontonándose unas encima de otras y tratando de morderse las colas?»

Dalinar había reaccionado mal a sus palabras. Igual que Elhokar reaccionaba ahora a las suyas. «¡Padre Tormenta! Empiezo a hablar como él, ¿verdad?»

Eso era preocupante, y sin embargo incitante al mismo tiempo. Fuera como fuese, Dalinar se dio cuenta de una cosa. Adolin tenía razón: Elhokar, y los altos príncipes con él, nunca responderían a la sugerencia de retirarse. Dalinar estaba abordando la conversación desde un punto de vista equivocado. «El Todopoderoso sea alabado por enviarme un hijo dispuesto a ser sincero.»

—Tal vez tengas razón, majestad —dijo Dalinar—. ¿Poner fin a la guerra? ¿Dejar un campo de batalla con un enemigo todavía al control? Eso nos avergonzaría.

Elhokar asintió.

—Me alegra que comprendas.

—Pero algo tiene que cambiar. Necesitamos un modo mejor de luchar.

—Sadeas ya lo tiene. Te he hablado de sus puentes. Trabajan bien, y ha capturado muchas gemas corazón.

—Las gemas corazón carecen de sentido —dijo Dalinar—. Todo esto carece de sentido si no encontramos un medio de conseguir la venganza que todos queremos. No puedes decirme que disfrutas

viendo pelear a los altos príncipes, ignorando prácticamente el verdadero propósito de nuestra estancia aquí.

Elhokar guardó silencio, insatisfecho.

«Únelos.» Dalinar recordó aquellas palabras que resonaban en su cabeza.

—Elhokar —dijo, y entonces se le ocurrió una idea—. ¿Recuerdas lo que te dijimos Sadeas y yo cuando vinimos aquí a luchar por primera vez? ¿La especialización de los altos príncipes?

—Sí —respondió Elhokar. En el pasado lejano, cada uno de los diez altos príncipes de Alezkar tenía un cargo específico para el gobierno del reino. Uno era encargado de la ley definitiva referida a los mercaderes, y sus tropas patrullaban los caminos de los diez principados. Otro administraba a los jueces y magistrados.

Gavilar era muy partidario de la idea. Decía que era un recurso inteligente para obligar a los altos príncipes a trabajar juntos. Antaño, este sistema los había forzado a someterse a la autoridad de los demás. Hacía siglos que las cosas no se realizaban de esa manera, desde la fragmentación de Alezkar en diez principados autónomos.

—Elhokar, ¿y si me nombras alto príncipe de la guerra? —preguntó Dalinar.

Elhokar no se rio: eso era buena señal.

—Creía que Sadeas y tú habíais decidido que los demás se rebelarían si intentáramos algo así.

—Tal vez me equivoqué también en eso.

Elhokar pareció considerarlo. Finalmente, el rey negó con la cabeza.

—No. Apenas si aceptan mi liderazgo. Si hiciera algo como lo que pides, me asesinarían.

—Yo te protegería.

—Bah. Ni siquiera te tomas en serio las amenazas actuales contra mi vida.

Dalinar suspiró.

—Majestad, sí que me las tomo en serio. Mis escribas y ayudantes están examinando esa correa.

—¿Y qué han descubierto?

—Bueno, hasta ahora nada concluyente. Nadie ha reivindicado

el haber intentado matarte, ni siquiera entre rumores. Nadie vio nada sospechoso. Pero Adolin está hablado con los talabarteros. Tal vez nos traiga algo más sustancioso.

—La cortaron, tío.

—Ya veremos.

—No me crees —dijo Elhokar, el rostro enrojecido—. ¡Tendrías que estar intentando averiguar cuál era el plan de los asesinos, en vez de molestarme con tu arrogante petición para convertirte en señor supremo de todo el ejército!

Dalinar rechinó los dientes.

—Hago esto por ti, Elhokar.

El rey lo miró a la cara un momento, y sus ojos azules destellaron de nuevo con recelo, como habían hecho la semana antes.

«¡Sangre de mis padres! —pensó Dalinar—. Está empeorando.»

La expresión de Elhokar se suavizó un momento después, y pareció relajarse. Lo que había visto en los ojos de Dalinar, fuera lo que fuese, lo había reconfortado.

—Sé que intentas hacer lo mejor, tío. Pero tienes que admitir que te has comportado de manera errática últimamente. La forma en que reaccionas a las tormentas, tu obsesión con las últimas palabras de mi padre…

—Intento comprenderlo.

—Se volvió débil al final —dijo Elhokar—. Todo el mundo lo sabe. No repetiré sus errores, y tú deberías evitarlos también, en vez de escuchar un libro que dice que los ojos claros deberían ser esclavos de los ojos oscuros.

—No es eso lo que dice —repuso Dalinar—. Se ha malinterpretado. Principalmente es una colección de historias que enseñan que un líder debe servir a los que lidera.

—Bah. ¡Lo escribieron los Radiantes Perdidos!

—Ellos no lo escribieron. Fueron su inspiración. Nohadon, un hombre corriente, fue su autor.

Elhokar lo miró, alzando una ceja. «¿Ves? —pareció decir—. Lo defiendes.»

—Te estás volviendo débil, tío. No explotaré esa debilidad. Pero otros lo harán.

—No me estoy volviendo débil. —Una vez más, Dalinar se obligó a guardar la calma—. Esta conversación se ha desviado. Los altos príncipes necesitan un único líder que los obligue a trabajar juntos. Juro que si que me nombras alto príncipe de la guerra, me encargaré de protegerte.

—¿Como te encargaste de proteger a mi padre?

Dalinar cerró la boca.

Elhokar se volvió.

—No tendría que haber dicho eso. No era necesario.

—No —dijo Dalinar—. No, es una de las verdades más grandes que me has dicho, Elhokar. Tal vez tienes razón al desconfiar de mi protección.

Elhokar lo miró, curioso.

—¿Por qué reaccionas de esa forma?

—¿De qué forma?

—Antes, si alguien te hubiera dicho eso, habrías invocado tu espada y habrías exigido un duelo. Ahora lo aceptas.

—Yo…

—Mi padre empezó a rechazar duelos cerca del final. —Elhokar dio un golpecito a la barandilla—. Veo por qué sientes la necesidad de ser un alto príncipe de la guerra, y puede que tengas razón. Pero a los demás les gusta como están las cosas.

—Porque para ellos es cómodo. Si queremos vencer, tenemos que inquietarlos. —Dalinar dio un paso adelante—. Elhokar, tal vez ya haya pasado el tiempo suficiente. Hace seis años, nombrar a un alto príncipe de la guerra podría haber sido un error. ¿Pero ahora? Nos conocemos unos a otros y hemos trabajado juntos contra los parshendi. Tal vez sea hora de dar el siguiente paso.

—Tal vez —reconoció el rey—. ¿Crees que están preparados? Te permitiré demostrármelo. Si puedes mostrarme que están dispuestos a trabajar contigo, tío, entonces consideraré nombrarte alto príncipe de la guerra. ¿Te parece satisfactorio?

Era un compromiso sólido.

—Muy bien.

—Bien —dijo el rey, levantándose—. Entonces despidámonos por ahora. Se hace tarde, y todavía tengo que ver qué desea Ruthar de mí.

Dalinar se despidió y salió de los aposentos del rey, seguido por Renarin.

Cuanto más lo pensaba, más le parecía que era el camino adecuado. Retirarse no funcionaría con los alezi, sobre todo con su actual forma de pensar. Pero si pudiera arrancarlos de su complacencia, obligarlos a adoptar una estrategia más agresiva…

Todavía estaba perdido en sus consideraciones cuando salieron del palacio del rey y bajaron por las ramas hacia donde esperaban sus caballos. Montó en *Galante*, dándole las gracias con un gesto al mozo que había cuidado al ryshadio. El caballo se había recuperado de su caída durante la cacería y su pata volvía a estar bien.

Había poca distancia hasta el campamento de Dalinar, y cabalgaron en silencio. «¿A cuál de los altos príncipes debería abordar primero? —pensó Dalinar—. ¿A Sadeas?»

No. No, Sadeas y él ya habían sido vistos trabajando juntos demasiado a menudo. Si los otros altos príncipes empezaban a olerse una alianza más fuerte, se volverían contra él. Era mejor abordar primero a algún alto príncipe menos poderoso y ver si podía trabajar con él de algún modo. ¿Un ataque conjunto a una meseta, tal vez?

Tarde o temprano tendría que abordar a Sadeas. No le gustaba la idea. Las cosas eran siempre mucho más fáciles cuando los dos trabajaban distanciados el uno del otro. Le…

—Padre —dijo Renarin. Parecía inquieto.

Dalinar se irguió en la silla y miró alrededor, dirigiendo la mano al costado mientras se preparaba para invocar su espada esquirlada. Renarin señaló. Al este. De donde venían las tormentas.

El horizonte empezaba a oscurecerse.

—¿Esperábamos una alta tormenta para hoy? —preguntó Dalinar, alarmado.

—Elthebar dijo que era improbable —respondió Renarin. Pero se ha equivocado otras veces.

Todo el mundo podía equivocarse con las altas tormentas. Se podían predecir, pero nunca era una ciencia exacta. Dalinar entornó los ojos, el corazón latiéndole con fuerza. Sí, ahora podía sentir las señales. El polvo levantándose, los olores cambiando. Atardecía, pero todavía tendría que haber más luz. En cambio, oscurecía cada

vez más rápidamente. El mismo aire parecía más frenético.

—¿Deberíamos ir al campamento de Aladar? —dijo Renarin, señalando. Era el campamento más cercano, tal vez a un cuarto de hora a caballo del de Dalinar.

Los hombres de Aladar los aceptarían. Nadie negaría refugio a un alto príncipe durante una tormenta. Pero Dalinar se estremeció al pensar en pasar la alta tormenta atrapado en un lugar desconocido, rodeado por los ayudantes de otro alto príncipe. Lo verían durante uno de sus ataques. Cuando eso sucediera, los rumores se extenderían como flechas sobre un campo de batalla.

—¡Cabalguemos! —exclamó, espoleando a *Galante*. Renarin y los guardias quedaron atrás, los cascos del caballo un trueno que preludiaba la inminente alta tormenta. Dalinar se agachó, tenso. El cielo gris se cubría de polvo, las hojas volaban por delante de la muralla de la tormenta y el aire se cargaba de húmeda expectación. El horizonte se hinchaba de gruesas nubes. Dalinar y los demás pasaron al galope ante los guardias del perímetro del campamento de Aladar, que rebosaban de actividad, sujetándose las levitas o las capas contra el viento.

—Padre —llamó Renarin desde atrás—. ¿Estás…?

—¡Tenemos tiempo!

Llegaron por fin a la irregular muralla del campamento Kholin. Aquí, los soldados restantes vestidos de azul y blanco saludaron. La mayoría se había retirado ya a sus refugios. Dalinar tuvo que refrenar a *Galante* para pasar por el punto de control. Sin embargo, habría que galopar todavía un poco hasta sus aposentos. Hizo volver grupas a *Galante*, preparándose para ponerse en marcha.

—¡Padre! —Renarin señaló hacia el este.

La muralla de la tormenta flotaba en el aire como una cortina corriendo hacia el campamento. La enorme pared de lluvia era gris plateada, las nubes negro ónice, iluminadas desde dentro por algún relámpago ocasional. Los guardias que los habían recibido corrían hacia un bunker cercano.

—Podemos lograrlo —dijo Dalinar—. Podemos…

—¡Padre! —dijo Renarin, alcanzándolo y cogiéndolo del brazo —. Lo siento.

El viento los azotaba, y Dalinar apretó los dientes y miró a su

hijo. Los ojos protegidos por las gafas de Elhokar estaban muy abiertos de preocupación.

Dalinar miró de nuevo la muralla de la tormenta. Estaba solo a unos instantes de distancia. «Tiene razón.»

Le tendió las riendas de *Galante* a un ansioso soldado, que tomó también las del caballo de Renarin, y los dos desmontaron. El mozo se marchó, llevándose los caballos a un establo de piedra. Dalinar estuvo a punto de seguirlo (habría menos gente viéndolo en un establo), pero un barracón cercano tenía la puerta abierta y la gente que había dentro le hacía señas ansiosamente. Ese lugar sería más seguro.

Resignado, se unió a Renarin y corrió hacia el barracón de paredes de piedra. Los soldados les hicieron sitio. Dentro se apiñaba también un grupo de sirvientes. En el campamento de Dalinar, nadie era obligado a capear las tempestades en tiendas o débiles chozas de madera, y nadie tenía que pagar para hallar protección dentro de las estructuras de piedra.

Los ocupantes parecieron sorprendidos al ver a su alto príncipe y su hijo entrar. Varios palidecieron cuando la puerta se cerró de golpe. La única luz procedía de unos cuantos granates montados en las paredes. Alguien tosió, y fuera un puñado de fragmentos de roca empujados por el viento roció el edificio. Dalinar trató de ignorar los incómodos ojos que lo miraban. El viento aullaba en el exterior. Tal vez no sucedería nada. Tal vez esta vez…

La tormenta golpeó.

Y dio comienzo.



Tienen la más terrible y aterradora de todas las Esquirlas. Reflexiona sobre eso un momento, viejo reptil, y dime si tu insistencia en la no intervención es firme. Porque te aseguro que Rayse no se inhibirá del mismo modo.

Dalinar parpadeó. El barracón atestado y tenuemente iluminado había desaparecido. En cambio, estaba de pie en medio de la oscuridad. El aire apestaba a grano seco, y cuando extendió la mano izquierda notó una pared de madera. Estaba en una especie de granero.

La fría noche era tranquila y nítida: no había ni rastro de ninguna tormenta. Se palpó al lado con cuidado. Su espada había desaparecido, igual que su uniforme. En cambio, llevaba una túnica sujeta por un cinturón y un par de sandalias. Era el tipo de ropa que había visto en las estatuas antiguas.

«Vientos de tormenta, ¿dónde me habéis enviado esta vez?»

Cada una de las visiones era diferente. Esta sería la duodécima que había visto.

«¿Solo doce?», pensó. Parecían muchas más, pero esto solo había empezado a sucederle hacía unos pocos meses.

Algo se movió en la oscuridad. Dalinar dio un respingo de sorpresa cuando algo vivo se apretujó contra él. Estuvo a punto de descargar un golpe, pero se detuvo al oír un gemido. Bajó con

cuidado el brazo, palpando la espalda de la figura. Ligera y pequeña: una niña. Estaba temblando.

—Padre —su voz temblaba—. Padre, ¿qué está pasando?

Como de costumbre, lo veían como alguien de este tiempo y este lugar. La niña se abrazó a él, obviamente aterrorizada. Estaba demasiado oscuro para ver los miedospren que sospechaba ascendían a través del suelo.

Dalinar le puso una mano en la espalda.

—Silencio. Todo saldrá bien.

Parecía lo más adecuado que decir en aquel momento.

—Madre…

—Estará bien.

La niña se acurrucó contra él en la habitación oscura. Dalinar se quedó quieto. Algo iba mal. El edificio crujía con el viento. No estaba bien construido: la tabla bajo la mano de Dalinar estaba suelta, y tuvo la tentación de soltarla más para ver si podía asomarse. Pero la quietud, la niña aterrada… Había un olor extrañamente pútrido en el aire.

Algo arañó, muy suavemente, en la otra pared del granero. Como una uña que se arrastrara sobre la superficie de madera de una mesa.

La niña gimió, y el sonido cesó. Dalinar contuvo la respiración, el corazón latiéndole furiosamente. Por instinto, extendió la mano para invocar su hoja esquirlada, pero no sucedió nada. Nunca venía durante sus visiones.

La pared del fondo explotó hacia adentro.

Las astillas de madera volaron en la oscuridad mientras una forma enorme irrumpía. Iluminada solamente por el brillo de la luna y las estrellas, la negra criatura era más grande que un sabueso-hacha. Dalinar no pudo distinguir los detalles, pero parecía haber algo innatural en su forma.

La niña gritó, y Dalinar maldijo, agarrándola con un brazo y girando a un lado mientras la negra criatura saltaba hacia ellos. Casi alcanzó a la niña, pero Dalinar la apartó de su camino. Aterrorizada y sin aliento, su grito quedó interrumpido.

Dalinar se volvió y empujó a la niña tras él. Su costado chocó contra un puñado de sacos llenos de grano cuando empezó a

apartarse. El granero estaba en silencio. La luz violeta de Sala brillaba en el cielo, fuera, pero la pequeña luna no era lo suficientemente brillante para iluminar el interior del granero, y la criatura se había agazapado en un hueco en sombras. Casi no podía verla.

Parecía parte de las sombras. Dalinar se tensó, los puños hacia delante. La criatura emitió un suave sonido sibilante, extraño y vagamente reminiscente al de un susurro rítmico.

«¿La respiración? —pensó Dalinar—. No. Nos está olfateando.»

La criatura saltó hacia delante. Dalinar alargó una mano hacia el costado y agarró uno de los sacos de grano y lo plantó delante. La bestia golpeó el saco, sus dientes se clavaron en él, y Dalinar tiró, rasgando la burda tela y provocando una fragante nube de polvo de lavis que flotó en el aire. Entonces se hizo a un lado y le dio una patada a la bestia con todas sus fuerzas.

Notó que era blanda bajo su pie, como si le hubiera dado una patada a un odre de agua. El golpe la derribó, y la criatura emitió un sonido sibilante. Dalinar lanzó la bolsa y su contenido restante hacia lo alto, llenando el aire de más lavis seco y polvo.

La bestia se incorporó y se dio la vuelta, la suave piel reflejando la luz de la luna. Parecía desorientada. Fuera lo que fuese, cazaba por el olor, y el polvo en el aire la confundía. Dalinar agarró a la niña y se la echó al hombro, y luego pasó corriendo ante la confusa bestia y atravesó el agujero en la pared rota.

Salió al exterior, iluminado por la luz violeta de la luna. Se encontraba en un pequeño lait, un amplio hueco en la piedra con drenaje lo bastante bueno para evitar inundaciones y un alto macizo de piedra para romper las altas tormentas. En este caso, la formación rocosa orientada al este tenía la forma de una ola enorme que procuraba refugio a una aldea.

Eso explicaba la fragilidad del granero. Las luces fluctuaban aquí y allá en el hueco, indicando un asentamiento de varias docenas de hogares. Se hallaba en el extrarradio. A su derecha había un pocilga, casas lejanas a la izquierda, y delante, contra la colina de roca, había una granja de tamaño mediano. La casita estaba construida con estilo arcaico, con ladrillos de crem por paredes.

Su decisión fue fácil. La criatura se había movido con rapidez,

como un depredador. Dalinar no sería más rápido que ella, así que corrió hacia la granja. Detrás se oyó el sonido de la bestia atravesando el granero. Dalinar llegó a la casa, pero la puerta delantera estaba cerrada. Maldijo en voz alta y llamó con fuerza.

Las garras arañaban la piedra detrás mientras la bestia cargaba hacia ellos. Dalinar lanzó el hombro contra la puerta justo cuando esta se abría.

Cayó trastabillando y soltó a la niña mientras buscaba recuperar el equilibrio. Dentro había una mujer de mediana edad: la luz violeta reveló que tenía el pelo rizado y una expresión aterrorizada en los ojos. Cerró la puerta tras él y luego colocó una barra.

—Alabados sean los Heraldos —exclamó, recogiendo a la niña—. La encontraste, Heb. Bendito seas.

Dalinar se acercó a la ventana sin cristales y se asomó. El postigo parecía roto, haciendo imposible cerrarla del todo.

No pudo ver a la criatura. Miró por encima del hombro. El suelo del edificio era de simple piedra y solo había una planta. Una chimenea de ladrillo apagada en un rincón, con una burda marmita de hierro colgando. Todo parecía muy primitivo. ¿En qué año estaba?

«Es solo una visión —se dijo—. Un sueño despierto.»

¿Pero entonces por qué parecía tan real?

Miró de nuevo por la ventana. Fuera todo estaba en silencio. Una hilera doble de rocapullos crecía en el lado derecho del patio, probablemente curnips o algún otro tipo de vegetal. La luz de la luna se reflejaba en el suelo liso. ¿Dónde estaba la criatura? ¿Se había…?

Algo negro y de piel lustrosa saltó desde abajo y chocó contra la ventana. Rompió el marco y Dalinar maldijo, cayendo hacia atrás mientras la criatura aterrizaba encima de él. Algo afilado le lastimó la cara, abriéndole un tajo en la mejilla y manchándolo de sangre.

La niña volvió a chillar.

—¡Luz! —gritó Dalinar—. ¡Dadme luz!

Descargó un puñetazo a un lado de la blanda cabeza de la bestia, usando el otro brazo para rechazar una garra. La mejilla le ardía de dolor, y algo le arañó el costado, rasgando su túnica y cortando su piel.

Con un empujón, se la quitó de encima. La bestia chocó contra la pared, y él se puso en pie, jadeando. Mientras la criatura se erguía en la habitación oscura, Dalinar se volvió, los viejos instintos ocupando su sitio, el dolor evaporándose mientras la Emoción de la batalla se apoderaba de él. ¡Necesitaba un arma! Un banco o la pata de una mesa. La habitación era tan…

La luz fluctuó cuando la mujer descubrió una lámpara de barro. Era primitiva y usaba aceite, no luz tormentosa, pero fue más que suficiente para iluminar su rostro aterrorizado y a la niña aferrada a su túnica. La habitación tenía una mesa baja y un par de taburetes, pero los ojos de Dalinar se dirigieron a la pequeña chimenea.

Allí, brillando como una de las hojas de honor de las antiguas leyendas, había un sencillo atizador de hierro. Estaba apoyado contra la chimenea de piedra, la punta blanca de ceniza. Dalinar se abalanzó hacia delante, lo agarró con una mano, lo retorció para sentir su temple. Estaba entrenado en la pose de viento clásica, pero asumió mejor la pose de humo, ya que era mejor con un arma imperfecta. Un pie hacia delante, un pie detrás, la espada (o, en este caso, el atizador) extendida hacia delante con la punta hacia el corazón de su oponente.

Solo años de entrenamiento le permitieron mantener la pose mientras veía a qué se enfrentaba. La piel lisa y oscura como la medianoche de la criatura reflejaba la luz como un charco de alquitrán. No tenía ojos visibles y sus dientes negros como cuchillos asomaban en una cabeza situada sobre un cuello sinuoso y sin huesos. Las seis patas eran finas y se doblaban por los lados, como si fueran demasiado endebles para soportar el peso del cuerpo fluido y negro como la tinta.

«Esto no es una visión —pensó Dalinar—. Es una pesadilla.»

La criatura alzó la cabeza, chasqueando los dientes, y emitió un sonido sibilante. Saboreaba el aire.

—Dulce sabiduría de Battar —jadeó la mujer, abrazando a la niña. Sus manos temblaban mientras alzaba la lámpara, como para usarla como arma.

Un sonido de roce llegó desde fuera, y fue seguido por otro grupo de patas que asomaban por encima del alféizar de la ventana rota. Esta nueva bestia entró en la habitación, uniéndose a su

compañera, que se agazapaba ansiosa, olisqueando a Dalinar. Parecía temerosa, como si pudiera sentir que se enfrentaba a un oponente armado…, o al menos decidido.

Dalinar se maldijo a sí mismo por idiota, mientras se llevaba una mano al costado para contener la sangre. Sabía, lógicamente, que estaba en el barracón con Renarin. Todo esto sucedía en su mente: no había ninguna necesidad de luchar.

Pero todos los instintos, todos los fragmentos de honor que tenía, lo impulsaron a interponerse entre la mujer y las bestias. Visión, memoria o delirio, no podía permanecer al margen.

—Heb —dijo la mujer con voz nerviosa. ¿Como quién lo veía? ¿Como su marido? ¿Un jornalero?—. ¡No seas loco! No sabes cómo…

Las bestias atacaron. Dalinar saltó hacia delante (permanecer en movimiento era la esencia de la pose de humo) y se desplazó entre las criaturas, golpeando a un lado con el atizador. Alcanzó a la de la izquierda, abriéndole un tajo en su piel demasiado lisa. La herida sangró humo.

Moviéndose tras las criaturas, Dalinar volvió a golpear, dirigiéndose hacia las patas de la bestia ilesa y haciendo que perdiera el equilibrio. En el contragolpe, golpeó con el lado del atizador la cara de la bestia herida cuando esta se volvía y lo atacaba.

La vieja Emoción, la sensación de la batalla, lo consumía. No lo enfurecía, como hacía con algunos hombres, sino que todo se volvía más claro, más nítido. Sus músculos se movían con facilidad, respiraba más profundamente. Cobraba vida.

Saltó hacia atrás mientras las criaturas avanzaban. Con una patada, derribó la mesa, lanzándola a una de las bestias. Lanzó el atizador contra las fauces abiertas de la otra. Como esperaba, el interior de la boca era sensible. La criatura dejó escapar un siseo dolorido y retrocedió.

Dalinar se dirigió a la mesa volcada y le arrancó una de las patas. La recogió, asumiendo la pose de humo de la espada y el puñal. Usó la pata de madera para mantener a la criatura a raya mientras golpeaba tres veces la cara de la otra, abriendo un surco en su mejilla del cual sangró un humo que brotó como un siseo.

Hubo gritos lejanos fuera. «Sangre de mis padres —pensó—. No son las dos únicas.» Tenía que terminar, y rápido. Si la lucha se alargaba, las bestias lo agotarían más rápido de lo que las agotaría él. ¿Quién sabía siquiera si estas bestias se cansaban?

Con un grito, saltó hacia delante. El sudor corría por su frente, y la habitación pareció hacerse ahora levemente más oscura. O, no, más enfocada. Solo él y las bestias. El único viento era el de sus armas, el único sonido el de sus pies golpeando el suelo, la única vibración la de su corazón latiendo.

Su súbito remolino de golpes aturdió a las criaturas. Golpeó a una con la pata de la mesa, obligándola a retroceder, y luego se abalanzó contra la otra, ganándose un arañazo en el brazo cuando clavó el atizador en el pecho de la bestia. La piel resistió al principio, pero luego se rompió, y después de eso el atizador la atravesó fácilmente.

Un poderoso chorro de humo brotó en torno a la mano de Dalinar. Liberó el brazo, y la criatura se desplomó, las patas cada vez más finas, el cuerpo deshinchándose como si fuera un odre agujereado.

Sabía que se había expuesto al atacar. No pudo hacer otra cosa sino alzar los brazos cuando la otra bestia saltó hacia él, arañándole la frente y el brazo y mordiéndole el hombro. Dalinar gritó y golpeó una y otra vez la cabeza de la bestia con la pata de la mesa. Trató de empujar hacia atrás a la criatura, pero era terriblemente fuerte.

Así que Dalinar se dejó caer al suelo y lanzó una patada hacia arriba que volteó a la bestia por encima de su cabeza. Los colmillos se soltaron del hombro de Dalinar con un borbotón de sangre. La bestia golpeó el suelo en un revuelo de patas negras.

Aturdido, Dalinar se puso en pie y adoptó su pose. «Mantén siempre la pose.» La criatura se incorporó casi al mismo tiempo, y Dalinar ignoró el dolor, ignoró la sangre, dejando que la Emoción lo concentrara. Extendió el atizador. La pata de la mesa se le había caído de los dedos cubiertos de sangre.

La bestia se agazapó y luego cargó. Dalinar dejó que la naturaleza fluida de la pose de humo lo dirigiera, se hizo a un lado y golpeó con el atizador las patas de la criatura. La bestia tropezó mientras Dalinar se daba la vuelta, empuñando el atizador con

ambas manos y clavándola directamente en su lomo.

El poderoso golpe rompió la piel, atravesó el cuerpo de la criatura, y el atizador chocó contra el suelo de piedra. La criatura se estremeció, las patas se agitaron descontroladas, mientras de los agujeros de su espalda y su vientre empezaba a salir humo. Dalinar se apartó, se limpió la sangre de la frente y soltó el arma, que todavía empalaba a la bestia, y resonó en el suelo.

—Por los Tres Dioses, Heb —susurró la mujer.

Él se volvió y la vio completamente anonadada mientras contemplaba los cadáveres de las bestias desinflándose.

—Tendría que haber ayudado —murmuró—, tendría que haber cogido algo para golpearlas. Pero fuiste tan rápido… Fueron…, fueron solo unos segundos ¿Dónde…? ¿Cómo…? —lo miró—. Nunca he visto nada igual, Heb. Luchaste como… como uno de los mismísimos Radiantes. ¿Dónde aprendiste eso?

Dalinar no respondió. Se quitó la camisa, haciendo una mueca al notar que el dolor de sus heridas regresaba. Solo la mordedura del hombro era peligrosa: el brazo izquierdo empezaba a entumecerse. Rasgó la camisa por la mitad, ató una parte en el arañazo de su frente y luego apretó el resto contra el hombro. Se acercó y extrajo el atizador del cuerpo desinflado, que ahora parecía un saco de tinta negra. Se dirigió luego a la ventana. Las otras casas mostraban signos de estar siendo atacadas: había fuego y gritos lejanos sonando en el viento.

—Tenemos que llegar a un sitio seguro —dijo—. ¿Hay alguna bodega cerca?

—¿Qué?

—Una cueva en la roca, natural o hecha por el hombre.

—No hay cuevas —dijo la mujer, reuniéndose con él en la ventana—. ¿Cómo podrían los hombres hacer un agujero en la roca?

Con una espada esquirlada o una animista. O incluso con minería básica, aunque eso podría ser difícil, ya que el crem sellaría las cavernas y las lluvias de las altas tormentas suponían un potente riesgo de inundaciones. Dalinar se asomó de nuevo a la ventana. Sombras oscuras se movían a la luz de la luna: algunas venían en su dirección.

Se tambaleó, mareado. La pérdida de sangre. Apretando los dientes, se apoyó en el marco de la ventana. ¿Cuánto tiempo iba a durar esta visión?

—Necesitamos un río. Algo que borre la pista de nuestro olor. ¿Hay uno cerca?

La mujer asintió, la cara pálida cuando advirtió las formas oscuras en la noche.

—Coge a la niña, mujer.

—«¿La niña?» Es Seeli, nuestra hija. ¿Y desde cuándo me llamas mujer? ¿Tan difícil es decir Taffa? Por los vientos de la tormenta, Heb, ¿qué te ha pasado?

Él sacudió la cabeza, se dirigió a la puerta y la abrió, todavía con el atizador en la mano.

—Trae la lámpara. La luz no nos traicionará: no creo que puedan ver.

La mujer obedeció, corrió a recoger a Seeli, que parecía tener seis o siete años, y luego siguió a Dalinar al exterior, la frágil llama de la lámpara de barro temblando en la noche. Parecía una zapatilla.

—¿El río? —preguntó Dalinar.

—Sabes dónde…

—Me golpeé la cabeza, Taffa. Estoy mareado. Me cuesta pensar.

La mujer pareció preocuparse por eso, pero aceptó su respuesta. Señaló.

—Vamos —dijo él, internándose en la oscuridad—. ¿Son comunes los ataques de estas bestias?

—¡Durante la Desolación, tal vez, pero no ahora! Vientos de tormenta, Heb. Tenemos que llevarte a…

—No —dijo él—. Continuamos en marcha.

Siguieron por un camino que conducía a la parte trasera de la formación en forma de ola. Dalinar miraba de vez en cuando hacia la aldea. ¿Cuánta gente estaba muriendo allá abajo, asesinada por aquellas bestias de Condenación? ¿Dónde estaban los soldados del señor de las tierras?

Tal vez esta aldea era demasiado remota, demasiado alejada de la protección directa de un consistor. O quizá las cosas no funcionaban así en esta era, en este lugar. «Llevaré a la mujer y a la

niña al río, y luego regresaré para organizar una resistencia. Si queda alguien.»

La idea parecía risible. Tenía que usar el atizador para apoyarse al andar. ¿Cómo iba a organizar una resistencia?

Resbaló en una parte empinada del sendero, y Taffa soltó la lámpara y lo agarró por el brazo, preocupada. El terreno era áspero, con peñascos y rocapullos que extendían sus hojas y enredaderas a la noche fría y húmeda. Se agitaban al viento. Dalinar se irguió, luego le asintió a la mujer, indicándole que continuara.

Un leve roce sonó en la noche. Dalinar se volvió, tenso.

—¿Heb? —preguntó la mujer, asustada.

—Alza la luz.

Ella levantó la lámpara, iluminando la colina de un amarillo fluctuante. Una docena de manchas de medianoche, de pieles demasiado lisas, se arrastraban sobre peñascos y rocapullos. Incluso sus dientes y garras eran negros.

Seeli gimió, acercándose a su madre.

—Corred —dijo Dalinar en voz baja, alzando su atizador.

—Heb, están…

—¡Corred!

—¡Están también delante de nosotros!

Dalinar se volvió y vio los oscuros parches delante. Maldijo y miró alrededor.

—Allí —dijo, señalando una formación rocosa cercana. Era alta y plana. Empujó a Taffa hacia delante, y ella tiró de Seeli, sus vestidos azules de una sola pieza agitándose al viento.

Ellas corrieron con más rapidez de lo que él podía en su estado, y Taffa llegó primero a la pared de roca. Alzó la cabeza, como dispuesta a escalar hasta la cima. Estaba demasiado empinado para eso. Dalinar solo quería algo sólido que tener a la espalda. Se plantó en una sección plana y descubierta ante la formación rocosa y alzó su arma. Las negras bestias se arrastraban cuidadosamente sobre las piedras. ¿Podría distraerlas de algún modo y dejar que las dos huyeran? Se sentía mareado.

«Qué no daría por mi armadura esquirlada…»

Seeli gimió. Su madre trató de consolarla, pero la voz de la mujer no transmitía confianza. Lo sabía. Sabía que aquellos bultos

de oscuridad, como noche viviente, las harían pedazos. ¿Qué palabra había empleado? Desolación. El libro hablaba de ellas. Las Desolaciones habían sucedido durante los casi míticos días de sombras, antes de que empezara la verdadera historia. Antes de que la humanidad derrotara a los Vaciadores y llevara la guerra al cielo.

Los Vaciadores. ¿Era eso lo que eran estos seres? Mitos. Mitos que cobraban vida para matarlo.

Algunas de las criaturas se abalanzaron, y él sintió la Emoción brotar de nuevo en su interior, dándole fuerzas mientras se revolvía. Las bestias retrocedieron, cautelosas, buscando puntos débiles. Otras olisquearon el aire, caminando de un lado a otro. Querían alcanzar a la mujer y la niña.

Dalinar saltó hacia ellas, obligándolas a retroceder, sin saber muy bien de dónde sacaba fuerzas. Una se acercó y él la golpeó, adoptando la pose del viento, la más familiar. Los golpes certeros, la gracia.

Golpeó a la bestia, alcanzándola en el flanco, pero otras dos saltaron hacia él desde los costados. Las garras le arañaron la espalda, y el peso lo lanzó contra las piedras. Maldijo, golpeó a una criatura y la empujó hacia atrás. Otra le mordió la muñeca, haciendo que soltara el atizador con un destello de dolor. Gritó y descargó un puñetazo contra las fauces de la criatura, que se abrieron por reflejo, liberándole la mano.

Los monstruos avanzaron. De algún modo, Dalinar se puso en pie y se apoyó contra la pared de roca. La mujer le lanzó la lámpara a una criatura que se acercaba demasiado, extendiendo aceite por las piedras, que salieron ardiendo. El fuego no pareció molestar a las criaturas.

El movimiento dejó al descubierto a Seeli, ya que Taffa perdió el equilibrio al lanzar la lámpara. Un monstruo la derribó, y otros saltaron hacia la niña…, pero Dalinar saltó hacia ella, la rodeó con sus brazos, se agachó para cubrirla y le dio la espalda a las bestias. Una saltó sobre su espalda. Las garras le arañaron la piel.

Seeli gimió aterrorizada. Taffa gritó cuando los monstruos la asaltaron.

—¿Por qué me mostráis esto? —le gritó Dalinar a la noche—. ¿Por qué he de vivir esta visión? ¡Malditos seáis!

Las garras se hundieron en su espalda. Agarró a Seeli, arqueándose de dolor. Volvió la mirada arriba, hacia el cielo.

Y allí vio una brillante luz azul cayendo por el aire.

Era como una roca de estrella, cayendo a velocidad increíble. Dalinar gritó cuando la luz golpeó el suelo a poca distancia, quebrando la piedra, lanzando esquirlas por los aires. El suelo se estremeció. Las bestias se detuvieron.

Dalinar se volvió aturdido hacia un lado, y luego vio con sorpresa que la luz se levantaba y desplegaba sus miembros. No era una estrella. Era un hombre, un hombre con una brillante armadura esquirlada azul, con una hoja esquirlada, y fragmentos de luz tormentosa brotando de su cuerpo.

Las criaturas sisearon furiosamente y se abalanzaron de pronto hacia la figura, ignorando a Dalinar y a la madre y la niña. El portador de la esquirlada alzó la hoja y golpeó con pericia, deteniendo los ataques.

Dalinar no daba crédito a sus ojos. No se parecía a ningún portador de esquirlada que hubiera visto. La armadura brillaba con una luz azul regular, y en el metal había grabados glifos, algunos familiares, otros no. Desprendían vapor azul.

Moviéndose con fluidez, con la armadura tintineando, el hombre golpeó a las bestias. Partió sin esfuerzo a un monstruo en dos, lanzando a la noche pedazos que escupían humo negro.

Dalinar se acercó a Taffa. Estaba viva, aunque tenía el costado lastimado y en carne viva. Seeli tiraba de ella, llorando. «Tengo que…, hacer algo…», pensó Dalinar, aturdido.

—Quedad en paz —dijo una voz.

Dalinar dio un respingo y se volvió para ver a una mujer con una delicada armadura esquirlada arrodillarse junto a él. Llevaba algo brillante. Era un topacio entrelazado con berilo, ambos dentro de un bello marco de metal, cada piedra tan grande como la mano de un hombre. La mujer tenía ojos pardos claros que casi parecían brillar en la noche, y no llevaba ningún yelmo. Tenía el pelo recogido en un moño. Alzó una mano y le tocó la frente.

El hielo se extendió por todo su cuerpo. De pronto, el dolor desapareció.

La mujer tocó también a Taffa. La carne de su brazo volvió a

crecer en un abrir y cerrar de ojos, el músculo rasgado se quedó como estaba, pero otra carne creció donde habían arrancado los trozos. La piel lo cubrió todo por igual, y la portadora de esquirlada limpió la sangre y la carne lacerada con un paño blanco. Taffa alzó la mirada, asombrada.

—Vinisteis —susurró—. Bendito sea el Todopoderoso.

La portadora se levantó; su armadura brillaba con luz ámbar. Sonrió y se volvió hacia el lado. Una espada esquirlada se formó de la bruma en su mano mientras corría a ayudar a su compañero.

«Una mujer portadora», pensó Dalinar. Nunca había visto algo igual.

Se levantó, vacilante. Se sentía fuerte y sano, como si acabara de despertar tras una buena noche de sueño. Se miró el brazo y retiró el vendaje improvisado. Tuvo que secar la sangre y algo de piel rasgada, pero debajo la piel había sanado por completo. Inspiró profundamente unas cuantas veces. Entonces se encogió de hombros, recogió su atizador y se unió a la pelea.

—¿Heb? —llamó Taffa desde atrás—. ¿Te has vuelto loco?

No respondió. No podía quedarse cruzado de brazos mientras dos desconocidos luchaban para protegerlo. Había docenas de criaturas negras. Una de ellas lanzó una garra contra el portador de azul, y la garra marcó la armadura, hundiéndola y arañándola. El peligro que corrían estos portadores era real.

La portadora se volvió hacia Dalinar. Ahora llevaba el yelmo. ¿Dónde se lo había puesto? Pareció sorprendida al ver que Dalinar se abalanzaba contra una de las bestias negras y la golpeaba con su atizador. Luego, Dalinar asumió su pose de humo y se protegió del contraataque. La portadora se volvió hacia su compañero, y luego los dos asumieron sus poses formando un triángulo con Dalinar.

Con los dos portadores a su lado, la lucha fue notablemente mejor que en la casa. Solo consiguió eliminar a una bestia, pues eran rápidas y fuertes, y él luchaba a la defensiva, tratando de distraer y evitar la presión sobre los portadores. Las criaturas no se retiraron. Continuaron su ataque hasta que la portadora cortó en dos a la última.

Dalinar se detuvo, jadeando, y bajó el atizador. Otras luces habían caído, y seguían cayendo del cielo en dirección a la aldea.

Presumiblemente, algunos de estos extraños portadores habían aterrizado allí también.

—Bien —dijo una fuerte voz—. He de decir que nunca antes había tenido el placer de combatir junto a un camarada con medios tan… poco convencionales.

Dalinar dio media vuelta y vio al portador mirándolo. ¿Dónde había ido a parar el yelmo del hombre? El portador estaba de pie, con la hoja descansando en su hombro acorazado, e inspeccionaba a Dalinar con ojos de un azul tan brillante que eran casi blancos. ¿Brillaban aquellos ojos filtrando luz tormentosa? Su piel era marrón oscura, como la de un makabaki, y tenía el pelo negro, rizado y corto. Su armadura ya no brillaba, aunque un gran símbolo, estampado en su peto, todavía desprendía una leve luz azul.

Dalinar reconoció el símbolo, la pauta particular del estilizado ojo doble, ocho esferas conectadas con dos en el centro. Era el símbolo de los Radiantes Perdidos, cuando todavía se llamaban los Caballeros Radiantes.

La portadora contemplaba la aldea.

—¿Quién te entrenó con la espada? —le preguntó el caballero a Dalinar, quien lo miró a los ojos y no supo cómo responder.

—Este es mi marido, Heb, buen caballero —dijo Taffa, avanzando con su hija de la mano—. Nunca ha visto una espada, por lo que yo sé.

—Tus poses me son desconocidas —dijo el caballero—. Pero eran expertas y precisas. El nivel de habilidad solo lo dan los años de entrenamiento. Rara vez he visto a un hombre, caballero o soldado, luchar tan bien como tú lo has hecho.

Dalinar permaneció en silencio.

—Ya veo que no hay palabras para mí —dijo el caballero—. Muy bien. Pero si deseas dar uso a ese misterioso entrenamiento tuyo, ven a Uriziru.

—¿Uriziru? —preguntó Dalinar. Había oído ese nombre en alguna parte.

—Sí. No puedo prometerte un puesto en alguna de las órdenes (esa decisión no es mía), pero si tu habilidad con la espada es similar a tu habilidad con los instrumentos para cuidar las

chimeneas, entonces confío en que encuentres tu sitio con nosotros. —Se volvió hacia el este, hacia la aldea—. Extiende la noticia. Signos como este no carecen de importancia. Se avecina una Desolación. —Se volvió hacia su acompañante—. Iré yo. Protege a estos tres y llévalos a la aldea. No podemos dejarlos solos con los peligros de esta noche.

Su acompañante asintió. La armadura del caballero azul empezó a brillar levemente y entonces él se lanzó al aire, como si cayera hacia arriba. Dalinar retrocedió, asombrado, y vio la figura azul brillante elevarse y luego trazar un arco para bajar hacia la aldea.

—Venid —dijo la mujer, alzando la voz por dentro del yelmo. Empezó a bajar por la pendiente.

—Espera —dijo Dalinar, corriendo tras ella. Taffa recogió a su hija y los siguió. Tras ellos, el aceite se consumía.

La mujer caballero detuvo el paso para permitir que Dalinar y Taffa la alcanzaran.

—Tengo que saberlo —dijo Dalinar, sintiéndose como un idiota —. ¿Qué año es este?

La mujer caballero se volvió hacia él. Su yelmo había desaparecido. Dalinar parpadeó; ¿cuándo había sucedido eso? Al contrario que su compañero, ella tenía la piel clara, no pálida como los habitantes de Shinovar, sino de un bronceado claro, como los alezi.

—Es la Octava Época, tres treinta y siete.

«¿Octava Época? —pensó Dalinar—. ¿Qué significa eso?» Esta visión había sido diferente de las otras. Para empezar, las anteriores fueron más breves. Y la voz que le hablaba. ¿Dónde estaba?

—¿Dónde estoy? —le preguntó a la mujer caballero—. ¿En qué reino?

La caballero frunció el ceño.

—¿No estás curado?

—Estoy bien. Es que…, es que necesito saberlo. ¿En qué reino estoy?

—Esto es Natanatan.

Dalinar resopló. Natanatan. Las Llanuras Quebradas se encontraban en la tierra que fue en tiempos Natanatan. El reino había caído hacía siglos.

—¿Y lucháis por el rey de Natanatan? —preguntó.

Ella se echó a reír.

—Los Caballeros Radiantes luchan por ningún rey y por todos ellos.

—¿Entonces dónde vivís?

—Uriziru es donde se centran nuestras órdenes, pero vivimos en ciudades de toda Alezela.

Dalinar se detuvo sobre sus pasos. Alezela. Era el nombre histórico del lugar que se había convertido en Alezkar.

—¿Cruzáis las fronteras entre los reinos para luchar?

—Heb —dijo Taffa. Parecía muy preocupada—. Fuiste tú quien me prometió que los Radiantes vendrían a protegernos, justo antes de ir a buscar a Seeli. ¿Está tu mente confusa todavía? Dama caballero, ¿puedes curarlo de nuevo?

—Debería conservar el Recrecimiento para los otros que pueda haber heridos —respondió la mujer, mirando hacia la aldea. La lucha parecía remitir.

—Estoy bien —dijo Dalinar—. Alezk…, Alezela. ¿Vivís allí?

—Es nuestro deber y nuestro privilegio estar vigilantes ante la Desolación —respondió la mujer—. Un reino estudia las artes de la guerra para que los otros puedan tener paz. Morimos para que podáis vivir. Siempre ha sido nuestro sitio.

Dalinar se quedó quieto, reflexionando sobre esas palabras.

—Todos los que puedan luchar son necesarios —dijo la mujer—. Y todos los que tienen el deseo de luchar deberían venir a Alezela. Combatir, incluso este combate contra las Diez Muertes, cambia a las personas. Podemos enseñarte para que no te destruya. Ven con nosotros.

Dalinar asintió sin darse cuenta.

—Todo pasto necesita tres cosas —dijo la mujer, y su voz cambió, como si estuviera citando de memoria—. Rebaños que crezcan, pastores que atiendan y vigilantes en el perímetro. Los de Alezela somos esos vigilantes, los guerreros que protegen y luchan. Mantenemos las terribles artes de la lucha, y luego las transmitimos a otros cuando llega la Desolación.

—La Desolación —dijo él—. Eso significa los Vaciadores, ¿verdad? ¿Son lo que hemos combatido esta noche?

La mujer caballero hizo una mueca de desdén.

—¿Vaciadores? ¿Estos? No, esto era la Esencia de Medianoche, aunque quién la liberó sigue siendo un misterio —miró hacia un lado, la expresión distante—. Harkaylain dice que la Desolación está cerca, y no suele equivocarse. El…

Un súbito grito sonó en la noche. La mujer caballero soltó una imprecación y se volvió en aquella dirección.

—Esperad aquí. Llamad si regresa la Esencia. Lo escucharé.

Echó a correr en la oscuridad.

Dalinar alzó una mano, dividido entre seguirla y quedarse a cuidar a Taffa y su hija.

«¡Padre Tormenta!» —pensó, advirtiendo que se habían quedado solos en la oscuridad, ahora que la brillante armadura se había ido.

Se volvió hacia Taffa. Ella estaba en el camino junto a él, los ojos extrañamente distraídos.

—¿Taffa?

—Echo de menos estos tiempos —dijo Taffa.

Dalinar dio un respingo. Esa voz no era la suya. Era una voz de hombre, grave y potente. Era la voz que le hablaba durante todas las visiones.

—¿Quién eres? —preguntó Dalinar.

—Fueron uno, una vez —dijo Taffa, o lo que fuera—. Las órdenes. Hombres. No sin problemas o luchas, naturalmente. Pero concentrados.

Dalinar sintió un escalofrío. Algo en aquella voz siempre le había parecido levemente familiar. Incluso en la primera visión.

—Por favor. Tienes que decirme qué es esto, por qué me muestras estas cosas. ¿Quién eres? ¿Algún servidor del Todopoderoso?

—Ojalá pudiera ayudarte —dijo Taffa, mirándolo pero ignorando sus preguntas—. Tienes que unirlos.

—¡Eso ya lo has dicho antes! Pero necesito ayuda. Las cosas que dijo la mujer caballero sobre Alezkar. ¿Son verdad? ¿Podemos ser realmente así de nuevo?

—Hablar de lo que podría ser está prohibido —dijo la voz—. Hablar de lo que fue depende de la perspectiva. Pero intentaré ayudar.

—¡Entonces dame algo más que respuestas vagas!

Taffa lo miró, sombría. De algún modo, a la luz de las estrellas solamente, él podía distinguir sus ojos marrones. Había algo profundo, algo desalentador oculto tras ellos.

—Al menos dime una cosa —insistió Dalinar, buscando una pregunta concreta—. He confiado en el alto príncipe Sadeas, pero mi hijo, Adolin, piensa que soy un necio al hacerlo. ¿Debo continuar confiando en Sadeas?

—Sí —dijo el ser—. Eso es importante. No dejes que la disputa te consuma. Sé fuerte. Actúa con honor, y el honor te ayudará.

«Por fin algo concreto.»

Oyó voces. El oscuro paisaje a su alrededor se tornó vago.

—¡No! —Extendió la mano hacia la mujer—. No me envíes de vuelta todavía. ¿Qué debo hacer con Elhokar, y la guerra?

—Te daré lo que pueda —la voz se volvía confusa—. Lamento no poder darte más.

—¿Qué clase de respuesta es esa? —gritó Dalinar. Se estremeció, debatiéndose. Unas manos lo sujetaron. ¿De dónde habían salido? Maldijo, apartándolas, retorciéndose, tratando de liberarse.

Entonces se quedó quieto. Se encontraba en el barracón de las Llanuras Quebradas, la suave lluvia tamborileaba sobre el tejado. El grueso de la tormenta había pasado. Un grupo de soldados lo sujetaba mientras Renarin lo miraba con preocupación.

Dalinar permaneció inmóvil, la boca abierta. Había estado gritando. Los soldados parecían incómodos, se miraban unos a otros sin encontrar su mirada. Si había sido como antes, habría actuado en su papel de la visión, hablando en galimatías, agitándose.

—Mi mente está despejada ya —dijo Dalinar—. No pasa nada. Podéis soltarme.

Renarin asintió, y los soldados obedecieron, vacilantes. Renarin tartamudeó alguna excusa, diciéndoles que su padre estaba simplemente ansioso por entrar en combate. No parecía muy convincente.

Dalinar se retiró al fondo del barracón y se sentó en el suelo entre dos petates recogidos, mientras inspiraba y espiraba y pensaba. Confiaba en las visiones, aunque la vida en el campamento había sido últimamente lo bastante difícil sin que la gente lo tomara

por loco.

«Actúa con honor, y el honor te ayudará.»

La visión le había dicho que confiara en Sadeas. Pero nunca podría explicarle eso a Adolin, quien no solo odiaba a Sadeas, sino que pensaba que las visiones eran delirios de la mente de Dalinar. Lo único que podía hacer era seguir como hasta ahora.

Y encontrar un modo de que los altos príncipes trabajaran juntos.



SIETE AÑOS ANTES

—Puedo salvarla —dijo Kal, quitándose la camisa.

La niña solo tenía cinco años. La caída había sido grave.

—Puedo salvarla —murmuraba. Una multitud se había congregado a su alrededor. Habían pasado dos meses desde la muerte del brillante señor Wistiow, pero aún no tenían un nuevo consistor. Apenas había visto a Laral en todo ese tiempo.

Kal solo tenía trece años, pero había recibido una buena formación. El primer peligro era la pérdida de sangre: la niña se había roto la pierna, una fractura compleja, y sangraba donde el hueso había roto la piel. Kal notó que sus manos temblaban mientras presionaba los dedos contra la herida. El hueso roto era resbaladizo, incluso el extremo irregular, mojado por la sangre. ¿Qué arterias había roto?

—¿Qué le estás haciendo a mi hija? —El fornido Harl se abrió paso entre los mirones—. ¡Tú, cremlino, resto de tormentas! ¡No toques a Miasal! No…

Harl se interrumpió cuando varios hombres lo contuvieron. Sabían que Kal, que pasaba por allí por casualmente, era la mejor oportunidad que tenía la niña. Ya habían enviado a Alim para que trajera al padre de Kal.

—Puedo salvarla —dijo el muchacho. La cara de la niña estaba pálida, y no se movía. Esa herida de la cabeza, tal vez…

«No puedo pensar en eso.» Una de las arterias inferiores estaba

cortada. Kal usó su camisa para atar un torniquete con el que detener la sangre, pero seguía resbalando. Apretando los dedos contra el corte, gritó:

—¡Fuego! ¡Necesito fuego! ¡De prisa! ¡Y que alguien me dé su camisa!

Varios hombres echaron a correr mientras Kal levantaba la pierna. Uno de los hombres le tendió rápidamente su camisa. Kal sabía dónde presionar para detener el flujo de la arteria; el torniquete resbaló, pero sus dedos, no. Mantuvo cerrada aquella arteria, presionando la camisa sobre el resto de la herida hasta que alguien volvió con una vela encendida.

Ya habían empezado a calentar un cuchillo. Bien. Kal cogió el cuchillo ardiente y lo aplicó a la herida, liberando el fuerte olor de la carne quemada. Un viento frío los barrió, llevándose el olor.

Las manos de Kal dejaron de temblar. Sabía lo que había que hacer. Se movió con una pericia que incluso le sorprendió a él mismo, cauterizando a la perfección, dejando que su entrenamiento tomara el control. Todavía necesitaba suturar la arteria (una cauterización no contendría una arteria tan grande), pero las dos cosas juntas deberían valer.

Cuando terminó, la hemorragia había cesado. Se echó atrás sonriendo. Y entonces advirtió que la herida que Miasal tenía en la cabeza no sangraba tampoco. Su pecho no se movía.

—¡No! —Harl cayó de rodillas—. ¡No! ¡Haz algo!

—Yo… —dijo Kal. Había detenido la hemorragia. Había…

La había perdido.

No supo qué decir, cómo responder. Una náusea profunda y terrible se apoderó de él. Harl lo empujó a un lado, gimiendo. Kal cayó hacia atrás. Empezó a temblar de nuevo cuando Harl abrazó el cadáver.

A su alrededor, la multitud guardó silencio.

Una hora más tarde, Kal estaba sentado en los escalones delante de la sala de operaciones, llorando. Su pesar era un dolor suave. Un temblor. Unas cuantas lágrimas insistentes que corrían por sus mejillas.

Estaba sentado con las manos abrazadas a las rodillas, tratando

de averiguar cómo detener aquel dolor. ¿Había algún ungüento? ¿Una venda para detener las lágrimas? Tendría que haber podido salvarla.

Unos pasos se acercaron, y una sombra se proyectó sobre él. Lirin se arrodilló a su lado.

—Inspeccioné tu trabajo, hijo. Lo hiciste bien. Estoy orgulloso.

—Fracasé —susurró Kal. Sus ropas estaban manchadas de rojo. Antes de lavarse la sangre de las manos, era escarlata. Pero empapada en su ropa, era de un marrón rojizo más oscuro.

—He conocido a hombres que practicaron durante horas y horas, y sin embargo no supieron reaccionar cuando se enfrentaron a una persona herida. Es más difícil cuando te toma por sorpresa. Tú no te quedaste inmóvil, acudiste a ella, le administraste ayuda. Y lo hiciste bien.

—No quiero ser cirujano. Soy terrible.

Lirin suspiró, rodeó los escalones y se sentó junto a su hijo.

—Kal, estas cosas pasan. Es una desgracia, pero no podrías haber hecho más. Ese cuerpecito perdió sangre demasiado rápidamente.

Kal no respondió.

—Tienes que aprender cuándo preocuparte, hijo —dijo Lirin suavemente—. Y cuándo dejarlo correr. Ya lo verás. Tuve problemas similares cuando era más joven. Desarrollarás callos.

«¿Y eso es bueno? —pensó Kal, mientras otra lágrima le corría por la mejilla—. Tienes que aprender cuándo preocuparte…, y cuándo dejarlo correr.»

En la distancia, Harl seguía llorando.



Solo hay que mirar las consecuencias de su breve visita a Sel para ver la prueba de lo que digo.

Kaladin no quería abrir los ojos. Si los abría, estaría despierto. Y si estuviera despierto, aquel dolor (la quemazón en el costado, el dolor de las piernas, el latido sordo en los brazos y los hombros) no sería solo una pesadilla. Sería real. Y sería suyo. Contuvo un gemido y rodó de costado. Le dolía todo. Cada trozo de músculo, cada centímetro de piel. Le latía la cabeza. Parecía que todos sus huesos estaban lastimados. Quería quedarse allí quieto, dolorido, hasta que Gaz se viera obligado a venir y a arrastrarlo por los tobillos. Eso sería fácil. ¿No se merecía hacer lo que era fácil, por una vez?

Pero no podía. Dejar de moverse, rendirse, sería lo mismo que morir, y no podía permitir que eso sucediera. Ya había tomado su decisión. Ayudaría a los hombres del puente.

«Maldito seas —Hav, pensó—. Puedes expulsarme del camastro incluso ahora.» Kaladin apartó la manta y se obligó a levantarse. La puerta del barracón estaba entreabierta para dejar entrar el aire fresco.

Se sintió peor de pie, pero la vida en los puentes no esperaría su recuperación. O te levantabas o te aplastaban. Kaladin se apoyó en la roca animada de la pared del barracón, tan innaturalmente lisa. Luego inspiró profundamente y cruzó la habitación. Era extraño,

pero bastantes hombres estaban ya despiertos y se incorporaban. Miraron a Kaladin en silencio.

«Estaban esperando —comprendió—. Querían ver si me levantaría.»

Encontró a los tres heridos donde los había dejado en la parte delantera del barracón. Contuvo la respiración mientras comprobaba el estado de Leyten. Sorprendentemente, seguía todavía con vida. Su respiración era aún entrecortada, su pulso débil y sus heridas tenían mal aspecto, pero seguía vivo.

No permanecería así mucho tiempo sin antisépticos. Ninguna de las heridas parecía infectada de putrispren todavía, pero solo sería cuestión de tiempo en estos sucios parajes. Necesitaba alguno de los ungüentos del boticario. ¿Pero cómo conseguirlos?

Comprobó el estado de los otros dos. Hobber sonreía. Era delgado y de cara redonda, con una mella entre los dientes y el pelo negro y corto.

—Gracias —dijo—. Gracias por salvarme.

Kaladin gruñó mientras inspeccionaba la pierna del hombre.

—Te pondrás bien, pero no podrás caminar durante unas cuantas semanas. Te traeré alimentos del comedor.

—Gracias —susurró Hobber, cogiendo la mano de Kaladin y agarrándola. Parecía estar llorando.

Aquella sonrisa desterró la tristeza, hizo que los dolores y el malestar remitieran. El padre de Kaladin le había descrito ese tipo de sonrisa. Lirin no se había convertido en cirujano por aquellas sonrisas, pero había seguido siéndolo por ellas.

—Descansa y mantén limpia esa herida. No queremos atraer a ningún putrispren. Házmelo saber si ves alguno. Son pequeños y rojos, como insectos diminutos.

Hobber asintió ansioso y Kaladin pasó a Dabbid. El joven parecía igual que antes, mirando al frente con la mirada perdida.

—Estaba ya así cuando me quedé dormido, señor —dijo Hobber —. Es como si no se hubiera movido en toda la noche. Me da escalofríos.

Kaladin chasqueó los dedos delante de los ojos de Dabbid. El hombre se sobresaltó ante el sonido, se concentró en los dedos, los siguió mientras Kaladin movía la mano.

—Creo que ha recibido un golpe en la cabeza —dijo Hobber.

—No —repuso Kaladin—. Es la conmoción de la batalla. Se le pasará.

«Espero.»

—Si tú lo dices, señor —dijo Hobber, rascándose la cabeza.

Kaladin se levantó y abrió la puerta del todo, iluminando la habitación. Era un día claro, donde el sol apenas despuntaba sobre el horizonte. Ya se oían sonidos en el campamento, un herrero trabajando temprano, el martillo sobre el metal. Los chulls barritando en los establos. El aire era húmedo y frío, cargado con los vestigios de la noche. Olía a limpio y fresco. Tiempo de primavera.

«Ya que te has levantado, bien puedes seguir adelante» —se dijo Kaladin. Se obligó a salir y hacer sus ejercicios. Su cuerpo se quejaba ante cada movimiento. Entonces comprobó su propia herida. No era demasiado mala, aunque la infección podía empeorarla.

«¡Que los vientos de la tormenta se lleven a ese boticario!», pensó. Cogió un cazo lleno de agua del barril de los hombres del puente y la usó para lavarse la herida.

Lamentó de inmediato haber pensado así del viejo boticario. ¿Qué iba a hacer el hombre? ¿Darle el antiséptico gratis? Era al alto príncipe Sadeas a quien debería maldecir. Sadeas era responsable de la herida, y también era quien había prohibido a la dirección de los cirujanos dar suministros a los hombres de los puentes, los esclavos y los criados de los *nahn* inferiores.

Cuando terminó sus estiramientos, un puñado de hombres se habían acercado para beber. Estaban de pie alrededor del barril, observando a Kaladin.

Solo había una cosa que hacer. Apretando los dientes, Kaladin cruzó el aserradero y localizó el tablón que había cargado el día antes. Los carpinteros no lo habían añadido todavía al puente, así que lo cogió y regresó al barracón. Entonces empezó a practicar de la misma manera que lo había hecho el día antes.

No pudo ir tan rápido. De hecho, gran parte del tiempo solo pudo caminar. Pero, mientras trabajaba, sus dolores se mitigaron. El dolor de cabeza desapareció. Los pies y los hombros seguían

doliéndole, y sentía un profundo y latente cansancio. Pero no quedó en ridículo desplomándose.

Mientras practicaba, pasó ante los otros barracones. Los hombres que había ante ellos apenas se diferenciaban de los del Puente Cuatro. Los mismos chalecos de cuero manchados de sudor sobre pechos desnudos o camisas mal abrochadas. Había algún extranjero ocasional, thayleños o vedenios casi siempre. Pero estaban unidos en su aspecto desarrapado, sus caras sin afeitar y sus ojos acosados. Varios grupos miraron a Kaladin con abierta hostilidad. ¿Les preocupaba que esta práctica animara a sus propios jefes de puente a obligarlos a realizarla?

Había esperado que algunos miembros del Puente Cuatro se unieran a él en sus ejercicios. Después de todo, le habían obedecido durante la batalla, e incluso lo habían ayudado con los heridos. Su esperanza fue en vano. Mientras algunos hombres lo miraban, otros lo ignoraban. Ninguno tomó parte.

Al cabo de un rato, Syl se acercó revoloteando y se posó en el extremo del tablón, viajando como una reina en su palanquín.

—Están hablando de ti —dijo cuando pasaron de nuevo junto al Puente Cuatro.

—No me extraña —dijo Kaladin entre jadeos.

—Algunos piensan que te has vuelto loco. Como ese hombre que está ahí sentado mirando el suelo. Dicen que la tensión de la batalla te ha afectado la cabeza.

—Tal vez tengan razón. No lo había considerado.

—¿Qué es la locura? —preguntó ella, sentada con una pierna contra el pecho, la vaporosa falda revolviéndose alrededor de sus pantorrillas y convirtiéndose en bruma.

—Es cuando los hombres no piensan bien —dijo Kaladin, feliz de que la conversación lo distrajera.

—Los hombres nunca parecen pensar bien.

—La locura es peor de lo habitual —dijo Kaladin con una sonrisa—. En realidad depende de la gente que te rodea. ¿Cuánto te diferencias de ellos? La persona que destaca está loca, supongo.

—¿Entonces es solo…, algo que votáis? —preguntó ella, torciendo el rostro.

—Bueno, no de manera activa, Pero esa es la idea.

Ella permaneció pensativa durante un rato.

—Kaladin —dijo por fin—. ¿Por qué mienten los hombres? Puedo ver lo que son las mentiras, pero no sé por qué lo hacen.

—Por montones de razones —dijo Kaladin, secándose el sudor de la frente con la mano libre y luego usándola para sujetar el tablón.

—¿Es locura?

—No sé si yo lo llamaría así. Lo hace todo el mundo.

—Entonces tal vez todos estáis un poquito locos.

Él se echó a reír.

—Sí, tal vez.

—Pero si lo hace todo el mundo —dijo ella, apoyando la cabeza en la rodilla—, entonces el que no lo hace sería el que está loco, ¿no? ¿No es lo que dijiste antes?

—Bueno, supongo que sí. Pero no creo que haya una persona que no haya mentido jamás.

—Dalinar.

—¿Quién?

—El tío del rey. Todo el mundo dice que no miente jamás. Los hombres de tu puente incluso hablan de él a veces.

Era verdad. El Aguijón Negro. Kaladin había oído hablar de él, incluso en su juventud.

—Es un ojos claros. Eso significa que miente.

—Pero…

—Todos son iguales, Syl. Cuanto más nobles parecen, más corrompidos están por dentro. Todo es fingido.

Guardó silencio, sorprendido por la vehemencia de su amargura. «La tormenta te lleve, Amaram. Tú me hiciste esto.» Se había quemado demasiado para fiarse de la llama.

—No creo que los hombres fueran siempre así —dijo ella, ausente, con una expresión remota en el rostro—. Yo…

Kaladin esperó que continuara, pero ella no lo hizo. Pasó de nuevo ante el Puente Cuatro; muchos de los hombres descansaban, las espaldas apoyadas en la pared del barracón, esperando que la sombra de la tarde los cubriera. Rara vez esperaban dentro. Tal vez quedarse en el interior hacía que el día fuera demasiado sombrío, incluso para ellos.

—¿Syl? —instó finalmente—. ¿Ibas a decir algo?

—Parece que he oído hablar a los hombres de tiempos en que no había mentiras.

—Eso son historias —dijo Kaladin—, de los tiempos de las Épocas Heráldicas, cuando los hombres estaban obligados por el honor. Pero siempre encontrarás a gente que cuente historias de días supuestamente mejores. Observa. Un hombre se une a un nuevo equipo de soldados, y lo primero que hace es hablar de lo maravilloso que era su antiguo equipo. Recordamos los buenos tiempos y los malos tiempos, olvidando que la mayor parte de las veces ni son buenos ni son malos. Solo son. —Echó a correr. El sol se volvía más caluroso en el cielo, pero quería moverse—. Las historias —continuó entre jadeos— lo demuestran.

»¿Qué sucedió con los Heraldos? Nos abandonaron. ¿Qué sucedió con los Caballeros Radiantes? Cayeron y se mancillaron. ¿Qué pasó con los Reinos de la Época? Fueron destruidos cuando la iglesia trató de hacerse con el poder. No se le puede confiar el poder a nadie, Syl.

—¿Y qué haces entonces? ¿No tener líderes?

—No. Le das el poder a los ojos claros y dejas que los corrompa. Luego intentas mantenerte lo más alejado de ellos que sea posible.

Sus palabras le parecían huecas. ¿Hasta qué punto había sido capaz de mantenerse alejado de los ojos claros? Siempre parecía estar entre ellos, atrapado en el lodazal que creaban con sus planes, esquemas y codicia.

Syl guardó silencio y, después de la última carrera, Kaladin decidió dejar el ejercicio. No podía permitirse esforzarse de nuevo hasta el límite. Devolvió el tablón. Los carpinteros se rascaron la cabeza, pero no se quejaron. Kaladin regresó con sus hombres, advirtiendo que un grupito de ellos (incluyendo a Roca y Teft) charlaban y lo miraban.

—¿Sabes? —le dijo a Syl—. Hablar contigo probablemente no ayuda demasiado a mi reputación de estar loco.

—Haré lo que pueda para dejar de ser tan interesante —dijo Syl, posándose en su hombro. Se llevó las manos a las caderas, luego se sentó, sonriente, obviamente satisfecha con su comentario.

Antes de que Kaladin pudiera regresar al barracón, advirtió que

Gaz cruzaba el patio en su dirección.

—¡Tú! —dijo Gaz, señalándolo—. ¡Espera un momento!

Kaladin se detuvo y esperó con los brazos cruzados.

—Tengo noticias para ti —dijo Gaz, mirándolo intensamente con su ojo bueno—. El brillante señor Lamaril se enteró de lo que hiciste con los heridos.

—¿Cómo?

—¡Tormentas, muchacho! ¿Crees que la gente no habla? ¿Qué ibas a hacer? ¿Esconder a tres heridos en medio de todos nosotros?

Kaladin tomó aire, pero se contuvo. Gaz tenía razón.

—Muy bien. ¿Qué importa? No frenamos al ejército.

—No, pero a Lamaril no le hace mucha gracia la idea de pagar y alimentar a hombres que no puedan trabajar. Le planteó el tema al alto príncipe Sadeas con la intención de dejarte a la intemperie.

Kaladin sintió un escalofrío. Quedarse a la intemperie significaba permanecer colgado durante una alta tormenta para que lo juzgara el Padre Tormenta. Era esencialmente una sentencia de muerte.

—¿Y?

—El brillante señor Sadeas se negó a permitírselo.

«¿Qué?» ¿Había juzgado mal a Sadeas? Pero no. Esto era parte de la actuación.

—El brillante señor Sadeas le dijo a Lamaril que te dejara quedarte con los soldados —dijo Gaz sombríamente—, pero que les prohibiera tener comida o paga mientras no puedan trabajar. Dijo que eso demostraría por qué se ven obligados a dejar atrás a los hombres del puente.

—Ese cremlino —murmuró Kaladin.

Gaz palideció.

—Calla. ¡Estás hablando del alto príncipe en persona, muchacho!

Miró alrededor por si alguien lo había oído.

—Intenta dar un escarmiento con mis hombres. Quiere que los otros hombres de los puentes vean a los heridos sufrir y pasar hambre. Quiere que parezca que está haciendo un favor al dejar atrás a los heridos.

—Bueno, tal vez tenga razón.

—Es despiadado. Recupera a los soldados heridos, pero deja a los hombres de los puentes porque es más barato encontrar esclavos nuevos que cuidar a los heridos.

Gaz guardó silencio.

—Gracias por traerme la noticia.

—¿Noticia? —replicó Gaz—. Me enviaron a darte esta orden, alteza. No intentes conseguir comida extra para tus heridos: se te negará.

Con eso, se marchó, murmurando para sí.

Kaladin regresó al barracón. ¡Padre Tormenta! ¿Dónde iba a conseguir comida suficiente para alimentar a tres hombres? Podía dividir sus propias comidas entre ellos, pero aunque los hombres de los puentes eran alimentados, no se le daba comida en exceso. Incluso alimentar a uno de ellos sería difícil. Tratar de dividir las comidas entre cuatro dejaría a los heridos demasiado débiles para recuperarse y a Kaladin para cargar los puentes. ¡Y seguía necesitando antisépticos! Los putrispren y las enfermedades mataban a más hombres en la guerra que el enemigo.

—Gaz dice que hay que negar a nuestros heridos comida o paga hasta que estén bien —le comunicó al grupo de hombres congregados.

Algunos de ellos (Sigzil, Peet, Koolf) asintieron, como si esto fuera lo que esperaban.

—El alto príncipe Sadeas quiere dar un escarmiento con nosotros. Quiere demostrar que no merece la pena curar a los hombres de los puentes, y va a hacerlo dejando que Hobber, Leyten y Dabbid tengan muertes lentas y dolorosas. —Kaladin inspiró profundamente—. Quiero unir nuestros recursos para comprar medicinas y comida para los heridos. Podemos mantener a esos tres con vida si dividimos nuestras comidas entre ellos. Necesitaremos más o menos una docena de marcoclaros para comprar las medicinas y los suministros adecuados. ¿Quién tiene algo que pueda compartir?

Los hombres se le quedaron mirando, y entonces Moash se echó a reír. Los demás lo imitaron. Hicieron un gesto despectivo y se dieron media vuelta y se marcharon, dejando a Kaladin con la mano tendida.

—¡La próxima vez podríais ser vosotros! —exclamó—. ¿Qué haréis si sois los que necesitáis atención?

—Me moriré —dijo Moash, sin molestarse siquiera en mirar atrás—. En el campo de batalla, rápidamente, en vez de aquí a lo largo de una semana.

Kaladin bajó la mano. Suspiró, se dio la vuelta, y casi chocó con Roca. El alto y fornido comecuernos estaba allí de pie con los brazos cruzados, como una estatua de piel bronceada. Kaladin lo miró, esperanzado.

—No tengo ninguna esfera —dijo Roca con un gruñido—. Las he gastado ya.

Kaladin suspiró.

—No habría servido de nada de todas formas. Entre dos no podemos comprar medicinas. Solos, no.

—Te daré algo de comida —gruñó Roca. Kaladin lo miró sorprendido.

—Pero solo para el hombre de la herida en la pierna —dijo Roca, todavía cruzado de brazos.

—¿Hobber?

—Como se llame. Parece que podrá mejorar. El otro morirá. Es seguro. Y no me compadezco del hombre que está ahí sentado, sin hacer nada. Pero para el otro puedes coger mi comida. Un poco.

Kaladin sonrió, extendió una mano y agarró el brazo del hombretón.

—Gracias.

Roca se encogió de hombros.

—Ocupaste mi puesto. Sin eso, estaría muerto.

Kaladin sonrió ante esa lógica.

—Yo no estoy muerto, Roca. Estarías bien.

Roca negó con la cabeza.

—Estaría muerto. Hay algo raro en ti. Todos los hombres pueden verlo, aunque no quieran hablar de ello. Miré al puente dónde estabas. Las flechas golpeaban a tu alrededor: junto a tu cabeza, junto a tus manos. Pero no te alcanzaron.

—Suerte.

—Eso no existe. —Roca miró el hombro de Kaladin—. Además, hay una *mafah 'liki* que te sigue siempre.

El gran comecuernos inclinó reverente la cabeza ante Syl, y luego un extraño movimiento con la mano, tocándose los hombros y acto seguido la frente.

Kaladin se sobresaltó.

—¿Puedes verla?

Miró a Syl. Como vientospren, podía aparecerse a los que quería…, y eso generalmente se refería solo a Kaladin.

Syl parecía sorprendida. No, no se había aparecido a Roca específicamente.

—Soy *alaii'iku* —dijo Roca, encogiéndose de hombros.

—Que significa…

Roca hizo una mueca.

—Llaneros tarados. ¿Es que no sabéis nada de nada? De todas formas, tú eres un hombre especial. El Puente Cuatro perdió ayer ocho cargadores, contando los tres heridos.

—Lo sé —dijo Kaladin—. Rompí mi primera promesa. Dije que no iba a perder a ninguno.

Roca bufó.

—Somos hombres de los puentes. Morimos. Así funcionan las cosas. ¡Lo mismo puedes prometer que las lunas se alcancen unas a otras! —El hombretón señaló uno de los otros barracones—. De los puentes que intervinieron, la mayoría perdió muchos hombres. Cayeron cinco puentes. Perdieron más de veinte hombres cada uno y necesitaron soldados para traer los puentes de vuelta. El Puente Dos perdió once hombres, y ni siquiera fueron el blanco de las flechas.

Se volvió hacia Kaladin.

—El Puente Cuatro perdió ocho. Ocho hombres, durante una de las peores cargas de la temporada. Y quizá salves a dos de ellos. El Puente Cuatro perdió menos hombres que ningún otro puente que intentaran abatir los parshendi. El Puente Cuatro nunca pierde menos hombres que los demás. Todo el mundo lo sabe.

—Suerte…

Roca lo señaló con un dedo, interrumpiéndolo.

—Llanero tarado.

Era solo suerte. Pero bueno, Kaladin lo aceptaría como la pequeña bendición que era. No tenía sentido discutir cuando

alguien había decidido por fin empezar a escucharlo.

Pero un hombre no era suficiente. Aunque Roca y él se alimentaran a base de media ración, uno de los hombres enfermos moriría de hambre. Necesitaba esferas. Las necesitaba desesperadamente. Pero era un esclavo: para él era ilegal ganar dinero de cualquier manera. Si tan solo tuviera algo que pudiera vender. Pero no poseía nada. No…

Se le ocurrió una idea.

—Vamos —dijo, echando a andar. Roca lo siguió, curioso. Kaladin buscó por el aserradero hasta que encontró a Gaz hablando con un jefe de puente delante del barracón del Puente Tres. Como iba convirtiéndose en costumbre, Gaz palideció cuando vio acercarse a Kaladin, e hizo amago de escabullirse.

—¡Gaz, espera! —dijo Kaladin, alzando una mano—. Tengo una oferta para ti.

El sargento se detuvo. Junto a él, el jefe del Puente Tres miró a Kaladin con mala cara. La manera en que los otros hombres de los puentes lo habían estado tratando últimamente tuvo de pronto sentido. Les preocupaba ver que el Puente Cuatro salía en tan buena forma de una batalla. Se suponía que el Puente Cuatro tenía mala suerte. Todo el mundo necesitaba a alguien inferior en quien mirarse…, y las otras cuadrillas podían consolarse con el pequeño favor de no pertenecer al Puente Cuatro. Kaladin había trastornado esa idea.

El barbudo jefe de puente se retiró, dejando a Kaladin y a Roca a solas con Gaz.

—¿Qué me vas a ofrecer esta vez? —dijo Gaz—. ¿Más esferas opacas?

—No —contestó Kaladin, pensando rápidamente. Tendría que manejar esto con mucho cuidado—. Me he quedado sin esferas. Pero no podemos continuar así, tú evitándome y las otras cuadrillas odiándome.

—No veo qué podemos hacer al respecto.

—Voy a decirte una cosa —replicó Kaladin, como si de pronto se le hubiera ocurrido una idea—. ¿Hay alguien destacado para recoger piedras hoy?

—Sí —dijo Gaz, señalando por encima del hombro—. El Puente

Tres. Ahora mismo Bussik estaba intentando convencerme de que su cuadrilla está demasiado débil para ir. Que las tormentas me lleven, pero lo creo. Perdió dos tercios de sus hombres ayer, y será a mí a quien llamen la atención cuando no reúnan piedras suficientes para cumplir la cuota.

Kaladin asintió, comprensivo. Recoger piedras era uno de los trabajos menos deseables: implicaba salir del campamento y llenar carretas de rocas grandes. Las animistas alimentaban al ejército convirtiendo las rocas en grano, y les resultaba más fácil (por motivos que solo ellos conocían) si tenían piedras distintas y separadas. Así que los hombres recogían piedras. Era un trabajo sudoroso, agotador, embrutecedor. Perfecto para los hombres de los puentes.

—¿Por qué no envías a una cuadrilla diferente? —preguntó Kaladin.

—Bah —dijo Gaz—. Ya sabes los problemas que eso causa. Si me acusan de favoritismo, será el cuento de nunca acabar.

—Nadie se quejará si ordenas hacerlo al Puente Cuatro.

Gaz lo miró, entornando su ojo único.

—Creía que no te gustaba que te trataran de modo distinto.

—Yo me encargo —dijo Kaladin, sonriendo—. Solo por esta vez. Mira, Gaz, no quiero pasarme el resto de la vida peleando contigo.

Gaz vaciló.

—Tus hombres se enfadarán. No dejaré que piensen que ha sido cosa mía.

—Yo les diré que fue idea mía.

—Muy bien, pues. A la tercera campanada, en el punto de control oeste. El Puente Tres puede limpiar las ollas.

Se marchó rápidamente, como para huir antes de que Kaladin cambiara de opinión.

Roca se acercó a Kaladin mientras miraba a Gaz.

—El hombrecito tiene razón, ¿sabes? Los hombres te odiarán por esto. Esperaban un día tranquilo.

—Lo superarán.

—¿Pero por qué cambiar a un trabajo más duro? Es cierto: estás loco, ¿verdad?

—Tal vez. Pero esa locura nos hará salir del campamento.

—¿De qué sirve eso?

—Lo significa todo —dijo Kaladin, mirando hacia el barracón—. La vida y la muerte. Pero vamos a necesitar más ayuda.

—¿Otra cuadrilla?

—No, quiero decir que nosotros, tú y yo, necesitaremos ayuda. Un hombre más, como mínimo.

Escrutó el patio y reparó en alguien sentado a la sombra del barracón del Puente Cuatro. Teft. El maduro hombre del puente no estaba en el grupo de los que se habían reído de Kaladin antes, pero ayer lo había ayudado con rapidez al ir con Roca a traer a Leyten.

Kaladin tomó aire y cruzó el terreno, seguido por Roca. Syl dejó su hombro y revoloteó en el aire, danzando con una vaharada de viento. Teft alzó la cabeza cuando los vio acercarse. Había cogido el desayuno y estaba comiendo solo, un trozo de pan ácimo asomaba debajo de su cuenco.

Tenía la barba manchada de *curry*, y miró a Kaladin con ojos cautelosos antes de limpiarse la boca con la manga.

—Me gusta mi comida, hijo. Apenas me dan alimento para uno. Mucho menos para dos.

Kaladin se sentó en cuclillas ante él. Roca se apoyó en la pared y se cruzó de brazos a observar en silencio.

—Te necesito, Teft —dijo Kaladin.

—He dicho…

—No tu comida. A ti. Tu lealtad. Tu compromiso.

El hombre siguió comiendo. No tenía la marca de esclavo, como tampoco la tenía Roca. Kaladin no conocía sus historias. Lo único que sabía era que estos dos lo habían ayudado cuando los otros no lo habían hecho. No estaban completamente derrotados.

—Teft…

—He ofrecido mi lealtad antes —dijo el hombre—. Demasiadas veces. Siempre pasa lo mismo.

—¿Tu confianza es traicionada? —preguntó Kaladin en voz baja.

Teft bufó.

—Tormentas, no. Yo la traiciono. No puedes depender de mí, hijo. Mi sitio está aquí, en el puente.

—Dependí de ti ayer, y me impresionaste.

—Casualidad.

—Yo juzgaré eso. Teft, todos estamos acabados, de un modo u otro. De lo contrario, no seríamos hombres de los puentes. Yo he fracasado. Mi propio hermano murió por mi causa.

—¿Entonces por qué preocuparse?

—Es eso o rendirse y morir.

—¿Y si la muerte es mejor?

Todo se reducía a este problema. Por eso a los hombres de los puentes no les importaba ayudar a los heridos o no.

—La muerte no es mejor —dijo Kaladin, mirando a Teft a los ojos—. Oh, es fácil decir eso ahora. Pero cuando estás en el borde y miras ese oscuro pozo sin fondo, cambias de opinión. Tal como hizo Hobber. Tal como he hecho yo.

Vaciló al ver algo en los ojos del otro hombre.

—Creo que tú también lo has visto.

—Sí —dijo Teft en voz baja—. Sí, lo he visto.

—¿Entonces estás con nosotros en esto? —dijo Roca, agachándose.

«¿Nosotros?», pensó Kaladin, sonriendo levemente.

Teft los miró a los dos.

—¿Me quedaré con mi comida?

—Sí —dijo Kaladin.

Teft se encogió de hombros.

—Bueno, entonces supongo que de acuerdo. No puede ser peor que estar aquí sentado y reflexionar sobre la mortalidad.

Kaladin extendió una mano. Teft vaciló antes de aceptarla. Roca ofreció su mano.

—Roca.

Teft lo miró, y acabó de estrechar la mano de Kaladin y aceptó la de Roca.

—Yo soy Teft.

«Padre Tormenta —pensó Kaladin—. Me había olvidado de que la mayoría de ellos ni siquiera se molesta en aprender cómo se llaman los otros.»

—¿Qué clase de nombre es Roca? —preguntó Teft, retirando la mano.

—Un nombre estúpido —dijo Roca, sin inmutarse—. Pero al menos tiene significado. ¿El tuyo significa algo?

—Supongo que no —dijo Teft, frotándose la barba.

—Roca no es mi verdadero nombre —admitió el comecuernos—. Es el que pueden pronunciar los llaneros.

—¿Cuál es tu verdadero nombre, entonces? —preguntó Teft.

—No podrás decirlo.

Teft alzó una ceja.

—Numuhukumakiaki'aialunamor —dijo Roca.

Teft vaciló, pero luego sonrió.

—Bueno, supongo que en este caso Roca valdrá.

Roca se echó a reír y se sentó.

—Nuestro jefe de puente tiene un plan. Algo glorioso y arriesgado. Tiene algo que ver con pasar la tarde moviendo piedras bajo el calor.

Kaladin sonrió y se inclinó hacia delante.

—Necesitamos recoger cierto tipo de planta. Un junco que crece en pequeños grupos fuera del campamento…



Por si no has reparado en ese desastre, has de saber que Aona y Skai están muertos, y que lo que tenían ha sido Roto. Presumiblemente para impedir que nadie se alce para desafiar a Rayse.

Dos días después del incidente con la alta tormenta, Dalinar caminaba con sus hijos cruzando el terreno rocoso para dirigirse al llano donde el rey celebraba sus banquetes.

Los guardatormentas de Dalinar preveían otras pocas semanas de primavera, seguidas por un regreso al verano. Era de esperar que no se convirtieran en invierno.

—He consultado a otros tres talabarteros —dijo Adolin en voz baja—. Tienen opiniones diferentes. Parece que incluso antes de que la cincha fuera cortada, si es que fue cortada, estaba gastada, así que eso interfiere en el tema. La idea general es que cortaron la correa, pero no necesariamente con un cuchillo. Podría haber sido un desgaste natural.

Dalinar asintió.

—Es la única prueba que apunta a que pudo haber algo raro en la rotura de la cincha.

—Así que admitimos que es solo resultado de la fantasía del rey.

—Hablaré con Elhokar —decidió Dalinar—. Le haré saber que nos hemos topado con un muro y preguntaré si hay otros asuntos que quiere que investiguemos.

—Muy bien. —Adolin pareció titubear—. Padre. ¿Quieres hablar de lo que sucedió durante la tormenta?

—No fue nada que no haya sucedido antes.

—Pero…

—Disfruta de la velada, Adolin —dijo Dalinar firmemente—. Estoy bien. Tal vez sea bueno que los hombres vean lo que está pasando. Ocultarlo solo ha inspirado rumores, algunos de ellos incluso peores que la verdad.

Adolin suspiró, pero acabó por asentir.

Los banquetes del rey se celebraban siempre al aire libre, al pie de la colina donde Elhokar tenía su palacio. Si los guardatormentas advertían de que iba a haber una alta tormenta (o si el clima más mundano empeoraba), el banquete se cancelaba. Dalinar se alegraba de que fueran al aire libre. Incluso con sus adornos, los edificios forjados con animistas parecían cavernas.

Habían llenado de agua la cuenca, convirtiéndola en un lago artificial de poca profundidad. Plataformas circulares donde cenar se alzaban en el agua como pequeñas islas de piedra. El elaborado paisaje en miniatura había sido construido por los animistas forjadores del rey, quienes habían desviado el agua de un arroyo cercano. «Me recuerda a los *Relatos de Sela*. Y el *Lagopuro*», pensó Dalinar mientras cruzaba el primer puente. Había visitado aquella región occidental de Roshar durante su juventud.

Había cinco islas, y las barandillas de los puentes que las conectaban estaban hechas de unas filigranas tan finas que después de cada banquete había que retirarlas para que no las estropearan las altas tormentas. Esta noche había flores flotando en la lenta corriente. Periódicamente, un barco diminuto, de solo una cuarta de ancho, pasaba navegando, transportando una gema infusa.

Dalinar, Renarin y Adolin subieron a la primera plataforma.

—Una copa de azul —le dijo Dalinar a sus hijos—. Después de eso, ceñios al naranja.

Adolin suspiró con fuerza.

—¿No podríamos, por esta vez…?

—Mientras pertenezcas a mi casa, seguirás los Códigos. Mi voluntad es firme, Adolin.

—Bien —dijo Adolin—. Vamos, Renarin.

Los dos dejaron a Dalinar y se quedaron en la primera plataforma, donde estaban congregados los jóvenes ojos claros.

Dalinar pasó a la siguiente plataforma. La central era para los ojos claros menores. A su izquierda se encontraban las isletas para cenar, segregadas: la de los hombres a la derecha, la de las mujeres a la izquierda. Sin embargo, en las tres centrales los sexos se mezclaban.

A su alrededor, los invitados más afortunados aprovechaban la hospitalidad de su rey. La comida animada era inherentemente insípida, pero los lujosos banquetes del rey siempre servían especias y comidas exóticas provenientes de otros lugares. Dalinar podía oler el cerdo asado en el aire, e incluso pollos. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que comió una de las extrañas criaturas voladoras de Shin.

Un criado ojos oscuros pasó vestido con una brillante túnica roja y transportando una bandeja de anaranjadas patas de cangrejo. Dalinar continuó cruzando la isla, saludando a la gente. La mayoría bebía vino violeta, el más embriagador y sabroso de los colores. Casi nadie vestía ropas de combate. Unos pocos hombres llevaban ajustadas guerreras hasta la cintura, pero muchos habían abandonado toda pretensión y lo hacían con sedas sueltas y puños con encajes y zapatillas a juego. Los ricos tejidos brillaban a la luz de las lámparas.

Estas criaturas a la moda miraron a Dalinar, evaluándolo, sopesándolo. Dalinar podía recordar la época en que habría sido agasajado por amigos, conocidos (sí, e incluso aduladores) en un festín como este. Ahora nadie se le acercaba, aunque le dejaban paso. Elhokar podía pensar que su tío se volvía débil, pero su reputación aplastaba a los ojos claros menores.

Pronto se acercó al puente de la última isla, la isla del rey. Lámparas de gemas montadas en postes la rodeaban, brillando con luz tormentosa azul, y una hoguera dominaba el centro de la plataforma. Brasas rojo oscuro titilaban en sus entrañas, irradiando calor. Elhokar estaba sentado ante su mesa tras la hoguera, y varios altos príncipes comían con él. Las mesas situadas a lo largo de la plataforma estaban ocupadas por comensales de ambos sexos…, pero nunca ambos en la misma.

Sagaz estaba sentado en un taburete elevado en el extremo del puente que conducía a la isla. Iba vestido como debería hacerlo un ojos claros: riguroso uniforme negro, espada plateada al cinto. Dalinar sacudió la cabeza ante la ironía.

Sagaz hacía comentarios mordaces a todos los que llegaban a la isla.

—¡Brillante Marakal! Qué desastre de peinado, qué valiente por tu parte aparecer así ante el mundo. Brillante señor Marakal, ojalá nos hubieras avisado de que ibas a venir: me habría saltado la cena. Odio vomitar después de comer. ¡Brillante señor Cadilar! Me alego de verte. Tu cara me recuerda a alguien muy querido…

—¿De verdad? —picó Cadilar, vacilando.

—Sí, a mi caballo —replicó Sagaz, ignorándolo—. Ah, brillante señor Neteb, hoy hueles de forma peculiar…, ¿atacaste a un espinas-blancas mojado, o te estornudó encima? ¡Lady Alamil! No, por favor, no hables. Es mucho más fácil mantener mis ilusiones respecto a tu inteligencia de esa forma. Y Brillante Señor Dalinar —Sagaz saludó a Dalinar al pasar—. Ah, mi querido brillante señor Taselin. ¿Todavía implicado en tu experimento de demostrar un umbral máximo a la idiotez humana? ¡Bien por ti! Muy empírico por tu parte.

Dalinar vaciló ante el asiento de Sagaz mientras Taselin era despedido con un mohín.

—Sagaz, ¿es necesario que te prestes a esto?

—¿Prestar a qué, Dalinar? —dijo Sagaz, los ojos chispeando—. ¿Ojos, manos o esferas? Te prestaré uno de los primeros, pero si según dicen un hombre debe tener cuatro ojos, aunque me quede sin uno, tú no serías más sagaz. Te prestaré una de las segundas, pero temo que mis simples manos han estado excavando en el barro demasiado tiempo para que sean adecuadas para alguien como tú. Y si te doy una de mis esferas, ¿a qué me dedicaría la restante? Me gustan bastante mis dos esferas, ¿sabes? —vaciló—. Oh, bueno, no lo ves. ¿Te gustaría verlo?

Se levantó del taburete y echó mano a su cinturón.

—Sagaz —dijo Dalinar secamente.

Sagaz se echó a reír y lo agarró por el brazo.

—Lo siento. Toda esta gente saca de mí el humor más soez. Tal

vez sea el barro del que hablaba antes. Intento con todas mis fuerzas ponerme por encima de ellos en mi repulsa, pero me lo ponen difícil.

—Ten cuidado, Sagaz. Esta gente no te aguantará eternamente. No quisiera verte muerto apuñalado: veo un buen hombre dentro de ti.

—Sí —dijo Sagaz, observando la plataforma—. Estaba delicioso. Dalinar, me temo que no soy yo quien necesita esa advertencia. Habla de tus temores ante un espejo cuando llegues a casa esta noche. Hay rumores al respecto.

—¿Rumores?

—Sí. Son cosas terribles. Crecen en los hombres como si fueran verrugas.

—¿Tumores?

—Ambas cosas. Mira, se habla de ti.

—Siempre se ha hablado de mí.

—Esto es peor que otras veces —dijo Sagaz, mirándolo a los ojos —. ¿De verdad hablas de abandonar el Pacto de la Venganza?

Dalinar inspiró profundamente.

—Eso fue entre el rey y yo.

—Bueno, debe de habérselo comentado a los otros. Son unos cobardes…, y sin duda eso los hace sentirse expertos en el tema, pues desde luego te han llamado así mucho últimamente.

—¡Padre Tormenta!

—No, yo soy Sagaz. Pero comprendo lo fácil que es cometer ese error.

—¿Porque resoplas mucho aire, o porque haces mucho ruido? —gruñó Dalinar.

Una amplia sonrisa asomó en el rostro de Sagaz.

—¡Vaya, Dalinar! ¡Estoy impresionado! ¡Tal vez debería nombrarte sagaz! Y entonces yo podría ser alto príncipe —vaciló—. No, eso estaría mal. Me volvería loco a los pocos segundos de escucharlos, y luego probablemente haría una escabechina con todos ellos. Y nombraría a cremlinos en su lugar. Sin duda, al reino le iría mucho mejor.

Dalinar se volvió para marcharse.

—Gracias por la advertencia.

Sagaz volvió a sentarse en su taburete.

—No hay de qué. ¡Ah, brillante señor Habatab! ¡Qué inteligente por tu parte llevar una camisa roja con un tono tan fuerte! ¡Si continúas facilitándome el trabajo, me temo que mi mente se volverá tan aburrida como la del brillante señor Tumul! ¡Oh, brillante señor Tumul! ¡Qué sorpresa verte aquí! No pretendía insultar tu estupidez. De verdad, es espectacular y digna de mucha alabanza.

»Lord Yonatan y Lady Meirav, me abstendré de insultaros por una vez debido a vuestra reciente boda, aunque tu sombrero me parece impresionante, Yonatan. Supongo que es conveniente llevar sobre la cabeza algo que se dobla como un tienda por las noches. ¿Ah, esa que está ahí detrás es Lady Navani? ¿Cuánto tiempo hace que has vuelto a las Llanuras y cómo no advertí el olor?

Dalinar se detuvo. «¿Qué?»

—Obviamente tu hedor fue más fuerte que el mío, Sagaz —dijo una cálida voz femenina—. ¿No ha hecho nadie un favor a mi hijo y no te han asesinado todavía?

—No, nada de asesinos aún —dijo Sagaz, divertido—. Supongo que se han dado cuenta de que iban a ir de culo.

Dalinar se volvió, sorprendido. Navani, la madre del rey, era una majestuosa mujer de cabellos negros intrincadamente tejidos. Y se suponía que no debía estar ahí.

—Oh, vamos, Sagaz —dijo ella—. Creía que ese tipo de humor tuyo era superior.

—También lo eres tú, técnicamente —respondió Sagaz, sonriendo desde lo alto de su taburete.

Ella miró al cielo.

—Por desgracia, brillante, he tenido que enmarcar mis comentarios en términos que esta gente pueda entender —dijo Sagaz con un suspiro—. Si te interesa, intentaré llevar mi dicción a términos más elevados. —Hizo una pausa—. Por cierto, ¿conoces alguna palabra que rime con «diarrea»?

Navani tan solo volvió la cabeza y miró a Dalinar con sus ojos de color violeta claro. Llevaba un vestido elegante, su refulgente superficie roja sin bordados. Las gemas de su pelo, que tenía algunas vetas de gris, eran también rojas. La madre del rey era

considerada una de las mujeres más hermosas de Alezkar, aunque a Dalinar siempre le había parecido que la descripción era insuficiente, pues sin duda no había una mujer en todo Roshar que igualara su belleza.

«Idiota —pensó, apartando los ojos de ella—. Es la viuda de tu hermano.» Con Gavilar muerto, Navani debía ser tratada ahora como hermana suya. Además, ¿qué pasaba con su propia esposa? Muerta desde hacía diez años, borrada de su mente por su estupidez. Aunque no pudiera recordarla, debía honrarla.

¿Por qué había regresado Navani? Mientras las mujeres la saludaban a voz en grito, Dalinar se dirigió rápidamente a la mesa del rey. Se sentó y un criado le trajo un plato al instante; conocían sus preferencias.

Era humeante pollo a la pimienta, cortado en medallones sobre redondas rodajas fritas de tenem, una suave verdura de color naranja. Dalinar cogió un plato de pan y desenvainó el cuchillo de su muslo derecho. Mientras estuviera comiendo, sería una ruptura de etiqueta que Navani se le acercara.

La comida era buena. Lo era siempre en estos banquetes de Elhokar: en eso, el hijo se parecía al padre. Elhokar lo saludó desde el extremo de la mesa y continuó su conversación con Sadeas. El alto príncipe Roion estaba sentado dos sillas más allá. Dalinar tenía una cita con él dentro de unos días, el primero de los altos príncipes a los que abordaría y trataría de convencer para que trabajaran juntos en un ataque a las mesetas.

Ningún otro alto príncipe vino a sentarse cerca de Dalinar. Solo ellos (y las personas con invitaciones específicas) podían sentarse a la mesa del rey. Un hombre afortunado por haber recibido una de aquellas invitaciones estaba sentado a la izquierda de Elhokar, claramente inseguro de si participar en la conversación o no.

El agua borboteaba en el arroyo detrás de Dalinar. Ante él, las celebraciones continuaban. Era un momento de relajación, pero los alezi eran un pueblo reservado, al menos cuando se les comparaba con gente más apasionada como los comecuernos o los reshi. De todas formas, el pueblo de Dalinar parecía haberse vuelto más opulento e indulgente consigo mismo desde los días de su infancia. El vino corría libremente y la comida chisporroteaba llena de

fragancia. En la primera isla, varios jóvenes habían pasado a un ruedo para celebrar un duelo amistoso. Los jóvenes en las fiestas a menudo encontraban motivos para quitarse las guerreras y alardear de su habilidad con la espada.

Las mujeres eran más comedidas en sus exhibiciones, pero también las hacían. En la isla donde se hallaba Dalinar, varias habían emplazado caballetes donde hacían bocetos, pintaban o hacían alardes de caligrafía. Como siempre, mantenían la mano izquierda cubierta por la manga, creando delicadamente arte con la derecha. Se sentaban en taburetes altos, como el que empleaba Sagaz. De hecho, Sagaz probablemente habría robado uno para su pequeña actuación. Unas cuantas atraían creaciospren, y sus formas diminutas rodaban sobre sus caballetes o sus mesas.

Navani había congregado a un puñado de importantes mujeres ojos claros en una mesa. Un criado les llevó comida. Parecía hecha también con el exótico pollo, pero lo habían mezclado con fruta methi y estaba cubierto de salsa marrón rojiza. De niño, Dalinar había probado en secreto la comida de las mujeres, por curiosidad. Le había parecido desagradablemente dulce.

Navani colocó algo sobre su mesa, un artilugio de metal pulido del tamaño de un puño, con un enorme rubí infuso en el centro. La luz tormentosa roja iluminó toda la mesa, proyectando sombras sobre el blanco mantel. Navani cogió el artilugio y lo volvió para mostrarle a sus acompañantes sus protuberancias perecidas a patas. Vuelto de esa forma, parecía vagamente un crustáceo.

«Nunca he visto un fabrial como ese antes.» Dalinar la miró a la cara, admirando los contornos de sus mejillas. Navani era una reconocida fabriastista. Tal vez este aparato fuera…

Navani lo miró, y Dalinar se quedó inmóvil. Ella le dirigió una brevísima sonrisa, secreta y cómplice, y luego se volvió antes de que él pudiera reaccionar. «¡Tormenta de mujer!», pensó él, volcando su atención en la comida.

Tenía hambre, así que se concentró tanto en comer que casi no se dio cuenta de que Adolin se acercaba. El rubio joven saludó a Elhokar y después corrió a ocupar uno de los sitios vacantes junto a Dalinar.

—Padre —dijo en voz baja—, ¿has oído lo que están diciendo?

—¿Sobre qué?

—¡Sobre ti! He librado ya tres duelos contra hombres que decían que tú y nuestra casa éramos unos cobardes. ¡Dicen que le pediste al rey que abandonara el Pacto de la Venganza!

Dalinar agarró la mesa y estuvo a punto de ponerse en pie. Pero se detuvo.

—Que hablen si quieren —dijo, volviendo a la comida. Atravesó con el cuchillo una porción de pollo sazonado y se lo llevó a la boca.

—¿Lo hiciste de verdad? —preguntó Adolin—. ¿De eso hablaste con el rey hace dos días?

—Así es —admitió Dalinar.

Eso provocó un gruñido en Adolin.

—Y yo que ya estaba preocupado cuando…

—Adolin —interrumpió Dalinar—. ¿Confías en mí?

Adolin lo miró con ojos muy abiertos y sinceros, pero doloridos.

—Quiero hacerlo, padre. De verdad que quiero.

—Lo que estoy haciendo es importante. Tiene que hacerse.

Adolin se inclinó hacia delante y habló en voz baja.

—¿Y si son delirios? ¿Y si solo te estás… haciendo viejo?

Era la primera vez que alguien le planteaba de manera tan directa la cuestión.

—Mentiría si dijera que no lo he considerado, pero no tiene sentido ponerme en duda a mí mismo. Creo que son reales. Siento que son reales.

—Pero…

—Este no es lugar para discutir, hijo. Podemos hablar más tarde, y escucharé, y consideraré tus objeciones. Lo prometo.

Adolin apretó los labios.

—Muy bien.

—Haces bien en preocuparte por nuestra reputación —dijo Dalinar, apoyando un codo en la mesa—. Había asumido que Elhokar tendría el tacto de mantener nuestra conversación privada, pero tendría que haberle pedido directamente que lo hiciera. Tenías razón respecto a su reacción, por cierto. Me di cuenta durante la conversación de que nunca se retiraría, así que pasé a otra táctica.

—¿A cuál?

—A ganar la guerra —dijo Dalinar con firmeza—. Se acabaron las refriegas por las gemas corazón. Se acabó el asedio paciente e infinito. Encontraremos un modo de atraer a gran número de parshendi a las Llanuras, y les tenderemos una emboscada. Si podemos matar a gran número de ellos, destruiremos su capacidad para hacer la guerra. Si no, encontraremos un modo de golpear en su centro y matar o capturar a sus líderes. Incluso un abismoide deja de luchar cuando se le decapita. El Pacto de la Venganza quedaría cumplido, y nosotros podríamos irnos a casa.

Adolin tardó un rato en reflexionar. Luego asintió bruscamente.

—De acuerdo.

—¿No hay objeciones? —preguntó Dalinar. Normalmente, su hijo mayor tenía bastantes.

—Acabas de pedirme que confíe en ti —dijo Adolin—. Además ¿golpear más fuerte a los parshendi? Esa es una táctica que puedo seguir. Pero necesitaremos un buen plan…, un modo de contrarrestar las objeciones que tú mismo planteaste hace seis años.

Dalinar asintió y dio un golpecito a la mesa con el dedo.

—Entonces, incluso yo nos consideraba reinos separados. Si hubiéramos atacado el centro individualmente, cada ejército por su cuenta, nos habrían rodeado y destruido. ¿Pero si los diez ejércitos fueran juntos? ¿Con nuestras animistas para proporcionar comida, con los soldados transportando refugios portátiles para enfrentarse a las altas tormentas? ¿Con más de ciento cincuenta mil soldados? Que los parshendi intentaran rodearnos entonces. Con las animistas, incluso podríamos crear madera para puentes si fuera necesario.

—Eso requeriría un montón de confianza —dijo Adolin, vacilante. Miró a Sadeas, al otro extremo de la mesa. Su expresión se ensombreció—. Nos tendríamos que ver allí, juntos y aislados, durante días. Si los altos príncipes iniciaran una disputa, podría ser desastroso.

—Tendremos que hacer que trabajen juntos primero —dijo Dalinar—. Estamos cerca, más cerca que nunca. Seis años, y ni un solo alto príncipe ha permitido que sus soldados se peleen con los de otro.

Excepto en Alezkar. Allí seguían librando batallas absurdas por derechos de tierras o antiguas ofensas. Era ridículo, pero impedir

que los alezi guerrearan era como intentar impedir que soplaran los vientos.

Adolin asintió.

—Es un buen plan, padre. Mucho mejor que hablar de retirada. Pero no es probable que las escaramuzas se acaben. Les gusta el juego.

—Lo sé. Pero si puedo conseguir que uno o dos de ellos empiecen a ceder soldados y recursos para atacar en las mesetas, podría ser un paso adelante para lo que necesitaremos en el futuro. Sigo prefiriendo un modo de atraer a gran número de parshendi a las Llanuras y enfrentarnos a ellos en una de las mesetas más grandes, pero aún no he podido decidir cómo hacerlo. Sea como sea, nuestros ejércitos separados tendrán que aprender a trabajar juntos de todas formas.

—¿Y qué hacemos con lo que dice la gente de ti?

—Lanzaré una refutación oficial —dijo Dalinar—. Tendré que tener cuidado para que no parezca que el rey se equivocó, pero explicaré al mismo tiempo la verdad.

Adolin suspiró.

—¿Una refutación oficial, padre?

—Sí.

—¿Por qué no librar un duelo? —preguntó Adolin ansioso, inclinándose hacia delante—. Una declaración rimbombante puede que explique tus ideas, pero no hará que la gente las sienta. ¡Escoge a alguien que te llame cobarde, desafíalo, y recuérdale a todo el mundo el error que es insultar al Aguijón Negro!

—No puedo —dijo Dalinar—. Los Códigos lo prohíben para alguien de mi rango.

Adolin probablemente tampoco debería batirse en duelo, pero a Dalinar no lo había forzado una prohibición total. Los duelos eran su vida. Bueno, eso y las mujeres a las que cortejaba.

—Entonces hazme responsable del honor de nuestra casa —repuso Adolin—. ¡Yo me enfrentaré a ellos! Me enfrentaré con la espada y la armadura y les demostraré lo que significa tu honor.

—Eso sería lo mismo que hacerlo yo, hijo.

Adolin sacudió la cabeza y miró a Dalinar. Parecía estar buscando algo.

—¿Qué pasa?

—Estoy intentando decidir qué te ha cambiado más, padre. Las visiones, los Códigos o ese libro. Si es que hay alguna diferencia entre ellos.

—Los Códigos son distintos —dijo Dalinar—. Son una tradición de la antigua Alezkar.

—No. Están relacionadas, padre. Las tres cosas. Están unidas a ti, de algún modo.

Dalinar reflexionó un instante. ¿Podría tener razón el muchacho?

—¿Te he contado la historia del rey que cargaba con el peñasco?

—Sí.

—¿Lo he hecho?

—Dos veces. Y me hiciste escuchar una lectura del pasaje otra vez más.

—Oh. Bueno, en esa misma sección hay un párrafo sobre la naturaleza de obligar a la gente a seguirte como oposición a dejarlos que te sigan. Obligamos demasiado en Alezkar. Retar a duelo a alguien porque dice que soy un cobarde no cambia sus creencias. Puede impedir que las diga, pero no cambiará su corazón. Sé que en esto tengo razón. Tendrás que confiar en mí también en esto.

Adolin suspiró y se puso en pie.

—Bueno, supongo que una refutación oficial es mejor que nada. Al menos no has dejado de defender nuestro honor por completo.

—Nunca lo haré. Solo tengo que ser cuidadoso. No puedo permitirme dividirnos aún más.

Volvió a su comida, ensartando su último trozo de pollo con el cuchillo para metérselo en la boca.

—Volveré entonces a la otra isla —dijo Adolin—. Yo…, espera ¿esa es…, tía Navani?

Dalinar alzó la cabeza, sorprendido al ver que Navani se acercaba a ellos. Miró su plato. Había terminado la comida. Se había comido hasta el último bocado sin darse cuenta.

Suspiró, preparándose, y se levantó para saludarla.

—Mathana —dijo, usando el término formal para una hermana mayor. Navani solo era tres meses mayor que él, pero el término

seguía siendo el adecuado.

—Dalinar —respondió ella, con una leve sonrisa en los labios—. Y el querido Adolin.

Adolin sonrió de oreja a oreja, rodeó la mesa y abrazó a su tía. Ella apoyó su mano cubierta en su hombro, un gesto reservado solo para la familia.

—¿Cuándo has regresado? —preguntó Adolin, soltándola.

—Esta misma tarde.

—¿Y por qué has regresado? —inquirió Dalinar, envarado—. Tenía la impresión de que ibas a ayudar a la reina a proteger los intereses del rey en Alezkar.

—Oh, Dalinar —dijo Navani, con voz afectuosa—. Tan estirado como siempre. Adolin, querido, ¿cómo van tus cortejos?

Dalinar bufó.

—Continúa cambiando de amigas como si estuviera en un baile con música particularmente rápida —dijo Dalinar.

—¡Padre! —objetó Adolin.

—Bueno, bien por ti, Adolin —dijo Navani—. Eres demasiado joven para amarrarte. El propósito de la juventud es experimentar la variedad mientras aún sea interesante. —Miró a Dalinar—. No es hasta la vejez que deberíamos ser obligados a volvernos aburridos.

—Gracias, tía —contestó Adolin con una sonrisa—. Discúlpame. Tengo que ir a decirle a Elhokar que has regresado.

Se marchó, dejando a Dalinar incómodamente de pie al otro lado de la mesa frente a Navani.

—¿Soy una amenaza tan grande, Dalinar? —preguntó Navani, alzando una ceja.

Dalinar bajó la mirada, advirtiendo que aún tenía en la mano el cuchillo de comer, una hoja ancha y serrada que podía servir de arma en un segundo. Lo dejó caer sobre la mesa y dio un respingo ante el sonido. Toda la confianza que había sentido al hablar con Adolin pareció desaparecer en un instante.

«¡Contrólate! Es solo familia.» Cada vez que hablaba con Navani, sentía como si se enfrentara a un depredador de la raza más peligrosa.

—Mathana —dijo Dalinar, advirtiendo que todavía estaban en lados opuestos de la estrecha mesa—. Tal vez deberíamos pasar a…

Se calló cuando Navani llamó a una sirvienta que apenas era lo bastante mayor para llevar manga de mujer. La chica vino corriendo con un taburete. Navani señaló a un lado, un punto solo a unos palmos de la mesa. La chica dudó, pero Navani señaló con más insistencia y la criada colocó el taburete.

Navani se sentó con gracia: no lo hacía en la mesa del rey, que era solo para comensales masculinos, pero sí lo bastante cerca para desafiar al protocolo. La criada se retiró. Al fondo de la mesa, Elhokar saludó con la cabeza las acciones de su madre, pero no dijo nada. Nadie reprendía a Navani Kholin, ni siquiera el rey.

—Oh, siéntate, Dalinar —dijo ella, con voz burlona—. Tenemos que hablar de unos asuntos.

Dalinar suspiró, pero se sentó. Los asientos a su alrededor estaban todavía vacíos, y tanto la música como el murmullo de las conversaciones en la isleta eran lo bastante fuertes para que la gente no los oyera. Algunas mujeres habían empezado a tocar la flauta y los musispren revoloteaban en el aire a su alrededor.

—Preguntas por qué he regresado —dijo Navani, en voz baja—. Bueno, tengo tres razones. La primera, quería traer la noticia de que los veden han perfeccionado sus «semiesquirlas», como las llaman. Dicen que los escudos pueden detener los golpes de una espada esquirlada.

Dalinar cruzó los brazos sobre la mesa. Había oído rumores al respecto, aunque los había descartado. Los hombres siempre decían estar a punto de crear nuevas esquirlas, pero las promesas no se cumplían nunca.

—¿Has visto alguna?

—No. Pero lo confirma alguien en quien confío. Dice que solo pueden tomar forma de escudo y que no tienen ninguna de las otras mejoras de las armaduras. Pero pueden bloquear una espada.

Era un paso, un paso muy pequeño, hacia la armadura esquirlada. Era preocupante. No lo creería hasta que viera lo que podían hacer esas «semiesquirlas.»

—Podrías haber enviado esta noticia por abarcañas, Navani.

—Bueno, poco después de llegar a Kholinar me di cuenta de que marcharme de aquí había sido un error político. Estos campamentos de guerra son cada vez más el centro de nuestro reino.

—Sí —dijo Dalinar en voz baja—. Nuestra ausencia de la patria es peligrosa.

¿No había sido ese el mismo argumento que había convencido a Navani a volver a casa en primer lugar?

La majestuosa mujer hizo un gesto despectivo con la mano.

—He decidido que la reina tiene las capacidades necesarias para controlar Alezkar. Hay planes y esquemas (siempre habrá planes y esquemas), pero los jugadores verdaderamente importantes inevitablemente acaban aquí.

—Tu hijo sigue viendo asesinos en cada rincón.

—¿Y no debería hacerlo? Después de lo que le ocurrió a su padre…

—Cierto, pero temo que lo lleve a los extremos. Desconfía incluso de sus aliados.

Navani cruzó las manos sobre su regazo, la mano libre sobre la mano segura.

—No es muy bueno en esto, ¿no?

Dalinar parpadeó sorprendido.

—¿Qué? ¡Elhokar es un buen hombre! Tiene más integridad que ningún otro ojos claros de este ejército.

—Pero su capacidad de gobierno es débil. Debes admitirlo.

—Es el rey y mi sobrino —dijo Dalinar firmemente—. Tiene mi espada y mi corazón, Navani, y no consentiré que se hable mal de él, ni siquiera su propia madre.

Ella se lo quedó mirando. ¿Estaba poniendo a prueba su lealtad? Como su hija, Navani era una criatura política. Las intrigas la hacían florecer como a un rocapullo en el aire tranquilo y húmedo. Sin embargo, al contrario que Jasnah, era difícil confiar en Navani. Al menos con Jasnah uno sabía dónde estaba. Una vez más, Dalinar deseó que su sobrina hiciera a un lado sus proyectos y regresara a las Llanuras Quebradas.

—No hablo mal de mi hijo, Dalinar —dijo Navani—. Los dos sabemos que soy tan leal como tú. Pero me gusta saber con qué trabajo, y eso requiere una definición. Lo ven débil, y pretendo protegerlo. A su pesar, si es necesario.

—Entonces trabajamos por los mismos objetivos. Pero si protegerlo fue el segundo motivo de tu regreso, ¿cuál fue el tercero?

Ella le dirigió una sonrisa de labios rojos y ojos violeta. Una sonrisa significativa.

«Sangre de mis ancestros… —pensó Dalinar—. Vientos de tormenta, sí que es hermosa. Hermosa y mortífera.» Le parecía una ironía que el rostro de su esposa se hubiera borrado de su mente, y sin embargo pudiera recordar con completos e intrincados detalles los meses que esta mujer había pasado jugando con Gavilar y él. Había tonteado con ambos, encendiendo su deseo antes de decidirse finalmente por el hermano mayor. Todos supieron todo el tiempo que escogería a Gavilar. Pero dolió de todas formas.

—Tenemos que hablar alguna vez en privado —dijo Navani—. Quiero oír tus opiniones sobre algunas de las cosas que se dicen en el campamento.

Probablemente se refería a los rumores sobre él.

—Yo…, estoy muy ocupado.

Ella hizo un gesto de exasperación.

—Estoy segura. Pero nos reuniremos de todas formas, cuando haya tenido tiempo de asentarme aquí e informarme de todo. ¿Dentro de una semana? Iré a leerte ese libro de mi marido, y luego podremos charlar. Lo haremos en un lugar público, ¿de acuerdo?

Él suspiró.

—Muy bien. Pero…

—Altos príncipes y ojos claros —proclamó de repente Elhokar. Dalinar y Navani se volvieron hacia el extremo de la mesa, donde el rey estaba en pie con su uniforme al completo, capa real y corona. Alzó una mano hacia la isla. La gente guardó silencio, y pronto el único sonido fue el del agua borboteando en los arroyos—. Estoy seguro de que muchos habéis oído los rumores relacionados con el atentado a mi vida durante la cacería de hace tres días. Cuando se cortó la cincha de mi silla.

Dalinar miró a Navani. Ella alzó la mano libre hacia él y la movió, indicando que no creía que los rumores fueran convincentes. Los conocía, claro. Dale a Navani cinco minutos en una ciudad y lo sabría todo de cualquier chisme importante.

—Os aseguro que nunca corrí verdadero peligro —dijo Elhokar —. Gracias, en parte, a la protección de la Guardia Real y a la vigilancia de mi tío. Sin embargo, creo aconsejable tratar a todas las

amenazas con la prudencia y la seriedad debidas. Por tanto, nombré al brillante señor Torol Sadeas alto príncipe de información, encargándole de desentrañar la verdad en lo referido a este atentado contra mi vida.

Dalinar parpadeó aturdido. Luego cerró los ojos y dejó escapar un leve gemido.

—Desentrañar la verdad —dijo Navani, escéptica—. ¿Sadeas?

—Sangre de mis… Cree que ignoro las amenazas contra él, así que recurre a Sadeas.

—Bueno, supongo que hace bien —dijo ella—. Yo confío en Sadeas.

—Navani —dijo Dalinar, abriendo los ojos—. El incidente sucedió en una cacería que yo había planeado, bajo la protección de mi guardia y mis soldados. El caballo del rey fue preparado por mis mozos de cuadra. Él me pidió públicamente que investigara este asunto de la correa, y ahora me aparta de la investigación.

—Oh, cielos.

Navani comprendió. Esto era casi lo mismo que si Elhokar proclamara que sospechaba de Dalinar. Cualquier información que Sadeas desentrañara referida a este «intento de asesinato» solo podría ser desfavorable para Dalinar.

Cuando el odio de Sadeas hacia Dalinar y su amor por Gavilar entraran en conflicto, ¿cuál ganaría? «Pero la visión…, dijo que confiara en él.»

Elhokar volvió a sentarse, y el murmullo de la conversación volvió a iniciarse con tono más agudo. El rey parecía ajeno a lo que acababa de hacer. Sadeas sonreía de oreja a oreja. Se levantó de su sitio, se despidió del rey y empezó a mezclarse con la gente.

—¿Sigues sosteniendo que no es un mal rey? —susurró Navani —. Mi pobre, distraído y abstraído hijo.

Dalinar se levantó y se acercó a la mesa donde el rey continuaba comiendo.

Elhokar alzó la cabeza.

—Ah, Dalinar. Creo que querrás proporcionar tu ayuda a Sadeas.

Dalinar se sentó. La cena de Sadeas, a medio comer, todavía estaba en la mesa, el plato de metal regado con trozos de carne y pan rallado.

—Elhokar, hablé contigo hace unos pocos días. ¡Te pedí ser alto príncipe de la guerra, y dijiste que era demasiado peligroso!

—Lo es —respondió Elhokar—. Le hablé a Sadeas del tema, y estuvo de acuerdo. Los altos príncipes nunca tolerarán que haya nadie por encima de ellos en la guerra. Sadeas mencionó que si empezaba con algo menos amenazador, como nombrar a alguien alto príncipe de información, podría preparar a los demás para lo que quieres hacer.

—Sadeas sugirió esto… —concluyó Dalinar.

—Naturalmente —dijo Elhokar—. Ya era hora de que tuviéramos un alto príncipe de información, y él mencionó el corte de la correa como algo que quería investigar. Sabe que siempre has dicho que no eres adecuado para este tipo de cosas.

«Sangre de mis padres, acaban de superarme. Brillantemente», pensó Dalinar, mirando el centro de la isla, donde un grupo de ojos claros estaba reunido en torno a Sadeas.

El alto príncipe de información tenía autoridad sobre las investigaciones criminales, sobre todo las de interés para la corona. En cierto modo, era casi tan amenazador como un alto príncipe de la guerra, pero a Elhokar no se lo parecía. Lo único que veía era que alguien por fin estaba dispuesto a escuchar sus temores paranoicos.

Sadeas era un hombre muy, muy listo.

—No pongas esa cara, tío —dijo Elhokar—. No tenía ni idea de que querías el puesto, y Sadeas parecía entusiasmado con la idea. Tal vez no descubra nada y el cuero simplemente se gastara por el uso. Quedarás reivindicado por decirme siempre que no corro tanto peligro como creo.

—¿Reivindicado? —preguntó Dalinar en voz baja, sin dejar de mirar a Sadeas. «De algún modo, dudo que eso sea posible.»



Me has acusado de arrogancia en mi misión. Me has acusado de perpetuar mi rencilla contra Rayse y Bavadin. Ambas acusaciones son fundadas.

Kaladin se hallaba de pie en el carromato, escrutando el paisaje ante el campamento, mientras Roca y Teft ponían su plan en marcha…, más o menos.

En casa, el aire era más seco. Si salías el día antes de una alta tormenta, todo parecía desolado. Después de las tormentas, las plantas volvían pronto a sus caparazones, troncos y escondites para conservar el agua. Pero aquí, con el clima más húmedo, permanecían más tiempo fuera. Muchos rocapullos nunca volvían a reintegrarse del todo en sus caparazones. Las zonas de hierba eran comunes. Los árboles que Sadeas cosechaba estaban concentrados en un bosque al norte de los campamentos de guerra, pero unos cuantos crecían aislados en esta llanura. Eran enormes y de ancho tronco, y crecían inclinados hacia el oeste, sus raíces gruesas como dedos clavados en la piedra y, a lo largo de los años, capaces de agrietar y quebrar el suelo a su alrededor.

Kaladin saltó del carromato. Su trabajo era recoger piedras que le entregaban y cargarlas en el vehículo. Los otros hombres del puente se las traían y las amontonaban cerca.

Los hombres trabajaban por toda la amplia llanura, moviéndose

entre los rocapullos, zonas de hierba y matorrales que asomaban entre los peñascos. Crecían en la zona oeste, listos para refugiarse a la sombra de sus peñascos si se acercaba una alta tormenta. Era un efecto curioso, como si cada peñasco fuera la cabeza de un anciano con mechones de pelo marrón y verde que le creciera tras las orejas.

Esos mechones eran enormemente importantes, pues ocultos entre ellos había finos juncos, conocidos como matopomos. Sus tallos rígidos estaban rematados por delicadas hojas que podían replegarse en el peciolo. Los peciolos eran inmóviles, pero se hallaban a salvo al crecer tras los peñascos. Algunos se soltarían en las tormentas, quizá para adherirse a un nuevo lugar cuando los vientos remitieran.

Kaladin recogió una piedra, la colocó en el carro y la hizo rodar hacia las demás. La parte inferior de la piedra estaba húmeda de líquenes y crem.

Los matopomos no eran raros, pero tampoco eran tan comunes como las otras hierbas. Una rápida descripción había sido suficiente para que Roca y Teft los encontraran con cierto éxito. El avance, sin embargo, se produjo cuando Syl se unió a la caza. Kaladin miró a un lado mientras bajaba del carro para coger otra piedra. Ella pasó revoloteando, una forma ligera y casi invisible que conducía a Roca de un macizo de juncos a otro. Teft no comprendía cómo el enorme comecuernos podía encontrar muchos más que él, pero Kaladin prefería no explicárselo. Todavía no comprendía por qué Roca podía ver a Syl. El comecuernos decía que era algo con lo que había nacido.

Un par de hombres se acercaron, el joven Dunny y Desorejado Jaks, tirando de un trineo de madera donde transportaban una gran piedra. El sudor les corría por los rostros. Cuando llegaron a la carreta, Kaladin se sacudió las manos y los ayudó a subir la roca. Desorejado Jaks lo miró con mala cara, murmurando entre dientes.

—Esa es buena —dijo Kaladin, señalando la piedra—. Buen trabajo.

Jaks lo fulminó con la mirada y se marchó. Dunny se encogió de hombros y corrió tras el otro hombre. Como Roca había supuesto, asignar a la cuadrilla la recolección de piedras no había ayudado a la popularidad de Kaladin. Pero había que hacerlo. Era la única

manera de ayudar a Leyten y los otros heridos.

Cuando Jaks y Dunny se marcharon, Kaladin subió al carro y se arrodilló, apartó una lona y descubrió una gran pila de tallos de matopomos. Eran tan largos como el brazo de un hombre. Hizo como si estuviera moviendo piedras en el carro, pero en cambio ató un gran puñado de juncos usando finas enredaderas de rocapullo.

Dejó caer el paquete por el lado del carro. El conductor había ido a charlar con su colega del otro carro. Eso dejó a Kaladin solo, a excepción de la presencia del chull que permanecía encogido en su caparazón de roca, contemplando el sol con sus perlados ojos crustáceos.

Kaladin saltó de la carreta y puso otra roca en el carro. Entonces se arrodilló como si fuera a sacar una piedra grande de debajo del carro. Sin embargo, con manos hábiles, ató los juncos a un lugar bajo el carro, junto a otros dos paquetes más. El carro tenía un gran espacio abierto al lado del eje, y un escalón de madera proporcionaba un lugar excelente para montar los paquetes.

«Jezerezeh envíe que a nadie se le ocurra mirar bajo el fondo cuando regresemos al campamento.»

El boticario había dicho que se sacaba una gota por tallo. ¿Cuántos juncos necesitaría Kaladin? Sabía la respuesta a esa pregunta sin tener que pensarlo demasiado.

Necesitaría todas las gotas que pudiera conseguir.

Se bajó y subió otra piedra al carro. Roca se acercaba. El fornido y bronceado comecuernos llevaba una piedra oblonga que casi ningún otro hombre de los puentes habría podido transportar solo. Avanzaba lentamente, con Syl revoloteando alrededor de su cabeza y posándose de vez en cuando sobre la piedra para mirarlo.

Kaladin bajó del carro y cruzó el terreno irregular para ayudarlo. Roca asintió, dándole las gracias. Juntos subieron la piedra al carro y se sentaron. Roca se secó la frente, dándole la espalda a Kaladin. De su bolsillo asomaban un puñado de juncos. Kaladin los cogió y los guardó bajo la lona.

—¿Qué haremos si alguien se da cuenta de lo que estamos planeando? —preguntó Roca casualmente.

—Explicarles que soy tejedor —respondió Kaladin— y que se me ha ocurrido tejerme un sombrero para protegerme del sol. —Roca

bufó—. Puede que lo haga y todo —dijo Kaladin. Se secó la frente —. No estaría mal con este calor. Pero es mejor que nadie lo vea. El simple hecho de que queramos los juncos probablemente bastaría para que nos los nieguen.

—Eso es verdad —contestó Roca, desperezándose y alzando la mirada mientras Syl se plantaba ante él—. Echo de menos los Picos.

Syl señaló, y Roca inclinó la cabeza con reverencia antes de seguirla. Sin embargo, en cuanto lo hizo ir en la dirección adecuada, volvió con Kaladin y se quedó flotando en el aire como un lazo, luego se posó al lado de la carreta y adoptó su forma de mujer, el vestido aleteando a su alrededor.

—Me cae muy bien —dijo, alzando un dedo.

—¿Quién? ¿Roca?

—Sí —respondió ella, cruzándose de brazos—. Es respetuoso. No como los otros.

—Bien —dijo Kaladin, cargando otra piedra en el carro—. Puedes seguirlo en vez de molestarme a mí.

Trató de no mostrar preocupación mientras hablaba. Se había acostumbrado a su compañía.

Ella arrugó el ceño.

—No puedo seguirlo. Es demasiado respetuoso.

—Acabas de decir que te gusta eso.

—Me gusta. Y también lo detesto —dijo ella con total sinceridad, como si fuera ajena a la contradicción. Suspiró y se sentó en el lado del carro—. Lo conduje a un puñado de mierda de chull para gastarle una broma. ¡Ni siquiera me gritó! Tan solo se quedó mirándola, como si tratara de descubrir algún significado oculto. —Hizo una mueca—. Eso no es normal.

—Creo que los comecuernos deben de adorar a los spren o algo por el estilo —dijo Kaladin, secándose la frente.

—Eso es una tontería.

—La gente cree en cosas mucho más tontas. En cierto modo, supongo que tiene sentido adorar a los spren. Sois raros y mágicos.

—¡Yo no soy rara! —dijo ella, poniéndose de pie—. Soy hermosa y articulada.

Se puso las manos en jarras, pero él notó que su expresión no era realmente de enfado. Parecía estar cambiando por horas,

haciéndose cada vez más…

¿Más qué? No exactamente humana. Más individual. Más lista.

Syl guardó silencio cuando otro hombre, Natam, se acercó. Cargaba con una piedra pequeña, tratando obviamente de no esforzarse.

—Eh, Natam —dijo Kaladin, extendiendo las manos para recoger la piedra—. ¿Cómo va el trabajo?

Natam se encogió de hombros.

—¿No dijiste que antes eras granjero?

Natam se puso a descansar junto al carro, ignorando a Kaladin.

Kaladin soltó la piedra y la colocó en su sitio.

—Lamento que tengamos que trabajar así, pero necesitamos las simpatías de Gaz y las otras cuadrillas.

Natam no respondió.

—Nos ayudará a mantenernos con vida —dijo Kaladin—. Confía en mí.

Natam tan solo volvió a encogerse de hombros, y luego se marchó.

Kaladin suspiró.

—Esto sería mucho más fácil si pudiera echarle la culpa a Gaz.

—Eso no sería muy honrado —dijo Syl, molesta.

—¿Por qué te preocupa tanto la honradez?

—Porque sí.

—¿Sí? —dijo Kaladin, gruñendo mientras volvía al trabajo—. ¿Y conducir a la gente a montones de mierda? ¿Qué honradez hay en eso?

—Es distinto. Era una broma.

—No veo cómo…

Guardó silencio cuando vio que se acercaba otro hombre. Kaladin dudaba que nadie más tuviera la extraña habilidad de Roca para ver a Syl, y no quería que lo vieran hablando solo.

El hombre, bajo y nudoso, había dicho que se llamaba Cikatriz, aunque Kaladin no podía ver ninguna cicatriz en su cara. Tenía el pelo corto y rasgos angulosos. Kaladin trató de conversar con él, pero no obtuvo ninguna respuesta. El hombre llegó incluso a hacerle un gesto grosero antes de volver a marcharse.

—Estoy haciendo algo mal —dijo Kaladin, sacudiendo la cabeza

y bajando de un salto del recio carro.

—¿Mal? —Syl se bajó del borde del carro y lo miró.

—Pensé que verme rescatar a esos tres hombres les daría esperanza. Pero siguen mostrando indiferencia.

—Algunos te vieron correr antes —dijo Syl—, cuando estabas practicando con el tablón.

—Me miraban, pero no les preocupa cuidar de los heridos. Nadie aparte de Roca, y él lo hace solamente porque está en deuda conmigo. Teft ni siquiera estuvo dispuesto a compartir su comida.

—Son egoístas.

—No. No creo que esa palabra pueda aplicarse a ellos.

Kaladin alzó una piedra, esforzándose por explicar cómo se sentía.

—Cuando era esclavo…, bueno, sigo siendo esclavo. Pero durante las peores partes, cuando mis amos intentaban despojarme de la capacidad de resistir, yo era como esos hombres. Nada me preocupaba lo suficiente para ser egoísta. Era como un animal. Hacía lo que hacía sin pensar.

Syl frunció el ceño. No era de extrañar: el propio Kaladin no comprendía lo que decía. Sin embargo, mientras hablaba, empezó a encontrarle el sentido a sus palabras.

—Les he mostrado que podemos sobrevivir, pero eso no significa nada. Si no merece la pena vivir esas vidas, no les va a importar nunca. Es como si les ofreciera montones de esferas, pero no les diera nada en lo que gastar sus riquezas.

—Me lo imagino —dijo Syl—. ¿Pero qué puedes hacer?

Él contempló la llanura de roca y observó el campamento. El humo de las muchas hogueras del ejército se alzaba en los cráteres.

—No lo sé. Pero creo que vamos a necesitar un montón más de juncos.

Esa noche, Kaladin, Teft y Roca recorrieron las calles improvisadas del campamento de Sadeas. Nomon, la luna central, brillaba con su pálida luz blanquiazul. Las linternas de aceite colgaban delante de los edificios, indicando tabernas o burdeles. Las esferas podían proporcionar una luz más consistente y renovable, pero podías comprar un puñado de velas o un frasco de aceite por

una sola esfera. A corto plazo, a menudo era más barato hacer eso, sobre todo si colgabas tus luces en un lugar donde las podían robar.

Sadeas no mantenía ningún toque de queda, pero Kaladin había aprendido que era mejor que los hombres del puente se quedaran en el aserradero de noche. Soldados medio borrachos con los uniformes manchados pasaban dando tumbos, susurrando al oído de las prostitutas o alardeando ante sus amigos. Insultaban a los hombres de los puentes y reían a carcajadas. Las calles parecían oscuras, incluso con las linternas y la luz de la luna, y la naturaleza casual del campamento (algunas estructuras de piedra, algunas cabañas de madera, algunas tiendas) hacían que se antojara desorganizado y peligroso.

Kaladin y sus dos compañeros se hicieron a un lado para dejar pasar a un numeroso grupo de soldados. Tenían las guerreras desabrochadas, y solo estaban ligeramente embriagados. Un soldado miró a los hombres del puente, pero los tres juntos (y siendo uno de ellos un fornido comecuernos) fueron suficientes para disuadir al soldado de hacer otra cosa sino reírse y empujar a Kaladin al pasar.

El hombre olía a sudor y cerveza barata. Kaladin controló los nervios. Si respondía, sería blanco inmediato de una reyerta.

—No me gusta esto —dijo Teft, mirando por encima del hombro al grupo de soldados—. Me vuelvo al campamento.

—Tú te quedas —gruñó Roca.

Teft puso los ojos en blanco.

—¿Crees que me asusta un torpe chull como tú? Me iré si quiero, y…

—Teft —dijo Kaladin con suavidad—. Te necesitamos.

Necesidad. Esa palabra tenía extraños efectos sobre los hombres. Algunos huían cuando la empleabas. Otros se ponían nerviosos. Teft parecía anhelarla. Asintió, murmurando para sí, pero se quedó con ellos mientras seguían caminando.

Pronto llegaron al lugar donde guardaban los carros. La plaza vallada por rocas estaba cerca del extremo occidental del campamento. Durante la noche estaba desierta, y los carros esperaban en largas filas. Los chulls dormitaban en el corral cercano, como si fueran pequeñas colinas. Kaladin avanzó, alertando a los centinelas, pero al parecer a nadie le preocupaba

que algo tan grande como un carro pudiera ser robado en medio de un ejército.

Roca le dio un codazo, y luego señaló los corrales oscuros de los chulls. Un muchacho solitario los cuidaba, mirando la luna. Los chulls sí eran lo suficientemente valiosos para vigilarlos. Pobre chico. ¿Cuántas noches tendría que pasar vigilando a aquellas torpes bestias?

Kaladin se agazapó junto a un carro, y sus dos acompañantes lo imitaron. Señaló una fila, y Roca se puso en marcha. Kaladin señaló en otra dirección, y Teft rezongó pero hizo lo que le pedían.

Kaladin se acercó subrepticiamente a la fila central. Había unos treinta carros, diez por fila, pero la comprobación fue rápida. Un roce de los dedos contra la tabla posterior, buscando la marca que había hecho allí. Después de unos pocos minutos, una figura en sombras se acercó. Roca. El comecuernos señaló a un lado y alzó cinco dedos. El quinto carro desde arriba. Kaladin asintió y echó a andar.

Justo cuando llegaba al carro indicado, oyó un suave grito desde la dirección en la que se había ido Teft. Kaladin dio un respingo, y luego echó un vistazo al centinela. El muchacho seguía contemplando la luna, agitando ausente los pies desde el poste en el que estaba encaramado.

Un momento después, Roca y un azorado Teft corrieron junto a Kaladin.

—Lo siento —susurró Teft—. La montaña ambulante me sobresaltó.

—Si soy una montaña —gruñó Roca—, ¿entonces por qué no me oíste venir, eh?

Kaladin bufó, palpó la trasera del carro indicado, y sus dedos rozaron la X marcada en la madera. Inspiró y se metió de espaldas bajo el carro.

Los juncos seguían allí, atados en veinte paquetes, cada uno tan grueso como una mano.

—Ishi, Heraldo de la Suerte, sea loado —susurró, desatando el primer paquete.

—Está todo, ¿no? —dijo Teft, agachándose, mientras se rascaba la barba a la luz de la luna—. No puedo creer que encontráramos

tantos. Debemos de haber arrancado todos los juncos de la llanura.

Kaladin le tendió el primer paquete. Sin Syl, no habrían encontrado ni una tercera parte. Tenía la velocidad de un insecto en vuelo, y parecía tener la habilidad de detectar las cosas. Kaladin desató el siguiente paquete, y lo pasó. Teft lo ató al otro, formando un paquete más grande.

Mientras Kaladin trabajaba, un puñado de hojitas blancas revoloteó bajo el carro y se convirtió en la figura de Syl, que se detuvo junto a su cabeza.

—No hay guardias en ninguna parte que haya podido ver. Solo un chico en los corrales de los chulls.

Su figura transparente blanquiazul era casi invisible en la oscuridad.

—Espero que los juncos estén bien todavía —susurró Kaladin—. Si se han secado demasiado…

—Estarán bien. Te preocupas mucho. Te he encontrado unas botellas.

—¿Eso has hecho? —preguntó él, tan ansioso que casi se incorporó. Se detuvo antes de golpearse la cabeza. Syl asintió.

—Te lo mostraré. No pude transportarlos. Demasiado sólidos. Kaladin desató rápidamente el resto de los paquetes y se los tendió al nervioso Teft. Salió de debajo del carro, cogió dos de los paquetes más grandes. Teft cogió dos de los otros, y Roca lo hizo con tres, cargando con uno bajo el brazo. Necesitaban un lugar para trabajar donde no pudieran molestarlos. Aunque los matopomos parecían no tener ningún valor, Gaz encontraría un modo de estropear el trabajo si veía lo que estaba pasando.

«Primero las botellas», pensó Kaladin. Le hizo un gesto con la cabeza a Syl, que los condujo al exterior del depósito de carros y los llevó a una taberna que parecía haber sido construida a toda prisa con madera de segunda, pero eso no impedía que los soldados se divirtieran. Su carácter escandaloso hizo a Kaladin preocuparse de que el edificio entero se viniera abajo.

Detrás, dentro de una caja medio rota, había un montón de botellas de licor descartadas. El cristal era lo bastante valioso para que las botellas fueran reutilizadas, pero estas tenían grietas o golletes rotos. Kaladin soltó sus paquetes y luego seleccionó tres

botellas casi enteras. Las lavó en un barril de agua cercano antes de meterlas en el saco que había traído para la ocasión.

Volvió a coger sus paquetes e hizo una seña a los demás.

—Tratad de que parezca que estáis haciendo algo monótono. Inclinad la cabeza.

Los otros dos asintieron, y salieron a la calle principal, cargando con los paquetes como si fueran parte de su trabajo cotidiano. Llamaron menos atención que antes.

Evitaron el aserradero y cruzaron el campo de roca que el ejército usaba como zona de reunión antes de bajar por la pendiente de roca que conducía a las Llanuras Quebradas. Un centinela los vio. Kaladin contuvo la respiración, pero no dijo nada. Probablemente asumió que tenían motivos para hacer lo que estaban haciendo. Si trataran de abandonar el campamento sería una historia diferente, pero esta sección cerca de los primeros abismos no estaba prohibida.

Poco después llegaron al lugar donde Kaladin había estado a punto de suicidarse. Qué diferencia podían crear unos pocos días. Se sentía como una persona diferente: un extraño híbrido del hombre que fue una vez, el esclavo en el que se había convertido, y el penoso despojo al que todavía tenía que combatir. Recordó cuando estuvo al borde del abismo, mirando sus profundidades. Aquella oscuridad todavía lo aterraba.

«Si no logro salvar a los hombres del puente, ese despojo volverá a tomar el control. Esta vez se saldrá con la suya…» Kaladin se estremeció. Soltó los paquetes junto al borde del abismo y se sentó. Los otros dos hombres lo imitaron, vacilantes.

—¿Vamos a arrojarlos al abismo? —preguntó Teft, rascándose la barba—. ¿Después de todo ese trabajo?

—Pues claro que no —respondió Kaladin. Vaciló. Nomon brillaba, pero seguía siendo de noche—. No tendrás ninguna esfera ¿no?

—¿Para qué? —preguntó Teft, receloso.

—Para iluminarnos, hombre.

Teft gruñó y sacó un puñado de chips de granate.

—Iba a gastarlas esta noche… —dijo. Las esferas brillaron en la palma de su mano.

—Muy bien —dijo Kaladin, sacando un junco. ¿Qué había dicho su padre al respecto? Vacilante, Kaladin rompió la frondosa parte superior del junco, descubriendo el centro hueco. Cogió el junco por el otro extremo y pasó los dedos por toda su longitud, apretando con fuerza. Dos gotas de líquido lechoso blanco cayeron a la botella vacía de licor.

Kaladin sonrió con satisfacción, luego pasó de nuevo los dedos a lo largo del junco. Esta vez no salió nada, así que lo arrojó al abismo. A pesar de lo que había dicho del sombrero, no quería dejar huellas.

—¡Creí que habías dicho que no íbamos a arrojarlos! —acusó Teft.

Kaladin alzó la botella de licor.

—Solo después de sacar esto.

—¿Y esto qué es? —Roca se inclinó hacia delante, entornando los ojos.

—Savia de matopomo. O, más bien, leche de matopomo, no creo que sea realmente savia. De cualquier forma, es un potente antiséptico.

—¿Anti…, qué? —preguntó Teft.

—Espanta a los putrispren —dijo Kaladin—. Causan infecciones. Esta leche es uno de los mejores antisépticos que existen. Extiéndela sobre una herida que ya esté infectada, y seguirá funcionando.

Eso era bueno, porque las heridas de Leyten habían empezado a volverse de un rojo intenso, todas llenas de putrispren.

Teft gruñó, y luego miró los paquetes.

—Hay un montón de juncos.

—Lo sé —dijo, tendiéndoles las otras dos botellas—. Por eso me alegro de no tener que ordeñarlos yo solo.

Teft suspiró, pero se sentó y desató un paquete. Roca lo hizo sin quejarse, sentado con las rodillas juntas para sujetar con ellas la botella mientras trabajaba.

Una leve brisa empezó a soplar, sacudiendo algunos de los juncos.

—¿Por qué te preocupas por ellos? —preguntó finalmente Teft.

—Son mis hombres.

—Ser jefe de puente no significa eso.

—Significa lo que nosotros decidamos —respondió Kaladin, advirtiendo que Syl se había acercado a escuchar—. Tú, yo, los demás.

—¿Crees que te dejarán hacer eso? —preguntó Teft—. ¿Los ojos claros y los capitanes?

—¿Crees que prestarán suficiente atención para darse cuenta siquiera?

Teft vaciló, luego gruñó y ordeñó otro junco.

—Tal vez —dijo Roca. Había una enorme delicadeza en los movimientos de las grandes manos del hombretón mientras ordeñaba los juncos. Kaladin no había pensado que aquellos gruesos dedos pudieran ser tan cuidadosos, tan precisos—. Los ojos claros a menudo advierten cosas que uno no desea que adviertan.

Teft volvió a gruñir, mostrando su acuerdo.

—¿Cómo llegaste aquí, Roca? —preguntó Kaladin—. ¿Cómo acaba un comecuernos dejando sus montañas y bajando a las llanuras?

—No deberías preguntar ese tipo de cosas, hijo —dijo Teft, agitando un dedo ante Kaladin—. No hablamos de nuestros pasados.

—No hablamos de nada —respondió Kaladin—. Vosotros dos ni siquiera sabíais vuestros nombres respectivos.

—Los nombres son una cosa —gruñó Teft—. El pasado es diferente. Yo…

—No importa —dijo Roca—. Lo contaré. —Teft murmuró para sí, pero se inclinó hacia delante para escuchar a Roca—. Mi pueblo no tiene espadas esquirladas —dijo con voz grave y ronca.

—Eso no es extraño —repuso Kaladin—. Aparte de Alezkar y Jah Keved, pocos reinos tienen muchas espadas.

Aquello era cuestión de cierto orgullo entre los ejércitos.

—No es cierto —contestó Roca—. Thaylenah tiene cinco hojas y tres armaduras completas, todas en manos de la guardia real. Los selay tienen su parte de armaduras y espadas. Otros reinos, como Herdaz, tienen una sola espada y una sola armadura, que se transmite por el linaje real. Pero los unkalaki no tenemos ni una sola espada. Muchos de nuestros *nuatoma*, que son como los ojos claros, solo que sus ojos no son claros…

—¿Cómo se puede ser un ojos claros sin tener los ojos claros? —dijo Teft con desdén.

—Teniendo los ojos oscuros —replicó Roca, como si fuera obvio—. Nosotros no escogemos así a nuestros líderes. Pero no interrumpas mi historia.

Ordeñó otro junco, y lanzó la carcasa a una pila que tenía al lado.

—Los *nuatoma* consideran una gran vergüenza que no tengamos espadas. Quieren esas armas con todas sus ganas. Se cree que el primer *nuatoma* que consiga una hoja esquirlada será rey, algo que no tenemos desde hace muchísimos años. Ningún pico lucharía contra otro pico donde un hombre tuviera una de las benditas espadas.

—¿Entonces has venido a comprar una? —preguntó Kaladin. Ningún portador de esquirlada vendería su arma. Cada una de ellas era una reliquia única, tomada a uno de los Radiantes Perdidos después de su traición.

Roca se echó a reír.

—¡Ja! ¿Comprar? No, no somos tan tontos. Pero mi *nuatoma* conocía vuestra tradición, ¿sabéis? Dice que si un hombre mata a un portador puede reclamar como suyas la espada y la armadura. Y por eso mi *nuatoma* y su casa hicieron una gran procesión y bajaron a buscar y matar a uno de vuestros portadores.

Kaladin estuvo a punto de soltar una carcajada.

—Imagino que resultó ser más difícil de lo que pensaba.

—Mi *nuatoma* no era ningún necio —dijo Roca, a la defensiva—. Sabía que sería difícil, pero vuestra tradición nos da esperanza, ¿comprendes? Un valiente *nuatoma* bajará algún día para enfrentarse en duelo con un portador. Algún día, uno ganará, y tendremos esquirlas.

—Tal vez —dijo Kaladin, arrojando un junco vacío al abismo—. Suponiendo que accedan a enfrentarse con vosotros en un duelo a muerte.

—Oh, ellos siempre hacen duelos —dijo Roca, riendo—. El *nuatoma* posee muchas riquezas y promete todas sus posesiones al vencedor. ¡Vuestros ojos claros no pueden dejar de pasar junto a un estanque tan cálido! Matar a un unkalaki sin espada esquirlada no

lo consideran tan difícil. Muchos *nuatoma* han muerto. Pero no importa. Tarde o temprano, mataremos.

—Y tendréis un juego de esquirladas —dijo Kaladin—. Alezkar tiene docenas. Una es el principio. —Roca se encogió de hombros—. Pero mi *nuatoma* perdió, así que ahora soy un hombre del puente.

—Espera —dijo Teft—. ¿Viniste hasta aquí con tu brillante señor, y cuando perdió, te rendiste y te uniste a una cuadrilla?

—No, no, no lo comprendes. Mi *nuatoma* desafió al alto príncipe Sadeas. Es bien sabido que hay muchos portadores de esquirlada aquí en las Llanuras Quebradas. Mi *nuatoma* pensó que sería más fácil combatir primero a un hombre que solo tiene la armadura, y luego conseguir la espada.

—¿Y?

—Cuando mi *nuatoma* perdió ante el brillante señor Sadeas, todos nosotros nos volvimos suyos.

—¿Entonces eres esclavo? —preguntó Kaladin, extendiendo la mano y palpando las marcas de su frente.

—No, nosotros no tenemos esas cosas —dijo Roca—. Yo no era esclavo de mi *nuatoma*, era familiar suyo.

—¿Familiar suyo? —dijo Teft—. ¡Kelek! ¡Eres un ojos claros!

Roca se volvió a reír, con ganas. Kaladin sonrió a su pesar. Parecía que había pasado mucho tiempo desde la última vez que oyó a alguien reír de esa manera.

—No, no. Yo era solo *umarti'a*. Su primo, diríais vosotros.

—Pero eras pariente suyo.

—En los Picos —dijo Roca—, los parientes de un brillante señor son sus sirvientes.

—¿Qué clase de sistema es ese? —se quejó Teft—. ¿Tienes que ser sirviente de tus propios parientes? ¡Por la tormenta! Creo que preferiría morir.

—No es tan malo —dijo Roca.

—Tú no conoces a mis parientes —respondió Teft, estremeciéndose.

Roca volvió a soltar una carcajada.

—¿Prefieres servir a alguien a quien no conoces? ¿Como a ese Sadeas? ¿Un hombre que no tiene ninguna relación contigo? —Sacudió la cabeza—. Llaneros. Tenéis demasiado aire aquí. Eso

enferma vuestras mentes.

—¿Demasiado aire? —preguntó Kaladin.

—Sí.

—¿Cómo se puede tener demasiado aire? Está todo alrededor.

—Es difícil de explicar.

El alezi que hablaba Roca era bueno, pero a veces se olvidaba de algunas palabras. En otras ocasiones, las recordaba y pronunciaba sus frases con precisión. Cuanto más rápido hablaba, más palabras olvidaba incluir.

—Tenéis demasiado aire —dijo Roca—. Venid a los Picos. Ya veréis.

—Me lo imagino —dijo Kaladin, mirando a Teft, quien tan solo se encogió de hombros—. Pero te equivocas en una cosa. Has dicho que servimos a alguien a quien no conocemos. Bueno, yo conozco al brillante señor Sadeas. Lo conozco bien.

Roca alzó una ceja.

—Arrogante —dijo Kaladin—, vengativo, avaricioso, corrupto hasta el corazón.

Roca sonrió.

—Sí, creo que tienes razón. Este hombre no es de los mejores ojos claros.

—No hay «mejores» entre ellos, Roca. Son todos iguales.

—¿Te han hecho mucho daño, entonces?

Kaladin se encogió de hombros. La cuestión destapaba heridas que no habían sanado todavía.

—De todas formas, tu amo tuvo suerte.

—¿Suerte porque lo mató un portador de esquirlada?

—Suerte porque no ganó y descubrió cómo lo habían engañado. No lo habrían dejado marcharse con la armadura de Sadeas.

—Tonterías —interrumpió Teft—. La tradición…

—La tradición es la excusa que utilizan para condenarnos —dijo Kaladin—. Es la caja bonita que usan para envolver sus mentiras. Nos hace servirlos.

Teft apretó la mandíbula.

—He vivido mucho más que tú, hijo. Sé cosas. Si un plebeyo mata a un portador enemigo, se convierte en ojos claros. Así son las cosas.

Kaladin dejó correr el tema. Si las ilusiones de Teft lo hacían sentirse mejor sobre su lugar en este caos de guerra, ¿quién era él para disuadirlo?

—Así que fuiste sirviente —le dijo Kaladin a Roca—. ¿En el séquito de un brillante señor? ¿Qué clase de sirviente?

Se esforzó por buscar la palabra adecuada, recordando los momentos en que se había relacionado con Wistiow o Roshone.

—¿Lacayo? ¿Mayordomo?

Roca se echó a reír.

—Era cocinero. ¡Mi *nuatoma* no quiso bajar a las tierras llanas sin su propio cocinero! Vuestra comida tiene tantas especias que no se puede saborear nada más. ¡Bien podríais comer piedras sazonadas con pimienta!

—¿Y tú hablas de comida? —dijo Teft, haciendo una mueca—. ¿Un comecuernos?

Kaladin frunció el ceño.

—¿Por qué llaman así a tu pueblo, por cierto?

—Porque se comen los cuernos y los caparazones de los bichos que capturan —explicó Teft—. Lo de fuera.

Roca sonrió con expresión anhelante.

—Ah, pero el sabor es tan bueno.

—¿De verdad os coméis los caparazones?

—Tenemos dientes muy fuertes —contestó Roca, orgulloso—. Pero bueno, ya sabéis mi historia. El brillante señor Sadeas no estaba seguro de qué hacer con la mayoría de nosotros. Algunos se convirtieron en soldados, otros sirven en su casa. Yo le preparé una comida y me envió a las cuadrillas de los puentes —Roca vaciló—. Puede que, ejem…, mejorara la sopa.

—¿Mejorar la sopa? —preguntó Kaladin, alzando una ceja.

Roca pareció azorarse.

—Verás, estaba muy enfadado por la muerte de mi *nuatoma*. Y pensé que las lenguas de los llaneros están todas quemadas y achicharradas por la comida que comen. No tiene sabor, y…

—¿Y qué? —preguntó Kaladin.

—Mierda de chull —dijo Roca—. Al parecer tiene un sabor más fuerte de lo que pensaba.

—Espera —dijo Teft—. ¿Le pusiste mierda de chull a la sopa del

alto príncipe Sadeas?

—Bueno, sí. La verdad es que también se la puse en el pan. Y la usé como guarnición en el filete de cerdo. E hice un chatni para el garam. Descubrí que la mierda de chull tiene muchos usos.

Teft soltó una carcajada. Rodó sobre su costado, tan divertido que Kaladin temió que fuera a caerse al abismo.

—Comecuernos —dijo Teft por fin—, te debo una copa.

Roca sonrió. Kaladin sacudió la cabeza sorprendido. De pronto todo tuvo sentido.

—¿Qué pasa? —preguntó Roca, que advirtió su expresión.

—Esto es lo que necesitamos —dijo Kaladin—. ¡Esto es lo que echaba en falta!

Roca vaciló.

—¿Mierda de chull? ¿Eso es lo que necesitabas?

Teft soltó otra carcajada.

—No —dijo Kaladin—. Es…, bueno, os lo enseñaré. Pero primero necesitamos esta savia de matopomo.

Apenas habían terminado con uno de los paquetes, y los dedos les dolían ya de tanto ordeñar.

—¿Y tú, Kaladin? —preguntó Roca—. Os he contado mi historia. ¿Me contarás la tuya? ¿Cómo te hicieron esas marcas en la frente?

—Sí —dijo Teft, secándose los ojos—. ¿En la comida de quién te cagaste?

—Creía que habías dicho que era tabú hablar del pasado de los hombres de los puentes —replicó Kaladin.

—Hiciste desembuchar a Roca, hijo. Es justo que te toque a ti ahora.

—¿Entonces, si os cuento mi historia, eso significa que tú nos contarás la tuya?

Inmediatamente, Teft torció el gesto.

—Bueno, mira, yo no…

—Maté a un hombre —dijo Kaladin.

Eso silenció a Teft. Roca prestó atención. Kaladin advirtió que Syl seguía observando con interés. Eso era extraño en ella, pues su atención se dispersaba rápidamente.

—¿Mataste a un hombre? —dijo Roca—. ¿Y después de eso te hicieron esclavo? ¿No es la muerte el castigo habitual por asesinar a

alguien?

—No fue un asesinato —dijo Kaladin en voz baja, pensando en el hombre barbudo del carromato de esclavos que le había hecho las mismas preguntas—. De hecho, alguien muy importante me dio las gracias por ello.

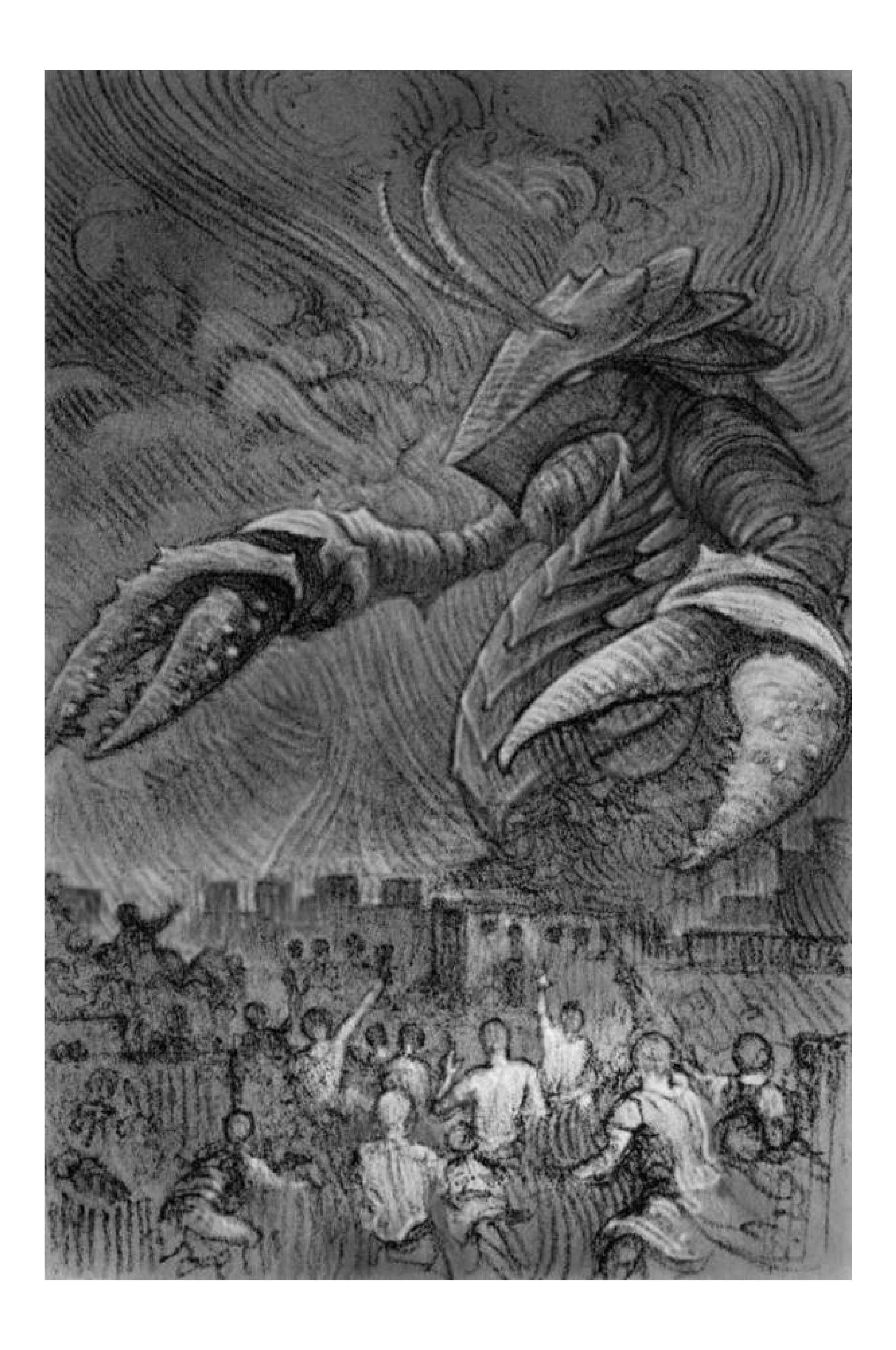
Guardó silencio.

—¿Y…? —preguntó finalmente Teft.

—Y… —dijo Kaladin, mirando uno de los juncos que tenía en la mano. Nomon se ponía al oeste, y el pequeño disco verde de Mishim, la luna final, se alzaba por el este—. Y resulta que los ojos claros no reaccionan muy bien cuando rechazas sus regalos.

Los otros esperaron más, pero Kaladin no dijo nada más y siguió trabajando en sus juncos. Le sorprendía lo doloroso que era todavía recordar aquellos acontecimientos en el ejército de Amaram.

O bien notaron su estado de ánimo o consideraron que había dicho suficiente, pues tanto Roca como Teft volvieron a su trabajo y no insistieron más.





Ningún argumento hace que las cosas que te he escrito aquí sean falsas.

La galería de mapas del rey equilibraba belleza y funcionalidad. La enorme bóveda de piedra animada tenía lados lisos que se fundían sin fisuras en el terreno rocoso. Tenía la forma de una larga hogaza de pan de Thaylen, con grandes claraboyas en el techo para permitir que el sol iluminara las bellas formaciones de cortezapizarra.

Dalinar pasó ante una de ellas, los rosas y verdes y azules brillantes creciendo en una retorcida pauta tan alta como sus hombros. Las duras y crujientes plantas no tenían ni tallos ni hojas de verdad, solo tentáculos que se agitaban como cabellos de colores. A excepción de esto, los cortezapizarra parecían más roca que vegetación, Y sin embargo los sabios decían que debía de ser una planta por la forma en que crecía y se extendía hacia la luz.

«Los hombres también hacían eso —pensó—. Antaño.»

El alto príncipe Roion estaba de pie delante de uno de los mapas, las manos a la espalda, y sus numerosos ayudantes atascaban el otro lado de la galería. Roion era un hombre alto de piel clara con una barba oscura bien recortada. Empezaba a perder pelo. Como la mayoría de la gente, llevaba una guerrera corta abierta por delante que dejaba al descubierto la camisa. Su tela roja asomaba por el cuello de la chaqueta.

«Tan desaliñado», pensó Dalinar, aunque iba muy a la moda. Dalinar simplemente deseó que la moda actual no fuera, bueno, tan deslucida.

—Brillante señor Dalinar —dijo Roion—. No tengo claro el motivo de este encuentro.

—Acompáñame, Roion —respondió Dalinar, haciendo un gesto con la cabeza.

El otro hombre suspiró, pero acompañó a Dalinar por el pasillo entre los montones de plantas y la pared de mapas. Los ayudantes de Roion los siguieron; incluían a un copero y un escudero.

Cada mapa estaba iluminado por diamantes, los marcos de acero pulido como un espejo. Los mapas estaban hechos a tinta y con mucho detalle en hojas de pergamino inusualmente grandes y sin fisuras. Obviamente, ese pergamino había sido animado. Cerca del centro de la sala se encontraba el Primer Mapa, una carta enorme y detallada fija en un marco a la pared. Mostraba todas las Llanuras Quebradas que habían sido exploradas. Los puentes permanentes estaban trazados en rojo, y las mesetas cerca del lado alezi tenían glifopares azules que indicaban qué alto príncipe las controlaba. La sección oriental del mapa era progresivamente menos detallada hasta que las líneas se desvanecían.

En el centro se hallaba la zona en competición, la sección de mesetas donde los abismoides solían acudir para hacer sus crisálidas. Pocos llegaban más cerca, donde se hallaban los puentes permanentes. Si venían, era para cazar, no para pupar.

Controlar las mesetas cercanas seguía siendo importante, ya que un alto príncipe, por acuerdo, no podía cruzar una meseta mantenida por alguno de los otros a menos que tuviera permiso. Eso determinaba quién tenía los mejores caminos hacia las mesetas centrales, y también quién tenía que mantener los puestos de guardia y los puentes permanentes de esa meseta. Los altos príncipes se compraban y vendían las mesetas.

Una segunda hoja de pergamino al lado del Primer Mapa listaba los altos príncipes y el número de gemas corazón que habían ganado. Era algo muy alezi: mantener la motivación dejando claro quién iba ganando y quién se quedaba rezagado.

Los ojos de Roion se dirigieron inmediatamente al nombre de

Dalinar en la lista. De todos los altos príncipes, era quien menos gemas corazón había ganado.

Dalinar extendió la mano hacia el Primer Mapa y acarició el pergamino. Las mesetas medianas tenían nombres o números para facilitar la referencia. Entre ellas destacaba una gran meseta que se alzaba desafiante cerca del lado parshendi. La Torre, se llamaba. Una meseta enorme y de forma extraña a la que los abismoides parecían particularmente aficionados para usarlos como lugar donde pupar.

Contemplarla la hizo vacilar. El tamaño de una meseta en competición determinaba el número de tropas que podías usar en el campo. Los parshendi normalmente llevaban gran número de fuerzas a la Torre y habían rechazado veintisiete veces los asaltos alezi, que nunca habían ganado allí una escaramuza. El propio Dalinar había sido rechazado allí en dos ocasiones.

Estaba demasiado cerca de los parshendi, que siempre podían llegar allí primero y fortificarse, usando la pendiente para ganar un excelente terreno elevado. «Pero si pudiéramos acorralarlos allí —pensó—, con un contingente propio lo suficientemente grande…» Eso podía significar atrapar y matar a un número enorme de soldados parshendi. Tal vez los suficientes para acabar con su capacidad para librar la guerra en las Llanuras.

Era algo a tener en cuenta. Sin embargo, antes de que eso pudiera suceder, Dalinar necesitaría alianzas. Pasó los dedos hacia el oeste.

—El alto príncipe Sadeas lo ha estado haciendo muy bien últimamente —Dalinar dio un golpecito sobre el campamento de Sadeas—. Ha estado comprando mesetas a los otros altos príncipes, lo que hace que cada vez le resulte más fácil llegar primero a los campos de batalla.

—Sí —dijo Roion, frunciendo el ceño—. No hace falta ver ningún mapa para saberlo, Dalinar.

—Míralo con perspectiva. Seis años de lucha continua, y nadie ha visto siquiera el centro de las Llanuras Quebradas.

—Ese no ha sido nunca el tema. Los contenemos, los asediamos, los obligamos a pasar hambre y los obligamos a rendirse. ¿No era ese tu plan?

—Sí, pero nunca imaginé que fuera a llevar tanto tiempo. He estado pensando que tal vez sea el momento de cambiar de táctica.

—¿Por qué? Esta funciona. Apenas pasa una semana sin que haya un par de enfrentamientos con los parshendi. Aunque he de señalar que últimamente no has sido modelo de inspiración en la batalla.

Le indicó con la cabeza a Dalinar su nombre en la hoja más pequeña. Había un puñado de marcas a su lado, señalando las gemas corazón ganadas. Pero muy pocas eran recientes.

—Hay quienes dicen que el Aguijón Negro ha perdido su ímpetu —dijo Roion. Tuvo cuidado de no insultar a Dalinar, pero se atrevió a llegar más lejos de lo que había hecho nunca antes. La noticia de lo que le había sucedido a Dalinar mientras estaba atrapado en el barracón se había extendido.

Dalinar se obligó a guardar la calma.

—Roion, no podemos continuar tratando esta guerra como a un juego.

—Todas las guerras son juegos. ¡Del tipo más grande, donde las piezas perdidas son vidas de verdad, y las piezas capturadas producen riquezas de verdad! Esta es la vida para la que existen los hombres. Para luchar, para matar, para vencer.

Estaba citando al Hacedor de Soles, el último rey alezi que unió a los altos príncipes. Gavilar reverenció en tiempos su nombre.

—Tal vez —dijo Dalinar—. ¿Pero qué sentido tiene? Luchamos para conseguir espadas esquirladas, y luego usamos esas espadas esquirladas para luchar para conseguir más espadas esquirladas. Es un círculo, y damos vueltas y más vueltas, persiguiéndonos las colas para poder ser mejores persiguiéndonos las colas.

—Luchamos para prepararnos para reclamar el suelo y recuperar lo que es nuestro.

—Los hombres pueden entrenarse sin ir a la guerra, y pueden luchar sin que carezca de sentido. No fue siempre así. Hubo momentos en que nuestras guerras significaron algo.

Roion alzó una ceja.

—Casi me estás haciendo creer en los rumores, Dalinar. Dicen que has perdido el gusto por el combate, que ya no tienes voluntad para luchar —miró de nuevo a Dalinar—. Algunos andan diciendo

que es hora de que abdiques en tu hijo.

—Los rumores se equivocan —replicó Dalinar.

—Es…

—Se equivocan —dijo Dalinar, tajante—, si dicen que ya no me importa. —Apoyó de nuevo los dedos en la superficie del mapa, pasándolos por el suave pergamino—. Me importa, Roion. Me importa muchísimo. Esta gente. Mi sobrino. El futuro de esta guerra. Y por eso sugiero un curso de acción agresivo a partir de ahora.

—Bien, supongo que es bueno saberlo.

«Únelos…»

—Quiero que intentes un ataque conjunto conmigo —dijo Dalinar.

—¿Qué?

—Quiero que los dos intentemos coordinar nuestros esfuerzos y ataquemos al mismo tiempo, trabajando juntos.

—¿Por qué querríamos hacer eso?

—Podríamos aumentar nuestras posibilidades de conseguir gemas corazón.

—Si más soldados aumentaran mis posibilidades de ganar, traería más soldados propios —dijo Roion—. Las mesetas son demasiado pequeñas para albergar ejércitos grandes, y la movilidad es más importante que la fuerza de los números.

Era un argumento válido: en las Llanuras, más no significaba necesariamente mejor. La estrechez de espacio y una marcha forzada al campo de batalla cambian la guerra de manera significativa. El número exacto de tropas utilizadas dependía del tamaño de la meseta y la filosofía marcial personal del alto príncipe.

—Trabajar juntos no solo implicaría contar con más tropas en el campo —dijo Dalinar—. El ejército de cada alto príncipe tiene fuerzas diferentes. Yo destaco por mi infantería pesada: tú tienes los mejores arqueros. Los puentes de Sadeas son los más rápidos. Trabajando juntos, podríamos probar nuevas tácticas. Desperdiciamos demasiados esfuerzos llegando a toda prisa a las mesetas. Si no tuviéramos tanta prisa compitiendo unos contra otros, tal vez podríamos rodear la meseta. Podríamos dejar que los

parshendi llegaran primero, y luego atacarlos según nuestra táctica, no la suya.

Roion vaciló. Dalinar había pasado días deliberando con sus generales sobre la posibilidad de un ataque conjunto. Parecía que habría claras ventajas, pero no lo sabrían con seguridad hasta que alguien lo probara.

Roion parecía estar considerándolo.

—¿Quién se llevaría la gema corazón?

—Dividiríamos las riquezas a partes iguales —dijo Dalinar.

—¿Y si capturamos una hoja esquirlada?

—El hombre que la gane se la queda, naturalmente.

—Y lo más probable es que seas tú —dijo Roion, frunciendo el ceño—. Ya que tu hijo y tú ya tenéis esquirladas.

Era el gran problema de las espadas y armaduras esquirladas: ganarlas era altamente improbable a menos que ya tuvieras esquirladas. De hecho, tener solo una de las dos cosas a menudo era insuficiente. Sadeas se había enfrentado a portadores de esquirlada parshendi en el campo de batalla, y siempre se había visto obligado a retirarse, no fueran a matarlo.

—Estoy seguro de que podríamos llegar a un acuerdo más equitativo —dijo Dalinar finamente. Si ganara alguna esquirlada más, esperaba poder dársela a Renarin.

—Estoy seguro —dijo Roion, escéptico.

Dalinar inspiró profundamente. Tenía que ser más atrevido.

—¿Y si te las ofrezco?

—¿Disculpa?

—Intentamos un ataque conjunto. Si gano una espada o una armadura, tú te quedas con el primer equipo. Pero yo me quedo con el segundo.

Roion entornó los ojos.

—¿Harías eso?

—Por mi honor, Roion.

—Bueno, nadie dudaría de eso. ¿Pero puedes reprochar a nadie ser cauto?

—¿Por qué?

—Soy un alto príncipe, Dalinar —dijo Roion—. Mi principado es el más pequeño, cierto, pero soy dueño de mis acciones. No me veo

subordinado ante alguien más grande.

«Ya eres parte de algo más grande —pensó Dalinar con frustración—. Eso sucedió en el momento en que juraste fidelidad a Gavilán» Roion y los demás se negaban a cumplir sus promesas.

—Nuestro reino puede ser mucho más de lo que es, Roion.

—Quizá. Pero tal vez estoy satisfecho con lo que tengo. Sea como sea, tu propuesta es interesante. Tendré que pensármelo.

—Muy bien —dijo Dalinar, pero sus instintos le decían que Roion rechazaría la oferta. Era demasiado receloso. Los altos príncipes apenas confiaban unos en otros lo suficiente para trabajar juntos cuando no había hojas esquirladas en juego.

—¿Te veré en el banquete esta noche? —preguntó Roion.

—¿Por qué no? —preguntó Dalinar con un suspiro.

—Bueno, los guardatormentas han dicho que podría haber una esta noche…

—Estaré allí —dijo Dalinar simplemente.

—Sí, por supuesto —rio Roion—. No hay motivo para que no estés.

Le sonrió a Dalinar y se retiró. Sus ayudantes lo siguieron.

Dalinar suspiró y se volvió a mirar el Primer Mapa, pensando en la reunión y lo que había significado. Se quedó allí de pie largo rato, contemplando las Llanuras como si fuera un dios desde lo alto. Las mesetas parecían islas cercanas unas a otras, o quizá piezas irregulares colocadas en una enorme vidriera. No por primera vez, Dalinar pensó que debería encontrar alguna pauta en las mesetas. Si pudiera ver más, tal vez. ¿Qué significaría si hubiera un orden en los abismos?

Todos los demás estaban dedicados a parecer fuertes, a demostrar su valía. ¿Era de verdad el único que veía lo frívolo que era todo aquello? ¿La fuerza por la fuerza? ¿De qué servía la fuerza a menos que hicieras algo con ella?

«Alezkar fue una luz, una vez —pensó—, eso es lo que dice el libro de Gavilar, eso es lo que me están mostrando las visiones. Nohadon fue rey de Alezkar, hace mucho tiempo. Antes de que los Heraldos se marcharan.»

A Dalinar casi le parecía que podía verlo. El secreto. Aquello que había emocionado tanto a Gavilar en los meses anteriores a su

muerte. Si Dalinar pudiera llegar un poco más lejos, lo distinguiría. Vería la pauta en las vidas de los hombres. Y finalmente sabría.

Pero eso era lo que llevaba haciendo seis años. Tantear, intentar llegar más lejos, estirarse un poco más. Cuando más lejos intentaba llegar, más lejanas parecían estar aquellas respuestas.

Adolin entró en la galería de mapas. Su padre seguía allí, solo. Dos miembros de la Guardia de Cobalto lo protegían desde lejos. Roion no estaba ya por ninguna parte.

Adolin se acercó lentamente. Su padre tenía aquella expresión ausente en los ojos que tan a menudo mostraba últimamente. Incluso cuando no sufría un ataque, no estaba allí del todo. No como estaba antes.

—¿Padre?

—Hola, Adolin.

—¿Cómo fue la reunión con Roion? —preguntó Adolin, intentando parecer animado.

—Decepcionante. Soy bastante peor diplomático que guerrero.

—La paz no produce beneficios.

—Eso es lo otro que dice todo el mundo. Pero tuvimos paz antes, y parecía que nos iba bien. Mejor, incluso.

—No ha habido paz desde los Salones Tranquilos —dijo Adolin inmediatamente—. «La vida del hombre en Roshar es conflicto.»

Era una cita de *Las discusiones*.

Dalinar se volvió hacia Adolin, divertido.

—¿Citas las escrituras? ¿Tú?

Adolin se encogió de hombros, sintiéndose como un idiota.

—Bueno, Malasha es bastante religiosa, y esta mañana estuve escuchando…

—Espera —dijo Dalinar—. ¿Malasha? ¿Quién es esa?

—La hija del brillante señor Seveks.

—¿Y aquella muchacha, Janala?

Adolin sonrió, pensando en el desastroso paseo del otro día. Varios bellos regalos tenían todavía que reparar aquello. Ella no parecía tan entusiasmada con él ahora que no cortejaba a otra.

—Las cosas se han vuelto rocosas. Malasha parece una perspectiva mejor —cambió rápidamente de tema—. Interpreto que

Roion no nos acompañará pronto en ningún ataque.

Dalinar negó con la cabeza.

—Tiene demasiado miedo de que trate de manipularlo para poder apoderarme de sus tierras. Tal vez fue un error abordar primero al príncipe más débil. Prefiere agacharse y capear el temporal conservando lo que tiene, en vez de hacer un gesto arriesgado para conseguir algo mejor.

Dalinar miró el mapa, de nuevo con expresión distante.

—Gavilar soñaba con unificar Alezkar. Una vez pensé que lo había conseguido, a pesar de lo que decía. Cuanto más trabajo con estos hombres, más comprendo que tenía razón. Fracasamos. Derrotamos a estos hombres, pero no llegamos a unificarlos nunca.

—¿Sigues con la idea de abordar a los demás?

—Sí. Solo necesito que uno diga que sí para empezar. ¿A quién crees que deberíamos acudir a continuación?

—No estoy seguro —dijo Adolin—. Pero creo que tendrías que saber algo. Sadeas nos ha pedido permiso para entrar en nuestro campamento. Quiere interrogar a los mozos de cuadra que atendieron el caballo de su majestad durante la caza.

—Su nuevo puesto le da derecho a tener ese tipo de exigencias.

—Padre —dijo Adolin, acercándose y hablando en voz más baja —. Creo que va a actuar contra nosotros. —Dalinar lo miró—. Sé que confías en él —dijo rápidamente—. Y comprendo tus motivos. Pero escúchame. Este movimiento lo pone en una posición ideal para socavar nuestra situación. El rey está tan paranoico que recela incluso de nosotros…, sé que te has dado cuenta. Todo lo que Sadeas necesita es encontrar una «prueba» imaginaria que nos relacione con un intento de asesinar al rey, y podrá volver a Elhokar en nuestra contra.

—Tendremos que correr el riesgo.

Adolin frunció el ceño.

—Pero…

—Confío en Sadeas, hijo. Pero aunque no lo hiciera, no podríamos prohibirle la entrada ni bloquear su investigación. No solo seríamos culpables a los ojos del rey: estaríamos negando también su autoridad —sacudió la cabeza—. Si quiero que los altos príncipes me acepten como su líder en la guerra, tengo que estar

dispuesto a permitirle a Sadeas su autoridad como alto príncipe de información. No puedo recurrir a las antiguas tradiciones para imponer mi autoridad y negarle a Sadeas el mismo derecho.

—Supongo —admitió Adolin—. Pero podríamos prepararnos. No puedes decirme que no estás un poco preocupado.

Dalinar vaciló.

—Tal vez. Esta maniobra de Sadeas es agresiva. «Sé fuerte. Actúa con honor, y el honor te ayudará.» Es el consejo que me han dado.

—¿Dónde?

Dalinar lo miró, y la respuesta quedó clara para Adolin.

—Así que ahora nos jugamos el futuro de nuestra casa con estas visiones.

—Yo no diría eso —replicó Dalinar—. Si Sadeas actúa contra nosotros, no dejaré que nos acorrale. Pero tampoco voy a dar el primer paso contra él.

—Por lo que has visto —dijo Adolin, cada vez más frustrado—. Padre, dijiste que escucharías lo que tuviera que decir sobre las visiones. Bien, por favor, escúchame ahora.

—Este no es el lugar adecuado.

—Siempre tienes una excusa —dijo Adolin—. ¡He intentado abordarte ya cinco veces, y siempre me evitas!

—Tal vez porque sé lo que vas a decir. Y sé que no servirá de nada.

—O tal vez porque no quieres enfrentarte a la verdad.

—Ya es suficiente, Adolin.

—¡No, no lo es! ¡Se burlan de nosotros en todos los campamentos, nuestra autoridad y reputación disminuyen día a día, y tú te niegas a hacer nada sustancial al respecto!

—Adolin. No toleraré que mi hijo…

—¿Pero lo tolerarás por parte de todos los demás? ¿Por qué, padre? Cuando los demás dicen cosas de nosotros, lo permites. ¡Pero cuando Renarin o yo damos el más mínimo paso hacia lo que tú consideras que es inadecuado, somos castigados inmediatamente! ¿Todos los demás pueden decir mentiras, pero yo no puedo decir la verdad? ¿Tan poco significan tus hijos para ti?

Dalinar se quedó inmóvil, como si lo hubieran abofeteado.

—No estás bien, padre —continuó Adolin. Una parte de él se daba cuenta de que había llegado demasiado lejos, de que estaba hablando demasiado alto, pero prosiguió de todas formas—: ¡Tenemos que dejar de andarnos con rodeos! ¡Tienes que dejar de dar explicaciones cada vez más irracionales para explicar tus ataques! Sé que es duro de aceptar, pero a veces la gente envejece. A veces, la mente deja de funcionar bien.

»No sé qué ocurre. Tal vez es que te sientes culpable por la muerte de Gavilar. Ese libro, los Códigos, las visiones…, tal vez no son más que intentos de emprender una huida, de buscar redención, algo. Lo que ves no es real. Tu vida ahora es una racionalización, un modo de intentar pretender que lo que está pasando no está pasando. ¡Pero me iré a la misma Condenación antes de dejar que arrastres a toda nuestra casa sin expresar mi opinión al respecto!

Prácticamente gritó las últimas palabras, que resonaron en la gran cámara, y Adolin advirtió que estaba temblando. Nunca, en todos sus años de vida, le había hablado a su padre de esta forma.

—¿Crees que no he pensado nada sobre estas cosas? —dijo Dalinar, la voz helada, la mirada endurecida—. He repasado cada uno de los puntos que has mencionado una docena de veces.

—Entonces tal vez deberías repasarlos unas cuantas más.

—Debo confiar en mí mismo. Las visiones están intentando mostrarme algo importante. No puedo demostrar ni explicar cómo lo sé. Pero es verdad.

—Pues claro que eso es lo que crees —dijo Adolin, exasperado—. ¿No lo ves? Eso es exactamente lo que quieres sentir. ¡Los hombres siempre ven lo que quieren! Mira al rey. Ve a un asesino en cada sombra, y una correa gastada se convierte en un retorcido plan para quitarle la vida.

Dalinar volvió a guardar silencio.

—¡A veces, las respuestas sencillas son las adecuadas, padre! La cincha del rey simplemente se gastó. Y tú…, tú simplemente ves cosas que no están ahí.

Se miraron a la cara. Adolin aguantó la mirada. No quería.

Dalinar finalmente le dio la espalda.

—Déjame, por favor.

—Muy bien. De acuerdo. Pero quiero que pienses en esto.

Quiero que…

—Adolin. Vete.

Adolin apretó los dientes, pero dio media vuelta y se marchó. «Había que decirlo», se dijo mientras abandonaba la galería.

Eso no hizo que se sintiera mejor por haber tenido que ser él quien lo dijera.



SIETE AÑOS ANTES

—Lo que hacen no está bien —dijo una voz de mujer—. No se puede ir rajando a la gente para ver qué ocultó dentro el Todopoderoso por buenos motivos.

Kal se detuvo. Estaba en un callejón entre dos casas en Piedralar. El cielo era grisáceo: había llegado el invierno. El Llanto se acercaba, y las altas tormentas eran poco frecuentes. Por el momento, hacía demasiado frío para que las plantas disfrutaran del respiro: los rocapullos pasaban las semanas de invierno enroscados dentro de sus conchas. La mayoría de las criaturas hibernaban, esperando a que regresara el calor. Por fortuna, las estaciones solían durar solo unas pocas semanas. Era algo impredecible. Así funcionaba el mundo. Solo había estabilidad después de la muerte. Al menos, eso enseñaban los fervorosos.

Kal llevaba un grueso abrigo de algodón de brechárbol. El tejido picaba pero abrigaba, y lo habían teñido de marrón oscuro. Tenía subida la capucha y mantenía las manos en los bolsillos. A su derecha estaba la panadería; la familia dormía en el espacio triangular que había detrás, y la parte delantera era el establecimiento. A la izquierda de Kal quedaba una de las tabernas de Piedralar, donde la cerveza de lavis corría en abundancia durante las semanas de invierno.

Podía oír a dos mujeres charlando cerca, aunque no las veía.

—¿Sabes lo que le robó al antiguo consistor? —dijo una de ellas

en voz baja—. Todo un cuenco lleno de esferas. El cirujano dice que eran un regalo, pero era el único que estaba presente cuando murió el consistor.

—He oído decir que hay un documento —contestó la primera voz.

—Unos cuantos glifos. No es un testamento real. ¿Y cuál fue la mano que escribió esos glifos? El propio cirujano. No está bien que el consistor no tuviera una mujer allí delante para hacer de escriba. Ya te digo: no está bien lo que hacen.

Kal rechinó los dientes, tentado por salir y hacerle saber a las mujeres que las había oído. Pero su padre no lo aprobaría. Lirin no querría causar peleas ni situaciones embarazosas.

Pero eso era cosa de su padre. Así que Kal salió del callejón, pasando ante Nanha Terith y Nanha Relina, que estaban allí chismorreando delante de la panadería. Terith era la esposa del panadero, una mujer gruesa de pelo oscuro y rizado. Estaba en mitad de otra calumnia. Kal le dirigió una dura mirada, y sus ojos castaños mostraron un gratificante momento de incomodidad.

Kal cruzó la plaza con cuidado, atento a los charcos de hielo. La puerta de la panadería se cerró tras él cuando las dos mujeres corrieron al interior.

Su satisfacción no duró mucho. ¿Por qué decía siempre la gente esas cosas de su padre? Lo llamaban morboso y falso, pero corrían a comprar glifoguardas y amuletos a los boticarios de paso o a los mercaderes de fortuna. ¡El Todopoderoso compadeciera a un hombre que realmente hacía algo útil para ayudar!

Todavía molesto, Kal dobló unas cuantas esquinas, dirigiéndose al lugar donde su madre estaba subida a una escalera a un lado del consistorio, picando con cuidado en los aleros del edificio. Hesina era una mujer alta, y normalmente llevaba el pelo recogido en una cola, y luego un pañuelo sobre la cabeza. Hoy, llevaba un roete. Tenía puesto un largo abrigo marrón igual que el de Kal, y el borde azul de su falda apenas asomaba por abajo.

Los objetos de su atención eran un puñado de pendientes de roca como los carámbanos que se habían formado en los bordes del tejado. Las altas tormentas descargaban agua, y el agua traía crem. Si no se intervenía, se endurecía hasta convertirse en piedra. Los

edificios desarrollaban estalactitas, formadas por el agua que con el deshielo goteaba lentamente de los aleros. Había que limpiarlos de manera regular, o arriesgarse a que el tejado pesara tanto que acabara por desplomarse.

Su madre reparó en él y sonrió, las mejillas arreboladas por el frío. Con la cara fina, la barbilla sobresaliente y los labios carnosos, era una mujer bonita. Al menos Kal así lo pensaba. Más bonita que la mujer del panadero, desde luego.

—¿Tu padre ha terminado ya tus lecciones? —preguntó.

—Todo el mundo lo odia —estalló Kal.

Su madre volvió a su trabajo.

—Kaladin, tienes trece años. Ya eres lo bastante mayor para saber que no hay que decir esas tonterías.

—Es cierto —insistió él, testarudo—. He oído hablar a unas mujeres. Ahora mismo. Decían que padre le robó las esferas al brillante señor Winslow. Dicen que a padre le gusta rajar a la gente y hacer cosas que no son naturales ni ná.

—No son naturales ni *nada*.

—¿Por qué no puedo hablar como todo el mundo?

—Porque no está bien.

—Está bien para Nanha Terith.

—¿Y qué piensas de ella?

Kal vaciló.

—Es una ignorante. Y le gusta cotillear sobre cosas de las que no sabe nada.

—Muy bien, pues. Si deseas imitarla, no puedo poner ninguna objeción a esa práctica.

Kal sonrió. Había que tener cuidado cuando hablabas con Hesina: le gustaba retorcer las palabras. Se apoyó en la pared del consistorio, viendo cómo su aliento se acumulaba ante él. Tal vez una táctica distinta funcionaría.

—Madre, ¿por qué odia la gente a padre?

—No lo odian —respondió ella. Sin embargo, su pregunta, formulada con calma, la hizo continuar—. Pero los hace sentirse incómodos.

—¿Por qué?

—Porque a algunas personas les asusta el conocimiento. Tu

padre es un hombre instruido, sabe cosas que los demás no pueden entender. Por tanto, esas cosas deben ser oscuras y misteriosas.

—No les dan miedo los mercaderes de suerte y las glifoguardas.

—Pero esas cosas pueden comprenderlas —dijo su madre tranquilamente—. Quemas una glifoguarda delante de tu casa, y espantará el mal. Tu padre no le dará a nadie una guarda para curarlos. Insistirá en que se queden en cama, bebiendo agua y tomando alguna medicina apestosa, y limpiando sus heridas cada día. Es duro. Prefieren dejarlo todo en manos del destino.

Kal reflexionó al respecto.

—Creo que lo odian porque falla demasiado a menudo.

—Eso también. Si una glifoguarda falla, puedes echar la culpa a la voluntad del Todopoderoso. Si tu padre falla, es culpa suya. O esa es la percepción.

Su madre continuó trabajando, mientras los copos de piedra caían a su alrededor.

—Nunca odiarán de verdad a tu padre: es demasiado útil. Pero nunca será uno de ellos. Es el precio de ser cirujano. Tener poder sobre las vidas de los hombres es una responsabilidad incómoda.

—¿Y si no quiero esa responsabilidad? ¿Y si solo quiero ser algo normal, como panadero, o granjero, o…?

«O soldado», añadió mentalmente. Había blandido un bastón en secreto varias veces, y aunque nunca había podido repetir aquel momento en que luchó contra Jost, sí había algo vigorizante en empuñar un arma. Algo que lo atraía y lo entusiasmaba.

—Creo que la vida de los panaderos y los granjeros no te parecerá tan envidiable.

—Al menos ellos tienen amigos.

—Y tú también. ¿Qué pasa con Tien?

—Tien no es mi amigo, madre. Es mi hermano.

—Oh, ¿y no puede ser las dos cosas a la vez?

Kal miró al cielo.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Ella bajó de la escalera y le dio una palmadita en el hombro.

—Sí que lo sé, y lamento tomármelo a broma. Pero te pones en una situación difícil. ¿Quieres amigos, pero de verdad quieres actuar como los otros chicos? ¿Dejar tus estudios para poder

trabajar en los campos como un esclavo? ¿Envejecer antes de tiempo, gastado y arrugado por el sol?

Kal no respondió.

—Las cosas que tienen los demás siempre parecen mejores que las que tiene uno —dijo su madre—. Trae la escalera.

Kal la siguió diligente, rodeó el consistorio y colocó la escalera en el otro lado para que su madre pudiera subir y empezar a trabajar de nuevo.

—Los demás piensan que padre robó esas esferas —Kal se metió las manos en los bolsillos—. Cree que escribió por su cuenta esa orden del brillante señor Wistiow e hizo que el viejo la firmara cuando no sabía lo que hacía. —Su madre no dijo nada—. Odio las mentiras y los chismes —dijo Kal—. Odio que inventen esas cosas de nosotros.

—No los odies, Kal. Son buena gente. En este caso, solo repiten lo que han oído.

Contempló la mansión del consistor, en lo alto de la colina. Cada vez que Kal la veía, le venían ganas de subir hasta allí para hablar con Laral. Pero las últimas veces que lo había intentado no le habían permitido verla. Ahora que su padre había muerto, su ama controlaba su tiempo, y la mujer no creía que mezclarse con los chicos del pueblo fuera apropiado.

El esposo del ama, Miliv, era el mayordomo principal del brillante señor Winslow. Si había una fuente de malos rumores sobre la familia de Kal, probablemente era él. Nunca le había caído bien el padre de Kal. Bueno, pronto Miliv ya no tendría importancia. Se esperaba la llegada de un nuevo consistor de un día para otro.

—Madre, esas esferas están ahí sin hacer otra cosa sino brillar. ¿No podemos gastar algunas para que no tengas que venir a trabajar aquí?

—Me gusta trabajar —dijo ella, rascando de nuevo—. Despeja la mente.

—¿No me acabas de decir que no me gustaría tener que trabajar? ¿Mi cara arrugada antes de su tiempo, o algo poético por el estilo?

Ella vaciló, y luego se echó a reír.

—Listo muchacho.

—Helado muchacho —dijo él, tiritando.

—Yo trabajo porque quiero. No podemos gastar esas esferas: son para tu educación, y por eso mi trabajo es mejor que obligar a tu padre a cobrar por sus curas.

—Tal vez nos respetarían más si cobrara.

—Oh, nos respetan. No, no creo que ese sea el problema —miró a Kal—. Sabes que somos segundo *nahn*.

—Claro —respondió Kal, encogiéndose de hombros.

—Un joven cirujano dotado del rango adecuado podría llamar la atención de una familia noble más pobre, alguien que deseara dinero y fama. Sucede en las ciudades más grandes.

Kal miró de nuevo hacia la mansión.

—Por eso me animaste tanto a que jugara con Laral. Querías que me casara con ella, ¿no?

—Era una posibilidad —dijo su madre, regresando al trabajo.

Él no supo qué pensar al respecto. Los últimos meses habían sido extraños. Su padre lo había obligado a estudiar, pero en secreto se había dedicado a practicar con el bastón. Dos caminos posibles. Ambos excitantes. A Kal le gustaba aprender, y ansiaba poder ayudar a la gente, vendar sus heridas, hacer que mejoraran. Veía auténtica nobleza en lo que hacía su padre.

Pero le parecía que si pudiera luchar, podría hacer algo aún más noble. Proteger sus tierras, como los grandes héroes ojos claros de las historias. Y era así como se sentía cuando empuñaba un arma.

Dos caminos. Opuestos, en muchos aspectos. Solo podía optar por uno.

Su madre siguió picando en los aleros y, con un suspiro, Kal cogió una segunda escalera y un puñado de herramientas del taller y se unió a ella. Era alto para su edad, pero todavía tenía que empinarse en la escalera. Pilló a su madre sonriendo, sin duda complacida por contar con su ayuda. En realidad, Kal solo quería la oportunidad de golpear algo.

¿Cómo sería estar casado con alguien como Laral? Nunca sería su igual. Sus hijos tendrían la posibilidad de ser ojos claros u ojos oscuros, así que incluso ellos serían superiores a él. Se sentiría terriblemente fuera de lugar. Si elegía ese camino, elegiría la vida

de su padre. Elegiría mantenerse aparte, estar aislado.

Sin embargo, si iba a la guerra, tendría un sitio. Tal vez incluso podría hacer lo que casi era impensable, ganar una espada esquirlada y convertirse en un auténtico ojos claros. Entonces podría casarse con Laral y no tendría que ser su inferior. ¿Era por eso por lo que ella lo animaba siempre a convertirse en soldado? ¿Había estado pensando en ese tipo de cosas, incluso entonces? Porque entonces, esas decisiones (el matrimonio, su futuro) le habían parecido a Kal imposiblemente remotas.

Se sentía tan joven. ¿Tenía de verdad que considerar esas cuestiones? Todavía habrían de pasar unos cuantos años antes de que los cirujanos de Kharbranth le permitieran hacer las pruebas. Pero si en cambio se hiciera soldado, tendría que enrolarse en el ejército antes de que eso sucediera. ¿Cómo reaccionaría su padre si se fuera sin más con los reclutadores? Kal no estaba seguro de poder enfrentarse a la mirada decepcionada de Lirin.

Como en respuesta a sus pensamientos, la voz de su padre sonó entonces.

—¡Hesina!

La madre de Kal se volvió, sonriendo y metiéndose un rizo de pelo oscuro en el pañuelo. Su padre venía corriendo por la calle, el rostro ansioso. Kal sintió un súbito retortijón de preocupación. ¿Quién estaba herido? ¿Por qué no lo había mandado llamar Lirin?

—¿Qué pasa? —preguntó la madre de Kal, bajando de la escalera.

—Está aquí, Hesina.

—Ya era hora.

—¿Quién? —preguntó Kal, saltando de su escalera—. ¿Quién está aquí?

—El nuevo consistor, hijo —respondió Lirin, su aliento quedaba prendido en el frío aire—. Es el brillante señor Roshone. Me temo que no hay tiempo para cambiarnos. No si queremos asistir a su primer discurso. ¡Vamos!

Los tres se marcharon corriendo, los pensamientos y preocupaciones de Kal olvidados ante la perspectiva de conocer a un nuevo ojos claros.

—No envió noticias con antelación —dijo Lirin entre dientes.

—Eso podría ser buena señal —replicó Hesina—. Tal vez considere que no necesita que nadie le dore la píldora.

—Eso, o es desconsiderado. Padre Tormenta, odio tener un nuevo hacendado. Siempre me hace sentir como si estuviera echando un puñado de piedras a un jugo de rompecuello. ¿Tiraremos la reina o la torre?

—Pronto lo veremos —dijo Hesina, mirando a Kal—. No dejes que las palabras de tu padre te alteren. Siempre se pone pesimista en momentos como este.

—Yo no —dijo Lirin. Ella le dirigió una mirada—. Nombra otro de esos momentos.

—Cuando conociste a mis padres.

El padre de Kal se detuvo en seco, parpadeando.

—Vientos de tormenta —murmuró—, esperemos que esto no vaya ni la mitad de mal que aquello.

Kal escuchaba con curiosidad. Nunca había conocido a los padres de su madre; no se solía hablar de ellos. Poco después, los tres llegaron al extremo sur de la ciudad. Una multitud se estaba congregando. Tien ya estaba allí, esperando. Los llamó nervioso, a su estilo, dando saltos arriba y abajo.

—Ojalá tuviera la mitad de la energía de ese chico —dijo Lirin.

—¡He encontrado un sitio! —llamó Tien, ansioso, señalando—. ¡Junto a los barriles de agua! ¡Venga! ¡Nos lo vamos a perder!

Tien echó a correr y se encaramó en lo alto de los barriles. Varios de los chicos del pueblo se dieron cuenta y se dieron codazos unos a otros. Uno hizo un comentario que Kal no pudo oír. Eso hizo que los demás se rieran de Tien, cosa que inmediatamente puso furioso a Kal. Tien no se merecía que se burlaran de él simplemente porque era pequeño para su edad.

No obstante, este no era un buen momento para enfrentarse a los otros chicos, así que Kal se unió a regañadientes a sus padres junto a los barriles. Tien le sonrió, de pie en lo alto del suyo. Había apilado cerca unas cuantas de sus piedras favoritas, piedras de colores y formas diferentes. Había piedras alrededor de todos ellos, y sin embargo Tien era la única persona que conocía que se entusiasmaba con ellas. Después de pensarlo un momento, Kal se subió a un barril (con cuidado de no pisar ninguna de las piedras de

su hermano), para así poder ver mejor la procesión del consistor.

Era enorme. Debía de haber una docena de carretas en fila, siguiendo un hermoso carruaje tirado por cuatro esbeltos caballos negros. A su pesar, Kal se quedó boquiabierto. Wistiow solo poseía un caballo, y parecía tan viejo como él.

¿Podía un hombre, aunque fuera un ojos claros, poseer tantas cosas? ¿Dónde las ponía? Y también había personas. Docenas, viajando en los carros, caminando en grupos. Había también una docena de soldados con brillantes petos y camisas de cuero. Este ojos claros incluso tenía su guardia de honor.

La procesión llegó por fin al desvío hacia Piedralar. Un hombre a caballo condujo al carruaje y sus soldados hacia el pueblo mientras la mayoría de los carros continuaban hacia la mansión. Kal se fue poniendo cada vez más nervioso a medida que el carruaje rodaba lentamente hacia su destino. ¿Podría ver por fin a un verdadero héroe ojos claros? Todo el mundo decía que era probable que el nuevo consistor fuera alguien que el rey Gavilar o el alto príncipe Sadeas hubiera ascendido por haberse distinguido en las guerras para unificar Alezkar.

El carruaje dio la vuelta para poder mirar hacia la multitud. Los caballos piafaron y golpearon el suelo con sus cascos, y el conductor del carruaje bajó de un salto y rápidamente abrió la portezuela. Un hombre de mediana edad con barba corta y gris bajó. Llevaba una chaqueta violeta con chorreras, corta por delante (solo le llegaba hasta la cintura) y larga por detrás. Debajo vestía una larga takama, una camisa larga y recta que le llegaba hasta las pantorrillas.

Una takama. Pocos las llevaban ya, pero los soldados viejos del pueblo hablaban de los días en que eran populares como atuendo entre los guerreros. Kal no esperaba que la takama pareciera una camisa de mujer, pero con todo era buena señal. El propio Roshone parecía un poco viejo y débil para ser un auténtico soldado. Pero llevaba espada.

El ojos claros observó a la multitud, con una expresión de disgusto en el rostro, como si hubiera tragado algo amargo. Tras él asomaron dos personas. Una mujer joven de rostro afilado y una mujer mayor con el pelo trenzado. Roshone estudió a la multitud y luego sacudió la cabeza y dio media vuelta para subirse de nuevo al

carruaje.

Kal frunció el ceño. ¿No iba a decir nada? La multitud pareció compartir la sorpresa del muchacho. Unos cuantos empezaron a susurrar ansiosamente.

—¡Brillante señor Roshone! —llamó el padre de Kal.

La multitud se calló. El ojos claros se volvió a mirar. La gente se apartó, y Kal se encontró encogiéndose ante una dura mirada.

—¿Quién habla? —exigió Roshone, su voz un grave barítono.

Lirin dio un paso adelante y alzó una mano.

—Brillante señor. ¿Fue agradable tu viaje? Por favor, ¿podemos mostrarte el pueblo?

—¿Cuál es tu nombre?

—Lirin, brillante señor. El cirujano de Piedralar.

—Ah —dijo Roshone—. Tú eres el que dejó morir al viejo Wistiow. —La expresión del brillante señor se ensombreció—. En cierto modo, es culpa tuya que yo esté en este miserable rincón del reino.

Gruñó, y luego volvió a subir al carruaje y cerró la puerta. Segundos después, el conductor del carruaje colocó en su sitio los peldaños, se subió a su sitio y maniobró el vehículo para dar la vuelta.

El padre de Kal bajó lentamente el brazo. La gente del pueblo empezó a murmurar de inmediato, haciendo comentarios sobre los soldados, el carruaje, los caballos.

Kal se sentó en su barril. «Bueno —pensó—, supongo que cabía esperar que un guerrero fuera cortante ¿no?» Los héroes de las leyendas no eran necesariamente tipos amables. Matar a gente y disfrutar de la charla no siempre iban juntos, le había dicho una vez el viejo Jarel.

Lirin echó a andar con expresión preocupada.

—¿Bien? —dijo Hesina, tratando de parecer alegre—. ¿Qué te parece? ¿Tiramos la reina o la torre?

—Ninguna de las dos cosas.

—¿No? ¿Y entonces qué tiramos?

—No estoy seguro —dijo él, mirando por encima del hombro—. Una pareja y un trío, tal vez. Volvamos a casa.

Tien se rascó la cabeza confundido, pero las palabras pesaron

sobre Kal. La torre eran tres parejas en una partida de rompecuellos. La reina era dos tríos. Lo primero era una pérdida total, lo segundo una victoria absoluta.

Pero una pareja y un trío se llamaba el carnicero. Que ganaras o no dependía de los otros tiros que hicieras.

Y, lo más importante, de los tiros de todos los demás.



Me persiguen. Tus amigos de la Decimoséptima Esquirla, sospecho. Creo que siguen perdidos, siguiendo una pista falsa que dejé para ellos. Se sentirán más felices así. Dudo que sepan qué hacer conmigo si me atrapan.

—«Estaba en la cámara oscura del monasterio —leyó Litima, de pie en el atril con el tomo abierto ante ella—, sus lejanos huecos pintados con charcos de oscuridad donde no llegaba la luz. Me hallaba sentado en el suelo, pensando en aquella oscuridad, en lo Invisible. No podía saber con certeza qué había oculto en aquella noche. Sospechaba que había paredes, recias y gruesas, ¿pero cómo podía saberlo sin ver? Cuando todo estaba oculto, ¿en qué podía confiar un hombre para considerarlo Verdadero?»

Litima, una de las escribas de Dalinar, era alta y rolliza y llevaba un vestido de seda violeta con reborde amarillo. Leía para Dalinar, que estaba de pie, observando los mapas de la pared de su estudio. La sala estaba equipada con hermosos muebles de madera y alfombras tejidas importadas de Marat. Había una garrafa de cristal de vino de tarde (naranja, no embriagador) en una mesa de altas patas en un rincón, chispeando con la luz de las esferas de diamante que colgaban de las lámparas.

—«Llamas de velas —continuó Litima. La selección era de *El camino de los reyes*, y el ejemplar era el mismo que antes fuera de

Gavilar—. Una docena de velas ardían hasta extinguirse en el estante que tenía delante. Cada vez que respiraba, la hacía temblar. Para ellas, yo era un coloso que asustaba y destruía. Y sin embargo, si me acercara demasiado, podrían destruirme. Mi aliento invisible, los latidos de vida que fluían entrando y saliendo, podían acabar con ellas libremente, mientras mis dedos no podían hacer lo mismo sin sentir la respuesta del dolor.»

Dalinar retorcía ausente su sello, sumido en sus pensamientos; era un zafiro con su glifopar Kholin. A su lado estaba Renarin, vestido con una guerrera azul y plata, los nudos dorados en los hombros indicaban su rango de príncipe. Adolin no estaba allí. Dalinar y él habían estado esquivándose mutuamente desde su discusión en la galería.

—«Comprendí en un momento de quietud —leyó Litima—. Las llamas de aquellas velas eran como las vidas de los hombres. Tan frágiles. Tan letales. Si no se las molestaba, iluminaban y daban calor. Si se las dejaba a sus anchas, destruirían las mismas cosas que debían iluminar. Hogueras en embrión, cada una portando una semilla de destrucción tan potente que podía arrasar ciudades y hacer caer de rodillas a los reyes. En años posteriores, mi mente regresaría a aquella noche tranquila y silenciosa, cuando contemplé las filas de seres vivos. Y comprendí. Que te ofrezcan lealtad es como ser infundido como una gema, obtener la temible licencia para destruir no solo tu propia entidad, sino la de todo lo que está a tu cargo.»

Litima guardó silencio. Era el final de la secuencia.

—Gracias, brillante Litima —dijo Dalinar—. Es suficiente.

La mujer inclinó respetuosamente la cabeza. Recogió a su joven pupila, que esperaba a un lado de la habitación, y se retiraron ambas, dejando el libro en el atril.

Ese fragmento se había convertido en uno de los favoritos de Dalinar. Lo reconfortaba escucharlo a menudo. Alguien más lo había sabido, alguien más había comprendido lo que él sentía ahora. Pero esta lectura no trajo el solaz que traía habitualmente. Solo le recordó los argumentos de Adolin. Ninguno había sido algo que Dalinar no hubiera considerado, pero que alguien en quien confiaba se lo echara en cara lo había trastocado todo. Contempló

los mapas, pequeñas copias de los que colgaban en la galería. Los había recreado para él la cartógrafa real, Isasik Shulin.

¿Y si las visiones que tenía eran en realidad solamente fantasmas?

A menudo había ansiado los días de gloria del pasado de Alezkar. ¿Eran las visiones la respuesta de su mente a eso, una forma subconsciente de permitirse ser un héroe, de justificarse por buscar obstinadamente sus objetivos?

Un pensamiento preocupante. Vistas de otro modo, aquellas órdenes fantasmales para «unificar» se parecían mucho a lo que la Hierocracia había dicho cuando intentó conquistar el mundo cinco siglos antes.

Dalinar dio media vuelta y cruzó la habitación, pisando con sus botas la suave alfombra. Una alfombra que era demasiado bonita. Dalinar se había pasado la mayor parte de su vida de campamento en campamento; había dormido en carros, barracones de piedra y tiendas tensadas a sotavento de formaciones rocosas. Comparado con eso, su actual morada era prácticamente una mansión. Le parecía que debería eliminar todos estos lujos. ¿Pero qué conseguiría?

Se detuvo en el atril y pasó los dedos por las gruesas páginas llenas de líneas de tinta violeta. No sabía leer las palabras, pero casi podía sentirlas emanando de la página como la luz tormentosa de una esfera. ¿Eran las palabras de este libro la causa de sus problemas? Las visiones habían empezado varios meses después de que escuchara por primera vez sus lecturas.

Apoyó la mano en las frías páginas entintadas. Su patria estaba sometida a tensión casi hasta el punto de ruptura, la guerra estaba estancada, y de repente se sintió cautivado por los mismos ideales y mitos que habían llevado a la caída de su hermano. En este momento los alezi necesitaban al Aguijón Negro, no un soldado cansado y viejo que se las daba de filósofo.

«Maldición —pensó—. ¡Creía que lo comprendía todo!» Cerró el volumen encuadernado en cuero, el lomo agrietado. Lo llevó a la estantería y lo devolvió a su sitio.

—Padre —preguntó Renarin—. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—Ojalá lo hubiera, hijo. —Dalinar acarició levemente el lomo del libro—. Es irónico. Este libro fue considerado en tiempos una de las grandes obras maestras de la filosofía política. ¿Lo sabías? Jasnah me contó que los reyes de todo el mundo lo estudiaban a diario. Ahora casi se considera una blasfemia.

Renarin no contestó.

—Da igual —dijo Dalinar, volviendo a la pared donde estaban los mapas—. El alto príncipe Aladar rechazó mi oferta de alianza, como hizo Roion. ¿Tienes idea de a quién debería abordar a continuación?

—Adolin dice que deberíamos estar mucho más preocupados de lo que estamos con el plan de Sadeas para destruirnos.

Los dos guardaron silencio. Renarin tenía esa costumbre, cortar conversaciones como un arquero enemigo abate a los oficiales contrarios en el campo de batalla.

—Tu hermano hace bien en preocuparse —dijo Dalinar—. Pero actuar contra Sadeas socavaría a Alezkar como reino. Por el mismo motivo, Sadeas no se atreverá a actuar contra nosotros. Lo comprenderá.

«Eso espero.»

De pronto sonaron cuernos en el exterior, llamadas graves y resonantes. Dalinar y Renarin se detuvieron. Parshendi divisados en las Llanuras. Una segunda llamada. La meseta veintitrés del segundo cuadrante. Los exploradores de Dalinar pensaban que estaba lo bastante cerca para que sus tropas llegaran primero.

Dalinar echó a correr, olvidando todos los demás pensamientos por el momento. Sus botas resonaron sobre la alfombra. Abrió la puerta y recorrió el pasillo iluminado por la luz tormentosa.

La puerta de la sala de guerra estaba abierta, y Teleb, el alto oficial de guardia, lo saludó al entrar. Teleb era un hombre erguido de ojos verde claro. Recogía su largo pelo en una coleta y tenía un tatuaje azul en la mejilla que lo identificaba como vieja sangre. A un lado de la sala, su esposa, Kalami, estaba sentada en un taburete tras un alto escritorio. Llevaba el pelo oscuro recogido en dos pequeñas trenzas, y el resto le caía por la espalda de su vestido violeta hasta rozar el borde del taburete. Era historiadora de renombre, y había solicitado permiso para dejar constancia de

reuniones como esta: planeaba escribir una historia de la guerra.

—Señor —dijo Teleb—. Un abismoide se encaramó a esa meseta hace menos de un cuarto de hora.

Señaló el mapa de batalla, que tenía glifos marcando cada meseta. Dalinar se acercó, y un grupo de oficiales se congregó a su alrededor.

—¿A qué distancia dirías que está? —preguntó, frotándose la barbilla.

—A unas dos horas —respondió Teleb, indicando una ruta que uno de sus hombres había trazado en el mapa—. Señor, creo que tenemos buenas posibilidades con este. El brillante señor Aladar tendrá que atravesar series de mesetas no reclamadas para llegar a la zona en disputa, mientras que nosotros tenemos línea directa. El brillante señor Sadeas tendría problemas, ya que debería abrirse paso por varios grandes abismos, demasiado anchos para cruzarlos con puentes. Apuesto a que ni siquiera lo intentará.

Dalinar, en efecto, tenía la línea más directa. Sin embargo, vaciló. Habían pasado meses desde que participó en una carrera por las mesetas. Su atención se había desviado, sus tropas eran necesarias para proteger los caminos y patrullar los grandes mercados que habían crecido en las afueras de los campamentos. Y ahora las preguntas de Adolin pesaban sobre él, abatiéndolo. Parecía un momento terrible para ir a la guerra.

«No —pensó—. No, tengo que hacerlo.» Ganar una escaramuza haría mucho por la moral de sus tropas y desacreditaría los rumores en los campamentos.

—¡Marchamos! —declaró Dalinar.

Unos cuantos oficiales prorrumpieron en excitados vítores, una muestra extrema de emoción en los alezi, habitualmente reservados.

—¿Y tu hijo, brillante señor? —preguntó Teleb. Se había enterado del enfrentamiento entre ambos. Dalinar dudaba de que hubiera una persona en los diez campamentos de guerra que no lo hubiera hecho.

—Mándalo llamar —dijo Dalinar con firmeza. Adolin necesitaba esto probablemente tanto o más que él.

Los oficiales se dispersaron. Los portadores de la armadura de Dalinar entraron un momento más tarde. Solo habían pasado unos

cuantos minutos desde que sonaran los cuernos, pero, después de seis años de lucha, la máquina de guerra funcionaba como un reloj cuando llamaba a la batalla. De fuera llegó la tercera llamada de los cuernos, reuniendo a los hombres.

Los portadores de la armadura comprobaron sus botas, para asegurarse de que los cordones estaban en su sitio, y luego trajeron un largo chaleco acolchado que pusieron encima de su uniforme. A continuación, colocaron en el suelo los escarpes o armaduras para las botas. Cubrieron las botas por completo y tenían en las suelas una superficie áspera que parecía aferrarse a la roca. El interior brillaba con la luz de los zafiros de sus bolsillos.

Dalinar recordó su visión más reciente. El Radiante, con su armadura brillando con glifos. Las armaduras esquirladas modernas no brillaban así. ¿Podría su mente haber fabricado ese detalle? ¿Lo habría hecho?

«No hay tiempo para pensar en eso ahora», pensó. Apartó sus inseguridades y preocupaciones, algo que había aprendido a hacer durante sus primeras batallas cuando era joven. Un guerrero necesitaba estar concentrado. Las preguntas de Adolin lo seguirían esperando cuando volviera. Por ahora, no podía permitirse dudar de sí mismo, sentirse inseguro. Era el momento del Aguijón Negro.

Se calzó los escarpes, y las correas se tensaron por su cuenta, encajando alrededor de sus botas. Las glebas vinieron a continuación, sobre sus piernas y rodillas, encajando en los escarpes. La esquirlada no se parecía a las armaduras corrientes. No había malla de acero ni correas de cuero en las juntas. Sus costuras estaban hechas de placas más pequeñas, entrelazadas, solapadas, increíblemente intrincadas, que no dejaban ninguna abertura vulnerable. Había muy poco roce o irritación: cada pieza encajaba a la perfección, ya que había sido creada específicamente para Dalinar.

Siempre había que ponerse la armadura de los pies hacia arriba. La armadura esquirlada era enormemente pesada: sin la fuerza ampliada que proporcionaba, ningún hombre podría luchar con ella puesta. Dalinar se quedó quieto mientras sus ayudantes colocaban los quijotes sobre sus muslos y los enganchaban a las faldas y la loriga en su cintura y espalda. Una falda hecha de pequeñas placas

entrelazadas que llegaba hasta las rodillas fue lo siguiente.

—Brillante señor —dijo Teleb, acercándose a él—. ¿Has pensado en mi sugerencia sobre los puentes?

—Sabes lo que pienso de los puentes transportados por hombres, Teleb —contestó Dalinar mientras sus ayudantes colocaban el peto en su sitio y luego trabajaban con los guardabrazos y avambrazos. Dalinar podía sentir ya la fuerza de la armadura surcándolo.

—No tendríamos que usar los puentes más pequeños para el asalto —dijo Teleb—. Solo para llegar a la meseta en liza.

—Tendríamos que llevar de todas formas los puentes tirados por chulls para cruzar el último abismo —dijo Dalinar—. No estoy tan seguro de que las cuadrillas de los puentes nos hicieran movernos con más rapidez. No cuando tenemos que esperar a esos animales.

Teleb suspiró.

Dalinar recapacitó. Un buen oficial era aquel que aceptaba las órdenes y las cumplía, aunque no estuviera de acuerdo. Pero la marca de un gran oficial era también tratar de innovar y ofrecer sugerencias apropiadas.

—Puedes reclutar y entrenar a una sola cuadrilla —dijo Dalinar —. Ya veremos. En estas carreras incluso unos pocos minutos pueden ser importantes.

Teleb sonrió.

—Gracias, señor.

Dalinar se despidió con la mano izquierda mientras sus ayudantes le colocaban el guantelete en la derecha. Cerró el puño, comprobando que las diminutas placas se curvaban a la perfección. Luego vino el guantelete izquierdo. Luego le pasaron la gorguera por encima de la cabeza, para cubrirle el cuello, y después las hombreras y el yelmo. Finalmente, ajustaron su capa a las hombreras.

Dalinar inspiró profundamente, sintiendo la Emoción acumularse para la inminente batalla. Salió de la sala de guerra, las pisadas firmes y sólidas. Ayudantes y sirvientes se apartaron a su paso. Llevar de nuevo la armadura esquirlada después de un largo período sin hacerlo era como despertarse después de una noche de sentirse mareado o desorientado. El impulso del paso, el ímpetu que la armadura parecía prestarle le hacían querer correr por el pasillo

y…

¿Y por qué no?

Echó a correr. Teleb y los demás dejaron escapar un grito de sorpresa y se apresuraron para alcanzarlo. Dalinar los dejó atrás fácilmente y llegó a las puertas del complejo, que franqueó de un salto, lanzándose por los largos escalones de la entrada de su enclave. Se sintió exultante, sonriendo mientras colgaba en el aire, y entonces golpeó el suelo, agazapándose. La fuerza del impacto resquebrajó la piedra bajo sus pies.

Ante él, ordenadas filas de barracones se extendían por todo el campamento, formadas en círculos radiales con un punto central y un comedor en el centro de cada batallón. Sus oficiales llegaron a lo alto de las escalinatas y lo miraron sorprendidos. Renarin iba con ellos, llevando su uniforme que nunca había entrado en batalla, la mano alzada contra la luz del sol.

Dalinar se sintió como un tonto. ¿Era acaso un joven que probaba por primera vez una armadura esquirlada? «Vuelve al trabajo. Deja de jugar.»

Perethorn, su jefe de infantería, lo saludó.

—Los batallones segundo y tercero están de servicio hoy, brillante señor. Forman filas para iniciar la marcha.

—El escuadrón del primer puente está reunido, brillante señor —informó Havarah, el jefe de los puentes. Era un hombre bajo, con algo de sangre herdaziana que quedaba en evidencia en sus uñas oscuras y cristalinas, aunque no llevaba chispero—. Ashelem informa que la compañía de arqueros está preparada.

—¿Y la caballería? —preguntó Dalinar—. ¿Dónde está mi hijo?

—Aquí, padre —contestó una voz familiar. Adolin, con su armadura pintada de un intenso color azul Kholin, se abrió paso entre la multitud. Tenía alzada la visera y parecía ansioso, aunque cuando miró a Dalinar a los ojos apartó rápidamente la vista.

Dalinar levantó una mano, haciendo callar a varios oficiales que intentaban presentarle informes. Se dirigió a Adolin, y el joven alzó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Dijiste lo que sentías que debías decir —dijo Dalinar.

—Y no lamento lo que hice —respondió Adolin—. Pero sí lamento como y donde lo dije. No volverá a suceder.

Dalinar asintió, y eso fue suficiente. Adolin pareció relajarse, como si le hubieran quitado un peso de encima, y Dalinar se volvió hacia sus oficiales. En unos momentos, Adolin y él dirigían a un presuroso grupo hacia la zona de reunión. Mientras lo hacían, Dalinar advirtió que su hijo saludaba a una joven que esperaba a un lado, vestida de rojo, el pelo trenzado de forma muy hermosa.

—¿Esa es…, er…?

—¿Malasha? Sí.

—Parece simpática.

—La mayor parte del tiempo lo es, aunque está algo molesta porque no quise dejarla acompañarme hoy.

—¿Quería venir a la batalla?

Adolin se encogió de hombros.

—Dice que es curiosa.

Dalinar no dijo nada. La batalla era un arte masculino. Una mujer que quería ir al campo de batalla era…, bueno, como un hombre que quisiera leer. Innatural.

Delante, en la zona de reunión, los batallones formaban filas, y un oficial ojos claros corrió hacia Dalinar. Tenía parches de pelo rojo en su oscura cabeza alezi y un bigote largo y rojo. Llamar, el jefe de caballería.

—Brillante señor, mis disculpas por el retraso. La caballería está montada y preparada.

—Marchemos, pues. Todas las filas…

—¡Brillante señor! —dijo una voz.

Dalinar se volvió hacia uno de los mensajeros, que se acercaba. Era un ojos oscuros vestido de cuero y marcado con bandas azules en los brazos. Saludó.

—¡El alto príncipe Sadeas exige ser admitido en el campamento!

Dalinar miró a Adolin. La expresión de su hijo se ensombreció.

—Dice que la orden de investigación del rey le concede ese derecho —dijo el mensajero.

—Admítelo —dijo Dalinar.

—Sí, brillante señor —respondió el mensajero, dándose la vuelta. Uno de los oficiales menores, Moratel, lo acompañó para que Sadeas pudiera ser bienvenido y escoltado por un ojos oscuros tal como exigía su posición. Moratel era el que menos rango tenía

entre los presentes: todos comprendían que era él a quien enviaría Dalinar.

—¿Qué crees que quiere Sadeas esta vez? —le preguntó Dalinar en voz baja a su hijo.

—Nuestra sangre. Preferiblemente caliente, tal vez endulzada con unas gotas de brandy.

Dalinar hizo una mueca y los dos se apresuraron para pasar ante las filas de soldados. Los hombres tenían un aire de expectación, las lanzas en alto, los ciudadanos oficiales ojos oscuros de pie a los lados con las hachas sobre los hombros. Delante del ejército, un grupo de chulls bufaba y hurgaba en las rocas que había junto a sus patas; varios enormes puentes móviles estaban enganchados a sus espaldas.

Galante y *Sangre Segura*, el corcel blanco de Adolin, esperaban, las riendas sujetas por los mozos. Los caballos ryshadios apenas necesitaban cuidadores. Una vez, *Galante* abrió a patadas su cuadra y se dirigió por su cuenta a la zona de reunión porque el mozo fue demasiado lento. Dalinar palmeó al negro alazán en el cuello, y luego montó en su silla.

Escrutó a sus tropas, y entonces alzó el brazo para dar la orden de ponerse en marcha. Sin embargo, advirtió a un grupo de hombres a caballo que cabalgaban hacia el punto de encuentro, conducidos por una figura con una armadura rojo oscuro. Sadeas.

Dalinar reprimió un suspiro y dio la orden de iniciar la marcha, aunque él esperó al alto príncipe de información. Adolin, montado en *Sangre Segura*, se acercó y dirigió a Dalinar una mirada que parecía decir: «No te preocupes, me comportaré.»

Como siempre, Sadeas era un modelo en el vestir, la armadura pintada, el yelmo adornado con una pauta metálica completamente distinta a la que había llevado la última vez. Esta tenía la forma estilizada de un estallido solar. Casi parecía una corona.

—Brillante señor Sadeas —dijo Dalinar—. Es un momento inconveniente para tu investigación.

—Desgraciadamente —dijo Sadeas, refrenando a su montura—. Su majestad está muy ansioso por obtener respuestas, y no puedo detener mi investigación, ni siquiera por un ataque a una meseta. Tengo que interrogar a algunos de tus soldados. Lo haré por el

camino.

—¿Quieres venir con nosotros?

—¿Por qué no? No os retrasaré. —Miró a los chulls, que se pusieron en marcha, tirando de los pesados puentes—. Dudo que aunque yo decidiera ir arrastrándome, pudiera retrasaros más.

—Nuestros soldados necesitan concentrarse para la inminente batalla, brillante señor —dijo Adolin—. No deberían ser distraídos.

—Hay que cumplir la voluntad del rey —respondió Sadeas, encogiéndose de hombros, sin molestarse siquiera en mirar a Adolin —. ¿Debo presentar la orden? Sin duda no pretenderás prohibírmelo.

Dalinar estudió a su antiguo amigo, mirándolo a los ojos, tratando de ver en el alma del hombre. La característica sonrisita de Sadeas había desaparecido: normalmente la mostraba cuando estaba satisfecho con la manera que se desarrollaba alguno de sus planes. ¿Se daba cuenta de que Dalinar sabía leer sus expresiones y por eso enmascaraba sus emociones?

—No hace falta presentar nada, Sadeas. Mis hombres están a tu disposición. Si necesitas cualquier cosa, simplemente pídela. Adolin, acompáñame.

Dalinar volvió a *Galante* y galopó por la línea hacia el frente del ejército en marcha. Adolin lo siguió reacio, y Sadeas se quedó atrás con sus ayudantes.

Comenzó la larga cabalgada. Los puentes permanentes de esta parte eran de Dalinar, mantenidos y protegidos por sus soldados y exploradores, y conectaban las mesetas que él controlaba. Sadeas se pasó el viaje junto al centro de la columna formada por dos mil hombres. Periódicamente enviaba a un ayudante para que trajera a algún soldado concreto de la fila.

Dalinar se pasó el viaje preparándose mentalmente para la batalla que les esperaba. Habló con sus oficiales sobre el trazado de la meseta, recibió un informe de dónde había elegido hacer su crisálida el abismoide, y envió exploradores para que vigilaran a los parshendi. Esos exploradores llevaban sus largas pértigas para saltar sin puentes de meseta en meseta.

Llegaron por fin al final de los puentes permanentes y tuvieron que esperar a que los puentes de los chulls fueran colocados. Las

grandes máquinas estaban construidas como si fueran torres de asedio, con enormes ruedas y secciones blindadas a los lados, para que los soldados pudieran empujar. En los abismos, soltaban a los chulls, empujaban la máquina a mano y manejaban una manivela detrás para bajar el puente. Cuando este estaba ya colocado, destrababan la maquinaria y cruzaban. El puente estaba construido de forma que podían asegurar la máquina al otro lado, subir el puente, y luego girarlo y enganchar de nuevo a los chulls.

Era un proceso lento. Dalinar lo observó desde su caballo, tamborileando en el costado de su silla con los dedos mientras cruzaban el primer abismo. Tal vez Teleb tenía razón. ¿Podrían usar puentes más ligeros y fáciles de portar para cruzar estos primeros abismos y recurrir a los puentes de asedio solo para el asalto final?

Un tamborileo de cascos sobre la roca anunció que alguien se acercaba cabalgando. Dalinar se volvió, esperando a Adolin, y en cambio encontró a Sadeas.

¿Por qué había pedido ser alto príncipe de información, y por qué estaba tan empeñado en investigar este asunto de la cincha rota? Si decidía crear alguna falsa implicación para culpar a Dalinar…

«Las visiones me dijeron que confiara en él», se dijo Dalinar firmemente. Pero cada vez se sentía menos seguro. ¿Hasta qué punto se arriesgaría a creer en lo que decían?

—Tus soldados te son muy leales —comentó Sadeas.

—La lealtad es la primera lección de la vida de un soldado —dijo Dalinar—. Me preocuparía que estos hombres no la hubieran dominado todavía.

Sadeas suspiró.

—En serio, Dalinar. ¿Tienes que ser siempre tan moralista?

Dalinar no respondió.

—Resulta curioso cómo la influencia de un líder puede afectar a sus hombres —dijo Sadeas—. Muchos de ellos son como pequeñas versiones de ti. Paquetes de emoción, envueltos y amarrados hasta que se envaran por la presión. Muy seguros en algunos aspectos, e inseguros en otros.

Dalinar mantuvo la boca cerrada. «¿Cuál es tu juego, Sadeas?»

Sadeas sonrió, se inclinó hacia delante y dijo en voz baja:

—Te mueres de ganas de replicarme, ¿verdad? Incluso en los viejos tiempos, odiabas que alguien diera a entender que eras inseguro. Entonces, tu incomodidad terminaba a menudo con un par de cabezas rodando por el suelo.

—Maté a muchos que no merecían la muerte —dijo Dalinar—. Un hombre no debería temer perder la cabeza porque ha tomado demasiado vino.

—Tal vez —dijo Sadeas, tranquilamente—. ¿Pero no quieres nunca dejarte llevar, como solías hacer? ¿No te golpea por dentro, como alguien atrapado en el interior de un tambor grande? ¿Golpeando, resonando, intentando liberarse?

—Sí —dijo Dalinar.

La admisión pareció sorprender a Sadeas.

—Y la Emoción, Dalinar. ¿Todavía sientes la Emoción?

Los hombres no solían hablar de la Emoción, la alegría y el ansia por la batalla. Era algo privado.

—Siento todas esas cosas que mencionas, Sadeas —dijo Dalinar, la mirada al frente—. Pero no siempre las dejo salir. Las emociones de un hombre son lo que lo definen, y el control es la marca de la verdadera fuerza. Carecer de sentimiento es estar muerto, pero actuar al dictado de cada sentimiento es ser un niño.

—Eso tiene toda la pinta de ser una cita, Dalinar. ¿Del librito de virtudes de Gavilar, supongo?

—Sí.

—¿No te molesta que los Radiantes nos traicionaran?

—Leyendas. La Traición es un hecho tan antiguo que bien pudo tener lugar en los días de sombras. ¿Qué hicieron de verdad los Radiantes? ¿Por qué lo hicieron? No lo sabemos.

—Sabemos lo suficiente. Usaron trucos elaborados para imitar grandes poderes y fingir una llamada sagrada. Cuando sus engaños quedaron al descubierto, huyeron.

—Sus poderes no eran mentira. Eran reales.

—¿Ah, sí? —dijo Sadeas, divertido—. ¿Y cómo lo sabes? ¿No acabas de decir que el hecho era tan antiguo que bien pudo haber sido en los días de sombras? Si los Radiantes tenían poderes tan maravillosos, ¿por qué nadie puede reproducirlos? ¿Adonde fueron esas increíbles habilidades?

—No lo sé —contestó Dalinar con voz apagada—. Tal vez ya no somos dignos de ellas.

Sadeas hizo una mueca, y Dalinar deseó haberse mordido la lengua. Su única prueba de lo que decía eran sus visiones. Y sin embargo, si Sadeas menospreciaba algo, él quería instintivamente defenderlo.

«No puedo permitirme esto. Necesito estar concentrado para la batalla.»

—Sadeas —dijo, decidido a cambiar de tema—. Tenemos que esforzarnos más para unificar los campamentos de guerra. Quiero tu ayuda, ahora que eres alto príncipe de información.

—¿Para hacer qué?

—Para hacer lo que hay que hacer. Por el bien de Alezkar.

—Eso es exactamente lo que estoy haciendo, viejo amigo —dijo Sadeas—. Matar parshendi. Ganar gloria y riqueza para nuestro reino. Buscar venganza. Sería mejor para Alezkar si dejaras de perder tanto tiempo en el campamento…, y dejaras de hablar de huir como cobardes. Sería mejor para Alezkar si empezaras a actuar de nuevo como un hombre.

—¡Basta, Sadeas! —dijo Dalinar, con más fuerza de lo que había pretendido—. ¡Te he dado permiso para que continúes con tu investigación, no para que me insultes!

Sadeas bufó.

—Ese libro arruinó a Gavilar. Ahora está haciendo lo mismo contigo. Has escuchado tanto esas historias que te han llenado la cabeza de falsos ideales. Nadie vivió jamás como dicen los Códigos.

—¡Bah! —dijo Dalinar, agitando una mano y volviendo grupas—. No tengo tiempo para tus insidias ahora, Sadeas.

Se marchó al trote, furioso con Sadeas, y todavía más furioso consigo mismo por perder los nervios.

Cruzó el puente, irritado, pensando en las palabras de Sadeas. Recordó entonces el día en que se encontraba con su hermano junto a las Cataratas Imposibles de Kholinar.

«Las cosas son diferentes ahora, Dalinar —le había dicho Gavilar—. Ahora lo comprendo de formas que no había comprendido antes. Ojalá pudiera mostrarte lo que significan.»

Eso fue tres días antes de su muerte.

Diez latidos

Dalinar cerró los ojos, inspirando y espirando lentamente, con calma, mientras se preparaban tras el puente de asedio. Olvidar a Sadeas. Olvidar las visiones. Olvidar sus preocupaciones y temores. Concentrarse solo en los latidos.

No muy lejos, los chulls arañaban la roca con sus duras patas. El viento traía el olor a humedad. Siempre olía a húmedo aquí, en estas tierras de tormenta.

Los soldados sonaban a metal, el cuero crujía. Dalinar alzó la cabeza hacia el cielo, el corazón redoblando. El brillante sol blanco manchó sus párpados de rojo.

Los hombres se movían de un lado a otro, gritaban, maldecían, aflojaban las espadas en sus vainas, probaban las cuerdas de sus arcos. Dalinar podía sentir su tensión, su ansiedad mezclada con excitación. Entre ellos, los expectaspren empezaron a brotar del suelo, hilillos conectados por un lado a la piedra, los demás ondeando al aire. Algún miedospren bullía entre ellos.

—¿Estás preparado? —preguntó Adolin con voz calma. La Emoción se alzaba en su interior.

—Sí —la voz de Adolin sonaba ansiosa.

—Nunca te quejas por la forma en que atacamos —dijo Dalinar, los ojos todavía cerrados—. Nunca me desafías en esto.

—Esta es la mejor forma. También son mis hombres. ¿Qué sentido tiene ser portador de esquirlada si no podemos liderar el ataque?

El décimo latido resonó en el corazón de Dalinar: siempre podía oír los latidos cuando estaba invocando su espada, no importaba lo fuerte que sonara el mundo a su alrededor. Cuanto más rápidos pasaban, más pronto llegaba la hoja. Así que cuanto más urgencia sentías, más pronto te armabas. ¿Era intencionado, o solo alguna peculiaridad de la naturaleza de la hoja esquirlada?

El peso familiar de Juramentada se posó en su mano.

—Vamos —dijo, abriendo los ojos. Bajó su visera mientras Adolin hacía lo mismo, la luz tormentosa surgiendo por los lados mientras los yelmos cerrados se volvían transparentes. Los dos atravesaron el enorme puente, un portador a cada lado, una figura

de azul y otra gris pizarra.

La energía de la armadura latía a través de Dalinar mientras cruzaba el terreno de piedra, los brazos bombeando al ritmo de sus pasos. La oleada de flechas llegó inmediatamente, disparadas por los parshendi arrodillados al otro lado del abismo. Dalinar se protegió de la celada con los ojos mientras las flechas lo asaltaban, rozando metal, mientras algunos astiles se quebraban. Era como correr contra una tormenta de granizo.

Adolin lanzó un grito de guerra a su derecha, la voz apagada por el yelmo. Mientras se acercaban al borde del abismo, Dalinar bajó el brazo a pesar de las flechas. Tenía que poder juzgar su avance. El abismo estaba a pocos pasos de distancia. Su armadura le proporcionó un arrebato de fuerza mientras llegaba al borde.

Entonces saltó.

Durante un momento, voló por encima del negro agujero, la capa ondeando, las flechas llenando el aire a su alrededor. Recordó al Radiante volador de su visión. Pero esto no era algo tan místico, solo un salto normal auxiliado por una armadura esquirlada. Dalinar cruzó el vacío y aterrizó en el suelo al otro lado, blandiendo su espada y matando a tres parshendi de un solo tajo.

Sus ojos negros ardieron y brotó humo mientras se desplomaban. Dalinar volvió a golpear. Trozos de armas y armaduras volaron por los aires donde antes lo habían hecho las flechas, destrozados por su espada. Como siempre, rompía todo lo que fuera inanimado, pero se difuminaba cuando tocaba carne, como si se volviera niebla.

La forma en que reaccionaba a la carne y cortaba tan fácilmente el acero hacía sentir a veces a Dalinar como si estuviera blandiendo un arma de puro humo. Mientras mantuviera la hoja en movimiento, no podía ser detenido por el peso de lo que cortaba ni mostraría un punto débil.

Dalinar giró, trazando con su espada una línea de muerte. Atravesó las mismas almas, haciendo caer al suelo a los parshendi, muertos. Luego dio una patada, lanzando un cadáver ante las mismas caras de los parshendi cercanos. Unas cuantas patadas más hicieron volar los cadáveres (una patada impulsada por una armadura podía enviar fácilmente un cuerpo a diez metros),

despejando el terreno a su alrededor para mejor defenderse.

Adolin alcanzó la meseta un poco más allá, se volvió y adoptó la pose del viento. Golpeó con el hombro a un grupo de arqueros, empujándolos atrás y lanzando a varios al abismo. Sujetando su espada esquirlada con ambas manos, hizo un barrido inicial tal como lo había hecho Dalinar, abatiendo a seis enemigos.

Los parshendi cantaban, muchos de ellos llevaban barbas que brillaban con pequeñas gemas sin tallar. Los parshendi cantaban siempre cuando luchaban. La canción cambió cuando abandonaron sus arcos y sacaron hachas, espadas o mazas y se abalanzaron contra los dos portadores de esquirlada.

Dalinar se colocó a la distancia óptima de Adolin, permitiendo que su hijo protegiera sus puntos ciegos, pero sin acercarse demasiado. Los dos portadores luchaban, todavía cerca del borde del abismo, abatiendo a los parshendi que intentaban a la desesperada repelerlos por la pura fuerza de su número. Esta era su mejor posibilidad de derrotar a los portadores de esquirlada. Dalinar y Adolin estaban solos, sin su guardia de honor. Una caída desde esta altura sin duda mataría incluso a un hombre con armadura.

La Emoción brotó en su interior, tan dulce. Dalinar le dio una patada a otro cadáver, aunque no necesitaba más espacio. Habían advertido que los parshendi se enfurecían cuando movías a sus muertos. Le dio otra patada a otro cuerpo, burlándose de ellos, atrayéndolos para que lucharan contra él en parejas como hacían a menudo.

Abatió a un grupo que se abalanzaba, cantando con voces furiosas por lo que le había hecho a sus muertos. Adolin empezó a descargar golpes cuando los parshendi se acercaron demasiado: le gustaba esa táctica, alternar entre usar la espada con las dos manos o solo con una. Los cadáveres parshendi volaban a un lado y a otro, los huesos y las armaduras quebrados por los golpes, la sangre anaranjada rociaba el suelo. Adolin volvió a usar su hoja un momento más tarde, apartando un cadáver de una patada.

La Emoción consumía a Dalinar, dándole fuerza, concentración, y poder. La gloria de la batalla se engrandecía. Había permanecido demasiado tiempo apartado de todo esto. Lo vio ahora con claridad.

Tenían que presionar con más fuerza, atacar más mesetas, ganar las gemas corazón.

Dalinar era el Aguijón Negro. Era una fuerza natural que no podía ser detenida jamás. Era la muerte misma. Era…

Sintió una súbita puñalada de poderosa repulsión, una náusea tan fuerte que le hizo boquear. Resbaló, en parte porque pisó un charco de sangre, pero también porque sus rodillas se debilitaron de pronto.

Los cadáveres que tenía delante le parecieron súbitamente una visión espeluznante. Ojos apagados como brasas consumidas. Cuerpos flácidos y rotos, los huesos aplastados por los golpes de Adolin. Cabezas abiertas, sangre y sesos y entrañas esparcidos en derredor. Tanta masacre, tanta muerte. La Emoción desapareció.

¿Cómo podía ningún hombre disfrutar de esto?

Los parshendi corrieron hacia él. Adolin apareció allí en un segundo, atacando con más habilidad que ningún otro hombre que Dalinar hubiera conocido. El muchacho era un genio con la espada, un artista con un solo color de pintura. Golpeaba expertamente, obligando a los parshendi a retroceder. Dalinar sacudió la cabeza, recuperando su pose.

Se obligó a continuar luchando, y cuando la Emoción empezó a brotar de nuevo, la abrazó vacilante. La extraña náusea desapareció y sus reflejos tomaron el control de la batalla. Se internó ante el avance parshendi, golpeando con su hoja en amplios y agresivos mandobles.

Necesitaba esta victoria. Para sí mismo, para Adolin y para sus hombres. ¿Por qué se había sentido tan horrorizado? Los parshendi habían asesinado a Gavilar. Estaba bien matarlos.

Era un soldado. Su oficio era luchar. Y lo hacía bien.

La avanzadilla parshendi se dispersó ante su ataque, replegándose hacia un grupo más grande que formaba apresuradamente filas. Dalinar retrocedió y se encontró mirando los cadáveres que lo rodeaban, sus ojos ennegrecidos. Seguía brotando humo de unos pocos.

La sensación de náusea regresó.

La vida terminaba tan rápidamente. El portador de esquirlada era la destrucción encarnada, la fuerza más poderosa de un campo

de batalla. «Hubo una época en que las armas significaban protección», susurró una voz en su interior.

Los tres puentes golpearon el suelo a pocos metros de distancia, y la caballería cargó un momento más tarde, dirigida por el recio llamar. Unos cuantos vientospren bailaban en el aire, casi invisibles. Adolin pidió su caballo, pero Dalinar tan solo se quedó allí de pie, contemplando a los muertos. La sangre parshendi era naranja, y olía a moho. Sin embargo, sus caras (moteadas de negro o blancas y rojas) parecían tan humanas. Un preceptor parshmenio prácticamente había criado a Dalinar.

«Vida antes que muerte.»

¿Qué era esa voz?

Se volvió a mirar al otro lado del abismo, donde Sadeas, bien alejado del alcance de los arcos, esperaba con sus ayudantes. Sadeas podía sentir la desaprobación en la postura de su ex amigo. Dalinar y Adolin se arriesgaban, saltando peligrosamente sobre el abismo. Un ataque del tipo de los que Sadeas proponía costaba más vidas. ¿Pero cuántas vidas perdería el ejército de Dalinar si uno de sus portadores era empujado al abismo?

Galante cruzó el puente junto a una fila de soldados que lo vitorearon. Se detuvo ante Dalinar, quien agarró las riendas. Era necesario ahora mismo. Sus hombres luchaban y morían, y no era momento para lamentaciones ni dudas.

Un salto, amplificado por la armadura, lo colocó en la silla. Entonces, con la espada esquirlada en alto, cargó a la batalla para matar por sus hombres. Los Radiantes no habían luchado por esto. Pero al menos era algo.

Ganaron la batalla

Dalinar dio un paso atrás, sintiéndose fatigado mientras Adolin hacía los honores de recoger la gema corazón. La crisálida se alzaba como un enorme rocapullo oblongo de diez metros de altura y sujeto al irregular suelo de piedra por algo que parecía crem. Había cadáveres a su alrededor, algunos humanos y otros parshendi. Los parshendi habían intentado llegar rápidamente al interior y huir, pero solo habían conseguido crear unas cuantas grietas en el

cascarón.

La lucha había sido más furiosa aquí, alrededor de la crisálida. Dalinar descansó contra un saliente de roca y se quitó el yelmo, revelando a la fría brisa una cabeza sudorosa. El sol estaba alto en el cielo: la batalla había durado unas dos horas.

Adolin trabajó con eficacia, usando su espada con cuidado para cortar una sección del exterior de la crisálida. Luego se zambulló con destreza, matando a la criatura que pupaba pero evitando la zona donde estaba la gema corazón.

Así de fácil, la criatura murió. Ahora la hoja esquirlada podía cortar, y Adolin tajó secciones de carne. Icor de color púrpura borboteó cuando empezó a buscar la gema corazón. Los soldados vitorearon cuando la extrajo, los glorispren flotaban por encima del ejército entero como cientos de esferas de luz.

Dalinar se apartó, el yelmo en la mano izquierda. Cruzó el campo de batalla, pasando ante los cirujanos que atendían a los heridos y a los equipos que trasladaban a sus muertos a los puentes. Había trineos tras los carros de chulls para ellos, para que pudieran ser incinerados adecuadamente en el campamento.

Había un montón de cadáveres parshendi. Al contemplarlos ahora, no se sintió disgustado ni emocionado. Tan solo exhausto.

Había ido decenas de veces a la batalla, quizá cientos de veces. Nunca antes se había sentido como hoy. Aquella repulsión lo había distraído, y podía haber acabado con su vida. La batalla no era momento para la reflexión: había que enfocar la mente en lo que estabas haciendo.

La Emoción había parecido sometida durante toda la batalla, y no había luchado tan bien como solía hacerlo. Esta batalla debería de haberle traído claridad. En cambio, sus preocupaciones parecían amplificadas. «Sangre de mis padres —pensó—, subiendo a un pequeño promontorio de roca. ¿Qué me está pasando?»

Su debilidad de hoy parecía el último y más potente argumento para demostrar lo que Adolin (y muchos otros) decían sobre él. Miró hacia el este, hacia el Origen. Sus ojos se volvían a menudo hacia esa dirección. ¿Por qué? ¿Qué era…?

Se detuvo, advirtiendo a un grupo de parshendi en una meseta cercana. Sus exploradores los observaban con cautela. Era el

ejército que la gente de Dalinar había expulsado. Aunque habían matado a un montón de parshendi hoy, la enorme mayoría había escapado, retirándose cuando advirtieron que tenían la batalla perdida. Ese era uno de los motivos por los que la guerra duraba tanto. Los parshendi sabían lo que era una retirada estratégica.

Este ejército formaba filas, agrupadas en parejas de guerra. Una figura dominante se alzaba a su cabeza, un parshendi grande de armadura resplandeciente. Incluso en la distancia, era fácil notar la diferencia entre este ser y algo más mundano.

Ese portador de esquirlada no había estado presente durante la batalla. ¿Por qué venía ahora? ¿Había llegado demasiado tarde?

La figura acorazada y el resto de los parshendi se dieron media vuelta y se marcharon, saltando el abismo tras ellos y huyendo hacia sus refugios invisibles en el centro de las Llanuras.



Si algo de lo que he dicho tiene para ti un atisbo de sentido, confío en que les ordenes que vuelvan. O tal vez podrías sorprenderme y pedirles que hagan algo productivo por una vez.

Kaladin entró en la botica, cerrando de golpe la puerta tras él. Como antes, el anciano fingió ser débil y usó el bastón para abrirse paso hasta que reconoció a Kaladin. Entonces se irguió.

—Oh. Eres tú.

Habían sido dos largos días. Pasaban las mañanas y tardes trabajando y entrenándose (Teft y Roca practicaban ahora con él), y las noches en el primer abismo, sacando los juncos de su escondite en una grieta y luego ordeñándolos durante horas. Gaz los había visto salir la noche anterior, y el sargento del puente sin duda recelaba. No podía evitarse.

El Puente Cuatro había sido convocado a una carrera hoy. Por fortuna, llegaron antes que los parshendi, y ninguna de las cuadrillas había perdido hombres. La cosas no habían ido tan bien para las tropas regulares alezi. La línea alezi había acabado por ceder ante el ataque parshendi, y las cuadrillas de los puentes se vieron obligadas a conducir a una tropa cansada, furiosa y derrotada de vuelta al campamento.

Kaladin tenía los ojos hinchados por la fatiga de quedarse despierto hasta tarde trabajando con los juncos. Su estómago gruñía

perpetuamente por recibir una fracción del alimento que necesitaba, ya que compartía su comida con dos heridos. Todo eso se acababa hoy. El boticario se situó detrás de su mostrador, y Kaladin se acercó. Syl entró volando en la habitación, su lazo de luz convertido en una mujer de cintura para arriba. Volteó como una acróbata y se posó sobre la mesa con un suave movimiento.

—¿Qué necesitas? —preguntó el boticario—. ¿Más vendas? Bueno, puede que…

Se interrumpió cuando Kaladin colocó una botella de licor de tamaño medio sobre la mesa. Tenía agrietada la parte superior, pero era capaz de mantener el tapón de corcho. Lo quitó, revelando la lechosa savia blanca de su interior. Había usado la primera que habían cosechado para tratar a Leyten, Dabbid y Hobber.

—¿Qué es esto? —preguntó el viejo boticario, ajustándose las gafas e inclinándose—. ¿Me ofreces una copa? No bebo ya. Me trastorna el estómago, ya sabes.

—No es licor. Es savia de matopomo. Dijiste que era cara. Bueno, ¿cuánto me das por esto?

El boticario parpadeó, y luego se inclinó aún más y olfateó el contenido.

—¿De dónde has sacado esto?

—Lo recogí de los juncos que crecen fuera del campamento.

La expresión del boticario se ensombreció. Se encogió de hombros.

—Me temo que no vale nada.

—¿Qué?

—Los matopomos salvajes no son lo bastante potentes —el boticario volvió a poner el tapón. Un fuerte viento golpeó el edificio, colándose bajo la puerta y removiendo los olores de los muchos polvos y tónicos que vendía—. Esto es prácticamente inútil. Te daré dos marcoclaros, siendo generoso. Tendré que destilarlo, y tendré suerte si consigo sacar un par de cucharadas.

«¡Dos marcos! —pensó Kaladin con desespero—. ¿Después de tres días de trabajo, de dormir solo unas pocas horas cada noche? ¿Todo por algo que solo vale un par de días de salario?»

Pero no. La savia había funcionado con la herida de Leyten, haciendo que los putrispren huyeran y la infección se retirara.

Kaladin entornó los ojos mientras el boticario sacaba dos marcos de su monedero y los colocaba sobre la mesa. Como muchas esferas, estaban ligeramente aplastadas por un lado para impedir que rodaran.

—Lo cierto es que te daré tres —dijo el boticario, frotándose la barbilla. Sacó un marco más—. Odio ver que todos tus esfuerzos son en vano.

—Kaladin —dijo Syl, estudiando al boticario—. Está nervioso por algo. ¡Creo que está mintiendo!

—Lo sé —dijo Kaladin.

—¿Y eso? —repuso el boticario—. Bueno, si sabías que todo esto no valía nada, ¿por qué esforzarte tanto?

Echó mano a la botella. Kaladin la detuvo.

—Sacamos dos o más gotas de cada junco, ¿sabes?

El boticario frunció el ceño.

—La última vez, me dijiste que tendría suerte si sacaba una gota por junco. Dijiste que por eso la savia de matopomo era tan cara. No dijiste nada de que las plantas «salvajes» fueran más débiles.

—Bueno, no pensé que fueras a tratar de recogerlos, y… —guardó silencio cuando Kaladin lo miró a los ojos.

—El ejército no lo sabe, ¿verdad? —preguntó Kaladin—. No son conscientes de lo valiosas que son esas plantas de ahí fuera. Las cosechas, vendes la savia, y obtienes una fortuna ya que el ejército necesita un montón de antisépticos.

El viejo boticario maldijo y retiró la mano.

—No sé de qué estás hablando.

Kaladin cogió su botella.

—¿Y si voy a la tienda de los curanderos y les digo de dónde saqué esto?

—¡Te lo quitarán! —dijo el hombre con urgencia—. No seas necio. Tienes una marca de esclavo, muchacho. Pensarán que lo has robado.

Kaladin se dispuso a marcharse.

—Te daré un marcocielo —dijo el boticario—. Es la mitad de lo que cobraría a los militares por esa cantidad.

Kaladin se volvió.

—¿Les cobras dos marcocielos por algo que solo se tarda un par

de días en cosechar?

—No soy solo yo —dijo el boticario, haciendo una mueca—. Todos los boticarios cobran igual. Decidimos juntos un precio justo.

—¿Y esto consideráis que es justo?

—¡Tenemos que ganarnos la vida aquí, en esta tierra olvidada de la mano del Todopoderoso! Nos cuesta dinero emplazar una tienda, mantenernos, contratar guardias.

Rebuscó en su bolsa y sacó una esfera que brillaba azul oscuro. Una esfera de zafiro valía veinticinco veces lo que una de diamante. Como Kaladin ganaba un marco de diamante al día, un marcocielo valía lo que ganaba en medio mes. Naturalmente, un soldado ojos oscuros corriente ganaba cinco marcoclaros al día, por lo que para ellos esto sería una semana de salario.

En otra época, a Kaladin no le habría parecido mucho dinero. Ahora era una fortuna. Con todo, vaciló.

—Debería denunciaros. Los hombres mueren por vuestra culpa.

—No, no es así —dijo el boticario—. Los altos príncipes tienen más que suficiente para pagar esto, considerando lo que obtienen en las mesetas. Nosotros les suministramos frascos de savia cada vez que las necesitan. ¡Lo único que conseguirías al denunciarnos es permitir que monstruos como Sadeas se quedaran unas cuantas esferas más en los bolsillos!

El boticario estaba sudando. Kaladin amenazaba con derribar todo su negocio en las Llanuras Quebradas. Y se ganaba tanto dinero con la savia, que esto podía volverse muy peligroso. Los hombres mataban por guardar estos secretos.

—Llenar mi bolsillo o llenar el de los brillantes señores —dijo Kaladin—. Supongo que no puedo discutir con esa lógica. —Volvió a depositar la botella sobre el mostrador—. Aceptaré el trato, siempre que incluyas más vendajes.

—Muy bien —dijo el boticario, relajándose—. Pero mantente alejado de esos juncos. Me sorprende que los encontraras tan cerca y que no hubieran sido recogidos ya. Mis trabajadores tienen cada vez más problemas para hallarlos.

«No tienen una vientospren guiándolos», pensó Kaladin.

—¿Entonces por qué quieres desanimarme? Podría conseguirte más.

—Bueno, sí. Pero…

—Es más barato si lo haces tú mismo —dijo Kaladin, inclinándose—. Pero de esta forma no dejas rastro. Yo proporciono la savia, cobrando un marcocielo. Si los ojos claros descubren alguna vez lo que han estado haciendo los boticarios, podréis decir que no lo sabíais…, que lo único que sabíais es que un hombre de los puentes os vendía savia, y vosotros lo volvíais a vender al ejército con una subida de precio razonable.

Eso pareció atraer al viejo.

—Bien, tal vez no haga demasiadas preguntas sobre cómo cosechaste esto. Es asunto tuyo, joven. Asunto tuyo…

Se dirigió a la parte posterior de su tienda y regresó con una caja de vendas. Kaladin la aceptó y se marchó sin decir nada más.

—¿No estás preocupado? —preguntó Syl, flotando junto a su cabeza mientras caminaba bajo la luz de la tarde—. Si Gaz descubre lo que estás haciendo, podrías verte en problemas.

—¿Qué más podrían hacerme? Dudo que consideren que esto es un delito por el que merezca la pena castigarme.

Syl miró hacia atrás, convirtiéndose en poco más que una nube con una leve sugerencia de forma humana.

—No puedo decidir si es deshonesto o no.

—No es deshonesto: es un negocio —Kaladin hizo una mueca—. El grano de lavis se vende de la misma forma. Lo cultivan los granjeros y lo venden por un precio ridículo a los mercaderes, quienes lo llevan a las ciudades y lo venden a otros mercaderes, quienes lo venden a la gente por cuatro o cinco veces el precio por el que fue comprado originalmente.

—¿Entonces por qué te molestó? —preguntó Syl, frunciendo el ceño mientras evitaban a una tropa de soldados, uno de los cuales arrojó el corazón de una palafruta a la cabeza de Kaladin. Los soldados se rieron.

Kaladin se frotó la sien.

—Todavía tengo algunos extraños escrúpulos respecto a cobrar por los cuidados médicos. Es debido a mi padre.

—Parece un hombre muy generoso.

—Para lo que le sirvió.

Naturalmente, en cierto modo, Kaladin era igual. Durante sus

primeros días como esclavo, habría dado cualquier cosa por caminar sin ser supervisado como ahora. El perímetro del ejército estaba protegido, pero si podía conseguir los matopomos, probablemente encontraría un modo de escabullirse.

Con aquel marco de zafiro, incluso tenía dinero que lo ayudase. Sí, tenía la marca de esclavo, pero un rápido aunque doloroso trabajo con un cuchillo podría convertirla en una «cicatriz de batalla.» Sabía hablar y luchar como un soldado, así que sería plausible. Lo tomarían por desertor, pero podría vivir con ello.

Ese había sido su plan durante la mayor parte de sus últimos meses como esclavo, pero nunca había tenido los medios. Hacía falta dinero para viajar, para llegar lo bastante lejos de la zona por donde circularía su descripción. Dinero para encontrar alojamiento en una zona perdida de la ciudad, un lugar donde nadie preguntara, mientras se curaba de su herida autoinfligida.

Además, estaban los otros. Así que se había quedado, intentando conseguir tantos como pudiera. Fracasando siempre. Y lo estaba haciendo de nuevo.

—¿Kaladin? —preguntó Syl desde su hombro—. Se te ve muy serio. ¿En qué estás pensando?

—Me pregunto si debería huir. Escapar de este campamento maldito por las tormentas y buscarme una nueva vida. —Syl guardó silencio—. La vida es difícil aquí —dijo finalmente—. No sé si te lo podría reprochar nadie.

«Roca lo haría —pensó él—. Y Teft.» Habían trabajado por aquella savia de matopomo. No sabían lo que valía: pensaban que era solo para curar a los enfermos. Si escapaba, los traicionaría. Estaría abandonando a los hombres del puente.

«Olvídalos, idiota —se dijo—. No salvarás a estos hombres. Igual que no salvaste a Tien. Deberías huir.»

—¿Y entonces qué? —susurró.

Syl se volvió hacia él.

—¿Qué?

Si escapaba, ¿de qué le serviría? ¿Una vida trabajando por chips en los barrios bajos de alguna ciudad putrefacta? No.

No podía dejarlos. Igual que nunca había podido dejar a nadie que lo necesitara. Tenía que protegerlos. Era preciso.

Por Tien. Y por su propia cordura.

—Servicio en el abismo —dijo Gaz, escupiendo a un lado. La saliva estaba teñida de negro por la planta yamma que masticaba.

—¿Qué? —Kaladin había regresado de vender la savia para descubrir que Gaz había cambiado el plan de trabajo del Puente Cuatro. No tenían que hacer hoy ninguna carrera: la del día anterior los eximía de ello. De hecho, se suponía que tendrían que asignarlos a la forja de Sadeas para ayudar a cargar lingotes y otros suministros.

Parecía un trabajo duro, pero era de los más fáciles para los hombres de los puentes. Los herreros consideraban que no necesitaban ayuda. Eso, o presumían que los torpes hombres de los puentes podían interponerse en su trabajo. Cuando hacías servicio en la forja, solo trabajabas unas pocas horas en el turno y podías pasarte el resto descansando.

Gaz miró a Kaladin.

—Verás, me hiciste pensar el otro día. A nadie le importa si el Puente Cuatro recibe trabajos injustos. Todo el mundo odia el servicio en el abismo. Pensé que no te importaría.

—¿Cuánto te pagaron? —preguntó Kaladin, dando un paso adelante.

—Márchate, por la tormenta —dijo Gaz, escupiendo de nuevo—. Los demás no te aprecian. A tu cuadrilla le vendrá bien que se les vea pagando por lo que hiciste.

—¿Sobrevivir?

Gaz se encogió de hombros.

—Todo el mundo sabe que rompiste las reglas al traer de vuelta a esos hombres. ¡Si los demás hicieran lo que tú hiciste, tendríamos todos los barracones llenos de moribundos antes de que pasara la parte a barlovento de un mes!

—Son personas, Gaz. Si no «llenamos los barracones» de heridos, es porque los dejamos que se mueran allí.

—Se morirán aquí de todas formas.

—Ya veremos.

Gaz lo miró, entornando los ojos. Parecía sospechar que Kaladin lo había engañado de algún modo para que lo enviara a recoger

piedras. Antes, Gaz había bajado al abismo, probablemente tratando de dilucidar qué habían estado haciendo Kaladin y los demás.

«Condenación», pensó Kaladin. Creía que tenía a Gaz lo suficientemente acorralado para que no se saliera de la fila.

—Iremos —replicó, dándose media vuelta—. Pero no me llevaré la culpa de esto ante mis hombres. Sabrán que es cosa tuya.

—Bien —le espetó Gaz. Y entonces añadió para sí—: Tal vez tengamos suerte y un abismoide os devore a todos.

Servicio en el abismo. La mayoría de los hombres de los puentes preferían pasarse el día acarreando piedras ante que ser asignados a los abismos.

Con una antorcha de aceite sin encender atada a la espalda, Kaladin bajó por la precaria escala de cuerda. El abismo era poco profundo aquí, solo unos quince metros, pero fue suficiente para transportarlo a un mundo diferente. Un mundo donde la única luz natural procedía de la alta grieta en el cielo. Un mundo que permanecía húmedo incluso en los días más calurosos, un paisaje ahogado de moho, hongos y recias plantas que sobrevivían incluso con la tenue luz.

Los abismos eran más anchos en el fondo, quizá como resultado de las altas tormentas, que causaban enormes inundaciones que los recorrían de un lado a otro: quedar atrapado en un abismo durante una alta tormenta era la muerte segura. Un sedimento de crem endurecido suavizaba el suelo, aunque se alzaba y caía con la diversa erosión de la roca que había debajo. En unos cuantos lugares, la distancia del fondo del abismo al borde superior de la meseta era solo de unos doce metros. Sin embargo, en la mayoría, superaba los treinta.

Kaladin saltó de la escala, cayó a unos cuantos pasos de distancia y aterrizó en un charco de agua de lluvia. Tras encender la antorcha, la alzó y contempló la oscura grieta. Las paredes estaban resbaladizas por el oscuro verdín que las cubría, y varias finas enredaderas que no reconoció caían de los salientes intermedios. Trozos de hueso, madera y ropa rasgada yacían esparcidos o enganchados en las hendiduras.

Alguien salpicó agua al aterrizar a su lado. Teft maldijo y se

miró las piernas empapadas mientras salía del gran charco.

—Las tormentas se lleven a ese cremlino de Gaz —murmuró el viejo—. Enviarnos aquí abajo cuando no es nuestro turno. Le sacaré los ojos por esto.

—Seguro que te tiene miedo —dijo Roca, saltando de la escala y cayendo sobre un punto seco—. Probablemente está en el campamento llorando de pánico.

—A la tormenta contigo —dijo Teft, sacudiendo la pierna izquierda para librarse del agua. Los dos llevaban antorchas preparadas. Kaladin había encendido la suya con yesca y pedernal, pero los otros no lo hicieron. Tenían que racionarlas.

Los demás hombres del Puente Cuatro empezaron a reunirse cerca del pie de la escalera. Permanecieron juntos. Uno de cada cuatro encendió su antorcha, pero la luz no pareció atravesar la penumbra: tan solo permitía a Kaladin ver algo más del innatural paisaje. Extraños hongos tubulares crecían en las grietas. Eran de un amarillo pálido, como la piel de un niño con ictericia. Los cremlinos se apartaron corriendo de la luz, crustáceos diminutos de un color rojizo transparente. Cuando uno pasó por la pared, Kaladin advirtió que podía verle los órganos internos a través del caparazón.

La luz reveló también una figura rota y retorcida en la base de la pared del abismo, a unos pocos metros de distancia. Kaladin levantó la antorcha y se acercó. Ya empezaba a apestar. Alzó una mano y se cubrió inconscientemente la boca y la nariz al arrodillarse.

Era un hombre de los puentes, o lo había sido. Perteneciente a una de las otras cuadrillas. Era reciente. Si llevara aquí más días, la alta tormenta lo habría arrastrado a algún lugar lejano. El Puente Cuatro se congregó detrás de Kaladin, mirando en silencio al hombre que había decidido arrojarse al abismo.

—Tal vez algún día encuentres un puesto de honor en los Salones Tranquilos, hermano caído —dijo Kaladin, y su voz resonó—. Ojalá nosotros encontremos un final mejor que el tuyo.

Se levantó, alzando la antorcha, y dejó atrás al muerto. Su cuadrilla lo siguió, nerviosa.

Kaladin había comprendido rápidamente las tácticas básicas de la lucha en las Llanuras Quebradas. Había que avanzar con tesón, presionando al enemigo hacia el borde de la meseta. Por eso las

batallas a menudo se volvían sangrientas para los alezi, que solían llegar después de los parshendi.

Los alezi tenían puentes, mientras que esos extraños parshmenios del este podían saltar la mayoría de los abismos después de echar a correr. Pero ambos tenían problemas cuando se veían obligados a dirigirse a los precipicios, y eso generalmente causaba que los soldados perdieran pie y cayeran al vacío. Las cifras eran lo suficientemente significativas para que los alezi quisieran recuperar el equipo perdido. Y por eso los hombres de los puentes eran enviados a cumplir servicios en los abismos. Era como robar en tumbas, pero sin tumbas.

Llevaban sacos, y se pasarían horas caminando de un lado a otro, buscando los cadáveres de los caídos, cualquier cosa de valor. Esferas, petos, cascos, armas. Algunos días, cuando alguna carrera en la meseta era aún reciente, podían tratar de llegar al punto donde había tenido lugar y saquear los cadáveres. Pero las altas tormentas a menudo hacían que fuera inútil. Esperaban unos cuantos días, y los cadáveres aparecían en cualquier otro punto.

Por lo demás, los abismos eran un laberinto asombroso, y llegar a una meseta en disputa y regresar después con tiempo razonable era casi imposible. Lo aconsejable era esperar a que una alta tormenta empujara los cuerpos hacia el lado alezi de las Llanuras (las altas tormentas siempre iban de este a oeste, después de todo), y luego enviar a los hombres de los puentes a buscarlos.

Eso significaba deambular un montón de tiempo. Pero a lo largo de los años habían caído tantos cuerpos que no era difícil encontrar donde cosecharlos. La cuadrilla debía llevar un número concreto de elementos recuperados o enfrentarse a un recorte de la paga durante la semana; la cuota no era onerosa. Lo suficiente para mantenerlos trabajando, pero no para obligarlos a esforzarse más allá de lo posible. Como la mayor parte del trabajo de los hombres de los puentes, esto tenía como misión mantenerlos ocupados más que otra cosa.

Mientras recorrían el primer abismo, algunos de sus hombres sacaron sus sacos y fueron recogiendo algunas cosas al paso. Un casco aquí, un escudo allá. Estaban atentos por si había esferas. Encontrar una esfera valiosa allí caída se traduciría en una pequeña

recompensa para toda la cuadrilla. No se les permitía traer sus propias esferas o posesiones al abismo, naturalmente. Y al salir los registraban a conciencia. La humillación de ese registro (que incluía cualquier lugar donde pudiera ocultarse una esfera) era parte del motivo por el que el servicio en el abismo era tan odiado.

Pero solo parte. Mientras caminaban, el suelo del abismo se amplió hasta unos cinco metros. Aquí había marcas en las paredes, tajos donde el moho había sido rascado, la piedra misma horadada. Los hombres del puente trataron de no mirar esas marcas. De vez en cuando, los abismoides recorrían estos caminos, buscando carroña o una meseta adecuada donde pupar. Encontrar uno de ellos era inusitado, pero posible.

—Kelek, odio este lugar —dijo Teft, que caminaba junto a Kaladin—. He oído decir que una vez una cuadrilla entera fue devorada por un abismoide, uno a uno, después de que los acorralara en un callejón sin salida. Se quedó allí sentado, escogiéndolos mientras intentaban escapar.

Roca se echó a reír.

—Si se los comió a todos, ¿quién regresó para contarlo?

Teft se frotó la barbilla.

—No lo sé. Tal vez no regresaron nunca.

—Entonces tal vez huyeron. Desertando.

—No —repuso Teft—. No se puede salir de estos abismos sin una escala.

Miró hacia arriba, hacia el estrecho hueco azul a veinte metros de distancia que seguía la curva de la meseta.

Kaladin alzó también la mirada. Aquel cielo azul parecía tan lejano… Inalcanzable. Como la luz de los mismísimos Salones. Y aunque se pudiera escalar por una de las zonas menos profundas, quedarías atrapado en las Llanuras sin ningún medio para cruzar los abismos, o estarías tan cerca del lado alezi que los exploradores podrían localizarte cruzando los puentes permanentes. Podías intentar dirigirte hacia el este, hacia el lugar donde las mesetas estaban tan gastadas que eran solo agujas. Pero serían semanas de caminata y habría que sobrevivir a múltiples tormentas.

—¿Has estado alguna vez en un cañón cuando llegan las lluvias, Roca? —preguntó Teft, pensando quizás en lo mismo.

—No —respondió Roca—. En los Picos no tenemos estas cosas. Solo existen donde deciden vivir los necios.

—Tú vives aquí, Roca —advirtió Kaladin.

—Y soy un necio —replicó el gran comecuernos, riendo—. ¿No te habías dado cuenta?

Los dos últimos días lo habían cambiado mucho. Era más afable, como si hubiera regresado en cierto modo a lo que Kaladin asumía que era su personalidad normal.

—Estaba hablando de los cañones —dijo Teft—. ¿Imaginas lo que sucederá si nos quedamos aquí atrapados durante una alta tormenta?

—Muchísima agua, supongo.

—Muchísima agua, buscando ir a todas partes que pueda. Forma olas enormes y choca contra estos estrechos espacios con fuerza suficiente para derribar peñascos. De hecho, la lluvia corriente parecerá una alta tormenta aquí abajo. Y una alta tormenta…, bueno, este sería probablemente el peor sitio de todo Roshar para estar cuando llegue una.

Roca frunció el ceño ante la idea y miró hacia arriba.

—Mejor que no nos capture la tormenta, entonces.

—Sí —dijo Teft.

—Aunque así te darías un baño, Teft —añadió Roca—, que buena falta te hace.

—Eh —gruñó el viejo—. ¿Eso es un comentario sobre cómo huelo? —No, es un comentario sobre lo que yo tengo que oler. ¡A veces pienso que una flecha parshendi en el ojo sería mejor que oler a toda la cuadrilla del puente encerrada en el barracón por las noches! Teft se echó a reír.

—Me ofendería si no fuera cierto —olisqueó el aire húmedo y mohoso del abismo—. Este sitio no es mucho mejor. Aquí abajo huele peor que las botas de un comecuernos en invierno —vaciló—. Eh, no es por ofender. Lo digo personalmente.

Kaladin sonrió, y luego miró atrás. La treintena de hombres del puente los seguía como fantasmas. Unos cuantos parecían querer acercarse al grupo de Kaladin, como intentando escuchar sin ser demasiado obvios.

—Teft —dijo Kaladin—. ¿«Huele peor que las botas de un come-

cuernos»? ¿Cómo no va a ofenderse por esa frase?

—Es solo una expresión —replicó Teft, haciendo una mueca—. Se me escapó antes de darme cuenta de que la decía.

—Lástima —dijo Roca, arrancando un puñado de verdín de la pared e inspeccionándolo mientras caminaban—. Tu insulto me ha ofendido. Si estuviéramos en los Picos, habríamos tenido que librar un duelo a la forma tradicional *alil'tiki'i*.

—¿Y eso cómo es? —preguntó Teft—. ¿Con lanzas?

Roca se echó a reír.

—No, no. En los Picos no somos bárbaros como vosotros aquí abajo.

—¿Cómo entonces? —preguntó Kaladin, sintiendo verdadera curiosidad.

—Bueno —dijo Roca, soltando el verdín y sacudiéndose las manos—. Implica cerveza y cantar.

—¿Y eso es un duelo?

—El que puede cantar después de beber más cerveza es el ganador. Además, todo el mundo se emborracha tanto y tan pronto que probablemente olvidan de qué iba la discusión.

Teft se echó a reír.

—Mejor que cuchillos al amanecer, supongo.

—Supongo que eso depende —dijo Kaladin.

—¿De qué?

—De si eres o no mercader de cuchillos. ¿Eh, Dunny?

Los otros dos miraron hacia el lado, donde Dunny se había acercado para escuchar. El delgado joven dio un respingo y se ruborizó.

—Er…, yo…

Roca se echó a reír ante las palabras de Kaladin.

—Dunny —le dijo al joven—. Es un nombre extraño. ¿Qué significa?

—¿Qué significa? —preguntó Dunny—. No lo sé. Los nombres no siempre tienen significado.

Roca sacudió la cabeza, disconforme.

—Llaneros. ¿Cómo vas a saber quién eres si tu nombre no tiene significado?

—¿Entonces tu nombre significa algo? —preguntó Teft—. Nu…,

ma…, nu…

—Numuhukumakiaki'aialunamor —dijo Roca. El comecuernos nativo sonaba fácil en sus labios—. Naturalmente. Describe la roca especial que descubrió mi padre el día antes de mi nacimiento.

—¿Entonces tu nombre es una frase entera? —preguntó Dunny, inseguro, como si no estuviera seguro de encajar en el grupo.

—Es un poema —dijo Roca—. En los Picos, todos los nombres son poemas.

—¿Y eso? —dijo Teft, rascándose la cabeza—. Llamar a la familia a comer debe ser como escuchar a un coro.

Roca se echó a reír.

—Cierto, cierto. También provoca discusiones interesantes. Normalmente, los mejores insultos en los Picos son en forma de poemas, similares al nombre de la persona en composición y rima.

—Kelek, parece un montón de trabajo.

—Quizá por eso la mayoría de las discusiones terminan bebiendo —dijo Roca.

Dunny sonrió, vacilante.

—Eh, tú, gran bufón, hueles igual que un cerdo mojado, así que sal del rincón y ve a bañarte ahí al lado.

Roca se echó a reír de buena gana, y su voz resonó por todo el abismo.

—Es bueno, es bueno —dijo, secándose los ojos—. Sencillo, pero bueno.

—Eso casi tenía el ritmo de una canción, Dunny —dijo Kaladin.

—Bueno, es lo primero que se me ha pasado por la cabeza. Le puse la música de *Los dos amantes de Mari* para conseguir el ritmo adecuado.

—¿Sabes cantar? —preguntó Roca—. Tengo que escucharte.

—Pero…

—¡Canta! —ordenó Roca, señalando.

Dunny tragó saliva, pero obedeció y empezó a cantar una canción que Kaladin no conocía. Era una divertida historia sobre una mujer y dos hermanos gemelos que creía que eran la misma persona. La voz de Dunny era de tenor puro, y parecía tener más confianza cuando cantaba que cuando hablaba.

Era bueno. Cuando pasó a la segunda estrofa, Roca empezó a

tararear con voz grave, proporcionando el contrapunto. El comecuernos era obviamente un cantante experimentado. Kaladin miró a los otros hombres del puente, esperando atraer a alguno más a la conversación o a la canción. Le sonrió a Cikatriz, pero solo consiguió una mueca por respuesta. Moash y Sigzil (el azishano de piel oscura) ni siquiera lo miraron. Peet solo se miró los pies.

Cuanto terminó la canción, Teft aplaudió admirado.

—Es una actuación mejor que las que he escuchado en muchas tabernas.

—Es bueno conocer a un llanero que sabe cantar —dijo Roca, inclinándose para recoger un yelmo y guardarlo en su saco. Este abismo concreto no parecía tener gran cosa que rescatar ahora mismo—. Había empezado a pensar que erais tan sordos para la música como el sabueso-hacha de mi abuelo. ¡Ja!

Dunny se ruborizó, pero pareció caminar con más confianza en sí mismo.

Siguieron adelante, pasando de vez en cuando recodos o grietas en la piedra donde las aguas habían depositado grandes cantidades de desechos. Aquí el trabajo se convertía en más sucio, y a menudo tenían que sacar los cadáveres o los montones de huesos para obtener lo que querían, boqueando ante el hedor. Kaladin les dijo que dejaran por el momento los cuerpos más repugnantes o podridos. Los putrispren tendían a acumularse en torno a los muertos. Si no tenían suficientes materiales de rescate más tarde, podrían venir a por esto.

En cada intersección o desvío Kaladin hacía una marca blanca en la pared con un trozo de tiza. Ese era el deber del jefe del puente, y se lo tomaba en serio. No podía permitir que su cuadrilla se perdiera en estas fosas.

Mientras caminaban y trabajaban, Kaladin mantuvo viva la conversación. Se reía (se obligaba a reír) con ellos. Si la risa le sonaba hueca, los demás no parecían advertirlo. Tal vez se sentían igual que él y consideraban que incluso una risa forzada era preferible a volver a aquel absorto y lastimero silencio que nublaba a la mayoría de los hombres de los puentes.

Poco después, Dunny se reía y charlaba con Teft y Roca, olvidada su timidez. Unos cuantos hombres más los seguían (Yake,

Mapas, un par más), como criaturas salvajes atraídas a la luz y el calor de un fuego. Kaladin intentó incluirlos en la conversación, pero no funcionó, así que lo dejó correr.

Al cabo de un rato llegaron a un lugar con un buen número de cadáveres frescos. Kaladin no estaba seguro de qué combinación de riadas había hecho que esta sección del abismo fuera un buen lugar para ello: parecía igual que cualquier otra. Un poco más estrecha, tal vez. A veces acudían a huecos similares y encontraban buenos restos que rescatar; en otras ocasiones, estaban vacíos, pero en otros sitios había docenas de cadáveres.

Parecía que estos cuerpos habían sido arrastrados por el torrente de la alta tormenta y luego depositados aquí conforme el agua se filtraba lentamente. No había ningún parshendi entre ellos, y estaban rotos y desgarrados por la caída o por la presión de la riada. A muchos les faltaban los miembros.

El hedor a sangre y vísceras se imponía al del aire húmedo. Kaladin alzó la antorcha y sus compañeros guardaron silencio. El apestoso frío impedía que los cadáveres se pudrieran demasiado rápidamente, aunque la humedad contrarrestaba aquello en parte. Los cremlinos habían empezado a morder la piel de las manos y a roer los ojos. Pronto los estómagos se hincharían de gas. Algunos putrispren (diminutos, rojos, transparentes) correteaban sobre los cadáveres.

Syl llegó revoloteando y se posó sobre su hombro, haciendo ruidos de disgusto. Como de costumbre, no dio ninguna explicación de su ausencia.

Los hombres sabían lo que tenían que hacer. Incluso con los putrispren, este lugar era demasiado valioso para obviarlo. Se pusieron a trabajar, colocando los cadáveres en hilera para inspeccionarlos. Kaladin llamó a Roca y Teft para que se unieran a él mientras recogía algunas piezas sueltas que yacían en el suelo alrededor de los cadáveres. Dunny los siguió.

—Estos cuerpos llevan los colores del alto príncipe —advirtió Roca mientras Kaladin recogía un abollado casco de acero.

—Apuesto a que fue de la carrera de hace unos días —dijo Kaladin—. A las fuerzas de Sadeas les costó cara.

—Del «brillante señor Sadeas» —dijo Dunny. Entonces agachó la

cabeza, cohibido—. Lo siento, no pretendía corregirte. Es que se me olvidaba decir el título. Mi amo me golpeaba cuando lo hacía.

—¿Amo? —preguntó Teft, recogiendo una lanza caída y retirando algo de moho de su asta.

—Era aprendiz. Quiero decir, antes… —Dunny se calló, y luego apartó la mirada.

Teft tenía razón: a los hombres de los puentes no les gustaba hablar de su pasado. De todas formas, Dunny probablemente hacía bien al corregir a Kaladin. Si lo oían omitir el título honorífico de un ojos claros, lo castigarían.

Kaladin metió el casco en el saco, y luego clavó la antorcha en una grieta entre dos peñascos cubiertos de verdín y empezó a ayudar a los demás a colocar a los cadáveres en fila. No intentó conversar con los hombres. Los caídos se merecían cierto respeto…, si eso era posible mientras les estabas robando.

A continuación, despojaron a los caídos de sus armaduras. Chalecos de cuero a los arqueros, petos de acero a los soldados de infantería. Este grupo incluía a un ojos claros caído que llevaba ropas caras bajo una armadura aún más lujosa. A veces los cuerpos de los ojos claros eran recuperados de los abismos por equipos especiales para que el cadáver pudiera ser animado en una estatua. A los ojos oscuros, a menos que fueran muy ricos, se los incineraba. Y la mayoría de los soldados que caían a los abismos eran ignorados: los hombres de los campamentos decían que los abismos eran lugares sagrados de descanso, pero la verdad era que el esfuerzo por recuperar los cadáveres no merecía la pena del riesgo ni el peligro.

De todas formas, encontrar aquí a un ojos claros significaba que su familia no era lo bastante rica, o preocupada, para enviar a sus hombres a recuperarlo. Tenía la cara aplastada e irreconocible, pero su insignia de rango lo identificaba como séptimo dahn. Sin tierra, adscrito al séquito de un oficial más poderoso.

Cuando tuvieron la armadura, le quitaron las dagas y las botas a todos los que estaban en fila: siempre había demanda de botas. Les dejaron la ropa a los caídos, aunque se llevaron los cinturones y muchos botones de las camisas. Mientras trabajaban, Kaladin envió a Teft y Roca al otro lado del recodo para ver si había más

cadáveres cerca.

Cuando las armaduras, armas y botas fueron separadas, comenzó la tarea más macabra: buscar esferas y joyas en bolsillos y faltriqueras. Esta pila era la más pequeña de todas, pero seguía siendo valiosa. No encontraron ningún broam, lo que significaba que no habría ninguna magra recompensa para los hombres del puente.

Mientras los hombres realizaban su morbosa tarea, Kaladin advirtió el extremo de una lanza que asomaba en un charco cercano. No lo habían visto en su observación inicial.

Perdido en sus pensamientos, la cogió, sacudió el agua y la llevó a la pila de las armas. Entonces vaciló, sujetando con una mano la lanza de la que goteaba agua fría. Pasó el dedo por la pulida madera. Notaba por el equilibrio y acabado que era una buena arma. Recia, bien hecha, bien cuidada.

Cerró los ojos, recordando sus días de niño con los bastones.

Las palabras pronunciadas por Tukk hacía años regresaron a él, palabras dichas aquel resplandeciente día de verano cuando empuñó por primera vez una lanza en el ejército de Amaram. «El primer paso es preocuparse —pareció susurrarle la voz de Tukk—: Algunos hablan de no sentir emociones en la batalla. Bueno, supongo que es importante conservar la cabeza. Pero odio esa sensación de matar mientras estás frío y calmado. He visto que aquellos que se preocupan luchan con más fuerza, más tiempo y mejor que aquellos que no lo hacen. Es la diferencia entre los mercenarios y los soldados de verdad. Es la diferencia entre luchar por defender tu patria y luchar en suelo extranjero. Es bueno preocuparse cuando luchas, mientras no dejes que te consuma. No intentes impedir tener sentimientos. Odiarás en lo que te convertirías entonces.»

La lanza tembló en los dedos de Kaladin, como suplicando que la empuñara, la agitara, la hiciera bailar.

—¿Qué planeas hacer, alteza? —preguntó una voz—. ¿Vas a clavarte esa lanza en tus propias tripas?

Kaladin miró a quien había hablado: Moash, que seguía siendo uno de sus principales detractores, estaba de pie cerca de la fila de cadáveres. ¿Cómo era que lo llamaba «alteza»? ¿Había estado

hablando con Gaz?

—Dice que es un desertor —le dijo Moash a Narm, el hombre que trabajaba a su lado—. Dice que fue un soldado importante, líder de pelotón o algo por el estilo. Pero Gaz dice que solo son alardeos estúpidos. No enviarían a un hombre a los puentes si supiera pelear.

Kaladin bajó la lanza.

Moash hizo una mueca y volvieron a su trabajo. Sin embargo, los otros habían reparado en Kaladin.

—Míralo —dijo Sigzil—. ¡Eh, jefe del puente! ¿Crees que eres maravilloso? ¿Que eres mejor que nosotros? ¿Piensas que pretender que somos tu tropa personal cambiará algo?

—Déjalo en paz —dijo Drehy. Empujó a Sigzil al pasar—. Al menos lo intenta.

Desorejado Jaks bufó mientras sacaba una bota de un pie muerto.

—Lo que quiere es parecer importante. Aunque estuviera en el ejército, apuesto a que acabará sus días limpiando letrinas.

Parecía que había algo capaz de sacar a los hombres del puente de su silencioso estupor: el odio hacia Kaladin. Los demás empezaron a hablar y a burlarse de él.

—Es culpa suya que estemos aquí…

—Quiere agotarnos durante nuestro único tiempo libre, solo para poder dárselas de importarte…

—Nos envió a cargar rocas para demostrarnos que puede mangonearnos…

—Apuesto a que no ha blandido una lanza en su vida…

Kaladin cerró los ojos, escuchando su desprecio, mientras acariciaba la madera con sus dedos.

«No ha blandido una lanza en su vida.» Tal vez si no hubiera cogido aquella primera lanza, nada de esto habría ocurrido.

Palpó la suave madera, resbaladiza por el agua de lluvia, y los recuerdos se agolparon en su cabeza. Entrenado para olvidar, entrenado para conseguir venganza, entrenado para aprender y encontrar sentido a lo que había sucedido.

Sin pensarlo, se colocó la lanza bajo el brazo en posición de guardia, la punta hacia abajo. Las gotas de agua del asta corrieron

por su espalda.

Moash se interrumpió en mitad de una burla. Los hombres del puente se callaron. El abismo permaneció en silencio. Y Kaladin se sintió en otro lugar. Escuchaba a Tukk reprenderlo. Escuchaba reír a Tien.

Escuchaba a su madre burlarse de él a su manera inteligente e ingeniosa.

Estaba en el campo de batalla, rodeado de enemigos pero acompañado por sus amigos.

Escuchaba a su padre decirle con desdén en la voz que las lanzas solo servían para matar. No se podía matar para proteger.

Estaba solo en un abismo en las profundidades de la tierra, empuñando la lanza de un muerto, los dedos sujetando la madera mojada, un leve goteo llegaba de algún lugar distante.

La fuerza corrió por todo su ser mientras giraba la punta de la lanza para asumir una kata avanzada. Su cuerpo se movió como por su cuenta, ejecutando las formas en las que tan frecuentemente se había entrenado. La lanza danzó en sus dedos, cómoda, una extensión de sí mismo. La hizo girar, blandiéndola una y otra vez sobre su cuello, sobre su brazo, atacando y barriendo. Aunque hacía meses que no empuñaba un arma, sus músculos sabían qué hacer. Era como si la lanza misma lo supiera.

La tensión se diluyó, la frustración se difuminó, y su cuerpo suspiró contento aunque trabajaba furiosamente. Esto era familiar. Lo agradecía. Había sido creado para ello.

A Kaladin le habían dicho siempre que luchaba como no lo hacía nadie. Lo había notado el primer día que cogió un bastón, aunque los consejos de Tukk lo habían ayudado a afinar y canalizar lo que podía hacer. Kaladin se preocupaba cuando luchaba. Nunca combatía sintiéndose frío o impasible. Luchaba por mantener a sus hombres con vida.

De todos los reclutas de su cohorte, había aprendido a ser el más rápido. Cómo sostener la lanza, cómo prepararse para luchar. Lo había hecho casi sin instrucción. Eso sorprendió a Tukk. ¿Por qué fue así? Uno no se sorprende cuando ve que un niño sabe respirar. No te sorprendes cuando una anguila aérea remonta el vuelo por primera vez. No deberías sorprenderte cuando le entregas a Kaladin

Benditormenta una lanza y ves que sabe utilizarla.

Kaladin realizó los últimos movimientos de la kata, olvidado el abismo, olvidados los hombres del puente, olvidada la fatiga. Durante un momento, fue solo él. El viento y él. Luchó el viento, y el viento se reía.

Volvió a poner la lanza en su sitio, sujetando el asta en la posición un cuarto, la punta hacia abajo, la parte inferior del asta bajo el brazo, el extremo posterior tras la cabeza. Inspiró profundamente, temblando.

«Oh, cuánto lo he echado de menos.»

Abrió los ojos. La chisporroteante luz de las antorchas reveló a un puñado de hombres aturdidos en el húmedo pasillo de piedra, las paredes húmedas y reflejando la luz. Moash dejó caer un puñado de esferas, aturdido y silencioso, mientras miraba a Kaladin con la boca abierta. Las esferas cayeron en el charco a sus pies, haciendo que brillara, pero ninguno de los hombres lo advirtió. Tan solo miraban a Kaladin, que todavía asumía la pose de batalla, medio agazapado, el sudor corriéndole por los lados de la cara.

Parpadeó, tomando consciencia de lo que había hecho. Si Gaz se enteraba de que andaba jugueteando con lanzas… Kaladin se irguió y dejó caer la lanza en el montón de las armas.

—Lo siento —susurró, aunque no sabía por qué. Entonces, en voz más alta, dijo—: ¡De vuelta al trabajo! No quiero quedarme aquí atrapado cuando anochezca.

Los hombres se pusieron en movimiento. Al fondo del pasillo, Kaladin vio a Roca y Teft. ¿Habían visto la kata completa? Ruborizándose, corrió junto a ellos. Syl se posó en su hombro, silenciosa.

—Kaladin, muchacho —dijo Teft, lleno de reverencia—. Eso ha sido…

—No ha sido nada. Solo una kata. Su función es hacer trabajar los músculos y hacerte practicar los golpes, acometidas y barridos básicos. Es más espectacular que útil.

—Pero…

—No, de verdad. ¿De verdad imaginas a un hombre haciéndose pasar una lanza por detrás del cuello durante un combate? Lo eliminarían en un segundo.

—Muchacho —dijo Teft—, he visto katas antes. Pero nunca una así. La forma en que te movías…, la velocidad, la gracia… Y había una especie de spren revoloteando a tu alrededor, entre tus acometidas, brillando con una luz pálida. Era precioso.

Roca se sobresaltó.

—¿Pudiste verlo?

—Claro. Nunca había visto un spren igual. Pregúntale a los otros hombres…, vi a unos cuantos señalando.

Kaladin miró con el ceño fruncido a Syl, que todavía estaba sentada sobre su hombro, recatada, las piernas cruzadas y las manos en las rodillas, procurando no mirarlo.

—No fue nada —repitió Kaladin.

—No, desde luego que no —repuso Roca—. Tal vez eres tú quien debería desafiar a un portador de esquirlada. ¡Podrías convertirte en un brillante señor!

—No quiero ser brillante señor —replicó Kaladin, quizá más bruscamente de lo necesario. Los otros dos se sobresaltaron—. Además —añadió, apartando la mirada—, ya lo intenté una vez. ¿Dónde está Dunny?

—Espera —dijo Teft—, tú…

—¿Dónde está Dunny? —dijo Kaladin firmemente, recalcando cada palabra. «Padre Tormenta. Tengo que mantener cerrada la boca.»

Teft y Roca compartieron una mirada antes de que Teft señalara.

—Encontramos a algunos parshendi muertos tras el recodo. Pensé que querrías saberlo.

—Parshendi —dijo Kaladin—. Vamos a ver. Tal vez tengan algo valioso.

Nunca antes había saqueado cadáveres de parshendi: a los abismos caían muchos menos parshendi que alezi.

—Es verdad —dijo Roca, guiándolos con una antorcha encendida—. Las armas que tienen, sí, son muy bonitas. Y tienen gemas en las barbas.

—Por no mencionar las armaduras —dijo Kaladin.

Roca negó con la cabeza.

—No hay armaduras.

—Roca, he visto sus armaduras. Siempre las llevan.

—Bueno, sí, pero no podemos usarlas.

—No comprendo.

—Ven —dijo Roca, haciendo un gesto—. Es más fácil que explicarlo.

Kaladin se encogió de hombros y rodearon el recodo. Roca se rascaba la barba pelirroja.

—Pelos estúpidos —murmuró—. Ah, tenerlos bien otra vez. Un hombre no es un hombre sin la barba adecuada.

Kaladin se frotó su propia barba. Uno de estos días ahorraría y se compraría una cuchilla y se desharía de la maldita molestia. Oh, bueno, probablemente no. Necesitaría las esferas para otra cosa.

Rodearon el recodo y encontraron a Dunny colocando en fila a los cadáveres parshendi. Había cuatro, y parecía que habían sido barridos desde otra dirección. Había también unos cuantos cadáveres alezi.

Kaladin avanzó, indicando a Roca que trajera la luz, y se arrodilló para inspeccionar a uno de los parshendi muertos. Eran como parshmenios, con la piel moteada de negro y escarlata. Su única vestimenta eran faldas negras hasta las rodillas. Tres llevaban barba, que no eran corrientes en los parshmenios, entretejidas con gemas sin cortar.

Tal como Kaladin esperaba, llevaban armaduras de color rojo claro. Petos, yelmos, guardas en los brazos y las piernas. Armaduras importantes para soldados de a pie regulares. Algunas estaban agrietadas por la caída o por el efecto de la riada. No eran de metal, entonces. ¿Madera pintada?

—Creía que habías dicho que no llevaban armaduras —dijo Kaladin—. ¿Qué intentabas decirme? ¿Que no te atreves a quitárselas a los muertos?

—¿Que no me atrevo? —dijo Roca—. Kaladin, maese brillante señor, brillante jefe de puente, mago de la lanza, quizá tú se las quieras quitar.

Kaladin se encogió de hombros. Su padre lo había familiarizado con los muertos y los moribundos, y aunque le parecía mal robarles, no era melindroso. Palpó al primer parshendi y advirtió que llevaba un cuchillo. Lo cogió y buscó la correa que sujetaba en su sitio la hombrera.

No había ninguna correa. Kaladin frunció el ceño y miró debajo de la hombrera, tratando de arrancarla. La piel se levantó con ella.

—¡Padre Tormenta! —exclamó. Inspeccionó el yelmo. Estaba incrustado en la cabeza. ¿O tal vez crecía en la cabeza?—. ¿Qué es esto?

—No lo sé —respondió Roca, encogiéndose de hombros—. Parece que desarrollan sus propias armaduras ¿no?

—Eso es ridículo. Solo son personas. Las personas, ni siquiera los parshmenios, no desarrollan armaduras.

—Los parshendi sí —dijo Teft.

Kaladin y los otros dos se volvieron hacia él.

—No me miréis así —dijo el viejo, con una mueca—. Trabajé en el campamento unos cuantos años antes de acabar en el puente…, y no, no voy a contaros nada más, así que la tormenta os lleve. Pero los soldados hablan. Los parshendi desarrollan caparazones.

—He conocido a parshmenios —dijo Kaladin—. Había un par en la ciudad donde vivía, sirviendo al consistor. Ninguno de ellos desarrolló armaduras.

—Bueno, estos son un tipo distinto de parshmenios —replicó Teft, torciendo el gesto—. Más grandes, más fuertes. Pueden saltar los abismos, por el amor de Kelek. Y desarrollan armaduras. Ya está.

No había nada más que discutir, así que continuaron recogiendo lo que pudieron. Muchos parshendi usaban armas pesadas (hachas, martillos) que no habían sido arrastradas con los cuerpos como muchas de las lanzas y flechas de los soldados alezi. Encontraron varios cuchillos y una espada ornamentada, todavía dentro de su vaina en el costado de un parshendi.

Las faldas no tenían bolsillos, pero los cadáveres llevaban faltriqueras atadas a la cintura. Solo llevaban pedernal y yesca, piedra de afilar y otros suministros básicos. Así que se arrodillaron para quitarles las gemas de las barbas. Las gemas tenían agujeros para facilitar el cosido, y la luz tormentosa las infundía, aunque no brillaban tanto como habrían hecho si hubieran sido cortadas de la forma adecuada.

Mientras Roca sacaba las gemas de la barba del último parshendi, Kaladin acercó uno de los cuchillos a la antorcha de Dunny e inspeccionó el detallado grabado.

—Parecen glifos —dijo, mostrándoselo a Teft.

—No sé leer glifos, muchacho.

«Oh, bueno», pensó Kaladin. Bueno, si eran glifos, no estaba familiarizado con ellos. Naturalmente, se podían dibujar glifos de formas complejas para dificultar su lectura, a menos que supieras exactamente qué buscar. Había una figura en el centro de la empuñadura, bellamente tallada. Era un hombre con armadura. Armadura esquirlada, en efecto. Tenía un símbolo grabado detrás, rodeándolo, brotando como alas de su espalda.

Kaladin se lo mostró a Roca, que se había acercado a ver qué le parecía tan fascinante.

—Se supone que estos parshendi son unos bárbaros —dijo Kaladin—. Sin cultura. ¿De dónde han sacado estos cuchillos? Juraría que esto es la imagen de uno de los Heraldos. Jezerezeh o Nalan.

Roca se encogió de hombros. Kaladin suspiró y devolvió el cuchillo a su vaina, y luego lo echó al saco. Rodearon el recodo para volver con los demás. La cuadrilla había reunido varios sacos llenos de armaduras, cinturones, botas y esferas. Cada uno cogió una lanza para llevarla de vuelta a la escala, usándola como si fueran bastones para caminar. Habían dejado una para Kaladin, pero este se la arrojó a Roca. No se fiaba de sí mismo y no quería volver a empuñar una, no fuera a sentir la tentación de adoptar otra kata.

El regreso no fue digno de incidentes, aunque con el cielo cada vez más oscuro los hombres se sobresaltaban con cada sonido. Kaladin empezó a conversar de nuevo con Roca, Teft y Dunny. Pudo conseguir que Drehy y Torfin hablaran también un poco.

Llegaron al primer abismo, para gran alivio de sus hombres. Kaladin los dejó subir primero, esperando para ser el último. Roca esperó con él, y cuando Dunny empezó a subir, dejándolos solos, el alto comecuernos le puso una mano en el hombro a Kaladin y le dijo en voz baja:

—Haces un buen trabajo aquí. Creo que en unas pocas semanas estos hombres serán tuyos.

Kaladin sacudió la cabeza.

—Somos hombres de los puentes, Roca. No tenemos unas pocas

semanas. Si tardo tanto en ganármelos, la mitad de nosotros habrá muerto.

Roca frunció el ceño.

—No es una idea agradable.

—Por eso tenemos que ganarnos a los otros hombres ya.

—¿Pero cómo?

Kaladin miró la escala colgante que se agitaba mientras los hombres la subían. Solo podían subir cuatro a la vez, para no sobrecargarla.

—Reúnete conmigo después de que nos registren. Vamos a ir al mercado del campamento.

—Muy bien —dijo Roca, subiendo a la escala cuando Desorejado Jaks llegó a lo alto—. ¿Qué vamos a hacer?

—Vamos a probar mi arma secreta.

Roca se echó a reír mientras Kaladin le sujetaba la escala.

—¿Y qué arma es esa?

Kaladin sonrió.

—En realidad, eres tú.

Dos horas más tarde, con la primera luz violeta de Salas, Roca y Kaladin volvieron al aserradero. Ya se había puesto el sol, y muchos de los hombres de los puentes pronto se irían a dormir.

«No hay mucho tiempo», pensó Kaladin, indicando a Roca que llevara su carga a un lugar cerca de la parte delantera del barracón del Puente Cuatro. El gran comecuernos la depositó junto a Teft y Dunny, que habían hecho lo que Kaladin les había ordenado, acumulando un pequeño círculo de piedras y unos tocones de madera sacados del montón de restos del aserradero. Todo el mundo podía usar esa madera. Incluso los hombres de los puentes: a algunos le gustaba coger trozos para tallarlos.

Kaladin sacó una esfera para iluminarse. Lo que Roca había traído era un viejo caldero de hierro. Aunque era de segunda mano, le había costado a Kaladin una buena porción del dinero obtenido por la savia de matopomo. El comecuernos empezó a sacar suministros del interior del caldero mientras Kaladin colocaba trozos de madera dentro del círculo de piedras.

—Dunny, agua, por favor —dijo Kaladin, sacando el pedernal.

Dunny corrió a traer un cubo de uno de los barriles de lluvia. Roca terminó de vaciar el caldero, sacando pequeños paquetes que habían costado otra sustanciosa porción de las esferas de Kaladin. Solo le quedaba un puñado de clarochips.

Mientras trabajaban, Hobber salió cojeando del barracón. Mejoraba rápidamente, aunque los otros dos heridos a los que Kaladin había tratado seguían en mal estado.

—¿Qué pretendes, Kaladin? —preguntó cuando prendió la llama.

Kaladin sonrió y se puso en pie.

—Toma asiento.

Hobber así lo hizo. No había perdido la devoción que le mostraba a Kaladin por haberle salvado la vida. En todo caso, su lealtad había aumentado.

Dunny regresó con un cubo de agua que vació en el caldero. Entonces Teft y él corrieron a traer más. Kaladin avivó las llamas y Roca empezó a tararear mientras cortaba tubérculos y sacaba algunas especias. En menos de media hora, tenían un buen fuego encendido y una humeante olla de guiso.

Teft se sentó en uno de los tocones, calentándose las manos.

—¿Esta es tu arma secreta?

Kaladin se sentó junto al viejo.

—¿Has conocido a algún soldado en tu vida, Teft?

—A unos cuantos.

—¿Has conocido a alguno capaz de rechazar una buena hoguera y un poco de guiso al final del día?

—Bueno, no. Pero los hombres de los puentes no son soldados.

Eso era cierto. Kaladin se volvió hacia la puerta del barracón. Roca y Dunny empezaron a cantar juntos y Teft a chocar las palmas siguiendo el compás. Algunos de las otras cuadrillas se levantaban tarde, y miraron a Kaladin y los demás con mala cara.

Dentro del barracón vieron figuras moverse. La puerta estaba abierta y los olores del guiso de Roca eran fuertes. Invitadores.

«Vamos —pensó Kaladin—, recordad por qué vivimos. Recordad el calor, recordad la buena comida. Recordad a los amigos y las canciones, y las noches pasadas alrededor del fuego.»

«No estáis muertos todavía. ¡Que la tormenta os lleve! Si no

salís…»

De repente a Kaladin todo le pareció falso. Las canciones eran forzadas, el guiso un acto de desesperación. Todo era solo un intento para distraerse brevemente de la patética vida que se había visto obligado a vivir.

Una figura apareció en la puerta. Cikatriz (bajo, de barba cuadrada y ojos astutos) salió. Kaladin le sonrió. Una sonrisa forzada. A veces eso era todo lo que se podía ofrecer. «Que sea suficiente», rezó, poniéndose en pie y hundiendo un cuenco de madera en el guiso de Roca.

Kaladin le tendió el guiso a Cikatriz. La superficie del líquido marrón humeaba.

—¿Te unirás a nosotros? —preguntó Kaladin—. ¿Por favor?

Cikatriz lo miró, y luego al guiso. Se echó a reír y lo aceptó.

—¡Me uniría a la mismísima Vigilante Nocturna en torno a un fuego si hubiera un guiso de por medio!

—Ten cuidado —dijo Teft—. Es guiso de comecuernos. Podrían haber conchas de caracol o pinzas de cangrejo flotando.

—¡No las hay! —ladró Roca—. Es una lástima que tengas gustos de llanero poco refinados, pero preparo la comida tal como me lo ordena nuestro querido jefe de puente.

Kaladin sonrió y dejó escapar un profundo suspiro cuando Cikatriz se sentó. Otros salieron tras él, trayendo cuencos, y se sentaron. Algunos se pusieron a contemplar el fuego, sin decir mucho, pero otros empezaron a reír y a cantar. En un momento Gaz pasó por allí y los miró con su único ojo, como tratando de decidir si estaban rompiendo alguna regla del campamento. No lo hacían. Kaladin lo había comprobado.

Kaladin cogió un cuenco de guiso y se lo ofreció a Gaz. El sargento hizo una mueca de desdén y se marchó.

«No se pueden esperar demasiados milagros en una noche», pensó Kaladin con un suspiro, y se sentó y probó el guiso. Estaba bastante bueno. Sonrió, y se unió a la canción de Dunny.

A la mañana siguiente, cuando Kaladin llamó a los hombres para que se levantaran, tres cuartas partes salieron rápidamente del barracón, todos menos los que más se quejaban: Moash, Sigzil, Narm y un par más. Los que acudieron a su llamada parecían

sorprendentemente descansados, a pesar de la larga noche que habían pasado cantando y comiendo. Cuando les ordenó que se reunieran con él para practicar cargando el puente, casi todos los que se habían levantado se unieron a él.

No todos, pero los suficientes.

Tenía la impresión de que Moash y los demás cederían pronto. Habían probado su guiso. Nadie lo había rechazado. Y ahora que tenía a tantos hombres, los demás se sentirían incómodos si no participaban. El Puente Cuatro era suyo.

Ahora tenía que mantenerlos vivos el tiempo suficiente para que significara algo.



Pues nunca me he dedicado a un propósito más importante, y las mismas columnas del cielo temblarán con los resultados de nuestra guerra aquí. Lo pido de nuevo. Apóyame. No te apartes y dejes que el desastre consuma más vidas. Nunca te he suplicado nada antes, viejo amigo. Lo hago ahora.

Adolin estaba asustado.

Estaba junto a su padre en la zona de reunión. Dalinar parecía…, demacrado. Tenía ojeras y arrugas en la piel. El pelo blanco encanecía aún más en sus sienes como si fuera una roca blanqueada. ¿Cómo podía un hombre con una armadura esquirlada, un hombre que todavía conservaba su complexión de guerrero a pesar de su edad, parecer frágil?

Delante de ellos, dos chulls seguían a su cuidador y se dirigían al puente. El tramo de madera unía dos pilas de piedras talladas, un remedo de abismo de solo unos cuantos palmos de altura. Las antenas como látigos de los chulls se agitaban, las mandíbulas chasqueaban, los ojos negros del tamaño de puños miraban de un lado a otro. Tiraban de un enorme puente de asalto que rodaba sobre chirriantes ruedas de madera.

—Eso es mucho más ancho que los puentes que usa Sadeas —le dijo Dalinar a Teleb, que se encontraba a su lado.

—Es necesario que quepa el puente de asedio, brillante señor.

Dalinar asintió, ausente. Adolin sospechaba que era el único que podía ver la inquietud de su padre. Dalinar mantenía su habitual aspecto confiado, la cabeza alta, la voz firme cuando hablaba.

Sin embargo, aquellos ojos. Estaban demasiado enrojecidos, demasiado tensos. Y cuando el padre de Adolin se sentía tenso, se volvía frío y serio. Cuando le hablaba a Teleb, su tono era demasiado controlado.

Dalinar Kholin se había convertido de pronto en un hombre que trabajaba bajo un gran peso. Y Adolin había contribuido a ponerlo allí.

Los chulls avanzaron. Sus caparazones como rocas estaban pintados de azul y amarillo, los colores y la pauta indicaban la isla de sus cuidadores reshi. El puente gimió ominosamente cuando el gran puente de asalto empezó a rodar encima. Todos los soldados de la zona de formación se volvieron a mirar. Incluso los obreros que abrían una letrina en el suelo de piedra en el lado oriental detuvieron su labor para verlo.

Los gemidos del puente se hicieron más fuertes. Entonces se convirtieron en agudos crujidos. Los cuidadores detuvieron a los chulls y miraron a Teleb.

—No va a aguantar, ¿verdad? —preguntó Adolin.

Teleb suspiró.

—Por la tormenta, esperaba… Bah, hicimos el puente pequeño demasiado fino cuando lo ensanchamos. Pero si lo hacemos más grueso, será más pesado para transportarlo —miró a Dalinar—. Pido disculpas por hacerte perder el tiempo, brillante señor. Tienes razón: esto es propio de los diez locos.

—Adolin, ¿qué piensas tú? —preguntó Dalinar.

Adolin frunció el ceño.

—Bueno…, creo que quizá deberíamos seguir trabajando en ello. Es el primer intento nada más, Teleb. Tal vez haya un modo. ¿Diseñar los puentes para que sean más estrechos, tal vez?

—Eso podría ser muy costoso, brillante señor.

—Si nos ayuda a conseguir una gema corazón más, el esfuerzo se vería recompensado con creces.

—Sí —asintió Teleb—. Hablaré con Lady Kalana. Tal vez pueda

hacer un nuevo diseño.

—Bien —dijo Dalinar. Contempló el puente durante un instante.

Luego, extrañamente, se volvió para mirar al otro lado de la zona de reunión, donde los obreros estaban abriendo la letrina.

—¿Padre? —preguntó Adolin.

—¿Por qué crees que no hay armaduras esquirladas para los obreros? —dijo Dalinar.

—¿Qué?

—La armadura esquirlada proporciona una fuerza sorprendente, pero rara vez la usamos para otra cosa que la guerra y la muerte. ¿Por qué crearon los Radiantes solo armas? ¿Por qué no hicieron herramientas productivas para que las usaran los hombres corrientes?

—No lo sé —dijo Adolin—. Tal vez porque la guerra era lo más importante.

—Tal vez —respondió Dalinar, bajando la voz—. Y tal vez eso fue su condena definitiva y la de sus ideales. A pesar de sus elevadas pretensiones, nunca entregaron sus armaduras ni sus secretos a la gente normal.

—Yo…, no comprendo por qué es importante, padre.

Dalinar se estremeció levemente.

—Deberíamos continuar con nuestras inspecciones. ¿Dónde está Ladent?

—Aquí, brillante señor.

Un hombre de baja estatura se acercó a Dalinar. Calvo y barbudo, el fervoroso llevaba una gruesa túnica gris azulada de muchas capas de la que apenas asomaban sus manos. Parecía un cangrejo demasiado pequeño para su caparazón. No parecía importarle pasar mucho calor.

—Envía un mensajero al Quinto Batallón —le dijo Dalinar—. Los visitaremos a continuación.

—Sí, brillante señor.

Adolin y Dalinar echaron a andar. Habían decidido llevar puestas sus armaduras esquirladas para la inspección de hoy. No era algo inusitado: muchos portadores aprovechaban cualquier excusa para llevar su armadura. Además, era bueno para los hombres ver a su alto príncipe y su heredero en plenitud de sus fuerzas.

Atrajeron la atención mientras dejaban la zona de formación y entraban en el campamento propiamente dicho. Como Adolin, Dalinar no llevaba puesto el yelmo, aunque la gorguera de su armadura era alta y gruesa y se alzaba como un cuello de metal hasta su barbilla. Les asintió a los soldados que saludaron.

—Adolin —dijo—. En combate ¿sientes la Emoción?

Adolin se sobresaltó. Supo inmediatamente lo que quería decir su padre pero le sorprendió oír las palabras. Era un tema que no se discutía a menudo.

—Yo… Bueno, claro. ¿Quién no?

Dalinar no respondió. Se había mostrado muy reservado últimamente. ¿Lo que había en sus ojos era dolor? «Como era antes —pensó Adolin, engañado pero confiado—. Era mejor.»

Dalinar no dijo nada más, y los dos continuaron recorriendo el campamento. Seis años habían permitido que los soldados se asentaran a conciencia. Los barracones estaban pintados con los símbolos de las compañías y los pelotones, y el espacio entre ellos estaba equipado con fogatas, asientos y comedores cubiertos con toldos de lona. El padre de Adolin no había prohibido nada de esto, aunque había fijado instrucciones para evitar la molicie.

Dalinar también había aprobado la mayoría de las solicitudes de las familias para venir a las Llanuras Quebradas. Los oficiales ya tenían a sus esposas, naturalmente: un buen oficial ojos claros era en realidad un equipo, el hombre para las órdenes y la lucha, y la mujer para la lectura, la escritura, la ingeniería y la dirección del campamento. Adolin sonrió, pensando en Malasha. ¿Sería la adecuada para él? Se había mostrado un poco fría últimamente. Por supuesto, estaba Dalan. La acababa de conocer, pero estaba intrigado.

Dalinar también había aprobado las peticiones de los soldados ojos oscuros para traer a sus familias. Incluso había pagado la mitad del coste. Cuando Adolin preguntó por qué, su padre le contestó que no le parecía bien prohibirlo. Ya no atacaban nunca los campamentos, así que no había ningún peligro. Adolin sospechaba que su padre consideraba que, puesto que vivía en un lujoso palacete, sus hombres bien podían tener el consuelo de sus familias.

Y por eso los niños jugaban y corrían por todo el campamento.

Las mujeres colgaban la colada y pintaban glifoguardas mientras los hombres afilaban las lanzas y pulían los petos. Los interiores de los barracones habían sido divididos para crear habitaciones.

—Creo que hiciste bien —dijo Adolin, mientras caminaban, tratando de sacar a su padre de sus cavilaciones—. Al permitir que tantos hombres trajeran a sus familias, quiero decir.

—Sí, ¿pero cuántos se irán cuando esto acabe?

—¿Importa?

—No estoy seguro. Las Llanuras Quebradas son ahora de facto una provincia alezi. ¿Cómo será este lugar dentro de cien años? ¿Se convertirán en barrios esos grupos de barracones? ¿Las tiendas del extrarradio serán mercados? ¿La colinas al oeste serán plantaciones? —Sacudió la cabeza—. Parece que las gemas corazón siempre estarán aquí. Y mientras lo estén, estará también la gente.

—Eso es bueno ¿no? Mientras esa gente sea alezi —rio Adolin.

—Tal vez. ¿Y qué sucederá con el valor de las gemas corazón si continuamos capturándolas al ritmo que llevamos?

—Yo…

Era una buena pregunta.

—Me pregunto qué pasará cuando la sustancia más escasa, y sin embargo la más deseable, se vuelva de pronto común. Aquí hay muchos factores en marcha, hijo. Muchas cosas que no hemos considerado. Las gemas corazón, los parshendi, la muerte de Gavilar. Tendrás que estar preparado para reflexionar sobre esas cosas.

—¿Yo? —dijo Adolin—. ¿Qué significa eso?

Dalinar no respondió. En cambio, asintió cuando el comandante del Quinto Batallón se apresuró a salirles al encuentro y saludó. Adolin suspiró y devolvió el saludo. Las Compañías Veintiuno y Veintidós hacían instrucción de orden cerrado, un ejercicio esencial para el desfile, cuyo verdadero valor fuera del ejército apreciaba poca gente. Las compañías Veintitrés y Veinticuatro hacían instrucción de combate, practicando las formaciones y los movimientos empleados en el campo de batalla.

Luchar en las Llanuras Quebradas era muy distinto a la guerra convencional, como bien habían aprendido los alezi tras algunas vergonzantes derrotas al principio. Los parshendi eran bajos,

musculosos, y tenían aquella extraña armadura que les crecía en la piel. No los cubría tan plenamente como una coraza, pero era mucho más eficaz que la que tenía la mayoría de los soldados de infantería. Cada parshendi era esencialmente un infante pesado con gran movilidad.

Los parshendi siempre atacaban en parejas, sin una formación de batalla regular. Eso debería haber facilitado su derrota ante cualquier formación disciplinada. Pero las parejas parshendi tenían tanto impulso, y estaban tan bien acorazadas, que podían abrirse paso a través de una muralla de escudos. Además, su facilidad para el salto podía situar de pronto filas enteras de parshendi tras las líneas alezi.

Además de eso, estaba la forma en que se movían como grupo en combate. Maniobraban con una inexplicable coordinación. Lo que al principio parecía un mero salvajismo bárbaro, resultó enmascarar algo más sutil y peligroso.

Habían descubierto solo dos formas fiables de derrotar a los parshendi. La primera era usar una espada esquirlada, pero con aplicación limitada. El ejército Kholin solo tenía dos de esas espadas, y aunque eran increíblemente poderosas, necesitaban el apoyo adecuado. Un portador de esquirlada aislado y en inferioridad numérica podía ser zancadilleado y derribado por sus adversarios. De hecho, la única vez que Adolin había visto a un portador caer ante un soldado regular, fue porque había sido acosado por lanceros que rompieron su peto. Luego un arquero ojos claros lo mató a cincuenta pasos de distancia, ganando la esquirlada para sí. No fue exactamente un final heroico.

La única forma fiable de combatir a los parshendi dependía de las formaciones rápidas. Flexibilidad mezclada con disciplina: flexibilidad para responder a la increíble forma en que luchaban los parshendi, disciplina para mantener las líneas y estar preparados para la fuerza individual parshendi.

Havrom, jefe del Quinto Batallón, esperaba a Adolin y Dalinar con sus compañeros en fila. Saludaron, los puños derechos en los hombros derechos, los nudillos hacia fuera.

Dalinar asintió.

—¿Has cumplido mis órdenes, brillante señor Havrom?

—Sí, alto príncipe.

Havrom era alto como una torre y llevaba una barba larga por los lados al estilo comecuernos, la barbilla afeitada. Tenía parientes entre la gente de los Picos.

—Los hombres que querías están esperando en la tienda de audiencias.

—¿Qué pasa? —preguntó Adolin.

—Te lo enseñaré dentro de un momento —dijo Dalinar—. Primero, revisa las tropas.

Adolin frunció el ceño, pero los soldados estaban esperando. Una compañía tras otra. Havrom hizo formar a los soldados. Adolin caminó ante ellos, inspeccionando sus filas y uniformes. Estaban acicalados y ordenados, aunque Adolin sabía que algunos de los soldados de su ejército protestaban por el nivel de limpieza que se les exigía. Estaba de acuerdo con ellos en ese punto.

Al final de la inspección, interrogó a unos cuantos hombres al azar, les preguntó su rango y si tenían alguna preocupación concreta. Ninguno las tenía. ¿Estaban satisfechos o solo intimidados?

Cuando terminó, Adolin regresó con su padre.

—Lo has hecho muy bien —dijo Dalinar.

—Lo único que he hecho es caminar ante una fila.

—Sí, pero la presentación fue buena. Los hombres saben que te preocupas por sus necesidades, y te respetan —asintió, como para sí —. Has aprendido bien.

—Creo que ves demasiado en una simple inspección, padre.

Dalinar le asintió a Havrom, y el jefe del batallón condujo a los dos hombres a la tienda de audiencias situada junto al campo de instrucción. Adolin, sorprendido, miró a su padre.

—Hice que Havrom reuniera a los soldados con los que habló Sadeas el otro día —explicó Dalinar—. Los que interrogó mientras íbamos camino del ataque en la meseta.

—Ah. Querremos saber qué les preguntó.

—Sí —dijo Dalinar. Indicó a Adolin que fuera el primero en entrar, y luego unos cuantos fervorosos los siguieron. Dentro, un grupo de diez soldados esperaban sentados en unos bancos. Se levantaron y saludaron.

—Descansen —dijo Dalinar, las manos a la espalda—. ¿Adolin?

Dalinar señaló a los hombres con la barbilla, indicándole que iniciara las preguntas.

Adolin contuvo un suspiro. ¿Otra vez?

—Soldados, necesitamos saber qué os preguntó Sadeas y qué respondisteis.

—No te preocupes, brillante señor —dijo uno de ellos, hablando con acento rural del norte de Alezkar—. No le dijimos nada.

Los demás asintieron categóricamente.

—Es una anguila, y lo sabemos —añadió otro.

—Es un alto príncipe —dijo Dalinar, severo—. Lo trataréis con respeto.

El soldado palideció, luego asintió.

—¿Qué os preguntó…, específicamente? —quiso saber Adolin.

—Quería saber nuestros deberes en el campamento, brillante señor —dijo el hombre—. Somos mozos de cuadra, ¿sabes?

Cada soldado estaba entrenado en una o dos habilidades adicionales, además de las del combate. Tener a un grupo de soldados que cuidará de los caballos era útil, ya que mantenía a los civiles alejados de los ataques en las mesetas.

—Fue haciendo preguntas —dijo uno de los hombres—. O, bueno, las hicieron sus hombres. Descubrió que estábamos a cargo del caballo del rey durante la cacería del abismoide.

—Pero no dijimos nada —repitió el primer soldado—. Nada que te pueda crear problemas, señor. No vamos a darle a esa angui… a ese alto príncipe, brillante señor, la cuerda para ahorcarte, señor.

Adolin cerró los ojos. Si habían actuado así delante de Sadeas, habría sido más incriminador que la cincha cortada. No podía reprocharles su lealtad, pero actuaban como si asumieran que Dalinar había hecho algo malo y necesitaran defenderlo.

Abrió los ojos.

—Recuerdo que hablé con alguno de vosotros antes. Pero permitidme que lo pregunte de nuevo. ¿Vio alguno de vosotros una cincha cortada en la silla del rey?

Los hombres se miraron entre sí, y negaron con la cabeza.

—No, brillante señor —respondió uno de ellos—. Si la hubiéramos visto, la habríamos cambiado, naturalmente.

—Pero, brillante señor —añadió otro—, hubo mucha confusión ese día, y mucha gente. No fue un ataque normal ni nada por el estilo. Y, bueno, siendo sinceros, ¿quién habría pensado que había que proteger la silla del rey?

Dalinar le asintió a Adolin, y los hombres salieron de la tienda.

—¿Bien?

—Probablemente no han servido de mucha ayuda para nuestra causa —dijo Adolin con una mueca—. A pesar de su ardor. O, más bien, por eso mismo.

—Estoy de acuerdo, por desgracia —Dalinar dejó escapar un suspiro. Llamó a Tadet; el fervoroso estaba de pie a un lado—. Interrógalos por separado —le dijo en voz baja—. Mira a ver si puedes sonsacarles datos concretos. Intenta averiguar las palabras exactas que empleó Sadeas, y cuáles fueron sus respuestas exactas.

—Sí, brillante señor.

—Vamos, Adolin. Todavía tenemos unas cuantas inspecciones que hacer.

—Padre —dijo Adolin, cogiendo a Dalinar por el brazo. Las armaduras tintinearon suavemente.

Su padre se volvió hacia él, frunciendo el ceño, y Adolin hizo un rápido gesto hacia la Guardia de Cobalto. Una solicitud para hablar en privado. Los guardas se movieron con rapidez y eficacia, despejando un espacio privado alrededor de los dos hombres.

—¿De qué va esto, padre?

—¿Qué? Estamos realizando inspecciones y atendiendo los asuntos del campamento.

—Y en cada caso me pones al frente —dijo Adolin—. He de añadir que de manera embarazosa, en unos cuantos casos. ¿Qué ocurre? ¿Qué está pasando en tu cabeza?

—Creía que tenías un claro problema con las cosas que pasan dentro de mi cabeza.

Adolin vaciló.

—Padre, yo…

—No, no importa, Adolin. Estoy intentando tomar una decisión difícil. Me ayuda estar en movimiento mientras lo hago —Dalinar hizo una mueca—. Otro hombre podría buscar un sitio donde sentarse a reflexionar, pero eso nunca me ha servido de nada. Tengo

demasiadas cosas que hacer.

—¿Qué estás tratando de decidir? —preguntó Adolin—. Tal vez yo pueda ayudarte.

—Ya lo has hecho. Yo…

Dalinar se interrumpió, frunciendo el ceño. Un grupito de soldados recorría los patios de instrucción del Quinto Batallón. Escoltaban a un hombre vestido de rojo y marrón, los colores de Thanadal.

—¿No tienes una reunión con él esta noche? —preguntó Adolin.

—Sí.

Niter, jefe de la Guardia de Cobalto, corrió a interceptar a los recién llegados. Podía ser enormemente receloso en ocasiones, pero eso no era mala cosa para un guardaespaldas. Regresó al momento junto a Dalinar y Adolin. De rostro bronceado, Niter tenía una barba negra bien cuidada. Era un ojos claros de rango muy bajo y llevaba años en la guardia.

—Dice que el alto príncipe Thanadal no podrá reunirse contigo hoy como habíais acordado.

La expresión de Dalinar se ensombreció.

—Hablaré con el mensajero.

Reacio, Niter indicó al tipo que avanzara. Era un hombre delgaducho que se acercó e hincó una rodilla en tierra ante Dalinar.

—Brillante señor.

Esta vez, Dalinar no le pidió a su hijo que se hiciera cargo.

—Entrega tu mensaje.

—El brillante señor Thanadal lamenta no poder atenderte hoy.

—¿Y ofreció otro momento para hacerlo?

—Lamenta decir que está demasiado ocupado. Pero alegremente hablará contigo en el festín del rey una noche de estas.

«En público —pensó Adolin—, donde la mitad de los hombres cercanos estarán escuchando, mientras que la otra mitad, el propio Thanadal incluido, estarán borrachos.»

—Comprendo. ¿Y dio alguna indicación respecto a cuándo no estará tan ocupado?

—Brillante señor —dijo el mensajero, incómodo—. Dijo que si insistías, debería explicar que ha hablado con varios de los otros altos príncipes, y que cree conocer la naturaleza de tu petición. Me

dijo que te dijera que no desea formar una alianza, ni tiene ninguna intención de hacer un ataque conjunto contigo.

La expresión de Dalinar se ensombreció aún más. Despidió al mensajero con un gesto, y entonces se volvió hacia Adolin. La Guardia de Cobalto siguió manteniendo un espacio despejado alrededor de ambos para que pudieran hablar.

—Thanadal era el último —dijo Dalinar. Todos los altos príncipes lo habían rechazado a su modo. Hatham con un exceso de amabilidad, Bethab dejando que su esposa diera las explicaciones, Thanadal con hostil cortesía—. Todos menos Sadeas, al menos.

—Dudo que sea aconsejable abordarlo con esto, padre.

—Probablemente tienes razón —la voz de Dalinar era fría. Estaba furioso—. Me están enviando un mensaje. Nunca les ha gustado la influencia que tengo sobre el rey, y están ansiosos por verme caer. No quieren hacer nada que les pida como ayuda para recuperar mi posición.

—Padre, lo siento.

—Tal vez sea lo mejor. Lo importante es que he fracasado. No puedo hacer que trabajen juntos. Elhokar tenía razón —miró a Adolin—. Me gustaría que continuaras las inspecciones por mí, hijo. Hay algo que quiero hacer.

—¿Qué?

—Un trabajo que hay que hacer.

Adolin quiso expresar su objeción, pero no encontró palabras. Finalmente, suspiró y asintió.

—¿Pero me dirás de qué se trata?

—Pronto —prometió Dalinar—. Muy pronto.

Dalinar vio marchar a su hijo, caminando con resolución. Sería un buen alto príncipe. La decisión de Dalinar era sencilla.

¿Era hora de hacerse a un lado y dejar que su hijo ocupara su puesto?

Si daba este paso, tendría que apartarse de la política, retirarse a sus tierras y dejar que Adolin gobernara. Era una decisión dolorosa, y tenía que tener cuidado para no tomarla a la ligera. Pero si de verdad se estaba volviendo loco, como todo el mundo en el campamento parecía creer, entonces tenía que retirarse. Y pronto,

antes de que su estado empeorara hasta tal punto que no tuviera ya capacidad para echarse atrás.

«Un monarca es control —pensó, recordando un párrafo de *El camino de los reyes*—. Proporciona estabilidad. Es su servicio y su negocio. Si no puede controlarse a sí mismo, ¿cómo puede entonces controlar las vidas de los hombres? ¿Qué mercader digno de su luz tormentosa no se separará de la misma fruta que vende?»

Era extraño que esas citas todavía acudieran a él, aunque empezara a pensar que, en parte, lo habían conducido a la locura.

—Niter —dijo—. Trae mi martillo de guerra. Que me espere en el campo de formación.

Dalinar quería estar moviéndose, trabajando, mientras pensaba. Sus guardias corrieron para seguirle el ritmo mientras él recorría el camino entre los barracones de los Batallones Seis y Siete. Niter envió a varios hombres a recoger el arma. Su voz sonaba extrañamente emocionada, como si pensara que Dalinar iba a hacer algo impresionante.

Dalinar dudaba que fuera a ser así. Llegó al campo de instrucción, la capa ondulando tras él, las botas acorazadas repicando contra las piedras. No tuvo que esperar mucho al martillo: lo trajeron dos hombres en un carrito. Sudando, los soldados lo sacaron del carro, el mango tan grueso como una muñeca y la parte delantera de la cabeza más grande que una palma extendida. Dos hombres juntos apenas podían levantarlo.

Dalinar cogió el martillo con una mano enguantada y lo blandió para reposarlo en el hombro. Ignoró a los soldados que se ejercitaban en el campo, y se dirigió al lugar donde el grupo de sucios trabajadores cavaba la zanja para la letrina. Los hombres lo miraron, aterrados al ver al alto príncipe en persona alzarse sobre ellos ataviado con su armadura esquirlada.

—¿Quién está aquí al mando? —preguntó Dalinar.

Un desaliñado civil con pantalones marrones alzó una mano nerviosa.

—Brillante señor, ¿en qué podemos servirte?

—Relajándoos un poco —respondió Dalinar—. Marchaos.

Los preocupados obreros se dispersaron. Los oficiales ojos claros se quedaron allí atrás, confundidos por las acciones de Dalinar.

El alto príncipe asió el mango de su martillo de guerra con su mano enguantada. El asta de metal estaba recubierta de cuero. Tras inspirar profundamente, Dalinar saltó a la zanja a medio terminar, alzó el martillo y golpeó con él la roca.

Un poderoso *crack* resonó por todo el campo de instrucción, y una onda de choque recorrió los brazos de Dalinar. La armadura esquirlada absorbió la mayor parte del impacto y en las piedras quedó una amplia grieta. Alzó el martillo y golpeó de nuevo, esta vez liberando una gran sección de roca. Aunque habría sido difícil levantarla para dos o tres hombres, Dalinar la agarró con una mano y la hizo a un lado. La roca castañeó contra las piedras.

¿Dónde estaban las esquirladas para los hombres corrientes? ¿Por qué los ancianos, que eran tan sabios, no habían creado nada para ayudarlos? Mientras Dalinar continuaba trabajando, los golpes de su martillo lanzando lascas y polvo al aire hizo fácilmente el trabajo de veinte hombres. La armadura podía ser utilizada para tantas cosas que aliviarían la vida de los obreros y ojos oscuros de Roshar…

Le sentaba bien trabajar. Hacer algo útil. Últimamente, parecía que sus esfuerzos habían sido como correr en círculos. El trabajo le ayudaba a pensar.

Estaba perdiendo su sed de batalla. Eso le preocupaba, ya que la Emoción (el disfrute y el ansia de guerra) era parte de lo que impulsaba a los alezi como pueblo. La más grandiosa de las aspiraciones masculinas era convertirse en un gran guerrero, y la Llamada más importante era la lucha. El Todopoderoso mismo dependía de que los alezi se entrenaran en honorables batallas para que cuando muriesen pudieran unirse a los ejércitos de los Heraldos y recuperar los Salones Tranquilos.

Y sin embargo, pensar en matar empezaba a asquearlo. La cosa había empeorado desde el último ataque con los puentes. ¿Qué sucedería la próxima vez que entrara en combate? Así no podía seguir siendo líder. Era un motivo importante por lo que abdicar a favor de Adolin parecía adecuado.

Continuó golpeando. Una y otra vez. Los soldados se congregaron arriba y, a pesar de sus órdenes, los obreros no se marcharon para relajarse. Contemplaban, aturdidos cómo un

portador de esquirlada hacía su trabajo. De vez en cuando, invocaba su espada y la usaba para cortar la roca, rebanando secciones antes de volver al martillo para romperlas.

Probablemente parecía ridículo. No podía hacer el trabajo de todos los obreros del campamento, y tenía tareas importantes que llenaban su tiempo, No había ningún motivo para que se metiera en una zanja y trabajara. Y sin embargo, le sentaba bien. Era maravilloso arrimar el hombro en las necesidades del campamento. Los resultados de lo que hacía para proteger a Elhokar eran a menudo difíciles de calibrar. Pero era reparador poder hacer algo donde los avances eran obvios.

Pero incluso en esto actuaba siguiendo los ideales que lo habían invadido. El libro hablaba de un rey que llevaba la carga de su pueblo. Decía que aquellos que dirigían eran los más bajos de los hombres, pues tenían que servirlos a todos. Los Códigos, las enseñanzas del libro, las cosas que las visiones (o los delirios) le mostraban…, todo giraba a su alrededor.

Nunca combatas a otros hombres excepto cuando la guerra te fuerce a ello.

¡Bang!

Deja que te defiendan tus acciones, no tus palabras.

¡Bang!

Espera honor de aquellos a quienes conoces, y dales la oportunidad de cumplirlo.

¡Bang!

Gobierna como querrías ser gobernado.

¡Bang!

Estaba metido hasta la cintura en lo que acabaría siendo una letrina, los oídos llenos de los quejidos de la piedra al romperse. Estaba empezando a creer en esos ideales. No, ya creía en ellos. Ahora los vivía. ¿Cómo sería el mundo si todos los hombres vivieran como proclamaba el libro?

Alguien tenía que empezar. Alguien tenía que ser el modelo. En esto, tenía un motivo para no abdicar. Estuviera loco o no, la forma en que ahora hacía las cosas era mejor que como las hacían Sadeas y los demás. Solo había que mirar las vidas de sus soldados y de su gente para ver que era verdad.

¡Bang!

No se podía cambiar la piedra sin golpearla. ¿Era lo mismo con un hombre como él? ¿Por eso todo le resultaba de pronto tan difícil? ¿Pero por qué él? Dalinar no era ningún filósofo, ningún idealista. Era soldado. Y, si admitía la verdad, en sus años mozos fue un tirano y un belicista. ¿Podrían los años de su crepúsculo, pretendiendo seguir los preceptos de hombres mejores, borrar toda una vida de masacres?

Había empezado a sudar. El tajo que había abierto en el terreno era tan ancho como la altura de un hombre, tan profundo como su pecho, y de unos treinta metros de largo. Cuanto más trabajaba, más gente se congregaba para mirarlo y susurrar.

La armadura esquirlada era sagrada. ¿De verdad estaba excavando el alto príncipe una letrina con ella? ¿Tan profundamente lo había afectado la tensión? Le asustaban las altas tormentas. Se había vuelto un cobarde. Se negaba a enfrentarse en duelos o defenderse de los insultos. Tenía miedo a luchar, deseaba renunciar a la guerra.

Era sospechoso de intentar matar al rey.

Al cabo de un rato, Teleb decidió que permitir que toda la gente mirara a Dalinar era irrespetuoso, y ordenó que los hombres volvieran a sus quehaceres diversos. Hizo retirarse a los obreros, cumpliendo la orden de Dalinar y ordenándoles que se sentaran a la sombra y «conversaran animosamente». Cualquier otro habría dado la orden con una sonrisa, pero Teleb era tan inflexible como las rocas mismas.

Dalinar siguió trabajando. Sabía dónde debía terminar la letrina: había aprobado la orden de trabajo. Tenía que abrir una larga fosa en pendiente, y luego cubrirla con tablones engrasados y embreados para aislar el hedor. Arriba se colocaría un excusado, y su contenido podía ser removido para que se convirtiera en humo una vez cada pocos meses.

El trabajo le pareció aún mejor una vez estuvo solo. Un hombre, rompiendo rocas, descargando un golpe tras otro. Como los tambores que los parshendi habían tocado aquel día ya tan lejano. Dalinar podía sentir todavía aquellos tambores, todavía podía oírlos en su mente, sacudiéndolo.

«Lo siento, hermano.»

Les había contado a los fervorosos sus visiones, pero ellos consideraron que probablemente eran producto de una mente agotada. No tenía ningún motivo para creer la verdad de nada de lo que le mostraban las visiones. Al seguirlas, había hecho algo más que ignorar las maniobras de Sadeas: había consumido precariamente sus recursos. Su reputación estaba al borde de la ruina. Corría el peligro de arrastrar en su caída a toda la casa Kholin.

Y ese era el argumento más importante a favor de la abdicación. Si continuaba, sus acciones podrían causar la muerte de Adolin, Renarin y Elhokar. Podía arriesgar su propia vida por sus ideales, ¿pero podría arriesgar las vidas de sus hijos?

Las lascas de piedra saltaban y rebotaban en su armadura. Empezaba a sentirse cansado. La armadura no hacía el trabajo por él: aumentaba su fuerza, de modo que cada golpe del martillo era suyo. Los dedos empezaban a entumecérsele por las repetidas vibraciones del mango. Estaba a punto de tomar una decisión. Su mente era clara, estaba despejada.

Volvió a blandir el martillo.

—¿No sería más eficaz una espada esquirlada? —preguntó una seca voz femenina.

Dalinar se detuvo, la cabeza del martillo posada sobre una piedra rota. Dio media vuelta y vio a Navani junto a la zanja, vestida con una túnica azul y rojo claro, el pelo moteado de gris reflejando la luz de un sol que estaba ya a punto de ponerse. La asistían dos jóvenes que no eran sus propias pupilas y que había «tomado prestadas» de otras mujeres ojos claros del campamento.

Navani estaba cruzada de brazos, la luz del sol la rodeaba como un halo. Vacilante, Dalinar alzó un brazo acorazado para bloquear la luz.

—¿Mathana?

—El trabajo con la roca —dijo Navani, señalando la zanja—. No es que yo presuma de hacer juicios: golpear cosas es un arte masculina. ¿Pero no posees una espada que puede cortar la piedra tan fácilmente como, según me describieron una vez, una tormenta barre a un herdaziano?

Dalinar volvió a mirar las rocas. Entonces alzó de nuevo el martillo y golpeó, produciendo un satisfactorio sonido aplastante.

—Las espadas esquirladas cortan demasiado bien.

—Qué curioso. Fingiré que tus palabras tienen sentido. Por cierto, ¿se te ha ocurrido alguna vez que la mayoría de las artes masculinas tratan con la destrucción, mientras que las femeninas lo hacen con la creación?

Dalinar volvió a golpear.

¡Bang!

Era curioso que resultara mucho más fácil conversar con Navani sin mirarla directamente.

—Uso la espada para cortar los lados y el centro. Pero sigo teniendo que romper las rocas. ¿Has intentado alguna vez levantar un trozo de piedra que haya sido cortada por un portador de esquirlada?

—No puedo decir que sí.

—No es fácil —golpeó—. Las espadas hacen un corte muy fino. La roca sigue presionando contra las otras. Es difícil agarrarlas o moverlas —otro golpe—. Es más complicado de lo que parece —un golpe más—. Esta es la mejor manera.

Navani se sacudió unas cuantas lascas de piedra del vestido.

—Y la más sucia, ya lo veo.

¡Bang!

—Bueno, ¿vas a pedir disculpas? —preguntó ella.

—¿Por…?

—Por olvidar nuestra cita.

Dalinar se detuvo a medio golpe. Se había olvidado por completo de que, en el festín del día de su regreso, había acordado que Navani le leyera hoy. No le había contado a sus escribas lo de la cita. Se volvió hacia ella, disgustado. Se había enfurecido porque Thanadal había cancelado su cita, pero al menos él había tenido el detalle de enviar un mensajero.

Navani esperaba cruzada de brazos, la mano segura retirada, el elegante vestido parecía arder con la luz del sol. En sus labios asomaba el atisbo de una sonrisa. Al dejarla plantada, se había puesto a sí mismo, por honor, en su poder.

—Lo siento de veras —dijo—. He tenido algunas dificultades que

considerar últimamente, pero eso no me excusa de haberte olvidado.

—Lo sé. Ya idearé un modo de compensar el olvido. Pero por ahora deberías saber que una de tus abarcañas está destellando.

—¿Qué? ¿Cuál?

—Tu escriba dice que la de mi hija.

¡Jasnah! Habían pasado semanas desde su última comunicación: los mensajes que él le había enviado solo provocaron respuestas muy breves. Cuando Jasnah estaba inmersa en uno de sus proyectos, a menudo ignoraba todo lo demás. Si se ponía en contacto con él ahora, o bien había descubierto algo o hacía una pausa para renovar sus contactos.

Dalinar se volvió a mirar la letrina. Casi la había terminado. Advirtió que inconscientemente planeaba tomar su decisión al llegar al final. Ansiaba continuar trabajando.

Pero si Jasnah quería conversar…

Tenía que hablar con ella. Tal vez podría persuadirla para que regresara a las Llanuras Quebradas. Se sentiría mucho más seguro abdicando si sabía que ella vendría a cuidar de Elhokar y Adolin.

Dalinar arrojó a un lado su martillo (los golpes habían doblado treinta grados el mango y la cabeza era un bulto deforme) y salió de un salto de la zanja. Mandaría forjar un arma nueva: no era algo extraño en los portadores de esquirlada.

—Perdona, Mathana, pero me temo que he de suplicarte que te marches tan pronto, después de suplicar tu perdón. Debo recibir esta comunicación.

Inclinó la cabeza y se volvió para marcharse.

—Lo cierto —dijo Navani desde atrás— es que creo que te pediré algo. Hace meses que no hablo con mi hija. Iré contigo, si me lo permites.

Él titubeó, pero no podía negárselo tan después de haberla ofendido.

—Naturalmente.

Esperó mientras Navani se dirigía a su palanquín y se acomodaba. Los porteadores lo alzaron, y Dalinar echó a andar de nuevo, seguido por los porteadores y las pupilas prestadas.

—Eres un hombre amable, Dalinar Kholin —dijo Navani, con la

misma sonrisa taimada en los labios—. Me temo que me veo obligada a encontrarte fascinante.

—Mi sentido del honor hace que sea fácil de manipular —dijo Dalinar, mirando al frente. Tratar con ella no era lo que necesitaba ahora mismo—. Lo sé bien. No hay necesidad de que juegues conmigo, Navani.

Ella se rio.

—No intento aprovecharme de ti, Dalinar. Yo… —Hizo una pausa—. Bueno, quizá sí que me aprovecho un poco. Pero no estoy «jugando» contigo. Este último año, en concreto, has empezado a ser la persona que todos los demás dicen. ¿No ves lo intrigante en que te convierte eso?

—No lo hago para ser intrigante.

—¡Si lo hicieras, no funcionaría! —se inclinó hacia él—. ¿Sabes por qué elegí a Gavilar en vez de a ti hace tantos años?

Maldición. Sus comentarios, su presencia, eran como una copa de vino oscuro vertida en mitad de sus cristalinos pensamientos. La claridad que había buscado con el trabajo físico se desvanecía rápidamente. ¿Tenía que ser ella tan directa? No respondió a la pregunta. En cambio, avivó el paso y esperó que comprendiera que no quería hablar del tema.

No sirvió de nada.

—No lo escogí porque fuera a ser rey, Dalinar. Aunque eso es lo que dice todo el mundo. Lo escogí porque tú me asustabas. Esa intensidad tuya…, también asustaba a tu hermano ¿sabes?

Él no dijo nada.

—Sigue ahí —dijo ella—. Puedo verla en tus ojos. Pero has envuelto tu armadura alrededor, una brillante armadura esquirlada para contenerla. Es parte de lo que encuentro fascinante.

Dalinar se detuvo y se volvió a mirarla. Los porteadores del palanquín se detuvieron también.

—Esto no funcionaría, Navani —dijo en voz baja.

—¿No?

Él negó con la cabeza.

—No deshonraré la memoria de mi hermano.

La miró severamente, y ella acabó por asentir.

Cuando continuó andando, ella no dijo nada, aunque lo miraba

de reojo de vez en cuando. Por fin llegaron a su complejo personal, marcado por aleteantes estandartes azules con el glifopar *khokh* y *linil*, el primero dibujado en forma de corona, el segundo formando una torre. La madre de Dalinar había dibujado el diseño original, el mismo de su sello, aunque Elhokar usaba una espada y una corona.

Los soldados a la entrada del complejo saludaron, y Dalinar esperó a que Navani se uniera a él antes de entrar. El cavernoso interior estaba iluminado por zafiros infusos. Cuando llegaron a su sala de estudio, de nuevo se sorprendió por lo lujosa que se había vuelto a lo largo de los meses.

Tres de sus escribanas esperaban con sus ayudantes. Las seis se levantaron cuando entró. Adolin también estaba allí.

Dalinar miró al joven con el ceño fruncido.

—¿No deberías estar haciendo las inspecciones?

Adolin se sobresaltó.

—Padre, terminé hace horas.

—¿Eso hiciste?

«¡Padre Tormenta! ¿Cuánto tiempo he pasado golpeando esas piedras?»

—Padre, ¿podemos hablar en privado un momento?

Como de costumbre, el pelo rubio moteado de negro de Adolin era una revoltillo indomable. Se había quitado la armadura y se había bañado, y ahora llevaba un uniforme a la moda (aunque digno para la batalla) con un largo abrigo azul, abotonado a los lados, y tiesos pantalones marrones.

—No estoy preparado para discutir eso todavía, hijo —dijo Dalinar en voz baja—. Necesito un poco más de tiempo.

Adolin lo estudió, preocupado. «Será un buen alto príncipe —pensó Dalinar—. Tiene la preparación que yo no tuve.»

—Muy bien —respondió Adolin—. Pero hay algo más que quiero preguntarte.

Señaló hacia una de las escribanas, una mujer de pelo castaño y solo unos cuantos mechones negros. Era esbelta y de largo cuello, vestida de verde, el pelo recogido en un moño con un complejo grupo de trenzas sujetas con cuatro pinzas de acero.

—Esta es Danlan Morakotha —le dijo Adolin a su padre—. Llegó ayer al campamento para pasar unos meses con su padre, el

brillante señor Morakotha. Me ha estado visitando recientemente, y me tomé la libertad de ofrecerle un puesto entre tus escribanas mientras está aquí.

Dalinar parpadeó.

—¿Y qué hay de…?

—¿Malasha? —Adolin suspiró—. No funcionó.

—¿Y esta? —preguntó Dalinar, la voz apagada, pero incrédula —. ¿Cuánto tiempo dices que lleva en el campamento? ¿Desde ayer? ¿Y ya te está visitando?

Adolin se encogió de hombros.

—Bueno, tengo una reputación que mantener.

Dalinar suspiró, mirando a Navani, que estaba lo bastante cerca como para haberse enterado. Por decoro, ella fingió no haberlo hecho.

—¿Sabes? Es costumbre acabar por elegir solo una mujer a la que cortejar.

«Vas a necesitar una buena esposa, hijo. Tal vez muy pronto.»

—Cuando sea viejo y aburrido, tal vez —respondió Adolin, sonriéndole a la joven.

Sí que era bonita. ¿Pero, solo llevaba un día en el campamento? «Sangre de mis ancestros», pensó Dalinar. El se había pasado tres años cortejando a la mujer que acabaría siendo su esposa. Aunque no pudiera recordar su rostro, sí recordaba lo insistentemente que la había pretendido.

Sin duda la había amado. Todas las emociones referentes a ella habían desaparecido, borradas de su mente por fuerzas a las que nunca debería haber tentado. Por desgracia, sí recordaba cuánto había deseado a Navani, años antes de conocer a la mujer que sería su esposa.

«Basta», se ordenó. Unos momentos antes había estado a punto de decidir abdicar su puesto como alto príncipe. No era el momento de dejar que Navani lo distrajera.

—Brillante Danlan Morakotha —le dijo a la joven—. Eres bienvenida entre mis escribanas. ¿Tengo entendido que he recibido una comunicación?

—Así es, brillante señor —respondió la mujer, haciendo una reverencia. Señaló la fila de cinco abarcañas que había en la

estantería. Las abarcañas parecían cañas normales de escritura, pero cada una tenía un pequeño rubí infuso. La de la derecha latía lentamente.

Litima estaba presente y, aunque era la más veterana, le indicó a Danlan que cogiera la abarcaña. La joven corrió a la estantería y llevó la caña todavía parpadeante al pequeño escritorio junto al atril. Colocó con cuidado un papel en el escritorio y puso el frasco de tinta en su agujero, girándolo hasta hacerlo encajar y quitando luego el tapón. Las mujeres ojos claros eran muy eficaces trabajando solo con su mano libre.

Se sentó, y miró a Dalinar, aparentemente algo nerviosa. Dalinar no se fiaba de ella, por supuesto: bien podría ser una espía de los otros altos príncipes. Por desgracia, no había ninguna mujer en el campamento de la que se fiara por completo, no con Jasnah ausente.

—Estoy preparada, brillante señor —dijo Danlan. Tenía una voz cálida y ronca. Justo el tipo que atraía a Adolin. Esperó que no fuera tan insulsa como aquellas que escogía habitualmente.

—Adelante —dijo Dalinar, indicando uno de los cómodos sillones de la habitación. Las otras escribanas volvieron a sentarse en su banco.

Danlan giró la gema de la abarcaña una muesca, indicando que la petición había sido reconocida. Entonces comprobó los niveles a los lados del tablero de escritura, pequeños frascos de aceite con burbujas en el centro, que le permitían dejar completamente plano el tablero. Finalmente, entintó la caña y la colocó en el extremo superior izquierdo de la página. Mientras la sujetaba, giró la gema una vez más con el pulgar. Entonces retiró la mano.

La caña permaneció en su sitio, la punta contra el papel, flotando como si estuviera sujeta por una mano invisible. Entonces empezó a escribir, remedando los movimientos exactos que Jasnah hacía a kilómetros de distancia, escribiendo con una caña similar a esta.

Dalinar esperaba junto a la mesa, cruzados los brazos acorazados. Podía ver que su proximidad ponía nerviosa a Danlan, pero estaba demasiado ansioso para sentarse.

Jasnah tenía una letra elegante, naturalmente: Jasnah rara vez

hacía algo sin tomarse su tiempo para perfeccionarlo. Dalinar se inclinó hacia delante mientras las líneas familiares, aunque indescifrables, aparecían en la página con un fuerte color violeta. Leves hililLos de humo rojizo brotaban de la gema.

La caña dejó de escribir, deteniéndose.

—«Tío, espero que estés bien» —leyó Danlan.

—Lo estoy —respondió Dalinar—. Estoy bien atendido por quienes me rodean.

Las palabras escogidas eran un código para indicar que no confiaba (o al menos no conocía) en todos los presentes. Jasnah tendría cuidado y no enviaría nada demasiado comprometido.

Danlan cogió la caña y retorció la gema, y luego escribió las palabras, enviándolas a Jasnah al otro lado del océano. ¿Estaba todavía en Tukar? Cuando terminó de escribir, devolvió la caña al punto superior izquierdo, el lugar donde ambas tenían que estar colocadas para que Jasnah pudiera continuar la conversación, y entonces colocó la gema en su posición anterior.

—«Como esperaba, he llegado a Kharbranth —leyó Danlan—. Los secretos que busco son demasiado oscuros para que estén contenidos incluso en el Palaneo, pero encuentro atisbos. Fragmentos tentadores. ¿Está bien Elhokar?»

«¿Atisbos? ¿Fragmentos? ¿De qué?» A Jasnah le gustaba el dramatismo, aunque no era tan exagerada como el rey.

—Tu hermano insistió en hacerse matar por un abismoide hace unas cuantas semanas —respondió Dalinar. Adolin sonrió, apoyado contra la estantería—. Pero evidentemente los Heraldos lo vigilan. Está bien, aunque añora tu presencia aquí. Estoy seguro de que le vendría bien tu consejo. Se apoya en el trabajo como escribana de la brillante Lalal.

Tal vez eso haría regresar a Jasnah. Había poco amor entre ella y la prima de Sadeas, que era la jefa de las escribas del rey en ausencia de la reina.

Danlan escribió las palabras. A un lado, Navani se aclaró la garganta.

—Oh —dijo Dalinar—, añade esto: tu madre ha vuelto a los campamentos.

Poco después, la caña escribió sola: «Envíale a mi madre mis

respetos. Mantente lejos de ella, tío. Muerde.»

Navani hizo una mueca, y Dalinar advirtió que no había indicado que la reina estaba escuchando. Se ruborizó mientras Danlan continuaba hablando:

—«No puedo hablar de mi trabajo a través de la abarcaña, pero estoy cada vez más preocupada. Hay algo aquí, oculto por el número de páginas acumuladas en el archivo histórico.»

Jasnah era veristitaliana. Se lo había explicado una vez: eran una orden de eruditas que intentaba encontrar la verdad en el pasado. Deseaban crear versiones fehacientes y no tendenciosas de lo que había sucedido para extrapolar qué hacer en el futuro. Dalinar no estaba seguro de por qué se consideraban diferentes a las historiadoras normales.

—¿Regresarás? —preguntó Dalinar.

—«No puedo decirlo —leyó Danlan después de que llegara la respuesta—. No me atrevo a dejar mi investigación. Pero puede que pronto llegue el momento en que tampoco me atreva a quedarme.»

«¿Qué?», pensó Dalinar.

—«De todas formas —continuó Danlan—, tengo algunas preguntas para ti. Necesito que vuelvas a describirme otra vez qué sucedió cuando te encontraste aquella primera patrulla parshendi hace siete años.»

Dalinar frunció el ceño. A pesar del aumento de fuerza que le proporcionaba la armadura, el esfuerzo de cavar lo había cansado. Pero no se atrevía a sentarse en una de las sillas de la habitación mientras llevara puesta la armadura. No obstante, se quitó uno de los guanteletes, y se pasó la mano por el pelo. No le gustaba este tema, pero una parte de él agradeció la distracción. Un motivo para posponer una decisión que cambiaría su vida para siempre.

Danlan lo miró, preparada para dictar sus palabras. ¿Por qué quería Jasnah oír de nuevo esta historia? ¿No había escrito un informe de estos mismos acontecimientos en la biografía de su padre?

Bueno, podría decirle por qué y (si sus revelaciones pasadas eran un indicativo) su actual proyecto sería de gran valor. Deseó que Elhokar tuviera una fracción de la sabiduría de su hermana.

—Son recuerdos dolorosos, Jasnah. Ojalá nunca hubiera

convencido a tu padre para que fuera en esa expedición. Si no hubiéramos descubierto nunca a los parshendi, no podrían haberlo asesinado. El primer encuentro tuvo lugar cuando explorábamos un bosque que no aparecía en los mapas. Al sur de las Llanuras Quebradas, en un valle a unas dos semanas de marcha del Mar Seco.

Durante su juventud, solo dos cosas entusiasmaban a Gavilar: la conquista y la caza. Cuando no se dedicaba a una cosa, se dedicaba a la otra. Sugerir ir de caza había parecido racional en aquel momento. Gavilar había estado actuando extrañamente, perdiendo su sed de batalla. Los hombres habían empezado a decir que era débil.

—Tu padre no estaba conmigo cuando me los encontré —continuó Dalinar, recordando. Acampó en las húmedas colinas boscosas. Interrogó a los nativos de Natán a través de intérpretes. Buscaba rastros o árboles rotos—. Conducía a los exploradores por un afluente del río Curva de la Muerte arriba mientras tu padre exploraba corriente abajo. Encontramos a los parshendi acampados al otro lado. No lo creí al principio. Parshmenios. Acampados, libres y organizados. Y llevaban armas. Y no eran armas burdas: espadas, lanzas con mangos tallados…

Guardó silencio. Gavilar tampoco lo creyó cuando se lo contó. No existían las tribus parshmenias libres. Eran siervos, y siempre lo habían sido.

—«¿Tenían entonces espadas esquirladas?» —dijo Danlan. Dalinar no se había dado cuenta de que Jasnah había respondido.

—No.

Al cabo de un rato llegó la respuesta.

—«Pero ahora las tienen. ¿Cuándo viste por primera vez a un portador de esquirlada parshendi?»

—Después de la muerte de Gavilar.

Relacionó ambos hechos. Siempre se habían preguntado por qué Gavilar quería un tratado con los parshendi. No lo habrían necesitado solo para cosechar los conchas grandes de las Llanuras Quebradas: los parshendi no vivían entonces en las Llanuras.

Dalinar sintió un escalofrío. ¿Pudo haber sabido su hermano que estos parshendi tenían acceso a las espadas esquirladas? ¿Había

hecho el tratado con la esperanza de averiguar dónde habían encontrado las armas?

«¿Causó eso su muerte? —se preguntó Dalinar—. ¿Es ese el secreto que Jasnah está buscando?» Nunca había mostrado la dedicación a la venganza de Elhokar, pero pensaba de forma distinta a su hermano. La venganza no la impulsaría. Pero las preguntas… Sí, las preguntas lo harían.

—«Una cosa más, tío —leyó Danlan—. Luego podré seguir cavando en este laberinto de biblioteca. En ocasiones, parezco un ladrón de tumbas, revolviendo los huesos de los muertos. Da igual. Los parshendi…, mencionaste una vez lo rápidamente que parecían aprender nuestra lengua.»

—Sí —contestó Dalinar—. En cuestión de días, hablábamos y nos comunicábamos bastante bien. Notable. ¿Quién habría pensado que los parshmenios, nada menos, tenían la inteligencia para obrar aquel milagro? La mayoría de los que conocía ni siquiera hablaban demasiado.

—«¿De qué fueron las primeras cosas sobre las que hablaron? ¿Las primeras preguntas que hicieron? ¿Puedes recordarlo?» —dijo Danlan.

Dalinar cerró los ojos, recordando los días en que los parshendi acampaban al otro lado del río. A Gavilar le fascinaban.

—Querían ver nuestros mapas.

—«¿Mencionaron a los Vaciadores?»

¿Los Vaciadores?

—No que yo recuerde. ¿Por qué?

—«Prefiero no decirlo ahora mismo. Sin embargo, quiero mostrarte algo. Que tu escriba coja otra hoja de papel.»

Danlan colocó una página nueva en el tablero. Colocó la caña en la esquina y la soltó. El utensilio se alzó y empezó a garabatear con rápidos y osados trazos. Era un dibujo. Dalinar dio un paso adelante, y Adolin se acercó. La caña y la tinta no eran el mejor medio, y dibujar a tanta distancia era impreciso. La caña dejaba caer gotitas de tinta en lugares que no había al otro lado, y aunque el tintero estaba exactamente en el mismo lugar (permitiendo a Jasnah recargar su caña y la de Danlan al mismo tiempo), la caña de este lado a menudo se agotaba antes que la del otro.

Aun así, la imagen fue maravillosa. «Esta no es Jasnah», advirtió Dalinar. Quien estuviera haciendo el dibujo era mucho más talentoso en esos menesteres que su sobrina.

La imagen mostraba una alta sombra que se alzaba sobre unos edificios. Atisbos de caparazón y pinzas asomaban en las finas líneas de tinta, y las sombras se hacían dibujando líneas más finas unidas.

Danlan la apartó y sacó una tercera hoja de papel. Dalinar alzó el dibujo, Adolin a su lado. La bestia de pesadilla era levemente familiar. Como…

—Es un abismoide —señaló Adolin—. Está distorsionado; mucho más amenazador de cara y más grande de hombros, y no veo el segundo par de antepinzas…, pero alguien intentó obviamente dibujar una de ellas.

—Sí —dijo Dalinar, frotándose la barbilla.

—«Es una descripción de uno de los libros que hay aquí —leyó Danlan—. Mi nueva pupila está bastante dotada para el dibujo, así que le he pedido que la reproduzca para ti. Dime. ¿Te recuerda algo?»

«¿Una nueva pupila?», pensó Dalinar. Habían pasado años desde la última vez que Jasnah aceptó una. Siempre decía que no tenía tiempo.

—Es la imagen de un abismoide —dijo.

Danlan escribió las palabras. Un momento después llegó la respuesta.

—«El libro lo describe como un Vaciador —Danlan frunció el ceño y ladeó la cabeza—. Es un ejemplar de un texto escrito originalmente en los años anteriores a la Traición. Sin embargo, las ilustraciones son copia de otro texto aún más antiguo. De hecho, algunos piensan que el dibujo se hizo solo dos o tres generaciones después de la partida de los Heraldos.»

Adolin silbó suavemente. Entonces sí que sería muy antiguo. Por lo que Dalinar tenía entendido, tenían pocas obras de arte o escritos de los días de las sombras, siendo *El camino de los reyes* uno de los más antiguos, y el único texto completo. Y solo había sobrevivido traducido: no tenían ningún ejemplar en la lengua original.

—«Antes de que te precipites a ninguna conclusión —leyó

Danlan—, no estoy dando a entender que los Vaciadores y los abismoides sean lo mismo. Creo que la antigua artista no sabía lo que era un Vaciador, así que decidió dibujar el ser más horrible que conocía.»

«¿Pero cómo sabía la artista original qué aspecto tenía un abismoide? —se preguntó Dalinar—, acabamos de descubrir las Llanuras Quebradas…»

Pero, naturalmente. Aunque las Montañas Irreclamadas estaban ahora vacías, una vez fueron un reino habitado. Alguien en el pasado supo de los abismoides, y los conoció lo bastante bien como para dibujar uno y etiquetarlo como Vaciador.

—«Tengo que irme —dijo Jasnah a través de Danlan—. Cuida de mi hermano en mi ausencia, tío.»

—Jasnah —envió Dalinar, escogiendo con cuidado sus palabras —. Las cosas son difíciles aquí. La tormenta empieza a soplar a sus anchas, y el edificio tiembla y gime. Puede que pronto oigas noticias que te sorprendan. Estaría bien que pudieras regresar y prestarnos tu ayuda.

Esperó en silencio la respuesta, mientras la caña iba rascando.

—«Me gustaría prometer una fecha para mi regreso —Dalinar casi podía oír la tranquila y fría voz de Jasnah—. Pero no puedo calcular cuándo terminaré mi investigación.»

—Esto es muy importante, Jasnah. Por favor, reconsidéralo.

—«Ten la seguridad de que volveré, tío. Tarde o temprano. Pero no puedo decir cuándo.»

Dalinar suspiró.

—«Advierte —escribió Jasnah— que estoy ansiosa por ver un abismoide en persona.»

—Un abismoide muerto —dijo Dalinar—. No tengo ninguna intención de permitir que repitas la experiencia de hace unas semanas de tu hermano.

—«Ah, el querido y superprotector Dalinar —envió Jasnah—. Un año de estos tendrás que admitir que tus sobrinos favoritos han crecido.»

—Os trataré como adultos mientras actuéis como adultos. Ven rápido y te conseguiremos un abismoide muerto. Cuídate.

Esperaron a ver si llegaba una nueva respuesta, pero la gema

dejó de parpadear, indicando que la transmisión de Jasnah había terminado. Danlan retiró la abarcaña y el tablero, y Dalinar le dio las gracias a todas las escribanas por su ayuda. Se retiraron. Adolin pareció querer quedarse, pero Dalinar le indicó que se marchara también.

Dalinar contempló de nuevo el dibujo del abismoide, insatisfecho. ¿Qué había ganado con la conversación? ¿Más vagas insinuaciones? ¿Qué podía ser tan importante en la investigación de Jasnah para que ignorara las amenazas al reino?

Tendría que enviarle una carta más clara cuando hiciera su anuncio, explicando por qué había decidido retirarse. Tal vez eso la haría regresar.

Y, en un momento de sorpresa, Dalinar advirtió que ya había tomado su decisión. En algún momento tras dejar la zanja, y ahora, había dejado de tratar su abdicación como una posibilidad y había empezado a considerarla una certeza. Era la decisión adecuada. Se sentía mareado, pero seguro. Un hombre a veces tenía que hacer cosas que eran desagradables.

«Fue la discusión con Jasnah, comprendió. La charla sobre su padre.» Estaba actuando como su hermano al final. Aquello casi había socavado al reino. Bueno, tenía que detenerse antes de llegar tan lejos. Tal vez lo que le estaba sucediendo era una especie de enfermedad de la mente, heredada de sus padres. Y…

—Aprecias mucho a Jasnah —dijo Navani.

Dalinar se sobresaltó y dejó de mirar el dibujo del abismoide. Había dado por hecho que ella se había marchado tras Adolin. Pero todavía estaba aquí, mirándolo.

—¿Por qué la animas tanto para que regrese?

Él se volvió a mirarla y advirtió que Navani había despedido a sus dos jóvenes ayudantes. Estaban solos.

—Navani —dijo—. Esto es inapropiado.

—Bah. Somos familia, y tengo preguntas que hacerte.

Dalinar vaciló y luego se dirigió al centro de la habitación. Navani permaneció cerca de la puerta. Afortunadamente sus ayudantes habían dejado abierta la puerta al fondo de la antecámara, y más allá había dos guardias en el pasillo exterior. No era una situación ideal, pero mientras Dalinar pudiera ver a los

guardias y ellos verlo a él, su conversación con Navani era adecuada, aunque por los pelos.

—¿Dalinar? —preguntó ella—. ¿Vas a responderme? ¿Por qué confías tanto en mi hija cuando casi todo el mundo la repudia?

—Para mí el desdén hacia ella es una recomendación.

—Es una hereje.

—Se negó a unirse a ninguno de los devotarios porque no creía en sus enseñanzas. En vez de comprometerse por el bien de las apariencias, ha sido honrada y se ha negado a profesar lo que no cree. Para mí es un signo de honor.

Navani hizo una mueca.

—Los dos sois una pareja de clavos en la misma puerta. Recios, duros y molestos de arrancar.

—Deberías marcharte ya —dijo Dalinar, indicando el pasillo. De pronto se sintió muy cansado—. La gente hablará.

—Que hablen. Tenemos que hacer planes, Dalinar. Eres el alto príncipe más importante de…

—Navani —cortó él—. Voy a abdicar a favor de Adolin. —Ella parpadeó sorprendida—. Voy a retirarme en cuanto pueda hacer los arreglos necesarios. Será como mucho cuestión de días.

Pronunciar las palabras le pareció extraño, como si decirlas hiciera real su decisión.

Navani parecía dolorida.

—Oh, Dalinar —susurró—. Es un terrible error.

—La decisión es mía. Y debo repetir mi petición. Tengo muchas cosas en las que pensar, Navani, y no puedo tratar contigo ahora mismo —señaló la puerta.

Navani hizo un gesto de desesperación, pero se marchó tal como se le pedía. Cerró la puerta tras ella.

«Ya está —pensó Dalinar, dejando escapar un largo suspiro—. He tomado la decisión.»

Demasiado cansado para quitarse la armadura sin ayuda, se sentó en el suelo y apoyó la cabeza contra la pared. Le contaría a Adolin su decisión por la mañana, y luego lo anunciaría en el festín de la próxima semana. A partir de entonces, regresaría a Alezkar y sus tierras.

Se había terminado.

FIN DE LA SEGUNTA PARTE

Interludios

Rysn * Axies * Szeth



Rysn bajó vacilante de la primera carreta de la caravana. Sus pies cayeron sobre el suave terreno irregular, que cedió un poco bajo su peso. Eso la hizo estremecerse, sobre todo porque la hierba, demasiado alta, no se movía como debiera. Rysn golpeó con el pie varias veces. La hierba ni siquiera tembló.

—No se va a mover —dijo Vstim—. Aquí la hierba no se comporta como en los demás sitios. Sin duda lo habrás oído.

El hombre ya maduro estaba sentado bajo el brillante toldo amarillo de la primera carreta. Apoyaba un brazo en el raíl lateral, sujetando un puñado de libros con la otra mano. Una de sus largas cejas blancas estaba recogida detrás de su oreja y dejaba la otra caer a un lado de su cara. Vestía una tiesa túnica almidonada, roja y azul, y un sombrero cónico de punta achatada. Era la ropa clásica de los mercaderes de Thaylen: varias décadas pasada de moda, pero todavía distinguida.

—He oído hablar de la hierba —le dijo Rysn—. Pero sigue siendo muy extraña.

Echó a andar en círculos alrededor de la carreta. Sí, había oído hablar de la hierba aquí en Shinovar, pero daba por hecho que solo estaría en letargo, que la gente decía que no desaparecía porque se movía muy despacio.

Pero no, no era eso. No se movía en absoluto. ¿Cómo sobrevivía? ¿No deberían de habérsela comido los animales? Sacudió asombrada la cabeza y contempló la llanura. La hierba la cubría por completo. Las hojas estaban todas unidas y no se podía

ver el suelo. Qué feo era.

—El terreno es esponjoso —dijo, volviendo al punto de partida de su caminata—. No solo por la hierba.

—Hmm —dijo Vstim, todavía trabajando en sus libros—. Sí. Se llama suelo.

—Parece como si fuera a hundirme hasta las rodillas. ¿Cómo soportan los shin vivir aquí?

—Son un pueblo interesante. ¿No deberías estar emplazando el aparato?

Rysn suspiró, pero se dirigió a la parte trasera de la carreta. Las otras carretas de la caravana, seis en total, se detenían y formaban un círculo suelto. Bajó la portezuela y sacó a duras penas un trípode casi tan alto como ella. Se lo cargó a un hombro y marchó hasta el centro del círculo de hierba.

Iba mejor vestida que su babsk: llevaba las ropas más modernas para una joven de su edad: un chaleco de seda azul oscuro sobre una camisa de manga larga verde claro con puños recios. Su falda hasta los tobillos, también verde, era recta y formal, utilitaria en el corte pero bordada a la moda.

Llevaba un guante verde en la mano izquierda. Cubrirse la mano segura era una tradición tonta, solo el resultado del dominio cultural vorin. Pero era mejor guardar las apariencias. Muchos de los thayleños más tradicionales (incluyendo, por desgracia, a su babsk) seguían considerando escandaloso que una mujer fuera por ahí con su mano segura descubierta.

Emplazó el trípode. Habían pasado cinco meses desde que Vstim se convirtió en su babsk y Rysn en su aprendiz. Había sido bueno con ella. No todos los babsk lo eran: por tradición, era más que solo su maestro. Era su padre, legalmente, hasta que la declarara preparada para convertirse en mercader por su cuenta.

Rysn deseaba no tener que pasarse tanto tiempo viajando a sitios tan extraños. Él tenía reputación de ser un gran mercader, y ella había asumido que los grandes mercaderes eran los que visitaban ciudades y puertos exóticos. No los que viajaban a prados vacíos en países perdidos.

Emplazado el trípode, regresó al carromato para recoger el fabrial. La parte trasera del carromato formaba un espacio con

gruesos lados y techo para ofrecer protección contra las altas tormentas. Incluso las más débiles podían ser peligrosas en el oeste, al menos hasta que se atravesaban los pasos y se llegaba a Shinovar.

Corrió de vuelta al trípode con la caja del fabrial. Deslizó la tapa de madera y sacó el gran berilio del interior. La gema amarillo claro, de al menos tres centímetros de diámetro, estaba sujeta por un armazón de metal. Brillaba suavemente, no tanto como cabría esperar de una gema tan grande.

La colocó en el trípode, y luego hizo girar algunos de los diales que tenía debajo, situando el fabrial de cara a la gente de la caravana. Luego sacó un taburete del carro y se sentó a mirar. Le sorprendía lo que había pagado Vstim por el aparato, uno del nuevo tipo recién inventado, que advertía si se acercaba alguien. ¿Era de verdad tan importante?

Se acomodó, mirando la gema, para ver si se hacía más brillante. La extraña hierba de las tierras shin se ondulaba con el viento, negándose obstinadamente a retirarse, ni siquiera con las ráfagas más fuertes. A lo lejos se alzaban los picos blancos de las Montañas Brumosas que protegían Shinovar. Esas montañas hacían que las altas tormentas se rompieran y dispersaran, haciendo de Shinovar el único sitio de todo Roshar donde las altas tormentas no reinaban.

La llanura que la rodeaba estaba salpicada de extraños árboles de tronco recto con ramas recias y esqueléticas llenas de hojas que no se iban con el viento. Todo el paisaje causaba una extraña impresión, como si estuviera muerto. Nada se movía. Con un sobresalto, Rysn advirtió que no podía ver ningún spren. Ni uno solo. Ningún vientospren, ni vidaspren, nada.

Era como si toda la tierra fuera corta de entendederas. Como un hombre que nace con el cerebro incompleto y no sabe cuándo protegerse y se queda mirando a la pared, babeando. Excavó en el terreno con un dedo, y luego lo alzó para inspeccionar el «suelo», como lo había llamado Vstim. Era materia sucia. Una ráfaga fuerte podía desenraizar todo ese campo y llevarse volando la hierba.

Cerca de las carretas, los sirvientes y guardias descargaban cajas y montaban el campamento. De repente, el berilio empezó a latir con una luz amarilla más brillante.

—¡Maestro! —exclamó Rysn, poniéndose en pie—. Alguien se

acerca.

Vstim, que rebuscaba entre las cajas, alzó bruscamente la cabeza. Llamó a Kylrm, jefe de los guardias, y sus seis hombres sacaron sus arcos.

—Allí —señaló uno.

Un grupo de jinetes se acercaba en la distancia. No cabalgaban muy rápido, y conducían varios animales grandes, como gruesas casas, que tiraban de carretas. La gema del fabrial latió con más fuerza a medida que se fueron acercando.

—Sí —dijo Vstim, mirando el fabrial—. Esto nos va a venir muy bien. Tiene buen alcance.

—Pero sabíamos que iban a venir —dijo Rysn, levantándose de su taburete y acercándose a él.

—Esta vez. Pero si nos advierte de bandidos en la oscuridad, compensará una docena de veces su precio. Kylrm, bajad los arcos. Ya sabes cómo se sienten con estas cosas.

Los guardias obedecieron, y el grupo de thayleños esperó. Rysn no paraba de echarse las cejas hacia atrás, nerviosa, aunque no sabía por qué se molestaba. Los recién llegados eran solo shin. Naturalmente, Vstim insistía en que no debía considerarlos salvajes. Parecía sentir gran respeto hacia ellos.

Mientras se acercaban, se sorprendió por la variedad de su aspecto. Otros shin que había visto llevaban simples túnicas marrones u otras ropas de obreros. Sin embargo, al frente de este grupo venía un hombre vestido con lo que debían de ser los mejores ropajes shin: una brillante capa multicolor que lo envolvía por completo, cerrada por delante. Caía a ambos lados de su caballo, hasta casi llegar al suelo. Solo su cabeza quedaba al descubierto.

Cuatro hombres cabalgaban a su alrededor, vestidos con ropas más discretas. Seguían siendo brillantes, pero no tanto. Llevaban camisas, pantalones y capas pintorescas.

Al menos cuarenta hombres caminaban junto a ellos, llevando túnicas marrones. Otros conducían las tres grandes carretas.

—Vaya —dijo Rysn—. Ha traído un montón de sirvientes.

—¿Sirvientes? —dijo Vstim.

—Los tipos de marrón.

El babsk sonrió.

—Son sus guardias, niña.

—¿Qué? Parecen tan tristes.

—Los shin son un pueblo curioso. Aquí, los guerreros son los más bajos de entre los hombres: es como una vida de esclavos. Los hombres los compran y los venden entre casas por medio de pequeñas piedras que indican posesión, y todo hombre que empuña un arma debe unirse y ser tratado igual. ¿El tipo de la túnica elegante? Es un granjero.

—Un terrateniente, querrás decir.

—No. Por lo que sé, sale cada día (bueno, los días en los que no está supervisando una negociación como esta) y trabaja en los campos. Tratan a todos los granjeros así, los cubren de atenciones y respeto.

Rysn se quedó boquiabierta.

—¡Pero si la mayoría de las aldeas están llenas de granjeros!

—En efecto —dijo Vstim—. Pero aquí son lugares sagrados. Los forasteros no pueden acercarse ni a los campos ni a las aldeas de granjas.

«Qué extraño —pensó ella—, quizá vivir en este lugar les ha afectado la mente.»

Kylrm y sus guardias no parecían terriblemente complacidos por hallarse en tan grande inferioridad numérica, pero Vstim no parecía molesto. Cuando los shin se acercaron, se alejó de las carretas sin el menor atisbo de nerviosismo. Rysn corrió tras él, su falda rozando la hierba.

«Qué molestia», pensó. Otro problema porque no se retraía. Si tenía que comprarse un nuevo dobladillo por culpa de esta tonta hierba, iba a enfadarse mucho.

Vstim se reunió con los shin e inclinó la cabeza de forma muy distintiva, las manos hacia el suelo.

—*Tan balo ken tala* —dijo. Rysn no sabía qué significaba.

El hombre de la capa, el granjero, asintió respetuosamente, y uno de los jinetes desmontó y avanzó.

—Que los Vientos de la Fortuna te guíen, amigo mío —hablaba muy bien thayleño—. El que suma está feliz por tu llegada a salvo.

—Gracias, Thresh-hijo-Esan —dijo Vstim—. Y mi agradecimiento al que suma.

—¿Qué nos has traído de extrañas tierras, amigo? ¿Más metal, espero?

Vstim hizo una señal y algunos de los guardias trajeron una pesada caja. La colocaron en el suelo y abrieron la tapa, revelando su peculiar contenido. Piezas de metal, la mayoría en forma de concha, aunque algunos tenían forma de leña. A Rysn le parecía basura que, por algún motivo inexplicable, había sido animada en metal.

—Ah —dijo Thresh, agachándose para inspeccionar la caja—. ¡Maravilloso!

—No hay nada extraído de minas —dijo Vstim—. No se rompió ni fundió ninguna roca para conseguir este metal, Thresh. Fue animado a partir de conchas, corteza o ramas. Tengo un documento sellado por cinco notarios thayleños distintos que lo atestiguan.

—No tienes por qué hacer una cosa así. Te ganaste nuestra confianza en estos asuntos hace mucho tiempo.

—Prefiero hacer las cosas bien —dijo Vstim—. Un mercader descuidado con los contratos es un mercader que acaba con enemigos en vez de amigos.

Thresh se levantó y dio tres palmadas. Los hombres de marrón se acercaron a la parte trasera de un carro y desenvolvieron unas cajas.

—Los otros que nos visitan —advirtió Thresh, acercándose al carro— parece que solo se interesan por los caballos. Todo el mundo quiere comprar caballos. Pero tú nunca, amigo mío. ¿Por qué?

—Es demasiado difícil cuidarlos —contestó Vstim, caminando con Thresh—. Y a menudo la inversión deja poco beneficio, por valiosos que sean.

—¿Pero con esto no? —dijo Thresh, alzando una de las livianas cajas. Dentro había algo vivo.

—En absoluto. Las gallinas consiguen un buen precio, y son fáciles de cuidar, siempre que se tenga para darles de comer.

—Os hemos traído muchas —dijo Thresh—. No puedo creer que nos las compres. No valen tanto como pensáis los extranjeros. ¡Y nos das metal a cambio! Metal que no tiene manchas de rocas rotas. Un milagro.

Vstim se encogió de hombros.

—Esos pedazos prácticamente carecen de valor de donde yo vengo. Los hacen los fervorosos que practican con las animistas. No pueden hacer comida, porque si les sale mal, es venenosa. Así que convierten la basura en metal y lo tiran.

—¡Pero se puede forjar!

—¿Por qué forjar el metal cuando puedes tallar un objeto de madera con la forma precisa que quieres y luego animarlo?

Thresh sacudió la cabeza, divertido. Rysn observaba, confundida también. Era el intercambio comercial más extraño que había visto jamás. Normalmente, Vstim discutía y regateaba como un aplastador. ¡Pero aquí revelaba claramente que su mercancía no valía nada!

De hecho, a medida que avanzaba la conversación, los dos se dedicaron a explicarse con detalle lo poco valiosos que eran sus artículos. Al final llegaron a un acuerdo (aunque Rysn no pudo comprender cómo) y se estrecharon la mano. Algunos de los soldados de Thresh empezaron a descargar las cajas de gallinas, ropa y exóticas comidas resecas. Otros empezaron a llevarse las cajas de trozos de metal.

—No pudiste conseguirme un soldado ¿no? —preguntó Vstim mientras esperaban.

—Me temo que no se pueden vender a los extranjeros.

—Pero me vendiste uno…

—¡Han pasado casi siete años! —rio Thresh—. ¡Y todavía preguntas!

—No sabes lo que conseguí por él. ¡Y me lo diste prácticamente por nada!

—Era un sin-verdad —dijo Thresh, encogiéndose de hombros—. No valía nada. Me obligaste a canjearlo a la fuerza, aunque he de confesar que tuve que tirar tu pago al río. No podía aceptar dinero por un sin-verdad.

—Bueno, supongo que no puedo enfadarme por eso —dijo Vstim, frotándose la barbilla—. Pero si alguna vez tienes otro, házmelo saber. El mejor sirviente que he tenido. Todavía lamento haberlo cambiado.

—Lo recordaré, amigo mío —contestó Thresh—. Pero no creo

que sea posible que tengamos otro como él —pareció distraído—. De hecho, espero que nunca lo hagamos…

Cuando terminaron de intercambiar los artículos, se estrecharon de nuevo la mano y luego Vstim inclinó la cabeza ante el granjero. Rysn intentó remedar lo que hacía y se ganó una sonrisa de Thresh y de varios de sus acompañantes, que hicieron comentarios entre susurros en su lengua shin.

Un viaje tan largo y aburrido para un intercambio tan breve. Pero Vstim tenía razón: esas gallinas valdrían buenas esferas en el este.

—¿Qué has aprendido? —le preguntó Vstim mientras regresaban al carro principal.

—Que los shin son raros.

—No —dijo Vstim, aunque sin severidad. Nunca parecía severo —. Simplemente son distintos, niña. La gente rara es la que actúa de forma errática. Thresh y los suyos son cualquier cosa menos erráticos. Puede que incluso sean demasiado estables. El mundo cambia, pero los shin parecen decididos a seguir igual. He intentado ofrecerles fabriales, pero los consideran sin valor. O impíos. O demasiado sagrados para utilizarlos.

—Son cosas diferentes, maestro.

—Sí. Pero con los shin a menudo es difícil distinguir unas de otras. Bien, ¿qué aprendiste de verdad?

—Que se muestran humildes como los herdazianos se muestran fanfarrones. Los dos os habéis tomado todo tipo de molestias para demostrar lo poco que valían vuestras mercancías. Me pareció extraño, pero creo que tal vez sea la forma en que regatean.

El sonrió de oreja a oreja.

—Y ya eres más sabia que la mitad de los hombres que he traído aquí. Escucha. Aquí tienes tu lección. Nunca intentes engañar a los shin. Sé sincera, diles la verdad y —si acaso— rebaja el valor de tus artículos. Te amarán por eso. Y te pagarán por eso también.

Ella asintió. Llegaron al carro, y Vsim sacó una extraña maceta.

—Toma —dijo—. Usa un cuchillo para cortar un poco de esa hierba. Asegúrate de cortar hondo y de conseguir una buena porción de suelo. Las plantas no pueden vivir sin él.

—¿Y para qué? —preguntó ella, arrugando la nariz y cogiendo

la maceta.

—Porque vas a aprender a cuidar esa planta. Quiero que la conserves hasta que dejes de considerarla extraña.

—¿Pero por qué?

—Porque te hará mejor mercader.

Ella frunció el ceño. ¿Tenía que comportarse de forma tan rara tantas veces? Tal vez por eso era uno de los pocos thayleños que podían hacer tratos con los shin. Era tan raro como ellos.

Se alejó para hacer lo que le había pedido. No tenía sentido quejarse. No obstante, se puso primero un par de guantes, y se subió las mangas. No iba a estropear un bonito vestido por una planta de hierba imbécil y babeante que mira a la pared. Y eso fue todo.



Axies el coleccionista gimió, tendido de espaldas, el cráneo martilleado por un dolor de cabeza. Abrió los ojos y contempló su cuerpo. Estaba desnudo.

«Maldita sea», pensó.

Bueno, era mejor comprobar si estaba malherido. Sus pies apuntaban al cielo. Tenía las uñas de color azul oscuro, cosa que no era extraña en un aimiano como él. Trató de agitar los dedos y, con satisfacción, comprobó que se movían.

—Bueno, algo es algo —dijo, volviendo a dejar caer la cabeza contra el suelo. Hizo un sonido chirriante cuando tocó algo blando, como un pedazo de basura podrida.

Sí, eso era. Pudo olerla ahora, penetrante y rancia. Se concentró en su nariz, esculpiendo su cuerpo para que ya no pudiera oler. «Ah, pensó. Mucho mejor.»

Ahora, si pudiera acabar con el martilleo de la cabeza. De verdad ¿tenía el sol que ser tan chillón? Cerró los ojos.

—Estás todavía en mi callejón —rezongó una voz tras él. Esa voz lo había despertado en primer lugar.

—Ahora mismo lo dejo libre —prometió Axies.

—Me debes el alquiler. Por dormir una noche.

—¿En un callejón?

—Es el mejor callejón de Kasitor.

—Ah. ¿Es ahí donde estoy, entonces? Excelente.

Unos cuantos segundos de concentración mental finalmente acabaron con el dolor de cabeza. Abrió los ojos, y esta vez la luz del

sol le pareció bastante agradable. Paredes de ladrillo se alzaban hacia el cielo a cada lado, cubiertas de una corteza de liquen rojo. A su alrededor había dispersos montoncillos de tubérculos podridos.

No. Dispersos no. Parecían haber sido colocados con cuidado. Qué raro. Probablemente eran la fuente de los olores que había advertido antes. Mejor no activar su sentido del olfato.

Se sentó en el suelo y se desperezó, comprobando sus músculos. Todo parecía estar en orden, aunque tenía unos cuantos moratones. Se encargaría de ellos dentro de un momento.

—Bueno —dijo, dándose la vuelta—, no tendrás por ahí unos pantalones que te sobren ¿verdad?

El dueño de la voz resultó ser un tipo de barba erizada que estaba sentado en una caja al fondo del callejón. Axies no lo reconoció, ni reconoció el lugar. Eso no era sorprendente, considerando que lo habían golpeado, robado y dado por muerto. Otra vez.

«Las cosas que hago en nombre de la sabiduría», pensó con un suspiro. Su memoria regresaba. Kasitor era una gran ciudad irali, segunda en tamaño después de Rail Elorim. Había venido aquí porque quiso. Se había emborrachado porque quiso. Tal vez debería haber escogido mejor a sus compañeros de bebida.

—Voy a dar por hecho que no tienes unos pantalones de sobra —dijo Axies, levantándose e inspeccionando los tatuajes de sus brazos—. Y si los tuvieras, te sugiero que te los pongas. ¿Eso que llevas encima es un saco de lavis?

—Me debes el alquiler —gruñó el hombre—. Y el pago por destruir el templo del dios del norte.

—Qué raro —dijo Axies, mirando por encima del hombro la boca del callejón. Más allá había una calle transitada. A la buena gente de Kasitor no le gustaría su desnudez—. No recuerdo haber destruido ningún templo. Normalmente soy bastante consciente de esas cosas.

—Te cargaste la mitad de la calle Hapron —dijo el mendigo—. Y unas cuantas casas también. Dejaré correr eso.

—Muy considerado de tu parte.

—Han sido malos últimamente.

Axies frunció el ceño y miró de nuevo al mendigo. Siguió la

mirada del hombre y contempló el suelo. Los montones de verduras podridas habían sido colocados de una forma muy curiosa. Como una ciudad.

—Ah —dijo Axies, moviendo el pie, que había plantado en un pequeño cuadrado de verduras.

—Eso era una panadería —dijo el mendigo.

—Lo siento muchísimo.

—La familia estaba fuera.

—Menos mal.

—Estaban adorando en el templo.

—El que yo…

—¿Aplastaste con la cabeza? Sí.

—Estoy seguro de que serás amable con sus almas.

El mendigo lo miró entornando los ojos.

—Sigo intentando decidir cómo encajas en todo esto. ¿Eres un Vaciador o un Heraldo?

—Vaciador, me temo —dijo Axies—. Quiero decir, he destruido un templo.

Los ojos del mendigo recelaron todavía más.

—Solo el paño sagrado puede desterrarme —continuó Axies—. Y como tú no… Espera, ¿qué tienes en la mano?

El mendigo se miró la mano, que tocaba una de las raídas mantas que envolvía una de las cajas igualmente raídas. Estaba encaramado en ellas como…, bueno, como un dios que contemplara a su pueblo.

«Pobre idiota», pensó Axies. Era hora de marcharse. No quería causar mala suerte al confundido tipo.

El mendigo alzó la manta. Axies retrocedió, alzando las manos. Eso hizo que el mendigo mostrara una sonrisa a la que habría venido bien unos pocos dientes más. Saltó de la caja, alzando la manta. Axies se dispuso a escapar.

El mendigo soltó una carcajada y le tiró la manta. Axies la agarró en el aire y agitó el puño. Entonces, se retiró del callejón envolviéndose la manta en la cintura.

—¡Y así la bestia hedionda fue derrotada! —exclamó el mendigo.

—Y así —dijo Axies, sujetándose la manta— la bestia hedionda

evitó ser encarcelada por indecencia pública.

Los iriali eran muy exigentes en sus leyes de castidad. Eran muy particulares en un montón de cosas. Naturalmente, eso podía decirse de la mayoría de los pueblos: la única diferencia eran las cosas en que eran particulares.

Axies el coleccionista atrajo su porción de miradas. No porque su ropa fuera poco convencional, ya que Iri estaba en el extremo noroccidental de Roshar, y su clima tendía a ser mucho más cálido que otros lugares como Alezi o incluso Azir. Buen número de varones iriali de cabello dorado solo iban vestidos de cintura para abajo, la piel pintada con diversos colores y pautas. Los tatuajes de Axies tampoco eran demasiado llamativos aquí.

Tal vez atraía las miradas por sus uñas azules y sus cristalinos ojos azules. Los aimianos (incluso los siah aimianos) eran raros. O tal vez era porque proyectaba una sombra diferente. Hacia la luz, en vez de desde ella. Era una cosa menor, y las sombras no eran largas, estando el sol tan alto. Pero los que lo advertían murmuraban o se apartaban de su camino. Probablemente habían oído hablar de su especie. No había pasado tanto tiempo desde que arrasaron su tierra. Lo suficiente para que historias y leyendas se hubieran introducido en el ser general de la mayoría de los pueblos.

Tal vez alguien importante daría un paso más y lo llevaría ante un magistrado local. No sería la primera vez. Hacía tiempo que había aprendido a no preocuparse. Cuando la Maldición de la Especie te seguía, aprendías a aceptar lo que pasara.

Empezó a silbar para sí, inspeccionando sus tatuajes e ignorando a aquellos que lo observaban lo suficiente para quedarse boquiabiertos. «Recuerdo haber escrito algo en alguna parte…», pensó, mirándose la muñeca y luego doblando el brazo para ver si había algún tatuaje nuevo en el dorso. Como todos los aimianos, podía cambiar a voluntad el color y las marcas de su piel. Resultaba muy conveniente, ya que cuando te robaban regularmente todo lo que poseías, era enormemente difícil guardar un cuaderno adecuado. Y así, guardaba sus notas en su piel, al menos hasta que pudiera regresar a un lugar seguro y transcribirlas.

Esperaba no haberse emborrachado tanto para haber escrito sus observaciones en un lugar inconveniente. Le había pasado antes, y

leer aquel lío requirió dos espejos y un muy confuso ayudante en el baño.

«Ah», suspiró en silencio, descubriendo una nueva entrada cerca del interior de su codo izquierdo. Lo leyó torpemente, mientras arrastraba los pies pendiente abajo.

«Prueba con éxito. He visto spren que solo aparecen cuando estás muy embriagado. Aparecen como pequeñas burbujas marrones que se aferran a los objetos cercanos. Puede que sean necesarias más pruebas para demostrar que son algo más que una alucinación de borracho.»

—Muy bonito —dijo en voz alta—. Muy, muy bonito. Me pregunto cómo debería llamarlos.

Las historias que había conocido las llamaban borrachospren, pero eso parecía una tontería. ¿Embriagaspren? No, demasiado poco pegadizo. ¿Cervespren? Sintió un arrebato de emoción. Llevaba años persiguiendo a este tipo concreto de spren. Si resultaban ser reales, sería toda una victoria.

¿Por qué solo aparecían en Iri? ¿Por qué eran tan poco frecuentes? Se había emborrachado estúpidamente una docena de veces, y solo los había encontrado en una ocasión. Si es que los había encontrado de verdad.

Sin embargo, los spren podían ser muy esquivos. A veces, incluso los más corrientes (los llamaspren, por ejemplo) se negaban a aparecer. Eso resultaba particularmente frustrante para un hombre que había consagrado su vida a observar, catalogar y estudiar todos los tipos de spren de Roshar.

Continuó silbando mientras se dirigía al muelle. A su alrededor pasaban gran número de iriali de cabellos dorados. El pelo indicaba pureza, igual que el pelo negro de los alezi: cuanta más pura era tu sangre, más mechones dorados tenías. No solamente rubio, sino dorado, brillante al sol. Le caían bien los iriali. No eran tan mojigatos como los pueblos vorin del este, y rara vez solían discutir o pelear. Eso hacía más fácil cazar spren. Naturalmente, también había spren que solo podías encontrar en la guerra.

Un grupo de personas se había congregado en el muelle. «Ah —pensó Axies—, excelente. No llego demasiado tarde.» La mayoría se encontraba en una plataforma construida como mirador. Axies se

buscó un sitio, ajustó su manta sagrada y se apoyó contra la barandilla a esperar.

No pasó mucho tiempo. Exactamente a las siete cuarenta y seis de la mañana (los lugareños podían usarlo para ajustar sus relojes), un enorme spren azul marino surgió de las aguas de la bahía. Era transparente, y aunque parecía levantar ondas con su avance, era ilusorio. La superficie de la bahía no fue alterada.

«Toma la forma de un gran chorro de agua —pensó Axies, creando un tatuaje a lo largo de una porción de su pierna y escribiendo las palabras—. El centro es azul oscuro, como las profundidades del mar, aunque los bordes exteriores son un poco más claros. A juzgar por los mástiles de los barcos cercanos, yo diría que el spren ha crecido hasta unos treinta metros. Uno de los más grandes que he visto.»

De la columna brotaron cuatro largos brazos que abarcaron la bahía, formando dedos y pulgares. Se posaron en los pedestales dorados que habían sido colocados allí por las gentes de la ciudad. El spren salía a la misma hora cada día, sin tardanza.

Lo llamaban por su nombre, Cusicesh, el Protector. Algunos lo adoraban como a un dios. La mayoría simplemente lo aceptaba como parte de la ciudad. Era único. Uno de los pocos tipos de spren que conocía que solo parecía tener un miembro.

«¿Pero qué clase de spren es este? —reflexionó Axies, fascinado—. Ha formado una cara que mira al este. Directamente hacia el Origen. Esa cara cambia de forma sorprendentemente rápida. Distintos rostros humanos aparecen al final de su cuello como un tronco, uno tras otro en difusa sucesión.»

La exhibición duró diez minutos completos. ¿Se repitió alguno de los rostros? Cambiaban tan rápidamente que no podía decirlo. Algunos parecían masculinos, otros femeninos. Cuando la exhibición terminó, Cusicesh se retiró a las aguas de la bahía, levantando de nuevo olas fantasmales.

Axies se sentía agotado, como si le hubieran absorbido algo. Decían que era una reacción común. ¿Se lo estaba imaginando porque lo esperaba? ¿O era real?

Mientras lo consideraba, un ladronzuelo pasó junto a él y tiró de su atuendo, riéndose para sí. Se lo lanzó a unos amigos y se

marcharon corriendo.

Axies sacudió la cabeza.

—Qué molestia —dijo mientras la gente a su alrededor empezaba a murmurar y escandalizarse—. ¿Hay guardias cerca, supongo? Ah, sí. Cuatro. Maravilloso.

Los cuatro caminaban ya hacia él, el pelo dorado sobre los hombros, las expresiones severas.

—Bueno —se dijo para sí, haciendo una anotación final mientras uno de los guardias lo agarraba por el hombro—. Parece que tendré otra oportunidad de investigar a los cautivospren.

Era extraño que esos lo hubieran eludido durante todos estos años, a pesar de sus numerosas encarcelaciones. Estaba empezando a pensar que eran un mito.

Los guardias lo arrastraron hacia los calabozos de la ciudad, pero no le importaba. ¡Dos nuevos spren en otros tantos días! A este paso, tan solo tardaría unos cuantos siglos más en completar su investigación.

Magnífico, en efecto. Continuó silbando para sí.



Szeth-hijo-hijo-Vallano, sin-verdad de Shinovar, estaba agazapado en un alto saliente de piedra junto al cubil de juego. El saliente tenía como función sostener una linterna: sus piernas y el saliente quedaban ocultos por su larga capa envolvente, por lo que parecía que estaba colgando de la pared.

Había pocas luces cerca. A Makkek le gustaba que Szeth estuviera embozado en las sombras. Llevaba un ajustado traje negro bajo la capa, la parte inferior de su rostro cubierta por una máscara de tela; ambos llevaban el escudo de Makkek. La capa era demasiado grande y la ropa demasiado ajustada. Era un atuendo terrible para un asesino, pero Makkek exigía algo dramático, y Szeth hacía lo que ordenaba su amo. Siempre.

Tal vez había algo útil en el dramatismo. Mostrando solo sus ojos y su cabeza calva, inquietaba a la gente que pasaba. Ojos de shin, demasiado redondos, un poco demasiado grandes. Aquí la gente los consideraba similares a los ojos de un niño. ¿Por qué los perturbaba tanto?

Cerca, un grupo de hombres con capas marrones charlaban y frotaban sus índices y pulgares. Hilillos de humo se alzaban entre sus dedos, acompañados por un leve sonido chisporroteante. Se decía que frotar fuegomoho hacía que la mente de los hombres fuera más receptiva a pensamientos e ideas. La única vez que Szeth lo había probado acabó con dolor de cabeza y dos dedos con ampollas. Pero cuando desarrollabas callos, al parecer podía venirte la euforia.

El cubil circular tenía un bar en el centro que servía una amplia gama de bebidas a una variedad de precios aún más amplia. Las camareras iban vestidas con túnicas violeta con grandes escotes y abiertas por los lados. Llevaban al descubierto sus manos seguras, algo que los bavlandenses (que eran de ascendencia vorin) parecían encontrar enormemente provocativo. Qué extraño. Era solo una mano.

En torno al perímetro del garito se celebraban varias partidas. Ninguno de los juegos era claramente de azar: nada de tirar dados ni apostar a la carta más alta. Eran juegos de rompecuellos, luchas de cangrejos y, extrañamente, juegos de adivinación. Era otra rareza de los pueblos vorin: evitaban hacer cábalas sobre el futuro. Un juego como el rompecuellos tenía sus lanzamientos y tiradas, pero no se apostaba al resultado. En cambio, apostaban a la mano que tendrían después de tirar y sacar.

A Szeth le parecía una distinción sin significado, pero era algo profundamente enraizado en su cultura. Incluso aquí, en uno de los antros más repulsivos de la ciudad, donde las mujeres iban con las manos al descubierto y los hombres hablaban abiertamente de delitos, nadie se arriesgaba a ofender a los Heraldos buscando conocer el futuro. Incluso predecir las altas tormentas incomodaba a muchos. Y sin embargo no decía nada de caminar sobre la piedra o usar luz tormentosa para la iluminación diaria. Ignoraban los espíritus de las cosas que vivían en su entorno, y comían cuanto querían todos los días que se les antojaba.

Extraño. Muy extraño. Y sin embargo esta era su vida. Recientemente, Szeth había empezado a cuestionar algunas de las prohibiciones que antaño había seguido de manera tan estricta. ¿Cómo podían estos orientales no caminar sobre la piedra si no había suelo de tierra en sus territorios? ¿Cómo podían moverse sin pisar la piedra?

Pensamientos peligrosos. Su modo de vida era todo lo que le quedaba. Si cuestionaba el chamanismo de la piedra, ¿cuestionaría luego su naturaleza como sin-verdad? Peligroso, peligroso. Aunque sus asesinatos y pecados lo inundaran, al menos su alma sería ofrecida a las piedras tras su muerte. Continuaría existiendo. Castigado, en agonía, pero no exiliado a la nada.

Mejor existir en la agonía que desvanecerse por completo.

El mismísimo Makkek caminaba por el suelo del garito, con una mujer en cada brazo. Su extrema delgadez había desaparecido, su cara había ganado lentamente un tono rollizo, como una fruta que madura después de las aguas de la riada. También habían desaparecido sus harapos, sustituidos por lujosas sedas.

Los compañeros de Makkek, los que estaban con él cuando mataron a Took, estaban todos muertos, asesinados por Szeth a una orden suya. Todo para ocultar el secreto de la piedra jurada. ¿Por qué estos orientales se avergonzaban tanto de la forma en que controlaban a Szeth? ¿Era porque temían que otro les robara la piedra jurada? ¿Les asustaba que el arma que empleaban con tan pocos miramientos se volviera contra ellos?

Tal vez temían que si se supiera lo fácilmente que se controlaba a Szeth, su reputación quedaría arruinada. Szeth había oído más de una conversación centrada en el misterio del mortífero guardaespaldas de Makkek. Si una criatura como Szeth estaba a su servicio, entonces el amo debía de ser aún más peligroso.

Makkek pasó ante el lugar donde acechaba Szeth, mientras una de las mujeres que lo acompañaba reía con una voz titilante. Makkek lo miró y luego hizo un gesto abrupto. Szeth inclinó la cabeza enmascarada, asintiendo. Se deslizó de su atalaya y saltó al suelo, la enorme capa ondulando.

Las partidas se detuvieran. Los hombres, tanto los sobrios como los borrachos, se volvieron a mirar a Szeth, y cuando pasó junto a tres hombres con el fuegomoho sus dedos quedaron flácidos. La mayoría de los presentes sabían lo que Szeth iba a hacer esta noche. Un hombre había llegado a Aguanatal y abierto su propia timba de juego para desafiar a Makkek. Probablemente el recién llegado no creía en la reputación del asesino fantasma de Makkek. Bueno, tenía motivos para el escepticismo. La reputación de Szeth era equívoca.

Era mucho, mucho más peligroso de lo que sugería.

Salió de su timba, subió los escalones hasta la habitación oscura y salió al patio. Arrojó la capa y la máscara a un carro al pasar. La capa solo haría ruido, ¿y por qué cubrirse la cara? Era el único shin de la localidad. Si alguien le veía los ojos, sabría quién era. Conservó la ajustada ropa negra: cambiarse requeriría demasiado

tiempo.

Aguanatal era la población más grande de la zona: Staplind pronto se le había quedado pequeña a Makkek. Ahora estaba hablando de mudarse a Puntarrodilla, la ciudad donde el señor local tenía su mansión. Si eso sucedía. Szeth se pasaría meses chapoteando en sangre mientras localizaba sistemáticamente y eliminaba a todos los ladrones, asesinos y señores del juego que se negaran a someterse a Makkek.

Eso sería dentro de unos meses. Ahora tenía que encargarse del intruso de Aguanatal, un hombre llamado Gavashaw. Szeth recorrió las calles, evitando la luz tormentosa y la armadura esquirlada, contando con su natural gracia y cuidado para no ser visto. Disfrutó de su breve libertad. Estos momentos, cuando no estaba atrapado en uno de los antros llenos de humo de Makkek, eran demasiado escasos últimamente.

Mientras se deslizaba entre los edificios, moviéndose rápidamente en la oscuridad, con el aire frío y húmedo en su espalda, casi podía creer que estaba de vuelta en Shinovar. Los edificios que lo rodeaban no eran piedra blasfema, sino de tierra, construidos con yeso y barro. Esos sonidos bajos no eran los aplausos apagados del interior de alguno de los antros de Makkek, sino el tronar y el piafar de los caballos salvajes de las llanuras.

Pero no. En Shinovar nunca habría olido una porquería así, un hedor creado tras semanas de maceración. No estaba en casa. No había sitio para él en el Valle de la Verdad.

Entró en uno de los barrios más ricos del pueblo, donde los edificios estaban más espaciados entre sí. Aguanatal estaba en una zona resguardada, protegida por un alto acantilado al este. Gavashaw se había asentado arrogantemente en una gran mansión en la zona oriental del pueblo. Pertenecía al señor provincial, con cuyos favores contaba. El señor había oído hablar de Makkek y de su rápido ascenso en los bajos fondos, y apoyar a un rival era una buena manera de controlar pronto el poder de Makkek.

La mansión del consistor local tenía tres pisos de altura, con un muro de piedra que rodeaba los compactos terrenos ajardinados. Szeth se acercó, agazapado. Aquí, en el extrarradio de la ciudad, el terreno estaba salpicado de bulbosos rocapullos. Mientras pasaba,

las plantas se agitaron, retirando sus enredaderas y cerrando letárgicas sus caparazones.

Se pegó al muro. Era la hora entre las dos primeras lunas, el momento más oscuro de la noche. La hora odiosa, la llamaba su pueblo, pues era uno de los pocos instantes en que los dioses no vigilaban a los hombres. Había soldados de guardia en la almena, y rozaban con sus pies la piedra. Gavashaw probablemente se consideraba a salvo en este edificio, que era lo bastante seguro para un poderoso ojos claros.

Szeth tomó aire, infundiéndose de luz tormentosa de las esferas que llevaba en su bolsa. Empezó a brillar, y de su piel brotaron vapores luminiscentes. En la oscuridad se veía claramente. Estos poderes nunca habían tenido como fin el asesinato: los absorbentes luchaban a la luz del día, combatiendo a la noche pero sin abrazarla.

A Szeth no le preocupaba nada de eso. Simplemente tendría que tener cuidado para que no lo vieran.

Diez latidos después de que pasaran los guardias, Szeth se abalanzó hacia la pared. Esa dirección se movió hacia abajo, y pudo correr por el lado de la fortificación de piedra. Cuando llegó a lo alto, saltó hacia delante, y luego brevemente se lanzó hacia atrás. Se dio la vuelta en lo alto de la muralla con una voltereta lateral, y luego se lanzó de nuevo hacia la pared. Bajó con los pies plantados en la piedra, mirando el suelo. Corrió y se lanzó de nuevo hacia abajo, saltando los últimos tramos.

Los terrenos estaban llenos de montículos de cortezapizarra, cultivados para formar pequeñas terrazas. Szeth se agachó y se abrió paso por el jardín, que parecía un laberinto. Había guardias en las puertas del edificio, vigilando a la luz de las esferas. Qué fácil sería dar un salto, consumir la luz tormentosa y sumergir a los hombres en la oscuridad antes de acuchillarlos.

Pero Makkek no le había ordenado expresamente ser destructivo. Tenía que asesinar a Gavashaw, pero el método era cosa de Szeth. Escogió uno que no requiriera matar a los guardias. Tal como hacía siempre que tenía la oportunidad. Era el único modo de preservar la poca humanidad que le quedaba.

Llegó al muro occidental de la mansión y lo escaló, hasta el

tejado, que era largo y plano, inclinado suavemente hacia el este: una característica innecesaria en una zona como aquella, pero los orientales venían al mundo a la luz de las altas tormentas. Szeth cruzó rápidamente hasta la parte trasera del edificio, donde una pequeña cúpula de roca cubría una porción más baja de la mansión. Saltó a la cúpula, con la luz tormentosa fluyendo de su cuerpo, transparente, luminiscente, prístina. Como el fantasma de un fuego que ardiera en él, consumiendo su alma.

Invocó su espada esquirlada en la quietud y la oscuridad, y con ella cortó un agujero en la cúpula, inclinando su hoja para que la roca extraída no cayera al interior. Extendió la mano libre e infundió el círculo de piedra de luz, lanzándola hacia la sección norte del cielo. Lanzar algo a un punto lejano como ese era posible, pero impreciso. Era como intentar disparar una flecha a gran distancia.

Dio un paso atrás mientras el círculo de piedra se soltaba y caía al aire hacia arriba, chorreando luz tormentosa mientras surcaba hacia las gotas de luz dispersas que eran las estrellas en lo alto. Szeth se coló en el agujero, aterrizando con los pies plantados en la parte interna de la cúpula junto al borde del agujero que había abierto. Desde su perspectiva, ahora estaba al pie de un gigantesco cuenco de piedra, el agujero en el fondo, mirando las estrellas que había abajo.

Se encaminó al lado del cuenco, lanzándose a la derecha. En cuestión de segundos estuvo en el suelo, reorientándose para que la cúpula se alzara sobre él. A lo lejos oyó un leve estrépito. El trozo de piedra, agotada la luz tormentosa, había vuelto a caer al suelo. Lo había lanzado lejos de la ciudad. Era de esperar que no hubiera causado ninguna muerte accidental.

Los guardias estarían distraídos ahora, buscando la fuente del lejano golpe. Szeth inhaló profundamente, absorbiendo su segunda bolsa de gemas. La luz que brotaba de él se hizo más brillante, permitiéndole ver la habitación que lo rodeaba.

Como sospechaba, estaba vacía. Era un salón de banquetes raras veces utilizado, con hogueras frías, mesas y bancos. El aire estaba tranquilo, silencioso y enmohecido. Como el de una tumba. Szeth corrió a la puerta, introdujo su espada esquirlada entre ella y el

marco, y cortó el cerrojo. Abrió la puerta. La luz tormentosa que surgía de su cuerpo iluminó el oscuro pasillo del otro lado.

A principios de su estancia con Makkek, Szeth había tenido cuidado de no usar la espada esquirlada. Sin embargo, a medida que sus misiones se fueron haciendo más difíciles, se vio obligado a recurrir a ella para evitar muertes innecesarias. Ahora los rumores sobre él estaban poblados de historias de agujeros abiertos a través de la piedra y de hombres muertos con los ojos quemados.

Makkek había empezado a creer en los rumores. Todavía no le había exigido que le entregara la espada; si lo hacía, descubriría la segunda de las dos acciones prohibidas de Szeth. Tenía que llevar la espada esquirlada hasta la muerte, después de la cual los chamanes de piedra de Shin la recuperarían de quien quiera que le hubiese dado muerte.

Se movió entre los pasillos. No le preocupaba que Makkek tomara la hoja, pero sí de lo atrevido que se estaba volviendo el señor de los ladrones. Cuanto más éxito tenía Szeth, más audaz se hacía Makkek. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que dejara de utilizarlo para matar a rivales menores, y lo enviara a matar a portadores de esquirlada o poderosos ojos oscuros? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que alguien hiciera la conexión? ¿Un asesino shin con una espada esquirlada, culpable de misteriosas hazañas y extremo sigilo? ¿Podría ser el célebre Asesino de Blanco? Makkek podía desviar la atención del rey alezi y sus altos príncipes de su guerra en las Llanuras Quebradas y atraerlos a Jah Keved. Morirían a miles. La sangre caería como la lluvia de una alta tormenta: densa, penetrante, destructiva.

Continuó recorriendo el pasillo, corriendo agachado, la espada esquirlada sujeta a la inversa, extendida tras él. Esta noche, al menos, iba a asesinar a un hombre que merecía su destino. ¿Estaban los pasillos demasiado silenciosos? Szeth no había visto un alma desde que dejó el tejado. ¿Podría Gavashaw ser lo bastante necio como para colocar a todos sus guardias en el exterior, dejando indefensos sus aposentos?

Por delante, las puertas de las habitaciones del amo permanecían sin vigilancia y oscuras al fondo de un corto pasillo. Sospechoso.

Szeth se acercó a las puertas, escuchando. Nada. Vaciló, miró a un lado. Una gran escalera conducía al primer piso. Se acerco y usó su espada para cortar un pomo de madera del poste. Tenía el tamaño aproximado de un pequeño melón. Unos cuantos tajos con la hoja cortaron una sección de las cortinas del tamaño de una capa. Szeth corrió a las puertas e infundió a la esfera de madera de luz tormentosa, dándole un lanzamiento básico que apuntaba al oeste, directamente delante de él.

Cortó el cerrojo ente las puertas y abrió una hoja. La habitación al otro lado estaba oscura. ¿Había salido Gavashaw esa noche? ¿Adónde iría? La ciudad no era segura para él todavía.

Szeth colocó la bola de madera en el centro de la cortina, y luego la alzó y la dejó caer. La bola cayó hacia delante, hacia la pared del fondo. Envuelta en la tela, parecía vagamente una persona embozada en una capa que corriera agazapada por la sala.

Ningún guardia oculto la atacó. El señuelo rebotó en una ventana cerrada y se detuvo flotando contra la pared. Continuaba filtrando luz tormentosa.

Esa luz iluminó una mesita donde había un objeto. Szeth entornó los ojos, tratando de distinguir qué era. Avanzó sigilosamente, acercándose a la mesa.

Sí. El objeto de la mesa era una cabeza. Una cabeza con los rasgos de Gavashaw. Las sombras proyectadas por la luz tormentosa le daban al macabro rostro un tono aún más fantasmal. Alguien había sido más rápido que Szeth.

—Szeth —dijo una voz.

Szeth giró sobre sus talones, volviendo la espada esquirlada y adoptando una pose defensiva. Una figura se alzaba al otro lado de la sala, envuelta en la oscuridad.

—¿Quién eres? —preguntó Szeth. El aura de su luz tormentosa se hizo más brillante cuando dejó de contener el aliento.

—¿Estás satisfecho con esto, Szeth-hijo-Neturo? —preguntó la voz. Era masculina y grave. ¿De dónde era ese acento? El hombre no era veden. ¿Alezi, tal vez?—. ¿Estás satisfecho con estos crímenes triviales? ¿Con matar a turba insignificante en lugares remotos?

Szeth no respondió. Escrutó la habitación, buscando un

movimiento entre las sombras. Ninguna parecía ocultar a nadie.

—Te he observado —dijo la voz—. Te han enviado a intimidar a tenderos. Has matado a ganapanes tan poco importantes que incluso las autoridades los ignoran. Te han mandado a impresionar a putas, como si fueran altas damas ojos claros. Qué desperdicio.

—Hago lo que exige mi amo.

—Estás desaprovechado —dijo la voz—. No estás hecho para pequeñas extorsiones y asesinatos nimios. Usarte así es como enganchar un semental ryshadio para que tire de un carro del mercado. Es como usar una espada esquirlada para cortar verdura, o como usar el más fino pergamino como yesca para un fuego donde lavar la ropa. Tú eres una obra de arte, Szeth-hijo-Neturo, un dios. Y cada día que pasa Makkek te arroja mierda encima.

—¿Quién eres? —repitió Szeth.

—Un admirador de las artes.

—No me llames por el nombre de mi padre —dijo Szeth—. No debería ser mancillado asociándolo conmigo.

La esfera de la pared finamente agotó la luz tormentosa y cayó al suelo. La cortina ahogó su caída.

—Muy bien —dijo la voz—. ¿Pero no te rebelas contra este frívolo uso de tus habilidades? ¿No estabas destinado a la grandeza?

—No hay ninguna grandeza en matar —respondió Szeth—. Hablas como un *kukori*. Los grandes hombres crean comida y ropa. Hay que reverenciar al que suma. Yo soy el que resta. Al menos al matar a estos hombres puedo fingir que hago un servicio.

—¿Eso lo dice el hombre que casi derribó uno de los reinos más grandes de Roshar?

—Eso lo dice el hombre que cometió una de las matanzas más atroces de Roshar —corrigió Szeth.

La figura bufó.

—Lo que hiciste fue una mera brisa comparado con la tormenta de masacre que los portadores de esquirlada causan en los campos de batalla cada día. Y esas son brisas comparadas con las tempestades de las que tú eres capaz.

Szeth empezó a retirarse.

—¿Adónde vas? —preguntó la figura.

—Gavashaw está muerto. Debo volver con mi amo.

Algo golpeó el suelo. Szeth se dio la vuelta, la hoja esquirlada en guardia. La figura había dejado caer algo pesado y redondo que rodó por el suelo hacia los pies de Szeth.

Otra cabeza. Se detuvo, de lado. Szeth se quedó quieto cuando distinguió los rasgos. Las rechonchas mejillas estaban vacías de sangre, los ojos muertos abiertos por la sorpresa: Makkek.

—¿Cómo? —preguntó Szeth.

—Lo eliminamos segundos después de que salieras del garito.

—¿Quiénes?

—Los sirvientes de tu nuevo amo.

—¿Y mi piedra jurada?

La figura abrió la mano, revelando una gema suspendida en la palma por una cadena envuelta en sus dedos. A su lado, iluminada ahora, estaba la piedra jurada de Szeth. El rostro de la figura era oscuro: llevaba una máscara.

Szeth retiró su espada esquirlada e hincó una rodilla.

—¿Cuáles son tus órdenes?

—Hay una lista sobre la mesa —dijo la figura, cerrando la mano y ocultando la piedra—. Detalla los deseos de nuestro amo.

Szeth se levantó a acercarse. Junto a la cabeza, que descansaba en un plato para contener la sangre, había una hoja de papel. Lo cogió, y su luz tormentosa iluminó dos docenas de nombres escritos con la letra de los guerreros de su patria. Algunos tenían una nota al lado con instrucciones de cómo había que matarlos.

«Gloria interior», pensó Szeth.

—¡Son algunas de las personas más poderosas del mundo! ¿Seis altos príncipes? ¿Un gerontarca seley? ¿El rey de Jah Keved?

—Es hora de que dejes de desperdiciar tu talento —dijo la figura, acercándose a la pared del fondo, en la que apoyó la mano.

—Esto provocará el caos —susurró Szeth—. Luchas internas. Guerra. Confusión y dolor como el mundo rara vez ha conocido.

La gema encadenada a la palma del hombre destelló. La pared desapareció, convertida en humo. Un animista.

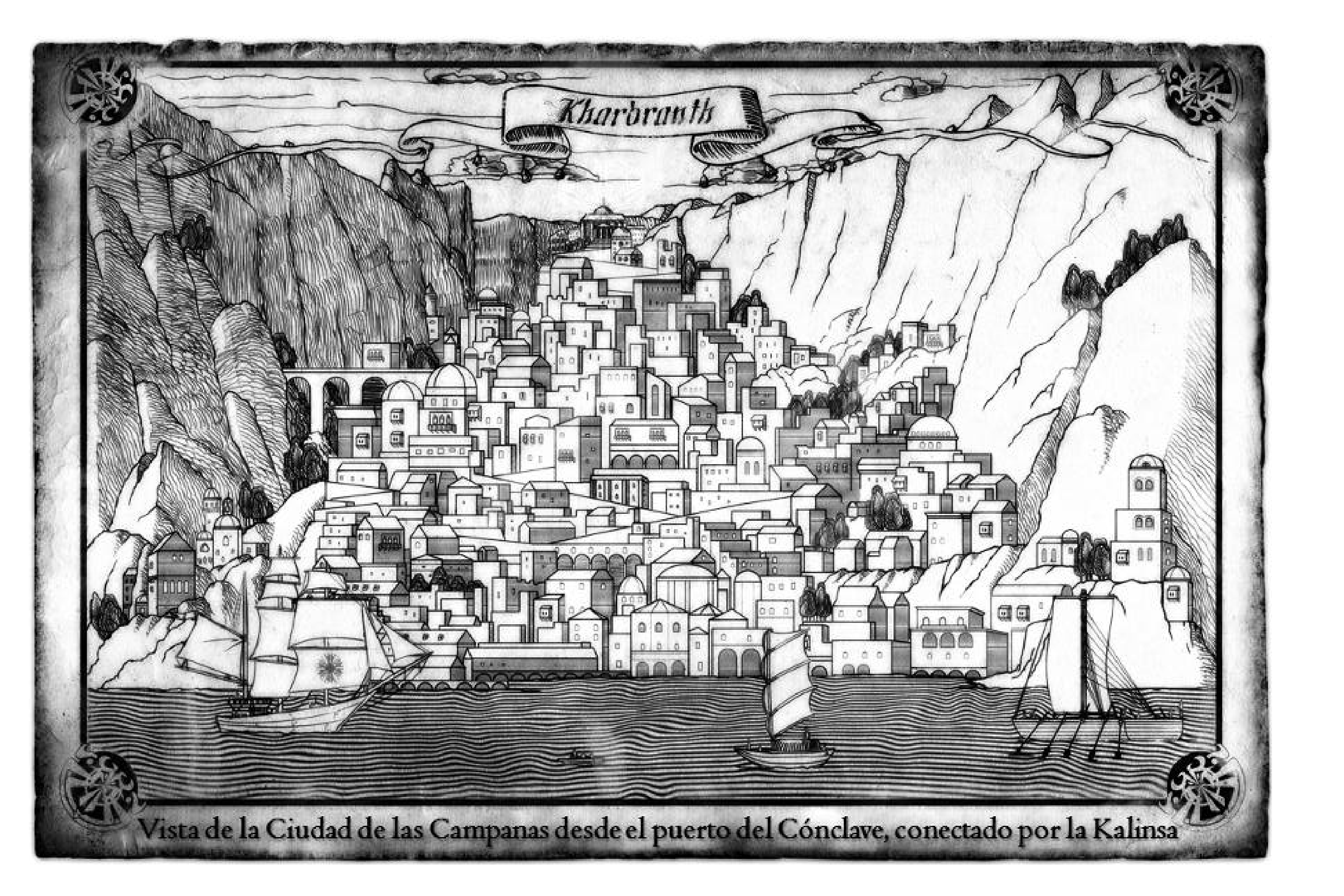
La figura oscura miró a Szeth.

—En efecto. Nuestro amo ordena que uses tácticas similares a las que empleaste también en Alezkar hace años. Cuando termines, recibirás nuevas instrucciones.

Salió entonces a través de la abertura, dejando a Szeth horrorizado. Esta era su pesadilla. Estar en manos de aquellos que comprendían sus capacidades y tenían la ambición de usarlas adecuadamente. Permaneció allí de pie durante un rato, silencioso, mucho después de que su luz tormentosa se apagara.

Entonces, reverente, dobló la lista. Le sorprendió que sus manos fueran tan firmes. Debería estar temblando.

Pues pronto el mundo entero temblaría.


Kharbranth
Vista de la Ciudad de las Campanas desde el puerto del Cónclave, conectado por la Kalinsa

PARTE

TRES

Morir

KALADIN * SHALLAN



«Los de ceniza y fuego, que mataban como un enjambre, implacables ante los Heraldos.»

—Anotado en Masly, página 337. Corroborado por Coldwin y Hasavah.

«Parece que te estás ganando el favor de Jasnah rápidamente —escribió la abarcaña—. ¿Cuándo podrás hacer el cambio?»

Shallan hizo una mueca y giró la gema en la caña. «No lo sé —respondió—. Jasnah vigila de cerca la animista, como cabía esperar. La lleva a todas horas. De noche la guarda en su caja fuerte y se cuelga la llave del cuello.»

Giró la gema y esperó la respuesta. Estaba en su recámara, una pequeña habitación tallada en la piedra dentro de los aposentos de Jasnah. Su entorno era austero: una cama pequeña, una mesilla de noche, y el escritorio eran su único mobiliario. Sus ropas permanecían en el baúl que había traído. Ninguna alfombra adornaba el suelo, y no había ventanas, ya que las habitaciones se hallaban dentro del Cónclave Kharbranthino, que estaba bajo tierra.

«Entonces tenemos un problema», escribió la caña. Eylita, la prometida de Nan Balat, era quien escribía, pero los tres hermanos supervivientes de Shallan estarían en su habitación en Jah Keved, contribuyendo a la conversación.

«Supongo que se la quitará para bañarse —escribió Shallan—. Cuando confíe más en mí, puede que empiece a emplearme como su ayudante de baño. Eso puede darme una oportunidad.»

«Buen plan —escribió la caña—. Nan Balat quiere que recalque que lamentamos mucho haberte obligado a hacer eso. Debe de resultarte difícil estar lejos tanto tiempo.»

¿Difícil? Shallan recogió la abarcaña y vaciló.

Sí, era difícil. Difícil no enamorarse de la libertad, difícil no sumergirse demasiado en sus estudios. Solo habían pasado dos meses desde que convenciera a Jasnah para que la aceptara como pupila, pero ya se sentía la mitad de tímida y el doble de confiada.

Lo más difícil de todo era saber que pronto terminaría. Venir a estudiar a Kharbranth era, sin duda, lo más maravilloso que le había sucedido jamás.

«Me las apañaré —escribió—. Vosotros sois los que estáis viviendo la vida difícil, manteniendo en casa los intereses de nuestra familia. ¿Cómo os va?»

Tardaron un rato en contestar.

«Regular —envió finalmente Eylita—. Las deudas de tu padre acechan, y Wikim apenas puede mantener distraídos a los acreedores. El alto príncipe está muy enfermo y todo el mundo quiere saber dónde se posiciona nuestra casa en el tema de la sucesión. La última cantera se está agotando. Si se sabe que ya no tenemos recursos, nos irá mal.»

Shallan hizo una mueca.

«¿Cuánto tiempo tengo?»

«Unos cuantos meses más, como mucho —envió Nan Balat a través de su prometida—. Depende de cuánto dure el alto príncipe y si alguien se da cuenta o no de por qué Asja Jushu está vendiendo nuestras posesiones.»

Jushu era el más joven de los hermanos, el que iba antes que Shallan. Su viejo hábito de jugador estaba resultando provechoso. Durante años había robado cosas a su padre y las había vendido para saldar sus deudas de juego. Ahora fingía que seguía haciéndolo, pero daba el dinero para ayudar. Era un buen hombre, a pesar de su hábito. Y, considerando cómo estaban las cosas, no podía reprochársele mucho de lo que había hecho. Ninguno de ellos podía.

«Wikim piensa que puede mantener a raya a todo el mundo un poco más. Pero estamos al borde de la desesperación. Cuanto antes

regreses con la animista, mejor.»

Shallan vaciló antes de escribir: «¿Estamos seguros de que esta es la mejor manera? Tal vez deberíamos pedirle simplemente ayuda a Jasnah.»

«¿Crees que respondería a eso? —escribieron ellos—. ¿Ayudaría a una casa veden desconocida y repudiada? ¿Guardaría nuestros secretos?»

Probablemente, no. Aunque Shallan estaba cada vez más segura de que la reputación de Jasnah era exagerada, la mujer tenía una vena implacable. No dejaría sus importantes estudios para ir a ayudar a la familia de Shallan.

Extendió la mano hacia la caña, pero esta empezó a escribir de nuevo. «Shallan —dijo—. Te habla Nan Balat. He enviado fuera a los demás. Solo estamos Eylita y yo escribiéndote ahora. Hay algo que tienes que saber. Luesh ha muerto.»

Shallan parpadeó sorprendida. Luesh, el mayordomo de su padre, era quien sabía utilizar la animista. Era una de las pocas personas en quien sus hermanos y ella habían decidido que podían confiar.

«¿Qué ha pasado?», escribió después de pasar a una nueva hoja de papel.

«Murió mientras dormía, y no hay motivos para sospechar que fuera asesinado. Pero Shallan, unas pocas semanas después de su muerte vinieron unos hombres diciendo que eran amigos de nuestro padre. En privado, me dieron a entender que sabían que nuestro padre tenía una animista y sugirieron de manera algo amenazante que tenía que devolvérsela.»

Shallan frunció el ceño. Todavía tenía la animista rota de su padre en la bolsa segura de su manga. «¿Devolvérsela?», escribió.

«Nunca descubrimos de dónde la sacó padre —envió Nan Balat —. Shallan, estaba implicado en algo. Esos mapas, las cosas que dijo Luesh, y ahora esto. Seguimos fingiendo que padre vive todavía, y de vez en cuando recibe cartas de otros ojos claros que hablan de vagos "planes". Creo que iba a intentar convertirse en alto príncipe. Y lo apoyaban fuerzas poderosas. Esos hombres que vinieron eran poderosos, Shallan. El tipo de hombres a los que no conviene enfadar. Y quieren recuperar su animista. Sean quienes sean,

sospecho que se la dieron a padre para que pudiera crear riquezas y tratar de hacerse con la sucesión. Y saben que está muerto.»

«Creo que si no les devolvemos una animista que funcione, podríamos correr todos serio peligro. Tienes que traernos el fabrial de Jasnah. Lo usaremos rápidamente para crear nuevas canteras de piedra valiosa, y luego podremos dárselo a esos hombres. Shallan, tienes que conseguirlo. Vacilé respecto a este plan cuando lo sugeriste, pero las otras posibilidades se desvanecen rápidamente.»

Shallan sintió un escalofrío. Leyó los párrafos unas cuantas veces antes de escribir: «Si Luesh está muerto, no sabremos cómo usar la animista. Eso es problemático.»

«Lo sé —envió Nan Balat—. Mira a ver si puedes descubrir algo. Esto es peligroso, Shallan. Sé que lo es. Lo siento.»

Ella inspiró profundamente. «Hay que hacerlo», escribió.

«Mira —envió Nan Balat—. Quería enseñarte algo. ¿Has visto alguna vez este símbolo?»

El boceto que siguió era burdo. Eylita no era una gran artista. Por fortuna, era un dibujo sencillo: tres formas de diamante en una curiosa pauta.

«Nunca lo he visto —escribió Shallan—. ¿Por qué?»

«Luesh llevaba un colgante con ese símbolo. Lo encontramos en su cuerpo. Y uno de los hombres que vino a buscar la animista tenía el mismo dibujo tatuado en la mano, justo debajo del pulgar.»

«Curioso —escribió Shallan—. Así que Luesh…»

«Sí. A pesar de lo que dijo, creo que debió de ser él quien le trajo la animista a padre. Luesh estaba implicado en esto, tal vez como contacto con nuestro padre y la gente que lo apoyaba. Intenté sugerir que me apoyaran a mí en cambio, pero se echaron a reír. No se quedaron mucho tiempo ni dieron una fecha precisa para devolver la animista. Dudo que se contenten con recibir una rota.»

Shallan frunció los labios. «Balat ¿has pensado que podríamos arriesgarnos a una guerra? Si se hace público que hemos robado una animista alezi…»

«No, no habría ninguna guerra —respondió Nan Balat—. El rey Hanavanar nos entregaría a los alezi. Nos ejecutarían por el robo.»

«Maravillosamente reconfortante, Balat —escribió ella—. Muchas gracias.»

«No hay de qué. Vamos a tener que esperar que Jasnah no se dé cuenta de que te llevas la animista. Es factible que descubra que la suya se habrá roto por algún motivo.»

Shallan suspiró. «Tal vez», escribió.

«Cuídate», le envió Nan Balat.

«Tú también.»

Y eso fue todo. Shallan apartó la abarcaña y a continuación leyó la conversación completa, memorizándola. Luego arrugó los papeles y entró en el salón de los aposentos de Jasnah. No estaba allí (Jasnah apenas se apartaba de sus estudios), así que Shallan quemó la conversación en la chimenea.

Se quedó allí largo rato, contemplando el fuego. Estaba preocupada. Nan Balat sabía valerse por sí mismo, pero todos llevaban cicatrices de las vidas que habían vivido. Eylita era la única escriba en quien podía confiar, y ella…, bueno, era increíblemente simpática, pero no muy lista.

Con un suspiro, Shallan dejó la habitación para regresar a sus estudios. Y no solo la ayudarían a despejar su mente de sus preocupaciones, sino que Jasnah se enfadaría si se entretenía tanto.

Cinco horas más tarde, Shallan se preguntó por qué se había sentido tan ansiosa.

Le gustaba aprender. Pero últimamente Jasnah la había puesto a estudiar la historia de la monarquía alezi. No era el tema más interesante del mundo. Su aburrimiento aumentaba por tener que leer un montón de libros que expresaban opiniones que consideraba ridículas.

Estaba sentada en el reservado de Jasnah en el Velo. La enorme pared de luces, reservados y misteriosas investigadoras ya no la impresionaban. El lugar se volvía cómodo y familiar. Estaba sola en este momento.

Se frotó los ojos con la mano libre y luego cerró el libro.

—Estoy empezando a odiar a la monarquía alezi —murmuró.

—¿Ah, sí? —dijo una voz calmada tras ella. Jasnah pasó de largo, llevando un hermoso vestido violeta, seguida por un porteador parshmenio con un puñado de libros—. Intentaré no tomármelo como algo personal.

Shallan dio un respingo y luego se ruborizó de pies a cabeza.

—No me refería a ti individualmente, brillante Jasnah. Quería decir en conjunto.

Jasnah se sentó en el reservado. Alzó una ceja hacia Shallan, luego indicó al parshmenio que soltara su carga.

Para Shallan, Jasnah seguía siendo un enigma. En ocasiones, parecía una severa erudita a quien molestaban sus interrupciones. En otros momentos, parecía haber un atisbo de seco humor oculto tras aquella severa fachada. Fuera como fuese, Shallan descubría que cada vez se sentía más cómoda con ella. Jasnah la animaba a hablar abiertamente, algo que aceptaba con gusto.

—Asumo por tu estallido que este tema te cansa —dijo Jasnah, rebuscando entre sus volúmenes mientras el parshmenio se retiraba—. Expresaste interés en ser una erudita. Bueno, debes aprender que esto es la erudición.

—¿Leer discusión tras discusión por parte de gente que se niega a considerar ningún otro punto de vista?

—Están seguros de sí mismos.

—No soy ninguna experta en ese tipo de seguridad, brillante —dijo Shallan, recogiendo un libro y mirándolo de manera crítica—. Pero me gustaría pensar que podría reconocerla si la tuviera delante. No creo que sea la definición adecuada para este libro de Mederia. A mí me parecen más arrogantes que confiados. —Suspiró, y soltó el libro—. Para ser sinceras, «arrogante» no me parece la palabra adecuada. No es lo bastante concreta.

—¿Y cuál sería entonces la palabra?

—No lo sé. «Errorgante», tal vez.

Jasnah alzó una ceja, escéptica.

—Significa estar el doble de seguro que alguien que sea simplemente arrogante —dijo Shallan—, poseyendo al mismo tiempo solo una décima parte de los hechos requeridos.

Sus palabras provocaron el atisbo de una sonrisa en Jasnah.

—Eso contra lo que reaccionas se conoce como el Movimiento Asegurado, Shallan. Esta errorgancia es un recurso literario. Los eruditos exageran intencionadamente su caso.

—¿El Movimiento Asegurado? —preguntó Shallan, cogiendo otro de sus libros—. Supongo que podría ir detrás de ellos.

—¿Sí?

—Sí. Sería mucho más fácil apuñalarlos por la espalda en esa posición.

Eso solo provocó que Jasnah alzara una ceja. Así, más en serio, Shallan continuó:

—Supongo que puedo entender ese recurso, brillante, pero estos libros que me has dado sobre la muerte del rey Gavilar se vuelven cada vez más y más irracionales al defender sus argumentos. Lo que empezó como un engreimiento retórico parece haberse convertido en peleas e insultos.

—Intentan provocar la discusión. ¿Preferirías que los sabios ocultaran la verdad, como hacen tantos? ¿Que los hombres prefirieran la ignorancia?

—Cuando leo esos libros, la sabiduría y la ignorancia me parecen muy similares —dijo Shallan—. La ignorancia puede residir en un hombre que se esconde de la inteligencia, pero la sabiduría puede ser ignorancia escondida detrás de la inteligencia.

—¿Y qué hay de la inteligencia sin ignorancia? ¿De buscar la verdad sin rechazar la posibilidad de estar equivocado?

—Un tesoro mitológico, brillante, como las Esquirlas del Amanecer o las Espadas de Honor. Merece la pena buscarlos, pero solo con gran cautela.

—¿Cautela? —dijo Jasnah, frunciendo el ceño.

—Encontrarlos te haría famosa, pero nos destruiría a todos. ¿Prueba de que se puede ser a la vez inteligente y aceptar la inteligencia de aquellos que están en desacuerdo contigo? Bueno, yo creo que eso minaría por completo al mundo erudito.

Jasnah hizo una mueca.

—Vas demasiado lejos, niña. Si cogieras la mitad de las energías que dedicas a ser ingeniosa y la canalizaras en tu trabajo, me atrevo a decir que podrías ser una de las eruditas más grandes de nuestro tiempo.

—Lo siento, brillante. Yo…, bueno, estoy confundida. Considerando las lagunas en mi educación, di por hecho que me harías estudiar cosas más profundas que el pasado reciente de unos pocos años.

Jasnah abrió uno de sus libros.

—He descubierto que las jóvenes como tú tienen una relativa falta de aprecio por el pasado lejano. Por tanto, seleccioné un área de estudio que fuera a la vez reciente y sensacionalista, para suavizarte el camino hacia la plena sabiduría. ¿No te interesa el asesinato de un rey?

—Sí, brillante —dijo Shallan—. A los niños nos encantan las cosas que son resplandecientes y ruidosas.

—Tienes la lengua larga en ocasiones.

—¿En ocasiones? ¿Es que no está aquí, en mi boca siempre? Tendré que… —Shallan se calló y se mordió los labios, advirtiendo que había ido demasiado lejos—. Lo siento.

—Nunca te disculpes por ser lista, Shallan. Sienta un mal precedente. Sin embargo, hay que aplicar el ingenio con cuidado. A menudo dices lo primero que te pasa por la cabeza.

—Lo sé —dijo Shallan—. Es un defecto de hace tiempo, brillante. Mis ayas y tutoras intentaron con fuerza desaconsejarlo.

—Probablemente con castigos rigurosos.

—Sí. El método favorito era hacerme permanecer sentada en un rincón sujetando libros con la cabeza.

—Lo que, a su vez —dijo Jasnah con un suspiro—, solo sirvió para que tus ocurrencias fueran más rápidas, pues sabías que tenías que decirlas antes de que pudieras considerarlas y reprimirlas —ladeó la cabeza—. Los castigos fueron inútiles. Usados con alguien como tú, solo sirvieron para animarte. Un juego. ¿Cuánto tendrías que decir para ganarte un castigo? ¿Podrías decir algo tan astuto que tus tutoras no entendieran el chiste? Estar sentada en un rincón te daba más tiempo para barruntar réplicas.

—Pero es indecoroso que una joven hable tanto como yo.

—Lo único «indecoroso» es no canalizar tu inteligencia de manera útil. Piénsalo. Te has entrenado a ti misma para hacer algo muy similar a lo que te molesta de los eruditos: astucia sin pensamiento detrás. Inteligencia, podríamos decir, sin una base de consideración adecuada —Jasnah pasó una página—. Errorgante ¿no dirías?

Shallan se ruborizó.

—Prefiero que mis pupilas sean listas —dijo Jasnah—. Me da algo más con lo que trabajar. Debería llevarte conmigo a la corte.

Sospecho que Sagaz, al menos, te encontraría divertida…, aunque solo sea porque tu aparente timidez natural y tu lengua astuta hacen una combinación intrigante.

—Sí, brillante.

—Por favor, recuerda que la mente de una mujer es su arma más preciada. No debe emplearse con torpeza ni prematuramente. Igual que el mencionado cuchillo en la espalda, una pulla astuta es más efectiva cuando no se espera.

—Lo siento, brillante.

—No era una advertencia —dijo Jasnah, pasando una página—. Solo una observación. Las hago de vez en cuando: estos libros están llenos de polvo. El cielo es azul hoy. Mi pupila es una réproba lenguaraz.

Shallan sonrió.

—Ahora cuéntame qué has descubierto.

Shallan hizo una mueca.

—No mucho, brillante. ¿O debo decir demasiado? Cada escritor tiene sus propias teorías sobre por qué los parshendi mataron a tu padre. Algunos dicen que debió de insultarlos en la fiesta aquella noche. Otros dicen que todo el tratado fue una artimaña para acercarse a él. Pero eso tiene poco sentido, ya que habían tenido oportunidades mejores antes.

—¿Y el Asesino de Blanco? —preguntó Jasnah.

—Una auténtica anomalía. Las notas a pie de página están llenas de comentarios sobre él. ¿Por qué contrataron los parshendi a un asesino de fuera? ¿Temían no poder hacerlo ellos mismos? O tal vez no lo hicieron ellos y fueron inculpados. Muchos piensan que es improbable, considerando que los parshendi reivindicaron el asesinato.

—¿Y lo que tú piensas?

—Me considero inadecuada para extraer ninguna conclusión, brillante.

—¿Qué sentido tiene no extraer conclusiones?

—Mis tutoras me dijeron que las suposiciones eran solo para los muy experimentados —explicó Shallan.

Jasnah bufó.

—Tus tutoras eran idiotas. La inmadurez juvenil es uno de los

grandes catalizadores del cambio del cosmero, Shallan. ¿Te das cuenta de que el Hacedor de Soles solo tenía diecisiete años cuando comenzó sus conquistas? Gavarah no había llegado a su vigésimo Llanto cuando propuso la teoría de los tres reinos.

—¿Pero por cada Hacedor de Soles o cada Gavarah no hay cien Gregorh?

Gregorh fue un joven rey famoso por iniciar una guerra sin sentido contra reinos que eran aliados de su padre.

—Solo hubo un Gregorh —dijo Jasnah con una mueca—, afortunadamente. Tu argumento es válido. De ahí el propósito de la educación. Ser joven se basa en la acción. Ser sabio en la acción informada.

—O estar sentada en un rincón leyendo sobre un asesinato de hace cinco años.

—No te tendría aquí estudiando eso si no hubiera algún sentido —dijo Jasnah, abriendo otro de sus libros—. Demasiados eruditos piensan que la investigación es solo una búsqueda cerebral. Si no hacemos nada con el conocimiento que obtenemos, entonces hemos desperdiciado nuestros estudios. Los libros pueden almacenar información mejor que nosotros…, lo que nosotros hacemos, y los libros no pueden, es interpretar. Así que si no se van a extraer conclusiones, bien puedes dejar la información en los textos.

Shallan reflexionó. Visto de esa forma, le impulsaba a volver a sumergirse en sus estudios. ¿Qué era lo que Jasnah quería que hiciese con su información? Una vez más, sintió el aguijón de la culpa. Jasnah se estaba tomando grandes molestias en instruirla, y ella iba a recompensarla robándole su posesión más valiosa y dejando una piedra rota. Se sintió asqueada.

Esperaba que estudiar a las órdenes de Jasnah implicara papeleo y memorizaciones absurdas, acompañados de castigos por no ser lo bastante lista. Así era como sus tutoras habían abordado su instrucción. Jasnah era diferente. Le daba un tema y libertad para tratarlo como quisiera. Jasnah le ofrecía ánimos y especulaciones, pero casi todas sus conversaciones volvían a temas como la verdadera naturaleza de la sabiduría, el propósito del estudio, la belleza del conocimiento y su aplicación.

Jasnah Kholin amaba de verdad aprender, y quería que las

demás lo hicieran también. Bajo su severa mirada, sus intensos ojos y aquellos labios que rara vez sonreían, Jasnah Kholin creía verdaderamente en lo que hacía. Fuera lo que fuese.

Shallan recogió uno de sus libros, pero miró con disimulo los lomos del fajo de Jasnah. Más historias sobre las Épocas Heráldicas. Mitologías, comentarios, libros de eruditas que solo eran especulaciones descabelladas. El volumen que ahora mismo tenía Jasnah se llamaba *Sombras recordadas*. Shallan memorizó el título. Intentaría buscar un ejemplar y examinarlo.

¿Qué pretendía Jasnah? ¿Qué secretos esperaba desentrañar de esos volúmenes, la mayoría copias de copias de hacía siglos? Aunque Shallan había descubierto algunos secretos referidos a la animista, la naturaleza de la misión de Jasnah (el motivo por el que la princesa había venido a Kharbranth), seguía siendo un misterio. Enloquecedor, y a la vez atrayente. A Jasnah le gustaba hablar de las grandes mujeres del pasado, mujeres que no solo habían registrado la historia, sino que también le habían dado forma. Fuera lo que fuese aquello que estaba estudiando, consideraba que era importante. Y que podía cambiar el mundo.

«No debes dejarte atraer —se dijo Shallan, volviendo a su libro y sus notas—. Tu objetivo no es cambiar el mundo. Tu objetivo es proteger a tus hermanos y tu casa.»

De todas formas, necesitaba hacer una buena exhibición de su trabajo. Y eso le dio motivos para sumergirse en él durante dos horas hasta que la interrumpieron unos pasos en el pasillo. Probablemente los sirvientes que traían la comida del mediodía. Jasnah y Shallan comían a menudo en su reservado.

El estómago de Shallan gruñó cuando olió la comida, y alegremente hizo a un lado su libro. Normalmente dibujaba en el almuerzo, una actividad que Jasnah animaba, a pesar de su desprecio a las artes visuales. Decía que los hombres de alta cuna a menudo pensaban que dibujar y pintar eran «apetecibles» en una mujer, y que por eso Shallan debía conservar sus habilidades, aunque solo fuera para atraer pretendientes.

Shallan no sabía si considerar eso un insulto o no. ¿Y qué decía de las intenciones de la propia Jasnah hacia el matrimonio que nunca se molestara con las artes femeninas más atrayentes como la

música o el dibujo?

—Majestad —dijo Jasnah, levantándose rápidamente.

Shallan dio un respingo y miró apurada por encima del hombro. El anciano rey de Kharbranth estaba de pie en la puerta, vestido con una magnífica túnica naranja y blanca con detallados bordados. Shallan se puso en pie.

—Brillante Jasnah —dijo el rey—. ¿Interrumpo?

—Tu compañía no es nunca una interrupción, majestad —respondió Jasnah. Debía de estar tan sorprendida como la propia Shallan, pero no mostró ni un signo de incomodidad o ansiedad—. Íbamos a almorzar pronto, de todas formas.

—Lo sé, brillante —dijo Taravangian—. Espero que no importe si os acompaño.

Un grupo de sirvientes empezó a traer comida y una mesa.

—En absoluto —dijo Jasnah.

Los sirvientes colocaron rápidamente las cosas, poniendo dos manteles distintos en la mesa redonda para separar a los sexos durante la comida. Aseguraron las medias lunas de tela (roja para el rey, azul para las mujeres) con pesos en el centro. Trajeron platos cubiertos llenos de pitanza: un guiso claro y frío en el centro con verduras dulces para las mujeres, un caldo picante para el rey. Los khabranthianos preferían sopa para almorzar.

Shallan se sorprendió de tener un lugar en la mesa. Su padre nunca había comido en la misma mesa que sus hijos; incluso ella, la favorita, se veía relegada a su propia mesa. Cuando Jasnah se sentó, ella hizo lo mismo. Su estómago volvió a gruñir, y el rey les indicó que comenzaran. Sus movimientos parecían torpes comparados con la elegancia de Jasnah.

Shallan pronto estuvo comiendo con satisfacción y gracia, como debía hacer una mujer, la mano segura en el regazo, usando la mano libre y una brocheta para pinchar los trozos de verdura o fruta. El rey eructó, pero no fue tan ruidoso como otros hombres. ¿Por qué se había dignado a visitarlas? ¿No habría sido más adecuado una invitación formal a cenar? Naturalmente, había descubierto que Taravangian no era célebre por su dominio del protocolo. Era un rey popular, al que los ojos oscuros amaban por los hospitales que había mandado construir. Sin embargo, los ojos

claros lo consideraban poco inteligente.

Pero no era ningún idiota. A la luz de la política de los ojos claros, por desgracia, ser solo de inteligencia media era una desventaja. Mientras comían, el silencio se extendió y se volvió embarazoso. Varias veces pareció como si el rey estuviera a punto de decir algo, pero siempre tornó a su sopa. Parecía intimidado por Jasnah.

—¿Y cómo está tu nieta, majestad? —acabó por preguntar Jasnah—. ¿Se está recuperando bien?

—Bastante bien, gracias —dijo Taravangian, como aliviado por empezar a conversar—. Ahora que evita los pasillos más estrechos del Cónclave. Te agradezco tu ayuda.

—Siempre es un placer servir de ayuda, majestad.

—Si me perdonas que así lo diga, los fervorosos no agradecen mucho tu servicio —dijo Taravangian—. Comprendo que es un tema sensible. Quizá no debería mencionarlo, pero…

—No, adelante —dijo Jasnah, comiendo un pequeño rábano verde del extremo de su brocheta—. No me avergüenzo de mis decisiones.

—¿Entonces perdonarás la curiosidad de un viejo?

—Siempre perdono la curiosidad, majestad. La considero una de las emociones más auténticas.

—¿Entonces cómo la encontraste? —preguntó Taravangian, señalando con la cabeza la animista, que Jasnah llevaba cubierta por un guante negro—. ¿Cómo la sacaste de los devotarios?

—Esas preguntas podrían ser peligrosas, majestad.

—Ya he adquirido algunos enemigos nuevos al recibirte.

—Te perdonarán —dijo Jasnah—. Dependiendo del devotario que hayas elegido.

—¿Perdonarme? ¿A mí? —El anciano pareció considerarlo divertido, y durante un momento Shallan pensó que veía en su expresión un profundo pesar—. No es muy probable. Pero eso es otro asunto. Por favor. Insisto en mi pregunta.

—Y yo insisto en ser evasiva, majestad. Lo siento. Perdono tu curiosidad, pero no puedo satisfacerla. Estos secretos son míos.

—Naturalmente, naturalmente. —El rey se echó para atrás en su asiento, como avergonzando—. Ahora pensarás que he venido

simplemente a acosarte por el fabrial.

—¿Tenías otro propósito, entonces?

—Bueno, verás, he oído las cosas más maravillosas sobre la habilidad artística de tu pupila. Pensaba que tal vez… —Le sonrió a Shallan.

—Por supuesto, majestad —dijo Shallan—. Con mucho gusto dibujaré tu retrato.

Él sonrió al levantarse, dejando su comida a medias antes de recoger sus cosas. Miró a Jasnah, pero el rostro de la otra mujer era indescifrable.

—¿Preferirías un retrato sencillo contra un fondo negro? —preguntó Shallan—. ¿O una perspectiva más amplia, incluyendo las inmediaciones?

—Quizá deberías esperar a que hayamos terminado de comer, Shallan —recalcó Jasnah.

Shallan se ruborizó, sintiéndose como una idiota por su entusiasmo.

—Por supuesto.

—No, no —dijo el rey—. Yo he terminado ya. Un boceto detallado sería perfecto, niña. ¿Cómo te gustaría que me sentara?

Acercó su silla, posó y sonrió como si fuera un abuelo.

Ella parpadeó, fijando la imagen en su mente.

—Así está perfecto, majestad. Puedes volver a tu comida.

—¿No necesitas que me quede quieto? He posado para retratos antes.

—Así está bien —le aseguró Shallan, sentándose.

—Muy bien —dijo él, volviendo a la mesa—. Pido disculpas por hacer que me utilices, a mí nada menos, como sujeto de tu arte. Este rostro mío no es el más expresivo que habrás dibujado, estoy seguro.

—Oh, no —dijo Shallan—. Un rostro como el tuyo es justo lo que necesita una artista.

—¿Ah, sí?

—Sí, la… —Shallan se interrumpió. Había estado a punto de decir: «Sí, la piel se parece lo suficiente al pergamino para ser un lienzo ideal»—… la hermosa nariz que tienes, y esa piel arrugada por la sabiduría. Destacará con el carboncillo.

—Oh, bien, entonces. Adelante. Aunque no comprendo cómo vas a trabajar sin que yo esté posando.

—La brillante Shallan tiene un talento único —dijo Jasnah. Shallan empezó su dibujo.

—¡Supongo que así debe ser! —dijo el rey—. He visto el dibujo que hizo para Varas.

—¿Varas? —preguntó Jasnah.

—El ayudante jefe de las colecciones del Palaneo —contestó el rey—. Un primo lejano mío. Dice que el personal está sorprendido con tu joven pupila. ¿Cómo la encontraste?

—Inesperadamente, y necesitada de educación. —El rey alzó una ceja—. No puedo atribuirme su habilidad artística —dijo Jasnah—. Existía ya.

—Ah, una bendición del Todopoderoso.

—Podrías decir que sí.

—¿Pero asumo que tú no? —Taravangian se rio, incómodo.

Shallan dibujó con rapidez, estableciendo la forma de la cabeza. El rey se agitó, incómodo.

—¿Es duro para ti, Jasnah? Doloroso, quiero decir.

—El ateísmo no es ninguna enfermedad, majestad —repuso Jasnah secamente—. No es que haya pillado un sarpullido en el pie.

—Por supuesto que no, por supuesto que no. Pero…, ¿no es difícil no tener nada en lo que creer?

Shallan se inclinó hacia delante, todavía abocetando, pero atenta a la conversación. Shallan había supuesto que formarse a las órdenes de una hereje sería un poco más emocionante. Con Kasbal (el ingenioso fervoroso que había conocido en su primer día en Kharbranth) había hablado varias veces de la fe de Jasnah. Sin embargo, con la propia Jasnah, el tema no se presentaba casi nunca. Cuando lo hacía, Jasnah solía cambiar a otra cosa.

Hoy, sin embargo, no lo hizo. Tal vez notaba la sinceridad de la pregunta del rey.

—No diría que no tengo nada en qué creer, majestad. De hecho, tengo mucho en qué creer. Mi hermano y mi tío, mis propias capacidades. Las cosas que me enseñaron mis padres.

—Pero lo que está bien y lo que está mal. Eso…, bueno, lo has descartado.

—Que no acepte las enseñanzas de los devotarios no significa que haya dejado de creer en el bien y el mal.

—¡Pero el Todopoderoso determina lo que es el bien!

—¿Debe alguien, un ser invisible, declarar qué es el bien para que sea bueno? Yo creo que mi propia moralidad, que responde solo ante mi corazón, es más segura y veraz que la moralidad de aquellos que hacen el bien solo porque temen el castigo.

—Pero eso es el alma de la ley —dijo el rey, confundido—. Si no hay castigo, solo puede haber caos.

—Si no hubiera ley, algunos hombres harían lo que quisieran, sí —dijo Jasnah—. ¿Pero no es notable que, dada la posibilidad de obtener ganancias personales a costa de otros, tanta gente escoja lo que está bien?

—Porque temen al Todopoderoso.

—No. Creo que algo innato en nosotros comprende que buscar el bien de la sociedad suele ser mejor para el individuo también. La humanidad es noble cuando tiene la oportunidad de serlo. Esa nobleza es algo que existe independientemente de los decretos de ningún dios.

—No veo cómo puede existir nada fuera de los decretos de Dios. —El rey sacudió la cabeza, divertido—. Brillante Jasnah, no pretendo discutir, ¿pero no es la misma definición del Todopoderoso que todas las cosas existen por él?

—Si sumas uno y uno, hacen dos, ¿no?

—Bueno, sí.

—Ningún dios necesita declararlo para que sea cierto —dijo Jasnah—. Por tanto ¿no podríamos decir que las matemáticas existen fuera del Todopoderoso, independientes de él?

—Tal vez.

—Bien. Yo digo simplemente que la moralidad y la voluntad humana son también independientes de él.

—¡Si dices eso —dijo el rey, riendo—, entonces has eliminado de la existencia todo propósito para el Todopoderoso!

—Ciertamente.

El cubículo quedó en silencio. Las lámparas de esferas de Jasnah proyectaban una luz blanca, fría y regular sobre ellos. Durante un incómodo momento, el único sonido fue el roce del carboncillo de

Shallan sobre su libreta. Trabajaba con movimientos rápidos, preocupada por las cosas que había dicho Jasnah, pues la hacían sentirse vacía por dentro. Eso era en parte porque el rey, debido a su afabilidad, no era bueno discutiendo. Era un hombre adorable, pero no podía ser rival de Jasnah en una controversia.

—Bueno —dijo Taravangian—. He de decir que presentas tus argumentos de manera muy efectiva. Pero no los acepto.

—Mi intención no es convertir, majestad. Me contento guardando mis creencias para mí, algo que la mayoría de mis colegas de los devotarios tienen problemas para hacer. Shallan, ¿has terminado ya?

—Casi, brillante.

—¡Pero si apenas han sido unos minutos!

—Su habilidad es notable, majestad —dijo Jasnah—. Como creo que ya he mencionado.

Shallan se inclinó hacia atrás, inspeccionando su obra. Se había concentrado tanto en la conversación que había dejado que sus manos dibujaran solas, confiando en sus instintos. El boceto describía al rey sentado en su silla con expresión de sabiduría, las paredes del reservado tras él. La puerta quedaba a su derecha. Sí, era un buen retrato. No su mejor obra, pero…

Shallan se detuvo, conteniendo la respiración, el corazón sobresaltado. Había dibujado *algo* de pie en la puerta junto al rey. Dos criaturas altas y delgadas con capas abiertas por delante y que colgaban a los lados demasiado tiesas, como si estuvieran hechas de cristal. Sobre los altos y envarados cuellos, donde deberían estar las cabezas de las criaturas, cada una tenía un gran símbolo flotante de retorcido diseño, lleno de imposibles ángulos y geometrías.

Shallan se quedó allí mirando, aturdida. ¿Había dibujado ella esas cosas? ¿Qué la había llevado a…?

Alzó la cabeza. El pasillo estaba vacío. Las criaturas no eran parte del apunte que había tomado. Sus manos simplemente las habían dibujado por su cuenta.

—¿Shallan? —dijo Jasnah.

Por reflejo, Shallan dejó caer su carboncillo y agarró la hoja con la mano libre, arrugándola.

—Lo siento, brillante. Presté demasiada atención a la

conversación. Me descuidé.

—Bueno, al menos podemos verlo, niña —dijo el rey, poniéndose en pie.

Shallan sujetó el papel con más fuerza.

—¡No!

—En ocasiones tiene ataques de temperamento artístico, majestad —suspiró Jasnah—. No se lo podrás quitar.

—Te haré otro, majestad —dijo Shallan—. Lo siento mucho.

El rey se frotó la barba canosa.

—Sí, bueno, iba a ser un regalo para mi nieta…

—Al final del día —prometió Shallan.

—Eso sería maravilloso. ¿Estás segura de que no necesitas que pose?

—No, no, no será necesario, majestad —dijo Shallan. Su pulso seguía latiendo desbocado y no podía apartar de su mente la imagen de aquellas dos figuras distorsionadas, así que tomó otro apunte del rey. Podría utilizarlo para recrear una imagen más adecuada.

—Muy bien —dijo el rey—. Supongo que debería marcharme. Quiero visitar los hospitales y a los enfermos. Puedes enviar el dibujo a mis aposentos, pero tómate tu tiempo. No pasa nada, tranquila.

Shallan hizo una reverencia, apretando contra su pecho el papel arrugado. El rey se retiró con sus ayudantes, y varios parshmenios entraron para llevarse la mesa.

—Nunca te he visto cometer ningún error en tus dibujos —dijo Jasnah, sentándose de nuevo—. Al menos no tan horrible como para que tuvieras que destruir el papel.

Shallan se ruborizó.

—Supongo que incluso una maestra de las artes puede errar. Ve y dedica la siguiente hora a hacer un retrato adecuado de su majestad.

Shallan contempló el boceto estropeado. Las criaturas eran simplemente su capricho, el producto de dejar deambular su mente. Eso era todo. Solo imaginaciones. Tal vez había algo en su subconsciente que necesitaba expresar. ¿Pero qué podían significar las figuras entonces?

—Me di cuenta de que hubo un momento en que, cuando hablabas con el rey, vacilaste —observó Jasnah—. ¿Qué no dijiste?

—Algo inadecuado.

—¿Pero ingenioso?

—Lo ingenioso nunca parece tan impresionante cuando se ve fuera del momento, brillante. Fue solo un pensamiento tonto.

—Y lo sustituiste por un cumplido vacío. Creo que malinterpretaste lo que pretendía explicar, niña. No deseo que permanezcas en silencio. Es bueno ser ingenioso.

—Pero si hubiera hablado, habría insultado al rey, y tal vez incluso lo habría confundido y le habría causado turbación. Estoy segura de que sabe lo que la gente dice sobre su falta de agilidad mental.

Jasnah hizo una mueca.

—Palabras necias. De gente necia. Pero tal vez hiciste bien en no hablar, aunque recuerda que canalizar tus capacidades y reprimirlas son dos cosas distintas. Preferiría que pensaras en algo que fuera a la vez ingenioso y adecuado.

—Sí, brillante.

—Además, creo que habrías hecho reír a Taravangian. Parece apurado por algo últimamente.

—¿No te parece aburrido entonces? —preguntó Shallan, curiosa. No creía que el rey fuera necio o aburrido, pero pensaba que alguien tan inteligente como Jasnah tal vez no tuviera paciencia para un hombre como él.

—Taravangian es un hombre maravilloso —dijo Jasnah—, y vale lo que cien expertos auto proclamados en modales cortesanos. Me recuerda a mi tío Dalinar. Formal, sincero, preocupado.

—Aquí los ojos claros dicen que es débil. Porque se pliega ante muchos otros monarcas, porque teme la guerra, porque no tiene una espada esquirlada.

Jasnah no respondió, aunque parecía preocupada.

—¿Brillante? —instó Shallan, acercándose a su asiento y ordenando sus carboncillos.

—En tiempos antiguos —dijo Jasnah—, un hombre que traía la paz a su reino era considerado de gran valor. Ahora el mismo hombre sería considerado un cobarde. —Sacudió la cabeza—. Este

cambio ha tardado siglos en producirse. Debería aterrorizarnos. Nos vendría bien tener más hombres como Taravangian, y te pido que no vuelvas a llamarlo aburrido, ni siquiera en broma.

—Sí, brillante. —Shallan inclinó la cabeza—. ¿Crees de verdad las cosas que dijiste sobre el Todopoderoso?

Jasnah guardó silencio un instante.

—Lo creo. Aunque quizás exageré mi convicción.

—¿El Movimiento Asegurado de teoría retórica?

—Sí, supongo que fue eso. Debo tener cuidado de no darte la espalda mientras leo hoy. Una auténtica erudita no debería cerrar su mente a ningún tema —dijo Jasnah—, no importa lo segura que pueda sentirse. Que no haya encontrado todavía un motivo convincente para unirme a uno de los devotarios no significa que no lo vaya a hacer jamás. Aunque cada vez que tengo una discusión como la de hoy, mis convicciones se hacen más firmes.

Shallan se mordió los labios. Jasnah advirtió la expresión.

—Tendrás que aprender a controlar eso, Shallan. Hace que tus sentimientos sean obvios.

—Sí, brillante.

—Bueno, dilo.

—Es que tu conversación con el rey no fue del todo justa.

—¿No?

—Por su, ya sabes, capacidad limitada. Él se portó muy bien, pero no tenía los argumentos que podría haber tenido alguien más versado en teología vorin.

—¿Y qué argumentos podría haber dado alguien así?

—Bueno, yo tampoco tengo mucha formación en el tema. Pero creo que ignoraste, o al menos minimizaste, una parte vital de la discusión.

—¿Y es…?

Shallan se señaló el pecho.

—Nuestros corazones, brillante. Creo que porque siento algo, una cercanía al Todopoderoso, siento paz cuando vivo mi fe.

—La mente es capaz de proyectar las respuestas emocionales esperadas.

—¿Pero no argumentaste tú misma que la forma en que actuamos, la forma en que consideramos el bien y el mal, en un

atributo que define a la humanidad? Usaste nuestra moralidad innata para demostrar tu argumento. ¿Cómo puedes entonces descartar mis sentimientos?

—¿Descartarlos? No. ¿Considerarlos con escepticismo? Tal vez. Tus sentimientos, Shallan, por poderosos que sean, son tuyos propios. No míos. Y lo que yo siento es que pasarme la vida tratando de ganarme el favor de un ser invisible, desconocido e incognoscible que me observa desde el cielo es un ejercicio completamente inútil —señaló a Shallan con su pluma—. Pero tu método retórico está mejorando. Todavía haremos una erudita de ti.

Shallan sonrió, sintiendo un arrebato de placer. Una alabanza de Jasnah era más preciosa que una broam de esmeralda.

«Pero…, no voy a ser una erudita. Voy a robar la animista y marcharme.»

No le gustaba pensar en eso. Era otra cosa que tendría que haber superado: tendía a evitar pensar en las cosas que la hacían sentirse incómoda.

—Ahora date prisa y ponte a trabajar en el dibujo del rey —dijo Jasnah, cogiendo un libro—. Tendrás mucho trabajo real que hacer cuando lo hayas terminado.

—Sí, brillante.

Por una vez, sin embargo, a Shallan le costó trabajo dibujar, pues su mente estaba demasiado preocupada para concentrarse.



«De pronto se volvieron peligrosos. Como un día de calma que se convierte en una tempestad.»

Este fragmento es el origen de un proverbio thayleño que acabó por convertirse en una derivación más común. Creo que pude ser una referencia a los Vaciadores. Ver Emperador de Ixsix, capítulo cuatro.

Kaladin salió del cavernoso barracón a la pura luz de las primeras horas de la mañana. Los trocitos de cuarzo en el suelo resplandecían ante él, capturando la luz, como si el suelo chispeara y ardiera, dispuesto a estallar.

Lo siguió un grupo de veintinueve hombres. Esclavos. Ladrones. Desertores. Extranjeros. Incluso unos cuantos cuyo único pecado había sido la pobreza y se habían unido a las cuadrillas de los puentes por desesperación. La paga era buena cuando se la comparaba con nada, y les habían prometido que si sobrevivían a cien carreras con los puentes serían ascendidos, asignados a un puesto de guardia, cosa que, en la mente de un pobre, parecía una vida de lujo. ¿Que te pagaran por estar allí mirando todo el día? ¿Qué clase de locura era esta? Era casi como ser rico.

No comprendían. Nadie sobrevivía a cien cargas con el puente.

Kaladin había estado en dos docenas, y ya era uno de los hombres más experimentados que se mantenían con vida.

El Puente Cuatro los siguió. El último de los resistentes (un tipo delgado llamado Bisig) había cedido ayer. Kaladin prefería pensar que la risa, la comida y la humanidad lo habían afectado al fin. Pero probablemente habían sido unas cuantas miradas o amenazas entre dientes por parte de Roca y Teft.

Kaladin prefería hacerse el tonto en estos casos. Acabaría por necesitar la lealtad de estos hombres, pero por ahora se contentaba con la obediencia.

Los dirigió durante los ejercicios matutinos que había aprendido en su primer día en el ejército. Estiramientos seguidos de saltos. Los carpinteros de mono de trabajo marrón y gorras pardas o verdes pasaban camino del aserradero y sacudían divertidos la cabeza. Los soldados de la loma cercana, donde empezaba el campamento propiamente dicho, los miraban y se reían. Gaz observaba desde un barracón cercano, los brazos cruzados, insatisfecho su único ojo.

Kaladin se secó la frente. Miró a Gaz durante un largo instante, y luego se volvió hacia sus hombres. Todavía había tiempo de practicar levantando el puente antes del desayuno.

Gaz nunca se había acostumbrado a tener un solo ojo. ¿Podía acostumbrarse alguien? Preferiría haber perdido una mano o una pierna antes que un ojo. No dejaba de pensar en que había algo oculto en esa oscuridad que no podía descifrar, pero los demás sí. ¿Qué acechaba allí? ¿Spren que le arrancarían el alma del cuerpo como una rata podía vaciar un odre de vino mordisqueando una punta?

Sus compañeros lo llamaban afortunado: «Ese golpe podría haberte quitado la vida.» Bueno, al menos no habría tenido que vivir con esta oscuridad. Uno de sus ojos estaba siempre cerrado. Cerraba el otro, y la oscuridad lo engullía.

Gaz miró a la izquierda, y la oscuridad corrió al lado. Lamaril estaba apoyado contra un poste, delgado y esbelto. No era un hombre grande, pero tampoco débil. Era todo líneas. Barba rectangular. Cuerpo rectangular. Afilado, como un cuchillo.

Lamaril lo llamó, así que se acercó reacio. Entonces sacó una esfera de su bolsa y se la entregó. Un marco de topacio. Odiaba perderlo. Siempre odiaba perder dinero.

—Me debes el doble —advirtió Lamaril, alzando la esfera para mirarla mientras chispeaba a la luz del sol.

—Bueno, es todo lo que recibirás por ahora. Alégrate de que sea algo.

—Alégrate de que he mantenido la boca cerrada —dijo Lamaril perezosamente, apoyándose contra su poste, que marcaba el límite del aserradero.

Gaz apretó los dientes. Odiaba pagar, ¿pero qué otra cosa podía hacer? «Las tormentas se lo lleven. ¡Que las malditas tormentas se lo lleven!»

—Parece que tienes un problema —dijo Lamaril.

Al principio, Gaz creyó que se refería a lo que le faltaba por pagar. El ojos claros señaló los barracones del Puente Cuatro.

Gaz miró a los hombres, inquieto. El joven jefe de puente ladró una orden, y los hombres recorrieron al trote el patio. Ya había conseguido que corrieran acompasados. Ese cambio significaba mucho. Les daba velocidad, les ayudaba a pensar como un equipo.

¿Podía tener ese muchacho formación militar, como decía? ¿Por qué desperdiciarlo en los puentes? Naturalmente, estaba esa marca *shash* en su frente…

—No veo ningún problema —dijo Gaz con un gruñido—. Son rápidos. Eso es bueno.

—Son insubordinados.

—Siguen órdenes.

—Las órdenes de él, tal vez. —Lamaril sacudió la cabeza—. Los hombres de los puentes existen por un solo propósito, Gaz. Para proteger las vidas de hombres más valiosos.

—¿De verdad? Y yo que creía que su propósito era cargar puentes.

Lamaril le dirigió una dura mirada. Se inclinó hacia delante.

—No te pases conmigo, Gaz. Y no olvides cuál es tu sitio. ¿Te gustaría unirte a ellos?

Gaz sintió una punzada de temor. Lamaril era un ojos claros de muy pobre extracción, uno de los sin tierra. Pero era su inmediato superior, un contacto entre las cuadrillas de los puentes y los ojos claros de rango superior que supervisaban el aserradero.

Gaz agachó la cabeza.

—Lo siento, brillante señor.

—El alto príncipe Sadeas mantiene una ventaja —dijo Lamaril, apoyándose de nuevo en su poste—. La mantiene presionándonos a todos. Con fuerza. Cada hombre en su sitio. —Indicó con la cabeza a los hombres del Puente Cuatro—. La velocidad no es mala cosa. La iniciativa tampoco. Pero hombres con iniciativa como los de ese muchacho a menudo no se contentan con su situación. Las cuadrillas de los puentes funcionan como son, sin necesidad de modificar nada. El cambio puede ser inquietante.

Gaz dudaba de que ninguno de los hombres de los puentes comprendiera realmente cuál era su lugar en los planes de Sadeas. Si supieran por qué trabajaban de manera tan implacable (y por qué tenían prohibido el uso de escudos o armaduras) probablemente se arrojarían ellos solos al abismo. Cebo. Eran cebo. Para atraer la atención de los parshendi, para dejar que los salvajes hicieran algo bueno abatiendo a unos cuantos hombres de los puentes en cada asalto. Mientras tuvieran hombres de sobra, no importaba. Excepto a aquellos que morían.

«Padre Tormenta —pensó Gaz—. Me odio a mí mismo por ser parte de esto.» Pero llevaba ya mucho tiempo haciéndolo. No era nada nuevo para él.

—Haré algo —le prometió a Lamaril—. Un cuchillo en la noche. Veneno en la comida.

Eso le hizo retorcerse por dentro. Los sobornos del muchacho eran pequeños, pero eran todo lo que le permitía cumplir sus pagos a Lamaril.

—¡No! —susurró Lamaril—. ¿Quieres que vean que es realmente una amenaza? Los soldados ya están hablando de él. —Hizo una mueca—. Lo último que necesitamos es un mártir que inspire la rebelión entre los hombres de los puentes. No quiero llamar la atención sobre él, nada de lo que puedan aprovecharse los enemigos de nuestro alto príncipe.

Miró a Kaladin, que corría de nuevo con sus hombres.

—Tiene que caer en el campo de batalla, como se merece. Asegúrate de que suceda. Y tráeme el resto del dinero que me debes, o pronto te encontrarás cargando con uno de esos puentes tú también.

Dio media vuelta, agitando su capa verde bosque. En su época de soldado, Gaz había aprendido a temer más que a nadie a los ojos claros de menor rango. Los amargaba estar tan cerca de los ojos oscuros, aunque aquellos ojos oscuros fueran los únicos sobre los que tenían autoridad. Eso los volvía peligrosos. Estar con un hombre como Lamaril era como entregar un carbón ardiendo con las manos desnudas.

No podías evitar quemarte. Solo esperabas ser lo bastante rápido para quemarte lo mínimo.

El Puente Cuatro pasó corriendo. Un mes antes, Gaz no habría creído esto posible. ¿Un grupo de hombres de los puentes, practicando? Y solo parecía haberle costado a Kaladin unos cuantos sobornos de comida y unas promesas vacías diciendo que iba a protegerlos.

Eso no tendría que haber sido suficiente. La vida como hombre de los puentes carecía de esperanzas. Gaz no podía unirse a ellos. No podía. Kaladin, su alteza, tenía que caer. Pero si las esferas de Kaladin desaparecían, Gaz podía acabar en uno de los puentes por no poder pagarle a Lamaril. «¡Condenación de las tormentas!», pensó. Era como intentar decidir qué pinza del abismoide iba a aplastarte.

Gaz continuó observando a la cuadrilla de Kaladin. Y aquella oscuridad seguía esperándolo. Como un picor que no podía rascar. Como un grito que no podía ser silenciado. Un entumecimiento picoteante del que nunca podría deshacerse.

Probablemente lo acompañaría a la tumba.

—¡Levantad el puente! —gritó Kaladin, corriendo con el Puente Cuatro. Lo alzaron por encima de sus cabezas mientras seguían moviéndose. Era más difícil correr así, con el puente en alto, en vez de apoyado sobre los hombros. Sintió su enorme peso en los brazos.

—¡Abajo! —ordenó.

Los que iban delante soltaron el puente y corrieron a los lados. Los otros bajaron el puente con un rápido movimiento. Golpeó el suelo torpemente, arañando la piedra. Se colocaron en posición, haciendo como si lo movieran sobre un abismo. Kaladin ayudó desde un lado.

«Tendremos que practicar en un abismo de verdad —pensó mientras los hombres practicaban—. Me pregunto qué clase de soborno hará falta para que Gaz me permita hacerlo.»

Los hombres del puente, terminada su falsa carga, miraron a Kaladin, agotados pero emocionados. Él les sonrió. Como jefe de pelotón en el ejército de Amaram, había aprendido aquellos meses que las alabanzas debían ser sinceras y no había que escatimarlas.

—Tenemos que trabajar en esa colocación —dijo—. Pero en general, estoy impresionado. Dos semanas y ya estáis trabajando juntos tan bien como algunos equipos que entrené durante meses. Estoy satisfecho. Y orgulloso. Id a beber algo y descansad. Haremos una o dos cargas más antes de ponernos a trabajar.

El servicio de hoy era de nuevo recoger piedras, pero no podían quejarse. Kaladin había convencido a los hombres de que levantar piedras mejoraría su fuerza, y había reclutado a unos cuantos en los que confiaba para ayudarlo a recoger matopomos, el medio por el que podía suministrar, a duras penas, comida extra para los hombres y aumentar sus suministros médicos.

Dos semanas. Y dos semanas cómodas, habida cuenta de cómo eran las vidas de los hombres de los puentes. Dos muertos más: Amark y Koolf. Otros dos heridos; Narm y Peet. Una fracción de lo que habían perdido las otras cuadrillas, pero seguían siendo demasiados. Kaladin trató de parecer optimista mientras se acercaba al barril de agua y cogía un cucharón de manos de uno de los hombres y se lo bebía.

El Puente Cuatro caería por el peso de sus heridos. Solo había treinta hombres fuertes, con cinco heridos que no recibían ninguna paga y había que alimentar con los ingresos de los matopomos. Contando con los que habían muerto, habían tenido casi un treinta por ciento de bajas en las semanas que llevaba intentando protegerlos. En el ejército de Amaram, esa tasa de bajas habría sido catastrófica.

Entonces, la vida de Kaladin se reducía a entrenamiento y marchas, con algún frenético momento de batalla. Aquí, la lucha era implacable. Cada pocos días. Esas cosas podían agotar a un ejército, y de hecho lo harían.

«Tiene que haber un modo mejor», pensó Kaladin, enjugándose

la boca con el agua tibia antes de echarse otro cazo por encima de la cabeza. No podía continuar perdiendo dos hombres por semana entre muertos y heridos. ¿Pero cómo sobrevivir cuando ni a sus propios oficiales les importaba si vivían o morían?

Apenas fue capaz de contenerse y no arrojar el cazo al barril lleno de frustración. En cambio, se lo tendió a Cikatriz y le dirigió una sonrisa de ánimo. Una mentira. Pero importante.

Gaz observaba desde la sombra de uno de los otros barracones. La figura translúcida de Syl, ahora con forma de borla de matopomo, revoloteaba alrededor del sargento. Luego se dirigió hacia Kaladin y se posó en su hombro, tomando su forma femenina.

—Está planeando algo —dijo.

—No ha intervenido —contestó Kaladin—. Ni siquiera ha intentado impedir que tomemos el guiso nocturno.

—Estaba hablando con ese ojos claros.

—¿Lamaril?

Ella asintió.

—Lamaril es su superior —dijo Kaladin mientras pasaban a la sombra del barracón del Puente Cuatro. Se apoyó contra la pared, y miró a sus hombres, que todavía estaban junto al barril de agua. Ahora hablaban unos con otros. Bromeaban. Reían. Salían a beber juntos por la noche. ¡Padre Tormenta!, nunca pensó que se alegraría de que los hombres bajo su mando bebieran.

—No me gustaron sus expresiones —dijo Syl, sentándose en el hombro de Kaladin—. Oscuras. Como nube de tormenta. No oí lo que decían: reparé en ellos demasiado tarde. Pero no me gusta, sobre todo ese Lamaril.

Kaladin asintió lentamente.

—¿Tú tampoco te fías de él? —preguntó Syl.

—Es un ojos claros.

Eso era suficiente.

—Así que…

—No vamos a hacer nada —dijo Kaladin—. No puedo responder a menos que intenten algo. Y si gasto todas mis energías preocupándome por lo que podrían hacer, me será imposible resolver el problema al que nos enfrentamos ahora mismo.

Lo que no mencionó fue su verdadera preocupación: si Gaz o

Lamaril decidían matarlo, había poco que pudiera hacer para impedirlo. Cierto, los hombres de los puentes rara vez eran ejecutados por algo que no fuera dejar de correr con su puente. Pero incluso en un ejército «honesto» como el de Amaram había rumores de acusaciones falsas y pruebas trucadas. En el campamento falto de disciplina y apenas regulado de Sadeas, nadie parpadearía si a Kaladin (un esclavo marcado con un *shash*) le echaran encima una acusación nebulosa. Lo dejarían para la alta tormenta, lavándose las manos de su muerte, diciendo que el Padre Tormenta había elegido su destino.

Kaladin se irguió y echó a andar hacia la carpintería. Los artesanos y sus aprendices trabajaban afanosamente cortando madera para hacer mangos de lanzas, puentes, postes o muebles.

Los artesanos lo saludaron al pasar. Ya estaban familiarizados con él, acostumbrados a sus extrañas peticiones, como trozos de madera lo bastante largos para que cuatro hombres los sujetaran y corrieran con ellos, tratando de mantener la cadencia unos con otros. Encontró un puente a medio construir. Lo habían desarrollado a partir de aquel tablón que Kaladin había utilizado.

Se arrodilló e inspeccionó la madera. Un grupo de hombres trabajaba con una gran sierra a su derecha, cortando finos redondeles de un tronco. Probablemente los convertirían en asientos.

Pasó los dedos por la lisa madera. Todos los puentes móviles estaban hechos de un tipo de madera llamado makam. Tenía un color marrón oscuro, el grano casi oculto, y era a la vez fuerte y liviana. Los artesanos la habían lijado, y olía a serrín y savia almizclada.

—¿Kaladin? —preguntó Syl, caminando por el aire hasta posarse en la madera—. Pareces distante.

—Es irónico lo bien que crean estos puentes —dijo él—. Los carpinteros de este ejército son mucho más profesionales que sus soldados.

—Tiene sentido —respondió ella—. Los artesanos quieren que los puentes duren. Los soldados a los que escucho solo quieren llegar a la meseta, coger la gema corazón y largarse. Para ellos es un juego.

—Muy astuta. Mejoras cada vez más al observarnos.

Ella sonrió.

—Es más bien como si recordara cosas que una vez conocí.

—Pronto ya no serás una spren, sino una pequeña filósofa transparente. Tendremos que enviarte a un monasterio para que pases el tiempo sumida en profundos e importantes pensamientos.

—Sí —dijo ella—, cómo deducir la mejor manera de conseguir que los fervorosos beban accidentalmente una mezcla que vuelva su boca azul —sonrió malévola.

Kaladin respondió a su vez, pero siguió pasando el dedo por la madera. Seguía sin comprender por qué no dejaban que los hombres de los puentes llevaran escudos. Nadie le daba una respuesta clara.

—Usan makam porque es lo bastante fuerte para que su peso soporte una carga de caballería pesada —dijo—. Nosotros deberíamos poder usarlo. Nos niegan escudos, pero ya llevamos uno sobre los hombros.

—¿Pero cómo reaccionarán si lo intentas?

Kaladin se puso en pie.

—No lo sé, pero tampoco tengo otra opción. Intentarlo sería un riesgo. Un riesgo enorme. Pero se había quedado sin ideas que no supusieran ningún riesgo hacía varios días.

—Podemos agarrar por aquí —dijo Kaladin, señalando a Roca, Teft, Cikatriz y Moash. Estaban junto a un puente semivolcado que dejaba al descubierto su parte inferior. El fondo era una construcción complicada, con ocho filas de tres posiciones para acomodar hasta a veinticuatro hombres directamente debajo, y luego dieciséis asideros, ocho en cada lado, para dieciséis hombres más en el exterior. Cuarenta hombres, corriendo hombro con hombro, si tenían un complemento pleno.

Cada posición bajo el puente tenía una hendidura para la cabeza del porteador, dos bloques curvados de madera para apoyarlos en los hombros, y dos barras como asidero. Los hombres de los puentes llevaban hombreras, y los que eran más bajos necesitaban un extra para compensarlo. Gaz normalmente trataba de asignar a los nuevos reclutas a cuadrillas de su misma altura.

Eso no se cumplía con el Puente Cuatro, naturalmente. El Puente

Cuatro solo recibía las sobras.

Kaladin señaló varias barras y puntales.

—Podríamos agarrarnos aquí, y luego correr llevando el puente de lado a nuestra derecha, inclinado. Pondremos a nuestros hombres más altos por fuera y a los más bajos por dentro.

—¿Para qué servirá eso? —preguntó Roca, frunciendo el ceño.

Kaladin miró a Gaz, que los observaba desde cerca. Desde demasiado cerca. Era mejor no hablar de por qué quería cargar el puente de lado. Además, no quería que los hombres sintieran demasiadas esperanzas hasta que supiera si iba a funcionar.

—Solo quiero experimentar —dijo—. Si podemos cambiar de posición ocasionalmente, podría ser más fácil. Trabajar músculos diferentes.

Syl, de pie en lo alto del puente, frunció el ceño. Siempre fruncía el ceño cuando Kaladin oscurecía la verdad.

—Reunid a los hombres —dijo Kaladin, señalando a Roca, Cikatriz y Moash. Los había nombrado comandantes de subpelotones, algo que los hombres del puente normalmente no tenían. Pero los soldados funcionaban mejor en grupos pequeños de seis u ocho.

«Soldados —pensó Kaladin—. ¿Así es como los ves?»

No combatían. Pero sí, eran soldados. Era demasiado fácil subestimar a los hombres cuando considerabas que eran «solo» gente de los puentes. Cargar contra los arqueros enemigos sin escudos requería coraje. Aunque te vieras obligado a hacerlo.

Miró a un lado, advirtiendo que Moash no se había marchado con los demás. El hombre tenía el rostro afilado, los ojos verde oscuro y el pelo marrón moteado de negro.

—¿Algo va mal, soldado? —preguntó Kaladin.

Moash parpadeó sorprendido por el uso de la palabra, pero todos se habían acostumbrado a esperar cualquier cosa de Kaladin.

—¿Por qué me has hecho jefe de un subpelotón?

—Porque resististe mi liderazgo más tiempo que casi todos los demás. Y fuiste más claro al respecto.

—¿Me has nombrado jefe porque me negué a obedecerte?

—Te he nombrado jefe porque me pareciste capaz e inteligente. Pero aparte de eso, no cambiaste de opinión demasiado fácilmente.

Eres terco. Eso nos puede venir bien.
Moash se rascó su poco poblada barba.
—Muy bien. Pero al contrario que Teft y ese comecuernos, no creo que seas un regalo del Todopoderoso. No me fío de ti.
—¿Entonces por qué me obedeces?
Moash lo miró a los ojos antes de encogerse de hombros.
—Supongo que soy curioso.
Se marchó para reunir a su pelotón.

«¿En nombre de todos los vientos, qué…?», pensó Gaz, aturdido, mientras veía pasar el Puente Cuatro. ¿Qué los había impulsado a cargar el puente de lado?
Eso los obligaba a levantarlo de forma extraña, formando tres filas en vez de cinco, y agarrarse torpemente a la parte inferior del puente y mantenerlo ladeado a la derecha. Era una de las cosas más extrañas que había visto. Apenas cabían, y los asideros no estaban hechos para cargar el puente de esa forma.
Gaz se rascó la cabeza al verlos pasar, luego alzó una mano y le hizo señas a Kaladin para que se detuviera. Su alteza soltó el puente y corrió hacia él, secándose la frente mientras los demás seguían corriendo.
—¿Sí?
—¿Qué es eso? —preguntó Gaz, señalando.
—La cuadrilla del puente. Cargando lo que creo que es…, sí, es un puente.
—No te he pedido que te hagas el gracioso. Quiero una explicación.
—Cargar el puente sobre nuestras cabezas se hace pesado —dijo Kaladin.
Era un hombre alto, lo suficiente para alzarse sobre Gaz. «¡Por la tormenta, no me dejaré intimidar!»
—Es un modo de usar músculos diferentes. Como pasarte una carga de un hombro a otro.
Gaz miró hacia un lado. ¿Se había movido algo en la oscuridad?
—¿Gaz? —preguntó Kaladin.
—Mira, alteza —dijo Gaz, mirándolo—. Llevarlo en alto puede que sea agotador, pero llevarlo así es una estupidez. Parece que

estáis a punto de tropezar unos con otros, y los asideros son terribles. Los hombres apenas caben.

—Sí —dijo Kaladin, en voz más baja—. Pero gran parte del tiempo solo la mitad de una cuadrilla sobrevive a una carga. Podremos traerlo así de vuelta cuando seamos menos. Nos permitirá cambiar de posiciones, al menos.

Gaz vaciló. «Solo la mitad de una cuadrilla…»

Si llevaban el puente así en un asalto, irían despacio, exponiéndose. Podría ser un desastre, para el Puente Cuatro al menos.

Gaz sonrió.

—Me gusta.

Kaladin pareció sorprendido.

—¿Qué?

—Iniciativa. Creatividad. Sí, seguid practicando. Me gustaría mucho ver que lográis alcanzar una meseta llevando el puente de esa forma.

Kaladin entornó los ojos.

—¿Ah, sí?

—Sí —dijo Gaz.

—Bueno, pues entonces tal vez lo hagamos.

Gaz sonrió, viendo marcharse a Kaladin. Un desastre era exactamente lo que necesitaba. Ahora solo tenía que buscar otro modo de pagarle a Lamaril su chantaje.



SEIS AÑOS ANTES

—No cometas el mismo error que cometí yo, hijo.

Kal alzó la cabeza. Su padre estaba sentado al otro lado de la sala de operaciones, con una mano en la cabeza y una copa de vino medio vacía en la otra. Vino violeta, una de las bebidas más fuertes.

Lirin soltó la copa, y el líquido púrpura oscuro (el color de la sangre de cremlino) tembló. Refractaba la luz tormentosa de un par de esferas que había en un rincón.

—¿Padre?

—Cuando llegues a Kharbranth, quédate allí —su voz era pastosa—. No vuelvas a este pueblucho atrasado y necio. No obligues a tu bella esposa a vivir lejos de todos los que ha conocido o amado.

El padre de Kal no solía emborracharse: esta era una rara noche de indulgencia. Tal vez porque su madre se había ido a dormir temprano, agotada por su trabajo.

—Siempre dijiste que debería regresar —dijo Kal en voz baja.

—Soy un idiota. —De espaldas a Kal, miró la pared salpicada de la luz blanca de las esferas—. No me quieren aquí. Nunca me han querido.

Kal miró de nuevo su carpeta. Contenía dibujos de cuerpos diseccionados, los músculos abiertos y extendidos. Eran tan detallados. Todos tenían glifopares para designar cada parte, y los había aprendido de memoria. Ahora estudiaba los tratamientos,

escarbando en los cuerpos de hombres muertos mucho tiempo atrás.

Una vez, Laral le contó que se suponía que los hombres no deberían ver bajo la piel. Estos papeles, con sus dibujos, eran parte de lo que hacía que todo el mundo recelara tanto de Lirin. Ver bajo la piel era como ver bajo la ropa, solo que peor.

Lirin se sirvió más vino. Cuánto podía cambiar el mundo en tan poco tiempo. Kal se arrebujó en su abrigo para protegerse del frío. Una estación de invierno había llegado, pero no podían permitirse carbón para el brasero, pues los pacientes ya no les regalaban nada. Lirin no había dejado de curar ni de operar. La gente del pueblo simplemente había dejado de hacer donativos, a una orden de Roshone.

—No debería poder hacer esto —susurró Kal.

—Pero puede —dijo Lirin. Llevaba una camisa blanca y un chaleco negro y pantalones pardos. El chaleco estaba desabrochado, suelto por los lados.

—Podríamos gastar las esferas —dijo Kal, vacilante.

—Son para tu educación —replicó Lirin—. Si pudiera enviarte ahora mismo, lo haría.

Los padres de Kal habían enviado cartas a los cirujanos de Kharbranth, pidiéndoles que le permitieran hacer antes de tiempo las pruebas de acceso. Habían respondido con negativas.

—Él quiere que las gastemos —dijo Lirin, las palabras confusas —. Por eso dijo lo que dijo. Intenta acosarnos para que necesitemos esas esferas.

Las palabras de Roshone a la gente del pueblo no habían sido exactamente una orden. Tan solo había dado a entender que si el padre de Kal era demasiado necio para cobrar, entonces no deberían pagarle. Al día siguiente, la gente dejó de hacer donaciones.

Los habitantes del pueblo veían a Roshone con una confusa mezcla de adoración y miedo. En opinión de Kal, no se merecía ninguna de las dos cosas. Obviamente, lo habían desterrado a Piedralar porque estaba demasiado amargado y era débil. No se merecía estar entre los verdaderos ojos claros, que luchaban por venganza en las Llanuras Quebradas.

—¿Por qué la gente intenta con tanto empeño satisfacerlo? —

preguntó Kal—. Nunca reaccionaron así con el brillante señor Wistiow.

—Lo hacen porque Roshone es implacable.

Kal frunció el ceño. ¿Era el vino el que hablaba?

Su padre se dio la vuelta, reflejando en sus ojos auténtica luz tormentosa. En aquellos ojos Kal vio una sorprendente lucidez. No estaba tan borracho después de todo.

—El brillante señor Wistiow dejaba que la gente hiciera lo que quisiera. Y por eso lo ignoraban. Roshone les hace saber que los encuentra despreciables. Y por eso se esfuerzan por satisfacerlo.

—Eso no tiene sentido.

—Así son las cosas —dijo Lirin, jugando con una de las esferas de la mesa y haciéndola rodar bajo su dedo—. Tendrás que aprender esto, Kal. Cuando los hombres perciben que el mundo está bien, nos sentimos satisfechos. Pero si vemos un agujero, una deficiencia, corremos a llenarlo.

—Hablas como si lo que hacen fuera noble.

—En cierto modo lo es —suspiró Lirin—. No debería ser tan duro con nuestros vecinos. Son mezquinos, sí, pero es la mezquindad del ignorante. No estoy disgustado con ellos. Estoy disgustado con el hombre que los manipula. Un hombre como Roshone puede coger lo que es honesto y fiel en los hombres y retorcerlos y convertirlo en una piltrafa a la que pisotear.

Dio un sorbo y acabó el vino.

—Deberíamos usar las esferas —dijo Kal—. O enviarlas a alguna parte, a un prestamista o algo. Si no las tuviéramos, nos dejarían en paz.

—No —respondió Lirin con tranquilidad—. Roshone no es de los que perdonan a un hombre que ha recibido una paliza. Es de los que siguen dando patadas. No sé qué error político lo hizo acabar aquí, pero está claro que no puede vengarse de sus rivales. Así que somos todo lo que tiene —Lirin hizo una pausa—. Pobre patán.

«¿Pobre patán? —pensó Kal—. ¿Intenta destruir nuestras vidas y eso es todo lo que padre tiene que decir?»

¿Y las historias que contaban los hombres ante el fuego? ¿Historias de pastores astutos que eran más listos y engañaban a los ojos claros necios? Había docenas de variantes, y Kal las había oído

todas. ¿No debería Lirin contraatacar de algún modo? ¿Hacer algo más que permanecer allí sentado y esperar?

Pero no dijo nada. Sabía exactamente lo que diría su padre. «No nos preocupemos por eso. Vuelve a tus estudios.»

Con un suspiro, Kal se acomodó en su asiento y abrió de nuevo su carpeta. La sala de cirugía estaba iluminada tenuemente por las cuatro esferas de la mesa y la que Kal usaba para leer. Lirin mantenía la mayoría de las otras esferas guardadas en su armario, ocultas. Kal alzó su propia esfera, iluminando la página. Había explicaciones más largas de los métodos en la parte de atrás que podría leerle su madre. Era la única mujer del pueblo que sabía leer, aunque Lirin decía que no era extraño entre las mujeres ojos oscuros bien situadas de las ciudades.

Mientras estudiaba, Kal se sacó algo del bolsillo. Una piedra que le esperaba en su silla cuando entró a estudiar. La reconoció como una de las favoritas que Tien llevaba recientemente. Se la había dejado, como hacía a menudo, esperando que a su hermano mayor no le importara ver también la belleza que había en ella, aunque todas parecían piedras corrientes. Tendría que preguntarle a Tien qué le parecía tan especial en esta piedra en concreto. Siempre había algo.

Tien se pasaba ahora los días aprendiendo carpintería con Ral, uno de los hombres del pueblo. Lirin lo había permitido a regañadientes: esperaba hacer de él otro ayudante de cirujano, pero Tien no podía soportar ver la sangre. Siempre se quedaba petrificado, y no había conseguido acostumbrarse. Eso era preocupante. Kal esperaba que su padre tuviera a Tien como ayudante cuando él se marchara. Y Kal iba a marcharse, de un modo u otro. No había decidido aún entre el ejército y Kharbranth, aunque en los últimos tiempos empezaba a inclinarse por ser lancero.

Si seguía ese camino, tendría que hacerlo de manera subrepticia, cuando fuera lo bastante mayor para que los reclutadores lo aceptaran sin las objeciones de sus padres. Quince años probablemente serían suficientes. Dentro de cinco meses más. Por ahora, imaginaba que conocer los músculos, y las partes vitales del cuerpo, sería muy útil ya fuera cirujano o lancero.

Un sonido en la puerta. Kal dio un respingo. No habían llamado: había sido un golpe. Se repitió. Parecía algo pesado que empujaba o chocaba contra la madera.

Otro golpe. Kal se levantó de la silla y cerró la carpeta. Con catorce años y medio, era ya casi tan alto como su padre. Un roce, como uñas o garras. Kal alzó una mano hacia su padre, aterrado de repente. Era tarde, la habitación estaba oscura y el pueblo en silencio.

Había algo fuera. Parecía una bestia. Inhumana. Se decía que un cubil de espinas blancas estaba creando problemas cerca, atacando a los viajeros en los caminos. Kal imaginó a aquellas criaturas reptilescas, grandes como caballos pero con caparazón en la espalda. ¿Estaba una de ellas olisqueando la puerta? ¿Arañándola, intentando entrar?

—¡Padre! —gritó Kal.

Lirin abrió la puerta. La tenue luz de las esferas reveló no a un monstruo, sino a un hombre vestido de negro. Llevaba en las manos una larga barra de metal y una máscara de lana negra con agujeros para los ojos. Kal sintió que su corazón se desbocaba lleno de pánico cuando el intruso saltó hacia atrás.

—No esperabais encontrar a nadie dentro, ¿verdad? —dijo su padre—. Hace años que no hay un robo en el pueblo. Me avergüenzo de vosotros.

—¡Danos las esferas! —exclamó una voz desde la oscuridad. Otra figura se movió en las sombras, y luego otra más.

«¡Padre Tormenta! —Kal se llevó la carpeta al pecho con manos temblorosas—. ¿Cuántos hay?» ¡Salteadores de caminos que habían venido a robar al pueblo! Esas cosas sucedían. Cada vez con más frecuencia hoy en día, según decía su padre.

¿Cómo podía Lirin estar tan tranquilo?

—Las esferas no son tuyas —dijo otra voz.

—¿Ah, no? —respondió el padre de Kal—. ¿Y eso las convierte en vuestras? ¿Creéis que os dejaré quedároslas?

El padre de Kal hablaba como si no fueran bandidos de fuera del pueblo. Kal avanzó hasta situarse detrás de su padre, atemorizado…, pero al mismo tiempo avergonzado de ese temor. Los hombres de la oscuridad eran seres en sombras, pesadillescos,

que se movían de un lado a otro, las caras negras.

—Se las daremos a él —dijo una voz.

—No hace falta recurrir a la violencia, Lirin —añadió otro—. No vas a gastarlas de todas formas.

El padre de Kal bufó. Entró en la habitación. Kal soltó un grito y retrocedió mientras Lirin abría el armario donde guardaba las esferas. Cogió la gran copa de cristal donde las tenía, cubierta por un paño negro.

—¿Las queréis? —gritó Lirin, volviendo a la puerta.

—¿Padre? —dijo Kal, preso del pánico.

—¿Queréis la luz para vosotros? —la voz de Lirin se hizo más fuerte—. ¡Tomad!

Retiró el paño. La copa explotó con feroz brillo, casi cegador. Kal alzó un brazo. Su padre era una silueta recortada que parecía sujetar el mismísimo sol entre sus dedos.

La gran copa brillaba con una luz tranquila. Casi una luz fría. Kal parpadeó para ahuyentar las lágrimas, mientras sus ojos se aclimataban. Ahora pudo ver claramente a los hombres del exterior. Donde antes acechaban sombras peligrosas, ahora unos hombres asustados levantaban las manos. No parecían tan intimidantes; de hecho, las telas que les cubrían la cara parecían ridículas.

Donde Kal tuvo miedo, ahora se sentía extrañamente confiado. Durante un momento, no fue luz lo que su padre sostenía, sino comprensión. «Ese es Luten», pensó Kal, reparando en un hombre que cojeaba. Era fácil distinguirlo, a pesar de la máscara. El padre de Kal le había operado aquella pierna; gracias a él, todavía podía andar. Reconoció también a otros. Horl era el ancho de hombros, Balsas el hombre que llevaba el bonito abrigo nuevo.

Lirin no les dijo nada al principio. Permaneció allí de pie con la luz destellando, iluminando la plaza de piedra. Los hombres parecieron encogerse, como si supieran que los reconocía.

—¿Bien? —dijo Lirin—. Me habéis amenazado. Venid. Golpeadme. Robadme. Hacedlo sabiendo que he vivido entre vosotros toda mi vida. Hacedlo sabiendo que he curado a vuestros hijos. Pasad. ¡Haced sangrar a uno de los vuestros!

Los hombres desaparecieron en la noche sin decir una palabra.



«Vivían en lo alto de un lugar que ningún hombre podía alcanzar, pero todos podían visitar. La ciudad-torre misma, creada por las manos de ningún hombre.»

Aunque *La canción del último verano* es una historia romántica del siglo tercero después de la Traición, probablemente sea una referencia válida en este caso. Véase la página 27 de la traducción de *Várala* y compárese con el texto inferior.

Mejoraron cargando el puente de lado. Pero no mucho.

Kaladin vio pasar el Puente Cuatro, moviéndose torpemente, sujeto por los lados. Por fortuna, había asideros de sobra en la parte inferior del puente, y habían descubierto cómo sujetarlo bien. Tenían que cargarlo en un ángulo menos inclinado de lo que quería. Eso dejaba las piernas al descubierto, pero tal vez podría entrenarnos para ajustarse a ello mientras volaban las flechas.

De cualquier forma, el avance era lento, y los hombres del puente estaban tan apretujados que si los parshendi conseguían abatir a uno los otros tropezarían y le pasarían por encima. Si perdía unos cuantos hombres, el equilibrio se acabaría y se caerían con toda seguridad.

«Habrá que manejar esto con mucho cuidado.»

Syl revoloteaba tras la cuadrilla en forma de remolino de hojas transparentes. Tras ella, algo llamó la atención de Kaladin: un soldado uniformado que traía a un grupo harapiento de hombres. «Por fin.» Estaba esperando a otro grupo de reclutas. Le hizo un simple gesto a Roca. El comecuernos asintió y se encargó del entrenamiento. Era hora de descansar de todas formas.

Kaladin subió corriendo la pendiente del borde del aserradero, y llegó justo cuando Gaz interceptaba a los recién llegados.

—Qué grupo tan patético —dijo Gaz—. Creía que había visto lo peor la última vez, pero esto…

Lamaril se encogió de hombros.

—Ahora son tuyos, Gaz. Divídelos como quieras.

Se marchó con sus soldados, dejando a los desafortunados reclutas. Algunos llevaban ropas decentes, pues eran delincuentes recién detenidos. Los demás tenían marcas de esclavo en la frente. Verlos hizo que Kaladin recuperara sensaciones que tuvo que reprimir. Se encontraba todavía en lo alto de una loma muy empinada: un paso en falso y podía enviarlo de nuevo a ese pozo de desesperación.

—En fila, cremlinos —gritó Gaz a los nuevos reclutas, sacando su porra y agitándola. Miró a Kaladin, pero no dijo nada.

El grupo de hombres se alineó rápidamente.

Gaz los contó y escogió a los más altos.

—Vosotros cinco, al Puente Seis. Recordad eso. Olvidadlo y me encargaré de que os azoten.

Contó otro grupo.

—Vosotros seis, al Puente Catorce. Los cuatro del fondo, al Puente Tres. Tú, tú y tú, al Puente Uno. El Puente Dos no necesita ninguno… Vosotros cuatro, al Puente Siete.

Ya estaban todos.

—Gaz —dijo Kaladin, cruzándose de brazos. Syl se posó en su hombro, su pequeña tempestad de hojas convertida de nuevo en una joven.

Gaz se volvió hacia él.

—El Puente Cuatro solo tiene treinta miembros.

—Los puentes Seis y Catorce tienen menos.

—Tienen veintinueve cada uno y acabas de darles un nuevo

puñado de hombres. Y el Puente Uno tiene treinta y siete, y les has enviado tres hombres nuevos.

—Casi no perdiste ninguno en la última carrera, y…

Kaladin cogió a Gaz por el brazo cuando el sargento intentaba marcharse. Gaz dio un respingo y alzó su porra.

«Inténtalo», pensó Kaladin, mirándolo a los ojos. Casi deseó que el sargento lo hiciera.

Gaz apretó los dientes.

—Bien. Un hombre.

—Yo lo escogeré.

—Como quieras. Ninguno vale nada.

Kaladin se volvió hacia el nuevo grupo. Se habían apiñado en grupos según la cuadrilla a la que los había asignado Gaz. Kaladin dirigió rápidamente su atención a los hombres más altos. Para ser esclavos, no se los veía mal alimentados. Dos de ellos parecían…

—¡Eh, gancho! —dijo una voz desde otro grupo—. ¡Eh! Creo que me buscas a mí.

Kaladin se volvió. Un hombre bajo y delgado le estaba haciendo señas. Solo tenía un brazo. ¿Quién lo había asignado a los puentes?

«Detendría una flecha —pensó Kaladin—. Para los de arriba, es para lo único que sirven algunos hombres de los puentes.»

El hombre tenía el pelo castaño y la piel muy bronceada, un poco demasiado oscura para ser alezi. Las uñas de su mano eran de color pizarra y cristalinas; era, por tanto, herdaziano. La mayoría de los recién llegados compartían la misma expresión derrotada de apatía, pero este hombre sonreía, aunque tenía en la frente la marca de esclavo.

«Esa marca es antigua —pensó Kaladin—. O tuvo un amo amable antes de esto, o de algún modo ha resistido las palizas.» Obviamente, el hombre no comprendía lo que le esperaba en los puentes. Ningún hombre sonreiría si lo comprendiera.

—Puedes utilizarme —dijo el hombre—. Los herdazianos somos buenos luchadores, amigo. Verás, una vez estaba con…, bueno, tres tipos y estaban borrachos y todo, pero los vencí.

Hablaba muy rápidamente, uniendo las palabras con su fuerte acento.

Sería un hombre de los puentes terrible. Tal vez podría correr

con el puente sobre los hombros, pero no maniobrarlo. Incluso parecía un poco grueso de cintura. La cuadrilla que se quedara con él lo pondría delante y dejarían que una flecha lo alcanzara para deshacerse de él.

«Tienes que hacer todo lo posible por seguir con vida, pareció susurrar una voz de su pasado. Convertir un problema en una ventaja…»

«Tien.»

—Muy bien —dijo Kaladin, señalando—. Me llevaré al herdaziano del fondo.

—¿Qué? —dijo Gaz.

El hombrecito corrió hacia Kaladin.

—¡Gracias, gancho! Te alegrarás de haberme escogido.

Kaladin se dispuso a marcharse, dejando atrás a Gaz. El sargento se rascó la cabeza.

—¿Has insistido tanto para poder escoger a ese despojo manco?

Kaladin continuó su camino, sin responderle. Se volvió hacia el herdaziano.

—¿Por qué has querido venir conmigo? No sabes nada de las cuadrillas.

—Solo ibas a escoger a uno —dijo el hombre—. Eso significa que un hombre tiene que ser especial, los otros no. Me causas buena impresión. Está en tus ojos, gancho —hizo una pausa—. ¿Qué es una cuadrilla?

Kaladin no pudo sino sonreír ante la actitud del hombre.

—Ya lo verás. ¿Cómo te llamas?

—Lopen —respondió el hombre—. Algunos de mis primos me llaman «el Lopen», porque no conocen a nadie más llamado así. He preguntado mucho, tal vez a un centenar…, o dos centenares de personas, fijo. Y nadie ha oído ese nombre.

Kaladin parpadeó ante el torrente de palabras. ¿Se paraba alguna vez a respirar?

La cuadrilla del Puente Cuatro estaba descansando, a la sombra la enorme estructura tendida sobre un cotado. Los cinco heridos se habían unido a ellos y charlaban. Incluso Leyten se había levantado, lo cual era buena señal. Había tenido muchos problemas para caminar, con aquella pierna aplastada. Kaladin había hecho lo que

había podido, pero se quedaría cojo.

El único que no hablaba con los demás era Dabbid, el hombre que se había conmocionado tanto con la batalla. Seguía a los demás, pero no hablaba. Kaladin empezaba a temer que no se recuperaría nunca de su fatiga mental.

Hobber, el tipo de la cara redonda y la mella que había recibido un flechazo en la pierna, caminaba sin muleta. Pronto podría empezar a correr con los puentes, otra buena cosa. Necesitaban todas las manos que pudieran conseguir.

—Ve a aquel barracón —le dijo a Lopen—. Hay una manta, sandalias y un chaleco para ti en la pila del fondo.

—Muy bien —dijo Lopen, echando a andar. Saludó a unos cuantos hombres al pasar.

Roca se acercó a Kaladin y se cruzó de brazos.

—¿Un nuevo miembro?

—Sí.

—El único que nos quiso dar Gaz, supongo —Roca suspiró—. No es muy útil, ¿no? Es…

Se interrumpió cuando un cuerno sonó sobre el campamento y su eco se escuchó en los edificios de piedra como el bramido de un conchagrande lejano. Kaladin se puso tenso. Sus hombres estaban de guardia. Esperó a que sonara el tercer grupo de cuernos.

—¡Alineaos! —gritó Kaladin—. ¡A moverse!

Al contrario que las otras diecinueve cuadrillas de guardia, los hombres de Kaladin no corrieron confundidos de un lado a otro, sino que se alinearon de modo ordenado. Lopen salió, con un chaleco puesto, y luego vaciló al mirar a los cuatro pelotones, sin saber adónde ir. Lo harían trizas si Kaladin lo ponía delante, pero probablemente los retrasaría si lo colocaba en cualquier otro sitio.

—¡Lopen! —gritó Kaladin.

El manco saludó. «¿Se cree que está en el ejército?»

—¿Ves ese barril de agua de lluvia? Pide algunos odres a los ayudantes de la carpintería. Me dijeron que podíamos coger algunos. Llena tantos como puedas y luego alcánzanos.

—Claro, gancho —dijo Lopen.

—¡Alzad el puente! —gritó Kaladin, colocándose en su puesto delante—. ¡Al hombro!

El Puente Cuatro se puso en marcha. Mientras algunas de las otras cuadrillas esperaban en sus barracones, el equipo de Kaladin cruzó corriendo el patio. Bajaron los primeros la pendiente y llegaron al primer puente permanente antes incluso de que el ejército formara. Allí, Kaladin les ordenó que bajaran el puente y esperaran.

Poco después, Lopen bajó corriendo la colina…, y, sorprendentemente, Dabbid y Hobber lo acompañaban. No podían moverse rápido, no con la cojera de Hobber, pero habían construido una especie de litera con un toldo y dos trozos de madera. En el centro había unos veinte odres de agua. Llegaron trotando hasta la cuadrilla.

—¿Qué es esto? —dijo Kaladin.

—Me dijiste que trajera toda el agua que pudiera —dijo Lopen—. Bueno, los carpinteros nos dieron esto. Lo usan para transportar trozos de madera, dijeron, y como no lo estaban usando, lo cogimos y aquí estamos. ¿Verdad, muli? —le dijo a Dabbid, que tan solo asintió.

—¿Muli? —preguntó Kaladin.

—Significa mudo —dijo Lopen, encogiéndose de hombros—. Porque no parece hablar mucho.

—Comprendo. Bien, buen trabajo. Puente Cuatro, de nuevo en posición. Aquí viene el resto del ejército.

Las siguientes horas fueron lo que se habían acostumbrado a esperar de las cargas con los puentes. Condiciones extremas, llevando el pesado puente por las mesetas. El agua resultó de una gran ayuda. El ejército suministraba ocasionalmente agua a los hombres de los puentes durante las cargas, pero nunca todo lo a menudo que era necesaria. Poder echar un trago después de cruzar cada meseta era tan bueno como disponer de media docena de hombres más.

Pero la verdadera diferencia la producía la práctica. Los hombres del Puente Cuatro ya no se sentían agotados cada vez que soltaban el puente. El trabajo seguía siendo difícil, pero sus cuerpos estaban preparados. Kaladin advirtió más de una mirada de sorpresa o de envidia por parte de las otras cuadrillas mientras sus hombres reían o bromeaban en vez de desplomarse. Correr con un

puente una vez a la semana o así, como hacían los otros hombres, no era suficiente. Una comida extra cada noche, combinada con el entrenamiento, había reforzado los músculos de sus hombres y los había preparado para trabajar.

La marcha fue larga, la más larga que Kaladin había hecho. Se dirigieron hacia el este durante horas. Eso era mala señal. Cuando se dirigían a las mesetas más cercanas solían llegar antes que los parshendi. Pero hasta tan lejos corrían solo para impedir que los parshendi escaparan con la gema corazón: no había ninguna posibilidad de que llegaran antes que el enemigo.

Eso significaba que probablemente sería una aproximación peligrosa. «No estamos preparados para la carga lateral», pensó Kaladin nervioso, mientras se acercaban por fin a una enorme meseta que se alzaba con forma extraña. Había oído hablar de ella: la Torre, la llamaban. Ningún ejército alezi había conseguido jamás una gema corazón ahí.

Soltaron el puente ante el penúltimo abismo, lo colocaron en posición, y Kaladin sintió un mal presagio mientras los exploradores lo cruzaban. La Torre tenía forma de cuña, irregular, con la punta suroriental alzándola al aire y creando una empinada falda. Sadeas había traído a gran número de soldados: esta meseta era enorme y permitía el despliegue de fuerzas más grandes. Kaladin esperó, ansioso. Tal vez tendrían suerte y los parshendi ya se habrían marchado con la gema corazón. Era posible, tan lejos.

Los exploradores regresaron corriendo.

—¡Líneas enemigas al otro lado! ¡Todavía no han abierto la crisálida!

Kaladin gimió para sus adentros. El ejército empezó a cruzar el puente, y sus hombres lo miraron, solemnes, con expresiones sombrías. Sabían lo que vendría a continuación. Algunos de ellos, quizá muchos, no sobrevivirían.

Iba a ser muy duro esta vez. En carreras anteriores, habían tenido un límite. Cuando perdían cuatro o cinco hombres, todavía podían continuar. Ahora solo corrían con treinta miembros. Cada hombre que perdieran los retrasaría enormemente, y la pérdida de cuatro o cinco más los haría avanzar a trompicones, quizás incluso volcar. Cuando eso sucediera, los parshendi lo lanzarían todo contra

ellos. Kaladin lo había visto antes. Si uña cuadrilla empezaba a titubear, los parshendi machacaban.

Además, cuando una cuadrilla tenía un número visiblemente bajo, siempre era blanco de los parshendi. El Puente Cuatro tenía problemas. Podían acabar fácilmente con quince o veinte muertos. Había que hacer algo.

Eso era.

—Acercaos —dijo Kaladin.

Los hombres fruncieron el ceño y se acercaron.

—Vamos a cargar el puente de lado —dijo Kaladin en voz baja —. Yo iré primero. Y guiaré; estad preparados para seguir la dirección que tome.

—Kaladin, la posición lateral es lenta —dijo Teft—. Es una idea interesante, pero…

—¿Confías en mí, Teft?

—Bueno, supongo que sí. —El hombre miró a los demás. Kaladin pudo ver que muchos de ellos no lo hacían, o al menos no del todo.

—Funcionará —insistió—. Vamos a usar el puente como escudo para bloquear las flechas. Tenemos que correr más que los demás puentes. Será duro dejarlos atrás mientras cargamos de lado, pero es lo único que se me ocurre. Si no sale bien, yo iré delante, así que seré el primero en caer. Si muero, cargad al hombro. Hemos practicado esa maniobra… Y os habréis librado de mí.

Los hombres del puente guardaron silencio.

—¿Y si no queremos librarnos de ti? —preguntó el narigudo Natam.

Kaladin sonrió.

—Entonces corred rápido y seguid mis indicaciones. Voy a hacer correcciones inesperadas durante la carrera: estad preparados para cambiar de dirección.

Volvió al puente. Los soldados rasos ya habían cruzado, y los ojos claros (incluyendo a Sadeas con su ornamentada armadura esquirlada) cruzaban a caballo. Kaladin y los hombres del Puente Cuatro los siguieron, y luego retiraron el puente tras ellos. Lo cargaron al hombro hasta la vanguardia del ejército y lo soltaron, esperando a que colocaran los otros puentes en su sitio. Lopen y los

otros aguadores se quedaron atrás con Gaz: parecía que no iban a meterse en líos por no correr. Un pequeño consuelo.

Kaladin sintió que el sudor perlaba su frente. Apenas podía distinguir las filas parshendi delante, al otro lado del abismo. Hombres de negro y escarlata, los arcos cortos preparados, las flechas dispuestas. La enorme pendiente de la Torre se alzaba tras ellos.

El corazón le latió más rápido. Los expectaspren brotaban alrededor de los hombres del ejército, pero no de su equipo. Había que reconocer que tampoco había miedospren: no es que no sintieran miedo, es que no tenían tanto pánico como las otras cuadrillas, así que los miedospren iban allí.

«Cuidado —pareció susurrarle Tukk desde el pasado—. La clave para luchar no es la falta de pasión, sino la pasión controlada. Preocúpate por ganar. Preocúpate por aquellos a quienes defiendes. Tienes que preocuparte por algo.»

«Me preocupo —pensó Kaladin—. Que las tormentas me lleven por idiota, pero me preocupo.»

—¡Puentes arriba! —la voz de Gaz resonó en las primeras filas, repitiendo la orden que le había dado Lamaril.

La cuadrilla de Kaladin se puso en movimiento, giró de lado rápidamente el puente y los hombres lo alzaron. Los más bajos formaron una línea, sujetando el puente a la derecha, mientras que los más altos formaban otra línea más compacta detrás, estirando las manos y sujetando el puente. Lamaril les dirigió una dura mirada, y Kaladin contuvo la respiración.

Gaz se acercó y le susurró algo a Lamaril. El noble asintió lentamente y no dijo nada. El ataque parecía seguro.

El Puente Cuatro cargó.

Tras ellos, las flechas volaban en oleadas sobre las cabezas de los hombres de la cuadrilla, arqueándose en el cielo antes de caer hacia los parshendi. Kaladin corrió, los dientes apretados. Era difícil correr sin tropezar con los rocapullos y los cortezapizarra. Por suerte, aunque su equipo era más lento que de ordinario, su práctica y capacidad de aguante significaban que eran todavía más rápidos que las otras cuadrillas. Con Kaladin a la cabeza, el Puente Cuatro consiguió adelantarse a los demás.

Eso era importante, porque Kaladin dirigió a su equipo ligeramente hacia la derecha, como si estuviera un poco desviado respecto al pesado puente de al lado. Los parshendi se arrodillaron y empezaron a cantar. Las flechas alezi caían entre ellos, distrayendo a algunos, pero los otros alzaron sus arcos.

«Prepárate…», pensó Kaladin. Aceleró, y sintió un súbito arrebato de fuerza. Sus piernas dejaron de esforzarse, su respiración dejó de silbar. Tal vez era la ansiedad de la batalla, quizás el aturdimiento que se apoderaba de él, pero la fuerza inesperada le produjo una leve sensación de euforia. Sentía como si algo zumbara en su interior, mezclándose con su sangre.

En ese momento parecía como si estuviera tirando del puente él solo, como un velero que remolca al barco que lo sigue. Se volvió más a la derecha, en ángulo, poniéndose junto con sus hombres a plena vista de los arqueros parshendi.

Los parshendi continuaban cantando, sabiendo de algún modo, sin tener que recibir órdenes, cuándo tenían que disparar sus flechas. Se llevaron las flechas a las mejillas moteadas, apuntando a los hombres de los puentes. Como era de esperar, muchos apuntaban a los hombres de Kaladin.

«¡Casi estamos lo bastante cerca ya!»

Solo unos segundos más…

«¡Ahora!»

Kaladin se volvió bruscamente a la izquierda justo cuando los parshendi disparaban. El puente se movió con él, cargando ahora con la cara del artefacto apuntando hacia los arqueros. Las flechas volaron, se quebraron contra la madera, se clavaron en ella. Algunas temblaron contra el suelo de piedra bajo sus pies. El puente resonaba con los impactos.

Kaladin oyó gritos desesperados de dolor en las otras cuadrillas. Los hombres caían, algunos de ellos probablemente en su primera carrera. En el Puente Cuatro, nadie gritó. Nadie cayó.

Kaladin giró de nuevo el puente, corriendo en ángulo en otra dirección, con los hombres de nuevo al descubierto. Los sorprendidos parshendi prepararon sus flechas. Normalmente, disparaban en oleadas. Eso daba a Kaladin una oportunidad, pues en cuanto vio que los parshendi apuntaban, se dio la vuelta, usando

el recio puente como escudo.

De nuevo las flechas se clavaron en la madera. De nuevo, las cuadrillas de los otros puentes gritaron. De nuevo, la carrera en zigzag de Kaladin protegió a sus hombres.

«Una más», pensó Kaladin. Esta sería la más dura. Los parshendi sabrían lo que iba a hacer. Estarían preparados para disparar cuando se giraran.

Se giró.

Nadie disparó.

Sorprendido, advirtió que los arqueros parshendi habían vuelto toda su atención a las otras cuadrillas, buscando otros blancos más fáciles. El espacio delante del Puente Cuatro estaba virtualmente despejado.

El abismo estaba cerca y, a pesar de su desvío, Kaladin llevó a su equipo al lugar adecuado. Todos tenían que estar alineados juntos para que la caballería pasara. Kaladin dio rápidamente la orden de soltar el puente. Algunos de los arqueros parshendi volvieron la atención hacia ellos, pero la mayoría los ignoró y siguieron disparando sus flechas contra las otras cuadrillas.

Un estrépito tras ellos anunció que un puente caía. Kaladin y sus hombres empujaron, los arqueros alezi de detrás asaetearon a los parshendi para distraerlos y permitirles seguir empujando el puente. Kaladin, sin dejar de empujar, se arriesgó a mirar por encima del hombro.

El siguiente puente en línea estaba cerca. Era el Puente Siete, pero vacilaban, alcanzados por una flecha tras otra. Cayeron mientras ellos miraban, y el puente se estrelló contra las rocas. Ahora el Puente Veintisiete vacilaba. Otros dos puentes habían caído ya. El Puente Seis había llegado al abismo, pero a duras penas, abatidos la mitad de sus hombres. ¿Dónde estaban las otras cuadrillas? No podía verlo, y tuvo que volver a su trabajo.

Los hombres de Kaladin colocaron el puente con un golpe, y Kaladin dio la orden de retirarse. Sus hombres y él se apartaron para permitir pasar a la caballería. Pero la caballería no llegó. Secándose el sudor de la frente, Kaladin dio media vuelta.

Otras cinco cuadrillas habían fijado sus puentes, pero los demás todavía pugnaban por llegar al abismo. Inesperadamente, habían

intentado ladear sus puentes para bloquear las flechas, imitando a Kaladin y su equipo. Muchos tropezaban, algunos hombres trataban de bajar el puente para protegerse mientras otros seguían corriendo hacia delante.

Fue un caos. Estos hombres no habían practicado la carga lateral. Cuando una tripulación trataba de alzar su puente para asumir la nueva posición, lo dejaron caer. Dos cuadrillas más fueron abatidas completamente por los parshendi, que continuaban disparando.

La caballería pesada cargó y cruzó los seis puentes que habían sido emplazados. Normalmente, dos filas de jinetes por cada puente componían una masa de cien jinetes, de treinta a cuarenta a lo ancho y tres filas de fondo. Eso dependía de cuántos puentes fueran alineados, permitiendo una carga efectiva contra los centenares de arqueros parshendi.

Pero los puentes habían sido fijados de manera demasiado errática. Algunos jinetes cruzaron, pero de forma dispersa, y no pudieron atacar a los parshendi sin temor a ser rodeados.

Los soldados de infantería habían empezado a empujar el Puente Seis para colocarlo en su sitio. «Deberíamos ir a ayudar para que esos otros puentes crucen.»

Pero era demasiado tarde. Aunque Kaladin estaba cerca del campo de batalla, sus hombres, como era su costumbre, se habían refugiado tras la roca más cercana. La que habían elegido estaba lo bastante cerca para ver la batalla, pero bien protegida de las flechas. Los parshendi siempre ignoraban a los hombres de los puentes después del ataque inicial, aunque los alezi cuidaban de dejar guardias detrás para proteger el punto de desembarco y vigilar que los parshendi no les cortaran la retirada.

Los soldados finalmente colocaron el Puente Seis en posición, y dos cuadrillas más emplazaron los suyos, pero la mitad de los puentes no lo había conseguido. El ejército tuvo que reorganizarse, avanzando para apoyar a la caballería y dividiéndose para cruzar por donde habían emplazado los puentes.

Teft dejó atrás la protección de la roca y cogió a Kaladin del brazo, tirando de él hasta llevarlo a lugar seguro. Kaladin dejó que lo hiciera, pero siguió mirando la batalla, comprendiendo algo

horrible.

Roca se detuvo junto a Kaladin y le dio una palmada en el hombro. El pelo del gran comecuernos estaba aplastado por el sudor, pero sonreía de oreja a oreja.

—¡Un milagro! ¡Ni un solo hombre herido!

Moash se le acercó.

—¡Padre Tormenta! No puedo creer lo que acabamos de hacer. ¡Kaladin, has cambiado las carreras con los puentes para siempre!

—No —dijo Kaladin en voz baja—. He socavado por completo nuestro ataque.

—Yo… ¿Qué?

«¡Padre Tormenta!», pensó Kaladin. La caballería había quedado aislada. Una carga de caballería necesitaba una línea compacta: lo que la hacía funcionar era la intimidación tanto como su fuerza.

Pero aquí los parshendi podían retirarse y atacar a los jinetes por los flancos. Y los soldados de infantería no habían llegado lo bastante rápido para ayudar. Varios grupos de jinetes luchaban completamente rodeados. Los soldados se agolpaban en los puentes que habían sido emplazados, intentando cruzar, pero los parshendi tenían una posición sólida y los repelían. Los lanceros caían de los puentes, y los parshendi consiguieron lanzar uno al abismo. Las fuerzas alezi pronto pasaron a la defensiva, los soldados concentrados en mantener las cabezas de puente para asegurar una vía de retirada para la caballería.

Kaladin observaba, observaba con toda su atención. Nunca había estudiado las tácticas y necesidades del ejército entero en estos ataques. Había estimado solamente las necesidades de su propia cuadrilla. Fue un error estúpido, y tendría que haberlo advertido. Tendría que haberse dado cuenta, si todavía se consideraba un soldado de verdad. Odió a Sadeas; odió la forma en que ese hombre usaba las cuadrillas de los puentes. Pero no tendría que haber cambiado la táctica básica del Puente Cuatro sin tener en cuenta el plan de conjunto de la batalla.

«Desvié la atención a las otras cuadrillas —pensó—. Eso nos hizo llegar al abismo demasiado pronto, y retrasó a algunas de las otras.»

Y, como él había corrido delante, muchos otros hombres de los puentes habían visto cómo había empleado la estructura como

escudo.

Eso los había llevado a imitar al Puente Cuatro. Cada cuadrilla había acabado corriendo a velocidad distinta, y los arqueros alezi no habían sabido dónde concentrar sus descargas para reducir la fuerza parshendi para los desembarcos.

«¡Padre Tormenta! ¡Acabo de costarle a Sadeas esta batalla!»

Habría repercusiones. Los hombres de los puentes habían sido olvidados mientras los generales y capitanes se reunían para revisar sus planes de batalla. Pero cuando esto terminara, vendrían a por él.

O tal vez sucedería antes. Gaz y Lamaril, con un grupo de lanceros de reserva, marchaban hacia el Puente Cuatro.

Roca se colocó junto a Kaladin por un lado, y el nervioso Teft lo hizo por el otro, con una piedra en la mano. Los hombres del puente tras Kaladin empezaron a murmurar.

—Retroceded —les dijo Kaladin en voz baja a Roca y Teft.

—¡Pero Kaladin! —exclamó Teft—. Ellos…

—Retroceded. Reunid a los hombres. Que vuelvan al aserradero a salvo, si podéis.

«Si alguno de nosotros escapa a este desastre.»

Como Roca y Teft no retrocedieron, Kaladin dio un paso adelante. La batalla seguía su curso en la Torre: el grupo de Sadeas, liderado por el portador de esquirlada en persona, había conseguido conquistar una pequeña porción de terreno y lo conservaba con uñas y dientes. Los cadáveres se amontonaban en ambos bandos. No sería suficiente.

Roca y Teft se situaron de nuevo junto a Kaladin, pero él los obligó a retroceder. Se volvió entonces hacia Gaz y Lamaril. «Señalaré que Gaz me dijo que hiciera esto —pensó—. Sugirió que usara una carga lateral en el ataque.»

Pero no. No había testigos. Sería su palabra contra la de Gaz. No funcionaría, y además ese argumento daría a Gaz y Lamaril motivos suficientes para matarlo de inmediato, antes de que pudiera hablar con sus superiores.

Kaladin tenía que hacer otra cosa.

—¿Tienes idea de lo que has hecho? —farfulló Gaz mientras se acercaba.

—He trastocado la estrategia del ejército, convirtiendo en un caos toda la fuerza de asalto —dijo Kaladin—. Vienes a castigarme para que cuando tus superiores vengan gritándote para saber qué ha pasado, puedas al menos mostrar que actuaste con rapidez contra el responsable.

Gaz vaciló. Lamaril y los lanceros se detuvieron a su alrededor. El sargento parecía sorprendido.

—Si sirve de algo, no sabía que iba a suceder esto —dijo Kaladin —. Solo intentaba sobrevivir.

—Los hombres de los puentes no están hechos para sobrevivir —dijo Lamaril, cortante. Hizo un gesto a un par de soldados y señaló a Kaladin.

—Si respetáis mi vida, prometo que les diré a vuestros superiores que no tuvisteis nada que ver son esto. Si me matáis, parecerá que intentáis esconder algo.

—¿Esconder algo? —dijo Gaz, mirando la batalla en la Torre. Una flecha perdida rebotó entre las rocas a poca distancia, rompiendo el astil—. ¿Qué tendríamos que esconder?

—Depende. Puede parecer que esto fue idea vuestra desde el principio. Brillante señor Lamaril, no me detuviste. Podrías haberlo hecho, pero no lo hiciste, y los soldados os vieron hablar a Gaz y a ti cuando visteis lo que hacía. Si no puedo declarar que ignorabais lo que iba a hacer, tendréis un buen problema.

Los soldados de Lamaril miraron a su líder. El ojos claros frunció el ceño.

—Golpeadlo —dijo—, pero no lo matéis.

Dio media vuelta y regresó hacia las líneas de reserva alezi.

Los fornidos lanceros avanzaron hacia Kaladin. Eran ojos oscuros, pero bien podrían haber sido parshendi por la simpatía que le mostraron. Kaladin cerró los ojos y se preparó. No podía resistirse. No si quería permanecer en el Puente Cuatro.

La culata de una lanza le golpeó en el estómago y lo derribó al suelo, y jadeó cuando los soldados empezaron a darle patadas. Una bota abrió la bolsa que llevaba al cinto. Sus esferas, demasiado preciosas para dejarlas en el barracón, se dispersaron entre las piedras. De algún modo habían perdido su luz tormentosa, y ahora eran opacas, agotada su vida.

Los soldados siguieron dándole patadas.

Análisis de cuatro ciudades del mundo y sus formas subyacentes, basado en los planos encontrados en los archivos del Palaneo, Kharbanth.

Akinah

Cuando se quitan las actuales calles y avenidas principales de Akinah, Ciudad Thayler, Vedenar y Kholinar y se combinanlos bloques de calles en formasm ás grandes, dejando atrás las formaciones rocosas naturales sobre las que estas ciudades se construyeron originalmente la pauta subyacente de la piedra queda más clara.

Ciudad Thayler

La divina simetría en diez partes de Akinah se acentúa cuando la forma de la ciudad se ve desde arriba. Entre las líneas de Ciudad Thaylen merge una pauta estrelladaa. Las retorcidas calles de Vedenar se convierten en un diseño organizado de flechas y círculos.

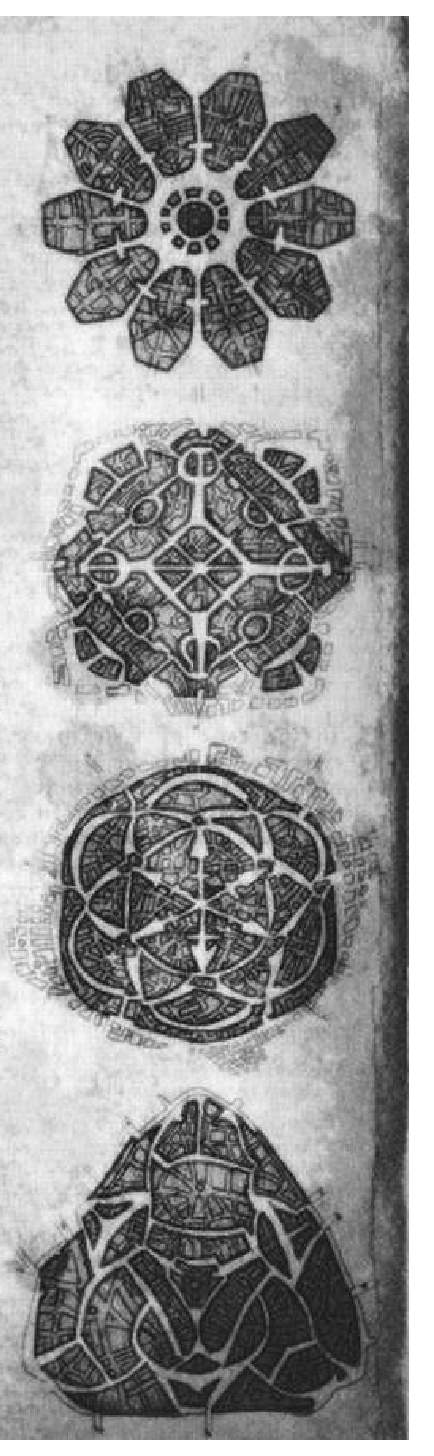
Vedenar

En el caso de Kholinar, incluso las murallas de la ciudad siguen el controno de las formaciones rocosas subcartografiadas conocidas como las Hojas del Viento. Las murallas incorporan las formaciones, usándolas para aumentar la fuerza defensiva de la ciudad.

Kholinar

Me pregunto si es una extraña coincidencia, y si no lo es, ¿entonces qué significa?

El erudito Kabsal





«Cambiaron, incluso cuando los combatíamos. Eran como sombras que pueden transformarse mientras baila la llama. Nunca los subestimes por lo que ves primero.»

Se dice que es un borrador recopilado por Talatin, Radiante de la Orden de los Guardapiedras. La fuente (*Encarnado,* de Guvlow) se considera fiable, aunque esto procede de un fragmento copiado de «El poema de la séptima mañana», que se ha perdido.

A veces, cuando Shallan entraba en el Palaneo propiamente dicho (es decir, el gran almacén de libros, manuscritos y pergaminos que estaba situado más allá de las zonas de estudio del Velo) se distraía tanto con su belleza y magnitud que se olvidaba de todo lo demás.

El Palaneo tenía forma de pirámide invertida tallada en la roca. Tenía plataformas externas que rodeaban como balcones su perímetro. Levemente inclinadas, recorrían las cuatro paredes formando una majestuosa espiral cuadrangular, una gigantesca escalera que apuntaba hacia el centro de Roshar. Una serie de ascensores proporcionaba un método de descenso más rápido.

Desde la barandilla del último nivel, Shallan podía ver solo de la mitad para abajo. Este lugar parecía demasiado grande, demasiado inmenso, para haber sido tallado por las manos de los hombres. ¿Cómo se alineaban de forma tan perfecta los niveles de las

terrazas? ¿Habían utilizado animistas para crear los espacios abiertos? ¿Cuántas gemas habrían sido necesarias?

La luz era tenue: no había iluminación general, solo pequeñas lámparas de esmeraldas enfocadas para iluminar los suelos de las plataformas. Los fervorosos del Devotario del Conocimiento recorrían periódicamente los niveles, cambiando las esferas. Tenía que haber cientos y cientos de esmeraldas: al parecer, componían el tesoro real kharbranthino. ¿Qué mejor lugar donde guardarlo que en el Palaneo, tan seguro? Aquí podía estar protegido y a la vez servir para iluminar la enorme biblioteca.

Shallan continuó su camino. Su sirviente parshmenio llevaba una linterna esfera que contenía un trío de marcos de zafiro. La suave luz azul se reflejaba contra la paredes de piedra, porciones de las cuales habían sido animadas en cuarzo por motivos puramente decorativos. Los pasamanos habían sido tallados en madera, y luego transformados en mármol. Cuando pasó las manos por uno, pudo sentir el grano de la madera original. Al mismo tiempo, tenía la fría lisura de la piedra. Una rareza que parecía diseñada para confundir los sentidos.

Su parshmenio llevaba una cestita de libros llenos de dibujos de famosas científicas naturales. Jasnah había empezado a permitirle pasar algún tiempo estudiando temas de su propia elección. Solo una hora al día, pero era sorprendente lo preciosa que se había convertido esa hora. Recientemente, había estado investigando los *Viajes occidentales* de Myalmr.

El mundo era un lugar maravilloso. Ansiaba aprender más, deseaba observar todas y cada una de sus criaturas, tener sus dibujos en sus libros. Organizar Roshar capturándolo en imágenes. Los libros que leía, aunque maravillosos, parecían incompletos. Cada autora era buena con las palabras o con los dibujos, pero rara vez con ambas cosas. Y si la autora era buena con ambas, entonces su comprensión de la ciencia era pobre.

Había tantas lagunas en su comprensión. Lagunas que Shallan podía llenar.

«No —se dijo con firmeza mientras caminaba—. No es eso lo que he venido a hacer aquí.»

Cada vez resultaba más y más difícil concentrarse en el robo,

aunque Jasnah, como esperaba, había empezado a usarla como ayudante en el baño. Eso tal vez presentaría pronto la oportunidad que necesitaba. Y sin embargo, cuanto más estudiaba, más anhelaba el conocimiento.

Condujo a su parshmenio hasta uno de los ascensores. Allí, otros dos parshmenios empezaron a bajarla. Shallan miró la cesta de libros. Podía pasar el tiempo en el ascensor leyendo, tal vez terminar aquella parte de *Viajes occidentales*…

Dio media vuelta. «Concéntrate.» Cinco niveles más abajo, salió al pequeño pasillo que conectaba el ascensor con las rampas de las paredes. Al llegar a la pared, dobló a la derecha y siguió bajando un poco más. La pared estaba llena de puertas y, tras encontrar la que quería, entró en una gran cámara de piedra llena de altos estantes.

—Espera aquí —le dijo a su parshmenio mientras sacaba su carpeta de dibujo de la cesta. Se la colocó bajo el brazo, cogió la linterna y se internó entre las estanterías.

Podías desaparecer durante horas en el Palaneo y no ver nunca a nadie más. Shallan rara vez veía un alma mientras buscaba un oscuro libro para Jasnah. Había fervorosos y sirvientes que traían los volúmenes, naturalmente, pero a Jasnah le parecía importante que Shallan practicara haciéndolo ella misma. Al parecer, el sistema de clasificación kharbranthino era ahora el común para muchas de las bibliotecas y archivos de Roshar.

Al fondo de la sala encontró un pequeño escritorio de maderazorca. Colocó su linterna a un lado, y se sentó en el taburete y sacó su carpeta. La sala estaba silenciosa y oscura, y su linterna revelaba los finales de las estanterías situadas a la derecha y una lisa pared de piedra a la izquierda. El aire olía a papel viejo y polvo. No a humedad. Nunca había humedad en el Palaneo. Tal vez la sequedad tenía algo que ver con las largas pozas de polvo blanco que había en los extremos de cada sala.

Deshizo los nudos de cuero de la carpeta. Dentro, las hojas superiores estaban en blanco, y las siguientes contenían dibujos que había hecho de algunas personas del Palaneo. Más caras para su colección. Ocultos en el centro había dibujos más importantes: bocetos de Jasnah realizando fijanimaciones.

La princesa usaba su animista en pocas ocasiones: quizá vacilaba

en usarla cuando Shallan estaba cerca. Pero Shallan había capturado un puñado de ocasiones, sobre todo cuando Jasnah estaba distraída y al parecer había olvidado que no estaba sola.

Shallan alzó una imagen. Jasnah, sentada en su reservado, la mano a un lado y tocando un arrugado papel, con una gema de su animista brillando. El papel se había convertido en una bola de fuego. No había ardido. Se había convertido en fuego. Lenguas de fuego retorciéndose, un destello de calor en el aire. ¿Qué era lo que Jasnah había querido ocultar?

Otra imagen mostraba a Jasnah animando el vino en su copa para convertirlo en un bloque de cristal para usar como pisapapeles, la copa misma sujetaba otro fajo de papeles, en una de las raras ocasiones en que cenaron (y estudiaron) en un patio fuera del Cónclave. También estaba el de Jasnah quemando palabras después de haberse quedado sin tinta. Cuando Shallan la vio quemar letras en la página, se sorprendió ante la precisión de la animista.

Parecía que esta animista estaba sintonizada con las tres Esencias en concreto: Vapor, Chispa y Lucentia. Pero debería poder crear cualquiera de las Diez Esencias, desde Céfiro a Talus. La última era la más importante para Shallan, ya que Talus incluía piedra y tierra. Funcionaría: las animistas eran muy raras en Jah Keved, y el mármol, jade y ópalo de su familia se vendían a buen precio. No podían crear gemas auténticas con una animista (se decía que era imposible), pero sí crear otros depósitos de valor casi igual.

Cuando esos depósitos se agotaran, tendrían que dedicarse a comercios menos lucrativos. No importaba. Para entonces, habrían saldado sus deudas y compensado a aquellos con quienes no habían cumplido sus promesas. La casa Davar volvería a carecer de importancia, pero no se desmoronaría.

Shallan volvió a estudiar las imágenes. La princesa alezi parecía enormemente despreocupada con respecto a la animación. ¿Poseía uno de los artefactos más potentes de todo Roshar, y lo usaba para crear…, pisapapeles? ¿Para qué más empleaba la animista, cuando Shallan no miraba? Jasnah parecía usarla ahora con menos asiduidad que antes en su presencia.

Shallan buscó en el bolsillo seguro de su manga, y sacó la

animista rota de su padre. Había sido lastimada por dos sitios: en una de las cadenas y en el engarce que sujetaba una de las piedras. La inspeccionó a la luz, buscando, no por primera vez, señales de aquel daño. El eslabón de la cadena había sido sustituido perfectamente y el engarce reforjado igualmente bien. Incluso sabiendo con exactitud dónde estaban los cortes, no pudo encontrar ningún defecto. Por desgracia, reparar solo los defectos externos no la había hecho funcionar.

Sopesó la cargada construcción de metal y cadenas. Luego se la puso, envolviendo las cadenas en su pulgar, meñique y dedo medio. No había gemas en el artilugio en este momento. Comparó la animista rota con los dibujos, inspeccionándola desde todas partes. Sí, parecía idéntica. Eso la había tenido preocupada.

Shallan sintió que su corazón se aceleraba mientras observaba la animista rota. Robarle a Jasnah había parecido aceptable cuando la princesa era una figura lejana y desconocida. Una hereje, presumiblemente de mal genio y exigente. ¿Pero y la Jasnah real? ¿Una cuidadosa erudita, severa pero justa, con un sorprendente nivel de sabiduría y reflexión? ¿Podía de verdad robarle?

Trató de apaciguar su corazón. Incluso de niña había sido así. Podía recordar sus lágrimas por las peleas entre sus padres. No era buena con las confrontaciones.

Pero lo haría. Por Nan Balat, Tet Wikim y Asha Jushu. Sus hermanos dependían de ella. Se apretó los muslos con las manos para impedir que temblaran, tomó aire y lo expulsó. Después de unos cuantos minutos, los nervios bajo control, se quitó la animista dañada y la devolvió a su bolsillo. Recogió sus papeles. Podrían ser importantes para descubrir cómo utilizar la animista. ¿Qué iba a hacer al respecto? ¿Había un modo de preguntarle a Jasnah sin despertar sospechas?

Una luz fluctuando a través de las estanterías cercanas la sobresaltó, y guardó su carpeta. Resultó ser solo una vieja fervorosa con una linterna que caminaba arrastrando los pies, seguida por un sirviente parshmenio. No miró en dirección a Shallan mientras se desviaba entre dos hileras de estantes, la luz de su linterna asomando a través de los espacios entre los libros. Iluminada así, con su figura oculta pero la luz fluyendo entre los estantes, parecía

como si uno de los mismísimos Heraldos caminara por los pasillos.

Su corazón empezó de nuevo a acelerar. Shallan se llevó la mano segura al pecho. «Soy una ladrona terrible», pensó con una mueca. Terminó de recoger sus cosas y se internó entre los estantes, alzando la linterna ante ella. El cabezal de cada fila estaba tallado con símbolos, indicando la fecha en que los libros habían entrado en el Palaneo. Así era como se organizaban. Había enormes armarios llenos de índices en el nivel superior.

Jasnah la había enviado a recoger (y luego leer) un ejemplar de *Diálogos*, una famosa obra histórica sobre teoría política. Sin embargo, era también la sala que contenía *Sombras recordadas*, el libro que Jasnah estaba leyendo cuando las visitó el rey. Shallan lo había buscado luego en el índice. Tal vez hubieran vuelto a archivarlo.

Súbitamente curiosa, Shallan contó las filas. Avanzó y contó los estantes hacia dentro. Cerca del centro y al pie, encontró un fino volumen rojo con una cubierta de cuero roja. *Sombras recordadas*. Colocó la linterna en el suelo y sacó el libro, sintiéndose como una cleptómana mientras hojeaba las páginas.

Lo que descubrió la confundió. No se había dado cuenta de que era un libro de historias para niños. No había comentarios, solo una colección de relatos. Shallan se sentó en el suelo y leyó el primero. Era la historia de un niño que se alejaba de casa una noche y era perseguido por los Vaciadores hasta que se escondía en una cueva junto a un lago. Tallaba un trozo de madera hasta darle más o menos forma humana y la hacía flotar en el lago para engañar a las criaturas para que la persiguieran y se la comieran.

Shallan no tenía mucho tiempo (Jasnah sospecharía si permanecía aquí demasiado rato), pero revisó el resto de las historias. Todas eran similares, cuentos de fantasmas sobre espíritus o Vaciadores. El único comentario estaba al final, explicando que a la autora le llamaban la atención los cuentos que relataban los plebeyos ojos claros. Se había pasado años recopilándolos y registrándolos.

«*Sombras recordadas* —pensó Shallan—, habrían estado mejor olvidadas.»

¿Esto era lo que estaba leyendo Jasnah? Shallan esperaba que el

libro fuera una profunda discusión filosófica sobre un asesinato histórico oculto. Jasnah era veristitaliana. Construía la verdad de lo que había sucedido en el pasado. ¿Qué clase de verdad podía encontrar en historias contadas para asustar a los niños ojos oscuros desobedientes?

Volvió a colocar el libro en su sitio y se marchó a toda prisa.

Poco después, Shallan regresó al reservado estudio para descubrir que su prisa había sido innecesaria. Jasnah no estaba allí. Kabsal, sin embargo, sí.

El joven fervoroso estaba sentado ante la larga mesa, hojeando uno de los libros de arte de Shallan. Ella reparó en él antes de que la viera, y tuvo que sonreír a pesar de sus preocupaciones. Se cruzó de brazos y adoptó una expresión dubitativa.

—¿Otra vez? —preguntó.

Kabsal dio un salto y cerró el libro.

—Shallan —dijo, reflejando en su cabeza calva la luz azul de la linterna del parshmenio que la acompañaba—. Vine a buscar…

—A Jasnah —dijo ella—. Como siempre. Y sin embargo, ella no está aquí nunca cuando vienes.

—Una desafortunada coincidencia —respondió él, llevándose una mano a la frente—. Soy un pobre juez de la oportunidad, ¿no?

—¿Y eso que hay a tus pies es una cesta de pan?

—Un regalo para la brillante Jasnah. Del Devotario del Conocimiento.

—Dudo que una cesta de pan pueda convencerla de que renuncie a su herejía. Tal vez si incluyeras mermelada…

El fervoroso sonrió, recogió la cesta y sacó un frasquito de roja mermelada de simbaya.

—Naturalmente, te he dicho que a Jasnah no le gusta la mermelada. Y sin embargo la traes de todas formas, sabiendo que la mermelada se cuenta entre mis comidas favoritas. Y has hecho esto…, ¿una docena de veces en los últimos pocos meses?

—Me estoy volviendo un poco transparente, ¿verdad?

—Una pizca —dijo ella, sonriendo—. Es por mi alma, ¿no? Estás preocupado por mí porque soy aprendiz de una hereje.

—Esto…, bueno, sí, eso me temo.

—Debería sentirme insultada. Pero has traído mermelada.

Shallan sonrió, le indicó a su parshmenio que depositara sus libros y luego esperara junto a la puerta. ¿Sería verdad que en las Llanuras Quebradas había parshmenios que luchaban? Parecía difícil de creer. Nunca había conocido a un parshmenio que levantara siquiera la voz. No parecían lo suficientemente inteligentes para desobedecer.

Naturalmente, algunos informes que había oído (incluyendo los que Jasnah le había dado a leer cuando estudiaba el asesinato del rey Gavilar) indicaban que los parshendi no eran como los demás parshmenios. Eran más grandes, tenían extrañas armaduras que brotaban de su piel, y hablaban con más frecuencia. Tal vez no eran parshmenios, sino algún tipo de primos lejanos, una raza completamente distinta.

Se sentó a la mesa mientras Kabsal sacaba el pan y su parshmenio esperaba en la puerta. Como carabina no era gran cosa, pero Kabsal era fervoroso, lo que significaba que técnicamente Shallan no necesitaba ninguna.

Había comprado el pan en una panadería thayleña, lo que significaba que era esponjoso y marrón. Y, como era fervoroso, no importaba que la mermelada fuera una comida femenina: podrían disfrutarla juntos. Lo miró mientras cortaba el pan. Los fervorosos al servicio de su padre eran todos hombres o mujeres curtidos de mediana edad, mirada severa e impacientes con los niños. Nunca había considerado que los devotarios atrajeran a hombres jóvenes como Kabsal.

Durante estas últimas semanas, había empezado a pensar en él de formas que sería mejor evitar.

—¿Has considerado qué tipo de persona declaras ser al preferir la mermelada de simbaya? —advirtió él.

—No sabía que mi gusto por la mermelada pudiera ser tan significativo.

—Hay quienes han estudiado el tema —dijo Kabsal, untando la densa mermelada roja y tendiéndole la rebanada—. Trabajando en el Palaneo se encuentra uno con libros muy raros. No es difícil llegar a la conclusión de que tal vez todo ha sido estudiado ya en un momento u otro.

—Hmm —dijo Shallan—. ¿Y la mermelada de simbaya?

—Según los *Paladares de personalidad* (y, sí, antes de que pongas ninguna objeción, es un libro de verdad y se titula así), el gusto por la simbaya indica una personalidad espontánea e impulsiva. Y también una preferencia por… —Se interrumpió mientras una bola de papel rebotaba en su frente. Parpadeó.

—Lo siento —dijo Shallan—. Me ha dado por ahí. Debe de ser la impulsividad y espontaneidad que tengo.

El sonrió.

—¿Estás en desacuerdo con las conclusiones?

—No lo sé —respondió ella, encogiéndose de hombros—. He visto gente decir que podían determinar mi personalidad basándose en el día en que nací, o en la posición de la Cicatriz de Taln en mi séptimo cumpleaños, o por medio de extrapolaciones numerológicas del décimo paradigma glífico. Pero creo que es más complicado que eso.

—¿Las personas son más complicadas que las extrapolaciones numerológicas del décimo paradigma glífico? —dijo Kabsal, extendiendo mermelada sobre un trozo de pan para él—. No me extraña que me cueste tanto comprender a las mujeres.

—Muy gracioso. Quiero decir que somos más complejos que meros grupos de tendencias de personalidad. ¿Soy espontánea? A veces. Podrías describir mi persecución a Jasnah para convertirme en su pupila como algo así. Pero, antes de eso, me pasé diecisiete años siendo tan poco espontánea como era posible. En muchas situaciones, si me animan, mi lengua puede ser bastante espontánea, pero mis acciones rara vez lo son. Todos somos espontáneos en algunas ocasiones, y todos somos conservadores en otras.

—Entonces estás diciendo que el libro tiene razón. Dice que eres espontánea: tú eres espontánea en ocasiones. Por tanto, es correcto.

—Según ese argumento, acierta con todo el mundo.

—¡Al cien por ciento!

—Bueno, al cien por ciento no —dijo Shallan, engullendo otro bocado del dulce y esponjoso pan—. Como se ha dicho, Jasnah odia todo tipo de mermeladas.

—Ah, sí. También es una hereje de la mermelada. Su alma corre

más peligro de lo que yo creía. —Él sonrió y le dio un bocado a su pan.

—En efecto —dijo Shallan—. ¿Y qué más dice ese libro tuyo sobre mí, y la mitad de la población mundial, porque nos gusta la comida con azúcar?

—Bueno, el gusto por la simbaya se supone que indica también amor por estar al aire libre.

—Ah, el aire libre. Visité una vez ese mítico lugar. Fue hace tanto tiempo que casi lo he olvidado. Dime, ¿todavía brilla el sol, o es solo un recuerdo ensoñado por mi parte?

—Sin duda tus estudios no serán tan duros.

—A Jasnah le entusiasma el polvo —dijo Shallan—. Creo que vive de él, alimentándose de las partículas como los chulls aplastan los rocapullos.

—¿Y tú, Shallan? ¿De qué vives?

—Del carboncillo.

Él pareció confundido al principio, hasta que miró su carpeta.

—Ah, sí. Me sorprendió lo rápidamente que tu nombre y tus imágenes se extendieron por el Cónclave.

Shallan se terminó el pan, y luego se limpió las manos en una servilleta húmeda que Kabsal había traído.

—Haces que parezca una enfermedad. —Se pasó un dedo por el pelo rojo, sonriendo—. Supongo que tengo el color de un sarpullido, ¿no?

—Tonterías —dijo él con severidad—. No deberías decir esas cosas, brillante. Es irrespetuoso.

—¿Conmigo misma?

—No. Con el Todopoderoso que te creó.

—También creó a los cremlinos. Por no mencionar los sarpullidos y enfermedades. Así que ser comparada con uno es un honor.

—No comprendo esa lógica, brillante. Ya que creó todas las cosas, las comparaciones no tienen sentido.

—¿Como lo que dice tu libro de los *Paladares*?

—Buena respuesta.

—Hay cosas peores que ser una enfermedad —dijo ella, divagando—. Cuando tienes una, te recuerda que estás vivo. Te

hace luchar por lo que tienes. Cuando la enfermedad ha agotado su curso, la vida sana normal parece maravillosa en comparación.

—¿Y no preferirías ser una sensación de euforia? ¿Y traer sensaciones placenteras y alegría a aquellos a quienes infectas?

—La euforia pasa. Suele ser breve, así que pasamos más tiempo anhelándola que disfrutándola. —Shallan suspiró—. Mira lo que hemos hecho. Ahora estoy deprimida. Al menos volver a mis estudios parecerá emocionante en comparación.

Él miró los libros con el ceño fruncido.

—Tenía la impresión de que disfrutabas con tus estudios.

—Yo también. Entonces Jasnah Kholin entró en mi vida y demostró que incluso algo agradable puede volverse aburrido.

—Ya veo. ¿Entonces es una maestra dura?

—En realidad, no. Es que me gustan las hipérboles.

—A mí no —dijo él—. Es una putada.

—¡Kabsal!

—Lo siento —dijo él. Entonces miró hacia arriba—. Lo siento.

—Estoy segura de que el techo te perdona. Para conseguir la atención del Todopoderoso, tal vez quieras quemar una plegaria.

—Le debo unas pocas ya. ¿Y estabas diciendo…?

—Bueno, la brillante Jasnah no es una maestra dura. Es todo lo que se dice de ella. Inteligente, hermosa, misteriosa. Soy afortunada al ser su pupila.

Kabsal asintió.

—Se dice que es una mujer invaluable, excepto por una cosa.

—¿Te refieres a la herejía?

Él asintió.

—Para mí no es tan malo como crees —dijo ella—. Rara vez habla de sus convicciones a menos que se la provoque.

—Se siente avergonzada, entonces.

—Lo dudo. Simplemente es considerada.

El la miró.

—No tienes que preocuparte por mí —dijo Shallan—. Jasnah no intenta convencerme para que abandone los devotarios.

Kabsal se inclinó hacia delante, más sombrío. Era mayor que ella: un hombre de veintipocos años, confiado, seguro de sí mismo y formal. Era prácticamente el único hombre cercano a su edad con

quien había hablado sin la cuidadosa supervisión de su padre.

Pero también era fervoroso. Así que, naturalmente, de ahí no podía surgir nada. ¿No?

—Shallan —dijo Kabsal amablemente— ¿no ves cómo nosotros…, cómo yo, nos preocupamos? La brillante Jasnah es una mujer muy poderosa e intrigante. Es de esperar que sus ideas sean contagiosas.

—¿Contagiosas? Creí que dijiste que la enfermedad era yo.

—¡Yo nunca he dicho eso!

—Sí, pero pretendí que lo hiciste. Lo cual es virtualmente lo mismo.

Él frunció el ceño.

—Brillante Shallan, los fervorosos estamos preocupados por ti. Las almas de los hijos del Todopoderoso son nuestra responsabilidad. Jasnah tiene a sus espaldas una historia de corromper a aquellos con quienes entra en contacto.

—¿De veras? —preguntó Shallan, genuinamente interesada—. ¿Otras pupilas?

—No estoy en situación de decirlo.

—Podemos irnos a otra situación.

—Soy firme en este aspecto, brillante. No hablaré del tema.

—Escríbelo, entonces.

—Brillante… —dijo él, y su vez adquirió un tono sufriente.

—Oh, está bien —suspiró ella—. Bueno, puedo asegurarte que mi alma está bien y sin ninguna infección.

Él se acomodó en su silla y cortó otro pedazo de pan. Ella volvió a estudiarlo, pero le molestó su propia tontería infantil. Pronto regresaría con su familia, y él solo la visitaba por motivos relacionados con su Llamada. Pero le gustaba de verdad su compañía. Era la única persona en Kharbranth con quien le parecía que podía hablar. Y era guapo: aquella ropa sencilla y la cabeza rapada solo resaltaban sus fuertes rasgos. Como muchos jóvenes fervorosos, llevaba la barba corta y bien cuidada. Hablaba con voz refinada, y era muy culto.

—Bueno, si estás segura respecto a tu alma —dijo él, volviéndose para mirarla—. Entonces tal vez pueda interesarte en nuestro devotario.

—Ya tengo un devotario. El Devotario de la Pureza.

—Pero el Devotario de la Pureza no es sitio para una erudita. La Gloria que defiende no tiene nada que ver con tus estudios o tu arte.

—No es necesario un devotario enfocado directamente con su Llamada.

—Pero es bonito cuando coinciden.

Shallan contuvo una sonrisa. El Devotario de la Pureza, como cabía imaginar, se orientaba a emular la integridad y honestidad del Todopoderoso. Los fervorosos del salón devotario no supieron qué hacer con su fascinación por el arte. Siempre querían que hiciera dibujos de cosas que consideraban «puras». Estatuas de los Heraldos, representaciones del Ojo Doble.

Naturalmente, su padre había elegido su devotario por ella.

—Me pregunto si tomaste una decisión informada —dijo Kabsal —. Después de todo, se permite cambiar de devotario.

—Sí ¿pero no se desaconseja salir a reclutar? ¿Que los fervorosos compitan por conseguir miembros?

—Sí que se desaconseja. Es una costumbre deplorable.

—¿Pero la haces de todas formas?

—También maldigo ocasionalmente —admitió Kabsal.

—No me había dado cuenta. Eres un fervoroso muy curioso, Kabsal.

—Ni te lo imaginas. No somos un grupo tan compacto como parece. Bueno, excepto el hermano Habsant: ese se pasa todo el tiempo mirándonos a los demás —vaciló—. De hecho, ahora que lo pienso, puede que sí sea compacto. No lo he visto moverse desde…

—Nos estamos distrayendo. ¿No intentabas reclutarme para tu devotario?

—Sí. Y no es tan raro como piensas. Todos los devotarios lo hacen. Nos miramos todos con mala cara unos a otros por nuestra profunda falta de ética. —Kabsal se inclinó de nuevo hacia delante y se puso serio—. Mi devotario tiene relativamente pocos miembros, ya que no somos tan conocidos como los demás. Así que cada vez que viene alguien al Palaneo en busca de conocimiento, nos encargamos de informarle.

—De reclutarlo.

—Les hacemos ver qué es lo que les falta —dio un bocado a su pan con mermelada—. En el Devotario de la Pureza ¿os enseñan la naturaleza del Todopoderoso? ¿El prisma divino, con las diez facetas que representan a los Heraldos?

—Tocaron el tema —dijo ella—. Hablamos principalmente de conseguir mis objetivos de…, bueno, pureza. Un poco aburrido, lo admito, ya que no había muchas posibilidades de impureza por mi parte.

Kabsal sacudió la cabeza.

—El Todopoderoso da talentos a cada uno…, y cuando escogemos una Llamada que los capitaliza, lo adoramos de la forma más fundamental. Un devotario, y sus fervorosos, deberían ayudar a nutrir eso, animarte a fijar y conseguir objetivos de excelencia. —Señaló los libros apilados en la mesa—. En esto debería de estar ayudándote tu devotario, Shallan. Historia, lógica, ciencia, arte. Ser sincera y buena es importante, pero deberíamos trabajar más para potenciar los talentos naturales de la gente, en vez de obligarlos a adoptar las Glorias y Llamadas que consideramos más importantes.

—Supongo que es un argumento razonable.

Kabsal asintió, pensativo.

—¿Es extraño que una mujer como Jasnah Kholin se apartara de todo eso? Muchos devotarios animan a las mujeres a dejar a los fervorosos los estudios difíciles de teología. Si tan solo Jasnah hubiera podido ver la auténtica belleza de nuestra doctrina. —Sonrió, sacando un grueso volumen de la cesta del pan—. Esperaba, al principio, poder mostrarle lo que quiero decir.

—Dudo que reaccionara bien a eso.

—Tal vez —dijo él, ausente, sopesando el tomo—. ¡Pero ser quien finalmente la convenciera…!

—Hermano Kabsal, casi parece como si buscaras distinción.

Él se ruborizó, y ella se dio cuenta de que había dicho algo que lo había avergonzado profundamente. Se estremeció, maldiciendo su lengua.

—Sí —dijo él—. Busco distinción. No debería desear tanto ser quien la convierta. Pero lo deseo. Si tan solo escuchara mi prueba…

—¿Prueba?

—Tengo la prueba real de que el Todopoderoso existe.

—Me gustaría verla. —Alzó un dedo, interrumpiéndolo—. No porque dude de su existencia, Kabsal. Es solo curiosidad.

Él sonrió.

—Será un placer explicártelo. Pero primero ¿te gustaría otra rebanada de pan?

—Debería decir que no, y evitar el exceso, como me enseñaron mis tutoras. Pero en cambio diré que sí.

—¿Por la mermelada?

—Naturalmente —dijo ella, aceptando el pan—. ¿Cómo me describe tu libro de confituras oraculares? ¿Impulsiva y espontánea? Puedo hacerlo. Si hay mermelada de por medio.

Kabsal le untó una rebanada, se limpió los dedos en la servilleta y abrió su libro y fue pasando páginas hasta que llegó a una que tenía un dibujo. Shallan se acercó para verlo mejor. La imagen no era de una persona: describía una especie de pauta. Una forma triangular, con tres alas extendidas y un centro en pico.

—¿Reconoces esto? —preguntó Kabsal.

Parecía familiar.

—Creo que debería.

—Es Kholinar —dijo él—. La capital alezi, dibujada como se vería desde arriba. ¿Ves aquí los picos, las cordilleras? Fue construida alrededor de la formación rocosa allí existente —pasó la página—. Aquí está Vedenar, capital de Jah Keved —era una pauta hexagonal—. Akinah —una pauta circular—. Ciudad Thaylen —una estrella de cuatro puntas.

—¿Qué significa esto?

—Es la prueba de que el Todopoderoso está en todas las cosas. Puedes verlo aquí, en estas ciudades. ¿Ves lo simétricas que son?

—Las ciudades las construyeron los hombres, Kabsal. Querían simetría porque es sagrada.

—Sí, pero en cada caso construyeron alrededor de formaciones rocosas existentes.

—Eso no significa nada —dijo Shallan—. Yo creo, pero no sé si esto es una prueba. El viento y el agua pueden crear simetría: se ve en la naturaleza todo el tiempo. Los hombres escogieron zonas que eran más o menos simétricas, y luego diseñaron sus ciudades para compensar cualquier defecto.

Él se volvió a buscar de nuevo en su cesta. Salió con un plato de metal, nada menos. Mientras ella abría la boca para hacer una pregunta, él alzó de nuevo el dedo y colocó el plato sobre una pequeña peana de madera que se alzaba unos centímetros sobre la superficie de la mesa.

Kabsal espolvoreó el plato con arenilla blanca y lo cubrió. Luego sacó un arco, de los que se usan para tocar música de cuerda.

—Ya veo que venías preparado para esta demostración —advirtió Shallan—. Sí que querías demostrar tu caso ante Jasnah.

El sonrió y pasó el arco por el borde del plato metálico, haciéndolo vibrar. La arena saltó y se estremeció, como pequeños insectos dejados caer sobre algo caliente.

—Esto se llama cimática —dijo él—. El estudio de las pautas que hace el sonido cuando interactúa con un medio físico.

Cuando volvió a atraer el arco, el plato emitió un sonido, casi una nota pura. Fue suficiente para atraer a un único musispren, que giró en el aire un momento sobre él, y luego se desvaneció. Kabsal terminó y luego señaló el plato con una reverencia.

—¿Y…? —preguntó Shallan.

—Kholinar —dijo él, alzando su libro para que comparara. Shallan ladeó la cabeza. La pauta en la arena era exactamente igual que Kholinar.

Roció el plato con más arena y cruzó el arco en otro punto, y la arena se reagrupó.

—Vedenar —dijo.

Ella volvió a comparar. Era exacto.

—Ciudad Thaylen —dijo él, repitiendo el proceso en otro punto. Escogió con cuidado otro lugar en el borde del plato y tocó con el arco una última vez—. Akinah. Shallan, prueba de la existencia del Todopoderoso en las mismas ciudades en las que vivimos. ¡Mira la perfecta simetría!

Ella tuvo que admitir que había algo asombroso en las pautas.

—Podría ser una correlación falsa. Causadas ambas por la misma cosa.

—Sí. El Todopoderoso —dijo él, sentándose—. Nuestro lenguaje mismo es simétrico. Mira los glifos: todos pueden doblarse perfectamente por la mitad. Y el alfabeto también. Dobla cualquier

línea de texto sobre sí misma, y encontrarás simetría. Sabrás sin duda la historia de que tanto glifos como letras proceden de los Cantores del Alba.

—Sí.

—Incluso nuestros nombres. El tuyo es casi perfecto. Shallan. Una letra distinta, un nombre ideal para una mujer ojos claros. No demasiado sagrado, pero casi. Los nombres originales de los diez Reinos Plateados. Alezela, Valhav, Shin Kak Nish. Perfectos, simétricos.

Kabsal le cogió la mano.

—Está aquí, a nuestro alrededor. No olvides eso, Shallan, no importa lo que ella diga.

—No lo haré —respondió Shallan, advirtiendo cómo había guiado la conversación. Había dicho que la creía, pero de todas formas había hecho su demostración. Era enternecedor y al mismo tiempo molesto. No le gustaba que fueran condescendientes con ella. Pero, claro, ¿se podía reprochar a un fervoroso que predicara?

Kabsal alzó de pronto la cabeza y le soltó la mano.

—Oigo pasos.

Se incorporó, y Shallan se dio la vuelta y vio a Jasnah entrar en el reservado, seguida por un parshmenio que cargaba una cesta con libros. No mostró ninguna sorpresa ante la presencia del fervoroso.

—Lo siento, brillante Jasnah —dijo Shallan, poniéndose en pie —. Yo…

—No eres ninguna cautiva, niña —interrumpió Jasnah bruscamente—. Se te permite tener visita. Pero ten cuidado y comprueba tu piel por si hay marcas de dientes. Estos tipos tienen por costumbre arrastrar consigo sus presas hasta el mar.

Kabsal se ruborizó. Se dispuso a recoger sus cosas.

Jasnah le indicó al parshmenio que colocara sus libros sobre la mesa.

—¿Puede ese plato reproducir una pauta cimática que corresponda con Uriziru, sacerdote? ¿O solo has encontrado la pauta para las cuatro ciudades estándar?

Kabsal la miró, claramente sorprendido al darse cuenta de que ella sabía para qué era el plato. Recogió su libro.

—Uriziru es solo una fábula —dijo él.

—Qué raro. Se podría pensar que los de tu tipo estaríais acostumbrados a creer en fábulas.

El rostro de Kabsal se volvió aún más colorado. Terminó de recoger sus cosas y luego le asintió brevemente a Shallan y salió a toda prisa de la habitación.

—Si se me permite decirlo, brillante, eso ha sido excepcionalmente rudo por tu parte.

—Tengo tendencia a estos arrebatos de mala educación —dijo Jasnah—. Estoy segura de que él ha oído cómo soy. Simplemente quería asegurarme de que obtenía lo que deseaba.

—No has actuado así con otros fervorosos del Palaneo.

—Los otros fervorosos del Palaneo no han intentado volver a mi pupila contra mí.

—No estaba… —Shallan se calló—. Simplemente le preocupaba mi alma.

—¿Te ha pedido ya que robes mi animista?

Shallan sintió un picotazo de sorpresa. Su mano se dirigió a la bolsa que llevaba al cinto. ¿Lo sabía Jasnah? «No —se dijo—. No, escucha la pregunta.»

—No.

—Cuidado —dijo Jasnah, abriendo un libro—. Lo hará tarde o temprano. Conozco a los de su tipo. —Miró a Shallan, y su expresión se suavizó—. No está interesado en ti. No como puedas pensar. No se trata de tu alma. Es por mí.

—Eso es algo arrogante por tu parte. ¿No crees?

—Solo si me equivoco, niña —dijo Jasnah, volviendo a su libro —. Y rara vez me equivoco.



«Caminé desde Abamabar hasta Uriziru.»

Esta cita de la Octava Parábola de *El camino de los reyes* parece contradecir a Várala y Sinbian, que sostienen que la ciudad es inaccesible a pie. Tal vez construyeron un camino, o tal vez Nohadon estaba siendo metafórico.

«Los hombres de los puentes no están hechos para sobrevivir…»

Kaladin se sentía aturdido. Sabía que estaba dolorido, pero aparte de eso, flotaba. Como si la cabeza se le hubiera separado del cuerpo y rebotara en paredes y techos.

—¡Kaladin! —susurró una voz preocupada—. Kaladin, por favor. Por favor, no sufras más.

«Los hombres de los puentes no están hechos para sobrevivir.» ¿Por qué le molestaban tanto esas palabras? Recordaba lo que había sucedido, usar el puente como escudo, desequilibrar al ejército, condenar el ataque. «¡Padre Tormenta, soy un idiota!», pensó.

—¿Kaladin?

Era la voz de Syl. Se arriesgó a abrir los ojos y vio el mundo boca abajo, el cielo extendido bajo él, el familiar aserradero en el aire sobre él.

No. Quien estaba boca abajo era él. Colgando contra el lado del barracón del Puente Cuatro. El edificio forjado a partir de la

animación tenía nueve metros de altura, con un tejado inclinado. Kaladin estaba atado por los tobillos a una cuerda que, a su vez, estaba sujeta a una anilla colocada en el tejado. Había visto esto antes con otros hombres de los puentes. Uno que había cometido un asesinato en el campamento, otro a quien habían sorprendido robando por quinta vez.

Su espalda daba contra la pared, de modo que estaba encarado hacia el este. Tenía los brazos libres, colgando, y casi tocaban el suelo. Gimió de nuevo, dolorido por todas partes.

Como le había enseñado su padre, empezó a tocarse el costado en busca de costillas rotas. Dio un respingo cuando descubrió que varias estaban reblandecidas, o al menos astilladas. Probablemente rotas. Se palpó también el hombro, donde temía tener rota la clavícula. Uno de sus ojos estaba hinchado. El tiempo demostraría si tenía alguna herida interna grave.

Se frotó la cara, y copos de sangre seca se soltaron y revolotearon hacia el suelo. Un arañazo en la frente, la nariz ensangrentada, el labio roto. Syl se posó en su pecho, los pies plantados sobre su esternón, las manos a la espalda.

—¿Kaladin?

—Estoy vivo —murmuró él, las palabras confusas por el labio roto—. ¿Qué ocurrió?

—Esos soldados te golpearon —dijo ella, y pareció hacerse más pequeña—. Se la he devuelto. Hice que uno de ellos resbalara tres veces hoy. —Parecía preocupada.

Kaladin sonrió. ¿Cuánto tiempo podía colgar así un hombre, la sangre afluyendo a su cabeza?

—Hubo muchos gritos —dijo Syl en voz baja—. Creo que varios hombres fueron degradados. Ese soldado, Lamaril…

—¿Qué?

—Fue ejecutado —dijo Syl, en voz aún más baja—. El alto príncipe Sadeas lo hizo él mismo, en el momento en que el ejército regresó de la meseta. Dijo algo así como que la responsabilidad última recaía en los ojos claros. Lamaril no paraba de gritar que tú habías prometido exonerarlo y que había que castigar en cambio a Gaz.

Kaladin sonrió con tristeza.

—No tendría que haberme dejado sin sentido. ¿Y Gaz?

—Lo dejaron en su puesto. No sé por qué.

—Derecho de responsabilidad. En un desastre como este, los ojos claros se llevan la mayor parte de la culpa. Les gusta alardear de obedecer antiguos preceptos como ese, cuando les conviene. ¿Por qué sigo vivo?

—Para dar un escarmiento —dijo Syl, envolviéndose en sus brazos transparentes—. Kaladin, tengo frío.

—¿Puedes sentir la temperatura? —preguntó Kaladin, tosiendo.

—Normalmente no. Ahora sí. No lo entiendo. Y…, no me gusta.

—No pasará nada.

—No deberías mentir.

—En ocasiones es bueno mentir, Syl.

—¿Y esta es una de esas ocasiones?

Él parpadeó, tratando de ignorar sus heridas, la presión en su cabeza, tratando de despejar su mente. Fracasó en todo.

—Sí —susurró.

—Creo que entiendo.

—Bien —dijo Kaladin, echando la cabeza atrás y apoyando el bulto parietal de su cráneo contra la pared—. Me va a juzgar la alta tormenta. Dejarán que la tormenta me mate.

Allí colgado, Kaladin quedaría expuesto directamente a los vientos y todo lo que estos le arrojaran. Si eras prudente y emprendías las acciones adecuadas, era posible sobrevivir a una alta tormenta, aunque era una experiencia horrible. Kaladin lo había hecho en varias ocasiones, agazapado, al abrigo de una formación rocosa. ¿Pero colgar de una pared encarada directamente hacia la tormenta? Acabaría hecho pedazos, aplastado por las piedras.

—Ahora mismo vuelvo —dijo Syl, saltando de su pecho y tomando la forma de una piedra que caía, y luego convirtiéndose en hojas sopladas por el viento cuando ya estaba cerca del suelo, hasta alejarse hacia la derecha. El aserradero estaba vacío. Kaladin podía oler el aire helado y nítido, la tierra preparándose para una alta tormenta. La pausa, se llamaba, cuando el viento se calmaba, el aire se enfriaba, la presión caía y la humedad se elevaba antes de una tormenta.

Unos segundos más tarde, Roca asomó la cabeza, con Syl sobre

el hombro. Se arrastró hasta Kaladin, seguido por un nervioso Teft. Moash llegó a continuación: a pesar de sus protestas de que no confiaba en Kaladin, parecía casi tan preocupado como los otros dos.

—¿Alteza? —dijo Moash—. ¿Estás despierto?

—Estoy consciente —croó Kaladin—. ¿Todo el mundo volvió bien de la batalla?

—Todos nuestros hombres, claro —dijo Teft, rascándose la cabeza—. Pero perdimos la batalla. Fue un desastre. Más de doscientos hombres de los puentes muertos. Los que sobrevivieron solo pudieron cargar once puentes.

«Doscientos hombres —pensó Kaladin—. Es culpa mía. Protegí a los míos a costa de los demás. Fui demasiado apresurado.»

«Los hombres de los puentes no están hechos para sobrevivir. Hay algo en eso.» Ya no podría preguntárselo a Lamaril. Pero ese hombre había recibido lo que merecía. Si Kaladin tuviera la capacidad para escoger, así sería el final de todos los ojos claros, el rey incluido.

—Queríamos decir algo —dijo Roca—. De parte de todos los hombres. La mayoría no quisieron salir. La alta tormenta se avecina y…

—No importa —susurró Kaladin.

Teft le dio un codazo a Roca para que continuara.

—Bueno, es esto. Te recordaremos. El Puente Cuatro no volverá a ser como era. Tal vez todos muramos, pero le enseñaremos a los nuevos. Hogueras de noche. Reír. Vivir. Crearemos una tradición. Por ti.

Roca y Teft sabían lo de los matopomos. Podrían seguir ganando dinero extra para pagar las cosas.

—Hiciste esto por nosotros —intervino Moash—. Habríamos muerto en el campo de batalla. Tal vez tantos como murieron en las otras cuadrillas. De esta forma, solo vamos a perder a uno.

—Dije que no estaba bien esto que hacen —dijo Teft con el ceño fruncido—. Hablamos de soltarte…

—No —dijo Kaladin—. Eso solo os acarrearía un castigo similar.

Los tres hombres intercambiaron miradas. Parecía que habían llegado a la misma conclusión.

—¿Qué dijo Sadeas de mí? —preguntó Kaladin.

—Dijo que comprendía que un hombre de los puentes quisiera salvar la vida, incluso a expensas de los demás —dijo Teft—. Te llamó cobarde egoísta, pero actuó como si lo que hiciste fuera lo que cabía esperar.

—Dice que va a dejar que te juzgue el Padre Tormenta —añadió Moash—. Jezerezeh, rey de los Heraldos. Dice que si mereces vivir, lo harás… —guardó silencio. Sabía tan bien como los demás que sin protección no se sobrevivía a las altas tormentas, no así.

—Quiero que los tres hagáis algo por mí —dijo Kaladin, cerrando los ojos contra la sangre que le corría por la cara desde el labio, que se había vuelto a abrir al hablar.

—Lo que quieras, Kaladin —respondió Roca.

—Quiero que volváis al barracón y le digáis a los hombres que salgan después de la tormenta. Decidles que vengan a verme atado aquí. Decidles que abriré los ojos y los miraré, y así sabrán que sobreviví.

Los tres hombres guardaron silencio.

—Sí, por supuesto, Kaladin —dijo Teft—. Lo haremos.

—Decidles —continuó Kaladin, la voz más firme— que no acabará aquí. Decidles que decidí no quitarme la vida, así que de ninguna de las maneras voy a entregársela a Sadeas, por Condenación.

Roca mostró una de sus amplias sonrisas.

—Por los *uli'tekanaki,* Kaladin. Casi creo que lo vas a hacer.

—Toma —dijo Teft, entregándole algo—. Para que te dé suerte.

Kaladin cogió el objeto con mano débil y ensangrentada. Era una esfera, un cielomarco. Estaba opaco, sin luz tormentosa. «Lleva una esfera contigo en una tormenta, decía el viejo refrán, y al menos tendrás luz para ver.»

—Es todo lo que pudimos rescatar de tu bolsa —dijo Teft—. Gaz y Lamaril se llevaron el resto. Nos quejamos ¿pero qué podíamos hacer?

—Gracias.

Moash y Roca se retiraron a la seguridad del barracón. Syl dejó el hombro de Roca para quedarse con Kaladin. Teft se quedó también, como si pensara pasar allí la tormenta. Al cabo de un rato

sacudió la cabeza, murmurando, y se reunió con los demás. A Kaladin le pareció oírlo llamarse a sí mismo cobarde.

La puerta del barracón se cerró. Kaladin acarició la lisa esfera de cristal. El cielo se ensombrecía, y no solo porque se estuviera poniendo el sol. La oscuridad aumentó. La alta tormenta.

Syl se acercó a la pared y se sentó de lado en ella, mirándolo, el diminuto rostro sombrío.

—Les has dicho que sobrevivirías. ¿Y si no lo haces?

Kaladin notaba la cabeza latirle.

—Mi madre se sorprendería si se enterara de lo rápido que me enseñaron los soldados a jugar. La primera noche en el ejército de Amaram, y ya me hicieron jugar por esferas.

—¿Kaladin?

—Lo siento —dijo él, moviendo la cabeza a un lado y a otro—. Lo que has dicho me recordó aquella noche. Hay un término en el juego, ¿sabes?: «Voy con el resto», dicen. Es cuando pones todo tu dinero a una apuesta.

—No comprendo.

—Estoy apostándolo todo a la larga —susurró Kaladin—. Si muero, saldrán, sacudirán la cabeza y se dirán que sabían que iba a pasar. Pero, si vivo, lo recordarán. Y eso les dará esperanza. Puede que lo consideren un milagro.

Syl guardó silencio un momento.

—¿Quieres ser un milagro?

—No. Pero para ellos, lo seré.

Era una esperanza necia e inútil. El horizonte por el este, invertido en su visión, se hacía cada vez más oscuro. Desde esta perspectiva, la tormenta era como la sombra de una enorme bestia que acechara sobre el terreno. Sintió el preocupante mareo de quien ha sido golpeado en la cabeza con demasiada fuerza. Contusión. Así se llamaba. Tenía problemas para pensar, pero no quería quedarse inconsciente. Quería mirar a la tormenta de frente, aunque lo aterrorizara. Sintió el mismo pánico que había sentido al mirar aquel abismo negro, cuando había estado a punto de matarse. Era el temor de lo que no podía ver, de lo que no podía conocer.

La muralla se acercaba, la cortina visible de lluvia y el viento anunciaban la llegada de una alta tormenta. Era una enorme ola de

agua, tierra y rocas, de docenas de metros de altura, con miles y miles de vientospren revoloteando ante ella.

En la batalla, Kaladin había podido abrirse paso hacia lugar seguro con la habilidad de su lanza. Cuando avanzó hacia el borde del abismo, había una línea de retirada. Esta vez no había nada. No había ningún modo de combatir o de evitar a aquella bestia negra, aquella sombra que abarcaba todo el horizonte, hundiendo el mundo en una noche a destiempo. El borde oriental del cráter que cobijaba el campamento había sido arrasado, y el barracón del Puente Cuatro era el primero. No había nada entre las Llanuras y él. Nada entre la tormenta y él.

Al mirar aquella furiosa y retorcida ola de agua y escombros empujados por el viento, Kaladin sintió como si el fin del mundo estuviera por caerle encima.

Inspiró profundamente, el dolor de sus costillas olvidado, mientras la muralla de la tormenta cruzaba el patio en un instante y lo golpeaba.



«Aunque muchos deseaban que Uriziru fuera construida en Alezela, obviamente no podía ser. Y por eso pedimos que se emplazara al oeste, en el lugar más cercano al Honor.»

Quizá la fuente original más antigua que sobrevive donde se menciona la ciudad, citado en *El Vavibrar*, verso 1.804. Qué no daría yo por poder traducir el Canto al amanecer.

La fuerza de la muralla de la tormenta casi lo dejó inconsciente, pero el súbito frío le devolvió la lucidez.

Durante un momento, Kaladin no pudo sentir nada más que aquella frialdad. Las continuas andanadas de aire lo apretaban contra la pared del barracón. Rocas y trozos de ramas golpeaban contra la piedra a su alrededor; estaba ya demasiado aturdido para saber cuántas arañaban o lastimaban su piel.

Lo soportó, anonadado, los ojos cerrados y la respiración contenida. Entonces la muralla pasó, aplastándolo todo a su paso. La siguiente ráfaga de viento vino del lado: el aire se removía y revolvía desde todas las direcciones ahora. Lo azotó de costado, su espalda rozó contra la piedra y lo alzó al aire. El viento se estabilizó, soplando de nuevo desde el este. Kaladin colgó en la oscuridad, y sus pies se sacudieron contra la cuerda. Lleno de pánico, advirtió que ahora ondeaba al viento como una cometa,

atado a la anilla del tejado inclinado del barracón.

Solo esa cuerda impedía que saliera volando con los otros escombros para ser zarandeado y sacudido antes de que la tormenta cruzara todo Roshar. Durante esos pocos segundos, no pudo pensar. Solo pudo sentir el pánico y el frío, uno brotando ardiente de su pecho, el otro intentando congelarlo de la piel hacia adentro. Gritó, agarrándose a su única esfera como si fuera una cuerda de seguridad. El grito fue un error, ya que dejó que la frialdad le entrara por la boca. Como un espíritu que le metiera un brazo por la garganta.

El viento era como un *maelstróm*, caótico, moviéndose en distintas direcciones. Una ráfaga lo alcanzó, luego pasó de largo y cayó al techo del barracón con un golpe. Casi inmediatamente, los terribles vientos trataron de elevarlo de nuevo, golpeando su piel con oleadas de agua helada. Los truenos resonaban, era el latido del corazón de la bestia que lo había engullido. Los relámpagos hendían la oscuridad como dientes blancos en la noche. El ulular del viento era tan fuerte que casi ahogaba los sonidos de los truenos.

—¡Agárrate al tejado, Kaladin!

La voz de Syl. Tan débil, tan pequeña. ¿Cómo podía oírla?

Aturdido, se dio cuenta de que yacía boca abajo en el tejado inclinado. No era tan empinado para ser arrojado de allí, y el viento generalmente lo empujaba hacia atrás. Hizo lo que Syl decía y se agarró al borde del tejado con dedos helados y resbaladizos. Entonces yació boca abajo, la cabeza entre los brazos. Todavía tenía la esfera en la mano, apretujada contra el tejado de piedra. Sus dedos empezaron a resbalar. El viento soplaba con fuerza, intentando empujarlo hacia el oeste. Si se soltaba, acabaría de nuevo colgando en el aire. Su asidero de cuerda no era lo bastante largo para llegar al otro lado del afilado tejado, donde estaría al socaire.

Una roca golpeó el tejado a su lado: no pudo oír el impacto ni verlo en la oscuridad de la tempestad, pero sí sintió temblar el edificio. La roca rodó y cayó al suelo. La tormenta no tenía tanta fuerza, pero ocasionales ráfagas podían levantar y arrojar objetos grandes a docenas de metros.

Sus dedos siguieron resbalando.

—La anilla —susurró Syl.

La anilla. La cuerda ataba sus piernas a una anilla de acero del lateral del tejado, detrás de él. Kaladin se soltó, y se agarró a la anilla cuando el viento lo empujó atrás. Se aferró con fuerza. La cuerda continuaba atada a sus tobillos. Pensó en soltarla un instante, pero no se atrevía a desprenderla de la anilla. Se aferró a ella, como un estandarte ondeando al viento, sujetándose con las dos manos, la esfera dentro de una de ellas y apretujada contra el acero.

Cada momento era una lucha. El viento lo azotaba a derecha e izquierda. No podía saber cuánto duraba; el tiempo no tenía significado en este lugar de furia y sueño terrible dentro de su cabeza, lleno de vientos negros y vivos. Gritos en el aire, brillantes y blancos, el destello del relámpago que revelaba un mundo terrible y retorcido de caos y terror. Los mismos edificios parecían volar de lado, el mundo entero combado, retorcido por el terrible poder de la tormenta.

En los breves momentos de luz en los que se atrevía a mirar, le pareció ver a Syl enfrente, de cara al viento, las diminutas manos hacia adelante. Como si intentara retener la tormenta y dividir los vientos, como una piedra divide las aguas de un veloz arroyo.

El frío del agua de la lluvia entumeció los cortes y las magulladuras. Pero también entumeció sus dedos. No los sintió deslizarse. Lo siguiente que advirtió fue que estaba de nuevo sacudiéndose en el aire, arrojado al lado, golpeado contra el techo del barracón.

Golpeó con fuerza. Su visión se llenó de luces chispeantes que se unieron antes de fundirse en la negrura.

No inconsciencia: negrura.

Kaladin parpadeó. Todo estaba quieto, y todo era puramente oscuro. «Estoy muerto», pensó inmediatamente. ¿Pero por qué seguía sintiendo el húmedo tejado de piedra? Sacudió la cabeza, expulsando el agua de la lluvia de su rostro. No había relámpagos, ni viento, ni lluvia. El silencio era innatural.

Se incorporó tambaleante, y consiguió ponerse en pie sobre la pendiente del tejado. La piedra resbalaba bajo sus pies. No podía sentir sus heridas. El dolor no estaba allí.

Abrió la boca para gritar en la oscuridad, pero dudó. No había que romper ese silencio. El aire mismo parecía pesar menos, igual que él. Casi se sentía capaz de flotar.

En esa oscuridad, un rostro enorme apareció frente al suyo. Un rostro de negrura, pero levemente visible en la oscuridad. Era ancho, como una nube colosal, y se extendía a ambos lados, aunque de algún modo podía verlo. Inhumano. Sonriente.

Kaladin sintió un escalofrío, una bola de hielo que corría por su espalda y por todo su cuerpo. La esfera cobró de pronto vida en su mano, brillando con resplandor de zafiro. Iluminó el tejado de piedra, haciendo que su puño ardiera de fuego azul. Tenía la camisa hecha jirones, la piel lacerada. Se miró sorprendido y luego quiso ver de nuevo aquel rostro.

Había desaparecido. Solo había oscuridad.

Los relámpagos restallaron, y los dolores de Kaladin regresaron. Jadeó, cayó de rodillas ante la lluvia y el viento. Resbaló, la cara contra el tejado.

¿Qué había visto? ¿Había tenido una visión? ¿Un delirio? Sus fuerzas se le escapaban, sus pensamientos volvían a empantanarse. Los vientos no eran ya tan fuertes, pero la lluvia seguía siendo helada. Aletargado, confuso, casi abrumado de dolor, alzó la mano y miró la esfera. Brillaba. Estaba manchada con su sangre y brillaba.

Le dolía todo el cuerpo y sus fuerzas flaqueaban. Cerró los ojos y sintió que lo envolvía una segunda negrura. La negrura del desvanecimiento.

Roca fue el primero en llegar a la puerta cuando la alta tormenta remitió. Teft lo siguió más despacio, gruñendo para sí. Le dolían las rodillas. Siempre le dolían las rodillas cerca de una tormenta. Su abuelo se quejaba de lo mismo en sus últimos años, y Teft lo llamaba quejica. Ahora se sentía igual.

«Condenadas tormentas», pensó, saliendo con cautela. Todavía llovía, naturalmente. Eran los últimos conatos de lluvia que seguían a una alta tormenta, los coletazos. Unos cuantos lluviaspren ocupaban los charcos, como velas azules, y unos vientospren bailaban con los vientos de la tormenta. La lluvia era fría y al

atravesar los charcos se le empaparon las sandalias y los pies se le helaron. Odiaba estar mojado. Pero claro, odiaba un montón de cosas.

Durante un tiempo, la vida fue positiva. Ahora no.

«¿Cómo ha salido todo mal tan rápidamente?», pensó, cruzando los brazos, caminando despacio y mirándose los pies. Algunos soldados habían salido de sus barracones y, con sus capotes, observaban desde cerca. Probablemente se aseguraban de que nadie hubiera salido para liberar a Kaladin antes. Sin embargo, no intentaron detener a Roca. La tormenta había pasado.

Roca rodeó corriendo el edificio. Otros hombres del puente salieron del barracón mientras Teft lo seguía. Tormenta de comecuernos, corría como un gigantesco chull. Creía de verdad. Pensaba que iba a encontrar vivo a aquel necio jefe del puente. Probablemente creía que iba a encontrarlo tomándose una agradable taza de té, relajándose a la sombra con el mismísimo Padre Tormenta.

«¿Y tú no lo crees? —se preguntó Teft, todavía con la cabeza gacha—. Si no lo crees ¿por qué lo sigues? Pero si creyeras, mirarías. No te estarías mirando los pies. Levantarías la cabeza y mirarías.»

¿Podía un hombre creer y no creer al mismo tiempo? Teft se detuvo junto a Roca y, sacando fuerzas de flaqueza, alzó la cabeza para mirar la pared del barracón.

Allí vio lo que esperaba y lo que temía. El cadáver parecía un colgajo de carne de un matadero, despellejado y sangrante. ¿Era eso una persona? La piel de Kaladin estaba lacerada en un centenar de sitios, ríos de sangre mezclados con agua de lluvia corrían por el lado del edificio. El cuerpo del muchacho todavía colgaba por los tobillos. Su camisa había desaparecido; sus pantalones estaban rasgados. Irónicamente, su cara estaba ahora más despejada que cuando lo dejaron, lavada por la tormenta.

Teft había visto a suficientes muertos en el campo de batalla para saber lo que estaba mirando. «Pobre muchacho —pensó, sacudiendo la cabeza mientras el resto del Puente Cuatro se congregaba en torno a Roca y él, silenciosos, horrorizados—. Casi me hiciste creer en ti.»

Kaladin abrió los ojos.

Los hombres reunidos se quedaron boquiabiertos, algunos maldijeron y cayeron al suelo, salpicando en los charcos. Kaladin tomó aire, tembloroso, los ojos mirando a lo lejos, intensos y desenfocados. Exhaló, escupiendo saliva ensangrentada. Su mano, que colgaba bajo él, se abrió.

Algo cayó al suelo. La esfera que le había dado Teft. Salpicó en un charco y se detuvo allí. Estaba opaca, sin luz tormentosa.

«En nombre de Kelek, ¿qué?», pensó Teft, arrodillándose. Si dejabas una esfera a la tormenta, recogía luz tormentosa. En la mano de Kaladin, esta tendría que haber sido plenamente infundida. ¿Qué había salido mal?

—*¡Umalakai'ki!* —exclamó Roca, señalando—. *Kama mohoray namavau…*

Se detuvo, advirtiendo que estaba hablando en el idioma equivocado.

—¡Que alguien me ayude a bajarlo! ¡Está todavía vivo! ¡Necesitamos una escalera y un cuchillo! ¡Rápido!

Los hombres del puente se dispersaron. Los soldados se acercaron, murmurando, pero no los detuvieron. El propio Sadeas había declarado que el Padre Tormenta decidiría el destino de Kaladin. Todo el mundo sabía que eso significaba la muerte.

Excepto…

Teft se quedó allí de pie, sujetando la esfera opaca. «Una esfera vacía después de una tormenta —pensó—. Y un hombre que sigue vivo cuando debería estar muerto. Dos cosas imposibles.»

Juntas, hablaban de algo que debería de ser aún más imposible.

—¿Dónde está esa escalera? —gritó Teft, casi sin darse cuenta—. ¡Malditos seáis todos, deprisa, deprisa! Tenemos que vendarlo. ¡Que alguien traiga ese ungüento que él pone siempre en las heridas!

Miró de nuevo a Kaladin, y luego habló en voz mucho más baja:

—Y tú será mejor que sobrevivas, hijo. Porque quiero respuestas.



36
LA LECCIÓN

«Con la Esquirla del Amanecer, que domina a cualquier criatura vacioide o mortal, subió las escaleras talladas para los Heraldos, diez zancadas de alto cada una, hacia el gran templo de arriba.»

De *El poema de Ista*. No he descubierto ninguna explicación moderna de lo que son esas «Esquirlas del Amanecer». Los sabios parecen ignorarlas, aunque hablar de ellas es frecuente en estos registros de las mitologías antiguas.

«No era extraño que encontráramos pueblos nativos mientras viajábamos por las Montañas Irreclamadas —leyó Shallan—. Después de todo, estas antiguas tierras pertenecieron a los Reinos Plateados. Cabe preguntarse si las bestias de grandes conchas vivían entonces entre ellos, o si las criaturas han venido a habitar las tierras baldías que quedaron tras la humanidad.»

Se acomodó en su asiento, el aire húmero cálido a su alrededor. A su izquierda, Jasnah Kholin flotaba silenciosamente en el estanque de la sala de baños. A Jasnah le gustaba empaparse en el baño, y Shallan no podía reprochárselo. Durante la mayor parte de su vida, bañarse había sido una ordalía que implicaba a docenas de parshmenios cargando cubos de agua caliente, seguidos por un rápido frote en la bañera de latón antes de que se enfriara el agua.

El palacio de Kharbranth ofrecía muchos más lujos. El estanque de piedra en el suelo parecía un pequeño lago personal, lujosamente calentado por fabriales que producían calor. Shallan no sabía todavía cuántos fabriales eran necesarios, pero una parte de ella se sentía muy intrigada. Este tipo se hacía cada vez más común. El otro día mismo, el personal del Cónclave había enviado a Jasnah una para calentar sus aposentos.

El agua no tenía que ser transportada, sino que salía de unas tuberías. Girando una palanca, fluía. Estaba caliente, y así la mantenían los fabriales colocados en los lados del estanque. Shallan se había bañado en aquella cámara, y era absolutamente maravilloso.

La práctica decoración era de roca adornada con pequeñas piedras de colores colocadas con argamasa en los lados de las paredes. Shallan estaba sentada junto al estanque, completamente vestida, leyendo mientras esperaba para asistir a Jasnah. El libro era el relato de Gavilar, tal como se lo había contado a la misma Jasnah hacía años, después de su primer encuentro con los extraños parshmenios conocidos más tarde como parshendi.

«Ocasionalmente, durante nuestras exploraciones, nos encontramos con nativos —leyó—. No eran parshmenios. Gente de Natán, con su piel azulada, anchas narices y pelo blanco lanudo. A cambio de regalos de comida, nos señalaban los terrenos de caza de conchagrandes.»

«Entonces encontramos a los parshmenios. ¡Yo había estado en media docena de expediciones a Natanatan, pero nunca había visto nada como esto! ¿Parshmenios, viviendo por su cuenta? Toda la lógica, la experiencia y la ciencia declaraban que era imposible. Los parshmenios necesitaban la mano de los pueblos civilizados para guiarlos. Esto se ha demostrado una y otra vez. Deja a uno solo en los bosques, y se quedará allí sentado, sin hacer nada, hasta que alguien venga y le dé órdenes.

»Sin embargo, aquí había un grupo que podía cazar, fabricar armas, construir edificios y, de hecho, crear su propia civilización. Pronto nos dimos cuenta de que este descubrimiento podía ampliar, quizá desterrar, todo lo que sabíamos sobre nuestros dóciles sirvientes.»

Shallan dirigió la mirada al pie de la página, donde, separado por una línea, el texto inferior estaba escrito con letra pequeña y apretada. La mayoría de los libros escritos por los hombres tenían un texto inferior, notas añadidas por la mujer o el fervoroso que anotaba el libro.

Por acuerdo nunca explícito, el texto inferior nunca se leía en voz alta. En él, una esposa a veces aclaraba (o incluso contradecía) el relato de su esposo. La única forma de conservar esa honestidad para los eruditos futuros era mantener la santidad y el secreto de la escritura.

«Debe tenerse en cuenta —había escrito Jasnah en el texto inferior de este párrafo—, que he adaptado las palabras de mi padre, siguiendo sus propias instrucciones, para hacerlas más apropiadas para su registro. —Eso significaba que había hecho que su dictado pareciera más erudito e impresionante—. Además, según la mayoría de los relatos, el rey Gavilar ignoró al principio a estos extraños y autosuficientes parshmenios. Solo comprendió la importancia de lo que había descubierto después de las explicaciones de sus eruditos y escribas. Con esta inclusión no pretendo destacar la ignorancia de mi padre: era, y es, un guerrero. Su atención no iba dirigida a la importancia antropológica de nuestra expedición, sino a la caza que iba a ser su culminación.»

Shallan cerró el libro, pensativa. El volumen pertenecía a la colección de la propia Jasnah; el Palaneo tenía varios ejemplares, pero Shallan no tenía permitido llevar los libros del Palaneo a la sala de baños.

Las ropas de Jasnah estaban en un banco a un lado de la sala. Encima de los vestidos doblados había una pequeña bolsa dorada que contenía la animista. Shallan miró a Jasnah. La princesa flotaba boca arriba en el estanque, el negro cabello extendido en abanico tras ella en el agua, los ojos cerrados. Su baño diario era el único momento en que parecía relajarse por completo. Ahora parecía mucho más joven, despojada de ropas y de intensidad, flotando como una niña que descansara después de un día de natación activa.

Treinta y cuatro años. Parecía mucha edad en algunos aspectos: algunas mujeres de la edad de Jasnah tenían hijas de la edad de

Shallan. Y sin embargo era también tan joven. Tanto que Jasnah era alabada por su belleza, y los hombres declaraban que era una lástima que no se hubiera casado todavía.

Shallan miró la pila de ropa. Llevaba el fabrial roto en su bolsa segura. Podía cambiarlos aquí y ahora. Era la oportunidad que había estado esperando. Jasnah confiaba ahora en ella lo suficiente como para relajarse, y disfrutaba en la sala de baño sin preocuparse de su fabrial.

¿Podía Shallan hacerlo de verdad? ¿Podía traicionar a esta mujer que la había aceptado?

«Considerando lo que he hecho antes, esto no es nada», pensó.

No sería la primera vez que traicionaba a alguien que confiaba en ella. Se levantó. Al lado, Jasnah abrió un ojo.

«Maldición», pensó Shallan, colocándose el libro bajo el brazo y echando a andar mientras trataba de parecer pensativa. Jasnah la miró. No con recelo. Con curiosidad.

—¿Por qué quiso tu padre hacer un tratado con los parshendi? —se encontró preguntando mientras andaba.

—¿Por qué no querría?

—Esa no es una respuesta.

—Claro que lo es. Aunque no te diga nada.

—Me ayudaría, brillante, si me dieras una respuesta útil.

—Entonces haz una pregunta útil.

Shallan apretó la mandíbula.

—¿Qué tenían los parshendi que quería el rey Gavilar?

Jasnah sonrió, volvió a cerrar los ojos.

—Un poquito más cerca. Pero probablemente ya podrás deducir la respuesta.

—Esquirlas.

Jasnah asintió, todavía relajada en el agua.

—El texto no las menciona —dijo Shallan.

—Mi padre no habló de ellas. Pero por las cosas que dijo…, bueno, ahora sospecho que motivaron el tratado.

—¿Pero puedes estar segura de que lo sabía? Tal vez solo quería las gemas corazón.

—Tal vez —dijo Jasnah—. Los parshendi parecían divertidos por nuestro interés en las gemas que llevaban en las barbas. —Sonrió—.

Tendrías que haber visto nuestra sorpresa cuando descubrimos de dónde las habían sacado. Cuando los lenceryn murieron durante la destrucción de Aimia, pensamos que habíamos visto las últimas gemas corazón. Y sin embargo aquí había otra gran bestia de caparazón que las tenía, viviendo en una tierra no muy lejana de la propia Kholinar.

»De cualquier forma, los parshendi estaban dispuestos a compartirlas con nosotros, mientras pudieran seguir cazándolas. Para ellos, si te tomabas la molestia de cazar a los abismoides, sus gemas corazón eran tuyas. Dudo que fuera necesario un tratado para eso. Y sin embargo, justo antes de marcharnos para regresar a Alezkar, mi padre empezó de pronto a hablar fervientemente de la necesidad de llegar a un acuerdo.

—¿Pero qué pasó? ¿Qué cambió?

—No estoy segura. Sin embargo, una vez describió las extrañas acciones de un guerrero parshendi durante la caza de un abismoide. En vez de echar mano a su lanza cuando apareció el conchagrande, este hombre se llevó la mano al costado de una forma muy sospechosa. Solo mi padre lo vio; sospecho que creyó que el hombre planeaba invocar una espada. El parshendi se dio cuenta de lo que estaba haciendo, y se detuvo. Mi padre no hizo ningún comentario, y sospecho que no quería que la mirada del mundo se volviera hacia las Llanuras Quebradas más de lo que ya lo hacían.

Shallan señaló el libro.

—Parece tenue. Si estaba seguro de lo de las espadas, tendría que haber visto más.

—Pienso lo mismo. Pero estudié el tratado con atención después de su muerte. Las causas para favorecer el comercio y el mutuo cruce de fronteras bien pudieran haber sido un paso para incluir a los parshendi en Alezkar como nación. Ciertamente, hubiera impedido que los parshendi comerciaran sus esquirlas con otros reinos sin hacerlo primero con nosotros. Tal vez eso era todo lo que quería.

—¿Pero, por qué matarlo? —dijo Shallan, los brazos cruzados, dirigiéndose al lugar donde estaba la ropa doblada de Jasnah—. ¿Advirtieron los parshendi que pretendía conseguir sus hojas esquirladas, y por eso lo mataron antes?

—Incierto —dijo Jasnah. Parecía escéptica. ¿Por qué creía que los parshendi mataron a Gavilar? Shallan estuvo a punto de preguntarlo, pero tenía la sensación de que no le sacaría nada más. La mujer esperaba que pensara, descubriera y sacara conclusiones por su cuenta.

Shallan se detuvo junto al banco. La bolsa que contenía la animista estaba abierta, los cordones sueltos. Pudo ver el precioso artefacto en su interior. El cambio sería fácil. Había empleado una gran porción de su dinero para comprar gemas que fueran iguales a las de Jasnah, y las había puesto en la animista rota. Las dos eran ahora idénticas.

Pero aún no había aprendido a usar el fabrial; había intentado encontrar un modo de preguntarlo, pero Jasnah evitaba hablar de la animista. Insistir sería sospechoso. Shallan tendría que obtener la información en otra parte. Tal vez de Kabsal o de algún libro del Palaneo.

El tiempo se le echaba encima. Shallan descubrió que su mano se dirigía a su bolsa segura y palpaba en su interior, pasando los dedos por las cadenas de su fabrial roto. Su corazón latió más rápido. Miró a Jasnah, pero la mujer estaba allí flotando, los ojos cerrados. ¿Y si abría los ojos?

«¡No pienses en eso! —se dijo Shallan—. Tan solo hazlo. Haz el cambio. Está tan cerca…»

—Progresas más rápidamente de lo que pensaba, niña —dijo Jasnah de pronto. Shallan dio media vuelta, pero Jasnah seguía teniendo los ojos cerrados—. Me equivoqué al juzgarte tan rudamente por tu educación anterior. Yo misma he dicho a menudo que la pasión es más fuerte que la educación. Tienes la determinación y la capacidad para convertirte en una erudita, Shallan. Comprendo que las respuestas parecen lentas, pero continúa con tu investigación. Las conseguirás tarde o temprano.

Shallan se quedó inmóvil un instante, la mano en la bolsa de su manga, el corazón latiendo incontrolable. Se sintió mareada. «No puedo hacerlo. Padre Tormenta, soy idiota. He venido hasta aquí… ¡y ahora no puedo hacerlo!»

Sacó la mano de la bolsa y volvió a su silla. ¿Qué iba a decirle a sus hermanos? ¿Acababa de condenar a su familia? Se sentó, apartó

el libro a un lado y suspiró, lo que hizo que Jasnah abriera los ojos y la mirara. Luego se irguió en el agua y señaló el jabón para el pelo.

Apretando los dientes, Shallan se levantó y cogió la bandeja, la acercó y se agachó para ofrecerla. Jasnah cogió el jabón en polvo y lo amasó en la mano, creando espuma antes de ponérselo en el lustroso pelo negro con ambas manos. Incluso desnuda, Jasnah Kholin estaba serena y al control.

—Tal vez hemos pasado demasiado tiempo aquí dentro últimamente —dijo la princesa—. Pareces cansada, Shallan. Ansiosa.

—Estoy bien —dijo Shallan bruscamente.

—Hmm, sí. Como se nota en tu tono perfectamente razonable y relajado. Tal vez tenemos que cambiar tu formación y pasar de la historia a algo más a mano, más visceral.

—¿Como la ciencia natural? —preguntó Shallan, irguiéndose.

Jasnah echó la cabeza atrás. Shallan se arrodilló sobre una toalla junto al estanque, y extendió luego la mano libre y masajeó el jabón de las lustrosas trenzas de su señora.

—Estaba pensando en filosofía.

Shallan parpadeó.

—¿Filosofía? ¿Para qué sirve eso?

«¿No es el arte de decir nada con tantas palabras como sea posible?»

—La filosofía es un campo de estudio importante —dijo Jasnah con severidad—. Sobre todo si te vas a implicar en la política cortesana. La naturaleza de la moralidad tiene que ser considerada, y preferiblemente antes de quedar expuesta a situaciones donde se requiere una decisión moral.

—Sí, brillante. Aunque no llego a ver cómo la filosofía está más «a mano» que la historia.

—La historia, por definición, no puede ser experimentada directamente. Mientras sucede, es el presente, y ese es el reino de la filosofía.

—Eso es solo una cuestión de definición.

—Sí —dijo Jasnah—, todas las palabras tienen la tendencia a ser sometidas a la forma en que son definidas.

—Supongo —dijo Shallan, echándose atrás y permitiendo que Jasnah sumergiera la cabeza para librarse del jabón.

La princesa empezó a frotarse la piel con un jabón levemente abrasivo.

—Ha sido una respuesta especialmente blanda, Shallan. ¿Qué ha sido de tu ingenio?

Shallan miró el banco y su precioso fabrial. Después de todo este tiempo, había demostrado ser demasiado débil para hacer lo que había que hacer.

—Mi ingenio está en hiato temporal, brillante. Pendiente de revisión por parte de sus colegas, la sinceridad y la temeridad. Jasnah alzó una ceja.

Shallan se sentó sobre sus talones, todavía arrodillada sobre la toalla.

—¿Cómo sabes lo que está bien, Jasnah? Si no escuchas a los devotarios, ¿cómo decides?

—Eso depende de la filosofía de cada cual. ¿Qué es más importante para ti?

—No lo sé. ¿No puedes decírmelo?

—No —respondió Jasnah—. Si te diera las respuestas, no sería mejor que los devotarios, prescribiendo creencias.

—No son malvados, Jasnah.

—Excepto cuando intentan dominar el mundo.

Shallan frunció los labios en una fina línea. La Guerra de la Pérdida había destruido la Hierocracia, aplastando el vorinismo de los devotarios. Fue el resultado inevitable de una religión intentando gobernar. Los devotarios tenían que enseñar moral, no imponerla. La imposición era cosa de los ojos claros.

—Dices que no puedes darme respuestas, ¿pero no puedo pedir consejo de alguien sabio? ¿Alguien que lo haya experimentado antes? ¿Por qué escribir nuestras filosofías, extraer nuestras conclusiones, sino para influir en los demás? Tú misma me has dicho que la información no vale nada a menos que la usemos para hacer juicios.

Jasnah sonrió, sumergió las manos y lavó el jabón. Shallan captó un brillo victorioso en su mirada. No estaba necesariamente defendiendo ideas porque creyera en ellas: solo quería presionar a

Shallan. Era irritante. ¿Cómo iba a saber ella lo que Jasnah pensaba realmente si adoptaba puntos de vista conflictivos en esto?

—Actúas como si hubiera una respuesta —dijo Jasnah, indicándole que cogiera una toalla mientras salía del estanque—. Una única respuesta eternamente perfecta.

Shallan obedeció con rapidez y trajo una toalla grande y mullida.

—¿No trata de esto la filosofía? ¿De encontrar las respuestas? ¿De buscar la verdad, el auténtico significado de las cosas?

Mientras se secaba, Jasnah la miró alzando una ceja.

—¿Qué? —preguntó Shallan, súbitamente cohibida.

—Creo que es hora de hacer un ejercicio de campo. Fuera del Palaneo.

—¿Ahora? ¡Es tan tarde!

—Te dije que la filosofía era un arte a mano —dijo Jasnah, envolviéndose en la toalla. Extendió luego la mano y sacó la animista de su bolsa. Deslizó las cadenas entre sus dedos, asegurando las gemas al dorso de su mano—. Te lo demostraré. Vamos, ayúdame a vestirme.

De niña, Shallan disfrutaba de los atardeceres en que podía salir a los jardines. Cuando la manta de oscuridad se posaba sobre los terrenos, parecían un lugar completamente distinto. En aquellas sombras, había podido imaginar que los rocapullos, cortezapizarras y árboles eran una fauna extraña. Los restos de cremlinos que salían de las grietas se convertían en las huellas de gente misteriosa de tierras lejanas. Comerciantes de Shinovar de grandes ojos, un jinete de conchagrande de Kadrix o un marino de botestrecho del Lagopuro.

No imaginaba lo mismo caminando de noche por Kharbranth. Imaginar seres oscuros en la noche fue una vez un juego intrigante, pero aquí era probable que fueran reales. En vez de convertirse en un lugar misterioso e intrigante de noche, Kharbranth le parecía igual que siempre…, solo que mucho más peligroso.

Jasnah ignoró las llamadas de los porteadores de palanquines y rickshaws. Caminaba despacio, con su hermoso vestido violeta y dorado, seguida por Shallan, que iba vestida de seda azul. Jasnah

no se había arreglado el pelo después de su baño, y lo llevaba suelto, en cascada sobre los hombros, casi escandaloso en su libertad.

Recorrieron la Ralinsa, la avenida principal que bajaba por la falda de la pendiente y conectaba el Cónclave con el puerto. A pesar de lo tarde que era, estaba abarrotada, y muchos de los hombres que caminaban por ahí parecían llevar la noche consigo. Eran broncos, de rostros sombríos. Todavía resonaban gritos por la ciudad, pero también estos traían la noche consigo, medida por lo rudo de sus palabras y lo desabrido de su tono. La empinada colina que formaba la ciudad estaba tan poblada de edificios como siempre, pero estos parecían retirarse dentro de la noche. Ennegrecidos, como piedras calcinadas. Restos huecos.

Las campanas seguían sonando. En la oscuridad, cada tañido era un grito diminuto. Hacían que el viento fuera un ser vivo más presente que causaba una cacofonía tintineante cada vez que pasaba. Se alzó una brisa, y una avalancha de sonidos recorrió la Ralinsa. Shallan casi se agachó al oírlos.

—Brillante, ¿no deberíamos pedir un palanquín?

—Un palanquín podría inhibir la lección.

—Podré aprender la lección durante el día, si no te importa.

Jasnah se detuvo y miró hacia una calle lateral más oscura.

—¿Qué te parece esa calle, Shallan?

—No me parece especialmente atractiva.

—Y, sin embargo, es la ruta más directa desde la Ralinsa al distrito de los teatros.

—¿Es ahí adónde vamos?

—No «vamos» a ninguna parte —dijo Jasnah, echando a andar hacia la calleja—. Estamos actuando, reflexionando y aprendiendo.

Shallan la siguió, nerviosa. La noche las engulló: solo la luz ocasional de las tabernas y tiendas ofrecía iluminación. Jasnah llevaba su guante negro sin dedos sobre su animista, ocultando la luz de sus gemas.

Shallan tuvo que frenar el paso. Sus pies calzados con zapatillas podían sentir todas las irregularidades del suelo, cada guijarro y cada grieta. Miró nerviosa alrededor cuando pasaron ante un grupo de obreros congregados en la puerta de una taberna. Eran ojos

oscuros, naturalmente. De noche, esa distinción parecía más profunda.

—¿Brillante? —preguntó con tono apagado.

—Cuando somos jóvenes, queremos respuestas simples. No hay tal vez mayor indicación de la juventud que el deseo de que todo sea como debería ser. Como ha sido siempre.

Shallan frunció el ceño, todavía observando por encima del hombro a los tipos de la taberna.

—Cuanto mayores nos hacemos, más nos cuestionamos —dijo Jasnah—. Empezamos a preguntar por qué. Y sin embargo, seguimos queriendo que las respuestas sean simples. Asumimos que la gente que nos rodea (los adultos, los líderes) tiene esas respuestas. Lo que nos dan, a menudo nos satisface.

—Yo nunca quedé satisfecha —dijo Shallan en voz baja—. Quería más.

—Eras madura. Lo que describes nos sucede a la mayoría. De hecho, me parece que la edad, la sabiduría y el asombro son sinónimos. Cuanto mayores nos hacemos, más probable es que rechacemos las respuestas sencillas. A menos que alguien se interponga en nuestro camino y exija ser aceptado por la fuerza —los ojos de Jasnah se estrecharon—. Te preguntas por qué rechazo a los devotarios.

—Así es.

—Parece que la mayoría trata de impedir que haya preguntas.

Jasnah se detuvo. Entonces retiró brevemente su guante, usando la luz para mostrar la calle que las rodeaba. Las gemas de su mano, más grandes que broams, ardían como antorchas, rojas, blancas y grises.

—¿Es aconsejable mostrar así tus riquezas, brillante? —dijo Shallan, hablando en voz baja y mirando alrededor.

—No. Desde luego que no. Sobre todo aquí. Verás, esa calle se ha ganado cierta mala reputación últimamente. En tres noches distintas, los dos últimos meses, los asistentes al teatro que eligieron esta ruta hasta el camino principal fueron asaltados. En cada caso, fueron asesinados.

Shallan notó que palidecía.

—La guardia de la ciudad no ha hecho nada —dijo Jasnah—.

Taravangian les ha enviado varias claras reprimendas, pero el capitán de la guardia es primo de un ojos claros muy influyente, y Taravangian no es un rey demasiado poderoso. Algunos sospechan que hay algo más en todo esto, que los hampones pueden estar sobornando a la guardia. La trama en este momento es irrelevante, ya que como puedes ver no hay ningún miembro guardando el lugar, a pesar de su reputación.

Jasnah volvió a ponerse el guante y la calle se sumergió de nuevo en la oscuridad. Shallan parpadeó mientras sus ojos se aclimataban.

—¿Hasta qué punto crees que hemos hecho una tontería al venir aquí, dos mujeres desprotegidas con caros vestidos y con riquezas?

—Una tontería muy grande. Jasnah, ¿podemos irnos? Sea cual sea la lección que tienes en mente no merece la pena.

Jasnah frunció los labios y luego miró hacia un callejón estrecho y más oscuro que se desviaba del camino por el que habían venido. Ahora que se había vuelto a poner el guante, todo estaba casi completamente negro.

—Te encuentras en un lugar interesante en tu vida, Shallan —dijo Jasnah, flexionando la mano—. Eres lo bastante mayor para inquietarte, preguntar, rechazar lo que se te presenta simplemente porque sí. Pero también te aferras al idealismo de la juventud. Consideras que tiene que haber una Verdad única que lo defina todo…, y piensas que, cuando la encuentres, todo lo que una vez te confundió tendrá de pronto sentido.

—Yo…

Shallan quiso discutir, pero las palabras de su maestra eran certeras. Las cosas terribles que había hecho, aquella otra cosa terrible que tenía planeado hacer, la acosaban. ¿Era posible hacer algo horrible para conseguir algo maravilloso?

Jasnah se internó en el estrecho callejón.

—¡Jasnah! ¿Adónde vas?

—Esto es filosofía en acción, niña. Ven conmigo.

Shallan vaciló en la bocacalle, el corazón desbocado, los pensamientos confusos. El viento soplaba y las campanas sonaban, como gotas de lluvia congeladas que se estrellaran contra las piedras. En un momento de decisión, corrió tras Jasnah, prefiriendo

la compañía, incluso en la oscuridad, a estar sola. El brillo embozado de la animista apenas era suficiente para iluminar su camino, y Shallan siguió la sombra de Jasnah.

Ruido desde atrás. Shallan se volvió con un sobresalto para ver varias formas oscuras que entraban en el callejón.

—Oh, Padre Tormenta —susurró. ¿Por qué? ¿Por qué estaba Jasnah haciendo esto?

Temblando, agarró el vestido de Jasnah con su mano libre. Otras sombras se movían ante ellas al otro lado del callejón. Se acercaron, gruñendo, salpicando agua de los sucios y apestosos charcos. Agua helada que había empapado las zapatillas de Shallan.

Jasnah se detuvo. La frágil luz de su animista embozada se reflejó en las manos de sus acosadores. Espadas o cuchillos.

Estos hombres pretendían asesinarlas. No se robaba a mujeres como Shallan y Jasnah, mujeres con conexiones poderosas, y se las dejaba vivas para que testificaran. Este tipo de hombres no eran los bandidos generosos de las historias románticas. Vivían cada día sabiendo que si los capturaban los ahorcarían.

Paralizada por el miedo, Shallan ni siquiera pudo gritar.

«¡Padre Tormenta, Padre Tormenta, Padre Tormenta!»

—Y ahora —dijo Jasnah, con voz dura y sombría—, la lección.

Se quitó el guante.

La súbita luz fue casi cegadora. Shallan alzó una mano para protegerse y retrocedió hacia la pared del callejón. Cuatro hombres las rodeaban. No los de la entrada de la taberna, sino otros. Hombres que no había advertido que las vigilaban. Pudo ver los cuchillos ahora, y también el ansia asesina de sus ojos.

Dejó por fin escapar un grito.

Los hombres gruñeron ante el resplandor, pero avanzaron. Un hombre de pecho fornido y barba oscura se acercó a Jasnah, alzando su arma. Ella extendió tranquilamente la mano, los dedos desplegados, y la presionó contra su pecho mientras blandía un cuchillo. El aliento de Shallan se detuvo en su garganta.

La mano de Jasnah se hundió en la piel del hombre, que se detuvo. Un segundo más tarde, ardió.

No…, se convirtió en fuego. Transformado en llamas en un abrir y cerrar de ojos. Alzándose alrededor de la mano de Jasnah,

formaban el contorno de un hombre con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta. Durante un instante, el fulgor de la muerte del hombre fue más fuerte que el brillo de las gemas de Jasnah.

El grito de Shallan se apagó. La figura en llamas era extrañamente hermosa. Desapareció en un momento, el fuego se disipó en el aire nocturno, dejando una imagen residual anaranjada en los ojos de Shallan.

Los otros tres hombres maldijeron, dispersándose, chocando unos con otros. Uno cayó. Jasnah se volvió casualmente, rozándole el hombro con los dedos mientras se ponía de rodillas. Se volvió cristal, una figura de cuarzo puro y sin mácula, y sus ropas se transformaron con él. El diamante de la animista de Jasnah se oscureció, pero todavía quedaba suficiente luz tormentosa para enviar un arco iris de chispas a través del cadáver transformado.

Los otros dos hombres huyeron en direcciones opuestas. Jasnah inspiró profundamente, cerró los ojos y alzó la mano por encima de su cabeza. Shallan se llevó la mano segura al pecho, aturdida, confusa. Aterrorizada.

La luz tormentosa brotó de la mano de Jasnah como si fueran dos rayos gemelos simétricos. Golpearon a cada uno de los ladrones y estallaron, convirtiéndolos en humo. Las ropas vacías cayeron al suelo. Con un brusco chasquido, el cristal de cuarzo ahumado de la animista de Jasnah se quebró, su luz se desvaneció, dejándola solo con el diamante y el rubí.

Los restos de los dos ladrones se alzaron en el aire, hilillos de vapor grasiento. Jasnah abrió los ojos, extrañamente tranquila. Volvió a ponerse el guante, usando la mano libre para sujetarlo contra su estómago y deslizar los dedos dentro. Luego volvió tranquilamente por donde habían venido. Dejó al cadáver de cristal arrodillado con la mano alzada. Detenido para siempre.

Shallan se separó de la pared y corrió detrás de Jasnah, asqueada y sorprendida. Los fervorosos tenían prohibido usar sus animistas con las personas. Rara vez las usaban ante los demás. ¿Y cómo había abatido Jasnah a dos hombres desde lejos? Según todo lo que Shallan había leído (lo poco que había que leer), la animación requería contacto físico.

Demasiado abrumada para exigir respuestas, guardó silencio (la

mano libre en la sien, tratando de controlar su temblor y su respiración entrecortada) mientras Jasnah llamaba a un palanquín. Uno llegó poco después, y las dos mujeres subieron.

Los porteadores las llevaron hacia la Ralinsa, sus pisadas sacudían a las dos mujeres, que estaban sentadas una frente a otra. Como quien no quiere la cosa, Jasnah sacó el cuarzo opaco de su animista, y se lo guardó en el bolsillo. Podía venderlo a un joyero, quien podía cortar gemas más pequeñas de los trozos recuperados.

—Ha sido horrible —dijo por fin Shallan, la mano segura contra su pecho—. Ha sido una de las experiencias más espantosas que he vivido. Has matado a cuatro hombres.

—Cuatro hombres que planeaban golpearnos, robarnos, matarnos y posiblemente violarnos.

—¡Los tentaste a que vinieran a por nosotras!

—¿Los obligué a cometer algún crimen?

—Mostraste tus gemas.

—¿No puede una mujer caminar con sus posesiones por las calles de una ciudad?

—¿De noche? ¿En una zona peligrosa? ¿Exhibiendo riquezas? ¡Estabas pidiendo que ocurriera!

—¿Y eso hace que estuviera bien? —dijo Jasnah, inclinándose hacia delante—. ¿Apruebas lo que iban a hacer?

—Por supuesto que no. ¡Pero eso no hace que lo que tú hiciste estuviera bien tampoco!

—Y sin embargo, esos hombres han sido apartados de las calles. La gente de esta ciudad está mucho más segura. El asunto que tanto preocupaba a Taravangian ha sido resuelto, y nadie más que acuda al teatro caerá ante esos hampones. ¿Cuántas vidas acabo de salvar?

—Sé las que acabas de quitar —dijo Shallan—. ¡Y con el poder de algo que debería ser sagrado!

—Filosofía en acción. Una lección importante para ti.

—Lo has hecho solo para demostrar un argumento —dijo Shallan en voz baja—. Lo hiciste para demostrarme que podías hacerlo. Condenación, Jasnah, ¿cómo has podido hacer una cosa así?

Jasnah no respondió. Shallan se la quedó mirando, buscando emoción en aquellos ojos inexpresivos. «Padre Tormenta. ¿He

conocido alguna vez de verdad a esta mujer? ¿Quién es realmente?»

Jasnah se acomodó, viendo pasar la ciudad.

—No lo he hecho para demostrar nada, niña. Llevo algún tiempo pensando que me aprovecho de la hospitalidad de su majestad. No se da cuenta de cuántos problemas pueden echársele encima por aliarse conmigo. Además, hombres como estos… —Había algo en su voz, una tensión que Shallan nunca había oído antes.

«¿Qué te han hecho? —se preguntó Shallan con horror—. ¿Y quién ha sido?»

—De cualquier forma, las acciones de esta noche sucedieron porque elegí este camino, no porque hubiera nada que considerara que tenías que ver. Sin embargo, también se presentó la oportunidad para aprender, para hacer preguntas. ¿Soy un monstruo o soy un héroe? ¿Acabo de asesinar a cuatro hombres, o he impedido que cuatro asesinos recorran las calles? ¿Se merece alguien que le hagan daño como consecuencia de ponerse donde el daño puede alcanzarte? ¿Tenía derecho a defenderme? ¿O estaba buscando una excusa para matar?

—No lo sé —susurró Shallan.

—Te pasarás la siguiente semana investigando y reflexionando sobre ello. Si deseas ser una erudita, una auténtica erudita que cambie el mundo, tendrás que enfrentarte a cuestiones como estas. Habrá momentos en que deberás tomar decisiones que te revolverán el estómago, Shallan Davar. Yo te preparé para tomar esas decisiones.

Jasnah guardó silencio y miró por la ventanilla del palanquín mientras los porteadores las llevaban al Cónclave. Demasiado preocupada para decir nada más, Shallan sufrió el resto del viaje en silencio. Siguió a Jasnah a través de los silenciosos pasillos hasta sus aposentos, dejando atrás a eruditos camino de Palaneo para una noche de estudio.

En sus aposentos, Shallan ayudó a Jasnah a desvestirse, aunque odiaba tocar a la mujer. No debería sentirse así. Los hombres a quienes Jasnah había matado eran criaturas terribles, y tenía pocas dudas de que la habrían matado. Pero no le molestaba el acto en sí tanto como su fría crueldad.

Todavía aturdida, le llevó una bata a su maestra mientras la

mujer se quitaba las joyas y las depositaba sobre un vestidor.

—Podrías haber dejado escapar a los otros —dijo Shallan, volviéndose hacia Jasnah, que se había sentado a cepillarse el pelo —. Solo tenías que matar a uno.

—No, nada de eso.

—¿Por qué? Tendrían demasiado miedo para volver a hacer algo así otra vez.

—Eso no lo sabes. Sinceramente, quería eliminar a esos hombres. Una camarera descuidada que vuelve a casa por el camino equivocado no puede protegerse, pero yo sí. Y lo haré.

—No tienes ninguna autoridad para hacerlo, no en una ciudad ajena.

—Cierto. Otro punto a considerar, supongo.

Se llevó el cepillo al pelo, volviéndose. Cerró los ojos, como si no quisiera ver a Shallan.

La animista estaba en el vestidor, junto a los pendientes de Jasnah. Shallan apretó los dientes, sosteniendo la suave bata de seda. Jasnah estaba en ropa interior, cepillándose el pelo.

«Habrá momentos en que deberás tomar decisiones que te revolverán el estómago, Shallan Davar.» «Ya me he enfrentado a ellos.» «Me enfrento a uno ahora.»

¿Cómo se atrevía Jasnah a hacer esto? ¿Cómo se atrevía a hacer que Shallan formara parte? ¿Cómo se atrevía a usar algo hermoso y sagrado como fuente de destrucción?

Jasnah no se merecía poseer la animista.

Con un rápido movimiento de la mano, Shallan metió la bata doblada bajo su brazo seguro, y luego metió la mano en su bolsa y sacó la gema de cuarzo ahumado de la animista de su padre. Se acercó al vestidor y, usando el movimiento de colocar la bata sobre la mesa como tapadera, hizo el cambio. Deslizó la animista que funcionaba en su mano segura dentro de la manga, dando un paso atrás mientras Jasnah abría los ojos y miraba la bata, que ahora permanecía inocentemente junto a la animista estropeada.

Shallan contuvo la respiración.

Jasnah volvió a cerrar los ojos y le tendió el cepillo.

—Ha sido un día fatigoso, Shallan.

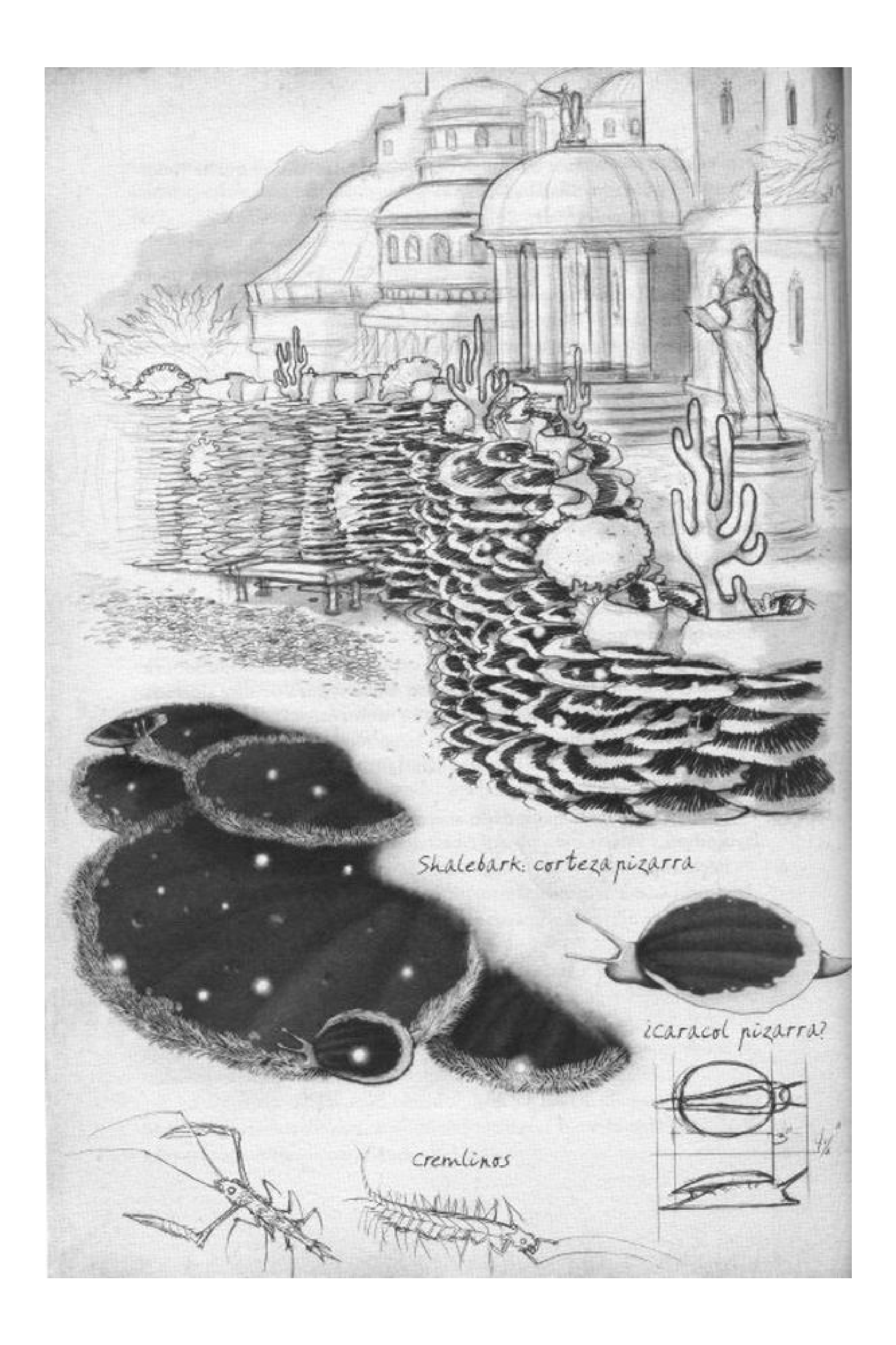
Shallan se movió mecánicamente, cepillando el pelo de su

señora mientras agarraba la animista rota en su mano segura oculta, aterrada por si Jasnah advertía el cambio en algún momento.

No lo hizo. No cuando se puso la bata. No cuando guardó la animista rota en su joyero y lo cerró con la llave que llevaba al cuello cuando dormía.

Shallan salió de la habitación aturdida, agitada. Exhausta, mareada, confusa.

Pero impune.


Shalebark: corteza pizarra
¿caracol pizarra?
Cremlinos



CINCO AÑOS Y MEDIO ANTES

—Kaladin, mira esta roca —dijo Tien—. Cambia de color cuando la miras desde diferentes lados.

Kal se volvió desde la ventana y miró a su hermano. Con casi trece años ya, Tien había pasado de ser un niño ansioso a ser un adolescente ansioso. Aunque había crecido, seguía siendo pequeño para su edad, y su mata de pelo negro marrón seguía negándose a estar ordenada. Estaba sentado junto a la mesa de maderazorca lacada, los ojos al nivel de la brillante superficie, mirando una piedra pequeña y abultada.

Kal estaba sentado en un banco pelando largorraíces con un cuchillo corto. Las raíces marrones estaban sucias por fuera y pegajosas cuando las cortaba, así que trabajaba con los dedos cubiertos de una densa capa de crem. Terminó con una raíz y se la entregó a su madre, que la lavó y la cortó antes de echarla a la olla de guiso.

—Madre, mira esto —dijo Tien. La luz del atardecer entraba por la ventana a sotavento, bañando la mesa—. Desde este lado, la roca chispea de rojo, pero desde el otro lado es verde.

—Tal vez sea mágica —dijo Hesina. Fue echando en el agua trozo tras trozo de largorraíz, cada salpicadura con una nota levemente distinta.

—Creo que lo es. O tiene un spren. ¿Viven los spren en las rocas?

—Los spren viven en todo —respondió Hesina.

—No pueden vivir en todo —dijo Kal, dejando caer una monda en el cubo que había a sus pies. Miró por la ventana, contemplando el camino que llevaba de la ciudad a la mansión del consistor.

—Sí que viven —dijo Hesina—. Los spren aparecen cuando algo cambia: cuando aparece el miedo, o cuando empieza a llover. Son el corazón del cambio, y por tanto el corazón de todas las cosas.

—Esta largorraíz —dijo Kal, alzándola escéptico.

—Tiene un spren.

—¿Y si la cortas?

—Cada trozo tiene un spren. Solo que más pequeño.

Kal frunció el ceño y miró el largo tubérculo. Crecían en las grietas de piedra donde se acumulaba el agua. Sabían levemente a minerales, pero eran fáciles de cultivar. Su familia necesitaba comida que no costara mucho, hoy en día.

—Así que comemos spren —dijo Kal tristemente.

—No, comemos las raíces.

—Cuando tenemos que hacerlo —añadió Tien con una mueca.

—¿Y los spren? —insistió Kal.

—Son liberados y pueden regresar a dondequiera que vivan.

—¿Tengo yo un spren? —preguntó Kal, mirándose el pecho.

—Tienes un alma, querido. Eres una persona. Pero las partes de tu cuerpo bien pueden tener spren viviendo en ellas. Son muy pequeños.

Tien se pellizcó, como intentando hacer salir a los diminutos spren.

—La mierda —dijo Kal de pronto.

—¡Kal! —exclamó Hesina—. No se habla así en la mesa.

—La mierda —dijo Kal, tozudo—. ¿Tiene spren?

—Supongo que sí.

—Mierdaspren —dijo Tien, y se echó a reír.

Su madre continuó cortando.

—¿Por qué todas estas preguntas de repente?

Kal se encogió de hombros.

—Yo…, no lo sé. Porque sí.

Últimamente había estado pensando en cómo funcionaba el mundo, en lo que iba a hacer con su lugar en él. Los otros chicos de

su edad no se hacían esas preguntas. La mayoría sabía qué les deparaba el futuro. Trabajar en los campos.

Pero Kal tenía una opción. A lo largo de los últimos meses finalmente había tomado su decisión. Sería soldado. Ya tenía quince años, y podía presentarse voluntario cuando el siguiente reclutador pasara por el pueblo. Pensaba hacer justo eso. No más dudas. Aprendería a luchar. Eso era el final de la discusión, ¿no?

—Quiero comprender —dijo—. Solo quiero que todo tenga sentido.

Su madre sonrió. Iba vestida con su traje marrón de trabajo, el pelo recogido en una cola, la parte superior oculta bajo un pañuelo amarillo.

—¿Qué? —preguntó él—. ¿Por qué sonríes?

—¿«Solo» quieres que todo tenga sentido?

—Sí.

—Pues la próxima vez que los fervorosos vengan al pueblo a quemar plegarias y Elevar las Llamadas de la gente, les transmitiré el mensaje. Hasta entonces, sigue pelando raíces.

Kal suspiró, pero hizo lo que le decía. Miró de nuevo por la ventana, y casi dejó caer la raíz de sorpresa. El carruaje. Bajaba por el camino de la mansión. Sintió un aleteo de vacilación nerviosa. Creía haberlo planeado, pero ahora que llegaba el momento, quiso seguir sentado pelando raíces. Sin duda habría otra oportunidad…

No. Se levantó, intentando que la ansiedad no se le notara en la voz.

—Voy a enjuagarme. —Mostró sus dedos cubiertos de crem.

—Tendrías que haber lavado las raíces primero, como te dije —advirtió su madre.

—Lo sé —respondió Kal. ¿Sonó falso su suspiro de pesar?—. Las lavaré ahora mismo.

Hesina no dijo nada mientras él recogía las raíces restantes, cruzaba la puerta, el corazón martilleándole, y salía a la luz de la tarde.

—¿Ves? —dijo Tien desde atrás—. Desde este lado es verde. No creo que sea un spren, madre. Es la luz. Hace que la roca cambie…

La puerta se cerró. Kal soltó los tubérculos y corrió por las calles de Piedralar, dejando atrás hombres que cortaban madera, mujeres

que vaciaban cubos, y un grupo de abuelos que estaban sentados en los escalones y contemplaban la puesta de sol. Metió las manos en un barril de lluvia, pero no se detuvo mientras se las sacudía. Rodeó la casa de Mabrow el porquero, dejó atrás el abrevadero común, el gran agujero abierto en la roca en el centro del pueblo para recoger lluvia, y siguió corriendo a lo largo de la pared rompiente, la empinada falda de la montaña contra la que habían construido el pueblo para protegerlo de las tormentas.

Aquí encontró un bosquecillo de árboles tocopeso. Nudosos y tan altos como un hombre, solo les crecían hojas en la parte de sotavento, y corrían por todo el árbol como los peldaños de una escalera, agitándose con la fresca brisa. Mientras Kal se acercaba, las grandes hojas como estandartes se cerraron en torno a los troncos, creando una serie de sonidos restallantes.

El padre de Kal estaba al otro lado, las manos a la espalda. Estaba esperando donde la carretera de la mansión pasaba ante Piedralar. Lirin se volvió con un sobresalto y reparó en Kal. Llevaba sus mejores ropas: un abrigo azul, abotonado a los lados, como los de los ojos claros. Pero eran sus pantalones blancos los que mostraban signos de desgaste. Estudió a Kal a través de sus gafas.

—Voy contigo —estalló Kal—. A la mansión.

—¿Cómo lo sabías?

—Lo sabe todo el mundo. ¿Crees que no iban a hablar si el brillante señor Roshone te invita a cenar? ¿A ti, nada menos?

Lirin desvió la mirada.

—Le dije a tu madre que te mantuviera ocupado.

—Lo intentó —Kal sonrió—. Probablemente me caerá una tormenta encima cuando encuentre esas largorraíces tiradas delante de la puerta.

Lirin no dijo nada. El carruaje se detuvo cerca, las ruedas rechinando contra la piedra.

—No será una comida agradable y tranquila, Kal —dijo Lirin.

—No soy tonto, padre. Cuando le dijeron a Hesina que no hacía falta que siguiera trabajando en el pueblo… Bueno, había un motivo por el que se habían visto reducidos a comer largorraíces.

—Si vas a enfrentarte a él, tendrías que tener a alguien que te apoyara.

—¿Y ese alguien eres tú?

—Soy todo lo que tienes.

El cochero se aclaró la garganta. No se bajó a abrir la portezuela como había hecho con el brillante señor Roshone. Lirin miró a Kal.

—Si me envías de vuelta, me iré —dijo el muchacho.

—No. Ven conmigo si quieres.

Lirin se acercó al carruaje y abrió la portezuela. No era el bonito y elegante vehículo dorado que usaba Roshone, sino el segundo carruaje, el marrón y más viejo. Kal subió, sintiendo un arrebato de emoción por la pequeña victoria…, y una medida igual de pánico. Iban a enfrentarse a Roshone. Por fin.

Los asientos del interior del carruaje eran sorprendentes, la tela roja que los cubría más suave que nada que Kal hubiera palpado. Se sentó, y el asiento era sorprendentemente mullido. Lirin se sentó frente a él, cerró la portezuela, y el cochero dio un latigazo a sus caballos. El vehículo dio la vuelta y volvió a subir por el camino. Por blando que fuera el asiento, el trayecto fue terriblemente dificultoso, y las sacudidas hicieron que los dientes de Kal castañetearan unos contra otros. Era peor que viajar en carro, aunque eso se debía probablemente a que iban más rápido.

—¿Por qué no querías que lo supiéramos, padre?

—No estaba seguro de venir.

—¿Qué otra cosa podías hacer?

—Marcharme. Llevaros a Kharbranth y escapar de este pueblo, de este reino y de las mezquindades de Roshone.

Kal parpadeó sorprendido. Nunca había pensado en eso. De repente todo pareció ampliarse. Su futuro cambió, adquiriendo una nueva forma. Padre, madre, Tien…, con él.

—¿De verdad?

Lirin asintió, ausente.

—Aunque no fuéramos a Kharbranth, estoy seguro de que muchos pueblos alezi nos aceptarían. La mayoría nunca ha tenido un cirujano que los cuide. Se las apañan como pueden con lugareños que han aprendido casi todo lo que saben con supersticiones o trabajando con los ocasionales chulls heridos. Incluso podríamos mudarnos a Kholinar: estoy lo bastante dotado como para encontrar trabajo como ayudante de físico allí.

—¿Por qué no nos vamos, entonces? ¿Por qué no nos hemos ido ya?

Lirin miró por la ventana.

—No lo sé. Deberíamos irnos. Tiene sentido. Tenemos dinero. Aquí no nos quieren. El consistor nos odia, la gente recela de nosotros, el propio Padre Tormenta parece querer aplastarnos. —Había algo en la voz de Lirin. ¿Pesar?—. Una vez intenté marcharme —dijo, en voz aún más baja—. Pero hay un lazo entre el hogar de un hombre y su corazón. He cuidado a esta gente, Kal. He ayudado a que sus hijos nacieran, he soldado sus huesos, he sanado sus heridas. Has visto lo peor de ellos, estos últimos años, pero hubo una época antes que eso, una buena época. —Se volvió hacia Kal, las manos unidas, mientras el carruaje seguía sacudiéndose—. Son míos, hijo. Y yo soy de ellos. Son mi responsabilidad, ahora que Wistiow se ha ido. No puedo dejárselos a Roshone.

—¿Aunque les guste lo que está haciendo?

—Sobre todo por eso. —Lirin se llevó una mano a la cabeza—. Padre Tormenta. Ahora que lo digo parece una necedad aún más grande.

—No. Lo comprendo. Creo. —Kal se encogió de hombros—. Supongo, bueno, que seguirán viniendo a vernos cuando estén enfermos. Se quejan pero siguen viniendo. Antes me preguntaba por qué.

—¿Y llegaste a alguna conclusión?

—Más o menos. Decidí que en el fondo preferían estar vivos para maldecirte unos cuantos días más. Es lo que hacen. Igual que lo que tú haces es curarlos. Y te daban dinero. Un hombre puede decir lo que quiera, pero pone sus esferas donde está su corazón. —Kal frunció el ceño—. Supongo que te apreciaban.

Lirin sonrió.

—Sabias palabras. Sigo olvidando que ya eres casi un hombre, Kal. ¿Cuándo creciste y te hiciste mayor?

«Aquella noche en que estuvieron a punto de robarnos —pensó Kal inmediatamente—. Aquella noche en que iluminaste a aquellos hombres en la puerta y demostraste que la valentía no tiene nada que ver con empuñar una lanza en la batalla.»

—Pero te equivocas en una cosa —dijo Lirin—. Has dicho que

me apreciaban. Todavía lo hacen. Oh, protestan…, siempre lo han hecho. Pero también nos dejan comida.

Kal se sorprendió.

—¿Eso hacen?

—¿Cómo crees que hemos estado comiendo estos últimos cuatro meses?

—Pero…

—Le tienen miedo a Roshone, así que callan. Dejaban la comida para tu madre cuando salía a limpiar, o la metían en el barril de agua cuando estaba vacío.

—Intentaron robarnos.

—Y esos mismos hombres también nos dieron comida.

Kal reflexionó mientras el carruaje llegaba a la mansión. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que visitó el gran edificio de dos plantas. Tenía el habitual tejado inclinado hacia la tormenta, pero era mucho más grande. Las paredes eran de gruesas piedras blancas, y tenía majestuosas columnas cuadrangulares en sotavento.

¿Vería aquí a Laral? Le avergonzaba lo poco que pensaba en ella últimamente.

Los terrenos delanteros de la mansión tenían un murete de piedra cubierto de todo tipo de plantas exóticas. Los rocapullos se alineaban en la parte superior, sus enredaderas colgando por fuera. Manojos de bulbosas variedades de cortezapizarra crecían en el interior, rebosando de una gama de brillantes colores. Naranjas, rojos, amarillos y azules. Algunos macizos parecían montones de ropa, con pliegues esparcidos como abanicos. Otros crecían como cuernos. La mayoría tenían tentáculos como hilos que se agitaban al viento. El brillante señor Roshone prestaba mucha más atención a sus terrenos que Wistiow.

Dejaron atrás las columnas encaladas y atravesaron las gruesas puertas de madera. El vestíbulo tenía un techo bajo y estaba decorado con cerámicas; esferas de zirconio les daban un pálido tono azul.

Un alto sirviente con una larga casaca negra y una corbata púrpura brillante los recibió. Era Natir, el mayordomo ahora que Miliv había muerto. Lo habían traído de Dalilak, una gran ciudad costera del norte.

Natir los condujo a un comedor donde Roshone estaba sentado ante una gran mesa de nogal. Había ganado peso, aunque no lo suficiente para poder considerarlo gordo. Seguía teniendo aquella barba entrecana, y llevaba el pelo hasta el cuello, engominado. Tenía puestos pantalones blancos y un ajustado chaleco rojo sobre una camisa blanca.

Ya había empezado a comer, y los olores de las especias hicieron gruñir al estómago de Kal. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que comió cerdo? Había cinco salsas distintas en la mesa, y el vino de Roshone era de un profundo y cristalino color naranja. Comía solo, sin hacer ningún caso a Lirin o a su hijo.

El sirviente les indicó una mesa preparada en una habitación contigua. Su padre le echó un vistazo y luego se dirigió a la mesa de Roshone y se sentó. Roshone se detuvo, la brocheta a medio camino de sus labios, la salsa marrón goteando sobre la mesa.

—Pertenezco al segundo *nahn* —dijo Lirin— y he recibido una invitación personal para comer contigo. Sin duda cumplirás los preceptos de rango lo suficiente para hacerme un sitio en tu mesa.

Roshone apretó los clientes, pero no puso objeciones. Inspirando profundamente, Kal se sentó junto a su padre. Antes de marcharse para unirse a la guerra en las Llanuras Quebradas, tenía que saberlo. ¿Era su padre un cobarde o un hombre de valor?

En casa, a la luz de las esferas, Lirin había parecido siempre débil. Trabajaba en su sala de operaciones, ignorando lo que la gente del pueblo decía sobre él. Le decía a su hijo que no podía practicar con la lanza y le prohibía que pensara en ir a la guerra. ¿No eran esas las acciones de un cobarde? Pero cinco meses antes, Kal había visto en él un valor que no esperaba.

Y a la tranquila luz azul del palacio de Roshone, Lirin miraba a los ojos de un hombre muy superior a él en rango, dinero y poder. Y no pestañeaba. El corazón de Kal latía descontrolado. Tuvo que esconder las manos en el regazo para no traicionar su nerviosismo.

Roshone hizo un gesto a un sirviente, y poco después prepararon nuevos cubiertos. La periferia de la habitación estaba oscura. La mesa de Roshone era una isla iluminada en una enorme extensión negra.

Había cuencos de agua para lavarse los dedos y recias servilletas

blancas al lado. Una comida de ojos claros. Kal rara vez había paladeado nada tan bueno; trató de no quedar en ridículo mientras cogía vacilante una brocheta e imitaba a Roshone, usando su cuchillo para desprender el último trozo de carne y luego pinchándolo y mordiéndolo. La carne era sabrosa y tierna, aunque las especias eran mucho más picantes de lo que estaba acostumbrado.

Lirin no comió. Apoyó los codos en la mesa y vio comer al brillante señor.

—Quería ofrecerte la oportunidad de comer tranquilo antes de que habláramos de asuntos serios —dijo Roshone al cabo de un rato —. Pero no pareces inclinado a disfrutar de mi generosidad.

—No.

—Muy bien —dijo Roshone, cogiendo un trozo de pan ácimo de la cesta y envolviéndolo en su brocheta para desprender varios trozos de verdura a la vez y comérselas con el pan—. Entonces dime. ¿Cuánto tiempo piensas que puedes desafiarme? Tu familia está en la indigencia.

—Estamos bien —intervino Kal.

Lirin lo miró, pero no lo castigó por hablar.

—Mi hijo tiene razón. Podemos vivir. Y si eso no funciona, podemos marcharnos. No me doblegaré ante tu voluntad, Roshone.

—Si te marchas —dijo Roshone, alzando un dedo—, contactarás con tu nuevo consistor y le hablarás de las esferas que me has robado.

—Ganaría una investigación a ese respecto. Además, como cirujano, soy inmune a la mayoría de las demandas que pudieras hacer.

Era cierto. Los hombres que cumplían una función especial en las ciudades, junto con sus aprendices, disfrutaban de protección especial, incluso de los ojos claros. El código de ciudadanía legal vorin era tan complejo que Kaladin todavía tenía dificultades para entenderlo.

—Sí, ganarías una investigación —dijo Roshone—. Fuiste muy meticuloso, y preparaste los documentos exactos. Eras el único que estaba con Wistiow cuando los selló. Es extraño que ninguna de sus escribanas estuviera allí.

—Las escribanas le leyeron los documentos.

—Y salieron de la habitación.

—Porque el brillante señor Wistiow les ordenó salir. Lo han admitido, según creo.

Roshone se encogió de hombros.

—No necesito demostrar que robaste las esferas, cirujano. Solo tengo que continuar como hasta ahora. Sé que tu familia come migajas. ¿Cuánto tiempo seguirás haciéndolos sufrir por tu orgullo?

—No se dejarán intimidar. Ni yo tampoco.

—No te pregunto si os sentís intimidados. Os pregunto si pasáis hambre.

—En modo alguno —dijo Lirin, con voz seca—. Si nos falta algo de comer, podemos disfrutar con la atención que nos dispensas, brillante señor. Sentimos tus ojos vigilando, oímos tus susurros a los habitantes del pueblo. A juzgar por el grado de preocupación hacia nosotros, parece que eres tú quien se siente intimidado.

Roshone guardó silencio, la brocheta en su mano flácida, los brillantes ojos verdes entornados, los labios fruncidos. En la oscuridad, aquellos ojos casi parecían brillar. Kal tuvo que esforzarse para no sentirse aplastado bajo el peso de aquella mirada reprobadora. Los ojos claros como Roshone tenían un aire de mando.

«¡No es un auténtico ojos claros! Es un residuo. Veré a los ojos claros de verdad algún día. Hombres de honor», pensó Kal.

Lirin le sostuvo la mirada.

—Cada mes que resistimos es un golpe a tu autoridad. No puedes mandar arrestarme, ya que ganaría una investigación. Has intentado volver a los demás en mi contra, pero ellos saben, en el fondo, que me necesitan.

Roshone se inclinó hacia delante.

—No me gusta vuestro pueblo. —Lirin frunció el ceño ante la extraña respuesta—. No me gusta que me traten como a un exiliado —continuó Roshone—. No me gusta vivir tan lejos de todo lo que es importante. Y, sobre todo, no me gustan los ojos oscuros que se creen por encima de su posición.

—Me cuesta compadecerte.

Roshone hizo una mueca. Miró su comida, como si hubiera

perdido todo el sabor.

—Muy bien. Hagamos un…, trato. Me quedaré con nueve décimas partes de las esferas. Puedes quedarte con el resto.

Kal se levantó, indignado.

—Mi padre nunca…

—Kal —cortó Lirin—. Puedo hablar por mí mismo.

—Pero no irás a hacer ningún trato.

Lirin no respondió inmediatamente. Por fin, dijo:

—Ve a las cocinas, Kal. Pregúntales si tienen comida más de tu gusto.

—Padre, no…

—Ve, hijo —la voz de Lirin era firme.

¿Era verdad? ¿Después de todo esto, iba a capitular su padre? Kal sintió que se ruborizaba y salió corriendo del comedor. Conocía el camino a las cocinas. Durante su infancia, a menudo había comido allí con Laral.

Se marchó no porque se lo hubieran dicho, sino porque no quería que su padre ni Roshone vieran sus emociones: a disgusto por haberse levantado para denunciar a Roshone cuando su padre planeaba hacer un trato, humillación porque su padre considerara siquiera hacerlo, frustración por ser expulsado. Kal advirtió para su desazón que estaba llorando. Pasó ante un par de soldados de la casa de Roshone que estaban de pie ante la puerta, iluminada solo por una débil lámpara de aceite en la pared. Sus rudos rasgos quedaban resaltados por sombras ambarinas.

Kal pasó rápidamente ante ellos y dobló una esquina antes de detenerse frente un macetero para lidiar con sus emociones. En el macetero había una parra de interior a punto de abrirse; unas cuantas flores como conos brotaban de su concha residual. La lámpara de la pared ardía con una luz diminuta y apagada. Estas eran las habitaciones traseras de la mansión, cerca de los aposentos del servicio, y no se usaban esferas para iluminarlas.

Kal trató de controlar su respiración. Se sentía como uno de los diez locos, en concreto Cabine, que actuaba como un niño a pesar de ser un adulto. ¿Pero qué podía pensar de las acciones de Lirin?

Se secó los ojos antes de entrar por las puertas oscilantes de las cocinas. Roshone todavía empleaba al chef de Wistiow, Barn, un

hombre alto y delgado con un pelo oscuro que llevaba recogido en trenzas. Caminaba junto a las encimeras, dando instrucciones a diversos ayudantes mientras un par de parshmenios entraban y salían por las puertas traseras de la mansión, cargando con cajas de comida. Barn llevaba una larga cuchara de metal que golpeaba contra una olla o una sartén que colgaban del techo cada vez que daba una orden.

Apenas le dirigió a Kal una mirada con sus ojos marrones antes de decirle a uno de sus sirvientes que fuera a traer un poco de pan y arroz afrutado. Comida de niños. Kal se sintió todavía más cohibido cuando advirtió que Barn había sabido al instante por qué lo habían enviado a las cocinas.

Se dirigió al pequeño comedor adjunto para esperar la comida. Era una alcoba encalada con una mesa de superficie de pizarra. Se sentó, los codos sobre la mesa, la cabeza en las manos.

¿Por qué lo enfurecía tanto pensar que su padre podría comerciar con la mayor parte de las esferas a cambio de seguridad? Cierto, si eso sucedía no habría suficiente para enviarlo a Kharbranth. Pero él ya había decidido hacerse soldado. Así que no importaba, ¿no?

«Voy a unirme al ejército. Me escaparé y…»

De repente, ese sueño, ese plan, pareció increíblemente infantil. Pertenecía a un niño que tenía que comer comidas afrutadas y se merecía estar aparte cuando los hombres hablaban de temas importantes. Por primera vez, la idea de no formarse con los cirujanos lo llenó de pesar.

La puerta de las cocinas se abrió de golpe. Rillir, el hijo de Roshone, entró charlando con una persona que lo seguía.

—No sé por qué padre insiste en tenerlo todo tan oscuro por aquí. ¿Lámparas de aceite en los pasillos? ¿Puede haber algo más provinciano? Le vendría bien si yo pudiera ir a una cacería o dos. Podríamos sacar algo bueno de estar en este lugar tan remoto.

Rillir reparó en Kal allí sentado, pero pasó de largo como se puede advertir la presencia de un taburete o un estante para el vino: lo veías, pero por lo demás lo ignorabas.

Kal tenía los ojos clavados en la persona que seguía a Rillir. Laral. La hija de Wistiow.

Muchas cosas habían cambiado. Había pasado mucho tiempo, y verla le hizo recordar antiguas emociones. Vergüenza, excitación. ¿Sabía ella que sus padres esperaban que se casara con él? Verla de nuevo casi lo abrumó por completo. Pero no. Su padre podía mirar a Roshone a los ojos. El podía hacer lo mismo con ella.

Kal se levantó y la saludó con un gesto de la cabeza. Ella lo miró y se sonrojó débilmente. La acompañaba una vieja ama: una carabina.

¿Qué había pasado con la Laral que conocía, la chica del pelo suelto amarillo y negro a la que le gustaba escalar rocas y correr por los campos? Ahora iba vestida con hermosas sedas amarillas, un vestido de ojos claros a la moda, su pelo perfectamente peinado teñido de negro para ocultar lo rubio. Llevaba la mano izquierda oculta recatadamente en la manga. Laral parecía una ojos claros.

Las riquezas de Wistiow (lo que quedaba) habían ido a parar a ella. Y cuando Roshone recibió autoridad sobre Piedralar y se le concedió la mansión y las tierras adyacentes, el alto príncipe Sadeas le había dado a Laral una dote en compensación.

—Tú —dijo Rillir, dirigiéndose a Kal y hablando con inmaculado acento de ciudad— sé buen chico y tráenos la cena. La tomaremos aquí en el comedor.

—No soy ningún criado.

—¿Y?

Kal se ruborizó.

—Si esperas algún tipo de propina o recompensa por traerme la comida…

—Yo no… Quiero decir… —Kal miró a Laral—. Díselo, Laral.

Ella apartó la mirada.

—Bueno, ve, muchacho —dijo ella—. Haz lo que te dicen. Tenemos hambre.

Kal la miró boquiabierto. Luego sintió que se ruborizaba todavía más.

—¡Yo no…, no voy a traeros nada! —consiguió decir—. No lo haría no importa cuántas esferas me ofrecieras. No soy ningún chico de los recados: soy cirujano.

—Oh, así que eres el hijo de *ese*…

—Lo soy —dijo Kal, sorprendido de lo orgullosamente que sentía

esas palabras—. No voy a dejarme amedrentar por ti, Rillir Roshone. Igual que mi padre no se deja amedrentar por el tuyo.

«Aunque pueden estar haciendo un trato ahora mismo…»

—Padre no mencionó lo divertido que eras —dijo Rillir, apoyándose contra la pared. Parecía una década mayor que Kal, no solo dos años—. ¿Así que te parece vergonzoso traerle a un hombre su comida? ¿Ser cirujano te hace ser mucho mejor que el personal de cocina?

—Bueno, no. Pero no es mi Llamada.

—¿Entonces cuál es tu Llamada?

—Curar a la gente enferma.

—Y si no como, ¿no me pondré enfermo? ¿No dirías entonces que es tu deber encargarte de que esté alimentado?

Kal frunció el ceño.

—Es…, bueno, no es lo mismo.

—A mí me parece muy similar.

—Mira, ¿por qué no vas y te traes tú mismo la comida?

—No es mi Llamada.

—¿Entonces cuál es tu Llamada? —replicó Kal, devolviéndole al joven sus propias palabras.

—Soy heredero consistor —dijo Rillir—. Mi deber es liderar…, ver que se hagan los trabajos y que la gente esté ocupada haciendo labores productivas. Y como tal, le doy a los ojos oscuros ociosos tareas para que sean útiles.

Kal vaciló, enfadado.

—Ya ves cómo funciona su pequeña mente —le dijo Rillir a Laral—. Como un fuego moribundo, quemando el poco combustible que tiene, expulsando humo. Ah, y mira, su cara se vuelve roja por el calor.

—Rillir, por favor —dijo Laral, posando la mano en su brazo.

Rillir la miró y se encogió de hombros.

—A veces eres tan provinciana como mi padre, querida.

Se irguió y, con una expresión de resignación, salió del comedor y se dirigió a las cocinas.

Kal se sentó con fuerza, casi lastimándose las piernas con el banco por la energía de su acción. Un pinche le trajo su comida y la depositó sobre la mesa, pero eso tan solo le recordó su infantilismo,

así que no la comió: tan solo se quedó mirándola hasta que, al cabo de un rato, su padre entró en la cocina. Rillir y Laral se habían ido ya.

Lirin entró en el comedor y miró a Kal.

—No has comido.

Kal negó con la cabeza.

—Tendrías que haberlo hecho. Era gratis. Vamos.

Salieron en silencio a la noche oscura. El carruaje los esperaba, y pronto Kal se sentó de nuevo frente a su padre. El conductor ocupó su puesto, haciendo que el vehículo se estremeciera, y un chasquido del látigo puso a los caballos en movimiento.

—Quiero ser cirujano —dijo Kal de repente.

El rostro de su padre, oculto en las sombras, era ilegible. Pero cuando habló parecía confuso.

—Lo sé, hijo.

—No. Quiero ser cirujano. No quiero escaparme para ir a la guerra.

Silencio en la oscuridad.

—¿Estabas considerando eso? —preguntó Lirin.

—Sí —admitió Kal—. Era infantil. Pero he decidido que quiero aprender cirugía.

—¿Por qué? ¿Qué te ha hecho cambiar?

—Necesito saber cómo piensan —dijo Kal, indicando con un gesto la mansión—. Están entrenados para decir sus frases de forma retorcida, y tengo que poder enfrentarme a ellos y replicarles. No plegarme como…

—¿Cómo he hecho yo? —preguntó Lirin con un suspiro. Kal se mordió los labios, pero tuvo que preguntar.

—¿Cuántas esferas accediste a darle? ¿Seguiré teniendo suficiente para ir a Kharbranth?

—No le di nada.

—Pero…

—Roshone y yo hablamos durante un rato, discutiendo sobre las cantidades. Fingí enfadarme y me marché.

—¿Fingiste? —preguntó Kal, confuso.

Su padre se inclinó hacia delante, susurrando para asegurarse de que el conductor no se enterara. Con el traqueteo y el ruido de las

ruedas sobre la piedra, había poco riesgo de que así fuera.

—Tiene que creer que estoy dispuesto a ceder. La reunión de hoy tenía que dar la impresión de desesperación. Una fachada fuerte al principio, seguida de frustración, para hacerle pensar que me tiene en sus manos. Finalmente, una retirada. Me invitará de nuevo dentro de unos meses, después de hacerme «sudar».

—¿Pero no cederás entonces? —susurró Kal.

—No. Darle alguna de las esferas haría que desee con más ansia el resto. Estas tierras no producen como antes, y Roshone está casi arruinado por perder batallas políticas. Sigo sin saber qué alto señor era el responsable de enviarlo aquí para atormentarnos, aunque desearía tenerlo unos momentos en una habitación oscura…

La ferocidad con la que Lirin dijo aquellas palabras sorprendió a Kal. Era lo más cercano a la violencia que había oído jamás a su padre.

—¿Pero por qué has venido en primer lugar? —susurró Kal—. Dijiste que podíamos seguir resistiéndolo. Madre lo piensa también. No comeremos bien, pero no pasaremos hambre.

Su padre no respondió, aunque parecía preocupado.

—Tienes que hacerle creer que vamos a capitular —dijo Kal—. O que estamos a punto de hacerlo. Para que deje de buscar formas de someternos. Así centrará su atención en hacer un trato y no…

Kal se detuvo. Vio algo desconocido en los ojos de su padre. Algo parecido a la culpa. De repente, tuvo sentido. Un sentido frío, terrible.

—Padre Tormenta —susurró Kal—. Robaste las esferas, ¿verdad?

Su padre permaneció en silencio, ensombrecido y negro en el viejo carruaje.

—Por eso has estado tan tenso desde que murió Wistiow —susurró Kal—. La bebida, la preocupación… ¡Eres un ladrón! Somos una familia de ladrones.

El carruaje giró, y la luz violeta de Salas iluminó el rostro de Lirin. No parecía ni la mitad de ominoso desde ese ángulo; de hecho, parecía frágil. Unió las manos, los ojos reflejando la luz de la luna.

—Wistiow no estaba lúcido durante sus últimos días, Kal —susurró—. Yo sabía que, con su muerte, perderíamos la promesa de

una unión. Laral no había llegado todavía al día de su mayoría de edad, y el nuevo consistor no permitiría que un ojos oscuros se quedara con su herencia por matrimonio.

—¿Y por eso le robaste? —Kal notó que se encogía.

—Me aseguré de que se cumplieran las promesas. Tenía que hacer algo. No podía confiar en la generosidad del nuevo consistor. Estaba en lo cierto, como puedes ver.

Todo este tiempo, Kal había asumido que Roshone los estaba acosando por malicia y rencor. Pero resultó que estaba justificado.

—No puedo creerlo.

—¿Cambia tanto? —susurró Lirin. Bajo la tenue luz, su cara parecía acosada—. ¿Qué es diferente ahora?

—Todo.

—Y sin embargo nada. Roshone sigue queriendo esas esferas, y nosotros seguimos mereciéndolas. Si Wistiow hubiera sido lúcido, nos las habría dado. Estoy seguro.

—Pero no lo hizo.

—No.

Las cosas eran iguales, pero diferentes. Un paso, y el mundo se ponía patas arriba. El villano se convertía en el héroe, el héroe en el villano.

—Yo… —dijo Kal—. No puedo decidir si lo que hiciste fue increíblemente valiente o increíblemente equivocado. Lirin suspiró.

—Sé cómo te sientes —se echó hacia atrás—. Por favor, no le digas a Tien lo que hemos hecho.

Lo que «hemos» hecho. Hesina lo había ayudado.

—Cuando seas mayor, lo entenderás.

—Tal vez —dijo Kal, sacudiendo la cabeza—. Pero una cosa no ha cambiado. Quiero ir a Kharbranth.

—¿Incluso con unas esferas robadas?

—Encontraré un modo de devolverlas. No a Roshone. A Laral.

—Será una Roshone dentro de poco —dijo Lirin—. Debemos esperar un compromiso entre Rillir y ella antes de que acabe el año. Roshone no la dejará escapar, no ahora que ha perdido favor político en Kholinar. Ella representa una de las pocas posibilidades que tiene su hijo de hacer una alianza con una buena casa.

Kal sintió que el estómago se le revolvía ante la mención a Laral.

—Tengo que aprender. Tal vez pueda…

«¿Poder qué? —pensó Kal—. ¿Volver y convencerla de que deje a Roshone por mí? Ridículo.»

Miró a su padre, que había inclinado la cabeza, entristecido. Era un héroe. Y un villano también. Pero un héroe para su familia.

—No se lo diré a Tien —susurró Kal—. Y voy a usar las esferas para viajar a Kholinar y estudiar. —Su padre alzó la cabeza—. Quiero aprender a enfrentarme a los ojos claros, como haces tú —indicó—. Cualquiera de ellos puede dejarme en ridículo. Quiero aprender a hablar como ellos, a pensar como ellos.

—Quiero que aprendas para que puedas ayudar a la gente, hijo. No para que puedas replicar a los ojos claros.

—Creo que puedo hacer ambas cosas. Puedo aprender a ser listo.

Lirin bufó.

—Eres bastante listo, hijo. Has heredado lo suficiente de tu padre para darle vueltas a cualquier ojos claros. La universidad te enseñará cómo, Kal.

—Quiero que empiecen a llamarme por mi nombre completo —replicó él, sorprendiéndose a sí mismo—. Kaladin.

Era un nombre de hombre. Siempre le había disgustado que pareciera el nombre de un ojos claros. Ahora parecía adecuado.

No era un granjero ojos oscuros, pero tampoco era un señor ojos claros. Algo intermedio. Kal fue un niño que quería unirse al ejército porque era lo que soñaban los otros niños. Kaladin sería un hombre que aprendería cirugía y todas las costumbres de los ojos claros. Y algún día regresaría a este pueblo y le demostraría a Roshone, Rillir y la mismísima Laral que se habían equivocado al despreciarlo.

—Muy bien —dijo Lirin—. Kaladin.



«Nacidos de la oscuridad, siguen llevando su mancha, marcada en sus cuerpos igual que el fuego marca sus almas.»

Considero a Gashash-son-Navammis una fuente fiable, aunque no estoy segura de esta traducción. ¿He de buscar la cita original en el décimo cuarto libro de *Se Id* y volver a traducirlo, tal vez?

Kaladin flotaba.

«Fiebre persistente, acompañada de sudores fríos y alucinaciones. La causa probable son las heridas infectadas; limpiar con antisépticos para alejar a los putrispren. Mantener al sujeto hidratado.»

Estaba de vuelta en Piedralar con su familia. Solo que era un adulto. El soldado en el que se había convertido. Y ya no encajaba con ellos. Su padre seguía preguntando: ¿Cómo sucedió esto? Dijiste que querías ser cirujano. Cirujano…

«Costillas rotas. Causadas por traumatismo lateral, infligidas por una paliza. Vendar el pecho e impedir que el sujeto haga esfuerzos.»

De vez en cuando abría los ojos y veía una habitación oscura. Era fría, las paredes de piedra, con un techo alto. Había otra gente en filas, cubierta con mantas. Cadáveres. Esto era el almacén donde esperaban para ser vendidos. ¿Quién compraba cadáveres?

El alto príncipe Sadeas. Compraba cadáveres. Todavía caminaban después de comprados, pero eran cadáveres. Los estúpidos se negaban a aceptarlo, fingiendo que estaban vivos.

«Laceraciones en la cara, los brazos y el pecho. La parte exterior de la piel arrancada en varios sitios. Causada por una exposición prolongada a los vientos de la alta tormenta. Vendar zonas heridas, aplicar una salva de denocax para potenciar el crecimiento de la nueva piel.»

Pasó el tiempo. Mucho tiempo. Debería estar muerto. ¿Por qué no estaba muerto? Quería tenderse y dejar que sucediera.

Pero no. No. Le había fallado a Tien. Le había fallado a Goshel. Le había fallado a sus padres. Le había fallado a Daller.

No le fallaría al Puente Cuatro. ¡No lo haría!

«Hipotermia, causada por frío extremo. Calentar al sujeto y obligarlo a permanecer sentado. No dejarlo dormir. Si sobrevive unas cuantas horas, es probable que no haya efectos secundarios duraderos.»

«Si sobrevive unas cuantas horas…»

Los hombres de los puentes no estaban hechos para sobrevivir. ¿Por qué dijo eso Lamaril? ¿Qué ejército emplearía a hombres para morir?

Su perspectiva había sido demasiado estrecha, demasiado cegata. Tenía que comprender los objetivos del ejército. Observó horrorizado los progresos de la batalla. ¿Qué había hecho?

Tenía que volver y cambiarlo. Pero no. Estaba herido, ¿verdad? Sangraba en el suelo. Era uno de los lanceros caídos. Era un hombre del Puente Dos, traicionado por esos necios del Puente Cuatro, que desviaron a todos los arqueros.

¿Cómo se atreven? ¿Cómo se atreven?

¡Cómo se atreven a sobrevivir matándome!

«Tendones distendidos, músculos rasgados, huesos rotos y magullados, y dolor generalizado causado por condiciones extremas. Forzar el descanso en cama por todos los medios necesarios. Comprobar hematomas grandes y persistentes o palidez causada por hemorragias internas. Eso puede amenazar la vida. Estar preparado para operar.»

Vio los muertespren. Eran negros, del tamaño de puños, con

muchas patas y ojos rojo oscuro que brillaban, dejando rastros de luz ardiente. Se arremolinaban a su alrededor, correteando aquí y allá. Sus voces eran susurros, sonidos rasgados como de papel roto. Lo aterraban, pero no podía escapar de ellos. Apenas podía moverse.

Podía ver los muertespren sobre los moribundos. Los veías y luego morías. Solo los muy afortunados sobrevivían después de eso. Los muertespren sabían cuándo estaba cerca el final.

«Ampollas en los dedos de las manos y los pies causadas por la congelación. Asegurarse de aplicar antisépticos a cualquier ampolla que se rompa. Potenciar la cura natural del cuerpo. Es improbable que haya daños permanentes.»

Ante los muertespren había una diminuta figura de luz. No transparente, como siempre había aparecido antes, sino de pura luz blanca. Aquel suave rostro femenino tenía un tono más noble y más anguloso ahora, como una mujer guerrero de un tiempo olvidado. Ya no era infantil. Montaba guardia sobre su pecho, empuñando una espada hecha de luz.

Aquel brillo era tan puro, tan dulce. Parecía el brillo de la vida misma. Cada vez que uno de los muertespren se acercaba demasiado, ella lo atacaba, empuñando su radiante hoja.

La luz los espantaba.

Pero había un montón de muertespren. Más y más cada vez que él estaba lo bastante lúcido para mirar.

«Delirios varios causados por traumatismo en la cabeza. Mantener observación del sujeto. No permitir la ingesta de alcohol. Obligar al descanso. Administrar corteza insondable para reducir la hinchazón craneana. Puede usarse fuegomoho en casos extremos, pero cuidarse de no causar adicción en el sujeto.

»Si la medicación falla, trepanar el cráneo puede ser necesario para aliviar la presión.

»Habitualmente fatal.»

Teft entró en el barracón a mediodía. Pasar al interior en sombras era como entrar en una cueva. Miró a la izquierda, donde habitualmente dormían los otros heridos. Todos estaban fuera en este momento, tomando el sol. Los cinco mejoraban, incluso Leyten.

Teft dejó atrás las filas de mantas enrolladas colocadas a los lados de la habitación y se dirigió al fondo, donde estaba Kaladin.

«Pobre hombre —pensó Teft—. ¿Qué es peor, estar enfermo cerca de la muerte o tener que permanecer aquí, lejos de la luz?» Era necesario. El Puente Cuatro caminaba por una línea precaria. Les habían permitido bajar a Kaladin, y hasta ahora nadie había intentado impedir que lo cuidaran. Prácticamente el ejército entero había oído a Sadeas entregar a Kaladin al juicio del Padre Tormenta.

Gaz había venido a verlo, y luego hizo una mueca divertida. Probablemente les diría a sus superiores que iba a morir. Los hombres no vivían mucho con heridas como aquellas.

Sin embargo Kaladin resistía. Los soldados venían a echarle un vistazo. Su supervivencia era increíble. La gente hablaba en el campamento. Entregado al Padre Tormenta para ser juzgado, y luego había sido perdonado. Un milagro. A Sadeas no le gustaría. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que uno de los ojos claros decidiera aliviar al brillante señor del problema? Sadeas no podía emprender ninguna acción a las claras (no sin perder su credibilidad), pero envenenarlo o asfixiarlo en silencio abreviaría la vergüenza.

De modo que el Puente Cuatro mantenía a Kaladin lo más apartado de las miradas de todo el mundo como fuera posible. Y siempre dejaban a alguien con él. Siempre.

«Tormenta de hombre», pensó Teft, arrodillándose ante el febril paciente con sus mantas revueltas, los ojos cerrados, el rostro sudoroso, el cuerpo cubierto de una enorme cantidad de vendajes. La mayoría estaban manchados de rojo. No tenían dinero para cambiarlos con frecuencia.

Ahora Cikatriz montaba guardia. Estaba sentado a los pies de Kaladin.

—¿Cómo está? —preguntó Teft. Cikatriz respondió en voz baja.

—Parece que empeora, Teft. Le he oído murmurar sobre sombras oscuras, debatirse y decirle que se fueran. Abrió los ojos. No pareció verme, pero sí dijo algo. Lo juro.

«Muertespren —pensó Teft, sintiendo un escalofrío—. Kelek nos ayude.»

—Yo me encargo del turno —dijo, sentándose—. Ve a comer algo.

Cikatriz se levantó, pálido. Los ánimos de todos se vendrían abajo si Kaladin sobrevivía a la alta tormenta para morir luego de sus heridas. Cikatriz salió de la habitación arrastrando los pies, con los hombros hundidos.

Teft observó a Kaladin durante largo rato, tratando de poner en orden sus pensamientos, sus emociones.

—¿Por qué ahora? —susurró—. ¿Por qué aquí? ¿Después de que tantos hayan visto y esperado, venís aquí?

Pero naturalmente Teft se estaba adelantando. No lo sabía con certeza. Solo tenía suposiciones y esperanzas. No, esperanzas no: temores. Había rechazado a los Protectores. Y sin embargo, aquí estaba. Rebuscó en un bolsillo y sacó tres pequeñas esferas de diamante. Había pasado mucho, mucho tiempo desde la última vez que ahorró de su salario, pero se había quedado con estas, pensativo, preocupado. Brillaban en su mano con luz tormentosa.

¿De verdad quería saberlo?

Apretando los dientes, Teft se acercó a Kaladin y contempló el rostro del joven inconsciente.

—Hijo de puta —susurró—. Maldito hijo de puta. Cogiste a un puñado de ahorcados y los alzaste el tiempo suficiente para que respiraran. ¿Y ahora los vas a dejar? No lo consentiré, ¿me oyes? No lo consentiré.

Le puso las esferas a Kaladin en la mano, envolviendo los laxos dedos a su alrededor, y luego le puso la mano sobre el abdomen. Se sentó entonces sobre sus talones. ¿Qué sucedería? Todo lo que tenían los Protectores eran historias y leyendas. Cuentos de bobos, los había llamado Teft. Sueños vanos.

Esperó. Naturalmente, no sucedió nada. «Eres tan necio como el que más, Teft», se dijo. Extendió la mano hacia la de Kaladin. Aquellas esferas comprarían unas cuantas bebidas.

Kaladin boqueó de repente, absorbiendo rápidas, breves y poderosas bocanadas de aire.

El brillo en su mano se apagó.

Teft se quedó inmóvil, los ojos abiertos como platos. Hilillos de luz empezaron a brotar del cuerpo de Kaladin. Era leve, pero el

brillo blanco de la luz tormentosa que surgía de su cuerpo era inconfundible. Era como si Kaladin se hubiera bañado en un súbito calor y su piel humeara.

Kaladin abrió los ojos, y estos también filtraron luz, levemente teñida de ámbar. Boqueó de nuevo con fuerza, y los hilillos de luz empezaron a enroscarse en los cortes abiertos de su pecho. Unos se unieron y se anudaron.

Entonces desapareció, agotada la luz de aquellos diamantes. Kaladin cerró los ojos y se relajó. Sus heridas seguían siendo graves, su fiebre seguía siendo alta, pero un poco de color había regresado a su piel. La roja hinchazón en torno a algunos cortes había disminuido.

—Dios mío —dijo Teft, advirtiendo que estaba temblando—. Todopoderoso, surgido del cielo para habitar en nuestros corazones…, es cierto.

Inclinó la cabeza ante el suelo de roca, cerrando los ojos con fuerza, mientras las lágrimas brotaban de sus comisuras.

«¿Por qué ahora? —pensó de nuevo—. ¿Por qué aquí?»

«Y en nombre de todos los cielos ¿por qué yo?»

Permaneció arrodillado durante cien latidos, contando, pensando, preocupado. Por fin se puso en pie y recogió las esferas, ahora opacas, de la mano de Kaladin. Tendría que cambiarlas por esferas con luz. Entonces podría regresar y dejar que Kaladin las absorbiera también.

Tendría que tener cuidado. Unas cuantas esferas cada día, pero no demasiadas. Si el cuerpo sanaba demasiado rápido, atraería demasiado la atención.

«Y tengo que decírselo a los Protectores. Tengo que…»

Los Protectores ya no existían. Muertos, por lo que él había hecho. Si había otros, no tenía ni idea de cómo localizarlos.

¿A quién se lo diría? ¿Quién le creería? El propio Kaladin probablemente no comprendía lo que estaba haciendo.

Era mejor no decir nada, al menos hasta que pudiera decidir qué hacer al respecto.



«En un latido Alezarv estuvo allí, cruzando una distancia que habría tardado más de cuatro meses en recorrer a pie.»

Otra historia popular, está registrada en *Entre los ojos oscuros*, por Calinam. Página 102. Las historias de viajes instantáneos y las Puertas Juramentadas abundan en estas historias.

La mano de Shallan volaba sobre el tablero de dibujo, moviéndose como por su propia cuenta: el carboncillo arañaba, esbozaba, manchaba. Líneas gruesas primero, como rastros de sangre dejados por un pulgar sobre el áspero granito. Líneas diminutas como arañazos hechos con un alfiler.

Estaba sentada en su pequeña cámara de piedra en el Cónclave. No había ventanas, no había adornos en las paredes de granito. Solo la cama, su baúl, la mesilla de noche, y el pequeño escritorio que hacía también las veces de tablero de dibujo.

Un único broam de rubí proyectaba una luz rojiza sobre su boceto. Normalmente, para producir un dibujo vibrante tenía que memorizar conscientemente una escena. Un parpadeo que detenía el mundo y lo marcaba en su mente. No lo había hecho cuando Jasnah aniquilaba a los ladrones. Estaba demasiado petrificada por el horror o por la morbosa fascinación.

A pesar de eso, podía ver en su mente cada una de esas escenas

tan vivamente como si las hubiera memorizado de forma deliberada. Y estas memorias no se desvanecían cuando las dibujaba. No podía librarse de ellas. Estas muertes estaban marcadas a fuego.

Se apartó del tablero de dibujo, la mano temblando, la imagen ante ella una exacta representación al carboncillo del sofocante paisaje nocturno, apretujado entre las paredes del callejón, una torturada figura en llamas alzándose hacia el cielo. En ese momento, su rostro todavía conservaba su forma, los ojos desorbitados y los labios ardientes entreabiertos. La mano de Jasnah se dirigía hacia la figura, como advirtiéndola, o rezando.

Shallan se llevó al pecho los dedos manchados de carboncillo y contempló su creación. Era uno de las docenas de dibujos que había hecho durante los últimos dos días. El hombre convertido en fuego, el otro cristalizado, los dos últimos transmutados en humo. Solo podía dibujar plenamente a uno de los dos: estaba mirando al este cuando sucedió. Sus dibujos de la muerte del cuarto hombre eran de humo que se alzaba, las ropas ya en el suelo.

Se sentía culpable por no haber podido registrar su muerte. Y se sentía estúpida por ese sentimiento.

La lógica no condenaba a Jasnah. Sí, la princesa había acudido voluntariamente al peligro, pero eso no eximía de responsabilidad a quienes habían decidido hacerle daño. Las acciones de los hombres eran reprensibles. Shallan se había pasado días consultando libros de filosofía y la mayoría de los marcos éticos exoneraban a la princesa.

Pero Shallan estuvo allí delante. Había visto morir a aquellos hombres. Había visto el terror en sus ojos, y se sentía mal. ¿No había otro modo?

Matar o morir. Esa era la Filosofía de lo Absoluto. Exoneraba a Jasnah.

Las acciones no eran malas. La intención es mala, y la intención de Jasnah había sido impedir que los hombres dañaran a nadie más. Esa era la Filosofía del Propósito. Alababa a Jasnah.

La moralidad está separada de los ideales de los hombres. Existe en su integridad en alguna parte, para ser abordada por el mortal, pero nunca comprendida verdaderamente. La Filosofía de los

Ideales. Decía que eliminar el mal era moral en última instancia, y por tanto al destruir a los hombres malvados Jasnah estaba justificada.

El objetivo debe ser sopesado contra los métodos. Si el objetivo es digno, entonces los pasos que se toman son dignos, aunque algunos de ellos, aislados, sean reprensibles. La Filosofía de la Aspiración. Más que ninguna otra, consideraba éticas las acciones de Jasnah.

Shallan arrancó la hoja del tablero de dibujo y la arrojó junto a las otras que había dispersas por su cama. Sus dedos volvieron a moverse, sujetando el lápiz de carboncillo, comenzando una nueva imagen en la hoja en blanco sujeta al tablero, incapaz de escapar.

Su robo la atormentaba tanto como las muertes. Irónicamente, la orden de Jasnah de que estudiara filosofía moral la obligaba a contemplar sus propias, terribles acciones. Había venido a Kharbranth a robar el fabrial, y luego emplearlo para salvar a sus hermanos y su casa de las deudas masivas y la destrucción. Sin embargo, en el fondo, no era por eso por lo que había robado la animista. Lo había hecho porque estaba enfadada con Jasnah.

Si las intenciones eran más importantes que la acción, entonces tenía que condenarse a sí misma. Quizá la Filosofía de la Aspiración (que formulaba que los objetivos eran más importantes que los pasos dados para conseguirlos) estaría de acuerdo con lo que había hecho, pero esa era la filosofía que consideraba más reprensible. Shallan estaba allí dibujando, condenando a Jasnah. Pero era ella quien había traicionado a una mujer que le había dado su confianza y la había aceptado. Ahora planeaba cometer herejía con la animista usándola a pesar de no ser una fervorosa.

La animista estaba en la parte oculta de su baúl. Tres días, y Jasnah no había dicho nada de la desaparición. Llevaba la joya falsa cada día. No había dicho nada, no había actuado de forma distinta. Tal vez no había probado la animista. El Todopoderoso enviaba que no fuera a ponerse de nuevo en peligro, esperando poder usar el fabrial para matar a quien la atacara.

Naturalmente, había otro aspecto de esa noche que Shallan tenía que considerar. Llevaba un arma oculta que no había usado. Se sentía como una idiota por no haber pensado sacarla. Pero no

estaba acostumbrada a…

Shallan se detuvo, advirtiendo por primera vez lo que estaba dibujando. No era otra escena de callejón, sino una lujosa habitación con una gruesa alfombra ornamentada y espadas en las paredes. Una mesa alargada, preparada con una cena a medias.

Y un hombre con bellos ropajes muerto, boca abajo en el suelo, la sangre formando un charco a su alrededor. Dio un salto atrás, arrojando el carboncillo, y luego arrugó el papel. Temblando, se apartó y se sentó en la cama, entre los dibujos. Dejó caer el dibujo arrugado y se llevó los dedos a la frente, palpando el sudor frío que la inundaba. Pasaba algo raro con ella, con sus dibujos.

Tenía que salir de ahí. Escapar de la muerte, la filosofía y las preguntas. Se levantó y se dirigió a toda prisa a la pieza principal de los aposentos de Jasnah. La princesa estaba fuera, investigando, como siempre. No le había ordenado acompañarla hoy al Velo. ¿Era porque se daba cuenta de que su pupila necesitaba tiempo para pensar a solas? ¿O era porque sospechaba que Shallan había robado la animista y ya no confiaba en ella?

Atravesó la habitación. Estaba amueblada solo con lo más básico, proporcionado por el rey Taravangian. Abrió la puerta del pasillo y casi chocó con una maestra-sierva que se disponía a llamar a la puerta.

La mujer se sobresaltó, y Shallan dejó escapar un gritito.

—Brillante —dijo la maestra-sierva, inclinándose inmediatamente—. Mis disculpas. Pero una de tus abarcañas está destellando.

La mujer mostró la caña, que tenía a un lado un pequeño rubí parpadeante.

Shallan respiró, calmando su corazón.

—Gracias —dijo. Como Jasnah, dejaba sus abarcañas al cuidado de las sirvientas porque a menudo estaba fuera de sus habitaciones, y era probable que se perdiera algún intento de contactar con ella.

Todavía azorada, sintió la tentación de dejar el artilugio y continuar su camino. Sin embargo, necesitaba hablar con sus hermanos, sobre todo con Nan Balat, que estaba fuera las últimas veces que había contactado con casa. Cogió la abarcaña y cerró la puerta. No se atrevió a regresar a sus habitaciones, con todos

aquellos dibujos acusándola, pero había una mesa y un tablero de abarcaña en la habitación principal. Se sentó allí y giró el rubí.

«¿Shallan? —escribió la caña—. ¿Estás cómoda?»

Era una frase en código, que pretendía indicar que era en efecto Nan Balat, o su prometida, quien estaba al otro lado.

«Me duele la espalda y me pica la muñeca», escribió ella, dando la otra mitad de la frase en código.

«Lamento haberme perdido tus otras comunicaciones —envió Nan Balat—. Tuve que asistir a una cena en honor de padre. Fue con Sur Kamar, así que no me la pude perder, a pesar de tener que hacer el viaje de ida y vuelta.»

«No importa —escribió Shallan. Inspiró profundamente—. Tengo el artículo.» Giró la gema.

La caña estuvo quieta un largo instante. Finalmente, una mano apresurada escribió: «Alabados sean los Heraldos. Oh, Shallan. ¡Lo has conseguido! ¿Vienes entonces de camino? ¿Cómo puedes usar la abarcaña en el océano? ¿Estás en puerto?»

«No me he marchado», escribió Shallan.

«¿Qué? ¿Por qué?»

«Porque sería demasiado sospechoso. Piénsalo, Nan Balat. Si Jasnah prueba el artículo y descubre que está roto, puede que no decida inmediatamente que se lo han robado. Eso cambiará si yo me he vuelto repentina y sospechosamente a casa.»

«Tengo que esperar a que haya hecho el descubrimiento, para ver qué hace a continuación. Si se da cuenta de que su fabrial ha sido sustituido por uno falso, podré desviarla hacia otros culpables. Ya sospecha del fervor. Si, por otro lado, asume que su fabrial se ha roto, sabré que somos libres.»

Giró la gema, colocando la abarcaña en su sitio.

La pregunta que estaba esperando llegó a continuación.

«¿Y si comprende inmediatamente que has sido tú?, Shallan, ¿y si no puedes desviar sus sospechas? ¿Y si ordena que registren tus aposentos y encuentran el compartimento oculto?»

Ella cogió la caña. «Entonces será mejor que esté aquí —escribió —. Balat, he aprendido mucho sobre Jasnah Kholin. Es increíblemente concentrada y decidida. No me dejará escapar si piensa que le he robado. Me perseguirá y usará todos sus recursos

para desquitarse. Tendríamos a nuestro propio rey y los altos príncipes en nuestras propiedades en cuestión de días, exigiendo que devolviéramos el fabrial. ¡Padre Tormenta! Apuesto a que tiene contactos en Jah Keved a quienes podría recurrir antes de que yo llegara. Me pondrían bajo custodia en cuanto desembarcara. Nuestra única esperanza es desviarla. Si eso no funciona, será mejor que yo esté aquí y sufra rápidamente su ira. Lo más probable es que recupere su animista y me destierre de su vista. En cambio, si dejamos que lo descubra y me persiga… Puede ser muy implacable, Balat. No sería bueno para nosotros.»

La respuesta tardó en venir. «¿Cuándo te has vuelto tan buena con la lógica, pequeña? —envió él por fin—. Veo que lo has pensado. Mejor que yo, al menos. Pero Shallan, nos quedamos sin tiempo.»

«Lo sé —escribió ella—. Dijisteis que podríais aguantar unos cuantos meses. Es lo que os pido. Dadme dos o tres semanas, al menos, para ver qué hace Jasnah. Además, mientras esté aquí, puedo investigar cómo funciona el artilugio. No he encontrado ningún libro que lo indique, pero aquí hay tantos que tal vez no haya dado con el adecuado.»

«Muy bien —escribió él—. Unas pocas semanas. Ten cuidado, pequeña. Los hombres que le dieron el fabrial a padre han vuelto. Preguntaron por ti. Me preocupan. Aún más que nuestras finanzas. Me perturban profundamente. Adiós.»

«Adiós», respondió ella.

Hasta ahora, la princesa no había mostrado ningún tipo de reacción. Ni siquiera había mencionado la animista. Eso ponía nerviosa a Shallan. Deseaba que Jasnah dijera algo. La espera era enloquecedora. Cada día, mientras permanecía sentada con Jasnah, el estómago se le revolvía de ansiedad hasta que sentía náuseas. Al menos, considerando las muertes de unos cuantos días antes, tenía buenas excusas para parecer preocupada.

Fría, tranquila, lógica. Jasnah estaría orgullosa.

Llamaron a la puerta, y Shallan recogió rápidamente la conversación que había tenido con Nan Balat y la quemó en la chimenea. Una doncella de palacio entró un momento más tarde, trayendo una cesta en el brazo. Le sonrió a Shallan. Era la hora de

la limpieza diaria.

Shallan sintió un extraño momento de pánico al ver a la mujer. No era una de las doncellas que conocía. ¿Y si Jasnah la había enviado, a ella o a cualquier otra, para registrar su habitación? ¿Lo había hecho ya? Shallan saludó a la mujer y luego, para tranquilizar sus preocupaciones, entró en su habitación y cerró la puerta. Corrió al baúl y comprobó el compartimento oculto. El fabrial estaba allí. Lo cogió para inspeccionarlo. ¿Se daría cuenta si Jasnah advertía el cambio?

«Te estás comportando como una idiota, se dijo. Jasnah es sutil, pero no tanto.» Con todo, se guardó la animista en la bolsa de seguridad. Apenas cabía en el bolsillo de tela. Se sentiría más segura sabiendo que lo tenía encima mientras la doncella limpiaba la habitación. Además, la bolsa de seguridad podría ser un escondite mejor que el baúl.

Por tradición, la bolsa de seguridad de una mujer era el sitio donde guardaba artículos de importancia íntima o preciosa. Registrarla sería como desnudarla y, considerando su rango, cualquiera de las dos cosas sería virtualmente impensable a menos que estuviera claramente implicada en un crimen. Jasnah probablemente la obligaría. Pero si podía hacer eso, podía ordenar un registro en su habitación, y su baúl sería sometido a un severo escrutinio. La verdad era que si Jasnah decidía sospechar de ella, había poco que la pequeña Shallan pudiera hacer para esconder el fabrial. Así que la bolsa de seguridad era un lugar tan bueno como cualquiera.

Recogió los dibujos que había hecho y los puso boca abajo sobre la mesa, tratando de no mirarlos. No quería que la doncella los viera tampoco. Finalmente, se marchó, llevándose su carpeta. Sentía la necesidad de salir y escapar durante un rato. Dibujar algo distinto a muertes y asesinatos. La conversación con Nan Balat solo había servido para inquietarla más.

—¿Brillante? —preguntó la doncella.

Shallan se detuvo, pero la doncella alzó una cesta.

—Han dejado esto para ti.

Ella la aceptó y miró dentro. Pan y mermelada. Una nota, atada a uno de los frascos, decía: «Mermelada de azular. Si te gusta,

significa que eres misteriosa, reservada y reflexiva.» Lo firmaba Kabsal.

Shallan se colgó la cesta del codo de su brazo seguro. Kabsal. Tal vez debería ir a buscarlo. Siempre se sentía mejor después de conversar con él.

Pero no. Iba a marcharse: no podía seguir frecuentándolo. Tenía miedo de adonde podía llegar la relación. Se dirigió en cambio a la caverna principal y luego a la salida del Cónclave. Salió a la luz e inspiró profundamente, contemplando el cielo mientras sirvientes y escribas le dejaban paso y entraban y salían. Sujetó con fuerza su carpeta, sintiendo la fresca brisa en las mejillas y el contraste del calor de la luz del sol en el pelo y la frente.

En el fondo, lo más preocupante era que Jasnah tenía razón. El mundo de respuestas sencillas de Shallan era un lugar necio e infantil. Se había aferrado a la idea de que podía encontrar la verdad y usarla para explicar, quizá para justificar, lo que había hecho en Jah Keved. Pero si existía la verdad, era mucho más complicada y oscura de lo que pensaba.

Algunos problemas no parecían tener ninguna buena respuesta. Solo un montón de respuestas equivocadas. Podía elegir la fuente de su culpa, pero no deshacerse por completo de ella.

Dos horas y unos veinte bocetos más tarde, Shallan se sentía mucho más relajada.

Estaba sentada en los jardines de palacio, dibujando caracoles. Los jardines no eran tan grandes como los de su padre, pero sí mucho más variados, por no decir agradecidamente apartados. Como muchos jardines modernos, estaban diseñados con muros de cortezapizarra cultivada. Este componía un laberinto de piedra viva. Eran lo bastante bajos para que, al ponerse en pie, pudiera ver el camino de regreso a la entrada. Pero si se sentaba en uno de los numerosos bancos, podía sentirse sola y tranquila.

Le había preguntado a uno de los cuidadores el nombre de la planta de cortezapizarra más prominente. «Piedra plato», la había llamado. Un nombre adecuado, ya que crecía en finas secciones redondas que se apilaban unas sobre otras, como platos en una alacena. Desde los lados, parecía roca gastada que revelaba cientos de finos estratos. Diminutos tentáculos surgían de los poros y se

agitaban al viento. Las carcasas como de piedra tenían un tono azulado, pero los tentáculos eran amarillentos.

Su tema actual era un caracol con una diminuta concha horizontal con pequeñas protuberancias. Si se le atrapaba, se aplanaba en una grieta de la cortezapizarra, pareciendo formar parte de la piedra plato. Se fundía a la perfección. Cuando lo dejaba moverse, mordisqueaba la cortezapizarra, pero no la escupía.

«Está limpiando la cortezapizarra —advirtió Shallan, continuando su dibujo—. Se come el liquen y el moho.» En efecto, iba dejando detrás un surco más limpio.

Parches de un tipo diferente de cortezapizarra, con protuberancias como dedos que se alzaban al aire desde un nudo central, crecían a lo largo de la piedra plato. Cuando miró de cerca, Shallan advirtió pequeños cremlinos, finos y con múltiples patas, reptando por encima y comiéndosela. ¿La estaban limpiando también?

«Curioso», pensó, mientras empezaba a abocetar los diminutos cremlinos. Tenían caparazones oscuros, como los dedos de la corteza-pizarra, mientras que la concha del caracol era casi un duplicado de los colores amarillos y azules de la piedra plato. Era como si hubieran sido diseñados por el Todopoderoso en parejas, la planta daba seguridad al animal, el animal limpiaba a la planta.

Unos pocos vidaspren (motitas verde brillante) flotaban en torno a los montículos de cortezapizarra. Algunos bailaban entre las grietas de la corteza, otros en el aire como motas de polvo zigzagueando hacia arriba, solo para volver a caer.

Utilizó un carboncillo de punta fina para anotar algunos pensamientos sobre la relación entre los animales y las plantas. No conocía ningún libro que hablara de relaciones como esta. Los eruditos parecían preferir el estudio de los animales grandes y dinámicos, como los conchagrandes o los espinasblancas. Pero esto le parecía un descubrimiento hermoso y maravilloso.

«Los caracoles y las plantas pueden ayudarse unos a otros. Pero yo traiciono a Jasnah.»

Se miró la mano segura, y la bolsa oculta en su interior. Se sentía más protegida teniendo la animista cerca. Todavía no se había atrevido a usarla. El robo la había puesto demasiado nerviosa,

y le preocupaba usar el artilugio cerca de Jasnah. Ahora, sin embargo, estaba en un hueco en el interior del laberinto, con solo una entrada en curva en su callejón sin salida. Se levantó como casualmente, miró alrededor. No había nadie más en los jardines, y estaba tan lejos que tardarían minutos en llegar adonde estaba.

Volvió a sentarse, apartó a un lado su lápiz y su libreta. «Bien puedo ver si soy capaz de descubrir cómo se usa. Tal vez no haya necesidad de buscar una solución en el Palaneo.» Mientras se levantara y echara un vistazo periódicamente, podía estar segura de que no se acercaría nadie ni la verían por accidente.

Sacó el artilugio prohibido. Era pesado, sólido. Inspirando profundamente, enrolló las cadenas en sus dedos y su muñeca, las gemas contra el dorso de la mano. El metal estaba frío, las cadenas flojas. Flexionó la mano, tensando el fabrial.

Esperaba sentir un arrebato de poder. Un cosquilleo en la piel, tal vez, o una sensación de fuerza y energía. Pero no hubo nada.

Dio un golpecito a las tres gemas: había colocado su cuarzo ahumado en la tercera posición. Otros fabriales, como la abarcaña, funcionaban cuando les dabas un golpecito a las piedras. Pero eso era una tontería ya que nunca se lo había visto hacer a Jasnah. La mujer tan solo cerró los ojos y tocó algo, animándolo. Humo, cristal y fuego eran la especialidad de esta animista. Solo en una ocasión había visto a Jasnah crear algo más.

Vacilante, Shallan cogió un pedazo de cortezapizarra roto de la base de una de las plantas. Lo alzó con su mano libre y cerró los ojos.

«¡Conviértete en humo!»

No sucedió nada.

«¡Conviértete en cristal!»

Abrió un ojo. No hubo ningún cambio.

«Fuego. Arde. ¡Eres fuego! Te…»

Se detuvo, advirtiendo la estupidez de todo aquello. ¿Una mano misteriosamente quemada? No, eso no sería nada sospechoso, claro. Se concentró en cambio en el cristal. Volvió a cerrar los ojos, manteniendo la imagen de un trozo de cuarzo en la mente. Trató de desear que la cortezapizarra cambiara.

No sucedió nada, así que intentó concentrarse, imaginándose

que la cortezapizarra se transformaba. Después de unos minutos de fracaso, trató de hacer que cambiara la bolsa, y luego el banco, y luego probó con uno de sus cabellos. Nada.

Shallan comprobó para asegurarse de que seguía sola, y luego se sentó, frustrada. Nan Balat le había preguntado a Luesh cómo funcionaban los artilugios, y este había dicho que era más fácil mostrarlo que explicarlo. Había prometido ofrecerles respuestas si ella conseguía robar la animista de Jasnah.

Ahora estaba muerta. ¿Estaba condenada a llevarla a su familia, solo para dársela inmediatamente a aquellos hombres peligrosos, sin usarla para conseguir riquezas con las que proteger su casa? ¿Todo porque no sabía activarla?

Los otros fabriales que había usado eran sencillos de activar, pero los habían construido artifabrianos contemporáneos. Las animistas eran fabriales de tiempos antiguos. No emplearían métodos modernos de activación. Shallan contempló las brillantes gemas del dorso de su mano. ¿Cómo descubrir el método para usar una herramienta que tenía miles de años de antigüedad y que estaba prohibida para todos menos los fervorosos?

Volvió a guardar la animista en su bolsa de seguridad. Parecía que iba a tener que investigar en el Palaneo.

Eso, o preguntarle a Kabsal. ¿Pero lo conseguiría sin levantar sospechas? Sacó el pan y la mermelada y se puso a comer mientras pensaba. Si Kabsal no lo sabía, y no podía encontrar las respuestas para cuando se marchara de Kharbranth, ¿había otras opciones? Si le llevaba el artefacto al rey veden, o tal vez a los fervorosos, ¿podrían proteger a su familia a cambio del regalo? Después de todo, no podían reprocharle que le hubiera robado a una hereje, y mientras Jasnah no supiera quién tenía la animista, estarían a salvo.

Por algún motivo, eso la hizo sentirse aún peor. Robar la animista para salvar a su familia era una cosa, ¿pero entregársela a los mismos fervorosos a quienes Jasnah despreciaba? Parecía una traición aún más grande.

Otra decisión difícil más. «Menos mal que Jasnah está tan empeñada en educarme para tratar con ellos. Para cuando todo esto termine, seré una verdadera experta…»



«Muerte en los labios. Sonido en el aire. Brea en la piel.»

De *La última desolación*, de Ambrian, versículo 335.

Kaladin salió dando tumbos a la luz, protegiéndose los ojos contra el ardiente sol, los pies descalzos sintiendo la transición de la fría piedra del interior a las calentadas por el sol del exterior. El aire estaba ligeramente húmedo, no bochornoso como en las semanas anteriores.

Apoyó las manos en el marco de madera, las piernas temblando rebeldes, notando los brazos como si hubiera cargado puentes tres días seguidos. Inspiró profundamente. Su costado debería arder de dolor, pero sentía solo una molestia residual. Algunos de sus cortes más profundos estaban cicatrizando todavía, pero los más pequeños habían desaparecido por completo. Notaba la cabeza sorprendentemente clara. Ni siquiera le dolía.

Rodeó el lateral del barrancón, sintiéndose más fuerte con cada paso, aunque no quitó la mano de la pared. Lopen lo seguía; el herdaziano lo estaba cuidando cuando despertó.

«Debería de estar muerto —pensó Kaladin—. ¿Qué está pasando?»

Se sorprendió al encontrar a un lado del barracón que sus hombres seguían su entrenamiento diario con el puente. Roca corría

en la posición delantera central, marcando el ritmo de la marcha como Kaladin hacía antes. Llegaron al extremo del patio y dieron media vuelta. Estaban casi a punto de sobrepasar el barracón cuando uno de los hombres de delante, Moash, reparó en Kaladin. Se detuvo y a punto estuvo de provocar que toda la cuadrilla tropezara.

—¿Qué te pasa? —chilló Torfin desde atrás, la cabeza cubierta por la madera del puente.

Moash no escuchaba. Salió de debajo el puente, mirando a Kaladin con ojos como platos. Roca dio un grito apresurado para que los hombres soltaran el puente. Más miembros de la cuadrilla lo vieron, y adoptaron las mismas expresiones reverentes que Moash. Hobbet y Peet, cuyas heridas estaban suficientemente sanadas, habían empezado a practicar con los demás. Eso era bueno. Pronto estarían cobrando de nuevo.

Los hombres se acercaron a Kaladin, silenciosos. Mantuvieron la distancia, vacilantes, como si fuera frágil. O sagrado. Kaladin tenía el torso desnudo, al descubierto sus heridas casi curadas, y solo llevaba sus pantalones hasta las rodillas.

—Tenéis que practicar qué hacer si uno de vosotros resbala o tropieza —dijo Kaladin—. Cuando Moash se detuvo bruscamente, estuvisteis a punto de caer. En el campo de batalla eso podría ser un desastre.

Ellos se lo quedaron mirando, incrédulos, y Kaladin no pudo evitar sonreír. En un momento se congregaron a su alrededor, riendo y dándole manotazos en la espalda. No era una bienvenida del todo adecuada para un hombre enfermo, sobre todo cuando lo hizo Roca, pero Kaladin agradeció su entusiasmo.

Solo Teft no se unió. El viejo se quedó a un lado, cruzado de brazos. Parecía preocupado.

—¿Teft? —preguntó Kaladin—. ¿Estás bien?

Teft bufó, pero mostró un atisbo de sonrisa.

—Es que pienso que estos jóvenes de hoy no se bañan lo suficiente para que yo quiera acercarme a dar un abrazo. No te ofendas.

Kaladin se echó a reír.

—Comprendo.

Su último «baño» había sido la alta tormenta. La alta tormenta.

Los otros hombres del puente continuaron riendo, preguntando cómo se sentía, proclamando que Roca tendría que hacer algo verdaderamente especial para la cena de la noche en torno a la hoguera. Kaladin sonreía y asentía, asegurándoles que se encontraba bien, pero estaba recordando la tormenta.

La recordaba claramente. Agarrado a la anilla en lo alto del edificio, la cabeza gacha y los ojos cerrados contra el torrente picoteante. Recordó a Syl, plantada ante él, protegiéndolo como si pudiera hacer retroceder la tormenta. No podía verla ahora. ¿Dónde estaba?

También recordó el rostro. ¿El propio Padre Tormenta? Seguro que no. Un delirio. Sí…, sí, sin duda había estado delirando. Recuerdos de muertespren se fundían con partes redivivas de su vida, y ambos se mezclaban con extraños y súbitos arrebatos de fuerza, helados, pero refrescantes. Fueron como el aire frío de una mañana tras una larga noche en una habitación sofocante, o como frotar la savia de las hojas de gulket en los músculos doloridos, haciéndoles sentir calor y frío al mismo tiempo.

Podía recordar esos momentos claramente. ¿Qué los había causado? ¿La fiebre?

—¿Cuánto tiempo? —dijo, comprobando a los otros hombres, contándolos. Treinta y tres, incluidos Lopen y el silencioso Dabbid. Casi todos. Imposible. Si sus costillas habían sanado, debía de haber estado inconsciente al menos tres semanas. ¿Cuántas cargas con el puente?

—Diez días —dijo Moash.

—Imposible. Mis heridas…

—¡Por eso nos sorprende tanto verte de pie y caminando! —dijo Roca, riendo—. Debes de tener huesos como el granito. ¡Eres tú quien tendría que llevar mi nombre!

Kaladin se apoyó contra la pared. Nadie corrigió a Moash. Una cuadrilla entera no podía perder la pista del paso de las semanas.

—¿Idolir y Treff? —preguntó.

—Los perdimos —respondió Moash, solemne—. Hicimos dos cargas mientras estabas inconsciente. Nadie malherido, pero dos muertos. Nosotros…, no sabíamos cómo ayudarlos.

Eso hizo que los hombres se entristecieran un momento. Pero la muerte era parte de su oficio y no podían permitirse insistir demasiado en las pérdidas. Kaladin decidió, sin embargo, que tenía que enseñar a curar a algunos de los otros.

¿Pero cómo estaba de pie y caminando? ¿Sus heridas eran menos graves de lo que había supuesto? Vacilante, se palpó el costado, buscando las costillas rotas. Solo un pequeño malestar. Aparte de la debilidad, se sentía tan sano como siempre. Tal vez tendría que haber prestado un poco más de atención a las enseñanzas religiosas de su madre.

Mientras los hombres volvían a charlar y celebrarlo, advirtió las miradas que le dirigían. Respetuosas, reverentes. Recordaban lo que les había dicho antes de la alta tormenta. Ahora Kaladin se daba cuenta de que había delirado un poco. Parecía una proclamación increíblemente arrogante, por no mencionar que olía a profecía. Si los fervorosos lo descubrían…

Bueno, no podía deshacer lo que había hecho. Tendría que seguir adelante. «Ya hacías equilibrios sobre el abismo. ¿Tenías que subirte a un precipicio aún más alto?»

Una súbita y lastimera llamada sonó por todo el campamento. Los hombres del puente se callaron. El cuerno sonó dos veces más.

—Adivina —dijo Natam.

—¿Estamos de servicio? —preguntó Kaladin.

—Sí —respondió Moash.

—¡Alineaos! —exclamó Roca—. ¡Ya sabéis lo que hay que hacer! Enseñémosle al capitán Kaladin que no hemos olvidado cómo hacer esto.

—¿«Capitán» Kaladin?

—Claro, gancho —dijo Lopen a su lado, hablando con aquel rápido acento que parecía tan contrario a su actitud despreocupada —. Intentaron nombrar a Roca jefe del puente, pero nosotros empezamos a llamarte «capitán» y a él «jefe de pelotón.» Gaz se enfadó —Lopen sonrió.

Kaladin asintió. Los otros hombres se mostraban alegres, pero él no era capaz de compartir su estado de ánimo.

Mientras formaban alrededor del puente, empezó a advertir cuál era la fuente de su melancolía. Sus hombres habían vuelto al punto

de partida. O peor. Él estaba débil y herido, y había ofendido al mismísimo alto príncipe. A Sadeas no le haría gracia enterarse de que Kaladin había sobrevivido a su fiebre.

Los hombres de los puentes seguían destinados a ser abatidos uno a uno. La carga lateral había sido un fracaso. No había salvado a sus hombres, solo había retrasado un poco su ejecución.

«Los hombres de los puentes no están hechos para sobrevivir…»

Sospechaba por qué era. Apretando los dientes, se soltó de la pared del barracón y se acercó a los hombres en fila, mientras los líderes de los subpelotones hacían una rápida comprobación de sus chalecos y sandalias.

Roca miró a Kaladin.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Voy con vosotros —dijo Kaladin.

—¿Y qué le dirías a uno de los otros si acabaran de levantarse tras una semana de fiebres?

Kaladin vaciló. «No soy como los otros hombres», pensó, pero luego lo lamentó. No podía empezar a creerse invencible. Correr con la cuadrilla, débil como estaba, sería una absoluta idiotez.

—Tienes razón.

—Puedes ayudarnos al muli y a mí a cargar agua, gancho —dijo Lopen—. Ahora somos un equipo. Vamos en todas las carreras.

Kaladin asintió.

—Muy bien. —Roca lo miró—. Si me siento demasiado débil al final de los puentes permanentes, volveré. Lo prometo.

Roca asintió, reacio. Los hombres marcharon bajo el puente hasta la zona de concentración, y Kaladin se unió a Lopen y Dabbid y empezaron a llenar odres de agua.

Kaladin se encontraba al borde del precipicio, las manos a la espalda. El abismo lo miraba, pero él no le devolvía la mirada. Estaba concentrado en la batalla que se libraba en la siguiente meseta.

Esta carga había sido fácil: habían llegado al mismo tiempo que los parshendi. En vez de molestarse en matar a los hombres de los puentes, los parshendi habían asumido una posición defensiva en el centro de la meseta, en torno a la crisálida. Ahora los hombres de

Sadeas los combatían.

La frente de Kaladin estaba perlada de sudor por el calor que hacía, y todavía sentía el cansancio de su enfermedad. Sin embargo, no era tan malo como tendría que haber sido. El hijo del cirujano no daba crédito.

Por el momento, el soldado podía más que el cirujano. Estaba absorto en la batalla. Los lanceros alezi, con sus petos y armaduras de cuero, presionaban en una línea curva a los guerreros parshendi, que usaban en su mayoría hachas de batalla o martillos, aunque unos cuantos empuñaban espadas o mazas. Todos tenían aquella extraña armadura rojo-anaranjada que les salía de la piel, y luchaban por parejas, cantando.

Era el peor tipo de batalla, la batalla igualada. A menudo, perdías muchos menos hombres en una escaramuza cuando tus enemigos ganaban rápidamente ventaja. Cuando eso sucedía, tu comandante ordenaba la retirada para minimizar las pérdidas. Pero las batallas igualadas…, eran brutales y sangrientas. Ver la lucha, los cuerpos caídos sobre las rocas, las armas destellando, los hombres arrojados de la meseta, le recordó sus primeros combates como lancero. Su comandante se sorprendió por la facilidad con que soportaba ver correr la sangre. Su padre, por la facilidad con que la derramaba.

Había una gran diferencia entre sus batallas en Alezkar y los combates en las Llanuras Quebradas. Allí lo rodeaban los peores soldados de Alezkar, o al menos los peor entrenados. Hombres que no aguantaban la posición. Y sin embargo, a pesar de todo el desorden, aquellas batallas tenían sentido para él. Las que se libraran aquí en las Llanuras Quebradas, no.

Fue un error de cálculo por su parte. Había cambiado las tácticas de batalla antes de comprenderlas. No volvería a cometer ese error.

Roca y Sigzil se le acercaron. El fornido comecuernos contrastaba con el pequeño y silencioso azishiano. La piel de Sigzil era marrón oscura, no negra del todo, como la de algunos parshmenios. Solía mostrarse reservado.

—Mala batalla —dijo Roca, cruzándose de brazos—. Los soldados no estarán contentos, ganen o pierdan.

Kaladin asintió ausente, escuchando los gritos, chillidos e

imprecaciones.

—¿Por qué luchan, Roca?

—Por dinero —dijo Roca—. Y por venganza. Tendrías que saberlo. ¿No mataron los parshendi a tu rey?

—Oh, comprendo por qué luchamos nosotros —respondió Kaladin—. Pero los parshendi. ¿Por qué luchan ellos?

Roca hizo una mueca.

—¡Yo diría que porque no les hace mucha gracia la idea de que los decapiten por haber matado a vuestro rey! Debe de resultarles muy incómodo. Kaladin sonrió, aunque la risa no le parecía natural mientras veía morir a tantos hombres. Su padre lo había formado durante mucho tiempo para que no lo conmoviera cualquier muerte.

—Tal vez. ¿Pero por qué luchar entonces por las gemas corazón? Su número se reduce por escaramuzas como estas.

—¿Lo sabes con seguridad? —preguntó Roca.

—Sus incursiones son menos frecuentes. La gente habla de eso en el campamento. Y no se acercan tanto al lado alezi como antes.

Roca asintió, pensativo.

—Parece lógico. ¡Ja! Tal vez ganemos pronto esta lucha y nos vayamos a casa.

—No —dijo Sigzil en voz baja. Tenía una forma de hablar muy formal, sin apenas inflexiones. «¿Qué idioma hablan los azishianos, por cierto?» Su reino estaba tan lejos que Kaladin solo había conocido a otro compatriota suyo—. Lo dudo. Y puedo decirte por qué luchan, Kaladin.

—¿De verdad?

—Deben de tener animistas. Necesitan las gemas por el mismo motivo que nosotros. Para hacer comida.

—Parece razonable —dijo Kaladin, todavía con las manos a la espalda, las piernas separadas. El descanso militar todavía le parecía natural—. Solo es una conjetura, pero razonable. Dejadme preguntaros otra cosa, entonces. ¿Por qué no pueden tener escudos los hombres de los puentes?

—Porque nos haría ir demasiado lentos —dijo Roca.

—No —repuso Sigzil—. Podrían enviar hombres con escudos delante de los puentes, corriendo delante de nosotros. No retrasaría

a nadie. Sí, harían falta más hombres en los puentes…, pero con esos escudos se salvarían suficientes vidas y compensaría el número superior.

Kaladin asintió.

—Sadeas ya tiene más hombres de los que necesita. En la mayoría de los casos, más puentes de los que necesita.

—¿Pero por qué? —preguntó Sigzil.

—Porque somos buenos blancos —dijo Kaladin en voz baja, comprendiendo—. Nos ponen delante, para atraer la atención de los parshendi.

—Pues claro —dijo Roca, encogiéndose de hombros—. Los ejércitos siempre hacen estas cosas. Los más pobres y peor entrenados van primero.

—Lo sé, pero normalmente se les da al menos cierta medida de protección. ¿No lo ves? No somos una oleada inicial sacrificable. Somos cebo. Nos exponen de tal modo que los parshendi no pueden dejar de dispararnos. Eso permite que los soldados regulares se acerquen sin ser heridos. Los arqueros parshendi apuntan a los hombres de los puentes.

Roca frunció el ceño.

—Los escudos nos harían menos tentadores —dijo Kaladin—. Por eso los prohíbe.

—Tal vez —comentó Sigzil, pensativo—. Pero parece una tontería el derroche de tropas.

—En realidad no es ninguna tontería. Si tienes que atacar continuamente posiciones fortificadas, no puedes permitirte perder a tus tropas entrenadas. ¿No lo ves? Sadeas solo tiene un número limitado de hombres entrenados. Pero es fácil encontrarlos sin entrenar. Cada flecha que abate a un hombre de los puentes no abate a un soldado en quien has invertido mucho dinero para equiparlo e instruirlo. Por eso es mejor para Sadeas tener un número grande de hombres de los puentes que uno más pequeño, pero protegido.

Tendría que haberlo visto antes. Lo había distraído lo poco importantes que eran los hombres de los puentes en las batallas. Si los puentes no llegaban, el ejército no podía cruzar los abismos. Pero cada cuadrilla estaba repleta de gente, y en cada ataque se

enviaba el doble de los puentes de los necesarios.

Ver caer un puente debía de proporcionar a los parshendi una gran satisfacción, y habitualmente lograban derribar dos o tres puentes en cada mala carga por los abismos. A veces más. Mientras murieran los hombres de los puentes y los parshendi no dedicaran su tiempo a dispararle a los soldados, Sadeas tenía motivos para permitir que siguieran siendo vulnerables. Los parshendi deberían de haberlo visto, pero era muy difícil desviar tu flecha del hombre desarmado que cargaba equipo de asedio. Se decía que los parshendi eran luchadores poco sofisticados. De hecho, al contemplar la batalla en la otra meseta, estudiándola, concentrándose, vio que era cierto.

Donde los alezi mantenían una formación recta y disciplinada, cada hombre protegiendo a sus compañeros, los parshendi atacaban en parejas independientes. Los alezi tenían técnicas y tácticas superiores. Cierto, cada uno de los parshendi era superior en fuerza, y su habilidad con aquellas hachas era notable. Pero los soldados alezi de Sadeas estaban bien entrenados en formaciones modernas. Cuando lograban establecerse, y si podían prolongar la batalla, su disciplina a menudo los conducía a la victoria.

«Los parshendi no habían luchado en batallas a gran escala antes de esta guerra, decidió Kaladin. Están acostumbrados a escaramuzas más pequeñas, acaso contra otras aldeas o clanes.»

Varios hombres más se unieron a Kaladin, Roca y Sigzil. Poco después, la mayoría estaba allí de pie, algunos imitando la pose de Kaladin. La batalla duró todavía otra hora. Sadeas resultó victorioso, pero Roca tenía razón. Los soldados no estaban felices: habían perdido muchos amigos hoy.

Kaladin y los demás condujeron de vuelta al campamento a un grupo de lanceros cansado y maltrecho.

Unas cuantas horas después, Kaladin estaba sentado en un trozo de madera junto al fuego de campamento del Puente Cuatro. Syl estaba sentada en su rodilla, tras haber adoptado la forma de una pequeña llamita blanca y azul translúcida. Había vuelto a él durante la marcha de regreso, revoloteando alegremente al verlo de pie y caminando, pero no había dado ninguna explicación a su ausencia.

El fuego auténtico crujía y chisporroteaba, con la gran olla de Roca borboteando encima y algunos llamaspren bailando sobre los troncos. Cada par de segundos, alguien le preguntaba a Roca si el guiso estaba terminado ya, a menudo golpeando bienintencionadamente su cuenco con una cuchara. Roca no decía nada y seguía removiendo el guiso. Todos sabían que nadie comía hasta que dijera que estaba a punto: era muy escrupuloso respecto a no servir comida «inferior».

El aire olía a comida. Los hombres reían. Su jefe de puente había sobrevivido a la ejecución y la carga de hoy no había costado ninguna baja. Estaban de buen humor.

Excepto Kaladin.

Ahora comprendía. Comprendía lo inútil que era su esfuerzo. Comprendía por qué Sadeas no se había molestado en reconocer que había sobrevivido. Era ya un hombre de los puentes, y serlo equivalía a una sentencia de muerte.

Kaladin esperaba mostrarle a Sadeas que su cuadrilla podía ser eficiente y útil. Esperaba demostrar que se merecían protección: escudos, armaduras, instrucción. Kaladin pensaba que si actuaban como soldados, tal vez podían ser vistos como tales.

Nada de eso funcionaría. Un hombre de los puentes que sobreviviera era, por definición, un fracasado.

Sus hombres reían y disfrutaban junto al fuego. Confiaban en él. Había hecho lo imposible al sobrevivir a una alta tormenta, herido, atado a una pared. Sin duda realizaría otro milagro, esta vez para ellos. Eran buenos hombres, pero pensaban como soldados de infantería. Los oficiales y los ojos claros se preocuparían a la larga. Los hombres estaban alimentados y felices, y eso era suficiente por ahora. No para Kaladin.

Se encontró cara a cara con el hombre al que había dejado atrás. El que había abandonado aquella noche que decidió no arrojarse al abismo. Un hombre de ojos acosados, un hombre que había dejado de preocuparse o de sentir esperanza. Un cadáver ambulante.

«Voy a fallarles», pensó.

No podía dejar que continuaran cargando puentes, muriendo uno tras otro. Pero tampoco se le ocurría ninguna alternativa. Y por eso sus risas lo lastimaban.

Uno de ellos, Mapas, se levantó, alzando los brazos, e hizo callar a los demás. Era el momento entre lunas, y por eso quedaba iluminado principalmente por el fuego de la hoguera; en el cielo había una lluvia de estrellas. Varias se movían, diminutos puntos de luz persiguiéndose unos a otros, zigzagueando como lejanos y brillantes insectos. Estrellaspren. Eran raros.

Mapas era un tipo de cara achatada, barba hirsuta y gruesas cejas. Todos lo llamaban Mapas por la marca de nacimiento de su pecho, que juraba que era el mapa exacto de Alezkar, aunque Kaladin no lograra ver el parecido.

Mapas se aclaró la garganta.

—Es una buena noche, una noche especial, y todo eso. Hemos recuperado a nuestro jefe.

Algunos de los hombres aplaudieron. Kaladin trató de no mostrar lo mal que se sentía por dentro.

—Nos espera una buena comida —dijo Mapas. Miró a Roca—. Porque estará ya, ¿no, Roca?

—Estará —dijo Roca, removiendo el guiso.

—¿Estás seguro? Podríamos hacer otra carga con el puente. Para darte un poco de tiempo, ya sabes, cinco o seis horas más…

Roca le dirigió una mirada feroz. Los hombres se rieron, y varios golpearon sus cuencos con las cucharas. Mapas se echó a reír y luego buscó en el suelo detrás de la piedra que usaba como asiento. Sacó un paquete envuelto en papel y se lo lanzó a Roca.

Sorprendido, el alto comecuernos lo cazó en el aire y casi a punto estuvo de dejarlo caer en el guiso.

—De parte de todos nosotros —dijo Mapas, un poco cortado—, por hacernos guisos cada noche. No creas que no nos hemos dado cuenta de lo mucho que te esfuerzas. Nosotros nos relajamos mientras tú cocinas. Y siempre sirves a todos los demás primero. Así que te hemos comprado algo para darte las gracias.

Se frotó la nariz con el brazo, estropeando un poco el momento, y se sentó. Varios hombres le dieron golpecitos en la espalda, celebrando su discurso.

Roca desenvolvió el paquete y se lo quedó mirando durante largo rato. Kaladin se inclinó hacia delante, tratando de echar un vistazo al contenido. Roca lo alzó. Era una cuchilla de afeitar recta

de brillante acero plateado; la parte afilada estaba cubierta por un trozo de madera. Roca lo retiró e inspeccionó la hoja.

—Bobos tarados —dijo en voz baja—. Es preciosa.

—Hay una pieza de acero pulido también —dijo Peet—. Para que sirva de espejo. Y un poco de jabón y una correa de cuero para afilarla.

Sorprendentemente, a Roca se le saltaron las lágrimas. Se marchó, llevándose sus regalos.

—El guiso está preparado —dijo. Entró en el barracón.

Los hombres permanecieron en silencio.

—Padre Tormenta —dijo por fin el joven Dunny—, ¿creéis que hemos hecho bien? Quiero decir, con tanto como se queja y eso…

—Creo que ha sido perfecto —dijo Teft—. Dadle al grandullón tiempo para recuperarse.

—Sentimos no haberte dado nada, señor —le dijo Mapas a Kaladin—. No sabíamos que estabas despierto.

—No importa.

—Bueno —dijo Cikatriz— ¿alguien va a servir ese guiso o nos quedaremos aquí muertos de hambre hasta que se queme?

Dunny dio un salto y agarró el cucharón. Los hombres se reunieron en torno a la olla, empujándose unos a otros mientras Dunny servía. Sin Roca para gritarles y poner orden, era un auténtico jaleo. Solo Sigzil no se unió. El silencioso hombre de piel oscura permaneció a un lado, las llamas reflejándose en sus ojos.

Kaladin se levantó. Le preocupaba (le aterraba, en realidad) convertirse de nuevo en aquel despojo que había sido. El que había renunciado a preocuparse porque no veía ninguna alternativa. Así que buscó conversación y se acercó a Sigzil. Su movimiento molestó a Syl, que hizo un ruidito y se encaramó en su hombro. Todavía tenía la forma de una llama oscilante; tenerla en el hombro resultaba aún más molesto. No dijo nada: si ella supiera que le molestaba, probablemente lo haría aún más. Seguía siendo una vientospren, después de todo.

Kaladin se sentó junto a Sigzil.

—¿No tienes hambre?

—Ellos están más ansiosos que yo. Si las noches anteriores sirven de indicativo, quedará suficiente para mí cuando hayan

llenado sus cuencos.

Kaladin asintió.

—Me gustó tu análisis sobre la meseta hoy.

—Soy bueno en eso, a veces.

—Tienes educación. Se te nota en cómo hablas y actúas.

Sigzil vaciló.

—Sí —dijo por fin—. Entre mi gente, no es un pecado que los hombres sean cultos.

—Tampoco lo es para los alezi.

—Mi experiencia es que solo os preocupan las guerras y el arte de matar.

—¿Y qué has visto de nosotros, además de nuestro ejército?

—No mucho —admitió Sigzil.

—Así que tenemos un hombre con educación en una cuadrilla —dijo Kaladin, pensativo.

—Nunca completé mi educación.

—Yo tampoco.

Sigzil lo miró, curioso.

—Fui aprendiz de cirujano —dijo Kaladin.

Sigzil asintió, su denso pelo oscuro cayó sobre sus hombros. Era uno de los pocos hombres del puente que se molestaba en afeitarse. Ahora que Roca tenía una cuchilla, tal vez eso cambiaría.

—Cirujano —dijo—. No puedo decir que me sorprenda, considerando cómo tratabas a los heridos. Los hombres dicen que en secreto eres un ojos claros de rango muy alto.

—¿Qué? ¡Pero si mis ojos son marrón oscuro!

—Perdóname —dijo Sigzil—. No dije la palabra adecuada…, no la tenéis en vuestra lengua. Para vosotros, un ojos claros es lo mismo que un líder. En otros reinos, sin embargo, otras cosas hacen de un hombre un…, maldito sea este lenguaje alezi. Un hombre de alta cuna. Un brillante señor, pero sin los ojos. De todas formas, los hombres creen que debes de haberte criado fuera de Alezkar. Como líder.

Sigzil miró a los demás. Estaban empezando a sentarse y atacaban sus guisos con vigor.

—Es la forma tan natural en que los lideras, la forma en que haces que los otros quieran escucharte. Hay cosas que asocian con

los ojos claros. Y por eso han inventado un pasado para ti. Ahora te costará trabajo convencerlos de lo contrario. —Sigzil lo miró—. Suponiendo que sea inventado. Yo estaba en el abismo el día que empleaste aquella lanza.

—Una lanza —dijo Kaladin—. Un arma de soldado ojos oscuros, no una espada de ojos claros.

—Para muchos hombres de los puentes, la diferencia es mínima. Todos están muy por encima de nosotros.

—¿Y cuál es tu historia?

Sigzil sonrió.

—Me preguntaba si ibas a pedírmelo. Los otros mencionaron que habías hurgado en sus orígenes.

—Me gusta conocer a los hombres que lidero.

—¿Y si algunos de nosotros somos asesinos? —preguntó Sigzil tranquilamente.

—Entonces estoy en buena compañía. Si mataste a un ojos claros, podría invitarte a una copa.

—No era un ojos claros. Y no está muerto.

—Entonces no eres un asesino —dijo Kaladin.

—No porque no lo haya intentado. —Los ojos de Sigzil se volvieron distantes—. Creí que había tenido éxito. No fue la mejor decisión que tomé. Mi amo… —guardó silencio.

—¿Es al que intentaste matar?

—No.

Kaladin esperó, pero el hombre no ofreció más información. «Un erudito —pensó—. O al menos un hombre de estudios. Tiene que haber un modo de usar esto.»

«Encuentra un modo para salir de esta trampa mortal, Kaladin. Usa lo que hay. Tiene que haber un modo.»

—Tenías razón respecto a los hombres de los puentes —dijo Sigzil—. Nos envían a morir. Es la única explicación razonable. Hay un lugar en el mundo. Marabezia. ¿Has oído hablar de ella?

—No.

—Está junto al mar, al norte, en tierras selay. Sus gentes son conocidas por su gran afición al debate. En las esquinas de sus ciudades tienen pequeños pedestales a los que pueden subirse y proclamar sus argumentos. Se dice que en Marabezia todo el mundo

lleva una bolsa con una fruta madura por si pasan ante algún orador con quien estén en desacuerdo.

Kaladin frunció el ceño. No había oído tantas palabras seguidas por parte de Sigzil en todo el tiempo que llevaban juntos en el puente.

—Lo que dijiste antes, en la meseta —dijo Sigzil, mirando hacia delante—, me hizo pensar en los marabezios. Verás, tienen una forma curiosa de tratar a los convictos. Los cuelgan del acantilado que da al mar cerca de la ciudad, cerca del agua cuando sube la marea, con un corte en cada mejilla. Hay una especie concreta de conchagrande que vive allí en las profundidades. Las criaturas son famosas por su suculento sabor, y naturalmente tienen gemas corazón. No tan grandes como las de estos abismoides, pero siguen siendo bonitas. Así que los criminales se convierten en cebo. Un criminal puede elegir ser ejecutado en cambio, pero dicen que si cuelgas allí durante una semana y no te han devorado, te dejan en libertad.

—¿Y eso sucede a menudo?

Sigzil negó con la cabeza.

—Nunca. Pero los prisioneros casi siempre aceptan la propuesta. Los marabezios tienen una expresión para los que se niegan a ver la verdad de una situación. «Tienes ojos de rojo y azul», dicen. Rojo por la sangre que mana. Azul por el agua. Se dice que esas dos cosas son todo lo que ven los prisioneros. Normalmente los conchagrandes los atacan el mismo día. Y sin embargo, la mayoría sigue deseando correr el riesgo. Prefieren la falsa esperanza.

«Ojos de rojo y azul», pensó Kaladin, imaginando la morbosa escena.

—Haces un buen trabajo —dijo Sigzil, poniéndose en pie y recogiendo su cuenco—. Al principio, te odié por mentirle a los hombres. Pero he comprendido que una esperanza falsa los hace felices. Lo que tú haces es como dar medicina a un enfermo para aliviar su dolor hasta que muere. Ahora esos hombres pueden pasar sus últimos días riendo. Eres en efecto un sanador, Kaladin Benditormenta.

Kaladin quiso negarlo, decir que no era una falsa esperanza, pero no pudo. No con el corazón hecho polvo. No con lo que sabía.

Un momento después, Roca salió del barracón.

—¡Me siento de nuevo un auténtico *alil'tiki'i*! —proclamó, alzando su cuchilla—. ¡Amigos míos, no sabéis lo que habéis hecho! ¡Algún día os llevaré a los Picos y os ofreceré la hospitalidad de reyes!

A pesar de todas sus quejas, no se había afeitado la barba por completo. Se había dejado largas patillas rojidoradas que se curvaban hacia su barbilla. La punta de la barbilla estaba perfectamente afeitada, igual que sus labios. En su rostro ovalado, con su altura, el aspecto resultaba bastante particular.

—¡Ja! —dijo Roca, encaminándose hacia el fuego. Agarró a los dos hombres más cercanos y los atrajo para abrazarlos, haciendo que Bisig casi derramara su guiso—. ¡Os haré a todos de mi familia por esto! ¡El *humakaaban* de un habitante de los picos es su orgullo! Me siento de nuevo un verdadero hombre. Tomad. Esta cuchilla no me pertenece a mí, sino a todos nosotros. Todo el que desee usarla puede hacerlo. ¡Es un honor compartirla con vosotros!

Los hombres se echaron a reír, y unos cuantos aceptaron el ofrecimiento. Kaladin no fue uno de ellos. No…, no parecía importarle. Aceptó el cuenco de guiso que le trajo Dunny, pero no comió. Sigzil decidió no sentarse junto a él y se retiró al otro lado de la hoguera.

«Ojos de rojo y azul —pensó Kaladin—. No sé si eso nos define.» Para tener ojos de rojo y azul, tendría que creer que al menos existía una pequeña posibilidad de que la cuadrilla pudiera sobrevivir. Esta noche, Kaladin tuvo problemas para convencerse a sí mismo.

Nunca había sido un optimista. Veía el mundo tal como era, o lo intentaba. Sin embargo, eso resultaba un problema cuando la verdad que veía era tan terrible.

«Oh, Padre Tormenta. Vuelvo a ser el despojo que era. Estoy perdiendo mi control sobre todo esto, sobre mí mismo», pensó, sintiendo el aplastante peso de la desesperación mientras contemplaba su cuenco.

No podía cargar con las esperanzas de todos los hombres del puente.

No era lo bastante fuerte.


Axehound



CINCO AÑOS Y MEDIO ANTES

Kaladin apartó a la sollozante Laral y entró en la sala de operaciones. Incluso después de años de trabajar con su padre, la cantidad de sangre de la habitación le pareció sorprendente. Era como si alguien hubiera arrojado un cubo de brillante pintura roja.

El olor de la carne quemada flotaba en el aire. Lirin trabajaba frenéticamente en el brillante señor Rillir, el hijo de Roshone. Una cosa de aspecto maligno, como un cuerno, salía del abdomen del joven, y su pierna derecha estaba aplastada. Colgaba solo por unos pocos tendones, y astillas de hueso asomaban como juncos de las aguas de un estanque. El brillante señor Roshone en persona estaba en la mesa de al lado, gimiendo, los ojos apretados mientras se sujetaba la pierna, que estaba atravesada por otra de las lanzas de hueso. La sangre manaba de su vendaje improvisado, se desparramaba por el lado de la mesa y caía al suelo para mezclarse con la de su hijo.

Kaladin se quedó en la puerta, boquiabierto. Laral continuó gritando. Se agarró al marco de la puerta mientras varios de los guardias de Roshone intentaban llevársela. Sus gemidos eran frenéticos.

—¡Haz algo! ¡Esfuérzate más! ¡No puede! ¡Estaba donde sucedió…, y no me importa y me soltó! —las incomprensibles frases se convirtieron en chillidos. Los guardias se la llevaron por fin.

—¡Kaladin! —exclamó su padre—. ¡Te necesito!

Estremeciéndose, Kaladin entró en la habitación, se frotó las manos y luego cogió las vendas del armario. Pisó sangre. Vio un atisbo de la cara de Rillir: parte de la piel del lado derecho de la cara había sido arrancada. El párpado había desaparecido, el ojo derecho tenía un tajo delante, era como la piel de una uva prensada para hacer vino.

Kaladin corrió con los vendajes junto a su padre. Su madre apareció en la puerta un momento después, seguida de Tien. Se llevó una mano a la boca y apartó a Tien. El muchacho se tambaleó, mareado. Ella regresó un instante más tarde, sin él.

—¡Agua, Kaladin! —gritó Lirin—. Hesina, trae más. ¡Rápido!

Su madre corrió a ayudar, aunque apenas auxiliaba en el quirófano ya. Sus manos temblaban cuando cogió uno de los cubos y salió al exterior. Kaladin cogió el otro cubo, que estaba lleno, y se lo llevó a su padre mientras Lirin sacaba el hueso del vientre del joven ojos claros. El ojo que le quedaba a Rillir aleteó, la cabeza le temblaba.

—¿Qué es eso? —preguntó Kaladin, presionando el vendaje contra la herida mientras su padre apartaba a un lado el extraño objeto.

—Un colmillo de espinablanca. Agua.

Kaladin cogió una esponja, la metió en el cubo y la usó para echar agua en la herida de Rillir. Eso despejó la sangre, permitiendo que Lirin le echara un vistazo a los daños. Sondeó con los dedos mientras Kaladin preparaba aguja e hilo. Ya había un torniquete en la pierna. La amputación completa vendría más tarde. Lirin vaciló, los dedos dentro del agujero abierto en el vientre de Rillir. Kaladin miró a su padre, preocupado.

Lirin retiró los dedos y se acercó al brillante señor Roshone.

—Vendas, Kaladin —dijo, cortante.

Kaladin corrió, pero echó una mirada a Rillir por encima del hombro. El joven ojos claros, antaño guapo, volvió a temblar entre espasmos.

—Padre…

—¡Vendas! —dijo Lirin.

—¿Qué estás haciendo, cirujano? —gritó Roshone—. ¿Qué hay de mi hijo? —los dolospren se congregaban a su alrededor.

—Tu hijo está muerto —dijo Lirin, sacando el colmillo de la pierna de Roshone.

El ojos claros gritó de dolor, aunque Kaladin no pudo saber si era por el colmillo o por su hijo. Roshone apretó los dientes mientras Kaladin presionaba la venda contra su pierna. Lirin metió las manos en el cubo de agua y las secó rápidamente con savia de matopomo para espantar a los putrispren.

—Mi hijo no está muerto —gruñó Roshone—. ¡Puedo verlo moverse! Atiéndelo, cirujano.

—Kaladin, tráeme el aturdeagua —ordenó Lirin, preparando la aguja para coser.

Kaladin corrió al fondo de la habitación, pisoteando la sangre, y abrió el armario. Sacó un frasquito de líquido claro.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Roshone, tratando de incorporarse—. ¡Atiende a mi hijo! ¡Todopoderoso, atiéndelo!

Kaladin se volvió vacilante, deteniéndose mientras vertía aturdeagua sobre una venda. Rillin tenía espasmos cada vez más violentos.

—Trabajo bajo tres directrices, Roshone —dijo Lirin, obligando al ojos claros a tenderse en la mesa—. Las directrices que sigue todo cirujano cuando tiene que elegir entre dos pacientes. Si las heridas son iguales, trata al más joven primero.

—¡Entonces atiende a mi hijo!

—Si las heridas no son igualmente amenazantes —continuó Lirin —, trata primero al que esté peor.

—¡Es lo que te estoy diciendo!

—La tercera directriz las supera a ambas, Roshone —dijo Lirin, inclinándose—. Un cirujano debe saber cuando alguien está más allá de su capacidad de ayuda. Lo siento, Roshone. Lo salvaría si pudiera, te lo prometo. Pero no puedo.

—¡No! —dijo Roshone, debatiéndose de nuevo.

—¡Kaladin! ¡Rápido!

Kaladin se acercó. Presionó la venda de aturdeagua contra la barbilla y la boca de Roshone, justo debajo de la nariz, obligando al ojos claros a inhalar los vapores. Kaladin contuvo la respiración, conforme a la instrucción recibida.

Roshone gritó y chilló, pero los dos lo contuvieron, estaba débil

por la pérdida de sangre. Pronto sus gritos se volvieron más suaves. En pocos segundos, farfullaba y sonreía para sí. Lirin se dedicó a la pierna herida mientras Kaladin se disponía a tirar la venda con aturdeagua.

—No. Adminístrasela a Rillir. —Su padre no levantó la cabeza de su trabajo—. Es la única merced que podemos darle.

Kaladin asintió y usó la venda con el joven herido. La respiración de Rillir se hizo menos frenética, aunque no parecía lo bastante consciente para advertir los efectos. Luego Kaladin echó al brasero la venda con el aturdeagua. La venda blanca e hinchada se arrugó y agostó en el fuego, desprendiendo vapor mientras los bordes estallaban en llamas. Kaladin regresó con la esponja y lavó la herida de Roshone mientras Lirin la sondeaba. Había unas cuantas esquirlas de colmillo atrapadas en el interior, y Lirin murmuro para sí y sacó sus tenazas y un cuchillo afilado.

—Condenación se los lleve a todos —dijo Lirin, sacando la primera lasca de colmillo. Tras ellos, Rillir se quedó quieto—. ¿No les basta enviar a la mitad de nosotros a la guerra? ¿Tienen que buscar la muerte incluso cuando viven en una aldea tranquila? Roshone nunca debería haber salido a buscar al tormentoso espinablanca.

—¿Lo fue a buscar?

—Lo fueron a cazar —escupió Lirin—. Wistiow y yo solíamos bromear sobre los ojos claros como ellos. Si no puedes matar hombres, matas bestias. Bueno, esto es lo que te encontraste, Roshone.

—Padre —dijo Kaladin en voz baja—. No estará feliz contigo cuando despierte.

El brillante señor tarareaba en voz baja, tendido, los ojos cerrados.

Lirin no respondió. Sacó otro fragmento de colmillo, y Kaladin lavó la herida. Su padre presionó con los dedos el lado del gran tajo, inspeccionándolo.

Había una lasca más de colmillo que sobresalía de un músculo dentro de la herida. Justo al lado de ese músculo latía la arteria femoral, la más grande de la pierna. Lirin introdujo el cuchillo y cortó con cuidado alrededor de la lasca de colmillo. Entonces se

detuvo un instante, el filo de su hoja a milímetros de la arteria.

«Si la cortara…» —pensó Kaladin. Roshone moriría en cuestión de minutos. Solo estaba vivo ahora mismo porque el colmillo no había alcanzado la arteria.

La mano de Lirin, normalmente firme, tembló. Entonces miró a Kaladin. Retiró el cuchillo sin tocar la arteria, y luego introdujo las tenazas para sacar la lasca. La arrojó a un lado, y luego echó mano tranquilamente de aguja e hilo.

Tras ellos, Rillir había dejado de respirar.

Esa noche, Kaladin estaba sentado en los escalones de su casa, las manos en el regazo. Roshone había sido conducido a su mansión para que sus sirvientes personales lo atendieran. El cadáver de su hijo se enfriaba en la cripta, y habían enviado a un mensajero para solicitar una animista para el cuerpo.

En el horizonte, el sol era rojo como la sangre. Allá donde Kaladin miraba, el mundo era rojo.

La puerta de la sala de operaciones se cerró, y su padre, con aspecto tan agotado como el propio Kaladin, salió. Se sentó junto a él, suspirando, y miró al sol. ¿Le parecía también sangre?

No hablaron mientras el sol se hundía lentamente ante ellos ¿Por qué era más colorido cuando estaba a punto de desaparecer en la noche? ¿Estaba enfadado por ser arrastrado bajo el horizonte? ¿O era un mentiroso y actuaba antes de retirarse?

¿Por qué la parte más colorida de los cuerpos de la gente, el brillo de su sangre, quedaba oculta bajo su piel y no se dejaba ver a menos que algo fuera mal?

«No —pensó Kaladin—. La sangre no es la parte más colorida del cuerpo. Los ojos también pueden ser coloridos.» La sangre y los ojos. Representaciones ambas de tu herencia. Y de tu nobleza.

—He visto el interior de un hombre hoy —dijo Kaladin por fin.

—No es la primera vez —contestó Lirin—, y no será la última. Me siento orgulloso de ti. Esperaba encontrarte aquí llorando, como sueles hacer cuando perdemos un paciente. Estás aprendiendo.

—Cuando digo que he visto el interior de un hombre, no me refiero a las heridas.

Lirin tardó un instante en responder.

—Comprendo.

—Lo habrías dejado morir si yo no hubiera estado allí, ¿verdad?

Silencio.

—¿Por qué no lo hiciste? ¡Habría resuelto tantas cosas!

—Dejarlo morir no habría sido. Habría sido asesinarlo.

—Podrías haberlo dejado desangrar, y decir luego que no pudiste salvarlo. Nadie te habría cuestionado. Podrías haberlo hecho.

—No —dijo Lirin, mirando la puesta de sol—. No, no podría.

—¿Pero por qué?

—Porque no soy un asesino, hijo.

Kaladin frunció el ceño.

Lirin tenía una expresión distante en los ojos.

—Alguien tiene que empezar. Alguien tiene que dar un paso al frente y hacer lo que es justo, porque es justo. Si nadie empieza, los demás no pueden seguirlo. Los ojos claros hacen todo lo posible por matarse, y por matarnos. Los otros aún no han traído de vuelta a Alds y Milp. Roshone los dejó allí.

Alds y Milp, dos hombres del pueblo, habían ido a la cacería pero no habían regresado con el grupo que trajo a los dos ojos claros heridos. Roshone estaba tan preocupado por Rillir que los abandonó para poder viajar rápido.

—A los ojos claros no les preocupa la vida —dijo Lirin—. Así que debo hacerlo yo. Es otro motivo por el que no pude dejarlo morir, aunque tú no hubieras estado delante. Mirarte me dio fuerzas.

—Ojalá no hubiera sido así —dijo Kaladin.

—No debes decir esas cosas.

—¿Por qué no?

—Porque no, hijo. Tenemos que ser mejores que ellos. —Suspiró y se puso en pie—. Deberías dormir. Puede que te necesite cuando los demás regresen con Alds y Milp.

Eso no era probable: los dos hombres del pueblo estarían ya muertos. Se decía que sus heridas eran graves. Además, los espinas-blancas seguían allí. Lirin entró, pero no obligó a Kaladin a seguirlo.

«¿Lo habría dejado morir yo? —se preguntó el muchacho—. ¿Habría usado ese cuchillo para acelerar su partida?» Roshone no

había sido más que una molestia desde su llegada ¿pero justificaba eso matarlo?

No. Cortar aquella arteria no habría tenido justificación. ¿Pero qué obligación tenía Kaladin de ayudar? Moderar su ayuda no era lo mismo que matar. No lo era.

Kaladin lo revisó de una docena de formas distintas, reflexionando sobre las palabras de su padre. Lo que descubrió le sorprendió. Sinceramente, habría dejado morir a Roshone en la mesa. Habría sido lo mejor para su familia. Habría sido lo mejor para el pueblo entero.

El padre de Kaladin se rio una vez del deseo de su hijo de ir a la guerra. De hecho, ahora que Kaladin había decidido ser cirujano en sus propios términos, sus pensamientos y acciones de sus primeros años le parecían infantiles. Pero Lirin consideraba a su hijo incapaz de matar. «Apenas puedes pisar un cremlino sin sentirte culpable, hijo. Clavarle tu lanza a un hombre no sería tan fácil como crees.»

Pero su padre se equivocaba. Fue una revelación sorprendente, aterradora. No se trataba de ensoñaciones o fantasías sobre la gloria de la batalla. Esto era real.

En ese momento, Kaladin supo que podía matar, si era necesario. Algunas personas, como un dedo infectado o una pierna aplastada sin posibilidad de sanación, tenían que ser eliminadas.



«Como una alta tormenta, regular en su llegada, pero siempre inesperada.»

La palabra Desolación se usa dos veces en referencia a sus apariciones. Véanse páginas 57, 59 y 64 de *Historias a la luz de la hoguera*.

—He tomado mi decisión —declaró Shallan.

Jasnah dejó su investigación. En un inusitado momento de deferencia, apartó sus libros y permaneció sentada de espaldas al Velo, mirando a Shallan.

—Muy bien.

—Lo que hiciste fue a la vez legal y justo, en el sentido estricto de las palabras —dijo Shallan—. Pero no fue moral, y desde luego no fue ético.

—¿Entonces moralidad y legalidad son cosas distintas?

—Casi todas las filosofías están de acuerdo en que lo son.

—¿Pero qué piensas tú?

Shallan vaciló.

—Sí. Puedes ser moral sin seguir la ley, y puedes ser inmoral siguiéndola.

—Pero también has dicho que lo que hice fue «justo» pero no «moral». La distinción entre esos dos términos parece menos fácil de establecer.

—Una acción puede ser justa —dijo Shallan—. Es simplemente algo hecho, visto sin considerar la intención. Matar a cuatro

hombres en defensa propia es justo.

—¿Pero no es moral?

—La moralidad se aplica a tu intención y al contexto superior de la situación. Buscar hombres para matarlos es un acto inmoral, Jasnah, no importa cuál sea el resultado.

Jasnah dio un golpecito a su mesa con la uña. Llevaba puesto el guante, las gemas de la animista rota abultaban debajo. Habían pasado dos semanas. Sin duda ya había descubierto que no funcionaba. ¿Cómo podía estar tan tranquila?

¿Intentaba arreglarla en secreto? Tal vez temía que si revelaba que estaba rota, perdería poder político. ¿O se había dado cuenta de que la habían cambiado por una animista diferente? ¿Era posible, a pesar de todas las probabilidades en contra, que no hubiera intentado usar la animista? Shallan tenía que marcharse dentro de poco. Pero si lo hacía antes de que Jasnah descubriera el cambio, se arriesgaba a que la princesa probara su animista justo después de su marcha, lo que haría recaer las sospechas directamente en ella. La ansiosa espera estaba volviendo loca a Shallan.

Finalmente, Jasnah asintió, y regresó a su investigación.

—¿No tienes nada que decir? —preguntó Shallan—. Acabo de acusarte de asesinato.

—No, el asesinato es una definición legal. Has dicho que maté sin ética.

—¿Crees que estoy equivocada, entonces?

—Lo estás. Pero acepto que crees lo que estás diciendo y has puesto detrás un pensamiento racional. He examinado tus notas, y creo que comprendes las diversas filosofías. En algunos casos, pienso que fuiste bastante reflexiva en tu interpretación. La lección fue instructiva —abrió su libro.

—¿Y eso es todo?

—Por supuesto que no —dijo Jasnah—. Seguiremos estudiando filosofía en el futuro; por ahora, me contento con que hayas establecido unas bases sólidas sobre el tema.

—Pero decidí que hiciste mal. Sigo pensando que hay una Verdad absoluta ahí fuera.

—Sí —dijo Jasnah—, y tardaste dos semanas de esfuerzo en llegar a esa conclusión. —La princesa alzó la cabeza y la miró a los

ojos—. No fue fácil, ¿verdad?

—No.

—Y sigues preguntándotelo, ¿no?

—Sí.

—Es suficiente. —Jasnah entornó ligeramente los ojos, y una sonrisa de consolación asomó a sus labios—. Si te ayuda a luchar con tus sentimientos, niña, quiero que comprendas que intenté hacer el bien. A veces me pregunto si podría hacer más con mi animista. —Volvió a su lectura—. Quedas libre durante el resto del día.

Shallan parpadeó.

—¿Qué?

—Libre. Puedes irte. Haz lo que quieras. Sospecho que te pasarás el día dibujando mendigos y camareras, pero es cosa tuya. Me las apañaré sin ti.

—¡Sí, brillante! Gracias.

Jasnah hizo un gesto de despedida y Shallan recogió su carpeta y salió rápidamente del reservado. No había tenido tiempo libre desde el día en que salió a dibujar sola a los jardines. La reprendieron amablemente por ello: Jasnah la había dejado en sus habitaciones para que descansara, no para que saliera a dibujar.

Shallan esperó impaciente mientras los porteros parshmenios bajaban el ascensor hasta la planta baja del Velo, y luego recorrió a toda prisa el cavernoso salón central. Un largo paseo más tarde, llegó a los aposentos de invitados, donde saludó a los maestro-siervos que trabajaban allí. Medio guardias, medio conserjes, llevaban el control de quienes entraban y salían.

Utilizó la gruesa llave de bronce para abrir la puerta de las habitaciones de Jasnah, y luego entró y echó el cerrojo. El pequeño estudio, amueblado con una alfombra y dos sillas junto a la chimenea, estaba iluminado por topacios. La mesa todavía contenía una copa medio llena de vino naranja de los estudios de Jasnah de la noche anterior, junto con unas cuantas migajas de pan en un plato.

Shallan corrió a su propia cámara, cerró la puerta y sacó la animista de su bolsa segura. El cálido brillo de las gemas bañó su rostro de luz blanca y roja. Eran tan grandes, y por tanto tan

brillantes, que era difícil mirarlas directamente. Cada una valdría diez o veinte broams.

Se había visto obligada a esconderlas en el exterior durante la reciente alta tormenta para infundirlas, cosa que la había llenado de ansiedad. Inspiró profundamente, se arrodilló y sacó un palito de madera de debajo de la cama. Semana y media de prácticas, y todavía no había conseguido que la animista hiciera…, bueno, nada. Había intentado dar golpecitos a las gemas, girarlas, agitar la mano, cerrar el puño imitando con total exactitud a Jasnah. Había estudiado todas las imágenes que había dibujado del proceso. Intentó hablar, concentrarse e incluso suplicar.

Sin embargo, había encontrado un libro el día antes que ofrecía lo que le pareció una pista útil. Decía que canturrear, nada menos, podía volver más efectiva a una animista. Era solo una referencia de pasada, pero era más de lo que había encontrado en ningún otro sitio. Se sentó en la cama y se obligó a concentrarse. Cerró los ojos, sujetando el palo e imaginando que se transformaba en cuarzo. Entonces empezó a canturrear.

No sucedió nada. Siguió canturreando, probando distintas notas, concentrándose todo lo que pudo. Mantuvo su atención en la tarea durante más de media hora, pero al final su mente acabó por divagar. Una nueva preocupación empezó a roerla. Jasnah era una de las eruditas más brillantes e inteligentes del mundo. Había dejado la animista donde la podían coger. ¿Habría engañado intencionadamente a Shallan con una falsificación?

Parecía una molestia demasiado grande. ¿Por qué no tirar de la manta y descubrir que Shallan era una ladrona? El hecho de que no pudiera hacer funcionar la animista la llevaba a buscar explicaciones plausibles.

Dejó de canturrear y abrió los ojos. El palo no había cambiado. «Vaya pista» —pensó, apartando el palo con un suspiro. Tenía tantas esperanzas…

Se tumbó en la cama, descansando, contemplando el techo de piedra marrón, cavado directamente en la montaña, como el resto del Cónclave. Aquí habían dejado la piedra sin pulir, evocando el techo de una cueva. Era bastante bonito, de un modo sutil que no había advertido antes, los colores y contornos de la roca ondulando

como un estanque agitado.

Sacó una hoja de su carpeta y se puso a dibujar las rocas. Un boceto para calmarla, y luego volvería a la animista. Tal vez debería intentarlo de nuevo con la otra mano.

No podía capturar los colores de los estratos, no con carboncillo, pero sí registrar la forma fascinante en que los estratos se entremezclaban. Como una obra de arte. ¿Habría tallado este techo intencionadamente algún picapedrero, creando esta sutil creación, o era un accidente de la naturaleza? Sonrió, imaginando a un albañil saturado de trabajo advertir el hermoso grano de la roca y decidiendo formar una pauta en onda para su propio deleite y sentido de la belleza.

—¿Qué eres?

Shallan soltó un grito, incorporándose, y la libreta cayó de su regazo. Alguien había susurrado las palabras. ¡Las había oído claramente!

—¿Quién está ahí? —preguntó. Silencio.

—¡Quién está ahí! —exigió con más fuerza, su corazón latiendo velozmente.

Algo sonó desde el saloncito ante su puerta. Shallan dio un salto, ocultando bajo una almohada la mano que llevaba la animista cuando vio que la puerta se abría y revelaba a una vieja criada del palacio, ojos oscuros, vestida con un uniforme blanco y negro.

—¡Oh, cielos! —exclamó la mujer—. No tenía ni idea de que estuvieras aquí, brillante. —Hizo una reverencia.

Una criada de palacio. Venía a limpiar la habitación, como hacía todos los días. Concentrada en su meditación, Shallan no la había oído entrar.

—¿Por qué me hablaste?

—¿Hablarte, brillante?

—Tú…

No, la voz había sido un susurro, y procedía claramente de dentro de la habitación de Shallan. No podía haber sido la criada.

Se estremeció y miró alrededor. Pero era una tontería. La diminuta habitación era fácil de inspeccionar. No había Vaciadores ocultos en los rincones ni debajo de la cama.

¿Entonces, qué había oído? «Los sonidos de la mujer al limpiar,

obviamente.» La mente de Shallan había interpretado aquellos sonidos aleatorios por palabras.

Obligándose a relajarse, Shallan miró el saloncito más allá. La mujer había retirado la copa de vino y las migajas. Había una escoba apoyada contra la pared. Además, la puerta de Jasnah estaba entreabierta.

—¿Has estado en la habitación de la brillante Jasnah? —preguntó.

—Sí, brillante —respondió la mujer—. Arreglando su escritorio, haciendo la cama…

—A la brillante Jasnah no le gusta que entren en su habitación. Les ha dicho a las criadas que no la limpien.

El rey había prometido que sus criadas eran elegidas con mucho cuidado, y nunca había habido ningún robo, pero Jasnah había insistido de todas formas en que ninguna entrara en su dormitorio.

La mujer palideció.

—Lo siento, brillante. ¡No me había enterado! No me dijeron…

—No importa —dijo Shallan—. Más vale que vayas y le digas lo que has hecho. Siempre se da cuenta de si han tocado sus cosas. Será mejor para ti si vas a verla y se lo explicas.

—S…, sí, brillante. —La mujer volvió a hacer una reverencia.

—De hecho —dijo Shallan, mientras se le ocurría algo—. Deberías ir ahora mismo. No tiene sentido posponerlo.

La madura criada suspiró.

—Sí, por supuesto, brillante.

Se retiró. Unos segundos más tarde la puerta exterior se cerró.

Shallan se incorporó de un salto, se quitó la animista y la guardó de nuevo en su bolsa segura. Corrió al exterior, el corazón martilleándole, la extraña voz olvidada mientras aprovechaba la oportunidad para echar un vistazo en la habitación de Jasnah. Era improbable que descubriera algo útil sobre la animista, pero no podía dejar correr la oportunidad…, no con la criada para echarle la culpa de haber movido las cosas.

Solo sintió un atisbo de culpa. Ya le había robado a Jasnah. Comparado con eso, curiosear en su habitación no era nada.

El dormitorio era más grande que el de Shallan, aunque seguía pareciendo estrecho, debido a la inevitable falta de ventanas. La

cama, una monstruosidad con cuatro postes, ocupaba la mitad del espacio. El tocador estaba contra la pared del fondo, y a su lado la mesita de la que Shallan había robado originalmente la animista. Aparte de eso, en la habitación solo estaba el escritorio, con los libros apilados en el lado izquierdo.

Shallan nunca había tenido una oportunidad de mirar los cuadernos de Jasnah. ¿Era posible que tomara notas sobre la animista? Shallan se sentó ante la mesa, abrió rápidamente el cajón superior y rebuscó entre los pinceles, lápices de carboncillo y hojas de papel. Todo estaba muy bien ordenado, y el papel estaba en blanco. El cajón superior derecho tenía tinta y cuadernos vacíos. El cajón inferior izquierdo, una pequeña colección de libros de referencia.

Además de los libros que había sobre el escritorio. Jasnah tendría consigo la mayoría de sus cuadernos de notas, ya que estaba trabajando. Pero…, sí, aquí quedaban unos cuantos. Temblando, Shallan cogió los tres finos volúmenes y se los plantó delante.

Notas sobre Uriziru, anunciaba el primero. El cuaderno estaba lleno, según parecía, de citas y anotaciones de los diversos libros que Jasnah había encontrado. Todos hablaban de ese lugar, Uriziru. Jasnah se lo había mencionado antes a Kabsal.

Shallan apartó el libro y miró el siguiente, esperando encontrar alguna mención de la animista. Este cuaderno estaba completamente lleno de notas, pero no tenía título. Shallan lo hojeó y leyó algunas entradas. «Los de ceniza y fuego, que mataban como un enjambre, implacables ante los Heraldos.» Anotado en Masly, página 337. Corroborado por Coldwin y Hasavah.

«Se llevan la luz, donde quiera que acechen. Piel que arde.» Cormshen, página 104.

«Cambiaron, incluso cuando los combatíamos. Eran como sombras que pueden transformarse mientras baila la llama. Nunca los subestimes por lo que ves primero.» Se dice que es un borrador recopilado por Talatin, Radiante de la Orden de los Guardapiedras. La fuente (Encarnado, de Guvlow) se considera fiable, aunque esto procede de un fragmento copiado de *El poema de la séptima mañana*, que se ha perdido.

Seguía así, página tras página. Jasnah le había enseñado su

método de tomar notas: cuando el cuaderno estaba lleno, cada artículo era evaluado de nuevo para comprobar su validez y utilidad y se copiaba en otros cuadernos distintos y más específicos.

Frunciendo el ceño, Shallan le echó un vistazo al último cuaderno. Se centraba en Natanatan, las Montañas Irreclamadas y las Llanuras Quebradas. Recopilaba registros de descubrimientos de cazadores, exploradores o mercaderes que buscaban un paso fluvial hacia Nueva Natanatan. De los tres cuadernos, el más grande era el dedicado a los Vaciadores.

Los Vaciadores otra vez. Mucha gente en sitios rurales hablaba entre susurros de ellos y de otros monstruos de la oscuridad. Los susurrantes, o susurradores de las tormentas, o incluso los temidos nochespren. Sus severas tutoras le habían enseñado a Shallan que eran supersticiones, inventos de los Radiantes Perdidos, que usaban historias de monstruos para justificar su dominio sobre la humanidad.

Los fervorosos enseñaban otra cosa. Hablaban de los Radiantes Perdidos (llamados entonces los Caballeros Radiantes), que combatieron a los Vaciadores durante la guerra por Roshar. Según estas enseñanzas, solo después de derrotar a los Vaciadores (y la marcha de los Heraldos) cayeron los Radiantes.

Ambos grupos estaban de acuerdo en que los Vaciadores ya no existían. Inventos o enemigos largamente derrotados, el resultado era el mismo. Shallan podía creer que algunas personas, incluso algunos eruditos, podrían creer que los Vaciadores existían todavía, acechando en la oscuridad. ¿Pero Jasnah, la escéptica? ¿Jasnah, que negaba la existencia del Todopoderoso? ¿Podía ser tan retorcida como para negar la existencia de Dios y aceptar sin embargo la existencia de sus enemigos mitológicos?

Llamaron a la puerta exterior. Shallan dio un salto, llevándose la mano al pecho. Volvió a colocar apresuradamente los libros sobre el escritorio en el mismo orden y orientación. Entonces, azorada, corrió a la puerta. «Jasnah no llamaría, idiota», se dijo. Descorrió el cerrojo y abrió la puerta una rendija.

Fuera estaba Kabsal. El guapo fervoroso ojos claros alzó una cesta.

—He oído decir que tienes el día libre. —Sacudió la cesta,

tentador—. ¿Te apetece un poco de mermelada?

Shallan se calmó, y luego miró las habitaciones abiertas de Jasnah. Debería investigar más. Se volvió hacia Kabsal, con intención de decirle que no, pero sus ojos eran irresistibles. Aquel atisbo de sonrisa en su rostro, aquella postura relajada y confiada.

Si se iba con Kabsal, tal vez podría preguntarle qué sabía de las animistas. Sin embargo, no fue eso lo que la hizo decidirse. La verdad era que necesitaba relajarse. Había estado tan nerviosa últimamente, el cerebro embotado de filosofía, cada momento libre intentando hacer que la animista funcionara. ¿Era extraño que estuviera oyendo voces?

—Me encantaría un poco de mermelada —declaró.

—Mermelada de baya verdadera —dijo Kabsal, alzando el frasquito verde—. Es azishiana. Las leyendas dicen que los que consumen las bayas solo dicen verdades hasta la siguiente puesta de sol.

Shallan alzó una ceja. Estaban sentados en cojines sobre una manta en los jardines del Cónclave, no lejos de donde ella había experimentado por primera vez con la animista.

—¿Y es cierto?

—Difícilmente —dijo Kabsal, abriendo el frasco—. Las bayas son inofensivas. Pero las hojas y tallos de la planta de baya verdadera, si se queman, desprenden un humo que llena a la gente de euforia y embriaguez. Parece que a menudo reúnen los tallos para hacer hogueras. Se comen las bayas en torno al fuego y tienen una noche…, interesante.

—Me extraña… —empezó a decir Shallan, pero se mordió los labios.

—¿Qué?

Ella suspiró.

—Me extraña que no sean conocidas como preñabayas, teniendo en cuenta… —Se ruborizó.

Él se echó a reír.

—¡Buen argumento!

—Padre Tormenta —dijo ella, ruborizándose aún más—. Soy terrible a la hora de comportarme con decoro. Venga, dame un poco

de mermelada de esa.

Él sonrió y le pasó una rebanada de pan untado con mermelada verde. Un parshmenio de ojos sombríos, cosa típica por vivir dentro del Cónclave, estaba sentado en el suelo junto a una pared de corteza-pizarra, actuando como improvisada carabina. A Shallan le parecía extraño estar aquí con un hombre de casi su edad y solo un parshmenio asistiéndolos. Era liberador. Exuberante. O tal vez era solo cosa de la luz del sol y el aire libre.

—También soy una erudita terrible —dijo ella, cerrando los ojos e inspirando profundamente—. Me gusta demasiado salir.

—Muchos de los mayores eruditos se pasaron la vida viajando.

—Y por cada uno de ellos hubo cien más encerrados en un agujero de una biblioteca, enterrado en libros.

—Y no habrían querido otra cosa. La mayoría de la gente que tiene tendencia a investigar prefiere sus agujeros y bibliotecas. Pero tú no. Eso hace que seas misteriosa.

Ella abrió los ojos, sonriéndole, y luego dio un fuerte bocado a su pan con mermelada.

—Bueno —dijo mientras masticaba—, ¿te sientes más sincero, ahora que has probado la mermelada?

—Como fervoroso que soy, mi deber y mi llamada son ser sincero en todo momento.

—Naturalmente —dijo ella—. Yo también soy sincera. Tan sincera, de hecho, que a veces expulso las mentiras por la boca. No hay lugar para ellas dentro de mí. El se rio de buena gana.

—Shallan Davar. No puedo imaginar a nadie tan dulce como tú murmurando una sola falsedad.

—Entonces, por tu cordura, las diré de dos en dos —sonrió—. Me lo estoy pasando fatal, y esta comida está horrible.

—¡Acabas de rebatir todo el saber y la mitología relacionadas con comer mermelada de baya verdadera!

—Bien. La mermelada no debería tener saberes ni mitologías. Debe ser dulce, colorida y deliciosa.

—Como las damas jóvenes, supongo.

—¡Hermano Kabsal! —Ella se volvió a ruborizar—. Eso no ha sido nada adecuado.

—Y sin embargo sonríes.

—No puedo evitarlo. Soy dulce, colorida y deliciosa.

—Tienes razón en lo de colorida —dijo él, claramente divertido ante su rubor—. Y en lo de la dulzura. No puedo saber si eres deliciosa…

—¡Kabsal! —exclamó ella, aunque no estaba del todo escandalizada. Se había dicho a sí misma que él solo estaba interesado en ella para proteger su alma, pero cada vez le resultaba más difícil de creer. Pasaba a verla al menos una vez por semana.

Él se rio de su vergüenza, pero eso solo la hizo ruborizarse aún más.

—¡Basta! —Se puso la mano delante de los ojos—. ¡Debo de tener la cara del color del pelo! No deberías decir esas cosas: eres un hombre de religión.

—Pero sigo siendo un hombre, Shallan.

—Uno que decía que su interés en mí era solo académico.

—Sí, académico —dijo él, abstraído—. Dedicado a muchos experimentos y mucha información de campo de primera mano.

—¡Kabsal!

Él se rio de buena gana, mientras daba un bocado a su pan.

—Lo siento, brillante Shallan. ¡Pero no puedo evitar esa reacción!

Ella gruñó y bajó la mano, pero sabía que él decía aquellas cosas, en parte, porque lo animaba. No podía evitarlo. Nadie le había mostrado nunca el tipo de interés que él le mostraba cada vez más. Le gustaba: le gustaba hablar con él, le gustaba escucharlo. Era una forma maravillosa de romper la monotonía del estudio.

No había, naturalmente, ninguna posibilidad de unión. Suponiendo que ella pudiera proteger a su familia, tendría que buscar un buen matrimonio político. Tontear con un fervoroso propiedad del rey de Kharbranth no le serviría a nadie.

«Pronto tendré que empezar a insinuarle la verdad —pensó—. Él debe saber que esto no va a ninguna parte. ¿No?»

Kabsal se inclinó hacia ella.

—Eres de verdad lo que pareces ¿no, Shallan?

—¿Capaz? ¿Inteligente? ¿Encantadora?

Él sonrió.

—Auténtica.

—Yo no diría eso.

—Lo eres. Lo veo en ti.

—No soy tan auténtica. Soy ingenua. He vivido toda mi infancia en la mansión de mi familia.

—No tienes aires de reclusa. Te muestras tranquila conversando.

—He tenido que aprender a hacerlo. Pasé casi toda mi infancia sin ninguna compañía, y detesto interlocutores aburridos.

Él sonrió, aunque sus ojos mostraban preocupación.

—Me parece una lástima que alguien como tú no llame la atención. Es como colgar un hermoso cuadro de cara a la pared.

Ella se apoyó en su mano segura y se terminó el pan.

—Yo no diría que careciera de atención, no cuantitativamente, desde luego. Mi padre me prestó mucha atención.

—He oído hablar de él. Un hombre con fama de severo.

—Es… —Tenía que fingir que su padre seguía vivo—. Mi padre es un hombre apasionado y virtuoso. Nunca las dos cosas a la vez.

—¡Shallan! Puede que eso sea lo más ingenioso que te he oído decir.

—Y tal vez lo más sincero. Por desgracia.

Kabsal la miró a los ojos, buscando algo. ¿Qué veía?

—No pareces apreciar mucho a tu padre.

—Otra declaración sincera. Las bayas nos están haciendo efecto.

—¿Es un hombre duro, entonces?

—Sí, pero nunca conmigo. Soy demasiado preciosa. Su hija perfecta e ideal. Verás, mi padre es exactamente el tipo de hombre que cuelga un cuadro de cara a la pared. Así no podrán ensuciarlo ojos indignos ni tocarlo dedos indignos.

—Es una lástima. Me pareces muy tocable.

Ella lo miró con mala cara.

—Y te he dicho que se acabaron esas bromas.

—No era ninguna broma —dijo él, mirándola con sus profundos ojos azules. Ojos sinceros—. Me intrigas, Shallan Davar.

Ella sintió que se le aceleraba el corazón. Extrañamente, también sintió que el pánico crecía en su interior.

—No debería ser intrigante.

—¿Por qué no?

—Los acertijos lógicos son intrigantes. Los cálculos matemáticos

pueden ser intrigantes. Las maniobras políticas son intrigantes. Pero las mujeres…, solo deben ser un misterio.

—¿Y si creo que empiezo a comprenderte?

—Entonces estoy en seria desventaja. Ya que no me comprendo a mí misma.

Él sonrió.

—No deberíamos hablar así, Kabsal. Eres fervoroso.

—Un hombre puede abandonar el fervor, Shallan.

Ella sintió un escalofrío. La miraba fijamente, sin pestañear. Guapo, bien hablado, ingenioso. «Esto podría volverse muy peligroso muy rápidamente», pensó.

—Jasnah piensa que te acercas a mí porque quieres su animista —estalló Shallan. Entonces dio un respingo. «¡Idiota! ¿Esa es tu respuesta cuando un hombre da a entender que podría dejar el servicio al Todopoderoso para poder estar contigo?»

—La brillante Jasnah es muy lista —dijo Kabsal, cortando otro trozo de pan.

Shallan parpadeó.

—¡Oh! ¿Quieres decir que tiene razón?

—La tiene y no la tiene —dijo Kabsal—. Al devotario le gustaría mucho, muchísimo, conseguir ese fabrial. Pensaba pedirte ayuda en algún momento.

—¿Pero?

—Pero mis superiores pensaron que era una idea terrible. —Hizo una mueca—. Piensan que el rey de Alezkar es tan volátil que marcharía a la guerra contra Kharbranth por ella. Las animistas no son espadas esquirladas, pero pueden resultar igualmente importantes. —Sacudió la cabeza y le dio un mordisco al pan—. Elhokar Kholin debería avergonzarse por permitir a su hermana usar ese fabrial, sobre todo de manera tan baladí. Pero si la robáramos… Bueno, las repercusiones podrían sentirse en toda la Roshar vorin.

—¿Ah, sí? —dijo Shallan, sintiéndose enferma.

Él asintió.

—La mayoría de la gente no piensa en ello. Yo no lo hice. Los reyes gobiernan y hacen la guerra con las esquirlas, pero sus ejércitos subsisten gracias a las animistas. ¿Tienes idea del tipo de

líneas de suministro y personal de apoyo que sustituyen las animistas? Sin ellas, la guerra es virtualmente imposible. ¡Se necesitarían cientos de carros llenos de comida cada mes!

—Supongo que…, eso sería un problema. —Ella inspiró profundamente—. Me fascinan estas animistas. Siempre me he preguntado cómo sería usar una.

—Yo también.

—¿Entonces nunca has empleado una?

Él sacudió la cabeza.

—No hay ninguna en Kharbranth.

«Cierto —pensó ella—. Naturalmente. Por eso el rey necesitó que Jasnah ayudara a su nieta.»

—¿Has oído alguna vez a alguien hablar de cómo se usan? —se estremeció ante la descarada pregunta. ¿Lo estaría haciendo sospechar?

Él asintió, ausente.

—Hay un secreto en ello, Shallan.

—¿De veras? —preguntó ella, el corazón en la garganta.

Él la miró, como si fuera un conspirador.

—En realidad no es tan difícil.

—¿Es…? ¿Qué?

—Es cierto. Lo he oído decir a varios fervorosos. Hay demasiadas sombras y rituales en torno a las animistas. Las mantienen rodeadas de misterio, no las utilizan donde la gente pueda verlas. Pero la verdad es que no tienen ningún misterio. Te pones una, presionas la mano contra algo y le das un golpecito a la gema con el dedo. Funciona de forma así de simple.

—No es así como lo hace Jasnah —dijo ella, quizá demasiado a la defensiva.

—Sí, eso me confundió, pero es de suponer que si usas una el tiempo suficiente, aprendes a controlarla mejor. —Sacudió la cabeza—. No me gusta el misterio que ha crecido a su alrededor. Huele demasiado al misticismo de la antigua Hierocracia. Mejor que no volvamos a recorrer ese camino. ¿Qué importaría si la gente supiera lo sencillo que es usar las animistas? Los principios y dones del Todopoderoso suelen ser simples.

Shallan apenas escuchó esa última parte. Por desgracia, parecía

que Kabsal era tan ignorante como ella. Más ignorante, aún. Ella había intentado el método exacto del que hablaba, y no funcionó. Tal vez los fervorosos que Kabsal conocía mentían para proteger el secreto.

—Creo que me estoy yendo por las ramas —dijo Kabsal—. Me preguntaste si pretendo robar la animista, y puedo asegurarte que no pretendo ponerte en esa situación. Fue una tontería pensarlo, y en seguida me prohibieron intentarlo. Me ordenaron que cuidara de tu alma y me encargara de que las enseñanzas de Jasnah no te corrompieran, y si era posible que intentara recuperar también el alma de Jasnah.

—Bueno, eso último va a ser difícil.

—No me había dado cuenta —contestó él secamente.

Ella sonrió, aunque no podía decidir cómo sentirse.

—He matado el momento, ¿verdad? ¿Entre nosotros?

—Me alegro de que lo hicieras —dijo él, sacudiéndose las manos —. Me he dejado llevar, Shallan. En ocasiones, me pregunto si soy tan malo siendo fervoroso como tú siendo recatada. No quiero ser presuntuoso. Es la forma en que hablo, mi mente empieza a dar vueltas y mi lengua a decir ocurrencias.

—Y por tanto.

—Y por tanto debemos dar por concluido el día —dijo Kabsal, poniéndose en pie—. Necesito tiempo para pensar.

Shallan se levantó también, extendiendo la mano libre para que la ayudara: incorporarse con un estrecho vestido vorin era difícil. Se encontraban en una sección de los jardines donde la cortezapizarra no era tan alta, así que, una vez de pie, Shallan pudo ver que el rey pasaba cerca, charlando con un fervoroso de mediana edad de rostro largo y afilado.

El rey salía a menudo a pasear a mediodía por los jardines. Ella lo saludó, pero el amable anciano no la vio. Conversaba con el fervoroso. Kabsal se dio la vuelta, advirtió al rey y se agachó.

—¿Qué haces?

—El rey lleva la cuenta de sus fervorosos. El hermano Izil y él creen que estoy haciendo trabajo de catalogación hoy.

Ella sonrió.

—¿Te escapas de un día de trabajo para tomar un bocadillo

conmigo?

—Sí.

—Creía que tenías que estar conmigo —dijo ella, cruzándose de brazos— para proteger mi alma.

—Así era. Pero entre los fervorosos hay quienes están preocupados porque paso demasiado tiempo contigo.

—Tienen razón.

—Iré a verte mañana —dijo él, asomándose por encima del muro de cortezapizarra—. Suponiendo que no me pongan a archivar como castigo. —Le sonrió—. Si decido dejar el fervor, será por cosa mía, y no pueden prohibirlo…, aunque puedan intentar distraerme.

Se marchó antes de que ella pudiera decirle que estaba suponiendo demasiado.

No pudo dar voz a sus pensamientos. Tal vez porque cada vez estaba menos segura de lo que quería. ¿No debería estar concentrada en ayudar a su familia?

A estas alturas, Jasnah habría descubierto ya que su animista no funcionaba, pero no veía ninguna ventaja en revelarlo. Shallan debería marcharse. Podía ir a verla y usar la terrible experiencia en el callejón como excusa para retirarse.

Y sin embargo, se sentía enormemente reacia a hacerlo. Kabsal era parte de ello, pero no el motivo principal. La verdad era que, a pesar de sus quejas ocasionales, le encantaba aprender. Incluso después de la instrucción filosófica de Jasnah, incluso después de pasarse días leyendo un libro tras otro. Incluso con la confusión y la tensión, Shallan a menudo se sentía completa de un modo que nunca había experimentado antes. Sí, Jasnah había hecho mal al matar a aquellos hombres, pero Shallan quería saber lo suficiente de filosofía para citar los motivos correctos de por qué. Sí, rebuscar en archivos históricos podía ser tedioso, pero Shallan apreciaba las habilidades y la paciencia que estaba aprendiendo; sin duda serían valiosas cuando tuviera que hacer sus propias investigaciones en el futuro.

Pasar los días aprendiendo, almorzar riendo con Kabsal, las noches charlando y debatiendo con Jasnah. Eso era lo que quería. Pero esas partes de su vida eran completas mentiras.

Preocupada, recogió la cesta de pan y mermelada y regresó al Cónclave y la suite de Jasnah. Un sobre dirigido a ella la esperaba. Shallan frunció el ceño y rompió el sello para leerlo.

Muchacha: Recibimos tu mensaje. El Placer del Viento pronto volverá al puerto de Kharbranth. Naturalmente te daremos pasaje y te devolveremos a tu casa. Será un placer tenerte a bordo. Somos hombres de Davar. En deuda con tu familia.

Vamos a hacer un viaje rápido al continente, pero volveremos enseguida a Kharbranth. Te recogeremos dentro de una semana.

Capitán TOZBEK

El texto inferior, escrito por la esposa de Tozbek, decía aún más claramente:

Te ofrecemos felizmente pasaje gratis, brillante, si estás dispuesta a hacernos de escribana durante el viaje. Los libros de cuentas necesitan un repaso.

Shallan se quedó mirando la nota un largo rato. Quería saber dónde estaba el barco y cuándo planeaba regresar, pero al parecer habían interpretado su carta como una solicitud para que vinieran a recogerla.

Parecía un plazo adecuado. Eso pondría su marcha tres semanas después del robo de la animista, como le había dicho a Nab Nalat. Si Jasnah no había reaccionado para entonces al cambio de la animista, Shallan tendría que interpretar que no estaba bajo sospecha.

Una semana. Estaría en ese barco. La destrozaba aceptarlo, pero tenía que ser así. Bajó el papel y salió del pasillo de invitados y recorrió los serpenteantes pasillos del Velo.

Poco después, estuvo delante del reservado de Jasnah. La princesa estaba sentada ante su escritorio, escribiendo en un cuaderno. Alzó la cabeza.

—Creí haberte dicho que podías hacer lo que quisieras hoy.

—Lo hiciste —respondió Shallan—. Y me di cuenta de que lo quería hacer es estudiar.

Jasnah sonrió de manera taimada y comprensiva, casi satisfecha de sí misma. Si supiera…

—Bueno, no voy a reprochártelo —dijo, volviendo a su investigación.

Shallan se sentó, le ofreció pan y mermelada, pero Jasnah negó con la cabeza y continuó trabajando. Shallan se cortó otra rebanada y la untó de mermelada. Entonces abrió un libro y suspiró satisfecha.

Al cabo de una semana, tendría que marcharse. Pero mientras tanto, se permitiría fingir un poco más.



«Vivían en el bosque, esperando siempre la Desolación… o, a veces, un niño descuidado que no hacía caso a la oscuridad de la noche.»

Un cuento infantil, sí, pero esta cita de *Sombras recordadas* parece apuntar a la verdad que busco. Ver página 82, cuarto relato.

Kaladin despertó con una conocida sensación de temor.

Había pasado gran parte de la noche tendido en el duro suelo, despierto, mirando la oscuridad y pensando. ¿Por qué intentarlo? ¿Por qué preocuparse? No hay esperanza para estos hombres.

Se sentía como el vagabundo que busca desesperadamente un camino que lo lleve a la ciudad para escapar de las bestias salvajes. Pero la ciudad estaba en lo alto de una montaña escarpada y no importaba cómo se acercara, la subida era siempre igual. Imposible. Cien caminos distintos. El mismo resultado.

Sobrevivir al castigo no salvaría a sus hombres. Entrenarlos para que corrieran más rápido no los salvaría. Eran cebo. La eficacia del cebo no cambiaba su función ni su destino.

Kaladin se obligó a ponerse en pie. Se sentía gastado, como una piedra de molino demasiado usada. Todavía no comprendía cómo había sobrevivido. «¿Me protegiste, Todopoderoso? ¿Me salvaste para que pudiera verlos morir?»

Se suponía que había que quemar plegarias para enviarlas al

Todopoderoso, que esperaba que sus Heraldos reconquistaran los Salones Tranquilos. Eso nunca había tenido sentido para Kaladin. El Todopoderoso lo veía y lo sabía todo. ¿Por qué necesitaba entonces que quemaran una plegaria antes de hacer algo? ¿Por qué necesitaba que la gente luchara por él?

Kaladin salió del barracón. Se detuvo entonces.

Los hombres estaban alineados, esperando. Un harapiento puñado vestido con chalecos de cuero marrón y pantalones que solo les llegaban hasta las rodillas. Camisas sucias, arremangadas hasta los codos, desabrochadas por delante. Piel sucia, matas de pelo hirsuto. Y sin embargo ahora, debido al regalo de Roca, todos tenían las barbas recortadas o las caras bien afeitadas. Todo lo demás se veía gastado. Pero sus caras estaban limpias.

Kaladin se llevó vacilante una mano a la cara para tocar su barba negra y descuidada. Los hombres parecían estar esperando algo.

—¿Qué? —preguntó.

Los hombres se agitaron incómodos, mirando hacia el aserradero. Estaban esperando que los guiara en el entrenamiento, naturalmente. Pero el entrenamiento era inútil. Abrió la boca para decírselo, pero vaciló al ver que algo se acercaba. Cuatro hombres, portando un palanquín. Un individuo alto y delgado con un chaquetón violeta de ojos claros caminaba a su lado.

Los hombres se volvieron a mirar.

—¿Qué es esto? —preguntó Hobber, rascándose el grueso cuello.

—Será el sustituto de Lamaril —dijo Kaladin, abriéndose paso amablemente entre la fila de hombres del puente. Syl se posó sobre su hombro mientras los porteadores del palanquín se detenían ante él y se volvían hacia un lado, revelando a una mujer de cabellos oscuros vestida con un elegante traje violeta decorado con glifos dorados. Estaba recostada de lado sobre unos cojines, sus ojos azul claro.

—Soy la brillante Hashal —dijo, la voz ligeramente entonada de Kholinar—. Mi esposo, el brillante señor Matal, es vuestro nuevo capitán.

Kaladin se mordió la lengua, conteniendo una respuesta. Tenía alguna experiencia con los ojos claros que eran «ascendidos» a

puestos como ese. Matal no dijo nada, simplemente se quedó allí de pie con la mano en la empuñadura de su espada. Era alto, casi tan alto como Kaladin, pero flacucho. Manos delicadas. Esa espada no había visto mucha práctica.

—Mi esposo no pretende dirigir las cuadrillas con la laxitud de su predecesor. Mi esposo es un asociado honorado y bien respetado del alto príncipe Sadeas en persona, no un perro casi ojos oscuros como Lamaril.

Hashal no mostraba ni una pizca de ira en sus palabras. Dirigió la mano a un lado, uno de los soldados dio un paso adelante y lanzó la parte posterior de su lanza contra el estómago de Kaladin.

Kaladin la capturó, los antiguos reflejos todavía demasiado agudos. Por su mente destellaron las posibilidades, y pudo ver la lucha antes de que tuviera lugar.

Tirar de la lanza, derribar al soldado al suelo.

Avanzar y darle un codazo en el antebrazo, haciéndole soltar el arma.

Tomar el control, girar la lanza y golpear al soldado en la cabeza.

Alzar la lanza hacia…

No. Eso tan solo haría que lo mataran.

Kaladin soltó la culata de la lanza. El soldado parpadeó sorprendido de que un simple hombre de los puentes hubiera bloqueado su golpe. Con una mueca, alzó la lanza y golpeó a Kaladin en la sien.

Kaladin lo dejó golpearlo, permitiendo que lo derribara al suelo. La cabeza le resonaba por el golpe, pero su visión dejó de dar vueltas al cabo de un momento. Le dolería, pero probablemente no habría ninguna contusión.

Inspiró profundamente varias veces, tumbado en el suelo con los puños cerrados. Sus dedos parecían arder donde había tocado la lanza. El soldado volvió a su puesto junto al palanquín.

—Nada de laxitud —dijo Hashal tranquilamente—. Por si queréis saberlo, mi esposo solicitó este nombramiento. Las cuadrillas de los puentes son esenciales para la estrategia del brillante señor Sadeas en la Guerra del Juicio. Su mala dirección a manos de Lamaril fue una desgracia.

Roca se arrodilló y ayudó a Kaladin a ponerse en pie mientras miraba con el ceño fruncido a los ojos claros y sus soldados. Kaladin se levantó a trompicones, llevándose la mano a la sien. Tenía los dedos húmedos y pegajosos, y un hilillo de sangre caliente le caía por el cuello hasta el hombro.

—A partir de ahora —dijo Hashal—, además de hacer el servicio normal en el puente, cada cuadrilla tendrá asignado un único tipo de trabajo. ¡Gaz!

El bajo sargento asomó detrás del palanquín. Kaladin no lo había visto allí, tras los porteadores y soldados.

—¿Sí, brillante? —Gaz hizo varias reverencias.

—Mi esposo desea que el Puente Cuatro tenga asignado permanentemente el servicio en los abismos. Cuando no sean necesarios para cumplir servicio en el puente, los quiero trabajando en esos abismos. Eso será mucho más eficaz. Sabrán qué secciones han sido exploradas recientemente, y no cubrirán el mismo terreno. ¿Ves? Eficacia. Empezarán de inmediato.

Dio un golpecito en el costado del palanquín, y los porteadores se volvieron y se la llevaron. Su marido siguió caminando junto a ella sin decir una palabra, y Gaz se apresuró a alcanzarla. Kaladin se los quedó mirando, la mano en la cabeza. Dunny fue a traerle un vendaje.

—Servicio en el abismo —gruñó Moash—. Gran trabajo, alteza. Quiere que nos mate un abismoide si no lo hacen las flechas parshendi.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó el flaco y calvo Peet, la voz llena de preocupación.

—Ponernos a trabajar —dijo Kaladin, cogiendo la venda que le ofrecía Dunny.

Se alejó, dejándolos allí, confusos y asustados.

Poco después, Kaladin se encontraba asomado al borde del abismo. La caliente luz del sol de mediodía le quemaba la nuca y proyectaba su sombra hacia la sima, para unirse con las otras sombras de allá abajo. «Podría volar —pensó—, dar un paso adelante y caer, el viento soplando contra mí. Volar durante unos instantes. Unos pocos y hermosos instantes.»

Se arrodilló y agarró la escalera de cuerda y luego bajó hacia la oscuridad. Los otros hombres del puente lo siguieron, silenciosos. Se habían contagiado de su estado de ánimo.

Kaladin sabía lo que le estaba pasando. Paso a paso, volvía a ser el despojo que fue antes. Siempre supo que era un peligro. Se aferraba a los hombres del puente como si fuera una cuerda de seguridad. Pero ahora se estaba soltando.

Mientras bajaba los escalones, una leve figura translúcida de azul y blanco bajó junto a él, posada en una especie de columpio. Sus cuerdas desaparecían pocos centímetros por encima de la cabeza de Syl.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó en voz baja. Kaladin continuó descendiendo—. Deberías estar contento. Sobreviviste a las tormentas. Los otros hombres del puente estaban entusiasmados.

—Ansié pelear con aquel soldado —susurró Kaladin.

Syl ladeó la cabeza.

—Podría haberlo derrotado —continuó Kaladin—. Probablemente podría haberlos derrotado a los cuatro. Siempre he sido bueno con la lanza. No, bueno no. Durk decía que era sorprendente. Un soldado nato, un artista de la lanza.

—Entonces tal vez tendrías que haber luchado con ellos.

—Creí que no te gustaba matar.

—Lo odio —dijo ella, haciéndose más transparente—. Pero he ayudado a hombres a matar antes.

Kaladin se detuvo en la escalera.

—¿Qué?

—Es cierto. Puedo recordarlo, aunque débilmente.

—¿Cómo?

—No lo sé. —Se puso pálida—. No quiero hablar de eso. Pero es lo que había que hacer. Lo siento.

Kaladin se quedó allí colgado un momento. Teft lo llamó, preguntando si algo iba mal. Empezó a bajar de nuevo.

—No luché con los soldados hoy porque no serviría de nada —dijo Kaladin, mirando la pared del abismo—. Mi padre me dijo que era imposible proteger matando. Bueno, se equivocaba.

—Pero…

—Se equivocaba porque daba a entender que se podía proteger a

la gente de otras maneras. No se puede. El mundo los quiere muertos, y tratar de salvarlos no tiene sentido.

Llegó al fondo del abismo y se sumergió en la oscuridad. Teft llegó a continuación y encendió su antorcha, bañando las paredes de piedra cubiertas de verdín de una fluctuante luz anaranjada.

—¿Por eso no aceptaste la gloria todos esos meses atrás? —susurró Syl, revoloteando y aterrizando en el hombro de Kaladin, que negó con la cabeza.

—No. Fue por otra cosa.

—¿Qué decías, Kaladin? —Teft alzó la antorcha. El rostro del veterano parecía más viejo que de costumbre a la luz fluctuante, las sombras que creaba recalcaban las arrugas de su piel.

—Nada, Teft. Nada importante.

Syl hizo una mueca. Kaladin la ignoró y encendió su antorcha con la de Teft mientras los demás llegaban. Cuando todos estuvieron abajo, los condujo al oscuro pozo. El pálido cielo parecía distante desde aquí, como un grito lejano. Este lugar era una tumba, con madera podrida y charcos de agua estancada, donde solo podían crecer larvas de cremlino.

Los hombres se apiñaron inconscientemente como hacían siempre en este lugar maligno. Kaladin caminaba delante, y Syl guardó silencio. Le dio a Teft la tiza para que marcara las direcciones y no se detuvo a recoger nada. Pero tampoco caminó demasiado rápido. Los otros hombres caminaban silenciosos tras él, hablando en susurros ocasionales demasiado bajos para hacer eco. Como si sus palabras quedaran estranguladas en la penumbra.

Roca terminó por acercarse a caminar a su lado.

—Nos han dado un trabajo difícil. ¡Pero somos hombres de los puentes! La vida es difícil, ¿no? Eso no es nada nuevo. Debemos tener un plan. ¿Cómo luchamos a continuación?

—No hay más luchas, Roca.

—¡Pero hemos logrado una victoria grandiosa! Mira, hace pocos días estabas delirando. Tendrías que haber muerto. Lo sé. Pero ahí estás, caminando, fuerte como cualquiera. ¡Ja! Más fuerte. Un milagro. El *Uli'tekanaki* te guía.

—No es un milagro, Roca. Más bien es una maldición.

—¿Cómo va a ser una maldición, amigo mío? —preguntó Roca,

riendo. Dio un salto y se metió en un charco y se rio más fuerte cuando salpicó a Teft, que caminaba justo detrás. El gran comecuernos podía ser enormemente infantil en ocasiones—. ¡Vivir no es ninguna maldición!

—Lo es si me obliga a veros morir a todos —dijo Kaladin—. Sería mejor no haber sobrevivido a esa alta tormenta. Acabará matándome una flecha parshendi. Nos pasará a todos.

Roca pareció preocuparse. Como Kaladin no dijo nada más, se retiró. Siguieron adelante, dejando atrás incómodos secciones de pared arañada, donde los abismoides habían dejado sus marcas. Acabaron por toparse con un montón de cuerpos depositados por las altas tormentas. Kaladin se detuvo, alzó la antorcha y los otros hombres miraron a su alrededor. Unas cincuenta personas habían sido arrastradas hasta un hueco en la roca, un pequeño callejón sin salida lateral.

Los cadáveres estaban apilados allí, un muro de muertos, los brazos colgando, los juncos y restos flotantes asomando entre ellos. Uno de los hombres no pudo contener una arcada, lo que hizo que otros empezaran a sufrir arcadas también. El hedor era terrible, los cuerpos lacerados y consumidos por los cremlinos y otras bestias carroñeras más grandes, muchas de las cuales escaparon huyendo de la luz. Una mano sin cuerpo yacía cerca, marcando un rastro de sangre. También había arañazos frescos en el liquen, hasta cinco metros de altura. Un abismoide se había llevado un cadáver para devorarlo. Podría volver a por los demás.

Kaladin no tuvo arcadas. Colocó su antorcha medio consumida entre dos piedras grandes y se puso a trabajar, arrastrando los cadáveres del montón. Los hombres del puente lo imitaron lentamente. Kaladin dejó que su mente se aturdiera, sin pensar.

Cuando bajaron los cuerpos, los pusieron en línea. Entonces empezaron a quitarles las armaduras, a buscarles en los bolsillos y a quitarles los cuchillos de los cinturones. Kaladin dejó que los otros recogieran las lanzas, y se puso a trabajar apartado.

Teft se arrodilló junto a él, mientras volvía a un cuerpo con la cabeza aplastada por la caída. Empezó a deshacer las correas del peto del muerto.

—¿Quieres hablar?

Kaladin no dijo nada. Solo siguió trabajando. «No pienses en el futuro. No pienses en lo que sucederá. Solo sobrevive.»

«No te preocupes, pero no desesperes. Solo sé.»

—Kaladin —la voz de Teft era como un cuchillo que se clavaba en la concha de Kaladin, haciéndole rebullirse.

—Si quisiera hablar —gruñó— ¿estaría trabajando aquí solo?

—Muy bien —dijo Teft. Finalmente soltó el peto—. Los otros hombres están confundidos, hijo. Quieren saber qué vamos a hacer a continuación.

Kaladin suspiró, se puso en pie y se volvió hacia los demás.

—¡No sé qué hacer! ¡Si tratamos de protegernos, Sadeas nos castigará! Somos cebo y vamos a morir. ¡No hay nada que pueda hacer! No hay esperanza.

Los hombres lo miraron sorprendidos.

Kaladin dio media vuelta y se arrodilló junto a Teft y siguió trabajando.

—Ya está —dijo—. Ya lo he explicado.

—Idiota —dijo Teft entre dientes—. Después de todo lo que has hecho ¿nos abandonas?

Los hombres volvieron a su trabajo. Kaladin vio que algunos gruñían.

—Hijo de perra —dijo Moash—. Sabía que esto iba a pasar.

—¿Abandonaros? —le susurró Kaladin a Teft. «Déjame en paz. Déjame volver a la apatía. Al menos ahí no hay dolor.»—. ¡Teft, he pasado horas y horas intentando hallar una salida, pero no hay ninguna! Sadeas nos quiere muertos. Los ojos claros consiguen lo que quieren: así es como funciona el mundo.

—¿Y?

Kaladin lo ignoró, volvió a su trabajo y empezó a tirar de la bota de un soldado cuyo peroné parecía haberse roto por tres partes distintas. Eso hizo que sacar la bota fuera tormentosamente difícil.

—Bueno, tal vez muramos —dijo Teft—. Pero quizá no se trate de sobrevivir.

¿Por qué Teft, nada menos, intentaba animarlo?

—Si no se trata de sobrevivir, Teft, ¿entonces de qué se trata? —Kaladin sacó por fin la bota. Se volvió hacia el siguiente hombre en la línea, y entonces se detuvo.

Era un hombre de los puentes. Kaladin no lo reconoció, pero aquel chaleco y las sandalias eran inconfundibles. Yacía desmoronado contra la pared, los brazos en los costados, la boca levemente abierta y los párpados hundidos. La piel de una de las manos se había desgarrado y caído.

—No sé de qué se trata —gruñó Teft—. Pero parece patético rendirse. Deberíamos seguir luchando. Hasta que esas flechas nos lleven por delante. Ya sabes, «viaje antes que destino».

—¿Y eso qué significa?

—No lo sé —dijo Teft, bajando rápidamente la mirada—. Es algo que oí una vez.

—Solían decirlo los Radiantes Perdidos —dijo Sigzil, pasando junto a ellos.

Kaladin miró hacia un lado. El tranquilo azishiano colocó un escudo en una pila. Alzó la cabeza, la piel marrón oscura a la luz de la antorcha.

—Era su lema. Parte de su lema, al menos. «Vida antes que muerte. Fuerza antes que debilidad. Viaje antes que destino.»

—¿Los Radiantes Perdidos? —dijo Cikatriz, cargando con un puñado de botas—. ¿Quién los ha mencionado?

—Teft —dijo Moash.

—¡Yo no! ¡Es algo que oí una vez!

—¿Y qué significa? —preguntó Dunny.

—¡Ya he dicho que no lo sé!

—Al parecer era uno de sus credos —dijo Sigzil—. En Yulay, hay grupos de gente que habla de los Radiantes. Y desean su regreso.

—¿Quién querría que regresen? —preguntó Cikatriz, apoyándose contra la pared y cruzándose de brazos—. Nos traicionaron ante los Vaciadores.

—¡Ja! —exclamó Roca—. ¡Vaciadores! Tonterías de llaneros. Son un cuento para niños a la luz de las hogueras.

—Eran reales —dijo Cikatriz, a la defensiva—. Lo sabe todo el mundo.

—¡Todo el mundo que escucha cuentos ante las hogueras! —dijo Roca con una risotada—. ¡Demasiado aire! Os ablanda la mente. Pero no importa: seguís siendo familia. ¡Solo que de la más tonta!

Teft hizo una mueca mientras los demás continuaban hablando

de los Radiantes Perdidos.

—Viaje antes que destino —susurró Syl al hombro de Kaladin—. Me gusta eso.

—¿Por qué? —preguntó Kaladin, arrodillándose para desatar las sandalias del muerto.

—Porque sí —replicó ella, como si eso fuera explicación suficiente—. Teft tiene razón, Kaladin. Sé que quieres rendirte. Pero no puedes.

—¿Por qué no?

—Porque no puedes.

—Nos han asignado el trabajo en los abismos a partir de ahora —dijo Kaladin—. No podremos recoger más juncos para ganar dinero. Eso significa que no habrá más vendas, ni antisépticos, ni comida para las cenas cada noche. Con todos estos cadáveres, estamos condenados a toparnos con putrispren, y los hombres enfermarán…, suponiendo que los abismoides no nos devoren o no nos ahogue una alta tormenta por sorpresa. Y tendremos que seguir corriendo con esos puentes hasta que termine Condenación, perdiendo hombre tras hombre. No hay ninguna esperarla.

Los hombres seguían hablando.

—Los Radiantes Perdidos ayudaron al otro bando —arguyó Cikatriz—. Siempre estuvieron manchados.

Teft se ofendió. Se levantó y señaló a Cikatriz.

—¡No sabes nada! Fue hace demasiado tiempo. Nadie sabe lo que pasó realmente.

—¿Entonces por qué todas las historias cuentan lo mismo? —preguntó Cikatriz—. Nos abandonaron. Igual que los ojos claros nos están abandonando ahora mismo. Tal vez Kaladin tenga razón. Tal vez no hay esperanza.

Kaladin bajó la cabeza. Las palabras lo acosaron. «Tal vez Kaladin tenga razón… Tal vez no hay esperanza…»

Había hecho esto antes. Con su último amo, antes de ser vendido a Tvlakv para convertirse en hombre de los puentes. Había renunciado una noche tranquila después de liderar una rebelión con Goshel y los otros esclavos. Habían sido masacrados. Pero de algún modo había sobrevivido. Tormentas ¿por qué sobrevivía siempre? «No puedo volver a hacerlo —pensó, cerrando los ojos con fuerza—.

No puedo ayudarlos.»

Tien. Tukk. Goshel. Dallet. El esclavo sin nombre al que había intentado curar en los carros de esclavos de Tvlakv. Todo había acabado igual. Kaladin tenía el toque del fracaso. A veces les daba esperanza, ¿pero qué era la esperanza sino otra oportunidad para fracasar? ¿Cuántas veces podía caer un hombre antes de no volver a levantarse más?

—Creo que somos unos ignorantes —gruñó Teft—. No me gusta lo que dicen del pasado los ojos claros. Ya sabéis que son sus mujeres quienes escriben todas las historias.

—No puedo creer que estemos discutiendo por esto, Teft —dijo Cikatriz, exasperado—. ¿Qué será luego? ¿Debemos dejar que los Vaciadores nos roben los corazones? Tal vez son unos incomprendidos. O los parshendi. Tal vez deberíamos dejarlos que maten a nuestro rey cuando quieran.

—¿Queréis callaros, por la tormenta? —exclamó Moash—. No importa. Habéis oído a Kaladin. Incluso él piensa que valemos tanto como muertos.

Kaladin ya no podía seguir escuchándolos. Se apartó de las antorchas, perdiéndose en la oscuridad. Ninguno de los hombres lo siguió. Entró en una parte de oscuras sombras, con solo un distante trozo de cielo como iluminación.

Aquí, escapó de sus miradas. En la oscuridad tropezó con un peñasco y se detuvo. Estaba resbaladizo por el moho y el liquen. Se quedó allí, con la mano apoyada, y luego gimió y se dio la vuelta para apoyarse en él. Syl flotaba enfrente, todavía visible, a pesar de la negrura del lugar. Se sentó en el aire, arreglándose el vestido en torno a las piernas.

—No puedo salvarlos, Syl —susurró Kaladin, lleno de angustia.

—¿Estás seguro?

—He fracasado siempre antes.

—¿Y por eso fracasarás esta vez también?

—Sí.

Ella guardó silencio.

—Muy bien —dijo al cabo de un rato—. Pongamos que tienes razón.

—¿Entonces por qué luchar? Me dije a mí mismo que lo

intentaría una última vez. Pero fracasé antes de empezar. No se les puede salvar.

—¿La lucha en sí misma no significa nada?

—No si estás destinado a morir —agachó la cabeza.

Las palabras de Sigzil resonaban en su mente. «Vida antes que muerte. Fuerza antes que debilidad. Viaje antes que destino.» Kaladin miró la rendija de cielo. Como un río lejano de agua pura y azul.

Vida antes que muerte.

¿Qué significaba el dicho? ¿Que los hombres deberían buscar la vida antes que buscar la muerte? Eso era obvio. ¿O significaba otra cosa? ¿Que la vida venía antes que la muerte? Una vez más, obvio. Y sin embargo las palabras sencillas le hablaban. La muerte viene, susurraban. La muerte les viene a todos. Pero la vida viene primero. Saboréala.

La muerte es el destino. Pero el viaje, eso es la vida. Eso es lo que importa.

Un frío viento sopló por el pasillo de piedra, barriéndolo, trayendo olores frescos y despejados y llevándose el hedor de los cadáveres putrefactos.

Nadie se preocupaba por los hombres de los puentes. A nadie le importaban los que estaban en el fondo, con los ojos más oscuros. Y sin embargo, aquel viento parecía susurrarle una y otra vez «Vida antes que muerte. Fuerza antes que debilidad. Viaje antes que destino».

Su pie golpeó algo. Se agachó a recogerlo. Una roca pequeña. Apenas visible en la oscuridad. Reconocía lo que le estaba pasando, esta melancolía, esta sensación de desesperación. Le había sucedido a menudo cuando era más joven, sobre todo durante las semanas del Llanto, cuando el cielo quedaba oculto por las nubes. Durante esos momentos, Tien lo animaba, lo ayudaba a salir de la desesperación. Tien siempre había podido hacer eso.

Cuando perdió a su hermano, se enfrentó peor a esos períodos de tristeza. Se convirtió en el despojo, sin preocuparse, pero tampoco sin desesperarse. Le parecía mejor no sentir nada antes que sentir dolor.

«Voy a fallarles —pensó, cerrando los ojos—. ¿Por qué

intentarlo?»

¿No era un necio por querer resistir como lo hacía? Si tan solo pudiera ganar una vez… Eso sería suficiente. Mientras pudiera creer que era capaz de ayudar a alguien, mientras creyera que algunos caminos conducían a lugares distintos de la oscuridad, podía sentir esperanza.

«Te prometiste que lo intentarías una última vez —pensó—. Todavía no están muertos.»

«Todavía viven. Por ahora.»

Había una cosa que no había intentado. Algo que lo asustaba demasiado. Cada vez que lo había intentado en el pasado, lo había perdido todo.

El despojo parecía estar plantado allí delante. Significaba liberación. Apatía. ¿De verdad quería Kaladin volver a eso? Era un refugio falso. Ser ese hombre no lo había protegido. Solo lo había hundido más y más hasta que quitarse la vida pareció el mejor camino.

«Vida antes que muerte.»

Kaladin se levantó, abrió los ojos y dejó caer la piedra. Caminó lentamente hacia la luz de las antorchas. Los hombres alzaron la cabeza. Tantas miradas de interrogación. Algunas dubitativas, otras sombrías, otras animosas. Roca, Dunny, Hobber, Leyten. Creían en él. Había sobrevivido a las tormentas. Un milagro.

—Hay algo que podríamos intentar —dijo—. Pero lo más probable es que acabemos todos muertos a manos de nuestro propio ejército.

—Vamos a morir de todas formas —recalcó Mapas—. Tú mismo lo dijiste.

Varios hombres asintieron.

Kaladin inspiró profundamente.

—Tenemos que intentar escapar.

—¡Pero el campamento está vigilado! —dijo Desorejado Jaks—. Los hombres de los puentes no pueden salir sin vigilancia. Saben que huiríamos.

—Moriríamos —dijo Moash, el rostro sombrío—. Estamos a kilómetros y kilómetros de la civilización. Aquí no hay más que conchagrandes, y ningún refugio contra las altas tormentas.

—Lo sé —contestó Kaladin—. Pero es eso o las flechas parshendi.

Los hombres guardaron silencio.

—Van a enviarnos aquí abajo todos los días a robar a los cadáveres. Y no nos mandan con vigilantes, ya que temen a los abismoides. La mayor parte del trabajo de los hombres de los puentes es para tenernos distraídos de nuestro destino, así que solo tenemos que llevar una pequeña cantidad de material recuperado.

—¿Crees que deberíamos escoger uno de estos abismos y escapar por ahí? —preguntó Cikatriz—. Han intentado hacer un mapa de todos ellos. Nunca llegaron al otro lado de las Llanuras: los mataron los abismoides o las riadas de las altas tormentas.

Kaladin negó con la cabeza.

—No es eso lo que vamos a hacer.

Le dio una patada a algo que había en el suelo: una lanza caída. La patada la envió por los aires hacia Moash, quien la cogió, sorprendido.

—Puedo entrenaros para usarlas —dijo Kaladin en voz baja.

Los hombres se quedaron callados, mirando el arma.

—¿De qué serviría? —preguntó Roca, cogiendo la lanza de manos de Moash y examinándola—. No podemos luchar contra un ejército.

—No —dijo Kaladin—. Pero si os entreno, podemos atacar un puesto de guardia durante la noche. Puede que consigamos escapar.

Kaladin los miró a los ojos uno a uno.

—Cuando estemos libres, enviarán soldados a por nosotros. Sadeas no dejará que los hombres de los puentes maten a sus soldados y se salgan con la suya. Tendremos que esperar que nos subestime y envíe al principio un grupo pequeño. Si los matamos, puede que consigamos llegar lo bastante lejos para escondernos. Será peligroso. Sadeas se esforzará por capturarnos, y probablemente acabemos perseguidos por una compañía entera. ¡Tormentas!, es posible que ni siquiera logremos escapar del campamento. Pero es algo.

Guardó silencio, esperando mientras los hombres intercambiaban miradas de indecisión.

—Lo haré —dijo Teft, irguiéndose.

—Yo también —dijo Moash, dando un paso adelante. Parecía ansioso.

—Y yo —repuso Sigzil—. Prefiero escupirles en sus caras de alezi y morir por sus espadas que seguir siendo esclavo.

—¡Ja! —dijo Roca—. Y yo os cocinaré mucha comida para que estéis fuertes mientras matáis.

—¿No lucharás con nosotros? —preguntó Dunny, sorprendido.

—No es digno de mí —dijo Roca, alzando la barbilla.

—Bueno, pues yo lo haré —dijo Dunny—. Cuenta conmigo, capitán.

Otros empezaron a sumarse, todos de pie, y algunos recogieron las lanzas del suelo mojado. No gritaban de excitación ni aullaban como otras tropas que Kaladin había liderado. Les asustaba la idea de luchar: la mayoría habían sido esclavos comunes u obreros de poca monta. Pero estaban dispuestos.

Kaladin dio un paso adelante y empezó a esbozar un plan.


La historia del hombre
La expulsión
La pérdida de los Salones Tranquilos
Las desolaciones
La guerra contra los Vaciadores
Aharietiam
La Última Desolación, derrota de los Vaciadores
La traición
La caída de los Caballeros Radiantes
La hierocracia
El fracaso del vorinismo



CINCO AÑOS ANTES

Kaladin odiaba el Llanto. Marcaba el final del año viejo y el principio de uno nuevo, cuatro semanas seguidas de lluvia en una incesante cascada de desagradables gotas. Nunca furiosa, nunca apasionada como una alta tormenta. Lenta, firme. Como la sangre de un año moribundo que diera sus últimos pasos temblorosos hacia el túmulo. Mientras otras estaciones iban y venían de manera impredecible, el Llanto nunca dejaba de regresar puntual, en el mismo momento cada año. Desgraciadamente.

Kaladin estaba tendido en el tejado inclinado de su casa en Piedralar. Tenía al lado un pequeño cubo de brea, cubierto por una tapa de madera. Estaba casi vacío ahora que había terminado de reparar el tejado. El Llanto era una época terrible para esa tarea, pero era también cuando la insistencia de una gotera podía ser más irritante. Volverían a repararla cuando terminara, pero de momento no tendrían que sufrir el continuo goteo sobre la mesa del comedor durante las próximas semanas.

Estaba tumbado de espaldas, mirando el cielo. Tal vez debería de haber bajado y entrado en la casa, pero ya estaba empapado de todas formas. Así que se quedó. Mirando, pensando.

Otro ejército pasaba por el pueblo. Uno de los muchos de estos días: venían a menudo durante el Llanto para avituallarse y dirigirse a nuevos campos de batalla. Roshone había hecho un raro acto de presencia para darle la bienvenida al caudillo: el alto mariscal

Amaram en persona, al parecer un primo lejano, además de jefe de la defensa alezi en la zona. Era uno de los soldados más reputados que todavía estaban en Alezkar: la mayoría había partido hacia las Llanuras Quebradas.

Las pequeñas gotas de lluvia cubrían a Kaladin. A mucha gente les gustaban estas semanas: no había altas tormentas, excepto una justo en el centro. Para la gente del pueblo, era un momento apetecible para atender las granjas y relajarse. Pero Kaladin anhelaba el sol y el viento. Echaba de menos las altas tormentas, con su furia y su vitalidad. Estos días eran deprimentes, y le resultaba difícil hacer nada productivo. Como si la falta de tormentas lo dejara sin fuerzas.

Pocas personas habían visto a Roshone desde aquella aciaga cacería de espinasblancas y la muerte de su hijo. Se ocultaba en su mansión, cada vez más recluido. La gente de Piedralar se comportaba con cuidado, como si esperara que explotase de un momento a otro y volviera su ira hacia ellos. Eso a Kaladin no le preocupaba. Una tormenta, fuera por una persona o por el cielo, era algo a lo que se podía reaccionar. Pero este ahogo, este lento y aburrido vivir… Era mucho, mucho peor.

—¿Kaladin? —llamó la voz de Tien—. ¿Sigues ahí arriba?

—Sí —respondió él, sin moverse. Las nubes eran tan aburridas durante el Llanto. ¿Podía haber algo con menos vida que ese miserable gris?

Tien rodeó el edificio, donde el tejado caía hasta tocar el suelo. Tenía las manos en los bolsillos de su largo impermeable y un sombrero de ala ancha en la cabeza. Ambos parecían demasiado grandes para él, pero la ropa siempre parecía demasiado grande para Tien. Incluso cuando le quedaba bien.

El hermano de Kaladin subió al tejado y se acercó a él, luego se tumbó y miró al cielo. Otra persona podría haber intentado animar a Kaladin, y habría fracasado. Pero de algún modo Tien sabía qué era lo que había que hacer. Por el momento, estar callado.

—Te gusta la lluvia, ¿no? —le preguntó por fin Kaladin.

—Sí —respondió Tien. Naturalmente, a Tien le gustaba casi todo —. Aunque es difícil mirar al cielo con un tiempo como este. No dejo de parpadear.

Por algún motivo, eso hizo sonreír a Kaladin.

—Te he hecho una cosa en el taller —dijo Tien.

Los padres de Kaladin estaban preocupados: Ral, el carpintero, había aceptado a Tien, aunque en realidad no parecía necesitar otro aprendiz, y estaba insatisfecho con el trabajo del muchacho. Se quejaba de que Tien se distraía con facilidad.

Kaladin se sentó mientras su hermano se sacaba algo del bolsillo. Era un caballito de madera, intrincadamente tallado.

—No te preocupes por el agua —dijo, tendiéndolo—. Ya lo he barnizado.

—Tien —dijo Kaladin, sorprendido—. Es precioso.

Los detalles eran sorprendentes: los ojos, los cascos, las líneas de la cola. Era igualito que los majestuosos animales que tiraban del carruaje de Roshone.

—¿Se lo has enseñado a Ral?

—Dijo que era bueno —respondió Tien, sonriendo bajo su enorme sombrero—. Pero me dijo que debería haber estado haciendo una silla. Me metí en un lío.

—¿Pero cómo…? ¡Quiero decir, Tien, tiene que darse cuenta de que esto es sorprendente!

—Oh, no sé —dijo Tien, sin dejar de sonreír—. Es solo un caballo. Al maestro Ral le gustan las cosas que pueden utilizarse. Cosas para sentarse, o donde poner la ropa. Pero creo que podré hacer una buena silla mañana, algo que lo satisfaga.

Kaladin miró a su hermano, con su rostro inocente y su naturaleza afable. No había perdido ni una cosa ni la otra, aunque ya era un adolescente. «¿Cómo es que puedes sonreír siempre? —pensó—, hace un día terrible, tu maestro te trata como si fueras crem, y tu familia está siendo estrangulada lentamente por el consistor. Y sin embargo sonríes. ¿Cómo, Tien?»

«¿Y por qué consigues que yo también quiera sonreír?»

—Padre gastó anoche otra de las esferas, Tien —le dijo. Cada vez que su padre se veía obligado a hacerlo, parecía más pálido, menos alto. Las esferas estaban opacas ahora, sin luz. No se podía infundir esferas durante el Llanto. Todas se apagaban, tarde o temprano.

—Hay muchas más —dijo Tien.

—Roshone intenta agotarnos. Poco a poco, nos ahoga.

—No es tan malo como parece, Kaladin —dijo su hermano, tocándole el brazo—. Las cosas nunca son tan malas como parecen. Ya lo verás.

Muchas objeciones se alzaron en su mente, pero la sonrisa de Tien acabó con todas. Allí, en medio de la parte del año más terrible, Kaladin sintió durante un momento como si hubiera visto el sol. Podía jurar que sentía que las cosas se volvían más brillantes a su alrededor, la tormenta se retiraba un poco, el cielo se iluminaba.

Su madre rodeó el edificio. Los miró, divertida por encontrarlos a los dos sentados en el tejado, bajo la lluvia. Subió a la parte inferior. Un grupito de haspers se aferraban allí a la piedra: las pequeñas criaturas de dos conchas proliferaban durante el Llanto. Parecían crecer de la nada, igual que sus primos los diminutos caracoles, dispersos por toda la piedra.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó la madre, sentándose con ellos. Hesina rara vez actuaba como las otras madres de la ciudad. A veces, eso le molestaba a Kal. ¿No debería de haberlos enviado a la casa o algo así, quejándose de que iban a pillar un resfriado? No, tan solo se sentó con ellos, con su impermeable de cuero marrón.

—Kaladin está preocupado porque padre está gastando las esferas —dijo Tien.

—Oh, yo no me preocuparía por eso —replicó ella—. Te llevaremos a Kharbranth. Serás lo bastante mayor para ir dentro de dos meses.

—Deberíais venir conmigo —dijo Kal—. Y padre también.

—¿Y dejar el pueblo? —dijo Tien, como si nunca hubiera contemplado esa posibilidad—. Pero me gusta estar aquí.

Hesina sonrió.

—¿Qué? —dijo Kaladin.

—La mayoría de los jóvenes de tu edad intentan por todos los medios librarse de sus padres.

—No puedo irme y dejaros aquí. Somos familia.

—Está intentando ahogarnos —dijo Kaladin, mirando a Tien. Hablar con su hermano le había hecho sentirse mucho mejor, pero

sus objeciones seguían presentes—. Nadie paga por ser curado, y sé que nadie pagará por tu trabajo. ¿Qué clase de valor recibe padre por esas esferas que gasta? ¿Verduras a diez veces por encima de su precio, grano pasado al doble?

Hesina sonrió.

—Qué observador.

—Padre me enseñó a fijarme en los detalles. Tengo ojos de cirujano.

—Bueno —dijo ella, sus propios ojos chispeando—, ¿se dieron cuenta tus ojos de cirujano de la primera vez que gastamos una de las esferas?

—Claro. Fue el día después del accidente de caza. Padre tuvo que comprar tela nueva para hacer vendas.

—¿Y necesitábamos vendas nuevas?

—Bueno, no. Pero ya sabes cómo es padre. No le gusta cuando los suministros empiezan a reducirse.

—Y por eso gastó una de esas esferas que había atesorado durante meses y meses, enfrentado al consistor por ellas —dijo Hesina.

«Por no mencionar las molestias que se tomó en robarlas en primer lugar —pensó Kaladin—. Pero eso ya lo sabes.» Miró a Tien, que contemplaba de nuevo el cielo. Por lo que Kal sabía, su hermano todavía no había descubierto la verdad.

—Así que tu padre resistió tanto tiempo, solo para ceder al final y gastar una esfera en vendas que no necesitaría en meses —dijo Hesina.

En eso tenía razón. ¿Por qué había decidido su padre de pronto…?

—Está haciendo creer a Roshone que está ganando —dijo Kaladin con sorpresa, mirándola.

Hesina sonrió taimadamente.

—Roshone habría encontrado un modo de desquitarse tarde o temprano. No habría sido fácil. Tu padre es un ciudadano importante, y tiene derecho a juicio. Salvó la vida de Roshone, y muchos podrían testificar sobre la gravedad de las heridas de Rillir. Pero Roshone habría encontrado un modo. A menos que considerara que nos ha doblegado.

Kaladin se volvió hacia la mansión. Aunque quedaba oculta por la lluvia, podía distinguir las tiendas del ejército acampado en la explanada de debajo. ¿Cómo sería vivir como soldado, a menudo expuesto a las lluvias y tormentas, a los vientos y las tempestades? En otro tiempo Kaladin se habría sentido intrigado, pero la vida de un lancero no le atraía ya. Su mente estaba llena de diagramas de músculos y listas memorizadas de síntomas y enfermedades.

—Seguiremos gastando las esferas —dijo Hesina—. Una cada pocas semanas. En parte para vivir, aunque mi familia se ha ofrecido a ayudarnos. Más bien para que Roshone siga pensando que nos ha doblegado. Y luego te enviaremos a Kharbranth. Inesperadamente. Te habrás ido, y las esferas estarán a salvo en manos de los fervorosos para que las usen como estipendio durante tus años de estudio.

Kaladin parpadeó al comprender. No estaban perdiendo. Estaban ganando.

—Piénsalo, Kaladin —dijo Tien—. ¡Vivirás en una de las ciudades más grandes del mundo! Será tan emocionante. Serás un hombre culto, como padre. Tendrás escribanas que te lean cualquier libro que quieras.

Kaladin se apartó el pelo mojado de la frente. Tien hacía que pareciera mucho más grandioso de lo que pensaba. Naturalmente, Tien era capaz de hacer que un charco lleno de crem pareciera algo maravilloso.

—Es verdad —dijo su madre, todavía mirando al cielo—. Podrías aprender matemáticas, historia, política, táctica, las ciencias…

—¿No son cosas que aprenden las mujeres? —dijo Kaladin, frunciendo el ceño.

—Las mujeres ojos claros las estudian. Pero también hay eruditos masculinos. Aunque no tantos.

—Todo esto para hacerme cirujano.

—No tienes por qué ser cirujano. Tu vida es tuya, hijo. Si sigues el camino del cirujano, estaremos orgullosos. Pero no sientas que tienes que vivir la vida de tu padre por él. —Miró a Kaladin, parpadeando para apartar el agua de lluvia de sus ojos.

—¿Qué otra cosa podría hacer? —dijo Kaladin, estupefacto.

—Hay muchas profesiones abiertas a los hombres con buena mente y formación. Si quisieras estudiar todas las artes, podrías convertirte en fervoroso. O tal vez en guardatormentas.

Guardatormentas. Extendió por reflejo la mano hacia la plegaria cosida a su manga izquierda, esperando el día en que necesitara quemarla para pedir ayuda.

—Pretenden predecir el futuro.

—No es lo mismo. Ya lo verás. Hay muchas cosas que explorar, muchos lugares a los que podrías ir. El mundo está cambiando. La carta más reciente de mi familia describe fabriales sorprendentes, como plumas que pueden escribir a través de grandes distancias. Puede que no pase mucho tiempo antes de que los hombres aprendan a leer.

—Nunca he querido aprender algo así —dijo Kaladin, sorprendido, mirando a Tien. ¿Era su propia madre la que decía estas cosas? Pero claro, ella siempre había sido así. Libre, de mente y de lengua.

Sin embargo, convertirse en guardatormentas… Estudiaban las altas tormentas, las predecían, sí, pero aprendían de ellas y sus misterios. Estudiaban los mismísimos vientos.

—No. Quiero ser cirujano. Como mi padre.

Hesina sonrió.

—Si esa es tu elección, entonces, como te decía, estaremos orgullosos de ti. Pero tu padre y yo solo queremos que sepas que puedes elegir.

Permanecieron allí sentados un rato, dejando que la lluvia los empapara. Kaladin siguió escrutando aquellas nubes grises, preguntándose qué era lo que Tien encontraba tan interesante en ellas. Poco después oyeron salpicar abajo, y la cara de Lirin apareció en el lado de la casa.

—¿Pero qué…? ¿Los tres? ¿Qué estáis haciendo ahí arriba?

—Celebrando —dijo la madre tranquilamente.

—¿Celebrando qué?

—La irregularidad, querido.

Lirin suspiró.

—Querida, puedes ser muy extraña en ocasiones, ¿sabes?

—¿Y no acabo de decirlo?

—Vale. Bueno, bajad. Hay una reunión en la plaza.

Hesina frunció el ceño. Se levantó y bajó la pendiente del tejado. Kaladin miró a Tien, y los dos se incorporaron. Kaladin se metió en el bolsillo el caballo de madera y bajó, cuidando de no resbalar en la roca resbaladiza, los zapatos chirriando. El agua fría le corría por las mejillas cuando llegó al suelo.

Siguieron a Lirin hacia la plaza. El padre de Kaladin parecía preocupado, y caminaba con ese aire deprimido que era habitual en él últimamente. Tal vez era fingido para engañar a Roshone, pero Kaladin sospechaba que había algo de verdad en ello. A su padre no le gustaba tener que renunciar a esas esferas, aunque fuera parte de un truco. Se parecía demasiado a ceder.

Una multitud se congregaba en la plaza del pueblo, todos con paraguas o con capotes.

—¿Qué ocurre, Lirin? —preguntó Hesina, ansiosa.

—Roshone nos va a hablar. Le pidió a Waber que convocara a todo el mundo. Una reunión de todo el pueblo.

—¿Bajo la lluvia? —preguntó Kaladin—. ¿No podría haber esperado al Día de Luz?

Lirin no respondió. La familia siguió caminando en silencio, e incluso Tien se puso serio. Pasaron ante algunos lluviaspren que había en los charcos, brillando con una leve luz azul, con forma de velas derretidas sin llamas. Rara vez aparecían, excepto durante el Llanto. Se decía que eran las almas de las gotas de lluvia, brillantes varas azules que parecían fundirse pero nunca se hacían más pequeñas, con un único ojo en la parte superior.

La gente del pueblo se había reunido ya casi toda y chismorreaba bajo la lluvia cuando la familia de Kaladin llegó. Jost y Naget estaban allí, aunque no lo saludaron: habían pasado años desde que dejaron de ser amigos. Kaladin se estremeció. Sus padres decían que este pueblo era su hogar, y Lirin se negaba a marcharse, pero cada día que pasaba Kaladin se sentía más a disgusto.

«Me marcharé pronto», pensó, ansioso por irse de Piedralar y dejar atrás a esa gente mezquina. Por ir a un lugar donde los ojos claros fueran hombres y mujeres de honor y belleza, dignos del alto puesto que les había concedido el Todopoderoso.

El carruaje de Roshone se aproximó. Había perdido gran parte

de su lustre durante sus años en Piedralar, la pintura dorada descascarillada, la madera oscura picoteada por la grava de los caminos. Mientras el carruaje se detenía en la plaza, Waber y sus chicos finalmente levantaron un pequeño palio. La lluvia había arreciado y las gotas golpeaban la tela con un tamborileo hueco.

El aire olía distinto con toda esta gente alrededor. En el tejado era fresco y limpio. Ahora parecía sofocante y húmedo. La puerta del carruaje se abrió. Roshone había ganado más peso, y su traje de ojos claros había sido adaptado para su voluminosa cintura. Usaba una pata de palo en el muñón derecho, oculta por la pernera del pantalón, y su paso era envarado mientras bajaba del carruaje y se colocaba bajo el palio, gruñendo.

Apenas parecía la misma persona con aquella barba y el pelo mojado y grasiento. Pero sus ojos eran los mismos. Más pequeños y brillantes ahora, en contraste con las mejillas más rechonchas, pero todavía maliciosos mientras estudiaba a la multitud. Como si lo hubieran golpeado con una piedra mientras no miraba y ahora estuviera buscando al culpable.

¿Iba Laral en el carruaje? Alguien más se movió en el interior, y bajó, pero resultó ser un hombre delgado con el rostro afeitado y ojos pardos claros. De aspecto digno, llevaba un uniforme militar verde, bien planchado, y una espada en la cadera. ¿El alto mariscal Amaram? Desde luego parecía impresionante, con aquella fuerte figura y el rostro cuadrado. La diferencia entre Roshone y él era sorprendente.

Finalmente, Laral apareció, llevando un vestido verde claro a la antigua moda, con una amplia falda y un corpiño ceñido. Miró la lluvia y esperó a que un lacayo viniera corriendo con un paraguas. Kaladin sintió que su corazón se aceleraba. No habían hablado desde el día que ella lo humilló en la mansión de Roshone. Y sin embargo, estaba preciosa. A medida que iba pasando su adolescencia, se había vuelto más y más hermosa. Algunos podían pensar que el pelo oscuro veteado de rubio extranjero era poco atractivo porque indicaba sangre mestiza, pero para Kaladin era seductor.

Junto a Kaladin, su padre se envaró y maldijo en voz baja.

—¿Qué pasa? —preguntó Tien, esforzándose por ver algo.

—Laral —dijo la madre—. Lleva una plegaria de prometida en la manga.

Kaladin se sobresaltó al ver la tela blanca con su glifopar azul cosido en la manga del vestido. Lo quemaría cuando el compromiso se anunciara formalmente.

Pero…, ¿con quién? ¡Rillir estaba muerto!

—Había oído rumores —dijo el padre de Kaladin—. Parece que Roshone no estaba dispuesto a perder las conexiones que ella ofrece.

—¿El? —preguntó Kaladin, anonadado. ¿El propio Roshone iba a casarse con ella? La gente de la multitud había empezado a hacer comentarios al advertir la plegaria.

—Los ojos claros se casan continuamente con mujeres mucho más jóvenes —dijo la madre—. Para ellos, los matrimonios sirven a menudo para asegurar lealtad de una casa.

—¿El? —preguntó Kaladin de nuevo, incrédulo, dando un paso adelante—. Tenemos que impedirlo. Tenemos que…

—Kaladin —dijo su padre bruscamente.

—Pero…

—Es asunto suyo, no nuestro.

Kaladin guardó silencio, sintiendo las gotas de lluvia más grandes golpear su cabeza y las pequeñas pasar de largo como si fueran bruma. El agua inundaba la plaza y se acumulaba en las hondonadas. Cerca de Kaladin brotó un lluviaspren, formándose como surgido del agua. Miró hacia arriba, sin parpadear.

Roshone se apoyó en su bastón y le asintió a Natir, su mayordomo. El hombre iba acompañado por su esposa, una mujer de recio aspecto llamada Alaxia. Natir dio una palmada para acallar a la multitud, y pronto el único sonido fue el de la suave lluvia.

—El brillante señor Amaram —dijo Roshone, asintiendo al ojos claros de uniforme— es alto mariscal delegado de nuestro principado. Es el encargado de defender nuestras fronteras en ausencia del rey y el brillante señor Sadeas.

Kaladin asintió. Todo el mundo conocía a Amaram. Era el militar de más rango de los que habían pasado por Piedralar.

Amaram dio un paso al frente para tomar la palabra.

—Tenéis un bonito pueblo —les dijo a los ojos oscuros allí

congregados. Su voz era fuerte y grave—. Gracias por alojarme.

Kaladin frunció el ceño y miró a la gente del pueblo. Parecían tan confusos como él por el tratamiento.

—Normalmente —dijo Amaram—, dejaría esta tarea para uno de mis oficiales subordinados. Pero ya que estaba visitando a mi primo, decidí venir en persona. No es una tarea tan onerosa como para tener que delegarla.

—Discúlpame, brillante señor —dijo Callins, uno de los granjeros—. ¿Pero de qué deber se trata?

—Vaya, el de reclutamiento, buen granjero —dijo Amaram, asintiéndole a Alaxia, que avanzó con una hoja de papel clavada a un tablero—. El rey se llevó a la mayoría de nuestros ejércitos en su misión para cumplir el Pacto de la Venganza. Mis fuerzas necesitan hombres, y se hace necesario reclutar jóvenes en cada pueblo y aldea por los que pasamos. Lo hago con voluntarios siempre que es posible.

La gente del pueblo guardó silencio. Los chicos siempre hablaban de escaparse para unirse al ejército, pero pocos lo hacían de verdad. El deber de Piedralar era proporcionar alimentos.

—Mi lucha no es tan gloriosa como la guerra por la venganza —dijo Amaram—, pero es nuestro sagrado deber defender nuestras tierras. Este servicio será por cuatro años, y al terminarlo recibiréis un bono de guerra igual a una décima parte de vuestro sueldo total. Entonces podréis regresar o reengancharos. Distinguíos y alzaos hasta un rango elevado, y podría significar un aumento de un *nahn* para vosotros y vuestros hijos. ¿Hay algún voluntario?

—Yo iré —dijo Jost, dando un paso adelante.

—¡Yo también! —añadió Abry.

—¡Jost! —dijo la madre del muchacho, agarrándolo del brazo—. Las cosechas…

—Vuestras cosechas son importantes, mujer oscura —dijo Amaram—, pero no tanto como la defensa de nuestro pueblo. El rey envía riquezas de las Llanuras saqueadas, y las gemas que ha capturado pueden proporcionar alimento para Alezkar en casos de emergencia. Sois bienvenidos, vosotros dos. ¿Alguno más?

Tres muchachos más se ofrecieron, y un hombre mayor: Harl, que había perdido a su esposa por la viruela. Era el hombre a cuya

hija no había podido salvar Kaladin después de su caída.

—Excelente —dijo Amaram—. ¿Alguno más?

La gente se quedó callada. Extrañamente. Muchos de los chicos a los que Kaladin había oído hablar de unirse al ejército apartaron la mirada. Kaladin sintió que su corazón se aceleraba, y la pierna le hormigueaba, como instándole a dar un paso al frente.

No. Iba a ser cirujano. Lirin lo miró, y sus ojos marrón oscuro mostraron atisbos de profunda preocupación. Pero como Kaladin no hizo ningún ademán de presentarse, se relajó.

—Muy bien —dijo Amaram, asintiéndole a Roshone—. Necesitaremos tu lista después de todo.

—¿Lista? —preguntó Lirin en voz alta.

Amaram lo miró.

—La necesidad de nuestro ejército es grande, nacido oscuro. Aceptaré primero a los voluntarios, pero el ejército debe reforzarse. Como consistor, mi primo tiene el deber y el honor de decidir a qué hombres enviar.

—Lee los primeros cuatro nombres, Alaxia —dijo Roshone—, y el último.

Alaxia miró su lista y habló con voz seca.

—Ágil, hijo de Marf. Caull, hijo de Taleb.

Kaladin miró a Lirin con aprensión.

—No puede llevarte —dijo su padre—. Pertenecemos al segundo *nahn* y proporcionamos una función esencial al pueblo. Yo, como cirujano, tú como mi único aprendiz. Por ley, estamos exentos del reclutamiento. Roshone lo sabe.

—Habrin, hijo de Arafik —continuó Alaxia—. Joma, hijo de Loats —hizo una pausa, y entonces alzó la cabeza—. Tien, hijo de Lirin.

El silencio se extendió por la plaza. Incluso la lluvia pareció vacilar durante un instante. Entonces, todos los ojos se volvieron hacia Tien.

El muchacho parecía aturdido. Lirin era inmune como cirujano del pueblo, y Kaladin como aprendiz suyo.

Pero Tien no. Era tercer aprendiz de carpintero, no era vital, no era inmune.

Hesina se agarró a Tien con fuerza.

—¡No!

Lirin dio un paso adelante, a la defensiva. Kaladin se quedó anonadado, mirando a Roshone. Al sonriente y satisfecho Roshone.

«Nosotros le quitamos a su hijo —comprendió, mirando aquellos ojillos brillantes—. Esta es su venganza.»

—Yo… —dijo Tien—. ¿El ejército?

Por una vez, pareció perder su confianza, su optimismo. Sus ojos se abrieron de par en par, y se puso muy pálido. Se desmayaba al ver la sangre. Odiaba luchar. Era todavía menudo y delgado, pese a su edad.

—Es demasiado joven —declaró Lirin.

Los vecinos se apartaron, dejando a la familia sola bajo la lluvia. Amaram frunció el ceño.

—¡En las ciudades, los jóvenes de ocho y nueve años son enviados a la batalla!

—¡Hijos de ojos claros! —replicó Lirin—. Para ser entrenados como oficiales. ¡No los envían a la batalla!

Amaram frunció aún más profundamente el ceño. Dio un paso y se acercó a la familia bajo la lluvia.

—¿Qué edad tienes, hijo? —le preguntó a Tien.

—Tiene trece años —dijo Lirin.

Amaram lo miró.

—El cirujano. He oído hablar de ti. —Suspiró, mirando a Roshone—. No he tenido tiempo de mediar en la política de tu pueblo, primo. ¿Hay otro chico que pueda valer?

—¡Es mi decisión! —insistió Roshone—. Me lo permiten los dictados de la ley. Envío a aquellos de quienes pueda prescindir el pueblo…, bien, ese chico es el primero del que podemos prescindir.

Lirin dio un paso al frente, los ojos llenos de furia. El alto mariscal Amaram lo cogió por el brazo.

—No hagas algo que puedas lamentar, nacido oscuro. Roshone ha actuado según la ley.

—Te amparaste en la ley, burlándote de mí, cirujano —le dijo Roshone—. Bueno, ahora la ley se vuelve contra ti. ¡Quédate con esas esferas! ¡La expresión de tu cara en este momento vale el precio de cada una de ellas!

—Yo… —repitió Tien. Kaladin nunca había visto a su hermano

tan aterrado.

Se sintió impotente. Los ojos de toda la multitud estaban fijos en Lirin, allí de pie con el brazo sujeto por el general ojos claros, mirando fijamente a Roshone.

—Haré que el chico sea mensajero durante un año o dos —prometió Amaram—. No participará en el combate. Es lo mejor que puedo hacer. Todo el mundo es necesario hoy en día.

Lirin, abatido, bajó la cabeza. Roshone se echó a reír y le señaló el carruaje a Laral. La muchacha no miró a Kaladin mientras volvía a subir al vehículo. Roshone la siguió, y aunque todavía se estaba riendo, su expresión se había vuelto dura. Sin vida. Como las nubes grises del cielo. Había cumplido su venganza, pero su hijo seguía muerto y él continuaba apartado en Piedralar.

Amaram miró a la multitud.

—Los reclutas pueden traer dos mudas de ropa y hasta diez kilos de otras pertenencias. Se pesarán. Presentaos ante el ejército dentro de dos horas y preguntad por el sargento Hav. —Dio media vuelta y siguió a Roshone.

Tien se le quedó mirando, pálido como un edificio encalado. Kaladin pudo ver su terror por tener que abandonar a la familia. Su hermano, el que siempre le hacía sonreír cuando llovía. Era físicamente doloroso verlo tan asustado. No estaba bien. Tien debería sonreír. Así era él.

Palpó el caballo de madera en su bolsillo. Tien siempre le había proporcionado alivio en el dolor. De repente, se le ocurrió que había algo que podía hacer a cambio. «Es hora de dejar de esconderme en la habitación cuando otro alza el globo de luz —pensó—. Es hora de ser un hombre.»

—¡Brillante señor Amaram! —gritó.

El general vaciló, el pie en el escalón del carruaje. Miró por encima del hombro.

—Quiero ocupar el lugar de Tien —dijo Kaladin.

—¡No está permitido! —dijo Roshone desde dentro del vehículo—. La ley dice que yo puedo elegir.

Amaram asintió, sombrío.

—¿Y si me llevas a mí también? —dijo Kaladin—. ¿Puedo ofrecerme voluntario?

De esa forma, al menos, Tien no estaría solo.

—¡Kaladin! —dijo Hesina, agarrándolo por un brazo.

—Está permitido —dijo Amaram—. No devolveré a ningún soldado, hijo. Si quieres enrolarte, eres bienvenido.

—Kaladin, no —dijo Lirin—. Los dos, no. No…

Kaladin miró a Tien, que tenía la cara húmeda bajo su sombrero de ala ancha. Negó con la cabeza, pero sus ojos parecían esperanzados.

—Me ofrezco voluntario —dijo Kaladin, volviéndose hacia Amaram—. Iré.

—Entonces tienes dos horas —dijo Amaram, subiendo al carruaje—. Las mismas condiciones de equipaje que los demás.

La puerta del carruaje se cerró, pero no antes de que Kaladin pudiera ver un atisbo de un Roshone aún más satisfecho. Entre sacudidas, el vehículo se puso en marcha, salpicando una cortina de agua del techo.

—¿Por qué? —preguntó Lirin, volviéndose hacia Kaladin, la voz entrecortada—. ¿Por qué me has hecho esto? ¡Después de todos nuestros planes!

Kaladin se volvió hacia Tien. El muchacho lo cogió del brazo.

—Gracias —susurró—. Gracias, Kaladin. Gracias.

—Os he perdido a ambos —dijo Lirin roncamente—. ¡Tormentas! A ambos.

Estaba llorando. La madre de Kaladin lloraba también. Agarró de nuevo a Tien.

—¡Padre! —dijo Kaladin, volviéndose, sorprendido ante lo confiado que se sentía.

Lirin se detuvo, de pie bajo la lluvia, un pie en un charco donde los lluviaspren se arremolinaban. Se alejaron de él como babosas verticales.

—Dentro de cuatro años, lo traeré sano y salvo a casa —dijo Kaladin—. Prometo por las tormentas y el décimo nombre del mismísimo Todopoderoso. Lo traeré de vuelta.

«Prometo…»



«Yelig-nar, llamado Viento Asolador, era uno que no sabía hablar como un hombre, aunque a menudo su voz iba acompañada por los gemidos de aquellos a los que consumía.»

Los Inhechos eran obviamente invenciones del folklore. Curiosamente, la mayoría no eran considerados individuos, sino personificaciones de tipos de destrucción. Esta cita es de Traxil, versículo 33, considerada una fuente primaria, aunque dudo de su autenticidad.

Eran un grupo extrañamente acogedor, estos parshmenios salvajes —leyó Shallan. Era de nuevo el relato del rey Gavilar, registrado un año antes de su asesinato—. Han pasado ya casi cinco años desde nuestro primer encuentro. Dalinar continúa presionándome para que regrese a nuestro hogar, insistiendo en que la expedición dura ya demasiado.

Los parshmenios prometen que me guiarán para cazar a una bestia de gran concha a la que llaman a *nulo mas vara*, que mis eruditos dicen que se traduce más o menos como «monstruo de los abismos». Si sus descripciones son adecuadas, estas criaturas tienen grandes gemas corazón, y una de

sus cabezas sería un trofeo realmente impresionante. También hablan de sus terribles dioses, y pensamos que deben de referirse a varios conchagrandes de los abismos particularmente voluminosos.

Nos sorprendió descubrir que estos parshmenios conocen la religión. La prueba sorprendente de una sociedad parshmenia completa (con civilización, cultura y un lenguaje único) es sorprendente. Mis guardatormentas han empezado a llamar a esta gente «los parshendi». Está claro que este grupo es muy distinto de nuestros sirvientes parshmenios comunes, y puede que ni siquiera sean la misma raza, a pesar de las pautas de su piel. Tal vez sean primos lejanos, tan distintos de los parshmenios ordinarios como los sabuesos-hacha alezi lo son de la raza de Selay.

Los parshendi han visto a nuestros sirvientes, y se sienten confundidos. «¿Dónde está su música?», me pregunta Klade a menudo. No sé a qué se refiere. Pero nuestros sirvientes no reaccionan ante los parshendi, ni muestran ningún interés en emularlos. Esto resulta tranquilizador.

La cuestión sobre la música tiene que ver con los cánticos y tarareos que suelen hacer los parshendi a menudo. Tienen una increíble habilidad para hacer música juntos. Juro que he dejado a un parshendi cantando solo, y luego pasar junto a otro que estaba lejos y no podía oír al primero y sin embargo cantaba la misma canción…, casi al compás en tempo, tono y letra.

Su instrumento favorito es el tambor. Son burdos, con manos pintadas en los lados. Esto coincide con sus sencillos edificios, que construyen con crem y piedra. Los construyen en formaciones rocosas como cráteres al borde de las Llanuras Quebradas. Le pregunto a Klade si les preocupan

> las altas tormentas, pero él se ríe. «¿Por qué preocuparse? Si los edificios salen volando, podemos construirlos de nuevo, ¿no?»

Al otro lado del reservado, el libro de Jasnah crujió cuando pasó una página. Shallan apartó su propio volumen, y luego rebuscó entre los que tenía sobre la mesa. Terminada por el momento su formación filosófica, había regresado a sus estudios sobre el asesinato del rey Gavilán.

Sacó un pequeño volumen del fondo del montón: un registro dictado por el guardatormentas Matain, uno de los eruditos que había acompañado al rey. Shallan lo hojeó en busca de un párrafo concreto.

Era una descripción de la primera partida de caza parshendi que habían encontrado.

> Sucedió después de que acampáramos junto a un profundo río en una zona boscosa. Era un lugar ideal para un campamento duradero, ya que los densos árboles de maderazorca nos protegerían contra los vientos de las altas tormentas, y la alta ribera del río eliminaba el riesgo de riadas. Su majestad sabiamente siguió mi consejo, y envió grupos de exploradores río arriba y río abajo.
>
> La partida del alto príncipe Dalinar fue la primera en encontrar a los extraños e indómitos parshmenios. Cuando regresó al campamento con su historia, yo (como muchos otros) me negué a creer lo que decía. Sin duda se habría encontrado con los sirvientes parshmenios de otra expedición como la nuestra.
>
> Cuando visitaron nuestro campamento al día siguiente, su realidad ya no pudo ser negada. Eran diez: parshmenios, en efecto, pero más grandes que los familiares. Algunos tenían pieles moteadas de negro y rojo, y otros de blanco y rojo, como es más común en Alezkar. Llevaban armas magníficas, el

brillante acero marcado con decoraciones complejas, pero vestían ropas sencillas de tela narbin tejida.

Al poco tiempo su majestad se sintió fascinado por estos extraños parshmenios, e insistió en que empezara a estudiar su lenguaje y su sociedad. Admito que mi intención original fue descubrirlos como algún tipo de estafa. Sin embargo, cuanto más aprendíamos, más llegué a comprender lo equivocada que había sido mi valoración inicial.

Shallan le dio un golpecito a Ja página, pensando. Entonces sacó un grueso volumen titulado *El rey Gavilar Kholin, una biografía*, publicado por la viuda de Gavilar, Navani, dos años antes. Shallan pasó las páginas, buscando un párrafo concreto.

Mi esposo fue un rey excelente, un líder inspirador, un duelista sin par y un genio de las tácticas de batalla. Pero no tenía un solo dedo erudito en su mano izquierda. Nunca mostró interés en la explicación de las altas tormentas, le aburría oír hablar de ciencia e ignoraba los fabriales a menos que tuvieran un uso militar. Era un hombre que seguía el ideal masculino clásico.

—¿Por qué se sintió tan interesado en ellos? —dijo Shallan en voz alta.

—¿Hmmm? —preguntó Jasnah.

—El rey Gavilar. Tu madre insiste en su biografía en que no era ningún erudito.

—Cierto.

—Pero le interesaban los parshendi —dijo Shallan—. Incluso antes de saber de sus espadas esquirladas. Según el relato de Matain, quería saber sobre su lenguaje, su sociedad y su música. ¿Es solo un adorno, para hacer que pareciera más sabio a los lectores futuros?

—No —respondió Jasnah, bajando su libro—. Cuanto más permanecía en las Montañas Irreclamadas, más le fascinaban los

parshendi.

—Entonces hay una discrepancia. ¿Por qué un hombre sin ningún interés previo en la erudición se obsesionó tanto de pronto?

—Sí —dijo Jasnah—. Yo también me lo he preguntado. Pero a veces la gente cambia. Cuando regresamos, me sentí animada por su interés: pasamos muchas veladas hablando sobre sus descubrimientos. Fue una de las pocas ocasiones en que me sentí realmente conectada con mi padre.

Shallan se mordió los labios.

—Jasnah —preguntó por fin—. ¿Por qué me has asignado el estudio de este hecho? Tú lo viviste, ya sabes todo lo que estoy «descubriendo».

—Creo que una perspectiva nueva puede ser valiosa —Jasnah soltó su libro y miró a Shallan—. No pretendo que encuentres respuestas concretas. En cambio, espero que adviertas detalles que se me hayan pasado por alto. Estás viendo que la personalidad de mi padre cambió durante esos meses, y eso significa que has investigado a fondo. Lo creas o no, pocas han notado la discrepancia que tú acabas de hallar: aunque muchos sí que advirtieron sus cambios posteriores, cuando regresó a Kholinar.

—Incluso así, me siento un poco rara estudiando este tema. Quizá sigo influida por la idea de mis tutoras de que solo los clásicos con el campo de estudio adecuado son para las damas jóvenes.

—Los clásicos tienen su sitio, y te encargaré obras clásicas en su momento, como hice con tus estudios sobre moralidad. Pero pretendo que esos temas se complementen con tus proyectos actuales. Eso debe ser el centro, no discusiones históricas perdidas en el tiempo.

Shallan asintió.

—Pero Jasnah, ¿no eres historiadora? ¿No son esas discusiones históricas perdidas en el tiempo el centro de tu especialidad?

—Soy veristitaliana —dijo Jasnah—. Buscamos respuestas en el pasado, reconstruyendo lo que realmente sucedió. Para muchos, escribir una historia no trata de la verdad, sino de presentar la imagen más halagüeña de sí mismos y sus motivos. Mis hermanas y yo elegimos proyectos que consideramos malinterpretados o mal

representados en su momento, y al estudiarlos esperamos comprender mejor el presente.

«¿Por qué, entonces, pasas tanto tiempo estudiando historias folklóricas y buscando espíritus malignos?» No, Jasnah estaba buscando algo real. Algo tan importante que la apartaba de las Llanuras Quebradas y la lucha por vengar a su padre. Pretendía hacer algo con aquellas historias folklóricas, y la investigación de Shallan, de algún modo, era parte de ello.

Eso la llenaba de entusiasmo. Era lo que había querido desde niña, examinar los pocos libros de su padre, frustrada porque había despedido a otra tutora. Aquí, con Jasnah, Shallan era parte de algo…, y, conociendo a Jasnah, ese algo era grande.

«Y sin embargo —pensó—, el barco de Tozbek llega mañana por la mañana. Me marcharé.»

«Tengo que empezar a quejarme. Tengo que convencer a Jasnah de que todo esto es mucho más duro de lo que esperaba, para que cuando me marche no se sorprenda. Tengo que llorar, venirme abajo, rendirme. Tengo que…»

—¿Qué es Uriziru? —preguntó en cambio.

Para su sorpresa, Jasnah respondió sin vacilación.

—Se dice que Uriziru era el centro de los Reinos Plateados, una ciudad que tenía diez tronos, uno por cada rey. Era la ciudad más majestuosa, la más sorprendente, la más importante de todo el mundo.

—¿De verdad? ¿Por qué no he oído hablar de ella antes?

—Porque fue abandonada incluso antes de que los Radiantes Perdidos se volvieran contra la humanidad. La mayoría de los eruditos consideran que es solo un mito. Los fervorosos se niegan a hablar de ella, debido a su asociación con los Radiantes, y por tanto con el primer fracaso importante del vorinismo. Mucho de lo que sabemos sobre la ciudad viene de fragmentos de obras perdidas citadas por eruditos clásicos. Muchas de esas obras clásicas, por otra parte, solo han sobrevivido a trozos. De hecho, la única obra completa que tenemos de los primeros años es *El camino de los reyes*, y solo gracias a los esfuerzos de los vanrial.

Shallan asintió lentamente.

—Si hubiera ruinas de una ciudad antigua y magnífica ocultas

en alguna parte, Natanatan (inexplorada, salvaje, remota) sería el lugar natural donde encontrarla.

—Uriziru no está en Natanatan —dijo Jasnah, sonriendo—. Pero es una buena deducción, Shallan. Regresa a tus estudios.

—Las armas —dijo Shallan.

Jasnah alzó una ceja.

—Los parshendi llevaban hermosas armas de fino acero grabado. Sin embargo, usaban tambores de piel con burdas huellas de manos en los lados y vivían en chozas de piedra y crem. ¿No te parece incongruente?

—Sí. Sin duda lo describiría como una rareza.

—Entonces…

—Te aseguro, Shallan, que la ciudad no está allí.

—Pero estás interesada en las Llanuras Quebradas. Hablaste de ellas con el brillante señor Dalinar a través de la abarcaña.

—Lo hice.

—¿Qué eran los Vaciadores? —Ahora que Jasnah estaba respondiendo, tal vez lo diría—. ¿Qué eran de verdad?

Jasnah la estudió con expresión curiosa.

—Nadie lo sabe con seguridad. La mayoría de los eruditos los consideran, como a Uriziru, simples mitos, mientras que los teólogos los aceptan como contrapartidas del Todopoderoso: monstruos que habitaban en el corazón de los hombres, igual que una vez el Todopoderoso vivió allí.

—Pero…

—Regresa a tus estudios —dijo Jasnah, alzando su libro—. Tal vez hablemos de esto en otro momento.

Había un aire de decisión final en sus palabras. Shallan se mordió los labios para evitar decir algo brusco solo para devolver a la princesa a la conversación. «Así que no se fía de mí», pensó. Tal vez con buenos motivos.

«Vas a marcharte mañana. Vas a alejarte de todo esto.»

Pero eso significaba que solo le quedaba un día. Un día más en el grandioso Palaneo. Un día más con todos estos libros, todo este poder y conocimiento.

—Necesito un ejemplar de la biografía de Tifandor de tu padre —dijo Shallan, rebuscando entre los libros—. Lo citan una y otra

vez.

—Está en los pisos de abajo —dijo Jasnah, distraída—. Podría buscarte el número de indexación.

—No hace falta —dijo Shallan, poniéndose en pie—. Lo buscaré yo. Necesito practicar.

—Como quieras.

Shallan sonrió. Sabía exactamente dónde estaba el libro, pero la pretensión de buscarlo le daría la oportunidad de estar un tiempo lejos de Jasnah. Y durante ese tiempo vería qué podría descubrir por su cuenta sobre los Vaciadores.

Dos horas más tarde Shallan estaba sentada ante una abarrotada mesa en el fondo de una de las salas de la planta baja del Palaneo, la linterna de esferas iluminando un fajo de volúmenes rápidamente reunidos, ninguno de los cuales había resultado de gran ayuda.

Parecía que todo el mundo sabía algo sobre los Vaciadores. La gente de las zonas rurales hablaba de ellos como de criaturas misteriosas que salían de noche y robaban a los desafortunados y castigaban a los necios. Esos Vaciadores parecían más traviesos que malignos. Pero luego aparecía la historia ocasional de un Vaciador que tomaba la forma de un viajero descarriado, quien, después de recibir todo tipo de atenciones de un granjero, mataba a toda la familia, se bebía su sangre y escribía con ceniza negra símbolos Vaciadores en las paredes.

Sin embargo, la mayoría de la gente de las ciudades veía a los Vaciadores como espíritus que acechaban de noche, una especie de spren maligno que invadía los corazones de los hombres y los obligaba a hacer cosas terribles. Cuando un buen hombre se enfurecía, era obra de un Vaciador.

Los eruditos se reían de todas estas ideas. Los registros históricos, los que Shallan pudo encontrar rápidamente, eran contradictorios. ¿Eran los Vaciadores los habitantes de Condenación? Si así era, ¿no estaría Condenación vacía ahora, ya que los Vaciadores habían conquistado los Salones Tranquilos y arrojado la humanidad a Roshar?

«Tendría que haber sabido que tendría problemas para encontrar algo sólido —pensó Shallan, acomodándose en su silla—. Jasnah

lleva meses investigando esto, tal vez años. ¿Qué esperaba yo encontrar en unas pocas horas?»

Lo único que había logrado la investigación era aumentar su confusión. ¿Qué errantes vientos habían traído a Jasnah a este tema? No tenía ningún sentido. Estudiar a los Vaciadores era como intentar determinar si los muertespren eran reales o no. ¿Qué sentido tenía?

Sacudió la cabeza mientras apilaba sus libros. Los fervorosos los colocarían por ella en su sitio. Necesitaba coger la biografía de Tifandor y llevarla al reservado. Se levantó y se dirigió a la salida, llevando su linterna en la mano libre. No había traído a ningún parshmenio: pretendía cargar solo con un libro. Cuando llegaba a la salida, advirtió otra luz que se acercaba. Justo antes de ella, alguien se plantó en la puerta, sosteniendo en alto una linterna de granate.

—¿Kabsal? —preguntó Shallan, sorprendida al ver su joven rostro, teñido por la luz.

—¿Shallan? —preguntó él, mirando la inscripción de la entrada —. ¿Qué estás haciendo aquí? Jasnah dijo que estabas buscando a Tifandor.

—Yo…, me volví.

Él la miró alzando una ceja.

—¿Mala mentira? —preguntó ella.

—Terrible. Estás dos pisos más arriba y unos mil números de índice desviados. Como no pude encontrarte abajo, le pedí a los porteros de los ascensores que me llevaran adonde te habían llevado, y me trajeron aquí.

—La formación con Jasnah puede ser agotadora. Así que a veces busco un rincón tranquilo donde relajarme y recuperarme. Es el único momento que tengo para estar a solas.

Kabsal asintió, pensativo.

—¿Mejor? —preguntó ella.

—Sigue siendo problemático. ¿Te tomas un descanso de dos horas? Además, recuerdo que me dijiste que estudiar con Jasnah no era tan terrible.

—Ella me creería. Está convencida de que es mucho más exigente de lo que es. O…, bueno, sí que es exigente. Es que me importa tanto como ella cree.

—Muy bien —dijo él—. ¿Pero qué estabas haciendo aquí entonces?

Ella se mordió los labios, lo que hizo que él se echara a reír.

—¿Qué? —preguntó, ruborizándose.

—¡Se te ve tan inocente cuando haces eso!

—Soy inocente.

—¿No me acabas de mentir dos veces seguidas?

—Inocente como opuesta a sofisticada —hizo una mueca—. Si no, habrían sido mentiras más convincentes. Vamos. Pasea conmigo mientras voy a buscar el Tifandor. Si nos damos prisa, no tendré que mentirle a Jasnah.

—Muy bien —respondió él, y juntos recorrieron el perímetro del Palaneo. La pirámide invertida hueca se alzaba hacia el cielo, las cuatro paredes expandiéndose hacia fuera. Los niveles superiores estaban más iluminados y eran más fáciles de distinguir, luces diminutas flotando en las barandillas en manos de fervorosos o eruditos.

—Cincuenta y siete niveles —dijo Shallan—. Ni siquiera puedo imaginar cuánto trabajo os debe de haber llevado crear todo esto.

—No lo creamos nosotros. Estaba aquí. El hueco principal, al menos. Los kharbranthianos abrieron las salas para los libros.

—¿Esta formación es natural?

—Tan natural como lo son ciudades como Kholinar. ¿O has olvidado mi demostración?

—No. ¿Pero por qué no usaste este lugar como uno de tus ejemplos?

—No hemos descubierto todavía la pauta de arena. Pero estamos seguros de que el mismo Todopoderoso creó este lugar, como hizo con las ciudades.

—¿Y los Cantores del Alba? —preguntó Shallan.

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Podrían haberlo creado?

Él se echó a reír mientras llegaban al hueco.

—Los Cantores no hacían ese tipo de cosas. Eran curadores, spren amables enviados por el Todopoderoso para cuidar a los humanos cuando fuimos expulsados de los Salones Tranquilos.

—Parecen lo contrario a los Vaciadores.

—Supongo que podríamos decir que sí.

—Llevadnos dos niveles más abajo —le dijo ella a los porteros parshmenios. Hicieron descender la plataforma, las poleas chirriando y la madera temblando bajo sus pies.

—Si intentas distraerme con esta conversación —advirtió Kabsal, cruzando los brazos y apoyándose contra la barandilla—, no tendrás éxito. Estuve allí sentado con tu señora durante más de una hora, y déjame decirte que no fue una experiencia agradable. Creo que sabe que sigo intentando convertirla.

—Pues claro que lo sabe. Es Jasnah. Lo sabe prácticamente todo.

—Excepto lo que sea que haya venido aquí a estudiar.

—Los Vaciadores —dijo Shallan—. Eso es lo que está estudiando.

El frunció el ceño. Unos momentos más tarde, el ascensor se detuvo en la planta adecuada.

—¿Los Vaciadores? —dijo él, curioso. Ella habría esperado que se mostrara despectivo o divertido.

«No —pensó—, es fervoroso. Cree en ellos.»

—¿Qué eran? —preguntó, saliendo del ascensor. No muy lejos, la enorme caverna terminaba. Había un gran diamante infuso allí, marcando el nadir.

—No nos gusta hablar de eso.

—¿Por qué no? Eres fervoroso. Es parte de tu religión.

—Una parte impopular. La gente prefiere oír hablar sobre los Diez Atributos Divinos o las Diez Debilidades Humanas. Les damos cabida porque también nosotros lo preferimos al pasado remoto.

—Por qué… —instó ella.

—Por nuestro fracaso —dijo él, suspirando—. Shallan, los devotarios, en el fondo, siguen siendo vorinistas clásicos. Eso significa que la Hierocracia y la caída de los Radiantes Perdidos son nuestra vergüenza.

Alzó su linterna azul. Shallan caminó a su lado, curiosa, dejándolo hablar.

—Creemos que los Vaciadores fueron reales, Shallan. Un azote y una plaga. Cien veces cayeron sobre la humanidad. Primero nos expulsaron de los Salones Tranquilos, luego intentaron destruirnos aquí en Roshar. No eran solo spren que se ocultaban bajo las

piedras y salían luego a robarle la colada a alguien. Eran criaturas de terrible poder destructivo, forjados en Condenación, creados del odio.

—¿Por quién? —preguntó Shallan.

—¿Qué?

—¿Quién los creó? Quiero decir que no es probable que en el Todopoderoso haya nada «del odio». ¿Quién los creó entonces?

—Todo tiene su opuesto, Shallan. El Todopoderoso es una fuerza del bien. Para equilibrar su bondad, el cosmero necesitaba a los Vaciadores como su opuesto.

—¿Entonces cuanto más bien hacía el Todopoderoso, más mal creaba como producto residual? ¿Qué sentido tiene hacer el bien si solo crea más mal?

—Veo que Jasnah ha continuado instruyéndote en filosofía.

—Eso no es filosofía. Es simple lógica.

Él suspiró.

—No creo que quieras meterte en la profunda teología de este tema. Basta decir que la pura bondad del Todopoderoso creó a los Vaciadores, pero los hombres pueden elegir el bien sin crear el mal porque como mortales tenemos una naturaleza dual. Por tanto, la única manera de que el bien aumente en el cosmero es que los hombres lo creen: de ese modo, el bien puede llegar a superar al mal.

—Muy bien —dijo ella—. Pero no me trago la explicación sobre los Vaciadores.

—Creía que eras creyente.

—Lo soy. Pero que honre al Todopoderoso no significa que vaya a aceptar cualquier explicación, Kabsal. Puede ser religión, pero tiene que tener sentido.

—¿No me dijiste una vez que no te comprendías a ti mismo?

—Bueno, sí.

—¿Y sin embargo esperas poder comprender las obras exactas del Todopoderoso? —Ella frunció los labios—. Muy bien, vale. Pero sigo queriendo saber más de los Vaciadores.

Él se encogió de hombros mientras la conducía a la sala de archivos, llena de estanterías de libros.

—Te he contado lo básico, Shallan. Los Vaciadores eran una

encarnación del mal. Los combatimos noventa y nueve veces, dirigidos por los Heraldos y sus caballeros escogidos, las diez órdenes que llamamos los Caballeros Radiantes. Finalmente, llegó Aharietiam, la Ultima Desolación. Los Vaciadores fueron devueltos a los Salones Tranquilos. Los Heraldos los siguieron para expulsarlos también del cielo, y las Épocas Heráldicas de Roshar terminaron. La humanidad entró en la Era de la Soledad. La era moderna.

—¿Pero por qué todo lo anterior está tan fragmentado?

—Esto fue hace miles y miles de años, Shallan. Antes de la historia, antes incluso de que los hombres supieran forjar el acero. Tuvieron que darnos las espadas esquirladas, o de lo contrario habríamos tenido que combatir a los Vaciadores con palos.

—Y sin embargo teníamos a los Reinos Plateados y los Caballeros Radiantes.

—Formados y liderados por los Heraldos.

Shallan frunció el ceño, mientras iba contando las filas de estantes. Se detuvo ante el correcto, le tendió su linterna a Kabsal, y luego recorrió el pasillo y sacó la biografía del estante. Kabsal la siguió, manteniendo en alto las linternas.

—Hay algo más en eso —dijo Shallan—. De lo contrario, Jasnah no estaría rebuscando tanto.

—Puedo decirte por qué lo hace.

Shallan lo miró.

—¿No lo ves? —dijo—. Está intentando demostrar que los Vaciadores no eran reales. Quiere demostrar que todo fue una invención de los Radiantes.

Kabsal dio un paso adelante y se volvió hacia ella, la luz de la linterna rebotando en los libros a cada lado, volviendo su cara pálida.

—Quiere demostrar de una vez por todas que los devotarios, y el vorinismo, son un gigantesco fraude. De eso se trata.

—Tal vez —respondió Shallan, pensativa. Parecía encajar. ¿Qué mejor objetivo para una hereje declarada que socavar las necias creencias y desacreditar la religión? Eso explicaba por qué Jasnah quería estudiar algo en apariencia tan inconsecuente como los Vaciadores. Si encontraba la prueba adecuada en los registros

históricos, Jasnah bien podría demostrar que tenía razón.

—¿No hemos sufrido suficientes plagas ya? —dijo Kabsal, la mirada furiosa—. Los fervorosos no somos ninguna amenaza para ella. No somos una amenaza para nadie hoy en día. No tenemos propiedades… Condenación, nosotros mismos somos propiedad. Bailamos a capricho de los consistores y señores de la guerra, temerosos de decirles las verdades de sus pecados por miedo al castigo. Somos espinas-blancas sin colmillos ni garras que debemos sentarnos a los pies de nuestros amos y ofrecerles adulaciones. Sin embargo, esto es real. Todo es real, y nos ignoran y…

Se interrumpió de repente, mirándola, los labios tensos, la mandíbula apretada. Ella nunca había visto tanto fervor, tanta furia en el agradable religioso. No lo creía capaz de eso.

—Lo siento —dijo él, dándose la vuelta y encaminándose de nuevo por el pasillo.

—No importa —dijo Shallan, corriendo tras él, sintiéndose de pronto deprimida. Había esperado encontrar algo grandioso, algo más misterioso, tras la secreta investigación de Jasnah. ¿Podía ser todo solo para demostrar que el vorinismo era falso?

Salieron en silencio al balcón. Y allí ella comprendió que tenía que decírselo.

—Kabsal, me marcho. —Él la miró, sorprendido—. He recibido noticias de mi familia. No puedo hablar de ello, pero no puedo quedarme más tiempo.

—¿Algo sobre tu padre?

—¿Por qué? ¿Has oído algo?

—Solo que se ha mostrado reclusivo últimamente. Más de lo normal.

Ella reprimió un respingo. ¿La noticia había llegado hasta tan lejos?

—Lamento irme tan de repente.

—¿Regresarás?

—No lo sé.

Él la miró a los ojos, estudiándola.

—¿Sabes cuándo te marcharás? —preguntó, con voz súbitamente fría.

—Mañana por la mañana.

—Bueno, ¿entonces me harás al menos el honor de dibujarme? Nunca me has hecho un retrato, aunque has hecho muchos de los otros fervorosos.

Ella tuvo que admitir que era verdad. A pesar del tiempo que pasaban juntos, nunca había hecho un dibujo de Kabsal. Se llevó la mano libre a la boca.

—¡Lo siento!

Él pareció sorprendido.

—No lo decía con amargura, Shallan. No es tan importante…

—Sí que lo es —dijo ella, agarrándole la mano y tirando de él hacia el pasillo—. Dejé mis útiles de dibujar arriba. Vamos.

Lo condujo a toda prisa hacia el ascensor y ordenó a los parshmenios que los subieran. Mientras el ascensor empezaba a elevarse, Kabsal miró su mano en la suya. Ella la dejó caer rápidamente.

—Eres un poco imprecisa —dijo él, envarado.

—Te lo advertí. —Shallan apretó contra su pecho el libro—. Creo que dijiste que me habías calado.

—Retiro esas palabras. —La miró—. ¿Te marchas de verdad?

Ella asintió.

—Lo siento. Kabsal…, no soy lo que crees que soy.

—Creo que eres una mujer hermosa e inteligente.

—Bueno, en la parte de mujer has acertado.

—Tu padre está enfermo, ¿no?

Ella no respondió.

—Puedo comprender por qué quieres regresar para estar con él —dijo Kabsal—. Pero sin duda no abandonarás tu pupilaje para siempre. Volverás con Jasnah.

—Y ella no se quedará en Kharbranth eternamente. Ha estado moviéndose constantemente de un lado a otro durante los dos últimos años.

El miró al frente, contemplando la parte delantera del ascensor mientras subían. Pronto tendrían que pasar a otro para que los llevara al siguiente grupo de plantas.

—No debería haber pasado el tiempo contigo. Los fervorosos veteranos piensan que me he distraído mucho. No les gusta cuando uno de nosotros empieza a pensar más allá del fervor.

—Tu derecho al cortejo está protegido.

—Somos propiedad. Los derechos de un hombre pueden ser protegidos al mismo tiempo que se le disuade para que no los ejerza. He evitado trabajar, he desobedecido a mis superiores… Al cortejarte, también he cortejado los problemas.

—No te pedí nada de eso.

—No me desanimaste.

Ella no tenía respuesta para eso, aparte de sentir una preocupación creciente. Un atisbo de pánico, el deseo de huir y esconderse. Durante sus años de casi soledad en las posesiones de su padre, nunca había soñado con tener una relación como esta. «¿Eso es lo que es? —pensó, llena de pánico—. ¿Una relación?». Sus intenciones al venir a Kharbranth habían parecido muy claras. ¿Cómo había llegado al punto en que se arriesgaba a romperle el corazón a un hombre?

Y, para su rubor, admitió que echaría de menos más la investigación que a Kabsal. ¿Era una persona horrible por sentirse así? Lo apreciaba. Era agradable. Interesante.

Él la miró, y había anhelo en sus ojos. Parecía…, Padre Tormenta, parecía que de verdad estaba enamorado de ella. ¿No debería ella enamorarse también de él? No creía estarlo. Solo estaba confundida.

Cuando llegaron a lo alto del sistema de ascensores del Palaneo, prácticamente echó a correr hacia el Velo. Kabsal la siguió, pero necesitaban otro ascensor para llegar al reservado estudio de Jasnah, y pronto se encontró de nuevo atrapada con él una vez más.

—Podría huir —dijo Kabsal en voz baja—. Regresar contigo a Jah Keved.

El pánico de Shallan aumentó. Apenas lo conocía. Sí, habían charlado con frecuencia, pero rara vez sobre cosas importantes. Si dejaba el fervor, sería rebajado a décimo dahn, casi tan bajo como un ojos oscuros. No tendría dinero ni casa, en una posición casi tan mala como su familia.

Su familia. ¿Qué dirían sus hermanos si apareciera con un virtual desconocido? ¿Otro hombre para ser parte de sus problemas, al tanto de sus secretos?

—Puedo ver por tu expresión que eso no es una opción —dijo

Kabsal—. Parece que he malinterpretado algunas cosas muy importantes.

—No, no es eso —respondió ella rápidamente—. Es que…, Oh, Kabsal, ¿cómo puedes esperar encontrar sentido a mis acciones cuando ni siquiera yo misma soy capaz de hacerlo? —le tocó el brazo, volviéndolo hacia ella—. No he sido sincera contigo. Ni con Jasnah. Ni, sobre todo, conmigo misma. Lo siento.

Él se encogió de hombros, intentando fingir que no le importaba.

—Al menos tendré un dibujo, ¿no?

Ella asintió mientras el ascensor por fin se detenía con un sobresalto. Salió al oscuro pasillo, seguida por Kabsal con las linternas. Jasnah alzó la cabeza cuando entró en su cuarto, pero no preguntó por qué había tardado tanto. Shallan sintió que se ruborizaba mientras recogía sus utensilios de dibujo. Kabsal vaciló en la puerta. Había dejado una cesta de pan y mermelada en el escritorio. La parte superior todavía estaba envuelta en una tela: Jasnah no la había tocado, aunque él siempre le ofrecía un poco como oferta de paz. Sin mermelada, ya que Jasnah la odiaba.

—¿Dónde me siento? —preguntó Kabsal.

—Quédate ahí de pie —dijo Shallan, sentándose, apoyando la libreta en sus piernas y sujetándola con su mano segura cubierta. Lo miró, una mano apoyada en el marco de la puerta. La cabeza afeitada, envuelto en la túnica gris claro, las mangas cortas, la cintura atada con un fajín blanco. Ojos confundidos. Ella parpadeó, tomando una Memoria, y luego empezó a abocetar.

Fue una de las experiencias más embarazosas de su vida. No le dijo a Kabsal que podía moverse, y por eso él mantuvo la pose. No habló. Tal vez pensaba que estropearía el dibujo. Shallan notó que su mano temblaba mientras abocetaba, aunque, por fortuna, consiguió contener las lágrimas.

«Lágrimas —pensó, haciendo las líneas finales de la pared alrededor de Kabsal—. ¿Por qué debería llorar? No soy yo la que acaba de ser rechazada. ¿No pueden tener sentido mis emociones al menos una vez?»

—Toma —dijo, arrancando la página y mostrándosela—. Se emborronará a menos que la cubras de barniz.

Kabsal titubeó, luego se acercó y cogió el dibujo con dedos reverentes.

—Es maravilloso —susurró. Alzó la cabeza, luego corrió junto a su linterna, la abrió y sacó el broam de granate del interior—. Toma —dijo, ofreciéndolo—. Como pago.

—¡No puedo aceptar eso! Para empezar, no es tuyo.

Como fervoroso, todo lo que Kabsal tenía pertenecía al rey.

—Por favor. Quiero darte algo.

—El dibujo es un regalo. Si me pagas por él, entonces no te habré dado nada.

—Entonces te encargaré otro —dijo él, colocando en su mano la brillante esfera—. Aceptaré el primer retrato gratis, pero haz otro para mí, por favor. Uno de los dos juntos.

Shallan vaciló. Rara vez hacía bocetos de sí misma. Le parecía extraño dibujarse.

—Muy bien.

Cogió la esfera y la guardó furtivamente en su bolsa de seguridad, junto a la animista. Era un poco extraño llevar algo tan pesado allí, pero se había acostumbrado al bulto y el peso.

—Jasnah, ¿tienes un espejo? —preguntó.

La otra mujer suspiró audiblemente, molesta por la distracción. Rebuscó entre sus cosas y sacó un espejo. Kabsal lo recogió.

—Sujétalo junto a tu cabeza —dijo Shallan—, para que así pueda verme.

Él obedeció, confuso.

—Inclínalo un poco a ese lado —dijo ella—. Muy bien, así.

Parpadeó, fijando en su mente la imagen de su rostro junto al suyo.

—Siéntate. El espejo ya no hace falta. Solo lo quería como referencia…, por algún motivo me ayuda a colocar mis rasgos en la escena que quiero dibujar. Me sentaré a su lado.

Él se sentó en el suelo y Shallan empezó el trabajo, usándolo como excusa para distraerse de sus emociones encontradas. Culpabilidad por no sentir lo mismo que Kabsal sentía por ella, pero pena por no poder verlo más. Y, por encima de todo, ansiedad por la animista.

Dibujarse junto a él fue un desafío. Trabajó con furia, mezclando

la realidad de Kabsal sentado y la ficción de sí misma, con su traje de flores bordadas, sentada con las piernas a un lado. El rostro del espejo se convirtió en su punto de referencia, y construyó su cabeza alrededor. Demasiado estrecho para ser hermoso, con el pelo demasiado claro, las mejillas salpicadas de pecas.

«La animista —pensó—, estar aquí en Kharbranth con ella es un peligro. Pero marcharse es peligroso también. ¿Podría haber una tercera opción? ¿Y si la envío?»

Vaciló, el lápiz de carboncillo flotando sobre el dibujo. ¿Se atrevería a enviar el fabrial a Jah Keved, envuelto, enviado a Tozbek en secreto, sin ella? No tendría que preocuparse por ser incriminada si la registraban o buscaban en su habitación, aunque habría que destruir los dibujos que había hecho de Jasnah con la animista. Y no se arriesgaría a levantar sospechas desapareciendo cuando Jasnah descubriera que su animista no funcionaba.

Continuó dibujando, cada vez más sumida en sus pensamientos, dejando que sus dedos trabajaran. Si enviaba la animista, podría quedarse en Kharbranth. Era una perspectiva dorada y tentadora, pero que complicaba aún más sus confusos pensamientos. Llevaba mucho tiempo preparándose para marcharse. ¿Qué haría con Kabsal? Y Jasnah. ¿Podría de verdad quedarse aquí, aceptando su tutelaje libremente ofrecido, después de lo que había hecho?

«Sí. Sí, podría.»

La fuerza de esa emoción la sorprendió. Viviría con la culpa, día a día, si eso significaba continuar aprendiendo. Era terriblemente egoísta por su parte, y se avergonzaba de ello. Pero continuaría haciéndolo un poco más de tiempo, al menos. Tendría que volver tarde o temprano, naturalmente. No podía dejar a sus hermanos enfrentarse solos al peligro. La necesitaban.

Egoísmo, seguido de valor. Le sorprendía tanto lo segundo como lo primero. Ninguna de las dos cosas era algo que se asociara a menudo con quien era. Pero empezaba a comprender que no sabía quién era. No hasta que salió de Jah Keved y todo lo que era familiar, todo lo que esperaban que fuera.

Su dibujo se hizo más y más intenso. Terminó las figuras y pasó al fondo. Líneas rápidas y atrevidas se convirtieron en el suelo y el arco de la puerta. Una mancha oscura para el lado del escritorio,

proyectando una sombra. Líneas finas y nítidas para la linterna colocada en el suelo. Líneas amplias, como soplos de brisa, para formar las patas y la túnica de la criatura que estaba detrás…

Shallan se detuvo, los dedos dibujando una línea no pretendida de carboncillo, apartándose de la figura que había abocetado directamente detrás de Kabsal. Una figura que no estaba realmente allí, una figura con un claro símbolo angular flotando sobre su cuello en vez de una cabeza.

Shallan se levantó, volcando la silla, la libreta y el lápiz sujetos en su mano libre.

—¿Shallan? —dijo Kabsal, incorporándose.

Lo había vuelto a hacer. ¿Por qué? La paz que había empezado a sentir durante el dibujo se evaporó en un segundo, y su corazón empezó a latir desbocado. Las presiones regresaron. Kabsal. Jasnah. Sus hermanos. Opciones, decisiones, problemas.

—¿Va todo bien? —preguntó Kabsal, dando un paso hacia ella.

—Lo siento. Yo…, he cometido un error.

El frunció el ceño. Al lado, Jasnah alzó la cabeza, el ceño fruncido.

—No importa —dijo Kabsal—. Mira, vamos a tomar un poco de pan con mermelada. Podemos tranquilizarnos, y entonces puedes terminarlo. No me importa…

—Tengo que irme —cortó Shallan, sintiéndose ahogada—. Lo siento.

Pasó de largo ante el aturdido fervoroso y salió del reservado, dando un amplio rodeo al sitio donde la figura estaba de pie en su dibujo. ¿Qué le estaba pasando?

Corrió al ascensor, llamando a los parshmenios para que la bajaran. Miró por encima del hombro. Kabsal estaba en el pasillo, mirándola. Shallan llegó al ascensor, la libreta de dibujo en la mano, el corazón acelerado. «Cálmate», pensó, apoyándose contra la barandilla de madera de la plataforma mientras los parshmenios la bajaban. Miró el rellano vacío sobre ella.

Y parpadeó, memorizando esa escena. Empezó a abocetar de nuevo.

Dibujó con movimientos concisos la libreta contra el brazo seguro. Como iluminación, tenía solo dos esferas muy pequeñas a

cada lado, donde temblaban las tensas cuerdas. Se movía sin pensarlo, solo dibujando, mirando arriba.

Miró lo que había dibujado. Había dos figuras en el rellano superior, llevando las túnicas demasiado rectas, como tela hecha de metal. Se inclinaban hacia delante, viéndola marchar.

Alzó de nuevo la vista. El rellano estaba vacío.

«¿Qué me está pasando?», pensó con horror creciente. Cuando el ascensor llegó al nivel del suelo, salió a toda prisa, la falda aleteando. Casi corrió hasta la salida del Velo, vacilando junto a la puerta, ignorando a los maestro-siervos y los fervorosos que la miraron confundidos.

¿Adónde ir? El sudor le corría por ambos lados de la cara. ¿Adónde huir si te estabas volviendo loca?

Se internó en la multitud de la caverna principal. Eran las últimas horas de la tarde, y la prisa por la cena había comenzado: sirvientes empujando carritos con la comida, ojos claros volviendo a sus habitaciones, eruditos con las manos a la espalda. Shallan se abrió paso entre ellos, el pelo se le soltó y la pinza cayó al suelo con un tañido agudo. Su pelo rojo onduló. Llegó al salón que conducía a sus habitaciones, jadeando, despeinada, y miró por encima de hombro. Entre el flujo del tráfico, una estela de personas que la miraban confusas.

Casi contra su voluntad, parpadeó y tomó una Memoria. Alzó de nuevo su libreta, sujetó el lápiz con dedos resbaladizos, y abocetó rápidamente la escena de la cueva abarrotada. Solo leves impresiones. Hombres de líneas, mujeres de curvas, paredes de roca curva, el suelo alfombrado, estallidos de luz en las lámparas de esferas de las paredes.

Y cinco figuras con cabezas de símbolos con túnicas y capas negras demasiado tiesas. Cada una tenía un símbolo diferente, retorcido y desconocido para ella, flotando sobre un torso sin cuello. Las criaturas avanzaban entre la multitud sin ser vistas. Como depredadores. Concentradas en Shallan.

«Solo me lo estoy imaginando. Estoy demasiado tensa, demasiadas cosas en la cabeza.» ¿Representaban su culpa? ¿La tensión de traicionar a Jasnah y mentirle a Kabsal? ¿Las cosas que había hecho antes de salir de Jah Keved?

Trató de quedarse allí, esperando, pero sus dedos se negaron a permanecer quietos. Parpadeó, y luego se puso a dibujar otra vez en una nueva hoja. Terminó con mano temblorosa. Las figuras casi estaban ya encima, las angulosas no-cabezas flotando horribles donde deberían de haber estado las caras.

La lógica la advirtió que estaba exagerando su reacción, pero no importaba lo que se dijera a sí misma, no podía creerlo. Eran reales. Y venían a por ella.

Se apartó, sorprendiendo a varios sirvientes que se acercaban para ofrecerle ayuda. Echó a correr, resbalando en las alfombras del pasillo, y llegó a la puerta de los aposentos de Jasnah. Con la libreta bajo el brazo, abrió la puerta con dedos temblorosos, la atravesó y la cerró tras ella. Echó el cerrojo y corrió hacia su cámara. Cerró también esa puerta, y luego se volvió, retrocediendo. La única luz de la habitación procedía de tres marcos de diamante que había en el gran cuenco de cristal de su mesilla de noche.

Se subió en la cama y retrocedió cuanto pudo, hasta dar contra la pared, respirando por la nariz de manera frenética. Todavía tenía la libreta bajo el brazo, aunque había perdido el carboncillo. Había más en su mesilla de noche.

«No lo hagas. Siéntate y cálmate.»

Sintió un creciente escalofrío, un terror en alza. Tenía que saberlo. Echó mano a un carboncillo, luego parpadeó y se puso a bosquejar su habitación.

Primero el techo. Cuatro líneas rectas. Las paredes. Líneas en las esquinas. Sus dedos seguían moviéndose, dibujando, describiendo la libreta misma, ante ella, la mano segura cubierta y sujetando la libreta desde atrás. Y adelante. Hasta los seres que se alzaban a su alrededor, sus símbolos retorcidos sin conectar con sus hombros irregulares. Aquellas no-cabezas tenían ángulos irreales, superficies que se fundían de modos extraños e imposibles.

La criatura de delante extendía sus dedos demasiado lisos hacia Shallan. A pocos centímetros a la derecha de la libreta.

«Oh, Padre Tormenta…», pensó Shallan, el lápiz inmóvil. La habitación estaba vacía, pero lo que tenía dibujado delante la mostraba repleta de figuras estilizadas. Estaban tan cerca que debería poder sentirlas respirar, si es que respiraban.

¿Hacía frío en la habitación? Vacilante, aterrada pero incapaz de detenerse, Shallan soltó el lápiz y extendió la mano libre a la derecha.

Y palpó algo.

Gritó entonces, y se puso en pie de un salto, dejando caer la libreta, la espalda contra la pared. Antes de poder pensar en lo que estaba haciendo, pugnaba con su manga, tratando de sacar la animista. Era lo único que tenía parecido a un arma. No, eso era una estupidez. No sabía utilizarla. Estaba indefensa.

Excepto…

«¡Tormentas! —pensó, frenética—. No puedo usar eso. Me lo prometí a mí misma.»

Empezó el proceso de todas formas. Diez latidos, para sacar el fruto de su pecado, los procedimientos de su acto más horrible. A la mitad la interrumpió una voz, extraña pero clara.

«¿Qué eres?»

Shallan se llevó la mano al pecho, perdiendo el equilibrio en la suave cama, y cayó de rodillas sobre la manta arrugada. Extendió una mano, apoyándose en la mesilla de noche, los dedos rozando el gran cuenco de cristal que allí había.

—¿Qué soy? —susurró—. Estoy aterrorizada.

«Eso es cierto.»

El dormitorio se transformó a su alrededor.

La cama, la mesilla de noche, la libreta, las paredes, el techo…, todo pareció reventar, formando diminutas esferas de cristal oscuro. Shallan se encontró en un lugar de cielo negro y un extraño y pequeño sol blanco que flotaba en el horizonte, demasiado lejos.

Gritó al darse cuenta de que estaba en el aire, cayendo hacia atrás en una lluvia de perlas. Cerca chisporroteaban llamas, docenas, quizá cientos de ellas. Como puntas de velas que flotaran en el aire y se movieran con el viento.

Golpeó algo. Un infinito mar oscuro, aunque no estaba mojado. Estaba hecho de pequeñas perlas, un océano entero de diminutas esferas de cristal. Se movían a su alrededor, ondulando. Shallan jadeó, agitó los brazos, intentando mantenerse a flote.

«¿Quieres que cambie?», dijo una cálida voz en su mente, clara y distinta del frío susurro que había oído antes. Era grave y hueca, y

transmitía una sensación de gran edad. Parecía venir de su mano, y advirtió que tenía algo en ella. Una de las perlas.

El movimiento del océano de cristal amenazaba con tirar de ella hacia abajo: se agitó frenética, consiguiendo de algún modo mantenerse a flote.

«Llevo mucho tiempo como soy —dijo la cálida voz—. Duermo mucho. Cambiaré. Dame lo que tienes.»

—¡No sé qué quieres decir! ¡Por favor, ayúdame!

«Cambiaré.»

De pronto sintió frío, como si le hubieran absorbido el calor. Gritó cuando la perla de sus dedos de pronto se puso caliente. La dejó caer cuando un cambio en el océano la hizo volcar y las perlas rodaron unas contra otras con un suave castañeteo.

Cayó hacia atrás y se golpeó la cabeza, de vuelta en su cuarto. Junto a ella, el cuenco de su mesilla de noche se fundió, el cristal convertido en líquido rojo, dejando caer las tres esferas sobre la superficie inundada de la mesilla. El líquido rojo cayó por los lados, hasta el suelo. Shallan se apartó, horrorizada.

El cuenco se había convertido en sangre.

Su movimiento golpeó la mesilla de noche, sacudiéndola. Había una jarra de agua vacía junto al cuenco. Su movimiento la volcó, derribándola. Se quebró contra el suelo de piedra, salpicando la sangre.

«¡Eso ha sido una animación!», pensó. Había transformado el cuenco en sangre, que era una de las Diez Esencias. Se llevó la mano a la cabeza mientras contemplaba el líquido rojo formar un charco. Parecía haber un montón.

No daba crédito. La voz, las criaturas, el mar de perlas de cristal y el cielo frío y oscuro. Todo había sido tan veloz.

«He animado. ¡Lo he logrado!»

¿Tenía algo que ver con las criaturas? Pero había empezado a verlas en sus dibujos antes de haber robado la animista. ¿Cómo…, qué…? Se miró la mano segura y la animista oculta en el bolsillo interior de la manga.

«No me la he puesto, y sin embargo la he usado de todas formas.»

—¿Shallan?

Era la voz de Jasnah. Ante la habitación. La princesa debía de haberla seguido. Shallan sintió una punzada de terror cuando vio el reguero de sangre que avanzaba hacia la puerta. Casi estaba allí ya, e iba a pasar por debajo en un segundo.

¿Por qué tenía que ser sangre? Asqueada, se puso en pie, manchando las zapatillas del líquido rojo.

—¿Shallan? —dijo Jasnah, la voz más cerca—. ¿Qué ha sido ese ruido?

Shallan miró frenética la sangre, y luego la libreta, llena de imágenes de las extrañas criaturas. ¿Y si tenían algo que ver con la animación? Jasnah las reconocería.

Había una sombra bajo la puerta.

Llena de pánico, guardó la libreta en su baúl. Pero la sangre la condenaría. Había tanta que solo una herida grave podría haberla creado. Jasnah la vería. Se daría cuenta. ¿Sangre donde no debería haber ninguna? ¿Una de las Diez Esencias?

¡Jasnah iba a saber lo que había hecho!

Se le ocurrió una idea. No era brillante, pero era una salida, y lo único que se le ocurrió. Se arrodilló y cogió un añico de la jarra de cristal rota con la mano segura, a través del tejido de la manga. Inspiró profundamente y se subió la manga, y usó el cristal para hacerse un tajo en la piel. Con el pánico del momento, apenas le dolió. La sangre brotaba.

Mientras el pomo de la puerta giraba y la puerta se abría, Shallan soltó el añico de cristal y se tumbó de lado. Cerró los ojos, fingiendo estar inconsciente. La puerta se abrió.

Jasnah se quedó boquiabierta e inmediatamente pidió ayuda. Corrió junto a Shallan, le agarró el brazo y presionó la herida. Shallan murmuró, como si apenas estuviera consciente, agarrando la bolsa oculta, y la animista dentro, con su mano segura. No la abrirían, ¿no? Se acercó más el brazo al pecho, esperando en silencio, atemorizada, al tiempo que sonaban más pisadas y gritos, y sirvientas y parshmenios entraban corriendo en la habitación mientras Jasnah seguía pidiendo ayuda.

«Esto no va a acabar bien», pensó Shallan.



«Aunque tenía que estar en Ciudad Veden para cenar esa noche, insistí en visitar Kholinar para hablar con Tivbet. Los aranceles en Uriziru se estaban volviendo bastante irracionales. Por entonces, los llamados Radiantes ya habían empezado a mostrar su auténtica naturaleza.»

Tras el incendio del Palaneo original solo quedó una página de la autobiografía de Terxim, y este es el único párrafo que me sirve.

Kaladin soñaba que era la tormenta.

Avanzaba, furioso, la muralla de la tormenta convertida en su capa, surcando una extensión negra y ondulante. El océano. Su paso avivó una tempestad, hizo entrechocar las olas unas con otras, alzando espuma blanca para que la capturara el viento.

Se acercó a un continente oscuro y se lanzó hacia arriba. Más alto. Más alto. Dejó atrás el mar. La enormidad del continente se extendía ante él, aparentemente infinito, un océano de roca. «Tan grande», pensó asombrado. No había comprendido. ¿Cómo podía haberlo hecho?

Sobrevoló las Llanuras Quebradas. Parecía como si algo muy grande las hubiera golpeado en el centro, enviando ondulantes grietas hacia fuera. También eran más grandes de lo que pensaba: no era extraño que nadie hubiera podido encontrar el camino entre

los abismos.

En el centro había una gran meseta, pero con la oscuridad y la distancia no pudo ver mucho. Sin embargo, había luces. Allí vivía alguien.

Sí vio que el lado oriental de las llanuras era muy distinto del occidental, marcado por altas y finas columnas, mesetas que casi se habían desgastado. A pesar de eso, podía ver simetría en las Llanuras Quebradas. Desde lo alto, las llanuras parecían una obra de arte.

En un instante las dejó atrás, continuando hacia el noroeste para cruzar el Mar de las Lanzas, un poco profundo mar interior donde dedos rotos de roca sobresalían de las aguas. Pasó sobre Alezkar, y llegó a ver la gran ciudad de Kholinar, construida entre formaciones de roca como aletas que se alzaran de la piedra. Luego se volvió hacia el sur, alejándose de todo lo que conocía. Rebasó montañas majestuosas, densamente pobladas en sus cimas, con aldeas apiñadas cerca de agujeros que emitían vapor o lava. ¿Los Picos Comecuernos?

Los dejó con lluvia y vientos, corriendo hacia tierras extranjeras. Pasó ciudades y llanuras despejadas, aldeas y serpenteantes ríos. Había muchos ejércitos. Kaladin dejó atrás tiendas tensas a sotavento de formaciones rocosas, las estacas clavadas en la roca para sujetarlas, los hombres dentro. Pasó colinas en cuyas hendiduras se agazapaban los soldados. Pasó ante grandes carros de madera, construidos para albergar a los ojos claros mientras estaban en guerra. ¿Cuántas guerras estaba librando el mundo? ¿No había ningún sitio que estuviera en paz?

Tomó rumbo al suroeste, impulsándose hacia una ciudad construida en largas hondonadas del terreno, como si garras gigantescas hubieran arañado el paisaje. Lo dejó atrás en un suspiro, pasando ante una tierra interior donde la piedra misma se mostraba ondulada y escalonada, como olas de agua congelada. Los habitantes de este reino eran de piel oscura, como Sigzil.

La tierra continuaba y continuaba. Cientos de ciudades. Miles de aldeas. Gente con venas azulinas bajo la piel. Un lugar donde la presión de la alta tormenta inminente hacía que el agua brotara del suelo a chorros. Una ciudad donde la gente vivía en gigantescas

estalactitas huecas que colgaban bajo un titánico saliente.

Sopló hacia el oeste. La tierra era tan vasta. Tan enorme. Tantos pueblos diferentes. Lo aturdían. La guerra parecía mucho menos común en el oeste que en el este, y eso lo consoló, pero siguió preocupado. La paz parecía una comodidad escasa en el mundo.

Algo atrajo su atención. Extraños destellos de luz. Sopló hacia ellos con la muralla de la tormenta. ¿Qué eran esas luces? Venían en andanadas, formando pautas extrañísimas. Casi como seres físicos que podía tocar, burbujas de luz esféricas que vibraban con picos y valles.

Kaladin cruzó una extraña ciudad extendida en una pauta triangular, con altos picos alzándose como centinelas en las esquinas y el centro. Los destellos de luz venían de un edificio en el pico central. Kaladin sabía que pasaría rápidamente, pues, como la tormenta, no podía retirarse. Siempre soplaba hacia el oeste.

Abrió la puerta con su mente, entrando en un largo pasillo con brillantes muros de losas rojas, murales de mosaicos que dejó atrás demasiado rápidamente para distinguirlos. Agitó las faldas de altas sirvientas de cabellos rubios que llevaban bandejas de comida o toallas humeantes. Gritaron en un extraño lenguaje preguntándose quizá quién había dejado sin trabar una ventana con la alta tormenta.

Los destellos de luz venían directamente de delante. Tan paralizantes. Tras pasar junto a una hermosa mujer de pelo dorado y rojo que se acurrucó asustada en un rincón, Kaladin atravesó una puerta. Vio un leve atisbo de lo que había más allá.

Un hombre junto a dos cadáveres. La cabeza afeitada, la ropa blanca, el asesino empuñaba una espada larga y fina. Alzó la cabeza y casi pareció verse, ver a Kaladin. Tenía grandes ojos shin.

Era demasiado tarde para ver algo más. Kaladin salió por la ventana, abriendo los postigos de par en par y perdiéndose en la noche.

Más ciudades, montañas y bosques pasaron en un borrón. Con su llegada, las plantas encogían sus hojas, los rocapullos cerraban sus conchas y los matorrales retiraban sus ramas. Al instante se acercó al océano occidental.

HIJO DE TANAVAST. HIJO DEL HONOR. HIJO DE QUIEN

PARTIÓ HACE MUCHO.

La súbita voz estremeció a Kaladin. Volteó en el aire.

EL JURAMENTO SE QUEBRÓ.

El estruendo del sonido hizo que la muralla misma de la tormenta vibrara. Kaladin cayó al suelo, separado de la tormenta. Resbaló hasta detenerse, levantando chorros de agua con los pies. Los vientos de la tormenta chocaron contra él, pero era tan parte de ellos que ni lo derribaron ni lo sacudieron.

LOS HOMBRES YA NO CABALGAN LAS TORMENTAS.

La voz era un trueno que restallaba en el aire.

EL JURAMENTO ESTÁ ROTO, HIJO DEL HONOR.

—¡No comprendo! —le gritó Kaladin a la tormenta.

Un rostro se formó ante él, la cara que había visto antes, el viejo rostro tan ancho como el cielo, los ojos llenos de estrellas.

VIENE ODIUM. EL MÁS PELIGROSO DE LOS DIECISÉIS. AHORA TE IRÁS.

Algo sopló contra él.

—¡Espera! —dijo Kaladin—. ¿Por qué hay tanta guerra? ¿Por qué debemos luchar siempre?

No estaba seguro de por qué lo preguntaba. Las preguntas surgieron sin más.

La tormenta murmuró, como un padre pensativo y viejo. El rostro desapareció, convirtiéndose en gotas de agua.

Con más suavidad, la voz respondió:

ODIUM REINA.

Kaladin despertó jadeando. Lo rodeaban figuras oscuras que lo sujetaban contra el duro suelo de piedra. Gritó, mientras los antiguos reflejos se hacían cargo. Por instinto, extendió las manos hacia los costados, agarrando con cada una un tobillo para desequilibrar a dos de sus atacantes.

Ellos maldijeron y cayeron al suelo. Kaladin usó el impulso para retorcerse mientras barría con un brazo. Se zafó de las manos que lo empujaban, se meció y se lanzó hacia delante, abalanzándose contra el hombre que tenía justo enfrente.

Kaladin le pasó por encima, lo esquivó y se puso en pie, ya libre de sus atacantes. Se volvió, salpicando el sudor de su frente. ¿Dónde

estaba su lanza? Echó mano al cuchillo de su cinto.

No había cuchillo. Ni lanza.

—¡La tormenta te lleve, Kaladin!

Era Teft.

Kaladin se llevó una mano al pecho, jadeando con esfuerzo, dispersando el extraño sueño. El Puente Cuatro. Estaba con el Puente Cuatro. Los guardatormentas del rey habían predicho una alta tormenta a primeras horas de la mañana.

—No pasa nada —dijo al puñado de hombres del puente que lo habían estado sujetando y ahora maldecían y se retorcían en el suelo—. ¿Qué estabais haciendo?

—Trataste de salir a la tormenta —acusó Moash, librándose del lío. La única luz era una única esfera de diamante que uno de los hombres había colocado en un rincón.

—¡Ja! —añadió Roca, incorporándose y sacudiéndose—. ¡Abriste la puerta a la lluvia y te asomaste, como si te hubieran golpeado la cabeza con una piedra! Tuvimos que traerte a rastras. No es bueno que tengas que pasarte otras dos semanas en cama ¿no?

Kaladin se calmó. Los coletazos, la suave lluvia que seguía al final de una tormenta, continuaba fuera, y las gotas tamborileaban sobre el tejado.

—No te despertabas —dijo Sigzil. Kaladin miró al azishiano, sentado de espaldas a la pared de piedra. No había intentado sujetarlo—. Tenías una especie de sueño febril.

—Me encuentro bien —respondió Kaladin. Eso no era cierto del todo: le dolía la cabeza y estaba agotado. Inspiró profundamente y echó atrás los hombros, tratando de sacudirse la fatiga.

La esfera del rincón fluctuó. Entonces su luz se apagó, dejándolos a oscuras.

—¡Tormenta! —murmuró Moash—. Esa anguila de Gaz. Nos ha vuelto a dar esferas opacas.

Kaladin cruzó el barracón oscuro, pisando con cuidado. Su dolor de cabeza remitió mientras echaba mano a la puerta. La abrió, dejando entrar la leve luz de una mañana nublada.

Los vientos eran débiles, pero seguía lloviendo. Salió, y quedó empapado al momento. Los otros hombres del puente lo siguieron,

y Roca le lanzó a Kaladin una pequeña pastilla de jabón. Como la mayoría, Kaladin solo llevaba un taparrabos, y se enjabonó bajo el frío aguacero. El jabón olía a aceite y arañaba por la arena que tenía pegada. No había jabones blandos y olorosos para los hombres de los puentes.

Kaladin le arrojó el trozo de jabón a Bisig, un tipo delgado de rostro anguloso. Él lo cogió agradecido (no hablaba mucho) y empezó a enjabonarse mientras Kaladin dejaba que la lluvia le enjuagara el cuerpo y el pelo. A su lado, Roca usaba un cuenco de agua para afeitarse y recortar su barba de comecuernos, larga por los lados y cubriendo las mejillas, pero despejada bajo los labios y el mentón. Era un extraño contrapunto a su cabeza, que se afeitaba por el centro, directamente por encima de las cejas y hacia atrás. El resto del pelo lo llevaba corto.

La mano de Roca era hábil y cuidadosa, y no se hizo ni un solo corte. Una vez terminado, se irguió y llamó a los hombres que esperaban tras él. Uno a uno, fue afeitando a quienes querían. De vez en cuando se detenía para afilar la cuchilla usando la piedra de afilar y la correa de cuero.

Kaladin se frotó la barba. No se afeitaba desde que estuvo en el ejército de Amaram, tanto tiempo atrás. Se puso en la fila de los hombres que esperaban. Cuando le llegó el turno, el gran comecuernos se echó a reír.

—Aféitame del todo —dijo Kaladin, sentándose en el tocón—. Prefiero no tener una barba tan rara como la tuya.

—¡Ja! —exclamó Roca, afilando la cuchilla—. Perteneces a los llanos, mi buen amigo. No está bien que lleves una *humaka'aban*. Tendría que darte una buena tunda si lo intentaras.

—Creía que habías dicho que luchar es indigno de ti.

—Se permite en algunas excepciones importantes. Ahora deja de hablar, si no quieres perder un labio.

Roca empezó a recortar la barba, luego la enjabonó y lo afeitó, empezando por la mejilla izquierda. Kaladin nunca había dejado a otra persona afeitarlo antes: la primera vez que fue a la guerra era tan joven que casi no necesitaba afeitarse. A medida que se fue haciendo mayor, se afeitó él mismo.

El toque de Roca era diestro, y Kaladin no sintió ningún corte ni

picotazo. En pocos minutos, Roca dio un paso atrás. Kaladin se llevó los dedos a la barbilla. Tocando la piel lisa y sensible. Sentía la cara fría, extraña al tacto. Lo devolvió, transformado (solo un poco) al hombre que fue.

Era extraña la diferencia que podía marcar un afeitado. «Tendría que haber hecho esto hace semanas.»

Los coletazos se habían convertido en llovizna que anunciaba los últimos susurros de la tormenta. Kaladin se levantó, dejando que el agua lavara los mechones sueltos de su pecho. Dunny, con su cara de niño, el último en la cola, se sentó para que lo afeitaran. Apenas lo necesitaba.

—El afeitado te viene bien —dijo una voz. Kaladin se volvió y vio a Sigzil apoyado contra la pared del barracón, justo bajo el alero—. Tu cara tiene líneas fuertes. Cuadrada y firme, con una barbilla orgullosa. En mi pueblo diríamos que tienes cara de líder.

—No soy ningún ojos claros —dijo Kaladin, escupiendo a un lado.

—Los odias mucho.

—Odio sus mentiras. Odio haber creído que eran honorables.

—¿Y estarías dispuesto a expulsarlo? —preguntó Sigzil, curioso—. ¿A gobernar en su lugar?

—No.

Esta respuesta pareció sorprender a Sigzil. Syl apareció por fin junto a Kaladin, después de haber terminado de mecerse con los vientos de la alta tormenta. A él siempre le preocupaba (solo un poco) que se marchara con ellos y lo dejara.

—¿No tienes ningún deseo de castigar a quienes te han tratado así? —preguntó Sigzil.

—Oh, me gustaría castigarlos. Pero no tengo ningún deseo de ocupar su lugar, ni quiero unirme a ellos.

—Yo me uniría a ellos en un segundo —dijo Moash, acercándose. Cruzó los brazos sobre su musculoso pecho—. Si estuviera a cargo, las cosas cambiarían. Los ojos claros trabajarían en las minas y campos. Cargarían los puentes y morirían por las flechas parshendi.

—No sucederá —dijo Kaladin—. Pero no te lo reprocho por pensarlo.

Sigzil asintió pensativo.

—¿Alguno de vosotros ha oído hablar de la tierra de Babazarnam?

—No —respondió Kaladin, mirando hacia el campamento. Los soldados habían empezado a moverse. Varios se estaban lavando también—. Pero es un nombre curioso para un país.

Sigzil arrugó a nariz.

—Personalmente, siempre he pensado que Alezkar era un nombre ridículo. Supongo que depende de dónde te hayas criado.

—¿Entonces por qué mencionas a Babab…? —dijo Moash.

—Babazarnam —corrigió Sigzil—. Lo visité una vez, con mi amo. Tienen árboles muy peculiares. Toda la planta, con tronco incluido, se agacha cuando llega una alta tormenta, como si estuviera construida sobre goznes. Me metieron en prisión tres veces durante nuestra visita allí. Los babaz son muy quisquillosos respecto a cómo se habla. Mi amo se disgustó mucho con la cantidad que tuvo que pagar por liberarme. Naturalmente, creo que usaban cualquier excusa para encarcelar a los extranjeros, y sabían que mi amo tenía los bolsillos bien llenos —sonrió con melancolía—. Uno de esos encarcelamientos fue culpa mía. Las mujeres de allí, ya sabéis, tienen ese tipo de pauta de venas que se marcan bajo la piel. Algunos visitantes las encuentran desagradables, pero a mí me parecen hermosas. Casi irresistibles…

Kaladin frunció el ceño. ¿No había visto algo así en su sueño?

—He mencionado a los babaz porque tienen un sistema de gobierno muy curioso —continuó Sigzil—. Veréis, los mayores tienen cargos. Cuanto más mayor eres, más autoridad tienes. Todo el mundo tiene una oportunidad de gobernar, si viven lo suficiente. El rey se llama El Más Anciano.

—Parece justo —dijo Moash, acercándose para reunirse con Sigzil bajo el alero—. Mejor que decidir quién gobierna según el color de ojos.

—Ah, sí, los babaz son muy justos. Actualmente reina la dinastía Monavakah.

—¿Cómo puede haber una dinastía si eligen a sus líderes basándose en la edad? —preguntó Kaladin.

—Es bastante fácil —dijo Sigzil—. Ejecutas a todos los que son

lo bastante mayores como para desafiarte.

Kaladin sintió un escalofrío.

—¿Eso hacen?

—Sí, desgraciadamente. Hay mucha inquietud en Babazarnam. Fue peligroso visitarla cuando lo hicimos. Los Monavakah se aseguran de que los miembros de su familia vivan más: desde hace cincuenta años, nadie fuera de su familia se ha convertido en El Más Anciano. Todos los demás han caído asesinados, exiliados o muertos en el campo de batalla.

—Eso es horrible —dijo Kaladin.

—Dudo que muchos estén en desacuerdo. Pero menciono estos horrores por algo: verás, en mi experiencia, no importa donde vayas, encontrarás a alguien que abusa de su poder. —Se encogió de hombros—. El color de ojos no es un método tan extraño, comparado con muchos otros que he visto. Si derrocaras a los ojos claros y pusieras en el poder a los tuyos, Moash, dudo que el mundo fuera diferente. Los abusos seguirían produciéndose. Simplemente, los sufriría otra gente.

Kaladin asintió lentamente, pero Moash negó con la cabeza.

—No. Yo cambiaría el mundo, Sigzil. Y lo digo en serio.

—¿Y cómo vas a hacerlo? —preguntó Kaladin, divertido.

—Vine a esta guerra para conseguirme una espada esquirlada. Y todavía quiero hacerlo, como sea. —Se ruborizó, y se dio la vuelta.

—¿Te enrolaste creyendo que te harían lancero? —preguntó Kaladin.

Moash vaciló antes de asentir.

—Algunos de los que se enrolaron conmigo se convirtieron en soldados, pero a la mayoría nos enviaron a las cuadrillas de los puentes. —Miró a Kaladin, la expresión sombría—. Será mejor que este plan tuyo funcione, alteza. La última vez que me escapé recibí una paliza. Me dijeron que, si lo intentaba de nuevo, acabaría con una marca de esclavo.

—Nunca he dicho que vaya a salir bien, Moash. Si tienes una idea mejor, adelante, compártela.

Moash vaciló.

—Bueno, si de verdad nos enseñas a manejar la lanza como prometiste, supongo que no importa.

Kaladin miró alrededor, comprobando con cautela que Gaz o los miembros de otras cuadrillas no estuvieran cerca.

—Habla más bajo —le murmuró a Moash—. No hables de eso fuera de los abismos.

Ya casi había dejado de llover. Las nubes pronto se abrirían.

Moash lo miró, pero permaneció en silencio.

—No creerás de verdad que te dejarían quedarte con una espada esquirlada ¿no? —dijo Sigzil.

—Cualquier hombre puede ganar una espada esquirlada —dijo Moash—. Esclavo o libre. Ojos claros u oscuros. Es la ley.

—Suponiendo que cumplan la ley —dijo Kaladin con un suspiro.

—Lo conseguiré como sea —insistió Moash. Miró a Roca, que cerraba su cuchilla y se secaba la cabeza rasurada. El comecuernos se les acercó.

—He oído hablar de ese sitio que dices, Sigzil —dijo Roca—. Babazarnam. Mi primo, primo, primo lo visitó una vez. Tienen caracoles muy sabrosos.

—Está a mucha distancia para un comecuernos —advirtió Sigzil.

—Casi la misma distancia que para un azishiano —dijo Roca—. ¡En realidad, mucho más, puesto que tenéis las piernas cortas!

Sigzil hizo una mueca.

—He visto a los tuyos antes —dijo Roca, cruzándose de brazos.

—¿Qué? —preguntó Sigzil—. ¿Azishianos? No somos tan raros.

—No, no tu raza. Tu tipo. ¿Cómo los llaman? ¿Visitan las tierras y le cuentan a los demás lo que han visto? Cantamundos. Sí, esa es la palabra. ¿No?

Sigzil se detuvo. Entonces se puso súbitamente en pie y se alejó del barracón sin mirar atrás.

—¿Por qué actúa así? —preguntó Roca—. Yo no me avergüenzo de ser cocinero. ¿Por qué le avergüenza ser cantamundos?

—¿Cantamundos? —dijo Kaladin.

Roca se encogió de hombros.

—No sé gran cosa. Son gente rara. Dicen que deben viajar a cada reino y hablarle a la gente de los otros reinos. Es una especie de cuentacuentos, aunque se consideran mucho más.

—Probablemente será un brillante señor en su país —dijo Moash—. Por la forma en que habla. Me pregunto cómo ha acabado con

nosotros los cremlinos.

—Eh —dijo Dunny, uniéndose a ellos—. ¿Qué habláis de Sigzil? Ha prometido hablarme de mi patria.

—¿Tu patria? —le dijo Moash al joven—. Pero si eres de Alezkar.

—Sigzil dijo que estos ojos violeta míos no son nativos de Alezkar. Cree que debo tener sangre veden.

—Tus ojos no son violeta.

—Claro que lo son. Se ve con la luz del día. Son realmente oscuros.

—¡Ja! —dijo Roca—. ¡Si eres de Vedenar, somos primos! Los Picos están cerca de Vedenar. ¡A veces allí la gente tiene el pelo rojo, como nosotros!

—Alégrate de que nadie confundiera tus ojos y pensara que son rojos, Dunny —dijo Kaladin—. Moash, Roca, id a reunir vuestros subpelotones y decídselo a Teft y Cikatriz. Quiero que los hombres engrasen los chalecos y sandalias para protegerlos de la humedad.

Los hombres suspiraron, pero obedecieron. El ejército proporcionaba el aceite. Aunque los hombres de los puentes eran sacrificables, el buen cuero y el metal de las hebillas no eran baratos.

Mientras los hombres se reunían, el sol asomó entre las nubes. Kaladin agradeció el calor de la luz sobre su piel mojada por la lluvia. Había algo reparador en el frío de una alta tormenta seguida por el sol. Diminutos pólipos de rocapullos se abrieron en los laterales del edificio, bebiendo el aire húmedo. Habría que rascarlos: los rocapullos se comerían la piedra de las paredes, creando grietas y agujeros.

Los capullos eran de un escarlata intenso. Era Chachel, tercer día de la semana. Los mercados de esclavos mostrarían nuevas mercancías. Eso significaría nuevos hombres de los puentes. Yake había recibido un flechazo en el brazo durante la última carga, y Delp otro en el cuello. Kaladin no pudo hacer nada por él, y con Yake herido, el equipo se había visto reducido a veintiocho miembros capaces.

En efecto, una hora después de iniciar sus actividades matutinas, cuidar el equipo, engrasar el puente, Lopen y Dabbid que trajeron la

olla de bazofia y la devolvieron al aserradero, Kaladin vio a los soldados que dirigían a un grupo de hombres sucios y sometidos. Kaladin le hizo un gesto a Teft, y los dos se fueron a ver a Gaz.

—Antes de que vayas a gritarme —dijo Gaz en cuanto Kaladin llegó—, comprende que no puedo cambiar nada.

Los esclavos estaban agrupados, vigilados por un par de soldados con casacas verdes arrugadas.

—Eres sargento del puente —dijo Kaladin. Teft se detuvo a su lado; no se había afeitado, aunque había empezado a cuidar su corta barba gris.

—Sí —dijo Gaz—, pero ya no hago los nombramientos. La brillante Hashal quiere hacerlo ella misma. En nombre de su marido, por supuesto.

Kaladin apretó los dientes. Hashal dejaría sin miembros al Puente Cuatro.

—Así que no tendremos nada.

—Yo no he dicho eso —replicó Gaz, y luego escupió negra saliva a un lado—. Os ha dado uno.

«Al menos es algo», pensó Kaladin. Había unos cien hombres buenos en este nuevo grupo.

—¿Cuál? Más vale que sea lo bastante alto para cargar con el puente.

—Oh, es bastante alto —dijo Gaz, señalando a unos cuantos esclavos para que se apartasen—. Y buen trabajador también.

Los hombres se quitaron de en medio, revelando a uno de ellos que estaba de pie al fondo. Era un poco más bajo que la media, pero tenía la altura suficiente para cargar un puente.

Pero tenía la piel moteada roja y negra.

—¿Un parshmenio? —preguntó Kaladin. A su lado, Teft maldijo entre dientes.

—¿Por qué no? Son esclavos perfectos —dijo Gaz—. Nunca replican.

—¡Pero estamos en guerra con ellos! —exclamó Teft.

—Estamos en guerra con una tribu de rarezas —respondió Gaz —. Los de las Llanuras Quebradas son muy distintos a los tipos que trabajan para nosotros.

Eso, al menos, era cierto. Había un montón de parshmenios en el

campamento, y a pesar de sus marcas en la piel había pocas similitudes entre ellos y los guerreros parshendi. Ninguno tenía las extrañas protuberancias de caparazón parecido a una armadura, por ejemplo. Kaladin observó al hombre, recio y calvo. El parshmenio miraba al suelo: solo llevaba un taparrabos y tenía aire de aturdimiento. Sus dedos eran más gruesos que los de los humanos, los hombros más recios, los muslos más anchos.

—Está domesticado —dijo Gaz—. No tenéis que preocuparos.

—Creía que los parshmenios eran demasiado valiosos para utilizarlos en las cargas —dijo Kaladin.

—Es solo un experimento. La brillante Hashal quiere conocer sus opciones. Encontrar hombres suficientes ha sido difícil últimamente, y los parshmenios podrían ayudar a rellenar huecos.

—Esto es una locura, Gaz —dijo Teft—. No me importa si está «domesticado» o no. Pedirle que cargue un puente contra otros de su especie es pura idiotez. ¿Y si nos traiciona?

Gaz se encogió de hombros.

—Ya veremos si pasa.

—Pero…

—Déjalo, Teft —dijo Kaladin—. Tú, parshmenio, ven conmigo.

Se volvió para bajar por la colina. El parshmenio lo siguió, diligente. Teft maldijo y lo siguió también.

—¿Qué truco crees que tiene planeado? —preguntó Teft.

—Creo que es lo que dice. Una prueba para ver si pueden confiar a los parshmenios la carga de los puentes. Tal vez hará lo que le digan. O tal vez se niegue a correr, o intentará matarnos. Ella ganará de todas formas.

—¡Por el aliento de Kelek! —maldijo Teft—. Nuestra situación es más oscura que el estómago de un comecuernos. Esa mujer nos verá muertos, Kaladin.

—Lo sé.

Kaladin miró al parshmenio por encima del hombro. Tenía la cara un poco más ancha que la mayoría, pero a Kaladin todos le parecían iguales.

Los otros miembros del Puente Cuatro se habían alineado ya cuando Kaladin regresó. Miraron con sorpresa e incredulidad al parshmenio. Kaladin se detuvo ante ellos, con Teft a su lado y el

parshmenio detrás. Tenerlo a sus espaldas le inquietaba. Se hizo a un lado con disimulo. El parshmenio se quedó donde estaba, la mirada gacha, los hombros encogidos.

Kaladin miró a los demás. Habían comprendido lo que pasaba, y mostraban su hostilidad.

«Padre Tormenta —pensó Kaladin—. Hay algo peor en este mundo que ser un hombre de los puentes. Es ser un parshmenio de los puentes.» Los parshmenios podían costar más que la mayoría de los esclavos, pero lo mismo pasaba con los chulls. De hecho, la comparación era buena, porque los parshmenios eran tratados como animales.

Ver la reacción de los otros hizo a Kaladin compadecer a la criatura. Y eso hizo que se enfadara consigo mismo. ¿Siempre tenía que reaccionar de esta forma? Ese parshmenio era peligroso, una distracción para los otros hombres, un factor con el que no podían contar.

Un problema.

«Convierte un problema en una ventaja siempre que puedas…» Esas palabras las había dicho un hombre que solo se preocupaba por su pellejo.

«A la tormenta —pensó Kaladin—. Soy un imbécil. Un completo idiota. Esto no es lo mismo. En absoluto.»

—Parshmenio —preguntó—. ¿Tienes nombre?

El hombre negó con la cabeza. Los parshmenios rara vez hablaban. Podían hacerlo, pero había que pincharlos.

—Bueno, tendremos que llamarte algo. ¿Qué tal Shen?

El hombre se encogió de hombros.

—Muy bien, pues —le dijo Kaladin a los demás—. Este es Shen. Ahora es uno de nosotros.

—¿Un parshmenio? —preguntó Lopen, que holgazaneaba junto al barracón—. No me gusta, gancho. Fíjate cómo me mira.

—Nos matará cuando estemos dormidos —añadió Mosh.

—No, esto es buena cosa —dijo Cikatriz—. Lo pondremos a correr delante. Recibirá las flechas en vez de uno de nosotros.

Syl se posó en el hombro de Kaladin y miró al parshmenio. Sus ojos estaban llenos de pena.

«Si derrocaras a los ojos claros y pusieras en el poder a los tuyos,

los abusos seguirían produciéndose. Simplemente, los sufriría otra gente.»

Pero ese era un parshmenio.

«Tienes que hacer todo lo posible por seguir con vida…»

—No —dijo Kaladin—. Shen es uno de nosotros ahora. No me importa lo que fuera antes. No me importa lo que fuera ninguno de vosotros. Somos el Puente Cuatro. Y él también.

—Pero… —empezó a decir Cikatriz.

—No —dijo Kaladin—. No voy a tratarlo como los ojos claros nos tratan a nosotros, Cikatriz. Y no hay más que hablar. Roca, búscale un chaleco y unas sandalias.

Los hombres del puente se dispersaron, todos menos Teft.

—¿Qué hay de nuestros…, planes? —preguntó en voz baja.

—Seguiremos adelante —dijo Kaladin. Teft pareció incómodo—. ¿Qué va a hacer, Teft? —preguntó Kaladin—. ¿Delatarnos? Nunca he oído a un parshmenio decir más de una sola palabra seguida. Dudo que pueda actuar como espía.

—No sé —gruñó Teft—. Pero nunca me han gustado. Parece que pueden hablar unos con otros sin emitir sonido alguno. No me gusta su aspecto.

—Teft —dijo Kaladin llanamente—, si rechazáramos a los hombres de los puentes basándonos en su aspecto, te habríamos echado hace semanas por esa cara que tienes.

Teft gruñó. Luego sonrió.

—¿Qué pasa? —preguntó Kaladin.

—Nada. Es que…, por un momento me has recordado tiempos mejores. Antes de que te cayera esta tormenta encima. Eres consciente de las posibilidades ¿no? ¿De liberarnos, de escapar de un hombre como Sadeas?

Kaladin asintió solemnemente.

—Bien —dijo Teft—. Y ya que no te sientes inclinado a hacerlo, yo no le quitaré ojo a nuestro amigo «Shen». Podrás darme las gracias después de que le impida clavarte un cuchillo por la espalda.

—No creo que tengamos que preocuparnos.

—Eres joven. Yo soy viejo.

—¿Y eso te hace más sabio?

—Condenación, no —dijo Teft—. Lo único que demuestra es que tengo más experiencia estando vivo que tú. Lo vigilaré. Tú entrena al resto de este penoso grupo para… —Se calló y miró alrededor—. Para que no tropiecen unos con otros en el momento en que alguien los amenace. ¿Me entiendes?

Kaladin asintió. Aquello se parecía mucho a lo que le decía uno de sus antiguos sargentos. Teft insistía en no hablar del pasado de nadie, pero nunca había parecido tan abatido como los demás.

—Muy bien —dijo Kaladin—, asegúrate de que los hombres cuiden de su equipo.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Caminar. Y pensar.

Una hora más tarde, Kaladin seguía deambulando por el campamento de Sadeas. Tendría que volver al aserradero pronto: sus hombres tenían de nuevo servicio en el puente, y solo les habían dado unas pocas horas libres para cuidar del equipo.

De joven, Kaladin no comprendía por qué su padre salía a menudo a caminar para pensar. Cuanto más mayor se hacía, más imitaba sus costumbres. Caminar, moverse, afectaba de algún modo su mente. El paso constante de tiendas, alternancias de colores, hombres yendo y viniendo creaban una sensación de cambio, y eso hacía que sus pensamientos quisieran moverse también.

«No escatimes apuestas con tu vida, Kaladin —decía siempre Durk—. No pongas un chip cuando tienes una bolsa llena de marcos. Apuéstalo todo o deja la mesa.»

Syl bailaba ante él, saltando de hombro a hombro en medio de la calle abarrotada. De vez en cuando se posaba en la cabeza de alguien que venía de frente y se quedaba allí sentada, las piernas cruzadas, mientras pasaba ante Kaladin. Todas sus esferas estaban sobre la mesa. Estaba decidido a ayudar a los hombres del puente. Pero algo lo acuciaba, una preocupación que no podía explicar todavía.

—Pareces preocupado —dijo Syl, posándose en su hombro. Llevaba una gorra y una chaqueta sobre su vestido habitual, como imitando a los tenderos cercanos. Pasaron ante la tienda del boticario. Kaladin apenas se molestó en mirarla. No tenía savia de

matopomo que vender. Pronto se quedaría sin suministros.

Le había dicho a sus hombres que los entrenaría para luchar, pero eso llevaría tiempo. Y cuando estuvieran entrenados ¿cómo conseguirían lanzas en los abismos que los ayudaran a escapar? Hacerse con ellas sería difícil, considerando cómo los registraban. Podían empezar a luchar en la búsqueda misma, pero eso solo pondría en alerta al campamento entero.

Problemas, problemas. Cuanto más pensaba, más imposible parecían sus propósitos.

Se dirigió hacia un grupo de soldados de uniforme verde bosque.

Sus ojos marrones los señalaban como ciudadanos comunes, pero los nudos blancos de sus hombros decían que eran ciudadanos con cargo. Sargentos y jefes de pelotón.

—¿Kaladin? —preguntó Syl.

—Liberar a los hombres del puente es la tarea más grande a la que me he enfrentado jamás. Mucho más difícil que mis otros intentos de huida como esclavo, y fracasé todas esas veces. No puedo dejar de preguntarme si estoy preparando otro desastre.

—Esta vez será diferente, Kaladin —dijo Syl—. Lo noto.

—Parece algo que diría Tien. Antes de que lo preguntes, no voy a dejarme llevar de nuevo por la desesperación. Pero no puedo ignorar lo que me ha pasado. Empezó con Tien. Desde ese momento, parece que siempre que he elegido gente a la que proteger han acabado muertos. Siempre. Es suficiente para hacer que me pregunte si el Todopoderoso me odia.

Ella frunció el ceño.

—Creo que te portas como un necio. Además, si acaso, odiaría a la gente que murió, no a ti. Tú viviste.

—Supongo que es egoísmo centrarlo todo en mí. Pero, Syl, yo sobrevivo siempre, cuando casi nadie más lo hace. Una y otra vez. Mi antiguo pelotón de lanceros, la primera cuadrilla con la que corrí, numerosos esclavos a los que intenté ayudar a escapar. Hay una pauta. Cada vez me cuesta más trabajo ignorarla.

—Tal vez el Todopoderoso te protege.

Kaladin se detuvo en la calle. Un soldado que pasaba maldijo y lo empujó a un lado. Algo en toda esa conversación era un error. Kaladin se acercó a un barril de lluvia colocado entre dos recias

tiendas de paredes de piedra.

—Syl —dijo—. Has mencionado al Todopoderoso.

—Lo hiciste tú primero.

—Ignora eso ahora. ¿Crees en el Todopoderoso? ¿Sabes si existe realmente?

Syl ladeó la cabeza.

—No lo sé. Mmm. Bueno, hay muchas cosas que no sé. Pero esta debería saberla. Creo. ¿Tal vez? —Parecía muy perpleja.

—Yo no estoy seguro de si creo o no —dijo Kaladin, contemplando la calle—. Mi madre creía, y mi padre siempre hablaba con reverencia de los Heraldos. Creo que también creía, pero tal vez solo porque se dice que las tradiciones curativas proceden de los Heraldos. Los fervorosos nos ignoran a los hombres de los puentes. Cuando estaba en el ejército de Amaram, visitaban a los soldados, pero no he visto a ninguno por aquí. No he pensado mucho en el tema. No parece que creer ayudara nunca a ningún soldado.

—Entonces, si no crees, no hay ningún motivo para pensar que el Todopoderoso te odia.

—Excepto que si no hay ningún Todopoderoso, puede que haya otra cosa —dijo Kaladin—. No sé. Muchos de los soldados que conocí eran supersticiosos. Hablaban de cosas como la Antigua Magia y la Vigilante Nocturna, cosas que podían traer mala suerte. Yo me burlaba de ellos. ¿Pero cuánto tiempo puedo seguir ignorando esa posibilidad? ¿Y si todos estos fracasos pueden achacarse a algo así?

Syl parecía perturbada. La gorra y la chaqueta que llevaba puestas se disolvieron en bruma, y se abrazó como si sus comentarios le provocaran frío.

Odium reina…

—Syl —dijo él, recordando su extraño sueño—. ¿Has oído hablar de algo llamado Odium? No me refiero al sentimiento, sino a…, una persona o algo llamado por ese nombre.

Syl siseó de repente. Fue un sonido feroz, preocupante. Saltó de su hombro, convirtiéndose en una veta de luz, y se ocultó bajo los aleros del edificio de al lado.

Kaladin parpadeó.

—¿Syl? —dijo, llamando la atención de dos lavanderas que pasaban. La spren no volvió a aparecer. Kaladin cruzó los brazos. La palabra la había espantado. ¿Por qué?

Una intensa serie de imprecaciones interrumpió sus pensamientos. Kaladin dio media vuelta y vio a un hombre salir de un hermoso edificio de piedra al otro lado de la calle. Empujaba ante él a una mujer medio desnuda. El hombre tenía brillantes ojos azules, y su guerrera, que llevaba en un brazo, tenía en el hombro nudos rojos. Un oficial ojos claros, de no muy alto rango. Tal vez séptimo dahn.

La mujer cayó al suelo. Se agarró el escote abierto del vestido, llorando, el largo pelo negro atado con dos lazos rojos. El vestido era de mujer ojos claros, excepto que ambas mangas eran cortas, la mano segura al descubierto. Una cortesana.

El oficial continuó injuriando mientras se ponía la guerrera. No la abotonó. En cambio, dio un paso adelante y le dio a la prostituta una patada en el vientre. La mujer jadeó, los dolospren brotaron del suelo y se congregaron a su alrededor. Nadie en la calle se detuvo, aunque la mayoría apretó el paso, las cabezas gachas.

Kaladin gruñó, saltó y se abrió paso entre un grupo de soldados. Entonces se detuvo. Tres hombres de azul salieron de la multitud y se situaron entre la mujer caída y el oficial de rojo. Solo uno era ojos claros, a juzgar por los nudos de sus hombros. Nudos dorados. Un oficial de alto rango, en efecto, segundo o tercer dahn. Obviamente no pertenecían al ejército de Sadeas, no con aquellas guerreras bien planchadas.

El oficial de Sadeas vaciló. El oficial de azul detuvo la mano en el pomo de su espada. Los otros dos empuñaban finas alabardas con brillantes cabezas de media luna.

Un grupo de soldados de rojo salió de entre la multitud y empezó a rodear a los de azul. El aire se volvió tenso, y Kaladin advirtió que la calle, bulliciosa unos momentos antes, se vaciaba rápidamente. Prácticamente se había quedado allí solo, el único que miraba a los tres hombres de azul, rodeados ahora por siete de rojo. La mujer seguía en el suelo, lloriqueando. Se agazapó junto al oficial de azul.

El hombre que la había golpeado, un bruto de pobladas cejas

con una maraña de pelo negro despeinado, empezó a abotonarse el lado derecho de la guerrera.

—No pertenecéis a este lugar, amigos. Parece que os habéis equivocado de campamento.

—Tenemos asuntos legítimos —dijo el oficial de azul. Tenía el pelo dorado, moteado de negro alezi, y un rostro atractivo. Tendió la mano como si deseara estrechársela al oficial de Sadeas—. Vamos —dijo afablemente—. Sea cual sea tu problema con esta mujer, estoy seguro de que puede resolverse sin ira ni violencia.

Kaladin retrocedió hacia el alero donde se había escondido Syl.

—Es una puta —dijo el hombre de Sadeas.

—Eso ya lo veo —replicó el hombre de azul. Mantuvo la mano tendida.

El oficial de rojo la escupió.

—Comprendo —dijo el rubio. Retiró la mano, y líneas retorcidas de bruma se congregaron en el aire, solidificándose en sus manos mientras las alzaba en postura ofensiva. Apareció una enorme espada, tan larga como la altura del hombre.

Goteaba agua que se había condensado en su fría y titilante longitud. Era hermosa, larga y sinuosa, su único filo ondulado como una anguila y curvado hacia la punta. La parte trasera tenía delicadas protuberancias, como formaciones cristalinas.

El oficial de Sadeas retrocedió y cayó, la cara pálida. Los soldados de rojo se dispersaron. El oficial los maldijo (la maldición más vil que Kaladin había oído jamás), pero ninguno volvió para ayudarlo. Con una última mirada de odio, volvió a subir los escalones del edificio.

La puerta se cerró, dejando la calle extrañamente en silencio. Kaladin era la única persona presente además de los soldados de azul y la cortesana caída. El portador de esquirlada lo miró, pero obviamente juzgó que no era ninguna amenaza. Clavó la espada en las piedras; la hoja se hundió con facilidad y se quedó allí, con la empuñadura mirando al cielo.

El joven portador le tendió la mano a la prostituta caída.

—Por curiosidad, ¿qué le has hecho?

Vacilante, ella aceptó su mano y permitió que la ayudara a ponerse en pie.

—Se negó a pagar, diciendo que su reputación hacía que fuera un placer para mí. —Hizo una mueca—. Me dio la primera patada después de que yo hiciera un comentario sobre su «reputación». Al parecer no era tal como él creía.

El brillante señor se echó a reír.

—Te sugiero que insistas en que te paguen primero a partir de ahora. Te escoltaremos a la frontera. Te aconsejo que no regreses en un tiempo al campamento de Sadeas.

La mujer asintió, todavía sujetándose la parte frontal del vestido. Su mano segura seguía al descubierto. Delgada, con piel bronceada, los dedos largos y delicados. Kaladin se quedó mirándola, y al advertirlo se ruborizó. Ella se acercó al brillante señor mientras sus dos camaradas vigilaban la calle, las alabardas preparadas. Incluso con el pelo despeinado y el maquillaje corrido, era bastante bonita.

—Gracias, brillante señor. ¿Quizá podría interesarte? No te cobraría nada.

El joven brillante señor alzó una ceja.

—Tentador —dijo—, pero mi padre me mataría. Es un poco anticuado.

—Una lástima —dijo la mujer, apartándose de él y cubriéndose torpemente el pecho mientras se metía la mano en la manga. Sacó un guante para su mano segura—. ¿Tu padre es bastante remilgado, entonces?

—Podríamos decir que sí —el brillante señor se volvió hacia Kaladin—. Eh, chico del puente.

¿Chico del puente? Este noble parecía solo unos pocos años mayor que Kaladin.

—Corre a ver al brillante señor Reral Makoram —dijo exportador, lanzándole algo. Una esfera. Chispeó a la luz antes de que Kaladin la capturara—. Está en el Sexto Batallón. Dile que Adolin Kholin no irá a la reunión de hoy. Le enviaré noticias para celebrarla en otro momento.

Kaladin miró la esfera. Un chip de esmeralda. Más de lo que él ganaba normalmente en dos semanas. Alzó la cabeza. El joven brillante señor y sus dos hombres se marchaban ya, seguidos por la prostituta.

—Corriste a ayudarla —dijo una voz. Al levantar la vista vio a

Syl que flotaba hasta posarse en su hombre—. Ha sido muy noble de tu parte.

—Los otros llegaron primero —respondió Kaladin. «Y uno de ellos era un ojos claros, nada menos. ¿Qué le importaba?»

—De todas formas, trataste de ayudar.

—Una tontería. ¿Qué habría hecho? ¿Pelear con un ojos claros? Eso me habría echado encima a la mitad de los soldados del campamento, y la prostituta habría recibido una paliza aún mayor por provocar un altercado semejante. Podría haber acabado muerta por mi culpa.

Guardó silencio. Eso se parecía mucho a lo que había estado diciendo antes.

No podía ceder a la suposición de que estaba maldito, o tenía mala suerte, o lo que fuera. La superstición nunca llevaba a ninguna parte. Pero tenía que admitir que la pauta era preocupante. Si actuaba como siempre, ¿cómo podía esperar resultados diferentes? Tenía que intentar algo nuevo. Cambiar, de algún modo. Esto iba a requerir algo más que pensar.

Kaladin empezó a regresar al aserradero.

—¿No vas a hacer lo que pidió el brillante señor? —dijo Syl. No mostraba ningún efecto duradero de su súbito miedo; era como si quisiera fingir que no había sucedido.

—¿Después de la forma en que me ha tratado? —replicó Kaladin.

—No fue tan mala.

—No voy a inclinarme ante ellos —dijo Kaladin—. Estoy harto de correr a su capricho solo porque quieren que lo haga. Si tanto le preocupa el mensaje, debería haber esperado a asegurarse de que yo estaba dispuesto a obedecer.

—Aceptaste su esfera.

—Ganada con el sudor de los ojos oscuros a los que explota.

Syl guardó silencio un momento.

—Esta oscuridad que hay en ti cuando hablas me asusta, Kaladin. Dejas de ser tú mismo cuando piensas en los ojos claros.

Él no respondió; tan solo continuó su camino. No le debía nada a aquel brillante señor, y además, tenía órdenes de volver al aserradero.

Pero el hombre había intervenido para proteger a la mujer.

«No —se dijo Kaladin—, solo buscaba un modo de avergonzar a uno de los oficiales de Sadeas. Todo el mundo sabe que hay tensión entre los campamentos.»

Y eso fue todo lo que se permitió pensar sobre el tema.



UN AÑO ANTES

Kaladin volvió la piedra entre sus dedos, dejando que las facetas de cuarzo suspendido captaran la luz. Estaba apoyado en un gran peñasco, un pie contra la roca, la lanza a su lado.

La piedra captó la luz, haciéndola girar con distintos colores, dependiendo de la dirección en la que la volviera. Los hermosos y diminutos cristales titilaban, como las ciudades hechas de gemas que se mencionaban en los cuentos.

A su alrededor, el ejército del alto mariscal Amaram se disponía a la batalla. Seis mil hombres afilaban sus lanzas o se colocaban las armaduras de cuero. El campo de batalla estaba cerca y, sin ninguna alta tormenta a la espera, el ejército había pasado la noche en sus tiendas.

Habían pasado casi cuatro años desde que se unió al ejército de Amaram aquella noche lluviosa. Cuatro años. Y una eternidad.

Los soldados corrían de un lado a otro. Algunos saludaban a Kaladin con la mano o a viva voz. Él les respondió asintiendo, se guardó la piedra en el bolsillo, y se cruzó de brazos a la espera. No muy lejos, el estandarte de Amaram ondeaba ya, un campo burdeos blasonado con un glifopar verde oscuro en forma de espinablanca con los colmillos alzados. *Merem* y *khan*, honor y determinación. El estandarte ondeaba ante el sol naciente, y el frío de la mañana empezaba a dar paso al calor del día.

Kaladin miró al este, hacia la casa a la que nunca podría

regresar. Lo había decidido meses atrás. Su alistamiento terminaría dentro de semanas, pero se enrolaría de nuevo. No podía enfrentarse a sus padres después de haber roto la promesa de proteger a Tien.

Un fornido soldado ojos oscuros corrió hacia él, con un hacha atada a la espalda, nudos blancos en los hombros. El arma no estándar era un privilegio por ser jefe de pelotón. Gare tenía brazos carnosos y una tupida barba negra, aunque había perdido una gran parte del cuero cabelludo del lado derecho de la cabeza. Lo seguían dos de sus sargentos, Nalem y Korabet.

—Kaladin —dijo Gare—. ¡Padre Tormenta, hombre! ¿Por qué me molestas? ¡Un día de batalla!

—Soy bien consciente de lo que nos espera, Gare —dijo Kaladin, todavía cruzado de brazos. Varias compañías estaban formando filas ya. Dallet se encargaría de que el pelotón de Kaladin lo hiciera también. En primera línea, habían decidido. Su enemigo, un ojos claros llamado Hallaw, era aficionado a las descargas a distancia. Habían combatido a sus hombres varias veces antes. Una de esas ocasiones había quedado grabada a fuego en la memoria y el alma de Kaladin.

Se había unido al ejército de Amaram esperando defender las fronteras alezi…, y eso hacía. Contra otros alezi. Terratenientes menores que buscaban rebañar trozos de las tierras del alto príncipe Sadeas. De vez en cuando, los ejércitos de Amaram intentaban apoderarse de territorios de otros altos príncipes, tierras que Amaram sostenía que pertenecían a Sadeas y habían sido robadas años antes. Kaladin no sabía cómo interpretar aquello. De todos los ojos claros, Amaram era el único en quien confiaba. Pero parecía que estaban haciendo lo mismo que los ejércitos a los que combatían.

—¿Kaladin? —preguntó Gare, impaciente.

—Tienes algo que quiero —dijo Kaladin—. Un nuevo recluta, el que vino ayer mismo. Galán dice que se llama Cenn.

Gare hizo una mueca.

—¿Se supone que tengo que jugar contigo a este juego ahora? Habla conmigo después de la batalla. Si el chico sobrevive, tal vez te lo dé.

Se volvió para marcharse, seguido de sus subalternos. Kaladin se irguió y recogió su lanza. El movimiento detuvo a Gare en seco.

—No va a ser ningún problema para ti —dijo Kaladin tranquilamente—. Envía al chico a mi pelotón. Acepta tu paga. Quédate callado. —Tendió una bolsa de esferas.

—¿Y si no quiero venderlo? —dijo Gare, volviéndose.

—No lo estás vendiendo. Me lo estás transfiriendo.

Gare miró la bolsa.

—Bueno, tal vez no me guste que todo el mundo haga lo que les dices. No me importa lo bueno que seas con la lanza. Mi pelotón es mío.

—No voy a darte más, Gare —dijo Kaladin, dejando caer la bolsa al suelo. Las esferas tintinearon—. Los dos sabemos que el chico es inútil para ti. Sin formación, mal equipado, demasiado pequeño para ser un buen soldado de primera línea. Envíamelo.

Kaladin se dio la vuelta y empezó a marcharse. Segundos después, oyó un tintineo cuando Gare recuperó la bolsa.

—No se puede reprochar a un hombre el intentarlo.

Kaladin siguió andando.

—¿Qué significan esos reclutas para ti, de todas formas? —preguntó Gare a sus espaldas—. ¡La mitad de tu pelotón está compuesto por hombres demasiado pequeños para luchar bien! ¡Casi parece que quieres que los maten!

Kaladin lo ignoró. Atravesó el campamento, saludando a los que lo saludaban. La mayoría se apartó de su camino, bien porque lo conocían y lo respetaban o porque habían oído hablar de su reputación. El jefe de pelotón más joven del ejército, solo cuatro años de experiencia y ya al mando. Un ojos oscuros tenía que viajar a las Llanuras Quebradas para ascender.

El campamento era un caos de soldados corriendo con preparativos de último minuto. Más y más compañías se congregaban en primera línea, y Kaladin pudo ver al enemigo formando en la hondonada al otro lado del campo, al oeste.

El enemigo. Así era como lo llamaban. Y sin embargo cada vez que había una disputa fronteriza de verdad con los veden o los reshi, esos hombres se alineaban con las tropas de Amaram y luchaban juntos. Era como si la Vigilante Nocturna jugueteara con

ellos, practicando algún juego de azar prohibido, colocando de vez en cuando a los hombres en su tablero como aliados, y luego disponiendo que se mataran unos a otros al día siguiente.

No era cosa que tuvieran que pensar los lanceros. Eso le habían dicho. Repetidamente. Debía escuchar, ya que su deber era mantener su pelotón con vida lo mejor que pudiera. Ganar era secundario. «No se puede matar para proteger…»

Encontró fácilmente el puesto del cirujano; pudo oler los antisépticos y los pequeños fuegos encendidos. Esos olores le recordaron su juventud, que ahora parecía tan, tan lejana. ¿De verdad que había planeado ser cirujano? ¿Qué les habría pasado a sus padres? ¿Y a Roshone?

Ahora ya no importaba. Les había enviado la noticia a través de las escribas de Amaram, una escueta nota que le había costado una semana de sueldo. Ellos sabían que había fracasado, y sabían que no pretendía regresar. No hubo respuesta.

Ven era el jefe de los cirujanos, un hombre alto de nariz hinchada y cara larga. Estaba viendo cómo sus aprendices doblaban vendas. Kaladin pensó una vez en dejarse herir para unirse a ellos: todos los aprendices tenían alguna incapacitación que les impedía luchar. Pero no había podido hacerlo. Herirse a sí mismo parecía una cobardía. Además, la cirugía era su antigua vida. En cierto modo, ya no se la merecía.

Kaladin sacó de su cinturón una bolsa de esferas, con intención de lanzársela a Ven. La bolsa, sin embargo, se atascó, negándose a soltarse del cinturón. Kaladin maldijo, dando un traspiés mientras tiraba de ella. La bolsa se liberó de repente, haciendo que perdiera de nuevo el equilibrio. Una forma blanca translúcida salió despedida, girando con aire descuidado.

—Malditos vientospren —dijo Kaladin. Eran comunes en estas llanuras rocosas.

Continuó su camino hacia el pabellón quirúrgico, donde le lanzó la bolsa de esferas a Ven. El alto cirujano la capturó al vuelo, haciéndola desaparecer en un bolsillo de su voluminosa túnica blanca. El soborno aseguraría que los hombres de Kaladin fueran los primeros en ser atendidos en el campo de batalla, siempre y cuando no hubiera ningún ojos claros que necesitara la atención.

Era hora de unirse al resto de sus hombres. Echó a correr, la lanza en la mano. Nadie le decía nada por llevar pantalones bajo su falda de cuero de lancero, algo que hacía para que sus hombres pudieran reconocerlo desde atrás. De hecho, a nadie le importaba nada hoy en día. Eso todavía le parecía extraño, después de tantas batallas libradas en sus primeros años en el ejército.

Seguía sin sentir que encajara en aquel lugar. Su reputación lo apartaba, ¿pero qué podía hacer? Impedía que sus hombres fueran molestados, y después de varios años de tratar con un desastre tras otro, por fin podía detenerse y pensar.

No estaba seguro de que le gustara. Últimamente pensar había demostrado ser peligroso. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que sacó aquella piedra y pensó en Tien y en casa.

Se dirigió a las primeras filas, donde divisó a sus hombres en el lugar que les había dicho.

—Dallet —llamó Kaladin mientras corría hacia el enorme lancero que era el sargento del pelotón—. Pronto tendremos un recluta nuevo. Necesito que…

Se interrumpió. Un joven, tal vez de unos catorce años, acompañaba a Dallet. Se le veía diminuto con su armadura de lancero.

Kaladin sintió un destello de nostalgia. Otro muchacho, este con rostro familiar, empuñando una lanza que supuestamente no necesitaba. Dos promesas rotas a la vez.

—Llegó hace unos minutos, señor —dijo Dallet—. Lo he estado preparando.

Kaladin se estremeció. Tien estaba muerto. Pero, Padre Tormenta, este nuevo chico se parecía mucho a él.

—Bien hecho —le dijo a Dallet, obligándose a no mirar a Cenn —. Pagué un buen dinero para apartar a ese chico de Gare. Ese hombre es tan incompetente que podría acabar luchando por el otro bando.

Dallet gruñó, mostrando su acuerdo. Los hombres sabrían qué hacer con Cenn.

«Muy bien, vamos a ello», pensó Kaladin, escrutando el campo de batalla en busca de un buen lugar para que sus hombres defendieran el terreno.

Había oído historias de los soldados que luchaban en las Llanuras Quebradas. Los soldados de verdad. Si mostrabas suficiente potencial luchando en estas disputas fronterizas, te enviaban allí. Se suponía que era más seguro: muchos más soldados, pero menos batallas. Así que Kaladin quería llevar a su pelotón allí lo antes posible.

Consultó con Dallet y escogieron un lugar donde situarse. Al poco sonaron los cuernos.

El pelotón de Kaladin cargó.

—¿Dónde está el chico? —preguntó Kaladin, arrancando su lanza de un hombre de uniforme marrón. El solado enemigo cayó al suelo, gimiendo—. ¡Dallet!

El fornido sargento estaba luchando. No pudo volverse para reconocer el grito.

Kaladin maldijo y escrutó el caótico campo de batalla. Las lanzas golpeaban los escudos, la carne, el cuero; los hombres gritaban y chillaban. Los dolospren pululaban por el suelo, como pequeñas manos anaranjadas o trozos de tejidos, alzándose del suelo entre la sangre de los caídos.

El pelotón de Kaladin estaba completo, con los heridos protegidos en el centro. Todos menos el chico nuevo. Tien.

«Cenn —pensó Kaladin—. Se llama Cenn.»

Vio un destello verde en mitad del marrón del enemigo. Una voz aterrorizada se abrió paso de algún modo entre la conmoción. Era él.

Kaladin salió de la formación, provocando un grito de sorpresa en Larn, que había estado luchando a su lado. Kaladin esquivó una lanza enemiga, abriéndose paso por el terreno rocoso y saltando por encima de los cadáveres.

Cenn había sido derribado y alzaba la lanza. Un soldado enemigo la apartó de un golpe.

«No.»

Kaladin bloqueó el golpe, desviando la lanza enemiga y abalanzándose hasta detenerse delante de Cenn. Había seis lanceros aquí, todos vestidos de marrón. Kaladin se desplazó entre ellos con un salvaje ataque. Su lanza parecía moverse por propia voluntad. Zancadilleó a un hombre, derribó a otro lanzándole un cuchillo.

Era como agua que corre montaña abajo, fluyendo, siempre en movimiento. Las lanzas destellaban en el aire a su alrededor, los mangos siseando de pura velocidad. Ninguna lo alcanzó. No podía ser detenido, no cuando se sentía así. Cuando tenía la energía para defender al caído, el poder de alzarse para proteger a uno de sus hombres.

Kaladin colocó su lanza en posición de descanso, agachado con un pie hacia delante, el otro atrás, la lanza bajo el brazo. El sudor le corría por la frente, enfriado por la brisa. Qué extraño. No soplaba brisa antes. Ahora parecía envolverlo.

Los seis lanceros yacían muertos o incapacitados. Kaladin inspiró y espiró una vez, luego se volvió a atender la herida de Cenn. Dejó caer la lanza a su lado y se arrodilló. El corte no era demasiado grave, aunque era probable que doliera terriblemente.

Kaladin sacó una venda y dirigió al campo de batalla una rápida mirada. Cerca, un soldado enemigo se agitó, pero estaba tan malherido que no representaría ningún problema. Dallet y el resto del grupo de Kaladin despejaban la zona de enemigos rezagados. No demasiado lejos, un ojos claros enemigo de alto rango reunía a un pequeño grupo de soldados para un contraataque. Llevaba armadura completa. No una armadura esquirlada, naturalmente, sino de acero plateado. Un hombre rico, a juzgar por su caballo.

En un segundo, Kaladin volvió a atender la pierna de Cenn, aunque no quitó ojo al soldado enemigo herido.

—¡Kaladin, señor! —exclamó Cenn, señalando al soldado, que se había movido. ¡Padre Tormenta! ¿Acababa de ver el chico al soldado? ¿Habían sido los sentidos de Kaladin alguna vez tan obtusos como los de este muchacho?

Dallet apartó al enemigo herido. El resto del pelotón formó un círculo en torno a Kaladin, Dallet y Cenn. Kaladin terminó su vendaje, y luego se levantó y recogió su lanza.

Dallet le devolvió sus cuchillos.

—Me preocupaste, señor. Al echar a correr de esa manera.

—Sabía que me seguiríais —respondió Kaladin—. Iza el estandarte rojo. Cyn, Korater, vais a volver con el chico. La línea de Amaram se dirige hacia aquí. Pronto deberíamos estar a salvo.

—¿Y tú, señor? —preguntó Dallet.

No muy lejos, el ojos claros no había conseguido congregar suficientes soldados. Estaba al descubierto, como una piedra que deja atrás un río que se seca.

—Un portador de esquirlada —dijo Cenn.

Dallet bufó.

—No, gracias al Padre Tormenta. Solo un oficial ojos claros. Los portadores son demasiado valiosos para desperdiciarlos en una disputa fronteriza menor.

Kaladin apretó la mandíbula, observando a aquel guerrero ojos claros. Cuan poderoso debía considerarse aquel hombre, a lomos de su hermoso caballo, a salvo de los lanceros por su majestuosa armadura y su alta montura. Blandía su maza, matando a aquellos que se le acercaban.

Estas escaramuzas las causaban gente como él, avariciosos ojos claros de poca monta que trataban de robar tierra mientras hombres mejores estaban lejos, combatiendo a los parshendi. Su clase tenía muchísimas menos bajas que los lanceros, y por eso las vidas bajo su mando se volvían despreciables.

Cada vez más, a lo largo de los años, todos y cada uno de estos indignos ojos claros habían acabado por representar a Roshone a ojos de Kaladin. Solo Amaram era distinto. Amaram, que había tratado al padre de Kaladin tan bien, prometiendo mantener a salvo a Tien. Amaram, que siempre hablaba con respeto, incluso a los bajos lanceros. Era como Dalinar y Sadeas. No este rifirrafe.

Naturalmente, Amaram no había logrado proteger a Tien. Pero tampoco había podido hacerlo Kaladin.

—¿Señor? —preguntó Dallet, vacilante.

—Subpelotones dos y tres, formación de pinza —dijo Kaladin fríamente, señalando al ojos claros enemigo—. Vamos a arrancar a un brillante señor de su trono.

—¿Estás seguro de que es aconsejable, señor? —preguntó Dallet —. Tenemos heridos.

Kaladin se volvió hacia Dallet.

—Es uno de los oficiales de Hallaw. Podría ser él.

—Eso no lo sabes, señor.

—De cualquier forma, es señor de un batallón. Si matamos a un oficial tan alto, tendremos garantizado estar en el siguiente grupo

que envíen a las Llanuras Quebradas. Lo abatiremos. Imagínate, Dallet. Soldados de verdad. Un campamento de guerra con disciplina y ojos claros con integridad. Un lugar donde nuestros combates sirvan de algo.

Dallet suspiró, pero asintió. A una seña de Kaladin, dos subpelotones se le unieron, tan ansiosos como él. ¿Odiaban a estos remilgados ojos claros por sí mismos, o se habían contagiado de él?

El brillante señor fue sorprendentemente fácil de abatir. El problema con ellos, casi constante, era que subestimaban a los ojos oscuros. Tal vez este tenía derecho. ¿A cuántos había matado en sus años de soldado?

El subpelotón tres repelió a la guardia de honor. El subpelotón dos distrajo al ojos claros. No vio a Kaladin aproximarse desde una tercera dirección. El hombre cayó con un cuchillo en el ojo: llevaba la cara desprotegida. Gritó al caer al suelo, todavía vivo. Kaladin le clavó la lanza en el rostro, golpeando tres veces mientras el caballo huía al galope.

La guardia de honor del hombre se dejó llevar por el pánico y huyó para reunirse con su ejército. Kaladin hizo una indicación a los dos subpelotones golpeando su lanza contra el escudo, dando la señal de «aguantar la posición». Ellos se desplegaron, y el bajo Toorim (un hombre a quien Kaladin había rescatado de otro pelotón) hizo como si confirmara que el ojos claros estaba muerto. En realidad buscaba esferas.

Robar a los muertos estaba rigurosamente prohibido, pero Kaladin pensaba que si Amaram quería los despojos, bien podría venir a matar al enemigo en persona. Kaladin lo respetaba más que a la mayoría (bueno, más que a cualquiera) de los ojos claros. Pero los sobornos no eran baratos.

Toorim se acercó a él.

—Nada, señor. O bien no ha traído sus esferas a la batalla, o las tiene escondidas bajo el peto.

Kaladin asintió cortante mientras escrutaba el campo de batalla. Las fuerzas de Amaram se estaban recuperando: ganarían dentro de un rato. De hecho, Amaram estaría probablemente ahora liderando un ataque directo contra el enemigo. Generalmente entraba en la batalla al final.

Kaladin se secó la frente. Tendría que mandar llamar a Norby, su capitán, para que atestiguara la muerte del ojos claros. Primero necesitaba que aquellos médicos les…

—¡Señor! —dijo Toorim de pronto.

Kaladin se volvió a mirar las líneas enemigas.

—¡Padre Tormenta! —exclamó Toorim—. ¡Señor!

Toorim no miraba las líneas enemigas. Kaladin dio media vuelta y miró las líneas amigas. Allí, abriéndose paso entre los soldados en un caballo del color de la misma muerte, vio una imposibilidad.

El hombre llevaba una brillante armadura dorada. Una armadura dorada perfecta, como si esta fuera la que todas las demás armaduras pretendieran imitar. Cada pieza encajaba a la perfección; no había agujeros que mostraran correas o cuero. El jinete parecía enorme, poderoso. Como un dios que portara una espada majestuosa que habría resultado demasiado grande para ser utilizada. Estaba grabada y marcada, con forma de llamas en movimiento.

—Padre Tormenta… —jadeó Kaladin.

El portador de esquirlada salió de entre las líneas de Amaram. Había estado cabalgando entre ellas, abatiendo hombres a su paso. Durante un breve instante, la mente de Kaladin se negó a reconocer que esta criatura, esta hermosa…, divinidad, pudiera ser un enemigo. El hecho de que el portador hubiera surgido de entre sus filas reforzaba esa ilusión.

La confusión de Kaladin duró hasta el momento en que el portador arroyó a Cenn, la hoja esquirlada cayó y cortó la cabeza de Dallet con un limpio y único golpe.

—¡No! —gritó Kaladin—. ¡No!

El cuerpo de Dallet cayó al suelo, los ojos parecieron captar la luz, y surgió humo de ellos. El portador abatió a Cyn y arroyó a Lyndel antes de seguir adelante. Lo hizo con tranquilidad, como una mujer que se para a limpiar una mancha en la mesa.

—¡No! —gritó Kaladin, cargando hacia sus hombres caídos. ¡No había perdido a nadie en esta batalla! ¡Iba a protegerlos a todos!

Cayó de rodillas junto a Dallet, soltando la lanza. Pero el corazón no le latía, y aquellos ojos apagados… Estaba muerto. La pena amenazó con abrumar a Kaladin.

«¡No! ¡Salva a los que puedas!», dijo la parte de su mente entrenada por su padre.

Se volvió hacia Cenn. El muchacho había recibido un pisotón del caballo en el pecho y tenía el esternón hundido y las costillas rotas. Jadeaba, los ojos vueltos hacia arriba, pugnando por respirar. Kaladin sacó una venda. Entonces se detuvo y la miró. ¿Una venda? ¿Para curar un pecho aplastado?

Cenn dejó de gemir. Tuvo una convulsión, los ojos todavía abiertos.

—¡Él observa! —susurró el muchacho—. El flautista negro en la noche. Nos tiene en su mano… ¡Y toca una canción que ningún hombre puede oír!

Los ojos de Cenn se vidriaron. Dejó de respirar.

Lyndel tenía la cara aplastada. Los ojos de Cyn humeaban, y tampoco respiraba. Kaladin se arrodilló en la sangre de Cenn, horrorizado, mientras Toorim y los dos subpelotones formaban a su alrededor, tan aturdidos como él mismo.

«Esto no es posible. Yo… yo…».

Gritos.

Kaladin alzó la mirada. El estandarte verde y burdeos de Amaram huía al sur. El portador de esquirlada se había abierto paso a través del pelotón de Kaladin y se dirigía hacia aquel estandarte. Los lanceros huían en desbandada, gritando, dispersándose ante el portador.

La ira ardió en el interior de Kaladin.

—¿Señor? —preguntó Toorim.

Kaladin recogió su lanza y se puso en pie. Tenía las rodillas empapadas de sangre de Cenn. Sus hombres lo miraron, confusos, preocupados. Permanecían firmes en medio del caos; por lo que Kaladin podía decir, eran los únicos que no huían. El portador de esquirlada había convertido las filas en nada.

Kaladin alzó la lanza al aire y entonces echó a correr. Sus hombres lanzaron un grito de guerra, ocuparon su posición tras él y cruzaron a la carga la llanura rocosa. Lanceros con uniformes bicolores se apartaron, arrojando lanzas y escudos.

Kaladin avivó el paso, de tal modo que su pelotón apenas pudo seguir el ritmo de sus piernas. Por delante, justo ante el portador,

un grupo de verde se dispersó y echó a correr. Era la guardia de honor de Amaram. Al enfrentarse a un portador de esquirlada, abandonaron su puesto. El propio Amaram era un hombre solitario en un caballo que retrocedía. Llevaba una armadura plateada que parecía corriente comparada con la armadura esquirlada.

El pelotón de Kaladin cargó contra la riada del ejército, una cuña de soldados en dirección contraria. Los únicos que iban en dirección contraria. Algunos de los hombres que huían se detuvieron cuando pasó de largo, pero ninguno se le unió.

Por delante, el portador alcanzó a Amaram rebasándolo. Con un mandoble de la hoja, el portador cortó el pescuezo de la montura de Amaram, cuyos ojos ardieron convertidos en dos grandes pozos. El caballo se desplomó, entre estertores, con Amaram todavía montado en su silla.

El portador hizo volverse a su caballo en un apretado círculo, y luego desmontó a toda velocidad. Golpeó el suelo con un sonido rechinante, consiguiendo de algún modo permanecer erecto, hasta detenerse.

Kaladin redobló su velocidad. ¿Corría para obtener venganza, o intentaba proteger a su alto mariscal, el único ojos claros que había mostrado alguna vez una pequeña brizna de humanidad? ¿Importaba?

Amaram se debatió con su pesada armadura, el cadáver del caballo sobre su pierna.

El portador alzó su espada con las dos manos para acabar con él. Atacándolo desde atrás, Kaladin gritó y golpeó con la culata de su lanza, poniendo impulso y músculo tras el golpe. El asta de la lanza se rompió contra la pierna del portador con una lluvia de lascas de madera.

La sacudida derribó a Kaladin, los brazos temblando, la lanza rota aún entre las manos. El portador de esquirlada se tambaleó y bajó su espada. Volvió hacia Kaladin el rostro cubierto por el yelmo, indicando una sorpresa total.

Los veinte hombres restantes del pelotón de Kaladin llegaron un segundo después, atacando con vigor. Kaladin pudo ponerse en pie y corrió a por la lanza de un soldado caído. Arrojó la lanza rota después de sacar uno de sus cuchillos de su vaina, arrancó del suelo

la nueva y se volvió entonces al ver que sus hombres atacaban como les había enseñado. Llegaron al enemigo por tres direcciones, embistiendo con las lanzas contra las juntas de la armadura. El portador miró alrededor, como un hombre puede ver con diversión a una camada de cachorritos que ladra a su alrededor. Ni una sola de las lanzadas pareció penetrar su armadura. Sacudió la cabeza.

Entonces golpeó.

La hoja esquirlada trazó un amplio arco, descargando una serie de mortíferos golpes que alcanzaron a diez de los lanceros.

Kaladin se quedó paralizado de horror mientras Toorim, Acis, Hamel y siete más caían al suelo, los ojos ardiendo, las armas y armaduras completamente atravesadas. Los lanceros restantes retrocedieron, atónitos.

El portador atacó de nuevo y mató a Raksha, Navar, y cuatro más. Kaladin quedó boquiabierto. Sus hombres (sus amigos) muertos, así de sencillo. Los cuatro últimos echaron a correr. Hab tropezó con el cadáver de Torrim y cayó al suelo y soltó la lanza.

El portador de esquirlada los ignoró, y se volvió de nuevo hacia el atrapado Amaram.

«No —pensó Kaladin—. ¡No, no. Nooo!». Algo lo impulsó hacia delante, contra toda lógica, contra todo sentido. Asqueado, dolorido, airado.

La hondonada donde luchaban estaba vacía, menos ellos. Los lanceros sensatos habían huido. Sus cuatro hombres restantes llegaron al risco cercano, pero no huyeron. Lo llamaron.

—¡Kaladin! —chilló Reesh—. ¡Kaladin, no!

Kaladin, en cambio, gritó. El portador lo vio, y se volvió de forma imposiblemente rápida, blandiendo su arma. Kaladin se agachó y golpeó con la culata de su lanza la rodilla del hombre.

Rebotó. Kaladin maldijo y saltó atrás justo cuando la espada cortaba el aire ante él. Saltó y se lanzó hacia delante. Lanzó una experta acometida contra el cuello de su enemigo. La gola repelió el ataque. La lanza de Kaladin apenas arañó la pintura de la coraza.

El portador se volvió hacia él, empuñando su hoja con ambas manos. Kaladin retrocedió, poniéndose fuera del alcance de aquella increíble espada. Amaram había conseguido liberarse, y trataba de alejarse reptando, arrastrando una pierna. Fracturas múltiples, por

el ángulo.

Kaladin se detuvo, se dio la vuelta, observó al portador. Este ser no era ningún dios. Era todo lo que representaban los ojos claros más repugnantes. La capacidad de matar a personas como Kaladin con impunidad.

Todas las armaduras tenían un punto flaco. Todos los hombres, un defecto. A Kaladin le pareció ver los ojos del hombre a través de la ranura del yelmo. Esa ranura era lo suficientemente grande para una daga, pero el movimiento tendría que ser perfecto. Tendría que estar cerca. Letalmente cerca.

Kaladin cargó de nuevo hacia delante. El portador descargó su hoja con el mismo amplio barrido que había empleado para matar a tantos de los hombres de Kaladin, que se agachó, resbalando sobre sus rodillas e inclinándose hacia atrás. La espada esquirlada destelló sobre él, cortando la punta de su lanza, que saltó al aire, dando vueltas y más vueltas.

Kaladin se esforzó por ponerse de nuevo en pie. Alzó la mano, descargando el cuchillo contra los ojos que miraban desde dentro de aquella armadura impenetrable. La daga golpeó la visera un poco desviada, rebotó en los lados de la ranura y salió despedida.

El portador maldijo y descargó de nuevo su enorme hoja contra Kaladin.

El impulso todavía impelía a Kaladin adelante. Algo destelló en el aire junto a él y cayó al suelo. La hoja de la lanza.

Kaladin gritó desafiante y la agarró en el aire. Caía con la punta hacia abajo, y la capturó por los poco más de cinco centímetros de mango que quedaban, el pulgar en el muñón, la afilada punta extendiéndose bajo su mano. El portador apuró su arma cuando Kaladin se detuvo y lanzó el brazo a un lado, clavando la punta de la lanza justo en la ranura de la visera.

Todo quedó en silencio.

Kaladin permaneció en pie con el brazo extendido, el portador a su derecha. Amaram había conseguido llegar a la mitad de la estrecha hondonada. Los lanceros de Kaladin observaban la escena desde el risco. Kaladin se quedó allí, jadeando, todavía empuñando la punta de la lanza, la mano ante la cara del portador.

El portador chilló y cayó hacia atrás, estrellándose en el suelo.

La espada cayó de entre sus dedos, golpeando el suelo en ángulo y clavándose en la piedra.

Kaladin retrocedió, sintiéndose agotado. Aturdido. Exhausto. Sus hombres corrieron a su encuentro, y se detuvieron en grupo ante el hombre caído. Mostraron sorpresa, incluso reverencia.

—¿Está muerto? —preguntó Alabet en voz baja.

—Lo está —dijo una voz al lado.

Kaladin se volvió. Amaram aún yacía en el suelo, pero se había quitado el yelmo; su pelo oscuro y su barba estaban empapados de sudor.

—Si todavía estuviera vivo, su espada se habría desvanecido. Su armadura se está desprendiendo de él. Está muerto. Sangre de mis antepasados… ¡Has matado a un portador de esquirlada!

Extrañamente, Kaladin no se sintió sorprendido. Solo exhausto. Contempló los cadáveres de los hombres que habían sido sus amigos.

—Tómala, Kaladin —dijo Coreb.

Kaladin se volvió a mirar la hoja esquirlada, que brotaba en ángulo de la piedra, la empuñadura hacia el cielo.

—Tómala —repitió Coreb—. Es tuya. Padre Tormenta, Kaladin. ¡Eres un portador de esquirlada!

Kaladin dio un paso adelante, deslumbrado, y extendió la mano hacia la empuñadura. Vaciló a menos de un par de centímetros.

Todo le pareció mal.

Si cogía esa espada, se convertiría en uno de ellos. Sus ojos, si las historias eran verdad, incluso cambiarían de color. Aunque la hoja destellaba a la luz, limpia de los asesinatos que había cometido, durante un momento le pareció roja. Manchada con la sangre de Dallet. Con la sangre de Toorim. La sangre de hombres que estaban vivos apenas un momento antes.

Era un tesoro. Los hombres cambiaban reinos por espadas esquirladas. El puñado de ojos oscuros que las habían conseguido vivían para siempre en las canciones y las historias.

Pero la idea de tocar aquella hoja lo asqueó. Representaba todo lo que había llegado a odiar en los ojos claros, y acababa de matar a un hombre a quien quería mucho. No podía convertirse en leyenda por una cosa así. Miró su reflejo en el metal perfecto de la hoja, y

luego bajó la mano y dio media vuelta.

—Es tuya, Coreb —dijo Kaladin—. Te la doy.

—¿Qué? —dijo Coreb desde atrás.

La guardia de honor de Amaram regresó por fin, asomando aprensiva en lo alto de la pequeña hondonada. Parecían avergonzados.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Amaram cuando Kaladin pasó ante él—. ¿Qué…? ¿No vas a coger la espada?

—No la quiero —respondió Kaladin tranquilamente—. Voy a dársela a mis hombres.

Kaladin se marchó, emocionalmente exhausto, lágrimas en las mejillas mientras salía de la hondonada y se abría paso entre la guardia de honor.

Regresó solo al campamento.



«Se llevan la luz, donde quiera que acechan. Piel que se quema.»

Cormshen, página 104

Shallan permanecía en silencio, recostada en una cama de sábanas blancas en uno de los muchos hospitales de Kharbranth. Tenía envuelto el brazo en un limpio y claro vendaje, y tenía su tablero de dibujo delante. Las enfermeras le habían permitido a regañadientes que dibujase, mientras no se «cansara».

Le dolía el brazo: había cortado más profundamente de lo que pretendía. Su intención era simular una herida por la rotura de la jarra: no había pensado con la suficiente antelación para advertir cuánto podría parecerse a un intento de suicidio. Aunque había protestado diciendo que simplemente se había caído de la cama, se daba cuenta de que las enfermeras y fervorosos no se lo creían. No podía reprochárselo.

Los resultados eran vergonzantes, pero al menos nadie pensaba que pudiera tener una animista para crear tanta sangre. Merecía la pena pasar vergüenza para escapar de las sospechas.

Continuó su dibujo. Estaba en una gran habitación alargada en un hospital de Kharbranth, las paredes flanqueadas por muchas camas. Aparte de las molestias obvias, sus dos días en el hospital habían ido bastante bien. Dispuso de un montón de tiempo para pensar en aquella extrañísima tarde en que vio fantasmas, transformó cristal en sangre y un fervoroso se ofreció a abandonar

el fervor para estar con ella.

Había hecho varios dibujos de esta habitación. Las criaturas acechaban en sus bocetos, permaneciendo en los rincones lejanos de la sala. Su presencia le había dificultado conciliar el sueño, pero se estaba acostumbrando lentamente a ellas.

El aire olía a jabón y aceite de líster: la bañaban regularmente y le lavaban el brazo con antiséptico para mantener alejados a los putrispren. La mitad de las camas alojaban a mujeres enfermas, y había divisores con ruedas y armazones de madera que podían colocarse alrededor de una cama para proporcionar intimidad. Shallan llevaba puesta una sencilla túnica blanca que se abría por delante y tenía una larga manga izquierda que se cerraba para proteger la mano segura.

Había trasladado su bolsa de seguridad a la túnica, abotonándola dentro de la manga izquierda. Nadie había mirado en esa bolsa. Cuando la lavaban, la desabrochaban y se la daban sin decir palabras, a pesar de su inusitado peso. No se miraban las cosas que llevaba una mujer en su bolsa segura. Con todo, la agarraba cada vez que podía.

En el hospital atendían todas sus necesidades, pero no podía marcharse, como si estuviera en casa o en las posesiones de su padre. Cada vez más, eso la asustaba tanto como las cabezas de símbolos. Había saboreado la independencia, y no quería volver a ser lo que había sido. Consentida, mimada, exhibida.

Por desgracia, era improbable que pudiera volver a estudiar con Jasnah. Su supuesto intento de suicidio le proporcionaba un motivo excelente para regresar a casa. Tenía que irse. Quedarse, enviar la animista sola, sería egoísta considerando esta oportunidad de marcharse sin levantar sospechas. Además, había usado la animista. Podría aprovechar el largo camino de regreso para descubrir cómo lo había hecho, y entonces estar preparada para ayudar a su familia cuando llegara.

Suspiró, y con unos cuantos trazos de sombra terminó su dibujo. Era una imagen de aquel extraño lugar al que había ido. Aquel lejano horizonte con su sol potente aunque frío. Las nubes corriendo en el cielo, debajo el interminable océano que hacía que el sol pareciera como si estuviera al final de un largo túnel. Sobre el

océano flotaban cientos de llamas, un mar de luces sobre el mar de perlas de cristal.

Alzó el dibujo y miró el boceto que había debajo. La mostraba a ella, acurrucada en su cama, rodeada por las extrañas criaturas. No se atrevía a decirle a Jasnah lo que había visto, no fuera a revelar que tenía una animista y que por tanto había cometido el robo.

La siguiente imagen la mostraba a ella tendida en el suelo, rodeada de sangre. Alzó la cabeza. Una fervorosa vestida de blanco estaba sentada de espaldas a la pared cercana, fingiendo coser aunque en realidad vigilaba a Shallan por si decidía volver a hacerse daño. Shallan arrugó los labios.

«Es una buena tapadera —se dijo—. Funciona perfectamente. Deja de sentirte tan avergonzada.»

Dedicó su atención al último de los dibujos del día. Describía a una de las cabezas de símbolo. Sin ojos, sin cara, solo aquel extraño símbolo irregular con puntas como cristal tallado. Debían de tener algo que ver con la animación ¿no?

«Visité otro lugar. Creo…, creo que hablé con el espíritu del cuenco de cristal.» ¿Tenían alma los cuencos, nada menos? Al abrir la bolsa para comprobar la animista, descubrió que la esfera que le había dado Kabsal había dejado de brillar. Podía recordar una vaga sensación de luz y belleza, una tormenta ardiendo en su interior.

Había cogido la luz de aquella esfera y se la había dado al cuenco, al spren del cuenco, como soborno para la transformación. ¿Era así como funcionaba la animación? ¿O tan solo se estaba esforzando por encontrar conexiones?

Shallan guardó la libreta cuando vio que entraban visitas y empezaban a deambular entre las pacientes. La mayoría de las mujeres se incorporaron emocionadas cuando vieron al rey Taravangian, con su túnica naranja y su aire amable y anciano. Se detuvo a charlar ante cada cama. Shallan había oído decir que venía de visita con frecuencia, al menos una vez por semana.

Llegó por fin junto a la cama de Shallan. Le sonrió y se sentó después de que uno de sus muchos ayudantes le dispusiera un taburete tapizado.

—Y la joven Shallan Davar. Me entristecí muchísimo cuando me enteré de tu accidente. Pido disculpas por no haber venido antes.

Los deberes de Estado me retienen.

—No importa, majestad.

—No, no, pero es lo que debe ser. Hay muchos que se quejan de que paso aquí demasiado tiempo.

Shallan sonrió. Esas quejas nunca eran resonantes. Los señores de las tierras y los lores de las casas que jugaban a la política en la corte estaban muy contentos con un rey que pasaba tanto tiempo fuera de palacio, ignorando sus tejemanejes.

—Este hospital es sorprendente, majestad —dijo—. No puedo creer lo bien que atienden a todo el mundo.

Él sonrió de oreja a oreja.

—Mi gran triunfo. Ojos claros y ojos oscuros por igual, nadie rechazado…, ni mendigo, ni prostituta, ni marino de países lejanos. Todo lo paga el Palaneo, ¿sabes? En cierto modo, incluso el archivo más oscuro e inútil ayuda a curar a los enfermos.

—Me alegro de estar aquí.

—Lo dudo, niña. Un hospital como este es, quizá, la única cosa en la que un hombre puede invertir tanto dinero y desear que no se utilice nunca. Es una tragedia que debas ser mi invitada.

—Lo que quería decir es que prefiero estar enferma aquí que estarlo en cualquier otro lugar. Aunque supongo que es como decir que es mejor ahogarte con vino que con el agua de la colada.

Él se echó a reír.

—Qué encantadora eres —dijo, levantándose—. ¿Hay algo que pueda hacer para mejorar tu estancia?

—¿Terminarla?

—Me temo que no puedo permitir eso —respondió él, la mirada suave—. Debo delegar en la sabiduría de mis cirujanos y enfermeras. Dicen que todavía estás en peligro. Debemos pensar en tu salud.

—Mantenerme aquí me da salud a expensas de mi bienestar, majestad.

Él negó con la cabeza.

—No se puede permitir que tengas otro accidente.

—Yo…, comprendo. Pero prometo que me siento mucho mejor. La causa de mi episodio fue el exceso de trabajo. Ahora que estoy relajada, no corro peligro.

—Eso está bien —dijo él—. Pero seguimos necesitando mantenerte aquí unos cuantos días más.

—Sí, majestad. ¿Pero podría al menos tener visitantes?

Hasta ahora, el personal del hospital había insistido en que no la molestaran.

—Sí…, comprendo que eso podría ayudarte. Hablaré con los fervorosos y les sugeriré que te permitan unas cuantas visitas. —Vaciló—. Cuando estés bien de nuevo, tal vez sea mejor suspender tus estudios.

Ella fingió una mueca, tratando de no sentirse mal por la charada.

—Odio tener que hacer eso, majestad. Pero echo mucho de menos a mi familia. Tal vez debería regresar con ellos.

—Una idea excelente. Estoy seguro de que los fervorosos estarán más dispuestos a dejarte marchar si saben que vas a volver a casa —sonrió de manera amistosa y apoyó una mano en su hombro—. Este mundo es a veces una tempestad. Pero recuerda, el sol siempre vuelve a salir.

—Gracias, majestad.

El rey se marchó a visitar a otras pacientes y luego habló en voz baja con los fervorosos. No habían pasado ni cinco minutos antes de que Jasnah entrara por la puerta con su característico paso erguido. Llevaba un hermoso vestido azul oscuro con bordados dorados. Llevaba el pelo negro recogido en trenzas y sujeto con seis finas agujas doradas; sus mejillas brillaban de colorete, los labios rojo sangre con carmín. Destacaba en la habitación blanca como una flor en un campo de piedra estéril.

Avanzó hacia Shallan deslizándose sobre pies que ocultaban los pliegues sueltos de su falda de seda. Llevaba un grueso libro bajo el brazo. Un fervoroso le trajo un taburete, y se sentó donde el rey acababa de hacerlo.

Jasnah miró a Shallan, el rostro sereno, impasible.

—Me han dicho que mi tutelaje es exigente, quizá duro. Es un motivo por el que suelo negarme a aceptar pupilas.

—Pido disculpas por mi debilidad, brillante —dijo Shallan, agachando la cabeza.

Jasnah parecía insatisfecha.

—No pretendía sugerir que hubiera falta en ti, niña. Intentaba lo contrario. Por desgracia, no estoy…, acostumbrada a esta conducta.

—¿A pedir disculpas?

—Sí.

—Bueno, verás —dijo Shallan—, para adquirir habilidad pidiendo disculpas, primero debes cometer errores. Ese es tu problema, Jasnah. Eres terrible cometiéndolos.

La expresión de la mujer se suavizó.

—El rey mencionó que vas a regresar con tu familia.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Cuando me lo encontré en el pasillo y me dio finalmente permiso para visitarte.

—Hablas como si hubieras estado esperando fuera.

Jasnah no respondió.

—¡Pero tu investigación…!

—Puede hacerse en la sala de espera de un hospital —Jasnah vaciló—. Me ha resultado un poco difícil concentrarme estos últimos días.

—¡Jasnah! ¡Eso es casi humano de tu parte!

Jasnah la miró con tono de reproche, y Shallan dio un respingo, lamentando inmediatamente sus palabras.

—Lo siento. He aprendido poco, ¿no?

—O quizás estás practicando el arte de la disculpa. Para no tener problemas cuando llegue la necesidad, como yo.

—Qué lista que soy.

—En efecto.

—¿Puedo dejarlo ya? —preguntó Shallan—. Creo que ya he tenido suficiente práctica.

—Yo diría que la disculpa es un arte del que podemos usar solo unos pocos maestros. No me uses como modelo en esto. El orgullo a veces se confunde con la falta de defectos. —Jasnah se inclinó hacia delante—. Lo siento, Shallan Davar. Te estoy cargando de trabajo, puede que le haya hecho al mundo un flaco favor y lo haya privado de una de las grandes eruditas de la generación venidera.

Shallan se ruborizó, sintiéndose más necia y culpable. Los ojos de Shallan enfocaron en la mano de su maestra. Jasnah llevaba el guante negro que ocultaba la joya falsa. En los dedos de su mano

segura, Shallan sostenía la bolsa que contenía la animista. Si Jasnah lo supiera…

Jasnah cogió el libro que llevaba debajo del brazo y lo colocó en la cama junto a Shallan.

—Esto es para ti.

Shallan lo cogió. Abrió la primera página, pero estaba en blanco. La siguiente también, y todo el interior. Frunció el ceño y miró a Jasnah.

—Se llama el *Libro de las Páginas Interminables* —dijo Jasnah.

—Esto…, estoy segura de que no es interminable, brillante —pasó a la última página y la mostró.

Jasnah sonrió.

—Es una metáfora, Shallan. Hace muchos años, alguien muy querido por mí hizo un muy buen intento de convertirme al vorinismo. Este fue el método que utilizó.

Shallan ladeó la *cabeza*.

—Buscas la verdad, pero también mantienes tu fe —dijo Jasnah—. Hay mucho que admirar en eso. Busca el Devotario de la Sinceridad. Es uno de los devotarios más pequeños, pero este libro es su guía.

—¿Un libro con las páginas en blanco?

—Así es. Adoran al Todopoderoso, pero los guía la creencia de que siempre hay más respuestas que encontrar. El libro no puede llenarse, ya que siempre hay algo que aprender. Este devotario es un lugar donde nunca penalizan las preguntas, ni siquiera las que desafían los propios dogmas del vorinismo. —Sacudió la cabeza—. No puedo explicar sus costumbres. Deberías poder encontrarlos en Vedenar, aunque no hay ninguno en Kharbranth.

—Yo… —Shallan guardó silencio al advertir cómo la mano de Jasnah estaba posada afectuosamente sobre el libro. Era precioso para ella—. No había pensado en encontrar fervorosos que estuvieran dispuestos a cuestionar sus propias creencias.

Jasnah alzó una ceja.

—Encontrarás hombres sabios en todas las religiones, Shallan, y hombres buenos en todas las naciones. Los que buscan verdaderamente la sabiduría son aquellos que reconocen la virtud en sus adversarios y que aprenden de aquellos a quienes sacan del

error. Todos los demás, herejes, vorin, ysperistas o maakianos, son igualmente cerrados de mente.

—Está equivocado —dijo Shallan de repente, dándose cuenta de algo.

Jasnah se volvió hacia ella.

—Kabsal —aclaró Shallan, ruborizándose—. Dice que estás investigando a los Vaciadores porque quieres demostrar que el vorinismo es falso.

Jasnah hizo una mueca de desdén.

—No dedicaría cuatro años de mi vida a semejante búsqueda inútil. Es una idiotez tratar de demostrar una negativa. Deja que los vorin crean lo que quieran: los sabios entre ellos encontrarán bien y solaz en su fe: los necios serán necios no importa lo que crean.

Shallan frunció el ceño. ¿Entonces por qué estaba Jasnah estudiando a los Vaciadores?

—Ah. Hablas de la tormenta y empieza a chispear —dijo Jasnah, volviéndose hacia la entrada de la sala.

Con un sobresalto, Shallan advirtió que Kabsal acababa de llegar, vestido con su habitual túnica gris. Discutía en voz baja con una enfermera que señalaba la cesta que llevaba. Finalmente, la enfermera se encogió de hombros y se marchó, dejando que Kabsal se acercara, triunfante.

—¡Por fin! —le dijo a Shallan—. El viejo Mungam puede ser un verdadero tirano.

—¿Mungam? —preguntó ella.

—El fervoroso que dirige este lugar —dijo Kabsal—. Tendrían que haberme permitido venir inmediatamente. ¡Después de todo, sé lo que necesitas para mejorar!

Sacó un frasco de mermelada, sonriendo feliz.

Jasnah permaneció sentada en su taburete, mirando a Kabsal desde el otro lado de la cama.

—Yo pensaba —dijo fríamente— que ibas a permitirle a Shallan un descanso, considerando cómo tus atenciones la llevaron a la desesperación.

Kabsal se ruborizó. Miró a Shallan, y ella pudo ver la súplica en sus ojos.

—No fuiste tú, Kabsal —dijo—. Es que…, no estaba preparada

para vivir lejos de mi familia. Sigo sin saber qué me pasó. Nunca había hecho nada igual antes.

Él sonrió y acercó un taburete para sentarse.

—Creo que la falta de color en estos sitios es lo que hace que la gente esté enferma tanto tiempo. Eso y la falta de comida adecuada. —Hizo un guiño y volvió el frasco hacia Shallan. Era de un rojo oscuro y profundo—. Fresa.

—No sé qué es.

—Es enormemente rara —dijo Jasnah, extendiendo la mano hacia el frasco—. Como la mayoría de las plantas de Shinovar, no puede crecer en otros lugares.

Kabsal pareció sorprenderse al ver que Jasnah le quitaba la tapa y metía un dedo en el frasco. Titubeó y luego se llevó un poco de mermelada a la nariz para olisquearla.

—Tenía la impresión de que no te gustaba la mermelada, brillante Jasnah —dijo Kabsal.

—Y no me gusta. Simplemente, sentía curiosidad por el olor. He oído que las fresas tienen un olor muy característico.

Volvió a cerrar la tapa y se limpió el dedo en su pañuelo.

—También he traído pan —dijo Kabsal. Sacó una pequeña hogaza del esponjoso manjar—. Me alegro de que no me eches la culpa, Shallan, pero puedo ver que mis atenciones fueron demasiado osadas. Pensé que tal vez podría traerte esto y…

—¿Y qué? —preguntó Jasnah—. ¿Absolverte? «Lamento haberte empujado al suicidio, aquí tienes pan.»

El se ruborizó y agachó la cabeza.

—Pues claro que tomaré un poco —dijo Shallan, mirando a Jasnah con mala cara—. Y ella también. Has sido muy amable, Kabsal.

Tomó el pan, partió un trozo para Kabsal, otro para ella, y otro para Jasnah.

—No —dijo Jasnah—. Gracias.

—Jasnah —dijo Shallan— ¿quieres por favor probar al menos un poco?

Le molestaba que los dos se llevaran tan mal. La princesa suspiró.

—Oh, está bien.

Tomó el pan y lo sostuvo en la mano mientras Shallan y Kabsal comían. El pan estaba esponjoso y delicioso, aunque Jasnah hizo una mueca cuando se metió el suyo en la boca y lo mordió.

—Deberías probar la mermelada —le dijo Kabsal—. La fresa es difícil de encontrar. Tuve que hacer un buen número de pesquisas.

—Sobornando sin duda a los mercaderes con el dinero del rey —recalcó Jasnah.

Kabsal suspiró.

—Brillante Jasnah, me doy cuenta de que no te caigo muy bien. Pero me esfuerzo mucho por ser agradable. ¿Podrías al menos fingir lo mismo?

Jasnah miró a Shallan, recordando probablemente la suposición de Kabsal de que socavar el vorinismo era el objetivo de su investigación. No pidió disculpas, pero tampoco replicó.

«Bastante bien», pensó Shallan.

—La mermelada, Shallan —dijo Kabsal, ofreciéndole una rebanada de pan.

—Oh, bien.

Sujetó el frasco entre las rodillas y usó su mano libre.

—Supongo que has perdido el barco —dijo Kabsal.

—Sí.

—¿De qué habláis? —preguntó Jasnah. Shallan sintió un escalofrío.

—Planeaba marcharme, brillante. Lo siento. Tendría que habértelo dicho.

Jasnah se echó hacia atrás.

—Supongo que era de esperar, considerándolo todo.

—¿La mermelada? —instó Kabsal de nuevo. Shallan frunció el ceño. Era particularmente insistente con la mermelada. Alzó el frasco y lo olió. Lo apartó.

—¡Huele fatal! ¿Esto es mermelada?

Olía como a vinagre y fango.

—¿Qué? —dijo Kabsal, alarmado. Cogió el frasco, lo olió, y luego lo apartó, asqueado.

—Parece que te han dado un frasco en mal estado —dijo Jasnah—. ¿No es así como se supone que huele?

—En absoluto —dijo Kabsal. Vaciló, y luego metió el dedo en el

frasco de todas formas y se llevó un gran trozo a la boca.

—¡Kabsal! —dijo Shallan—. ¡Eso es repugnante!

Él tosió, pero se obligó a tragar.

—No está tan mal, de verdad. Deberías probarla.

—¿Qué?

—De verdad —dijo él, ofreciéndosela con insistencia—. Quiero decir, quería que esto fuera especial, para ti. Y resultó mal.

—No voy a probar eso, Kabsal.

Él vaciló, como si considerara en obligarla a comer a la fuerza. ¿Por qué actuaba tan extrañamente? Se llevó una mano a la cabeza, se levantó y se apartó torpemente de la cama.

Empezó a marcharse de la habitación. Solo llegó a la mitad antes de desplomarse en el suelo y resbalar un poco sobre la piedra inmaculada.

—¡Kabsal! —dijo Shallan, saltando de la cama y corriendo a su lado, vestida solo con la bata blanca. Él temblaba. Y…, y…

Y ella también. La habitación daba vueltas. De repente se sintió muy, muy cansada. Trató de permanecer de pie, pero resbaló, mareada. Apenas notó que caía al suelo.

Alguien se arrodilló a su lado, maldiciendo.

Jasnah. Su voz sonaba lejana.

—La han envenenado. Necesito un granate. ¡Traedme un granate!

«Hay uno en mi bolsa —pensó Shallan. Tanteó y logró deshacer el lazo de la manga de su mano segura—. ¿Por qué…? ¿Por qué quiere…?»

«Pero no, no puedo enseñárselo. ¡La animista!»

Su mente estaba tan confusa.

—Shallan —dijo la voz de Jasnah, ansiosa, muy queda—. Voy a tener que animar tu sangre para purificarla. Será peligroso. Extremadamente peligroso. No soy buena con la sangre ni la carne. No está ahí mi talento.

«La necesita. Para salvarme». Débilmente, sacó la bolsa segura con la mano derecha.

—No…, puedes…

—Calla, niña. ¿Dónde está ese granate?

—No puedes animar —dijo Shallan débilmente, abriendo los

lazos de su bolsa. La volcó, viendo vagamente un difuso objeto dorado caer al suelo, junto con el granate que le había dado Kabsal.

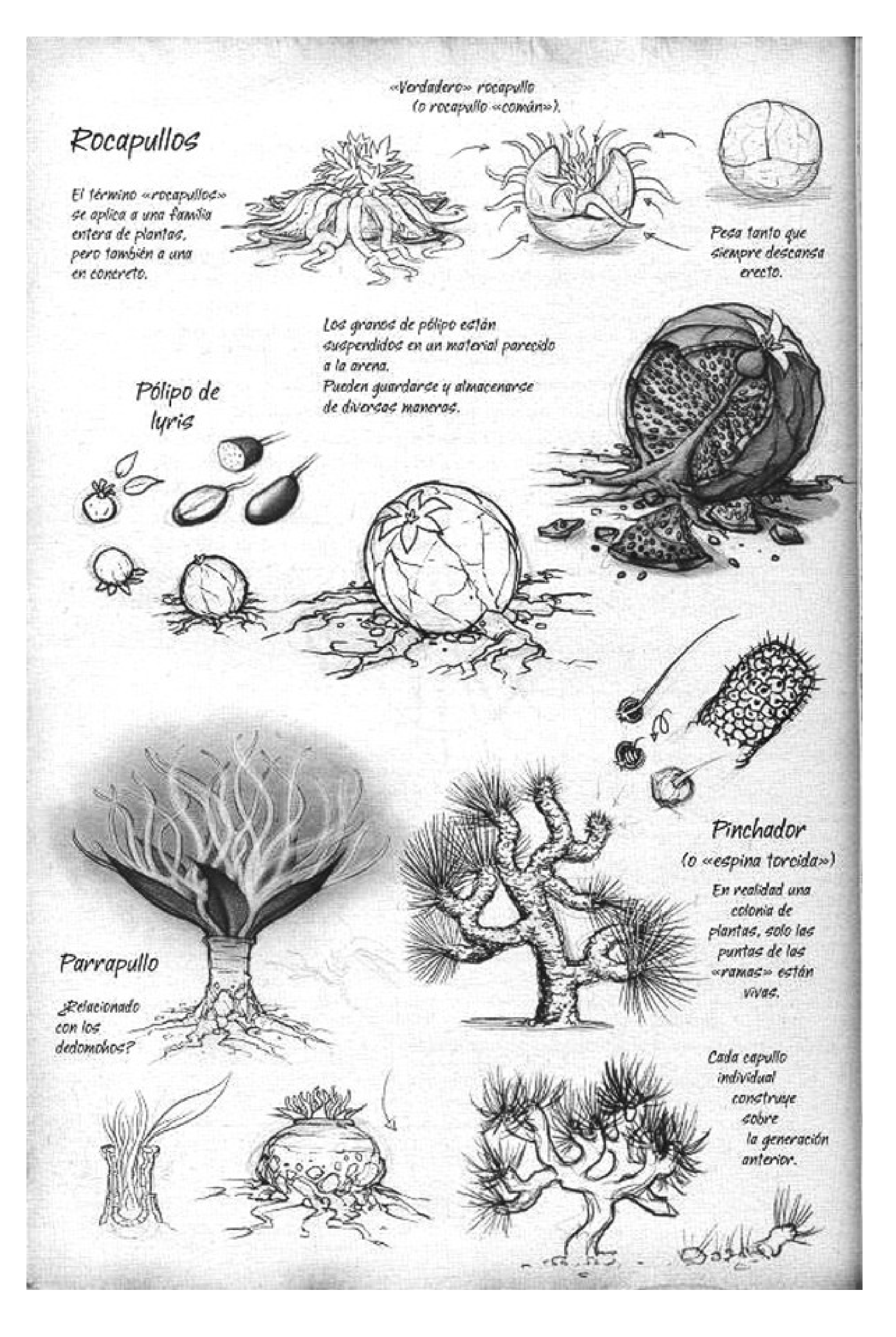
¡Padre Tormenta! ¿Por qué daba tantas vueltas la habitación?

Jasnah jadeó.

Desvaneciéndose…

Sucedió algo. Un destello de calor ardió a través de Shallan, algo dentro de su piel, como si la hubieran arrojado a un caldero caliente. Gritó, arqueando la espalda, los músculos convulsionándose.

Todo se volvió negro.


Rocapullos
El término «rocapullos» se aplica a una familia entera de plantas, pero también a una en concreto.
«Verdadero» rocapullo (o rocapullo «común»).
Pesa tanto que siempre descansa erecto.
Los granos de pólipo están suspendidos en un material parecido a la arena.
Pueden guardarse y almacenarse de diversas maneras.
Pólipo de lyris
Pinchador
(o «espina torcida»)
En realidad una colonia de plantas, solo las puntas de las «ramas» están vivas.
Parrapullo
¿Relacionado con los dedomohos?
Cada capullo individual construye sobre la generación anterior.



«Radiante / de nacimiento / el anunciador viene / para venir a anunciar / el nacimiento de los radiantes.»

Aunque no soy demasiado aficionada a la forma poética ketek como medio de transmitir información, esta de Allahn se cita a menudo en referencia a Uriziru. Creo que algunos confundieron el hogar de los Radiantes con su lugar de nacimiento.

Las altas torres del abismo que se alzaban a cada lado de Kaladin goteaban moho gris verdoso. Las llamas de su antorcha bailaban, reflejando la luz en las resbaladizas secciones de piedra mojadas por la lluvia. El aire húmedo era helado, y la alta tormenta había dejado charcos de diversos tamaños. Huesos rotos (un húmero y un radio) asomaban de uno de ellos cuando Kaladin pasó por su vera. No miró a ver si el resto del esqueleto estaba allí.

«Riadas veloces. Esa agua tiene que ir a alguna parte, o de lo contrario tendríamos que cruzar canales en vez de abismos», pensó, escuchando los pasos tentativos de los hombres del puente tras él.

Kaladin no sabía si podía confiar en su sueño o no, pero había preguntado y era cierto que el extremo oriental de las Llanuras Quebradas era más abierto que el occidental. Las mesetas se habían gastado. Si los hombres del puente pudieran llegar allí, tal vez

lograran huir hacia el este.

Tal vez. Muchos abismoides vivían en esa zona, y los exploradores alezi patrullaban el perímetro posterior. Si el equipo de Kaladin los encontraba, tendrían problemas para explicar qué estaba haciendo allí un grupo de hombres armados, muchos con marcas de esclavo.

Syl caminaba por la pared del abismo, al nivel de la cabeza de Kaladin. Los suelospren no tiraban de ella hacia abajo como hacían con todo lo demás. Caminaba con las manos a la espalda, la diminuta falda hasta las rodillas aleteando con un viento intangible.

Huir hacia el este. Parecía improbable. Los altos príncipes habían intentado explorar esa dirección, buscando una ruta hacia el centro de las Llanuras. Habían fracasado. Los abismoides habían matado a algunos grupos. A pesar de las precauciones, otros habían quedado atrapados en los abismos durante las altas tormentas. Era imposible predecirlas a la perfección.

Otras partidas de exploradores habían evitado esos dos destinos. Habían usado enormes escaleras extensibles para subir a las mesetas durante las altas tormentas. Sin embargo, habían perdido muchos hombres, ya que las cimas de las mesetas proporcionaban poco abrigo a las tormentas y no podían llevar consigo a los abismos carretas u otro tipo de refugio. El mayor problema, según le habían contado, eran las patrullas parshendi. Habían encontrado y matado a docenas de partidas de exploradores.

—¿Kaladin? —preguntó Teft, acercándose y salpicando el agua de un charco donde flotaban trozos de caparazones vacíos de cremlinos—. ¿Estás bien?

—Sí.

—Pareces pensativo.

—Más bien ahíto —respondió Kaladin—. Esa bazofia de esta mañana era especialmente densa.

Teft sonrió.

—No te hacía de los del tipo elocuente.

—Antes lo era más —repuso Kaladin—. Lo heredé de mi madre. Apenas se le podía decir nada sin que le diera la vuelta y te lo devolviera.

Teft asintió. Caminaron en silencio durante un rato. Los hombres

del puente que los seguían se rieron cuando Dunny contó una historia de la primera chica a la que había besado.

—Hijo —dijo Teft— ¿has notado algo extraño últimamente?

—¿Extraño? ¿Extraño de qué tipo?

—No sé. Solo…, algo raro —tosió—. Ya sabes, como extraños arrebatos de fuerza. La, er…, ¿sensación de que eres más liviano?

—¿La sensación de que soy qué?

—Liviano. Esto…, tal vez, como si tu cabeza fuera más liviana. Ligera. Ese tipo de cosas. Tormentas, muchacho, solo estoy comprobando si sigues enfermo. Esa alta tormenta te sacudió bastante fuerte.

—Estoy bien —dijo Kaladin—. Bastante bien, de hecho.

—Raro ¿no?

Era raro. Aquello aumentaba la acuciante preocupación de que estaba sometido a algún tipo de maldición sobrenatural de las que supuestamente sufría la gente que buscaba la Antigua Magia. Había historias de hombres malvados que se hacían inmortales y eran torturados una y otra vez, como Extes, a quien arrancaban los brazos cada día por haber sacrificado a su hijo a los Vaciadores a cambio de saber el día de su muerte. Era solo un cuento, pero los cuentos salían de alguna parte.

Kaladin vivía cuando todos los demás morían. ¿Era obra de algún spren de Condenación que jugueteaba con él como un vientospren, pero infinitamente más nefando? ¿Le dejaba pensar que podría hacer algún bien, y luego mataba a todos los que intentaba ayudar? Se suponía que había miles de tipos de spren, muchos que la gente no veía nunca o de los que no sabía nada. Syl lo seguía. ¿Podría alguna clase de spren maligno estar haciendo lo mismo?

Una idea muy preocupante.

«Las supersticiones son inútiles —se obligó a afirmar—. Piensa demasiado en ello y acabarás como Durk, insistiendo en que tienes que llevar puestas tus botas de la suerte en cada batalla.»

Llegaron a una sección donde el abismo se bifurcaba, rodeando una meseta en las alturas. Kaladin se volvió hacia sus hombres.

—Este lugar es tan bueno como cualquier otro.

Los hombres se detuvieron y se agruparon. Kaladin pudo ver la

expectación en sus ojos, la emoción.

Había sentido lo mismo antaño, antes de conocer la amargura y el dolor de la experiencia. Extrañamente, Kaladin sentía que ahora admiraba y a la vez le decepcionaba más la lanza que cuando era joven. Le encantaba la concentración, la sensación de certeza que experimentaba al combatir. Pero eso no había salvado a los que lo seguían.

—Aquí es donde se supone que he de deciros el penoso grupo que formáis —les dijo a los hombres—. Es como se ha hecho siempre. El sargento instructor les dice a los reclutas que son patéticos. Señala sus debilidades, quizá combate con alguno de ellos y los derriba para enseñarles humildad. Yo mismo lo hice unas cuantas veces cuando entrenaba a los lanceros nuevos.

»Hoy no empezaremos así. No necesitáis humildad. No soñáis con la gloria. Soñáis con sobrevivir. Sobre todo, no sois el grupo de reclutas triste y falto de preparación con el que tienen que tratar la mayoría de los sargentos. Sois duros. Os he visto correr durante kilómetros cargando un puente. Sois valientes. Os he visto cargar de frente contra una línea de arqueros. Sois decididos. De lo contrario, no estaríais aquí ahora, conmigo.

Kaladin se acercó a un lado del abismo y recuperó una lanza extraviada de un montón de escombros arrastrados por las riadas. Cuando lo hizo, no obstante, advirtió que le faltaba la punta. Casi estuvo a punto de arrojarla antes de pensarlo mejor.

Las lanzas eran peligrosas para él. Le hacían querer luchar, y podrían llevarlo a pensar que era quien fue una vez: Kaladin Benditormenta, el confiado jefe de pelotón. Ya no era ese hombre.

Parecía que cada vez que empuñaba un arma la gente que lo rodeaba moría, amigos y enemigos por igual. Así que, de momento, le pareció bien empuñar aquel trozo de madera: era solo un palo. Nada más. Un palo que podía utilizar para entrenar.

Ya sería capaz de enfrentarse a la lanza en otra ocasión.

—Es bueno que ya estéis preparados —les dijo a los hombres—. Porque no tenemos las seis semanas que me daban para entrenar una nueva hornada de reclutas. Dentro de seis semanas, Sadeas nos habrá hecho matar a la mitad. Yo pretendo veros a todos bebiendo cerveza en una taberna en algún lugar seguro para cuando hayan

pasado esas seis semanas.

Varios de los hombres esbozaron una especie de aplauso a medias.

—Tendremos que ser rápidos —dijo Kaladin—. Tendré que exigiros mucho. Es nuestra única opción. —Miró el mango de la lanza—. Lo primero que tenéis que aprender es que no es malo preocuparse.

Los veintitrés hombres formaban una fila doble. Todos habían querido venir. Incluso Leyten, que había resultado malherido. No tenían a ninguno tan grave que no pudiera caminar, aunque Dabbid continuaba mirando a la nada. Roca estaba allí de pie cruzado de brazos, aparentemente sin ningún propósito de aprender a luchar. Shen, el parshmenio, estaba al fondo. Miraba al suelo. Kaladin no tenía pensado ponerle una lanza en las manos.

Varios de los hombres parecieron confusos por lo que Kaladin dijo sobre las emociones, aunque Teft solo alzó una ceja y Moash bostezó.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Drehy. Era un rubio larguirucho y musculoso. Hablaba con un acento particular: era de algún lugar del oeste lejano llamado Rianal.

—Un montón de soldados —dijo Kaladin, pasando el pulgar por el palo, sintiendo el granulado de la madera— piensan que se lucha mejor si eres desapasionado y frío. Creo que eso son restos de tormenta. Sí, tenéis que estar concentrados. Sí, las emociones son peligrosas. Pero si no os preocupa nada ¿qué sois? Animales, impulsados solo para matar. Nuestra pasión es lo que nos hace humanos. Tenemos que luchar por un motivo. Así que digo que está bien preocuparse. Hablaremos de controlar vuestro miedo y vuestra ira, pero recordad esto como la primera lección que os he enseñado.

Varios de los hombres asintieron. La mayoría parecían confundidos todavía. Kaladin recordó cuando estuvo en esa misma situación, preguntándose por qué Tukk perdía el tiempo hablando de emociones. Creía comprender la emoción: su impulso por aprender a lanzar procedía de sus emociones. Venganza. Odio. Un ansia de poder para vengarse de Varth y los soldados de su pelotón.

Alzó la cabeza, tratando de apartar aquellos recuerdos. No, los hombres del puente no comprendían sus palabras sobre la

preocupación, pero tal vez lo recordarían más tarde, como había hecho Kaladin.

—La segunda lección —dijo Kaladin, golpeando con la lanza decapitada la roca que tenía al lado con un chasquido que resonó por todo el abismo— es más útil. Antes de que podáis aprender a luchar, vais a aprender a estar en pie.

Soltó la lanza. Los hombres lo miraron con el ceño fruncido, decepcionados.

Kaladin adoptó la postura básica del lancero, los pies separados, pero no demasiado, vueltos hacia los lados, las rodillas dobladas.

—Cikatriz, quiero que vengas e intentes darme un empujón.

—¿Qué?

—Intenta hacerme perder el equilibrio. Oblígame a trastabillar.

Cikatriz se encogió de hombros y avanzó. Trató de empujar a Kaladin, pero este apartó fácilmente sus manos con un rápido golpe de muñeca. Cikatriz maldijo y lo intentó de nuevo, pero Kaladin le cogió el brazo y lo empujó atrás, haciéndolo trastabillar.

—Drehy, ven a ayudarlo —dijo Kaladin—. Moash, tú también. Intentad desequilibrarme.

Los otros dos se unieron a Cikatriz. Kaladin esquivó los ataques, permaneciendo en el centro, ajustando su postura para repeler cada intento. Agarró el brazo de Drehy y le dio un tirón hacia delante, haciendo que casi cayera. Evitó el empujón con el hombro de Cikatriz, desviando el peso del cuerpo del hombre y lanzándolo hacia atrás. Dio un paso atrás cuando Moash lo agarró, causando que perdiera el equilibrio.

Kaladin permaneció completamente tranquilo, serpenteando entre ellos y ajustando su centro de gravedad, doblando las rodillas y colocando los pies.

—El combate comienza con las piernas —dijo Kaladin mientras eludía los ataques—. No me importa lo rápido que seáis con un puñetazo, lo precisos que seáis con un empujón. Si vuestro oponente puede zancadillearos, o haceros tropezar, perderéis. Perder significa morir.

Varios de los hombres que miraban trataron de imitar a Kaladin, agachándose. Cikatriz, Drehy y Moash habían decidido finalmente un ataque coordinado, planeando lanzarse todos contra Kaladin a la

vez. Kaladin alzó la mano.

—Bien hecho, vosotros tres.

Les indicó que retrocedieran para reunirse con los demás. Ellos interrumpieron sus ataques, reacios.

—Voy a dividiros por parejas —dijo Kaladin—. Vamos a pasar hoy todo el día, y probablemente todos los días de esta semana, trabajando las poses. Aprendiendo a mantener una, aprendiendo a no clavar las rodillas en el momento en que os veáis amenazados, aprendiendo a mantener vuestro centro de gravedad. Tomará tiempo, pero os prometo que si empezamos por ahí, aprenderéis a ser letales mucho más rápidamente. Aunque al principio parezca que lo único que hacéis es estar de pie.

Los hombres asintieron.

—Teft —ordenó Kaladin—. Divídelos por parejas según tamaño y peso, y luego hazlos adoptar una pose elemental de ataque con lanza.

—¡Sí, señor! —ladró Teft. Entonces se detuvo, advirtiendo que se había mostrado: la velocidad con la que había respondido dejaba claro que había sido soldado. Teft miró a Kaladin a los ojos y vio que este lo sabía. El viejo frunció el ceño, pero Kaladin le devolvió una sonrisa. Tenía a un veterano a sus órdenes: esto iba a hacerlo todo mucho más fácil.

Teft no fingió ignorancia, y fácilmente adoptó el papel del sargento instructor, dividiendo a los hombres en parejas y corrigiendo sus poses. «No me extraña que no se quite nunca esa camisa —pensó Kaladin—, probablemente oculta un buen puñado de cicatrices.»

Mientras Teft se encargaba de los hombres, Kaladin señaló a Roca, indicándole que se acercara.

—¿Sí? —preguntó Roca. Su pecho era tan amplio que apenas podía abrocharse el chaleco.

—Antes dijiste que luchar no era digno de ti.

—Así es. No soy ningún cuarto hijo.

—¿Qué tiene eso que ver?

—El primer hijo y el segundo son necesarios para conseguir comida —dijo Roca, alzando un dedo—. Es lo más importante. Sin comida, nadie vive, ¿no? El tercer hijo es artesano. Ese soy yo. Sirvo

con orgullo. Solo el cuarto hijo puede ser guerrero. Los guerreros no son tan necesarios como la comida o las herramientas, ¿comprendes?

—¿Vuestra profesión la determina el orden en que nacéis?

—Sí —dijo Roca orgullosamente—. Es la mejor manera. En los Picos, siempre hay comida. No todas las familias tienen cuatro hijos. Así que no siempre es necesario que surja un soldado. No puedo luchar. ¿Qué hombre haría esto ante el *Uli'tekanaki*?

Kaladin miró a Syl. Ella se encogió de hombros: al parecer no le importaba lo que decía Roca.

—Muy bien —dijo—. Entonces hay otra cosa que quiero que hagas. Ve a por Lopen, Dabbid… —Kaladin vaciló—. Y Shen. También él.

Roca así lo hizo. Lopen estaba en la fila, aprendiendo las poses, aunque Dabbid, como de costumbre, estaba mirando a la nada. Fuera lo que fuese que le había afectado, era peor que el habitual shock de la batalla. Shen estaba a su lado, vacilante, como si no estuviera seguro de qué hacer.

Roca sacó a Lopen de la fila, y luego cogió a Dabbid y Shen y volvió con Kaladin.

—Gancho —dijo Lopen con un perezoso saludo—. Supongo que con una mano seré un lancero muy malo.

—Así es —respondió Kaladin—. Hay otra cosa que necesito que hagas. Gaz y nuestro nuevo capitán, o al menos su esposa, nos causarán problemas si no llevamos de vuelta el material recuperado.

—Nosotros tres no podemos hacer el trabajo de treinta hombres, Kaladin —dijo Roca, rascándose la barba—. No es posible.

—Tal vez no. Pero la mayor parte del tiempo que pasamos en estos abismos lo hacemos buscando cadáveres que no han sido despojados ya de todo. Creo que podemos trabajar mucho más rápido. Tenemos que trabajar mucho más rápido, si nos vamos a entrenar con la lanza. Por fortuna, tenemos una ventaja.

Extendió la mano, y Syl se posó en ella. Había hablado con la vientospren antes, y ella había accedido a su plan. Kaladin no advirtió que hiciera nada especial, pero Lopen de pronto se quedó boquiabierto. Syl se había hecho visible para él.

—Ah… —dijo Roca, inclinando la cabeza en señal de respeto hacia Syl—. Como recoger juncos.

—Que me aspen —dijo Lopen—. ¡Roca, nunca dijiste que fuera tan bonita!

Syl sonrió de oreja a oreja.

—Sé respetuoso —dijo Roca—. No está bien que hables de ella de esa forma, pequeña persona.

Los hombres sabían de Syl, naturalmente. Kaladin no la mencionaba, pero lo veían hablando al aire, y Roca se lo había explicado.

—Lopen —dijo Kaladin—. Syl puede moverse más rápido que un hombre. Buscará lugares para que rebusquéis, y los cuatro podréis recoger cosas más rápidamente.

—Peligroso —dijo Roca—. ¿Y si nos encontramos con un abismoide mientras estamos solos?

—Por desgracia, no podemos volver con las manos vacías. Lo último que queremos es que Hashal decida enviar abajo a Gaz para que nos supervise.

Lopen bufó.

—Él nunca haría eso, gancho. Hay demasiado trabajo aquí abajo.

—Y además es demasiado peligroso —añadió Roca.

—Eso dice todo el mundo —dijo Kaladin—. Pero nunca he visto más que esos arañazos en las paredes.

—Están aquí abajo —insistió Roca—. No es ninguna leyenda. Justo antes de que llegaras, media cuadrilla murió. Devorada. La mayoría de las bestias vienen a las mesetas del centro, pero algunas llegan hasta más lejos.

—Bueno, odio poneros en peligro, pero a menos que intentemos esto, nos quitarán del servicio en el abismo y acabaremos limpiando letrinas.

—Muy bien, gancho —dijo Lopen—. Iré.

—Y yo también —dijo Roca—. Con *ali'i'kamura* protegiéndonos, tal vez sea seguro.

—Pretendo enseñaros a luchar tarde o temprano —dijo Kaladin. Entonces, como vio que Roca fruncía el ceño, añadió rápidamente —: Me refiero a ti, Lopen. Un brazo no significa que seas inútil.

Estarás en desventaja, pero hay cosas que puedo enseñarte. Ahora mismo un carroñero es más importante para nosotros que otra lanza.

—Me parece bien.

Lopen le hizo un gesto a Dabbid, y los dos se fueron juntos a recoger los sacos donde echar el material recuperado. Roca se dispuso a seguirlos, pero Kaladin lo agarró por un brazo.

—No he renunciado a buscar una forma más fácil de salir de aquí que luchar —le dijo Kaladin—. Si no regresáramos nunca, Gaz y los demás probablemente darían por hecho que un abismoide ha acabado con nosotros. Si hubiera algún modo de llegar al otro lado…

Roca se mostró escéptico.

—Muchos lo han intentado.

—El extremo oriental está despejado.

—Sí —respondió Roca, riendo—, y cuando puedas viajar hasta allí sin ser devorado por un abismoide o arrastrado por una riada, te nombraré mi *kaluk'i'ki*.

Kaladin alzó una ceja.

—Solo una mujer puede ser *kaluk'i'ki* —dijo Roca, como si eso explicara el chiste.

—¿Una esposa?

Roca se rio aún más fuerte.

—No, no. Llaneros pirados. ¡Ja!

—Magnífico. Mira a ver si puedes memorizar los abismos, tal vez hacer algún tipo de mapa. Sospecho que la mayoría de los que vinieron aquí abajo se ciñeron a las rutas establecidas. Eso significa que es mucho más probable que encontremos material que recuperar en los pasos secundarios, que es adónde voy a enviar a Syl.

—¿Pasos secundarios? —dijo Roca, divertido todavía—. Empiezo a pensar que quieres que nos devoren. Ja, y un conchagrande. Se supone que son sabrosos, no que nos vayan a saborear.

—Yo…

—No, no —dijo Roca—. Es un buen plan. Solo bromeo. Puedo tener cuidado, y eso será bueno también para mí, ya que no quiero

luchar.

—Gracias. Tal vez encuentres un lugar que podamos escalar.

—Lo haré —asintió Roca—. Pero no podemos escalar. El ejército tiene muchos exploradores en las Llanuras. Así es como saben que los abismoides salen a pupar ¿no? Nos verán, y no podremos cruzar los abismos sin un puente.

Era un buen argumento, por desgracia. Si escalaban por aquí, los verían. Si escalaban por el centro, estarían atrapados en las mesetas sin ningún sitio al que ir. Si salían más cerca de las zonas parshendi, los descubrirían sus exploradores. Eso suponiendo que pudieran salir de los abismos. Aunque algunos tenían doce o quince metros de profundidad, muchos tenían más de treinta.

Syl se marchó volando para guiar a Roca y su grupo, y Kaladin volvió con el resto de los hombres para ayudar a Teft a corregir poses. Era un trabajo difícil; el primer día siempre lo era. Los hombres eran torpes e inseguros.

Pero también mostraban una notable resolución. Kaladin nunca había trabajado con un grupo que se quejara menos. Los hombres no pedían descanso. No le dirigían miradas de resentimiento cuando les exigía más. Los ceños fruncidos que mostraban iban dirigidos a sus propios defectos, furiosos consigo mismos por no aprender más rápido.

Y lo hicieron. Después de unas cuantas horas, los más talentosos de ellos, con Moash a la cabeza, empezaron a convertirse en luchadores. Sus poses se hicieron más firmes, más confiadas. Cuando tendrían que haberse sentido agotados y frustrados, se mostraban más determinados.

Kaladin quedó en segundo plano y observó a Moash asumir su pose después de que Teft lo empujara. Era un ejercicio doble: Moash dejaba que Teft lo empujara hacia atrás, y entonces aguantaba y fijaba los pies. Una y otra vez. El propósito era entrenarse para volver a la pose sin pensar. Kaladin normalmente no habría empezado esos ejercicios hasta el segundo o el tercer día. Pero aquí Moash lo absorbía después de dos horas. Había otros dos, Drehy y Cikatriz, que aprendían casi igual de rápido.

Kaladin se apoyó contra la pared de roca. El agua fría se filtraba a su lado, y una planta golosa abrió vacilante sus hojas como

abanicos junto a su cabeza: dos anchas hojas anaranjadas, con espinas en las puntas, desplegándose como puños que se abrían.

«¿Es su entrenamiento en los puentes? ¿O es su pasión?», se preguntó Kaladin. Les había dado una oportunidad de contraatacar. Ese tipo de oportunidad cambiaba a un hombre.

Al verlos allí resueltos y capaces con poses que acababan de aprender, Kaladin advirtió algo. Esos hombres, expulsados del ejército, obligados a trabajar casi hasta la muerte y alimentados con comida extra por la cuidadosa planificación de Kaladin, eran los reclutas más en forma y más dispuestos que había tenido jamás.

Al pretender aplastarlos, Sadeas había logrado que sobresalieran.



«Llama y brea. La piel tan terrible. Los ojos como pozos de negrura.»

Una cita del Iviad probablemente no necesite ninguna anotación de referencia, pero esta procede del verso 482, por si quiero localizarla rápidamente.

Shallan despertó en una pequeña habitación blanca.

Se incorporó, sintiéndose extrañamente sana. La esplendente luz del sol iluminaba las finas cortinas blancas de la ventana, atravesando la tela e inundando la habitación. Shallan frunció el ceño, sacudiendo la cabeza embotada. Sentía como si debiera estar ardiendo de pies a cabeza, la piel arrancada. Pero eso era solo un recuerdo. Tenía el corte en el brazo, pero por lo demás se sentía perfectamente bien.

Un sonido de roce. Se volvió para ver a una enfermera que recorría un pasillo blanco: la mujer al parecer la había visto sentarse, y ahora le llevaba la noticia a alguien.

«Estoy en el hospital, me han trasladado a una habitación privada.»

Un soldado se asomó a inspeccionarla. Al parecer era una habitación vigilada.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó—. Me envenenaron, ¿no? —sintió un súbito destello de alarma—. ¡Kabsal! ¿Está bien?

El guardia tan solo volvió a su puesto. Shallan empezó a

levantarse de la cama, pero él volvió a asomarse y la miró con mala cara. Ella soltó un gritito a su pesar, subió la sábana y se quedó quieta. Todavía llevaba puesta una de las túnicas del hospital, muy parecida a una suave bata de baño.

¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? ¿Por qué había…?

«¡La animista! Se la di a Jasnah.»

La siguiente media hora fue una de las más terribles de la vida de Shallan. La pasó sufriendo las miradas periódicas del guardia y sintiéndose asqueada. ¿Qué había sucedido?

Por fin, Jasnah apareció al fondo del pasillo. Llevaba un vestido diferente, negro con líneas gris claro. Cruzó la habitación como una flecha y despidió al guardia con una sola palabra al pasar. El hombre se marchó rápidamente, sus botas resonaron en el suelo de piedra mucho más fuerte que las zapatillas de Jasnah.

La princesa entró, y aunque no hizo ninguna acusación, su mirada fue tan hostil que Shallan quiso arrastrarse bajo las sábanas y esconderse. No. Quiso meterse debajo de la cama, hundirse en el mismo suelo y poner piedra entre ella y aquellos ojos.

Se contentó con bajar avergonzada la mirada.

—Fuiste sabia al devolver la animista —dijo Jasnah, la voz como el hielo—. Te salvó la vida. Te salvé la vida.

—Gracias —susurró Shallan.

—¿Con quién trabajas? ¿Qué devotario te sobornó para que robaras el fabrial?

—Con ninguno, brillante. Lo robé por propia voluntad.

—Protegerlos no te servirá de nada. Tarde o temprano me dirás la verdad.

—Esta es la verdad —dijo Shallan, alzando la mirada y sintiendo un atisbo de desafío—. Por eso me convertí en tu pupila en primer lugar. Para robar la animista.

—Sí ¿pero para quién?

—Para mí. ¿Tan difícil es creer que puedo actuar por mi cuenta? ¿Soy un fracaso tan miserable que la única respuesta racional es asumir que me drogaron o me manipularon?

—No tienes derecho a levantarme la voz, niña —dijo Jasnah fríamente—. Y tienes todos los motivos para recordar cuál es tu sitio.

Shallan volvió a bajar la mirada.

Jasnah guardó silencio durante un rato. Finalmente, suspiró.

—¿En qué estabas pensando, niña?

—Mi padre ha muerto.

—¿Y…?

—No era apreciado, brillante. De hecho, lo odiaban, y mi familia está arruinada. Mis hermanos intentan aguantar fingiendo que vive todavía. Pero… —¿Se atrevería a decirle a Jasnah que su padre poseía una animista? Hacerlo no ayudaría a excusar lo que había hecho y podría meter a su familia en más problemas—. Necesitábamos algo. Una ayuda. Un modo de ganar dinero rápidamente, o de crearlo.

Jasnah volvió a guardar silencio. Cuando por fin habló, parecía levemente divertida.

—¿Pensaste que vuestra salvación se encontraba no solo en enfurecer a todo el fervor, sino a Alezkar? ¿Te das cuenta de lo que habría hecho mi hermano si se hubiera enterado de esto?

Shallan apartó la mirada, sintiéndose a la vez estúpida y avergonzada.

Jasnah suspiró.

—A veces olvido lo joven que eres. Puedo ver que el robo pudo parecerte tentador. Pero fue una tontería de todas formas. He dispuesto un pasaje de vuelta a Jah Keved. Te marcharás por la mañana.

—Yo… —era más de lo que merecía—. Gracias.

—Tu amigo, el fervoroso, está muerto.

Shallan alzó la cabeza, anonadada.

—¿Qué pasó?

—El pan estaba envenenado. Polvo de agotadera. Muy letal, espolvoreado sobre el pan para que pareciera harina. Sospecho que el pan era tratado de forma similar cada vez que venía de visita. Su objetivo era hacerme comer un trozo.

—¡Pero yo comí un montón de ese pan!

—La mermelada tenía el antídoto —dijo Jasnah—. Lo encontramos en varios frascos vacíos que había empleado.

—¡No puede ser!

—He empezado a investigar —dijo Jasnah—. Tendría que

haberlo hecho inmediatamente. Nadie recuerda de dónde vino este tal «Kabsal». Aunque hablaba con familiaridad a los otros fervorosos de ti y de mí, ellos solo lo conocían vagamente.

—Entonces él…

—Estaba jugando contigo, niña. Todo el tiempo te estuvo utilizando para llegar hasta mí. Para espiar lo que estaba haciendo, para matarme si podía —hablaba tranquilamente, sin ninguna emoción—. Creo que usó mucho más polvo durante este último intento, más que nunca antes, esperando quizá que yo lo aspirara. Se dio cuenta de que sería su última oportunidad. Sin embargo, se volvió contra él, ya que trabajó mucho más rápidamente de lo que esperaba.

Alguien había estado a punto de matarla. No, alguien no: Kabsal. ¡No era extraño que estuviera tan ansioso por hacerle probar la mermelada!

—Estoy muy decepcionada contigo, Shallan —dijo Jasnah—. Ahora comprendo por qué intentaste poner fin a tu propia vida. Fue la culpa.

Ella no había intentado suicidarse. ¿Pero de qué serviría admitirlo? Jasnah se apiadaba de ella; era mejor no darle motivos para lo contrario. ¿Pero qué había de las extrañas cosas que Shallan había visto y experimentado? ¿Podría tener Jasnah una explicación para ellas?

Mirarla, ver la fría cólera oculta bajo su tranquilo aspecto exterior, asustó tanto a Shallan que sus preguntas sobre las cabezas de símbolos y el extraño lugar que había visitado murieron en sus labios. ¿Cómo había pensado Shallan que era valiente? No lo era. Era una idiota. Recordó las veces que la ira de su padre resonaba por toda la casa. La ira más silenciosa y más justificada de Jasnah no era menos aterradora.

—Bueno, tendrás que aprender a vivir con tu culpa —dijo Jasnah—. Tal vez no hubieras podido escapar con mi fabrial, pero has tirado por la borda una carrera muy prometedora. Este estúpido plan manchará tu vida durante décadas. Ninguna mujer te aceptará ahora como pupila. La has tirado por la borda —negó con la cabeza, disgustada—. Odio equivocarme.

Con eso, se dio la vuelta para marcharse.

Shallan alzó una mano. «Tengo que pedir disculpas. Tengo que decir algo.»

—¿Jasnah?

La mujer no se volvió a mirar, y el guardia no regresó.

Shallan se enroscó bajo las sábanas, con un nudo en el estómago, sintiéndose tan asqueada que, durante un momento, deseó haberse clavado aquel fragmento de cristal un poco más adentro. O tal vez que Jasnah no hubiera sido tan rápida con la animista para salvarla.

Lo había perdido todo. No tenía ningún fabrial para proteger a su familia, ni tutora para continuar sus estudios. Ni Kabsal. Nunca lo había tenido.

Sus lágrimas mojaron las sábanas mientras la luz del sol se difuminaba y luego se desvanecía. Nadie vino a ver cómo estaba. A nadie le importaba.



UN AÑO ANTES

Kaladin estaba sentado en silencio en la sala de espera del centro de operaciones de Amaram, un recio edificio de madera con una docena de secciones que podían ser desconectadas y tiradas por chulls. Kaladin se encontraba junto a una ventana, contemplando el campamento. Había un hueco donde se alojaba su pelotón. Podía distinguirlo desde aquí. Sus tiendas habían sido desmontadas y entregadas a otros pelotones.

Quedaban cuatro de sus hombres. Cuatro de veintiséis. Y los hombres lo llamaban afortunado. Lo llamaban Benditormenta. Había empezando a creérselo.

«He matado a un portador de esquirlada hoy —pensó, aturdido—. Como Lanacin el del Seguro Pie, o Evod Marcador. Yo maté a uno.»

Y no le importaba.

Cruzó los brazos en el alféizar de madera. No había cristal en la ventana y podía sentir la brisa. Un vientospren volaba de una tienda a otra. Tras Kaladin, la habitación tenía una gruesa alfombra roja y escudos en las paredes. Había varias sillas de madera tapizadas, como la que él utilizaba ahora. Esta era la sala de espera «pequeña» del centro de operaciones, pequeña y sin embargo más grande que toda su casa en Piedralar, incluida la consulta.

«Maté a un portador de esquirlada. Y luego renuncié a la espada y la armadura.»

Ese hecho tenía que ser la estupidez más monumental que nadie, en ningún reino, en ninguna era, había cometido jamás. Como portador de esquirlada, Kaladin habría sido más importante que Roshone, más importante que Amaram. Habría podido ir a las Llanuras Quebradas y luchar en una guerra de verdad.

No más escaramuzas en las fronteras. No más mezquinos capitanes ojos claros pertenecientes a familias sin importancia, amargados porque se habían quedado atrás. Nunca tendría que preocuparse por las ampollas de las botas que no le estaban bien, por la bazofia que sabía a crem, por los otros soldados que buscaban pelea.

Podría haber sido rico. Y había renunciado a todo, así de fácil.

Y sin embargo, la simple idea de tocar aquella espada le revolvía el estómago. No quería riquezas, títulos, ejércitos, ni siquiera una buena comida. Quería poder regresar y proteger a los hombres que habían confiado en él. ¿Por qué había corrido tras el portador? Tendría que haber huido. Pero no, insistió en atacar a un tormentoso portador de esquirlada.

«Protegiste a tu alto mariscal —se dijo—, eres un héroe.»

¿Pero por qué valía más la vida de Amaram que la de sus hombres? Kaladin lo servía por el honor que había mostrado. Dejaba que los lanceros compartieran sus comodidades en el centro de mando durante las altas tormentas, un pelotón diferente cada tormenta. Insistía en que sus hombres estuvieran bien alimentados y bien pagados. No los trataba como a escoria.

Pero sí dejaba que sus subordinados lo hicieran. Y había roto su promesa de proteger a Tien.

«Y yo también. Y yo también…»

Por dentro, Kaladin era un revoltijo de culpabilidad y pena. Una cosa estaba clara, como un brillante punto de luz en la pared de una habitación oscura. No quería tener nada que ver con aquellos Cristales. Ni siquiera quería tocarlos.

La puerta se abrió de golpe y Kaladin se volvió en su silla. Amaram entró. Alto, esbelto, con el rostro cuadrado y la larga guerrera marcial verde oscuro. Caminaba con una muleta. Kaladin observó los vendajes y el entablillado con ojo crítico. «Yo podría haberlo hecho mejor.» También habría insistido en que el paciente

permaneciera en cama.

Amaram hablaba con uno de sus guardatormentas, un hombre de mediana edad con barba cuadrada y túnica negra.

—¿Por qué se arriesgaría Thaidakar a eso? —estaba diciendo Amaram, hablando en voz baja—. ¿Pero quién más podría ser? Los Espectros de Sangre se vuelven más osados. Tendremos que descubrir quién era. ¿Sabemos algo de él?

—Era veden, brillante señor —dijo el guardatormentas—. Nadie a quien yo reconozca. Pero investigaré.

Amaram asintió y guardó silencio. Detrás de los dos entró un grupo de oficiales ojos claros, uno de ellos con la hoja esquirlada, envuelta en una tela blanca pura. Detrás de este grupo llegaron los cuatro miembros supervivientes del pelotón de Kaladin: Hab, Reesh, Alabet y Coreb.

Kaladin se levantó, exhausto. Amaram permaneció junto a la puerta, los brazos cruzados, mientras dos hombres más entraban y la cerraban. Eran también ojos claros, pero inferiores: oficiales de la guardia personal de Amaram. ¿Se encontraban entre los que habían huido?

Amaram se apoyó en su bastón e inspeccionó a Kaladin con sus brillantes ojos pardos. Había consultado con sus consejeros durante varias horas, tratando de descubrir quién era el portador de esquirlada.

—Hiciste algo valiente hoy, soldado —le dijo a Kaladin.

—Yo…

¿Qué se decía a eso? «Ojalá te hubiera dejado morir, señor.»

—Gracias.

—Todo el mundo huyó, incluyendo mi guardia de honor. —Los dos hombres más cercanos a la puerta agacharon la cabeza, avergonzados—. Pero tú atacaste. ¿Por qué?

—En realidad no lo pensé, señor.

Amaram pareció insatisfecho con la respuesta.

—Te llamas Kaladin ¿no?

—Sí, brillante señor. De Piedralar. ¿Recuerdas?

Amaram frunció el ceño, parecía confundido.

—Tu primo, Roshone, es consistor allí. Envió a mi hermano al ejército cuando viniste a reclutar. Yo…, yo me enrolé con mi

hermano.

—Ah, sí —dijo Amaram—. Creo que te recuerdo. —No preguntó por Tien—. Todavía no has respondido a mi pregunta. ¿Por qué atacaste? No fue por la espada esquirlada. La rechazaste.

—Sí, señor.

A un lado, el guardatormentas alzó las cejas, como si no se hubiera creído que Kaladin había rechazado la esquirlada. El soldado que sostenía la espada no dejaba de mirarla asombrado.

—¿Por qué? —dijo Amaram—. ¿Por qué la rechazaste? Tengo que saberlo.

—No la quiero, señor.

—Sí, ¿pero por qué?

«Porque me convertiría en uno de vosotros. Porque no puedo mirar esa arma y no ver los rostros de los hombres que su dueño mató tan despiadadamente.»

«Porque…, porque…»

—No puedo responder a eso, señor —dijo Kaladin, suspirando.

El guardatormentas se acercó al brasero de la habitación, sacudiendo la cabeza. Empezó a calentarse las manos.

—Mira —dijo Kaladin—. Esas esquirladas son mías. Bueno, dije que se las daba a Coreb. Es mi soldado de mayor rango, y el mejor luchador entre ellos.

Los otros tres comprenderían. Además, Coreb cuidaría de ellos cuando fuera un ojos claros.

Amaram miró a Coreb, y luego asintió a sus ayudantes. Uno cerró los postigos de las ventanas. Los otros desenvainaron las espadas y avanzaron hacia los cuatro miembros restantes del pelotón de Kaladin.

Kaladin gritó y dio un salto hacia delante, pero dos de los oficiales se habían situado junto a él. Uno le descargó un puñetazo en el estómago en cuanto empezó a moverse. Le sorprendió tanto que el golpe lo alcanzó directamente y se quedó sin aire.

«No.»

Combatió el dolor y se volvió para enfrentarse al hombre. Los ojos de este se abrieron de par en par cuando el puñetazo lo alcanzó y lo envió de espaldas. Varios hombres se lanzaron contra él. No tenía armas y estaba tan cansado por la batalla que apenas podía

mantenerse en pie. Lo derribaron al suelo dándole puñetazos en el costado y la espalda. Se desplomó, dolorido, pero aún pudo ver cómo los soldados se cernían sobre sus hombres.

Reesh fue abatido primero. Kaladin trató de gritar, extendiendo una mano, luchando por incorporarse.

«Esto no puede suceder. ¡Por favor, no!»

Hab y Alabet habían sacado sus cuchillos, pero cayeron rápidamente: un soldado apuñaló a Hab mientras los otros dos abatían a Alabet. El cuchillo de Alabet resonó al caer al suelo, seguido por su brazo, y luego por su cadáver.

Coreb duró más, pues retrocedió, las manos extendidas hacia delante. No gritó. Pareció comprender. Los ojos de Kaladin lagrimeaban, y los soldados lo agarraban por detrás, impidiéndole ayudar.

Coreb cayó de rodillas y empezó a suplicar. Uno de los hombres de Amaram lo cogió por el cuello y le cercenó limpiamente la cabeza. Todo terminó en cuestión de segundos.

—¡Hijo de puta! —gritó Kaladin, debatiéndose contra el dolor—. ¡La tormenta te lleve, hijo de puta!

Kaladin advirtió que estaba llorando, debatiéndose inútilmente contra los cuatro hombres que lo sujetaban. La sangre de los lanceros caídos empapaba las tablas del suelo.

Estaban muertos. Todos estaban muertos. ¡Padre Tormenta! ¡Todos ellos!

Amaram dio un paso adelante, la expresión sombría. Plantó una rodilla delante de Kaladin.

—Lo siento.

—¡Hijo de puta! —gritó Kaladin con todas sus fuerzas.

—No podía arriesgarme a que dijeran lo que han visto. Así es como debe ser, soldado. Es por el bien del ejército. Se les dirá que tu pelotón ayudó al portador de esquirlada. Verás, los hombres deben creer que yo lo maté.

—¡Vas a quedarte las esquirlas para ti!

—Estoy entrenado en la espada y estoy acostumbrado a la armadura. Serviré mejor a Alezkar si llevo las esquirlas.

—¡Podrías haberlas pedido! ¡La tormenta te lleve!

—¿Y cuando la noticia se corra por el campamento? —dijo

Amaram, sombrío—. ¿Cuando se sepa que tú mataste al portador pero yo me quedé con las esquirlas? Nadie creería que las cediste por tu propia voluntad. Además, hijo, no me habrías dejado quedármelas. —Amaram sacudió la cabeza—. Habrías cambiado de opinión. Dentro de un día o dos, habrías querido la riqueza y el prestigio: los demás te habrían convencido. Habrías exigido que te las devolviera. Tardamos horas en decidirlo, pero Restares tiene razón: esto es lo que debe hacerse. Por el bien de Alezkar.

—¡No es por Alezkar! ¡Es por ti! ¡Tormenta, se supone que eres mejor que los demás!

Las lágrimas corrían por la barbilla de Kaladin.

Amaram pareció culpable de repente, como si admitiera que lo que Kaladin decía era verdad. Se dio la vuelta y llamó al guardatormentas. El hombre se volvió del brasero, empuñando algo que había estado calentando en las brasas. Un pequeño hierro de marcar.

—¿Todo es fingido? —preguntó Kaladin—. ¿El honorable brillante señor que se preocupa por sus hombres? ¿Mentira? ¿Todo mentira?

—Esto es por mis hombres —dijo Amaram. Sacó la espada del paño, empuñándola. La gema de su pomo lanzó un destello de luz blanca—. No puedes comprender el peso que cargo, lancero.

La voz de Amaram perdió parte de su tono calmado y razonado. Parecía a la defensiva.

—No puedo preocuparme por las vidas de unos pocos lanceros ojos oscuros cuando miles de personas podrían salvarse con mi decisión.

El guardatormentas avanzó hacia Kaladin, colocando en posición el hierro de marcar. Los glifos, a la inversa, decían *nahn*. Una marca de esclavo.

—Viniste a por mí —dijo Amaram, cojeando hacia la puerta y rodeando el cadáver de Reesh—. Por salvarme la vida, respeto la tuya. Cinco hombres contando la misma historia habrían sido creídos, pero un único esclavo será ignorado. En el campamento se dirá que no intentaste ayudar a tus amigos…, pero que tampoco intentaste detenerlos. Huiste y fuiste capturado por mi guardia.

Amaram vaciló junto a la puerta, el filo romo de la hoja

esquirlada robada apoyado en su hombro. La culpa asomaba todavía en sus ojos, pero se controló y la ocultó.

—Serás degradado como desertor y marcado como esclavo. Pero mi misericordia te salva de la muerte.

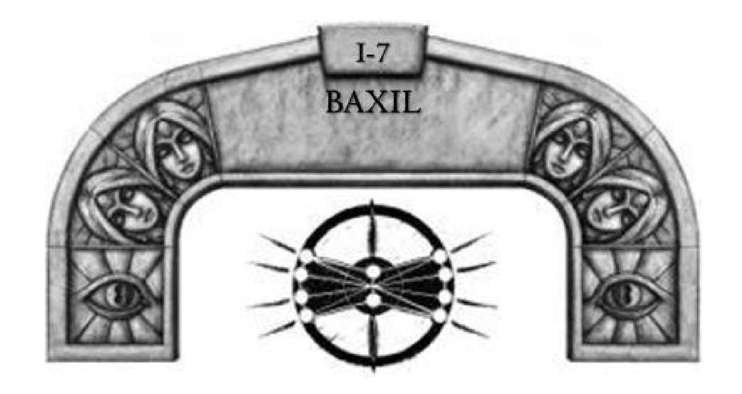
Abrió la puerta y salió.

El hierro de marcar cayó, sellando el destino en su piel. Kaladin dejó escapar un último grito entrecortado.

FIN DE LA TERCERA PARTE

Interludios

Baxil * Geranid * Szeth



Baxil recorría presuroso el deslumbrante pasillo del palacio, aferrado al abultado saco de herramientas. Oyó tras él un sonido parecido a una pisada y dio media vuelta con un respingo. No vio nada. El pasillo estaba vacío, una alfombra dorada en el suelo, espejos en las paredes, el techo abovedado cubierto de elaborados mosaicos.

—¿Quieres dejar de hacer eso? —dijo Av, que caminaba junto a él—. Cada vez que das un salto estoy a punto de atravesarte por sorpresa.

—No puedo evitarlo —dijo Baxil—. ¿No deberíamos hacer esto de noche?

—La señora sabe lo que hace —replicó Av. Como Baxil, era emuli y tenía la piel y el cabello oscuros. Pero estaba más seguro de sí mismo. Recorría los pasillos actuando como si lo hubieran invitado, la espada de ancha hoja envainada al hombro.

«Si el Primer Kadasix lo quiere —pensó Baxil—, preferiría que Av no tuviera nunca que desenvainar esa arma. Gracias.»

Su señora caminaba ante ellos, la otra única persona en el pasillo. No era emuli: ni siquiera parecía makabaki, aunque tenía la piel oscura y el cabello negro, largo y hermoso. Tenía ojos como los shin, pero era alta y esbelta, como los alezi. Av pensaba que era mestiza. O eso decía cuando se atrevía a hablar de esas cosas. La señora tenía buen oído. Un extraño buen oído.

Se detuvo en el siguiente cruce de pasillos. Baxil no evitó mirar de nuevo por encima del hombro. Av le dio un codazo, pero

tampoco logró evitar aquella mirada. Sí, la señora decía que los servidores de palacio estarían ocupados preparando la nueva ala para los invitados, pero este era el hogar del mismísimo Ashno de Sages. Uno de los hombres más ricos y santos de todo Emul. Tenía cientos de servidores. ¿Y si uno de ellos aparecía en ese pasillo?

Los dos hombres se reunieron con su señora en el cruce. Baxil se obligó a bajar los ojos para no seguir mirando por encima del hombro, pero entonces se encontró mirando a la señora. Era peligroso estar al servicio de una mujer tan hermosa como ella, con aquel largo pelo negro y suelto que le llegaba hasta la cintura. Nunca vestía ropas de mujer, ni una túnica, ni un vestido ni una falda. Siempre pantalones, habitualmente elegantes y estrechos, con una espada de hoja fina al cinto. Sus ojos eran de un violeta tan claro que eran casi blancos.

Era sorprendente. Maravillosa, embriagadora, abrumadora.

Av le dio de nuevo un codazo en las costillas. Baxil dio un respingo y luego miró con dureza a su primo, frotándose el vientre.

—Baxil —dijo la señora—. Mis herramientas.

Él abrió la bolsa y le entregó un cinturón de herramientas plegado. Tintineó cuando ella lo recogió, sin mirarlo, y se internó en el pasillo a la izquierda.

Baxil observó, incómodo. Esto era el Salón Sagrado, el lugar donde los ricos colocaban imágenes de su Kadasix para rezar. La señora se acercó a la primera obra de arte. El cuadro mostraba a Epan, Dama de los Sueños. Era maravilloso, una obra maestra de pan de oro sobre lienzo negro.

La señora sacó un cuchillo y rasgó el cuadro. Baxil se estremeció, pero no dijo nada. Casi se había acostumbrado a la manera tan indiferente con que ella destruía obras de arte, aunque le sorprendiera. Sin embargo, ella les pagaba muy bien a los dos.

Av se apoyó contra la pared, hurgándose los dientes con una uña. Baxil trató de imitar su pose relajada. El gran pasillo estaba iluminado con chips de topacio colocados en hermosas lámparas, pero no hicieron ningún amago por apoderarse de ellos. A la señora no le gustaba robar.

—He estado pensando en seguir la Antigua Magia —dijo Baxil, en parte para no estremecerse mientras la señora se disponía a

sacarle los ojos a un hermoso busto.

Av bufó.

—¿Por qué?

—No lo sé —dijo Baxil—. Parece que tiene algo que ver conmigo. Nunca lo he pretendido, ya sabes, y dicen que cada hombre tiene una oportunidad para pedir un favor a la Vigilante Nocturna. ¿Has usado la tuya?

—No —respondió Av—. No me apetece hacer el viaje hasta el Valle. Además, mi hermano fue. Volvió con las manos entumecidas. Nunca volvió a sentir con ellas.

—¿Qué favor pidió? —preguntó Baxil mientras la señora envolvía un jarrón con una tela y luego lo dejaba caer al suelo y aplastaba los pedazos.

—No lo sé. Nunca lo dijo. Parecía avergonzado. Probablemente pidió alguna tontería, como un buen corte de pelo. —Av hizo una mueca.

—Yo estaba pensando en algo más útil —dijo Baxil—. Como pedir valor ¿sabes?

—Si eso quieres, pienso que hay modos mejores que la Antigua Magia. Nunca se sabe con qué tipo de maldición acabarás.

—Podría expresar mi petición perfectamente.

—No funciona así —dijo Av—. No es un juego, no importa lo que cuenten las historias. La Vigilante Nocturna no te engaña ni retuerce tus palabras. Tú pides un favor. Ella te da lo que considera que mereces, y luego te da también una maldición. A veces está relacionada, a veces no.

—¿Desde cuándo eres un experto en eso? —preguntó Baxil. La señora estaba rasgando otro cuadro—. Creía que habías dicho que no has ido nunca.

—No he ido. Pero mi padre fue, mi madre también, y todos mis hermanos. Unos pocos consiguieron lo que querían. La mayoría lamentaron la maldición, excepto mi padre. Consiguió un montón de tela buena, y la vendió para impedir que muriéramos de hambre durante la hambruna del lurnip de hace unas cuantas décadas.

—¿Cuál fue su maldición?

—A partir de entonces vio el mundo del revés.

—¿De verdad?

—Sí —dijo Av—. Todo cambiado. Como si la gente caminara por el techo y tuviera el cielo debajo. Pero decía que se acostumbró bastante rápido y cuando murió ya no consideraba que fuera una maldición.

Solo pensar en esa maldición hacía que Baxil se sintiera enfermo.

Miró el saco de herramientas. Si no fuera tan cobarde ¿no sería tal vez capaz de convencer a la señora para que lo considerara algo más que músculo contratado?

«Si el Primer Kadasix lo quiere —pensó—, sería muy agradable saber qué hacer. Gracias.»

La señora regresó, el pelo un poco despeinado. Extendió la mano.

—La maza acolchada, Baxil. Hay una estatua entera ahí.

Él sacó la maza del saco y se la entregó.

—Tal vez debería conseguirme una hoja esquirlada —dijo ella con aire ausente, cargándose la herramienta al hombro—. Pero entonces esto sería demasiado fácil.

—No me importaría que fuera demasiado fácil, señora —comentó Baxil.

Ella hizo una mueca y volvió a la sala. Pronto empezó a golpear una estatua al fondo. Le rompió los brazos. Baxil dio un respingo.

—Alguien va a escuchar eso.

—Sí —contestó Av—. Probablemente por eso esperó a dejarlo para el final.

Por fin los golpes quedaron apagados por el acolchado de la maza. Tenían que ser los únicos ladrones que se colaban en las casas de los ricos y no se llevaban nada.

—¿Por qué hace esto, Av? —preguntó Baxil.

—No lo sé. Tal vez deberías preguntárselo a ella.

—¡Creí que habías dicho que no debería hacer eso nunca!

—Depende. ¿Hasta qué punto aprecias tus miembros?

—Bastante.

—Bueno, pues si alguna vez quieres cambiar ese aprecio, empieza haciéndole a la señora preguntas molestas. Hasta entonces, cállate.

Baxil no dijo nada más. «La Antigua Magia —pensó—. Podría

cambiarme. Iré a buscarla.»

Sin embargo, conociendo su suerte, no podría encontrarla. Suspiró y se apoyó de nuevo contra la pared mientras los golpes apagados seguían resonando.



—Estoy pensando en cambiar mi llamada —dijo Ashir desde atrás.

Geranid asintió ausente mientras trabajaba en sus ecuaciones. Había un fuerte olor a especias en la pequeña habitación de piedra. Ashir probaba un nuevo experimento. Implicaba algún tipo de *curry* en polvo y una rara fruta shin que había caramelizado. Algo así. Ella podía oírlo hervir en su nuevo horno de fabrial.

—Estoy cansado de cocinar —continuó Ashir. Tenía una voz suave y amable. Ella lo amaba por eso. En parte porque a él le gustaba hablar, y si ibas a tener a alguien hablándote mientras intentabas pensar, bien podía tener una voz suave y amable.

—No tengo la pasión que tenía antes —continuó él—. Además, ¿de qué servirá un cocinero en el Reino Espiritual?

—Los Heraldos necesitan comida —dijo ella, ausente, borrando una línea de su tablero de escritura y trazando otra línea de números debajo.

—¿De verdad? —preguntó él—. Nunca me ha convencido eso. Oh, he leído las especulaciones, pero no me parece algo racional. El cuerpo debe alimentarse en el Reino Físico, pero el espíritu existe en un estado completamente diferente.

—Un estado de ideales —respondió ella—. Bueno, entonces tal vez podrías crear comida ideal.

—Hmm… ¿Dónde estaría entonces la diversión? No habría experimentación.

—Podría pasarme sin eso —dijo ella, inclinándose para inspeccionar la chimenea, donde dos llamaspren bailaban en los

leños encendidos—. Si significara no tener que comer nunca más algo parecido a esa sopa verde que hiciste el mes pasado.

—Ah —respondió él, melancólico—. Eso fue interesante, ¿verdad? Completamente repugnante, a pesar de que estaba hecha con ingredientes apetitosos. —Parecía considerarlo un triunfo personal—. Me pregunto si en el Reino Cognitivo comen. ¿Existe allí la comida como tal? Tendré que leer y ver si alguien ha comido alguna vez mientras visitaba Shadesmar.

Geranid respondió con un gruñido indiferente, sacó sus calibradores y se inclinó hacia el calor para medir los llamaspren. Frunció el ceño, e hizo otra anotación.

—Toma, querida —dijo Ashir, acercándose e inclinándose junto a ella para ofrecerle un pequeño cuenco—. Pruébalo. Creo que te gustará.

Ella miró el contenido. Trozos de pan cubiertos de salsa roja. Era comida de hombres, pero como los dos eran fervorosos, no importaba.

De fuera llegaban los sonidos de las olas lamiendo suavemente las rocas. Se hallaban en una diminuta isla de Reshi, enviados técnicamente para atender las necesidades religiosas de cualquier visitante vorin. Algunos viajeros acudían a ellos para eso, y ocasionalmente incluso algunos de los reshi. Pero en realidad esto era una forma de mantenerse apartados y concentrarse en sus experimentos. Geranid con sus estudios sobre los spren. Ashir con su química volcada en la comida, naturalmente, ya que le permitía comer los resultados.

El grueso fervoroso sonrió afablemente, la cabeza afeitada, la barba gris perfectamente recortada. Los dos cumplían las reglas de su servicio, a pesar del aislamiento. No se escribía el final de toda una vida de fe con un último capítulo torpe.

—No es verde —advirtió ella, cogiendo el cuenco—. Eso es buena señal.

—Hmmm —murmuró él, inclinándose y ajustándose las gafas para inspeccionar las anotaciones de Geranid—. Sí. Realmente fue fascinante la forma en que caramelizó esa verdura shin. Me alegro mucho de que Grom me la trajera. Tendrás que repasar mis notas. Creo que tengo bien las cifras, pero podría estar equivocado.

Él no era tan bueno en matemáticas como en la teoría. Convenientemente, Geranid era todo lo contrario.

Ella cogió una cuchara y probó la comida. No llevaba manga en su mano segura, otra de las ventajas de ser fervorosa. La comida estaba bastante buena.

—¿Has probado esto, Ashir?

—No —dijo él, todavía repasando las cifras—. La valiente eres tú, querida.

Ella arrugó la nariz.

—Está horrible.

—Ya lo noto por cómo tomas otro gran bocado en este momento.

—Sí, pero tú la odiarías. No tiene fruta. ¿Lo que has añadido es pescado?

—Un puñado desecado de pequeños pececillos que capturé esta mañana. Sigo sin saber qué especias son. Pero están sabrosas. —Él vaciló, luego miró hacia la chimenea y los spren—. Geranid, ¿qué es esto?

—Creo que he hecho un avance.

—Pero las cifras —dijo él, señalando el tablero de escritura—. Dijiste que eran erráticos, y siguen siéndolo.

—Sí —respondió ella, entornando los ojos ante los llamaspren—. Pero puedo predecir cuándo serán erráticos y cuando no lo serán.

Él la miró, frunciendo el ceño.

—Los spren cambian cuando los mido, Ashir —dijo ella—. Antes de medirlos, bailan y varían de tamaño, luminosidad y forma. Pero cuando hago una anotación, inmediatamente adoptan su estado actual. Pueden quedarse así eternamente. Es todo lo que puedo decir.

—¿Y eso qué significa? —preguntó él.

—Espero que puedas decírmelo tú. Yo tengo las cifras. Tú tienes la imaginación, querido.

Él se rascó la barba, se sentó y sacó un cuenco y una cuchara. Había rociado fruta seca sobre su porción. Geranid estaba medio convencida de que se había unido al fervor por su pasión por lo dulce.

—¿Qué pasa si borras las cifras? —preguntó.

—Vuelven a ser variables. Longitud, forma, luminosidad.

Ashir dio una dentellada a su comida.

—Vete a la otra habitación.

—¿Qué?

—Hazlo. Coge tu tablero de escritura.

Ella suspiró y se puso en pie. Sus articulaciones crujieron. ¿Tan vieja se estaba haciendo? Luz de las estrellas, sí que habían pasado mucho tiempo en esta isla. Se dirigió a la otra habitación, donde estaba su jergón.

—¿Y ahora qué? —preguntó desde allí.

—Voy a medir los spren con tus calibradores —respondió él—. Haré tres mediciones seguidas. Anota solo una de las cifras que te dé. No me digas cuál estás escribiendo.

—Muy bien —contestó ella. La habitación estaba abierta, y desde allí podía ver una oscura y vidriosa extensión de agua. El mar Reshi no era tan poco profundo como el Lagopuro, pero era cálido la mayor parte del tiempo, salpicado de pequeñas islas tropicales y el ocasional conchagrande monstruoso.

—Cinco centímetros, siete décimas —dijo Ashir.

Ella no anotó la cifra.

—Tres centímetros, ocho décimas.

Ella ignoró también el número esta vez, pero preparó su tiza para escribir, lo más silenciosamente posible, los siguientes números que él anunciara.

—Tres centímetros, tres de…, ahhh.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Ha dejado de cambiar de tamaño. ¿He de suponer que has anotado ese tercer número?

Ella frunció el ceño y regresó a su pequeño salón. El hornillo de Ashir estaba en una mesita baja a la derecha. Al estilo reshi, no había sillas, solo cojines, y todos los muebles eran planos y largos, en vez de altos.

Se acercó a la chimenea. Uno de los dos llamaspren bailaba en lo alto de un leño, cambiando de forma y longitud y fluctuando como las llamas mismas. El otro había tomado una forma más estable. Su longitud ya no cambiaba, aunque su forma lo hacía levemente.

Parecía trabada de algún modo. Casi se antojaba una persona

pequeña mientras bailaba sobre el fuego. Geranid extendió la mano y borró su anotación. De inmediato, el spren empezó a latir y cambiar erráticamente igual que el otro.

—Ahhh —repitió Ashir—. Es como si supiera, de algún modo, que ha sido medido. Como si simplemente definir su forma lo atrapara de algún modo. Escribe un número.

—¿Qué número?

—Cualquiera. Pero uno que pueda ser el tamaño de un llamaspren.

Ella así lo hizo. No sucedió nada.

—Tienes que medirlo de verdad —dijo él, golpeando suavemente la cuchara contra el lado del cuenco—. No fingirlo.

—Me pregunto por la precisión del instrumento —dijo ella—. Si uso uno que sea menos preciso ¿le dará más flexibilidad al spren? ¿O hay un umbral, una precisión más allá de la cual se encuentra limitado? —Se sentó, sintiéndose aturdida—. Tengo que investigar esto un poco más. Intentarlo con la luminosidad, y luego compararla con mi ecuación general de la luminosidad de los llamaspren en relación al fuego alrededor del que bailan.

Ashir sonrió.

—Eso, querida, se parece mucho a las matemáticas.

—En efecto.

—Entonces te prepararé un refrigerio para entretenerte mientras creas nuevas maravillas de cálculo y genio. —Sonrió y le besó la frente—. Has encontrado algo maravilloso —dijo con suavidad—. No sé todavía lo que significa, pero bien podría cambiar todo lo que comprendemos sobre el spren. Y tal vez sobre los fabriales.

Ella sonrió y volvió a sus ecuaciones. Y por una vez no le importó nada mientras él empezaba a charlar de sus ingredientes, elaborando una nueva fórmula para un plato azucarado que estaba seguro de que le iba a encantar.



Szeth-hijo-hijo-Vallano sin-verdad de Shinovar viró entre los dos guardias mientras sus ojos ardían. Los hombres se desplomaron en silencio.

Con tres rápidos golpes, descargó la espada esquirlada contra los goznes y la cerradura de la gran puerta. Entonces inspiró profundamente, absorbiendo la luz tormentosa de la bolsa de gemas que llevaba a la cintura. Se encendió de poder renovado y le dio una patada a la puerta con la fuerza amplificada por la luz.

La puerta voló hacia atrás, los goznes inútiles ya, y se estrelló contra el suelo y resbaló. El gran salón comedor estaba lleno de gente, chimeneas chisporroteantes y platos ruidosos. La pesada puerta se detuvo, y en el salón todos permanecieron en silencio.

«Lo siento», pensó. Entonces avanzó para iniciar la matanza.

Se produjo el caos. Gritos, chillidos, pánico. Szeth saltó a lo alto de la mesa más cercana y empezó a girar, abatiendo a todos los que tenía cerca. Al hacerlo, se aseguró de escuchar los sonidos de los que morían. No cerró sus oídos a los gritos. No ignoró los chillidos de dolor. Prestó atención a todos y cada uno.

Y se odió a sí mismo.

Avanzó, saltando de mesa en mesa, empuñando su espada esquirlada, un dios de luz tormentosa ardiente y muerte.

—¡Mis soldados! —gritó el ojos claros que estaba al fondo del salón—. ¿Dónde están mis soldados?

Grueso de cintura y ancho de hombros, el hombre tenía barba marrón cuadrada y nariz prominente. El rey Hanavanar de Jah

Keved. No era un portador de esquirlada, aunque los rumores decían que guardaba en secreto una armadura.

Cerca de Szeth, hombres y mujeres huían, tropezando unos con otros. Cayó entre ellos, su ropa blanca ondeando. Abatió a un hombre que desenvainaba su espada, pero también a tres mujeres que solo querían escapar. Los ojos ardieron y los cuerpos se desplomaron.

Szeth extendió la mano atrás, infundiendo la mesa de la que había saltado y arrojándola luego a la pared del fondo con un lanzamiento básico, de los que cambiaban la dirección hacia abajo. La gran mesa de madera cayó de lado, arrollando a la gente, causando más gritos y más dolor.

Szeth descubrió que estaba llorando. Sus órdenes eran sencillas. Matar. Matar como nunca había matado antes. Tener a los inocentes llorando a tus pies y hacer que los ojos claros sollozaran. Y hacerlo vestido de blanco, para que todos supieran quién era. Szeth no puso objeciones. No era su lugar. Era un sin-verdad.

Y hacía lo que sus amos ordenaban.

Tres ojos claros reunieron valor para atacarlo, y Szeth alzó su espada esquirlada como saludo. Ellos entonaron gritos de batalla al cargar. Él guardó silencio. Una vuelta de muñeca cortó la hoja de la espada del primero. El trozo de metal giró en el aire mientras Szeth se interponía entre los otros dos y su espada les atravesaba el cuello. Cayeron a la vez, los ojos revueltos. Szeth golpeó al primer hombre desde atrás, clavándole la espada por la espalda y sacándola por el pecho.

El hombre cayó hacia delante con un agujero en la camisa, pero con la piel ilesa. Cuando cayó al suelo, su espada cortada resonó sobre las piedras.

Otro grupo atacó a Szeth desde el lado, y él congregó luz tormentosa en su mano y la arrojó con un lanzamiento completo hacia el suelo, a sus pies. Era el lanzamiento que unía objetos: cuando los hombres avanzaron, sus pies se pegaron al suelo. Tropezaron, y descubrieron que sus manos y cuerpos se lanzaban también hacia el suelo. Szeth pasó entre ellos apenado, golpeando.

El rey retrocedió, como para rodear la sala y escapar. Szeth roció la parte superior de una mesa con un lanzamiento completo, y

luego la infundió toda con un lanzamiento básico también, apuntando hacia la puerta. La mesa saltó al aire y chocó contra la salida; el lado que tenía el lanzamiento completo la pegó a la pared. La gente intentó apartarse, pero eso solo los hizo agruparse mientras Szeth se internaba entre ellos, barriendo con la espada.

Tantas muertes. ¿Por qué? ¿Qué sentido tenía?

Cuando había atacado Alezkar seis años antes, le pareció una masacre. No sabía lo que era una verdadera masacre. Llegó a la puerta y se encontró ante los cadáveres de una treintena de personas, sus emociones capturadas en la tempestad de su luz tormentosa interior. Odió de pronto aquella luz tormentosa tanto como se odiaba a sí mismo. Tanto como a la espada maldita que empuñaba.

Y…, y al rey. Szeth se volvió hacia el hombre. Irracionalmente, su mente rota y confusa responsabilizó a este hombre. ¿Por qué había celebrado un banquete esta noche? ¿Por qué no podía haberse retirado temprano? ¿Por qué había invitado a tanta gente?

Szeth avanzó hacia el rey. Dejó atrás a los muertos, que yacían en el suelo, los ojos quemados, mirando acusadores y sin vida. El rey se escudó detrás de su alta mesa.

Esa alta mesa se estremeció, temblando de forma extraña.

Algo iba mal.

Instintivamente, Szeth se lanzó al techo. Desde su punto de vista, la habitación se invirtió, y el suelo fue ahora el techo. Dos figuras salieron de debajo de la mesa del rey. Dos hombres con armadura esquirlada que blandían sus espadas.

Retorciéndose en el aire, Szeth esquivó sus mandobles y se lanzó otra vez al suelo, aterrizando en la mesa del rey justo cuando este invocaba una espada esquirlada. Así que los rumores eran ciertos.

El rey golpeó, pero Szeth dio un salto atrás, aterrizando entre los portadores. Fuera pudo oír pisadas. Szeth se volvió para ver cómo un grupo de hombres entraba en la sala. Los recién llegados traían unos curiosos escudos con forma de diamante. Semi-esquirlas. Szeth había oído hablar de los nuevos fabriales, capaces de tener una espada esquirlada.

—¿Crees que no sabía que ibas a venir? —le gritó el rey—. ¿Después de que mataras a tres de mis altos príncipes? Estamos

preparados para enfrentarnos a ti, asesino.

Alzó algo de debajo de la mesa. Otro de aquellos escudos semi-esquirlas. Estaban hechos de metal con una gema oculta en el reverso.

—Eres un necio —dijo Szeth, la luz tormentosa brotando de su boca.

—¿Por qué? —replicó el rey—. ¿Crees que debería haber huido?

—No —contestó Szeth, mirándolo a los ojos—. Porque me tendiste una trampa durante un banquete. Y ahora puedo hacerte responsable de sus muertes.

Los soldados se desplegaron por la sala mientras los dos portadores plenamente armados avanzaron hacia él, las espadas dispuestas. El rey sonrió.

—Así sea —dijo Szeth, inspirando profundamente y absorbiendo la luz tormentosa de las muchas gemas que llevaba atadas en las bolsas de su cintura. La luz empezó a revolverse en su interior, como una alta tormenta dentro de su pecho, ardiendo y gritando. Inspiró más que nunca antes, conteniéndola hasta que apenas pudo impedir que la luz tormentosa lo hiciera pedazos.

¿Eso que tenía en los ojos eran todavía lágrimas? Ojalá pudieran esconder sus crímenes. Se arrancó el fajín de la cintura, soltando su cinturón y las pesadas esferas.

Entonces soltó su espada esquirlada.

Sus oponentes se detuvieron sorprendidos cuando su hoja se desvaneció convertida en bruma. ¿Quién soltaba una espada esquirlada en mitad de una batalla? Desafiaba la razón.

Y Szeth también.

«Eres una obra de arte, Szeth-hijo-Neturo. Un dios.» Era el momento de verlo.

Los soldados y portadores atacaron. Meros segundos antes de que lo alcanzaran, Szeth se puso en movimiento, una tempestad líquida en las venas. Esquivó los mandobles iniciales, internándose entre los soldados. El contener tanta luz tormentosa le hacía más fácil infundir cosas: la luz trataba de salir y empujaba contra su piel. En este estado, la hoja esquirlada solo sería una distracción. Szeth mismo era la verdadera arma.

Agarró el brazo de un soldado. Solo tardó un instante en

infundirlo y lanzarlo hacia arriba. El hombre gritó, cayendo al techo mientras Szeth esquivaba otro golpe de espada. Tocó la pierna de su atacante, inhumanamente ágil. Con una mirada y un pestañeo, lanzó también a ese hombre hacia el techo.

Los soldados maldijeron, acuchillándolo, sus grandes escudos semi-esquirlados convertidos de pronto en molestias, mientras Szeth se movía entre ellos, grácil como una anguila aérea, tocando brazos, piernas, hombros, enviando a una docena de hombres, y luego a dos docenas volando en todas direcciones. La mayoría fueron hacia arriba, pero a un puñado de ellos los envió hacia los portadores que se acercaban, y gritaron cuando los cuerpos sin control chocaron contra ellos.

Szeth saltó atrás cuando un pelotón de soldados corría hacia él, se impulsó en la pared del fondo y volteó en el aire. La sala cambió de orientación y aterrizó en la pared que ahora tenía debajo. Corrió por ella hacia el rey, que esperaba detrás de sus portadores de esquirlada.

—¡Matadlo! —dijo el rey—. ¡La tormenta os lleve a todos! ¿Qué estáis haciendo? ¡Matadlo!

Szeth saltó de la pared, lanzándose abajo mientras daba una voltereta y aterrizaba con una rodilla en la mesa. Los platos y la cubertería tintinearon cuando agarró un cuchillo de la cena y lo infundió una, dos, tres veces. Usó un triple lanzamiento básico, apuntándolo en dirección al rey, y luego lo dejó caer y se lanzó atrás.

Se apartó cuando uno de los portadores atacó, cortando la mesa en dos. El cuchillo lanzado por Szeth cayó mucho más rápidamente de lo normal, volando hacia el rey, que apenas logró alzar su escudo a tiempo, los ojos muy abiertos mientras el cuchillo resonaba contra el metal.

«Maldición», pensó Szeth, proyectándose hacia arriba con un cuarto de lanzamiento básico. Eso no lo envió arriba, solo lo hizo mucho más liviano. Un cuarto de su peso se lanzó ahora arriba en vez de hacia abajo. En esencia, su peso se redujo a la mitad.

Se retorció, la ropa blanca aleteando grácil mientras caía entre los soldados. Los que había lanzado antes empezaron a caer del alto techo, agotada su luz tormentosa. Una lluvia de cuerpos rotos se

estrelló contra el suelo.

Szeth se volvió de nuevo hacia los soldados. Algunos hombres cayeron mientras hacía volar a otros. Sus lustrosos escudos resonaron contra el suelo, cayendo de dedos muertos o aturdidos. Los soldados trataron de alcanzarlo, pero Szeth bailó entre ellos, usando la antigua arte marcial de kammar, que empleaba solo las manos. Era considerada la forma menos letal de lucha, concentrada en agarrar a los enemigos y usar su peso contra ellos para inmovilizarlos.

También era ideal cuando querías tocar e infundir a alguien.

Era la tormenta. Era destrucción. A su capricho, los hombres volaban por los aires, y caían y morían. Barrió hacia fuera, tocando una mesa y arrojándola arriba con un lanzamiento básico. Con la mitad de su masa impulsada arriba y la otra mitad abajo, permaneció ingrávida. Szeth la roció con un lanzamiento pleno, y luego la lanzó de una patada contra los soldados, que se quedaron pegados a ella, las ropas y la piel unidas a la madera.

Una espada esquirlada siseó cortando el aire junto a él, y Szeth exhaló levemente, la luz tormentosa brotando de sus labios mientras se apartaba. Los dos portadores atacaron mientras los cuerpos caían de arriba, pero Szeth era demasiado rápido para ellos, demasiado ágil. Los portadores no trabajaban juntos. Estaban acostumbrados a dominar un campo de batalla o enfrentarse en duelo a un solo enemigo. Sus poderosas armas los volvían torpes.

Szeth corrió con pies ligeros, sujeto al suelo solo la mitad que los otros hombres. Esquivó fácilmente otro mandoble, lanzándose al techo para darse un poco más de impulso antes de lanzarse un cuarto para pesar de nuevo. El resultado fue un salto de tres metros al aire, sin esfuerzo.

El golpe fallido alcanzó el suelo y cortó el cinturón que Szeth había dejado caer antes, abriendo una de sus bolsas grandes. Esferas y gemas sin tallar se desperdigaron por el suelo. Algunas infusas. Otras opacas. Szeth absorbió luz tormentosa de las que rodaron más cerca.

Detrás de los portadores, el propio rey se acercó, el arma preparada. Tendría que haber intentado huir.

Los dos portadores blandieron sus enormes espadas contra Szeth,

que giró esquivando los ataques, extendió una mano y agarró un escudo del aire cuando caía al suelo. El hombre que lo empuñaba se estrelló un segundo más tarde.

Szeth saltó por encima de uno de los portadores, un hombre de armadura dorada, esquivando su arma con el escudo y dejándolo atrás. El otro hombre, cuya armadura era roja, atacó también. Szeth detuvo la hoja con su escudo, que se quebró, aguantando a duras penas. Todavía debatiéndose contra la espada, Szeth se lanzó tras el portador mientras saltaba adelante.

El movimiento hizo que Szeth diera una voltereta por encima del hombre. Szeth continuó su trayectoria y cayó junto a la pared mientras la segunda oleada de soldados rodaba por el suelo. Uno chocó contra el portador de rojo, haciéndolo tambalearse.

Szeth alcanzó la pared, aterrizando con las piedras. Estaba lleno de luz tormentosa. Tanto poder, tanta vida, tanta terrible destrucción.

Piedra. Era sagrada. Nunca pensaba ya en eso. ¿Cómo podía algo ser sagrado para él ahora?

Mientras los cuerpos chocaban contra los portadores, se arrodilló y colocó la mano en la gran piedra de la pared que tenía delante, infundiéndola. La lanzó una y otra vez en dirección a los portadores. Una, dos, diez veces, quince veces. Siguió vertiendo en ella luz tormentosa. Brilló con fuerza. La argamasa crujió. La piedra rechinó contra la piedra.

El portador rojo se volvió justo cuando la enorme roca infusa caía hacia él, moviéndose con veinte veces la aceleración normal en la caída de una piedra. Chocó contra él, aplastando su coraza, rociando trozos fundidos en todas direcciones. El bloque lo lanzó al otro lado de la sala, aplastándolo contra la pared del fondo. No se movió.

Szeth casi se había quedado ya sin luz tormentosa. Se lanzó para reducir su peso, y luego saltó al suelo. A su alrededor los hombres estaban aplastados, rotos, muertos. Las esferas rodaban por el suelo, y absorbió su luz tormentosa. La luz subió, como las almas de aquellos a quienes había matado, infundiéndolo.

Empezó a correr. El otro portador de esquirlada retrocedió tambaleándose, alzando su hoja e internándose en el bosque que era

la mesa destrozada, cuyas patas se habían soltado. El rey finalmente comprendió que su trampa había fracasado. Se dispuso a huir.

«Diez latidos —pensó Szeth—. Vuelve a mí, criatura de Condenación.»

Los latidos de Szeth resonaron en sus oídos. Gritó (la luz brotó de su boca como humo radiante) y se lanzó al suelo mientras el portador atacaba. Szeth se lanzó hacia la pared opuesta, por entre las piernas del portador. Inmediatamente se lanzó arriba.

Surcó el aire mientras el portador volvía a atacarlo. Pero Szeth ya no estaba allí. Esta vez se lanzó abajo, cayendo tras el portador y aterrizando en la mesa rota. Se inclinó y la infundió. Un hombre con armadura esquirlada podía estar protegido contra los lanzamientos, pero las cosas sobre las que se hallaba de pie no.

Szeth lanzó el tablero de la mesa arriba con un lanzamiento múltiple que la hizo elevarse y apartar al portador como si fuera un soldado de juguete. Szeth se quedó en lo alto del tablero, cabalgándolo en un arrebato de aire. Cuando alcanzó el alto techo se apartó, lanzándose de nuevo para abajo una, dos, tres veces.

La superficie de la mesa chocó contra el techo. Szeth cayó con increíble velocidad hacia el portador que, caído de espaldas, estaba aturdido.

La espada de Szeth se formó en sus dedos justo cuando golpeaba, atravesando la armadura. La coraza explotó y la hoja se hundió profundamente en el pecho del hombre y en el suelo de debajo.

Szeth se levantó, recuperando su espada. El rey en fuga miró por encima del hombro con un grito de incrédulo horror. Sus dos portadores habían caído en pocos segundos. Sus últimos soldados se interpusieron nerviosos para proteger su retirada.

Szeth había dejado de llorar. Parecía que ya no podía seguir haciéndolo. Se sentía aturdido. Su mente…, no podía pensar. Odiaba al rey. Lo odiaba con todas sus fuerzas. Y dolía, lo lastimaba físicamente la fuerza irracional de aquel odio.

Con la luz tormentosa brotando de él, se lanzó hacia el rey.

Cayó, los pies sobre el suelo, como si estuviera flotando. Sus ropas ondeaban. Para los guardias que seguían vivos, parecía que se deslizaba por el suelo.

Se lanzó hacia abajo en ángulo y blandió la espada mientras llegaba a las filas de soldados. Los atravesó como si bajara por una empinada pendiente. Girando y rebulléndose, abatió a una docena de hombres, ágil y terrible, atrayendo más luz tormentosa de las esferas esparcidas por el suelo.

Szeth llegó a la puerta. Los hombres caían tras él, los ojos ardiendo. Justo más allá, el rey corría entre un último grupo de guardias. Se volvió y gritó al ver a Szeth, y entonces alzó su escudo semi-esquirlado.

Szeth se internó entre los guardias y golpeó el escudo dos veces, quebrándolo y obligando al rey a retroceder. El hombre tropezó y soltó su espada, que se disolvió en niebla.

Szeth dio un salto y se lanzó abajo con un doble lanzamiento básico. Cayó encima del rey, y su velocidad aumentada le rompió un brazo y lo clavó en el suelo. Szeth barrió con su espada a los sorprendidos soldados, que cayeron mientras sus piernas morían bajo su peso.

Finalmente, Szeth alzó la espada sobre la cabeza y miró al rey.

—¿Qué eres? —susurró el rey, los ojos llenos de lágrimas de dolor.

—La muerte —respondió Szeth, y entonces clavó la punta de su espada en la cara del hombre y en la roca donde se apoyaba.

PARTE

CUATRO

La iluminación de la tormenta

DALINAR * KALADIN * ADOLIN * NAVAN



«Me encuentro junto al cadáver de un hermano. Estoy llorando. ¿Es su sangre o la mía? ¿Qué hemos hecho?»

Fechado Venavev, 1173,107 segundos antes de la muerte. Sujeto: un marinero veden sin trabajo.

—Padre —dijo Adolin, entrando en el salón de Dalinar—. Esto es una locura.

—Es adecuado —replicó Dalinar secamente—. Ya que parece que yo también estoy loco.

—Nunca he dicho que lo estuvieras.

—En realidad, creo que sí.

Adolin miró a su hermano. Renarin estaba de pie junto a la chimenea, inspeccionando el nuevo fabrial que habían instalado allí hacía solo unos días. El rubí infuso, engarzado en metal, brillaba suavemente y desprendía un calor confortable. Era conveniente, aunque a Adolin le parecía mal que ningún fuego crepitara.

Los tres estaban solos, esperando la llegada de la alta tormenta de hoy. Había pasado una semana desde que Dalinar informara a sus hijos de su intención de dejar de ser alto príncipe.

El padre de Adolin estaba sentado en uno de sus grandes sillones de respaldo alto, las manos unidas ante él, estoico. En los campamentos no se sabía todavía su decisión (benditos fueran los

Heraldos), pero pretendía hacer pronto el anuncio. Tal vez en el banquete de esta noche.

—Muy bien, de acuerdo —dijo Adolin—. Tal vez lo dije. Pero no lo dije en serio. O al menos no pretendía que tuviera ese efecto en ti.

—Tuvimos esta discusión hace una semana, Adolin —dijo Dalinar en voz baja.

—¡Sí, y prometiste pensártelo!

—Lo he hecho. Mi decisión no ha cambiado.

Adolin continuó caminando de un lado a otro. Renarin se irguió, mirándolo. «Soy un necio —pensó Adolin—. Pues claro que esto es lo que haría padre. Tendría que haberlo visto.»

—Mira —dijo Adolin—, que puedas tener algunos problemas no significa que tengas que abdicar.

—Adolin, nuestros enemigos usarán mi debilidad contra nosotros. De hecho, creo que ya lo están haciendo. Si no cedo el principado ahora, las cosas empeorarán mucho más.

—Pero yo no quiero ser alto príncipe —se quejó Adolin—. Todavía no, al menos.

—El liderazgo rara vez es lo que queremos, hijo. Creo que entre la élite alezi demasiado pocos se dan cuenta de eso.

—¿Y qué te pasará a ti? —preguntó Adolin, dolido. Se detuvo y miró a su padre.

Dalinar se mostraba muy firme, incluso cuando reflexionaba sobre su locura. Las manos unidas, el uniforme azul con su guerrera de azul Kholin, el pelo plateado insinuándose en sus sienes. Esas manos suyas eran gruesas y callosas, su expresión decidida. Dalinar había tomado una decisión y se ceñía a ella, sin dudas ni discutir.

Loco o no, era lo que Alezkar necesitaba. Y, en su precipitación, Adolin había hecho lo que ningún guerrero había sido capaz de hacer en el campo de batalla: cortarle las piernas a Dalinar Kholin y expulsarlo derrotado.

«Oh, Padre Tormenta —pensó, con un nudo de dolor en el estómago—. Jezerezeh, Kelek e Ishi, Heraldos de arriba. Permitidme encontrar un modo de enmendar esto. Por favor.»

—Regresaré a Alezkar —dijo Dalinar—. Aunque no me agrada dejar a nuestro ejército sin un portador de esquirlada. Podría…,

pero no, no podría renunciar a ellas. ¡Pues claro que no! —dijo Adolin, pálido. ¿Un portador, renunciando a sus esquirladas? No sucedía casi nunca a menos que el portador estuviera demasiado débil y enfermo para usarlas.

Dalinar asintió.

—Me preocupa de hace mucho tiempo que nuestra patria corra peligro, ahora que todos los portadores de esquirlada combaten aquí en las Llanuras. Bien, quizás este cambio de aires sea una bendición. Regresaré a Kholinar y ayudaré a la reina, seré útil en la lucha contra las incursiones fronterizas. Tal vez los reshi y los veden sean más reacios a actuar contra nosotros si saben que van a enfrentarse a un portador completo.

—Es posible —dijo Adolin—. Pero también podrían reaccionar con una escalada bélica y empezar a enviar portadores en sus incursiones.

Eso pareció preocupar a su padre. Jah Keved era el otro único reino de Roshar que poseía un número sustancial de esquirladas, casi tantas como Alezkar. No habían entrado en guerra directa entre sí desde hacía siglos. Alezkar había estado demasiado dividida, y otro tanto sucedía en Jah Keved. Pero si los dos reinos chocaban, habría una guerra como no se conocía desde los días de la Hierocracia.

Un trueno lejano retumbó en el exterior, y Adolin se volvió bruscamente hacia su padre. Dalinar permaneció en su asiento, mirando hacia el oeste, al otro lado de la tormenta.

—Continuaremos esta discusión después —dijo Dalinar—. Ahora, debéis atarme los brazos al sillón.

Adolin hizo una mueca, pero obedeció sin quejarse.

Dalinar parpadeó y miró alrededor. Estaba en las almenas de una fortaleza de una sola muralla. Hecha con grandes bloques de piedra rojo oscuro, la muralla era alta y recta. Estaba construida a sotavento en la falla de una alta formación rocosa que se alzaba sobre una llanura de piedra, como una hoja mojada pegada en la grieta de un peñasco.

«Estas visiones parecen tan reales», pensó Dalinar, mirando la lanza que tenía en la mano y luego a su anticuado uniforme: una

falda de tela y una pelliza de cuero. Era difícil recordar que en realidad estaba sentado en su sillón, atado de brazos. No podía sentir las cuerdas ni oír la alta tormenta.

Pensó en esperar a que pasara la visión sin hacer nada. Si esto no era real ¿por qué participar? Sin embargo, no acababa de creer (no podía creer por completo) que estuviera ideando estos delirios por su cuenta. Su decisión de abdicar en Adolin estaba motivada por sus dudas. ¿Estaba loco? ¿Malinterpretaba lo que ocurría? Como mínimo, ya no podía confiar en sí mismo. No sabía qué era real y qué no lo era. En una situación semejante un hombre debía renunciar a su autoridad y resolver las cosas.

Fuera como fuese, sentía la necesidad de vivir sus visiones, no de ignorarlas. Una parte desesperada de él todavía esperaba hallar una solución antes de verse forzado a la abdicación formal. No dejaba que esa parte ganara demasiado control: un hombre tenía que hacer lo que debía. Pero Dalinar estaba dispuesto a aceptar lo siguiente: trataría a la visión como real mientras fuera parte de ella. Si había secretos que descubrir aquí, solo los encontraría siguiendo la corriente.

Miró a su alrededor. ¿Qué le mostraban esta vez, y por qué? La lanza era de buen acero, aunque su casco parecía de bronce. Uno de los seis hombres que lo acompañaban en la muralla llevaba un peto de bronce: otros dos tenían uniformes de cuero remendados, cortados y vueltos a coser con grandes puntadas.

Los hombres remoloneaban, mirando ociosos más allá de la muralla. «Servicio de guardia», pensó Dalinar, acercándose a escrutar el paisaje. Esta formación rocosa se hallaba al final de una enorme llanura: el emplazamiento perfecto para una fortaleza. Ningún ejército podría acercarse sin ser visto.

El aire era tan frío que pegotes de hielo se aferraban a la piedra en las esquinas en sombras. La luz del sol hacía poco por dispersar el frío, y el clima explicaba la falta de hierba: las hojas estarían recogidas en sus agujeros, esperando el alivio del tiempo primaveral.

Dalinar se arrebujó en su capa, lo que impulsó a uno de sus compañeros a hacer lo mismo.

—Tiempo de tormentas —murmuró el hombre—. ¿Cuánto más

va a durar? Ya lleva ocho semanas.

¿Ocho semanas? ¿Cuarenta días de invierno seguidos? Eso era raro. A pesar del frío, los otros tres soldados parecían cualquier cosa menos comprometidos con su deber de guardia. Uno incluso estaba dormitando.

—Permaneced alerta —les reprendió Dalinar.

Ellos lo miraron. El que estaba adormilado despertó, parpadeando. Los tres parecían incrédulos. Uno de ellos, alto y pelirrojo, hizo una mueca.

—¿Y eso lo dices tú, Leef?

Dalinar reprimió una réplica. ¿Cómo quién lo veían?

El aire frío convertía su aliento en vaho, y desde atrás pudo oír el sonido del metal que producían los hombres que trabajaban en las forjas y los yunques de abajo. Las puertas de la fortaleza estaban cerradas, y las torres de arqueros a izquierda y derecha estaban ocupadas. Estaban en guerra, pero el servicio de guardia era siempre aburrido. Hacían falta soldados bien entrenados capaces de permanecer alerta durante horas y horas. Tal vez por eso había tantos soldados aquí: si la calidad de los ojos que vigilaban no podía asegurarse, entonces serviría la cantidad.

Sin embargo, Dalinar tenía una ventaja. Las visiones nunca le mostraban episodios de paz ociosa: lo enviaban a épocas de conflicto y cambio. Momentos decisivos. Y por eso, a pesar de las docenas de ojos vigilantes, fue el primero en localizar aquello.

—¡Allí! —dijo, asomándose al borde de la áspera piedra almenada—. ¿Qué es eso?

El pelirrojo se hizo pantalla con una mano.

—Nada. Una sombra.

—No, se está moviendo —dijo otro hombre—. Parece gente. En marcha.

El corazón de Dalinar empezó a martillear de expectación cuando el pelirrojo dio la voz de alerta. Más arqueros acudieron a la almena, preparando sus arcos. Los soldados se reunieron en el patio rojizo de abajo. Todo estaba hecho de la misma roca roja, y Dalinar oyó a uno de los soldados referirse a este lugar como «Fortaleza de la Fiebre de Piedra». Nunca había oído hablar de él.

Los exploradores salieron a caballo de la fortaleza. ¿Por qué no

tenían jinetes fuera ya?

—Tiene que ser el ejército de defensa de retaguardia —murmuró un soldado—. No pueden haber rebasado nuestras líneas. No con los Radiantes luchando…

¿Radiantes? Dalinar se acercó a escuchar, pero el hombre lo miró con mala cara y se dio la vuelta. Fuera quien fuese Dalinar, no le tenían demasiado aprecio.

Al parecer, esta fortaleza era una posición secundaria en la retaguardia. Por tanto, las fuerzas que se acercaban eran amigas, salvo que el enemigo se hubiera abierto paso y enviara una avanzadilla para asediarlos. Eran la reserva, entonces, y probablemente se habían quedado con pocos caballos. Pero de todas formas deberían haber tenido jinetes ahí fuera.

Cuando los exploradores regresaron finalmente a la fortaleza, llevaban banderas blancas. Dalinar miró a sus compañeros y confirmó sus sospechas al verlos relajarse. Blanco significaba amigos. ¿Pero lo habrían enviado aquí si fuera tan sencillo? Si esto era solo su mente, ¿fabricaría una visión simple y aburrida cuando nunca lo había hecho antes?

—Tenemos que estar alerta por si es una trampa —dijo Dalinar —. Que alguien averigüe qué han visto esos exploradores. ¿Identificaron los estandartes solamente, o pudieron verlos de cerca?

Los otros soldados, incluyendo algunos de los arqueros que ahora llenaban la muralla, le dirigieron miradas de extrañeza. Dalinar maldijo para sus adentros y miró de nuevo a la tropa que se acercaba. Tenía una sensación ominosa en la nuca. Ignorando las miradas, cogió su lanza y corrió por la muralla hasta que encontró unas escaleras sin barandilla que bajaban en zigzag de lo alto. Había estado en estas fortificaciones antes, y sabía cómo hacerlo para evitar el vértigo.

Llegó abajo y, con la lanza en el hombro, se puso a buscar a alguien al mando. Los edificios de la Fortaleza de la Fiebre de Piedra eran macizos y utilitarios, construidos unos contra otros a lo largo de las paredes de aquella falla. La mayoría tenían depósitos cuadrados en la parte superior para recoger la lluvia. Con buenos almacenes para la comida (o, con suerte, una animista), esa

fortaleza podría aguantar un asedio durante años.

No sabía leer las insignias de rango, pero reconoció a un oficial cuando vio a uno con una capa rojo sangre con un grupo de guardias de honor. No llevaba cota de malla, solo una brillante coraza de bronce y cuero, y hablaba con uno de los exploradores. Dalinar corrió a su encuentro.

Solo entonces vio que los ojos del hombre eran marrón oscuro. Eso le produjo un arrebato de incredulidad. Los que lo rodeaban trataban al hombre como si fuera un brillante señor.

—… la Orden de los Guardapiedras, mi señor —decía el explorador, todavía a caballo—. Y gran número de correvientos. Todos a pie.

—¿Pero por qué? —preguntó el oficial ojos oscuros—. ¿Por qué vienen aquí los Heraldos? ¡Deberían estar combatiendo a los demonios en el frente!

—Mi señor —dijo el explorador—, nuestras órdenes eran regresar en cuanto los identificáramos.

—¡Bien, volved y averiguad por qué están aquí! —gritó el oficial, haciendo que el explorador diera un respingo antes de darse media vuelta y marcharse.

Los Radiantes. De un modo u otro, solían estar conectados con las visiones de Dalinar. Cuando el oficial empezó a dar órdenes a sus ayudantes, diciéndoles que prepararan los refugios vacíos para los caballeros, Dalinar siguió al explorador hacia la muralla. Los hombres estaban allí agolpados junto a las troneras, contemplando la llanura. Como los de arriba, llevaban uniformes diversos que parecían remendados. No eran un grupo harapiento, pero era evidente que vestían atuendos de segunda mano.

El explorador salió por una puerta secundaria mientras Dalinar llegaba a la sombra de la enorme muralla y se acercaba a un grupo de soldados.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Los Radiantes —dijo uno de los hombres—. Han echado a correr.

—Es casi como si fueran a atacar —comentó otro. Se rio ante lo ridículo que eso parecía, aunque había cierto tono de inseguridad en su voz.

«¿Qué?», pensó Dalinar, ansioso.

—Dejadme ver.

Sorprendentemente, los soldados lo dejaron pasar. Mientras avanzaba, Dalinar pudo sentir su confusión. Había dado la orden con la autoridad de un alto príncipe y un ojos claros, y ellos habían obedecido instintivamente. Ahora que lo veían, se mostraban inseguros. ¿Qué hacía un simple guardia impartiendo órdenes?

No les dio ninguna oportunidad de cuestionarlo. Subió a la plataforma junto a la muralla, donde una ventana rectangular se abría a la llanura. Era demasiado pequeña para que cupiese un hombre, pero lo bastante ancha para que los arqueros pudieran disparar. A través de ella, Dalinar vio que los soldados que se acercaban habían formado una clara línea. Hombres y mujeres con brillantes armaduras esquirladas cargaron. El explorador se detuvo a mirar a los portadores. Corrían hombro con hombro, ninguno fuera de sitio. Como una ola cristalina. A medida que se fueron acercando, Dalinar pudo ver que sus armaduras no estaban pintadas, pero brillaban azules o ámbar en las juntas y en los glifos de delante, como los otros Radiantes que había visto en sus visiones.

—No han sacado sus espadas esquirladas —dijo Dalinar—. Eso es buena señal.

El explorador hizo retroceder a su caballo. Parecía haber doscientos portadores allí fuera. Alezkar poseía unas veinte hojas, y Jah Keved un número similar. Si se sumaban todas las demás que había en el mundo, habría suficientes para igualar a los dos poderosos reinos vorin. Eso significaba, por lo que Dalinar sabía, que había menos de cien espadas en todo el mundo. Y ahí veía a doscientos portadores reunidos en un solo ejército. Era sobrecogedor, inquietante.

Los Radiantes redujeron el ritmo, pasaron al trote, y luego caminaron. Los soldados que rodeaban a Dalinar permanecían en silencio. Los primeros Radiantes se detuvieron en fila, hasta quedar inmóviles. De repente, otros empezaron a caer del cielo. Golpeaban con el sonido de rocas quebrándose, vaharadas de luz tormentosa brotaban de sus figuras. Todos estos brillaban en azul.

Pronto hubo trescientos Radiantes en el campo. Empezaron a

invocar sus espadas. Las armas aparecieron en sus manos, como niebla formándose y condensándose. Se hizo un silencio. Tenían echadas las viseras.

—Si era buena señal que corrieran sin espadas —susurró uno de los hombres junto a Dalinar—, ¿qué significa esto entonces?

Una sospecha nació en Dalinar, el horror de que iba a saber qué estaba a punto de mostrarle esta visión. El explorador, reaccionando por fin, dio media vuelta a su caballo y galopó hacia la fortaleza, gritando que le abrieran la puerta. Como si un poco de madera y piedra fuera protección contra cientos de portadores. Un solo hombre con armadura y hoja era casi un ejército en sí mismo, y eso sin contar los extraños poderes que tenía esa gente.

Los soldados abrieron la puerta para que entrara el explorador. Tras tomar una rápida decisión, Dalinar bajó de un salto y corrió hacia la puerta. Detrás, el oficial que había visto antes se abría paso hacia las troneras.

Dalinar alcanzó la puerta abierta y la cruzó justo después de que el explorador entrara en el patio. Los hombres lo llamaron, aterrados. Pero Dalinar los ignoró y corrió hacia la llanura. La enorme y recta muralla se extendía sobre él, como un camino hacia el sol. Los Radiantes estaban todavía lejos, aunque se habían detenido a una distancia de tiro de flecha. Transfigurado por las hermosas figuras, Dalinar redujo su carrera y luego se detuvo a unos treinta metros de distancia.

Un caballero se adelantó a los demás, su brillante capa de un rico azul. Su espada de ondulante acero tenía intrincados grabados en el centro. La alzó hacia la fortaleza un momento.

Entonces la clavó por la punta en la llanura de piedra. Dalinar parpadeó. El portador se quitó el yelmo, revelando una hermosa cabeza de pelo rubio y piel pálida, clara como la de un hombre de Shinovar. Arrojó el yelmo al suelo junto a su espada. El yelmo rodó levemente mientras el portador cerraba los puños, los brazos a los costados. Abrió las palmas, y los guanteletes cayeron al terreno rocoso.

Dio media vuelta, y su armadura esquirlada cayó de su cuerpo: el peto se soltó, las glebas se desprendieron. Debajo llevaba un arrugado uniforme azul. Se libró de los escarpes y continuó

caminando, la armadura y la hoja esquirladas (los tesoros más hermosos que ningún hombre podía poseer) arrojados al suelo y abandonados como basura.

Los demás empezaron a imitarlo. Cientos de hombres y mujeres clavaron sus espadas en la piedra y luego se quitaron las armaduras. El sonido del metal golpeando la piedra parecía el de la lluvia. Y luego el de los truenos.

Dalinar echó a correr. La puerta tras él se abrió y algunos soldados curiosos salieron de la fortaleza. Dalinar alcanzó las espadas esquirladas. Se alzaban de la roca como resplandecientes árboles de plata, un bosque de armas. Brillaban suavemente, de un modo que su propia espada no había brillado nunca, pero cuando corrió entre ellas su brillo empezó a difuminarse.

Una terrible sensación lo asaltó. Una sensación de inmensa tragedia, de dolor y traición. Se detuvo, jadeante, la mano en el pecho. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué era aquella temible sensación, aquel grito que juraba que casi podía oír?

Los Radiantes. Se alejaban de sus armas abandonadas. Todos parecían individuos ahora, cada uno caminando solo a pesar de la multitud. Dalinar corrió tras ellos, tropezando con los petos y partes de armadura abandonados. Finalmente los dejó atrás.

—¡Esperad! —llamó.

Ninguno de ellos se volvió.

Pudo ver ahora a los otros en la distancia. Un grupo de soldados que no llevaban armaduras esquirladas, esperando a que los Radiantes regresaran. ¿Quiénes eran, y por qué no se habían acercado? Dalinar alcanzó a los Radiantes (no caminaban muy rápido) y cogió a uno por el brazo. El hombre se volvió; su piel era bronceada y su cabello oscuro, como un alezi. Sus ojos eran de un azul clarísimo. Un color innatural, de hecho: sus iris eran casi blancos.

—Por favor —dijo Dalinar—. Decidme por qué estáis haciendo esto.

El ex-portador zafó su brazo y continuó alejándose. Dalinar maldijo, y luego echó a correr entre los portadores. Eran de todas las razas y países, de pieles oscuras y claras, algunos con blancas cejas thayleñas, otros con las ondulaciones en la piel de los selay.

Caminaban mirando al frente, sin hablar unos con otros, el paso lento pero resuelto.

—¿Me dirá alguien por qué? —gritó Dalinar—. Es esto ¿verdad? El Día de la Traición, el día en que traicionasteis a la humanidad. ¿Pero por qué?

Ninguno de ellos habló. Era como si no existiera.

La gente hablaba de traición, del día en que los Caballeros Radiantes dieron la espalda a sus semejantes los hombres. ¿Contra qué luchaban, y por qué dejaron de hacerlo? «Se mencionaban dos órdenes de caballeros —pensó Dalinar—. Pero había diez órdenes. ¿Qué pasó con las otras ocho?»

Dalinar cayó de rodillas en el mar de solemnes individuos.

—Por favor. Debo saberlo.

Cerca, algunos de los soldados de la fortaleza habían alcanzado las espadas esquirladas…, pero en vez de correr tras los Radiantes, estos hombres tiraban con cautela de las espadas para liberarlas. Unos cuantos oficiales que salieron también de la fortaleza, les ordenaron que las soltaran. Pronto fueron superados por los hombres que empezaron a surgir de las puertas laterales y a correr hacia las armas.

—Son los primeros —dijo una voz.

Dalinar alzó la cabeza para ver que uno de los caballeros se había detenido junto a él. Era el hombre que parecía alezi. Miró por encima del hombro a la muchedumbre que se reunía en torno a las espadas. Los hombres habían empezado a gritarse unos a otros, todos pugnando por hacerse con una hoja antes de que todas fueran reclamadas.

—Son los primeros —dijo el Radiante, volviéndose hacia Dalinar, que reconoció el grave tono de aquella voz. Era la voz que siempre le hablaba en estas visiones—. Fueron los primeros, y también fueron los últimos.

—¿Es este el Día de la Traición? —preguntó Dalinar.

—Estos acontecimientos pasarán a la historia —dijo el Radiante —. Serán tristemente recordados. Tendréis muchos nombres para lo que ha ocurrido aquí.

—¿Pero por qué? —preguntó Dalinar—. Por favor. ¿Por qué abandonaron su deber?

La figura pareció estudiarlo.

—He dicho que no puedo servirte de mucha ayuda. La Noche de las Penas vendrá, y la Auténtica Desolación. La Tormenta Eterna.

—¡Entonces responde a mis preguntas!

—Lee el libro. Únelos.

—¿El libro? ¿*El camino de los reyes*?

La figura dio media vuelta y se apartó de él, reuniéndose con los otros Radiantes mientras cruzaban la llanura de piedra y se dirigían a lugares desconocidos.

Dalinar se volvió hacia la masa de soldados que corrían hacia las espadas. Muchas ya habían sido reclamadas. No había suficientes espadas para todos, y algunos habían empezado a alzar las suyas, usándolas para mantener a raya a aquellos que se acercaban demasiado. Mientras miraba, un vociferante oficial que se había hecho con una espada fue atacado por detrás y muerto por dos hombres.

El brillo del interior de las armas se había desvanecido por completo.

La muerte de aquel oficial envalentonó a los demás. Otras peleas estallaron, y los hombres se dispusieron a atacar a aquellos que se habían apoderado de las espadas, esperando conseguir una. Los ojos empezaron a arder. Gritos, alaridos, muerte. Dalinar miró hasta que se encontró de nuevo en sus aposentos, atado a su sillón. Renarin y Adolin lo observaban desde cerca, tensos.

Dalinar parpadeó y escuchó en el tejado la lluvia de la alta tormenta que pasaba.

—He vuelto —les dijo a sus hijos—. Podéis calmaros.

Adolin lo ayudó a desatar las cuerdas mientras que Renarin se levantaba y le traía una copa de vino naranja.

Cuando Dalinar estuvo libre, Adolin dio un paso atrás. El joven se cruzó de brazos. Renarin volvió, la cara pálida. Parecía estar sufriendo uno de sus episodios de debilidad; de hecho, sus piernas temblaban. En cuanto Dalinar aceptó la copa, el joven se sentó en una silla y apoyó la cabeza en sus manos.

Dalinar bebió el dulce vino. Había visto guerras en sus visiones antes. Había visto muertes y monstruos, conchagrandes y pesadillas. Y sin embargo, por algún motivo, esta lo perturbó más que ninguna.

Descubrió que su mano temblaba cuando se llevó la copa a los labios para dar un segundo sorbo.

Adolin seguía mirándolo.

—¿Tan malo es vigilarme? —preguntó Dalinar.

—El galimatías en el que hablas es enervante, padre —dijo Renarin—. Incomprensible, extraño. Torcido, como un edificio de madera que acaba por ceder ante el viento.

—Te agitas —dijo Adolin—. Estuviste a punto de volcar la silla. Tuve que sujetarla hasta que te quedaste quieto.

Dalinar se levantó y suspiró mientras se acercaba para volver a llenar su copa.

—¿Y seguís pensando que no tengo que abdicar?

—Los episodios son controlables —dijo Adolin, aunque parecía preocupado—. Mi argumento no fue nunca que abdicaras. No quería que te basaras en los delirios para decidir el futuro de nuestra casa. Mientras aceptes que lo que ves no es real, podemos seguir adelante. No hay ningún motivo para que renuncies a tu cargo.

Dalinar sirvió el vino. Miró hacia el este, hacia la pared, lejos de Adolin y Renarin.

—No acepto que lo que veo no sea real.

—¿Qué? —dijo Adolin—. Pero creí que te había convencido…

—Acepto que ya no se puede confiar en mí. Y que existe la posibilidad de que esté volviéndome loco. Acepto que me está ocurriendo algo. —Dio media vuelta—. Cuando empecé a tener estas visiones, creí que procedían del Todopoderoso. Me has convencido de que tal vez me apresurara demasiado en mi juicio. No conozco lo suficiente para confiar en ellas. Podría estar loco. O podrían ser sobrenaturales sin tener que ser cosa del Todopoderoso.

—¿Cómo podría ser eso? —dijo Adolin, frunciendo el ceño.

—La Antigua Magia —dijo Renarin en voz baja, todavía sentado.

Dalinar asintió.

—¿Qué? —exclamó Adolin—. La Antigua Magia es un mito.

—Desgraciadamente no lo es —dijo Dalinar antes de dar otro sorbo de fresco vino—. Lo sé con seguridad.

—Padre —dijo Renarin—. Para que la Antigua Magia te haya afectado, tendrías que haber viajado al oeste para buscarla, ¿no?

—Sí —respondió él, avergonzado. El hueco en su memoria donde antes había existido su esposa nunca le había parecido más incuestionable que en este momento. Tendía a ignorarlo, con buenos motivos. Ella se había desvanecido por completo, y a veces le resultaba difícil recordar que había estado casado.

—Estas visiones no concuerdan con lo que tengo entendido de la Vigilante Nocturna —dijo Renarin—. La mayoría considera que es solo una especie de spren poderosa. Cuando la encuentras y te da tu recompensa y tu maldición, se supone que te deja en paz. ¿Cuándo la buscaste?

—Hace ya muchos años —respondió Dalinar.

—Entonces no es probable que esto se deba a su influencia.

—Estoy de acuerdo.

—¿Pero, qué pediste? —preguntó Adolin, frunciendo el ceño.

—Mi maldición y mi don son cosa mía, hijo —dijo Dalinar—. Los detalles no son importantes.

—Pero…

—Estoy de acuerdo con Renarin —dijo Dalinar, interrumpiéndolo—. Esto probablemente no es cosa de la Vigilante Nocturna.

—Muy bien, de acuerdo. ¿Pero, por qué mencionarlo?

—Porque, Adolin —dijo Dalinar, exasperado—, no sé lo que me está pasando. Estas visiones parecen demasiado detalladas para ser producto de mi mente. Pero tus argumentos me hicieron pensar. Podría estar equivocado. O tú podrías estar equivocado, y podría ser el Todopoderoso. No lo sabemos, y por eso es peligroso que yo siga al mando.

—Bueno, lo que dije todavía se mantiene —insistió Adolin, tozudo—. Podemos contenerlo.

—No, no podemos. Que me haya sucedido solo durante las altas tormentas no significa que no, pueda repetirse en otros momentos de tensión. ¿Y si me da un ataque en el campo de batalla?

Era el mismo motivo por el que no dejaban combatir a Renarin.

—Si eso sucede, ya nos encargaremos —dijo Adolin—. Por ahora podríamos ignorar…

Dalinar alzó las manos al cielo.

—¿Ignorar? No puedo ignorar algo así. Las visiones, el libro, las

cosas que siento…, están cambiándome de arriba abajo. ¿Cómo puedo gobernar si no sigo mi consciencia? Si continúo como alto príncipe, pondré en duda todas mis decisiones. O decido confiar en mí mismo, o me retiro. No tengo estómago para hacer algo intermedio.

Los tres quedaron en silencio.

—¿Entonces qué hacemos? —dijo Adolin.

—Tomamos la decisión —respondió Dalinar—. Tomo la decisión.

—Retirarse o seguir haciendo caso a los delirios —escupió Adolin—. Sea como sea, dejamos que nos gobiernen.

—¿Y tienes una opción mejor? —preguntó Dalinar—. Eres rápido a la hora de quejarte, Adolin, lo que parece ser una costumbre tuya. Pero no veo que ofrezcas una alternativa legítima.

—Te he dado una. ¡Ignora las visiones y sigue adelante!

—¡He dicho una opción legítima!

Padre e hijo se miraron el uno al otro. Dalinar luchó por controlar su ira. En muchos aspectos, Adolin y él eran demasiado parecidos. Se comprendían, y eso les permitía hurgar donde dolía.

—Bueno —dijo Renarin—, ¿y si demostráramos la verdad o mentira de las visiones?

Dalinar lo miró.

—¿Qué?

—Dices que los sueños son detallados —contestó Renarin, inclinándose hacia delante, las manos unidas—. ¿Qué ves exactamente?

Dalinar vaciló, luego apuró el resto de su vino. Por una vez deseó tener embriagador vino violeta en vez de naranja.

—Las visiones son a menudo sobre los Caballeros Radiantes. Al final de cada ataque, alguien (creo que uno de los Heraldos) viene a mí y me ordena que me una a los altos príncipes de Alezkar.

La habitación quedó en silencio. Adolin parecía perturbado, Renarin tan solo siguió callado.

—Hoy he visto el Día de la Traición —continuó Dalinar—. Los Radiantes abandonaban sus esquirladas y se marchaban. Las armaduras y espadas… de algún modo perdían color cuando eran abandonadas. Parece un detalle extraño para haberlo visto. —Miró

a Adolin—. Si estas visiones son fantasías, entonces soy mucho más listo de lo que creía.

—¿Recuerdas algún detalle concreto comprobable? —preguntó Renarin—. ¿Nombres? ¿Emplazamientos? ¿Hechos que pudieran ser localizados en la historia?

—Este último fue sobre un sitio llamado Fortaleza de la Fiebre de Piedra —dijo Dalinar.

—Nunca oí mencionarlo —comentó Adolin.

—Fortaleza de la Fiebre de Piedra —repitió Dalinar—. En mi visión, había una especie de guerra cerca de allí. Los Radiantes habían estado luchando en el frente. Se retiraron a esta fortaleza, y entonces abandonaron allí sus esquirladas.

—Tal vez podamos encontrar algo en la historia —dijo Renarin —. Prueba de que esa fortaleza existió o de que los Radiantes no hicieron lo que viste allí. Entonces lo sabríamos, ¿no? ¿Sabríamos si los sueños son delirios o la verdad?

Dalinar asintió. Nunca se le había ocurrido tratar de demostrarlos, en parte porque al principio había asumido que eran reales. Cuando se dispuso a hacer preguntas, se sintió más inclinado a mantener la naturaleza de sus visiones oculta y en silencio. Pero si supiera que lo que estaba viendo era real…, bueno, entonces al menos podría descartar la posibilidad de la locura. No lo resolvería todo, pero ayudaría mucho.

—No sé —dijo Adolin, más escéptico—. Padre, estás hablando de tiempos anteriores a la Hierocracia. ¿Podremos encontrar algo en las historias?

—Hay historias de los tiempos de los Radiantes —dijo Renarin —. No es algo tan remoto como los días de sombra o las Épocas Heráldicas. Podríamos preguntarle a Jasnah. ¿No es eso a lo que se dedica como veristitaliana?

Dalinar miró a Adolin.

—Parece que merece la pena intentarlo, hijo.

—Tal vez —dijo Adolin—. Pero no podemos considerar como prueba la existencia de un único lugar. Podrías haber oído hablar de esa Fortaleza de la Fiebre de Piedra, y por tanto haberla incluido en tu visión.

—Bueno, es posible —dijo Renarin—. Pero si lo que padre ve

son solo delirios, entonces podremos demostrar sin ninguna duda que algunas partes son inciertas. Parece imposible que todos los detalles que imagina los haya obtenido de un cuento o una historia. Algunos aspectos de los delirios tendrían que ser pura fantasía.

Adolin asintió lentamente.

—Yo… Tienes razón, Renarin. Sí, es un buen plan.

—Tenemos que llamar a una de mis escribas —dijo Dalinar—. Para que pueda dictarle la visión mientras la tengo todavía fresca.

—Sí —afirmó Renarin—. Cuantos más detalles tengamos, más fácil será demostrar, o rebatir, las visiones.

Dalinar hizo una mueca, soltó su copa y se acercó a sus hijos. Se sentó.

—Muy bien, ¿pero a quién empleamos para registrar el dictado?

—Tienes un montón de escribanas, padre —dijo Renarin.

—Y son todas esposas o hijas de alguno de mis oficiales —repuso Dalinar. ¿Cómo podía explicarlo? Ya le resultaba bastante doloroso revelar su debilidad a sus hijos. Si la noticia de lo que veía llegaba a sus oficiales, podía quedar debilitada la moral. Si llegaba el momento de revelar estas cosas a sus hombres, tendría que hacerlo con mucho cuidado. Y prefería saber por sí mismo si estaba loco antes de contactar con los demás.

—Sí —asintió Adolin, aunque Renarin todavía parecía perplejo—. Comprendo. Pero, padre, no podemos permitirnos esperar a que regrese Jasnah. Podrían pasar meses todavía.

—En efecto —dijo Dalinar. Suspiró. Había otra opción—. Renarin, envía un mensajero para que venga vuestra tía Navani.

Adolin miró a Dalinar, alzando una ceja.

—Es una buena idea. Pero creía que no te fiabas de ella.

—Confío en que mantenga su palabra —dijo Dalinar, resignado—. Y en que conserve la confianza. Le conté mis planes de abdicar, y no se lo ha dicho a nadie.

Navani era excelente guardando secretos. Mucho mejor que las mujeres de su corte. Confiaba en ellas hasta cierto punto, pero guardar un secreto como este requería alguien enormemente preciso en sus palabras y pensamientos.

Eso implicaba a Navani. Probablemente encontraría un modo para manipularlo utilizando ese conocimiento, pero al menos el

secreto estaría a salvo de sus hombres.

—Ve, Renarin —dijo Dalinar.

Renarin asintió y se puso en pie. Al parecer se había recuperado de su ataque, y se encaminó con pie seguro a la puerta. Cuando se marchó, Adolin se dirigió a Dalinar.

—Padre, ¿qué harás si demostramos que tengo razón y que solo es cosa de tu mente?

—En parte deseo que así sea —dijo Dalinar, viendo la puerta cerrarse tras Renarin—. Temo la locura, pero al menos es algo familiar, algo que puede tratarse. Te entregaría el principado y luego buscaría ayuda en Kharbranth. Pero si estas cosas no son delirios, me enfrento a otra decisión. ¿Acepto lo que me dicen o no? Puede que lo mejor para Alezkar sea que se demuestre que estoy loco. Sería más fácil, al menos.

Adolin reflexionó al respecto, el ceño fruncido, la mandíbula tensa.

—¿Y Sadeas? Parece estar a punto de terminar su investigación. ¿Qué hacemos?

Era una pregunta legítima. Los problemas de Dalinar confiando en las visiones en relación a Sadeas eran lo que lo habían hecho discutir con su hijo en primer lugar.

«Únelos.» No era solo una orden visionaria. Fue el sueño de Gavilar. Una Alezkar unificada. ¿Había dejado Dalinar que ese sueño y el sentimiento de culpa por haberle fallado a su hermano lo llevaran a racionalizaciones sobrenaturales para hacer que se cumpliera la voluntad del antiguo rey?

Se sentía inseguro. Odiaba esa sensación.

—Muy bien —dijo Dalinar—. Te doy permiso para que te prepares para lo peor, por si Sadeas actúa contra nosotros. Prepara a nuestros oficiales y trae de vuelta a las compañías que patrullan en busca de bandidos. Si Sadeas me acusa de haber intentado matar a Elhokar, cerraremos nuestro campamento y nos pondremos en alerta. No pienso permitir que me mande ejecutar.

Adolin pareció aliviado.

—Gracias, padre.

—Espero que no lleguemos a eso, hijo —dijo Dalinar—. En el momento en que Sadeas y yo nos lancemos a la guerra, Alezkar

como nación se hará pedazos. Los nuestros son los dos principados que sostienen al rey, y si nos enfrentamos, los demás escogerán bando o se dedicarán a enfrentarse unos con otros.

Adolin asintió, pero Dalinar se retrepó en su asiento, preocupado. «Lo siento, pero tengo que ser precavido», pensó dirigiéndose a la fuerza que enviaba las visiones.

En cierto modo, esto parecía una segunda prueba para él. Las visiones le habían dicho que confiara en Sadeas. Bueno, ya vería qué sucedía.

—… y entonces se desvaneció —dijo Dalinar—. Después de eso, me encontré de vuelta aquí.

Navani alzó su pluma, pensativa. Dalinar no había tardado mucho en relatar su visión. Ella había escrito con experiencia, captando los detalles, sabiendo cuándo hacer más preguntas. No había dicho nada respecto a lo excepcional de la petición, ni había parecido divertida por su deseo de anotar uno de sus delirios. Se había mostrado eficiente y cuidadosa. Ahora estaba sentada ante el escritorio de Dalinar, el pelo rizado y sujeto con cuatro pinzas. Su vestido era rojo, a juego con su pintura de labios, y sus hermosos ojos violeta mostraban curiosidad.

«Padre Tormenta —pensó Dalinar—, sí que es hermosa.»

—¿Bien? —preguntó Adolin. Estaba de pie, apoyado en la puerta de la cámara. Renarin había salido a recoger los informes sobre los daños causados por la alta tormenta. El muchacho necesitaba práctica en este tipo de actividad.

Navani alzó una ceja.

—¿Qué era eso, Adolin?

—¿Tú qué crees, tía?

—Nunca he oído hablar de ninguno de esos lugares ni acontecimientos —dijo Navani—. Pero no creo que esperarais que los conociera. ¿No dijisteis que deseabais que contactara con Jasnah?

—Sí —respondió Adolin—. Pero sin duda tendrás tu análisis.

—Me reservo mi valoración, querido —dijo Navani, poniéndose en pie y doblando el papel presionando con su mano segura mientras alisaba el pliegue. Sonrió, pasó junto a Adolin y le dio una

palmadita en el hombro—. Veamos qué dice Jasnah antes de que analicemos nada. ¿De acuerdo?

—Supongo —contestó Adolin. Parecía insatisfecho.

—Pasé ayer un rato hablando con esa joven amiga tuya —le informó Navani—. ¿Danlan? Creo que has hecho una sabia elección. Tiene cerebro dentro de esa cabeza.

Adolin se irguió.

—¿Te gusta?

—Bastante. También descubrí que es muy aficionada a los avramelones. ¿Lo sabías?

—La verdad es que no.

—Bien. Odiaría haber hecho todo ese trabajo para encontrarte un medio de complacerla, y descubrir al final que ya lo sabías. Me tomé la molestia de comprar una cesta de melones cuando venía hacia aquí. Los encontrarás en la antesala, vigilados por un soldado aburrido que no me pareció que estuviera haciendo nada importante. Si vas a visitarla esta tarde, creo que serás muy bien recibido.

Adolin vaciló. Probablemente se daba cuenta de que Navani lo estaba distrayendo para que no se preocupara por Dalinar. Sin embargo, se relajó y empezó a sonreír.

—Bien, eso podría ser bueno para variar, considerando cómo están las cosas últimamente.

—Eso pensé. Te sugiero que vayas pronto: esos melones están perfectamente maduros. Además, quiero hablar con tu padre.

Adolin besó afectuosamente a Navani en la mejilla.

—Gracias, Mashala.

Permitía que ella hiciera con él lo que otros no podían: con su tía favorita, era de nuevo como un niño. Adolin sonreía cuando salió por la puerta.

Dalinar se encontró sonriendo también. Navani conocía bien a su hijo. No obstante, su sonrisa no duró mucho, pues se dio cuenta de que la partida de Adolin lo dejaba a solas con Navani. Se levantó.

—¿Qué deseas preguntarme?

—No he dicho que quisiera preguntarte nada, Dalinar. Solo quería hablar. Somos familia, después de todo. No pasamos

suficiente tiempo juntos.

—Si deseas hablar, llamaré a algunos soldados para que nos acompañen.

Miró hacia la antesala. Adolin había cerrado la segunda puerta del fondo, impidiendo que viera a los guardias…, y que estos lo vieran a él.

—Dalinar —dijo ella, acercándose—. Entonces no tendría sentido que haya enviado fuera a Adolin. Quería un poco de intimidad.

Él notó que se envaraba.

—Deberías marcharte ya.

—¿He de hacerlo?

—Sí. La gente pensará que esto es inadecuado. Hablarán.

—¿Entonces estás dando a entender que algo inadecuado podría suceder? —dijo Navani, casi ansiosa como una niña.

—Navani, eres mi hermana.

—No estamos emparentados por sangre —replicó ella—. En algunos reinos, una unión entre nosotros sería ordenada por tradición, tras la muerte de tu hermano.

—No estamos en otros reinos. Esto es Alezkar. Hay reglas.

—Ya veo —dijo ella, acercándosele más—. ¿Y qué harás si no me voy? ¿Pedirás ayuda? ¿Harás que me saquen a rastras?

—Navani —dijo él, agobiado—. Por favor. No vuelvas a hacerme esto. Estoy cansado.

—Excelente. Entonces podría ser más fácil obtener lo que quiero.

Él cerró los ojos. «No puedo enfrentarme a esto ahora.» Las visiones, el enfrentamiento con Adolin, sus propias emociones inseguras… Ya no sabía qué pensar.

Poner a prueba las visiones era buena cosa, pero no podía desprenderse de la desorientación que sentía por no poder decidir qué tenía que hacer. Le gustaba tomar decisiones y ceñirse a ellas. No podía hacer eso.

Lo amargaba.

—Te doy las gracias por haber escrito mi visión y por tu disposición para mantener esto en secreto —dijo, abriendo los ojos —. Pero ahora debo pedirte que te marches, Navani.

—Oh, Dalinar —suspiró ella. Estaba tan cerca que podía oler su

perfume.

Padre Tormenta, sí que era hermosa. Verla traía a su mente pensamientos del pasado, cuando la deseaba tanto que casi llegó a odiar a Gavilar por haber ganado su afecto.

—¿Es que no puedes relajarte un poquito?

—Las reglas…

—Todo el mundo…

—¡No puedo ser todo el mundo! —dijo Dalinar, con más brusquedad de lo que pretendía—. Si ignoro nuestro código y nuestra ética, ¿qué soy, Navani? Los otros altos príncipes y ojos claros merecen ser recriminados por lo que hacen, y así se lo hago saber. Si abandono mis principios, me convertiré en algo mucho peor que ellos. ¡Un hipócrita!

Ella se detuvo.

—Por favor —dijo él, tenso de emoción—. Vete. No me tortures hoy.

Ella titubeó, pero se marchó sin decir palabra.

Nunca sabría cuánto deseaba él que hubiera puesto una objeción más. En su estado, probablemente habría sido incapaz de seguir discutiendo. Cuando la puerta se cerró, se permitió sentarse en la silla, resoplando. Cerró los ojos.

«Todopoderoso de las alturas. Por favor. Hazme saber lo que debo hacer.»



«¡Debe cogerlo, el título caído! ¡La torre, la corona y la lanza!»

Fechado Vevahach, 1173, 8 segundos antes de la muerte. Sujeto: una prostituta. Pasado desconocido.

Una flecha afilada como una cuchilla se clavó en la madera junto al rostro de Kaladin. Pudo sentir la cálida sangre manar del corte en la mejilla, correrle por la cara, mezclarse con el sudor que goteaba por su barbilla.

—¡Permaneced firmes! —gritó, cargando por el terreno irregular el peso familiar del puente sobre los hombros. Cerca, justo por delante y a la izquierda, el Puente Veinte se desplomó cuando los cuatro hombres de delante cayeron por las flechas, y sus cadáveres hicieron tropezar a los que venían detrás.

Los arqueros parshendi estaban arrodillados al otro lado del abismo, cantando tranquilamente a pesar de la andanada de flechas que disparaban los arqueros de Sadeas. Sus ojos negros eran como lascas de obsidiana. No tenían blanco. Solo aquel negro desprovisto de emociones. En esos momentos, mientras escuchaba a los hombres gritar, chillar, aullar y gemir, Kaladin odiaba a los parshendi tanto como odiaba a Sadeas y Amaram. ¿Cómo podían cantar mientras mataban?

Los parshendi que estaban delante del grupo de Kaladin

apuntaban y disparaban. Kaladin les gritó, sintiendo un extraño arrebato de fuerza mientras las flechas venían en su búsqueda.

Las flechas atravesaban el aire en una oleada concentrada. Diez proyectiles se clavaron en la madera cerca de la cabeza de Kaladin, haciéndola temblar y arrancando virutas de madera. Pero ninguna alcanzó la carne.

Al otro lado del abismo, varios parshendi bajaron sus arcos, interrumpiendo sus cánticos. Sus rostros demoníacos mostraban expresiones de estupefacción.

—¡Abajo! —gritó Kaladin cuando la cuadrilla llegó al abismo. El terreno era áspero ahí, cubierto de bulbosos rocapullos. Kaladin pisó la enredadera de uno de ellos, haciendo que la planta se retrayera. Los hombres alzaron el puente y se lo quitaron de encima, y luego se hicieron hábilmente a un lado y lo bajaron al suelo. Otras dieciséis cuadrillas se alinearon con ellos y colocaron también sus puentes. Detrás, la caballería pesada de Sadeas tronó al cruzar la meseta hacia ellos.

Los parshendi volvieron a disparar.

Kaladin apretó los dientes, lanzando su peso contra una de las barras de madera laterales para empujar la enorme construcción sobre el abismo. Odiaba esta parte, donde los hombres de los puentes quedaban tan expuestos.

Los arqueros de Sadeas seguían disparando, pasando a un ataque concentrado y disuasivo para obligar a retroceder a los parshendi. Como siempre, a los arqueros no parecía importarles si alcanzaban a los hombres de los puentes, y varias de aquellas flechas volaron peligrosamente cerca de Kaladin. Continuó empujando, sudando, sangrando, y sintió una punzada de orgullo por el Puente Cuatro. Ya empezaban a comportarse como guerreros, ágiles de pies, moviéndose erráticamente, haciendo más difícil que los arqueros los alcanzaran. ¿Se darían cuenta Gaz o los hombres de Sadeas?

El puente resonó al encajar en su sitio, y Kaladin ordenó la retirada. Los hombres se quitaron de en medio, esquivando las flechas parshendi de negro astil y las verdes más claras de los arqueros de Sadeas. Moash y Roca se subieron al puente y lo cruzaron, saltando junto a Kaladin. Otros se dispersaron por la parte trasera, evitando la carga de la caballería.

Kaladin permaneció allí, asegurándose de que sus hombres se ponían a salvo. Luego se volvió para mirar al puente, que rebosaba de flechas. Ni uno solo de mis hombres había caído. Un milagro. Se dio la vuelta para correr…

Alguien se tambaleaba el otro lado del puente. Dunny. El joven tenía una flecha blanca y verde clavada en el hombro. Tenía los ojos muy abiertos, espantados.

Kaladin maldijo y volvió corriendo. Antes de que pudiera dar dos pasos, una flecha de astil negro alcanzó al joven en el otro costado. Cayó al suelo del puente, manchando de sangre la madera oscura.

Los caballos a la carga no redujeron el paso. Frenético, Kaladin llegó al lado del puente, pero algo lo contuvo. Unas manos en su hombro. Se debatió y dio media vuelta para encontrar allí a Moash. Kaladin rugió, intentando apartarlo, pero Moash, usando un movimiento que el propio Kaladin le había enseñado, lo hizo caer de lado, zancadilleándolo. Moash se lanzó contra él, sujetándolo contra el suelo mientras la pesada caballería tronaba al cruzar el puente, las flechas rotas contra sus armaduras plateadas.

Fragmentos de flecha cayeron al suelo. Kaladin se debatió un momento, pero por fin se quedó quieto.

—Está muerto —dijo Moash, bruscamente—. No hay nada que pudieras haber hecho. Lo siento.

No hay nada que pudieras haber hecho…

«Nunca hay nada que pueda hacer. Padre Tormenta ¿por qué no puedo salvarlos?»

El puente dejó de temblar, la caballería chocó contra los parshendi y dejó espacio para la infantería, que cruzó a continuación. La caballería se retiraría después de que los soldados lograran afianzar su terreno, pues los caballos eran demasiado valiosos para someterlos al peligro de una lucha prolongada.

«Sí —se dijo Kaladin—, piensa en las tácticas. Piensa en la batalla. No pienses en Dunny.»

Se quitó a Moash de encima y se puso en pie. El cadáver de Dunny estaba destrozado e irreconocible. Kaladin apretó los dientes y dio media vuelta y echó a andar sin mirar atrás. Pasó junto a los hombres del puente que lo miraban en silencio y subió hasta el

borde del abismo, las manos a la espalda, los pies abiertos. No era peligroso, mientras estuviera lejos del puente. Los parshendi habían soltado los arcos y se retiraban. La crisálida era, a lo lejos, un alto montículo ovalado de piedra en la parte izquierda de la meseta.

Kaladin quería observar. Lo ayudaba a pensar como soldado, y pensar como soldado lo ayudaba a superar las muertes de los que lo rodeaban. Los otros hombres del puente se acercaron con timidez y se desplegaron a su alrededor, adoptando la posición de descanso. Incluso Shen el parshmenio se unió a ellos, imitando en silencio a los demás. Hasta ahora había participado en todas las carreras sin quejarse. No se negaba a marchar contra sus primos; no intentaba sabotear el ataque. Gaz se sentía decepcionado, pero a Kaladin no le sorprendía. Los parshmenios eran así.

Excepto los del otro lado del abismo. Kaladin contempló la lucha, pero tuvo dificultades para concentrarse en las tácticas. La muerte de Dunny lo había afectado demasiado. El muchacho era un amigo, uno de los primeros en apoyarlo, uno de los mejores hombres del puente.

Cada muerto lo acercaba más al desastre. Tardaría semanas en entrenar adecuadamente a los hombres. Perderían la mitad de su número, quizás incluso más, antes de estar remotamente preparados para luchar. No era suficiente.

«Bien, tendrás que encontrar un modo de arreglarlo», pensó Kaladin. Había tomado su decisión, y no tenía espacio para la desesperación. La desesperación era un lujo.

Rompió su posición de descanso y se apartó del abismo. Los otros hombres del puente se volvieron a mirarlo, sorprendidos. Kaladin solía contemplar allí de pie el curso de las batallas. Los soldados de Sadeas se habían dado cuenta. Muchos consideraban que los hombres del puente se comportaban por encima de su nivel. Unos pocos, sin embargo, parecían respetar por esta razón al Puente Cuatro. Kaladin sabía de los rumores que por causa de la tormenta se habían levantado a su costa; ahora se le sumaban nuevos argumentos.

El Puente Cuatro lo siguió, y Kaladin los condujo a través de la meseta rocosa. No miró de nuevo el cuerpo roto y aplastado en el puente. Dunny era uno de los pocos hombres del puente que había

conservado cierta inocencia. Y ahora estaba muerto, pisoteado por Sadeas, alcanzado por flechas de ambos bandos. Ignorado, olvidado, abandonado.

No había nada que Kaladin pudiera hacer por él. Así que, en cambio, Kaladin se dirigió hacia donde yacían los hombres del Puente Ocho, agotados, en una zona de piedra al descubierto. Kaladin recordó estar allí tendido después de sus primeras carreras con el puente. Ahora apenas se sentía cansado.

Como de costumbre, las otras cuadrillas habían dejado atrás a sus heridos al retirarse. Un pobre hombre de ese puente, el ocho, se arrastraba hacia los demás con una flecha en el muslo. Kaladin se acercó a él. Tenía la piel marrón oscura y ojos del mismo color, su denso pelo negro recogido en una larga cola trenzada. Los dolospren reptaban a su alrededor. Alzó la cabeza cuando Kaladin y los miembros del Puente Cuatro se alzaron sobre él.

—Quédate quieto —dijo Kaladin con voz amable, y se arrodilló y volvió con cuidado al hombre para examinar el muslo herido. Kaladin lo sondeó, pensativo—. Teft, necesitamos fuego. Saca tu yesca. Roca, ¿tienes todavía mi aguja e hilo? Los necesitaré. ¿Dónde está Lopen con el agua?

Los miembros del Puente Cuatro guardaron silencio. Kaladin dejó de atender un instante al hombre confuso y herido y los miró.

—Kaladin —dijo Roca—. Sabes cómo nos han tratado las otras cuadrillas.

—No me importa —dijo Kaladin.

—No nos queda dinero —dijo Drehy—. Incluso estirando nuestros ingresos, apenas alcanza para las vendas necesarias a los nuestros.

—No me importa.

—Si cuidamos a los heridos de otras cuadrillas —insistió Drehy, sacudiendo la rubia cabeza—, tendremos que darles de comer, atenderlos…

—Encontraré un modo.

—Yo… —empezó a decir Roca.

—¡La tormenta os lleve! —exclamó Kaladin, poniéndose en pie. Extendió la mano para abarcar la meseta. Los cuerpos de los hombres de los puentes yacían esparcidos, ignorados—. ¡Mirad eso!

¿Quién se preocupa por ellos? Sadeas, no. Ni sus compañeros de cuadrilla. Dudo que incluso los Heraldos mismos les dediquen un pensamiento.

—No me quedaré aquí viendo hombres morir a mi espalda. ¡Tenemos que ser mejores que eso! No podemos apartar la mirada como los ojos claros, fingiendo que no vemos. Este hombre es uno de nosotros. Igual que lo era Dunny. Los ojos claros hablan de honor. Farfullan bravatas huecas sobre su nobleza. Bien, yo solo he conocido a una persona en mi vida que fuera un auténtico hombre de honor. Era un cirujano que ayudaba a cualquiera, incluso a aquellos que lo odiaban. Especialmente a aquellos que lo odiaban. Bien, vamos a enseñarle a Gaz, y a Sadeas, Hashal y cualquier otro necio inflado que sea capaz de mirar, lo que ese hombre me enseñó a mí. ¡Ahora poneos a trabajar y dejad de quejaros!

El Puente Cuatro lo miró con ojos muy abiertos y avergonzados, luego se pusieron en movimiento. Teft organizó una unidad de reconocimiento y envió a algunos hombres a buscar a otros heridos y a otro grupo a recolectar corteza de rocapullo para encender un fuego. Lopen y Dabbid corrieron a traer su litera.

Kaladin se arrodilló y palpó la pierna del herido, comprobó cuánta sangre perdía y decidió que no necesitaría cauterizar. Rompió el palo de la flecha y limpió la herida con moco de conchacónica para adormecerla. Luego sacó el trozo de madera, provocando un gruñido, y usó sus vendajes personales para envolver la herida.

—Sujétala con las manos —instruyó—. Y no te apoyes en la pierna para andar. Comprobaré cómo estás antes de que volvamos al campamento.

—¿Cómo…? —dijo el hombre. Ni siquiera tenía el menor acento. Kaladin había creído que era azish por la piel oscura—. ¿Cómo voy a volver si no puedo apoyarme en la pierna?

—Nosotros te llevaremos.

El hombre lo miró, claramente sorprendido.

—Yo… —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Gracias.

Kaladin asintió cortante y se volvió para ver que Roca y Moash traían a otro herido. Teft estaba encendiendo un fuego: olía a fuerte rocapullo húmedo. El hombre que traían se había golpeado la

cabeza y tenía un largo tajo en un brazo. Kaladin extendió la mano para pedir su hilo.

—Kaladin, muchacho —dijo Teft en voz baja, entregándole el hilo y arrodillándose—. No consideres esto una desaprobación, porque no lo es. ¿Pero cuántos hombres podremos llevar de vuelta con nosotros?

—Hemos llevado hasta tres, antes —dijo Kaladin—. Atados en lo alto del puente. Apuesto a que podremos meter a tres más y llevar a otro en la litera del agua.

—¿Y si tenemos más de siete?

—Tormentas, Teft —dijo Kaladin, empezando a coser—. Entonces traeremos a los que podamos y volveremos a sacar el puente para traer a los que dejemos atrás. Traeremos a Gaz con nosotros si los soldados piensan que vamos a escaparnos.

Teft guardó silencio, y Kaladin se preparó para soportar una muestra de incredulidad. Sin embargo, el avezado soldado sonrió. De hecho, parecía tener algunas lágrimas en los ojos.

—Aliento de Kelek. Es cierto. Nunca pensé…

Kaladin frunció el ceño, miró a Teft y plantó una mano sobre la herida para contener la hemorragia.

—¿Qué decías?

—Oh, nada. —Hizo una mueca—. ¡Vuelve al trabajo! ¡Ese muchacho te necesita!

Kaladin volvió a coser.

—¿Todavía llevas contigo una bolsa llena de esferas, como te dije? —preguntó Teft.

—No puedo dejarlas en los barracones. Pero tendremos que gastarlas pronto.

—No harás nada de eso —dijo Teft—. Esas esferas traen suerte, ¿me oyes? Consérvalas contigo y mantenlas infusas siempre.

Kaladin suspiró.

—Creo que a estas esferas les pasa algo raro. No contienen la luz tormentosa. Se vuelven opacas en apenas unos días, siempre. Quizá tenga algo que ver con las Llanuras Quebradas. Les ha sucedido a otros hombres de los puentes también.

—Qué raro —dijo Teft, frotándose la barbilla—. Este ataque ha sido malo. Tres puentes caídos. Montones de hombres muertos. Es

curioso que nosotros no hayamos perdido a ninguno.

—Perdimos a Dunny.

—Pero no en el ataque. Tú siempre corres delante y las flechas nunca parecen alcanzarte. Raro, ¿no?

Kaladin volvió a alzar la cabeza, frunciendo el ceño.

—¿Qué estás diciendo, Teft?

—Nada. ¡Sigue cosiendo! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

Kaladin alzó una ceja, pero volvió al trabajo. Teft había estado comportándose de forma muy rara últimamente. ¿Era la tensión? Mucha gente era supersticiosa respecto a las esferas y la luz tormentosa.

Roca y su equipo trajeron tres heridos más, diciendo que era todo lo que habían podido encontrar. Los hombres de los puentes que caían a menudo acababan como Dunny, aplastados por los caballos. Bueno, al menos el Puente Cuatro no tendría que hacer un viaje de regreso a la meseta.

Los tres tenían feas heridas de flecha, y por eso Kaladin dejó al hombre del corte en el brazo tras indicarle a Cikatriz que presionara el trabajo de sutura sin terminar. Teft calentó una daga para cauterizar: estaba claro que estos recién llegados habían perdido mucha sangre. Uno de ellos probablemente no lograría sobrevivir.

«Tantas partes del mundo están en guerra», pensó Kaladin mientras trabajaba. El sueño le había insistido en aquello de lo que los demás hablaban ya. Kaladin no había sabido, al criarse en el remoto Piedralar, lo afortunado que era su pueblo al haber evitado la batalla.

El mundo entero guerreaba, y él se esforzaba por salvar a unos cuantos pobres hombres de los puentes. ¿De qué servía? Y sin embargo continuaba cauterizando la carne, cosiendo, salvando vidas como le había enseñado su padre. Empezó a comprender la sensación de inutilidad que había visto en los ojos de su padre en aquellas ocasionales noches tristes en que Lirin bebía vino en soledad.

«Estás intentando compensar por haberle fallado a Dunny —pensó Kaladin—. Ayudar a estos hombres no lo traerá de vuelta.»

Perdió el que sospechaba que iba a morir, pero salvó a los otros cuatro, y el que había recibido un golpe en la cabeza estaba

empezando a despertar. Kaladin se sentó en cuclillas, cansado, las manos cubiertas de sangre. Las lavó con un chorro de agua de los odres de Lopen, y luego alzó una mano y recordó por fin su propia herida, donde la flecha le había cortado la mejilla.

Se detuvo. Palpó la piel, pero no pudo encontrar la herida. Había sentido la sangre en la mejilla y la barbilla. Había sentido la flecha cuando lo cortaba, ¿no?

Se levantó, sintiendo un escalofrío, y se llevó la mano a la frente. ¿Qué estaba sucediendo?

Alguien se le acercó. El rostro ahora afeitado de Moash revelaba una cicatriz antigua a lo largo de su mejilla. Estudió a Kaladin.

—Respecto a Dunny…

—Hiciste bien —dijo Kaladin—. Probablemente me salvaste la vida. Gracias.

Moash asintió lentamente. Se volvió a mirar a los cuatro heridos. Lopen y Dabbid les estaban dando agua y les preguntaban sus nombres.

—Me equivoqué contigo —dijo Moash de repente, tendiéndole una mano.

Kaladin la aceptó, vacilante.

—Gracias.

—Eres un necio y un instigador. Pero eres honesto. —Moash rio para sí—. Si haces que nos maten, no será a propósito. No puedo decir lo mismo de algunos a los que he servido. Venga, vamos a preparar a esos hombres para trasladarlos.



«Las cargas de nueve son mías. ¿Por qué debo llevar la locura de todos ellos? Oh, Todopoderoso, libérame.»

Fechado Palaheses, 1173, segundos desconocidos antes de la muerte. Sujeto: un rico ojos claros. Muestra recogida de segunda mano.

El frío aire nocturno amenazaba con que pronto podría llegar un tramo de invierno. Dalinar llevaba una larga y gruesa guerrera, pantalones y camisa. La guerrera se abotonaba hasta el cuello y era larga por detrás y por los lados y le llegaba hasta los tobillos, agitándose en la cintura como una capa. En los primeros años, tal vez se habría llevado con una takama, aunque a Dalinar nunca le habían gustado las ropas que parecían faldas.

El sentido del uniforme no era la moda ni la tradición, sino que se distinguiera fácilmente de aquellos que lo seguían. No tendría problemas con los otros ojos claros si al menos llevaran sus colores.

Llegó a la isla de banquete del rey. Habían colocado soportes a los lados, donde normalmente estaban los braseros, y en cada uno de ellos había uno de esos nuevos fabriales que desprendían luz. La corriente entre las islas se había reducido a un hílelo: el hielo había dejado de fundirse en las tierras altas.

La asistencia a la fiesta esa noche era reducida, aunque esto se

notaba especialmente en las cuatro islas que no eran del rey. Cuando había acceso a Elhokar y los altos príncipes, la gente asistía aunque el banquete se celebrara en medio de una alta tormenta. Dalinar recorrió el pasillo central, y Navani (sentada a la mesa de las mujeres) lo miró a los ojos. Se dio la vuelta, recordando quizá las bruscas palabras que le había dirigido en su último encuentro.

Sagaz no estaba en su lugar de costumbre insultando a aquellos que llegaban a la isla del rey; de hecho, no se lo veía por ninguna parte.

«No es sorprendente», pensó Dalinar. A Sagaz no le gustaba volverse predecible: últimamente se había pasado varios banquetes subido a su pedestal largando insultos. Era probable que sintiera que había agotado esa táctica.

Los otros nueve altos príncipes estaban allí presentes. Trataban a Dalinar con frialdad desde que se negaron a su petición de combatir juntos. Como si les ofendiera el mero ofrecimiento. Los ojos claros menores establecían alianzas, pero los altos príncipes se comportaban como si ellos mismos fueran reyes. Los otros altos príncipes eran rivales a quienes había que mantener a raya.

Dalinar envió a un sirviente a traerle comida y se sentó a la mesa. Se había retrasado en su llegada mientras recibía informes de las compañías que había mandado volver, así que fue uno de los últimos en comer. La mayoría de los otros se habían puesto a conversar. A la derecha, la hija de un oficial tocaba una serena melodía de flauta a un grupo de curiosos. A la izquierda, tres mujeres habían sacado sus carpetas de bocetos y dibujaban cada una al mismo hombre. Las mujeres solían desafiarse unas a otras en duelo como hacían los hombres con las espadas esquirladas, aunque rara vez usaban esa palabra. Siempre eran «competiciones amistosas» o «juegos de ingenio».

Llegó la comida, estagma cocido (un tubérculo marrón que crecía en los charcos profundos) sobre una base de grano hervido. El grano se hinchaba con agua, y toda la comida estaba empapada en una densa salsa de pimienta marrón. Dalinar sacó el cuchillo y cortó una rodaja del extremo del estagma. Usando el cuchillo para rociarle grano encima, cogió la rodaja con dos dedos y empezó a comer. Esta noche estaba sabroso y picante, probablemente por el

frío, y sabía bien mientras el vapor del plato nublaba el aire.

Hasta ahora, Jasnah no había respondido al mensaje sobre su visión, aunque Navani decía que tal vez podría resolver el caso por su cuenta. Era una renombrada erudita también, por más que siempre le habían interesado más los fabriales. La miró. ¿Era un necio por ofenderla como lo había hecho? ¿Haría aquello que usara contra él el conocimiento de sus visiones?

«No —pensó—. No sería tan mezquina.» Navani parecía interesada en él, aunque el modo de su afecto era inadecuado.

Las sillas a su alrededor estaban vacías. Se estaba convirtiendo en un paria, primero por hablar de los Códigos, luego por sus intentos de conseguir que los altos príncipes cooperaran con él, y finalmente por la investigación de Sadeas. No era extraño que Adolin estuviera preocupado.

De repente, alguien se sentó a su lado, vestido con una capa negra para protegerse del frío. No era uno de los altos príncipes. ¿Quién se atrevería…?

La figura se bajó la capucha, mostrando el rostro de halcón de Sagaz. Todo líneas y ángulos, con la nariz y la mandíbula afiladas, cejas delicadas y ojos agudos. Dalinar suspiró, esperando el inevitable torrente de astutas pullas.

Sin embargo, Sagaz no dijo nada. Inspeccionó a la multitud con expresión intensa.

«Sí —pensó Dalinar—. Adolin también tiene razón con este hombre.» Dalinar lo había juzgado demasiado a la ligera en el pasado. No era el bufón que fueron algunos de sus predecesores. Sagaz continuó sin decir nada, y Dalinar decidió que, tal vez, la broma de esta noche sería sentarse junto a las personas para ponerlas nerviosas. No era una gran broma, pero Dalinar a menudo olvidaba el motivo por el que Sagaz hacía lo que hacía. Tal vez era terriblemente divertido si le veías la gracia. Dalinar volvió a su comida.

—Los vientos están cambiando —susurró Sagaz.

Dalinar lo miró.

Los ojos de Sagaz se entornaron, y escrutó el cielo nocturno.

—Lleva meses ya. Un remolino. Cambiante y retorcido, soplando alrededor de nosotros. Como un mundo girando, pero no podemos

verlo porque somos parte de él.

—Un mundo girando. ¿Qué tontería es esa?

—La tontería de los hombres que se preocupan, Dalinar —dijo Sagaz—. Y la inteligencia de aquellos que no lo hacen. Lo segundo depende de lo primero, pero también lo explora, mientras que lo primero no entiende a lo segundo, esperando que sea más parecido a él. Y todos sus juegos nos roban el tiempo. Segundo a segundo.

—Sagaz —suspiró Dalinar—, esta noche no estoy de humor. Lamento no entender tu intención, pero no tengo ni idea de lo que quieres decir.

—Lo sé —dijo Sagaz, y entonces lo miró directamente—. Adonalsium.

Dalinar frunció aún más el ceño.

—¿Qué?

Sagaz escrutó su rostro.

—¿Has oído hablar alguna vez del término, Dalinar?

—¿Ado…, qué?

—Nada —dijo Sagaz. Parecía preocupado, algo que no era habitual en él—. Insensato. Cantamañanas. Bla bla bla. No es raro que las palabras sin sentido sean a menudo los sonidos de otras palabras, cortadas y desmembradas, y luego cosidas a algo nuevo…, y sin embargo sean completamente distintas al mismo tiempo.

—Me pregunto si se podría hacer eso con un hombre. Desmontarlo, emoción a emoción, trozo a trozo, pedazo ensangrentado a pedazo ensangrentado. Y luego combinarlo todo junto para que sea otra cosa, como un Dysian Aimian. Si ensamblas a un hombre así, Dalinar, asegúrate de llamarlo Parlanchín, como yo. O tal vez Charlatán.

Dalinar frunció el ceño.

—¿Ese es tu nombre, entonces? ¿Tu verdadero nombre?

—No, amigo mío —dijo Sagaz, poniéndose en pie—. He abandonado mi verdadero nombre. Pero, la próxima vez que nos veamos, pensaré en uno astuto para que me llames. Hasta entonces, Sagaz bastará… O si quieres, puedes llamarme Hoid. Ten cuidado: Sadeas planea una revelación en el banquete de esta noche, aunque no sé cuál es. Adiós. Lamento no haberte insultado más.

—Espera, ¿te marchas?

—Debo hacerlo. Espero hacerlo. Lo haré si no me matan. Probablemente lo harán de todas formas. Discúlpame ante tu sobrino por mí.

—No se sentirá feliz. Te aprecia.

—Sí, es una de sus tendencias más admirable, junto a la de pagarme, dejarme comer su cara comida y darme la oportunidad de burlarme de sus amigos. El cosmero, por desgracia, tiene preferencia sobre la comida gratis. Cuídate, Dalinar. La vida se vuelve peligrosa, y tú estás en el centro.

Sagaz asintió una vez y se volvió hacia la noche. Se puso la capucha y pronto Dalinar no pudo distinguirlo de la oscuridad.

Dalinar volvió a su comida. «Sadeas planea una revelación en el banquete esta noche, aunque no sé cuál es.» Sagaz rara vez se equivocaba, aunque casi siempre se portaba de un modo extraño. ¿Se marchaba de verdad, o estaría todavía en el campamento a la mañana siguiente, riéndose de la broma que le había gastado?

«No —pensó Dalinar—, esto no ha sido una broma.» Llamó a un maestro-siervo vestido de blanco y negro.

—Tráeme a mi hijo mayor.

El sirviente inclinó la cabeza y se retiró. Dalinar comió el resto de su comida en silencio, mirando ocasionalmente a Sadeas y Elhokar. Ya no estaban en la mesa, y por eso la esposa de Sadeas se había reunido con él. Ialai era una mujer curvilínea que según decían todos se teñía el pelo. Eso indicaba sangre extranjera en el pasado de su familia: el cabello alezi siempre se reproducía en proporción con la sangre alezi que tuvieras. La sangre extranjera implicaba mechones de otro color. Irónicamente, la sangre mixta era mucho más común en los ojos claros que en los ojos oscuros, quienes rara vez se casaban con extranjeros, pero las casas alezi a menudo necesitaban alianzas o dinero de fuera.

Terminada la comida, Dalinar pasó de la mesa del rey a la isla propiamente dicha. La mujer seguía tocando su melancólica canción. Era bastante buena. Unos momentos más tarde, llegó Adolin. Corrió hacia Dalinar.

—¿Padre? ¿Me has mandado llamar?

—Quédate por aquí. Sagaz me ha dicho que Sadeas planea hacer una tormenta de algo esta noche.

La expresión de Adolin se ensombreció.

—Hora de irnos, entonces.

—No. Tenemos que dejar que las cosas se desencadenen.

—Padre…

—Pero puedes prepararte —dijo Dalinar en voz baja—. Por si acaso. ¿Invitaste a los oficiales de nuestra guardia al banquete de esta noche?

—Sí. A seis de ellos.

—Tienen mi invitación para pasar a la isla del rey. Transmite la noticia. ¿Qué hay de la guardia del rey?

—Me he asegurado de que algunos de los que esta noche guardan la isla sean los más leales a ti. —Adolin señaló con la barbilla un espacio en la oscuridad, al lado de la cuenca del banquete—. Creo que deberíamos colocarlos allí. Será una buena línea de retirada por si el rey intenta arrestarte.

—Sigo sin creer que llegue a eso.

—No puedes estar seguro. Elhokar, después de todo, permitió esta investigación en primer lugar. Se está volviendo cada vez más paranoico.

Dalinar se volvió a mirar al rey. El joven llevaba puesta casi siempre su armadura esquirlada, aunque no lo hacía en ese momento. Parecía continuamente nervioso, miraba por encima del hombro, sus ojos corrían de un lado a otro.

—Házmelo saber cuando los hombres estén en posición —dijo Dalinar.

Adolin asintió y se marchó rápidamente.

La situación hizo que Dalinar tuviera pocas ganas de socializar con nadie. Con todo, estar allí de pie solo y con aspecto molesto no era mejor, así que se acercó a la hoguera principal, donde el alto príncipe Hatham charlaba con un grupito de ojos claros. Saludaron con la cabeza a Dalinar cuando se reunió con ellos; a pesar de cómo lo trataban en general, nunca le darían la espalda en un banquete como este. Simplemente, eso no se hacía a alguien de su rango.

—Ah, brillante señor Dalinar —dijo Hatham de forma excesivamente amable. Delgado y con el cuello largo, el hombre llevaba una camisa verde con chorreras bajo un abrigo en forma de túnica, con una bufanda de seda de color verde oscuro alrededor del

cuello. En cada uno de sus dedos tenía un rubí que brillaba débilmente: habían extraído la luz tormentosa de ellos con un fabrial creado para la ocasión.

De los cuatro acompañantes de Hatham, dos eran ojos claros inferiores y uno era un fervoroso de túnica blanca a quien Dalinar no conocía. El último era un natano de piel azulina y pelo blanquísimo, dos mechones teñidos de rojo oscuro y trenzados hasta colgar junto a sus mejillas; llevaba guantes rojos. Era un dignatario de visita: Dalinar lo había visto en los banquetes. ¿Cuál era su nombre?

—Dime, brillante señor Dalinar —dijo Hatham—. ¿Has estado prestando alguna atención al conflicto entre los tukari y los emuli?

—Es un conflicto religioso ¿no? —preguntó Dalinar. Ambos eran reinos makabaki, en la costa sur, donde el comercio era abundante y próspero.

—¿Religioso? —dijo el natano—. No, yo no diría eso. Todos los conflictos son esencialmente económicos por naturaleza.

«Au-nak —recordó Dalinar—, ese es su nombre.» Hablaba con marcado acento, exagerando todas las «as» y «os».

—El dinero está detrás de todas las guerras —continuó Au-nak —. La religión no es más que una excusa. O tal vez una justificación.

—¿Hay alguna diferencia? —preguntó el fervoroso, obviamente ofendido por el tono de Aunak.

—Por supuesto. Una excusa es lo que haces una vez cometida la acción, mientras que una justificación es lo que ofreces antes.

—Yo diría que una excusa es algo que dices, pero no crees, Nak-ali —Hatham usaba la alta forma del nombre de Au-nak—. Mientras que una justificación es algo en lo que crees realmente.

¿Por qué tanto respeto? El natano debía tener algo que Hatham quería.

—De cualquier forma —dijo Au-nak—, esta guerra en concreto es por la ciudad de Sesemalex Dar, que los emuli han convertido en su capital. Es una excelente urbe comercial, y los tukari la quieren.

—He oído hablar de Sesemalex Dar —dijo Dalinar, mesándose la barbilla—. La ciudad es bastante espectacular, ocupa hendiduras talladas en la piedra.

—En efecto. Hay una composición particular de la piedra que permite drenar el agua. El diseño es sorprendente. Obviamente es una de las Ciudades del Amanecer.

—Mi esposa tendría algo que decir al respecto —dijo Hatham—. Ha hecho de las Ciudades del Amanecer el objeto de sus estudios.

—El diseño de la ciudad es básico para la religión emuli —dijo el fervoroso—. Dicen que es su hogar ancestral, un regalo de los Heraldos. Y los tukari están gobernados por ese dios-sacerdote suyo, Tezim. Así que el conflicto es religioso por naturaleza.

—Y si no fuera un puerto tan maravilloso —dijo Au-nak—, ¿insistirían tanto en proclamar el significado religioso de la ciudad? Creo que no. Son paganos, después de todo, así que no podemos presuponer que su religión tenga ninguna importancia real.

Hablar de las Ciudades del Amanecer era un tema popular últimamente entre los ojos claros: la idea de que ciertas ciudades podían remontar sus orígenes a los Cantores del Alba. Tal vez…

—¿Alguno ha oído hablar de un lugar conocido como Fortaleza de la Fiebre de Piedra? —preguntó Dalinar.

Los otros negaron con la cabeza. Ni siquiera Au-nak tenía algo que decir.

—¿Por qué? —preguntó Hatham.

—Solo por curiosidad.

La conversación continuó, aunque Dalinar dejó que su atención volviera a centrarse en Elhokar y su círculo de asistentes. ¿Cuándo haría Sadeas su anuncio? Si pretendía sugerir que Dalinar debía ser arrestado, no lo haría durante un banquete, ¿no?

Dalinar volvió a dirigir su atención a la conversación. Tendría que hacer más caso de lo que sucedía en el mundo. Antaño, las noticias de los reinos en conflicto lo fascinaban. Muchas cosas habían cambiado desde que comenzaron las visiones.

—Tal vez no sea económica ni religiosa de naturaleza —decía Hatham, tratando de poner fin a la discusión—. Todo el mundo sabe que las tribus makabaki albergan extraños odios unas hacia otras.

—Tal vez —dijo Au-nak.

—¿Importa? —preguntó Dalinar. Los otros se volvieron hacia él —. Es solo otra guerra. Si no lucharan entre sí, encontrarían a otros

a quienes atacar. Es lo que hacemos nosotros. Venganza, honor, riquezas, religión…, todos los motivos conducen a los mismos resultados.

Los otros no dijeron nada, y el silencio se hizo rápidamente embarazoso.

—¿A qué devotario sigues, brillante señor Dalinar? —preguntó Hatham, pensativo, como intentando recordar algo que había olvidado.

—A la Orden de Talenelat.

—Ah. Sí, tiene sentido. Odian discutir de religión. Esta conversación debe resultarte terriblemente aburrida.

Una salida a la conversación. Dalinar asintió, sonriendo agradecido por la amabilidad de Hatham.

—¿La Orden de Talenelat? —dijo Au-nak—. Siempre he pensado que ese devotario era para gente inferior.

—Y esto lo dice un natano —dijo el fervoroso, envarado.

—Mi familia siempre ha sido devotamente vorin…

—Sí —respondió el fervoroso—, convenientemente, ya que ha usado sus lazos vorin para comerciar favorablemente en Alezkar. Me pregunto si es usted igualmente devoto cuando no se encuentra en nuestro suelo…

—No permitiré que se me insulte de esta forma —replicó Au-nak. Dio media vuelta y se marchó, haciendo que Hatham levantara una mano.

—¡Nak-ali! —llamó, corriendo tras él ansiosamente—. ¡Por favor, no le haga caso!

—Insufriblemente aburrido —dijo el fervoroso en voz baja, dando un sorbo a su vino; naranja, naturalmente, ya que era un hombre del clero.

Dalinar lo miró con el ceño fruncido.

—Eres osado, fervoroso —dijo severamente—. Tal vez de manera estúpida. Insultas a un hombre con quien Hatham quiere hacer negocios.

—Lo cierto es que pertenezco al brillante señor Hatham —contestó el fervoroso—. Él me pidió que insultara a su invitado: quiere que Au-nak piense que está avergonzado. Ahora, cuando Hatham acceda rápidamente a sus exigencias, el extranjero creerá

que es por esto…, y no retrasará la firma del contrato sospechando que se ha llevado a cabo demasiado fácilmente.

«Ah, por supuesto. —Dalinar miró a la pareja—. Llegan hasta esos niveles.»

Teniendo eso en cuenta ¿qué tenía que pensar de la amabilidad de Hatham antes, cuando le dio un motivo para explicar su aparente disgusto por el conflicto? ¿Estaba preparándolo para algún tipo de manipulación encubierta?

El fervoroso se aclaró la garganta.

—Agradecería que no le contaras a nadie lo que acabo de decirte, brillante señor.

Dalinar advirtió que Adolin regresaba a la isla del rey, acompañado por seis oficiales de uniforme y con sus espadas.

—¿Entonces por qué me lo has dicho en primer lugar? —preguntó Dalinar, volviendo su atención hacia el hombre de la túnica blanca.

—Igual que Hatham desea que su socio en los negocios conozca su buena voluntad, yo deseo que sepas de nuestra buena voluntad hacia ti, brillante señor.

Dalinar frunció el ceño. Nunca había tenido demasiada relación con los fervorosos: su devotario era sencillo y claro. Saciaba en la corte su ración de política, y tenía pocos deseos de encontrar más en la religión.

—¿Por qué? ¿Qué debería importar si muestro buena voluntad hacia vosotros?

El fervoroso sonrió.

—Hablaremos de nuevo contigo. —Hizo una profunda reverencia y se retiró.

Dalinar quiso preguntar más, pero entonces llegó Adolin.

—¿Qué pasaba? —preguntó, mirando hacia el brillante señor Hatham.

Dalinar tan solo sacudió la cabeza. Se suponía que los fervorosos no participaban en política, fuera cual fuese su devotario. Lo tenían oficialmente prohibido desde la Hierocracia. Pero, como con la mayoría de las cosas en la vida, lo ideal y la realidad eran dos circunstancias separadas. Los ojos claros no podían evitar utilizar a los fervorosos en sus planes, y por eso, cada vez más, los devotarios

se convertían en parte de la corte.

—¿Padre? —preguntó Adolin—. Los hombres están situados.

—Bien —respondió Dalinar. Apretó los dientes y cruzó la pequeña isla. Quería que este fiasco terminara de una vez por todas.

Dejó atrás la hoguera, una oleada de denso calor que hizo que el lado izquierdo de su cara picoteara de sudor mientras el lazo derecho aún estaba helado por el frío de otoño. Adolin corrió a acompañarlo, la mano en la espada.

—¿Padre? ¿Qué vamos a hacer?

—Provocar —respondió Dalinar, dirigiéndose al lugar donde Elhokar y Sadeas estaban charlando. El grupo de aduladores le abrió paso.

—… y creo que… —El rey se interrumpió y miró a Dalinar—. ¿Sí, tío?

—Sadeas —dijo Dalinar—. ¿Cuál es el estado de tu investigación sobre el corte de la cincha?

Sadeas parpadeó. Tenía en la mano derecha una copa de vino violeta, su larga túnica de terciopelo rojo abierta por delante para revelar una camisa blanca de chorreras.

—Dalinar, ¿estás…?

—Tu investigación, Sadeas —dijo Dalinar con firmeza. Sadeas suspiró y miró a Elhokar.

—Majestad. Tenía previsto hacer un anuncio referido a este tema esta noche. Iba a esperar hasta más tarde, pero si Dalinar va a insistir…

—Insisto.

—Oh, adelante, Sadeas —dijo el rey—. Has despertado mi curiosidad.

El rey hizo un gesto a un sirviente, quien corrió a hacer callar a la flautista mientras otro criado tocaba los clarines para pedir silencio. En unos instantes, todos callaron en la isla.

Sadeas le dirigió a Dalinar una mueca que de algún modo transmitía el mensaje: «Tú lo has pedido, viejo amigo.»

Dalinar cruzó los brazos, manteniendo la mirada clavada en Sadeas. Sus seis guardias de cobalto se colocaron tras él, pero Dalinar advirtió que un grupo similar de oficiales ojos claros del campamento de Sadeas permanecía atento.

—Bueno, no esperaba tener tanto público —dijo Sadeas—. Principalmente, planeaba decírselo solo al rey.

«Ni mucho menos», pensó Dalinar, tratando de contener la ansiedad. ¿Qué haría si Adolin tenía razón y Sadeas lo acusaba de haber intentado asesinar a Elhokar?

Sería, en efecto, el final de Alezkar. Dalinar no caería sin oponerse, y los campamentos se volverían unos contra otros. La nerviosa paz que los había mantenido juntos durante la última década llegaría a su fin. Elhokar nunca podría mantenerlos unidos.

Además, si acababan en guerra, las cosas no irían bien para Dalinar. Los otros le habían dado la espalda; ya tenía bastantes problemas enfrentándose a Sadeas, si los demás se unían contra él, caería en horrible desventaja. Pudo comprender ahora que Adolin pensara que era un increíble acto de estupidez haber hecho caso a las visiones. Y sin embargo, en un momento poderosamente surreal, Dalinar consideró que había hecho lo correcto. Nunca lo había sentido tan fuerte como en este momento, mientras se preparaba para ser condenado.

—Sadeas, no me agotes con tu sentido del drama —dijo Elhokar —. Te están escuchando. Te estoy escuchando. Parece que a Dalinar le va estallar una vena en la frente. Habla.

—Muy bien —dijo Sadeas, entregando el vino a un criado—. Mi primera tarea como alto príncipe de información fue descubrir la verdadera naturaleza del atentado a la vida de su majestad durante la caza del conchagrande.

Agitó una mano para llamar a uno de sus hombres, que se marchó. Otro dio un paso adelante y le tendió la cincha de cuero rota.

—Llevé esta correa a tres talabarteros distintos en tres campamentos distintos. Cada uno de ellos llegó a la misma conclusión. Fue cortada. El cuero es relativamente nuevo, y ha sido bien cuidado, como demuestra la falta de grietas y desgaste en otras zonas. El tajo es demasiado regular. Alguien lo cortó.

Dalinar experimentó una sensación de amenaza. Era casi lo mismo que él había descubierto, pero estaba presentado bajo la peor luz posible.

—¿Pero para qué…? —empezó a decir.

Sadeas alzó una mano.

—Por favor, alto príncipe. ¿Primero me exiges que informe, y luego me interrumpes?

Dalinar guardó silencio. A su alrededor, más y más ojos claros importantes se estaban congregando. Pudo notar su tensión.

—¿Pero cuándo fue cortada? —dijo Sadeas, volviendo a dirigirse a la multitud. Le gustaba el dramatismo—. Eso es esencial. Me tomé la molestia de interrogar a numerosos hombres que estuvieron en esa cacería. Ninguno dijo haber visto nada concreto, aunque todos recordaron que hubo un momento extraño. El momento en que el brillante señor Dalinar y su majestad corrieron hacia una formación rocosa. Un momento en que Dalinar y el rey estuvieron solos. —Hubo susurros desde atrás—. No obstante, hubo un problema —dijo Sadeas—. Un problema que el propio Dalinar planteó. ¿Por qué cortar la cincha de la silla de un portador de esquirlada? Un movimiento estúpido. Una caída del caballo no sería muy peligrosa para un hombre que lleva armadura esquirlada.

El sirviente que Sadeas había enviado regresó, trayendo a un joven de pelo rubiáceo que mostraba solo unos cuantos atisbos de negro.

Sadeas sacó algo de una bolsa de su cintura y lo alzó. Un gran zafiro. No estaba infundido. De hecho, al mirarlo con atención, Dalinar pudo ver que estaba agrietado: ya no podía contener luz tormentosa.

—La cuestión me llevó a investigar la armadura esquirlada del rey —dijo Sadeas—. Ocho de los diez zafiros utilizados para infundir su armadura estaban rotos después de la batalla.

—Suele pasar —dijo Adolin, acercándose a Dalinar, la mano en la espada—. Siempre se pierde alguno en cada batalla.

—¿Pero ocho? —preguntó Sadeas—. Uno o dos es normal. ¿Pero has perdido alguna vez ocho en una batalla antes, joven?

La única respuesta de Adolin fue mirarlo fijamente.

Sadeas guardó la gema y le hizo un gesto al joven que había mandado traer.

—Este es uno de los mozos de cuadra al servicio del rey. Fin, ¿no es así?

—S…, sí, brillante señor —tartamudeó el muchacho. No podía

tener más de doce años.

—¿Qué es lo que me dijiste antes, Fin? Por favor, repítelo de nuevo para que todos puedan oírlo.

El joven ojos oscuros se estremeció. Parecía mareado.

—Bueno, brillante señor, fue así: todo el mundo dice que la silla fue comprobada en el campamento del brillante señor Dalinar. Y supongo que así fue, en efecto. Pero yo soy quien preparó el caballo de su majestad antes de que se le entregara a los hombres de Dalinar. Y lo hice, prometo que lo hice. Puse su silla favorita y todo. Pero…

El corazón de Dalinar martilleó. Tuvo que contenerse para no invocar su espada.

—¿Pero qué? —le dijo Sadeas a Fin.

—Pero cuando los otros mozos de cuadra del rey llevaron el caballo al campamento del alto príncipe Dalinar, llevaba una silla diferente. Lo juro.

Varios de los que estaban allí rodeándolos parecieron confundidos por esta afirmación.

—¡Ajá! —dijo Adolin, señalando—. ¡Pero eso sucedió en el complejo del palacio del rey!

—En efecto —dijo Sadeas, alzando una ceja—. Muy agudo por tu parte, joven Kholin. Este descubrimiento, junto con las joyas rotas, significa algo. Sospecho que quien intentó matar a su majestad plantó en su armadura esquirlada gemas defectuosas para que se rompieran bajo tensión, perdiendo su luz tormentosa. Luego debilitaron la cincha de la silla con un corte cuidadoso con la esperanza de que su majestad cayera mientras combatía al conchagrande, lo que permitiría a la bestia atacarlo. Las gemas caerían, la armadura se rompería, y su majestad moriría por «accidente» mientras cazaba.

Sadeas alzó un dedo mientras la multitud empezaba a susurrar de nuevo.

—Sin embargo, es importante darse cuenta de que estos hechos (el cambio de la silla o la colocación de las gemas) deben de haber sucedido antes de que su majestad se reuniera con Dalinar. Considero que Dalinar es un sospechoso muy improbable. De hecho, pienso que el culpable es alguien a quien el brillante señor Dalinar

ha ofendido. Ese alguien quería que todos pensáramos que él podría estar implicado. Puede que en realidad no pretendiera matar a su majestad, sino arrojar sospechas sobre Dalinar.

La isla quedó en silencio. Incluso los susurros se apagaron.

Dalinar permaneció en pie, aturdido. «¡Yo… tenía razón!»

Adolin finalmente rompió el silencio.

—¿Qué?

—Todas las pruebas señalan que tu padre es inocente, Adolin —dijo Sigzil, haciendo acopio de paciencia—. ¿Te parece sorprendente?

—No, pero… —Adolin frunció el ceño.

A su alrededor, los ojos claros empezaron a hablar, decepcionados. Empezaron a dispersarse. Los oficiales de Dalinar permanecieron tras él como si esperaran un ataque por sorpresa.

«Sangre de mis padres… —pensó Dalinar—. ¿Qué significa esto?»

Sadeas indicó a sus hombres que se llevaran al mozo de cuadra, y luego le hizo un gesto de asentimiento a Elhokar y empezó a retirarse en dirección a las bandejas de la noche, donde había jarras de vino caliente y panes tostados. Dalinar alcanzó a Sadeas cuando este se servía un platito. Lo cogió por el brazo, sintiendo el suave tejido de la túnica de Sadeas bajo sus dedos.

Sadeas lo miró, alzando una ceja.

—Gracias —dijo Dalinar en voz baja—. Por no seguir adelante.

Tras ellos, la flautista empezó a tocar de nuevo.

—¿Por no seguir adelante con qué? —dijo Sadeas, soltando su platito y librándose de los dedos de Dalinar—. Esperaba hacer esta presentación después de haber descubierto pruebas más concretas de que no estabas implicado. Por desgracia, presionado como estaba, lo mejor que pude hacer fue indicar que era improbable que tuvieras nada que ver. Me temo que seguirá habiendo rumores.

—Espera. ¿Querías demostrar mi inocencia?

Sadeas hizo una mueca y volvió a recoger su plato.

—¿Sabes cuál es tu problema, Dalinar? ¿Por qué todo el mundo ha empezado a considerarte tan cansino?

Dalinar no respondió.

—La presuntuosidad. Te has vuelto despreciablemente pedante.

Sí, le pedí a Elhokar este puesto para poder demostrar tu inocencia. ¿Te resulta tan difícil creer que alguien más en este ejército puede hacer algo honesto?

—Yo… —dijo Dalinar.

—Pues claro. Nos has estado mirando como alguien que estuviera sentado en lo alto de una hoja de papel y que se cree tan alto que puede ver durante kilómetros. Bien, creo que ese libro de Gavilar es crem, y que los Códigos son mentiras que la gente fingía seguir para poder justificar sus apergaminadas consciencias. Maldición, yo mismo tengo una de esa consciencias apergaminadas. Pero no quería verte puesto en entredicho por ese intento frustrado de matar al rey. ¡Si lo hubieras querido muerto, le habrías quemado los ojos y habrías acabado de una vez! —Sadeas dio un sorbo de su humeante vino violeta—. El problema es que Elhokar seguía y seguía hablando de esa maldita cincha. Y la gente empezó a hablar, ya que estaba bajo tu protección y los dos os alejasteis cabalgando juntos. Solo el Padre Tormenta sabe cómo pudieron pensar que intentarías asesinar a Elhokar. Apenas eres capaz de matar a los parshendi hoy en día.

Sadeas se metió un trocito de pan tostado en la boca, y entonces se dispuso a marcharse.

Dalinar volvió a cogerlo por el brazo.

—Yo…, estoy en deuda contigo. No tendría que haberte tratado como lo he hecho estos seis años.

Sadeas miró al cielo, masticando su pan.

—No ha sido solo por ti. Mientras todo el mundo pensara que estabas detrás del atentado, nadie descubriría quién quiso matar de verdad a Elhokar. Y alguien lo hizo, Dalinar. No acepto que ocho gemas se rompan en un combate. La cincha solo habría sido un intento de asesinato ridículo, pero con una armadura debilitada… Casi me siento tentado a creer que la llegada por sorpresa del abismoide estuvo también preparada. Pero no tengo ni idea de cómo pudo lograrse.

—¿Y el comentario de que querían implicarme? —preguntó Dalinar.

—Más que nada para darle a los demás algo con lo que chismorrear mientras averiguo qué está pasando de verdad —

Sadeas miró la mano de Dalinar en su brazo—. ¿Quieres soltarme?

Dalinar retiró la mano.

Sadeas dejó su plato, alisó su túnica y se sacudió el hombro.

—No he renunciado a ti todavía, Dalinar. Probablemente voy a necesitarte antes de que todo esto acabe. Pero tengo que decir que no sé qué pensar de ti últimamente. Esos comentarios de que quieres abandonar el Pacto de la Venganza. ¿Hay algo de verdad en ello?

—Lo mencioné en confianza a Elhokar como medio de explorar opciones. De modo que, sí, hay algo de verdad en ello, si quieres saberlo. Estoy cansado de esta lucha. Estoy cansado de estas Llanuras, de estar lejos de la civilización, de matar a parshendi poco a poco. Sin embargo, he renunciado a la retirada. Quiero ganar. ¡Pero los altos príncipes no me hacen caso! Todos dan por hecho que intento dominarlos con algún truco retorcido.

Sadeas bufó.

—Eres de los que dan a un hombre un puñetazo en la cara antes que una puñalada por la espalda. Siempre directo.

—Alíate conmigo —le dijo Dalinar. Sadeas se detuvo—. Sabes que no voy a traicionarte, Sadeas. Confías en mí como los otros no podrán nunca hacerlo. Prueba lo que intento que accedan a hacer los otros altos príncipes. Ataca conmigo las mesetas.

—No funcionará —dijo Sadeas—. No hay ningún motivo para que más de un ejército participe en cada ataque. Ahora mismo dejo atrás a la mitad de mis tropas. No hay espacio para que maniobren más.

—Sí, pero piensa. ¿Y si probáramos nuevas tácticas? Las cuadrillas de tus puentes son rápidas, pero mis soldados son más fuertes. ¿Y si llegarais rápidamente a una meseta con una avanzadilla para contener a los parshendi? Podríais aguantar hasta que llegaran mis soldados, más lentos pero más fuertes.

Eso hizo vacilar a Sadeas.

—Podría significar una espada esquirlada, Sadeas.

Los ojos de Sadeas se mostraron ansiosos.

—Sé que has luchado contra portadores parshendi —dijo Dalinar, aferrándose a ese hilo—. Pero has perdido. Sin una espada esquirlada, estás en desventaja.

Los portadores parshendi tenían la costumbre de escapar después de entrar en batalla. Los lanceros regulares no podían matar a ninguno, naturalmente. Hacía falta un portador para matar a un portador.

—Yo he matado a dos en el pasado. Sin embargo, no tengo la oportunidad a menudo porque no puedo llegar a las mesetas con la suficiente rapidez. Tú sí puedes. Juntos podemos ganar más a menudo, y yo podré conseguirte una espada. Podemos hacer esto, Sadeas. Juntos. Como en los viejos tiempos.

—Los viejos tiempos —dijo Sadeas, abstraído—. Me gustaría ver de nuevo al Aguijón Negro en batalla. ¿Cómo dividiríamos las gemas?

—Dos tercios para ti —dijo Dalinar—. Ya que tienes el doble de éxito que yo en los ataques.

Sadeas pareció pensativo.

—¿Y las espadas esquirladas?

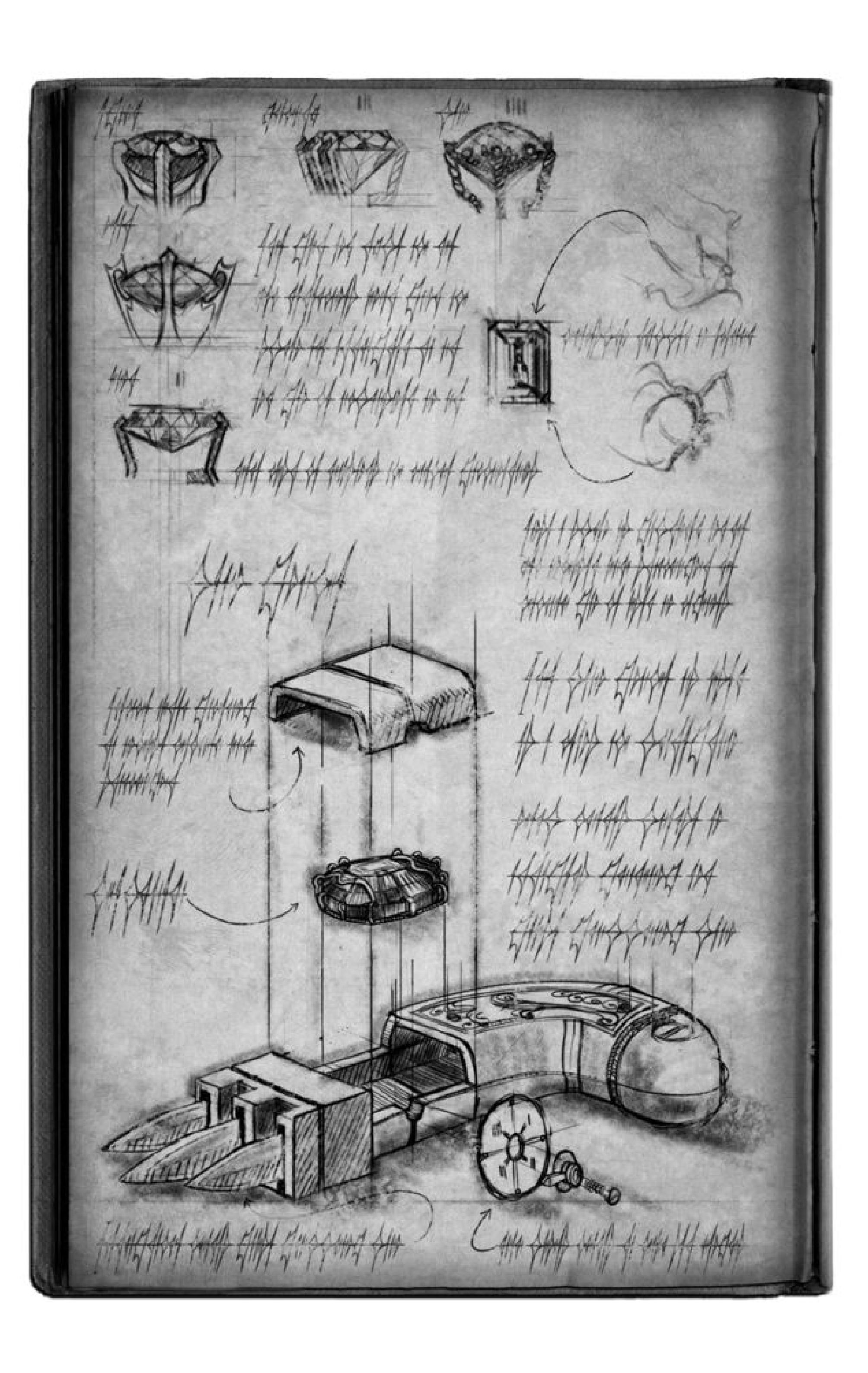
—Si encontramos a un portador, Adolin y yo nos enfrentaremos a él. Tú ganarás la hoja. —Alzó un dedo—. Pero yo me quedaré con la armadura. Para dársela a mi hijo, Renarin.

—¿El inválido?

—¿Qué más te da? Ya tienes una armadura. Sadeas, esto podría significar ganar la guerra. Si empezamos a trabajar juntos, podríamos atraer a los demás, preparar un ataque a gran escala. ¡Tormentas! Tal vez ni siquiera necesitaríamos eso. Los dos tenemos los ejércitos más grandes: si pudiéramos encontrar un modo de alcanzar a los parshendi en una meseta lo bastante grande con el grueso de nuestras tropas…, rodeándolos para que no pudieran escapar, podríamos dañar sus fuerzas lo suficiente para poner fin a todo esto.

Sadeas reflexionó sobre esto. Luego se encogió de hombros.

—Muy bien. Envíame los detalles con un mensajero. Pero hazlo más tarde. Ya me he perdido demasiado del banquete de esta noche.





«Una mujer se sienta y se rasca los ojos. Hija de reyes y vientos, vándala.»

Fechado Palahevan, 1173, 73 segundos antes de la muerte. Sujeto: un mendigo de cierto renombre, conocido por sus elegantes canciones.

Una semana después de perder a Dunny, Kaladin se encontraba en otra meseta, contemplando el progreso de una batalla. Esta vez, sin embargo, no tuvo que salvar a los moribundos: habían llegado antes que los parshendi. Un hecho raro pero apreciado. El ejército de Sadeas estaba ahora desplegado en el centro de la meseta, protegiendo la crisálida mientras algunos de sus soldados la cortaban.

Los parshendi seguían saltando sobre la línea y atacando a los hombres que trabajaban en la crisálida. «Van a rodearlo», pensó Kaladin. No tenía buen aspecto, lo que significaba un terrible camino de vuelta. Los hombres de Sadeas ya lo pasaban mal cuando, al llegar segundos, fueron repelidos. Perder la gema después de llegar primeros…, los haría sentirse aún más frustrados.

—¡Kaladin! —llamó una voz.

Kaladin se volvió y vio que Roca llegaba corriendo. ¿Había algún herido?

—¿Has visto eso? —señaló el comecuernos.

Otro ejército se acercaba por una meseta adyacente. Kaladin alzó las cejas: los estandartes ondeaban en azul, y los soldados eran obviamente alezi.

—Un poco tarde ¿no? —preguntó Moash, acercándose a Kaladin.

—Eso parece.

De vez en cuando algún príncipe llegaba después que Sadeas a la meseta. Pero lo más habitual era que Sadeas fuera el primero y los otros alezi tuvieran que darse media vuelta. Normalmente no se acercaban tanto antes de hacerlo.

—Ese es el estandarte de Dalinar Kholin —dijo Cikatriz, reuniéndose con ellos.

—Dalinar —dijo Moash, apreciativamente—. Dicen que no emplea hombres de los puentes.

—¿Cómo cruza entonces los abismos? —preguntó Kaladin.

La respuesta quedó clara pronto. Este nuevo ejército tenía enormes puentes parecidos a torres de asalto tirados por chulls. Avanzaban por las irregulares mesetas, a menudo rodeando las oquedades en la piedra. «Deben de ser terriblemente lentos», pensó Kaladin. Pero, a cambio, el ejército no tenía que acercarse al abismo mientras les disparaban. Podían esconderse detrás de aquellos puentes.

—Dalinar Kholin —dijo Moash—. Dicen que es un auténtico ojos claros, como los hombres de antaño. Un hombre de honor y palabra.

Kaladin hizo una mueca.

—He visto a muchos ojos claros con la misma reputación, y siempre me han decepcionado. Ya os hablaré alguna vez del brillante señor Amaram.

—¿Amaram? —preguntó Cikatriz—. ¿El portador de esquirlada?

—¿Has oído hablar de eso? —preguntó Kaladin.

—Claro. Dicen que viene de camino. Todo el mundo habla de eso en las tabernas. ¿Estabas con él cuando ganó sus esquirladas?

—No —dijo Kaladin en voz baja—. No estaba nadie.

El ejército de Dalinar Kholin se acercaba por la meseta al sur. Sorprendentemente, llegó hasta la meseta donde tenía lugar la batalla.

—¿Va a atacar? —dijo Moash, rascándose la cabeza—. Tal vez

piensa que Sadeas va a perder, y quiere probar suerte después de que se retire.

—No —respondió Kaladin, el ceño fruncido—. Va a unirse a la batalla.

El ejército parshendi envió algunos arqueros a disparar contra el ejército de Dalinar, pero sus flechas rebotaron en los chulls sin causar ningún daño. Un grupo de soldados desenganchó los puentes y los colocó en su sitio mientras los arqueros de Dalinar se apostaban e intercambiaban disparos de flecha con los parshendi.

—¿No parece que Sadeas ha traído menos soldados en esta carga? —preguntó Sigzil, uniéndose al grupo que contemplaba el ejército de Dalinar—. Tal vez lo tenía planeado. Es posible que por eso se haya comportado como lo ha hecho, dejándose rodear.

Los puentes podían ser bajados y extenderse por medio de palancas: había una maravillosa obra de ingeniería en funcionamiento. Mientras empezaban a trabajar, sucedió algo decididamente extraño: dos portadores de esquirlada, probablemente Dalinar y su hijo, cruzaron de un salto el abismo y empezaron a atacar a los parshendi. La distracción permitió a los soldados colocar los grandes puentes en su sitio, y la caballería pesada cargó para ayudarlos. Era un método completamente distinto de hacer un asalto con puentes, y Kaladin reflexionó sobre las implicaciones.

—Sí que se une a la batalla —dijo Moash—. Creo que van a actuar juntos.

—Tiene por fuerza que ser más efectivo —dijo Kaladin—. Me sorprende que no lo hayan intentado antes.

Teft bufó.

—Eso es porque no comprendes cómo piensan los ojos claros. Los altos príncipes no quieren solamente ganar la batalla: quieren ganarla ellos solos.

—Ojalá me hubieran reclutado en ese ejército —dijo Moash, casi con reverencia. Las armaduras de los soldados brillaban, sus movimientos bien ensayados: Dalinar, el Aguijón Negro, había hecho un trabajo aún mejor que Amaram al cultivar una reputación de honestidad. La gente lo conocía hasta Piedralar, pero Kaladin sabía qué tipos de corrupción podía ocultar una coraza bien pulida.

«Aunque el hombre que protegió a aquella puta en la calle vestía de azul —pensó—. Adolin, el hijo de Dalinar. Parecía auténticamente desprendido en su defensa de la mujer.»

Kaladin apretó los dientes, apartando esos pensamientos. No se dejaría engañar de nuevo.

No.

La lucha se volvió brutal en poco tiempo, pero los parshendi estaban en inferioridad, aplastados entre dos fuerzas opuestas. Poco después, el equipo de Kaladin condujo a un victorioso grupo de soldados a los campamentos para celebrarlo.

Kaladin hizo rodar la esfera entre sus dedos. El cristal, por lo demás puro, se había enfriado y dado lugar a una fina línea de burbujas permanentemente petrificadas en un lado. Las burbujas eran pequeñas esferas que capturaban en sí mismas la luz.

Estaba de servicio en el abismo. Habían vuelto tan rápido del ataque a la meseta que Hashal, desafiando la lógica o la piedad, los envió al abismo ese mismo día. Kaladin continuó haciendo girar la esfera entre sus dedos. En su mismo centro había una gran esmeralda de forma redonda, con docenas de diminutas facetas en los lados. Un pequeño reborde de burbujas suspendidas se aferraba al lado de la gema, como ansiando estar cerca de su brillo.

Una luz tormentosa brillante, verde y cristalina resplandecía en el interior del cristal, iluminando los dedos de Kaladin. Un broam de esmeralda, la más alta denominación de esfera, valía cientos de esferas menores. Para los hombres de los puentes, era una fortuna. Una fortuna extrañamente lejana, pues gastarla era imposible. A Kaladin le parecía ver algo de la tormenta en aquella piedra. La luz era…, era como parte de la tormenta, capturada por la esmeralda. No era perfectamente firme: solo lo parecía en comparación con el fluctuar de las velas, antorchas o lámparas. Al acercársela, Kaladin podía ver la luz girando, rabiosa.

—¿Qué hacemos con eso? —preguntó Moash, que estaba a un lado. Roca, al otro. El cielo se había nublado, y hacía que abajo estuviera más oscuro que de costumbre. El frío clima de los últimos días había vuelto a la primavera, aunque era incómodamente helada.

Los hombres trabajaban con eficacia, recuperando rápidamente lanzas, armaduras, botas y esferas de los muertos. Debido al poco tiempo que les daban, y debido a la última y agotadora carrera con el puente, Kaladin había decidido suspender los ejercicios con las lanzas del día. Se dedicaron pues a recuperar material y a almacenar una parte, para usarla y evitar ser castigados la próxima vez.

Mientras trabajaban, encontraron a un oficial ojos claros. Debió de ser muy rico. En su bolsa encontraron un broam de esmeralda que valía lo que un esclavo de los puentes ganaría en doscientos días.

En la misma bolsa, encontraron también un puñado de chips y marcos que sumaban algo más que otro broam de esmeralda. Dinero. Una fortuna. Simple calderilla para los ojos claros.

—Con esto podríamos alimentar a esos hombres heridos durante meses —dijo Moash—. Y comprar todas las medicinas que quisiéramos. ¡Padre Tormenta! Probablemente podríamos sobornar a los guardias del perímetro del campamento para que nos dejaran escapar.

—No podrá ser —dijo Roca—. Es imposible sacar esferas de los abismos.

—Podríamos tragárnoslas —dijo Moash.

—Te ahogarías. Las esferas son demasiado grandes ¿no?

—Apuesto a que podría hacerlo —dijo Moash. Sus ojos chispearon, reflejando la verde luz tormentosa—. Es más dinero del que he visto jamás. Merece la pena correr el riesgo.

—Tragarlas no servirá de nada —dijo Kaladin—. ¿Crees que esos guardias que nos vigilan en las letrinas están ahí para que no huyamos? Apuesto a que algún pobre parshmenio tiene que examinar nuestras deposiciones, y los he visto apuntar a quienes acuden a las letrinas y con qué frecuencia. No somos los primeros que piensan en tragarse las esferas.

Moash vaciló, y luego suspiró, abatido.

—Probablemente tienes razón. La tormenta te lleve, pero la tienes. Pero no podemos dársela, ¿no?

—Sí que podemos —dijo Kaladin, cerrando el puño en torno a la esfera. El resplandor era tan grande que hizo brillar su mano—.

Nunca podríamos gastarla. ¿Un hombre del puente con un broam entero? Nos delataría.

—Pero…

—Vamos a dársela, Moash —Kaladin alzó entonces la bolsa que contenía las otras esferas—. Pero encontraremos un modo de quedarnos con estas.

Roca asintió.

—Sí. Si entregamos esta valiosa esfera, pensarán que somos honrados, ¿no? Eso disfrazará el robo, e incluso nos darán una pequeña recompensa. ¿Pero cómo podremos quedarnos con la bolsa?

—Estoy pensando —dijo Kaladin.

—Hazlo rápido, entonces —dijo Moash, mirando la antorcha de Kaladin, clavada entre dos rocas en la pared del abismo—. Pronto tendremos que regresar.

Kaladin abrió la mano e hizo rodar de nuevo la esfera esmeralda entre sus dedos. ¿Cómo?

—¿Has visto alguna vez algo tan hermoso? —preguntó Moash, mirando la esmeralda.

—Es solo una esfera —dijo Kaladin, ausente—. Una herramienta. Una vez tuve un cuenco lleno de cien broams de diamantes y me dijeron que eran míos. Como nunca pude gastarlos, fue como si no valieran nada.

—¿Cien diamantes? —preguntó Moash—. ¿Dónde…, cómo?

Kaladin cerró la boca, maldiciéndose a sí mismo. «No debería seguir mencionando cosas así.»

—Continuad —dijo, volviendo a guardar la esmeralda en la bolsa negra—. Tenemos que ser rápidos.

Moash suspiró, pero Roca le dio un afectuoso golpe en la espalda y los dos se reunieron con el resto de los hombres. Siguiendo las indicaciones de Syl, Roca y Lopen los habían llevado hasta una gran masa de cadáveres de uniforme rojos y marrón. No sabían de qué alto príncipe eran esos hombres, pero los cuerpos eran recientes. No había ningún parshendi entre ellos.

Kaladin miró hacia un lado, donde trabajaba Shen, el parshmenio. Silencioso, obediente, leal. Teft seguía sin fiarse de él. Una parte de Kaladin se alegraba de ello. Syl aterrizó en la pared a

su lado, plantó los pies en la superficie y miró al cielo.

«Piensa —se dijo Kaladin—. ¿Cómo nos quedamos con esas esferas? Tiene que haber un modo.» Pero todas las posibilidades parecían demasiado arriesgadas. Si los pillaban robando, probablemente les darían un trabajo distinto. Kaladin no estaba dispuesto a arriesgarse a eso.

Silenciosos vidaspren verdes empezaron a cobrar vida a su alrededor, asomando entre el musgo y los haspers. Unos cuantos golosos abrieron sus hojas rojas y amarillas junto a su cabeza. Kaladin había pensado una y otra vez en la muerte de Dunny. El Puente Cuatro no estaba a salvo. Cierto, habían perdido un número notablemente pequeño de hombres últimamente, pero seguían menguando. Y cada carrera con el puente era una posibilidad de desastre total. Todo lo que hacía falta era que los parshendi se concentraran en ellos una sola vez. Si perdían tres o cuatro hombres, se desplomarían. Las andanadas de flechas arreciarían, abatiéndolos a todos.

Era el mismo problema de siempre, al que Kaladin se enfrentaba día tras día. ¿Cómo salvaguardabas a los hombres de los puentes cuando todos los querían desprotegidos y bajo el peligro?

—Eh, Sigzil —dijo Mapas, acercándose con un puñado de lanzas —. Eres un cantamundos ¿no?

El calvo Mapas se había vuelto cada vez más amigable en las últimas semanas y había demostrado ser bueno suscitando la charla. A Kaladin se le antojaba un posadero, siempre atento a la comodidad de sus clientes.

Sigzil, que estaba quitándole las botas a una fila de cadáveres, le dirigió a Kaladin una grave mirada que parecía decir: «Esto es culpa tuya.» No le gustaba que los demás hubieran descubierto que era un cantamundos.

—¿Por qué no nos cuentas una historia? —dijo Mapas, soltando su carga—. Nos ayudará a pasar el tiempo.

—No soy ningún bufón ni un cuentacuentos —dijo Sigzil, arrancando una bota—. No «cuento historias». Difundo conocimiento de culturas, pueblos, pensamientos y sueños. Traigo la paz a través de la comprensión. Es la sagrada carga que mi orden recibió de los mismísimos Heraldos.

—Bueno, ¿por qué no empiezas a difundirlo? —dijo Mapas, poniéndose en pie y frotándose las manos en los pantalones.

Sigzil suspiró con fuerza.

—Muy bien. ¿Qué quieres oír?

—No sé. Algo interesante.

—Háblanos del brillante rey Alazansi y la flota de las cien naves —gritó Leyton.

—¡No soy un cuentacuentos! —repitió Sigzil—. Hablo de naciones y pueblos, no de historias de tabernas. Yo…

—¿Sabes de algún lugar donde la gente viva en profundos barrancos? —dijo Kaladin—. ¿Una ciudad construida en un enorme complejo lineal horadado en la roca como si estuviera allí tallado?

—Sesemalex Dar —asintió Sigzil, mientras sacaba otra bota—. Sí, es la capital del reino de Emul, y es una de las ciudades más antiguas del mundo. Se dice que la ciudad, y de hecho el reino, recibieron su nombre del mismísimo Jezrien.

—¿Jezrien? —dijo Malop, poniéndose en pie y rascándose la cabeza—. ¿Quién es ese?

Malop era un tipo de cabellera tupida, poblada barba negra y un tatuaje de glifoguardias en cada mano. No era precisamente la esfera más brillante del cuenco, podría decirse.

—Aquí en Alezkar lo llamáis el Padre Tormenta —dijo Sigzil—. O Jezerezeh'Elin. Era el rey de los Heraldos. Señor de las tormentas, dador de agua y vida, conocido por su furia y su temperamento, pero también por su misericordia.

—Oh —dijo Malop.

—Dime más cosas de la ciudad —pidió Kaladin.

—Sesemalex Dar. Está, en efecto, construida con gigantescos canales. El diseño es sorprendente. Protege contra las tormentas, ya que cada canal tiene un reborde lateral que impide la inundación de la llanura pedregosa que la rodea. Eso, mezclado con un sistema de drenaje de grietas, protege la ciudad de inundaciones.

»Sus habitantes son conocidos por su experta cerámica de crem; la ciudad es un emporio importante del suroeste. Los emuli son una tribu de los askarki, y pertenecen a la etnia makabaki: oscuros de piel, como yo mismo. Su reino tiene frontera con el mío y lo visité muchas veces en mi juventud.

»Es un lugar maravilloso, lleno de viajeros exóticos —Sigzil se fue relajando a medida que hablaba—. Su sistema legal es muy tolerante con los extranjeros. Un hombre que no tiene su nacionalidad no puede poseer una casa o una tienda, pero cuando visitas te tratan como a «un pariente que ha venido de lejos, para recibir todas las amabilidades y atenciones.» Un extranjero puede cenar en cualquier residencia que visite, siempre que sea respetuoso y ofrezca frutas como regalo. Ese pueblo está muy interesado en las frutas exóticas. Adoran a Jezrien, aunque no lo aceptan como una figura de la religión vorin. Lo consideran el único dios.

—Los Heraldos no son dioses —rezongó Teft.

—Para vosotros no —dijo Sigzil—. Otros los consideran de otro modo. Los emuli tienen lo que vuestros sabios llaman una religión escindida, que contiene algunas ideas vorin. Pero, para los emuli, vosotros seríais la religión escindida.

Sigzil parecía encontrar divertido aquello, aunque Teft tan solo hizo una mueca.

Sigzil continuó dando más y más detalles, hablando de las vaporosas túnicas y los tocados de las mujeres emuli, de las sayas que gustaban a los hombres. El sabor de la comida (salado) y la forma de saludar a un viejo amigo (llevándose el índice izquierdo a la frente e inclinándose con respeto). Sigzil sabía una impresionante cantidad de cosas de ellos. Kaladin advirtió que a veces sonreía con melancolía, probablemente recordando sus viajes.

Los detalles eran interesantes, pero a Kaladin le sorprendía más el hecho de que esta ciudad que había sobrevolado en un sueño hacía semanas fuera real. Y ya no podía seguir ignorando la extraña velocidad con la que se recuperaba de las heridas. Le estaba sucediendo algo extraño. Algo sobrenatural. ¿Y si estaba relacionado con el hecho de que todos cuantos lo rodeaban siempre parecían morir?

Se arrodilló para empezar a vaciar los bolsillos de los muertos, un deber que los otros hombres del puente evitaban. Esferas, cuchillos y otros objetos útiles se recogían. Recuerdos personales, como plegarias no quemadas, se dejaban con los cuerpos. Encontró unos cuantos chips de zirconio, que añadió a la bolsa.

Tal vez Moash tuviera razón. Si consiguieran sacar este dinero,

¿sería posible un soborno que les permitiera huir del campamento? Sería mucho más seguro que luchar. ¿Entonces por qué insistía tanto en prepararlos para el combate? ¿Por qué no había pensado en intentar escabullirse?

Había perdido a Dallet y los demás miembros de su pelotón original en el ejército de Amaram. ¿Esperaba compensarlo entrenando a un nuevo grupo de lanceros? ¿Se trataba de salvar a hombres a quienes había llegado a querer, o solo quería demostrarse algo a sí mismo?

Su experiencia le decía que los hombres que no sabían luchar estaban en seria desventaja en este mundo de guerra y tormentas. Quizás escabullirse sería la mejor opción, pero entendía poco de sigilos. Además, si se escabullían, Sadeas enviaría soldados tras ellos. Los problemas los alcanzarían. Fuera cual fuera su camino, los hombres del puente tendrían que matar para seguir libres.

Cerró con fuerza los ojos, recordando uno de sus intentos de huida, cuando mantuvo a sus compañeros esclavos libres durante una semana entera, ocultos en los bosques. Finalmente los capturaron los cazadores de su amo. Fue entonces cuando perdió a Nalma. «Nada de eso tiene que ver con salvarlos aquí y ahora —se dijo Kaladin—. Necesito estas esferas.»

Sigzil seguía hablando de los emuli.

—Para ellos —decía el cantamundos—, la necesidad de golpear a un hombre personalmente es un error. Hacen la guerra de una forma opuesta a los alezi. La espada no es arma para un líder. Es mejor la albarda, y luego la lanza, y lo mejor de todo el arco y la flecha.

Kaladin encontró otro puñado de esferas (cielochips) en el bolsillo de un soldado. Estaban pegadas a un rancio pedazo de queso de semilla, oloroso y enmohecido. Hizo una mueca, sacó las esferas y las lavó en un charco.

—¿Lanzas usadas por ojos claros? —dijo Drehy—. Es ridículo.

—¿Por qué? —repuso Sigzil, como ofendido—. La costumbre emuli me parece interesante. En algunos países, luchar es considerado desagradable. Para los shin, por ejemplo, si tienes que luchar contra un hombre, has fracasado ya. Matar es, en el mejor de los casos, una forma brutal de resolver los problemas.

—No serás como Roca y te negarás a luchar ¿no? —preguntó Cikatriz, dirigiendo una mirada apenas velada al comecuernos. Roca se envaró y le dio la espalda, arrodillado mientras iba arrojando botas a un saco grande.

—No —dijo Sigzil—. Creo que todos podemos estar de acuerdo en que otros métodos han fallado. Tal vez si mi amo supiera que vivo todavía…, pero no. Es una tontería. Sí, lucharé. Y si tengo que hacerlo, la lanza parece un arma útil, aunque sinceramente preferiría poner más distancia entre mis enemigos y yo.

Kaladin frunció el ceño.

—¿Te refieres a un arco?

Sigzil asintió.

—Entre mi gente, el arco es un arma noble.

—¿Sabes usarlo?

—Ay, no —dijo Sigzil—. Lo habría mencionado antes si tuviera esa habilidad.

Kaladin se levantó, abrió la bolsa y depositó las esferas junto a las demás.

—¿Había algún arco entre los cadáveres?

Los hombres se miraron unos a otros. Varios negaron con la cabeza. La semilla de una idea había empezado a germinar en la mente de Kaladin.

—Recoged algunas de esas lanzas —dijo—. Ponedlas aparte. Las necesitaremos para entrenar.

—Pero tenemos que entregarlas —recordó Malop.

—No si no las sacamos del abismo —dijo Kaladin—. Cada vez que vengamos a recuperar material, seleccionaremos unas cuantas lanzas y las apilaremos aquí abajo. No tardaremos mucho en reunir las suficientes para practicar con ellas.

—¿Cómo las sacaremos cuando sea el momento de escapar? —preguntó Teft, rascándose la barbilla—. Si dejamos las lanzas aquí abajo no servirán de mucho cuando empiece la verdadera lucha.

—Encontraré un modo de sacarlas —dijo Kaladin.

—Dices eso muchas veces —advirtió Cikatriz.

—Déjalo estar, Cikatriz —dijo Moash—. Sabe lo que está haciendo.

Kaladin parpadeó. ¿Acababa de defenderlo Moash? Cikatriz se

ruborizó.

—No lo decía con esa intención, Kaladin. Estaba preguntando, eso es todo.

—Comprendo. Es… —Kaladin guardó silencio cuando vio a Syl revolotear en forma de lazo de luz.

Se posó en una roca que sobresalía de la pared y asumió su forma femenina.

—He encontrado otro grupo de cadáveres. Son casi todos parshendi.

—¿Algún arco? —preguntó Kaladin. Varios de sus hombres se lo quedaron mirando asombrados hasta que se dieron cuenta de que tenía fija la mirada en el aire. Entonces asintieron comprendiendo.

—Creo que sí —respondió Syl—. Está por aquí. No demasiado lejos.

Los hombres casi habían terminado ya con estos cadáveres.

—Recoged las cosas —dijo Kaladin—. He encontrado otro lugar que registrar. Tenemos que recoger cuanto podamos, y luego guardar algo en un abismo donde la corriente no lo arrastre.

Los hombres recogieron lo que habían encontrado, se cargaron los sacos al hombro y cada uno de ellos cargó con una lanza o dos. Momentos después, bajaron por el pestilente abismo, siguiendo a Syl. Dejaron atrás grietas en las antiguas paredes de roca donde habían quedado atrapados viejos huesos lavados por las tormentas, creando un montículo de fémures, tibias, cráneos y costillas cubiertos de moho. No se podía rescatar nada de ellos.

Un cuarto de hora más tarde, llegaron al lugar que había encontrado Syl. Un grupo de cadáveres parshendi yacía amontonado, mezclado con algún alezi ocasional de azul. Kaladin se arrodilló ante uno de los cadáveres humanos. Reconoció el estilizado glifopar de Dalinar Kholin cosido en la guerrera. ¿Por qué se había unido el ejército de Dalinar al de Sadeas en la batalla? ¿Qué había cambiado?

Kaladin indicó a los hombres que empezaran a registrar a los alezi mientras él se acercaba a uno de los cadáveres parshendi. Era mucho más reciente que el hombre de Dalinar. No encontraban tantos cadáveres parshendi como alezi. No solo había menos en cualquier batalla, sino que era menos probable que cayeran a la

muerte en los abismos. Sigzil también pensaba que sus cuerpos eran más densos que los humanos, y no flotaban ni eran llevados tan fácilmente por la corriente.

Kaladin colocó el cadáver de lado, y la acción provocó un súbito siseo al fondo de los hombres del puente. Kaladin dio media vuelta y vio a Shen intentando abrirse paso con un extraño arrebato de pasión.

Teft se movió con rapidez, agarró a Shen por detrás y le hizo una presa sofocante. Los demás hombres se quedaron estupefactos, aunque varios asumieron sus poses de combate por reflejo.

Shen se debatió débilmente contra la presa de Teft. El parshmenio parecía diferente de sus primos muertos: de cerca, las diferencias eran mucho más obvias. Shen, como la mayoría de los parshmenios, era bajo y algo grueso. Recio, fuerte, pero no amenazador. El cadáver a los pies de Kaladin, sin embargo, era musculoso y con la constitución de un comecuernos, tan alto como Kaladin y mucho más ancho de hombros. Aunque los dos tenían la piel moteada, el parshendi tenía aquellos extraños brotes de armadura rojo oscuro en la cabeza, el pecho, los brazos y las piernas.

—Soltadlo —dijo Kaladin, curioso.

Teft lo miró, pero luego obedeció a regañadientes. Shen avanzó por el irregular terreno, y amablemente, pero con firmeza, apartó a Kaladin del cadáver. Shen se dio la vuelta, como para protegerlo de Kaladin.

—Ha hecho esto antes —informó Roca, acercándose—. Cuando Lopen y yo lo llevamos a buscar material.

—Protege los cadáveres parshendi, gancho —añadió Lopen—. Es capaz de apuñalarte cien veces por mover uno.

—Son todos así —dijo Sigzil desde atrás.

Kaladin se volvió, alzando una ceja.

—Los trabajadores parshmenios —explicó Sigzil—. Se les permite cuidar de sus propios muertos: es una de las pocas cosas por las que parecen apasionados. Se encolerizan si alguien más toca los cuerpos. Los envuelven en lino y los llevan a los bosques y los dejan sobre placas de piedra.

Kaladin observó a Shen. «Me pregunto…»

—Registrad a los parshendi —dijo a sus hombres—. Teft, probablemente tendrás que sujetar a Shen todo el tiempo. No puedo consentir que intente detenernos.

Teft le dirigió a Kaladin una mirada molesta: seguía pensando que deberían poner a Shen en la parte delantera del puente y dejarlo morir. Pero hizo lo que le decían, se acercó a Shen y recabó la ayuda de Moash para sujetarlo.

—Y sed respetuosos con los muertos —advirtió Kaladin.

—¡Son parshendi! —objetó Leyten.

—Lo sé. Pero molesta a Shen. Es uno de nosotros, así que mantengamos su irritación al mínimo.

El parshmenio bajó los brazos, reacio, y dejó que Teft y Moash se lo llevaran. Parecía resignado. Los parshmenios eran lentos de mollera. ¿Cuánto comprendía Shen?

—¿No querías encontrar un arco? —preguntó Sigzil, arrodillándose y sacando un arco corto y curvo de debajo de un cadáver parshendi—. Le falta la cuerda.

—Hay una en el morral de este tipo —dijo Mapas, sacando algo del cinturón de otro parshendi—. Podría servir todavía.

Kaladin aceptó el arma y la cuerda.

—¿Sabe alguien cómo usar esto?

Los hombres se miraron unos a otros. Los arcos eran inútiles para cazar la mayoría de las bestias de concha; las hondas funcionaban mucho mejor. El arco solo servía realmente para matar a otros hombres. Kaladin miró a Teft, que negó con la cabeza. No había sido entrenado en el arco, ni Kaladin tampoco.

—Es sencillo —dijo Roca, pasando por encima de un cadáver parshendi—. Pones la flecha en la cuerda. Apuntas. Tiras con fuerza. Sueltas.

—Dudo que sea tan fácil —dijo Kaladin.

—Apenas tenemos tiempo para entrenar a los chicos con la lanza, Kaladin —dijo Teft—. ¿Pretendes enseñarle a alguno el uso del arco? ¿Sin un maestro?

Kaladin no respondió. Guardó el arco y la cuerda en su morral, añadió unas cuantas flechas, y luego ayudó a los demás. Una hora más tarde, recorrían los abismos en dirección a las escaleras, las antorchas chisporroteando. El atardecer se les echaba encima.

Cuanto más oscurecía, más desagradables se volvían los abismos. Las sombras aumentaban, y los sonidos lejanos (agua goteando, rocas cayendo, el viento ululando) adquirían un tono ominoso. Kaladin dobló un recodo, y un grupo de cremlinos de múltiples patas correteó por la pared y se ocultó en una fisura.

Los hombres hablaban en voz baja, pero Kaladin no participaba. De vez en cuando, miraba a Shen por encima del hombro. El silencioso parshmenio caminaba cabizbajo. Robar a los cadáveres parshendi lo había perturbado profundamente.

«Puedo usar eso —pensó Kaladin— ¿pero me atreveré?» Sería un riesgo. Y grande. Ya lo habían sentenciado una vez por alterar el equilibrio de las batallas de los abismos.

«Primero las esferas», pensó. Sacar de allí las esferas implicaría poder sacar otras cosas. Al cabo de un rato vio una sombra en las alturas, cruzando el abismo. Habían llegado al primero de los puentes permanentes. Kaladin avanzó un poco más con los otros, hasta que llegaron a un lugar donde la profundidad del abismo era menor.

Se detuvo allí. Los hombres se reunieron a su alrededor.

—Sigzil —señaló Kaladin—. Sabes algo de arcos. ¿Crees que sería muy difícil alcanzar ese puente con una flecha?

—He disparado de vez en cuando con un arco, Kaladin, pero no me considero un experto. Imagino que no debe de ser demasiado difícil. ¿Cuál es la distancia? ¿Quince metros?

—¿Pero para qué? —preguntó Moash.

Kaladin sacó la bolsa llena de esferas, y los miró alzando una ceja.

—Atamos la bolsa a la flecha, y luego la disparamos para que se clave en la parte inferior del puente. Entonces, cuando carguemos, Lopen y Dabbid podrán rezagarse para tomar un trago cerca de ese puente. Buscarán bajo la madera y sacarán la flecha. Y obtendremos las esferas.

Teft silbó.

—Astuto.

—Podríamos quedarnos con todas las esferas —dijo Moash, ansioso—. Incluso la…

—No —respondió Kaladin con firmeza—. Las menores serán ya

bastante peligrosas: la gente podría empezar a preguntarse de dónde sacan tanto dinero los hombres de los puentes.

Tendría que comprar los suministros a diferentes boticarios para ocultar sus ingresos.

Moash pareció abatido, pero los demás se mostraban animosos.

—¿Quién quiere probar? —preguntó Kaladin—. Tal vez deberíamos intentar unos cuantos tiros de práctica antes y luego probar con la bolsa. ¿Sigzil?

—No sé si quiero esa responsabilidad —dijo Sigzil—. Tal vez deberías intentarlo tú, Teft.

Teft se frotó la barbilla.

—Claro, supongo, ¿será muy difícil?

—¿Muy difícil? —preguntó Roca de repente.

Kaladin se volvió. Roca estaba al fondo del grupo, aunque su altura hacía posible verlo. Estaba cruzado de brazos.

—¿Muy difícil, Teft? —repitió Roca—. Quince metros no es demasiado, pero no es un tiro fácil. ¿Y hacerlo con una bolsa de esferas atada a la flecha? ¡Ja! También necesitas que la flecha se clave cerca del lado del puente, para que Lopen pueda alcanzarla. Si fallas, podrías perder todas las esferas. ¿Y si los exploradores que hay cerca de los abismos ven salir la flecha del abismo? Les parecerá sospechoso, ¿no?

Kaladin miró al comecuernos. «Es sencillo, había dicho: apuntas…, sueltas…»

—Bueno —dijo Kaladin, mirando a Roca con el rabillo del ojo—. Supongo que tendremos que correr ese riesgo. Sin las esferas, los heridos morirán.

—Podríamos esperar a la siguiente carga —dijo Teft—. Atar una cuerda al puente y lanzarla, y luego atar la bolsa la próxima vez…

—¿Quince metros de cuerda? —dijo Kaladin categóricamente—. Comprar algo así llamaría mucho la atención.

—No, gancho —replicó Lopen—. Tengo un primo que trabaja en un sitio que vende cuerda. Podría conseguirla fácilmente, con dinero.

—Tal vez —dijo Kaladin—. Pero aún habría que esconderla, y luego bajarla al abismo sin que nadie la viera. ¿Y dejarla aquí colgando varios días? Se darían cuenta.

Los demás asintieron. Roca parecía muy incómodo. Con un suspiro, Kaladin sacó el arco y varias flechas.

—Tendremos que arriesgarnos con eso. Teft ¿por qué no…?

—Oh, por el fantasma de Kali'kalin —murmuró Roca—. Trae, dame el arco.

Se abrió paso entre los hombres del puente, y cogió el arco de manos de Kaladin, que ocultó una sonrisa.

Roca miró arriba, midiendo la distancia a la escasa luz. Colocó la cuerda, luego extendió una mano. Kaladin le tendió una flecha. Apuntó recto y disparó. La flecha voló veloz, golpeteando contra las paredes del abismo.

Roca asintió para sí, luego señaló la bolsa de Kaladin.

—Solo cinco esferas —dijo—. Más serían demasiado pesadas. Es una locura incluso con cinco. Llaneros locos.

Kaladin sonrió, luego contó cinco marcos de zafiro (en conjunto dos meses y medio de la paga de un hombre de los puentes) y los metió en otra bolsita. Se la tendió a Roca, quien sacó un cuchillo e hizo una muesca en la madera de la flecha, junto a la punta.

Cikatriz se cruzó de brazos y se apoyó contra la húmeda pared.

—Esto es robar, ¿sabéis?

—Sí —contestó Kaladin, mirando a Roca—. Y no me siento culpable en lo más mínimo. ¿Y tú?

—Para nada —dijo Cikatriz, sonriendo—. Supongo que cuando alguien intenta matarte, todas las expectativas sobre tu lealtad se las lleva la tormenta. Pero si alguien acude a Gaz…

Los demás se pusieron de pronto nerviosos, y unos cuantos ojos se dirigieron a Shen, aunque Kaladin pudo ver que Cikatriz no estaba pensando en el parshmenio. Si uno de los hombres denunciaba a los demás, podría ganarse una recompensa.

—Tal vez deberíamos poner guardia —dijo Drehy—. Ya sabéis, para asegurarnos de que nadie vaya a hablar con Gaz.

—No haremos nada de eso —dijo Kaladin—. ¿Qué vamos a hacer? ¿Encerrarnos en el barracón, recelando unos de otros sin hacer nunca nada? —sacudió la cabeza—. No. Esto es solo un peligro más. Es real, pero no podemos malgastar energías espiándonos unos a otros. De modo que seguiremos adelante.

Cikatriz no parecía convencido.

—Somos el Puente Cuatro —dijo Kaladin con firmeza—. Nos hemos enfrentado a la muerte juntos. Tenemos que confiar los unos en los otros. No podéis correr a la batalla preguntándoos si vuestros compañeros van a cambiar de pronto de bando. —Miró a los hombres a los ojos, uno a uno—. Confío en vosotros. En todos. Saldremos de esta, y lo haremos juntos.

Varios asintieron. Cikatriz pareció tranquilizarse. Roca terminó de cortar la flecha y luego procedió a atar con fuerza la bolsita alrededor del astil.

Syl se posó en el hombro de Kaladin.

—¿Quieres que los vigile? ¿Que me asegure de que nadie haga lo que piensa Cikatriz?

Kaladin vaciló, pero luego asintió. Más valía prevenir. Simplemente no quería que los hombres empezaran a pensar así.

Roca sopesó la flecha, calculando.

—Es un tiro casi imposible —se quejó. Luego, con un rápido movimiento, la encajó y tensó la cuerda hasta la mejilla, colocándose directamente debajo del puente. La bolsita quedó colgando, oscilando contra la madera de la flecha. Los hombres contuvieron la respiración.

Roca disparó. La flecha voló junto a la pared del abismo, casi demasiado rápida para seguirla con la mirada. Un leve chasquido sonó cuando la flecha se estrelló contra la madera, y Kaladin contuvo la respiración, pero la flecha no se soltó. Permaneció colgando allí, las preciosas esferas atadas al palo, justo al lado del puente, donde podía ser recogida.

Kaladin le dio a Roca una palmada en la espalda mientras los hombres lo vitoreaban.

Roca miró a Kaladin.

—No usaré el arco para luchar. Tienes que saberlo.

—Prometo que te aceptaré si estás de acuerdo, pero no te obligaré.

—No lucharé —dijo Roca—. No es mi sitio. —Miró las esferas, y entonces sonrió levemente—. Pero disparar al puente está bien.

—¿Cómo aprendiste?

—Es un secreto —respondió Roca con firmeza—. Coge el arco. No me molestes más.

—Muy bien —dijo Kaladin, aceptando el arco—. Pero no sé si puedo prometerte no molestarte. Puede que necesite unos cuantos disparos más en el futuro. —Miró a Lopen—. ¿Crees de verdad que puedes comprar cuerda sin llamar la atención?

Lopen se apoyó de nuevo contra la pared.

—Mi primo no me ha fallado nunca.

—¿Cuántos primos tienes, por cierto? —preguntó Desorejado Jaks.

—Nunca hay primos de sobra —respondió Lopen.

—Bueno, necesitamos esa cuerda —dijo Kaladin, mientras el plan empezaba a brotar en su mente—. Hazlo, Lopen. Me encargaré de cambiar esas esferas para pagarla.



«La luz se vuelve tan lejana. La tormenta nunca cesa. Estoy roto, y todos a mi alrededor han muerto. Lloro por el final de todas las cosas. El ha ganado. Oh, nos ha derrotado.»

—Fechado Palahakev, 1173,16 segundos antes de la muerte. Sujeto: un marinero thayleño.

Dalinar luchaba, con la Emoción latiendo en su interior, mientras blandía su espada esquirlada a lomos de *Galante*. A su alrededor, los parshendi caían con los ojos ardiendo de negro.

Venían contra él en parejas, cada equipo intentaba golpearlo desde una dirección distinta, manteniéndolo ocupado, y esperaban que desorientado. Si una pareja podía se le echaba encima mientras estaba distraído, y podrían desmontarlo. Esas hachas y mazas, golpeando repetidas veces, podrían quebrar su armadura. Era una táctica muy costosa: los cadáveres se amontonaban alrededor de Dalinar. Pero cuando se luchaba contra un portador de esquirlada, todas las tácticas eran costosas.

Dalinar mantenía a *Galante* en constante movimiento, bailando de un lado a otro, y blandía su espada con amplios mandobles. Permanecía un poco adelantado respecto a sus filas. Un portador de esquirlada necesitaba espacio para luchar: las espadas eran tan largas que era posible herir a tus propios compañeros. Su guardia

de honor se acercaría solo si caía o tenía problemas.

La Emoción lo excitaba, le daba fuerzas. No había experimentado de nuevo la debilidad, la náusea de aquel día de batalla de hacía semanas. Tal vez se había estado preocupando por nada.

Hizo volverse a *Galante* justo a tiempo para enfrentarse a dos parejas de parshendi que lo atacaban por detrás, cantando en voz baja. Dirigió el caballo con las rodillas, ejecutó un experto golpe lateral que cortó los cuellos de los dos parshendi, y luego el brazo de un tercero. Los ojos ardieron en los dos primeros, y se desplomaron. El tercero soltó su arma porque la mano de pronto se le quedó sin vida, abatida, con todos los nervios cortados.

El cuarto miembro de aquel pelotón se apartó, mirando a Dalinar. Era uno de los parshendi que no llevaba barba, y parecía haber algo extraño en su rostro. La estructura de los pómulos era un poco…

«¿Es una mujer? —pensó sorprendido Dalinar—. No puede ser. ¿O sí?»

Tras él, los soldados entonaron vítores mientras un gran número de parshendi se dispersaban para reagruparse. Dalinar bajó su espada esquirlada, el metal brillante, los glorispren tintineando en el aire a su alrededor. Había otro motivo para permanecer por delante de sus hombres. Un portador de esquirlada no era solo una fuerza de destrucción: era una fuerza de moral e inspiración. Los hombres combatían más vigorosamente si veían a su brillante señor abatiendo a un enemigo tras otro. Los portadores cambiaban las batallas.

Como los parshendi de momento estaban derrotados, Dalinar desmontó de *Galante* y saltó al suelo. Los cadáveres yacían a su alrededor, sin sangre, aunque cuando se acercó al lugar donde sus hombres habían estado combatiendo, sangre rojo anaranjada manchaba las rocas. Los cremlinos correteaban por el suelo, lamiendo el líquido, y los dolospren se rebullían entre ellos. Los parshendi heridos yacían mirando al cielo, los rostros máscaras de dolor, cantando una silenciosa y aterradora canción para sí mismos. A menudo eran solo susurros. Nunca gritaban cuando morían.

Dalinar sintió la Emoción retirarse mientras se reunía con su

guardia de honor.

—Se están acercando demasiado a *Galante* —le dijo a Teleb, tendiéndole las riendas. La piel del enorme ryshadio estaba cubierta de sudor espumoso—. No quiero arriesgarlo. Que un hombre lo lleve a retaguardia.

Teleb asintió y llamó a un hombre para que cumpliera la orden. Dalinar sopesó su hoja esquirlada, escrutando el campo de batalla. Los parshendi se estaban reagrupando. Como siempre, los equipos de dos personas eran el foco de su estrategia. Cada pareja tenía armas distintas, y a menudo uno de sus miembros era lampiño mientras que el otro tenía una barba entretejida con gemas. Los eruditos de Dalinar habían sugerido que se trataba de algún tipo de aprendizaje primitivo.

Dalinar inspeccionó a los lampiños en busca de algún indicio de barba. No había ninguno, y más de uno tenía una leve forma femenina en la cara. ¿Podía ser que todos los que no tenían barba fueran mujeres? No parecían tener mucho pecho, y su constitución era como la de los hombres, pero la extraña armadura parshendi podía enmascararlo todo. Los que no tenían barba parecían ligeramente más pequeños, y la forma de sus caras…, al estudiarlas, parecía posible. ¿Podrían las parejas ser maridos y esposas que lucharan juntos? Aquello le pareció extrañamente fascinante. ¿Era posible que, a pesar de seis años de guerra, nadie se hubiera tomado la molestia de examinar los sexos de sus enemigos?

Sí. Las mesetas en liza estaban tan lejos que nadie traía jamás cadáveres parshendi: solo enviaban a hombres a quitarles las gemas de las barbas o a recoger sus armas. Desde la muerte de Gavilar, se habían invertido muy pocos esfuerzos en estudiar a los parshendi. Todo el mundo los quería muertos, y si había algo en lo que los alezi fueran buenos, era en matar.

«Y se supone que tú los tienes que estar matando ahora —se dijo Dalinar—, sin analizar su cultura.» Pero sí decidió ordenar a sus soldados que recogieran unos cuantos cadáveres para los eruditos.

Cargó hacia otra sección del campo de batalla, sujetando ante él la hoja esquirlada con las dos manos, asegurándose de no dejar muy atrás a sus soldados. Al sur, pudo ver el estandarte de Adolin ondear mientras dirigía a su división contra los parshendi de esa parte. El

muchacho se había estado comportando de manera desacostumbradamente reservada estos últimos días. Equivocarse respecto a Sadeas parecía haberlo vuelto más reflexivo.

Al oeste, el estandarte de Sadeas ondeaba orgulloso. Sus fuerzas impedían a los parshendi alcanzar la crisálida. Había llegado primero, como antes, y se enfrentaba a los parshendi para dar tiempo a llegar a las compañías de Dalinar, quien había considerado extraer pronto las gemas corazón para que los alezi pudieran retirarse, ¿pero por qué poner fin a la batalla tan rápidamente? Sadeas y él consideraban que el verdadero sentido de su alianza era aplastar a tantos parshendi como fuera posible.

Cuantos más mataran, más rápido terminaría esta guerra. Y hasta ahora el plan de Dalinar estaba funcionando. Los dos ejércitos se complementaban. Los ataques de Dalinar habían sido demasiado lentos y habían permitido que los parshendi se posicionaran demasiado bien. Sadeas era rápido (más ahora que podía dejar hombres atrás y concentrarse plenamente en la velocidad), y era aterradoramente eficaz llevando a sus hombres a la meseta para combatir, pero sus tropas no estaban tan bien entrenadas como las de Dalinar. De modo que si Sadeas llegaba primero y aguantaba el tiempo suficiente para que Dalinar pudiera cruzar con sus hombres, la mejor preparación (y las esquirladas superiores) de sus fuerzas actuaría como un martillo contra los parshendi, aplastándolos contra el yunque de Sadeas.

No era fácil en modo alguno. Los parshendi luchaban como abismoides.

Dalinar se lanzó contra ellos, golpeando con su espada, abatiéndolos por todos lados. No podía evitar cierto respeto por los parshendi. Pocos hombres se atrevían a atacar a un portador de esquirlada directamente, al menos no sin tener el peso entero de su ejército obligándolos a avanzar, casi contra su voluntad.

Estos parshendi atacaban con valentía. Dalinar se volvió a uno y otro lado, golpeando, la Emoción brotando en su interior. Con una espada corriente, un luchador se concentraba en controlar sus golpes, atacando y esperando la resistencia. Había que dar golpes rápidos y breves en pequeños arcos. Una hoja esquirlada era diferente. Era enorme, ligerísima. Nunca se sentía el golpe:

descargar uno era como atravesar el aire mismo. El truco estaba en controlar el impulso y mantener la espada en movimiento.

Cuatro parshendi se abalanzaron contra él. Parecían saber que actuar en cuartetos era la mejor manera de abatirlo. Si se acercaban demasiado, la longitud de la empuñadura de la espada le haría más difícil luchar. Dalinar giró, trazando un largo arco a la altura de la cintura, y notó las muertes de los parshendi por el leve tirón de la hoja al atravesar sus pechos. Los eliminó a los cuatro, y sintió un arrebato de satisfacción.

Inmediatamente, sintió la náusea.

«¡Condenación! —pensó—. ¡Otra vez no!» Se volvió hacia otro grupo de parshendi mientras los ojos de los muertos ardían y humeaban.

Se lanzó a un nuevo ataque, alzando la espada por encima de la cabeza y descargándola luego en paralelo al suelo. Seis parshendi murieron. Sintió una punzada de pesar y el disgusto por la Emoción. Sin duda estos soldados parshendi merecían respeto, no alegría cuando eran masacrados.

Recordó los momentos en que la Emoción fue más fuerte. Someter a los altos príncipes con Gavilar durante su juventud, hacer retroceder a los veden, combatir a los herdazianos y destruir a los akak reshi. Antaño, la sed de batalla casi lo había hecho atacar al propio Gavilar. Dalinar podía recordar los celos de aquel día unos diez años atrás, cuando el ansia por atacar a su hermano (el único digno oponente que podía ver, el hombre que había ganado la mano de Navani) casi lo había consumido.

Su guardia de honor vitoreó mientras sus enemigos caían. Él se sintió vacío, pero se aferró a la Emoción y logró controlar sus sentimientos y la sobreexcitación. Dejó que la Emoción lo embriagara. Por fortuna, el mareo pasó, pues otro grupo de parshendi lo atacó desde un lado. Ejecutó una pose de viento, moviendo los pies, bajando el hombro y lanzando su peso tras la hoja mientras embestía.

Mató a tres seguidos, pero el cuarto y último parshendi se abrió paso entre sus camaradas caídos, rebasó la guardia de Dalinar y blandió su martillo. Sus ojos estaban muy abiertos de furia y determinación, aunque no gritaba ni aullaba. Tan solo continuaba

con su canción.

El golpe agrietó el yelmo de Dalinar. Empujó su cabeza hacia un lado, pero la armadura absorbió la mayor parte del golpe, mientras unas cuantas líneas finas como telarañas se extendían por él. Dalinar pudo verlas brillar levemente, liberando luz tormentosa en los bordes de su visión.

El parshendi estaba demasiado cerca. Dalinar soltó su espada. El arma se disolvió en niebla mientras alzaba un puño blindado y bloqueaba el siguiente martillazo. Entonces golpeó con el otro brazo, descargando un puñetazo en el hombro del parshendi. El golpe arrojó al hombre al suelo. La canción del parshendi se interrumpió. Apretando los dientes, Dalinar se levantó y le dio una patada en el pecho, lanzando el cuerpo unos buenos seis metros al aire. Había aprendido a no fiarse de los parshendi que no estaban incapacitados del todo.

Dalinar bajó las manos e invocó su espada esquirlada. Se sentía fuerte de nuevo, pues la pasión por la batalla regresaba. «No debería sentirme mal por matar parshendi. Está bien.»

Advirtió algo y se detuvo. ¿Qué era aquello que asomaba en la siguiente meseta? Parecía…

Un segundo ejército parshendi.

Varios grupos de exploradores alezi corrían hacia las principales líneas de batalla, pero Dalinar pudo deducir la noticia que traían.

—¡Padre Tormenta! —maldijo, señalando con su espada—. ¡Transmitid la advertencia! ¡Un segundo ejército se acerca!

Varios hombres se dispersaron para obedecer la orden. «Tendríamos que haberlo esperado —pensó—. Empezamos a traer dos ejércitos a las mesetas, así que ellos han hecho lo mismo.»

Pero eso implicaba que se habían contenido antes. ¿Lo hacían porque se daban cuenta de que los campos de batalla dejaban poco espacio para maniobrar? ¿O era por la velocidad? Eso no tenía sentido: los alezi tenían que preocuparse por los puentes como puntos de paso que los frenaban cada vez más si traían más soldados. Pero los parshendi podían saltar los abismos. ¿Por qué traer entonces menos tropas de las que disponían?

«Maldición. ¡Sabemos tan poco de ellos!»

Clavó su espada en la roca, intencionadamente, para que no se

desvaneciera. Empezó a dar órdenes. Su guardia de honor formó alrededor, convocando exploradores y enviando mensajeros. Durante un breve lapso, Dalinar fue un general que planeaba tácticas en vez de un guerrero avanzado.

Tardaron tiempo en cambiar la estrategia de batalla. Un ejército se convertía a veces en un enorme chull que avanzaba pesadamente, lento en reaccionar. Antes de que sus órdenes pudieran llevarse a cabo, el nuevo ejército parshendi empezó a cruzar al lado norte. Allí era donde estaba combatiendo Sadeas. Dalinar no podía ver bien, y los informes de los exploradores tardaban demasiado.

Miró a un lado. Cerca había una alta formación rocosa. Tenía lados irregulares y parecía un puñado de tablas apiladas unas encima de otras. Cogió su espada esquirlada en mitad de un informe y cruzó corriendo el terreno rocoso, aplastando unos cuantos rocapullos con sus botas acorazadas. La Guardia de Cobalto y los mensajeros formaron rápidamente.

En la formación rocosa, Dalinar hizo a un lado su espada, dejando que se disolviera en humo. Dio un salto y se agarró a la roca, escalándola. Segundos después, se encaramó en su llana cima.

El campo de batalla se extendía bajo él. El principal ejército parshendi era una masa de rojo y blanco en el centro de la meseta, presionado ahora en dos de sus alas por los alezi. Las cuadrillas de los puentes de Sadeas esperaban en una meseta al oeste, ignoradas, mientras las nuevas fuerzas parshendi cruzaban desde el norte hacia el campo de batalla.

«Padre Tormenta, sí que saben saltar», pensó Dalinar, viendo a los parshendi cruzar el abismo con poderosos brincos. Seis años de lucha le habían enseñado a Dalinar que los soldados humanos, sobre todo si usaban armadura ligera, podían correr más que las tropas parshendi si tenían que recorrer más de unas pocas docenas de metros. Pero esas gruesas y poderosas piernas parshendi podían llevarlos muy lejos cuando saltaban.

Ni un solo parshendi perdió pie al cruzar el abismo. Se acercaban al trote, y luego se abalanzaban con un impulso veloz unos tres metros, lanzándose adelante. La nueva fuerza se dirigió al sur, hacia el ejército de Sadeas. Alzando una mano para protegerse

de la brillante luz blanca del sol, Dalinar descubrió que podía distinguir el estandarte personal de Sadeas.

Se hallaba directamente en el camino de la fuerza parshendi que llegaba. Sadeas solía permanecer detrás de sus ejércitos, en posición segura. Ahora, esa posición se había convertido de pronto en la línea frontal, y los otros soldados de Sadeas eran demasiado lentos para interrumpir el combate y reaccionar. No tenía ningún apoyo.

«Tengo que enviarle mis lanceros de reserva…», pensó Dalinar.

Pero no, serían demasiado lentos.

Los lanceros no podrían alcanzarlo. Pero alguien a caballo sí.

—¡*Galante*! —gritó Dalinar, lanzándose desde lo alto de la formación rocosa. Cayó al suelo, la armadura absorbió el impacto y quebró la piedra. La luz tormentosa se arremolinaba a su alrededor, brotando de su armadura, y las glebas se agrietaron ligeramente.

Galante se libró de sus cuidadores y atravesó galopando la llanura a la llamada de Dalinar. Cuando el caballo se acercó, Dalinar se agarró al pomo de la silla y montó.

—¡Seguidme si podéis —le gritó a su guardia de honor—, y enviad un mensajero a mi hijo diciéndole que está ahora al mando de nuestro ejército!

Dalinar espoleó a *Galante* y galopó a lo largo del perímetro del campo de batalla. La guardia llamó a sus caballos, pero tendrían problemas para alcanzar a un ryshadio.

Así fuera.

Los soldados en lucha se convirtieron en un borrón a la derecha de Dalinar. Se inclinó hacia delante en la silla, sintiendo el viento sisear mientras soplaba sobre su armadura. Extendió una mano e invocó a Juramentada, que apareció en su palma, humeante y cubierta de escarcha, mientras volvía a *Galante* hacia el extremo occidental del campo de batalla. El ejército parshendi original se hallaba entre sus fuerzas y las de Sadeas. No tenía tiempo para rodearlos. Así, inspirando profundamente, Dalinar se lanzó hacia el centro. Sus filas estaban desplegadas por la forma en que combatían.

Galante las atravesó al galope, y los parshendi se apartaron del camino del enorme caballo, maldiciendo en su melódico lenguaje. Los cascos resonaron como un trueno sobre las rocas; Dalinar

acicateó a *Galante* con las rodillas. Tenían que conservar el impulso. Algunos parshendi que combatían delante contra las fuerzas de Sadeas se volvieron y corrieron hacia él. Vieron la oportunidad. Si Dalinar caía, estaría solo, rodeado por miles de enemigos.

El corazón de Dalinar redobló mientras extendía su hoja, tratando de apartar a los parshendi que se acercaban demasiado. En cuestión de minutos, se acercó a la línea parshendi noroccidental. Allí, sus enemigos estaban en formación, alzaban las lanzas y las golpeaban contra el suelo.

«¡Maldición!» Los parshendi nunca habían usado antes ese tipo de lanza contra la caballería. Estaban empezando a aprender.

Dalinar atacó a la formación, y luego, en el último momento, hizo volverse a *Galante*, para correr en paralelo al muro de lanzas. Extendió a un lado la espada esquirlada, rompiendo las puntas de las lanzas y alcanzando unos cuantos brazos. Un grupo de parshendi vaciló, y Dalinar tomó aire y lanzó a *Galante* directamente contra ellos, cortando un puñado de lanzas. Otra rebotó en su hombro acorazado, y *Galante* recibió un largo arañazo en el flanco izquierdo.

Su impulso los llevó adelante, y con un relincho *Galante* se libró de la línea parshendi justo al lado de donde la fuerza principal de Sadeas luchaba contra el enemigo.

El corazón de Dalinar martilleaba. Dejó atrás a los hombres de Sadeas, galopando hacia las líneas de retaguardia, donde un hirviente y desorganizado caos de hombres intentaba reaccionar contra la nueva fuerza parshendi. Los hombres gritaban y morían, un amasijo de verde bosque alezi y blanco y rojo parshendi.

«¡Allí!» Dalinar vio el estandarte de Sadeas ondear un instante antes de caer. Se arrojó de la silla de *Galante* y alcanzó el suelo. El caballo se volvió, comprendiendo. Su herida era mala, y Dalinar no lo expondría más al peligro.

Era hora de que comenzara de nuevo la matanza.

Se abalanzó contra la fuerza parshendi desde el lateral, y algunos se volvieron, con expresiones de sorpresa en sus rostros habitualmente imperturbables. En ocasiones los parshendi parecían extraños, pero sus emociones eran muy humanas. La Emoción se alzó y Dalinar no la contuvo. La necesitaba demasiado. Un aliado

estaba en peligro.

Era hora de dejar suelto al Aguijón Negro.

Dalinar se abrió paso entre las líneas parshendi. Los abatía como el hombre que barre las migajas de una mesa después de comer. No había ninguna precisión controlada, ningún cuidadoso enfrentamiento de unos pocos pelotones con su guardia de honor sirviendo de apoyo. Esto era un ataque en pleno, con todo el poder y la fuerza mortal de toda una vida de matar ampliada por las esquirladas. Era como una tempestad, abatiendo piernas, torsos, brazos, cuellos, matando, matando, matando. Era un torbellino de muerte y acero. Las armas rebotaban en su armadura, dejando diminutas grietas. Mató a docenas, moviéndose siempre, abriéndose paso hacia donde había caído el estandarte de Sadeas.

Los ojos ardían, las espadas destellaban al cielo, y los parshendi cantaban. La cercana presión de sus propias tropas, que aumentaban al atacar la línea de Sadeas, los inhibía. Pero no a Dalinar. No tenía que preocuparse por alcanzar a amigos, ni que su arma quedara atascada en la carne o en alguna armadura. Y si los cadáveres se interponían en su camino, los cortaba: la sangre muerta se cercenaba como el acero y la madera.

Pronto, la sangre parshendi salpicó el aire mientras mataba, cortaba, empujaba. La espada del hombro hacia el lado, adelante y atrás, girando ocasionalmente para barrer a aquellos que intentaban atacarlo desde atrás.

Tropezó en un bulto de tela verde. El estandarte de Sadeas. Dalinar se dio la vuelta, buscando. Tras él había dejado un reguero de cadáveres que rápida pero cuidadosamente era cubierta por más parshendi dispuestos a atacarlo. Excepto a su izquierda. Ninguno de los parshendi de aquel lado se volvieron hacia él.

«¡Sadeas!», pensó Dalinar, saltando hacia delante, abatiendo a los parshendi desde atrás. Eso reveló a un grupo reunido en círculo, golpeando algo que había debajo. Algo que filtraba luz tormentosa.

En el suelo, a un lado, había un gran martillo de portador, caído donde Sadeas al parecer lo había dejado caer. Dalinar dio un salto adelante, soltó su espada y agarró el martillo. Rugió mientras lo blandía contra el grupo, apartando a una docena de parshendi, y luego se volvió y lo descargó contra el lado opuesto. Los cuerpos

volaron por los aires, impulsados atrás.

El martillo funcionaba mejor en las distancias cortas: la espada simplemente habría matado a los hombres, arrojando sus cadáveres al suelo y dejando a Dalinar acorralado y sin espacio. El martillo, sin embargo, apartaba los cuerpos. Saltó en mitad de la zona que acababa de despejar, posicionándose con un pie a cada lado del caído Sadeas. Inició el proceso de invocar de nuevo su espada y golpeó a su alrededor con el martillo, dispersando a sus enemigos.

Al noveno latido de su corazón, lanzó el martillo a la cara de un parshendi, y luego dejó que Juramentada se formara en sus manos. Adoptó inmediatamente la pose del viento. Miró al suelo. La armadura de Sadeas filtraba luz tormentosa por una docena de grietas diferentes. La coraza había sido aplastada por completo; trozos rotos e irregulares de metal sobresalían, mostrando el uniforme de debajo. Hilillos de humo radiante brotaban de los agujeros.

No había tiempo de comprobar si todavía estaba vivo. Los parshendi vieron ahora que no uno, sino dos portadores, estaban a su alcance, y se lanzaron contra Dalinar. Un guerrero tras otro fueron cayendo mientras Dalinar los mataba por docenas, protegiendo el espacio a su alrededor.

No podía detenerlos. Su armadura recibió golpes, principalmente en los brazos y la espalda. Crujía como un cristal bajo demasiada tensión.

Rugió, abatiendo a cuatro parshendi más mientras otros dos lo atacaban por detrás y hacían que su armadura vibrara. Dio media vuelta y mató a uno, mientras el otro apenas se ponía fuera de su alcance. Empezó a jadear, y cuando se movía rápido dejaba en el aire hilos de luz tormentosa azul. Se sentía como una presa ensangrentada que intentara defenderse de mil depredadores diferentes a la vez.

Pero no era ningún chull, cuya única protección era esconderse. Mataba, y la Emoción se alzaba *in crescendo* en su interior. Sentía un peligro real, una posibilidad de caer, y eso hacía que la Emoción brotara. Casi se ahogó en ella, en la alegría, el placer, el deseo. El peligro. Más y más golpes llegaron; más y más parshendi pudieron esquivar o ponerse fuera del alcance de su espada.

Sintió una brisa atravesando la parte posterior de su coraza. Fría, terrible, aterradora. Las grietas se agrandaban. Si la coraza reventaba…

Gritó, atravesando con su hoja a un parshendi, reventando sus ojos, abatiendo al hombre sin dejarle una marca en la piel. Dalinar alzó la espada, se volvió, cortó las piernas de otro enemigo. Su interior era una tempestad de emociones, y su ceño bajo el yelmo estaba cubierto de sudor. ¿Qué le sucedería al ejército alezi si Sadeas y él caían aquí? ¿Dos altos príncipes muertos en la misma batalla, dos armaduras y una espada perdidas?

No podía suceder. No caería aquí. No sabía aún si estaba loco o no. ¡No podía morir hasta saberlo!

De repente, un puñado de parshendi que no lo habían atacado murieron. Una figura con una brillante armadura azul se abrió paso entre ellos. Adolin sujetaba su enorme hoja esquirlada en una sola mano, el metal brillando.

Adolin volvió a golpear, y la Guardia de Cobalto se abalanzó hacia delante, cubriendo la abertura que había creado. La canción de los parshendi cambió de tempo, volviéndose frenética, y cayeron mientras llegaban más y más soldados, algunos de verde, otros de azul.

Dalinar se arrodilló, agotado, dejando que su espada se desvaneciera. Su guardia lo rodeó, y el ejército de Adolin los envolvió a todos, arrollando a los parshendi, obligándolos a retroceder. En unos minutos, la zona estuvo asegurada.

El peligro había pasado.

—Padre —dijo Adolin, arrodillándose a su lado y quitándose el yelmo. El cabello rubio y negro del joven estaba despeinado y sudoroso—. ¡Tormentas! ¡Me has dado un susto! ¿Estás bien?

Dalinar se quitó el yelmo, sintiendo el aire fresco y dulce en el rostro húmedo. Inspiró profundamente y luego asintió.

—Tu sentido de la oportunidad es…, bastante bueno, hijo.

Adolin lo ayudó a ponerse en pie.

—Tuve que atravesar las filas de todo el ejército parshendi. No es por ser irrespetuoso, padre, ¿pero qué tormentas te hizo meterte en un lío como este?

—La comprensión de que podías manejar el ejército si yo caía —

dijo Dalinar, dándole un golpecito a su hijo en el brazo. Las armaduras tintinearon.

Adolin miró la espalda de la coraza de Dalinar, y sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Mala cosa? —preguntó Dalinar.

—Parece que está sujeta por saliva e hilo. Filtras luz tormentosa como un odre de vino usado para prácticas de tiro con arco.

Dalinar asintió, suspirando. Ya notaba que la coraza le dificultaba los movimientos, Probablemente tendría que quitársela antes de regresar al campamento, no fuera a inmovilizarse con él dentro.

A un lado, varios soldados libraban a Sadeas de su armadura. Tenía tan mal aspecto que la luz había cesado de fluir excepto en algunos hilos diminutos. Podía arreglarse, pero sería caro: regenerar las armaduras esquirladas generalmente rompía las gemas de donde sacaba la luz.

Los soldados de Sadeas le quitaron el yelmo, y Dalinar sintió alivio al ver que su antiguo amigo parpadeaba, desorientado pero en substancia ileso. Tenía un corte en el muslo, donde uno de los parshendi lo había alcanzado con una espada, y unos cuantos arañazos en el pecho.

Sadeas alzó la cabeza y miró a Dalinar y Adolin. Dalinar se envaró, esperando ser recriminado: esto había sucedido porque había insistido en luchar con dos ejércitos en la misma meseta. Eso había instado a los parshendi a traer otro ejército. Dalinar tendría que haber enviado exploradores para prever esa contingencia.

Sadeas, sin embargo, mostró una amplia sonrisa.

—¡Padre Tormenta, sí que ha estado cerca! ¿Cómo va la batalla?

—Los parshendi están derrotados —dijo Adolin—. La última fuerza que resistía era la que os rodeaba. Nuestros hombres están extrayendo la gema corazón en este momento. La victoria es nuestra.

—¡Volvemos a vencer! —dijo Sadeas, triunfal—. ¡Dalinar, parece que de vez en cuando ese viejo cerebro senil tuyo puede ofrecer un par de buenas ideas!

—Tenemos la misma edad, Sadeas —recordó Dalinar mientras los mensajeros se acercaban, trayendo informes del resto del campo

de batalla.

—Difundid la noticia —proclamó Sadeas—. ¡Esta noche, todos mis soldados tendrán un festín como si fueran ojos claros!

Sonrió mientras sus soldados lo ayudaban a ponerse en pie, y Adolin se alejó para recibir los informes de los exploradores. Sadeas rechazó la ayuda insistiendo en que podía permanecer en pie a pesar de su herida, y empezó a llamar a sus oficiales.

Dalinar se volvió a buscar a *Galante* y asegurarse de que atendían la herida del caballo. Sin embargo, mientras lo hacía, Sadeas lo cogió del brazo.

—Debería estar muerto —dijo Sadeas en voz baja.

—Tal vez.

—No vi mucho. Pero me parece que te vi solo. ¿Dónde estaba tu guardia de honor?

—Tuve que dejarla atrás. Era la única manera de alcanzarte a tiempo.

Sadeas frunció el ceño.

—Ha sido un riesgo terrible, Dalinar. ¿Por qué?

—No se abandona a los aliados en el campo de batalla. No a menos que no haya otra opción. Es uno de los Códigos.

Sadeas sacudió la cabeza.

—Ese honor tuyo te costará la vida, Dalinar. —Parecía divertido—. ¡Y no es que me apetezca quejarme de eso hoy!

—Si muero, lo haré habiendo vivido bien mi vida. No es el destino lo que importa, sino cómo se llega a él.

—¿Los Códigos?

—No. *El camino de los reyes*.

—Ese libro de la tormenta.

—Ese libro de la tormenta te ha salvado hoy la vida, Sadeas. Creo que empiezo a comprender qué veía en él Gavilar.

Sadeas hizo una mueca, aunque miró su armadura, que yacía en pedazos. Sacudió la cabeza.

—Tal vez te permita contarme qué quieres decir. Me gustaría comprenderte de nuevo, viejo amigo. Estoy empezando a preguntarme si lo hice alguna vez. —Soltó el brazo de Dalinar—. ¡Que alguien me traiga mi caballo! ¿Dónde están mis oficiales?

Dalinar se marchó, y rápidamente encontró a varios miembros

de su guardia atendiendo a *Galante*. Mientras se reunía con ellos, le sorprendió el enorme número de cadáveres que había en el suelo. Trazaban una línea desde donde se había abierto paso a través de las filas parshendi para llegar hasta Sadeas, un sendero de muerte.

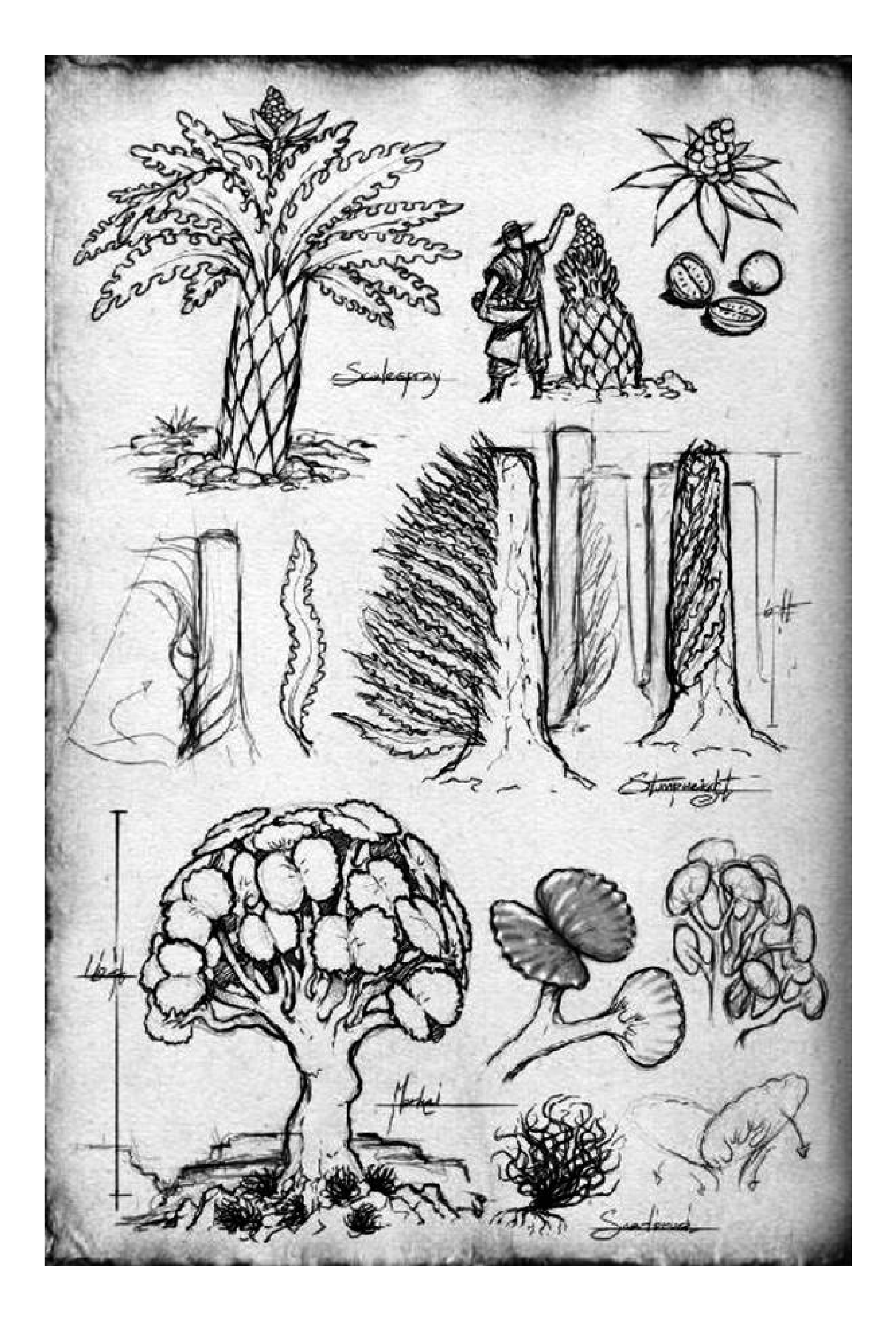
Miró hacia donde había plantado su defensa. Docenas de muertos. Tal vez centenares.

«Sangre de mis padres —pensó—. ¿He hecho yo todo eso?» No había matado en tan gran número desde los primeros días en que ayudó a Gavilar a unir Alezkar. Y no se había sentido enfermo ante la visión de la muerte desde su juventud.

Sin embargo, ahora se sentía asqueado, apenas capaz de mantener su estómago bajo control. No vomitaría en el campo de batalla. Sus hombres no deberían ver eso.

Se marchó tambaleándose, una mano en la cabeza, la otra portando el yelmo. Debería estar exultante. Pero no podía. Simplemente…, no podía.

«Te hará falta para lograr comprenderme, Sadeas —pensó—. Porque tengo unos problemas de Condenación intentando comprenderme a mí mismo.»


Scalespray



«Sostengo en mis manos al niño de pecho, un cuchillo en su garganta, y sé que todos los que viven desean que deje cortar la hoja. Derramar su sangre sobre el suelo, sobre mis manos, y ganar con eso más aliento que absorber.»

Fechado Shashanan, 1173, 23 segundos antes de la muerte. Sujeto: un joven ojos oscuros de dieciséis años. El ejemplo es peculiar.

—¡Y todo el mundo se quebró! —chilló Mapas, la espalda arqueada, los ojos muy abiertos, manchas de saliva roja en las mejillas—. Las rocas temblaron con sus pasos, y las piedras se alzaron hacia los cielos. ¡Morimos! ¡Morimos!

Sufrió un último espasmo, y la luz desapareció de sus ojos. Kaladin se echó atrás, la sangre escarlata pegajosa en sus manos, la daga que había utilizado como cuchillo quirúrgico resbaló de sus dedos y golpeó suavemente contra la piedra. El afable hombre yacía muerto sobre el pedregal de una meseta, una herida de flecha en su pecho abierta al aire, dividiendo la marca de nacimiento que decía que se parecía a Alezkar.

«Se los está llevando —pensó Kaladin—. Uno a uno. Los abre, los desangra. No somos más que bolsas que contienen sangre. Entonces morimos y corre sobre las piedras como las riadas de una

alta tormenta.»

«Hasta que solo quede yo. Siempre quedo yo.»

Una capa de piel, una capa de grasa, una capa de músculo, una capa de hueso. Eso eran los hombres.

La batalla continuaba al otro lado del abismo. Bien podría haber sido en otro reino, por la atención que nadie prestaba a los hombres de los puentes. Morir morir morir, y luego quitarte de en medio.

Los miembros del Puente Cuatro formaban un solemne círculo alrededor de Kaladin.

—¿Qué es lo que dijo al final? —preguntó Cikatriz—. ¿Las rocas temblaron?

—No fue nada —dijo el fornido Yake—. Solo delirios de moribundo. Pasa a veces.

—Más frecuentemente en los últimos tiempos, parece —dijo Teft. Se sujetaba un brazo donde había vendado rápidamente una herida de flecha. Las muertes de Mapas y de Arik los dejaban ahora solo con veintiséis miembros. Apenas era suficiente para cargar un puente. Su gran peso era notable, y tenían problemas para seguir el ritmo de las otras cuadrillas. Unas cuantas pérdidas más y tendrían serios problemas.

«Tendría que haber sido más rápido», pensó Kaladin, mirando a Mapas allí abierto, sus entrañas expuestas al sol para secarse. La flecha le había perforado un pulmón y se había alojado en su espina dorsal. ¿Podría haberlo salvado Lirin? Si Kaladin hubiera estudiado en Kharbranth como quería su padre, ¿habría aprendido lo bastante, habría sabido lo suficiente para impedir muertes como esta?

«Esto pasa a veces, hijo…»

Kaladin se llevó a la cara una mano ensangrentada para sujetarse la cabeza, consumido por los recuerdos. Una chica joven, una cabeza abierta, una pierna rota, un padre furioso.

Desesperación, odio, pérdida, frustración, horror. ¿Cómo podía nadie vivir así? ¿Ser cirujano, vivir sabiendo que serías demasiado débil para salvar a alguien? Cuando otros hombres fallaban, un campo de cosechas tenía gusanos. Cuando fallaba un cirujano, moría alguien.

«Tienes que aprender cuándo preocuparte…»

Como si pudiera elegir. Apartarlo, como se apaga una linterna.

Kaladin se inclinaba bajo el peso. «Tendría que haberlo salvado, tendría que haberlo salvado, tendría que haberlo salvado.»

Mapas, Dunny, Amark, Goshelk, Dallet, Nalma. Tien.

—Kaladin —oyó que decía la voz de Syl—. Sé fuerte.

—Si fuera fuerte, vivirían.

—Los otros hombres siguen necesitándote. Se lo prometiste, Kaladin. Hiciste un juramento.

Kaladin alzó la cabeza. Los hombres del puente parecían ansiosos y preocupados. Solo había ocho; Kaladin había enviado a los demás a buscar a hombres caídos de otras cuadrillas. Al principio encontraron a tres con heridas menores que Cikatriz podía cuidar. No había llegado ningún mensajero a buscarlo. O bien las cuadrillas no tenían más heridos, o esos heridos no podían ya recibir ninguna ayuda.

Tal vez debería haber ido a mirar, por si acaso. Pero, aturdido como estaba, no podía enfrentarse a otro moribundo a quien no pudiera salvar. Se puso en pie y se apartó del cadáver. Se acercó al abismo y se obligó a adoptar la vieja pose que le había enseñado Tukk.

Las piernas separadas, las manos a la espalda, los antebrazos sujetos. La espalda recta, mirando al frente. La familiaridad le dio fuerzas.

«Te equivocaste, padre —pensó—. Dijiste que aprendería a tratar con las muertes. Y sin embargo aquí estoy. Años después. El mismo problema.»

Los hombres del puente lo rodearon. Lopen se acercó con un odre de agua. Kaladin vaciló, luego lo aceptó y se lavó la cara y las manos. El agua cálida corrió por su piel, y luego trajo una agradecida frescura al evaporarse. Dejó escapar un profundo suspiro y asintió dando las gracias al bajo herdaziano.

Lopen alzó una ceja, y luego indicó la bolsa atada a su cintura. Había recuperado la nueva bolsa de esferas que habían clavado al puente con una flecha. Era la cuarta vez que lo hacían, y las habían recuperado todas sin incidentes.

—¿Tuviste algún problema?

—No, gancho —dijo Lopen, sonriendo de oreja a oreja—. Fácil como engañar a un comecuernos.

—Lo he oído —rezongó Roca, que estaba de pie en posición de descanso a poca distancia.

—¿Y la cuerda? —preguntó Kaladin.

—La dejé caer por el otro lado —respondió Lopen—. Pero no até el extremo a nada. Como dijiste.

—Bien —dijo Kaladin. Una cuerda colgando del puente habría sido demasiado obvia. Si Hashal o Gaz sospecharan lo que Kaladin estaba planeando…

«¿Y dónde está Gaz? —se preguntó—, ¿por qué no vino en esta carga?»

Lopen le entregó la bolsa de esferas, como si estuviera ansioso por librarse de la responsabilidad. Kaladin la aceptó y se la guardó en el bolsillo del pantalón.

Lopen se retiró, y Kaladin volvió a asumir su pose de descanso. La meseta al otro lado del abismo era larga y estrecha, con empinadas pendientes en los lados. Igual que en las últimas batallas, Dalinar Kholin ayudaba a las fuerzas de Sadeas. Siempre llegaba tarde. Tal vez le echaba la culpa a sus lentos puentes tirados por chulls. Muy conveniente. Sus hombres a menudo disfrutaban del lujo de cruzar sin el acoso de las flechas.

Sadeas y Dalinar ganaban más batallas de esta forma. No es que a los hombres de los puentes les importara.

Mucha gente moría al otro lado del abismo, pero Kaladin no sentía nada por ellos. No tenía ninguna ansiedad por curarlos, ningún deseo de ayudar. Kaladin podía darle a Kav las gracias por eso, por haberlo entrenado para pensar en términos de «ellos» y «nosotros». En cierto modo, Kaladin había aprendido lo que decía su padre. Erróneamente, pero era algo. Protegernos a «nosotros», destruirlos a «ellos». Un soldado tenía que pensar así. Por eso Kaladin odiaba a los parshendi. Eran el enemigo. Si no hubiera aprendido a dividir así su mente, la guerra lo habría destruido.

Tal vez lo había hecho de todas formas.

Mientras contemplaba la batalla, se concentró en una cosa en particular para distraerse. ¿Cómo trataban los parshendi a sus muertos? Sus acciones parecían irregulares. Los soldados parshendi rara vez molestaban a los muertos después de que cayeran; daban rodeos al atacar para evitar los cadáveres. Y cuando los alezi

marchaban sobre los muertos parshendi, creaban momentos de terrible conflicto.

¿Se daban cuenta los alezi? Probablemente, no. Pero él notaba que los parshendi reverenciaban a sus muertos, hasta el punto de que ponían en peligro sus vidas para preservar los cuerpos de los caídos. Kaladin podría usar eso. Lo usaría. De algún modo.

Los alezi acabaron por ganar la batalla. Poco después, Kaladin y su cuadrilla regresaban por la llanura, cargando su puente, con tres heridos atados a lo alto. Solo habían encontrado a esos tres, y en su interior una parte de Kaladin se sentía enferma mientras advertía que otra se alegraba. Ya había rescatado a unos quince hombres de otras cuadrillas, y eso estaba mermando sus recursos para alimentarlos, incluso con el dinero de las bolsas. Su barracón estaba repleto de heridos.

El Puente Cuatro llegó a un abismo, y Kaladin se dispuso a bajar su carga. Ya sabía el proceso de memoria. Bajar el puente, desatar rápidamente a los heridos, empujar el puente sobre el abismo. Kaladin comprobó a los tres heridos. Todos los hombres que rescataba de esta forma parecían divertidos por lo que hacía, aunque llevaba ya semanas en ello. Una vez satisfecho porque estaban bien, se dispuso a adoptar su pose de descanso mientras los soldados cruzaban.

El Puente Cuatro lo rodeó. Cada vez más, se ganaban miradas ceñudas de los soldados que cruzaban, tanto ojos claros como ojos oscuros.

—¿Por qué hacen eso? —preguntó Moash en voz baja mientras un soldado les arrojaba una fruta podrida cuando pasaban. Moash se apartó la pegajosa fruta roja de la cara, suspiró y volvió a adoptar su posición. Kaladin nunca les había pedido que lo imitaran, pero lo hacían siempre.

—Cuando luchaba en el ejército de Amaram —dijo Kaladin—, soñaba con unirme a las tropas de las Llanuras Quebradas. Todo el mundo sabía que los soldados que se quedaban en Alezkar eran los despojos. Imaginábamos a los soldados de verdad que luchaban en la gloriosa guerra para vengarnos de aquellos que habían matado a nuestro rey. Esos soldados tratarían a sus camaradas con justicia. Su disciplina sería firme. Todos serían expertos con la lanza, y no

romperían filas en el campo de batalla.

A su lado, Teft bufó en silencio.

Kaladin se volvió hacia Moash.

—¿Por qué nos tratan así, Moash? Porque saben que deberían ser mejores de lo que son. Porque ven disciplina en nosotros, y eso los avergüenza. En vez de mejorar, toman el camino más fácil y se burlan de nosotros.

—Los soldados de Dalinar Kholin no actúan así —dijo Cikatriz desde detrás de Kaladin—. Sus hombres marchan en filas rectas. Hay orden en su campamento. Si están de guardia, no dejan sus guerreras desabrochadas ni holgazanean.

«¿Es que nunca dejaré de oír hablar de ese Dalinar Kholin de la tormenta?», pensó Kaladin.

Hablaban así de Amaram. Qué fácil era ignorar un corazón ennegrecido si lo revestías con un uniforme planchado y una reputación de honestidad.

Varias horas más tarde, el sudoroso y agotado grupo de hombres subió la pendiente hasta el aserradero. Soltaron el puente en su lugar de atraque. Se estaba haciendo tarde; Kaladin tendría que comprar comida inmediatamente si querían tener suministros para el guiso de la noche. Se frotó las manos en su toalla mientras los miembros del Puente Cuatro se alineaban.

—Podéis retiraros el resto de la tarde —dijo—. Tenemos servicio de abismo mañana temprano. Las prácticas con el puente tendrán que pasar a la tarde.

Los hombres asintieron, y entonces Moash alzó una mano. Como un solo hombre, los hombres del puente levantaron sus manos y las cruzaron, las muñecas juntas, los puños cerrados. Tenía el aspecto de haber sido ensayado. Después de eso, se marcharon corriendo.

Mientras se guardaba la toalla en el cinturón, Kaladin alzó una ceja. Teft se quedó rezagado, sonriente.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Kaladin.

—Los hombres querían un saludo —respondió Teft—. No podemos usar el saludo militar normal…, no con los lanceros pensando que ya nos lo tenemos demasiado creído. Así que les enseñé el saludo de mi antiguo pelotón.

—¿Cuándo?

—Esta mañana. Cuando tú estabas recibiendo las órdenes del día de parte de Hashal.

Kaladin sonrió. Era extraño que todavía fuera capaz de hacerlo. Cerca, las otras quince cuadrillas que habían corrido hoy soltaron sus puentes, uno a uno. ¿El Puente Cuatro había sido alguna vez como ellos, con aquellas barbas hirsutas y esas expresiones acosadas? No hablaban entre ellos. Algunos miraron a Kaladin al pasar, pero bajaron la cabeza al ver que los estaba mirando. Habían dejado de tratar al Puente Cuatro con el desprecio de antes. Curiosamente, ahora parecían considerar a la cuadrilla de Kaladin como hacía todo el mundo en el campamento: como gente superior. Se apresuraron para evitar que los mirara.

«Pobres necios agotados», pensó Kaladin. ¿Podría persuadir a Hashal para que le dejara aceptar unos cuantos en el Puente Cuatro? Le vendría bien utilizar a nuevos hombres, y ver aquellas figuras encogidas le encogía el corazón.

—Conozco esa mirada, muchacho —dijo Teft—. ¿Por qué siempre tienes que ayudar a todo el mundo?

—Bah —dijo Kaladin—. Ni siquiera puedo proteger el Puente Cuatro. Trae, deja que te mire ese brazo.

—No es nada.

Kaladin le agarró el brazo de todas formas y retiró el vendaje manchado de sangre reseca. El corte era largo, pero poco profundo.

—Necesitamos antiséptico —dijo Kaladin, advirtiendo unos cuantos putrispren rojos reptando sobre la herida—. Probablemente debería coserlo.

—¡No es nada!

—Me da igual —dijo Kaladin, indicando a Teft que lo siguiera mientras se acercaba a uno de los barriles de lluvia que había en el aserradero. La herida era lo bastante poco profunda para que mañana, durante el servicio en el abismo, Teft pudiera mostrar a los demás a practicar golpes y paradas con la lanza. Pero eso no era ninguna excusa para dejar que se infectara.

En el barril, Kaladin lavó la herida, y luego llamó a Lopen, que estaba a la sombra tras el barracón, para que trajera su equipo médico. El herdaziano le dirigió de nuevo aquel saludo, aunque lo hizo con un solo brazo, y se marchó corriendo en busca del equipo.

—Bien, muchacho —dijo Teft—. ¿Cómo te sientes? ¿Alguna experiencia extraña últimamente?

Kaladin frunció el ceño y lo miró.

—¡Tormenta, Teft! Es la quinta vez en dos días que me preguntas lo mismo. ¿Adónde quieres ir a parar?

—¡No es nada, no es nada!

—Es algo. ¿Qué estás buscando, Teft? Yo…

—Gancho —dijo Lopen, acercándose con la mochila del equipo médico al hombro—. Aquí tienes.

Kaladin lo miró y aceptó reacio la mochila. Abrió los cordones.

—Tendremos que…

Un rápido movimiento por parte de Teft. Como si descargara un puñetazo.

Kaladin se movió por reflejo, inspirando profundamente y moviéndose a una pose defensiva, los brazos en alto, un puño cerrado, el otro atrás para bloquear.

Algo brotó en el interior de Kaladin. Como un profundo aliento inspirado, como un licor ardiente inyectado directamente en su sangre. Una poderosa oleada corrió por su cuerpo. Energía, fuerza, consciencia. Era como la alerta natural del cuerpo al peligro, solo que cien veces más intenso.

Kaladin detuvo el puño de Teft, moviéndose cegadoramente rápido. Teft se quedó inmóvil.

—¿Qué haces? —preguntó Kaladin.

Teft sonreía. Dio un paso atrás y liberó el puño.

—¡Kelek! —dijo, sacudiendo la mano—. Vaya fuerza que tienes.

—¿Por qué has intentado golpearme?

—Quería ver una cosa. Verás, tienes esa bolsa de esferas que te ha dado Lopen, y tu propia bolsa con lo que hemos recogido últimamente. Más luz tormentosa de la que probablemente has llevado jamás encima, al menos recientemente.

—¿Y qué tiene eso que ver con nada? —preguntó Kaladin. ¿Qué era ese calor en su interior, ese fuego en sus venas?

—Gancho —dijo Lopen con voz asombrada—. Estás brillando.

Kaladin frunció el ceño. «¿Qué está di…?»

Y entonces lo advirtió. Era muy leve, pero estaba allí, hililllos de humo luminiscente que brotaban de su piel. Como vapor surgiendo

de un cuenco de agua caliente en una fría noche de invierno.

Temblando, Kaladin dejó la mochila médica en el amplio borde del barril de agua. Sintió un momento de frialdad en la piel. ¿Qué era eso? Aturdido, alzó la otra mano y contempló los hilillos de luz que brotaban de allí.

—¿Qué me has hecho? —preguntó Kaladin, mirando a Teft. El otro hombre sonreía todavía—. ¡Respóndeme! —dijo, dando un paso adelante y agarrándolo por la pechera.

«¡Padre Tormenta, sí que me siento fuerte!»

—No he hecho nada, muchacho —respondió Teft—. Llevas así algún tiempo. Te vi filtrando luz tormentosa cuando estuviste enfermo.

Luz tormentosa. Kaladin soltó rápidamente a Teft y sacó la bolsita de esferas que guardaba en el bolsillo. La soltó y la abrió.

El interior estaba oscuro. Las cinco gemas se habían agotado. La luz blanca que brotaba de la piel de Kaladin iluminaba el interior de la bolsa.

—Eso sí que es curioso —dijo Lopen a un lado. Kaladin se volvió y encontró al herdaziano agachado y mirando la mochila médica. ¿Por qué era eso tan importante?

Entonces lo vio. Creía haber dejado la mochila en el borde del barril, pero en su prisa la había dejado en un lado. La mochila estaba pegada a la madera, colgando como de un gancho invisible. Filtrando levemente luz, igual que Kaladin. Mientras miraban, la luz se desvaneció, y la mochila se soltó y cayó al suelo.

Kaladin se llevó una mano a la frente, pasando la mirada del sorprendido Lopen al curioso Teft. Acto seguido miró frenético alrededor. No había nadie más; a la luz del sol, los vapores era demasiado débiles para poder verlos desde lejos.

«Padre Tormenta…, qué…, cómo…»

Vio una forma familiar en lo alto. Syl se movía como una hoja soplada por el viento, a un lado y a otro, caprichosamente, ligera.

«¡Es cosa de ella! —pensó Kaladin—. ¿Qué me ha hecho?»

Se apartó de Lopen y Teft y corrió hacia Syl. Sus piernas lo impulsaron con demasiada velocidad.

—¡Syl! —gritó, deteniéndose bajo ella.

Syl se detuvo y flotó encima de él, cambiando de forma a joven

de pie en el aire.

—¿Sí?

Kaladin miró alrededor.

—Ven conmigo —dijo, corriendo hacia uno de los callejones entre los barracones. Se apretó contra una pared, a la sombra, inspirando y espirando. Aquí no podía verlo nadie.

Syl flotaba ante él, las manos a la espalda, mirándolo con atención.

—Estás brillando.

—¿Qué me has hecho?

Ella ladeó la cabeza y luego se encogió de hombros.

—Syl… —dijo él, amenazante, aunque no estaba seguro de qué daño podía hacerle a un spren.

—No lo sé, Kaladin —respondió ella con sinceridad, sentándose, las piernas colgando por el borde de una plataforma invisible—. Yo puedo…, yo solo puedo recordar levemente cosas que antes conocía bien. Este mundo, relacionarme con los hombres…

—Pero hiciste algo.

—Hemos hecho algo. No fui yo. No fuiste tú. Pero juntos… —volvió a encogerse de hombros.

—Eso no sirve de mucha ayuda.

Ella hizo una mueca.

—Lo sé. Lo siento.

Kaladin alzó una mano. A la sombra, la luz que brotaba de él resultaba más evidente. Si alguien pasaba por allí…

—¿Cómo me libro de esto?

—¿Por qué quieres librarte de nada?

—Bueno, porque…, yo… Porque sí.

Syl no respondió.

A Kaladin entonces se le ocurrió algo. Algo, quizá, que tendría que haber preguntado hacía mucho.

—No eres un vientospren ¿verdad?

Ella vaciló, pero luego negó con la cabeza.

—No.

—¿Qué eres, entonces?

—No lo sé. Uno…, cosas.

Une cosas. Cuando gastaba bromas, hacía que las cosas se

pegaran entre sí. Zapatos pegados al suelo que hacían tropezar a los hombres. Personas que echaban mano a sus chaquetas colgadas y no podían soltarlas. Kaladin extendió una mano y cogió una piedra del suelo. Era tan grande como su palma, desgastada por los vientos y la lluvia de las altas tormentas. La puso contra la pared del barracón y deseó que su luz pasara a la piedra.

Sintió un escalofrío. La roca empezó a llenarse de vapores luminiscentes. Cuando Kaladin retiró la mano, la piedra permaneció donde estaba, aferrada al lado del edificio.

Kaladin se acercó y observó. Le pareció que podía distinguir diminutos spren, azul oscuro y con forma de pequeñas manchas de tinta, apilados alrededor del lugar donde la piedra conectaba con la pared.

—Unespren —dijo Syl, caminando junto a su cabeza. Seguía de pie en el aire.

—Sujetan la piedra en su sitio.

—Tal vez. O tal vez se sienten atraídos por lo que has hecho al poner la piedra ahí.

—No es así como funciona, ¿no?

—¿Causan los putrispren la enfermedad, o se sienten atraídos por ella? —preguntó ella, abstraída.

—Todo el mundo sabe que la causan.

—¿Y los vientospren causan el viento? ¿Los lluviaspren causan la lluvia? ¿Los llamaspren causan el fuego?

Él vaciló. No, no lo hacían. ¿No?

—Esto no tiene sentido. Tengo que averiguar cómo librarme de esta luz, no estudiarla.

—¿Y por qué tienes que librarte de ella? —repitió Syl—. Kaladin, has oído las historias. Hombres que caminaban por las paredes, hombres que unían a ellos las tormentas. Correvientos. ¿Por qué querrías deshacerte de algo así?

Kaladin se esforzó por definirlo. La curación, la forma en que nunca resultaba herido, correr delante del puente… Sí, sabía que algo extraño estaba pasando. ¿Por qué lo asustaba tanto? ¿Era porque temía quedarse apartado, como estaba siempre su padre como cirujano de Piedralar? ¿O se trataba de algo más grande?

—Estoy haciendo lo que hacían los Radiantes —dijo él.

—Es lo que acabo de decir.

—Me estaba preguntando si tengo mala suerte, o si me he topado con algo parecido a la Antigua Magia. ¡Tal vez eso lo explique! El Todopoderoso maldijo a los Radiantes Perdidos por traicionar a la humanidad. ¿Y si yo también estoy maldito, por lo que estoy haciendo?

—Kaladin, no estás maldito.

—Acabas de decir que no sabes lo que está pasando.

Caminó de un lado a otro del callejón. En la pared, la piedra finalmente se soltó y cayó al suelo.

—¿Puedes decir, con toda certeza, que lo que estoy haciendo puede no haber atraído la mala suerte sobre mí? ¿Sabes lo suficiente para negarlo por completo, Syl?

Ella permaneció de pie en el aire, cruzada de brazos, sin decir nada.

—Esta…, cosa —dijo Kaladin, señalando la piedra—. No es natural. Los Radiantes traicionaron a la humanidad. Sus poderes los dejaron, y fueron maldecidos. Todo el mundo conoce las leyendas —se miró las manos, todavía brillantes, aunque más débilmente que antes—. Sea lo que sea que hayamos hecho, sea lo que sea que me haya pasado, de algún modo he atraído sobre mí la misma maldición. Por eso todos los que están a mi alrededor mueren cuando intento ayudarlos.

—¿Y crees que eso es una maldición?

—Yo… Bueno, tú has dicho que eres parte de ella, y…

Syl avanzó, señalándolo, una mujer diminuta y airada flotando en el aire.

—¿Así que crees que yo he causado todo esto? ¿Tus fracasos? ¿Las muertes?

Kaladin no respondió. Casi de inmediato advirtió que el silencio podía ser la peor respuesta. Syl, sorprendentemente humana en sus emociones, giró en el aire con expresión herida y se marchó, formando un lazo de luz.

«Estoy exagerando», se dijo. Estaba muy perturbado. Se apoyó contra la pared, la mano en la cabeza. Antes de tener tiempo de poner en orden sus pensamientos, unas sombras oscurecieron la entrada al callejón. Teft y Lopen.

—¡Rocas parlantes! —dijo Lopen—. Sí que brillas en la oscuridad, gancho.

Teft agarró a Kaladin por el hombro.

—No se lo va a decir a nadie, muchacho. Me aseguraré de ello.

—Sí, gancho. Juro que no diré nada. Puedes confiar en los herdazianos.

Kaladin los miró a los dos, abrumado. Pasó junto a ellos, salió del callejón y cruzó el patio, huyendo de sus miradas curiosas.

Para cuando anocheció, la luz había dejado de fluir del cuerpo de Kaladin. Se había difuminado como un fuego apagado, y solo tardó unos minutos en desvanecerse.

Kaladin caminaba hacia el sur por el borde de las Llanuras Quebradas, en esa zona de transición entre los campamentos y las Llanuras mismas. En algunas zonas, como el punto de encuentro cerca del aserradero de Sadeas, había una suave pendiente. En otros había un leve risco, de unos tres metros de alto. Pasaba por uno de ellos ahora, las rocas a la derecha, las Llanuras despejadas a la izquierda.

Huecos, grietas y hendiduras salpicaban la roca. Algunas secciones en sombras ocultaban todavía charcos de agua de las últimas altas tormentas. Las criaturas todavía correteaban sobre las rocas, aunque el frío aire nocturno pronto las llevaría a ocultarse. Pasó junto a un lugar picoteado de pequeños agujeros llenos de agua; cremlinos de muchas patas y diminutas pinzas, sus cuerpos alargados recubiertos por un caparazón, lamían y se alimentaban en los bordes. Un pequeño tentáculo se disparó, agarrando algo dentro del agujero. Posiblemente una lapa.

La hierba crecía a este lado del risco, y las hojas asomaban de sus agujeros. Puñados de dedosdemusgo brotaban como flores entre el verde. Sus brillantes zarcillos rosas y púrpuras parecían tentáculos que se agitaban al viento. Cuando Kaladin pasó, la tímida hierba se retiró, pero los dedosdemusgo eran más osados. Solo se metían dentro de sus conchas si golpeaba la roca cerca de ellos.

Sobre él, en el risco, unos cuantos guardias vigilaban las Llanuras Quebradas. Esta zona no pertenecía a ningún alto príncipe concreto, y los guardias ignoraron a Kaladin. Solo lo detendrían si

intentaba salir de los campamentos por el sur o por el norte.

Ninguno de los hombres del puente lo siguió. No estaba seguro de qué les habría contado Teft. Tal vez les había dicho que estaba afectado por la muerte de Mapas.

Era extraño estar solo. Desde que Amaram lo traicionó y lo convirtió en esclavo, siempre había estado en compañía de otros. Esclavos con quienes había hecho planes. Hombres de los puentes con los que había trabajado. Soldados que lo custodiaban, amos de esclavos que le daban palizas, amigos que dependían de él. La última vez que estuvo solo fue aquella noche en que permaneció atado para que lo matara la alta tormenta.

«No. No estaba solo aquella noche. Syl estaba allí.» Bajó la cabeza y dejó atrás las pequeñas grietas en el terreno a su izquierda. Esas líneas acababan en los abismos a medida que se dirigían hacia el este.

¿Qué le estaba pasando? No eran delirios suyos. Teft y Lopen lo habían visto también. De hecho, Teft parecía esperarlo.

Kaladin debería de haber muerto durante aquella alta tormenta. Y sin embargo estaba consciente y caminando poco después. Sus costillas debían de estar todavía heridas, pero no le dolían desde hacía semanas. Sus esferas, y las de los otros hombres del puente que estaban cerca de él, agotaban continuamente su luz tormentosa.

¿Lo había cambiado la alta tormenta? Pero no, había descubierto esferas agotadas antes de que lo colgaran para morir. Y Syl…, había admitido su responsabilidad en algunas cosas que habían sucedido. Esto venía sucediendo desde hacía mucho tiempo.

Se detuvo a descansar junto a una formación rocosa, haciendo que la hierba se encogiera. Miró hacia el este, más allá de las Llanuras Quebradas. Su hogar. Su sepulcro. Esta vida aquí lo estaba destrozando. Los hombres del puente se miraban en él, lo consideraban su líder, su salvador. Pero Kaladin sentía grietas interiores, como las grietas de la piedra en las lindes de las Llanuras.

Esas grietas se estaban agrandando. Seguía haciéndose promesas a sí mismo, como el hombre que corre una larga distancia sin que le quede ya energía. Solo un poco más lejos. Corre hasta la siguiente colina. Entonces podrás detenerte. Diminutas fracturas, fisuras en la

piedra.

«He hecho bien en venir aquí —pensó—. Somos iguales tú y yo. Soy como tú.» ¿Qué es lo que habría quebrado las Llanuras en primer lugar? ¿Algún tipo de peso grande?

Una melodía empezó a sonar en la distancia, transmitiéndose por las Llanuras. Kaladin dio un respingo al escucharla. Era tan inesperada, tan fuera de lugar, que resultaba inquietante a pesar de su suavidad.

Los sonidos llegaban de las Llanuras. Vacilante, pero incapaz de resistirse, Kaladin echó a andar. Hacia el este, hacia la plana roca batida por los vientos. Los sonidos se fueron haciendo más fuertes a medida que caminaba, pero seguían siendo fantasmales, elusivos. Una flauta, aunque de tono más bajo que la mayoría que había oído.

Al acercarse, olió a humo. Un fuego ardía allí. Una hoguera diminuta.

Kaladin se acercó al borde de esa península, un abismo que crecía de las grietas hasta perderse en la oscuridad. En la misma punta de la península, rodeado en tres lados por un abismo, Kaladin encontró a un hombre sentado en un peñasco, vestido con un uniforme negro de ojos claros. Delante de él ardía un pequeño fuego en la concha de un rocapullo. El hombre tenía el pelo corto y negro, el rostro anguloso. A la cintura llevaba una fina espada en una vaina negra.

Los ojos del hombre eran azul claro. Kaladin nunca había visto a un hombre ojos claros tocar la flauta. ¿No consideraban la música una empresa femenina? Los hombres ojos claros cantaban, pero no tocaban instrumentos a menos que fueran fervorosos.

Este hombre tenía gran talento. La melodía que tocaba era extraña, casi irreal, como algo surgido de otro lugar y otro tiempo. Hacía eco en el abismo y volvía; casi parecía que el hombre estuviera tocando un dueto consigo mismo.

Kaladin se detuvo a corta distancia, advirtiendo que lo último que quería era tratar con un brillante señor, sobre todo con uno tan excéntrico como para vestir de negro y perderse en las Llanuras Quebradas para practicar la flauta. Kaladin dio media vuelta para marcharse.

La música cesó. Kaladin se detuvo.

—Siempre me preocupa que se me olvide tocarla —dijo una suave voz a sus espaldas—. Es una tontería, lo sé, considerando el tiempo que llevo practicando. Pero hoy en día apenas le prestó la atención que se merece.

Kaladin se volvió hacia el desconocido. Su flauta estaba tallada en madera oscura, casi negra. El instrumento parecía demasiado ordinario para pertenecer a un ojos claros, pero el hombre lo sostenía en las manos con reverencia.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Kaladin.

—Estoy sentado. De vez en cuando toco.

—Quiero decir ¿por qué estás aquí?

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó el hombre, bajando la flauta, echándose atrás y relajándose—. ¿Por qué estamos todos aquí? Es una pregunta bastante profunda para un primer encuentro, hombre del puente. Generalmente prefiero las presentaciones antes de la teología. Y el almuerzo, también, si puedo encontrarlo. Tal vez una buena siesta. De hecho, cualquier cosa debería venir antes que la teología. Pero sobre todo las presentaciones.

—Muy bien —dijo Kaladin—. ¿Y tú…?

—Estoy sentado. Y ocasionalmente juego…, con las mentes de los hombres de los puentes.

Kaladin se ruborizó y dio media vuelta para marcharse. Que el necio ojos claros dijera, e hiciera, lo que quisiese. Kaladin tenía que pensar en las decisiones difíciles que debía tomar.

—Bueno, pues buen viaje —dijo el ojos claros desde atrás—. Me alegro de que te vayas. No te querría demasiado cerca. Estoy muy apegado a mi luz tormentosa.

Kaladin se detuvo. Entonces giró sobre sus talones.

—¿Qué?

—Mis esferas —dijo el extraño hombre, alzando lo que parecía ser un broam de esmeralda plenamente infuso—. Todo el mundo sabe que los hombres de los puentes son ladrones, o al menos mendigos.

Naturalmente. Se refería a las esferas. No sabía de la…, aflicción de Kaladin. ¿No? Los ojos del hombre chispearon como si acabara de gastar una gran broma.

—No te sientas insultado porque te llamen ladrón —dijo el hombre, alzando un dedo. Kaladin frunció el ceño. ¿Dónde había ido a parar la esfera? La tenía en esa mano—. Lo decía como un cumplido.

—¿Un cumplido? ¿Llamar ladrón a alguien?

—Por supuesto. Yo mismo soy un ladrón.

—¿Ah, sí? ¿Y qué robas?

—Orgullo —respondió el hombre, inclinándose hacia delante—. Y ocasionalmente aburrimiento, si puedo enorgullecerme de ello. Soy el sagaz del rey. O lo era hasta hace poco. Creo que probablemente pronto perderé el título.

—¿El qué del rey?

—Sagaz. Mi trabajo es ser ingenioso.

—Decir cosas confusas no es lo mismo que ser ingenioso.

—Ah —dijo el hombre, los ojos chispeando—. Ya demuestras más sabiduría que muchos de los que he conocido últimamente. ¿Qué es ser ingenioso, entonces?

—Decir cosas inteligentes.

—¿Y qué es la inteligencia?

—Yo… —¿Por qué estaba teniendo esta conversación?—. Supongo que la capacidad de decir y hacer las cosas adecuadas en el momento adecuado.

El sagaz del rey ladeó la cabeza, luego sonrió. Finalmente, le tendió la mano a Kaladin.

—¿Y cuál es tu nombre, mi reflexivo hombre del puente?

Kaladin, vacilante, alzó su propia mano.

—Kaladin. ¿Y el tuyo?

—Tengo muchos —el hombre le estrechó la mano—. Empecé la vida como una idea, un concepto, palabras en una página. Es otra cosa que robé. A mí mismo. En otra ocasión, me pusieron el nombre de una piedra.

—Uno bonito, espero.

—Precioso. Y un nombre que ha perdido por completo valor por haberlo llevado yo.

—Bueno, ¿cómo te llaman ahora?

—Muchas cosas, y solo algunas de ellas agradables. Casi todas ciertas, por desgracia. Tú, sin embargo, puedes llamarme Hoid.

—¿Tu nombre?

—No. El nombre de alguien a quien debería haber amado. Una vez más, es algo que robé. Es lo que hacemos los ladrones.

Miró hacia el este, sobre las Llanuras que oscurecían rápidamente. El pequeño fuego que ardía junto al peñasco de Hoid proyectaba una luz furtiva, roja por las brasas titilantes.

—Bueno, ha sido un placer conocerte —dijo Kaladin—. Seguiré mi camino…

—No antes de que te dé algo —Hoid recogió su flauta—. Espera, por favor.

Kaladin suspiró. Tenía la sensación de que este extraño hombre no iba a dejarlo escapar hasta que hubiera terminado.

—Es una flauta de caminante —dijo Hoid, contemplando la madera oscura—. La utilizan los cuentacuentos, y las tocan mientras cuentan una historia.

—Quieres decir para acompañar a un cuentacuentos. Alguien más la toca mientras él habla.

—De hecho, quería decir lo que he dicho.

—¿Cómo puede un hombre contar una historia mientras toca la flauta?

Hoid alzó una ceja, luego se llevó la flauta a los labios. La tocaba de forma diferente a las flautas que Kaladin había visto: en vez de sostenerla delante, la tocaba de lado. Probó unas cuantas notas. Tenían el mismo tono melancólico que Kaladin había oído antes.

—Esta historia es sobre Derethil y el *Vela Errante*.

Empezó a tocar. Las notas eran más rápidas, más afiladas, que las que había tocado antes. Casi parecían atropellarse unas encima de otras, surgiendo de la flauta como niños que corren por ser el primero. Eran hermosas y nítidas, subían y bajaban en la escala, intrincadas como una alfombra tejida.

Kaladin se sintió transfigurado. La tonada era potente, casi exigente. Como si cada nota fuera un gancho tendido para aferrarse a su carne y atraerlo.

Hoid se detuvo bruscamente, pero las notas continuaron resonando en el abismo, volviendo mientras hablaba.

—Derethil es bien conocido en algunas tierras, aunque lo he

oído mencionar menos aquí en el este. Fue rey durante los días de sombras, la época antes de la memoria. Un hombre poderoso. Comandante de miles, líder de decenas de miles. Alto, regio, bendito con piel clara y ojos aún más claros. Un hombre a envidiar.

Justo cuando los ecos empezaron a apagarse abajo, Hoid empezó a tocar de nuevo, recogiendo el ritmo. Pareció continuar justo donde el eco de las notas se hacía más suave, como si nunca hubiera habido una pausa en la música. Las notas se volvieron más suaves, sugiriendo a un rey que caminara por la corte con sus ayudantes. Mientras Hoid tocaba, los ojos cerrados, se inclinó hacia el fuego. El aire que soplaba en la flauta avivó el humo, agitándolo.

La música se hizo más suave. El humo giró, y a Kaladin le pareció que podía distinguir el rostro de un hombre en las pautas del humo, un hombre de barbilla puntiaguda y altos pómulos. No estaba realmente allí, por supuesto. Era solo imaginación. La sobrecogedora canción y el humo al girar parecían animar su imaginación.

—Derethil combatió a los Vaciadores durante los días de los Heraldos y los Radiantes —dijo Hoid, los ojos todavía cerrados, la flauta bajo sus labios, la canción resonando en el abismo como si acompañara sus palabras—. Cuando por fin hubo paz, descubrió que no estaba contento. Sus ojos siempre se volvían al oeste, hacia el gran mar abierto. Mandó construir el barco más hermoso que los hombres habían conocido jamás, un majestuoso bajel que haría lo que ninguno se había atrevido a hacer jamás: surcar los mares durante una alta tormenta.

Los ecos se apagaron, y Hoid empezó a tocar de nuevo, como alternándose con un compañero invisible. El humo giraba, alzándose en el aire, retorciéndose en el viento del aliento de Hoid. Y Kaladin casi pensó que podía ver un enorme barco en un astillero, con una vela tan grande como un edificio, asegurada a una quilla como una flecha. La melodía se volvió rápida y entrecortada, como para imitar los sonidos de los martillos resonando y las sierras deslizándose.

—El objetivo de Derethil —dijo Hoid tras detenerse— era buscar el origen de los Vaciadores, el lugar donde habían sido engendrados. Muchos lo llamaron necio, pero no pudieron

disuadirlo. Llamó al navío *Vela Errante* y reunió una tripulación de los más valientes marineros. Luego, un día que se avecinaba una alta tormenta, el barco zarpó. Enfiló hacia el océano, la vela desplegada, como brazos abiertos a los vientos…

Hoid se llevó la flauta a los labios en un segundo y agitó el fuego lanzando con el pie un trozo de concha de rocapullo. Chispas llameantes se alzaron al aire y el humo aumentó, girando mientras Hoid bajaba la cabeza y apuntaba al humo con los agujeros de la flauta. La canción se volvió violenta, tempestuosa, las notas caían inesperadamente y trepidaban con rápidas ondulaciones. Las escalas llegaron a lo más agudo, donde se extendieron en el aire.

Y Kaladin lo vio en su mente. El enorme barco empequeñecido de pronto ante el espantoso poder de la alta tormenta. Sacudido, lanzado al mar infinito. ¿Qué deseaba o esperaba encontrar Derethil? Una alta tormenta en tierra era ya terrible. ¿Pero en el mar?

Los sonidos rebotaron en las paredes de abajo. Kaladin se encogió, contemplando el humo que giraba y las llamas que se alzaban. Veía el diminuto navío capturado y atrapado dentro de un furioso remolino.

Al cabo de un rato, la música de Hoid se hizo más lenta, y los violentos ecos se difuminaron, dejando lugar a una canción mucho más suave. Como olas lamiendo.

—El *Vela Errante* casi fue destruido al encallar, pero Derethil y la mayoría de sus marineros sobrevivieron. Se encontraron en un anillo de pequeñas islas que rodeaban un enorme remolino, donde, se dice, se vacía el océano. Derethil y sus hombres fueron recibidos por un extraño pueblo de largos cuerpos flexibles que llevaban ropas de un solo color y conchas en el pelo como no hay ninguna otra en Roshar.

»Este pueblo recogió a los supervivientes, les dio de comer, y los cuidó hasta que recuperaron la salud. Durante sus semanas de convalecencia, Derethil estudió a esas extrañas gentes, que se llamaban a sí mismas los uvara, el pueblo del Gran Abismo. Llevaban vidas curiosas. Contrariamente a los demás pueblos de Roshar, que pelean continuamente, los uvara siempre parecían ponerse de acuerdo. Desde la infancia, no había preguntas. Todos

cumplían con su deber.

Hoid comenzó a tocar de nuevo, dejando que el humo se alzara libremente. A Kaladin le pareció ver en él gente, industriosa, siempre trabajando. Un edificio se alzaba entre ellos con una figura en una ventana, Derethil, mirando. La música era calmada, curiosa.

—Un día —dijo Hoid—, mientras Derethil y sus hombres entrenaban para recuperar fuerzas, una joven criada les trajo unos refrescos. Tropezó con una piedra irregular, dejó caer las copas al suelo y las rompió. En un abrir y cerrar de ojos, los otros uvara se lanzaron sobre la desdichada muchacha y la mataron de una forma brutal. Derethil y sus hombres se quedaron tan anonadados que cuando fueron capaces de reaccionar la muchacha ya estaba muerta. Furioso, Derethil exigió saber la causa de tan injustificado asesinato. Una de las otras nativas le explicó: «Nuestro emperador no tolera el fracaso.»

La música empezó de nuevo, lastimera, y Kaladin se estremeció. Fue testigo de cómo la chica era apedreada hasta la muerte, y la orgullosa forma de Derethil alzándose sobre su cuerpo caído.

Kaladin conocía esa pena. La pena del fracaso, de dejar que alguien muriera cuando él debería haber podido hacer algo. Tanta gente que amaba había muerto…

Ahora tenía un motivo para eso. Había atraído la ira de los Heraldos y el Todopoderoso. Tenía que ser eso, ¿no?

Sabía que debería volver al Puente Cuatro. Pero no podía moverse. Se aferró a las palabras del Cuentacuentos.

—A medida que Derethil empezó a prestar más atención —dijo Hoid, su música resonando suavemente para acompañarlo—, vio otros asesinatos. Estos uvara, el pueblo del Gran Abismo, practicaban una crueldad sorprendente. Si uno de sus miembros hacía algo mal, algo ligeramente inconveniente o desfavorable, los demás lo mataban. Cada vez que Derethil preguntaba, su cuidadora le daba la misma respuesta: «Nuestro emperador no tolera el fracaso.»

El eco de la música se desvanecía, pero una vez más Hoid alzó su flauta justo cuando ya era demasiado débil para oírla. La melodía se volvió solemne. Y sin embargo estaba cargada de misterio, ocasionalmente de rápidos estallidos que apuntaban a secretos.

Kaladin frunció el ceño mientras veía el humo girar, formando lo que parecía ser una torre. Alta, fina, con una estructura abierta en la cúspide.

—El emperador, descubrió Derethil, residía en la torre de la costa oriental de la isla más grande de los uvara.

Kaladin sintió un escalofrío. Las imágenes en el humo eran solo producto de su mente que se iban añadiendo a la historia, ¿no?

¿Había visto de verdad una torre antes de que Hoid la mencionara?

—Derethil decidió que tenía que enfrentarse al cruel emperador. ¿Qué clase de monstruo exigiría que un pueblo tan claramente pacífico matara con tanta frecuencia y de manera tan terrible? Derethil reunió a sus marineros, un grupo heroico, y se armaron. Los uvara no trataron de detenerlos, aunque vieron con temor que unos extranjeros asaltaran la torre del emperador.

Hoid guardó silencio, y no volvió a su flauta. Dejó que la música resonara en el abismo. Pareció extenderse esta vez. Largas, siniestras notas.

—Derethil y sus hombres salieron de la torre poco después, llevando un cadáver reseco ataviado con hermosas túnicas y joyas. «¿Es este vuestro emperador? —preguntó Derethil—. Lo encontramos en la habitación más alta, solo.» Parecía que el hombre llevaba años muerto, pero nadie se había atrevido a entrar en su torre. Le tenían demasiado miedo.

«Cuando le mostró el cadáver a los uvara, estos empezaron a gemir y a llorar. La isla entera se hundió en el caos, ya que los uvara empezaron a quemar casas, a alborotar las calles o a caer de rodillas atormentados. Sorprendidos y confusos, Derethil y sus hombres corrieron hacia los astilleros uvara, donde estaban reparando el *Vela Errante*. Su guía y cuidadora se reunió con ellos, y les suplicó poder acompañarlos en su huida. Así fue como Nafti se unió a la tripulación.

»Derethil y sus hombres zarparon, y aunque los vientos eran suaves, consiguieron rodear el remolino, usando el impulso para escapar de las islas. Mucho después de partir, pudieron ver el humo alzándose en aquellas tierras ostensiblemente pacíficas. Se reunieron a contemplarlo en la cubierta, y Derethil le preguntó a

Nafti el motivo de aquellas terribles algaradas.

Hoid guardó silencio, dejando que sus palabras se alzaran con el extraño humo, perdidas en la noche.

—¿Y bien? —preguntó Kaladin—. ¿Cuál fue su respuesta?

—Envolviéndose en una manta y contemplando con ojos doloridos sus tierras, ella respondió: «¿No lo ves, Viajero? Si el emperador está muerto, y lleva muerto todos estos años, entonces los asesinatos que cometimos no son responsabilidad suya. Es nuestra responsabilidad.»

Kaladin se echó hacia atrás. El tono burlesco y juguetón que Hoid había empleado antes había desaparecido. No más bromas. No más palabras capciosas con intención de confundir. Esta historia había surgido de dentro de su corazón, y Kaladin descubrió que no podía hablar. Tan solo se quedó allí sentado, pensando en aquella isla y las terribles cosas que se habían hecho.

—Creo… —respondió por fin, lamiéndose los labios resecos—, creo que eso es inteligencia. —Hoid alzó una ceja—. Poder recordar una historia como esa —dijo Kaladin—, y contarla con tanto cuidado.

—Cuidado con lo que dices —respondió Hoid, sonriendo—, si lo que necesitas para describir la inteligencia es una buena historia, entonces me quedaré sin trabajo.

—¿No has dicho que te habías quedado sin trabajo?

—Cierto. El rey se ha quedado sin sagaz. Me pregunto qué será de él.

—Um… ¿Estará «desagazado»?

—Le diré que lo has dicho tú —advirtió Hoid, los ojos chispeando—. Pero creo que es inadecuado. Puedes tener un sagaz, pero no un desagaz. ¿Qué es la sagacidad?

—No lo sé. ¿Una especie de spren en tu cabeza, tal vez, que te hace pensar?

Hoid ladeó la cabeza, luego se echó a reír.

—Bueno, supongo que es una explicación tan buena como cualquier otra.

Se levantó y se puso a sacudirse los oscuros pantalones.

—¿Es verdad esa historia? —preguntó Kaladin, levantándose también.

—Tal vez.

—¿Pero cómo podemos saberlo? ¿Regresaron Derethil y sus hombres?

—Algunas historias dicen que sí.

—¿Pero cómo pudieron hacerlo? Las altas tormentas solo soplan en una dirección.

—Entonces supongo que la historia es mentira.

—No he dicho eso.

—No, lo he dicho yo. Afortunadamente, es el mejor tipo de mentira.

—¿Y qué tipo es ese?

—Bueno, el tipo de las que yo cuento, por supuesto.

Hoid se echó a reír, apagó el fuego a patadas, aplastando las últimas brasas con el talón. No parecía que hubiera suficiente combustible para crear el humo que Kaladin había visto.

—¿Qué le has echado al fuego? —preguntó Kaladin—. Para hacer ese humo especial.

—Nada. Era un fuego corriente.

—Pero vi…

—Lo que viste te pertenece a ti. Una historia no vive hasta que es imaginada en la mente de alguien.

—¿Qué significa la historia, entonces? —preguntó Kaladin.

—Significa lo que tú quieras que signifique —dijo Hoid—. El propósito del cuentacuentos no es decirte cómo pensar, sino plantearte dudas que te hagan reflexionar. Demasiado a menudo, lo olvidamos.

Kaladin frunció el ceño y miró al oeste, hacia los campamentos. Ahora estaban iluminados con esferas, linternas y velas.

—Significa aceptar la responsabilidad —dijo—. Los uvara eran felices matando y asesinando, mientras pudieran echarle la culpa al emperador. No mostraron pesar hasta que descubrieron que no había nadie que aceptara la responsabilidad.

—Esa es una interpretación —dijo Hoid—. Bastante buena, por cierto. ¿De qué no quieres aceptar tú la responsabilidad?

Kaladin se sobresaltó.

—¿Qué?

—La gente ve en las historias lo que anda buscando, mi joven

amigo. —Hoid buscó detrás de su peñasco, sacó una mochila y se la echó al hombro—. No tengo respuestas para ti. La mayor parte de los días, siento que nunca he tenido ninguna respuesta. Vine a tu tierra buscando a un antiguo conocido, pero en cambio acabo ocultándome de él casi todo el tiempo.

—Has dicho…, sobre la responsabilidad y yo…

—Solo un comentario tonto, nada más. —Le puso una mano en el hombro—. Mis comentarios son a menudo tontos. Nunca puedo conseguir que hagan nada sólido. Si así fuera podría conseguir que mis palabras cargaran piedras. Eso sería digno de ver. —Tendió la flauta de madera oscura—. Toma. La he llevado más tiempo del que podrías creer, si fuera a decirte la verdad. Quédatela.

—¡Pero si no sé cómo tocarla!

—Entonces aprende —dijo Hoid, apretando la flauta en la mano de Kaladin—. Cuando puedas hacer que la música te responda, entonces la habrás dominado. —Se dispuso a marcharse—. Y ten cuidado con ese maldito aprendiz mío. Tendría que haberme hecho saber que sigue vivo todavía. Tal vez temía que viniera a rescatarlo de nuevo.

—¿Aprendiz?

—Dile que lo gradúo —dijo Hoid, sin dejar de caminar—. Ahora es un cantamundos pleno. No dejes que lo maten. He pasado mucho tiempo intentando meter algo de sentido en ese cerebro suyo.

«Sigzil», pensó Kaladin.

—Le daré la flauta —exclamó.

—No, nada de eso —dijo Hoid, volviéndose y caminando de espaldas mientras se alejaba—. Es un regalo para ti, Kaladin Benditormenta. ¡Espero que puedas tocarla conmigo la próxima vez que nos veamos!

Y con eso el cuentacuentos dio media vuelta y echó a correr en dirección a los campamentos. No obstante, no entró en ellos. Su figura en sombras se encaminó al sur, como si pretendiera dejarlos atrás. ¿Adónde se dirigía?

Kaladin miró la flauta en sus manos. Era más pesada de lo que esperaba. ¿Qué clase de madera era esa? La acarició, pensando.

—No me gusta —dijo Syl de pronto, desde atrás—. Es extraño.

Kaladin se volvió y la encontró en el peñasco, sentada en el sitio

donde estaba Hoid un momento antes.

—¡Syl! ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Ella se encogió de hombros.

—Estabas contemplando la historia. No quise interrumpir. —Estaba sentada con las manos sobre el regazo, con aspecto incómodo.

—Syl…

—Estoy detrás de lo que te está pasando —dijo ella, en voz baja—. Lo estoy haciendo. —Kaladin frunció el ceño y avanzó un paso—. Somos los dos —agregó ella—. Pero sin mí, nada cambiaría en ti. Estoy…, tomando algo de ti. Y te doy algo a cambio. Así es como solía funcionar, aunque no recuerdo cómo ni cuándo. Solo sé que era.

—Yo…

—Calla. Estoy hablando yo.

—Lo siento.

—Estoy dispuesta a pararlo, si quieres —dijo—. Pero yo volvería a ser lo que era antes. Eso me da miedo. Flotar con el viento, sin recordar nunca nada más que unos minutos. Puedo pensar de nuevo por este lazo que hay entre nosotros, por eso puedo recordar qué y quién soy. Si lo terminamos, perderé eso.

Miró a Kaladin, apesadumbrada.

Él miró aquellos ojos y suspiró profundamente.

—Vamos —dijo, volviéndose y bajando a la península.

Ella echó a volar y se convirtió en un lazo de luz que flotaba perezosamente en el aire junto a su cabeza. Pronto llegaron al lugar bajo el risco que conducía a los campamentos. Kaladin se volvió hacia el norte, hacia el campamento de Sadeas. Los cremlinos se habían retirado a sus grietas y madrigueras, pero muchas de las plantas todavía continuaban dejando que sus hojas flotaran con el frío viento. Cuando pasó, la hierba se retiró, como la piel de alguna negra bestia de la noche, iluminada por Salas.

«Qué responsabilidad estás evitando…»

No estaba evitando ninguna responsabilidad. ¡Aceptaba demasiada! Lirin lo decía constantemente, y lo castigaba por sentirse culpable por las muertes que no podía impedir.

Aunque había una cosa a la que se aferraba. Una excusa, tal vez,

como el emperador muerto. Era el alma del despojo. La apatía. La creencia de que nada era culpa suya, la creencia de que no podía cambiar nada. Si un hombre estaba maldito, o si creía que no tenía que preocuparse, entonces no tenía que sentirse dolorido cuando fracasaba. Esos fracasos no podían impedirse. Alguien o algo los había ordenado.

—Si no estoy maldito —dijo en voz baja—, ¿entonces por qué vivo cuando los demás mueren?

—Por nosotros dos —respondió Syl—. Por este lazo. Te hace más fuerte, Kaladin.

—¿Entonces por qué no puede hacerme lo bastante fuerte para ayudar a los demás?

—No lo sé. Tal vez pueda.

«Si me libro de esto, volveré a ser normal. ¿Pero para qué? ¿Para que pueda morir con los otros?»

Continuó caminando en la oscuridad, pasando bajo luces que creaban vagas y débiles sombras en las piedras de delante. Los tentáculos de los dedosdemusgo, en manojillos. Sus sombras parecían brazos.

Pensaba a menudo en salvar a los hombres del puente. Y sin embargo, al reflexionar sobre ello, se dio cuenta de que a menudo pensaba en salvarlos en términos de salvarse a sí mismo. Se decía que no quería dejarlos morir porque sabía qué le sucedería si lo hacían. Cuando perdía hombres, el despojo amenazaba con hacerse con el mando debido a lo mucho que Kaladin odiaba fracasar.

¿Era eso? ¿Era eso por lo que buscaba motivos por los que podría estar maldito? ¿Para justificar su fracaso? Kaladin empezó a caminar más rápidamente.

Estaba haciendo algo bueno al ayudar a los hombres del puente, pero también estaba haciendo algo egoísta. Los poderes lo habían trastornado por la responsabilidad que representaban.

Inició un pequeño trote. Poco después, estaba corriendo.

Pero si no era cosa de él, si no estaba ayudando a los hombres del puente porque odiaba el fracaso, o porque temía el dolor de verlos morir, entonces era cosa de ellos. De las afables pullas de Roca, la intensidad de Moash, de la severidad de Teft o la silenciosa dependencia de Peet. ¿Qué haría para defenderlos? ¿Renunciar a

sus ilusiones? ¿A sus pretextos?

¿Aprovechar las oportunidades que pudiera, no importaba cómo lo cambiaran? ¿No importaba cómo lo trastornaran, o las cargas que representaban?

Subió corriendo la cuesta hasta el aserradero.

El Puente Cuatro estaba disfrutando de su guiso nocturno, entre charlas y risas. Los casi veinte hombres heridos de las otras cuadrillas comían agradecidos. Era gratificante lo rápido que habían perdido sus expresiones vacías y habían empezado a reír con los otros hombres.

El olor del aromático guiso del comecuernos flotaba en el aire. Kaladin redujo su carrera y se detuvo junto a los hombres. Varios parecieron preocuparse al verle, sudoroso y jadeante. Syl se posó en su hombro.

Kaladin buscó a Teft. Estaba sentado solo bajo los aleros del barracón, contemplando la roca que tenía delante. No había reparado en Kaladin todavía. Kaladin indicó a los demás que continuaran y se acercó a Teft. Se agachó junto al hombre.

Teft alzó la cabeza, sorprendido.

—¿Kaladin?

—¿Qué sabes? —preguntó Kaladin en voz baja—. ¿Y cómo lo sabes?

—Yo… —contestó Teft—. Cuando era joven, mi familia pertenecía a una secta que esperaba el regreso de los Radiantes. Lo dejé cuando era solo un chaval. Me pareció una tontería.

Se estaba guardando cosas. Kaladin lo notaba en la vacilación de su voz.

«Responsabilidad.»

—¿Cuánto sabes de lo que puedo hacer?

—No mucho. Solo leyendas e historias. Nadie sabe realmente lo que podían hacer los Radiantes, muchacho.

Kaladin lo miró a los ojos y luego sonrió.

—Bueno, vamos a averiguarlo.



«Re-Shephir, la Madre Medianoche, dando a luz abominaciones con su esencia tan oscura, tan terrible, tan consumidora. ¡Está aquí! ¡Me ve morir! »

Fechado Shashabev, 1173, ocho segundos antes de la muerte. Sujeto: un estibador ojos oscuros de unos cuarenta años, padre de tres hijos.

—Me repugna horriblemente estar equivocado.

Adolin se reclinó en su asiento, una mano apoyada ociosamente en la mesa de superficie de cristal, la otra agitando el vino de su copa. Vino amarillo. No estaba de servicio hoy, así que podía descuidarse un poquito.

El viento le agitaba el pelo. Estaba sentado con un grupo de jóvenes ojos claros en las mesas de fuera de una taberna del Mercado Exterior, un grupo de edificios que habían ido creciendo cerca del palacio del rey, fuera de los campamentos. Una variopinta mezcla de gente pasaba por la calle bajo su terraza.

—Yo diría que todo el mundo comparte tu repulsa, Adolin —dijo Jakamav, apoyando los dos codos sobre la mesa. Era un hombre recio, un ojos claros del tercer dahn del campamento del alto príncipe Roion—. ¿A quién le gusta estar equivocado?

—Conozco a bastante gente que lo prefiere —dijo Adolin,

pensativo—. Naturalmente, no lo admiten. ¿Pero qué otra cosa puede uno deducir de la frecuencia de sus errores?

Inkima, la acompañante de Jakamav de esta tarde, dejó escapar una risa camarina. Era regordeta con ojos amarillo claro y se teñía el pelo de negro. Llevaba un vestido rojo. El color no le sentaba bien.

Danlan estaba también allí, naturalmente. Sentada junto a Adolin, mantenía la debida distancia, aunque de vez en cuando le tocaba el brazo con la mano libre. Su vino era violeta. Le gustaba el vino, aunque parecía combinarlo con los colores de sus vestidos. Una tendencia curiosa. Adolin sonrió. Parecía enormemente atractiva, con aquel largo cuello y su hermosa constitución, envuelta en un bello vestido. No se teñía el pelo, aunque era casi todo castaño. No había nada malo con el pelo claro. De hecho, ¿por qué les gustaba tanto a todos el pelo oscuro, cuando los ojos claros eran el ideal?

«Basta —se dijo Adolin—. Acabarás tan meditabundo como padre.»

Los otros dos, Toral y su acompañante, Eshava, eran ojos claros del campamento del alto príncipe Aladar. La casa Kholin estaba ahora mismo en desgracia, pero Adolin tenía amigos o conocidos en casi todos los campamentos.

—Los errores pueden ser divertidos —dijo Toral—. Hacen que la vida sea interesante. Si tuviéramos la razón todo el tiempo, ¿dónde nos llevaría eso?

—Querido —dijo su acompañante—, ¿no me dijiste una vez que casi siempre tenías razón?

—Sí —dijo Toral—. Y si todo el mundo fuera como yo ¿a costa de quién me divertiría? Temería que la competencia de los demás me volviera mundano.

Adolin sonrió y tomó un sorbo de vino. Tenía un duelo formal en el coso hoy, y había descubierto que una copa de amarillo antes le ayudaba a relajarse.

—Bueno, no tendrías que preocuparte de que yo tenga razón demasiado a menudo, Toral. Estaba seguro de que Sadeas iba a actuar contra mi padre. No tiene sentido. ¿Por qué no lo hizo?

—¿Como maniobra, tal vez? —dijo Toral. Era un tipo agudo,

conocido por su gusto refinado. Adolin siempre quería tenerlo cerca cuando probaba vinos—. Quiere parecer fuerte.

—Ya era fuerte. No gana nada no actuando contra nosotros.

—Bueno —dijo Danlan, la voz suave y con cierto tono apasionado—, sé que soy nueva en los campamentos, y mi valoración reflejará mi ignorancia, pero…

—Siempre dices lo mismo ¿sabes? —dijo Adolin, abstraído. Le gustaba bastante su voz.

—¿Siempre digo qué?

—Que eres ignorante. Sin embargo, eres cualquier cosa menos eso. Eres una de las mujeres más inteligentes que he conocido.

Ella vaciló, y durante un momento pareció extrañamente molesta. Entonces sonrió.

—No deberías decir esas cosas, Adolin, cuando una mujer intenta mostrar humildad.

—Oh, cierto. Humildad. Había olvidado que existía.

—¿Demasiado tiempo con los ojos claros de Sadeas? —dijo Jakamav, provocando otra risa cantarina en Inkima.

—Lo siento —dijo Adolin—. Por favor, continúa.

—Estaba diciendo que dudo que Sadeas deseara comenzar una guerra —dijo Danlan—. Actuar contra tu padre de una forma tan obvia habría provocado eso, ¿no?

—Indudablemente —respondió Adolin.

—Entonces tal vez se contuvo por eso.

—No sé —dijo Toral—. Podría haber avergonzado a tu familia sin atacaros: podría haber dado a entender, por ejemplo, que habéis sido negligentes y necios al no proteger al rey, pero que no estabais detrás del intento de asesinato.

Adolin asintió.

—Eso podría haber iniciado también una guerra —dijo Danlan.

—Tal vez —repuso Toral—. Pero tienes que admitir, Adolin, que la reputación del Aguijón Negro es un poco menos que…, impresionante…, últimamente.

—¿Y qué significa eso? —replicó Adolin.

—Oh, Adolin —dijo Toral, agitando una mano y alzando la copa para pedir más vino—. No seas perezoso. Sabes a qué me refiero, y también sabes que con ello no pretendo insultar a nadie. ¿Dónde

está esa sirvienta?

—Cabría pensar —añadió Jakamav— que, después de seis años aquí, podríamos tener una taberna decente.

Inkima se rio también con eso. Estaba empezando a hacerse muy molesta.

—La reputación de mi padre es sólida —dijo Adolin—. ¿O no habéis prestado atención a nuestras victorias últimamente?

—Conseguidas con la ayuda de Sadeas —dijo Jakamav.

—Conseguidas de todas formas —insistió Adolin—. En los últimos meses, mi padre ha salvado no solo la vida de Sadeas, sino la del mismísimo rey. Lucha con valentía. Sin duda podréis ver que los antiguos rumores sobre él eran absolutamente infundados.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Toral—. No hace falta molestarse, Adolin. Todos estamos de acuerdo en que tu padre es un hombre maravilloso. Pero eras tú quien te quejabas ante nosotros y querías que cambiara.

Adolin estudió su vino. Los otros dos hombres a la mesa llevaban el tipo de atuendo que su padre desaprobaba. Chaquetas cortas y pintorescas camisas de seda. Toral llevaba un pañuelo amarillo de seda al cuello y otro alrededor de la muñeca derecha. Bastante a la moda, y parecía mucho más cómodo que el uniforme de Adolin. Dalinar habría dicho que la ropa parecía tonta, pero la moda a veces era tonta. Atrevida, diferente. Había algo revitalizante en vestirse de un modo que interesara a los demás, en moverse con las oleadas del estilo. Antaño, antes de unirse a su padre en la guerra, a Adolin le encantaba diseñar un aspecto que fuera parejo a cada día. Ahora solo tenía dos opciones: uniforme de verano o uniforme de invierno.

La doncella llegó por fin trayendo dos jarras de vino, uno amarillo y otro azul oscuro. Inkima soltó una risita cuando Jakamav se inclinó hacia delante y le susurró algo al oído.

Adolin alzó una mano para impedirle a la doncella que llenara su copa.

—No estoy seguro de que quiera ver cambiar a mi padre. Ya no.

Toral frunció el ceño.

—La semana pasada…

—Lo sé. Eso fue antes de verlo rescatar a Sadeas. Siempre que

empiezo a olvidar lo sorprendente que es mi padre, hace algo para recordarme que soy uno de los diez locos. Sucedió también cuando Elhokar estuvo en peligro. Es como…, como si mi padre actuara solo cuando realmente se preocupa por algo.

—¿Estás dando a entender que realmente no le importa la guerra, Adolin, querido? —dijo Danlan.

—No. Solo que las vidas de Elhokar y Sadeas pueden ser más importantes que matar parshendi.

Los demás lo aceptaron como explicación y pasaron a otros temas. Pero Adolin siguió dándole vueltas a la idea. Se sentía inquieto últimamente. Estar equivocado respecto a Sadeas era una causa: la posibilidad de que fuera posible demostrar que las visiones eran verdaderas o falsas, otra.

Adolin se sentía atrapado. Había presionado a su padre para que dudara de su propia cordura, y ahora, según había establecido su última conversación, prácticamente había accedido a aceptar la decisión de Dalinar de retirarse si las visiones resultaban falsas.

«Todo el mundo odia estar equivocado —pensó Adolin—, pero mi padre lo prefiere si es lo mejor para Alezkar.» Adolin dudaba que muchos ojos claros prefirieran que se demostrase que estaban locos antes que en posesión de la verdad.

—Tal vez —estaba diciendo Eshava—. Pero eso no cambia todas sus necias restricciones. Me gustaría que se retirara.

Adolin se sobresaltó.

—¿Qué? ¿Qué decías?

Eshava lo miró.

—Nada. Solo comprobaba si estabas atendiendo a la conversación, Adolin.

—No —insistió Adolin—. Dime de qué estabas hablando.

Ella se encogió de hombros y miró a Toral, que se inclinó hacia delante.

—No creas que los campamentos ignoran lo que le pasa a tu padre durante las altas tormentas, Adolin. Se dice que debería abdicar por eso.

—Sería una tontería —contestó Adolin con firmeza—. Considerando cuánto éxito está demostrando en combate.

—Retirarse sería exagerado —coincidió Danlan—. Pero, Adolin,

me gustaría que pudieras hacer que tu padre relajara todas esas necias restricciones a las que está sometido nuestro campamento. Los otros hombres de Kholin y tú podríais volver a departir en sociedad.

—Lo he intentado —contestó él, comprobando la posición del sol—. Creedme. Y, por desgracia, tengo que preparar un duelo. Si me disculpáis.

—¿Alguno de los aduladores de Sadeas? —preguntó Jakamav.

—No —respondió Danlan, sonriendo—. Es el brillante señor Resi. Ha habido algunas provocaciones verbales por parte de Thanadal, y esto podría servir para cerrarle la boca. —Miró a Adolin afectuosamente—. Te veré allí.

—Gracias —dijo él, incorporándose y abotonándose la guerrera. Besó la mano libre de Danlan, se despidió de los demás y salió a la calle.

«Ha sido una brusca partida por mi parte —pensó—. ¿Se darán cuenta de cómo me incomodó la conversación?» Probablemente no. No lo conocían tanto como Renarin. A Adolin le gustaba tratar con mucha gente, pero no intimaba con nadie. Ni siquiera conocía a Danlan todavía. Pero se proponía hacer duradera su relación con ella. Estaba cansado de que Renarin se burlara de él por cambiar continuamente de pareja. Danlan era muy bonita: parecía que el cortejo podría funcionar.

Recorrió el Mercado Exterior, abrumado por las palabras de Toral. Adolin no quería convertirse en alto príncipe. No estaba preparado. Le gustaba librar duelos y charlas con sus conocidos. Liderar al ejército era una cosa, pero como alto príncipe tendría que pensar en otras, como el futuro de la guerra en las Llanuras Quebradas, o proteger y aconsejar al rey.

«Ese no tendría que ser nuestro problema», pensó. Pero era lo que decía siempre su padre. Si no lo hacían ellos ¿quién lo haría?

El Mercado Exterior estaba mucho más desorganizado que los mercados del campamento de Dalinar. Aquí, los destartalados edificios, construidos principalmente con bloques de piedra traídos de canteras cercanas, habían ido creciendo sin un plan específico. Gran número de mercaderes eran thayleños, con sus típicas gorras, chalecos y largas cejas ondulantes.

El concurrido mercado era uno de los pocos lugares donde se mezclaban los soldados de los diez campamentos. De hecho, esa era una de las funciones principales del lugar: era un territorio neutral donde hombres y mujeres de campamentos diferentes podían encontrarse. También proporcionaba un mercado que no estaba estrictamente regulado, aunque Dalinar había intervenido para introducir algunas normas cuando el mercado empezaba a mostrar signos de ingobernabilidad.

Adolin saludó a un grupo de soldados kholin de azul con los que se cruzó. Estaban de patrulla, las alabardas al hombro, los yelmos brillantes. Las tropas de Dalinar patrullaban por el lugar, y sus escribas lo controlaban. Todo por cuenta propia.

A su padre no le gustaba el trazado del Mercado Exterior, ni su falta de murallas. Decía que un ataque podría ser catastrófico, que violaba el espíritu de los Códigos. Pero habían pasado años desde la última vez que los parshendi hicieron una incursión en el lado alezi de las Llanuras. Y si decidían atacar los campamentos, los exploradores y guardias darían la voz de alarma.

¿Entonces para qué servían los Códigos? El padre de Adolin se comportaba como si fueran de importancia vital. Ir siempre de uniforme, estar siempre armado, siempre sobrio y vigilante ante la amenaza de ataques. Pero no había ninguna amenaza de ataques.

Mientras caminaba por el mercado, Adolin miró (realmente miró) por primera vez y trató de ver qué era lo que su padre estaba haciendo.

Podía detectar fácilmente a los oficiales de Dalinar. Llevaban sus uniformes conforme a lo ordenado. Guerreras azules y pantalones con botones plateados, nudos en los hombros para indicar el rango. Los oficiales que no pertenecían al campamento de Dalinar llevaban todo tipo de ropa. Era difícil distinguirlos de los mercaderes y otros civiles adinerados.

«Pero eso no importa —se dijo de nuevo Adolin—. Porque no vamos a ser atacados.»

Frunció el ceño al pasar ante un grupo de ojos claros que retozaban delante de otra taberna, igual que él acababa de hacer. Sus ropas (de hecho, sus posturas y modales) daban la apariencia de que solo les preocupaba divertirse. Adolin se sintió molesto. Estaban

en guerra. Casi a diario, morían soldados. Lo hacían mientras los ojos claros bebían y charlaban.

Tal vez los Códigos no existían para protegerse de los parshendi. Tal vez servían para algo más: para proporcionar comandantes respetables en quienes los hombres pudieran confiar. Para tratar a la guerra con la gravedad que se merecía. Tal vez para no convertir una zona de guerra en una feria. Los plebeyos tenían que permanecer en guardia, vigilantes. Por tanto, Adolin y Dalinar hacían lo mismo.

Se detuvo en la calle. Nadie lo maldijo ni le gritó que se apartara: podían ver su rango. Tan solo lo rodearon.

«Creo que ahora comprendo», pensó. ¿Por qué había tardado tanto en hacerlo?

Preocupado, avivó el paso para dirigirse al combate del día.

—«Fui caminando desde Abamabar hasta Uriziru —dijo Dalinar, citando de memoria—. En esto, metáfora y experiencia son una, inseparables para mí como mi mente y mi memoria. Una contiene a la otra, y aunque puedo explicar una, la otra es solo para mí.»

Sadeas, sentado a su lado, alzó una ceja. Elhokar estaba sentado al otro lado de Dalinar, ataviado con su armadura esquirlada. Cada vez la usaba más y más, convencido de que los asesinos ansiaban quitarle la vida. Juntos veían a los hombres combatir en duelos abajo, en el fondo de un pequeño cráter que Elhokar había nombrado zona de duelos de los campamentos. Los rincones rocosos que rodeaban el interior de la pared de tres metros de altura componían unas excelentes plataformas en las que sentarse.

El duelo de Adolin no había empezado todavía, y los hombres que luchaban ahora eran ojos claros, pero no portadores de esquirlada. Sus espadas romas estaban recubiertas de una sustancia blanca, como tiza. Cuando uno lograba alcanzar la armadura acolchada del otro, dejaba una marca visible.

—Espera un momento —le dijo Sadeas—. Ese hombre que escribió el libro…

—Nohadon es su nombre sagrado. Otros lo llaman Bajerden, aunque no estamos seguros de si era su nombre auténtico o no.

—¿Decidió ir caminando de dónde hasta adonde?

—De Amabamar hasta Uriziru —respondió Dalinar—. Creo que debía de ser una gran distancia, por la forma en que cuenta la historia.

—¿Era rey?

—Sí.

—¿Pero por qué…?

—Es confuso —dijo Dalinar—. Pero espera. Ya lo verás. —Se aclaró la garganta y continuó—: «Caminé solo esta importante distancia, y prohibí tener ningún séquito. No tenía más corcel que mis gastadas sandalias, más compañero que un recio bastón que me ofrecía conversación con sus golpes contra la piedra. Mi boca era mi monedero, no lleno de gemas, sino de canciones. Cuando cantar para el sustento me fallaba, mis brazos trabajaban para limpiar un suelo o una pocilga, y a menudo me ganaban una satisfactoria recompensa.»

«Aquellos que me querían temieron por mi seguridad y, quizá, mi cordura. Los reyes, explicaron, no caminan como mendigos durante cientos de kilómetros. Mi respuesta fue que si un mendigo podía lograr la hazaña ¿entonces por qué no un rey? ¿Me consideraban menos capaz que un mendigo?

»A veces pienso que lo soy. El mendigo sabe muchas cosas que el rey solo puede imaginar. ¿Y sin embargo quién dicta los códigos que regulan la mendicidad? A menudo me pregunto qué me ha dado la experiencia en la vida (mi vida fácil tras la Desolación, y mi actual nivel de comodidad) que sirva de verdadera experiencia para dictar leyes. Si tuviéramos que basarnos en lo que sé, los reyes solo serían útiles para crear leyes referidas a cómo calentar debidamente el té y cómo mullir los cojines del trono».

Sadeas frunció el ceño ante estas palabras. Delante de ellos, los dos espadachines continuaban su duelo; Elhokar los observaba con interés. Traer arena para recubrir el suelo de este coso había sido una de sus primeras acciones en las Llanuras Quebradas.

—«De todas formas —dijo Dalinar, todavía citando *El camino de los reyes*—, hice el viaje y, como el lector astuto ya habrá deducido, sobreviví. Las historias de sus peripecias mancharán una página diferente en esta narración, pues primero debo explicar mi

propósito al recorrer este extraño camino. Aunque estuve dispuesto a aceptar que mi familia me considerara loco, no quiero dejar que eso se asocie a mi nombre en los vientos de la historia.

»Mi familia viajó hasta Uriziru por el método directo, y llevaba semanas esperándome cuando llegué. No me reconocieron en las puertas, pues mi melena había crecido robusta sin cuchilla para domarla. Cuando me descubrí, me llevaron, acicalaron, alimentaron, atendieron y reprendieron exactamente en ese orden. Solo después de que todo esto terminara me preguntaron por fin el propósito de mi excursión. ¿No podía haber seguido la ruta sencilla, fácil y común hasta la ciudad santa?»

—Exactamente —intervino Sadeas—. ¡Al menos podría haber ido a caballo!

—«Por respuesta —citó Dalinar—, me quité las sandalias y mostré mis callosos pies. Se sentían cómodos sobre la mesa junto a mi bandeja de uvas a medio consumir. En este punto, las expresiones de mis compañeros proclamaron que me creían loco, así que se lo expliqué relatando las historias de mi viaje. Una tras otra, como sacos apilados de grano, almacenados para el invierno. Haría pan ácimo con ellos pronto, y luego lo guardaría entre estas páginas.

»Sí, podría haber viajado rápidamente. Pero todos los hombres tienen el mismo destino final. Encontremos nuestro fin en un sepulcro hueco o en la zanja de un pobre, todos menos los Heraldos mismos deben cenar con la Vigilante Nocturna.

»Y, por tanto, ¿importa el destino? ¿O es el camino que emprendemos? Declaro que ningún logro tiene tan gran sustancia como el camino empleado para conseguirlo. No somos criaturas de destinos. Es el viaje el que nos da la forma. Nuestros pies encallecidos, nuestras espaldas fortalecidas por cargar el peso de nuestros viajes, nuestros ojos abiertos con el fresco deleite de las experiencias vividas.

»Al final, debo proclamar que no puede conseguirse ningún bien por falsos medios. Pues la sustancia de nuestra existencia no está en la consecución, sino en el método. El monarca debe comprender esto: no debe centrarse tanto en lo que desea conseguir que desvíe la mirada del camino que debe tomar para alcanzarlo».

Dalinar se echó hacia atrás. La roca en la que se sentaba había sido acolchada y mejorada con reposamanos de madera y apoyos para la espalda. El duelo terminó cuando uno de los ojos claros (vestido de verde, pues era súbdito de Sadeas) descargó un golpe en el peto del otro, dejando una larga marca blanca. Elhokar aplaudió con sus manos forradas de metal, y ambos duelistas saludaron. La victoria del ganador sería registrada por las mujeres que ocupaban los asientos de juezas. También llevaban los libros del código de los duelos, y adjudicaban disputas o infracciones.

—Supongo que ese es el final de tu historia —dijo Sadeas, mientras los dos siguientes duelistas pasaban al coso.

—Así es.

—¿Y has memorizado el párrafo entero?

—Es probable que haya dicho alguna palabra equivocada.

—Conociéndote, eso significa que te habrás olvidado un artículo. —Dalinar frunció el ceño—. Oh, no seas tan envarado, viejo amigo —dijo Sadeas—. Era un cumplido. Más o menos.

—¿Qué te ha parecido la historia? —preguntó Dalinar mientras el nuevo duelo comenzaba.

—Ridícula —dijo Sadeas sinceramente, indicando a un criado que le trajera más vino. Amarillo, ya que todavía era de día—. ¿Caminó toda esa distancia solo para recalcar el argumento de que los reyes deben considerar las consecuencias de sus órdenes?

—No solo para demostrar el argumento —respondió Dalinar—. Yo pensé lo mismo, pero he empezado a comprender. Caminó porque quería experimentar las cosas que hacía su pueblo. Lo usó como metáfora, pero creo que de verdad quería saber lo que era caminar hasta tan lejos.

Sadeas tomó un sorbo de vino y luego miró al sol entornando los ojos.

—¿No podríamos emplazar un toldo o algo por el estilo?

—Me gusta el sol —dijo Elhokar—. Paso demasiado tiempo encerrado en esas cuevas que llamamos edificios.

Sadeas miró a Dalinar, poniendo los ojos en blanco.

—Gran parte de *El camino de los reyes* está organizado como ese párrafo que te he citado —dijo Dalinar—. Una metáfora de la vida de Nohadon: un acontecimiento real convertido en ejemplo. Los

llama las cuarenta parábolas.

—¿Y son todas tan ridículas?

—Creo que esta es preciosa —dijo Dalinar en voz baja.

—No lo dudo. Siempre te han gustado las historias sentimentales. —Alzó una mano—. También pretendía ser un cumplido.

—¿Más o menos?

—Exactamente. Dalinar, amigo mío, siempre has sido emocional. Eso te vuelve genuino. También puede interponerse en el pensamiento racional, pero mientras siga impulsándote a salvarme la vida, creo que puedo convivir con ello. —Se rascó la barbilla—. Supongo que, por definición, tiene que ser así, ¿no?

—Supongo.

—Los otros altos príncipes dicen que eres demasiado estirado. Sin duda puedes ver por qué.

—Yo… —¿Qué podía decir?—. No pretendo serlo.

—Bueno, los provocas. Mira, por ejemplo, la forma en que te niegas a reaccionar a sus discusiones o insultos.

—Protestar simplemente atrae la atención sobre el tema —dijo Dalinar—. La mejor defensa del carácter es la acción correcta. Hazte amigo de la virtud y puedes esperar ser tratado adecuadamente por aquellos que te rodean.

—¿Ves? Ahí lo tienes —dijo Sadeas—. ¿Quién habla así?

—Dalinar —respondió Elhokar, aunque seguía contemplando el duelo—. Y mi padre.

—Exactamente —dijo Sadeas—. Dalinar, amigo, los demás simplemente no pueden aceptar que las cosas que dices vayan en serio. Asumen que estás actuando.

—¿Y tú? ¿Qué piensas de mí?

—Puedo ver la verdad.

—¿Y es…?

—Que eres un mojigato estirado —dijo Sadeas de buen humor —. Pero lo haces honestamente.

—Estoy seguro de que eso también es un cumplido.

—Lo cierto es que esta vez intento molestarte. —Sadeas alzó la copa de vino ante Dalinar.

A su lado, Elhokar sonrió.

—Sadeas, eso ha sido muy astuto. ¿Tendré que nombrarte nuevo sagaz?

—¿Qué le ha pasado al antiguo? —La voz de Sadeas mostró curiosidad, incluso ansiedad, como si esperara oír que la tragedia había asolado a Sagaz.

La sonrisa de Elhokar se convirtió en una mueca.

—Se ha ido.

—¿Y eso? Qué decepcionante.

—Bah. —Elhokar agitó una mano—. Lo hace de vez en cuando. Ya regresará. Es tan poco de fiar como la misma Condenación. Si no me hiciera reír como lo hace, lo habría reemplazado hace varias estaciones.

Guardaron silencio, y el duelo continuó. Unos cuantos ojos claros más, hombres y mujeres, lo seguían también, sentados en la grada escalonada. Dalinar advirtió con incomodidad que Navani había llegado, y charlaba con un grupo de mujeres, incluyendo el último capricho de Adolin, la escriba de pelo castaño.

Los ojos de Dalinar se posaron en Navani, absorbiendo su vestido violeta, su madura belleza. Había registrado sus visiones más recientes sin quejarse, y parecía haberlo perdonado por echarla tan bruscamente de sus aposentos. Nunca se burlaba de él, nunca se mostraba escéptica. Él lo agradecía. ¿Debería darle las gracias? ¿O lo consideraría una invitación?

Apartó la mirada, pero descubrió que no podía ver a los duelistas sin dejar de mirarla con el rabillo del ojo. Así que, en cambio, miró al cielo, entornando los ojos contra el sol de la tarde. Desde abajo llegaban los sonidos del metal golpeando contra el metal. Tras él, varios grandes caracoles se aferraban a la roca, esperando el agua de la alta tormenta.

Tenía tantas preguntas, tantas incertidumbres. Escuchaba *El camino de los reyes* y se esforzaba por descubrir qué habían querido decir las últimas palabras de Gavilar. Como si, de algún modo, tuvieran la clave tanto de su locura como de la naturaleza de sus visiones. Pero la verdad era que no sabía nada, y no podía fiarse de sus propias decisiones. Eso lo estaba deshaciendo, poco a poco, fibra a fibra.

Las nubes parecían menos frecuentes aquí, en estas llanuras

barridas por el viento. Solo el ardiente sol roto por las furiosas altas tormentas. El resto de Roshar era influido por ellas, pero aquí, en el este, las feroces e indomables altas tormentas gobernaban supremas. ¿Podía algún rey mortal aspirar a reclamar estas tierras? Había leyendas que decían que estaban habitadas, que había más que montañas irreclamadas, llanuras desoladas y bosques enormes. Natanatan, el Reino de Granito.

—Ah —dijo Sadeas, como si hubiera probado algo amargo—. ¿Tenía que venir él?

Dalinar bajó la cabeza y siguió la mirada de Sadeas. El alto príncipe Vamah había llegado para ver los duelos, seguido por su séquito. Aunque la mayoría de ellos llevaba sus tradicionales colores marrones y amarillos, el alto príncipe vestía un largo abrigo azul con aberturas que mostraban debajo la brillante seda roja y naranja, a juego con las chorreras que asomaban de los puños y el cuello.

—Creía que apreciabas a Vamah —dijo Elhokar.

—Lo tolero —respondió Sadeas—. Pero su sentido de la moda es absolutamente repulsivo. ¿Rojo y naranja? Ni siquiera naranja oscuro, sino un naranja chillón que lastima los ojos. Y el estilo con rasgados no se usa desde hace años. Ah, maravilloso, se sienta justo enfrente de nosotros. Me veré obligado a mirarlo durante el resto de la sesión.

—No deberías juzgar tan severamente a las personas según su aspecto.

—Dalinar —dijo Sadeas llanamente—, somos altos príncipes. Representamos a Alezkar. En todo el mundo muchos nos consideran un centro de cultura e influencia. ¿No debería, por tanto, tener derecho a animar que nos presentemos adecuadamente ante el mundo?

—Una representación adecuada, sí —contestó Dalinar—. Es necesario que nos mostremos en forma y ordenados.

«No estaría mal que tus soldados, por ejemplo, mantuvieran limpios sus uniformes.»

—En forma, ordenados y a la moda —corrigió Sadeas.

—¿Y yo? —preguntó Dalinar, mirando su sencillo uniforme—. ¿Me harías vestirme con esas chorreras y esos brillantes colores?

—¿Tú? Eres un caso perdido. —Sadeas alzó una mano para cortar sus objeciones—. No, soy injusto. Ese uniforme tiene cierta…, cualidad atemporal. El uniforme militar, debido a su utilidad, nunca quedará completamente pasado de moda. Es una opción segura, firme. En cierto modo, evitas el tema de la moda no jugando al juego. —Saludó a Vamah con un gesto de cabeza—. Vamah intenta jugar, pero lo hace muy mal. Y eso es imperdonable.

—Yo diría que le das demasiada importancia a esas sedas y pañuelos. Somos soldados en guerra, no cortesanos en un baile.

—Las Llanuras Quebradas se convierten cada vez más en el destino de dignatarios extranjeros. Es importante presentarnos adecuadamente. —Alzó un dedo—. Si yo acepto tu superioridad moral, amigo mío, quizá sea hora de que tú aceptes mi sentido de la moda. Podría parecer que juzgas a la gente por su ropa aún más que yo.

Dalinar guardó silencio. Ese comentario picaba por verdadero. Con todo, si los dignatarios iban a reunirse con los altos príncipes en las Llanuras Quebradas, ¿era mucho pedir que encontraran un grupo eficaz de campamentos dirigidos por hombres que al menos parecieran generales?

Dalinar se dispuso a ver el final del combate. Según sus cálculos, era hora del duelo de Adolin. Los dos ojos claros que habían estado luchando saludaron al rey y luego se retiraron a una tienda situada al lado de los terrenos de justas. Un momento después, Adolin salió al coso, con su armadura esquirlada azul oscuro. Llevaba el yelmo bajo el brazo, el pelo negro y rubio despeinado pero con estilo. Alzó una mano enguantada hacia Dalinar e inclinó la cabeza ante el rey antes de ponerse el yelmo.

El hombre que salió tras él llevaba la armadura esquirlada pintada de amarillo. El brillante señor Resi era el único portador de esquirlada completo del ejército del alto príncipe Thanadal, porque en su campamento había tres hombres que tenían solamente la espada o la armadura. El propio Thanadal no tenía ninguna. No era extraño que un alto príncipe confiara en sus mejores guerreros como portadores de esquirlada: tenía todo el sentido, sobre todo si era el tipo de general que prefería permanecer detrás de las líneas y dirigir las tácticas. En el principado de Thanadal, la tradición, desde

hacía siglos, era nombrar al portador de las esquirladas de Resi algo conocido como defensor real.

Thanadal había criticado recientemente los defectos de Dalinar, y por eso Adolin (en un movimiento moderadamente sutil) había desafiado al portador estrella del alto príncipe a una justa amistosa. Pocos duelos eran por las esquirladas; en este caso, perder no costaría a ningún hombre más que la estadística en los ranking. El duelo atrajo una atención inusitada, y el pequeño coso se llenó en el siguiente cuarto de hora mientras los duelistas calentaban y se preparaban. Más de una mujer emplazó un tablero para dibujar o escribir impresiones sobre el duelo. Thanadal no asistió.

El encuentro dio comienzo cuando la alta juez presente, Lady Istow, llamó a los combatientes para que invocaran sus esquirladas. Elhokar se inclinó de nuevo adelante, concentrado, mientras Resi y Adolin caminaban en círculos por el coso, las hojas esquirladas materializándose. Dalinar se inclinó hacia delante también, aunque sentía una punzada de vergüenza. Según los Códigos, había que evitar la mayor parte de los duelos cuando Alezkar estaba en guerra. Había una tenue diferencia entre practicar y enfrentarse a otro hombre en duelo por un insulto, y existía la posibilidad de dejar heridos a oficiales importantes.

Resi asumió la pose de piedra, la espada esquirlada sujeta ante él con las dos manos, la punta hacia el cielo, los brazos extendidos. Adolin usó la pose del viento, se volvió ligeramente de lado, las manos ante él y los codos doblados, la hoja esquirlada apuntando hacia atrás por encima de su cabeza. Caminaron en círculo. El ganador sería el primero que rompiera por completo una sección de la armadura del otro. Eso no era demasiado peligroso; la armadura debilitada podía normalmente repeler un golpe, aunque se quebrara en el proceso.

Resi atacó primero, dando un salto hacia delante, agitando su hoja por encima de su cabeza y descargándola luego a la derecha con un potente mazazo. La pose de piedra se concentraba en ese estilo de ataque, proyectando el mayor impulso y fuerza posibles detrás de cada golpe. A Dalinar le parecía inapropiado: no necesitabas tanta potencia tras una espada esquirlada en el campo de batalla, aunque ayudaba contra otros portadores.

Adolin se apartó dando un salto atrás. Las piernas, amplificadas por la armadura esquirlada, le daban una agilidad que desafiaba el hecho de que llevara más de cien pesos de piedra de gruesa armadura. El ataque de Resi, aunque bien ejecutado, lo dejó al descubierto, y Adolin dio un poderoso golpe en el antebrazo izquierdo de su oponente, quebrando la armadura. Resi volvió a atacar, y Adolin, una vez más, se apartó para descargar un golpe en el muslo izquierdo de su oponente.

Algunas poetas describían el combate como una danza. Dalinar rara vez lo consideraba como tal en un combate regular. Dos hombres luchando con espada y escudo se lanzaban el uno contra el otro en una furia atropellada, descargando sus armas una y otra vez, intentando destrozar el escudo del contrario. Era menos parecido a un baile y más a una lucha a puñetazos con armas.

Luchar con espadas esquirladas, sin embargo, sí era como una danza. Las grandes armas necesitaban de mucha habilidad para poder golpear adecuadamente, y la armadura era resistente, así que los intercambios de golpes generalmente se evitaban. Los combates estaban llenos de grandiosos movimientos, de amplios barridos. Había fluidez en combatir con una hoja esquirlada. Gracia.

—Es bastante bueno ¿sabes? —dijo Elhokar. Adolin golpeó el yelmo de Resi, provocando una ronda de aplausos—. Mejor que mi padre. Mejor incluso que tú, tío.

—Se esfuerza mucho —respondió Dalinar—. Le encanta. No la guerra, ni el combate. Los duelos.

—Podría ser campeón, si lo deseara.

Adolin lo deseaba, Dalinar lo sabía. Pero había rechazado duelos que lo pondrían al alcance del título. Dalinar sospechaba que Adolin lo hacía para cumplir, en cierto modo, con los Códigos. Los campeonatos y los torneos eran cosas para esos raros momentos entre guerras. Sin embargo, podía discutirse que proteger el honor de la familia era para todo momento.

Fuera como fuese, Adolin no combatía en los duelos por el ranking, y eso hacía que otros portadores de esquirlada lo subestimaran. Aceptaban rápidamente librar duelos con él, y algunos no-portadores lo desafiaban. Por tradición, la espada y la armadura esquirladas del rey estaban disponibles por una gran

suma a aquellos que tuvieran su favor y desearan luchar en duelo con un portador.

Dalinar se encogió ante la idea de que otro llevara su armadura o empuñara a Juramentada. Era innatural. Y sin embargo, el hecho de prestar la hoja y la armadura del rey (o antes de que el reino fuera restaurado, prestar la hoja y la armadura de un alto príncipe) tenía una larga tradición. Ni siquiera Gavilar la había roto, aunque se había quejado al respecto en privado.

Adolin esquivó otro golpe, pero había empezado a moverse con las formas ofensivas de la pose del viento. Resi no estaba preparado para esto: aunque consiguió alcanzar a Adolin una vez en la hombrera derecha, el golpe no fue efectivo. Adolin avanzó, blandiendo la hoja en una pauta fluida. Resi retrocedió, adoptando una postura defensiva: la pose de piedra era una de las pocas efectivas en estos casos.

Adolin apartó de un golpe la hoja de su oponente, rompiendo la pose. Resi volvió a adoptarla, pero Adolin la rompió otra vez. Resi se fue volviendo cada vez más y más lento para adoptar la pose y Adolin empezó a golpear, alcanzándolo en un costado, luego en el otro. Golpes pequeños y rápidos, con intención de ponerlo nervioso.

Funcionaron. Resi gritó y se lanzó a uno de los característicos golpes de la pose de piedra. Adolin lo manejó a la perfección, dejando caer su espada en una mano, alzando el brazo izquierdo y recibiendo el golpe en su antebrazo desarmado, que se resquebrajó, pero el movimiento permitió que lanzara su espada al lado y golpeara el quijote izquierdo ya resquebrajado de Resi.

La tensa armadura se quebró con el sonido de metal al rasgarse, las piezas salieron volando, echando humo, brillando como acero fundido. Resi retrocedió tambaleándose: su pierna izquierda ya no podía soportar el peso de la armadura esquirlada. El encuentro había terminado. Los duelos más importantes podían continuar durante dos o tres piezas rotas, pero se volvían peligrosos.

La alta jueza se alzó y lo dio por finalizado. Resi se apartó tambaleándose y se quitó el yelmo. Sus maldiciones eran audibles. Adolin saludó a su enemigo, llevándose el filo romo de su espada a la frente, y luego retiró la hoja. Se inclinó ante el rey. Otros hombres a veces se dirigían al público para alardear o aceptar

regalos, pero Adolin se retiró a la tienda de preparación.

—Talentoso, en efecto —dijo Elhokar.

—Y es un muchacho tan…, respetuoso —dijo Sadeas, bebiendo su vino.

—Sí —contestó Dalinar—. En ocasiones me gustaría que hubiera paz, simplemente para que Adolin pudiera dedicarse a sus duelos.

Sadeas suspiró.

—¿Otra vez hablas de abandonar la guerra, Dalinar?

—No me refería a eso.

—Sigues diciendo que has renunciado a ese argumento, tío —dijo Elhokar, volviéndose a mirarlo—. Sin embargo, continúas dándole vueltas al tema, hablando de la paz con ansiedad. La gente de los campamentos te llama cobarde.

Sadeas hizo una mueca.

—No es ningún cobarde, majestad. Puedo atestiguarlo.

—¿Por qué, entonces? —preguntó Elhokar.

—Esos rumores han crecido más allá de lo que es razonable —dijo Dalinar.

—Y sin embargo, no respondes a mi pregunta —dijo Elhokar—. Si pudieras tomar la decisión ¿nos harías abandonar las Llanuras Quebradas? ¿Eres un cobarde?

Dalinar vaciló.

«Únelos —le había dicho aquella voz—. Es tu tarea, y te la encomiendo.»

«¿Soy un cobarde?», se preguntó. Nohadon lo retaba, en el libro, a examinarse a sí mismo. A no sentirse nunca tan elevado o seguro para no estar dispuesto a buscar la verdad.

La pregunta de Elhokar no tenía que ver con sus visiones. Y sin embargo Dalinar tenía la clara impresión de que se estaba comportando como un cobarde, al menos en relación con su deseo de abdicar. Si se marchaba por lo que le estaba sucediendo, sería tomar el camino fácil.

«No puedo marcharme —comprendió—. No importa lo que suceda. Tengo que llegar hasta el final.» Aunque estuviera loco. O, la idea lo preocupaba cada vez más, aunque las visiones fueran reales, pero sus orígenes sospechosos. «Tengo que quedarme. Pero también tengo que planear, tengo que asegurarme de que no

destruyo mi casa.»

Una línea peligrosa por la que pisar. Nada claro, todo nublado. Había estado dispuesto a dejarlo porque le gustaba tomar decisiones claras. Bueno, no había nada claro en lo que le estaba pasando. Parecía que, al tomar la decisión de seguir siendo alto príncipe, colocaba una pieza importante para reconstruir los cimientos de quien era.

No abdicaría. Y eso era todo.

—¿Dalinar? —preguntó Elhokar—. ¿Estás…, bien?

Dalinar parpadeó, advirtiendo que había dejado de prestarle atención al rey y a Sadeas. Mirar a la nada de esa forma no ayudaría a su reputación. Se volvió hacia el rey.

—Quieres saber la verdad —dijo—. Sí, si pudiera dar la orden, cogería a los hombres de los diez campamentos y regresaría a Alezkar.

A pesar de lo que dijeran los demás, eso no era cobardía. No, acababa de enfrentarse a la cobardía en su interior y sabía lo que era. Esto era algo diferente.

El rey pareció sorprendido.

—Me marcharía —dijo Dalinar firmemente—. Pero no porque desee huir o porque tema la batalla. Sería porque temo por la estabilidad de Alezkar: dejar esta guerra ayudaría a asegurar nuestra patria y la lealtad de los altos príncipes. Enviaría a más embajadores y eruditos a averiguar por qué los parshendi mataron a Gavilar. Renunciamos a eso con demasiada facilidad. Sigo preguntándome si el asesinato fue potenciado por bellacos o rebeldes dentro de su propio pueblo.

»Descubriría cómo es su cultura…, y, sí, la tienen. Si los rebeldes no fueron la causa del asesinato, seguiría preguntando hasta descubrir por qué lo hicieron. Exigiría una compensación (quizá su propio rey, que nos lo entregaran para ejecutarlo) a cambio de garantizarles la paz. En cuanto a las gemas corazón, hablaría con mis científicas y descubriría un método mejor de conservar este territorio. Tal vez poblando masivamente la zona, asegurando todas las Montañas Irreclamadas, podríamos ampliar nuestras fronteras y reclamar las Llanuras Quebradas. No abandonaría la venganza, majestad. Pero la abordaría, junto con nuestra guerra aquí, con más

seso. Ahora mismo sabemos demasiado poco para ser efectivos.

Elhokar pareció sorprendido. Asintió.

—Yo… Tío, eso tiene sentido. ¿Por qué no lo explicaste antes?

Dalinar parpadeó. Hacía solo unas semanas, Elhokar se había mostrado indignado cuando Dalinar simplemente mencionó la idea de dar media vuelta. ¿Qué había cambiado?

«No le doy al muchacho suficiente crédito», comprendió.

—He tenido problemas para explicar mis propios pensamientos últimamente, majestad.

—¡Majestad! —exclamó Sadeas—. ¡Sin duda no estarás considerando de verdad…!

—Este último atentado contra mi vida me tiene inquieto, Sadeas. Dime. ¿Has hecho algún progreso para determinar quién puso las gemas debilitadas en mi armadura?

—Todavía no, majestad.

—Están intentando asesinarme —dijo Elhokar en voz baja, encogiéndose en su armadura—. Me quieren muerto, como mi padre. A veces me pregunto si no estamos persiguiendo aquí a los diez locos. El asesino de blanco…, era shin.

—Los parshendi aceptaron la responsabilidad de haberlo enviado —dijo Sadeas.

—Sí —respondió Elhokar—. Y sin embargo son salvajes, y fácilmente manipulables. Sería una distracción perfecta, echarle la culpa a un grupo de parshmenios. Vamos a la guerra durante años y años, sin advertir nunca a los auténticos responsables, que actúan en silencio en mi propio campamento. Me vigilan. Siempre. Esperando. Veo sus rostros en los espejos. Símbolos, retorcidos, inhumanos…

Dalinar miró a Sadeas, y los dos compartieron una expresión preocupada. ¿Estaba empeorando la paranoia de Elhokar, o siempre había estado oculta? Veía conjuras fantasmas en cada sombra, y ahora, con el atentado a su vida, tenía pruebas que alimentaban esas preocupaciones.

—Retirarse de las Llanuras podría ser una buena idea —dijo Dalinar cuidadosamente—. Pero no si es para empezar otra guerra con otros. Debemos estabilizar y unir a nuestro pueblo.

Elhokar suspiró.

—Perseguir al asesino es solo una idea vana ahora mismo. Tal vez no lo necesitemos. He oído que tus esfuerzos con Sadeas han sido fructíferos.

—En efecto lo han sido, majestad —dijo Sadeas, orgulloso, tal vez un poco vanidoso—. Aunque Dalinar todavía insiste en usar sus propios puentes, tan lentos. A veces, mis fuerzas son casi aniquiladas antes de que llegue. Esto funcionaría mejor si Dalinar usara las tácticas modernas con los puentes.

—La pérdida de vidas… —dijo Dalinar.

—Es aceptable —dijo Sadeas—. Son casi todos esclavos, Dalinar. Para ellos es un honor tener una oportunidad de participar de algún modo.

«Dudo que lo vean de esa forma.»

—Desearía que lo intentaras a mi modo —continuó Sadeas—. Lo que hemos estado haciendo hasta ahora ha funcionado, pero me preocupa que los parshendi continúen enviando dos ejércitos contra nosotros. No me gusta la idea de tener que combatir contra ambos antes de que llegues.

Dalinar titubeó. Eso sería un problema. ¿Pero renunciar a los puentes de asedio?

—Bueno, ¿por qué no llegar a un compromiso? —propuso Elhokar—. El siguiente ataque, tío, deja que los hombres de los puentes de Sadeas te ayuden en la marcha inicial a la meseta en liza. Sadeas tiene cuadrillas de sobra que puede prestarte. Podría adelantarse una vez más con un ejército más pequeño, pero tú lo seguirías más rápido que hasta ahora, usando sus cuadrillas.

—Eso sería lo mismo que usar mis propias cuadrillas —dijo Dalinar.

—No necesariamente —repuso Elhokar—. Has dicho que los parshendi rara vez pueden dispararos cuando Sadeas se enfrenta a ellos. Sus hombres pueden empezar el ataque como de costumbre, y tú puedes unirte cuando haya asegurado una posición para ti.

—Sí… —dijo Sadeas, pensativo—. Los hombres de los puentes que utilices estarán a salvo, y no costará ninguna vida adicional. Pero llegarás a la meseta para ayudarme el doble de rápido.

—¿Y si no puedes distraer a los parshendi lo suficiente? —preguntó Dalinar—. ¿Y si siguen emplazando arqueros que disparen

a mis hombres cuando crucen?

—Entonces nos retiraremos —dijo Sadeas con un suspiro—. Y lo consideraremos un experimento fallido. Pero al menos lo habremos intentado. Así es como se adelanta uno a los acontecimientos, viejo amigo. Se prueban cosas nuevas.

Dalinar se rascó la barbilla, pensativo.

—Oh, vamos, Dalinar —dijo Elhokar—. Él aceptó tu sugerencia de atacar juntos. Inténtalo por una vez a su modo.

—Muy bien —aceptó Dalinar—. Veremos cómo funciona.

—Excelente —dijo Elhokar, poniéndose en pie—. Y ahora, creo que voy a ir a felicitar a tu hijo. ¡Ese duelo ha sido excitante!

A Dalinar no le había parecido particularmente excitante: el oponente de Adolin jamás había tenido la menor oportunidad. Pero era el mejor tipo de batalla. Dalinar no creía en los argumentos que consideraban que una «buena» batalla era la que estaba ajustada. Cuando vencías, siempre era mejor ganar rápidamente y con ventaja extrema.

Dalinar y Sadeas se levantaron respetuosos mientras el rey bajaba la escalera formada con salientes de roca hacia el suelo de arena. Dalinar se volvió entonces hacia Sadeas.

—Tengo que marcharme. Envíame una escribana con los detalles de las mesetas donde piensas que deberíamos probar esta maniobra. La próxima vez que haya un ataque en una de ellas, dirigiré mi ejército a tu zona de reunión y partiremos juntos. Tú y el grupo más rápido y pequeño podéis ir delante, y nosotros os alcanzaremos cuando estéis en posición.

Sadeas asintió.

Dalinar se volvió para subir las escaleras hacia la rampa de salida.

—Dalinar —lo llamó Sadeas.

Dalinar se volvió a mirar al otro alto príncipe. El pañuelo de Sadeas ondeaba al viento, los brazos cruzados, el bordado dorado metálico brillante.

—Envíame también una de tus escribanas. Con un ejemplar de ese libro de Gavilar. Puede que me divierta escuchar sus otras historias.

Dalinar sonrió.

—Así lo haré, Sadeas.



«Cuelgo sobre el vacío final, los amigos atrás, los amigos delante. El brindis que debo beber se aferra a sus rostros, y las palabras que debo hablar chispean en mi mente. Los antiguos juramentos serán pronunciados de nuevo.»

Fechado Betabanan, 1173, 45 segundos antes de la muerte. Sujeto: un niño ojos claros de cinco años. La dicción mejoró notablemente al dar la muestra.

Kaladin contemplaba las tres brillantes esferas de topacio que tenía delante de él en el suelo. El barracón estaba oscuro, a excepción de Teft y él mismo. Lopen estaba apoyado en la puerta iluminada por el sol, observándolo con aire casual. Fuera, Roca daba órdenes a los otros hombres del puente. Kaladin los hacía trabajar en formaciones de batalla. Nada sospechoso. Sería interpretado como una práctica para cargar el puente, pero en realidad los estaba entrenando para obedecer órdenes y reagruparse con eficacia.

Las tres pequeñas esferas (solo chips) iluminaban el suelo de piedra a su alrededor con pequeños círculos pardos. Kaladin se concentró en ellas, conteniendo la respiración, deseando que la luz entrara en él.

No sucedió nada.

Lo intentó con más fuerza, mirando sus profundidades. Nada.

Cogió una, la acarició en su palma, alzándola para poder ver la luz y nada más. Podía captar los detalles de la tormenta, el cambiante vórtice de luz. Ordenó, deseó, suplicó.

Nada.

Gimió, apoyado en la roca y miró el techo.

—Tal vez no lo quieres con las suficientes ganas —dijo Teft.

—Lo quiero con todas las ganas que sé. No cede, Teft.

Teft gruñó y cogió una de las esferas.

—Tal vez estamos equivocados respecto a mí —dijo Kaladin. Parecía poéticamente apropiado que, en el momento en que aceptaba esta extraña y aterradora parte de sí mismo, no pudiera hacerla funcionar—. Podría haber sido un truco de la luz del sol.

—Un truco de la luz del sol —repitió Teft llanamente—. Pegar una bolsa al barril fue un truco de la luz.

—Muy bien. Entonces tal vez fue una extraña casualidad, algo que solo sucede una vez.

—Y cuando estuviste herido —dijo Teft—. Y cada vez que en una carga con el puente necesitabas un arrebato nuevo de fuerza o de resistencia.

Kaladin dejó escapar un suspiro de frustración y se golpeó la cabeza contra el suelo de piedra unas cuantas veces.

—Bueno, si soy uno de esos Radiantes de los que no paras de hablar, ¿por qué no puedo hacer nada?

—Imagino que eres como un bebé que hace funcionar sus piernas —dijo el avezado veterano, haciendo rodar la esfera entre sus dedos—. Al principio sucede por casualidad. Lentamente, descubre cómo hacerlas moverse a propósito. Solo necesitas práctica.

—Me he pasado una semana mirando las esferas, Teft. ¿Cuánta práctica hace falta?

—Bueno, más que hasta ahora, obviamente.

Kaladin puso los ojos en blanco y se irguió.

—¿Por qué te hago caso? Has admitido que no sabes más que yo.

—No sé nada de usar la luz tormentosa —dijo Teft, frunciendo el ceño—. Pero sé lo que debería suceder.

—Según historias que se contradicen unas a otras. Me has dicho

que los Radiantes podían volar y caminar por las paredes.

Teft asintió.

—Claro que podían. Y hacían que las piedras se fundieran al mirarlas. Y se trasladaban grandes distancias en un solo latido. Y ordenaban la luz del sol. Y…

—¿Y por qué necesitaban caminar por las paredes y volar? ¿Si podían volar, por qué molestarse en correr por las paredes? —Teft no dijo nada—. ¿Y por qué molestarse con ninguna de las dos cosas, si podían «trasladarse grandes distancias en un latido»?

—No estoy seguro —admitió Teft.

—No podemos fiarnos de las historias y las leyendas —dijo Kaladin. Miró a Syl, que había aterrizado junto a una de las esferas, y la miraba con interés infantil—. ¿Quién sabe lo que es verdad y lo que es un invento? Lo único que sabemos con seguridad es esto —cogió una de las esferas y la sostuvo con dos dedos—. El Radiante que está sentado en esta habitación está muy, muy cansado del color marrón.

Teft gruñó.

—No eres un Radiante, muchacho.

—¿No estabas hablando de…?

—Oh, puedes infundir —dijo Teft—. Puedes absorber la tormenta de luz y dominarla. Pero ser un Radiante era más que eso. Era su modo de vida, las cosas que hacían. Las Palabras Inmortales.

—¿Las qué?

Teft volvió a hacer rodar la esfera entre sus dedos, la sostuvo y contempló sus profundidades.

—Vida antes que muerte. Fuerza antes que debilidad. Viaje antes que destino. Ese era su lema, y era el Primer Ideal de las Palabras Inmortales. Había otros cuatro.

Kaladin alzó una ceja.

—¿Y eran…?

—La verdad es que no lo sé —contestó Teft—. Pero las Palabras Inmortales, estos Ideales, guiaban todo lo que hacían. Se decía que los otros cuatro Ideales eran distintos para cada orden de Radiantes. Pero el Primer Ideal era el mismo para todos ellos: Vida antes que muerte. Fuerza antes que debilidad. Viaje antes que destino —vaciló—. O eso me dijeron.

—Sí, bueno, eso me parece un poco obvio —dijo Kaladin—. La vida viene antes que la muerte. Igual que el día viene antes que la noche, o el uno viene antes que el dos. Obvio.

—No te lo estás tomando en serio. Tal vez por eso la luz tormentosa te rechaza.

Kaladin se levantó y se desperezó.

—Lo siento, Teft. Solo estoy cansado.

—Vida antes que muerte —dijo Teft, agitando un dedo ante él —. El Radiante busca defender la vida, siempre. Nunca mata innecesariamente, y nunca arriesga su propia vida por motivos frívolos. Vivir es más difícil que morir. El deber del Radiante es vivir.

»Fuerza antes que debilidad. Todos los hombres son débiles en algún momento de sus vidas. El Radiante protege a aquellos que son débiles y usa su fuerza por los demás. La fuerza no te capacita para gobernar: te capacita para servir. —Teft cogió las esferas y las guardó en su bolsa. Sostuvo la última un segundo, y luego la guardó también—. Viaje antes que destino. Siempre hay varios modos de conseguir un objetivo. Fracasar es preferible a ganar por medios injustos. Proteger a diez inocentes no merece matar a uno. Al final, todos los hombres mueren. Cómo viviste será mucho más importante para el Todopoderoso que lo que conseguiste.

—¿El Todopoderoso? ¿Entonces los caballeros estaban relacionados con la religión?

—¿No lo está todo? Hubo un viejo rey que ideó todo esto. Hizo que su esposa lo escribiera en un libro o algo así. Mi madre lo leyó. Los Radiantes basaron los Ideales en lo que estaba escrito allí.

Kaladin se encogió de hombros y se dispuso a rebuscar en la pila de chalecos de cuero de los hombres del puente. En teoría, Teft y él estaban comprando los que estaban gastados o tenían las correas rotas. Unos instantes después, Teft lo imitó.

—¿Crees todo eso de verdad? —preguntó Kaladin, alzando un chaleco y tirando de las correas—. ¿Que cualquiera podía seguir esos votos, sobre todo un puñado de ojos claros?

—No eran solo ojos claros. Eran Radiantes.

—Eran personas —dijo Kaladin—. Los hombres con poder siempre pretenden cosas como la virtud, o la guía divina, o algún

tipo de mandato para «protegernos» al resto. Si creemos que el Todopoderoso los puso donde están, nos resulta más fácil tragarnos lo que nos dicen que hagamos.

Teft le dio la vuelta a un chaleco. Estaba empezando a gastarse por debajo de la hombrera derecha.

—Yo no creía. Y entonces…, entonces te vi infundiendo luz, y empecé a dudar.

—Historias y leyendas, Teft. Queremos creer que hubo hombres mejores una vez. Eso nos hace pensar que podría volver a ser así. Pero las personas no cambian. Ahora están corrompidas. Estaban corrompidas entonces.

—Tal vez —dijo Teft—. Mis padres creían en todo eso. Las Palabras Inmortales, los Ideales, los Caballeros Radiantes, el Todopoderoso. Incluso el antiguo vorinismo. Especialmente en el antiguo vorinismo.

—Eso llevó a la Hierocracia. Los devotarios y los fervorosos no deberían poseer tierras ni propiedades. Es demasiado peligroso.

Teft hizo una mueca.

—¿Por qué? ¿Crees que serían peores estando al mando que los devotarios?

—Bueno, probablemente ahí llevas razón —Kaladin frunció el ceño. Había pasado tanto tiempo asumiendo que el Todopoderoso lo había abandonado, o incluso lo había maldecido, que le resultaba difícil aceptar que tal vez, como había dicho Syl, había sido bendecido en cambio. Sí, había sido preservado, y suponía que debería estar agradecido por ello. ¿Pero qué podía ser peor que obtener un gran poder y seguir siendo demasiado débil para salvar a aquellos a quienes amaba?

Nuevas especulaciones fueron interrumpidas cuando Lopen se irguió en la puerta e hizo una seña encubierta a Kaladin y Teft. Afortunadamente, no había nada más que esconder. De hecho, nunca había habido nada que esconder, excepto Kaladin sentado allí en el suelo mirando las esferas como un idiota. Hizo a un lado el chaleco y se dirigió a la entrada.

El palanquín de Hashal avanzaba hacia el barracón de Kaladin, con su alto y silencioso marido caminando a su lado. El pañuelo en su cuello era violeta, igual que los bordados de los puños de su

corta chaquetilla. Gaz no había vuelto a aparecer. Había pasado ya una semana sin rastro de él. Hashal y su marido, junto con sus ayudantes ojos claros, hacían lo que él hacía antes y no contestaban a ninguna pregunta sobre el sargento del puente.

—Tormentas —dijo Teft, situándose junto a Kaladin—. Esos dos me ponen los pelos de punta, igual que me pasa cuando sé que alguien tiene un cuchillo y está detrás de mí.

Roca había hecho formar a los hombres y esperaba en silencio, como si se tratara de una inspección. Kaladin fue a reunirse con ellos, seguido por Teft y Lopen. Los porteadores depositaron el palanquín en el suelo delante de él. Abierto por los lados y con solo un pequeño dosel en lo alto, más parecía un sillón en una plataforma. Muchas de las mujeres ojos claros los utilizaban en los campamentos.

Reacio, Kaladin le dirigió a Hashal una reverencia adecuada, instando a los demás hombres a hacer lo mismo. Este no era el momento de recibir una paliza por insubordinación.

—Tienes una banda muy bien entrenada, jefe de puente —dijo ella, rascándose ausente la mejilla con una uña rojo rubí, el codo apoyado en el reposabrazos—. Muy…, eficaz en las cargas.

—Gracias, brillante Hashal —respondió Kaladin, tratando (sin conseguirlo) de apartar de su voz el envaramiento y la hostilidad—. ¿Puedo hacer una pregunta? Hace algunos días que no vemos a Gaz. ¿Se encuentra bien?

—No. —Kaladin esperó que ampliara su respuesta, pero no lo hizo—. Mi esposo ha tomado una decisión. Tus hombres son tan buenos en las carreras con los puentes que sois un modelo para las otras cuadrillas. Por tanto, tendréis servicio de puente todos los días a partir de ahora.

Kaladin sintió un escalofrío.

—¿Y el servicio de recogida?

—Oh, habrá tiempo para eso. Tenéis que llevar antorchas de todas formas, y las carreras en las mesetas nunca suceden de noche. Así que tus hombres dormirán durante el día, siempre de servicio, y trabajarán en los abismos por la noche. Un uso mucho mejor del tiempo.

—Todas las carreras —dijo Kaladin—. Vais a hacernos participar

en todas.

—Sí —dijo ella, tan tranquila, indicando a los porteadores que la levantaran—. Tu equipo es demasiado bueno. Hay que utilizarlo. Empezaréis el servicio de puente a tiempo completo mañana. Considéralo…, un honor.

Kaladin inhaló profundamente para no decir lo que pensaba de su «honor». No fue capaz de inclinarse mientras Hashal se retiraba, pero a ella no pareció importarle. Roca y los hombres empezaron a murmurar.

Todas las cargas con los puentes. Acababa de doblar el ritmo con el que iban a morir. El equipo de Kaladin no duraría otras pocas semanas más. Ya estaban tan escasos de miembros que perder uno o dos hombres más en un ataque los haría desplomarse. Los parshendi se concentrarían entonces en ellos, y los abatirían.

—¡Por el aliento de Kelek! —dijo Teft—. ¡Nos matará!

—No es justo —añadió Lopen.

—Somos hombres del puente —dijo Kaladin, mirándolos—. ¿Qué os hizo pensar que se nos aplicaba ningún tipo de «justicia»?

—Ella no nos ha matado lo bastante rápido para Sadeas —dijo Moash—. ¿Sabes que han castigado a los soldados por venir a mirarte, por venir a ver al hombre que sobrevivió a la alta tormenta? No te ha olvidado, Kaladin.

Teft seguía maldiciendo. Llevó a Kaladin a un lado, seguido de Lopen, pero los demás continuaron hablando unos con otros.

—¡Condenación! —dijo Teft en voz baja—. Les gusta fingir que son imparciales con las cuadrillas de los puentes. Los hace parecer justos. Parece que han renunciado a eso. Hijos de puta.

—¿Qué vamos a hacer, gancho? —preguntó Lopen.

—Iremos a los abismos —dijo Kaladin—. Tal como tenemos planeado. Luego aseguraos de dormir bien esta noche, ya que al parecer mañana vamos a estar despiertos toda la noche.

—Los hombres odiarán bajar a los abismos de noche, muchacho.

—Lo sé.

—Pero no estamos preparados para…, para lo que tenemos que hacer —dijo Teft, asegurándose de que nadie podía oírlo. Estaban solo Kaladin, Lopen y él—. Serán otras cuantas semanas como poco.

—Lo sé.

—¡No duraremos otras cuantas semanas! —dijo Teft—. Con Sadeas y el otro trabajando juntos, las carreras se suceden casi a diario. Solo una mala carrera, un momento en que los parshendi nos apunten, y todo habrá acabado. Seremos aniquilados.

—¡Lo sé! —exclamó Kaladin, frustrado, inspirando profundamente y cerrando los puños para no explotar.

—¡Gancho! —dijo Lopen.

—¿Qué? —replicó Kaladin.

—Está volviendo a suceder.

Kaladin se detuvo y se miró los brazos. En efecto, captó un atisbo de humo luminiscente que brotaba de su piel. Era extremadamente débil (no tenía muchas gemas cerca), pero estaba allí. Los hilillos se desvanecieron rápidamente. Era de esperar que los otros hombres del puente no lo hubieran visto.

—Condenación. ¿Qué he hecho?

—No lo sé —dijo Teft—. ¿Es porque estabas furioso con Hashal?

—Estaba furioso antes.

—Lo absorbiste con el aliento —dijo Syl ansiosamente, revoloteando en el aire como un lazo de luz.

—¿Qué?

—Lo he visto. —Se retorció—. Estabas enfadado, tomaste aire, y la luz…, vino también.

Kaladin miró a Teft, pero naturalmente el avezado veterano no lo había oído.

—Reúne a los hombres —dijo—. Vamos a cumplir nuestro servicio en el abismo.

—¿Y lo que acaba de pasar? Kaladin, no podemos hacer tantas carreras con el puente. Nos destrozarán.

—Voy a hacer algo al respecto hoy. ¡Reúne a los hombres! Syl: necesito algo de ti.

—¿Qué? —Ella se posó delante de él y se convirtió en una mujer joven.

—Busca un sitio donde hayan caído algunos cadáveres parshendi.

—Creí que ibais a practicar con las lanzas hoy.

—Eso es lo que van a hacer los hombres —dijo Kaladin—. Los organizaré primero. Después, tengo una tarea diferente.

Kaladin dio una rápida palmada, y los hombres hicieron una correcta formación en flecha. Llevaban las lanzas que habían guardado en el abismo, aseguradas dentro de un gran saco lleno de piedras y oculto en una grieta. Volvió a dar una palmada, y se reagruparon en una formación de muralla de doble línea. Otra palmada más, y formaron en círculo con un hombre detrás de cada dos como rápida reserva.

Las paredes del abismo goteaban agua, y los hombres chapoteaban en los charcos. Eran buenos. Mejor de lo que tenían ningún derecho a ser, mejor (para su nivel de entrenamiento) que ningún equipo con el que hubiera trabajado.

Pero Teft tenía razón. No durarían mucho en un combate. Unas cuantas semanas más y los habría hecho practicar lo suficiente embistiendo y protegiéndose unos a otros como para empezar a ser peligrosos. Hasta entonces, eran solo hombres del puente que podían desplegarse en formaciones bonitas. Necesitaban más tiempo.

Kaladin tenía que conseguírselo.

—Teft, toma el mando.

El veterano le dirigió uno de aquellos saludos cruzando los brazos.

—Syl —le dijo Kaladin al spren—, vamos a ver esos cadáveres.

—Están cerca. Vamos.

Zigzagueó por el abismo, un lazo brillante. Kaladin echó a andar tras ella.

—Señor —llamó Teft.

Kaladin se detuvo. ¿Cuándo había empezado Teft a llamarlo «señor»? Era extraño, lo adecuado que parecía.

—¿Sí?

—¿Quieres una escolta?

Teft estaba a la cabeza de los hombres reunidos, que cada vez parecían más soldados, con sus chalecos de cuero y empuñando sus lanzas.

Kaladin negó con la cabeza.

—Estaré bien.

—Los abismoides…

—Los ojos claros han matado a todos los que se acercan por

nuestro emplazamiento. Además, si me topo con uno, ¿qué diferencia sería con dos o tres hombres más?

Teft sonrió, pero no puso más objeciones. Kaladin continuó siguiendo a Syl. En su bolsa llevaba el resto de las esferas que habían descubierto en los cadáveres mientras rescataban material. Habían tomado por costumbre quedarse parte de cada descubrimiento y pegarlas a los puentes, y ahora, con Syl ayudando a localizarlas, encontraban más que antes. Tenía una pequeña fortuna en la bolsa. Esperaba que esa luz tormentosa le sirviera bien hoy.

Sacó un marco de zafiro para iluminarse, evitando los charcos de agua repletos de huesos. Un cráneo asomaba en uno, el ondulante verdín le crecía como si fuera pelo, los vidaspren flotando encima. Tal vez debería de haberle parecido extraño recorrer estos laberintos oscuros solo, pero no le molestaba. Este era un lugar sagrado, el sarcófago de los pobres, la cueva de enterramiento de los hombres de los puentes y los lanceros que morían por los edictos de los ojos claros, derramando su sangre por los bordes de estas picudas paredes. Este lugar no era extraño, era sagrado.

En realidad, se alegraba de estar solo con su silencio y los restos de aquellos que habían muerto. A estos hombres no les habían importado las disputas de quienes habían nacido con ojos más claros que ellos. Se habían preocupado por sus familias o, como mínimo, por sus bolsas de esferas. ¿Cuántos había atrapados en esta tierra extranjera, en esas mesetas interminables, demasiado pobres para escapar y volver a Alezkar? Cientos morían cada semana, ganando gemas para hombres que ya eran ricos, vengando a un rey que llevaba mucho tiempo muerto.

Kaladin pasó ante otro cráneo al que le faltaba la mandíbula inferior, la coronilla abierta por un golpe de hacha. Los huesos parecían observarlo, curiosos, la luz tormentosa azul en su mano le daba un tono espectral al irregular terreno y las paredes.

Los devotarios enseñaban que cuando los hombres morían, los más valientes (aquellos que cumplían mejor sus Llamadas) se levantaban para ayudar a reclamar el cielo. Cada hombre haría lo que había hecho en vida. Los lanceros lucharían, los granjeros

trabajarían en las granjas espirituales, los ojos claros gobernarían. Los fervorosos tenían cuidado de señalar que la excelencia en cualquier Llamada produciría poder. Un granjero podría agitar la mano y crear grandes campos de cosechas espirituales. Un lancero sería un gran guerrero, capaz de causar truenos con el escudo y rayos con la lanza.

¿Pero y los hombres de los puentes? ¿Pediría el Todopoderoso que todos los que habían caído se alzaran y continuaran con su penoso trabajo? ¿Cargarían Dunny y los demás los puentes en la otra vida? Ningún fervoroso venía a verlos para poner a prueba sus habilidades o concederles Elevaciones. Tal vez los hombres de los puentes no serían necesarios en la Guerra por el Cielo. Solo los más habilidosos iban allí de todas formas. Los demás simplemente dormirían hasta que los Salones Tranquilos fueran recuperados.

Remontó un peñasco encajado en el abismo. «¿Entonces ahora vuelvo a creer? ¿Así sin más?» No estaba seguro. Pero no importaba. Lo haría lo mejor que pudiera para sus hombres. Si había una Llamada en ello, así fuera.

Naturalmente, si escapaba con su equipo, Sadeas los sustituiría con otros que morirían en su lugar.

«Tengo que preocuparme por lo que puedo hacer —se dijo—. Esos otros hombres no son mi responsabilidad.»

Teft hablaba de los Radiantes, de ideales e historias. ¿Por qué no podían los hombres ser así de verdad? ¿Por qué tenían que basarse en sueños e invenciones para inspirarse?

«Si huyes…, dejarás que todos los demás hombres de los puentes sean masacrados —susurró una voz en su interior—. Tiene que haber algo que puedas hacer por ellos.»

«¡No! Si me preocupo por eso, no podré salvar al Puente Cuatro. Si encuentro una salida, la tomaremos.»

«Si os marcháis —pareció decir la voz—, ¿entonces quién luchará por ellos? A nadie le importan. Nadie…»

¿Qué era lo que había dicho su padre todos aquellos años atrás? Hacía lo que consideraba justo porque alguien tenía que empezar a hacerlo. Alguien tenía que dar el primer paso.

Kaladin notaba la mano caliente. Se detuvo en el abismo y cerró los ojos. No se podía sentir ningún calor de las esferas, pero esta

que tenía en la mano parecía caliente. Y entonces, sintiendo que era algo completamente natural, Kaladin inspiró profundamente. La esfera se enfrió y una oleada de calor le corrió por el brazo.

Abrió los ojos. La esfera que tenía en la mano estaba opaca y sus dedos estaban cubiertos de escarcha. La luz brotaba de él como humo de un fuego, blanca, pura.

Alzó una mano y se sintió vivo de energía. No tenía necesidad de respirar; de hecho, contenía la respiración, atrapando la luz tormentosa. Syl recorrió el pasillo, corriendo hacia él. Lo rodeó, y luego se detuvo en el aire, adoptando la forma de mujer.

—Lo hiciste. ¿Qué ha pasado?

Kaladin sacudió la cabeza, conteniendo la respiración. Algo brotaba en su interior, como…

Como una tormenta. Rebulléndose en sus venas, una tempestad que se revolvía en el interior de su cavidad pectoral. Le hacía querer correr, saltar, gritar. Casi deseaba estallar. Se sentía como si pudiera caminar por el aire. O las paredes.

«¡Sí!», pensó. Echó a correr, saltó hacia la pared del abismo. La golpeó con los pies por delante.

Rebotó y cayó al suelo. Estaba tan aturdido que gritó, y sintió que en su interior la tormenta menguaba mientras su aliento escapaba.

Se quedó tendido de espaldas, viendo la luz tormentosa surgir de su interior más rápidamente ahora que respiraba. Permaneció allí hasta que se consumió.

Syl se posó en su pecho.

—Kaladin, ¿qué ha sido eso?

—Yo haciendo el idiota —respondió él, sentándose y notando la espalda lastimada y un agudo dolor en el codo, donde se había golpeado contra el suelo—. Teft dijo que los Radiantes podían caminar por las paredes, y me sentía tan lleno de vida…

Syl caminó por el aire, pisando como si bajara unas escaleras.

—No creo que estés preparado para eso todavía. No seas tan arriesgado. Si te mueres, volveré a ser estúpida, ya sabes.

—Intentaré recordarlo —dijo Kaladin, poniéndose en pie—. Tal vez tache morirme de la lista de cosas que tengo que hacer esta semana.

Ella hizo una mueca, saltó al aire y se convirtió de nuevo en un lazo de luz.

—Vamos, date prisa.

Salió disparada por el abismo. Kaladin recogió la esfera opaca, y luego buscó otra en el bolsillo para iluminarse. ¿Las había agotado todas? No. Las demás todavía brillaban con fuerza. Seleccionó un marco de rubí, y luego corrió tras Syl.

Ella lo condujo a un estrecho abismo que contenía un pequeño grupo de recientes cadáveres parshendi.

—Esto es morboso, Kaladin —advirtió, de pie junto a los cuerpos.

—Lo sé. ¿Sabes dónde ha ido Lopen?

—Lo envié a buscar restos cerca, para que vaya cogiendo las cosas que le has pedido.

—Tráelo, por favor.

Syl suspiró, pero obedeció. Siempre ponía reparos cuando él la hacía aparecerse a otra persona. Kaladin se arrodilló. Todos los parshendi parecían iguales. La misma cara cuadrada, aquellos rasgos masivos, como de piedra. Algunos tenían barbas atadas con trozos de metal. Brillaban, pero no mucho. Las gemas talladas contenían mejor la luz tormentosa. ¿Por qué sería?

Los rumores en el campamento decían que los parshendi cogían a los humanos heridos y se los comían. Los rumores decían también que abandonaban a sus muertos, que no se preocupaban por los caídos, que nunca les levantaban las piras adecuadas. Pero esto último era falso. Sí se preocupaban por sus muertos. Todos parecían tener la misma sensibilidad que Shen, que sufría un ataque cada vez que uno de los hombres del puente tocaba siquiera un cadáver parshendi.

«Será mejor que no me equivoque en esto», pensó Kaladin, sombrío, mientras recogía el cuchillo de uno de los cadáveres. Estaba bellamente ornamentado y forjado, el acero grabado con glifos que Kaladin no reconoció. Empezó a cortar el extraño peto que crecía en el pecho del cadáver.

Kaladin determinó rápidamente que la fisiología parshendi era muy distinta a la humana. Pequeños ligamentos azules sujetaban el peto a la piel de debajo y llegaban hasta la espalda. Siguió

cortando. No había mucha sangre: se había acumulado en la espalda del cadáver o se había derramado. Su cuchillo no era una herramienta de cirujano, pero hizo bien el trabajo. Para cuando Syl regresó con Lopen, ya había sacado el peto y se ocupaba del yelmo-caparazón. Este era más difícil de quitar: había crecido en partes del cráneo, y tuvo que cortar con la sección serrada de la hoja.

—Eh, gancho —dijo Lopen, que llevaba un saco colgado al hombro—. No te gustan nada, ¿no?

Kaladin se levantó y se limpió las manos en la falda del parshendi.

—¿Encontraste lo que te pedí?

—Claro que sí —respondió Lopen, soltando el saco y rebuscando en él. Sacó un peto de cuero y un casco, como los que usaban los lanceros. Luego hizo lo mismo con algunas finas correas de cuero y un escudo de madera de tamaño mediano. Finalmente sacó una serie de huesos rojo oscuro. Huesos parshendi. En el fondo del saco estaba la cuerda que había comprado y lanzado al abismo con objeto de ocultarla.

—No te habrás vuelto loco ¿no? —preguntó Lopen, mirando los huesos—. Porque, si es así, tengo un primo que hace una bebida para la gente que se vuelve loca, y eso podría hacerte mejorar, sin duda.

—Si me hubiera vuelto loco ¿lo diría? —dijo Kaladin, acercándose a un charco de agua para lavar el yelmo-caparazón.

—No lo sé —respondió Lopen, echándose atrás—. Tal vez. Supongo que no importa si estás loco o no.

—¿Seguirías a un loco a la batalla?

—Claro. Si estás loco, eres un buen tipo y me caes bien. No eres del tipo de loco que mata a la gente mientras duerme —sonrió—. Además, todos seguimos continuamente a los locos. Lo hacemos cada día con los ojos claros. —Kaladin se echó a reír—. ¿Y para qué es todo esto?

Kaladin no respondió. Colocó el peto sobre el chaleco de cuero, y luego lo ató por delante con las correas. Hizo lo mismo con el casco y el yelmo, aunque tuvo que serrar con el cuchillo algunas estrías del yelmo para fijarlo.

Cuando terminó, Kaladin usó las últimas correas para atar los

huesos entre sí y colocarlos delante del escudo de madera. Los huesos se sacudieron cuando alzó el escudo, pero decidió que valía.

Cogió el escudo, el casco y el peto y lo metió todo en el saco de Lopen. Apenas cabían.

—Muy bien —dijo, incorporándose—. Syl, guíanos al abismo bajo.

Habían pasado algún tiempo investigando, buscando el mejor lugar para lanzar las flechas a la parte inferior de los puentes permanentes. Un puente en concreto estaba cerca del campamento de Sadeas, así que a menudo lo atravesaban al salir a correr con los puentes en las cargas, y cruzaba un abismo especialmente poco profundo. Solo unos doce metros, en vez de los treinta o más de costumbre.

Ella asintió y luego echó a volar, guiándolos hasta allí. Kaladin y Lopen la siguieron. Teft tenía órdenes de llevar a los demás de vuelta y reunirse con Kaladin al pie de la escala, pero Kaladin y Lopen irían por delante. Kaladin se pasó el trayecto escuchando a medias a Lopen hablar de su extensa familia.

Cuanto más pensaba Kaladin en lo que estaba planeando, más osado le parecía. Quizá Lopen tenía razón al cuestionar su cordura. Pero Kaladin había intentado ser racional. Trataba de ser cuidadoso. Pero había fracasado: ahora ya no quedaba más tiempo para la lógica o el cuidado. Hashal pretendía claramente que el Puente Cuatro fuera exterminado.

Cuando los planes astutos y cuidadosos fallaban, había que intentar algo desesperado.

Lopen se interrumpió bruscamente. Kaladin vaciló. El herdaziano se había puesto pálido y se detuvo sobre sus pasos. ¿Qué estaba…?

Un ruido de rozadura. Kaladin se detuvo también, mientras el pánico comenzaba a embargarle. En uno de los corredores laterales resonaba un ruido grave y rechinante. Kaladin se dio la vuelta muy despacio, justo a tiempo de ver la sombra de algo grande (no, algo enorme) que recorría el abismo a lo lejos. Sombras a la tenue luz, el contacto de patas quitinosas sobre la roca. Kaladin contuvo la respiración, sudoroso, pero la bestia no vino en su dirección.

El ruido remitió, hasta que se apagó. Lopen y él permanecieron

inmóviles largo rato después de que el último sonido desapareciera.

Finalmente, Lopen habló.

—Parece que esto no está tan muerto, ¿eh, gancho?

—No —dijo Kaladin. De pronto dio un respingo cuando Syl corrió de vuelta para buscarlos. Inconscientemente sorbió la luz tormentosa al hacerlo, y cuando ella se detuvo en el aire, lo encontró brillando suavemente.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó, las manos en las caderas.

—Un abismoide —dijo Kaladin.

—¿De veras? —Parecía entusiasmada—. ¡Deberíamos cazarlo!

—¿Qué?

—Claro. Apuesto a que podrías combatir contra él.

—Syl…

Sus ojos tintineaban de diversión. Era solo una broma.

—Vamos.

Echó a volar.

Lopen y él pisaron ahora con más cuidado. Por fin Syl se posó en el lado del abismo, y se quedó allí de pie como burlándose de Kaladin cuando intentó caminar por la pared.

Kaladin contempló la sombra del puente de madera a doce metros de altura. Era el abismo menos profundo que habían podido encontrar: solían ser más y más profundos cuanto más al este te dirigías. Cada vez estaba más seguro de que intentar huir hacia el este era imposible. Era demasiada distancia, y sobrevivir a las riadas causadas por las altas tormentas parecía un reto demasiado grande. El plan original (combatir o sobornar a los guardias) era lo mejor.

Pero tenían que permanecer con vida el tiempo suficiente para intentarlo. El puente de ahí arriba ofrecía una oportunidad, en caso de poder alcanzarlo. Sopesó su pequeña bolsa de esferas y se echó al hombro el saco lleno de huesos y armaduras. Su intención original era que Roca disparara al puente una flecha con una cuerda atada, y luego hacerla caer por el otro lado del abismo. Con algunos hombres sujetando un extremo, otro podría escalar y atar el saco debajo del puente.

Pero con ese plan se corría el riesgo de que una flecha saliera del abismo y pudiera ser vista por exploradores. Se decía que tenían

una visión muy aguda, ya que los ejércitos dependían de ellos para localizar a los abismoides que hacían sus crisálidas.

Kaladin creía tener un modo mejor que la flecha. Tal vez.

—Necesitamos piedras —dijo—. Del tamaño de puños. Un montón de ellas.

Lopen se encogió de hombros y empezó a buscar. Kaladin lo imitó, encontrándolas en los charcos y sacándolas de las grietas. No escaseaban las de piedras en los abismos. En poco tiempo, tuvo un buen montón de piedras dentro de un saco.

Cogió la bolsa de piedras con una mano y trató de pensar lo mismo que antes, cuando absorbió la luz tormentosa. «Esta es nuestra última oportunidad.»

—Vida antes que muerte —susurró—. Fuerza antes que debilidad. Viaje antes que destino.

El Primer Ideal de los Caballeros Radiantes. Inspiró profundamente, y una sacudida de poder le recorrió el brazo. Sus músculos ardieron de energía, deseosos de moverse. La tempestad se extendió en su interior, tirando de su piel, haciendo que su sangre bombeara con un poderoso ritmo. Abrió los ojos. Un humo brillante se alzaba a su alrededor. Pudo contener gran parte de la luz, reteniéndola al contener la respiración.

«Es como una tormenta interior.» Parecía como si pudiera hacerlo pedazos.

Dejó en el suelo el saco con las armaduras, pero envolvió la cuerda alrededor de su brazo y se ató el saco de piedras al cinturón. Cogió una piedra del tamaño de un puño y la sopesó, sintiendo sus lados alisados por la tormenta. «Será mejor que esto funcione…»

Infundo la piedra de luz tormentosa, la escarcha cristalizando en su brazo. No estaba seguro de cómo lo hacía, pero parecía natural, como verter líquido en una copa. La luz parecía acumularse bajo la piel de su mano, y luego transferirse a la piedra, como si estuviera pintando con un líquido vibrante y brillante.

Apretó la piedra contra la pared de roca. Se quedó allí, filtrando luz tormentosa, aferrada con tanta fuerza que no pudo soltarla. Probó su peso en ella, y aguantó. Colocó otra un poco más abajo, y otra un poco más arriba. Entonces, deseando tener a alguien que quemara una plegaria por su éxito, empezó a escalar.

Trató de no pensar en lo que estaba haciendo. Escalar apoyándose en rocas pegadas a la pared por… ¿Por qué? ¿Luz? ¿Spren? Siguió adelante. Era muy parecido a escalar con Tien las formaciones rocosas que había cerca de Piedralar, excepto que podía poner los asideros exactamente donde quería.

«Tendría que haber buscado polvo de roca para cubrirme las manos», pensó, aupándose, y luego sacando otra piedra del saco para pegarla a la pared.

Syl caminaba junto a él, su forma casual de andar parecía burlarse de la dificultad de su ascenso. Mientras apoyaba su peso en otra piedra, oyó un ominoso chasquido abajo. Se arriesgó a mirar. La primera de las piedras se había soltado. Las que estaban cerca filtraban luz tormentosa muy débilmente ahora.

Las piedras conducían hasta él como un conjunto de pisadas ardientes. Su tormenta interior se había apaciguado, aunque todavía soplaba y ardía en sus venas, emocionante y absorbente al mismo tiempo. ¿Qué sucedería si se quedaba sin luz antes de llegar arriba?

La siguiente roca se soltó. La que tenía al lado la siguió unos segundos más tarde. Lopen estaba de pie al otro lado del fondo del abismo, apoyado contra la pared, interesado pero relajado.

«¡Sigue moviéndote!», pensó Kaladin, molesto consigo mismo por distraerse. Volvió a su tarea.

Justo cuando empezaban a dolerle los brazos por la escalada, llegó debajo del puente. Lo alcanzó justo cuando dos piedras más se soltaban. El golpeteo de cada una de ellas fue esta vez más fuerte, ya que la altura de caída era mucho más grande.

Sujetándose en el puente con una mano, los pies todavía apoyados contra las piedras más altas, ató el extremo de la cuerda a una de las vigas de madera. Tiró y la volvió a enlazar para hacer un nudo. Tenía cuerda de sobra por el extremo corto.

Dejó que el resto de la cuerda se deslizara de su hombro y cayera al fondo.

—Lopen —llamó. La luz brotó de su boca cuando habló—. Ténsala.

El herdaziano lo hizo, y Kaladin sujetó su extremo y tensó el nudo. Luego cogió la sección larga de la cuerda y se balanceó, colgando de la parte inferior del puente. El nudo aguantó.

Kaladin se relajó. Todavía estaba desprendiendo luz, y (excepto para llamar a Lopen) llevaba conteniendo la respiración casi un cuarto de hora. «Eso no viene mal», pensó aunque sus pulmones empezaban a arder, así que comenzó a respirar con normalidad. La luz no lo dejó del todo, aunque escapó más rápido.

—Muy bien —le dijo a Lopen—. Ata el otro saco al extremo de la cuerda.

La ropa se agitó, y unos momentos más tarde Lopen avisó de que había terminado. Kaladin se agarró a la cuerda con las piernas para sujetarse, y luego usó las manos para tirar, izando el saco lleno de armaduras. Usando la cuerda del extremo corto del nudo, metió su bolsa de esferas dentro del saco, y luego lo ató en un lugar bajo el puente donde, eso esperaba, Lopen y Dabbid pudieran recuperarlo desde arriba.

Miró hacia abajo. El fondo parecía mucho más lejano que desde el puente. Desde esta perspectiva ligeramente distinta, todo cambiaba.

No sintió vértigo por la altura. En cambio, sí que notó un pequeño arrebato de emoción. Algo en él había disfrutado siempre de las alturas. Le parecía natural. Era estar abajo, atrapado en agujeros e incapaz de ver el mundo, lo que resultaba deprimente.

Pensó en su próximo movimiento.

—¿Qué? —preguntó Syl, acercándose a él, de pie en el aire.

—Si dejo aquí la cuerda, alguien podría verla al cruzar el puente.

—Entonces córtala.

Él la miró, alzando una ceja.

—¿Mientras estoy colgando de ella?

—No te pasará nada.

—¡Es una caída de doce metros! Como poco me romperé los huesos.

—No —dijo Syl—. Estoy segura de esto, Kaladin. No pasará nada. Confía en mí.

—¿Que confíe en ti? ¡Syl, tú misma has dicho que tu memoria está fracturada!

—Me insultaste la otra semana —dijo ella, cruzándose de brazos —. Creo que me debes una disculpa.

—¿Tengo que disculparme por cortar una cuerda y caer doce metros?

—No, pide disculpas por no confiar en mí. Ya te lo he dicho. Estoy segura de esto.

Él suspiró y miró de nuevo abajo. Su luz tormentosa se estaba agotando. ¿Qué más podía hacer? Dejar la cuerda sería una locura. ¿Podía hacerle otro nudo, o soltarla desde el fondo?

Si ese tipo de nudo existía, él no sabía cómo hacerlo. Apretó los dientes. Entonces, cuando la última de sus piedras cayó al suelo, inspiró profundamente y sacó el cuchillo que había recogido del parshendi. Se movió con rapidez, antes de tener una oportunidad para considerarlo, y cortó la cuerda y la soltó.

Cayó al momento, una mano sujetando todavía la cuerda cortada, el estómago agitado por la sensación de caída. El puente salió disparado como si se alzara, y la mente llena de pánico de Kaladin inmediatamente volvió a mirar abajo. Esto no era hermoso. Era aterrador. Era horrible. ¡Iba a morir! Iba…

«Tranquilo.»

Sus emociones se calmaron en un segundo. De algún modo, supo qué hacer. Se retorció en el aire, soltó la cuerda y golpeó el suelo con ambos pies. Se agazapó, apoyando una mano en la piedra, una descarga de frío lo recorrió. Su luz tormentosa restante escapó en un solo estallido, huyendo de su cuerpo con un anillo de humo luminiscente que se aplastó contra el suelo antes de extenderse y desvanecerse.

Se irguió. Lopen se quedó boquiabierto. Kaladin sintió en las piernas el dolor del golpe, pero era como haber saltado un metro o un metro y medio.

—¡Como diez docenas de truenos en las montañas, gancho! —exclamó Lopen—. ¡Ha sido increíble!

—Gracias —dijo Kaladin. Se llevó una mano a la cabeza, miró las rocas dispersas por la base de la pared, y luego alzó la mirada para ver la armadura atada allá arriba.

—Te lo dije —recordó Syl, posándose en su hombro. Parecía triunfante.

—Lopen —dijo Kaladin—. ¿Crees que podrás recoger esa armadura durante la próxima carrera con el puente?

—Claro. No me verá nadie. Nos ignoran, ignoran a los hombres de los puentes, y especialmente ignoran a los lisiados. Para ellos, soy tan invisible que debería andar atravesando paredes.

Kaladin asintió.

—Cógela. Escóndela. Dámela justo antes del ataque a la última planicie.

—No les va a gustar que hagas una carga acorazado, gancho —dijo Lopen—. No creo que sea distinto de lo que has intentado antes.

—Ya veremos —dijo Kaladin—. Tú hazlo.



«La muerte es mi vida, la fuerza se convierte en mi debilidad, el viaje ha terminado.»

Fechado Betabanes, 1173, 95 segundos antes de la muerte. Sujeto: una erudita de cierta fama menor. Muestra recogida de segunda mano. Considerada cuestionable.

—Por eso, padre —dijo Adolin—, no puedes de ninguna manera abdicar en mí, no importa lo que descubramos con las visiones.

—¿Ah, sí? —preguntó Dalinar, sonriendo para sí.

—Sí.

—Muy bien, me has convencido.

Adolin se detuvo en seco en el pasillo. Los dos iban camino de los aposentos de Dalinar, que se volvió y miró al joven.

—¿De veras? —preguntó Adolin—. Quiero decir, ¿de verdad he ganado una discusión contigo?

—Sí —contestó Dalinar—. Tus argumentos son válidos. —No añadió que él había tomado ya la decisión por su cuenta—. Pase lo que pase, me quedaré. No puedo dejar esta lucha ahora.

Adolin sonrió de oreja a oreja.

—Pero —Dalinar alzó un dedo—, tengo un requerimiento. Dejaré escrita una orden, de la que dará fe la más alta de mis escribas y de la que Elhokar será testigo, que te dará derecho a deponerme, si pierdo el equilibrio mental. No dejaremos que los

otros campamentos lo sepan, pero no me arriesgaré a volverme tan loco que sea imposible quitarme de en medio.

—Muy bien —dijo Adolin, acercándose a su padre. Estaban solos en el pasillo—. Puedo aceptar eso. Suponiendo que no se lo digas a Sadeas. Sigo sin fiarme de él.

—No te pido que confíes en él —respondió Dalinar, empujando la puerta de sus aposentos—. Solo necesitas creer que es capaz de cambiar. Sadeas fue una vez un amigo, y creo que puede volver a serlo.

Las frías piedras de la cámara de la animista parecían contener el frío de la primavera. El clima continuaba sin pasar al verano, pero al menos no lo había hecho tampoco al invierno. Elthebar prometía que no lo haría, pero claro, las promesas de los guardatormentas estaban siempre llenas de advertencias. La voluntad del Todopoderoso era misteriosa, y no se podía confiar siempre en las señales.

Dalinar aceptaba ahora a los guardatormentas, aunque cuando se hicieron populares por primera vez, rechazó su ayuda. Ningún hombre debería intentar conocer el futuro, una prerrogativa reservada al Todopoderoso. Y Dalinar se preguntaba cómo podían hacer sus investigaciones los guardatormentas sin leer. Ellos sostenían que no lo hacían, pero él había visto sus libros llenos de glifos. Glifos. No estaban hechos para ser utilizados en los libros: eran dibujos. Un hombre que no hubiera visto uno antes podía comprender lo que significaba, basándose en su forma. Eso hacía que interpretar los glifos fuera distinto a leer.

Los guardatormentas hacían un montón de cosas que incomodaban a la gente. Pero eran tan útiles… Saber cuándo podía golpear una alta tormenta, bueno, era una ventaja demasiado tentadora. Aunque los guardatormentas se equivocaban a menudo, también acertaban.

Renarin estaba arrodillado junto al hogar, inspeccionando el fabrial que habían instalado allí para calentar la habitación. Navani ya había llegado. Estaba sentada ante el elevado escritorio, garabateando una carta; saludó distraída con la pluma cuando Dalinar entró. Llevaba el fabrial que él le había visto lucir en el banquete semanas antes: el artilugio de múltiples patas estaba

sujeto a su hombro, abrochado a la tela de su vestido violeta.

—No sé, padre —dijo Adolin, cerrando la puerta. Al parecer seguía pensando en Sadeas—. No me importa si está escuchando *El camino de los reyes*. Lo está haciendo para que tú prestes menos atención a los ataques a las mesetas y así sus empleados pueden sacar mejor tajada de su porción de las gemas corazón. Te está manipulando. Dalinar se encogió de hombros.

—Las gemas corazón son secundarias, hijo. Si puedo volver a fraguar una alianza con él, merece la pena casi a cualquier precio. En cierto modo, soy yo quien lo está manipulando a él.

Adolin suspiró.

—Muy bien. Pero sigo echándome la mano a la faltriquera cuando está cerca.

—Intenta no insultarlo —dijo Dalinar—. Oh, y otra cosa: me gustaría que tuvieras cuidado con la guardia del rey. Si sabemos con certeza de soldados que me son leales, ponlos a cargo de la vigilancia de los aposentos de Elhokar. Sus palabras sobre una conspiración me tienen preocupado.

—¿No les darás crédito? —dijo Adolin.

—Algo extraño sucedió con su armadura. Todo este asunto apesta como a limo de crem. Tal vez resulte ser nada. Por ahora, sígueme la corriente.

—He de hacer notar —dijo Navani— que nunca me hizo mucha gracia Sadeas cuando tú, Gavilar y él erais amigos —terminó la carta con una floritura.

—No está detrás de los ataques al rey.

—¿Cómo puedes estar seguro? —preguntó Navani.

—Porque no es su forma de actuar. Sadeas nunca quiso el título de rey. Ser alto príncipe le da poderes de sobra, pero deja que otro se lleve la responsabilidad de los problemas a gran escala. —Dalinar sacudió la cabeza—. Nunca intentó arrebatarle el trono a Gavilar, y su situación es mejor con Elhokar.

—Porque mi hijo es débil —dijo Navani. No era una acusación.

—No es débil —replicó Dalinar—. Es inexperto. Pero sí, eso hace que la situación sea ideal para Sadeas. Está diciendo la verdad: pidió ser alto príncipe de información porque quiere descubrir a toda costa quién trata de matar a Elhokar.

—Mashala —dijo Renarin, usando el término formal que significaba «tía»—. Ese fabrial que llevas al hombro ¿qué hace?

Navani miró el artilugio con una sonrisa taimada. Dalinar se dio cuenta de que estaba esperando que se lo preguntaran. Se sentó; pronto llegaría la alta tormenta.

—Oh, ¿esto? Es una especie de dolorial. Trae, déjame que te lo enseñe. —Extendió la mano segura y pulsó un cierre que soltó las patas como garras. Lo mostró en la mano—. ¿Te duele algo, querido? ¿Un dedo del pie lastimado, quizás, o un arañazo?

Renarin negó con la cabeza.

—Me lastimé un músculo de la mano antes, durante las prácticas de duelo —dijo Adolin—. No es grave, pero molesta.

—Ven aquí —dijo Navani. Dalinar sonrió afectuosamente: Navani se mostraba siempre más genuina cuando jugaba con fabriales nuevos. Era una de las pocas ocasiones en que podía vérsela sin pretensiones. No era Navani la madre del rey, ni Navani la intrigante política. Era Navani la ingeniera entusiasmada.

—La comunidad de artifabrianas está haciendo cosas sorprendentes —dijo ella mientras Adolin extendía la mano—. Estoy particularmente orgullosa de este artilugio, ya que participé en su construcción.

Lo sujetó a la mano de Adolin, envolviendo las patas alrededor de la palma y colocándolas en su sitio.

Adolin alzó la mano y la volvió.

—El dolor ha desaparecido.

—Pero todavía puedes sentir, ¿correcto? —dijo Navani, satisfecha.

Adolin se palpó la palma con los dedos de la otra mano.

—No siento ningún tipo de entumecimiento.

Renarin observaba con agudo interés, los ojos a cubierto tras las gafas, curiosos, intensos. Si pudiera dejarse persuadir para convertirse en fervoroso. Entonces podría ser ingeniero, si quisiera. Y sin embargo se negaba. Sus motivos siempre le parecían pobres excusas a Dalinar.

—Es un poco aparatoso —advirtió Dalinar.

—Bueno, es solo un prototipo —dijo Navani, a la defensiva—. Estuve trabajando hacia atrás a partir de una de esas espantosas

creaciones de Largasombra, y no tuve la posibilidad de afinar la forma. Creo que tiene mucho potencial. Imagina unos pocos artilugios de estos en un campo de batalla para mitigar el dolor de los heridos. Imagínatelo en manos de un cirujano, que no tendría que preocuparse por el dolor de sus pacientes mientras los opera.

Adolin asintió. Dalinar tuvo que admitir que parecía un aparato útil. Navani sonrió.

—Vivimos tiempos especiales: estamos aprendiendo todo tipo de cosas sobre los fabriales. Este, por ejemplo, es un fabrial reductor: disminuye algo, en este caso el dolor. No hace que la herida mejore, pero podría ser un paso en esa dirección. Sea como fuere, es un tipo completamente distinto a los fabriales parejos como las abarcañas. Si pudierais ver los planes que tenemos para el futuro…

—¿Como cuáles? —preguntó Adolin.

—Ya los descubrirás —dijo Navani, sonriendo misteriosamente. Retiró el fabrial de la mano del joven.

—¿Espadas esquirladas? —Adolin parecía entusiasmado.

—Bueno, no —respondió Navani—. El diseño y el funcionamiento de las hojas y las armaduras esquirladas son completamente diferentes a todo lo que hemos descubierto. Lo más que se ha acercado nadie son esos escudos de Jah Keved. Pero, por lo que puedo decir, usan un principio de diseño completamente distinto a las armaduras esquirladas normales. Los antiguos debían de tener una maravillosa comprensión de la ingeniería.

—No —dijo Dalinar—. Los he visto, Navani. Son…, bueno, son antiguos. Su tecnología es primitiva.

—¿Y las Ciudades del Amanecer? —preguntó Navani, escéptica—. ¿Los fabriales?

Dalinar negó con la cabeza.

—No he visto nada de eso. Hay hojas esquirladas en las visiones, pero parecen fuera de lugar. Tal vez las dieron directamente los Heraldos, como dicen las leyendas.

—Tal vez —dijo Navani—. ¿Por qué no…?

Dalinar parpadeó. No había oído acercarse a la alta tormenta.

Ahora estaba en una gran habitación abierta con enormes columnas laterales que parecían esculpidas en suave arenisca, con

lados granulosos y sin adornos. El techo estaba muy alto, tallado en la roca con pautas geométricas que parecían ligeramente familiares. Círculos conectados por líneas, extendiéndose hacia fuera unas de otras…

—No sé qué hacer, viejo amigo —dijo una voz a su lado. Dalinar se volvió para ver a un joven vestido con regia túnica blanca y dorada, caminando con las manos unidas delante, ocultas por voluminosas mangas. Tenía el pelo oscuro recogido en una trenza y una barba corta terminada en punta. En el pelo llevaba trenzados hilos de oro que se unían en su cabeza para formar un símbolo dorado. El símbolo de los Caballeros Radiantes.

—Dicen que es siempre igual —dijo el hombre—. Nunca estamos preparados para las Desolaciones. Deberíamos ser mejores resistiendo, pero siempre damos un paso más hacia la destrucción —se volvió hacia Dalinar, como si esperara una respuesta.

Dalinar bajó la cabeza. También él vestía una ornamentada túnica, aunque no tan lujosa. ¿Dónde estaba? ¿En qué época? Tenía que buscar pistas para que Navani las investigara y para que Jasnah las utilizara para demostrar, o rebatir, estos sueños.

—No sé qué decir —respondió Dalinar. Si quería información, tenía que actuar de modo más natural que en sus visiones anteriores.

El hombre de aspecto regio suspiró.

—Esperaba que pudieras compartir conmigo tu sabiduría, Karm.

Continuaron caminando hacia un lado de la habitación, acercándose al sitio donde la pared se abría a un enorme balcón con balaustrada de piedra. Se asomaba al cielo de la tarde; el sol poniente manchaba el aire de un rojo sucio y sofocante.

—Nuestra propia naturaleza nos destruye —dijo el hombre regio, la voz suave, aunque su rostro mostraba que estaba muy furioso—. Alakavish era un absorbedor. Tendría que haberlo sabido. Y sin embargo, el lazo nahel no le dio más sabiduría que a un hombre corriente. Ay, no todos los spren son tan perspicaces como los honorspren.

—Estoy de acuerdo —dijo Dalinar.

El otro hombre pareció aliviado.

—Me preocupaba que mis condiciones te parecieran demasiado

atrevidas. Tus propios absorbedores fueron… Pero no, no deberíamos mirar atrás.

«¿Qué es un absorbedor?» Dalinar quiso gritar la pregunta en voz alta, pero no podía. No sin parecer completamente fuera de sitio. «Tal vez…»

—¿Qué piensas que debería hacerse con estos absorbedores? —preguntó con cuidado.

—No sé si puedo obligarlos a hacer nada.

Sus pisadas resonaban en la sala vacía. ¿No había guardias, ni ayudantes?

—Su poder…, bueno, Alakavish demuestra la atracción que los absorbedores sienten hacia la gente corriente. Si hubiera algún modo de animarlos… —El hombre se detuvo y se volvió hacia Dalinar—. Tienen que ser mejores, viejo amigo. Todos tenemos que serlo. La responsabilidad de lo que nos ha sido entregado, ya sea la corona o el lazo nahel…, tiene que hacernos mejores.

Parecía esperar algo de Dalinar. ¿Pero qué?

—Puedo leer tu desacuerdo en tu rostro —dijo el hombre regio—. No importa, Karm. Me doy cuenta de que mis pensamientos en este tema no son convencionales. Tal vez los demás tengáis razón, tal vez nuestras habilidades sean prueba de una elección divina. Pero si es verdad ¿no deberíamos ser más cautelosos en nuestras acciones?

Dalinar frunció el ceño. Eso le sonaba familiar. El hombre regio suspiró y se acercó al borde de balcón. Dalinar se reunió con él. La perspectiva finalmente le permitió contemplar el paisaje que se extendía ante ellos.

Había miles de cadáveres.

Dalinar se quedó boquiabierto. La muerte llenaba las calles de la ciudad más allá, una ciudad que Dalinar reconoció vagamente. «Kholinar. Mi patria.» Se encontraba con el hombre regio en lo alto de una torre baja, construida en piedra. Parecía alzarse donde un día estaría el palacio.

La ciudad era inconfundible, con sus formaciones rocosas en forma de pico que se alzaban al aire como aletas enormes. Las hojas del viento, las llamaban. Pero estaban menos desgastadas de cómo las conocía, y la ciudad alrededor era muy distinta. Construida con

cuadradas estructuras de piedra, muchas ya habían sido derribadas. La destrucción se extendía hasta lo lejos, cubriendo las aceras de las primitivas calles. ¿Había sido arrasada la ciudad por un terremoto?

No, esos cadáveres habían caído en batalla. Dalinar podía oler el hedor de la sangre, las vísceras, el humo. Los cuerpos yacían dispersos, muchos cerca del murete que rodeaba la fortaleza. La muralla estaba derruida en algunos puntos, aplastada. Y había rocas de extraña forma mezcladas entre los cadáveres. Piedras talladas como…

«Sangre de mis padres. Eso no son piedras. Son criaturas», pensó Dalinar, aferrándose a la balaustrada de piedra. Eran criaturas enormes, de cinco o seis veces el tamaño de una persona, la piel sin brillo y gris como el granito. Tenían miembros largos y cuerpos esqueléticos, las patas delanteras (¿o eran brazos?) encajados en anchos hombros. Las caras eran finas, estrechas. Con forma de flecha.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Dalinar—. ¡Es terrible!

—Me pregunto lo mismo. ¿Cómo pudimos dejar que sucediera esto? Las Desolaciones tienen bien puesto su nombre. He oído el recuento inicial. Once años de guerra, y nueve de cada diez personas a quienes una vez goberné han muerto. ¿Tenemos ya reinos que dirigir? Sur ha desaparecido, estoy seguro. Tarma, Eiliz, no es probable que sobrevivan. Han tenido demasiadas bajas.

Dalinar nunca había oído hablar de esos lugares.

El hombre cerró el puño y golpeó suavemente la balaustrada. A lo lejos había hogueras: habían empezado a quemar los cadáveres.

—Los demás quieren echarle la culpa a Alakavish. Y es cierto, si no nos hubiera llevado a la guerra antes de la Desolación, tal vez no habríamos resultado tan afectados. Pero Alakavish fue un síntoma de una enfermedad mayor. Cuando regresen los Heraldos ¿qué encontrarán? ¿Un pueblo que los ha vuelto a olvidar? ¿Un mundo roto por la guerra y las disputas? Si continuamos como hasta ahora, entonces tal vez merezcamos perder.

Dalinar sintió un escalofrío. Había pensado que esta visión debía venir antes que la anterior, pero las visiones anteriores no fueron cronológicas. Todavía no había visto a ningún Caballero Radiante, pero tal vez no fuera porque se habían desbandado. Tal vez no

existían todavía. Y quizás había un motivo para que las palabras de este hombre sonaran tan familiares. ¿Podía ser? ¿Podía estar realmente junto al mismo hombre cuyas palabras había escuchado una y otra vez?

—Hay honor en perder —dijo Dalinar con cuidado, usando palabras repetidas varias veces en *El camino de los reyes*.

—Si esa pérdida significa aprendizaje. —Sonrió el hombre—. ¿Usando mis propios dichos contra mí, Karm?

Dalinar se quedó sin aliento. El hombre en persona. Nohadon. El gran rey. Era real. O lo había sido. Este hombre era más joven de como lo imaginaba, pero aquel porte humilde aunque regio…, sí, era él.

—Estoy pensando en renunciar a mi trono —dijo Nohadon en voz baja.

—¡No! —Dalinar dio un paso hacia él—. No debes hacer eso.

—No puedo dirigirlos —dijo el hombre—. No si mi liderazgo los conduce a esto.

—Nohadon.

El hombre se volvió hacia él, frunciendo el ceño.

—¿Qué?

Dalinar vaciló. ¿Podía estar equivocado sobre la identidad de este hombre? Pero no. El nombre Nohadon era más que un título. Mucha gente famosa había recibido nombres sagrados de la Iglesia, antes de que fuera desmantelada. Incluso era probable que Bajerden no fuera su nombre real: eso se había perdido en el tiempo.

—No es nada —dijo Dalinar—. No puedes renunciar a tu trono. El pueblo necesita un líder.

—Tienen líderes —respondió Nohadon—. Hay príncipes, reyes, animistas, absorbedores. Nunca faltan hombres y mujeres que quieran ser líderes.

—Cierto, pero faltan quienes sean buenos en ello.

Nohadon se apoyó en la barandilla. Contempló a los caídos, con una expresión de profundo pesar y preocupación en el rostro. Era tan extraño verlo así. Era tan joven. Dalinar nunca había imaginado en él tanta inseguridad, tanto tormento.

—Conozco esa sensación —dijo en voz baja—. La incertidumbre, la vergüenza, la confusión.

—Lees en mí demasiado bien, viejo amigo.

—Conozco esas emociones porque las he sentido. Yo…, nunca supuse que las sentirías también.

—Entonces me corrijo. Tal vez no me conozcas demasiado bien.

Dalinar guardó silencio.

—¿Qué hago entonces? —preguntó Nohadon.

—¿Me lo preguntas a mí?

—Eres mi consejero, ¿no? Bueno, agradecería recibir algún consejo.

—Yo… No puedes renunciar a tu trono.

—¿Y qué debería hacer con él? —Nohadon dio media vuelta y caminó por el largo balcón. Parecía extenderse por todo este nivel. Dalinar lo siguió, pasando ante lugares donde la piedra estaba desgarrada, la balaustrada rota.

—Ya no tengo fe en la gente, viejo amigo —dijo Nohadon—. Pon a dos hombres juntos, y encontrarán algo de lo que discutir. Reúnelos en grupos, y un grupo hallará motivos para atacar al otro. Ahora esto. ¿Cómo los protejo? ¿Cómo impido que esto vuelva a suceder?

—Dicta un libro —dijo Dalinar ansiosamente—. ¡Un gran libro para dar esperanza a la gente, para explicar tu filosofía del liderazgo y cómo debería vivirse la vida!

—¿Un libro? Yo. ¿Escribir un libro?

—¿Por qué no?

—Porque es una idea fantásticamente estúpida. —Dalinar se quedó boquiabierto—. El mundo que conocemos casi ha sido destruido —dijo Nohadon—. ¡Apenas existe una familia que no haya perdido a la mitad de sus miembros! Nuestros mejores hombres son cadáveres en ese campo, y no tenemos comida para durar más de dos o tres meses como mucho. ¿Y voy a pasarme el tiempo escribiendo un libro? ¿Quién lo escribiría por mí? Todos mis hombres de letras fueron ejecutados cuando Yelignar irrumpió en la cancillería. Tú eres el único hombre de letras que conozco que sigue vivo.

¿Un «hombre» de letras? Sí que era una época extraña.

—Podría escribirlo yo, entonces.

—¿Con un brazo? ¿Has aprendido a escribir con la mano

izquierda, entonces?

Dalinar se miró. Tenía los dos brazos, aunque al parecer el hombre al que Nohadon veía le faltaba el derecho.

—No, tenemos que reconstruir —dijo Nohadon—. Tan solo desearía que hubiera un modo de convencer a los reyes, a los que siguen con vida, de que no busquen sacar ventaja unos de otros —Nohadon dio un golpecito en el balcón—. Así que esta es mi decisión. Renunciar, o hacer lo que es necesario. Este no es momento para escribir. Es momento para la acción. Y luego, por desgracia, para la espada.

«¿La espada? ¿Por tu parte, Nohadon?»

No sucedería. El hombre se convertiría en un gran filósofo; enseñaría la paz y el respeto a los demás, y no obligaría a los hombres a hacer lo que se le antojara. Los guiaría para que actuaran con honor.

Nohadon se volvió hacia Dalinar.

—Te pido disculpas, Karm. No debería, después de inquirirlas, rechazar tus sugerencias. Estoy inquieto, como imagino que lo estamos todos. En ocasiones, me parece que ser humano es querer lo que no podemos tener. Para algunos, es el poder. Para otros, es la paz.

Nohadon dio media vuelta y continuó su paseo por el balcón. Aunque su paso era lento, su postura indicaba que deseaba estar solo. Dalinar lo dejó marchar.

—Llega a convertirse en uno de los escritores más influyentes que ha conocido Roshar —dijo Dalinar.

Silencio, a excepción de los gritos de la gente que trabajaba abajo, reuniendo cadáveres.

—Sé que estás ahí.

Silencio.

—¿Qué decide? —preguntó Dalinar—. ¿Los une, como quería?

La voz que a menudo hablaba en sus visiones no vino. Dalinar no recibió ninguna respuesta a sus preguntas. Suspiró y se volvió a contemplar los campos de muertos.

—Al menos tienes razón en una cosa, Nohadon. Ser humano es querer lo que no podemos tener.

El paisaje se oscureció, el sol se puso. Aquella oscuridad lo

envolvió, y cerró los ojos. Cuando los abrió, estaba de vuelta en sus aposentos, de pie con las manos en el respaldo de una silla. Se volvió hacia Adolin y Renarin, que estaban cerca, ansiosos, preparados para sujetarlo si se ponía violento.

—Bueno —dijo Dalinar—, eso no ha tenido ningún significado. No he aprendido nada. ¡Maldición! Qué pobre trabajo estoy haciendo de…

—Dalinar —dijo Navani, cortante, todavía escribiendo con una caña sobre un papel—. Lo último que dijiste antes de que terminara la visión. ¿Qué fue?

Dalinar frunció el ceño.

—Lo último…

—Sí —dijo Navani, urgente—. Las últimas palabras que pronunciaste.

—Estaba citando al hombre con quien estuve hablando. «Ser humano es querer lo que no podemos tener.» ¿Por qué?

Ella lo ignoró y siguió escribiendo furiosamente. Cuando terminó, se levantó de la alta silla y corrió hacia la estantería.

—¿Tienes un ejemplar de…? Sí, eso me había parecido. Estos son los libros de Jasnah ¿verdad?

—Sí —contestó Dalinar—. Quería que cuidara de ellos hasta su regreso.

Navani sacó un volumen de la estantería.

—La *Analéctica* de Corvana.

Depositó el libro sobre el escritorio y empezó a pasar páginas. Dalinar se acercó a ella, aunque, naturalmente, no podía sacarle sentido a las páginas.

—¿Qué importa?

—Aquí —dijo Navani. Miró a Dalinar—. Cuando tienes esas visiones tuyas, sabes que hablas.

—Galimatías. Sí, mis hijos me lo han dicho.

—*Anak malah kaf, del makian habin yah* —dijo Navani—. ¿Te suena familiar?

Dalinar negó con la cabeza, aturdido.

—Se parece mucho a lo que estaba diciendo padre —repuso Renarin—. Cuando tenía la visión.

—No «mucho», Renarin —dijo Navani, pagada de sí misma—. Es

exactamente la misma frase. Es lo último que dijiste antes de salir de tu trance. Anoté lo mejor que pude todo lo que has farfullado hoy.

—¿Con qué propósito?

—Porque pensé que podría ser útil. Y lo fue. La misma frase aparece en la *Analéctica*, casi exactamente.

—¿Qué? —preguntó Dalinar, incrédulo—. ¿Cómo?

—Es un verso de una canción. Un cántico de los vanrial, una orden de artistas que viven en las laderas del Monte del Silencio en Jah Keved. Año tras año, siglo tras siglo, han cantado estas mismas palabras…, canciones que sostienen que fueron escritas en el *Cántico del amanecer* por los Heraldos mismos. Tienen las palabras de esas canciones, escritas en una antigua letra. Pero el significado se ha perdido. Ahora son solo sonidos. Algunos eruditos creen que la letra, y las canciones mismas, pueden ser realmente el *Cántico del amanecer*.

—Y yo…

—Acabas de pronunciar un verso de una de ellas —dijo Navani —. Aparte de eso, si la frase que me has dicho es correcta, la has…, traducido. ¡Esto podría demostrar la Hipótesis Vanrial! Una frase no es mucho, pero podría darnos la clave para traducir la letra entera. Lleva rondándome tiempo, mientras escucho estas visiones. Pensaba que las cosas que decías tenían demasiado orden para ser un galimatías. —Miró a Dalinar, sonriendo encantada—. Dalinar, puede que hayas desentrañado uno de los más acuciantes y antiguos misterios de todos los tiempos.

—Espera —dijo Adolin—. ¿Qué estás diciendo?

—Lo que estoy diciendo, sobrino —dijo Navani, mirándolo directamente—, es que tenemos tu prueba.

—Pero… —dijo Adolin—. Quiero decir, podría haber oído esa frase…

—¿Y extrapolado un idioma entero a partir de ella? —dijo Navani, alzando una hoja llena de texto escrito—. Esto no es ningún galimatías, pero no es una lengua que la gente hable ahora. Sospecho que es lo que parece, el *Cántico del amanecer*. Así que a menos que se te ocurra otra explicación de cómo ha aprendido tu padre una lengua muerta, Adolin, las visiones son ciertamente

reales.

La habitación quedó en silencio. La propia Navani parecía aturdida por lo que acababa de decir.

—Ahora, Dalinar —dijo—. Quiero que describas esta visión lo más exactamente posible. Necesito las palabras exactas que pronunciaste, si puedes recordarlas. Cada fragmento que recopilemos ayudará a mis eruditas a investigar…





«En la tormenta despierto, cayendo, girando, doliendo.»

Fechado Kakanev, 1173, 13 segundos antes de la muerte. El sujeto era un guardia de la ciudad.

—¿Cómo puedes estar seguro de que era él, Dalinar? —preguntó Navani en voz baja.

Dalinar sacudió la cabeza.

—Lo estoy, sin más. Era Nohadon.

Habían pasado varias horas desde el final de la visión. Navani había dejado su escritorio para sentarse en un sillón más cómodo cerca de Dalinar. Renarin estaba sentado frente a él, acompañándolos por bien del decoro. Adolin se había marchado para recabar los informes de los daños producidos por la alta tormenta. El muchacho parecía muy perturbado por el descubrimiento de que las visiones eran reales.

—Pero el hombre que viste nunca pronunció su nombre —dijo Navani.

—Era él, Navani —Dalinar miró la pared por encima de la cabeza de Renarin, contemplando la suave roca marrón animada—. Tenía un aura de mando, el peso de grandes personalidades. Un personaje regio.

—Podría haber sido cualquier otro rey. Después de todo,

rechazó tu sugerencia de que escribiera un libro.

—No era todavía el momento oportuno para escribirlo. Tanta muerte… Estaba afligido por una gran pérdida. ¡Padre Tormenta! Nueve de cada diez personas muertas en la guerra. ¿Puedes imaginar una cosa igual?

—Las Desolaciones —dijo Navani.

«Une al pueblo… Viene la Auténtica Desolación…»

—¿Conoces alguna referencia a las Desolaciones? —preguntó Dalinar—. No las historias que cuentan los fervorosos. Referencias históricas.

Navani tenía en la mano una copa de vino violeta caliente. Había perlas de condensación en el borde del cristal.

—Sí, pero no soy la más adecuada para responder a eso. La historiadora es Jasnah.

—Creo que vi las consecuencias de una. Yo…, puede que viera los cadáveres de los Vaciadores. ¿Podría darnos eso más pruebas?

—Nada tan bueno como la lingüística —Navani tomó un sorbo de vino—. Las Desolaciones son asuntos de leyendas antiguas. Podría argumentarse que imaginaste lo que esperabas ver. Pero esas palabras…, si podemos traducirlas, nadie podrá discutir que estás viendo algo real.

Su tablero de escritura yacía en la mesita baja que había entre ellos, la caña y la tinta cuidadosamente dispuestas sobre el papel.

—¿Pretendes hablarles a otros de mis visiones?

—¿Cómo si no explicaremos lo que te está sucediendo?

Dalinar vaciló. ¿Cómo podía explicarlo? Por un lado, era un alivio saber que no estaba loco. ¿Pero y si alguna fuerza estaba intentando desviarlo con estas visiones, usando imágenes de Nohadon y los Radiantes porque las consideraba dignas de confianza?

«Los Caballeros Radiantes cayeron —se recordó—, nos abandonaron. Algunas de las otras órdenes pueden haberse vuelto contra nosotros, como dicen las leyendas.» Había algo inquietante en todo aquello. Tenía otra piedra para reconstruir los cimientos de quién era, pero lo más importante estaba aún por decidir. ¿Confiaba en sus visiones o no? No podía volver a creer en ella a pies juntillas, no ahora que los retos de Adolin le habían causado auténticas

preocupaciones.

Hasta que no conociera su origen, consideraba que no debía hablarlo.

—Dalinar —dijo Navani, inclinándose hacia delante—. En los campamentos se habla de tus ataques. Incluso las esposas de tus oficiales se sienten incómodas. Creen que temes a las tormentas, o que tienes alguna enfermedad mental. Esto te reivindicará.

—¿Cómo? ¿Convirtiéndome en una especie de místico? Muchos pensarán que la brisa de estas visiones sopla demasiado cerca de la profecía.

—Ves el pasado, padre —dijo Renarin—. Eso no está prohibido. Y si el Todopoderoso las envía, ¿entonces cómo pueden cuestionarlas los hombres?

—Adolin y yo hemos hablado con los fervorosos —respondió Dalinar—. Dijeron que es muy improbable que esto proceda del Todopoderoso. Si decidimos que las visiones son de fiar, muchos estarán en desacuerdo conmigo.

Navani se echó hacia atrás, bebiendo su vino, la mano segura sobre el regazo.

—Dalinar, tus hijos me han contado que una vez buscaste la Antigua Magia. ¿Por qué? ¿Qué le pediste a la Vigilante Nocturna, y qué maldición te dio a cambio?

—Les dije que la vergüenza es mía. Y que no la compartiré.

Guardaron silencio. Los restos de lluvia tras la tormenta habían dejado de caer sobre el tejado.

—Podría ser importante —dijo Navani por fin.

—Fue hace mucho tiempo. Mucho antes de que comenzaran las visiones. No creo que estén relacionadas.

—Pero podrían estarlo.

—Sí —admitió él. ¿Nunca dejaría de acosarlo ese día? ¿No era suficiente perder la memoria de su esposa?

¿Qué pensaba Renarin? ¿Condenaría a su padre por un pecado tan escandaloso? Dalinar se obligó a levantar la cabeza y mirar a su hijo a la cara.

Curiosamente, Renarin no parecía molesto. Solo pensativo.

—Lamento que tuvieras que descubrir mi vergüenza —dijo Dalinar, mirando a Navani.

Ella hizo un gesto de indiferencia.

—Solicitar la Antigua Magia es ofensivo para los devotarios, pero sus castigos por ello no son nunca severos. Supongo que no tuviste que hacer mucho para expiarlo.

—Los fervorosos pidieron esferas para entregárselas a los pobres —dijo Dalinar—. Y tuve que encargar una serie de oraciones. Nada de eso eliminó mi sentimiento de culpa.

—Creo que te sorprendería cuántos devotos ojos claros recurren a la Antigua Magia en un momento u otro de sus vidas. Los que pueden abrirse paso en el Valle, al menos. Pero me pregunto si esto está relacionado.

—Tía —dijo Renarin, volviéndose hacia ella—. Últimamente he pedido que me lean bastante sobre la Antigua Magia. Estoy de acuerdo con él. Esto no parece obra de la Vigilante Nocturna, que da maldiciones a cambio de conceder pequeños deseos. Siempre una maldición y un deseo. Padre, supongo que sabes cuáles fueron.

—Sí —respondió Dalinar—. Sé exactamente cuál fue mi maldición, y no está relacionada con esto.

—Entonces es improbable que la Antigua Magia tenga la culpa.

—Sí, pero tú tía hace bien al cuestionarlo. La verdad es que no tenemos ninguna prueba de que esto sea cosa del Todopoderoso. Algo quiere que sepa de las Desolaciones y los Caballeros Radiantes. Tal vez deberíamos empezar preguntándonos por qué.

—¿Qué fueron las Desolaciones, tía? —preguntó Renarin—. Los fervientes hablan de los Vaciadores. De la humanidad, y los Radiantes, y de lucha. ¿Pero qué eran realmente? ¿Sabemos tal vez alguna cosa en concreto?

—Hay folkloristas entre las escribanas de tu padre que te informarían mejor de este tema.

—Tal vez —intervino Dalinar—, pero no estoy seguro de en cuál de ellas puedo confiar.

Navani vaciló.

—Muy bien. Por lo que tengo entendido, no quedan relatos de primera mano. Esto fue hace mucho, mucho tiempo. Recuerdo que el mito de Parasaphi y Nadris menciona las Desolaciones.

—Parasaphi —dijo Renarin—. Es la que buscó las piedras-semilla.

—Sí. Para repoblar su pueblo caído, subió a los picos de Dará (el mito cambia y cita cordilleras modernas como los verdaderos picos de Dará) para buscar piedras tocadas por los Heraldos mismos. Se las llevó a Nadris en su lecho de muerte y recogió su semilla para dar vida a las piedras. Engendraron diez hijos, que ella usó para fundar una nueva nación. Marnah, creo que se llamaba.

—Origen de los makabaki —dijo Renarin—. Madre me contó esa historia cuando era niño.

Dalinar sacudió la cabeza.

—¿Nacidos de las rocas?

Las antiguas historias rara vez tenían mucho sentido para él, aunque los devotarios habían canonizado muchas de ellas.

—La historia menciona las Desolaciones al principio —dijo Navani—. Las acusa de haber aniquilado al pueblo de Parasaphi.

—¿Pero qué eran?

—Guerras —Navani tomó un sorbo de vino—. Los Vaciadores venían una y otra vez, intentando expulsar a la humanidad de Roshar y arrojarla a Condenación. Tal como una vez expulsaron a la humanidad (y a los Heraldos) de los Salones Tranquilos.

—¿Cuándo se fundaron los Caballeros Radiantes? —preguntó Dalinar.

Navani se encogió de hombros.

—No lo sé. Tal vez eran algún grupo militar de un reino concreto, o tal vez fueron originalmente una banda de mercenarios. Así sería fácil comprender cómo se convirtieron en tiranos.

—Mis visiones no dan a entender que fueran tiranos —dijo él—. Tal vez ese sea su verdadero propósito. Hacerme creer mentiras sobre los Radiantes. Hacer que confíe en ellos, quizás intentando guiarme para que imite su caída y traición.

—No sé —respondió Navani, escéptica—. No creo que hayas visto nada falso respecto a los Radiantes. Las leyendas tienden a estar de acuerdo en que no siempre fueron tan malos. En la medida en que las leyendas están de acuerdo en algo, al menos.

Dalinar se levantó, cogió la copa vacía de Navani, se acercó a la mesa y la llenó. Descubrir que no estaba loco tendría que haberle ayudado a despejar las cosas, pero en cambio se sentía más perturbado. ¿Y si los Vaciadores estaban detrás de las visiones?

Algunas historias que había oído decían que podían poseer los cuerpos de los hombres y hacerlos cometer maldades. O, si eran del Todopoderoso, ¿cuál era su propósito?

—Tengo que pensar en todo esto —dijo—. Ha sido un día largo. Por favor, quisiera quedarme solo ahora.

Renarin se levantó e inclinó la cabeza respetuosamente antes de encaminarse hacia la puerta. Navani se levantó más despacio, el hermoso vestido crujió cuando soltó la copa sobre la mesa, y luego se dispuso a recoger su fabrial absorbe-dolores. Renarin se marchó, y Dalinar se acercó a la puerta, esperando a que ella se marchara. No pretendía dejar que lo atrapara de nuevo a solas. Se asomó a la puerta. Sus soldados estaban allí y podía verlos. Bien.

—¿No estás satisfecho? —preguntó Navani, deteniéndose en la puerta junto a él, una mano en el marco.

—¿Satisfecho?

—No te estás volviendo loco.

—Pero no sabemos si estoy siendo manipulado o no. En cierto modo, ahora tenemos más preguntas que antes.

—Las visiones son una bendición —dijo Navani, posando su mano libre en su brazo—. Lo presiento, Dalinar. ¿No ves lo maravilloso que es esto?

Dalinar la miró a los ojos, violeta claro, hermosos. Era tan inteligente, tan sabia. Cómo deseaba poder confiar en ella completamente.

«No me ha demostrado más que honor —pensó—. No le ha dicho ni una palabra a nadie de mi intención de abdicar. Ni siquiera ha intentado usar mis visiones contra mí.» Se sintió avergonzado por haber temido una vez que así lo hiciera.

Era una mujer maravillosa, Navani Kholin. Un mujer maravillosa, sorprendente, y peligrosa.

—Veo más preocupaciones —dijo—. Y más peligros.

—¡Pero Dalinar, estás teniendo experiencias con las que eruditos, historiadores y folkloristas solo podían soñar! Te envidio, aunque digas no haber visto ningún fabrial hasta el momento.

—Los antiguos no tenían fabriales, Navani. Estoy seguro.

—Y eso cambia todo lo que creíamos saber de ellos.

—Supongo.

—Lluvia de piedras, Dalinar —suspiró ella—. ¿Es que ya nada te apasiona?

Dalinar inspiró profundamente.

—Demasiadas cosas, Navani. Siento en mi interior como una masa de anguilas, las emociones rebulléndose unas encima de otras. La verdad de estas visiones es inquietante.

—Es excitante —corrigió ella—. ¿Hablabas en serio antes? ¿Cuándo dijiste que confiabas en mí?

—¿Eso dije?

—Dijiste que no te fiabas de tus escribanas, y me pediste que registrara las visiones. Hay una implicación en eso.

Su mano estaba todavía posada sobre su brazo. Navani extendió la mano segura y cerró la puerta que daba al pasillo. Él casi la detuvo, pero titubeó. ¿Por qué?

La puerta se cerró con un chasquido. Estaban solos. Y ella era tan hermosa. Aquellos ojos verdes y excitantes, encendidos de pasión.

—Navani —dijo él, conteniendo su deseo—. Estás volviendo a hacerlo.

¿Por qué se lo permitía?

—Sí, así es. Soy una mujer obstinada, Dalinar.

No parecía haber ninguna burla en su tono.

—Esto no es adecuado. Mi hermano… —Extendió la mano hacia la puerta para volver a abrirla.

—Tu hermano —escupió Navani, ira en el rostro—. ¿Por qué todo el mundo siempre tiene que centrarse en él? ¡Todo el mundo se preocupa siempre tanto por un hombre que está muerto! No está aquí, Dalinar. Murió. Lo echo de menos. Pero ni la mitad que tú, según parece.

—Honro su memoria —dijo Dalinar envarado, vacilante, la mano en el pomo de la puerta.

—¡Muy bien! Me alegra que lo hagas. Pero han pasado seis años, y todo lo que la gente ve en mí es a la esposa de un muerto. Las otras mujeres me siguen la corriente con sus chismes, pero no me dejan entrar en sus círculos políticos. Piensan que soy una reliquia. ¿Querías saber por qué volví tan rápidamente?

—Yo…

—Regresé porque no tengo ningún hogar. ¡Tengo que permanecer apartada de acontecimientos importantes porque mi marido está muerto! Estoy presente, mimada pero ignorada. Las hago sentirse incómodas. A la reina, a las otras mujeres de la corte.

—Lo siento —dijo Dalinar—. Pero yo no…

Ella alzó su mano libre y le señaló el pecho.

—No aceptaré eso de ti, Dalinar. ¡Éramos amigos ya antes de que yo conociera a Gavilar! Todavía me conoces como lo que soy, no como una sombra de una dinastía, que se desmoronó hace años, ¿no? —lo miró, suplicante.

«Sangre de mis padres —pensó Dalinar con sorpresa—. Está llorando.» Dos pequeñas lágrimas.

Rara vez la había visto tan sincera.

Y por eso la besó.

Fue un error. Lo sabía. La agarró de todas formas, abrazándola de forma brusca y tensa y apretando su boca contra la suya, incapaz de contenerse. Ella se fundió contra él. Dalinar saboreó la sal de sus lágrimas mientras corrían a sus labios y se encontraban con los suyos.

Fue largo. Demasiado largo. Maravillosamente largo. Su mente le gritaba, como un prisionero encadenado a una celda y obligado a ver algo horrible. Pero una parte de él quería esto desde hacía décadas, décadas pasadas viendo a su hermano cortejar, casarse y luego apoderarse de la única mujer a la que el joven Dalinar había amado jamás.

Se había dicho a sí mismo que nunca permitiría esto. Había negado sus sentimientos hacia Navani en el momento mismo en que Gavilar ganó su mano. Dalinar se había apartado.

Pero su sabor, su olor, el calor de ese cuerpo apretado contra el suyo, era demasiado dulce. Como un perfume floreciente, lavó la culpa. Durante un momento, ese contacto lo desterró todo. Él no pudo recordar su miedo a las visiones, sus preocupaciones por Sadeas, su vergüenza por sus pasados errores.

Solo pudo pensar en ella. Hermosa, inteligente, delicada y fuerte a la vez. Se aferró a ella, algo a lo que podía aferrarse mientras el resto del mundo daba vueltas a su alrededor.

Por fin, el beso terminó. Ella lo miró, sorprendida. Pasionespren,

como diminutos copos de nieve cristalina, flotaban en el aire alrededor de ellos. La culpa lo volvió a inundar. Trató amablemente de apartarla, pero ella se aferró a él, con fuerza.

—Navani.

—Calla.

Ella apoyó la cabeza en su pecho.

—No podemos…

—Calla —dijo ella, con más insistencia. Él suspiró, pero se permitió abrazarla.

—Algo malo está pasando en este mundo, Dalinar —dijo Navani en voz baja—. El rey de Jah Keved ha sido asesinado. Acabo de enterarme hoy mismo. Lo mató un portador de esquirlada shin vestido de blanco.

—¡Padre Tormenta!

—Algo está pasando. Algo más grande que nuestra guerra aquí, algo más grande que Gavilar. ¿Has oído hablar de las cosas tan extrañas que dice la gente al morir? La mayoría las ignora, pero los cirujanos hablan. Y los guardatormentas susurran que las altas tormentas se vuelven más potentes.

—Lo he oído —dijo él. Le resultaba difícil encontrar las palabras, embriagado de ella como estaba.

—Mi hija busca algo —dijo Navani—. A veces me asusta. Es tan intensa. Creo sinceramente que es la persona más inteligente que he conocido. Y las cosas que busca…, Dalinar, cree que algo muy peligroso se acerca.

«El sol se acerca al horizonte. Viene la Tormenta Eterna. La Auténtica Desolación. La Noche de las Penas…»

—Te necesito —dijo Navani—. Lo sé desde hace años, aunque temía que la culpa te destruyera, por eso huí. Pero no pude quedarme. No con la forma en que me tratan. Estoy aterrada, Dalinar, y te necesito. Gavilar no era el hombre que todos creen que era. Yo lo apreciaba, pero…

—Por favor, no hables mal de él.

—Muy bien.

«¡Sangre de mis padres!» No podía quitarse su olor de la cabeza. Se sentía paralizado, abrazado a ella como un hombre aferrado a una piedra en los vientos de tormenta.

Ella lo miró.

—Bien, digamos entonces que apreciaba a Gavilar. Pero te aprecio más a ti. Y estoy cansada de esperar.

Él cerró los ojos.

—¿Cómo puede funcionar esto?

—Encontraremos un modo.

—Nos denunciarán.

—Los campamentos ya me ignoran —dijo Navani—, y difunden rumores y mentiras sobre ti. ¿Qué más pueden hacernos?

—Encontrarán algo. De momento, los devotarios no me condenan.

—Gavilar está muerto —dijo Navani, apoyando de nuevo la cabeza en su pecho—. Nunca fui infiel mientras vivió, aunque el Padre Tormenta sabe que tuve motivos de sobra. Los devotarios pueden decir lo que quieran, pero *Los argumentos* no prohíben nuestra unión. Tradición no es lo mismo que doctrina, y no me contendré por miedo a ofender a nadie.

Dalinar inspiró profundamente y luego se obligó a abrir los brazos y separarse de ella.

—Si esperabas aliviar mis preocupaciones por hoy, esto no ha servido de nada.

Ella se cruzó de brazos. Él todavía podía sentir donde la mano segura lo había tocado en la espalda. Una caricia tierna, reservada para un miembro de la familia.

—No estoy aquí para tranquilizarte, Dalinar. Más bien al contrario.

—Por favor. Necesito tiempo para pensar.

—No dejaré que me apartes. No ignoraré lo que ha pasado. No…

—Navani —él la interrumpió amablemente—. No te abandonaré. Lo prometo.

Ella lo miró, y entonces una triste sonrisa asomó a sus labios.

—Muy bien. Pero has empezado algo hoy.

—¿Lo he empezado yo? —preguntó él, divertido, aliviado, confuso, preocupado y avergonzado al mismo tiempo.

—El beso fue tuyo, Dalinar —dijo ella tranquilamente, mientras abría la puerta y salía a la antesala.

—Tú me sedujiste para que lo hiciera.

—¿Qué? ¿Seducirte? —Se volvió a mirarlo—. Dalinar, nunca he sido más franca y sincera en mi vida.

—Lo sé —respondió Dalinar, sonriendo—. Esa fue la parte seductora.

Cerró la puerta con suavidad, y luego dejó escapar un suspiro.

«Sangre de mis padres —pensó—. ¿Por qué no pueden estas cosas ser sencillas nunca?»

Y sin embargo, en contraste directo con sus pensamientos, sentía como si el mundo entero de algún modo hubiera mejorado por haber empeorado.



«La oscuridad se convierte en un palacio. ¡Que gobierne! ¡Que gobierne!»

Kakevah, 1173,22 segundos antes de la muerte. Un selay ojos oscuros de profesión desconocida.

—¿Crees que una de estas cosas nos salvará? —preguntó Moash, frunciendo el ceño mientras miraba la plegaria que Kaladin tenía atada en el brazo derecho.

Kaladin miró a un lado. Estaba de pie, en posición de descanso, mientras los soldados de Sadeas cruzaban el puente. El frío aire de primavera, ahora que había empezado a trabajar, le sentaba bien. El cielo era brillante, sin nubes, y los guardatormentas habían prometido que no se avecinaba ninguna.

La plegaria atada en su brazo era sencilla. Tres glifos: viento, protección, amor. Una oración a Jezerezeh, el Padre Tormenta, para que protegiera a los amigos y seres queridos. Era la forma directa que prefería su madre. A pesar de sus sutilezas y su astucia, cada vez que cosía o escribía una plegaria, siempre era sencilla y sentida. Llevarla le hacía recordarla.

—No puedo creer que pagaras un buen dinero por eso —dijo Moash—. Si hay Heraldos mirando, no prestan ninguna atención a los hombres de los puentes.

—Supongo que últimamente me siento algo nostálgico.

La plegaria probablemente carecía de sentido, pero había tenido motivos para empezar a pensar más en la religión últimamente. La vida de esclavo hacía difícil creer que alguien, o algo, te estuviera observando. Sin embargo, muchos hombres de los puentes se habían vuelto religiosos durante su cautiverio. Dos grupos, reacciones opuestas. ¿Significaba eso que unos eran estúpidos y otros insensibles, u otra cosa completamente distinta?

—Por fin nos verán muertos ¿sabéis? —dijo Drehy desde atrás —. Se acabó.

Los hombres estaban exhaustos. Kaladin y su equipo habían sido obligados a trabajar en los abismos toda la noche. Hashal les había impuesto requerimientos muy estrictos, exigiendo una cuota cada vez mayor de material recuperado. Para cumplir la cuota, habían dejado de entrenar.

Y hoy los habían despertado para un ataque después de descansar solo tres horas. Se caían de sueño allí en fila, y ni siquiera habían llegado todavía a la meseta en pugna.

—Deja que vengan —dijo Cikatriz tranquilamente desde el otro lado de la línea—. ¿Nos quieren muertos? Bueno, no me voy a echar atrás. Les demostraremos lo que es el valor. Pueden esconderse detrás de nuestros puentes mientras cargamos.

—Eso no es ninguna victoria —dijo Moash—. Yo digo que ataquemos a los soldados. Ahora mismo.

—¿A nuestras propias tropas? —preguntó Sigzil, volviendo su oscura cabeza y mirando a la fila de hombres.

—Claro —respondió Moash, todavía mirando al frente—. Van a matarnos de todas maneras. Llevémonos a unos cuantos por delante. Condenación ¿por qué no atacar a Sadeas? Su guardia no se lo esperará. Apuesto a que podríamos eliminar a unos cuantos y apoderarnos de sus lanzas, y entonces podremos matar ojos claros antes de que nos aniquilen.

Un par de hombres murmuraron su acuerdo mientras los soldados continuaban cruzando.

—No —dijo Kaladin—. No conseguiríamos nada. Nos matarían antes de que pudiéramos siquiera molestar a Sadeas.

Moash escupió.

—¿Y todo esto conseguirá algo? ¡Maldición, Kaladin, siento que

ya estoy colgando de la horca!

—Tengo un plan —dijo Kaladin.

Esperó las objeciones. Sus otros planes no habían funcionado.

Nadie murmuró ninguna queja.

—Bueno —dijo Moash—, ¿cuál es?

—Lo verás hoy —respondió Kaladin—. Si funciona, nos aportará tiempo. Si fracasa, moriré. —Se volvió a mirar la fila de rostros—. En ese caso, Teft tiene orden de dirigir un intento de huida esta noche. No estáis preparados, pero al menos tendréis una oportunidad.

Eso era mucho mejor que atacar mientras Sadeas cruzaba.

Los hombres asintieron, y Moash pareció contento. Al contrario que al principio, se había vuelto igualmente leal. Era testarudo, pero también era el mejor con la lanza.

Sadeas se acercó, montado en su ruano y ataviado con su armadura esquirlada roja, el yelmo puesto pero la visera levantada. Por casualidad, cruzó por el puente de Kaladin, aunque, como siempre, tenía veinte para escoger. Sadeas ni siquiera dirigió una mirada al Puente Cuatro.

—Romped filas y cruzad —ordenó Kaladin después de que Sadeas terminara de pasar. Los hombres cruzaron su puente y Kaladin les dio las órdenes para tirar de él y luego alzarlo.

Parecía más pesado que nunca. Los hombres echaron a correr, rodearon la columna del ejército y se apresuraron a alcanzar el siguiente abismo. Detrás, a lo lejos, un segundo ejército, de azul, los seguía y cruzó algunos de los puentes de las otras cuadrillas de Sadeas. Parecía que Dalinar Kholin había renunciado a sus grandes puentes mecánicos y usaba ahora las cuadrillas de Sadeas para cruzar. Se había acabado su «honor» y el no sacrificar las vidas de los hombres de los puentes.

En su bolsa, Kaladin llevaba gran número de esferas infusas, obtenidas de los prestamistas a cambio de una cantidad superior de esferas opacas. Odiaba haber aceptado esa pérdida, pero necesitaba la luz tormentosa.

Llegaron rápidamente al siguiente abismo. Sería el penúltimo, según la información que había recibido de Matal, el esposo de Hashal. Los soldados empezaron a comprobar sus armaduras y a

practicar estiramientos, mientras los expectaspren saltaban al aire como pequeños gallardetes.

Los hombres colocaron su puente y se retiraron. Kaladin advirtió que Lopen y el silencioso Dabbid se acercaban con su camilla, los odres de agua y las vendas dentro. Lopen había atado la camilla a un gancho en su cintura, para compensar su brazo perdido. Los dos empezaron a repartir agua entre los miembros del Puente Cuatro.

Cuando pasó junto a Kaladin, Lopen indicó un gran bulto en el centro de la camilla. La armadura.

—¿Cuándo la quieres? —preguntó Lopen en voz baja, bajando la litera y ofreciendo a Kaladin un odre de agua.

—Justo antes del asalto. Has hecho bien, Lopen.

El hombrecito le hizo un guiño.

—Un herdaziano manco es el doble de útil que un alezi sin cerebro. Además, mientras tenga una mano, todavía puedo seguir haciendo esto. —Hizo a hurtadillas un gesto obsceno hacia los soldados.

Kaladin sonrió, pero se estaba poniendo demasiado nervioso para sentir alegría. Hacía mucho tiempo que no le pasaba antes de una batalla. Creía que Tukk lo había ayudado a superar eso hacía años.

—¡Eh! —dijo de pronto una voz—. Quiero un poco de eso.

Kaladin giró sobre sus talones y vio a un soldado que se acercaba. Era exactamente el tipo de hombre que había aprendido a evitar en el ejército de Amaram. Ojos oscuros de rango modesto, grande, probablemente lo habían ascendido debido a su tamaño. Su armadura estaba bien cuidada aunque el uniforme de debajo estaba manchado y arrugado, y tenía las mangas subidas, revelando sus brazos velludos.

Al principio, Kaladin supuso que el hombre había visto el gesto de Lopen. Pero no parecía furioso. Lo empujó a un lado y le quitó a Lopen el odre de agua. Cerca, los soldados que esperaban para cruzar se habían fijado en ellos. Sus equipos de aguadores eran mucho más lentos, y eran bastantes los que miraban con ansiedad a Lopen y sus odres.

Permitir que los soldados bebieran su agua sentaría un terrible precedente, pero era un problema insignificante comparado con el

otro. Si los soldados se acercaban a beber agua, descubrirían el saco con la armadura.

Kaladin reaccionó rápidamente y arrancó el odre de las manos del soldado.

—Vosotros tenéis vuestros propios grupos de aguadores.

El soldado miró a Kaladin, como si fuera absolutamente incapaz de creer que un hombre de los puentes le estuviera plantando cara. Frunció el ceño y bajó la lanza, golpeando el suelo con su culata.

—No quiero esperar.

—Qué lástima —dijo Kaladin, dando un paso hacia el hombre y mirándolo a los ojos. Maldijo para sus adentros al idiota. Si esto acababa en pelea…

El soldado vaciló, más sorprendido todavía por ver una amenaza tan agresiva por parte de un hombre de los puentes. Kaladin no era tan fornido como él, pero sí un par de dedos más alto. La incertidumbre del soldado se reflejó en su cara.

«Retírate», pensó Kaladin.

Pero no. ¿Retirarse ante un hombre de los puentes mientras su pelotón estaba mirando? El hombre cerró el puño e hizo crujir sus nudillos.

Segundos después, toda la cuadrilla estaba allí presente. El soldado parpadeó cuando el Puente Cuatro formó alrededor de Kaladin en una agresiva pauta de cuña invertida, moviéndose naturalmente, con facilidad, como él les había enseñado. Todos cerraron los puños, dando al soldado amplias oportunidades de ver cómo levantar los puentes les había hecho llegar a un nivel físico muy por encima del soldado medio.

—¿Quieres empezar una pelea ahora, amigo? —preguntó Kaladin en voz baja—. Si le hacéis daño a los hombres de los puentes, me pregunto a quién hará Sadeas cargarlo.

El hombre miró a Kaladin, guardó silencio un momento, luego hizo una mueca, maldijo, y se marchó.

—Probablemente estará llena de crem de todas formas —murmuró, reuniéndose con su equipo.

Los miembros del Puente Cuatro se relajaron, aunque recibieron miradas apreciativas por parte de los soldados en fila. Por una vez, hubo algo distinto a las miradas de desprecio. Era de esperar que no

se hubieran dado cuenta de que un puñado de hombres de los puentes habían asumido con rapidez y precisión una formación de combate común en la lucha con lanzas.

Kaladin indicó a los hombres que se retiraran, asintiendo agradecido. Ellos se dispersaron, y Kaladin le lanzó a Lopen el odre recuperado.

El hombrecillo sonrió con expresión taimada.

—Cuidaré mejor de estas cosas a partir de ahora, gancho.

Miró al soldado que había intentado quitarle el agua.

—¿Qué pasa? —preguntó Kaladin.

—Bueno, tengo un primo entre los aguadores ¿sabes? —dijo Lopen—. Y estoy pensando que podría hacerme un favor a cuenta de aquella vez que ayudé a una amiga de su hermana a escapar de un tipo que la andaba buscando…

—Sí que tienes un montón de primos.

—Nunca los suficientes. Molesta a uno de nosotros, y nos molestas a todos. Es algo que los cabezas de paja nunca parecen comprender. Sin ánimo de ofender, gancho.

Kaladin alzó una ceja.

—No le crees problemas al soldado. Hoy no.

«Ya crearé yo suficientes por mi cuenta.»

Lopen suspiró, pero asintió.

—Muy bien. Por ti. —Alzó un odre de agua—. ¿Seguro que no quieres?

Kaladin no quería: su estómago estaba demasiado inquieto. Pero se obligó a coger el odre y a dar unos sorbos.

Poco después, llegó el momento de cruzar y tirar del puente para la última carrera. El asalto. Los soldados de Sadeas formaban filas, los ojos claros cabalgaban de un lado a otro, dando órdenes. Matal indicó a la cuadrilla de Kaladin que avanzara. El ejército de Dalinar Kholin había quedado atrás, más lento debido a su gran número de soldados.

Kaladin ocupó su puesto en la parte delantera del puente. Los parshendi preparaban sus arcos en el borde de su meseta, esperando el inminente asalto. ¿Estaban cantando ya? A Kaladin le parecía oír sus voces.

Moash estaba a su derecha, Roca a su izquierda. Solo tres en la

línea de la muerte, por lo escasos de hombres que estaban. Había puesto a Shen atrás del todo, para que no viera lo que estaba a punto de hacer.

—Cuando empecemos a movernos voy a escabullirme —les dijo Kaladin—. Roca, hazte cargo. Seguid corriendo.

—Muy bien —dijo Roca—. Será difícil cargar sin ti. Tenemos muy pocos hombres y estamos muy débiles.

—Os las apañaréis. Tendréis que hacerlo.

Colocados bajo el puente como estaban, Kaladin no podía ver la cara de Roca, pero su voz sonaba preocupada.

—¿Eso que vas a intentar es peligroso?

—Tal vez.

—¿Puedo ayudar?

—Me temo que no, amigo mío. Pero me da fuerzas oírte ofrecerte.

Roca no tuvo oportunidad de responder. Matal les ordenó que se pusieran en marcha. Las flechas volaron por los aires para distraer a los parshendi. El Puente Cuatro echó a correr.

Y Kaladin se escabulló y se apartó de ellos. Lopen estaba esperándolo a un lado y le lanzó el saco con la armadura.

Matal le gritó lleno de pánico, pero las cuadrillas ya se habían puesto en movimiento. Kaladin se centró en su objetivo, proteger al Puente Cuatro, e inspiró profundamente. La luz tormentosa fluyó hacia él desde la bolsa que llevaba en la cintura, pero no absorbió demasiada. Solo la suficiente para adquirir una descarga de energía.

Syl revoloteó ante él, una ondulación en el aire, casi invisible. Kaladin abrió el saco, extrajo el chaleco y se lo puso torpemente por encima de la cabeza. Ignoró los lazos del costado y se puso el yelmo mientras saltaba sobre una pequeña formación rocosa. El escudo fue lo último, y castañeteó con los rojos huesos parshendi colocados delante.

Incluso mientras se ponía la armadura, Kaladin permaneció muy por delante de las apuradas cuadrillas. Sus piernas infundidas por la luz tormentosa eran rápidas y seguras.

Los arqueros parshendi que tenía justo delante dejaron bruscamente de cantar. Varios bajaron sus arcos, y aunque estaban demasiado lejos para distinguir sus rostros, pudo sentir su clamor.

Kaladin lo esperaba. Lo deseaba.

Los parshendi dejaban a sus muertos. No porque fueran crueles, sino porque les parecía una horrible ofensa moverlos. El solo hecho de tocar un cadáver parecía un pecado. Si ese era el caso, un hombre que profanaba los cadáveres y se los ponía en la batalla sería mucho, mucho peor.

A medida que Kaladin se acercaba, una canción diferente empezó a sonar entre los arqueros parshendi. Una canción rápida y violenta, más cántico que melodía. Los que habían bajado los arcos los volvieron a alzar.

Y trataron por todos los medios de matarlo.

Las flechas volaron hacia él. Docenas de ellas. No las disparaban con andanadas cuidadosas. Volaban individualmente, rápidas, salvajes, cada arquero disparaba contra él tan velozmente como podía. Un enjambre de muerte se cernía sobre Kaladin.

Con el pulso desbocado, Kaladin se lanzó a la izquierda, saltando un pequeño peñasco. Las flechas hendieron el aire a su alrededor, peligrosamente cerca. Pero mientras estaban infundidos de luz tormentosa, sus músculos reaccionaban con rapidez. Esquivó las flechas y luego se volvió en otra dirección, moviéndose erráticamente.

Detrás, el Puente Cuatro se puso al alcance de las flechas y ni una sola fue disparada contra ellos. Otras cuadrillas fueron ignoradas también, pues muchos de los arqueros estaban concentrados en Kaladin. Las flechas llegaban más velozmente, esparciéndose a su alrededor, rebotando en su escudo. Una le rozó e hizo un corte en el brazo; otra chocó contra su yelmo, y estuvo a punto de soltarlo.

Del brazo herido manó luz, no sangre, y para sorpresa de Kaladin empezó a sellarse rápidamente, con la escarcha cristalizando en su piel y la luz tormentosa brotando de él. Inspiró más, proyectándose a la cúspide de la brillante visibilidad. Esquivó, se agachó, saltó, corrió.

Sus reflejos entrenados en la batalla se deleitaron en la velocidad recién hallada, y usó el escudo para apartar las flechas del aire. Era como si su cuerpo hubiera ansiado esta habilidad, como si hubiera nacido para aprovecharse de la luz tormentosa.

Durante la primera parte de su vida, había vivido sintiéndose torpe e impotente. Ahora se había curado. No actuaba más allá de sus capacidades, no: finalmente las alcanzaba.

Un puñado de flechas buscó su sangre, pero Kaladin giró entre ellas, recibió otro corte en el brazo pero esquivó las demás con el escudo y el peto. Otra andanada llegó, y alzó el escudo, preocupado por ser demasiado lento. Sin embargo, las flechas cambiaron de rumbo, arqueándose hacia su escudo y clavándose en él. Como atraídas hacia su persona.

«¡Las estoy desviando!» Recordó docenas de carreras con el puente, las flechas clavándose en la madera cerca de donde sus manos sujetaban las barras de apoyo. Siempre incapaces de alcanzarlo.

«¿Cuánto tiempo llevo haciendo esto? ¿Cuántas flechas desvié hacia el puente, alejándolas de mí?»

No tenía tiempo para pensar en eso ahora. Siguió moviéndose, esquivando. Sintió el silbido de las flechas en el aire, las oyó pasar, el golpeteo de las astillas en la piedra o el escudo, su ruido al romperse. Esperaba distraer a algunos parshendi para que no dispararan a sus hombres, pero no tenía ni idea de la reacción que obtendría.

Una parte de él se sentía exultante por la emoción de esquivar, agacharse y bloquear la andanada de flechas. Sin embargo, empezaba a bajar el ritmo. Trató de absorber luz tormentosa, pero no llegó ninguna más. Sus esferas se habían agotado. Sintió pánico, todavía esquivando, pero entonces las flechas empezaron a menguar.

Con sorpresa, Kaladin advirtió que las cuadrillas de los puentes se habían desplegado a su alrededor, dejando espacio para que siguiera esquivando mientras lo adelantaban y fijaban sus cargas. El Puente Cuatro estaba en su sitio, y la caballería lo cruzaba para atacar a los arqueros. A pesar de eso, algunos parshendi continuaban disparándole a Kaladin, furiosos. Los soldados a caballo los abatieron con facilidad, despejaron el terreno y dejaron espacio para la infantería de Sadeas.

Kaladin bajó el escudo. Estaba tachonado de flechas. Apenas tuvo tiempo de inspirar una bocanada de aire fresco cuando los

hombres del puente lo alcanzaron, gritando de alegría, casi derribándolo al suelo en su emoción.

—¡Loco! —dijo Moash—. ¡Tormentoso loco! ¿Qué ha sido eso? ¿En qué estabas pensando?

—Ha sido increíble —dijo Roca.

—¡Deberías estar muerto! —dijo Sigzil, y su cara normalmente severa mostraba una amplia sonrisa.

—Padre Tormenta —añadió Moash, sacando una flecha del hombro del chaleco de Kaladin—. Mira esto.

Kaladin miró y se sorprendió al encontrar una docena de agujeros de flecha en los lados de su chaleco y su camisa, donde apenas había evitado ser alcanzado. Tres flechas sobresalían del cuero.

—Benditormenta —dijo Cikatriz—. Es todo lo que hay que decir.

Kaladin no hizo caso a sus alabanzas, el corazón todavía martilleando en su pecho. Sorprendido por haber sobrevivido, helado por la luz tormentosa que había consumido, agotado como si hubiera corrido por una rigurosa pista de obstáculos. Miró a Teft, alzando una ceja, indicando la bolsa en su cintura.

Teft negó con la cabeza. Había estado observando: la luz tormentosa que brotaba de Kaladin no había sido visible para los que miraban, no a plena luz del día. Con todo, la forma en que Kaladin había esquivado habría parecido increíble, incluso sin la luz. Si había leyendas sobre él antes, ahora aumentarían.

Se volvió a mirar a los soldados que pasaban. Al hacerlo, se dio cuenta de algo. Todavía tenía que tratar con Matal.

—Poneos en fila.

Los hombres obedecieron reacios, ocupando puestos a su alrededor formando una doble fila. Matal estaba de pie junto al puente. Parecía preocupado, como era de esperar. Sadeas se acercaba a caballo.

Kaladin se preparó, recordando cómo su anterior victoria, cuando corrieron con el puente en posición lateral, se le había vuelto en su contra. Vaciló, pero luego se apresuró hacia el puente. Sus hombres lo siguieron.

Kaladin llegó cuando Matal hacía una reverencia ante Sadeas, que vestía su gloriosa armadura esquirlada roja. Kaladin y los

hombres del puente imitaron también el gesto.

—Avarak Matal —dijo Sadeas. Señaló a Kaladin con la cabeza—. Este hombre parece familiar.

—Es el de antes, brillante señor —respondió Matal, nervioso—. El que…

—Ah, sí —dijo Sadeas—. El «milagro». ¿Y lo enviaste como señuelo? Yo pensaba que no te atreverías a tomar esas medidas.

—Acepto toda la responsabilidad, brillante señor —contestó Matal, poniendo la mejor cara posible.

Sadeas contempló el campo de batalla.

—Bueno, afortunadamente para ti, funcionó. Supongo que ahora tendré que ascenderte. —Sacudió la cabeza—. Esos salvajes ignoraron prácticamente la fuerza de asalto. Los veinte puentes emplazados, la mayoría con ninguna baja. Parece incluso un desperdicio. Considérate ascendido. Muy notable, la forma en que el muchacho ha esquivado… —Espoleó a su caballo y dejó a Matal y los hombres del puente atrás.

Era el ascenso más despectivo que Kaladin había visto jamás, pero sería suficiente. Kaladin sonrió de oreja a oreja mientras Matal se volvía hacia él, los ojos llenos de ira.

—Tú… —borboteó—. ¡Podrías haberme hecho ejecutar!

—En cambio, te conseguí un ascenso —dijo Kaladin. El Puente Cuatro formaba a su alrededor.

—Debería colgarte.

—Ya lo han intentado. No funcionó. Además, sabes que a partir de ahora Sadeas esperará que me dedique a distraer a los arqueros. Buena suerte para conseguir a otros hombres que lo intenten.

La cara de Matal se puso roja. Dio media vuelta y se marchó a comprobar las otras cuadrillas. Las dos más cercanas (el Puente Siete y el Dieciocho) miraban hacia Kaladin y su equipo. ¿Los veinte puentes habían sido emplazados? ¿Casi ninguna baja?

«Padre Tormenta. ¿Cuántos arqueros me estaban disparando?»

—¡Lo lograste, Kaladin! —exclamó Moash—. Encontraste el secreto. Tenemos que hacer que esto funcione. Ampliarlo.

—Apuesto a que podría esquivar esas flechas, si no tuviera otra cosa que hacer —dijo Cikatriz—. Con blindaje suficiente…

—Deberíamos tener más de una armadura —coincidió Moash—.

Cinco por lo menos, corriendo para atraer los ataques parshendi.

—Los huesos —dijo Roca, cruzándose de brazos—. Eso es lo que lo hizo funcionar. Los parshendi estaban tan furiosos que ignoraron a la cuadrilla del puente. Si los cinco lleváramos huesos de parshendi…

Eso hizo que Kaladin considerara algo. Miró atrás y buscó entre sus hombres. ¿Dónde estaba Shen?

Allí. Estaba sentado en las rocas, distante, mirando a la nada. Kaladin se acercó con los demás. El parshmenio lo miró, el rostro una máscara de dolor, las lágrimas corriéndole por las mejillas. Miró a Kaladin y se estremeció visiblemente, se dio la vuelta y cerró los ojos.

—Se sentó así en el momento en que vio lo que habías hecho, muchacho —dijo Teft, frotándose la barbilla—. Tal vez no sirva para seguir cargando puentes.

Kaladin se quitó de la cabeza el yelmo atado al caparazón y se pasó los dedos por el pelo. El caparazón pegado a sus ropas apestaba ligeramente, aunque lo había lavado en el abismo.

—Ya veremos —dijo, sintiendo una punzada de culpabilidad. No la suficiente para oscurecer la victoria por haber protegido a sus hombres, pero sí para desanimarla al menos—. Por ahora, sigue habiendo muchas cuadrillas que fueron atacadas. Ya sabéis lo que hay que hacer.

Los hombres asintieron y echaron a correr en busca de heridos. Kaladin puso a un hombre a vigilar a Shen (no estaba seguro de qué otra cosa hacer con el parshmenio) y trató de no mostrar su cansancio mientras ponía el sudoroso casco recubierto por el caparazón y el chaleco en la litera de Lopen. Se arrodilló para revisar su equipo médico, por si era necesario, y descubrió que su mano estaba temblando. La apoyó en el suelo para controlarla, inspiró y espiró.

«Piel fría y pegajosa —pensó—. Náusea. Debilidad.» Estado de shock.

—¿Te encuentras bien, muchacho? —preguntó Teft, arrodillándose junto a él. Todavía llevaba el brazo vendado por la herida que había recibido unas cuantas carreras antes, pero no era suficiente para impedir que siguiera cargando. No cuando eran tan

pocos para hacerlo.

—Me pondré bien —respondió Kaladin, cogiendo un odre de agua y sujetándolo con mano temblorosa. Apenas pudo quitarle el tapón.

—No pareces…

—Me pondré bien —repitió Kaladin, bebió, y bajó el odre—. Lo que importa es que los hombres están a salvo.

—¿Vas a hacer esto siempre, cada vez que entremos en combate?

—Lo que haga falta para mantenerlos a salvo.

—No eres inmortal, Kaladin —dijo Teft en voz baja—. Los Radiantes podían morir, como cualquier hombre. Tarde o temprano, una de esas flechas encontrará tu cuello en vez de tu hombro.

—La luz tormentosa sana.

—La luz tormentosa ayuda a tu cuerpo a sanar. Es diferente, me parece. —Teft le puso una mano en el hombro—. No podemos perderte, muchacho. Los hombres te necesitan.

—No voy a evitar ponerme en peligro, Teft. Y no voy a dejar que los hombres se enfrenten a una lluvia de flechas si puedo hacer algo al respecto.

—Bueno, vas a tener que dejar que unos cuantos te acompañemos. El puente puede apañárselas con veinticinco, si es necesario. Eso nos deja con unos pocos extra, como decía Roca. Y apuesto a que algunos de los heridos de las otras cuadrillas que hemos salvado están ya lo suficientemente recuperados como para ayudar a cargar. No se atreverán a enviarlos de vuelta a sus propias cuadrillas, no mientras el Puente Cuatro esté haciendo lo que tú has hecho hoy, y eso ayude a que todo el asalto salga bien.

—Yo… —Kaladin se calló. Podía imaginar a Dallet haciendo algo así. Siempre había dicho que, como sargento, parte de su trabajo era mantener a Kaladin con vida—. Muy bien.

Teft asintió y se puso en pie.

—Fuiste lancero, Teft —dijo Kaladin—. No intentes negarlo. ¿Cómo acabaste aquí, en las cuadrillas de los puentes?

—Pertenezco a ellas.

Teft se marchó a supervisar la búsqueda de heridos.

Kaladin se sentó y luego se tendió, esperando que el shock

remitiera. Al sur, el otro ejército, ondeando el azul de Dalinar Kholin, había llegado. Cruzaron a una meseta adyacente.

Kaladin cerró los ojos para recuperarse. Al cabo de un rato, oyó algo y los abrió. Syl estaba sentada sobre su pecho, las piernas cruzadas. Tras ella, el ejército de Dalinar Kholin había lanzado un ataque en el campo de batalla, y conseguían hacerlo sin encontrar resistencia. Sadeas había dispersado a los parshendi.

—Lo que hice con las flechas ha sido sorprendente —le dijo Kaladin a Syl.

—¿Sigues pensando que estás maldito?

—No, sé que no. —Miró al cielo nublado—. Pero eso significa que los fracasos fueron solo míos. Dejé morir a Tien, le fallé a mis lanceros, a los esclavos que intenté rescatar, a Tarah…

Hacía tiempo que no pensaba en ella. Ese fracaso había sido diferente a los demás, pero fracaso a fin de cuentas.

—Si no hay ninguna maldición ni mala suerte, ningún dios que esté enfadado conmigo, tengo que vivir sabiendo que con un poco más de esfuerzo, con un poco más de práctica o habilidad, podría haberlos salvado.

Ella frunció todavía más el ceño.

—Kaladin, tienes que superarlo. Esas cosas no son culpa tuya.

—Es lo que solía decir siempre mi padre. —Sonrió débilmente—. «Supera tu culpa, Kaladin. Preocúpate, pero no demasiado. Acepta la responsabilidad, pero no te eches la culpa.» Proteger, salvar, ayudar…, pero también saber cuándo rendirse. Hay tantos salientes precarios por los que caminar. ¿Cómo lo hago?

—No lo sé. No sé nada de esto, Kaladin. Pero te estás destrozando a ti mismo. Por dentro y por fuera.

Kaladin contempló el cielo.

—Fue maravilloso. Fui una tormenta, Syl. Los parshendi no podían tocarme. Las flechas no eran nada.

—Eres demasiado nuevo en esto. Te esforzaste demasiado.

—«Sálvalos» —susurró Kaladin—. «Haz lo imposible, Kaladin. Pero no te esfuerces demasiado. Pero tampoco te sientas culpable si fracasas.» Salientes precarios, Syl. Tan estrechos…

Algunos de sus hombres regresaron con un herido, un thayleño de rostro cuadrado con una flecha en el hombro. Kaladin se puso a

trabajar. Sus manos todavía temblaban levemente, pero no tanto como antes.

Los hombres del puente se congregaron alrededor, mirando. Kaladin había empezado ya a instruir a Roca, Drehy y Cikatriz, pero, como todos miraban, se puso a explicar:

—Si aplicáis presión aquí, podéis reducir el flujo sanguíneo. Esta herida no es demasiado peligrosa, aunque probablemente no sea agradable. —El paciente hizo una mueca, asintiendo—. Y el verdadero problema lo causaría la infección. Hay que lavar la herida para asegurarse de que no hay dentro astillas de madera ni trozos de metal, y luego hay que coserla. Los músculos y la piel de este hombre tienen que seguir funcionando, así que hace falta hilo fuerte para suturar la herida. Ahora…

—Kaladin —dijo Lopen, preocupado.

—¿Qué? —preguntó él, distraído, todavía trabajando.

—¡Kaladin!

Lopen lo había llamado por su nombre, en vez de decir «gancho». Kaladin se levantó y se volvió a ver al bajo herdaziano de pie al fondo del grupo, señalando el abismo. La batalla se había trasladado más al norte, pero unos cuantos parshendi se habían abierto paso entre las líneas de Sadeas. Tenían arcos.

Kaladin se quedó mirando, aturdido, mientras el grupo de parshendi se situaba en formación y preparaba sus flechas. Cincuenta proyectiles, todos apuntando a Kaladin y su cuadrilla. A los parshendi no parecía importarles estar exponiéndose a ser atacados por detrás. Parecían concentrados solo en una cosa.

Destruir a Kaladin y a sus hombres.

Kaladin dio la voz de alarma, pero se sentía torpe, cansado. Los hombres a su alrededor se volvieron mientras los arqueros disparaban. Los soldados de Sadeas normalmente defendían el abismo para impedir que los parshendi atacaran los puentes y les cortaran la retirada. Pero esta vez, al ver que los arqueros no intentaban derribar los puentes, no habían corrido a detenerlos. Dejaron a los hombres del puente a su suerte, en vez de cortarles el paso a los parshendi.

Los hombres de Kaladin estaban expuestos. Blancos perfectos. «No —pensó Kaladin—. ¡No! No puede suceder así. No después

de…»

Algo chocó contra la línea parshendi. Una única figura con armadura gris pizarra, empuñando una espada tan larga como alto era el hombre. El portador de esquirlada barrió a través de los distraídos arqueros con urgencia, internándose entre sus filas. Las flechas volaron hacia el equipo de Kaladin, pero habían sido disparadas demasiado pronto, sin apuntar. Unas cuantas se acercaron mientras los hombres del puente se ponían a cubierto, pero nadie resultó herido.

Los parshendi cayeron ante la espada del portador, algunos se precipitaron al abismo, otros retrocedieron. Los demás murieron con los ojos quemados. En cuestión de segundos, el escuadrón de cincuenta arqueros quedó reducido a un montón de cadáveres.

La guardia de honor del portador de esquirlada lo alcanzó. Él se volvió. Su armadura pareció resplandecer cuando alzó su espada en un saludo de respeto a los hombres del puente. Entonces cargó en otra dirección.

—Era él —dijo Drehy, poniéndose en pie—. Dalinar Kholin. ¡El tío del rey!

—¡Nos ha salvado! —exclamó Lopen.

—¡Bah! —Moash se sacudió el polvo—. Tan solo vio un grupo de arqueros indefensos y aprovechó la oportunidad para golpear. Los ojos claros no se preocupan por nosotros. ¿Verdad, Kaladin?

Kaladin se quedó mirando el lugar donde se encontraban los arqueros. En un momento, podía haberlo perdido todo.

—¿Kaladin? —insistió Moash.

—Tienes razón —dijo Kaladin—. Solo una oportunidad aprovechada.

¿Pero entonces, por qué había alzado la espada hacia Kaladin?

—A partir de ahora, nos retiraremos más después de que los soldados crucen. Nos ignoraban en cuanto comenzaba la batalla, pero no lo volverán a hacer. Lo que yo he hecho hoy, lo que todos haremos pronto, los enfurecerá enormemente. Lo suficientemente enfurecidos para ser estúpidos, pero también para querernos muertos. Por el momento, Leyten, Narm, encontrad buenos puntos de observación y vigilad el campo. Quiero saber si algún parshendi intenta dirigirse a ese abismo. Vendaré a este hombre y nos

retiraremos.

Los dos exploradores salieron corriendo, y Kaladin volvió al hombre del hombro herido.

Moash se arrodilló junto a él.

—Un asalto contra un enemigo preparado sin ningún puente perdido, un portador de esquirlada que casualmente viene a nuestro rescate, el mismo Sadeas que nos hace un cumplido. Casi me haces pensar que tendría que conseguirme una de esas bandas para el brazo.

Kaladin se miró la plegaria. Estaba manchada de sangre de un corte en el brazo que la desvaneciente luz tormentosa no había podido curar del todo.

—Espera a ver si escapamos. —Kaladin terminó de coser—. Esa es la verdadera prueba.



«Quiero dormir. Sé por qué haces lo que haces, y te odio por ello. No hablaré de las verdades que veo.»

Kakashah, 1173, 142 segundos antes de la muerte. Un marinero shin, dejado atrás por su tripulación, al parecer por traerles mala suerte. Muestra en general inútil.

—¿Ves? —Leyten giró la pieza de caparazón en sus manos—. Si lo ahueco, en el borde, permite que una espada (en este caso una flecha) se desvía de la cara. No querría estropear esa sonrisita tuya.

Kaladin sonrió y cogió la pieza de armadura. Leyten la había manejado con maestría, poniendo agujeros para las cuerdas de cuero que la sujetarían a la pelliza. El abismo era frío y oscuro de noche. Con el cielo oculto, parecía una caverna. Solo el ocasional tintineo de una estrella en las alturas revelaba lo contrario.

—¿Cuándo las podrás tener terminadas? —le preguntó a Leyten.

—¿Las cinco? Al final de la noche, probablemente. El verdadero problema fue descubrir cómo manejarlas —golpeó el caparazón con los nudillos—. Es un material sorprendente. Casi tan duro como el acero, pero la mitad de pesado. Difícil de cortar o romper. Pero si lo perforas, toma forma fácilmente.

—Bien —dijo Kaladin—. Porque no quiero cinco juegos. Quiero una para cada hombre de la cuadrilla.

Leyten alzó una ceja.

—Si van a empezar a permitirnos que llevemos armadura —dijo Kaladin—, todo el mundo tendrá una. Excepto Shen, naturalmente.

Matal había accedido a dejarlo atrás en las carreras con el puente: ahora ni siquiera quería mirar a Kaladin.

Leyten asintió.

—Muy bien, pues. Pero será mejor que me procures alguna ayuda.

—Puedes utilizar a los heridos. Recogeremos tantos caparazones como podamos encontrar.

Su éxito se había traducido en más comodidades para el Puente Cuatro. Kaladin había argumentado que sus hombres necesitaban tiempo para buscar caparazones, y Hashal, sin poder hacer otra cosa, redujo la cuota de material recuperado. Seguía fingiendo, tan tranquila todo el tiempo, que la armadura había sido idea suya, e ignoraba la pregunta de cómo se le había ocurrido en primer lugar. Sin embargo, cuando Kaladin la miraba a los ojos, veía preocupación. ¿Qué otra cosa intentaría él? Hasta ahora, no se había atrevido a eliminarlo. No cuando gracias a él había recibido tantos halagos de Sadeas.

—¿Cómo acabó un aprendiz de armero en los puentes, por cierto? —preguntó Kaladin mientras Leyten se volvía a poner a trabajar. Era un hombre de fuertes brazos y rostro ovalado, recio, de pelo claro—. Los artesanos no suelen sufrir este destino.

Leyten se encogió de hombros.

—Cuando una pieza de armadura se rompe y un ojos claros recibe un flechazo en el hombro, hay que echarle la culpa a alguien. Estoy convencido de que mi maestro tiene un aprendiz de más especialmente para este tipo de situaciones.

—Bueno, su pérdida es nuestra buena fortuna. Nos vas a mantener con vida.

—Lo haré lo mejor que pueda, señor —sonrió—. No podrá ser peor con la armadura de lo que tú mismo hiciste. ¡Es sorprendente que el peto no se soltara!

Kaladin le dio una palmadita en el hombro y lo dejó trabajando, rodeado de un pequeño anillo de chips de topacio. Había recibido permiso para traerlos, tras explicar que sus hombres necesitaban luz

para trabajar en las armaduras. Cerca, Lopen, Roca y Dabbid regresaban con otra carga de equipo recuperado. Syl volaba ante ellos, guiándolos.

Kaladin recorrió el abismo con una esfera de granate enganchada en una bolsita de cuero en el cinturón para iluminarse. El abismo se dividía aquí, creando una gran intersección triangular, un lugar perfecto para practicar con las lanzas. Lo bastante amplio para dar a los hombres espacio para practicar, pero lo bastante lejano de los puentes permanentes para que los vigías no oyeran ecos.

Kaladin daba las instrucciones iniciales cada día, y luego dejaba que Teft dirigiera el entrenamiento. Los hombres trabajaban a la luz de las esferas, pequeños montoncillos de chips de diamante en las esquinas de la intersección, apenas suficientes para ver bien. «Nunca pensé que envidiaría aquellos días practicando bajo el sol ardiente en el ejército de Amaram», pensó.

Se acercó al mellado Hobber y corrigió su pose antes de enseñarle cómo poner su peso detrás de los ataques con la lanza. Los hombres progresaban rápidamente, y los movimientos fundamentales demostraban su mérito. Algunos entrenaban con la lanza y el escudo, practicando poses donde alzaban las lanzas ligeras junto a la cabeza con el escudo levantado.

Los más hábiles eran Cikatriz y Moash. De hecho, Moash era sorprendentemente bueno. Kaladin se acercó a un lado y observó al hombre de cara de halcón. Estaba concentrado, los ojos intensos, la mandíbula apretada. Se movía ataque tras ataque; la docena de esferas le proporcionaban igual número de sombras.

Kaladin recordó haber sentido esa dedicación. Se había pasado un año así, tras la muerte de Tien, hasta agotarse cada día. Decidido a mejorar. Decidido a no dejar nunca que otra persona muriera por su falta de habilidad. Se había convertido en el mejor de su pelotón, y luego en el mejor de su compañía. Algunos decían que era el mejor lancero del ejército de Amaram.

¿Qué le habría sucedido si Tarah no le hubiera sacado de esa obstinación suya? ¿Se habría consumido, como decía?

—Moash —llamó Kaladin.

Moash se detuvo y se volvió hacia él. No abandonó la pose.

Kaladin le indicó que se acercara, y Moash trotó reacio hacia él. Lopen había dejado unos cuantos odres de agua para ellos, colgando de sus cuerdas junto a un puñado de Jaspers. Kaladin soltó uno y se lo lanzó a Moash. El otro hombre tomó un sorbo, y luego se enjuagó la boca.

—Estás mejorando —dijo Kaladin—. Probablemente eres el mejor que tenemos.

—Gracias.

—He advertido que sigues entrenando cuando Teft deja a los demás hacer un descanso. La dedicación es buena, pero no te agotes. Quiero que seas uno de los señuelos.

Moash sonrió de oreja a oreja. Todos los hombres se habían ofrecido voluntarios para ser uno de los cuatro que se unirían a Kaladin para distraer a los parshendi. Resultaba sorprendente. Meses atrás, Moash, junto con los demás, colocaba ansiosamente a los nuevos o los débiles en la parte delantera del puente, para que recibieran las flechas. Ahora, como un solo hombre, se ofrecían voluntarios para los trabajos más peligrosos.

«¿Te das cuenta de lo que podrías tener en estos hombres, Sadeas, si no estuvieras tan ocupado pensando en cómo hacerlos matar?», pensó Kaladin.

—¿Qué es lo que te ocurre? —dijo Kaladin, señalando con la cabeza el oscuro campo de prácticas—. ¿Por qué te esfuerzas tanto? ¿Qué buscas?

—Venganza —respondió el otro hombre con el rostro sombrío.

Kaladin asintió.

—Yo perdí a alguien una vez. Porque no era lo bastante bueno con la lanza. Casi me maté practicando.

—¿Quién era?

—Mi hermano.

Moash asintió. Los otros hombres del puente, él incluido, parecían considerar el «misterioso» pasado de Kaladin con reverencia.

—Me alegro de haberte entrenado —dijo Kaladin—. Y me alegro por tu dedicación. Pero tienes que tener cuidado. Si me hubieran matado por esforzarme demasiado, no habría significado nada.

—Cierto. Pero hay una diferencia entre nosotros. —Kaladin alzó

una ceja—. Tú querías poder salvar a alguien. Yo quiero matar a alguien.

—¿A quién?

Moash vaciló, pero acabó por negar con la cabeza.

—Quizá te lo diga algún día. —Extendió la mano y agarró a Kaladin por el hombro—. Había renunciado a mis planes, pero tú me los has devuelto. Te protegeré con mi vida, Kaladin. Te lo juro, por la sangre de mis padres.

Kaladin miró los intensos ojos de Moash y asintió.

—Muy bien, pues. Ve a ayudar a Hobber y Yake. Todavía son torpes con los ataques.

Moash corrió a hacer lo que le ordenaba. No llamaba a Kaladin «señor», ni parecía considerarlo con la misma silenciosa reverencia que los demás. Eso hacía que Kaladin se sintiera más cómodo con él.

Kaladin pasó la siguiente hora ayudando a los hombres, uno a uno. La mayoría estaban demasiado ansiosos y se lanzaban al ataque. Kaladin explicó la importancia del control y la precisión, que ganaban más batallas que el entusiasmo caótico. Ellos lo escucharon con atención. Cada vez le recordaban más a su antiguo pelotón de lanceros.

Eso le hizo pensar. Recordó cómo se sintió cuando al comienzo les propuso a estos hombres su plan de huida. Estaba buscando algo que hacer, un modo de luchar, no importaba lo arriesgado que fuera. Una oportunidad. Las cosas habían cambiado. Ahora tenía un equipo del que estaba orgulloso, amigos que había llegado a apreciar, y una posibilidad, tal vez, de estabilidad.

Si podían esquivar bien con las armaduras, podrían estar razonablemente a salvo. Tal vez incluso tan a salvo como su antiguo pelotón de lanceros. ¿Huir seguía siendo aún la mejor opción?

—Tienes cara de preocupación —advirtió una voz resonante. Kaladin se volvió mientras Roca se acercaba y se apoyaba en la pared junto a él, cruzando sus poderosos brazos—. La cara del líder, diría yo. Siempre preocupada.

Roca alzó una tupida ceja roja.

—Sadeas nunca nos dejará marchar, sobre todo ahora que somos tan destacados.

Los ojos claros alezi consideraban reprobable que un hombre dejara escapar a sus esclavos: le hacía parecer impotente. Capturar a aquellos que huían era esencial para mantener las formas.

—Dijiste lo mismo antes. Lucharemos contra los hombres que nos envíe, y nos iremos a Kharbranth, donde no hay esclavos. ¡De allí, a los Picos, donde mi pueblo nos recibirá como a héroes!

—Podríamos derrotar al primer grupo, si es tan necio como para enviar solamente una docena de hombres. Pero después de eso enviará más. ¿Y qué será de nuestros heridos? ¿Los dejaremos para que mueran? ¿O los llevaremos con nosotros y eso nos hará ir mucho más despacio?

Roca asintió lentamente.

—Estás diciendo que necesitamos un plan.

—Sí. Supongo que es eso lo que estoy diciendo. Es eso, o quedarnos aquí…, como hombres de los puentes.

—¡Ja! —Roca pareció tomárselo como un chiste—. A pesar de las nuevas armaduras, moriremos pronto. ¡Nos convertiremos en blancos!

Kaladin vaciló. Roca tenía razón. Emplearían a los hombres de los puentes un día sí y el otro también. Aunque Kaladin redujera la cifra de muertos a dos o tres hombres al mes (antes habría considerado eso imposible, pero ahora parecía a su alcance), el Puente Cuatro tal como estaba ahora habría desaparecido dentro de un año.

—Hablaré de esto con Sigzil —dijo Roca, frotándose el mentón entre los pelos de la barba—. Pensaremos. Tiene que haber un modo de escapar de esta trampa, una manera de desaparecer. ¿Una pista falsa? ¿Una distracción? Tal vez podamos convencer a Sadeas de que hemos muerto durante una carrera con el puente.

—¿Y cómo haríamos eso?

—No lo sé. Pero lo pensaremos.

Se despidió de Kaladin y se dirigió hacia donde estaba Sigzil. El azishiano estaba practicando con los demás. Kaladin había intentado hablar con él de Hoid, pero Sigzil, de natural reservado, no quiso hablar del tema.

—¡Eh, Kaladin! —llamó Cikatriz. Era parte del grupo avanzado que estaba a las órdenes del cuidadoso control de Teft—. Ven a

practicar con nosotros. Muéstrales a estos necios de cerebro de piedra cómo se hace de verdad.

Los otros empezaron a llamarlo también.

Kaladin les hizo un gesto negativo y sacudió la cabeza.

Teft se acercó corriendo, con una lanza pesada al hombro.

—Muchacho —dijo en voz baja—, creo que sería bueno para su moral si les enseñaras tú mismo un par de cosas.

—Ya les he dado la instrucción.

—Con una lanza sin punta. Van muy lentos, y hay muchos comentarios. Tienen que verlo, muchacho. Tienen que verte.

—Ya hemos hablado de esto, Teft.

—Bueno, sí, lo hemos hecho.

Kaladin sonrió. Teft cuidaba de no aparentar enfado o beligerancia: parecía como si estuviera manteniendo una conversación normal con él.

—Has sido sargento antes, ¿no?

—Eso no importa. Vamos, enséñales unas cuantas rutinas sencillas.

—No, Teft —dijo Kaladin con seriedad.

Teft lo miró.

—¿Vas a negarte a luchar en el campo de batalla, como el comecuernos?

—No es eso.

—¿Entonces qué es?

Kaladin trató de hallar una explicación.

—Lucharé cuando llegue el momento. Pero si me permito hacerlo ahora, estaré demasiado ansioso. Presionaré para atacar ya. Tendré problemas para esperar a que los hombres estén preparados. Confía en mí, Teft.

Teft lo estudió.

—Te da miedo, muchacho.

—¿Qué? No. Yo…

—Puedo verlo —dijo Teft—. Y lo he visto antes. La última vez que luchaste por alguien fracasaste, ¿verdad? Ahora dudas en volver a hacerlo.

Kaladin vaciló.

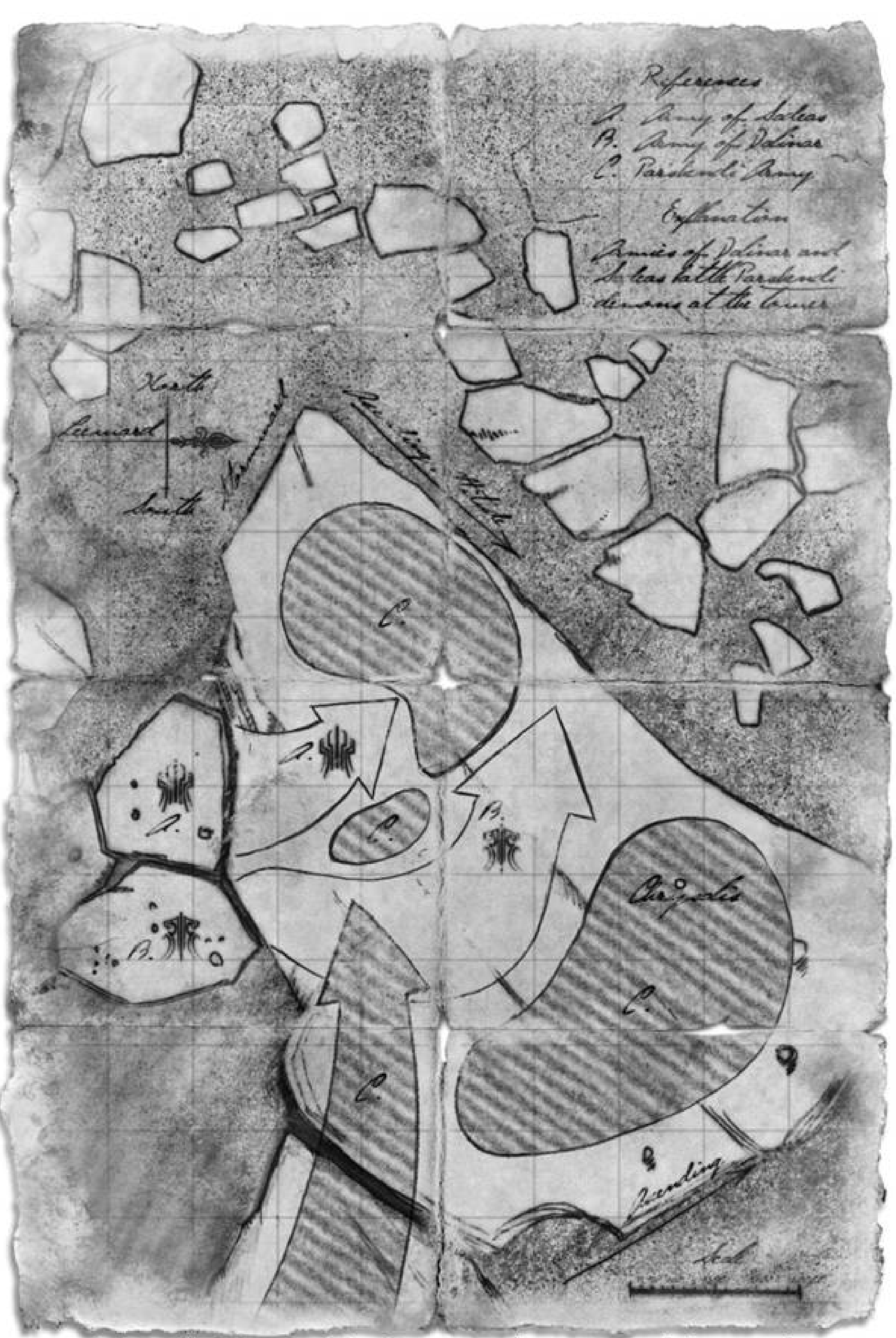
—Sí —admitió. Pero era más que eso. Cuando volviera a

combatir, tendría que convertirse en aquel hombre de antaño, el hombre a quien llamaban Benditormenta. El hombre con confianza y fuerza. No estaba seguro de poder seguir siendo ese hombre. Eso era lo que le asustaba.

Cuando volviera a empuñar esa lanza, no habría marcha atrás.

—Bien. —Teft se frotó la barbilla—. Cuando llegue el momento, espero que estés preparado. Porque este grupo te necesita.

Kaladin asintió y Teft volvió corriendo con los demás para dar algún tipo de explicación que los tranquilizara.



Mapa de la Batalla de la Torre, dibujado y etiquetado por Navini Kholin, cerca de 1173.



«Vienen del pozo, dos hombres muertos, un corazón en la mano, y sé que he visto la auténtica gloria.»

Kakashah 1173, 13 segundos antes de la muerte. Un conductor de rickshaw.

—No podía decidir si te interesaba o no —le dijo Navani en voz baja a Dalinar mientras caminaban lentamente por los elevados terrenos del palacio de Elhokar—. La mitad de las veces, parecía un flirt: atisbos de cortejo, luego te retirabas. La otra mitad, estaba segura de haberte interpretado mal. Y Gavilar era tan directo. Siempre prefería tomar lo que le gustaba.

Dalinar asintió pensativo. Vestía su uniforme azul, mientras que Navani llevaba un vestido marrón claro. Los jardineros de Elhokar habían empezado a cultivar plantas aquí. A la derecha, un retorcido grupo de cortezapizarras amarillas crecía hasta la altura de la cintura, como una barandilla. La planta, parecida a una piedra, estaba cubierta por pequeños manojos de haspers con conchas coralinas que se abrían y cerraban lentamente al respirar. Parecían bocas diminutas que hablaran silenciosamente en sintonía unas con otras.

El sendero que recorrían Dalinar y Navani ascendía suavemente. Dalinar caminaba con las manos a la espalda. Su guardia de honor y las escribanas de Navani los seguían. Varios parecían perplejos por

la cantidad de tiempo que Dalinar y Navani pasaban juntos. ¿Cuántos sospechaban la verdad? ¿Toda? ¿Parte? ¿Nada? ¿Importaba?

—No quise confundirte durante todos esos años —dijo él, en voz baja para que no lo oyeran oídos indiscretos—. Pretendía cortejarte, pero Gavilar expresó su preferencia por ti. Así que al final me hice a un lado.

—¿Así sin más? —preguntó Navani. Parecía ofendida.

—Él no se dio cuenta de que yo estaba interesado. Pensó que, al presentártela, le estaba indicando que debería cortejarte. Nuestra relación solía funcionar así: yo descubría gente a quien él debería conocer, y se la presentaba. No advertí hasta que fue demasiado tarde lo que había hecho al entregarte a él.

—¿Entregarme? ¿Hay una marca de esclava en mi frente de la que no me haya dado cuenta?

—No pretendía…

—Oh, calla —dijo Navani, la voz súbitamente afectuosa. Dalinar reprimió un suspiro; aunque Navani había madurado desde su juventud, sus estados de ánimo siempre habían sido tan cambiantes como las estaciones. En realidad, esa era parte de su atractivo.

—¿Te hacías a menudo a un lado por él? —preguntó.

—Siempre.

—¿No se te volvía una carga?

—No lo pensaba mucho. Cuando lo hacía…, sí, me sentía frustrado. Pero era Gavilar. Ya sabes cómo era. Esa fuerza de voluntad, el aire de derecho natural. Siempre parecía sorprenderle que alguien le negara algo o que el mundo mismo no hiciera lo que deseaba. No me obligaba a retirarme…, simplemente así era la vida. —Navani asintió, comprensiva—. De todas formas, pido disculpas por haberte confundido. Yo…, bueno, tenía dificultades para mostrarme como soy. Temo que, en ocasiones, oculto demasiado mis verdaderos sentimientos.

—Bueno, supongo que puedo perdonar eso —dijo ella—. Aunque te pasaste las dos décadas siguientes asegurándote de que creyera que me odiabas.

—¡No hice nada de eso!

—¿No? ¿Y cómo si no debía interpretar tu frialdad? ¿La forma

en que salías de las habitaciones cuando yo entraba?

—Me contenía —dijo Dalinar—. Había tomado una determinación.

—Bueno, pues se parecía mucho al odio —respondió Navani—. Aunque me pregunté muchas veces qué ocultabas detrás de esos ojos pétreos tuyos. Naturalmente, entonces llegó *Shshshsh*.

Como siempre, cuando se pronunciaba el nombre de su esposa, llegaba a él como el sonido de aire suavemente removido, y luego se borraba de su mente al instante. No podía oír ni recordar el nombre.

—Ella lo cambió todo —dijo Navani—. Parecías amarla de verdad.

—La amaba —dijo él. Sin duda era cierto, ¿no? No podía recordar nada—. ¿Cómo era? —se apresuró a añadir—: Quiero decir, en tu opinión. ¿Cómo la considerabas?

—Todo el mundo amaba a *Shshshsh*. Intenté odiarla con todas mis fuerzas, pero al final solo pude sentirme medianamente celosa.

—¿Tú? ¿Celosa de ella? ¿Por qué?

—Porque encajaba tan bien contigo —dijo Navani—. Nunca hacía comentarios inadecuados, nunca acosaba a los que la rodeaban, siempre tan tranquila. —Navani sonrió—. Ahora que lo pienso, tendría que haberla podido odiar. Pero era tan agradable. Aunque no era muy…, bueno…

—¿Qué? —preguntó Dalinar.

—Muy lista —dijo Navani. Se ruborizó, cosa rara en ella—. Lo siento, Dalinar, pero no lo era. No era tonta, pero…, bueno…, no todo el mundo puede ser astuto. Tal vez eso era parte de su encanto.

Ella pareció pensar que Dalinar debería sentirse ofendido.

—No importa —dijo—. ¿Te sorprendió que me casara con ella?

—¿Quién habría podido haberse sorprendido? Como decía, era perfecta para ti.

—¿Porque teníamos el mismo nivel intelectual? —dijo Dalinar secamente.

—Difícilmente. Pero teníais el mismo temperamento. Durante un tiempo, después de superar el intento de odiarla, pensé que los cuatro podríamos llegar a intimar. Pero tú te mostrabas muy

envarado conmigo.

—No podía permitirme más…, recaídas que te hicieran pensar que estaba todavía interesado —dijo esta última parte con cierto sonrojo. Después de todo ¿no era eso lo que estaba haciendo ahora? ¿Recaer?

Navani lo miró.

—Ya estás otra vez.

—¿Qué?

—Sintiéndote culpable. Dalinar, eres un hombre honorable y maravilloso, pero tienes tendencia a la autocomplacencia.

¿La culpa como autocomplacencia?

—Nunca lo había considerado así antes.

Ella sonrió.

—¿Qué? —preguntó él.

—Eres así de auténtico, ¿verdad, Dalinar?

—Intento serlo —dijo él. Miró por encima del hombro—. Aunque la naturaleza de nuestra relación continúa perpetrando una especie de mentira.

—No le hemos mentido a nadie. Déjalos pensar, o imaginar, lo que quieran.

—Supongo que tienes razón.

—Normalmente la tengo. —Ella guardó silencio un instante—. ¿Lamentas que hayamos…?

—No —respondió él bruscamente, y la fuerza de su objeción lo sorprendió. Navani tan solo sonrió—. No —continuó Dalinar, más suavemente—. No lamento esto, Navani. No sé cómo seguir adelante, pero no voy a dejarlo escapar.

Navani se detuvo junto a un grupo de diminutos rocapullos del tamaño de un puño con sus enredaderas extendidas como largas lenguas verdes. Casi formaban un ramillete, creciendo en una gran piedra ovalada situada junto al sendero.

—Supongo que es demasiado pedir que no te sientas culpable —dijo Navani—. ¿No puedes relajarte, solo un poco?

—No estoy seguro de poder. Sobre todo ahora. Explicar el porqué sería difícil.

—¿Podrías intentar hacerlo? ¿Por mí?

—Yo… Bueno, soy un hombre de extremos, Navani. Lo descubrí

cuando era joven. He aprendido, una y otra vez, que la única forma de controlar esos extremos es dedicar mi vida a algo. Primero fue Gavilar. Ahora son los Códigos y las enseñanzas de Nohadon. Son mi modo de encerrarme. Como el cerco de una hoguera cuyo fin es contenerla y controlarla.

Inspiró profundamente.

—Soy un hombre débil, Navani. Si me concedo unos palmos de libertad, transgrediré todas mis prohibiciones. El impulso de seguir los Códigos tras la muerte de Gavilar es lo que me mantiene fuerte. Si dejo que aparezcan unas cuantas grietas en esa armadura, puede que vuelva a ser el hombre que una vez fui. Un hombre que no quiero volver a ser.

Un hombre que había pensado en asesinar a su propio hermano por el trono…, y por la mujer con la que se había casado ese hermano. Pero no podía explicar eso, pues no se atrevía a decirle a Navani que su deseo por ella casi lo había impulsado a hacerlo.

Ese día, Dalinar juró que nunca se sentaría en el trono. Esa era una de sus restricciones. ¿Podría explicar cómo ella, sin intentarlo, hacía presión en esas restricciones? ¿Cómo era difícil reconciliar su amor hacia ella, largamente exacerbado, con su culpa por haber por fin tomado para sí lo que hacía tanto tiempo que había renunciado a favor de su hermano?

—No eres débil, Dalinar —dijo Navani.

—Lo soy. Pero la debilidad puede imitar la fuerza si se controla adecuadamente, igual que la cobardía puede imitar el heroísmo si no hay sitio adonde huir.

—Pero no hay nada en el libro de Gavilar que nos prohíba. Es solo la tradición lo que…

—Parece mal —dijo Dalinar—. Pero, por favor, no te preocupes: ya me preocupo yo bastante por ambos. Encontraré un modo de hacer que esto funcione: solo pido tu comprensión. Llevará tiempo. Cuando muestro frustración, no es contigo, sino con la situación.

—Supongo que puedo aceptar eso. Suponiendo que puedas vivir con los rumores. Ya están empezando.

—No serán los primeros rumores que me asolen —dijo él—. Estoy empezando a preocuparme menos por ellos y más por Elhokar. ¿Cómo se lo explicaremos?

—Dudo que se dé cuenta —respondió Navani, haciendo una leve mueca y continuando su paseo. Él la siguió—. Está obsesionado con los parshendi y, de vez en cuando, con la idea de que alguien en el campamento intenta asesinarlo.

—Esto podría empeorar las cosas. Podría interpretar varias conspiraciones en el hecho de que los dos tengamos una relación.

—Bueno, él…

Los cuernos empezaron a sonar abajo con fuerza. Dalinar y Navani se detuvieron a escuchar e identificar la llamada.

—Padre Tormenta —dijo Dalinar—. Han visto un abismoide en la Torre misma. Es una de las mesetas que Sadeas ha estado vigilando —Dalinar sintió un arrebato de emoción—. Los altos príncipes han fracasado siempre a la hora de tratar de conseguir una gema corazón allí. Si él y yo podemos lograrlo juntos será una gran victoria.

Navani parecía preocupada.

—Tienes razón respecto a él, Dalinar. Lo necesitamos para nuestra causa. Pero mantenlo a raya.

—Deséame el favor de los vientos.

Extendió las manos hacia ella pero se detuvo. ¿Qué iba a hacer? ¿Abrazarla aquí, en público? Eso dispararía los rumores como un fuego en un charco de aceite. No estaba preparado para eso todavía. En cambio, le hizo una reverencia y corrió a responder a la llamada y recoger su armadura esquirlada.

Había recorrido ya medio sendero cuando se detuvo a considerar las palabras que había empleado Navani. Había dicho «lo necesitamos» para «nuestra causa».

¿Cuál era su causa? Dudaba que Navani tampoco lo supiera. Pero ya había empezado a pensar en ellos como un esfuerzo conjunto.

Y, se dio cuenta ahora, él también.

Los cuernos llamaban, un sonido hermoso y puro para indicar la inminencia de la batalla. Causó un frenesí en el aserradero. Habían llegado las órdenes. Había que volver a atacar la Torre, el mismo lugar donde el Puente Cuatro había fracasado, donde Kaladin había causado un desastre.

La más grande de las mesetas. La más apreciada.

Los hombres de los puentes corrían de un lado a otro en busca de sus chalecos. Los carpinteros y aprendices se apartaban de su camino. Matal gritaba órdenes: las carreras era lo único que hacía sin Hashal. Los jefes de puente, mostrando su punto de liderazgo, gritaban a sus cuadrillas que se alinearan.

El viento agitaba el aire, lanzando al cielo astillas de madera y trozos de hierba seca. Los hombres gritaban, las campanas sonaban. Y entre aquel caos avanzó el Puente Cuatro, con Kaladin a la cabeza. A pesar de la urgencia, los soldados se detuvieron, los hombres de los puentes se quedaron boquiabiertos, los carpinteros y aprendices enmudecieron.

Treinta y cinco hombres marchaban ataviados con armaduras de caparazones naranja oscuro, expertamente moldeadas por Leyten para cubrir las pellizas de cuero y los cascos. Habían recortado los guardabrazos y las glebas para completar los petos. Los yelmos estaban construidos a partir de varias piezas distintas, y habían sido adornados, por insistencia de Leyten, con bultos y pinchos, como cuernos diminutos o los bordes de la concha de un cangrejo. Los petos y las guardas estaban también ornamentados, con pautas como dientes, cada una recordando una hoja serrada. Desorejado Jaks había comprado pintura azul y blanca y había hecho dibujos sobre la armadura naranja.

Cada miembro del Puente Cuatro llevaba un gran escudo de madera recubierto de rojos huesos parshendi. Costillas, en su mayor parte colocadas en espiral y bien sujetas. Algunos habían atado huesos de dedos a los centros para que pudieran sacudirse, y otros habían colocado protuberantes costillas afiladas en los costados de sus yelmos, dándoles el aspecto de colmillos o mandíbulas.

Los curiosos los miraban asombrados. No era la primera vez que veían esta armadura, pero esta sería la primera carga donde cada hombre del Puente Cuatro tendría una. En conjunto, formaban un espectáculo impresionante.

Diez días, con seis cargas, habían permitido a Kaladin y a su equipo perfeccionar su método. Cinco hombres como señuelos con otros cinco delante sujetando escudos y usando solo un brazo para sujetar el puente. Su número había aumentado por los heridos que

habían salvado de otras cuadrillas, ahora lo suficientemente fuertes para ayudarlos a cargar.

Hasta ahora, a pesar de las seis cargas, no había habido ni una sola baja. Los otros hombres de los puentes hablaban entre susurros de milagro. Kaladin no sabía nada de eso. Tan solo se aseguraba de llevar consigo en todo momento una bolsa llena de esferas infusas. La mayoría de los arqueros parshendi parecía concentrarse en él. De algún modo, comprendían que era el centro de todo esto.

Llegaron a su puente y formaron, los escudos colocados en varas a los lados esperando el momento de ser utilizados. Cuando alzaron el puente, una espontánea salva de aplausos se alzó de entre las otras cuadrillas.

—Eso es nuevo —dijo Teft, a la izquierda de Kaladin.

—Supongo que por fin se han dado cuenta de lo que somos.

—¿Y qué somos?

Kaladin se cargó el puente sobre los hombros.

—Somos sus campeones. ¡Puente adelante!

Corrieron al trote, dejando atrás el patio, animados por los aplausos.

«Mi padre no está loco», pensó Adolin, lleno de energía y emoción mientras sus armeros le colocaban la armadura esquirlada.

Adolin llevaba varios días reflexionando sobre la revelación de Navani. Se había equivocado por completo. Dalinar Kholin no se estaba debilitando. No se estaba volviendo senil. Dalinar tenía razón, y Adolin estaba equivocado. Después de mucho analizar su alma, Adolin había tomado a una decisión.

Se alegraba de haberse equivocado.

Sonrió, flexionando los dedos de la mano recubierta ya por el guantelete esquirlado, mientras los armeros pasaban al otro lado. No sabía lo que significaban las lecciones, ni cuáles serían las implicaciones de esas visiones. Su padre era una especie de profeta, y daba algo de miedo pensarlo.

Pero, por ahora, era suficiente con que Dalinar no estuviera loco. Era hora de confiar en él. El Padre Tormenta sabía que Dalinar se había ganado ese derecho.

Los armeros terminaron con la armadura esquirlada de Adolin.

Mientras se retiraban, Adolin salió a la luz, ajustándose a la fuerza, velocidad y peso combinados de la armadura. Niter y otros cinco miembros de la Guardia de Cobalto llegaron corriendo, uno de ellos con *Sangre Segura*. Adolin tomó las riendas, pero no montó todavía en el ryshadio, pues quería más tiempo para adaptarse a su armadura.

Pronto llegaron a la zona de reunión. El padre de Adolin, con su armadura esquirlada, hablaba con Teleb. Parecía alzarse sobre ellos mientras señalaba al este. Las compañías de soldados se dirigían ya hacia el filo de las Llanuras.

Adolin caminó hacia su padre, ansioso. No muy lejos divisó una figura que cabalgaba por el extremo oriental de los campamentos. La figura llevaba una brillante armadura roja.

—¿Padre? —preguntó Adolin, señalando—. ¿Qué está haciendo aquí? ¿No debería esperar a que lleguemos a su campamento?

Dalinar alzó la cabeza. Esperó a que un mozo le trajera a *Galante*, y los dos montaron. Cabalgaron para salir al paso de Sadeas, seguidos por una docena de miembros de la Guardia de Cobalto. ¿Quería Sadeas cancelar el ataque? ¿Le preocupaba fracasar de nuevo contra la Torre?

Cuando se encontraron, Dalinar frenó a su caballo.

—Deberías ponerte en marcha, Sadeas. La velocidad será importante, si queremos llegar a la meseta antes de que los parshendi cojan la gema corazón y se marchen.

El alto príncipe asintió.

—De acuerdo, en parte. Pero tenemos que hablar primero. ¡Dalinar, es la Torre lo que vamos a atacar! —parecía ansioso.

—Sí, ¿y…?

—¡Condenación, hombre! Fuiste tú quien me dijo que teníamos que encontrar un modo de atrapar una gran número de parshendi en una meseta. La Torre es perfecta. Siempre llevan una gran fuerza allí, y dos lados son inaccesibles.

Adolin asintió.

—Sí —dijo—. Padre, tiene razón. Si podemos encerrarlos y golpear con fuerza…

Los parshendi normalmente huían cuando tenían grandes pérdidas. Era una de las cosas que prolongaban tanto la guerra.

—Podría significar un punto de inflexión en la guerra —dijo Sadeas, los ojos encendidos—. Mis escribanas calculan que no les quedarán más de veinte o treinta mil soldados. Los parshendi enviarán allí diez mil: lo hacen siempre. Pero si pudiéramos acorralarlos y matarlos a todos, casi destruiríamos su capacidad de hacer la guerra en estas Llanuras.

—Funcionará, padre —dijo Adolin, ansioso—. Eso podría ser lo que hemos estado esperando…, lo que has estado esperando. ¡Una forma de darle un vuelco a la guerra, un modo de causar tanto daño a los parshendi que no puedan permitirse seguir luchando!

—Necesitamos soldados, Dalinar —dijo Sadeas—. Montones de ellos. ¿Cuántos hombres podrías reunir, como máximo?

—¿Con tan poca antelación? Ocho mil, tal vez.

—Tendrá que bastar. He conseguido movilizar a unos siete mil. Los llevaremos a todos. Lleva a tus ocho mil a mi campamento, y usaremos todas mis cuadrillas de los puentes y marcharemos juntos. Los parshendi llegarán primero: es inevitable con una meseta tan cercana a su lado. Pero si podemos ser lo bastante rápidos, podremos acorralarlos. ¡Entonces les demostraremos lo que es capaz de hacer un auténtico ejército alezi!

—No arriesgaré vidas con tus puentes, Sadeas —dijo Dalinar—. No sé si puedo estar de acuerdo en un asalto completamente conjunto.

—Bah —respondió Sadeas—. Tengo un nuevo modo de utilizar a los hombres de los puentes, un modo que no requiere tantas vidas. Sus bajas se han reducido casi a la nada.

—¿De verdad? —dijo Dalinar—. ¿Es por esos hombres con armaduras? ¿Qué te ha hecho cambiar?

Sadeas se encogió de hombros.

—Tal vez me están influyendo. De todas formas, tenemos que ponernos en marcha ya. Juntos. Con tantos soldados como tienen, no puedo arriesgarme a enfrentarme a ellos y esperar a que nos alcances. Quiero que vayamos juntos y atacarlos de modo tan conjunto como nos sea posible. Si sigues preocupado por los hombres de los puentes, puedo atacar primero y ganar una posición, y luego tú cruzas sin arriesgar la vida de los hombres.

Dalinar pareció pensativo.

«Vamos, padre —pensó Adolin—, llevas tiempo esperando una oportunidad de golpear con fuerza a los parshendi. ¡Es esta!»

—Muy bien —dijo Dalinar—. Adolin, envía mensajeros para movilizar las divisiones de la Cuarta a la Octava. Prepara a los hombres para la marcha. Pongamos fin a esta guerra.



«Los veo. Son las rocas. Son los espíritus vengativos. Ojos rojos.»

Kakakes, 1173, 8 segundos antes de la muerte. Una joven ojos oscuros de quince años. Según se dice, la sujeto era mentalmente inestable desde la infancia.

Varias horas más tarde, Dalinar se encontraba con Sadeas en una formación rocosa que asomaba a la Torre. Había sido una marcha larga y dura. Era una meseta lejana, situada más al este que ninguna. Las llanuras de más allá eran imposibles de tomar. Los parshendi podían llegar rápidamente, antes de que llegaran los alezi. A veces eso sucedía también con la Torre.

Dalinar escrutó.

—La veo —dijo, señalando—. ¡Todavía no han sacado la gema corazón!

Un círculo de parshendi golpeaba la crisálida. Sin embargo, su concha era como piedra gruesa. Todavía aguantaba.

—Deberías alegrarte de estar usando mis puentes, viejo amigo —Sadeas se hizo pantalla con una mano enguantada—. Esos abismos puede que sean demasiado grandes para que los salte un portador de esquirlada.

Dalinar asintió. La Torre era formidable: ni siquiera su enorme tamaño en los mapas le hacía justicia. Al contrario que otras

mesetas, no era llana, sino que tenía la forma de una enorme cuña que ascendía hacia el oeste, apuntando a un gran acantilado que asomaba en dirección a las tormentas. Era demasiado empinada, y los abismos demasiado anchos para acercarse desde el este y desde el sur. Solo tres mesetas adyacentes podían proporcionar espacio adecuado para atacar, por el lado oeste o por el noroeste.

Los abismos entre estas mesetas eran inusitadamente grandes, casi demasiado anchos para los puentes. En las mesetas cercanas, se congregaban miles y miles de soldados de azul o rojo, un color por meseta. Combinados, componían la fuerza más grande que Dalinar había visto emplear jamás contra los parshendi.

El número de parshendi era tan grande como habían esperado. Había al menos diez mil. Esto sería una batalla a gran escala, de las que Dalinar había estado esperando, la que enfrentaría a gran número de soldados contra un gran número de parshendi.

Esto podría ser lo que esperaba. El punto de inflexión en la guerra. Si vencían hoy, todo cambiaría.

Dalinar se protegió también los ojos con la mano, el yelmo bajo el brazo. Advirtió con satisfacción que los equipos de oteadores de Sadeas cruzaban hacia las mesetas adyacentes desde donde podrían vigilar los refuerzos parshendi. Que los parshendi hubieran traído tantos hombres no significaba que no hubiera otras fuerzas esperando a atacarlos por el flanco. Dalinar y Sadeas no se dejarían tomar de nuevo por sorpresa.

—Ven conmigo —dijo Sadeas—. ¡Ataquemos juntos! ¡Una gran oleada conjunta, por los cuarenta puentes!

Dalinar contempló las cuadrillas de los puentes: muchos de sus hombres yacían exhaustos en la meseta. Esperando (probablemente temiendo) su siguiente tarea. Muy pocos de ellos llevaban las armaduras de las que había hablado Sadeas. Cientos de ellos serían masacrados en el asalto si atacaban juntos. ¿Pero era diferente de lo que hacía Dalinar cuando pedía a sus hombres que se lanzaran a la batalla para apoderarse de la meseta? ¿No formaban todos parte del mismo ejército?

Las grietas. No podía permitir que se hicieran más grandes. Si iba a continuar con Navani, tenía que demostrarse a sí mismo que podía permanecer firme en las otras áreas.

—No —dijo—. Atacaré, pero solo después de que hayas fijado un punto de desembarco para mis cuadrillas. Incluso eso es más de lo que debería permitir. Nunca obligues a tus hombres a hacer lo que tú mismo no harías.

—¡Pero si tú atacas a los parshendi!

—Nunca lo haría cargando uno de esos puentes —dijo Dalinar —. Lo siento, viejo amigo. No es que te juzgue mal. Es lo que debo hacer.

Sadeas sacudió la cabeza y se puso el casco.

—Bueno, tendrá que valer. ¿Seguimos cenando juntos esta noche para discutir la estrategia?

—Supongo que sí. A menos que Elhokar se enfade porque los dos faltamos a su banquete.

Sadeas bufó.

—Va a tener que acostumbrarse. Seis años de banquetes cada noche se vuelven aburridos. Además, dudo que sienta otra cosa sino alegría después de que ganemos hoy y reduzcamos a los parshendi a un tercio de sus soldados. Te veré en el campo de batalla.

Dalinar asintió y Sadeas saltó de la formación rocosa a la planicie para reunirse con sus oficiales. Dalinar esperó, contemplando la Torre. No solo era más grande que la mayoría de las mesetas, sino que también era más dura, cubierta de abultadas formaciones rocosas de crem endurecido. Las pautas eran redondeadas y lisas, pero muy irregulares, como un campo lleno de muretes cubiertos por una capa de nieve.

La punta suroriental de la meseta se alzaba hasta un punto en que se asomaba a las Llanuras. Las dos mesetas que habían utilizado estaban en el centro del lado occidental; Sadeas se encargaría de la parte norte y Dalinar atacaría desde abajo, cuando Sadeas les hubiera despejado el punto de desembarque.

«Tenemos que empujar a los parshendi hacia el sureste y acorralarlos allí», pensó Dalinar frotándose la barbilla. Todo dependía de eso. La crisálida estaba cerca de la cima, así que los parshendi estaban ya situados en buena posición para que Dalinar y Sadeas los empujaran contra el borde del precipicio. Los parshendi probablemente lo permitirían, ya que les daría el terreno elevado.

Si llegaba un segundo ejército parshendi, estaría separado de los

demás. Los alezi podrían concentrarse en los que quedaran atrapados en la Torre, mientras mantenían una formación defensiva contra los recién llegados. Funcionaría.

Sintió que la Emoción crecía en su interior. Saltó hasta un macizo rocoso más bajo, y luego recorrió unas cuantas empinadas hendiduras para llegar al suelo de la meseta, donde esperaban sus oficiales. Rodeó entonces la formación rocosa, para comprobar el avance de Adolin. El joven, con su armadura esquirlada, dirigía a las compañías mientras cruzaban los puentes móviles de Sadeas para dirigirse a la meseta situada al sur. No muy lejos, los hombres de Sadeas formaban para el ataque.

Aquel grupo de hombres de los puentes equipados con armaduras destacaba, preparándose en el centro de las formaciones de cuadrillas. ¿Por qué se les permitía llevar armaduras? ¿Por qué no a las otras también? Parecían caparazones parshendi. Dalinar sacudió la cabeza. El asalto comenzó y las cuadrillas se adelantaron al ejército de Sadeas, dirigiéndose primero a la Torre.

—¿Por dónde te gustaría atacar, padre? —preguntó Adolin, invocando su hoja esquirlada y apoyándola en su hombrera, el filo hacia arriba.

—Allí —dijo Dalinar, señalando un lugar de la meseta—. Prepara a los hombres.

Adolin anunció y empezó a gritar órdenes.

En la distancia, los hombres de los puentes empezaron a morir. «Que los Heraldos guíen vuestro camino, desdichados —pensó Dalinar—. Igual que el mío.»

Kaladin bailaba con el viento.

Las flechas volaban a su alrededor, pasando cerca, sin besarle nunca con sus pértigas de madera pintada. Tenía que dejar que se acercaran, que los parshendi consideraran que estaban a punto de darle muerte.

A pesar de los otros cuatro hombres que llamaban su atención, a pesar de los otros hombres del Puente Cuatro que iban detrás acorazados también con los esqueletos de los parshendi caídos, la mayoría de los arqueros se concentraban en Kaladin. Era un símbolo. Un estandarte viviente al que había que destruir.

Kaladin se movía entre las flechas, apartándolas a manotazos con su escudo. Una tormenta ardía en su interior, como si su sangre hubiera sido absorbida y reemplazada con vientos de tormenta. Las yemas de sus dedos cosquilleaban de energía. Por delante, los parshendi cantaban su furiosa canción. La canción de alguien que blasfemaba contra sus muertos.

Kaladin se mantenía delante de los señuelos, dejando que las flechas se acercaran. Desafilándolas. Burlándose de ellas. Exigiendo que lo mataran, hasta que las flechas dejaron de caer y el viento se apaciguó.

Kaladin se detuvo, el aliento contenido para mantener su tormenta interior. Los parshendi se replegaron, reacios, ante los soldados de Sadeas. Una fuerza enorme en lo referido a los ataques en las mesetas. Miles de hombres y treinta y dos puentes. A pesar de la distracción de Kaladin, cinco puentes habían caído, y los hombres que los cargaban habían muerto.

Ninguno de los soldados que cruzaban el abismo había hecho esfuerzo específico alguno para atacar a los arqueros que disparaban contra Kaladin, pero el peso del número los había obligado a retirarse. Unos pocos dirigieron a Kaladin miradas de repulsa, haciendo un extraño gesto: llevarse una mano a la oreja derecha, señalándolo antes de retirase por fin.

Kaladin dejó escapar su aliento, y la luz tormentosa escapó de él. Tenía que recorrer una línea muy fina, atrayendo la suficiente luz para permanecer vivo, pero no tanta como para que fuera visible para los soldados.

La Torre se alzaba ante él, una losa de piedra que se inclinaba hacia el oeste. El abismo era tan ancho que le preocupaba que los hombres pudieran dejar caer el puente en él cuando trataran de fijarlo. Al otro lado, Sadeas había desplegado sus fuerzas en formación de media luna, empujando a los parshendi y tratando de abrir espacio a Dalinar.

Tal vez atacar de esta forma servía para proteger la prístina imagen de Dalinar. No hacía morir a los hombres de los puentes. No directamente, al menos. No importaba que se alzara sobre las espaldas de los hombres que no habían conseguido que Sadeas cruzara. Sus cadáveres eran su auténtico puente.

—¡Kaladin! —llamó una voz desde atrás.

Se volvió. Uno de sus hombres estaba herido. «¡Tormentas!», pensó, corriendo hacia el Puente Cuatro. Todavía había suficiente luz tormentosa latiendo en sus venas para repeler el cansancio. Se había vuelto complaciente. Seis cargas sin una sola baja. Tendría que haber comprendido que no podía durar. Se abrió paso entre los hombres y encontró a Cikatriz en el suelo, sujetándose el pie, los dedos manchados de sangre roja.

—Una flecha en el pie —dijo Cikatriz con los dientes apretados —. ¡En el pie, tormentas! ¿A quién hieren en el pie?

—¡Kaladin! —dijo la voz de Moash, urgente. Los hombres le abrieron paso y Moash llegó cargando a Teft, que tenía una flecha en el hombro, entre el peto de caparazón y el brazo.

—¡Tormentas! —exclamó Kaladin, ayudando a Moash a dejarlo en el suelo. El avezado veterano parecía sorprendido. La flecha se había clavado profundamente—. Que alguien haga presión en el pie de Cikatriz y lo vende hasta que yo pueda examinarlo. Teft, ¿puedes oírme?

—Lo siento, muchacho —murmuró Teft, la mirada vidriosa—. Lo…

—Te pondrás bien —dijo Kaladin, recogiendo a toda prisa las vendas que le ofrecía Lopen y asintiendo sombrío. Lopen se dispuso a calentar un cuchillo para cauterizar—. ¿Quién más?

—Todos los demás están bien —informó Drehy—. Teft intentaba ocultar su herida. Debieron de alcanzarlo cuando empujábamos el puente para emplazarlo.

Kaladin presionó la venda contra la herida, y luego le indicó a Lopen que se apresurara a someter el cuchillo al fuego.

—Quiero a nuestros oteadores vigilando. ¡Aseguraos de que los parshendi no intentan una maniobra como la de hace unas semanas! Si saltan esa meseta para llegar al Puente Cuatro, estamos muertos.

—No hay problema —dijo Roca, protegiéndose los ojos con la mano—. Sadeas tiene a sus hombres en esta zona. Ningún parshendi logrará cruzar.

Llegó el cuchillo, y Kaladin lo alzó vacilante, mientras una nube de humo se alzaba de su hoja. Teft había perdido demasiada sangre: no podía arriesgarse a coser. Pero con el uso del cuchillo, Kaladin se

arriesgaba a dejar una fea cicatriz. Eso afectaría al avezado veterano de un modo que le impediría empuñar una lanza.

Reacio, Kaladin presionó el cuchillo contra la herida, la carne siseó y la sangre se secó en negros borbotones. Los dolospren brotaron del suelo, nervudos y anaranjados. En un quirófano, podías coser. Pero en el campo de batalla esta era a menudo la única salida.

—Lo siento, Teft.

Sacudió la cabeza mientras continuaba trabajando.

Los hombres empezaron a gritar. Las flechas golpeaban la madera y la carne, como si leñadores lejanos blandieran sus hachas.

Dalinar esperaba junto a sus hombres, viendo luchar a los soldados de Sadeas. «Será mejor que consiga despejarnos una zona. Empiezo a anhelar la toma de esa meseta.»

Afortunadamente, Sadeas ganó rápidamente terreno en la Torre y envió una fuerza por el flanco para despejar una sección de terreno para Dalinar. No ocuparon por completo la posición antes de que Dalinar empezara a moverse.

—¡Uno de los puentes, conmigo! —gritó, corriendo al frente. Una de las ocho cuadrillas que Sadeas le había dejado lo siguió.

Dalinar necesitaba llegar a la llanura. Los parshendi habían advertido lo que sucedía y empezaban a presionar a la pequeña compañía de verde y blanco enviada por Sadeas para defender su zona de entrada.

—¡Cuadrilla, allí! —señaló Dalinar.

Los hombres del puente obedecieron, aliviados de no tener que colocar el puente bajo la lluvia de flechas. En cuanto lo situaron en posición, Dalinar cruzó, seguido de la Guardia de Cobalto. Justo delante, los hombres de Sadeas avanzaron dispersándose.

Dalinar gritó, cerrando sus manos blindadas en torno al pomo de Juramentada mientras la espada se formaba de la bruma. Atacó a la línea parshendi con un amplio golpe a dos manos que abatió a cuatro hombres. Los parshendi empezaron a cantar en su extraño lenguaje, entonando su cántico bélico. Dalinar apartó a un cadáver de una patada y comenzó a atacar con intensidad, defendiendo frenéticamente la posición que los hombres de Sadeas le habían

conseguido. Minutos más tarde, sus soldados lo rodearon.

Con la Guardia de Cobalto cubriéndolo, Dalinar se lanzó a la batalla, rompiendo las líneas enemigas como solo podía hacerlo un portador de esquirlada. Abrió huecos en las líneas parshendi, como un pez saltando de un arroyo, cortando a un lado y a otro, manteniendo a sus enemigos desorganizados. Los cadáveres de ojos quemados y ropas cortadas dejaban un sendero a su paso. Más y más soldados alezi llenaban los huecos. Adolin se enzarzó con un grupo de parshendi cercanos, sus propios guardianes de cobalto a distancia segura tras él. Había traído a todo su ejército: necesitaba avanzar rápidamente, atrapando a los parshendi arriba para que no escaparan. Sadeas se encargaría de vigilar los extremos norte y oeste de la Torre.

El ritmo de la batalla cantaba en Dalinar. Los parshendi cantaban, los soldados gruñían y gritaban, la espada esquirlada en sus manos y el poder supremo de la armadura. La Emoción brotó en su interior.

Como la náusea no lo asaltó, dejó libre con cuidado al Aguijón Negro, y sintió la alegría de dominar una batalla y la decepción de carecer de un enemigo digno.

¿Dónde estaban los portadores de esquirlada parshendi? Había visto a aquel hacía semanas. ¿Por qué no había vuelto a aparecer? ¿Mandarían tantos hombres a la Torre sin enviar a un portador?

Algo pesado golpeó su armadura, rebotando en ella y provocando que una pequeña vaharada de luz tormentosa escapara de entre las junturas de su brazo. Dalinar maldijo y alzó un brazo para protegerse el rostro mientras escrutaba las inmediaciones. «Allí», pensó, detectando una formación rocosa cercana donde un grupo de parshendi blandían con dos manos enormes hondas. Las piedras, del tamaño de cabezas, chocaban contra parshendi y alezi por igual, aunque resultaba obvio que el objetivo era Dalinar.

Gruñó cuando otra lo alcanzó, chocando contra su antebrazo y enviando una descarga por toda su armadura. El golpe fue tan fuerte que diseminó un puñado de pequeñas grietas por su antebrazo derecho.

Dalinar rugió y se lanzó a una carrera potenciada por la armadura. La Emoción surgió con más fuerza en él, y cargó con el

hombro contra un grupo de parshendi, dispersándolos, y luego giró con su espada y abatió a los que eran demasiado lentos para apartarse. Se hizo a un lado cuando una lluvia de piedras cayó sobre el lugar donde se encontraba, y luego saltó a un peñasco bajo. Dio dos pasos y saltó al saliente donde se hallaban los tiradores de piedras.

Se agarró al borde del saliente con una mano, sujetando su espada con la otra. Los hombres de lo alto del pequeño risco retrocedieron, pero Dalinar se aupó lo suficiente para barrer con su espada. Juramentada les cortó las piernas y cuatro hombres se desplomaron al suelo con las piernas muertas. Dalinar soltó la hoja, que se desvaneció, y usó ambas manos para auparse al risco.

Aterrizó agazapado, la armadura tintineando. Varios de los parshendi restantes trataron de utilizar sus hondas, pero Dalinar agarró a un par de piedras de un montón del tamaño de cabezas, sujetándolas fácilmente con sus guanteletes, y las lanzó contra los parshendi. Las piedras golpearon con suficiente fuerza para arrancar a los hombres de la formación, aplastando sus pechos.

Dalinar sonrió, y entonces se puso a lanzar más piedras. Cuando los últimos parshendi cayeron del risco, se volvió invocando a Juramentada. Buscó el campo de batalla. Una muralla de lanzas de azul y acero reflectante se debatía contra los parshendi negros y rojos. Los hombres de Dalinar lo hacían bien, presionando a los parshendi hacia arriba al suroeste, donde quedarían atrapados. Adolin los dirigía, la armadura esquirlada centelleando.

Inspirando profundamente la Emoción, Dalinar alzó su espada esquirlada sobre la cabeza, reflejando la luz del sol. Más abajo, sus hombres vitorearon, iniciando un clamor que se alzó sobre el cántico guerrero de los parshendi. Los glorispren brotaron a su alrededor.

Padre Tormenta, sí que era bueno volver a ganar. Se lanzó desde lo alto de la formación rocosa, sin tomar por una vez el lento y cuidadoso camino de bajada. Cayó entre un grupo de parshendi, aplastando las piedras, mientras la luz tormentosa azul brotaba de su armadura. Giró, golpeando, recordando los años pasados junto a Gavilar. Ganando, conquistando.

Gavilar y él habían creado algo durante aquellos años. Una

nación cohesionada y sólida a partir de algo fracturado. Como maestros alfareros que reconstruyeran una hermosa cerámica que se hubiera roto. Con un rugido, Dalinar se abrió paso entre la línea de parshendi, hacia el lugar donde la Guardia de Cobalto luchaba para alcanzarlo.

—¡Hay que presionarlos! —gritó—. ¡Pasad la orden! ¡Que todas las compañías suban por este lado de la Torre!

Los soldados alzaron las lanzas y los mensajeros corrieron a transmitir la orden. Dalinar giró y cargó contra los ejércitos, avanzando a la vanguardia del propio ejército. Al norte, las fuerzas de Sadeas estaban detenidas. Bueno, las fuerzas de Dalinar harían el trabajo por él. Si lograba avanzar aquí, dividiría en dos mitades a las tropas parshendi y luego empujaría el flanco norte contra Sadeas y el sur contra el borde del precipicio.

Su ejército avanzaba tras él, y la Emoción borboteaba en su interior. Era poder. Fuerza más grande que la armadura esquirlada. Vitalidad más grande que la juventud. Habilidad más grande que toda una vida de práctica. Una fiebre de poder. Los parshendi caían unos tras otros ante su espada. No podía cortar su carne, pero se abría paso entre sus filas. El impulso de sus ataques a menudo hacía que sus cadáveres fueran cayendo ante él mientras sus ojos ardían. Los parshendi empezaron a disolverse, huyendo o retirándose. Dalinar sonrió tras su visera casi transparente.

Esto era vida. Era control. Gavilar fue el líder, el impulso, y la esencia de su conquista. Pero Dalinar era el guerrero. Sus oponentes se habían rendido al gobierno de Gavilar, pero el Aguijón Negro era el hombre que los había dispersado, el que había retado a duelo a sus líderes y matado a sus mejores portadores de esquirlada.

Dalinar les gritó a los parshendi, y toda su línea se combó antes de quebrarse. Los alezi avanzaron, entre vítores. Dalinar se reunió con sus hombres, cargando al frente para abatir a las parejas guerreras de parshendi que huían hacia el norte o el sur, tratando de unirse a los grupos más grandes que allí resistían.

Alcanzó a una pareja. Uno de sus miembros se volvió para repelerlo con un martillo, pero Dalinar lo cortó al paso y agarró al otro para arrojarlo al suelo apenas girando el brazo. Sonriendo, Dalinar alzó su espada sobre la cabeza.

El parshendi rodó torpemente, sujetándose el brazo, roto sin duda al caer. Miró a Dalinar, aterrorizado, los miedospren brotando a su alrededor.

Era solo un muchacho.

Dalinar se detuvo, la espada alzada sobre su cabeza, los músculos tensos. Esos ojos…, ese rostro… Los parshendi tal vez no fueran humanos, pero sus rasgos, sus expresiones, sí que lo eran. A excepción de la piel moteada y los extraños bultos de armadura-caparazón, este chico podría haber sido uno de los mozos del establo de Dalinar. ¿Qué veía alzándose sobre él? ¿Un monstruo sin rostro con una armadura impenetrable? ¿Cuál era la historia de este muchacho? Solo debía de ser un niño cuando asesinaron a Gavilar.

Dalinar retrocedió tambaleándose, la Emoción desvaneciéndose. Uno de los hombres de la Guardia de Cobalto pasó de largo y clavó indiferente su espada en el cuello del muchacho. Dalinar alzó una mano, pero todo terminó demasiado rápidamente. El soldado no advirtió su gesto.

Dalinar bajó la mano. Sus hombres corrían a su alrededor, arrasando a los parshendi en fuga. La mayoría de enemigos seguía luchando, resistiéndose a Sadeas por un lado y al ejército de Dalinar por otro. La meseta oriental estaba a corta distancia a la derecha de Dalinar, que había lanzado contra las fuerzas parshendi como una lanza, cortándola por el centro, dividiéndola al norte y al sur.

A su alrededor yacían los muertos. Muchos habían caído boca abajo, tomados por sorpresa por las lanzas o las flechas del ejército de Dalinar. Algunos parshendi seguían todavía con vida, aunque moribundos. Entonaban o susurraban para sí una extraña letanía. La que cantaban cuando querían morir.

Sus canciones susurradas se alzaban como las maldiciones de los espíritus en la Marcha de las Almas. A Dalinar siempre le había parecido que la canción de la muerte era la más hermosa de todas las que había oído a los parshendi. Como siempre, la canción de cada parshendi estaba en perfecta sincronía con la de sus compañeros. Era como si todos pudieran oír la misma melodía lejana y la cantaran con sus labios borboteantes de sangre y la respiración entrecortada.

«Los Códigos. Nunca le pidas a tus hombres un sacrificio que tú

mismo no harías. Nunca los hagas combatir en condiciones que tú te niegues a seguir. Nunca le pidas a un hombre que realice una acción con la que tú no te manches las manos», pensó Dalinar, volviéndose hacia sus guerreros.

Se sintió asqueado. Esto no era hermoso. No era glorioso. No era fuerza, poder, ni vida. Era repulsivo, repelente y horrible.

«¡Pero ellos mataron a Gavilar!», pensó, buscando un modo de superar la náusea que sentía.

Únelos…

Roshar había estado unida, antaño. ¿Incluía eso a los parshendi?

«No sabes si puedes confiar en las visiones o no —se dijo—, mientras su guardia de honor formaba tras él. Podían ser producto de la Vigilante Nocturna o los Vaciadores. O de cualquier otra cosa.»

En ese momento, las objeciones parecían débiles. ¿Qué querían las visiones que hiciera? Traer la paz a Alezkar, unir a su pueblo, actuar con justicia y honor. ¿No podía juzgar las visiones basándose en esos resultados?

Se llevó la hoja esquirlada al hombro y caminó solemnemente entre los caídos hacia la línea norte, donde los parshendi estaban atrapados entre sus hombres y los de Sadeas. Su repulsión aumentó.

¿Qué le estaba ocurriendo?

—¡Padre! —el grito de Adolin fue frenético.

Dalinar se volvió hacia su hijo, que corría hacia él. La armadura del joven estaba manchada de sangre parshendi, pero como siempre su espada brillaba.

—¿Qué hacemos? —preguntó Adolin, jadeando.

—¿Sobre qué?

Adolin se volvió y señaló al oeste, hacia la meseta al sur de aquella otra en la que el ejército de Dalinar había empezado el ataque hacía más de una hora. Allí, saltando el amplio abismo, había un enorme segundo ejército parshendi.

Dalinar se alzó la visera, para que el aire fresco aliviara su rostro sudoroso. Dio un paso adelante. Había previsto esta posibilidad, pero alguien debería de haberles dado la voz de alarma. ¿Dónde estaban los oteadores? ¿Qué estaba…?

Sintió un escalofrío.

Temblando, se dirigió a una de las lisas formaciones rocosas que abundaban en la Torre.

—¿Padre? —preguntó Adolin, corriendo tras él.

Dalinar escaló, buscando la cima de la formación y dejando su hoja esquirlada. Remontó el promontorio y miró al norte, hacia sus tropas y los parshendi. Al norte, hacia Sadeas. Adolin subió tras él. Se alzó la visera con el guantelete.

—Oh, no… —susurró.

El ejército de Sadeas se retiraba cruzando el abismo hacia la meseta norte. La mitad ya había cruzado. Los ocho grupos de hombres de los puentes que le había prestado a Dalinar se habían retirado y se habían ido.

Sadeas abandonaba a Dalinar y sus tropas, dejándolos rodeados por tres lados por los parshendi, solos en las Llanuras Quebradas. Y se llevaba todos sus puentes consigo.



«Ese cántico, esa canción, esas voces rotas.»

Kaktach, 1173,16 segundos antes de la muerte. Un alfarero de mediana edad. Se dice que tuvo extraños sueños durante las altas tormentas en los dos últimos años.

Kaladin descubrió con cuidado la herida de Cikatriz para inspeccionar los puntos y cambiar el vendaje. La flecha lo había alcanzado en el lado derecho del tobillo, rebotando en el peroné y arañando los músculos del lado del pie.

—Has tenido mucha suerte, Cikatriz —dijo Kaladin, poniendo el nuevo vendaje—. Volverás a caminar, suponiendo que no fuerces el pie hasta que haya sanado. Haremos que algunos hombres te lleven de vuelta al campamento.

Tras ellos, la batalla continuaba entre gritos, golpes y caos. La lucha estaba lejos ahora, concentrada en el extremo oriental de la meseta. A la derecha de Kaladin, Teft bebía el agua que Lopen le vertía en la boca. El veterano frunció el ceño y le arrancó el odre con la mano buena.

—No soy un inválido —rugió. Había recuperado su aturdimiento inicial, aunque estaba débil.

Kaladin se sentó, agotado. Cuando la luz tormentosa se consumía, lo dejaba exhausto. Se le pasaría pronto: había pasado más de una hora desde el ataque inicial. Llevaba en su bolsa unas

cuantas esferas infusas más: se obligó a resistir la urgencia de sorber su luz.

Se levantó, con intención de reunir a algunos hombres para que se llevaran a Moash y Teft al otro lado de la meseta, por si la batalla cambiaba de curso y tenían que retirarse. No era probable: los soldados alezi lo estaban haciendo bien la última vez que lo comprobó.

Escrutó de nuevo el campo de batalla. Lo que vio lo dejó helado.

Sadeas se retiraba.

Al principio, le pareció tan imposible que no pudo aceptarlo. ¿Estaba Sadeas haciendo volver a sus hombres para atacar en otra dirección? Pero no, la retaguardia ya estaba cruzando los puentes, y el estandarte de Sadeas se acercaba. ¿Estaba herido el alto príncipe?

—Drehy, Leyten, coged a Cikatriz. Roca y Peet, encargaos de Teft. Corred al lado occidental de la meseta y preparaos para huir. Los demás, a vuestras posiciones en el puente.

Los hombres advirtieron entonces lo que estaba pasando. Respondieron con ansiedad.

—Moash, ven conmigo —dijo Kaladin, corriendo hacia el puente.

Moash corrió tras Kaladin.

—¿Qué es lo que pasa?

—Sadeas se retira —dijo Kaladin, viendo la marea de hombres de verde retirarse de las líneas parshendi como cera derretida—. No hay motivos. La batalla apenas ha empezado, y sus fuerzas estaban ganando. Solo puedo pensar que Sadeas ha sido herido.

—¿Por qué retirar todo el ejército por eso? —dijo Moash—. No creerás que está…

—Su estandarte sigue ondeando. Así que probablemente no está muerto. A menos que lo mantengan en alto para impedir que los hombres se dejen llevar por el pánico.

Llegaron al puente. Detrás, el resto de la cuadrilla corrió a formar filas. Matal estaba al otro lado del abismo, hablando con el comandante de la retaguardia. Después de una rápida conversación, Matal cruzó y empezó a correr hacia las cuadrillas, llamándolas para que se prepararan para cargar. Miró al equipo de Kaladin, pero vio que ya estaban listos, así que pasó de largo.

A la derecha de Kaladin, en la meseta contigua, donde Dalinar había lanzado su ataque, las ocho cuadrillas prestadas se retiraban del campo de batalla, cruzando hacia la meseta de Kaladin. Un oficial ojos claros a quien no reconoció daba órdenes. Tras ellos, más al suroeste, una nueva fuerza parshendi había llegado, y se dirigía hacia la Torre.

Sadeas cabalgaba hacia al abismo. La pintura de su armadura esquirlada brillaba al sol: no tenía ni un solo arañazo. De hecho, toda su guardia de honor estaba ilesa. Aunque habían llegado hasta la Torre, habían abandonado al enemigo y regresado. ¿Por qué?

Y entonces Kaladin lo vio. El ejército de Dalinar Kholin, que luchaba en la pendiente superior de la cuña, estaba ahora rodeado. Esta nueva fuerza parshendi irrumpía en las secciones que Sadeas había mantenido, protegiendo supuestamente la retirada de Dalinar.

—¡Lo están abandonando! —dijo Kaladin—. Era una trampa. Una encerrona. Sadeas ha dejado al alto príncipe Kholin y a todos sus hombres abandonados a su suerte…, a la muerte.

Kaladin rodeó el puente y se abrió paso entre los soldados que regresaban por él. Moash maldijo y lo siguió.

Kaladin no estaba seguro de por qué se abrió paso a codazos hasta el siguiente puente (el puente diez), por el que cruzaba Sadeas. Tal vez necesitaba cerciorarse de que Sadeas no estaba herido. Tal vez estaba todavía aturdido. Esto era alta traición, a gran escala, tan terrible que hacía que la traición sufrida por Kaladin a manos de Amaram pareciera casi trivial.

Sadeas cruzó el puente al trote, la madera crujía. Lo acompañaban dos ojos claros con armadura regular, y los tres llevaban los yelmos bajo el brazo, como en una parada militar.

La guardia de honor detuvo a Kaladin, hostil. Estaba tan cerca que pudo ver que, en efecto, Sadeas estaba completamente ileso. También pudo estudiar su orgulloso rostro cuando hizo volver grupas a su caballo para mirar la Torre. El segundo ejército parshendi rodeaba a los hombres de Kholin, atrapándolos. Incluso sin eso, Kholin no tenía puentes. No podía retirarse.

—Te lo dije, viejo amigo —comentó Sadeas, en voz baja pero clara que pudo oírse por encima de los lejanos gritos—. Dije que ese honor tuyo te mataría algún día.

Sacudió la cabeza.

Entonces hizo volverse a su caballo y se alejó al trote del campo de batalla.

Dalinar abatió a una pareja de guerra parshendi. Siempre había otra para sustituirla. Apretó los dientes, adoptó la pose del viento y pasó a la defensiva en su pequeño promontorio, actuando como una roca que la oleada parshendi tendría que romper.

Sadeas había planeado bien su retirada. Sus hombres no tuvieron ningún problema: se les había ordenado que lucharan de modo que pudieran retirarse fácilmente. Y tenía cuarenta puentes para cruzar. En conjunto, su abandono se produjo con rapidez, dada la escala de la batalla. Aunque Dalinar había ordenado rápidamente a sus hombres que se pusieran en marcha, esperando alcanzar a Sadeas mientras los puentes estaban todavía colocados, no había sido lo bastante rápido. Los puentes de Sadeas empezaron a ser retirados, apenas cruzado el suyo.

Adolin combatía cerca. Eran dos hombres cansados enfrentados a un ejército entero. Sus armaduras habían acumulado un sorprendente número de grietas. Ninguna era crítica todavía, pero filtraban preciosa luz tormentosa. Los hilillos se alzaban como las canciones de los parshendi moribundos.

—¡Te advertí que no te fiaras de él! —gritó Adolin mientras luchaba, abatiendo a una pareja de parshendi, y luego recibió una andanada de flechas de un grupo de arqueros que se habían emplazado cerca. Las flechas chocaron contra la armadura de Adolin, arañando la pintura. Una alcanzó una grieta, ensanchándola —. Te lo dije —continuó gritando Adolin, bajando el brazo y abatiendo a la siguiente pareja de parshendi justo antes de que descargaran sus martillos contra él—. ¡Te dije que era una anguila!

—¡Lo sé! —replicó Dalinar.

—Nos hemos metido de cabeza en esto —continuó Adolin, gritando como si no hubiera oído a Dalinar—. Lo dejamos llevarse nuestros puentes. Lo dejamos llevarnos a la meseta antes de que llegara la segunda oleada de parshendi. Lo dejamos controlar a los oteadores. ¡Incluso sugerimos la pauta de ataque que nos dejaría rodeados si no nos apoyaban!

—Lo sé. —El corazón de Dalinar se retorcía en su interior.

Sadeas estaba ejecutando una traición premeditada, cuidadosamente planeada y concienzuda. No estaba en inferioridad numérica, no se había retirado a lugar seguro, aunque era indudable que eso era lo que diría cuando llegara al campamento. Un desastre, diría. Parshendi por todas partes. Atacar juntos había roto el equilibrio y, por desgracia, se había visto obligado a retirarse y dejar a su amigo. O, tal vez algunos de los hombres de Sadeas hablarían, dirían la verdad, y otros altos príncipes sin duda sabrían lo que había ocurrido en realidad. Pero nadie desafiaría a Sadeas abiertamente. No después de una maniobra tan decisiva y contundente.

La gente de los campamentos seguiría la corriente. Los otros altos príncipes estaban demasiado descontentos con Dalinar para crear ningún alboroto. El único que podría alzar la voz era Elhokar, y Sadeas contaba con su favor. Dalinar tenía encogido el corazón. ¿Había sido todo fingido? ¿Podía haberse equivocado tan completamente con Sadeas? ¿Y la investigación que lo había exonerado? ¿Y sus planes y recuerdos? ¿Todo mentira?

«Te salvé la vida, Sadeas.» Dalinar vio el estandarte retirarse a la meseta de reunión. Entre aquel grupo lejano, un jinete de armadura escarlata se volvió a mirar atrás. Sadeas, que veía a Dalinar luchar por su vida. Esa figura se detuvo un momento, luego dio media vuelta y continuó cabalgando. Los parshendi rodeaban la avanzadilla donde Dalinar y Adolin luchaban justo delante del ejército. Estaban superando a su guardia. Dalinar saltó y mató a otro par de enemigos, pero se ganó otro golpe en el antebrazo. Los parshendi lo rodeaban, y la guardia de Dalinar empezó a ceder.

—¡Retrocede! —le gritó a Adolin, y luego empezó a dirigirse hacia el enemigo.

El joven maldijo, pero hizo lo que se le ordenaba. Dalinar y él se retiraron tras la primera línea de defensa. Dalinar se quitó el yelmo agrietado, jadeando. Llevaba luchando sin parar tanto tiempo que se había quedado sin resuello, a pesar de la armadura esquirlada. Dejó que uno de los guardias le tendiera un odre de agua, y Adolin hizo lo mismo. Dalinar se echó el agua tibia en la boca y en la cara. Tenía el sabor metálico del agua de tormenta.

Adolin se enjuagó la boca. Miró a Dalinar a los ojos, el rostro atormentado y sombrío. Lo sabía. Igual que lo sabía Dalinar. Igual que lo sabían probablemente los hombres. No sobrevivirían a esta batalla. Los parshendi no dejaban supervivientes. Dalinar se preparó, esperando nuevas acusaciones por parte de Adolin. El muchacho había tenido razón todo el tiempo. Y fueran cuales fueran sus visiones, habían confundido a Dalinar al menos en un aspecto. Confiar en Sadeas los había llevado a la perdición.

Los hombres morían a su alrededor, gritando y maldiciendo. Dalinar ansiaba la lucha, pero tenía que descansar. Perder a un portador de esquirlada por causa de la fatiga no serviría a sus hombres.

—¿Bien? —le preguntó a Dalinar—. Dilo. Nos he llevado a la destrucción.

—Yo…

—Es culpa mía —dijo Dalinar—. Nunca tendría que haber arriesgado nuestra casa por esos sueños estúpidos.

—No —respondió Adolin, sorprendido consigo mismo al decirlo—. No, padre. No es culpa tuya. —Dalinar miró a su hijo. No era eso lo que esperaba oír—. ¿Qué habrías hecho diferente? —preguntó Adolin—. ¿Habrías dejado de intentar que Alezkar fuese algo mejor? ¿Serías igual que Sadeas y los demás? No. No querría que te convirtieras en ese hombre, padre, a pesar de lo que eso pudiera procurarnos. Deseo por los Heraldos que no hubiéramos dejado que Sadeas nos engañara, pero no te echaré la culpa por su falsedad. —Adolin estrechó el brazo blindado de su padre—. Haces bien al seguir los Códigos. Tenías razón al intentar unificar Alezkar. Y fui un necio al discutir contigo en cada paso del camino. Tal vez si no hubiera pasado tanto tiempo distrayéndote, habríamos visto venir esto.

Dalinar parpadeó, aturdido. ¿Era Adolin quien pronunciaba esas palabras? ¿Qué había cambiado en el muchacho? ¿Y por qué decía estas palabras ahora, al borde del mayor fracaso de Dalinar?

Y sin embargo, mientras las palabras flotaban en el aire, Dalinar sintió que su culpa se evaporaba, perdida entre los gritos de los moribundos. Era una emoción egoísta.

¿Habría debido cambiar? Sí, podía haber sido más cauteloso.

Podía haber advertido la doblez de Sadeas. ¿Pero habría renunciado a los Códigos? ¿Se habría convertido en el mismo asesino implacable que había sido en su juventud?

No.

¿Importaba que las visiones respecto a Sadeas fuesen erróneas? ¿Estaba avergonzado del hombre en el que estas, y las lecturas del libro, lo habían hecho convertirse? La última pieza cayó en su sitio en su interior, la última piedra angular, y descubrió que ya no estaba preocupado. La confusión había desaparecido. Sabía qué hacer, por fin. No más preguntas. No más incertidumbres.

Aferró el brazo de Adolin.

—Gracias.

Adolin asintió brevemente. Todavía estaba furioso, Dalinar lo notaba, pero había decidido seguirlo, y una parte de seguir al líder era apoyarlo incluso cuando la batalla se había vuelto en su contra.

Se separaron y Dalinar se volvió hacia los soldados.

—Es hora de luchar —dijo, alzando la voz—. Y lo haremos no porque busquemos la gloria de los hombres, sino porque las otras opciones son peores. Seguimos los Códigos no porque produzcan ganancias, sino porque repudiamos aquello en lo que entonces nos convertiríamos si hiciéramos lo contrario. Nos encontramos solos en este campo de batalla por ser quienes somos.

La Guardia de Cobalto empezó a volverse, uno a uno, hacia él. Tras ellos, los soldados de reserva (ojos claros y ojos oscuros) se acercaron, los ojos aterrorizados, pero los rostros decididos.

—¡La muerte es el final de todos los hombres! —gritó Dalinar—. ¿Cuál es su medida cuando ya no está? ¿Las riquezas que acumuló y dejó para que se pelearan sus herederos? ¿La gloria que obtuvo, solo para pasarla a aquellos que lo mataron? ¿Las elevadas posiciones que obtuvo por casualidad?

»No. Luchamos aquí porque comprendemos. El final es el mismo. Es el camino lo que separa a los hombres. Cuando saboreemos ese final, lo haremos con la cabeza bien alta, los ojos al sol.

Extendió una mano, invocando a Juramentada.

—No me avergüenza lo que me he convertido —gritó, y descubrió que era cierto. Parecía tan extraño estar libre de culpa—.

Otros hombres pueden envilecerse por destruirme. Que tengan su gloria. ¡Pues yo conservaré la mía!

La espada esquirlada se formó en su mano.

Los hombres no vitorearon, pero se irguieron, las espaldas rectas. Parte del terror desapareció. Adolin se cerró el yelmo y su espada apareció en su mano, cubierta de condensación. Asintió.

Volvieron juntos a la batalla.

«Y así muero», pensó Dalinar, cargando contra las filas parshendi. Allí encontró la paz. Una emoción inesperada en el campo de batalla, pero tanto más bienvenida por ello. Descubrió, sin embargo, un pesar: dejaba al pobre Renarin como alto príncipe Kholin, fuera de pie, rodeado de enemigos que habían engordado con la carne de su padre y su hermano.

«Nunca le entregué esa hoja esquirlada que le prometí —pensó Dalinar—. Tendrá que apañárselas sin ella. Que el honor de nuestros antepasados te proteja, hijo.»

«Sé fuerte…, y aprende sabiduría más rápido que tu padre.»

«Adiós.»



«¡Que ya no me duela! ¡Que ya no llore! ¡Daigonarthis! ¡El Pescador Negro sostiene mi pena y la consume!»

Tanatesach, 1173, 28 segundos antes de la muerte. Una saltimbanqui callejera ojos oscuros. Advertir su similitud con la muestra 1172-89.

El Puente Cuatro se quedó detrás del resto del ejército. Con dos heridos, y cuatro hombres necesarios para cargar con ellos, el puente les pesaba. Por fortuna, Sadeas había traído a casi todas las cuadrillas en este ataque, incluyendo las ocho que le había prestado a Dalinar. Eso significaba que el ejército no tenía que esperar al equipo de Kaladin para cruzar.

El agotamiento saturaba a Kaladin, y el puente que llevaba a los hombros parecía hecho de piedra. No se sentía tan cansado desde sus primeros días en este oficio. Syl flotaba ante él, observando preocupada cómo marchaba a la cabeza de sus hombres, con el rostro sudoroso, esforzándose por las irregularidades del terreno.

Ante ellos, los últimos miembros del ejército de Sadeas cruzaban el abismo. La meseta de reunión estaba casi vacía. La pura y horrible audacia de lo que Sadeas había hecho retorcía las entrañas de Kaladin. Consideraba que lo que habían hecho era horrible. Aquí, Sadeas condenaba cruelmente a miles de hombres, ojos

oscuros y ojos claros por igual. Supuestos aliados. Esa traición parecía pesar tanto sobre Kaladin como el puente mismo. Lo presionaba, lo hacía jadear en busca de aire.

¿No había ninguna esperanza para los hombres? Mataban a aquellos a quienes deberían haber amado. ¿De qué servía luchar, de qué servía ganar, si no había ninguna diferencia entre aliado y enemigo? ¿Qué era la victoria? Absurda. ¿Qué significaban las muertes de los amigos y colegas de Kaladin? Nada. El mundo entero era una pústula, repulsivamente verde e infestada de corrupción.

Aturdidos, Kaladin y los suyos llegaron al abismo, aunque demasiado tarde para ayudar a cruzarlo. Los hombres que había enviado por delante estaban allí, Teft con aspecto sombrío, Cikatriz apoyado en una lanza para evitar hacerlo en la pierna herida. Un grupito de lanceros muertos yacía alrededor. Los soldados de Sadeas retiraban a sus heridos cuando era posible, pero algunos morían mientras los ayudaban. Habían abandonado a algunos de estos allí: obviamente, Sadeas tenía prisa por abandonar la escena.

Los muertos conservaban su equipo. Cikatriz había encontrado posiblemente su muleta allí. Alguna pobre cuadrilla tendría que volver aquí más tarde para recuperar ese material, y el de los caídos de Dalinar.

Soltaron el puente y Kaladin se secó la frente.

—No coloquéis el puente sobre el abismo —le dijo a sus hombres—. Esperaremos a que el último de los hombres haya cruzado, y luego usaremos alguno de los otros puentes.

Matal miró a Kaladin y su cuadrilla, pero no les ordenó colocar el puente. Se dio cuenta de que, cuando consiguieran ponerlo en posición, tendrían que retirarlo de nuevo.

—¿No es todo un espectáculo? —dijo Moash, acercándose a Kaladin y mirando atrás.

Kaladin se volvió. La Torre se alzaba tras ellos, inclinada en su dirección. El ejército de Kholin era un círculo azul atrapado en mitad de la pendiente después de haber intentado abrirse paso y dar alcance a Sadeas antes de que se marchara. Los parshendi eran un enjambre oscuro con manchas rojas en su piel moteada. Presionaban el círculo alezi, reduciéndolo.

—¡Qué vergüenza! —dijo Drehy desde el puente, sentado en su

borde—. Me dan ganas de vomitar.

Otros hombres asintieron, y Kaladin se sorprendió al ver la preocupación en sus rostros. Roca y Teft se reunieron con Moash y él, todos ataviados con su armadura-caparazón parshendi. Kaladin se alegró de haber dejado a Shen en el campamento. Se habría vuelto catatónico al verlos.

Teft se acunó el brazo herido. Roca se protegió los ojos con una mano y sacudió la cabeza, mirando al este.

—Es una vergüenza. Una vergüenza para Sadeas. Una lástima para nosotros.

—Puente Cuatro —llamó Matal—. ¡Vamos!

Matal les hacía señas para que cruzaran el puente Seis y dejaran la meseta de reunión. De repente, a Kaladin se le ocurrió una idea. Una idea fantástica, como un rocapullo que floreciera en su mente.

—Seguiremos con nuestro propio puente, Matal —llamó Kaladin —. Acabamos de llegar. Necesitamos descansar unos minutos.

—¡Cruzad ahora! —chilló Matal.

—¡Iremos detrás! —replicó Kaladin—. ¿Quieres explicarle a Sadeas por qué tiene que retener a todo el ejército por una miserable cuadrilla? Tenemos nuestro puente. Deja que mis hombres descansen. Os alcanzaremos más tarde.

—¿Y si esos salvajes vienen a por vosotros? —preguntó Matal.

Kaladin se encogió de hombros.

Matal parpadeó y entonces pareció comprender cuánto deseaba que eso sucediera.

—Como quieras —dijo, y echó a correr para cruzar el puente seis mientras retiraban a los demás. En cuestión de segundos, el equipo de Kaladin se quedó solo junto al abismo. El ejército se retiró hacia el oeste.

Kaladin sonrió de oreja a oreja.

—No puedo creerlo, después de tantas preocupaciones… ¡Somos libres!

Los hombres se volvieron hacia él, confundidos.

—Los seguiremos dentro de poco —dijo Kaladin ansiosamente —, y Matal dará por hecho que vamos a hacerlo. Nos iremos quedando cada vez más rezagados tras el ejército, hasta perdernos de vista. Luego nos dirigiremos al norte, usando el puente para

cruzar las Llanuras. ¡Podremos escapar hacia el norte, y todo el mundo supondrá que los parshendi nos capturaron y nos mataron!

Los otros lo miraron con los ojos muy abiertos.

—Suministros —dijo Teft.

—Tenemos estas esferas —respondió Kaladin, sacando su bolsa —. Un buen puñado, aquí mismo. Podemos coger las armas y armaduras de los muertos y usarlas para defendernos de los bandidos. ¡Será duro, pero no nos perseguirán!

Los hombres empezaban a entusiasmarse. Sin embargo, algo hizo vacilar a Kaladin. «¿Y los heridos del campamento?»

—Tendré que quedarme atrás —dijo Kaladin.

—¿Qué? —exclamó Moash.

—Alguien tendrá que hacerlo. Por nuestros heridos del campamento. No podemos abandonarlos. Heridme y dejadme en una de las mesetas. Sadeas enviará a recuperar todo este material. Les diré que mi cuadrilla fue masacrada en venganza por haber profanado los muertos parshendi, y nuestro puente arrojado al abismo. Lo creerán: han visto cómo nos odian los parshendi.

La cuadrilla se había puesto ahora en pie, y se miraban unos a otros. Miradas incómodas.

—No nos marcharemos sin ti —dijo Sigzil. Muchos de los otros asintieron.

—Me iré. No podemos dejar a esos hombres.

—Kaladin, muchacho… —empezó a decir Teft.

—Hablaremos de mí más tarde —interrumpió Kaladin—. Tal vez vaya con vosotros y me cuele luego en el campamento para ayudar a los heridos. Por ahora, id a recoger material de esos cadáveres.

Ellos vacilaron.

—¡Es una orden!

Se pusieron en marcha, sin más queja, y corrieron a saquear los cadáveres que Sadeas había abandonado. Eso dejó a Kaladin solo junto al puente.

Todavía estaba inquieto. No eran solo los heridos del campamento. ¿De qué se trataba, entonces? Esta era una oportunidad fantástica. Prácticamente habría matado por tener una igual cuando era esclavo. ¿La oportunidad de desaparecer, dado por muerto? Los hombres del puente no tendrían que luchar. Eran

libres. ¿Por qué, entonces, estaba tan ansioso?

Kaladin se volvió a observar a sus hombres, y se sorprendió al ver algo delante de él. Una mujer de luz blanca translúcida.

Era Syl, como nunca la había visto antes, del tamaño de una persona normal, las manos unidas delante, el cabello y el vestido ondulando al viento. Él no tenía ni idea de que pudiera hacerse tan grande. Miraba hacia el este, con expresión horrorizada, los ojos muy abiertos y apenados. Era el rostro de una niña que contempla un hecho brutal que roba su inocencia.

Kaladin se volvió y miró lentamente en aquella dirección. Hacia la Torre.

Hacia el desesperado ejército de Dalinar Kholin.

Verlos le encogió el corazón. Luchaban a la desesperada. Rodeados. Abandonados. Para morir a solas.

«Nosotros tenemos un puente —advirtió Kaladin—. Si pudiéramos emplazarlo…» La mayoría de los parshendi estaban concentrados en el ejército alezi, con solo una fuerza simbólica de reserva cerca del abismo. Era un grupo tan pequeño que quizá los hombres del puente podrían contenerlos.

Pero no. Era una idiotez. Había miles de soldados parshendi bloqueando el camino de Kholin al abismo. ¿Y cómo emplazarían el puente, sin arqueros que los apoyaran?

Varios hombres regresaron tras su rápido saqueo. Roca se reunió con Kaladin, y su expresión se volvió sombría cuando miró hacia el este.

—Es terrible. ¿No podemos hacer nada para ayudar?

Kaladin negó con la cabeza.

—Sería un suicidio, Roca. Tendríamos que realizar un asalto sin apoyatura del ejército.

—¿No podríamos desviarnos un poco? ¿Esperar a ver si Kholin se abre paso hasta nosotros? Si lo hace, entonces podríamos emplazar nuestro puente.

—No. Si permanecemos fuera de su alcance, Kholin entenderá que somos los oteadores que ha dejado Sadeas. Tendremos que cargar. De lo contrario, nunca vendrá a nuestro encuentro.

Eso hizo palidecer a los hombres del puente.

—Además —añadió Kaladin—, si de algún modo consiguiéramos

salvar a algunos de esos hombres, hablarían, y Sadeas sabría que vivimos todavía. Nos daría caza y nos mataría. Al regresar, perderíamos nuestra posibilidad de ser libres.

Los otros asintieron. Todos se habían congregado, cargando con las armas. Era hora de irse. Kaladin trató de contener la sensación de desesperación que lo embargaba. Este Dalinar Kholin era probablemente como los demás. Como Roshone, como Sadeas, como cualquier otro ojos claros. Fingía virtud, pero por dentro estaba corrompido.

«Pero tenía a miles de soldados ojos oscuros con él —pensó—. Hombres que no merecen este terrible destino. Hombres como mi antiguo grupo de lanceros.»

—No les debemos nada —susurró. Le pareció ver el estandarte de Dalinar Kholin ondeando azul al frente de su ejército—. Tú los metiste en esto, Kholin. No dejaré que mis hombres mueran por ti. —Le dio la espalda a la Torre.

Syl seguía de pie a su lado, mirando al este. Ver la desesperación de su rostro hizo pedazos su alma.

—¿Los vientospren se sienten atraídos por el viento —preguntó en voz baja—, o lo crean?

—No lo sé —respondió Kaladin—. ¿Importa?

—Tal vez no. Verás, he recordado qué clase de spren soy.

—¿Es este el momento para eso?

—Una cosa, Kaladin —dijo ella, volviéndose y mirándolo a los ojos—. Soy un honorspren. Espíritu de juramentos. De promesas. Y de nobleza.

Kaladin podía oír levemente los sonidos de la batalla. ¿O era solo su mente, buscando algo que sabía que estaba allí? ¿Podía oír a los hombres morir?

¿Podía ver a los soldados escapar, dispersarse, dejar solo a su caudillo?

Todos los demás huían. Kaladin se arrodilló junto al cadáver de Dallet.

Un estandarte verde y burdeos, ondeando solo en el campo.

—¡He estado aquí antes! —gritó Kaladin, volviéndose hacia el estandarte azul. Dalinar siempre combatía al frente—. ¿Qué pasó la última vez? ¡He aprendido! ¡No volveré a ser un idiota!

Aquello parecía aplastarlo. La traición de Sadeas, su cansancio, las muertes de tantos. Estuvo allí de nuevo un momento, arrodillado en el cuartel general móvil de Amaram, viendo la muerte de los últimos de sus amigos, demasiado débil y herido para salvarlos.

Se llevó una mano temblorosa a la cabeza, palpó la marca, húmeda de sudor.

—No te debo nada, Kholin.

Y la voz de su padre pareció susurrar una respuesta. «Alguien tiene que empezar, hijo. Alguien tiene que dar un paso adelante y hacer lo que hay que hacer, porque es lo justo. Si nadie lo hace, los demás no pueden seguir.»

Dalinar había venido a ayudar a los hombres de Kaladin, atacó a aquellos arqueros y salvó al Puente Cuatro.

«A los ojos claros no les preocupa la vida —había dicho Lirin—. Por eso debo hacerlo yo. Debemos hacerlo nosotros.»

«Debes hacerlo tú…»

Vida antes que muerte.

«He fallado tantas veces. Me han derribado al suelo y me han pisado.»

Fuerza antes que debilidad.

«Esto sería la muerte si condujera a mis amigos a…»

Viaje antes que destino.

«La muerte, y lo que es justo.»

—Tenemos que regresar —dijo Kaladin en voz baja—. Tormentas, tenemos que regresar.

Se volvió hacia los hombres del Puente Cuatro. Uno a uno, asintieron. Hombres que habían sido los despojos del ejército apenas unos meses antes, hombres que solo se preocupaban por su propia piel, inspiraron profundamente, hicieron a un lado cualquier idea sobre su seguridad y asintieron. Lo seguirían.

Kaladin alzó la cabeza y tomó aire. La luz tormentosa fluyó hacia él como una ola, como si hubiera alzado los labios a una alta tormenta y la hubiera atraído hacia sí.

—¡Alzad el puente! —ordenó.

Los miembros del Puente Cuatro vitorearon mostrando su acuerdo, aferraron el puente y lo alzaron. Kaladin cogió un escudo y se lo ajustó a la mano.

Entonces se volvió y lo alzó. Con un grito, condujo a sus hombres a la carga, de vuelta hacia aquel abandonado estandarte azul.

La armadura de Dalinar filtraba luz tormentosa por docenas de pequeñas roturas: no había perdido ninguna pieza importante. La luz se alzaba sobre él como vapor sobre un caldero, perezosa, difuminándose lentamente.

El sol lo golpeaba con dureza, abrasándolo mientras combatía. Se sentía muy cansado. No había pasado mucho tiempo desde la traición de Sadeas, no tal como se contaba el tiempo en la batalla. Pero Dalinar había tenido que esforzarse al máximo, en primera línea, luchando codo con codo junto a Adolin. Su armadura había perdido mucha luz tormentosa. Se volvía más pesada, y le daba menos fuerza con cada mandoble. Pronto lo afectaría, frenándolo de tal modo que los parshendi se le podrían echar encima.

Había matado a muchos. A muchísimos. Un número aterrador, y lo hacía sin la Emoción. Se sentía vacío por dentro. Mejor eso que el placer.

No había matado a los suficientes. Se concentraban en torno a Dalinar y Adolin: con los portadores de esquirlada en primera línea, cualquier brecha era pronto cerrada por un hombre de resplandeciente armadura y espada mortífera. Los parshendi tenían que abatirlos a Adolin y a él primero. Ellos lo sabían. Dalinar lo sabía. Adolin lo sabía.

Las historias hablaban de campos de batalla donde los portadores eran los últimos en pie, abatidos por sus enemigos después de largos y heroicos combates. Completamente irreales. Si matabas a un portador de esquirlada primero, podías apoderarte de su espada y volverla contra el enemigo.

Volvió a golpear, los músculos débiles por la fatiga. Morir primero. Buena posición. «No les pidas nada que no harías tú mismo…» Dalinar se tambaleó, sintiendo la armadura tan pesada como una normal.

Podía sentirse satisfecho con la manera en que había vivido la vida. Pero sus hombres…, les había fallado. Pensar en la forma en que estúpidamente los había conducido a una trampa, lo hacía

sentirse enfermo.

Y luego estaba Navani.

«El momento ideal para empezar por fin a cortejarla —pensó Dalinar—. Seis años desperdiciados. Una vida desperdiciada. Y ahora ella tendrá que sufrir de nuevo.»

Esa idea le hizo alzar los brazos y clavar los pies en tierra. Combatió a los parshendi. Se esforzó. Por ella. No se permitiría caer mientras tuviera fuerzas.

Cerca, la armadura de Adolin filtraba luz también. El joven se esforzaba cada vez más para proteger a su padre. No habían discutido el intento, tal vez, de saltar los abismos y huir. Siendo los abismos tan grandes, las posibilidades eran escasas, pero, aparte de eso, no abandonarían a la muerte a sus hombres. Adolin y él habían vivido según los Códigos. Y morirían según los Códigos.

Dalinar volvió a golpear, permaneciendo junto a su hijo, luchando de esa forma por mantenerse fuera del alcance del enemigo típica de dos portadores. El sudor le corría por la cara dentro del yelmo, y dirigió una última mirada hacia el lejano ejército. Apenas era ya visible en el horizonte. La actual posición de Dalinar le permitía ver bien el oeste.

«Que ese hombre sea maldito por…»

«Por…»

«Sangre de mis padres, ¿qué es eso?»

Un pequeño contingente cruzaba la meseta occidental, corriendo hacia la Torre. Una cuadrilla solitaria, cargando su puente.

—No puede ser —dijo Dalinar, apartándose de la lucha y dejando que la Guardia de Cobalto (lo que quedaba de ella) corriera a defenderlo. Como no se fiaba de sus ojos, alzó la visera. El resto del ejército de Sadeas se había marchado, pero esta única cuadrilla permanecía. ¿Por qué?

—¡Adolin! —gritó, señalando con su espada, un arrebato de esperanza corriéndole por los miembros.

El joven se volvió, siguiendo el gesto de su padre. Se detuvo.

—¡Imposible! ¿Qué clase de trampa es esa?

—Una estupidez, si es una trampa. Ya estamos muertos.

—¿Pero por qué enviar a un puente de vuelta? ¿Con qué propósito?

—¿Importa?

Vacilaron un momento en medio de la batalla. Ambos conocían la respuesta.

—¡Formaciones de asalto! —gritó Dalinar, volviéndose hacia sus soldados. Padre Tormenta, quedaban tan pocos. Menos de la mitad de los ocho mil del principio.

—¡Formad! —ordenó Adolin—. ¡Preparaos para poneros en marcha! Vamos a abrirnos paso entre ellos. Reunid todo lo que podáis. ¡Tenemos una oportunidad!

«Muy pequeña. Tendremos que abrirnos paso por el resto del ejército parshendi», pensó Dalinar, bajándose la visera. Aunque llegaran a la base de la pendiente, probablemente encontrarían a la cuadrilla muerta y al puente lanzado al abismo. Los arqueros parshendi estaban formando ya; eran más de cien. Sería una masacre.

Pero era una esperanza. Una esperanza diminuta y preciosa. Si su ejército iba a caer, lo haría mientras intentaba aferrarse a esta esperanza.

Alzando su espada en alto, sintiendo un arrebato de fuerza y determinación, Dalinar cargó a la cabeza de sus hombres.

Por segunda vez en un mismo día, Kaladin corrió hacia una posición parshendi armada, el escudo ante él, llevando la armadura hecha con el cadáver de un enemigo caído. Tal vez tendría que sentirse asqueado por lo que había hecho para crear esta armadura. Pero no era peor que lo que los parshendi habían hecho al matar a Dunny, Mapas, y aquel hombre sin nombre que había sido amable con él su primer día en el puente. Kaladin todavía llevaba sus sandalias.

«Nosotros y ellos», pensó Kaladin. Era la única forma en que podía planteárselo un soldado. Por hoy, Dalinar Kholin y sus hombres eran parte del «nosotros».

Un grupo de parshendi los habían visto acercarse y preparaban sus arcos. Por fortuna, parecía que Dalinar había visto también a la cuadrilla de Kaladin, pues el ejército de azul empezaba a abrirse paso hacia el rescate.

No iba a salir bien. Había demasiados parshendi, y los hombres de Dalinar estarían cansados. Era otro desastre. Pero por una vez

Kaladin atacó con los ojos muy abiertos.

«Es mi decisión. No un dios furioso que me vigila, no un spren que gasta bromas, no un giro aciago del destino», pensó mientras los arqueros parshendi formaban.

«Soy yo. Yo decidí seguir a Tien. Yo decidí atacar al portador de esquirlada y salvar a Amaram. Yo decidí escapar a las minas de esclavos. Yo decidí tratar de rescatar a estos hombres, aunque sé que probablemente fracasaré.»

Los parshendi dispararon sus flechas, y Kaladin se sintió jubiloso. El cansancio se evaporó, la fatiga huyó. No estaba luchando por Sadeas. No estaba trabajando para llenar los bolsillos de nadie. Luchaba para proteger.

Las flechas silbaron hacia él y trazó un arco con el escudo, dispersándolas. Vinieron más, de un lado y de otro, buscando su carne. Permanecía por delante de ellas, saltando cuando buscaban sus muslos, volviéndose cuando apuntaban a sus hombros, alzando el escudo cuando intentaban alcanzarlo en la cara. No fue fácil, y más de una flecha lo alcanzó en el peto o las glebas. Pero ninguna se clavó. Lo estaba logrando. Estaba…

Algo iba mal.

Se volvió entre dos flechas, confundido.

—¡Kaladin! —dijo Syl, que flotaba cerca, de vuelta a su forma más pequeña—. ¡Allí!

Señaló hacia la otra meseta de reunión, la que Dalinar había utilizado para su asalto. Un gran contingente de parshendi había saltado esa meseta y se arrodillaba y alzaba sus arcos. No lo apuntaban a él, sino al flanco descubierto del Puente Cuatro.

—¡No! —gritó Kaladin, y la luz tormentosa escapó de su boca en una nube. Se volvió y corrió por la meseta rocosa al encuentro de su cuadrilla. Las flechas lo perseguían. Una lo alcanzó en la espalda, pero resbaló. Otra le dio en el yelmo. Saltó por encima de una hendidura rocosa, empleando toda la velocidad que podía prestarle la luz tormentosa.

Los parshendi del flanco apuntaban. Eran al menos cincuenta. Iba a llegar demasiado tarde. Iba a…

—¡Puente Cuatro! —gritó—. ¡Carga lateral!

No habían practicado esa maniobra desde hacía semanas, pero

su entrenamiento quedó de manifiesto cuando obedecieron sin dudar, volcando el puente de lado justo cuando los arqueros disparaban. El puñado de flechas alcanzó la cubierta del puente, clavándose en la madera. Kaladin dejó escapar un suspiro de alivio y llegó junto a su cuadrilla, que había frenado el ritmo para cargar el puente de lado.

—¡Kaladin! —señaló Roca.

Kaladin dio media vuelta. Los arqueros de atrás, en la Torre, apuntaban para una descarga masiva.

La cuadrilla estaba expuesta. Los arqueros dispararon.

Kaladin volvió a gritar, y la luz tormentosa infundió el aire a su alrededor mientras lanzaba toda la que tenía hacia su escudo. El grito resonó en sus oídos; la luz brotó de él, sus ropas se congelaron y resquebrajaron.

Las flechas oscurecían el cielo. Algo lo golpeó, un impacto extendido que lo lanzó de espaldas contra los hombres del puente. Golpeó con fuerza, gruñendo mientras la fuerza continuaba presionándolo.

El puente se paró, los hombres se detuvieron.

Todo quedó quieto.

Kaladin parpadeó, sintiéndose completamente agotado. Le dolía el cuerpo, le cosquilleaban los brazos, sentía la espalda lastimada. Notaba un fuerte dolor en la muñeca. Gimió, abriendo los ojos, tambaleándose mientras las manos de Roca lo sujetaban por detrás.

Un golpe sordo: el puente al ser soltado. «¡Idiotas! No lo soltéis… Retirada…»

Los hombres se reunieron a su alrededor mientras resbalaba al suelo, abrumado por haber gastado demasiada luz tormentosa. Parpadeó al ver lo que tenía delante, sujeto a su brazo ensangrentado.

Su escudo estaba cubierto de flechas, docenas de ellas, algunas clavadas en las otras. Los huesos que adornaban la parte delantera del escudo se habían quebrado; la madera estaba astillada. Algunas de las flechas la habían atravesado y le habían alcanzado en el antebrazo. Ese era el dolor.

Más de cien flechas. Una andanada entera. Clavadas en un solo escudo.

—Por los rayos del Llamador Brillante —dijo Drehy en voz baja —. Qué…, qué ha sido…

—Era como una fuente de luz —dijo Moash, arrodillándose junto a Kaladin—. Como si el sol mismo brotara de ti, Kaladin.

—Los parshendi… —gimió Kaladin, y soltó el escudo. Las correas estaban rotas, y mientras pugnaba por incorporarse, el escudo casi se desintegró, hecho pedazos, dispersando docenas de flechas rotas a sus pies. Unas cuantas permanecieron clavadas en su brazo, pero ignoró el dolor y miró a los parshendi.

Los grupos de arqueros en ambas mesetas permanecían inmóviles, aturdidos. Los de delante empezaron a gritarse unos a otros en una lengua que Kaladin no comprendía.

—¡Neshua Kadal!

Se levantaron.

Y entonces huyeron.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kaladin.

—No lo sé —respondió Teft, acariciándose el brazo herido—. Pero vamos a llevarte a lugar seguro. Maldito sea este brazo. ¡Lopen!

El otro hombre trajo a Dabbid, y retiraron a Kaladin a un emplazamiento más seguro hacia el centro de la meseta. Él se sujetó el brazo, aturdido, el agotamiento tan profundo que apenas podía pensar.

—¡Alzad el puente! —ordenó Moash—. ¡Todavía tenemos un trabajo que hacer!

El resto de los hombres del puente corrieron sombríos y alzaron el puente. En la Torre, las fuerzas de Dalinar se abrían paso hacia los parshendi y la posible seguridad que les ofrecía la cuadrilla. «Deben de estar sufriendo unas pérdidas tan grandes», pensó Kaladin, aturdido.

Tropezó y cayó al suelo. Teft y Lopen lo arrastraron hasta un hueco a cubierto, y junto a Cikatriz y Dabbid. El vendaje del pie de Cikatriz estaba rojo de sangre, la lanza que había empleado como bastón a su lado. «Creí haberle dicho…, que no forzara ese pie…»

—Necesitamos esferas —dijo Teft—. ¿Cikatriz?

—Las pidió esta mañana —respondió el otro hombre—. Le di todo lo que tenía. Creo que la mayoría hizo lo mismo.

Teft maldijo en voz baja y arrancó las flechas restantes del brazo de Kaladin. Luego se lo vendó.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Cikatriz.

—No lo sé. No sé nada. ¡Kelek! Soy un idiota. Kaladin. Muchacho ¿puedes oírme?

—Es solo…, el shock…

—Tienes una pinta rara, gancho —dijo Lopen, nervioso—. Estás blanco.

—Tienes la piel cenicienta, muchacho —dijo Teft—. Parece que te hiciste algo allí delante. No sé… Yo… —Maldijo de nuevo y dio un puñetazo contra la piedra—. Tendría que haber escuchado. ¡Idiota!

Lo tendieron de lado, y así apenas pudo ver la Torre. Nuevos grupos de parshendi, los que no habían visto la exhibición de Kaladin, se dirigían al abismo portando sus armas. El Puente Cuatro llegó y soltó su carga. Cogieron sus escudos y a toda prisa recuperaron las lanzas atadas al lado del puente. Entonces asumieron sus posiciones a los lados, preparándose para empujar el puente sobre el abismo.

Los parshendi no tenían arcos. Formaron para esperarlos, las armas prestas. Triplicaban fácilmente en número a los hombres de los puentes, y venían más.

—Tenemos que ir a ayudar —dijo Cikatriz a Lopen y Teft.

Los otros dos asintieron, y los tres (dos heridos y un manco) se pusieron en pie. Kaladin intentó hacer lo mismo, pero se desplomó, las piernas demasiado débiles para sostenerlo.

—Quédate aquí, muchacho —dijo Teft, sonriendo—. Nos las apañaremos.

Recogieron algunas lanzas de las que Lopen había colocado en la litera y se dirigieron renqueando al encuentro de la cuadrilla. Incluso Dabbid se unió a ellos. No había hablado desde que lo hirieron en aquella primera carga, hacía tanto tiempo.

Kaladin se arrastró hasta el borde del abismo, observándolos. Syl se posó en la piedra junto a él.

—Locos de las tormentas —murmuró Kaladin—. No tendrían que haberme seguido. Pero me siento orgulloso de todas formas.

—Kaladin… —dijo Syl.

—¿Hay algo que tengas que hacer? —Estaba tan cansado, por las tormentas—. ¿Algo que me haga más fuerte?

Ella negó con la cabeza.

Un poco más adelante, los hombres del puente empezaron a empujar. La madera del puente rozó con fuerza mientras cruzaba las rocas, abarcando el abismo hacia los parshendi a la espera. Empezaron a entonar aquel rudo himno guerrero, el que cantaban cada vez que veían a Kaladin con la armadura.

Los parshendi parecían ansiosos, furiosos, letales. Querían sangre. Se lanzarían contra los hombres del puente y los harían pedazos, y luego lanzarían el puente al abismo.

«Está volviendo a suceder. No puedo alcanzarlos. Morirán. Delante de mí. Tukk. Muerto. Nelda. Muerto. Goshel. Muerto. Dallet. Cenn. Mapas. Dunny. Muertos. Muertos. Muertos», pensó Kaladin, aturdido y abrumado. Se acurrucó, sin fuerzas, estremecido.

«Tien.»

«Muerto.»

Yacía encogido en un hueco en la roca. Los sonidos de la batalla resonaban a lo lejos. La muerte lo rodeaba.

En un momento, estuvo allí de nuevo, en aquel día, el más horrible de todos.

Kaladin caminaba entre el caos de la guerra, entre gritos y maldiciones, la lanza en la mano. Había soltado el escudo. Tenía que encontrar uno en alguna parte. ¿No debería tener un escudo?

Era su tercera batalla real. Llevaba solo unos pocos meses en el ejército de Amaram, pero Piedralar parecía ya otro mundo. Llegó a un hueco en la roca y se agachó, apoyando la espalda en la pared, y respiró despacio, dejando deslizar los dedos por el mango de la lanza. Estaba temblando.

Nunca había advertido lo idílica que había sido su vida. Lejos de la guerra. Lejos de la muerte. Lejos de aquellos gritos, de la cacofonía del metal contra el metal, del metal sobre la madera, del metal sobre la carne. Cerró con fuerza los ojos, tratando de bloquear todo aquello.

«No —pensó—. Abre los ojos. No permitas que te encuentren y

te maten tan fácilmente.»

Se obligó a abrir los ojos, luego dio media vuelta y se asomó al campo de batalla. Era un completo caos. Combatían en la falda de una montaña, miles de hombres en cada bando, mezclándose y matándose. ¿Cómo podía nadie seguir nada en medio de esa locura?

El ejército de Amaram (el ejército de Kaladin) intentaba mantener la cima de la colina. Otro ejército, también alezi, intentaba arrebatársela. Eso era todo lo que sabía Kaladin. El enemigo parecía más numeroso que su propio ejército.

«Estará a salvo. ¡Lo estará!»

Pero le costaba trabajo convencerse a sí mismo. El servicio de Tien como mensajero no había durado mucho. Había pocos reclutas, le habían dicho, y todas las manos que pudieran empuñar una lanza eran necesarias. Habían reconvertido a Tien y los otros mensajeros mayores en pelotones de reserva.

Dalar decía que nunca serían utilizados. Probablemente. A menos que el ejército corriera serio peligro. ¿Constituía un serio peligro estar rodeados en lo alto de una empinada colina, sus líneas sumidas en el caos?

«Sube hasta la cima», pensó, mirando la pendiente. El estandarte de Amaram todavía ondeaba allá arriba. Sus soldados debían de estar aguantando. Todo lo que Kaladin podía ver era una masa en movimiento de hombres de naranja y la ocasional mancha de verde bosque.

Kaladin echó a correr para subir la colina. No se volvió cuando escuchó a los hombres gritarle, no comprobó a qué bando pertenecían. La hierba se apartaba a su paso. Se topó con unos cuantos cadáveres, rodeó un par de árboles hirsutos, y evitó lugares donde había hombres luchando.

«Allí», pensó, advirtiendo un grupo de lanceros que vigilaban cautelosos. Verde. Los colores de Amaram. Kaladin se acercó a ellos, y los soldados lo dejaron pasar.

—¿A qué pelotón perteneces, soldado? —preguntó un fornido ojos claros con los nudos de bajo capitán.

—Muertos, señor —consiguió responder Kaladin—. Todos muertos. Estábamos en la compañía del brillante señor Tashlin, y…

—Bah —dijo el hombre, volviéndose hacia un mensajero—.

Tercer informe que recibimos de que Tashlin ha caído. Que alguien avise a Amaram. Cada bando se debilita a espuertas. —Miró a Kaladin—. Tú, ve a las reservas para que te reasignen.

—Sí, señor —dijo Kaladin, aturdido. Miró el camino por el que había venido. La pendiente estaba regada de cadáveres, muchos de ellos de verde. Mientras miraba, un grupo de tres rezagados que corrían hacia la cima fueron interceptados y masacrados.

Ninguno de los hombres de la cima movió un dedo para ayudarlos. Kaladin podría haber caído con la misma facilidad, a metros de la seguridad. Sabía que tal vez fuera importante, desde un punto de vista estratégico, que estos soldados mantuvieran su posición. Pero parecía tan despiadado…

«Busca a Tien», pensó, corriendo hacia los campos de reserva al norte de la amplia colina. Aquí, sin embargo, solo encontró más caos. Grupos de hombres aturdidos, ensangrentados, divididos en nuevos pelotones y enviados de vuelta a la batalla. Kaladin se internó entre ellos, buscando al pelotón que habían creado para los muchachos mensajeros.

Encontró a Dalar primero. El larguirucho sargento de la reserva se hallaba junto a un alto poste donde ondeaban los estandartes triangulares. Estaba asignando los pelotones recién creados para cuadrar las pérdidas en las compañías que combatían allá abajo. Kaladin podía oír todavía los gritos.

—Tú —dijo Dalar, señalándolo—. El pelotón de reasignados está por allí. ¡Ponte en marcha!

—Tengo que encontrar el pelotón de mensajeros.

—¿Y por qué Condenación quieres hacer eso?

—¿Cómo voy a saberlo yo? —respondió Kaladin, encogiéndose de hombros, tratando de conservar la calma—. Solo cumplo órdenes.

Dalar gruñó.

—Compañía del brillante señor Sheler. Zona sureste. Puedes…

Kaladin ya había echado a correr. Esto no podía suceder. Se suponía que Tien debía de estar a salvo. Padre Tormenta. ¡Ni siquiera habían pasado cuatro meses!

Se dirigió al lado sureste de la colina y buscó un estandarte ondeando en la pendiente. El glifopar negro decía *shesh lerel*:

compañía de Sheler. Sorprendido por su propia determinación, Kaladin dejó atrás a los soldados que guardaban la cima de la colina y se encontró de nuevo en el campo de batalla.

Las cosas parecían mejor aquí. La compañía de Sheler defendía su posición, aunque era atacada por una oleada tras otra de enemigos. Kaladin bajó por la pendiente, resbalando en ocasiones, deslizándose en la sangre. Su miedo había desaparecido. Había sido sustituido por preocupación por su hermano.

Llegó a la línea de la compañía justo cuando los pelotones enemigos la asaltaban. Trató de encontrar a Tien, pero quedó atrapado en la oleada de ataques. Se desvió a un lado y se unió a un pelotón de lanceros.

El enemigo se les echó encima en un segundo. Kaladin aferró la lanza con las dos manos, se colocó al borde de los otros lanceros y trató de no entorpecerlos. En realidad no sabía lo que estaba haciendo. Apenas sabía lo suficiente para usar a su compañero como protección. El intercambio fue rápido, y Kaladin solo hizo un único ataque. El enemigo fue repelido, y él consiguió evitar ser herido.

Se quedó allí de pie, jadeando, agarrado a su lanza.

—Tú —dijo una voz autoritaria. Lo señalaba un hombre con nudos en los hombros. El jefe del pelotón—. Ya era hora de que mi equipo tuviera algunos refuerzos. Por un momento, creí que Varth iba a quedarse con todos los hombres. ¿Dónde está tu escudo?

Kaladin se dispuso a coger el de un soldado caído. Mientras lo hacía, el jefe del pelotón maldijo.

—Condenación. Vienen de nuevo. Por dos flancos. No podremos aguantar.

Un hombre ataviado con el chaleco verde de los mensajeros se asomó desde una formación rocosa cercana.

—¡Resiste el ataque por el este, Mesh!

—¿Y esa oleada del sur? —gritó el jefe del pelotón, el tal Mesh.

—Está controlada por ahora. ¡Mantened el este! ¡Esas son vuestras órdenes!

El mensajero siguió adelante, para entregar un mensaje similar al siguiente pelotón en línea.

—Varth. ¡Tu pelotón tiene que mantener el este!

Kaladin se levantó con su escudo. Tenía que encontrar a Tien. No podía…

Se detuvo en seco. Allí, en el siguiente pelotón de la fila, había tres figuras. Muchachos jóvenes, diminutos, con sus armaduras, empuñando las lanzas inseguros. Uno era Tien. Su equipo de reservas había sido dividido, obviamente para ocupar los huecos de los otros pelotones.

—¡Tien! —gritó Kaladin, abandonando la fila mientras los enemigos se abalanzaban sobre ellos. ¿Por qué estaban Tien y los otros dos situados en el centro de la formación? ¡Apenas sabían blandir una lanza!

Mesh le gritó, pero Kaladin lo ignoró. El enemigo les cayó encima en un instante, y el pelotón de Mesh se disolvió, perdiendo la disciplina y convirtiéndose en una resistencia más frenética y desorganizada.

Kaladin sintió algo parecido a un golpe en la pierna. Se tambaleó, cayó al suelo y se dio cuenta con sorpresa de que lo había alcanzado una lanza. No sintió ningún dolor. Extraño.

«¡Tien!», pensó, obligándose a levantarse. Alguien se alzó sobre él, y Kaladin reaccionó de inmediato, rodando mientras una lanza le buscaba el corazón. Su propia lanza volvió a sus manos antes de que se diera cuenta de que la había agarrado, y la lanzó hacia arriba.

Entonces se quedó petrificado. Acababa de atravesar con su lanza el cuello del soldado enemigo. Había sucedido tan rápidamente…

«Acabo de matar a un hombre.»

Rodó, dejando que el enemigo cayera de rodillas mientras liberaba su lanza. El pelotón de Varth estaba un poco más allá. El enemigo lo había atacado justo después del ataque a la posición de Kaladin. Tien y los otro dos muchachos estaban todavía en primera línea.

—¡Tien! —gritó.

El muchacho lo miró, los ojos muy abiertos. De hecho, sonrió. Tras él, el resto del pelotón se retiró, dejando al descubierto a los tres chicos que no habían recibido instrucción.

Y, sintiendo su debilidad, los soldados enemigos se abalanzaron

hacia Tien y los otros dos. Había un ojos claros acorazado al frente, con brillante acero. Empuñaba una espada.

El hermano de Kaladin cayó de esa manera. Un parpadeo y estaba allí de pie, aterrado. Al siguiente estaba en el suelo.

—¡No! —gritó Kaladin. Trató de ponerse en pie, pero resbaló y cayó de rodillas. Su pierna no respondía bien.

El pelotón de Varth corrió a atacar a los enemigos, que se habían distraído con Tien y los otros dos muchachos. Habían colocado a los desentrenados delante para detener el impulso del ataque enemigo.

—¡No, no, no! —gritó Kaladin. Usó su lanza para ponerse en pie, y luego avanzó a trompicones. No podía ser lo que pensaba. No podía terminar tan rápidamente.

Fue un milagro que nadie lo abatiera mientras recorría el resto de la distancia. Apenas lo pensó. Solo miraba hacia el lugar donde había caído Tien. Oyó truenos. No. Cascos de caballos. Amaram había llegado con su caballería, y se abrían paso entre las líneas enemigas.

A Kaladin no le importó. Finalmente llegó al lugar. Allí encontró tres cadáveres: jóvenes, pequeños, yaciendo en un hueco en la piedra. Horrorizado, aturdido, Kaladin extendió la mano y le dio la vuelta al que estaba boca abajo.

Los ojos muertos de Tien miraban hacia arriba.

Kaladin continuó arrodillado junto al cadáver. Tendría que haberse vendado la herida, tendría que haber vuelto a lugar seguro, pero estaba demasiado anonadado. Tan solo permaneció allí de rodillas.

—Ya era hora de que llegara —dijo una voz.

Kaladin alzó la mirada y vio a un grupo de lanceros reunidos cerca, contemplando a la caballería.

—Quería que se agruparan contra nosotros —dijo uno de los lanceros. Tenía nudos en los hombros. Varth, su jefe de pelotón. El hombre tenía ojos penetrantes. No era un bruto. Delgado, pensativo.

«Debería sentir ira —pensó Kaladin—. Debería sentir…, algo.»

Varth lo miró, y luego miró a los cadáveres de los tres jóvenes mensajeros.

—Hijo de puta —susurró Kaladin—. Los pusiste al frente.

—Uno trabaja con lo que tiene —dijo Varth, indicando a su

equipo, y luego a la posición fortificada—. Si me dan hombres que no saben luchar, tengo que encontrarles otro uso.

Vaciló mientras su equipo se retiraba. Parecía lamentarlo.

—Tienes que hacer todo lo posible por seguir con vida. Convertir un problema en una ventaja siempre que puedas. Recuérdalo, si vives.

Con esas palabras, se marchó corriendo.

Kaladin bajó la cabeza. «¿Por qué no pude protegerlo?», pensó, mirando a Tien y recordando la risa de su hermano. Su inocencia, su ilusión por explorar las montañas más allá de Piedralar.

«Por favor. Por favor, déjame protegerlo. Hazlo lo suficientemente fuerte.»

Se sentía muy débil. La pérdida de sangre. Se dejó caer a un lado, y con manos cansadas, se quitó las vendas de las heridas. Y entonces, sintiéndose enormemente vacío por dentro, se tendió junto a Tien y acercó el cadáver.

—No te preocupes —susurró. ¿Cuándo había empezado a llorar?

—Te llevaré casa. Te protegeré, Tien. Te llevaré…

Abrazó el cadáver hasta que llegó la noche, mucho después del final de la batalla, aferrándose a él mientras se enfriaba lentamente.

Kaladin parpadeó. No estaba en aquel hueco con Tien. Estaba en la meseta.

Podía oír a los hombres muriendo en la distancia.

Odiaba pensar en aquel día. Casi deseaba no haber ido a buscar a Tien. Entonces no habría tenido que verlo. No habría tenido que estar allí, impotente, mientras su hermano moría.

Estaba sucediendo otra vez. Roca, Moash, Teft. Todos iban a morir. Y él yacía ahí, otra vez impotente. Apenas podía moverse. Se sentía tan vacío.

—Kaladin —susurró una voz. Parpadeó. Syl flotaba ante él—. ¿Conoces las Palabras?

—Todo lo que quería era protegerlos.

—Por eso he venido. *Las Palabras*, Kaladin.

—Van a morir. No puedo salvarlos. Yo…

Amaram mató a sus hombres delante de él.

Un portador sin nombre mató a Dallet.

Un ojos claros mató a Tien.

«¡No!»

Kaladin rodó y se obligó a incorporarse, las piernas temblando.

«¡No!»

Los hombres no habían emplazado todavía el puente cuatro. Eso le sorprendió. Seguían empujándolo sobre el abismo, los parshendi al otro lado, ansiosos, su canción cada vez más frenética. Los delirios de Kaladin habían parecido durar horas, pero habían transcurrido solo unos segundos.

«¡No!»

Tenía delante la camilla de Lopen. Había una lanza entre las botellas vacías y las vendas gastadas, reflejando la luz del sol en su hoja de acero. Le susurró. Le aterrorizó, y la amó.

«Cuando llegue el momento, espero que estés preparado. Porque este grupo te necesitará.»

Agarró la lanza, la primera arma real que empuñaba desde su exhibición en el abismo tantas semanas atrás. Entonces echó a correr. Lentamente al principio. Fue ganando velocidad. Imprudente, su cuerpo exhausto. Pero no se detuvo. Presionó hacia delante, más fuerte, cargando hacia el puente, que solo había llegado a la mitad del abismo.

Syl volaba delante de él. Miró hacia atrás, preocupada.

—¡*Las Palabras*, Kaladin!

Roca gritó cuando Kaladin cruzó el puente mientras lo movían.

La madera tembló bajo su peso. Estaba extendido sobre el abismo, pero no había alcanzado el otro lado.

—¡Kaladin! —gritó Teft—. ¿Qué estás haciendo?

Kaladin gritó al llegar al extremo del puente. Tras encontrar un diminuto arrebato de fuerza en alguna parte, alzó su lanza y se lanzó desde la plataforma de madera, impulsándose en el aire por encima del cavernoso vacío.

Los hombres del puente gritaron angustiados. Syl revoloteó preocupada a su alrededor. Los parshendi alzaron sorprendidos la cabeza al ver a un hombre solitario surcar el aire hacia ellos.

Su cuerpo agotado y exprimido apenas tenía fuerzas. En ese momento de tiempo cristalizado, contempló a sus enemigos. Parshendi de piel moteada de negro y rojo. Soldados que alzaban armas bellamente forjadas, como para abatirlo en el cielo.

Desconocidos, rarezas con petos y cascos de caparazón. Muchos de ellos llevaban barba.

Barbas adornadas con brillantes gemas.

Kaladin inspiró.

Como el poder de la misma salvación, como rayos de luz surgidos de los ojos del Todopoderoso, la luz tormentosa explotó en aquellas gemas. Corrió por el aire, tirada por corrientes invisibles, como brillantes columnas de humo luminiscente. Retorciéndose, girando y trazando espirales como nubes diminutas hasta que chocaron contra él.

Y la tormenta cobró vida de nuevo.

Kaladin golpeó el saliente rocoso, las piernas súbitamente fuertes, la mente, el cuerpo y la sangre vivos de energía. Cayó agazapado, la lanza bajo el brazo, un pequeño anillo de luz tormentosa expandiéndose en una ola a su alrededor, impulsada contra las piedras por su caída. Aturdidos, los parshendi se retiraron, los ojos muy abiertos, la canción vacilante.

Un hilillo de luz tormentosa cerró las heridas de su brazo. Sonrió, la lanza ante él. Era tan familiar como el cuerpo de una amante largamente perdida.

«Las palabras», dijo una voz, urgente, como directa a su mente. En ese momento, Kaladin se sorprendió al darse cuenta de que las conocía, aunque nunca se las habían dicho.

—Yo protegeré a aquellos que no puedan protegerse —susurró.

El Segundo Ideal de los Caballeros Radiantes.

Un chasquido sacudió el aire, como un trueno enorme, aunque el cielo estaba completamente despejado. Teft retrocedió, tras terminar de colocar el puente en su sitio, y se quedó boquiabierto como el resto del Puente Cuatro. Kaladin explotaba de energía.

Un estallido de blancura brotó de él, una ola de humo blanco. Luz tormentosa. Su fuerza chocó contra la primera fila de parshendi, lanzándolos hacia atrás, y Teft tuvo que alzar la mano para protegerse de la vibración de la luz.

—Algo acaba de cambiar —susurró Moash, la mano en alto—. Algo importante.

Kaladin alzó la lanza. La poderosa luz empezó a menguar, retirándose. Un brillo más contenido empezó a brotar de su cuerpo.

Radiante, como el humo de un fuego etéreo.

Cerca, algunos de los parshendi huyeron, aunque otros dieron un paso al frente, alzando desafiantes sus armas. Kaladin se volvió hacia ellos, una tormenta viviente de acero, madera y determinación.



«La llamaron la Desolación Final, pero mintieron. Nuestros dioses mintieron. Oh, cómo mintieron. La Tormenta Eterna se avecina. Oigo su susurros, veo su muralla, conozco su corazón.»

Tanatanes, 1173, 8 segundos antes de la muerte. Un trabajador itinerante azish. Muestra de particular valor.

Los soldados de azul gritaban, entonando cánticos de guerra para darse ánimos. Los sonidos eran como una avalancha que rugía detrás de Adolin mientras blandía su espada descargando salvajes manotazos. No había espacio para asumir una pose adecuada. Tenía que seguir moviéndose, despejando el camino entre los parshendi, guiando a sus hombres hacia el abismo al oeste.

El caballo de su padre y el suyo propio estaban aún a salvo, pues llevaban a algunos heridos a las filas de atrás. Sin embargo, los portadores de esquirlada no se atrevían a montar. Con tan poco espacio, los rizados serían abatidos y sus jinetes caerían.

Esta era la maniobra típica que sería imposible sin portadores. ¿Un ataque contra un enemigo superior en número? ¿Realizado por hombres agotados y heridos? Los habrían detenido y aplastado al momento.

Pero los portadores no podían ser detenidos tan fácilmente. Su armadura filtraba luz tormentosa, sus espadas de seis palmos

destellaban trazando amplios arcos. Adolin y Dalinar aplastaban las defensas parshendi, creando una abertura, un hueco. Sus hombres, los mejor entrenados de los campamentos alezi, supieron aprovecharlo. Formaron una cuña tras sus portadores, abriendo los ejércitos parshendi, usando formaciones de lanceros para abrirse paso y seguir adelante.

Adolin se movía casi al trote. La inclinación de la colina obraba a su favor, dándole mejor terreno, dejando que bajaran la pendiente como chulls a la carga. La posibilidad de sobrevivir cuando lo habían dado todo por perdido dio a los hombres un arrebato de energía para efectuar un último ataque hacia la libertad.

Sus bajas fueron enormes. El ejército de Dalinar ya había perdido otros mil hombres, probablemente más. Pero no importaba. Los parshendi luchaban para matar, pero los alezi, esta vez, luchaban para vivir.

«Heraldos vivientes del cielo», pensó Teft, viendo a Kaladin luchar. Unos momentos antes, el muchacho parecía a punto de morir, la piel de un color gris apagado, las manos temblorosas. Ahora era un remolino brillante, una tormenta que empuñaba una lanza. Teft había conocido muchos campos de batalla, pero nunca había visto nada ni remotamente parecido. Kaladin defendía el terreno ante el puente él solo. La blanca luz tormentosa fluía de él como un ardiente incendio. Su velocidad era increíble, casi inhumana, y también su precisión: cada movimiento de la lanza golpeaba un cuello, un costado u otro objetivo de carne parshendi descubierto.

Era más que luz tormentosa. Teft solo tenía recuerdos dispersos de las cosas que su familia había intentado enseñarle, pero esos recuerdos coincidían todos. La luz tormentosa no te daba habilidad. No podía convertir a un hombre en algo que no era. Ampliaba, reforzaba, revigorizaba.

Perfeccionaba.

Kaladin se agachó, golpeando con la culata de la lanza la pierna de un parshendi y derribándolo. Se levantó para bloquear un hacha deteniendo el mango con el de su hacha. Soltó una mano, haciendo resbalar la punta de la lanza por debajo del brazo del parshendi y

clavándosela en la axila. Mientras el parshendi caía, Kaladin liberó su lanza y golpeó la cabeza de un parshendi que se había acercado demasiado. La culata se rompió con una lluvia de astillas[1], y el yelmo caparazón del parshendi explotó.

No, esto no era solo la luz tormentosa. Esto era un maestro de la lanza con su capacidad aumentada a niveles extraordinarios.

Sorprendidos, los hombres del puente se congregaron en torno a Teft, cuyo brazo herido no parecía dolerle como debería.

—Es como si fuera parte del mismo viento —dijo Drehy—. Bajado a tierra y encarnado. No es un hombre. Es un spren.

—¿Sigzil? —preguntó Cikatriz, los ojos muy abiertos—. ¿Has visto alguna vez algo igual?

El hombre de piel oscura negó con la cabeza.

—Padre Tormenta —susurró Peet—. ¿Qué…, qué es?

—Es nuestro jefe de puente —dijo Teft, saliendo de su embobamiento. Al otro lado del abismo, Kaladin esquivó por los pelos el golpe de una maza parshendi—. ¡Y necesita nuestra ayuda! Equipos uno y dos, encargaos del lado derecho. No dejéis que los parshendi lo rodeen. ¡Equipos tres y cuatro, conmigo por la derecha! Roca y Lopen, preparaos para recuperar a los heridos. Los demás, formación en muralla. No ataquéis, permaneced con vida y obligadlos a retroceder. ¡Y, Lopen, tírale una lanza que no esté rota!

Dalinar rugió al abatir a un grupo de espadachines parshendi. Pasó por encima de sus cadáveres, subió corriendo una pequeña pendiente y se lanzó de un salto contra los parshendi de abajo, barriendo con su espada. Su armadura era un peso enorme sobre su espalda, pero la energía de la lucha lo mantenía en movimiento. La Guardia de Cobalto, los pocos miembros que quedaban, rugieron y saltaron tras él.

Estaban condenados. Aquellos hombres del puente estarían ya muertos. Pero Dalinar los bendecía por su sacrificio. Podría no haber tenido sentido como fin, pero había cambiado el viaje. Así era como los soldados debían caer, no acorralados y asustados, sino luchando con pasión.

No se deslizaría en la oscuridad sin resistirse. No. Gritó de nuevo su desafío mientras cargaba contra un grupo de parshendi, girando

y alzando su espada esquirlada en un amplio círculo. Se abrió paso entre los parshendi muertos, sus ojos ardiendo mientras caían.

Y Dalinar llegó a terreno descubierto.

Parpadeó, aturdido. «Lo logramos. Nos abrimos paso», pensó incrédulo. Tras él, los soldados rugían, sus voces cansadas parecían casi tan sorprendidas como él mismo. Justo delante, un último grupo parshendi se encontraba entre Dalinar y el abismo. Pero estaban de espaldas a ellos. ¿Por qué…?

Los hombres del puente.

Los hombres del puente estaban combatiendo. Dalinar se quedó boquiabierto y sus brazos entumecidos bajaron a Juramentada. Aquel pequeño grupo de hombres defendía el puente, luchando a la desesperada contra los parshendi que intentaban repelerlos.

Era la acción más asombrosa y gloriosa que Dalinar había visto en su vida.

Adolin dejó escapar un grito y avanzó entre los parshendi hasta situarse a la izquierda de Dalinar. La armadura del joven estaba arañada, agrietada y abollada, y su yelmo se había roto, dejando su cabeza peligrosamente expuesta. Pero su rostro estaba exultante.

—¡Id, id! —gritó Dalinar, señalando—. ¡Dadles apoyo, tormentas! ¡Si esos hombres caen, estamos todos muertos!

Adolin y la Guardia de Cobalto arremetieron. *Galante* y *Sangre Segura*, el ryshadio de Adolin, pasaron al galope, llevando cada uno a tres heridos. Dalinar odiaba dejar a tantos heridos en las pendientes, pero los Códigos eran claros. En este caso, proteger a los hombres que pudiera salvar era lo más importante.

Dalinar se volvió para atacar al cuerpo principal de parshendi a su izquierda, asegurándose de dejar un pasillo abierto para sus tropas. Muchos de los soldados corrieron hacia la seguridad, aunque varios pelotones demostraron su temple formando a los lados para seguir luchando, abriendo aún más el hueco. El sudor había empapado el pañuelo atado al yelmo de Dalinar y se le colaba por el ojo izquierdo. Maldijo, extendió la mano para abrir la visera…, y entonces se detuvo.

Las tropas enemigas abrían paso. Allí, alzándose entre ellos, había un parshendi gigantesco de más de dos metros de altura con una centelleante armadura esquirlada de color plateado. Le

encajaba como solo podía hacerlo una armadura esquirlada, moldeándose a su gran estatura. Su hoja esquirlada era picuda y retorcida, como llamas convertidas en metal. La alzó hacia Dalinar en gesto de saludo.

—¿Ahora? —gritó Dalinar incrédulo—. ¿Ahora vienes?

El portador de esquirlada dio un paso adelante, las botas de acero resonaron contra la piedra. Los otros parshendi retrocedieron.

—¿Por qué no antes? —exigió Dalinar, colocándose rápidamente en la pose del viento, parpadeando contra el sudor que le molestaba el ojo izquierdo. Se hallaba cerca de la sombra de una gran formación rocosa oblonga con forma de libro puesto de lado—. ¿Por qué esperar toda la batalla solo para atacar ahora? Cuando…

Cuando Dalinar estaba a punto de escapar. Aparentemente el portador parshendi habría estado dispuesto a que sus camaradas se lanzaran contra Dalinar cuando parecía seguro que iba a caer. Tal vez dejaban que los soldados normales intentaran conseguir esquirladas, como se hacía en los ejércitos humanos. Ahora que Dalinar podía escapar, la pérdida potencial de una espada y una armadura era demasiado grande, y por eso habían enviado al portador de esquirlada a luchar con él.

El portador avanzó, hablando en la pastosa lengua parshendi. Dalinar no entendió ni una sola palabra. Alzó su espada y asumió la pose. El parshendi dijo algo más, luego gruñó y dio un paso al frente, blandiendo su hoja.

Dalinar maldijo para sus adentros, todavía con el ojo izquierdo cegado. Dio un paso atrás, blandió su espada y apartó el arma enemiga. El golpe sacudió a Dalinar por dentro de su armadura. Sus músculos respondieron con torpeza. La luz tormentosa escapaba aún por las grietas de su armadura, pero menguaba. No pasaría mucho tiempo antes de que la armadura dejara de responder.

El portador parshendi volvió a atacar. Su pose era desconocida para Dalinar, pero había en ella algo practicado. No era un salvaje que jugara con un arma poderosa. Era un portador entrenado. Dalinar se vio una vez más obligado a detener el golpe, algo que la pose del viento no contemplaba. Sus músculos cargados por el peso eran demasiado lentos para esquivar, y su armadura estaba demasiado resquebrajada para que se arriesgara a dejarse golpear.

El impacto casi rompió su pose. Apretó los dientes, apoyó su peso tras su arma e intencionadamente exageró el contragolpe. Las espadas se encontraron con un tañido furioso, levantando una lluvia de chispas, como un cubo de metal fundido lanzado al aire.

Dalinar se recuperó rápidamente y se lanzó adelante, tratando de dar un golpe con el hombro contra el pecho de su enemigo. Sin embargo, el parshendi rebosaba todavía de poder, con la armadura ilesa. Se apartó y estuvo a punto de alcanzar a Dalinar en la espalda.

Dalinar se retorció justo a tiempo. Entonces se volvió y saltó a una pequeña formación rocosa, luego pasó a un risco más alto y alcanzó la cima. El parshendi lo siguió, como esperaba. El precario asidero aumentaba el riesgo, cosa que le parecía bien. Un solo golpe podría destruir a Dalinar. Eso significaba correr riesgos.

Mientras el parshendi se acercaba a la cima de la formación, Dalinar atacó, usando la ventaja del terreno elevado y el asidero más seguro. El parshendi no se molestó en esquivar. Recibió un golpe en el yelmo, que se resquebrajó, pero tuvo la oportunidad de atacarle a las piernas.

Dalinar saltó atrás, sintiéndose dolorosamente lento. Apenas logró apartarse y no pudo descargar un segundo golpe mientras el parshendi subía a lo alto de la formación.

El parshendi hizo una finta agresiva. Apretando los dientes, Dalinar alzó el antebrazo para bloquear y se lanzó al ataque, invocando a los Heraldos para que la armadura desviara el golpe. La hoja parshendi lo alcanzó, rompiendo la armadura, enviando una descarga por todo el brazo de Dalinar. El guantelete de pronto le pareció un peso muerto, pero Dalinar siguió moviéndose, preparando su espada para atacar.

No a la armadura del parshendi, sino a la piedra que tenía detrás.

Mientras las esquirlas fundidas del antebrazo de Dalinar saltaban al aire, cortó el saliente de roca bajo los pies de su oponente. Toda la sección se soltó, enviando al portador a tumbos por el suelo. Golpeó con fuerza.

Dalinar descargó el puño (el que tenía la protección rota) contra el suelo y soltó el guantelete. Alzó al aire la mano libre, sintiendo

que el sudor se helaba. Dejó el guantelete (no funcionaría bien ahora que la pieza del antebrazo estaba rota) y rugió mientras blandía la espada con una sola mano. Cortó otro trozo de roca y la envió rodando hacia el portador.

El parshendi se puso en pie, pero la roca le cayó encima, levantando un chorro de luz tormentosa y un grave sonido de ruptura. Dalinar bajó, intentando alcanzar al parshendi mientras todavía estaba quieto. Por desgracia, arrastraba la pierna derecha, y cuando llegó al suelo, cojeaba. Si se quitaba la bota, no podría sostener el resto de la armadura.

Rechinó los dientes y se detuvo al ver que el parshendi se incorporaba. Había sido demasiado lento. La armadura del parshendi, aunque agrietada en varios lugares, no estaba tan dañada como la de Dalinar.

Había conseguido retener su espada esquirlada, algo impresionante. Inclinó la cabeza, los ojos ocultos tras la rendija del yelmo. Alrededor de los dos guerreros, los demás parshendi observaban en silencio, formando un círculo, pero sin interferir.

Dalinar alzó su espada, empuñándola con una mano enguantada y la otra desnuda. Notaba la brisa helada en la mano expuesta y pegajosa.

No tenía sentido correr. Lucharía ahí.

Por primera vez en muchos, muchos meses, Kaladin se sintió plenamente consciente y vivo.

La belleza de la lanza, silbando en el aire. La unidad de cuerpo y mente, manos y pies reaccionando instantáneamente, más rápida de lo que podían formarse los pensamientos. La claridad y familiaridad de las viejas posturas de la lanza, aprendidas durante la época más terrible de su vida.

El arma era una extensión de sí mismo: la movía con tanta facilidad y tan instintivamente como hacía con sus dedos. Se dio la vuelta y abatió a los parshendi, desquitándose de aquellos que habían matado a tantos amigos suyos. Venganza por todas y cada una de las flechas lanzadas contra su carne.

Con la luz tormentosa latiendo dentro de él, sentía el ritmo de la batalla. Casi al compás de la canción parshendi.

Y ellos cantaban. Se habían recuperado tras haberlo visto beber la luz tormentosa y pronunciar las Palabras del Segundo Ideal. Atacaban ahora en oleadas, intentando llegar al puente y empujarlo al abismo. Algunos habían saltado al otro lado para atacar desde esa dirección, pero Moash había dirigido a los hombres para que respondieran allí. Sorprendentemente, aguantaban.

Syl revoloteaba en torno a Kaladin, un borrón que cabalgaba las olas de luz tormentosa que brotaban de su piel, moviéndose como una hoja en los vientos de una tormenta. Embelesada. Él nunca la había visto así.

No hacía ninguna pausa entre sus ataques: en cierto modo, solo había un ataque, ya que cada golpe fluía directamente hacia el siguiente. Su lanza no se detenía nunca, y junto con sus hombres, hicieron retroceder a los parshendi, aceptando cada desafío cuando avanzaban en parejas.

Muerte. Masacre. La sangre volaba por el aire y los moribundos gemían a sus pies. Trató de no prestar demasiada atención a eso. Eran el enemigo. Sin embargo, la pura gloria de lo que hacía parecía compensada con la desolación que causaba.

Estaba protegiendo. Estaba salvando. Sin embargo, mataba. ¿Cómo podía algo tan terrible ser tan hermoso al mismo tiempo?

Esquivó el ataque de una hermosa espada plateada, luego desvió la lanza a un lado y aplastó las costillas del enemigo. La hizo girar, aplastando su longitud ya fracturada contra el costado del camarada del parshendi. Arrojó los restos a un tercer hombre, luego cogió una lanza nueva que le arrojó Lopen. El herdaziano las cogía de los alezi caídos y se las daba a Kaladin cuando las necesitaba.

Cuando te enfrentabas a un hombre, aprendías algo de él. ¿Eran tus enemigos cuidadosos y precisos? ¿Avanzaban de manera agresiva y dominante? ¿Te gritaban maldiciones para enfurecerte? ¿Eran implacables, o dejaban vivir a un incapacitado?

Le impresionaban los parshendi. Combatió a docenas de ellos, cada uno con un estilo de lucha ligeramente distinto. Parecía que le enviaban solo dos o cuatro cada vez. Sus ataques eran cuidadosos y controlados, y cada pareja luchaba como un equipo. Parecían respetarlo por su habilidad.

Lo más revelador era que parecían abstenerse de luchar contra

Cikatriz o Teft, que estaban heridos, y se concentraban en Kaladin, Moash y los otros lanceros que mostraban más habilidad. No eran los salvajes incultos y bestiales que esperaban. Eran soldados profesionales que tenían una ética de batalla honorable que Kaladin no había visto en la mayoría de los alezi. En ellos encontraba lo que siempre había esperado encontrar en los soldados de las Llanuras Quebradas.

Esa comprensión lo hizo estremecerse. Se dio cuenta de que estaba respetando a los parshendi mientras los mataba.

En el fondo, la tormenta de su interior lo impulsaba hacia delante. Había elegido un rumbo, y estos parshendi masacrarían al ejército de Dalinar Kholin sin un momento de vacilación. Kaladin se había comprometido. Se encargaría de que sus hombres y él llegaran hasta el final.

No estaba seguro de cuánto tiempo luchó. El Puente Cuatro aguantó de manera notable. Sin duda, no lucharon mucho tiempo, pues de otro modo habrían sido abrumados. Sin embargo la multitud de parshendi heridos y moribundos alrededor de Kaladin parecía indicar que habían sido horas.

Se sintió aliviado y extrañamente decepcionado cuando una figura con armadura se abrió paso entre las filas parshendi, liderando un torrente de soldados de azul. Reacio, dio un paso atrás, el corazón redoblando, la tormenta en su interior contenida. La luz había dejado de brotar ostensiblemente de su cuerpo. El continuo suministro de parshendi con gemas en las trenzas lo había impulsado en la primera parte de la lucha, pero los posteriores lo habían atacado ya sin gemas. Otra indicación de que no eran los necios subhumanos que los ojos claros decían que eran. Habían visto lo que estaba haciendo, y aunque no lo hubieran comprendido, lo contrarrestaron.

Tenía suficiente luz como para no desplomarse. Pero mientras los alezi hacían retirarse a los parshendi, advirtió lo oportuna que había sido su llegada.

«Tengo que tener mucho cuidado con esto», pensó. La tormenta en su interior le hacía ansiar moverse y atacar, pero usarla secaba su cuerpo. Cuanto más la utilizaba, y más rápido, peor era cuando se quedaba sin ella.

Los soldados alezi formaron un perímetro de defensa a ambos lados del puente, y los agotados miembros de la cuadrilla se retiraron, muchos se sentaron y atendieron sus heridas. Kaladin corrió hacia ellos.

—¡Informe!

—Tres muertos —dijo Roca, sombrío, arrodillado junto a los cadáveres que había recuperado. Malop, Desorejado Jaks y Narm.

Kaladin frunció el ceño, apenado. «Alégrate de que los demás viven», se dijo. Era fácil de pensar, duro de aceptar.

—¿Cómo estáis los demás?

Cinco más tenían heridas graves, pero Roca y Lopen los habían atendido. Esos dos habían aprendido bien las lecciones de Kaladin. Había poco más que pudiera hacer por los heridos. Miró el cadáver de Malop. El hombre había recibido un hachazo en el brazo que le había cercenado y roto el hueso. Había muerto desangrado. Si Kaladin no hubiera estado luchando, habría podido…

«No. Nada de lamentos por ahora.»

—Cruzad. —Señaló a los hombres—. Teft, estás al mando. Moash, ¿eres lo bastante fuerte para quedarte conmigo?

—Claro —dijo Moash, con una sonrisa en el rostro ensangrentado. Parecía entusiasmado, no exhausto. Los tres muertos eran de su grupo, pero los otros y él habían luchado de manera notable.

Los otros hombres del puente se retiraron. Kaladin se volvió a inspeccionar a los soldados alezi. Era como mirar un puesto de socorro en campaña. Cada hombre tenía algún tipo de herida. Los del centro avanzaban a trompicones, cojeando. Los de los flancos todavía combatían, los uniformes ensangrentados y rotos. La retirada se había convertido en un caos.

Se abrió paso entre los heridos, indicándoles que cruzaran el puente. Algunos obedecieron. Otros lo miraron aturdidos. Kaladin corrió a un grupo que parecía en mejor forma.

—¿Quién está aquí al mando?

—Es… —El rostro del soldado tenía un corte en la mejilla—. El brillante señor Dalinar.

—Mando inmediato. ¿Quién es vuestro capitán?

—Está muerto —respondió el hombre—. Y mi jefe de compañía.

Y su segundo.

«Padre Tormenta», pensó Kaladin.

—Cruzad el puente —dijo, y siguió adelante—. ¡Necesito un oficial! ¿Quién comanda la retirada?

Por delante pudo distinguir una figura con una armadura esquirlada azul llena de grietas que luchaba al frente. Debía de ser el hijo de Dalinar, Adolin. Estaba ocupado repeliendo a los parshendi. Molestarlo no sería oportuno.

—Por aquí —llamó un hombre—. ¡He encontrado al brillante señor Havar! ¡Es el comandante de la retaguardia!

«Por fin», pensó Kaladin, corriendo entre el caos para hallar a un ojos claros barbudo tendido en el suelo, tosiendo sangre. Kaladin lo examinó y vio la enorme herida de su vientre.

—¿Quién es su segundo?

—Está muerto —dijo el hombre que acompañaba al comandante. Era un ojos claros.

—¿Y tú eres?

—Nacomb Gaval. —Parecía joven, más joven que Kaladin.

—Quedas ascendido —dijo Kaladin—. Que esos hombres crucen el puente lo antes posible. Si alguien pregunta, cumples una misión de campo como comandante de la retaguardia. Si alguien cuestiona tu rango, envíamelo.

El hombre se sorprendió.

—Ascendido… ¿Pero…, quién eres tú? ¿Puedes hacer eso?

—Alguien tiene que hacerlo —replicó Kaladin—. Ve. Ponte en marcha.

—Pero…

—¡Ve! —gritó Kaladin.

Sorprendentemente, el ojos claros lo saludó y empezó a dar órdenes a su pelotón. Los hombres de Kholin estaban heridos, agotados y aturdidos, pero también bien entrenados. Cuando alguien tomaba el mando, las órdenes se transmitían rápidamente. Los pelotones cruzaron el puente, adoptando formaciones de marcha. Probablemente, en la confusión, se aferraban a esas pautas familiares.

Minutos después, la masa central del ejército de Kholin cruzaba el puente como la arena de un reloj. El círculo de lucha se contrajo.

Con todo, los hombres gritaban y morían en el confuso tumulto de espada contra escudo y lanza contra metal.

Kaladin se quitó con rapidez el caparazón de su armadura (enfurecer a los parshendi no parecía inteligente en este momento) y luego se movió entre los heridos, buscando más oficiales. Encontró a un par, aunque estaban agotados, heridos y sin resuello. Al parecer, los que todavía podían luchar lideraban los dos flancos que contenían a los parshendi.

Seguido por Moash, Kaladin corrió al frente de la línea central, donde los alezi parecían aguantar mejor. Aquí encontró por fin a alguien al mando: un alto y regio ojos claros con un peto de acero y yelmo a juego, el uniforme un poco más azul que el de los demás. Dirigía la lucha desde justo detrás de las líneas frontales.

El hombre saludó a Kaladin, gritando para hacerse oír por encima del fragor de la batalla.

—¿Estás al mando de los hombres del puente?

—Así es —respondió Kaladin—. ¿Por qué no cruzan tus hombres?

—Somos la Guardia de Cobalto. Nuestro deber es proteger al brillante señor Adolin.

El hombre señaló a Adolin, que estaba justo delante. El portador de esquirlada parecía querer avanzar hacia algo.

—¿Dónde está el alto príncipe? —gritó Kaladin.

—No estamos seguros. —El hombre hizo una mueca—. Sus guardias han desaparecido.

—Tenéis que retiraros. El grueso del ejército ha cruzado. ¡Si os quedáis aquí, os rodearán!

—No dejaremos al brillante señor Adolin. Lo siento.

Kaladin miró en derredor. Los grupos de alezi que luchaban en los flancos apenas aguantaban ya, pero no retrocederían hasta que se lo ordenaran.

—Bien —dijo Kaladin, alzando la lanza y dirigiéndose a la línea frontal. Aquí, los parshendi luchaban con vigor. Kaladin ensartó a uno por el cuello, saltó al centro del grupo y cargó con la lanza. Su luz tormentosa casi se había agotado, pero estos parshendi tenían gemas en sus barbas. Kaladin inspiró (solo un poco, para no descubrirse a los soldados alezi) y se empleó a fondo en su ataque.

Los parshendi se retiraron ante su furia, y los pocos miembros de la Guardia de Cobalto a su alrededor se apartaron, aturdidos. En cuestión de segundos, tuvo a una docena de parshendi caídos a su alrededor, heridos o muertos. Eso abrió una brecha, y la atravesó, seguido por Moash.

Muchos parshendi estaban concentrados en Adolin, cuya armadura esquirlada azul estaba arañada y agrietada. Kaladin nunca había visto una armadura en peor estado. La luz tormentosa brotaba de aquellas grietas igual que lo hacía de su piel cuando contenía o usaba demasiada.

La furia de un portador de esquirlada en combate hizo detenerse a Kaladin. Moash y él se detuvieron fuera del alcance del guerrero, y los parshendi los ignoraron, intentando abatir al portador con evidente desesperación. Adolin atravesó a varios hombres a la vez, pero como Kaladin había visto ya en otra ocasión, su espada no cercenaba la carne. Los ojos de los parshendi ardían y se ennegrecían, mientras caían muertos por docenas. Adolin amontonaba cadáveres a su alrededor como fruta madura caída de un árbol.

Sin embargo, Adolin tenía problemas. Su armadura no estaba solamente agrietada: había agujeros(en algunas zonas. Su yelmo había desaparecido, aunque lo había sustituido con un casco de lancero. Cojeaba de la pierna izquierda, casi arrastrándola. Su espada era mortífera, pero los parshendi se acercaban más y más.

Kaladin no se atrevió a ponerse a su alcance.

—¡Adolin Kholin! —gritó. El hombre siguió luchando—. ¡Adolin Kholin! —gritó Kaladin de nuevo, sintiendo un pequeño vahído de luz tormentosa abandonarle, la voz resonante.

El portador de esquirlada se detuvo y miró a Kaladin. Reacio, se retiró, dejando que la Guardia de Cobalto, usando la brecha que había abierto, corriera a contener a los parshendi.

—¿Quién eres? —preguntó Adolin. Su rostro joven y orgulloso estaba cubierto de sudor, el pelo una masa revuelta de rubio mezclado con negro.

—Soy el hombre que te salvó la vida —respondió Kaladin—. Necesito que ordenes la retirada. Tus tropas no pueden seguir luchando.

—Mi padre está allí, hombre del puente —dijo Adolin, señalando con su larga espada—. Lo vi hace unos instantes. Su ryshadio fue a por él, pero ni hombre ni caballo han regresado. Voy a dirigir un pelotón para…

—¡Vas a retirarte! —dijo Kaladin, exasperado—. ¡Mira a tus hombres, Kholin! Apenas pueden tenerse en pie, mucho menos luchar. Los pierdes a docenas por minuto. Sácalos de aquí.

—No abandonaré a mi padre —dijo Adolin, obstinado.

—Por la paz de… Si caes, Adolin Kholin, esos hombres no tendrán nada. Sus comandantes están muertos o heridos. ¡No puedes ir con tu padre, apenas puedes andar! Repito: ¡Lleva a tus hombres a lugar seguro!

El joven portador de esquirlada dio un paso atrás, parpadeando ante el tono de Kaladin. Miró hacia el noreste, donde una figura de color gris pizarra apareció de pronto en un macizo rocoso, luchando contra otra figura con armadura esquirlada.

—Está tan cerca…

Kaladin inspiró.

—Iré a por él. Tú lidera la retirada. Mantén el puente, pero solo el puente.

Adolin miró a Kaladin. Dio un paso, pero algo en su armadura cedió, y se desplomó sobre una rodilla. Apretando los dientes, consiguió incorporarse.

—Capitán señor Malan —gritó Adolin—. Coge a tus hombres y ve con este hombre. ¡Trae a mi padre!

El hombre con quien Kaladin había hablado antes saludó escuetamente. Adolin miró de nuevo a Kaladin, y luego alzó su espada esquirlada y avanzó con dificultad hacia el puente.

—Moash, ve con él.

—Pero…

—Hazlo, Moash —dijo Kaladin, sombrío, mirando hacia el macizo donde luchaba Dalinar.

Kaladin inspiró profundamente, se colocó la lanza bajo el brazo y echó a correr.

La Guardia de Cobalto le gritó, tratando de alcanzarlo, pero él no miró atrás. Golpeó la línea de atacantes parshendi, se volvió y zancadilleó a dos con la lanza, luego saltó sobre los cuerpos y siguió

adelante. La mayoría de los parshendi de esta zona estaban distraídos con el combate de Dalinar o la batalla para llegar al puente: las filas entre los dos frentes no eran muy gruesas.

Kaladin se movió con rapidez, absorbiendo más luz mientras corría, esquivando y evitando a los parshendi que intentaban enfrentarse a él. Momentos después, llegó al lugar donde Dalinar había estado luchando. Aunque el saliente de roca estaba ahora vacío, un gran grupo de parshendi se congregaba en torno a su base.

«Allí», pensó, saltando adelante.

Un caballo relinchó. Dalinar alzó asombrado la cabeza cuando *Galante* cargaba hacia el círculo que había abierto entre los parshendi. El ryshadio había venido a por él. ¿Cómo…, dónde…? El caballo debería haber estado libre y a salvo en la meseta de reunión.

Era demasiado tarde. Dalinar había caído sobre una rodilla, golpeado por el portador enemigo. El parshendi le dio una patada que conectó con su pecho, lanzándolo hacia atrás.

Siguió con un golpe en el yelmo. Otro. Otro. El yelmo explotó, y la fuerza de los golpes dejó a Dalinar aturdido. ¿Dónde estaba? ¿Qué sucedía? ¿Por qué lo sujetaba algo tan pesado?

«La armadura esquirlada. Llevo puesta…, mi armadura esquirlada…», pensó, pugnando por levantarse.

Una brisa sopló ante su rostro. Golpes a la cabeza; había que tener cuidado con los golpes a la cabeza, incluso cuando llevabas puesta la armadura. Su enemigo se alzaba sobre él, acechante, y parecía inspeccionarlo. Como si buscara algo.

Dalinar había soltado su espada. Los soldados corrientes parshendi rodeaban el duelo. Obligaron a *Galante* a retroceder, haciendo que el caballo relinchara. Dalinar lo miró con la visión borrosa.

¿Por qué no acababa con él el portador? El gigante parshendi se agachó y le dijo algo. Las palabras estaban cargadas de acento, y la mente de Dalinar casi las descartó. Pero aquí, tan de cerca, Dalinar advirtió algo. Comprendía lo que le estaba diciendo. El acento era casi impenetrable, pero las palabras eran en…, alezi.

—Eres tú —dijo el portador parshendi—. Te he encontrado por fin.

Dalinar parpadeó sorprendido.

Algo perturbó las filas traseras de los soldados parshendi que los observaban. Había algo familiar en esta escena, parshendi por todas partes, portador en peligro. Dalinar la había vivido antes, pero desde el otro lado.

Aquel portador no podía estar hablándole. Dalinar había sido golpeado demasiado fuerte. Tenía que estar delirando. ¿Qué era aquello que perturbaba el círculo de parshendi que miraban?

«Sadeas —pensó Dalinar, la mente confundida—. Ha venido a rescatarme, como yo lo rescaté a él.»

«Únelos…»

«Él vendrá —pensó—. Sé que lo hará. Los reuniré…»

Los parshendi gritaban, se movían, se retorcían. De repente, una figura los atravesó. No era Sadeas. Un joven de rostro alargado y fuerte y pelo negro rizado. Llevaba una lanza.

Y brillaba.

«¿Qué?», pensó Dalinar, aturdido.

Kaladin aterrizó en el círculo despejado. Los dos portadores estaban en el centro, uno en el suelo, la luz tormentosa escapando débilmente de su cuerpo. Demasiado débilmente. Considerando el número de grietas, sus gemas debían de estar casi agotadas. El otro (un parshendi, a juzgar por el tamaño y la forma de los miembros) se alzaba sobre el caído.

«Magnífico», pensó Kaladin, abalanzándose antes de que los parshendi reaccionaran para atacarlo. El portador parshendi estaba agachado, concentrado en Dalinar. Su armadura filtraba luz tormentosa a través de una gran fisura en la pierna.

Y por eso (recordó el momento en que rescató a Amaram), Kaladin se acercó y clavó la lanza en la grieta.

El portador gritó y soltó sorprendido su espada, que se disolvió convertida en bruma. Kaladin soltó su lanza y retrocedió. El portador lo atacó con el puño blindado, pero falló. Kaladin saltó adelante y, poniendo todas sus fuerzas tras el golpe, clavó de nuevo la lanza en la pierna con la armadura agrietada.

El portador gritó aún más fuerte, se tambaleó y cayó de rodillas. Kaladin trató de soltar su lanza, pero el hombre se desmoronó encima de ella, rompiéndola. Kaladin saltó hacia atrás, enfrentándose ahora a un círculo de parshendi con las manos vacías, la luz tormentosa brotando de su cuerpo.

Silencio. Y entonces empezaron a hablar de nuevo, las palabras que habían dicho antes.

—¡Neshua Kadal!

Se la dijeron de unos a otros, susurrando, confusos. Entonces empezaron a entonar un cántico que él no había oído nunca antes.

«Muy bien», pensó Kaladin. Mientras no lo atacaran… Dalinar Kholin se movió y logró sentarse. Kaladin se arrodilló, enviando la mayor parte de su luz tormentosa al suelo rocoso, conservando lo suficiente para mantenerse en movimiento, pero no para brillar. Entonces corrió al caballo blindado que estaba junto al círculo de parshendi.

Los parshendi se apartaron de él, aterrorizados. Cogió las riendas y regresó rápidamente junto al alto príncipe.

Dalinar sacudió la cabeza, tratando de despejar su mente. Su visión todavía era borrosa, pero podía pensar de nuevo. ¿Qué había ocurrido? Lo habían golpeado en la cabeza, y…, y ahora el portador había caído.

¿Caído? ¿Qué lo había hecho caer? ¿Le había hablado de verdad la criatura? No, debía de haberlo imaginado. Eso, y el joven lancero brillando. No lo hacía ahora. Sujetando las riendas de *Galante*, el joven lo llamaba con urgencia. Dalinar se obligó a ponerse en pie. Alrededor, los parshendi murmuraban algo ininteligible.

«Esa armadura esquirlada. Una espada esquirlada… Podría cumplir mi promesa a Renarin. Podría…», pensó Dalinar, mirando al parshendi arrodillado.

El portador gimió, sujetándose la pierna con una mano blindada. Dalinar ansiaba darle muerte. Dio un paso adelante, arrastrando el pie entumecido. Alrededor, los soldados parshendi miraban en silencio. ¿Por qué no atacaban?

El lancero alto corrió hasta Dalinar, tirando de las riendas de *Galante*.

—A caballo, ojos claros.

—Deberíamos acabar con él. Podríamos…

—¡A caballo! —ordenó el joven, entregándole las riendas mientras los parshendi se volvían para enfrentarse al contingente de alezi que se acercaba.

—Se supone que eres honorable —rugió el lancero. A Dalinar rara vez le habían hablado así, sobre todo un ojos oscuros—. Bien, tus hombres no se marcharán sin ti, y mis hombres no se marcharán sin ellos. Así que monta en tu caballo y escaparemos de esta trampa mortal. ¿Comprendido?

Dalinar miró al joven a los ojos. Entonces asintió. Por supuesto. Tenía razón: tenía que dejar al portador enemigo. ¿Cómo podría llevarse la armadura, de todas formas? ¿Arrastrando el cadáver todo el camino?

—¡Retirada! —gritó Dalinar a sus soldados, aupándose en la silla de *Galante*. Lo consiguió a duras penas, pues su armadura apenas tenía luz tormentosa.

El firme y leal *Galante* echó a galopar por el pasillo que sus hombres le habían armado con sangre. El lancero sin nombre corrió tras él, y la Guardia de Cobalto los rodeó. Un gran número de soldados esperaba en la meseta. El puente aguantaba todavía, con Adolin ansioso a la cabeza, manteniéndolo para la retirada de Dalinar.

Con un suspiro de alivio, Dalinar cruzó al galope la plataforma de madera y llegó a la meseta adjunta. Adolin y sus últimos soldados lo siguieron.

Hizo volver grupas a *Galante* y miró al este. Los parshendi corrían hacia el abismo, pero no los perseguían. Un grupo trabajaba en la crisálida en lo alto de la meseta. En el frenesí de la batalla, todos la habían olvidado. No los habían seguido antes, pero, si cambiaban de opinión ahora, podrían acosar a las fuerzas de Dalinar por el camino hasta los puentes permanentes.

Pero no lo hicieron. Formaron filas y empezaron a cantar otra de sus canciones, la misma que cantaban cada vez que las fuerzas de Adolin se retiraban. Mientras Dalinar miraba, una figura con una agrietada armadura esquirlada de color plata y una capa negra avanzó al frente. Iba sin el yelmo, pero estaba demasiado lejos para

distinguir ningún rasgo en la piel roja y negra. El antiguo enemigo de Dalinar alzó su hoja esquirlada en un movimiento inconfundible. Un saludo, un gesto de respeto. Instintivamente, Dalinar invocó su espada, y diez segundos más tarde la alzó para devolver el saludo.

Los hombres retiraron el puente, separando a los ejércitos.

—Preparad un hospital de campaña —gritó Dalinar—. No dejaremos atrás a nadie con posibilidades de sobrevivir. ¡Los parshendi no nos atacarán aquí!

Sus hombres dejaron escapar un grito. De algún modo, escapar parecía mejor victoria que ninguna gema corazón que hubieran ganado. Las cansadas tropas alezi se dividieron por batallones. Ocho habían marchado a la batalla, y ocho regresaban… aunque varios solo contaban con unos pocos centenares de miembros. Los que habían sido entrenados para actuar como cirujanos de campo examinaban las filas mientras los oficiales contaban a los supervivientes. Los hombres empezaron a sentarse entre los dolospren y agotaspren, ensangrentados, algunos sin armas, muchos con los uniformes desgarrados.

En la otra meseta, los parshendi continuaban con su extraña canción.

Dalinar estudió a la cuadrilla del puente. El joven que lo había salvado era al parecer su líder. ¿Había abatido a un portador de esquirlada? Dalinar recordaba confusamente un encuentro rápido y brusco, una lanza en la pierna. Estaba claro que el joven era habilidoso y afortunado.

La cuadrilla de hombres de los puentes actuaba con mucha más coordinación y disciplina de lo que Dalinar habría esperado de hombres tan viles. No pudo esperar más. Instó a *Galante* a avanzar, cruzó el terreno de piedra y pasó ante los soldados agotados y heridos. Eso le recordó su propia fatiga, pero ahora que había tenido una oportunidad de sentarse, se recuperaba, y la cabeza ya no le resonaba.

El jefe de la cuadrilla estaba atendiendo la herida de un hombre, y sus dedos trabajaban con experiencia. ¿Un hombre con formación médica, en los puentes?

«Bueno, ¿por qué no? —pensó Dalinar—, no es más extraño que saber luchar tan bien. Sadeas había confiado en él.»

El joven alzó la cabeza. Y, por primera vez, Dalinar advirtió las marcas en su frente, ocultas por el largo cabello. El joven se levantó, el gesto hostil, y se cruzó de brazos.

—Eres digno de alabanza —dijo Dalinar—. Todos vosotros. ¿Por qué se retiró vuestro alto príncipe, solo para enviaros a por nosotros?

Varios hombres se echaron a reír.

—No nos envió —respondió el líder—. Volvimos por nuestra cuenta. Contra sus deseos.

Dalinar descubrió que asentía, y se dio cuenta de que esa era la única respuesta que tenía sentido.

—¿Por qué? ¿Por qué volvisteis a por nosotros?

El joven se encogió de hombros.

—Tú mismo permitiste que te atraparan de forma bastante espectacular.

Dalinar asintió, cansado. Tal vez debería sentirse molesto por el tono del joven, pero era la pura verdad.

—Sí, ¿pero por qué vinisteis? ¿Y cómo aprendisteis a luchar tan bien?

—Por accidente —dijo el joven.

Se volvió hacia sus heridos.

—¿Qué puedo hacer para pagarte esto?

El joven lo miró.

—No lo sé. Íbamos a huir de Sadeas, a desaparecer en la confusión. Todavía podríamos hacerlo, pero seguramente nos perseguirá para matarnos.

—Podría llevar a tus hombres a mi campamento, hacer que Sadeas os libere.

—Me temo que no nos dejará ir —dijo el hombre del puente, los ojos tristes—. Y me temo que tu campamento no nos ofrecería ninguna seguridad. Esta maniobra de Sadeas… Significará la guerra entre vosotros dos, ¿no?

¿Lo significaría? Dalinar había evitado pensar en Sadeas (sobrevivir había ocupado su mente), pero su furia hacia el otro hombre era un pozo que ardía en su interior. Se vengaría de Sadeas por esto. ¿Pero podía permitirse una guerra entre los principados? Eso destruiría Alezkar. Más aún, destruiría la casa Kholin. Dalinar

no tenía soldados ni aliados para enfrentarse a Sadeas, no después de este desastre. ¿Cómo respondería Sadeas cuando Dalinar regresara? ¿Intentaría completar su trabajo, atacando? «No, pensó Dalinar. No, lo hizo así por un propósito.» Sadeas no se había enfrentado a él personalmente. Había abandonado a Dalinar, pero, según los baremos alezi, esto era otra cosa muy distinta. No quería arriesgar tampoco el reino.

Sadeas no querría una guerra declarada, y Dalinar no podía permitírsela, a pesar de su ira. Cerró el puño y se volvió a mirar al lancero.

—No habrá guerra —dijo—. Todavía no, al menos.

—Bueno, si ese es el caso, entonces al aceptarnos en tu campamento cometerás un robo —respondió el lancero—. La ley del rey, los Códigos que según mis hombres dices defender siempre, exigirán que nos devuelvas a Sadeas. No nos dejará ir tan fácilmente.

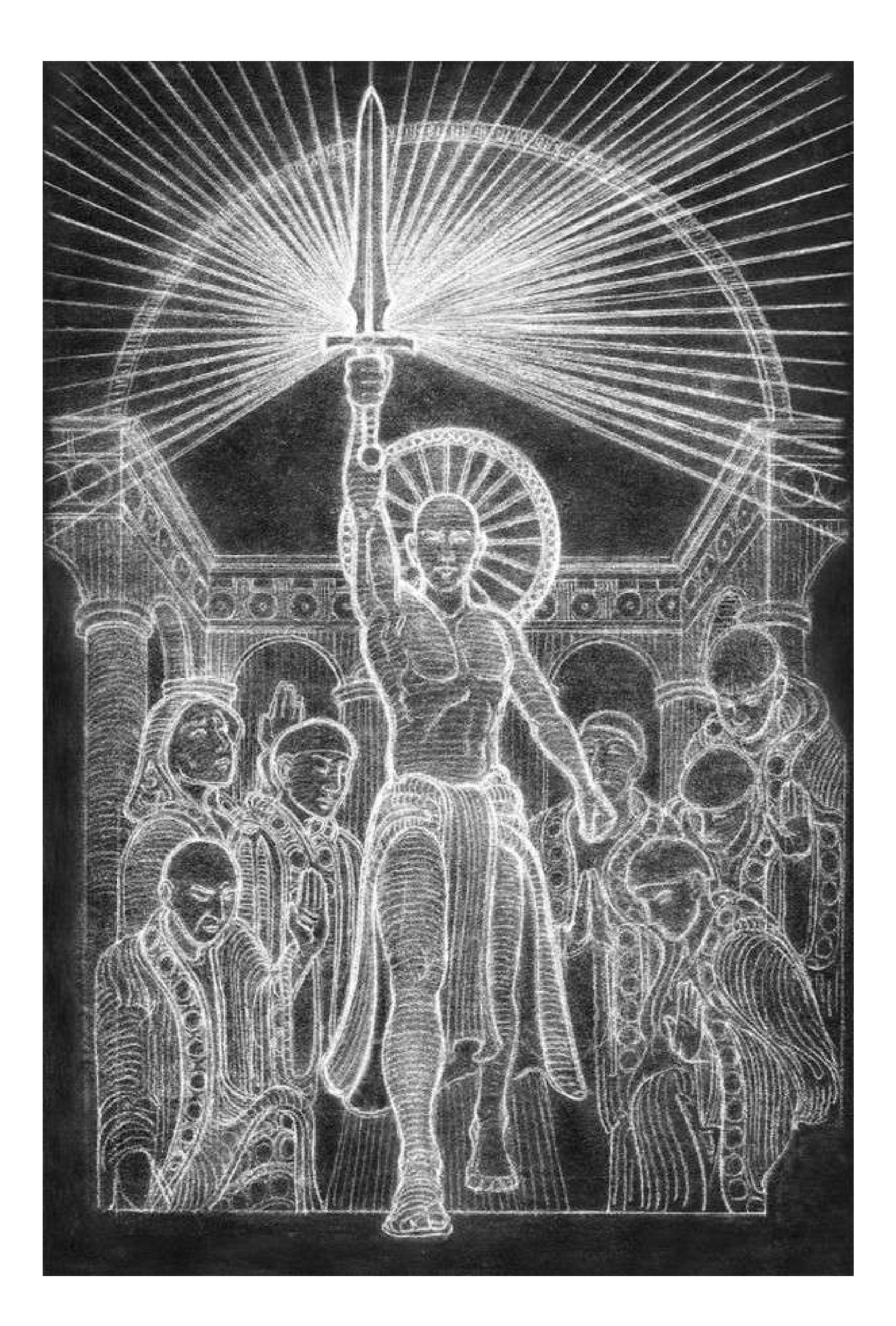
—Yo me encargaré de Sadeas. Regresad conmigo. Juro que estaréis a salvo. Lo prometo por cada esquirla de honor que tengo.

El joven lo miró a los ojos, buscando algo. Era un hombre duro para ser tan joven.

—Muy bien —dijo el lancero—. Regresaremos. No puedo dejar a mis hombres del campamento y, con tantos heridos, no tenemos los suministros adecuados para huir.

El joven volvió a su trabajo, y Dalinar cabalgó en busca de un informe de bajas. Se obligó a contener su ira hacia Sadeas. Fue difícil. No, no podía permitir que esto se convirtiera en una guerra…, pero tampoco podía dejar que las cosas volvieran a ser como antes.

Sadeas había roto el equilibrio, y nunca podría ser recuperado. No del mismo modo.





«Me lo han quitado todo. Me enfrento a quien me salvó la vida. Protejo al que mató mis promesas. Alzo mi mano. La tormenta responde.»

Tanatanev, 1173,18 segundos antes de la muerte. Madre de cuatro hijos, ojos oscuros, de sesenta y dos años.

Navani se abrió paso entre los guardias, ignorando sus protestas y las llamadas de sus damas de compañía. Se obligó a conservar la calma. ¡Tenía que conservar la calma! Lo que acababa de oír era solo un rumor. Tenía que serlo.

Por desgracia, cuanto mayor se hacía, peor se le daba mantener la adecuada tranquilidad de una brillante dama. Avivó el paso mientras atravesaba el campamento de Sadeas. Los soldados alzaban las manos para ofrecerle su ayuda o para exigirle que se detuviera. Ella ignoró ambos casos: nunca se atreverían a ponerle un dedo encima. Ser la madre del rey proporcionaba unos cuantos privilegios.

El campamento estaba desordenado y mal trazado. Zonas de mercaderes, putas y obreros que vivían en casuchas construidas a sotavento de los barracones. Goterones de crem endurecido colgaban de la mayoría de los aleros, como rastros de cera vertidos de una mesa. Era un claro contraste con las ordenadas líneas y los limpios edificios del campamento de Dalinar.

«Estará bien —se dijo—, ¡será mejor que esté bien!»

Era indicativo de su inquietud que apenas considerara mentalmente construir un nuevo trazado de calles para Sadeas. Se encaminó directamente a la zona de reunión, y cuando llegó allí encontró un ejército que no parecía haber entrado en batalla. Soldados sin sangre en los uniformes, hombres charlando y riendo, oficiales caminando por las filas y mandando retirarse a los hombres pelotón tras pelotón.

Eso debería haberla aliviado. No parecía un ejército que acabara de sufrir un desastre. En cambio, la hizo sentirse más ansiosa.

Sadeas, con su armadura esquirlada roja e ilesa, hablaba con un grupo de oficiales a la sombra de un toldo cercano. Ella se dirigió al toldo, pero aquí un puñado de guardias consiguieron cerrarle el paso, formando hombro con hombro mientras uno iba a informar a Sadeas de su llegada.

Navani cruzó los brazos, impaciente. Tal vez debería haber venido en palanquín, como habían sugerido sus camareras. Varias de ellas, con aspecto inquieto, llegaban ahora a la zona de reunión. Un palanquín sería más rápido a la larga, explicaron, ya que permitiría que enviaran mensajeros para que Sadeas pudiera recibirla.

Antaño, Navani obedecía ese tipo de protocolos. Podía recordar cuando era joven y jugaba con experiencia, encontrando formas de manipular al sistema. ¿Qué le había deparado eso? Un marido muerto a quien nunca había amado y una posición «privilegiada» en la corte que era igual que ser sacada a pastar.

¿Qué haría Sadeas si empezaba a gritar? ¿La madre del mismísimo rey, aullando como un sabueso-hacha a quien hubieran retorcido las orejas? Lo consideró mientras el soldado esperaba el momento para anunciarla ante Sadeas.

Con el rabillo del ojo, advirtió a un joven de uniforme azul que llegaba a la zona de reunión, acompañado por una pequeña guardia de honor compuesta por tres hombres. Era Renarin, quien por una vez tenía una expresión diferente a la tranquila curiosidad tan habitual en él. Con los ojos desencajados y frenético, corrió hacia Navani.

—Mashala —suplicó en voz baja—. Por favor. ¿Qué has oído?

—El ejército de Sadeas regresó sin el de tu padre —dijo Navani —. Se habla de derrota, aunque no parece que estos hombres hayan sufrido ninguna. —Miró a Sadeas, pensando seriamente en montar un numerito. Por fortuna, él habló por fin con el soldado y lo envió de vuelta.

—Puedes acercarte, brillante —dijo el hombre, inclinándose.

—Ya era hora —gruñó Navani, y lo hizo a un lado y pasó bajo el toldo. Renarin la siguió, vacilante.

—Brillante Navani —dijo Sadeas, las manos a la espalda, impresionante con su armadura carmesí—. Esperaba llevarte la noticia en el palacio de tu hijo. Supongo que un desastre como este es demasiado grande para contenerlo. Te expreso mis condolencias por la pérdida de tu hermano.

Renarin contuvo un jadeo de sorpresa.

Navani se controló, cruzando los brazos y tratando de silenciar los gritos de negación y dolor que asomaban en el fondo de su mente. Esto era una pauta. A menudo veía pautas en las cosas. En este caso, la pauta era que nunca podía poseer durante mucho tiempo nada de valor. Siempre se lo arrebataban cuando empezaba a parecer prometedor.

«Tranquila», se ordenó.

—Explícate —le dijo a Sadeas, mirándolo a los ojos. Había practicado esa mirada durante décadas, y le satisfizo ver que lo incomodaba.

—Lo siento, brillante —repitió Sadeas, tartamudeando—. Los parshendi superaron al ejército de tu hermano. Fue una locura trabajar juntos. Nuestro cambio de táctica fue tan amenazador para los salvajes que trajeron a esta batalla todos los soldados que pudieron, y nos rodearon.

—¿Y por eso dejaste a Dalinar?

—Luchamos con fuerza por alcanzarlo, pero los números eran simplemente abrumadores. ¡Tuvimos que retirarnos para no condenarnos también! Yo habría continuado luchando, de no ser porque vi con mis propios ojos caer a tu hermano aplastado por los martillos de los parshendi. —Hizo una mueca—. Empezaron a llevarse trozos de armadura esquirlada como trofeo. Bárbaros monstruosos.

Navani sintió frío. Aturdimiento. ¿Cómo podía suceder esto? Después de que por fin (por fin) hiciera que aquel hombre testarudo la viera como mujer, en vez de como hermana. Y ahora…

Y ahora…

Apretó los dientes para no echarse a llorar.

—No lo creo.

—Comprendo que la noticia es dura —Sadeas le indicó a un auxiliar que le trajera una silla—. Ojalá no me hubiera visto obligado a comunicártela. Dalinar y yo… bueno, lo conozco desde hace muchos años, y aunque no siempre compartimos el mismo punto de vista, lo consideraba un aliado. Y un amigo. —Maldijo en voz baja, mirando al este—. Pagarán por esto. Me encargaré de que paguen.

Parecía tan sincero que Navani dudó. El pobre Renarin, pálido y con los ojos muy abiertos, estaba aturdido y era incapaz de hablar. Cuando llegó la silla, Navani la rechazó, así que Renarin la ocupó, ganándose de Sadeas una mirada de desaprobación. Renarin se sujetó la cabeza con las manos y miró al suelo. Estaba temblando.

«Ahora es alto príncipe», advirtió Navani.

No. «No». Solo era alto príncipe si aceptaba la idea de que Dalinar estaba muerto. Y no lo estaba. No podía estarlo.

«Sadeas tenía todos los puentes», pensó, mirando hacia el aserradero.

Navani salió al sol de la tarde, sintiendo su calor en la piel. Se dirigió a sus camareras.

—Pincel —le dijo a Malak, que llevaba una mochila con sus pertenencias—. El más grueso. Y mi tinta de quemar.

La mujer, bajita y regordeta, abrió la mochila y sacó un largo pincel con un puñado de cerdas en el extremo, ancho como el pulgar de un hombre. Navani lo cogió. Luego hizo lo mismo con la tinta.

A su alrededor, los guardias se quedaron mirando mientras ella cogía la pluma y la mojaba en la tinta de color sangre. Se arrodilló, y empezó a pintar en el suelo de piedra.

El arte era creación. Esa era su alma, su esencia. Creación y orden. Cogías algo desorganizado (una mancha de tinta, una página vacía) y construías algo a partir de ello. Algo de la nada. El alma de

la creación.

Sintió lágrimas en sus mejillas mientras pintaba. Dalinar no tenía esposa ni hijas: no tenía nadie que rezara por él. Y por eso Navani pintó una plegaria en las piedras mismas, y envió a sus ayudantes a por más tinta. Aumentó el tamaño del glifo mientras lo ampliaba por los bordes, haciéndolo enorme, extendiendo la tinta sobre las pardas rocas.

Los soldados se congregaron alrededor, Sadeas salió de debajo del toldo, y la vio pintar, de espaldas al sol mientras ella se arrastraba por el suelo y furiosamente mojaba su pincel en los frascos de tinta. ¿Qué era una plegaria, sino creación? Hacer algo donde no existía nada. Crear un deseo de la desesperación, una súplica de la angustia. Inclinar la espalda ante el Todopoderoso, y formar humildad del orgullo vacío de una vida humana.

Algo de la nada. Auténtica creación.

Sus lágrimas se mezclaron con la tinta. Agotó cuatro frascos. Se arrastró, la mano segura en el suelo, pintando las piedras y manchándose las mejillas de tinta al secarse las lágrimas. Cuando acabó por fin, quedó arrodillada ante un glifo de veinte pasos de largo, como estampado en sangre. La tinta húmeda reflejaba la luz del sol, y ella la encendió con una vela: la tinta estaba hecha para arder húmeda o seca. Las llamas se extendieron por toda la plegaria, matándola y enviando su alma al Todopoderoso.

Inclinó la cabeza ante la plegaria. Era un solo carácter, pero complejo. *Thath*. Justicia.

Los hombres la observaban en silencio, como temiendo estropear su solemne deseo. Una fría brisa empezó a soplar, agitando las banderas y las capas. La plegaria se apagó, pero no importaba. No pretendía que ardiera mucho.

—¡Brillante señor Sadeas! —llamó una voz ansiosa.

Navani alzó la cabeza. Los soldados dejaron paso a un mensajero de verde que corrió hacia Sadeas y se puso a hablar, pero el alto príncipe agarró al hombre por los hombros con la fuerza de su armadura esquirlada e hizo un gesto a sus guardias para que crearan un perímetro. Llevó al mensajero bajo el toldo.

Navani continuó arrodillada junto a su plegaria. Las llamas dejaron en el suelo una cicatriz negra con la forma del glifo.

Alguien se acercó a ella. Renarin. Hincó una rodilla en tierra y apoyó una mano en su hombro.

—Gracias, Mashala.

Ella asintió y se puso en pie, la mano libre todavía húmeda de lágrimas, pero entornó los ojos y miró hacia donde estaba Sadeas, cuya expresión era ominosa, el rostro enrojecido, los ojos dilatados por la ira.

Navani dio media vuelta y se abrió paso entre el grupo de soldados, acercándose al borde de la zona de reunión. Renarin y algunos de los oficiales de Sadeas se unieron a ella y contemplaron las Llanuras Quebradas.

Y allí vieron una fila de hombres que se arrastraba renqueando hacia los campamentos, guiados por un hombre a caballo con armadura gris pizarra.

Dalinar cabalgaba a *Galante* a la cabeza de dos mil seiscientos cincuenta y tres hombres. Era todo lo que quedaba de su fuerza de asalto de ocho mil.

El lago trayecto a través de las mesetas le había dado tiempo para pensar. Por dentro, todavía era una tempestad de emociones. Flexionaba la mano izquierda mientras cabalgaba: ahora estaba envuelta en un guantelete pintado de azul que le había prestado Adolin. El guantelete de Dalinar tardaría días en volver a crecer. Más, si los parshendi intentaban desarrollar una armadura completa a partir del que había dejado. Fracasarían, mientras los armeros de Dalinar suministraran luz tormentosa a su armadura. El guantelete abandonado se degradaría y convertiría en polvo, y uno nuevo crecería para Dalinar.

Por ahora, llevaba el de Adolin. Habían recogido todas las gemas infusas entre los dos mil seiscientos hombres y usaron esa luz tormentosa para recargar y reforzar su armadura. Todavía estaba marcada por las grietas. Sanar tanto daño como había sufrido tardaría días, pero la armadura era de nuevo adecuada para luchar, si llegaban a eso.

Necesitaba asegurarse de que no fuera así. Pretendía enfrentarse a Sadeas, y quería estar acorazado cuando lo hiciera. De hecho, quería llegar en tromba al campamento de Sadeas y declararle la

guerra formal a su «viejo amigo.» Quizás invocar su espada y matarlo.

Pero no lo haría. Sus soldados estaban demasiado débiles, su posición demasiado delicada. Una guerra formal lo destruiría a él y al reino. Tenía que hacer otra cosa. Algo que protegiera el reino. Ya llegaría la venganza. Con el tiempo. Alezkar era lo primero.

Bajó el puño con el guantelete azul, sujetando las riendas de *Galante*. Adolin galopaba a poca distancia. Habían reparado su armadura también, aunque ahora le faltaba un guantelete. Al principio, Dalinar había rechazado el guantelete de su hijo, pero había cedido a la lógica. Si uno tenía que apañárselas sin él, debería ser el más joven de los dos. Dentro de la armadura esquirlada sus diferencias de edad no importaban, pero, por fuera, Adolin era un joven de veintipocos años y Dalinar era un hombre maduro de más de cincuenta.

Seguía sin saber qué pensar de sus visiones, y su aparente fallo al decirle que confiara en Sadeas. Abordaría eso más tarde. Un paso cada vez.

—Elthal —llamó. El oficial de más alto rango que había sobrevivido al desastre, un hombre ágil de rostro distinguido y fino bigote, llevaba el brazo en cabestrillo. Había sido uno de los que habían defendido la brecha junto a Dalinar durante la última parte de la batalla.

—¿Sí, brillante señor? —preguntó Elthal, corriendo hacia Dalinar. Todos los caballos excepto los dos ryshadios cargaban con heridos.

—Lleva a los heridos a mi campamento. Luego dile a Tweleb que ponga todo el campamento en alerta. Moviliza a las compañías restantes.

—Sí, brillante señor —dijo el hombre, saludando—. Brillante señor, ¿para qué les digo que se preparen?

—Para cualquier cosa. Pero esperemos que para nada.

—Comprendo, brillante señor —dijo Elthal, y se marchó a cumplimentar las órdenes.

Dalinar hizo volver grupas a *Galante* para acercarse al grupo de hombres del puente, que seguían todavía a su sombrío líder, un hombre llamado Kaladin. Habían dejado su puente en cuanto

llegaron a los puentes permanentes. Sadeas podía mandarlo traer más tarde.

Los hombres se detuvieron al verlo acercarse, con aspecto de estar tan cansados como él mismo. Se colocaron en una formación sutilmente hostil. Se aferraron a sus lanzas, como si estuvieran convencidos de que iba a intentar quitárselas. Lo habían salvado, pero estaba claro que no se fiaban de él.

—Voy a enviar a mis heridos de vuelta a mi campamento —dijo Dalinar—. Deberíais ir con ellos.

—¿Vas a hablar con Sadeas? —preguntó Kaladin.

—He de hacerlo. —«Tengo que saber por qué hizo lo que hizo.»—. Compraré vuestra libertad cuando lo haga.

—Entonces me quedo contigo —dijo Kaladin.

—Yo también —intervino un hombre con rostro de halcón a un lado. Pronto todos los hombres del puente exigieron quedarse.

Kaladin se volvió hacia ellos.

—Debería enviaros de vuelta.

—¿Qué? —preguntó un hombre mayor de barba corta y gris—. ¿Tú puedes arriesgarte, pero nosotros no? Tenemos hombres en el campamento de Sadeas. Tenemos que sacarlos de allí. Como mínimo, tenemos que permanecer juntos. Terminar con esto.

Los demás asintieron. Una vez más, Dalinar se sorprendió por su disciplina. Cada vez estaba más convencido de que Sadeas no tenía nada que ver con eso. Era este hombre quien los lideraba. Aunque sus ojos eran marrones, se comportaba como un brillante señor.

Bueno, si no querían irse, no podía obligarlos. Continuó cabalgando, y pronto casi un millar de soldados de Dalinar se separaron y marcharon al sur, hacia su campamento. Los demás continuaron hacia el campamento de Sadeas. A medida que se acercaban, Dalinar advirtió un pequeño grupo reunido en el último abismo. Dos figuras en concreto destacaban al frente. Renarin y Navani.

—¿Qué están haciendo en el campamento de Sadeas? —preguntó Adolin, sonriendo a pesar de la fatiga, mientras se acercaba a lomos de *Sangre Segura*.

—No lo sé —respondió Dalinar—. Pero el Padre Tormenta los bendiga por haber venido.

Al ver sus rostros agradecidos, empezó a sentir, por fin, que había sobrevivido al día.

Galante cruzó el último puente. Renarin estaba allí esperando, y Dalinar se regocijó.

Por una vez, el muchacho mostraba auténtica alegría. Dalinar desmontó y abrazó a su hijo.

—¡Padre, estás vivo! —dijo Renarin.

Adolin se echó a reír y desmontó también, la armadura resonando. Renarin se libró del abrazo y agarró a Adolin por el hombro, golpeando levemente la armadura con la otra mano y sonriendo ampliamente. Dalinar sonrió también, y se volvió a mirar a Navani. Ella estaba allí de pie con las manos unidas, levantando una ceja. Su rostro, extrañamente, tenía unas cuantas manchas de pintura roja.

—Ni siquiera te has preocupado ¿no? —le dijo.

—¿Preocuparme? —preguntó ella. Lo miró a los ojos y, por primera vez, él advirtió que estaban enrojecidos—. Estaba aterrada.

Y entonces Dalinar se encontró envolviéndola en un abrazo. Tuvo que tener cuidado porque llevaba puesta la armadura esquirlada, pero pudo sentir la seda de su vestido, y el yelmo que le faltaba le permitió oler el dulce aroma floral de su jabón perfumado. La abrazó con toda la fuerza de la que fue capaz de atreverse, inclinó la cabeza y hundió la nariz en su cabello.

—Hmm —advirtió ella cálidamente—, parece que me has echado de menos. Los demás están mirando. Hablarán.

—No me importa.

—Hmmm. Parece que me has echado *mucho* de menos.

—En el campo de batalla —rezongó él—, pensé que iba a morir. Y me di cuenta de que estaba bien. —Ella echó la cabeza atrás, confundida—. He pasado demasiado tiempo preocupándome por lo que piensa la gente, Navani. Cuando creí que había llegado mi hora, me di cuenta de que todas mis preocupaciones habían sido en vano. A final, me resigné por cómo había vivido mi vida.

La miró, y luego mentalmente soltó su guantelete derecho, dejando que cayera al suelo con un tañido. Extendió la mano encallecida y la cogió por la barbilla.

—Solo tenía dos pesares. Uno por ti, y otro por Renarin.

—¿Entonces estás diciendo que puedes morir, y no pasa nada?

—No —dijo él—. Lo que estoy diciendo es que me enfrenté a la eternidad, y vi la paz allí. Eso cambiará mi forma de vivir.

—¿Sin toda la culpa?

Él vaciló.

—Tratándose de mí, dudo que desaparezca por completo. El final era paz, pero vivir…, eso es una tempestad. Con todo, ahora veo las cosas de forma distinta. Es hora de dejarme manipular por mentirosos. —Alzó la cabeza hacia el risco, donde se reunían más soldados de verde—. Sigo pensando en una de las visiones, la última —dijo en voz baja—, donde conocí a Nohadon. Rechazó mi sugerencia de que escribiera su sabiduría. Hay algo más. Algo que necesito aprender.

—¿Qué? —preguntó Navani.

—No lo sé todavía. Pero estoy a punto de descubrirlo. —La atrajo de nuevo, la mano en la nuca, palpando su pelo. Deseó que la armadura desapareciera, para que el metal no la separara de ella.

Pero todavía no había llegado el momento para eso. Reacio, la soltó y se volvió un lado, donde Adolin y Renarin los miraban incómodos. Sus soldados observaban al ejército de Sadeas, que se congregaba en el risco.

«No puedo dejar que esto acabe en un baño de sangre. Pero tampoco voy a volver a mi campamento sin enfrentarme a él», pensó Dalinar, agachándose y poniendo la mano sobre el guantelete caído. Las correas se tensaron, conectando con el resto de la armadura. Al menos, tenía que saber el propósito de la traición. Todo iba bien hasta entonces.

Además, estaba el asunto de su promesa a los hombres del puente. Dalinar subió la pendiente, la capa azul manchada de sangre ondeando tras él. Adolin lo acompañó a un lado, Navani al otro. Renarin los siguió. Los mil seiscientos soldados restantes marcharon también.

—Padre… —dijo Adolin, mirando a las tropas hostiles.

—No invoques tu espada. Esto no llegará a las manos.

—Sadeas os abandonó, ¿verdad? —preguntó Navani en voz baja, los ojos encendidos de furia.

—No solo nos abandonó —escupió Adolin—. Nos tendió una

trampa y luego nos traicionó.

—Sobrevivimos —dijo Dalinar con firmeza. El camino ante ellos se despejaba. Sabía lo que tenía que hacer—. No nos atacará aquí, pero puede intentar provocarnos. Mantén tu espada en la bruma, Adolin, y no dejes que nuestros soldados cometan ningún error.

Los soldados de verde les abrieron paso, reacios, blandiendo sus lanzas. Hostiles. A un lado, Kaladin y sus hombres del puente caminaban cerca de la línea frontal de las fuerzas de Dalinar.

Adolin no invocó su espada, aunque miró con desprecio a los soldados de Sadeas que los rodeaban. Los hombres de Dalinar no podían sentirse cómodos viéndose rodeados por enemigos de nuevo, pero lo siguieron hasta la zona de reunión. Sadeas se había adelantado. El traicionero alto príncipe esperaba cruzado de brazos, todavía con su armadura esquirlada, el pelo negro rizado aleteando con la brisa. Alguien había quemado un enorme glifo *thath* en las piedras, y Sadeas ocupaba el centro.

Justicia. Había algo magníficamente apropiado en que Sadeas estuviera allí de pie, pisoteando la justicia.

—¡Dalinar, viejo amigo! —exclamó—. Parece que sobreestimé las probabilidades en tu contra. Pido disculpas por retirarme cuando aún corrías peligro, pero la seguridad de mis hombres era lo primero. Estoy seguro de que comprendes.

Dalinar se detuvo a corta distancia de Sadeas. Los dos se miraron el uno al otro, los ejércitos tensos. Una fría brisa agitó el toldo que había detrás de Sadeas.

—Naturalmente —dijo Dalinar, con voz tranquila—. Hiciste lo que tenías que hacer.

Sadeas quedó visiblemente relajado, aunque se pudo oír el murmullo de varios de los soldados de Dalinar. Adolin los hizo callar con una mirada.

Dalinar se volvió e indicó que se retiraran. Navani alzó una ceja, pero se marchó con los otros cuando la instó a hacerlo. Dalinar volvió a mirar a Sadeas, y este, curioso, ordenó a sus propios ayudantes que retrocedieran.

Dalinar se acerco al borde del glifo *thath*, y Sadeas avanzó hasta que solo los separaron unos centímetros. Eran de la misma altura. A esa distancia, Dalinar creía poder ver la tensión y la ira en los ojos

de Sadeas. Su supervivencia había echado a perder meses de planificación.

—Necesito saber el porqué —preguntó Dalinar, en voz tan baja que nadie más que Sadeas pudo oírlo.

—Por mi juramento, viejo amigo.

—¿Qué? —Dalinar cerró los puños.

—Juramos algo juntos, hace años. —Sadeas suspiró, se dejó de pretensiones y habló abiertamente—. Proteger a Elhokar. Proteger este reino.

—¡Eso es lo que yo estaba haciendo! Los dos teníamos el mismo objetivo. Y estábamos luchando juntos, Sadeas. Estaba funcionando.

—Sí. Pero confío en poder derrotar a los parshendi sin ayuda de nadie. Todo lo que hemos hecho juntos puedo lograrlo dividiendo mi ejército en dos: una parte para que se adelante, otra mayor para que continúe. Tuve que correr el riesgo de eliminarte. Dalinar, ¿no lo comprendes? Gavilar murió por su debilidad. Yo quise atacar a los parshendi desde el principio, conquistarlos. Él insistió en un tratado que condujo a su muerte.

»Ahora tú empiezas a actuar igual que él. Esas mismas ideas, la misma forma de hablar. A través de ti empiezan a infectar a Elhokar. Se viste como tú. Me habla de los Códigos, y de que deberíamos insistir en imponerlos en la práctica de todos los campamentos. Está empezando a pensar en…, retirarse.

—¿Y quieres hacerme creer que esto es un acto de honor? —rugió Dalinar.

—En absoluto —rio Sadeas—. Me he esforzado durante años para convertirme en el consejero de mayor confianza de Elhokar…, pero siempre estabas tú, distrayéndolo, llamando su atención a pesar de mis esfuerzos. No fingiré que esto fue solo por honor, aunque había una parte de eso también. Al final, solo quería quitarte de en medio. —La voz de Sadeas se tornó fría—. Pero te estás volviendo loco, viejo amigo. Puedes llamarme mentiroso, pero hice lo que hice hoy como un acto de clemencia. Una manera de dejarte morir con gloria, en vez de verte hundirte cada vez más. Al dejar que los parshendi te mataran, podía proteger de ti a Elhokar y convertirte en un símbolo para recordarle a los demás lo que están haciendo realmente aquí. Tu muerte podría haber sido lo que nos

uniera finalmente. Es irónico, si lo consideras.

Dalinar tomó aire y lo expulsó. Era difícil no permitir que su ira, su indignación, lo consumieran.

—Entonces dime una cosa. ¿Por qué no achacarme el intento de asesinato? ¿Por qué declararme inocente, si solo buscabas traicionarme más tarde?

Sadeas bufó suavemente.

—Bah. Nadie habría creído de verdad que intentaste asesinar al rey. Harían comentarios, pero no lo creerían. Con echarte la culpa demasiado rápidamente habría corrido el riesgo de implicarme. —Sacudió la cabeza—. Creo que Elhokar sabe quién intentó matarlo. Me lo admitió, aunque no quiso darme el nombre.

«¿Qué? —pensó Dalinar—. ¿Lo sabe? ¿Pero…, cómo? ¿Por qué no nos dice quién?» Dalinar ajustó sus planes. No estaba seguro de si Sadeas estaba diciendo la verdad, pero si así era, podría utilizar esta información.

—Sabe que no fuiste tú —continuó Sadeas—. Puedo verlo en él, aunque no se da cuenta de lo transparente que es. Elhokar te habría defendido, y yo podría haber perdido el puesto de alto príncipe de información. Pero me dio una magnífica oportunidad de hacer que confiaras de nuevo en mí.

«Únelos…» Las visiones. Pero el hombre que hablaba con Dalinar en ellas se había equivocado completamente. Al actuar con honor, Dalinar no había conseguido la lealtad de Sadeas. Solo lo había dejado expuesto a la traición.

—Si esto significa algo —dijo Sadeas ociosamente—, te aprecio. De verdad. Pero eres un obstáculo en mi camino, y una fuerza que actúa, sin saberlo siquiera, para destruir el reino de Gavilar. Cuando se presentó la oportunidad, la aproveché.

—No fue simplemente una oportunidad conveniente. Preparaste esto, Sadeas.

—Lo planeé, porque planeo constantemente. No siempre actúo según mis opciones. Hoy lo hice.

Dalinar hizo una mueca.

—Bueno, hoy me has demostrado algo, Sadeas: me lo has demostrado al intentar eliminarme.

—¿Y qué ha sido? —preguntó Sadeas, divertido.

—Me has demostrado que todavía soy una amenaza.

Los altos príncipes continuaban su conversación en voz baja. Kaladin permanecía al lado de los soldados de Dalinar junto con los miembros del Puente Cuatro, agotado.

Sadeas les dirigió una mirada. Matal se encontraba entre la multitud, y había estado observando al equipo de Kaladin todo el tiempo, el rostro enrojecido. Probablemente sabía que sería castigado, como lo había sido Lamaril. Tendrían que haber aprendido. Tendrían que haber matado a Kaladin al principio.

«Lo intentaron —pensó—. Fracasaron.»

No sabía lo que le había sucedido, qué había pasado con Syl y las palabras en su cabeza. Parecía que la luz tormentosa funcionaba mejor con él ahora. Había sido más potente, más poderosa. Pero ahora había desaparecido y se sentía muy cansado. Se había esforzado, junto con el Puente Cuatro, demasiado.

Tal vez tendrían que haber ido al campamento de Kholin. Pero Teft tenía razón: había que acabar con esto de una vez.

«Lo prometió —pensó Kaladin—. Prometió que nos liberaría de Sadeas.»

Y sin embargo, ¿dónde lo habían llevado en el pasado las promesas de los ojos claros?

Los altos príncipes interrumpieron su coloquio, se separaron, y dieron un paso atrás cada uno.

—Bien —dijo Sadeas en voz alta—, tus hombres están claramente cansados, Dalinar. Podemos hablar más tarde de qué salió mal, aunque creo que podemos dar por hecho que nuestra alianza ha demostrado ser impracticable.

—Impracticable. Una forma suave de expresarlo —Dalinar señaló con la cabeza a los hombres del puente—. Me llevaré a esos hombres a mi campamento.

—Me temo que no puedo desprenderme de ellos.

El corazón de Dalinar se vino abajo.

—Sin duda no valdrán mucho para ti —dijo Dalinar—. Dame tu precio.

—No pretendo vender.

—Pagaré sesenta broams de esmeralda por hombre —dijo

Dalinar. Eso provocó susurros en los soldados de ambos bandos. Era fácilmente veinte veces el precio de un buen esclavo.

—Ni por mil cada uno, Dalinar —dijo Sadeas. Kaladin pudo ver en sus ojos la muerte de sus hombres—. Coge a tus soldados y vete. Deja aquí mi propiedad.

—No me presiones en esto, Sadeas.

De repente la tensión regresó. Los oficiales de Dalinar llevaron las manos a sus espadas, y sus lanceros se prepararon, aferrando las empuñaduras de sus armas.

—¿Que no te presione? —preguntó Sadeas—. ¿Qué clase de amenaza es esa? Sal de mi campamento. Está claro que no hay nada más entre nosotros. Si intentas robarme mi propiedad, tendré todas las justificaciones para atacarte.

Dalinar no se movió. Parecía confiado, aunque Kaladin no veía ningún motivo para ello. «Y así muere otra promesa», pensó, dándose media vuelta. En el fondo, pese a todas sus buenas intenciones, este Dalinar Kholin era igual que los demás.

Detrás de Kaladin, los hombres dejaron escapar un jadeo de sorpresa.

Kaladin se detuvo, se volvió sobre sus talones. Dalinar Kholin había invocado su enorme espada esquirlada, que goteaba perlas de agua. Su armadura humeaba débilmente, la luz tormentosa fluía por las grietas.

Sadeas retrocedió, los ojos espantados. Sus guardias de honor desenvainaron sus espadas. Adolin Kholin se llevó la mano al costado, al parecer para empezar a invocar su propia espada esquirlada.

Dalinar dio un paso al frente y clavó su espada en mitad del ennegrecido glifo de la piedra. Dio un paso atrás.

—Por los hombres del puente —dijo.

Sadeas parpadeó. Los murmullos se apagaron, y todos parecieron demasiado anonadados para respirar siquiera.

—¿Qué?

—La espada —dijo Dalinar, su voz firme se transmitió en el aire —. A cambio de tus hombres de los puentes. Todos ellos. Todos los que tienes en tu campamento. Son míos, para hacer con ellos lo que se me antoje, y nunca los volverás a tocar. A cambio, te quedas con

la espada.

Sadeas miró la hoja, incrédulo.

—Esta arma vale fortunas. Ciudades, palacios, reinos.

—¿Tenemos un trato? —preguntó Dalinar.

—¡Padre, no! —gritó Adolin Kholin, mientras su espada aparecía en su mano—. No…

Dalinar alzó una mano, haciendo callar al joven. No apartó la mirada de Sadeas.

—¿Tenemos un trato? —preguntó, recalcando cada palabra.

Kaladin se quedó mirando, incapaz de moverse, incapaz de pensar.

Sadeas miró la espada esquirlada, los ojos llenos de ansia. Miró a Kaladin, vaciló un instante, y luego extendió la mano y agarró la espada por la empuñadura.

—Quédate con esas malditas criaturas.

Dalinar asintió y dio media vuelta.

—Vámonos —le dijo a su séquito.

—No valen nada, ¿sabes? —dijo Sadeas—. ¡Eres de los diez locos, Dalinar Kholin! ¿No ves lo loco que estás? ¡Esto será recordado como la decisión más ridícula jamás tomada por un alto príncipe alezi!

Dalinar no se volvió. Se acercó a Kaladin y los otros miembros del Puente Cuatro.

—Id —les dijo, amablemente—. Recoged vuestras cosas y a los hombres que dejasteis atrás. Enviaré soldados con vosotros para que actúen como guardias. Dejad los puentes y venid rápido a mi campamento. Allí estaréis a salvo. Tenéis mi palabra de honor.

Empezó a retirarse.

Kaladin salió de su estupor. Corrió tras el alto príncipe y lo cogió por el brazo acorazado.

—Espera. Tú…, eso… ¿Qué es lo que acaba de suceder?

Dalinar se volvió a mirarlo. Entonces, el alto príncipe le puso una mano en el hombro, el guantelete brillando azul, disparejo con el resto de su armadura gris pizarra.

—No sé qué os han hecho. Solo puedo imaginar cómo han sido vuestras vidas. Pero debes saber esto: no seréis hombres de los puentes en mi campamento, ni seréis esclavos.

—Pero…

—¿Qué vale la vida de un hombre? —preguntó Dalinar en voz baja.

—Los esclavistas dicen que unos dos broams de esmeralda —respondió Kaladin, frunciendo el ceño.

—¿Y tú qué dices?

—Una vida no tiene precio —dijo inmediatamente, citando a su padre.

Dalinar sonrió, las arrugas se extendieron desde las comisuras de sus ojos.

—Casualmente, es el valor exacto de una espada esquirlada. Así que hoy tus hombres y tú os sacrificasteis para comprarme dos mil seiscientas vidas sin precio. Y todo lo que tuve que hacer para reparar la deuda fue una sola espada sin precio. Yo diría que es una ganga.

—¿De verdad crees haber hecho un buen negocio? —dijo Kaladin, sorprendido.

Dalinar sonrió de un modo que a Kaladin se le antojó increíblemente paternal.

—¿Por mi honor? Incuestionablemente. Ve y lleva a tus hombres a lugar seguro, soldado. Más tarde te haré unas preguntas.

Kaladin miró a Sadeas, que empuñaba asombrado su nueva espada.

—Dijiste que ibas a encargarte de Sadeas. ¿Es esto lo que pretendías?

—Esto no ha sido encargarme de Sadeas. Ha sido encargarme de ti y de tus hombres. Todavía tengo mucho trabajo que hacer hoy.

Encontró al rey Elhokar en el salón de su palacio.

Dalinar asintió una vez más a los guardias de fuera, y entonces cerró la puerta. Parecían preocupados. Y bien deberían: sus órdenes habían sido extrañas. Pero harían lo que se les había dicho. Llevaban los colores del rey, azul y dorado, pero eran hombres de Dalinar, escogidos específicamente por su lealtad.

La puerta se cerró de golpe. El rey estaba mirando uno de sus mapas, ataviado con su armadura esquirlada.

—Ah, tío —dijo, volviéndose hacia Dalinar—. Bien. Quería

hablar contigo. ¿Conoces esos rumores sobre mi madre y tú? Comprendo que no puede estar pasando nada indecoroso, pero me preocupa lo que piense la gente.

Dalinar cruzó la sala, las botas resonando en la rica alfombra. Diamantes infusos colgaban en las esquinas, y las paredes talladas tenían diminutos chips de cuarzo para que chispearan y reflejaran la luz.

—Sinceramente, tío —dijo Elhokar, sacudiendo la cabeza—. Me estoy cansando de tu reputación en el campamento. Lo que dicen habla mal de ti, y…

Se calló cuando Dalinar se detuvo a un paso de él.

—¿Tío? ¿Va todo bien? Mis guardias me informaron de algún tipo de incidente con tu ataque a la meseta, pero tenía la mente llena de otras cosas. ¿Me he perdido algo vital?

—Sí —respondió Dalinar. Entonces alzó la pierna y le dio una patada al rey en el pecho.

La fuerza del golpe lanzó a Elhokar contra la mesa. La fina madera se astilló cuando la pesada armadura esquirlada le cayó encima. Elhokar golpeó el suelo y su peto se agrietó un poco. Dalinar se le acercó y le descargó otra patada en el costado, quebrando de nuevo el peto.

El rey empezó a gritar de pánico.

—¡Guardias! ¡A mí! ¡Guardias!

No vino nadie. Dalinar volvió a darle una patada, y Elhokar maldijo y detuvo su bota. Dalinar gruñó, pero se agachó y agarró a Elhokar por el brazo y lo puso en pie de un tirón, lanzándolo a un lado de la sala. El rey se desplomó sobre la alfombra y chocó contra una silla. La madera se quebró y las astillas salieron por los aires.

Con los ojos espantados, Elhokar se puso en pie. Dalinar avanzó hacia él.

—¿Qué te ocurre, tío? —chilló Elhokar—. ¡Estás loco! ¡Guardias! ¡Un asesino en la cámara del rey! ¡Guardias!

Elhokar trató de echar a correr hacia la puerta, pero Dalinar cargó con el hombro contra el rey, derribándolo de nuevo.

Elhokar rodó, pero logró apoyar una mano en el suelo y ponerse de rodillas, la otra mano al costado. Una vaharada de niebla apareció mientras invocaba su espada.

Dalinar le dio una patada en la mano justo cuando la hoja esquirlada aparecía en ella. El golpe soltó la espada, que volvió a convertirse en bruma.

Frenético, Elhokar le descargó un puñetazo a Dalinar, pero este lo detuvo y luego extendió la mano y puso al rey en pie. Empujó a Elhokar hacia delante y dio un puñetazo en el peto. Elhokar se debatió, pero Dalinar repitió el movimiento, aplastando su guantelete contra la armadura y quebrando el refuerzo de acero que envolvía sus dedos, lo que hizo que el rey gimiera.

El siguiente golpe quebró el peto de Elhokar, una explosión de esquirlas fundidas.

Dalinar tiró al rey al suelo. Elhokar pugnó por volver a levantarse, pero el peto era un foco de poder para la armadura esquirlada. Perderlo significaba que los brazos y las piernas se volvían pesados. Se arrodilló junto al rey, que intentaba resistir. La espada esquirlada de Elhokar volvía a formarse en su mano, pero Dalinar agarró la muñeca del rey y la aplastó contra el suelo de piedra, soltando de nuevo la hoja, que se desvaneció convertida en bruma.

—¡Guardias! —chilló Elhokar—. ¡Guardias, guardias, guardias!

—No vendrán, Elhokar —dijo Dalinar en voz baja—. Son mis hombres, y les he dado órdenes de no entrar, de no permitir la entrada a nadie, no importa lo que oigan. Aunque eso incluyera súplicas de ayuda por tu parte. —Elhokar guardó silencio—. Son mis hombres, Elhokar —repitió Dalinar—. Yo los entrené. Yo los coloqué aquí. Siempre me han sido leales.

—¿Por qué, tío? ¿Qué estás haciendo? Por favor, dímelo. —Estaba al borde del llanto.

Dalinar se agachó, acercándose tanto que podía oler el aliento del rey.

—La cincha de tu caballo durante la cacería —dijo en voz baja—. La cortaste tú mismo, ¿verdad?

Elhokar abrió todavía más los ojos.

—Las sillas fueron cambiadas antes de que llegaras a mi campamento —dijo Dalinar—. Lo hiciste porque no querías estropear tu silla favorita cuando se soltara del caballo. Lo planeaste, hiciste que sucediera. Por eso estabas tan seguro de que

cortaron la cincha.

Estremeciéndose, Elhokar asintió.

—¡Alguien intentaba matarme, pero no me creías! Yo… ¡Me preocupaba que fueras tú! Así que decidí… Decidí…

—Cortar tu propia cincha para crear un atentado visible y aparente contra tu vida. Algo que haría que Sadeas o yo investigáramos.

Elhokar vaciló antes de volver a asentir.

Dalinar cerró los ojos, exhaló lentamente.

—¿No te das cuenta de lo que hiciste, Elhokar? ¡Hiciste que todos los campamentos sospecharan de mí! Le diste a Sadeas una oportunidad para destruirme. —Abrió los ojos y miró al rey.

—Tenía que saberlo —susurró Elhokar—. No podía confiar en nadie.

Gimió bajo el peso de Dalinar.

—¿Y las gemas rotas de tu armadura esquirlada? ¿Las colocaste tú también?

—No.

—Entonces tal vez descubriste algo —dijo Dalinar con un gruñido—. Supongo que no se te puede echar toda la culpa.

—¿Me dejarás levantarme?

—No —Dalinar se inclinó más. Colocó una mano contra el pecho del rey. Elhokar dejó de debatirse y lo miró aterrorizado—. Si aprieto, morirás. Tus costillas se quebrarán como ramitas, tu corazón se aplastará como una uva. Nadie me lo reprocharía. Todos susurran que el Aguijón Negro tendría que haber ocupado el trono hace años. Tu guardia me es leal. No habría nadie para vengarte. No le importaría a nadie.

Elhokar jadeó cuando Dalinar apretó ligeramente.

—¿Comprendes? —preguntó Dalinar en voz baja.

—¡No!

Dalinar suspiró. Entonces soltó al joven y se levantó. Elhokar tomó aire, jadeando.

—Tu paranoia puede ser infundada, o no —dijo Dalinar—. Sea como sea, tienes que comprender una cosa. No soy tu enemigo.

Elhokar frunció el ceño.

—¿Entonces no vas a matarme?

—¡Tormentas, no! Te quiero como a un hijo, muchacho.

Elhokar se frotó el pecho.

—Tienes…, unos instintos paternales muy raros.

—Me he pasado años siguiéndote. Te he ofrecido mi lealtad, mi devoción y mi consejo. Me juré a mí mismo que nunca ansiaría el trono de Gavilar. Me hice esa promesa, ese juramento. Todo por mantener mi corazón leal. A pesar de esto, no te fías de mí. Hiciste ese numerito con la cincha, implicándome, dando a nuestros enemigos la posibilidad de maniobrar contra ti sin saberlo.

Dalinar dio un paso hacia el rey. Elhokar se estremeció.

—Bien, ahora lo sabes —dijo Dalinar, con voz dura—. Si hubiera querido matarte, Elhokar, podría haberlo hecho más de una docena de veces. Más de un centenar de veces. Parece que no aceptas la lealtad y la devoción como prueba de mi sinceridad. Bueno, si actúas como un niño, hay que tratarte como a tal. Ahora sabes, con seguridad, que no te quiero muerto. ¡Porque, si quisiera, te habría aplastado el pecho y habría acabado de una vez! —Miró al rey a los ojos—. ¿Lo entiendes?

Lentamente, Elhokar asintió.

—Bien. Mañana vas a nombrarme alto príncipe de la guerra.

—¿Qué?

—Sadeas me traicionó hoy —dijo Dalinar. Se acercó a la mesa rota, apartando las piezas a patadas. El sello del rey salió rodando de su cajón. Lo recogió—. Casi seis mil de mis hombres fueron masacrados. Adolin y yo apenas logramos sobrevivir.

—¿Qué? —dijo Elhokar, obligándose a sentarse—. ¡Eso es imposible!

—Nada de eso —respondió Dalinar, mirando a su sobrino—. Vio una oportunidad de retirarse y dejar que los parshendi nos destruyeran. Así que la aprovechó. Una acción muy alezi. Despiadada, pero que le permitía fingir honor o moralidad.

—¿Entonces…, esperas que lo lleve a juicio?

—No. Sadeas no es peor, ni mejor, que los demás. Cualquiera de los altos príncipes traicionaría a sus camaradas si vieran una posibilidad de hacerlo sin correr riesgos. Pretendo encontrar un modo de unirlos y no solo de nombre. Ya veré. Mañana, una vez me nombres alto príncipe de la guerra, le daré mi armadura a Renarin

para cumplir una promesa. Ya he dado mi espada para cumplir otra distinta. —Se acercó, miró de nuevo a Elhokar a los ojos, y luego empuñó el sello del rey—. Como alto príncipe de la guerra, aplicaré los Códigos en los diez campamentos. Luego coordinaré directamente los esfuerzos de guerra, decidiendo qué ejércitos han de participar en cada asalto a las mesetas. Todas las gemas corazón serán para el trono, y las repartirás como trofeos. Convertiremos esta competición en una guerra de verdad, y la utilizarás para convertir a estos diez ejércitos nuestros, y a sus líderes, en auténticos soldados.

—¡Padre Tormenta! ¡Nos matarán! ¡Los altos príncipes se rebelarán! ¡No duraré una semana!

—No les hará gracia, eso es seguro. Y, sí, esto implicará mucho peligro. Tendremos que ser mucho más cuidadosos con nuestra guardia. Si tienes razón, y alguien intenta matarte, deberíamos hacerlo de todas formas.

Elhokar lo miró, luego contempló los muebles rotos. Se frotó el pecho.

—Hablas en serio ¿verdad?

—Sí. —Le lanzó el sello a Elhokar—. Vas a hacer que tus escribas redacten mi nombramiento en cuanto salga de aquí.

—Pero creí que dijiste que era un error obligar a los hombres a cumplir los Códigos. ¡Dijiste que la mejor forma de cambiar a la gente era vivir de manera justa y dejar que tu ejemplo los influyera!

—Eso fue antes de que el Todopoderoso me mintiera —dijo Dalinar. Todavía no sabía cómo interpretar aquello—. Gran parte de lo que te he dicho lo aprendí de *El camino de los reyes*. Pero no comprendía una cosa. Nohadon escribió el libro al final de su vida, después de crear el orden…, después de obligar a los reinos a unirse, después de reconstruir las tierras que habían caído en la Desolación.

»El libro fue escrito para encarnar un ideal. Se entregó a una gente que ya tenía el impulso de hacer lo que era adecuado. Ese fue mi error. Antes de que nada de esto pueda funcionar, nuestra gente necesita tener un nivel mínimo de honor y dignidad. Adolin me dijo algo hace unas semanas, algo profundo. Me preguntó por qué obligaba a mis hijos a cumplir tan altas expectativas, pero dejaba

que los demás fueran a su aire sin condenarlos.

»He estado tratando a los otros altos príncipes y sus ojos claros como a adultos. Un adulto puede coger un principio y adaptarlo a sus necesidades. Pero no estamos preparados para eso todavía. Somos niños. Y cuando se le enseña a un niño, se le exige que haga lo que está bien hasta que sea lo bastante mayor para tomar sus propias decisiones. Los Reinos Plateados no empezaron siendo bastiones de honor unificados y gloriosos. Fueron entrenados así, criados, como jóvenes nutridos hasta la madurez.

Dio un paso adelante y se arrodilló delante de Elhokar. El rey seguía frotándose el pecho, su armadura esquirlada parecía rara sin la pieza central.

—Vamos a hacer algo grande de Alezkar, sobrino —dijo Dalinar en voz baja—. Los altos príncipes hicieron su juramento a Gavilar, pero ahora lo ignoran. Bien, es hora de dejar de permitírselo. Vamos a ganar esta guerra, y vamos a convertir Alezkar en un lugar que los hombres volverán a envidiar. No por nuestra habilidad militar, sino porque aquí la gente estará segura y porque la justicia reinará. Vamos a hacerlo… o tú y yo vamos a morir en el empeño.

—Lo dices con avidez.

—Porque por fin sé exactamente lo que tengo que hacer —dijo Dalinar, irguiéndose—. Intentaba ser Nohadon el pacificador. Pero no lo soy. Soy el Aguijón Negro, general y caudillo. No tengo talento para la política de salón, pero soy muy bueno entrenando a las tropas. A partir de mañana, todos los hombres de este campamento serán míos. Por lo que a mí respecta, todos son reclutas pelones. Incluso los altos príncipes.

—Suponiendo que yo haga el nombramiento.

—Lo harás. Y a cambio prometo averiguar quién intenta matarte.

Elhokar hizo una mueca y empezó a quitarse la armadura pieza a pieza.

—Después de que haga ese nombramiento, descubrir quién intenta matarme será fácil. ¡Puedes poner todos los nombres de los campamentos en la lista!

Dalinar sonrió ampliamente.

—Entonces al menos no tendremos que hacer cábalas. No

pongas esa cara, sobrino. Has aprendido algo hoy. Tu tío no quiere matarte.

—Solo quiere convertirme en blanco.

—Por tu propio bien, hijo —dijo Dalinar, dirigiéndose a la puerta—. No te inquietes demasiado. Tengo planes muy claros para mantenerte con vida.

Abrió la puerta y descubrió a un nervioso grupo de guardias manteniendo a raya a un nervioso grupo de criados y ayudantes.

—Se encuentra bien —les dijo—. ¿Veis?

Se hizo a un lado y los dejó pasar para que atendieran a su rey.

Dalinar dio media vuelta para marcharse. Entonces titubeó.

—Oh. ¿Elhokar? Tu madre y yo nos estamos haciendo la corte. ¿Querrás empezar a acostumbrarte a eso?

A pesar de todo lo demás que había sucedido en los últimos minutos, esto provocó una expresión de puro asombro en el rey. Dalinar sonrió y cerró la puerta, para marcharse con paso firme.

Casi todo lo demás estaba mal todavía. Seguía furioso con Sadeas, dolorido por la pérdida de tantos hombres, confuso respecto a qué hacer con Navani, aturdido por sus visiones e intimidado por la idea de unir a los campamentos.

Pero al menos ahora tenía algo en lo que trabajar.

FIN DE LA CUARTA PARTE

PARTE

CINCO

El silencio de la tormenta

SHALLAN * DALINAR * KALADIN * SZETH * SAGAZ



Shallan yacía en silencio en la cama de su habitacioncita en el hospital. Había llorado hasta quedarse sin lágrimas, y luego había vomitado en la bacina por lo que había hecho. Se sentía desgraciada.

Había traicionado a Jasnah. Y Jasnah lo sabía. De algún modo, decepcionar a la princesa era peor que el robo mismo. Todo su plan había sido una locura desde el principio.

Además, Kabsal estaba muerto. ¿Por qué se sentía tan mal por eso? Era un asesino que intentaba asesinar a Jasnah y estaba dispuesto a arriesgar su vida para conseguir sus objetivos. Y sin embargo, lo echaba de menos. Jasnah no había parecido sorprendida de que alguien quisiera matarla; tal vez los asesinos eran parte común de su vida. Probablemente consideraba a Kabsal un encallecido asesino, pero él se había portado bien con ella. ¿Era posible que todo hubiera sido mentira?

«Tuvo que ser sincero hasta cierto punto. Si yo no le importaba ¿por qué insistió tanto en que tomara la mermelada?», se dijo, enroscada en la cama.

Le había tendido a ella el antídoto primero, en vez de tomarlo él mismo.

«Y sin embargo, acabó por tomarlo. Se metió en la boca ese dedo lleno de mermelada. ¿Por qué no lo salvó el antídoto?»

La pregunta empezó a abrumarla. Entonces advirtió otra cosa, algo en lo que tendría que haber reparado antes, si no hubiera estado distraída con su propia traición.

Jasnah había comido el pan.

Shallan se irguió, apretándose contra el cabecero de la cama, abrazándose. «Lo comió pero no se envenenó. Mi vida no tiene sentido últimamente. Las criaturas con las cabezas extrañas, el lugar del cielo oscuro, la animación…, y ahora esto.»

¿Cómo había sobrevivido Jasnah? ¿Cómo?

Con dedos temblorosos, Shallan cogió la bolsita de la mesilla de noche. Dentro encontró la esfera de granate que Jasnah había utilizado para salvarla. Desprendía una luz débil: la mayor parte había sido utilizada en la animación. Pero era suficiente para poder iluminar su libreta. Jasnah probablemente ni se había molestado en mirarla. Despreciaba las artes visuales. Junto a la libreta estaba el libro que le había dado. *El Libro de las páginas interminables*. ¿Por qué lo había dejado?

Shallan cogió su lápiz de carboncillo y buscó una página en blanco en su libreta. Pasó varias imágenes de las criaturas con cabeza de símbolo, algunas en esta misma habitación. Acechaban a su alrededor, siempre. En ocasiones, creía verlas con el rabillo del ojo. Otras, podía oírlas susurrar. No se había atrevido a volver a hablarles.

Empezó a dibujar con dedos temblorosos, abocetando a Jasnah aquel día en el hospital. Sentada junto a su cama, con la mermelada en la mano. Shallan no había tomado una Memoria clara, y el dibujo no era tan preciso como si lo hubiera hecho, pero recordaba lo suficiente para dibujar a Jasnah con el dedo metido en la mermelada. Se llevó el dedo a la nariz para oler las fresas. ¿Por qué? ¿No habría sido suficiente con acercarse el frasco?

Jasnah no había hecho ninguna mueca ante el olor. De hecho, no había mencionado que la mermelada estaba mala. Tan solo cerró la tapa y devolvió el frasco.

Pasó a otra página en blanco y dibujó a Jasnah llevándose un trozo de pan a la boca. Después de comerlo, fue cuando hizo una mueca. Qué extraño.

Shallan bajó el lápiz y miró el boceto, el trozo de pan entre los dedos. No era una reproducción perfecta, pero sí bastante cercana. En el boceto, parecía como si el trozo de pan se estuviera…, fundiendo. Como si se aplastara de forma innatural entre los dedos

de Jasnah mientras se lo llevaba a la boca.

«¿Podría…, podría ser?»

Shallan se levantó de la cama, recogió la esfera y se colocó la libreta bajo el brazo. El guardia se había ido. A nadie parecía importarle lo que le sucediera: iban a meterla en un barco por la mañana de todas formas.

Notó frío el suelo de piedra bajo sus pies descalzos. Solo llevaba puesta la bata blanca, y se sentía casi desnuda. Al menos su mano segura estaba cubierta. Había una puerta que daba a la ciudad al fondo del pasillo, y la atravesó.

Cruzó tranquilamente la ciudad, dirigiéndose a la Ralinsa, evitando los callejones oscuros. Se encaminó hacia el Cónclave, el largo pelo rojo ondeando libre tras ella y atrayendo un buen número de miradas extrañadas. Era tan tarde que nadie en la calle se molestó en preguntarle si necesitaba ayuda.

Los maestro-siervos de la entrada del Cónclave la dejaron pasar. La reconocieron, y algunos le preguntaron si necesitaba ayuda. La rechazó y caminó sola hacia el Velo. Entró y luego alzó la cabeza para contemplar las paredes llenas de balcones, algunos de los cuales estaban iluminados con esferas.

El reservado de Jasnah estaba ocupado. Naturalmente. Jasnah siempre estaba trabajando. Estaría particularmente molesta por haber perdido tanto tiempo con el supuesto intento de suicidio de Shallan.

El ascensor se estremeció bajo los pies de Shallan mientras los parshmenios la llevaban al nivel de Jasnah. Hizo el trayecto en silencio, sintiéndose desconectada del mundo a su alrededor. ¿Caminar por el palacio, por la ciudad, solo con una bata? ¿Enfrentarse de nuevo a Jasnah Kholin? ¿Es que no había aprendido?

¿Pero qué tenía que perder?

Recorrió el familiar pasillo de piedra hasta el reservado, sosteniendo la débil esfera azul. Jasnah estaba sentada ante su escritorio. Sus ojos parecían extrañamente fatigados, con oscuras ojeras, el rostro tenso. Alzó la cabeza y se envaró al ver a Shallan.

—No eres bienvenida aquí.

Shallan entró de todas formas, sorprendida por lo tranquila que

se sentía. Sus manos deberían de estar temblando.

—No me hagas llamar a los soldados para deshacerme de ti —dijo Jasnah—. Podría haberte hecho encarcelar durante cien años por lo que hiciste. ¿Tienes idea de lo que…?

—La animista que llevas es falsa —dijo Shallan tranquilamente—. Fue falsa todo el tiempo, incluso antes de que yo hiciera el cambio.

Jasnah se detuvo.

—Me preguntaba por qué no advertiste el cambio —dijo Shallan, sentándose en la otra silla de la habitación—. Me pasé semanas confundida. ¿Te habías dado cuenta, pero decidiste guardar silencio para pillar al ladrón? ¿No habías animado nada durante todo ese tiempo? No tenía ningún sentido. A menos que la animista que robé fuera un señuelo.

Jasnah se relajó.

—Sí. Muy inteligente por tu parte al advertirlo. Tengo varios señuelos. No eres la primera que intenta robar el fabrial, ¿sabes? Tengo el verdadero a buen recaudo, naturalmente.

Shallan sacó su libreta y buscó una imagen concreta. Era la imagen que había dibujado del extraño lugar con el mar de perlas, las llamas flotantes, el lejano sol en un cielo negro, negrísimo. Shallan la observó durante un instante. Entonces le dio la vuelta y se la entregó a Jasnah.

La expresión de total sorpresa que Jasnah mostró valió la noche que había pasado sintiéndose asqueada y culpable. Los ojos de Jasnah casi se le salieron de sus órbitas y farfulló durante un instante, tratando de encontrar las palabras. Shallan parpadeó, tomando una Memoria de eso. No pudo evitarlo.

—¿Dónde has encontrado eso? —exigió Jasnah—. ¿Qué libro te describió la escena?

—Ningún libro, Jasnah. Visité ese lugar. La noche en que animé accidentalmente el cuenco en mi cuarto y lo convertí en sangre, y luego lo hice pasar fingiendo un intento de suicidio.

—Imposible. ¿Crees que voy a creerme…?

—No hay ningún fabrial ¿verdad, Jasnah? No hay ninguna animista. Nunca la ha habido. Usas el falso «fabrial» para distraer a la gente del hecho de que tienes el poder de animar por tu cuenta.

Jasnah guardó silencio.

—Yo también lo hice —dijo Shallan—. La animista estaba guardada en mi bolsa segura. No la estaba tocando…, pero no importó. Era falsa. Lo que hice, lo hice sin ella. Tal vez estar cerca de ti me ha cambiado, de algún modo. Tiene algo que ver con ese lugar y esas criaturas.

«Sospechabas que Kabsal era un asesino. Supiste inmediatamente lo que había sucedido cuando caí: esperabas el veneno, o al menos eras consciente de que era posible. Pero creíste que el veneno era la mermelada. La animaste cuando abriste la tapa y fingiste olerla. No sabías cómo recrear la mermelada de fresa, y cuando lo intentaste, te salió ese vil mejunje. Creíste haberte deshecho del veneno. Pero inadvertidamente eliminaste el antídoto.

»Tampoco quisiste comer el pan, por si había algo en él. Siempre lo rechazaste. Cuando te convencí para que tomaras un bocado, lo animaste para convertirlo en otra cosa distinta y lo que creaste estaba repugnante. Pero te deshiciste del veneno, y por eso no sucumbiste a él.

Shallan miró a los ojos a su antigua maestra. ¿Era la fatiga lo que la hacía tan indiferente a las consecuencias de enfrentarse a esta mujer? ¿O era su conocimiento de la verdad?

—Hiciste todo eso, Jasnah —terminó Shallan—, con una animista falsa. No habías advertido todavía mi cambio. No intentes decirme lo contrario. Lo hice la noche que mataste a esos tres hampones. —Los ojos violeta de Jasnah mostraron un atisbo de sorpresa—. Sí, hace todo ese tiempo —dijo Shallan—. No la sustituiste por un señuelo. No supiste que te habían engañado hasta que saqué el fabrial y te permití salvarme con él. Todo es mentira, Jasnah.

—No. Solo estás delirando por la fatiga y la tensión.

—Muy bien —dijo Shallan. Se levantó, aferrando la esfera opaca —. Supongo que tendré que demostrártelo. Si puedo.

«Criaturas —dijo mentalmente—. ¿Podéis oírme?»

«Sí, siempre», respondió un susurro. Aunque esperaba oírlo, se sobresaltó de todas formas.

«¿Podéis devolverme a aquel lugar?», preguntó.

«Tienes que decir algo verdadero. Cuanto más verdadero, más

fuerte nuestro lazo.»

«Jasnah está usando una animista falsa —pensó Shallan—. Estoy segura de que eso es verdad.»

«No es suficiente —susurró la voz—. Debo saber algo verdadero sobre ti. Dime. Cuanto más fuerte la verdad, cuanto más escondida esté, más poderoso es el lazo. Dime. Dime. ¿Qué eres?»

—¿Qué soy? —susurró Shallan—. ¿De verdad? —Era un día de confrontaciones. Se sintió extrañamente fuerte, firme. Hora de confesarlo—. Soy una asesina. Maté a mi padre.

«Ah —susurró la voz—. Una verdad realmente poderosa…»

Y el reservado desapareció.

Shallan cayó, hundiéndose en aquel mar de oscuras perlas de cristal. Se debatió, intentando permanecer en la superficie. Lo consiguió durante un instante. Entonces algo tiró de su pierna, arrastrándola hacia abajo. Gritó, deslizándose bajo la superficie, diminutas perlas de cristal llenándole la boca. Sintió pánico. Iba a…

Las perlas sobre ella se dividieron. Las que tenía debajo la empujaron hacia arriba, donde estaba de pie alguien, la mano extendida. Jasnah, de espaldas al cielo negro, el rostro iluminado por las llamas cercanas. Le cogió la mano y tiró con fuerza, hacia algo. Una balsa. Hecha de perlas de cristal. Parecían obedecer su voluntad.

—Niña idiota —dijo Jasnah, agitando la mano. Las perlas oceánicas a la izquierda se dividieron, y la balsa avanzó, llevándolas de costado hacia unas llamas de luz. Jasnah empujó a Shallan hacia una de las pequeñas llamas y cayó de espaldas fuera de la balsa.

Y golpeó el suelo del reservado. Jasnah estaba sentada donde antes, los ojos cerrados. Un momento después los volvió a abrir y le dirigió una mirada furiosa.

—¡Niña idiota! —repitió—. No tienes ni idea de lo peligroso que es eso. ¿Visitar Shademar solo con una esfera opaca? ¡Idiota!

Shallan tosió, sintiendo como si todavía tuviera perlas en la garganta. Se puso en pie con esfuerzo y soportó la mirada de Jasnah. La otra mujer parecía enfadada todavía, pero no dijo nada. «Sabe que la tengo —advirtió Shallan—. Si hago correr la voz…»

¿Qué significaría? Tenía poderes extraños. ¿La convertían en

una especie de vaciadora? ¿Qué diría la gente? No era extraño que hubiera creado el señuelo.

—Quiero formar parte —se encontró diciendo.

—¿Disculpa?

—Lo que estás haciendo. Lo que estás investigando. Quiero formar parte.

—No tienes ni idea de lo que dices.

—Lo sé —dijo Shallan—. Soy ignorante. Hay una cura sencilla para eso. —Dio un paso al frente—. Quiero saber, Jasnah. Quiero ser tu pupila de verdad. Sea cual sea la fuente de esto que puedes hacer, yo puedo hacerlo también. Quiero que me prepares y me dejes ser parte de tu trabajo.

—Me robaste.

—Lo sé. Y lo siento. —Jasnah alzó una ceja—. No me disculparé ahora —dijo Shallan—. Pero vine aquí con intención de robarte. Lo tenía planeado desde el principio.

—¿Eso se supone que debe hacer que me sienta mejor?

—Planeaba robarle a Jasnah, la hereje amargada —dijo Shallan —. No advertí que llegaría a lamentar la necesidad de ese robo. No solo por ti, sino porque significaría dejar todo esto. Lo que he aprendido. Por favor. Cometí un error.

—Y bien grande. Infranqueable.

—No cometas uno mayor expulsándome. Puedo ser alguien a quien no tengas que mentir. Alguien que sepa.

Jasnah se echó hacia atrás en su asiento.

—¿Y bien…?

—Robé el fabrial la noche que mataste a esos hombres, Jasnah. Había decidido que no podía hacerlo, pero me convenciste de que la verdad no era tan sencilla como yo creía. Abriste en mí una caja llena de tormentas. Cometí un error. Cometeré más. Te necesito.

Jasnah inspiró profundamente.

—Siéntate.

Shallan obedeció.

—Nunca volverás a mentirme —dijo Jasnah, alzando un dedo—. Y nunca volverás a robar, ni a mí ni a nadie.

—Lo prometo.

Jasnah permaneció un momento en silencio, luego suspiró.

—Acércate aquí —dijo, abriendo un libro.

Shallan obedeció mientras Jasnah sacaba varias hojas llenas de notas.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—¿Querías ser parte de lo que estoy haciendo? Ven, tendrás que leer esto —Jasnah miró las notas—. Trata de los Vaciadores.



Szeth-hijo-hijo-Vallano, sin-verdad de Shinovar, caminaba con la espalda inclinada, llevando un saco de grano del barco a los muelles de Kharbranth. La Ciudad de las Campanas olía a fresca mañana oceánica, pacífica pero entusiasmada, y los pescadores llamaban a voces a sus amigos mientras preparaban sus redes.

Szeth se reunió con los otros porteadores, cargando con su saco por las serpenteantes calles. Tal vez otro mercader podría haber utilizado un carro de chulls, pero Kharbranth era tristemente célebre por sus multitudes y sus calles empinadas. Una fila de porteadores era una opción eficaz.

Szeth mantuvo la mirada gacha. En parte para imitar el aspecto de un trabajador. En parte para protegerse del sol, el sol de los cielos, que lo miraba y veía su vergüenza. Szeth no debería de haber salido durante el día. Tendría que haber escondido su terrible rostro.

Sentía que cada uno de sus pasos dejaba una huella de sangre. Las masacres que había cometido estos meses, trabajando para su amo oculto… Podía oír gritar a los muertos cada vez que cerraba los ojos. Rechinaban contra su alma disolviéndola, acosándolo, consumiéndolo.

Tantos muertos. Tantísimos muertos.

¿Se estaba volviendo loco? Cada vez que cometía un asesinato, le echaba la culpa a las víctimas. Las maldecía por no ser lo bastante fuertes para defenderse y matarlo a él.

Durante cada una de sus matanzas, vestía de blanco, tal como le

habían ordenado.

«Un pie delante del otro. No pienses. No te concentres en lo que has hecho. En lo que… vas a hacer.»

Había llegado al último nombre de la lista: Taravangian, el rey de Kharbranth. Un monarca amado, conocido por construir y mantener hospitales en su ciudad. Era sabido hasta en la lejana Azir que si estabas enfermo, Taravangian te aceptaba. Ven a Kharbranth a que te curen. El rey los amaba a todos.

Y Szeth iba a matarlo.

En lo alto de la empinada ciudad, Szeth cargó su saco hasta la parte trasera del palacio y entró, junto con los otros porteadores, en un oscuro pasillo de piedra. Taravangian era un hombre de mente simple. Eso debería haber hecho que Szeth se sintiera más culpable, pero descubrió que estaba lleno de repulsa. Taravangian no sería lo bastante listo para estar preparado para él. Necio. Idiota. ¿Es que nunca se enfrentaría a un enemigo lo suficientemente fuerte como para matarlo?

Szeth había llegado a la ciudad temprano y había encontrado trabajo como porteador. Tenía necesidad de investigar y estudiar, pues las instrucciones le ordenaban (por una vez) no matar a nadie más al cometer este asesinato. La muerte de Taravangian tenía que hacerse sin alboroto.

¿Por qué la diferencia? Las instrucciones decían que tenía que entregar un mensaje. «Los otros han muerto. He venido a terminar el trabajo.» Las instrucciones eran explícitas: asegurarse de que Taravangian las oía y reconocía las palabras antes de hacerle daño.

Esto parecía un asunto de venganza. Alguien había enviado a Szeth a cazar y destruir a todos los hombres que lo habían desairado. Soltó su saco en la despensa del palacio. Se dio la vuelta automáticamente, siguiendo la fila de porteadores que arrastraban los pies por el pasillo. Indicó con la cabeza el excusado de los criados, y el maestro de porteadores le dio permiso para que continuara. Szeth había hecho esta misma operación de descarga en varias ocasiones, y podía confiarse en que hiciera sus necesidades y los alcanzara.

El excusado no olía ni la mitad de mal de lo que esperaba. Era una habitación oscura, tallada en la caverna subterránea, pero una

vela ardía junto a un hombre que estaba de pie en el canal donde se orinaba. Saludó a Szeth con la cabeza, subiéndose la parte delantera de los pantalones y secándose los dedos en los lados mientras se dirigía a la puerta. Se llevó su vela, pero tuvo el detalle de dejar un pequeño cabo de sobra antes de retirarse.

En cuanto se fue, Szeth se infundo con la luz tormentosa de su bolsa y puso la mano en la puerta, ejecutando un lanzamiento pleno entre esta y el marco, cerrándola. Sacó su espada esquirlada a continuación. En el palacio, todo estaba construido hacia abajo. Confiando en los mapas que había comprado, se arrodilló y talló un cuadrado de roca del suelo, más ancho en el fondo. Mientras empezaba a deslizarse, Szeth lo infundo con luz tormentosa, ejecutando la mitad de un lanzamiento básico hacia arriba y volviendo ingrávida la roca.

A continuación, se lanzó hacia arriba, de un modo sutil que hizo que pesara solo una décima parte de su peso normal. Saltó sobre la roca, y su peso reducido empujó hacia abajo la roca lentamente. La cabalgó hasta la habitación de abajo. Tres divanes con mullidos cojines violeta flanqueaban las paredes bajo hermosos espejos de plata. El clásico excusado de los ojos claros. Una lámpara ardía con una pequeña llama en el aplique, pero Szeth estaba solo.

La piedra cayó suavemente al suelo, y Szeth saltó de ella. Se quitó las ropas, revelando un atuendo blanco y negro de maestro-siervo debajo. Sacó una gorra a juego del bolsillo y se la puso, renunció reacio a su espada, y luego salió al pasillo y cerró la puerta.

Hoy día, apenas pensaba en el hecho de que caminaba sobre piedra. Antaño, habría reverenciado un pasillo de piedra como ese. ¿Fue él ese hombre? ¿Había reverenciado alguna vez algo?

Szeth se apresuró. Tenía poco tiempo. Por fortuna, el rey Taravangian mantenía un horario estricto. Séptima campanada: reflexión privada en su estudio. Szeth podía ver la puerta del estudio ante él, protegida por dos soldados.

Inclinó la cabeza, ocultando sus ojos shin y apresurándose hacia ellos. Uno de los hombres alzó la mano como advertencia, así que Szeth la agarró, la retorció y rompió la muñeca. Le dio un codazo en la cara y lo lanzó contra la pared.

El aturdido compañero del hombre abrió la boca para gritar, pero Szeth le dio una patada en el estómago. Incluso sin espada esquirlada era peligroso, infuso de luz tormentosa y entrenado en kammar. Agarró al segundo guardia por los pelos y le golpeó la cabeza contra el suelo de roca. Entonces se levantó y abrió la puerta de una patada.

Entró en una sala bien iluminada por una doble fila de lámparas a la izquierda. Estanterías repletas de libros cubrían la pared derecha hasta el techo. Delante había un hombre sentado con las piernas cruzadas en una pequeña alfombra. Miraba por una enorme ventana abierta en la roca, contemplando el océano de más allá.

Szeth avanzó.

—Me han ordenado que te diga que los demás han muerto. He venido a terminar el trabajo.

Alzó las manos, y la espada esquirlada empezó a formarse. El rey no se volvió.

Szeth vaciló. Tenía que asegurarse de que el hombre comprendía lo que le había dicho.

—¿Me has oído? —exigió Szeth, avanzando.

—¿Mataste a mis guardias Szeth-hijo-hijo-Vallano? —preguntó el rey tranquilamente.

Szeth se detuvo. Maldijo y dio un paso atrás, alzando la espada en una pose defensiva. ¿Otra trampa?

—Has hecho bien tu trabajo —dijo el rey, sin mirarlo todavía—. Líderes muertos, vidas perdidas. Pánico y caos. ¿Era este tu destino? ¿Te lo preguntas? ¿Encargado por tu pueblo de esa monstruosidad de espada, expulsado y absuelto de cualquier pecado que tus amos requieran de ti?

—No estoy absuelto —dijo Szeth, con cautela—. Es un error común que comenten los que caminan sobre la piedra. Cada vida que quito me pesa y corroe mi alma.

«Las voces…, los gritos…, espíritus de abajo, puedo oírlos aullar…»

—Y sin embargo matas.

—Es mi castigo —dijo Szeth—. Matar, no tener opción, pero cargar de todas formas con los pecados. Soy sin-verdad.

—Sin-verdad —musitó el rey—. Yo diría que conoces mucha

verdad. Más que tus paisanos, ahora.

Finalmente se volvió a mirarlo, y Szeth vio que se había equivocado con este hombre. El rey Taravangian no era ningún simple. Tenía ojos agudos y un rostro sabio de barba blanca y bigotes que caían como puntas de flecha.

—Has visto lo que la muerte y el asesinato le pueden hacer a un hombre. Podrías decir, Szeth-hijo-hijo-Vallano, que soportas grandes pecados por tu pueblo. Comprendes lo que ellos no pueden. Y por eso tienes la verdad.

Szeth frunció el ceño. Y entonces todo tuvo sentido. Supo lo que iba a pasar a continuación, mientras el rey buscaba en su voluminosa manga y sacaba una pequeña piedra que brillaba a la luz de las dos docenas de lámparas.

—Siempre fuiste él —dijo Szeth—. Mi amo invisible. —El rey colocó la piedra en el suelo entre ellos. La piedra jurada de Szeth—. Pusiste tu propio nombre en la lista.

—Por si te capturaban —dijo Taravangian—. La mejor defensa contra las sospechas es estar en el grupo de las víctimas.

—¿Y si te hubiera matado?

—Las instrucciones eran explícitas. Y, como hemos determinado, eres muy bueno cumpliéndolas. Probablemente no tendría ni que decirlo, pero te ordeno que no me hagas daño. Ahora responde: ¿Mataste a mis guardias?

—No lo sé —dijo Szeth, obligándose a apoyarse en una rodilla y retirar su espada. Habló en voz alta, tratando de ahogar los gritos que creía, con toda seguridad, que debían venir de los aleros superiores de la sala—. Los dejé inconscientes a ambos. Creo que le rompí el cráneo a uno.

Taravangian suspiró. Se levantó y se acercó a la puerta. Szeth miró por encima del hombre para ver al anciano rey inspeccionando a los guardias y atendiendo sus heridas. Taravangian pidió ayuda, y otros guardias vinieron para encargarse de los hombres.

Szeth se sentía preso de una terrible tormenta de emociones. ¿Este hombre amable y contemplativo lo había enviado a matar y asesinar? ¿Él había causado los gritos?

Taravangian regresó.

—¿Por qué? —preguntó Szeth con voz ronca—. ¿Venganza?

—No —Taravangian parecía muy cansado—. Algunos de esos hombres que mataste eran queridos amigos míos, Szeth-hijo-hijo-Vallano.

—¿Más seguridad? —escupió Szeth—. ¿Para mantenerte a salvo de sospechas?

—En parte. Y en parte porque sus muertes eran necesarias.

—¿Por qué? ¿Para qué pudo servir?

—Estabilidad. Los que mataste se contaban entre los hombres más poderosos e influyentes de Roshar.

—¿Cómo ayuda eso a la estabilidad?

—A veces hay que derribar una estructura para construir otra nueva de murallas más fuertes. —Taravangian se volvió a contemplar el océano—. Y vamos a necesitar murallas fuertes en los años venideros. Muy, muy fuertes.

—Tus palabras son como las cien palomas.

—«Fáciles de soltar, difíciles de mantener» —dijo Taravangian, pronunciando las palabras en shin.

Szeth alzó bruscamente la cabeza. ¿Este hombre hablaba la lengua shin y conocía los proverbios de su pueblo? Era extraño encontrar eso en un caminapiedras. Más extraño aún encontrarlo en un asesino.

—Sí, hablo tu lengua. A veces me pregunto si el Vidahermano mismo te envió a mí.

—Para que yo me manchara de sangre y tú no tuvieras que hacerlo —dijo Szeth—. Sí, parece algo que haría uno de vuestros dioses vorin.

Taravangian no contestó a eso.

—Levántate —dijo por fin.

Szeth obedeció. Siempre obedecería a su amo. Taravangian lo condujo a una puerta situada a un lado del estudio. El anciano descolgó de la pared una lámpara de esfera, iluminando una serpenteante escalera de peldaños profundos y estrechos. La bajaron hasta un rellano. Taravangian abrió otra puerta y entraron en una gran sala que no aparecía en ninguno de los mapas que Szeth había comprado con sobornos. Era larga, con anchas barandillas en los lados, lo que le daba un aspecto de terraza. Todo pintado de blanco.

Estaba llena de camas. Cientos y cientos de camas. Muchas,

ocupadas.

Szeth siguió al rey, frunciendo el ceño. ¿Una enorme sala oculta, tallada en la piedra del Cónclave? Gente vestida de blanco caminaba de un lado a otro.

—¿Un hospital? ¿Esperas que considere tus esfuerzos humanitarios una redención a lo que me has ordenado que haga?

—Esto no es ninguna obra humanitaria —dijo Taravangian, avanzando lentamente, la túnica blanca y anaranjada crujiendo. Ante los que pasaba se inclinaban con reverencia. Taravangian condujo a Szeth hasta un grupo de camas, cada una con una persona enferma. Había sanadores atendiéndolos. Haciéndoles algo en los brazos.

Extraían su sangre.

Había una mujer con un tablero de escritura junto a las camas, la pluma en la mano, esperando. ¿Qué?

—No comprendo —dijo Szeth, observando horrorizado cómo los cuatro pacientes palidecían—. Los estáis matando ¿verdad?

—Sí. No necesitamos la sangre: es simplemente un modo de matar lenta y fácilmente.

—¿A todos ellos? ¿A toda la gente de esta sala?

—Tratamos de seleccionar solo los peores casos para trasladarlos aquí, pero una vez que han venido a este lugar, no podemos permitir que se marchen si empiezan a recuperarse. —Se volvió hacia Szeth, los ojos apesadumbrados—. A veces necesitamos más cuerpos de los que los enfermos terminales pueden proporcionar. Y por eso debemos traer a los olvidados y los humildes. A los que nadie echará de menos.

Szeth no podía hablar. No podía dar voz a su horror y repulsión. Delante de él, una de las víctimas, un hombre joven, expiró. Dos de las restantes eran niños. Szeth dio un paso adelante. Tenía que detener esto. Tenía…

—Te calmarás —dijo Taravangian—. Y regresarás a mi lado.

Szeth hizo lo que ordenaba su amo. ¿Qué eran unas cuantas muertes más? Solo otro puñado de gritos para acosarlo. Podía oírlos ahora, llegando de debajo de las camas, de detrás de los muebles.

«O podría matarlo —pensó—. Podría detener esto.»

Casi lo hizo. Pero el honor prevaleció, por el momento.

—Verás, Szeth-hijo-hijo-Vallano —dijo Taravangian—. No te envié a hacer mi sangriento trabajo por mí. Lo hago aquí yo mismo. He empuñado personalmente el cuchillo y liberado la sangre de las venas de muchos. Igual que tú, sé que no puedo escapar de mis pecados. Somos iguales. Es uno de los motivos por los que te busqué.

—¿Pero, por qué?

En las camas, un joven moribundo empezó a hablar. Una de las mujeres con las tabletas se adelantó rápidamente y registró las palabras.

—El día era nuestro, pero se lo llevaron —gimió el muchacho—. ¡Padre Tormenta! No podéis tenerlo. El día es nuestro. Vienen, susurrando, y las luces se apagan. ¡Oh, Padre Tormenta!

El muchacho arqueó la espalda, y de pronto se quedó quieto, los ojos muertos.

El rey se volvió hacia Szeth.

—Es mejor que un hombre peque a que un pueblo sea destruido, ¿no te parece, Szeth-hijo-hijo Vallano?

—Yo…

—No sabemos por qué algunos hablan y otros no —dijo Taravangian—. Pero los moribundos ven algo. Empezó hace siete años, más o menos en la época en que el rey Gavilar investigaba por primera vez las Llanuras Quebradas. —Sus ojos se volvieron distantes—. Está viniendo, y esta gente lo ve. En ese puente entre la vida y el océano infinito de la muerte, ven algo. Sus palabras podrían salvarnos.

—Eres un monstruo.

—Sí. Pero soy el monstruo que salvará a este mundo. —Miró a Szeth—. Tengo un nombre que añadir a tu lista. Esperaba evitarlo, pero los recientes acontecimientos lo han hecho inevitable. No puedo permitir que se haga con el control. Lo socavará todo.

—¿Quién? —preguntó Szeth, preguntándose si había algo que pudiera horrorizarlo más.

—Dalinar Kholin —dijo Taravangian—. Me temo que hay que hacerlo rápido, antes de que pueda unir a los altos príncipes alezi. Irás a las Llanuras Quebradas y acabarás con él. —Vaciló—. Me temo que habrá que hacerlo brutalmente.

—Rara vez he tenido el privilegio de actuar de otra forma —dijo Szeth, cerrando los ojos.

Los gritos lo saludaron.



—Antes de leer, tengo que comprender una cosa —dijo Shallan—. Animaste mi sangre, ¿no?

—Para eliminar el veneno —contestó Jasnah—. Sí. Tuve que actuar muy rápido; como dije, debió de ser una forma muy concentrada del polvo. Tuve que animar tu sangre varias veces mientras te hacíamos vomitar. Tu cuerpo seguía absorbiendo el veneno.

—Pero dijiste que no eres buena con lo orgánico. Convertiste la mermelada de fresa en algo incomestible.

—La sangre no es igual —dijo Jasnah, agitando la mano—. Es una de las Esencias. Ya lo aprenderás, si me decido a enseñarte a animar. Por ahora, has de saber que la forma pura de una Esencia es bastante fácil de hacer: los ocho tipos de sangre son más fáciles de crear que el agua, por ejemplo. Crear algo tan complejo como la mermelada de fresa, sin embargo, una melaza hecha de una fruta que nunca había probado ni olido antes, estaba muy por encima de mis habilidades.

—Y los fervorosos —dijo Shallan—. ¿Los que pueden animar? ¿Usan de verdad los fabriales, o es todo un engaño?

—No, los fabriales animadores son reales. Bastante reales. Por lo que sé, todos los demás que hacen lo que yo hago, lo que nosotras hacemos, usan fabriales para conseguirlo.

—¿Y las criaturas con las cabezas de símbolos? —preguntó Shallan. Repasó sus bocetos y le mostró una imagen—. ¿Tú también los ves? ¿Cómo están relacionados?

Jasnah frunció el ceño y recogió el dibujo.

—¿Ves seres como estos? ¿En Shadesmar?

—Aparecen en mis dibujos. Están a mi alrededor, Jasnah. ¿Tú no los ves? ¿Estoy…?

Jasnah alzó una mano.

—Son un tipo de spren, Shallan. Están relacionados con lo que haces. —Dio un golpecito sobre la mesa—. Dos órdenes de los Caballeros Radiantes poseían la habilidad inherente de animar; los fabriales originales se diseñaron basándose en sus poderes, creo. Había asumido que tú… Pero obviamente eso no tendría sentido. Ahora lo comprendo.

—¿Qué?

—Te lo explicaré según te vaya formando —dijo Jasnah, devolviendo la hoja—. Necesitarás una base mayor antes de poder entenderlo. Basta decir que las habilidades de cada Radiante estaban unidas a los spren.

—Espera ¿«Radiantes»? Pero…

—Ya te lo explicaré. Pero primero debemos hablar de los Vaciadores.

Shallan asintió.

—Crees que regresarán, ¿no?

—¿Qué te hace decir eso?

—Las leyendas dicen que los Vaciadores vinieron cien veces para intentar destruir a la humanidad —continuó Shallan—. Yo… leí algunas de tus notas.

—¿Que hiciste qué?

—Buscaba información para aprender a animar —confesó Shallan.

Jasnah suspiró.

—Bueno, supongo que es el menor de tus delitos.

—No comprendo. ¿Por qué te molestas con historias de mitos y sombras? Otros eruditos (eruditos que sé que respetas) consideran a los Vaciadores una ficción. Sin embargo, buscas historias rurales de granjeros y las anotas en tu cuaderno. ¿Por qué, Jasnah? ¿Por qué tienes fe en esto cuando rechazas cosas que son mucho más plausibles?

Jasnah miró las hojas de papel.

—¿Sabes las verdaderas diferencias entre un creyente y yo, Shallan?

—No.

—Se me antoja que la religión, en su esencia, busca tomar hechos naturales y adjudicarles causas sobrenaturales. Yo, sin embargo, busco tomar hechos sobrenaturales y encontrar los significados naturales entre ellos. Quizás esa sea la línea divisoria definitiva entre la ciencia y la religión. Caras opuestas de un naipe.

—Entonces…, piensas…

—Los Vaciadores tienen una correlación natural con el mundo real —dijo Jasnah con firmeza—. Estoy segura. Algo causó las leyendas.

—¿Qué?

Jasnah le tendió una página de notas.

—Esto es lo mejor que he podido encontrar. Léelo. Dime qué piensas.

Shallan escrutó la página. Algunas de las citas, o al menos los conceptos, le resultaban familiares por lo que ya había leído.

«Súbitamente peligroso. Como un día de calma que se convierte en tempestad.»

—Eran reales —repitió Jasnah.

«Seres de ceniza y fuego.»

—Luchamos contra ellos —dijo Jasnah—. Luchamos tan a menudo que los hombres empezaron a hablar de las criaturas en metáforas. Cien batallas, otros cientos…

«Llama y alquitrán. La piel tan terrible. Ojos como pozos de negrura. Música cuando matan.»

—Los derrotamos… —dijo Jasnah.

Shallan sintió un escalofrío.

—… pero las leyendas mienten en una cosa —continuó Jasnah —. Dicen que expulsamos a los Vaciadores de la faz de Roshar o los destruimos. Pero los humanos no actúan así. No tiramos algo que podemos usar.

Shallan se levantó y se acercó al borde del balcón para contemplar el ascensor, que era bajado lentamente por sus dos porteros. Parshmenios. Con piel negra y roja. Ceniza y fuego.

—Padre Tormenta… —susurró Shallan, horrorizada.

—No destruimos a los Vaciadores —dijo Jasnah desde atrás, la voz angustiada—. Los esclavizamos.



El frío clima primaveral tal vez había vuelto por fin al verano. Todavía hacía frío por las noches, pero no resultaba incómodo. Kaladin contemplaba las Llanuras Quebradas desde el terreno de reunión de Dalinar Kholin.

Desde la fracasada traición y el subsiguiente rescate, Kaladin se sentía nervioso. Libertad. Comprada con una espada esquirlada. Parecía imposible. La experiencia de toda su vida le enseñaba a esperar una trampa.

Tenía las manos unidas a la espalda. Syl estaba sentada sobre su hombro.

—¿Me atrevo a confiar en él? —preguntó en voz baja.

—Es un buen hombre —dijo Syl—. Lo he observado. A pesar de esa cosa que llevaba.

—¿Esa cosa?

—La espada esquirlada.

—¿Qué te importa?

—No lo sé —dijo ella, abrazándose—. Me parece mal. La odio. Me alegro de que se deshiciera de ella. Eso lo convierte en un hombre mejor.

Nomo, la luna media, empezó a salir. Brillante y celeste, bañaba el horizonte de luz. En alguna parte, al otro lado de las Llanuras, estaba el portador parshendi con el que había luchado Kaladin. Había apuñalado al hombre en la espalda desde atrás. Los parshendi que los miraban no interfirieron con el duelo y habían evitado atacar a los hombres de los puentes heridos, pero Kaladin atacó a

uno de sus campeones desde la posición más cobarde posible.

Le molestaba lo que había hecho, y eso lo llenaba de frustración. Un guerrero no podía preocuparse de a quién atacaba o cómo. La supervivencia era la única regla en el campo de batalla.

Bueno, la supervivencia y la lealtad. Y él a veces dejaba vivir a los enemigos heridos si no eran una amenaza. Y salvaba a los soldados jóvenes que necesitaban protección. Y…

Y nunca había sido bueno haciendo lo que debería hacer un guerrero.

Hoy había salvado a un alto príncipe (otro ojos claros) y junto a él a miles de soldados. Matando parshendi.

—¿Se puede matar para proteger? —preguntó en voz alta—. ¿No es eso una contradicción en sí mismo?

—Yo…, no lo sé.

—Actuaste de forma extraña en la batalla. Revoloteando a mi alrededor. Después de eso, te marchaste. No te vi mucho.

—La matanza —dijo ella en voz baja—. Me dolía. Tuve que irme.

—Eres tú quien me instó a salvar a Dalinar. Querías que regresara y matara.

—Lo sé.

—Teft dijo que los Radiantes se ceñían a un baremo —dijo Kaladin—. Dijo que, según sus reglas, no deberías hacer cosas terribles para conseguir otras grandes. Sin embargo, ¿qué hice yo hoy? Matar parshendi para salvar alezi. ¿Y qué? No son inocentes, pero nosotros tampoco. Ni por una leve brisa ni por un viento de tormenta.

Syl no respondió.

—Si no hubiera ido a salvar a los hombres de Dalinar —dijo Kaladin—, habría permitido que Sadeas cometiera una traición terrible. Habría dejado morir a hombres a quienes podría haber salvado. Me habría sentido asqueado y disgustado conmigo mismo. También perdí a tres buenos hombres que estaban a un paso de la libertad. ¿Merece eso la vida de los otros?

—No tengo respuestas, Kaladin.

—¿Las tiene alguien?

Sonaron pasos desde atrás. Syl se volvió.

—Es él.

La luna acababa de salir. Dalinar Kholin, según parecía, era un hombre puntual.

Se detuvo junto a Kaladin. Llevaba un bulto bajo el brazo y tenía un aire militar incluso sin su armadura esquirlada. De hecho, era más impresionante sin ella. Su constitución musculosa indicaba que no se fiaba de su armadura para conseguir fuerza, y el uniforme recién planchado indicaba a un hombre que comprendía que sus hombres se sentían inspirados cuando su líder parecía cumplir con su papel.

«Otros han parecido igual de nobles», pensó Kaladin. ¿Pero cambiaría cualquier hombre una espada esquirlada solo por guardar las apariencias? Y si lo hacía, ¿en qué punto la apariencia se volvía realidad?

—Lamento que tengas que reunirte tan tarde conmigo —dijo Dalinar—. Sé que ha sido un día largo.

—Dudo que hubiera podido dormir de todas formas.

Dalinar gruñó suavemente, como si comprendiera.

—¿Han atendido a tus hombres?

—Sí. Bastante bien, por cierto. Gracias.

Los hombres de los puentes habían sido instalados en barracones vacíos y habían recibido atención médica de los mejores cirujanos de Dalinar. La habían recibido antes incluso que oficiales ojos claros heridos. Los otros hombres de los puentes, los que no pertenecían al Puente Cuatro, habían aceptado sin más y de modo inmediato a Kaladin como jefe.

Dalinar asintió.

—¿Cuántos crees que aceptarán mi ofrecimiento de dinero y libertad?

—Un buen número de los hombres de las otras cuadrillas lo harán. Los hombres de los puentes no piensan en huir ni en la libertad. No sabrían qué hacer. En cuanto, a mi cuadrilla… Bueno, tengo la sensación de que insistirán en hacer lo que yo haga. Si me quedo, se quedarán. Si me marcho, se marcharán.

Dalinar asintió.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo he decidido todavía.

—Hablé con mis oficiales. —Dalinar hizo una mueca—. Los que sobrevivieron. Dijeron que les diste órdenes, que te hiciste cargo como si fueras un ojos claros. Mi hijo todavía está amargado por la forma en que se…, desarrolló tu conversación con él.

—Incluso un necio podía ver que no iba a alcanzarte. En cuanto a los oficiales, la mayoría estaban aturdidos o corrían sin control. Simplemente los empujé.

—Te debo dos veces la vida —dijo Dalinar—. Y la de mi hijo y mis hombres.

—Pagaste esa deuda.

—No. Pero he hecho lo que puedo. —Miró a Kaladin, como calibrándolo, juzgándolo—. ¿Por qué vino tu cuadrilla a socorrernos? ¿Por qué, en realidad?

—¿Por qué renunciaste a tu espada esquirlada?

Dalinar lo miró a los ojos, luego asintió.

—Muy bien. Tengo un ofrecimiento que hacerte. El rey y yo estamos a punto de hacer algo muy, muy peligroso. Algo que trastocará todos los campamentos.

—Enhorabuena.

Dalinar esbozó una sonrisa.

—Mi guardia de honor casi ha sido extinguida, y los hombres que tengo son necesarios para aumentar la guardia real. Mi confianza es escasa hoy en día. Necesito a alguien que me proteja a mí y a mi familia. Os quiero a tus hombres y a ti para ese puesto.

—¿Quieres a un puñado de hombres de los puentes como guardaespaldas?

—La élite como guardaespaldas. Los de tu cuadrilla, los que tú entrenaste. Quiero al resto como soldados para mi ejército. Me han contado lo bien que lucharon tus hombres. Los entrenaste sin que Sadeas lo supiera, mientras cargabais con los puentes. Siento curiosidad por saber qué podrías hacer con los recursos adecuados.

Dalinar se volvió a mirar al norte, hacia el campamento de Sadeas.

—Mi ejército ha menguado considerablemente. Voy a necesitar todos los hombres que pueda conseguir, pero todos los que reclute serán sospechosos. Sadeas intentará enviar espías a nuestro campamento. Y traidores. Y asesinos. Elhokar piensa que no

duraremos una semana.

—Padre Tormenta —dijo Kaladin—. ¿Qué estás planeando?

—Voy a eliminar sus juegos, esperando que reaccionen como niños que pierden su juguete favorito.

—Esos niños tienen ejércitos y hojas esquirladas.

—Desgraciadamente.

—¿Y de eso quieres que te proteja?

—Sí.

No hubo evasivas. Fue directo. Había mucho que respetar en eso.

—Ascenderé al Puente Cuatro a guardia de honor —dijo Kaladin—. Y entrenaré al resto como compañía de lanceros. Los de la guardia de honor cobrarán como tales.

Generalmente, la guardia personal de un ojos claros cobraba el triple que un lancero.

—Por supuesto.

—Y quiero espacio para entrenar. Pleno derecho para requisar lo que sea necesario. Yo fijaré los horarios de mis hombres, y nombraremos nuestros propios sargentos y jefes de pelotón. No responderemos ante ningún ojos claros, salvo tú mismo, tus hijos y el rey.

Dalinar alzó una ceja.

—Eso último es un poco…, irregular.

—¿Quieres que os proteja a ti y a tu familia? ¿Contra los otros altos príncipes y sus asesinos, que podrían infiltrarse en tu ejército y tus oficiales? Bueno, no puedo estar en una posición en la que cualquier ojos claros del campamento pueda darme órdenes, ¿no?

—Tienes razón —dijo Dalinar—. Sin embargo, ¿te das cuenta de que al hacer esto te estaría dando prácticamente la misma autoridad que a un ojos claros del cuarto dahn? Estarías a cargo de un millar de antiguos hombres de los puentes. Un batallón entero.

—Sí.

Dalinar reflexionó un momento.

—Muy bien. Considérate ascendido al rango de capitán…, es todo lo que me atrevo a nombrar a un ojos oscuros. Si te nombrara señor de batallón, podría causar un montón de problemas. Sin embargo, haré saber que estás fuera de la cadena de mando. No

darás órdenes a los ojos claros de rango inferior al tuyo, y los ojos claros de rango superior no tendrán ninguna autoridad sobre ti.

—De acuerdo —dijo Kaladin—. Pero los soldados que entrene los quiero asignados a las patrullas, no a las carreras en las mesetas. He oído decir que tienes varios batallones cazando bandidos y manteniendo la paz en el Mercado Exterior, ese tipo de cosas. Ahí es donde irán mis hombres durante un año, al menos.

—Muy bien. Entiendo que quieres tiempo para entrenarlos antes de lanzarlos a la batalla.

—Eso, y que maté a un montón de parshendi hoy. Ellos me mostraron más honor que la mayoría de los miembros de mi propio ejército. No me gustó la sensación, y quiero tiempo para pensar en eso. Los guardaespaldas que entrene para ti, y yo mismo, saldremos al campo de batalla, pero nuestro propósito principal será protegerte, no matar parshendi.

Dalinar parecía divertido.

—De acuerdo. Aunque no deberías preocuparte. No pienso estar mucho en las primeras líneas en el futuro. Tengo que cambiar mi papel. De cualquier forma, tenemos un trato.

Kaladin extendió una mano.

—Esto depende de que mis hombres estén de acuerdo.

—Creí que habías dicho que harían lo que tú hagas.

—Probablemente. Pero soy su comandante, no su dueño.

Dalinar extendió la mano y estrechó la de Kaladin a la luz de la luna zafiro. Luego cogió el paquete que llevaba bajo el brazo.

—Toma.

—¿Qué es esto? —preguntó Kaladin, apresando el paquete.

—Mi capa. La que llevé hoy en la batalla, lavada y zurcida.

Kaladin la desdobló. Era de color azul oscuro, con el glifopar de *khokh* y *linil* bordado en blanco.

—Cada hombre que lleva mis colores pertenece a mi familia, en cierto modo —dijo Dalinar—. La capa es un regalo sencillo, pero es una de las pocas cosas con significado que puedo ofrecer. Acéptala con mi gratitud, Kaladin Benditormenta.

Kaladin volvió a doblar lentamente la capa.

—¿Dónde has oído ese nombre?

—Tus hombres —dijo Dalinar—. Tienen un alto concepto de ti.

Y eso me hace tener un alto concepto a mí también. Necesito hombres como tú, como todos vosotros. —Entornó los ojos, pensativo—. Todo el reino os necesita. Quizá todo Roshar. La Verdadera Desolación se avecina…

—¿Cómo dices?

—Nada. Por favor, ve a descansar, capitán. Espero oír buenas noticias tuyas pronto.

Kaladin asintió y se retiró, pasando ante los dos hombres que actuaban como guardias de Dalinar esta noche. El trayecto de regreso a sus nuevos barracones fue breve. Dalinar le había dado uno a cada cuadrilla. Más de mil hombres. ¿Qué iba a hacer con tantos? Nunca había dirigido a un grupo mayor de veinticinco miembros.

El barracón del Puente Cuatro estaba vacío. Kaladin vaciló ante la puerta. El barracón estaba amueblado con un camastro y un baúl para cada hombre. Parecía un palacio.

Olió a humo. Frunciendo el ceño, rodeó el barracón y encontró a los hombres sentados en torno a una hoguera al fondo, sentados en tocones o piedras, esperando relajados mientras Roca les preparaba un guiso. Escuchaban a Teft, que estaba sentado con el brazo vendado, hablando tranquilamente. Shen estaba allí; el silencioso parshmenio estaba sentado en el mismo extremo del grupo. Lo habían recuperado del campamento de Sadeas, junto con los heridos.

Teft se interrumpió al ver a Kaladin, y los hombres se volvieron, la mayoría llevaba algún tipo de vendaje. «¿Dalinar quiere a estos hombres como guardaespaldas suyos?», pensó Kaladin. Eran en efecto un grupo harapiento.

Sin embargo, estaba de acuerdo con la elección de Dalinar. Si fuera a poner su vida en manos de alguien, elegiría a este grupo.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó, severo—. Deberíais estar descansando todos.

Los hombres se miraron unos a otros.

—Es que… —dijo Moash—. No nos parecía bien irnos a dormir hasta que tuviéramos una oportunidad de…, bueno, de hacer esto.

—Es difícil dormir un día como hoy, gancho —añadió Lopen.

—Habla por ti —dijo Cikatriz, bostezando, la pierna herida

apoyada en un tocón—. Pero merece la pena estar despierto por el guiso. Aunque le eche rocas.

—¡No se las echo! —replicó Roca—. Llaneros pirados.

Dejaron sitio para Kaladin, quien se sentó, usando la capa de Dalinar como cojín para la espalda y la cabeza. Aceptó agradecido un cuenco de guiso que le entregó Drehy.

—Hemos estado hablando de lo que hemos visto hoy —dijo Teft —. De las cosas que hiciste.

Kaladin vaciló, la cuchara camino de su boca. Casi se había olvidado (o tal vez lo había olvidado adrede) de que había mostrado a sus hombres lo que podía hacer con la luz tormentosa. Era de esperar que los soldados de Dalinar no lo hubieran visto. Su luz era débil entonces, el día brillante.

—Comprendo —dijo Kaladin, perdiendo el apetito. ¿Lo veían distinto? ¿Aterrador? ¿Algo a lo que dar la espalda, como le había sucedido a su padre en Piedralar? ¿Aún peor, algo que adorar? Los miró a los ojos y se preparó.

—¡Fue sorprendente! —dijo Drehy, inclinándose hacia delante.

—Eres uno de los Radiantes —señaló Cikatriz—. Yo lo creo, aunque Teft dice que no lo eres.

—No lo es todavía —replicó Teft—. ¿Es que no escuchas?

—¿Puedes enseñarme a hacer lo que hiciste? —interrumpió Moash.

—Yo también aprenderé, gancho —dijo Lopen—. Ya sabes, si vas a enseñar y eso.

Kaladin parpadeó, abrumado, mientras los otros intervenían.

—¿Qué puedes hacer?

—¿Cómo te sientes?

—¿Puedes volar?

Alzó una mano, zanjando las preguntas.

—¿No os alarma lo que visteis?

Varios hombres se encogieron de hombros.

—Te mantuvo con vida, gancho —dijo Lopen—. Lo único que me alarmaría es lo irresistible que lo considerarían las mujeres. Dirían: «Lopen, solo tienes un brazo, pero veo que puedes brillar. Creo que deberías besarme ahora.»

—Pero es extraño y aterrador —protestó Kaladin—. ¡Es lo que

hacían los Radiantes! Todo el mundo sabe que fueron unos traidores.

—Sí —bufó Moash—. Igual que todo el mundo sabe que los ojos claros son elegidos por el Todopoderoso para gobernar, y cómo son siempre nobles y justos…

—Somos el Puente Cuatro —añadió Cikatriz—. Hemos corrido lo nuestro. Hemos vivido en el crem y nos han usado como cebo. Si te ayuda a sobrevivir, es bueno. Es todo lo que hace falta decir al respecto.

—¿Puedes enseñarnos? —preguntó Moash—. ¿Puedes enseñarnos a hacer lo que haces?

—Yo…, no sé si se puede enseñar —dijo Kaladin, mirando a Syl, que estaba sentada en una roca, con una expresión curiosa—. No estoy seguro de qué es.

Ellos parecieron decepcionados.

—Pero —añadió Kaladin— eso no significa que no debamos intentarlo.

Moash sonrió.

—¿Puedes hacerlo? —preguntó Drehy, sacando una esfera, un pequeño y brillante chip de diamante—. ¿Ahora mismo? Quiero verlo ahora que puedo.

—No es un deporte, Drehy —dijo Kaladin.

—¿Crees que no lo merecemos? —Sigzil se inclinó adelante.

Kaladin vaciló. Entonces, dubitativo, extendió un dedo y tocó la esfera. Inhaló profundamente. Atraer la luz se volvía cada vez más natural. La esfera perdió su brillo. La luz tormentosa empezó a brotar en la piel de Kaladin, que aceleró la respiración para hacer que se filtrara más rápido, volviéndola más visible. Roca sacó una vieja manta raída, que usaba como leña, y la echó sobre la hoguera, perturbando a los llamaspren y creando unos instantes de oscuridad antes de que las llamas la consumieran.

En esa oscuridad, Kaladin brilló, pura luz blanca brotaba de su piel.

—Tormentas… —jadeó Drehy.

—¿Pero qué puedes hacer con eso? —preguntó Cikatriz, ansioso —. No has contestado.

—No estoy del todo seguro de lo que puedo hacer —dijo

Kaladin, alzando la mano ante él. La luz se difuminó en un momento, y el fuego quemó la manta, iluminándolos de nuevo a todos—. Solo llevo con esto unas pocas semanas. Puedo atraer las flechas hacia mí y hacer que las rocas se peguen. La luz me hace más fuerte y más rápido, y sana mis heridas.

—¿Cómo de fuerte te hace? —preguntó Sigzil—. ¿Cuánto peso pueden soportar las rocas después de que las pegues, y cuánto tiempo permanecen unidas? ¿Cuánta velocidad consigues? ¿Eres el doble de rápido? ¿Un cuarto de rápido? ¿A qué distancia puede estar una flecha cuando la lanzan contra ti, y puedes atraer otras cosas también?

Kaladin parpadeó.

—Yo…, no lo sé.

—Bueno, parece bastante importante saber ese tipo de cosas —dijo Cikatriz, rascándose la barbilla.

—Podemos hacer pruebas. —Roca se cruzó de brazos, sonriendo—. Es una buena idea.

—Tal vez nos ayude a aprender a hacerlo también —advirtió Moash.

—No es cosa que se aprenda. —Roca negó con la cabeza—. Es cosa del *holentetal*. Para él solamente.

—Eso no lo sabes con seguridad —dijo Teft.

—No sabes con seguridad si lo sé con seguridad. —Roca agitó una cuchara ante él—. Come tu guiso.

Kaladin alzó las manos.

—No podéis contarle esto a nadie. Se asustarán de mí, o tal vez crean que estoy relacionado con los Vaciadores o los Radiantes. Necesito vuestros juramentos en esto.

Los miró, y ellos asintieron, uno a uno.

—Pero queremos ayudar —dijo Cikatriz—. Aunque no podamos aprenderlo. Esto es parte de ti, y eres uno de nosotros. El Puente Cuatro. ¿Verdad?

Kaladin miró sus rostros ansiosos y asintió.

—Sí. Sí, podéis ayudar.

—Excelente —dijo Sigzil—. Prepararé una lista de pruebas para medir la velocidad, precisión y fuerza de esos lazos que puedes crear. Tendremos que encontrar un modo de determinar si hay algo

más que puedas hacer.

—Arrojadlo desde lo alto de un precipicio —dijo Roca.

—¿De qué servirá eso? —preguntó Peet.

Roca se encogió de hombros.

—Si tiene otras habilidades, eso las hará salir ¿no? Nada como caer de un precipicio para convertir a un niño en hombre.

Kaladin lo miró con expresión agria, y Roca se echó a reír.

—Será un precipicio pequeño. —Alzó el pulgar y el índice para indicar una cantidad diminuta—. Me caes demasiado bien para que sea uno grande.

—Creo que estás bromeando —dijo Kaladin, comiendo su guiso —. Pero por si acaso, voy a pegarte al techo esta noche para que no intentes ningún experimento mientras duermo.

Los hombres del puente se echaron a reír.

—Pero no brilles demasiado mientras intentamos dormir ¿eh, gancho?

—Haré lo que pueda. —Tomó otra cucharada de guiso. Sabía mejor que de costumbre. ¿Había cambiado Roca la receta?

¿O era otra cosa? Mientras se sentaba a comer, los otros hombres del puente empezaron a charlar, hablando de casa y su pasado, cosas que antes eran tabú. Varios de los hombres de las otras cuadrillas (heridos a los que Kaladin había ayudado, incluso unas cuantas almas solitarias que todavía estaban despiertas) se acercaron. Los hombres del Puente Cuatro los recibieron, les dieron guiso y les dejaron sitio.

Todos parecían tan agotados como Kaladin se sentía, pero nadie habló de acostarse. Ahora pudo comprender por qué. Estar juntos, comiendo el guiso de Roca, escuchando la tranquila charla mientras el fuego chisporroteaba y enviaba copos de luz amarilla al aire…

Esto era más relajante que el sueño. Kaladin sonrió, se echó hacia atrás y contempló el cielo oscuro y la gran luna zafiro. Entonces cerró los ojos y escuchó.

Tres hombres más habían muerto. Malop, Desorejado Jaks y Narm. Kaladin les había fallado. Pero el Puente Cuatro y él habían protegido a cientos más. Cientos que nunca tendrían que cargar con un puente, nunca tendrían que enfrentarse a las flechas parshendi, nunca tendrían que combatir de nuevo si no querían. A nivel más

personal, veintisiete de sus amigos vivían. En parte por lo que él había hecho, en parte por su propio heroísmo.

Veintisiete hombres vivían. Finalmente había conseguido salvar a alguien.

Por ahora, era suficiente.



Shallan se frotó los ojos. Había leído las notas de Jasnah, al menos las más importantes. Estas ya componían un buen fajo por sí mismas. Todavía estaba sentada en el reservado, aunque habían enviado a un parshmenio a llevarle una manta con la que se cubría la bata del hospital.

Le ardían los ojos por haber pasado la noche llorando, luego leyendo. Estaba agotada. Y sin embargo también se sentía viva.

—Es verdad —dijo—. Tienes razón. Los Vaciadores son los parshmenios. No puedo sacar ninguna otra conclusión.

Jasnah sonrió, como si se sintiera extrañamente complacida consigo misma, considerando que solo había convencido a una persona.

—¿Y ahora qué? —preguntó Shallan.

—Eso tiene que ver con tus estudios anteriores.

—¿Mis estudios? ¿Te refieres a la muerte de tu padre?

—En efecto.

—Los parshendi lo atacaron —dijo Shallan—. Lo mataron de repente, sin aviso —se concentró en la otra mujer—. Eso es lo que te impulsó a estudiar este tema, ¿no?

Jasnah asintió.

—Esos parshmenios salvajes, los parshendi de las Llanuras Quebradas, son la clave. —Se inclinó hacia delante—. Shallan. El desastre que nos espera es demasiado real, demasiado terrible. No necesito advertencias místicas ni sermones teológicos que me asusten. Ya estoy completamente aterrada por mi cuenta.

—Pero tenemos domados a los parshmenios.

—¿Los tenemos? Shallan, piensa en lo que hacen, en cómo están considerados, en cómo se utilizan.

Shallan vaciló. Los parshendi estaban en todas partes.

—Nos sirven la comida —continuó Shallan—. Trabajan en nuestros almacenes. Atienden a nuestros hijos. No hay una sola aldea en Roshar que no tenga algunos parshmenios. Los ignoramos: tan solo esperamos que estén allí, haciendo lo que hacen. Trabajando sin quejarse.

»Sin embargo un grupo pasó de pronto de ser amigos pacíficos a guerreros asesinos. Algo los hizo saltar. Igual que hace cientos de años, durante los días conocidos como las Épocas Heráldicas. Hubo un período de paz, seguido de una invasión de parshendi que, por motivos que nadie comprendió, de pronto se volvieron locos de furia e ira. Esto es lo que estaba detrás de la lucha de la humanidad para impedir ser «desterrada a Condenación.» Esto fue lo que casi acabó con nuestra civilización. Ese fue el terrible cataclismo repetido que resultó tan aterrador y que llevó a los hombres a hablar de ellos como las Desolaciones.

»Hemos nutrido a los parshmenios. Los hemos integrado en cada parte de nuestra sociedad. Dependemos de ellos, sin advertir que hemos nutrido una tormenta que espera explotar. Los relatos de las Llanuras Quebradas hablan de la capacidad de estos parshendi para comunicarse entre sí y que les permite cantar sus canciones al unísono cuando están muy separados. Sus mentes están conectadas, como abarcañas. ¿Te das cuenta de lo que significa esto?

Shallan asintió. ¿Qué sucedería si todos los parshendi de Roshar se volvieran de pronto contra sus amos? ¿Buscando la libertad o, peor aún, la venganza?

—Nos devastarían. La civilización tal como la conocemos se desplomaría. ¡Tenemos que hacer algo!

—Lo hacemos —dijo Jasna—. Recopilamos hechos, nos aseguramos de conocer lo que creemos conocer.

—¿Y cuántos hechos necesitamos?

—Más, muchos más —Jasnah miró los libros—. Hay algunas cosas de las historias que no comprendo todavía. Historias de criaturas que luchan junto a los parshmenios, bestias de piedra que

podrían ser algún tipo de conchagrande y otras rarezas que pienso que pueden tener algo de verdad. Pero hemos agotado lo que nos puede ofrecer Kharbranth. ¿Estás segura de querer seguir ahondando en esto? Será una carga pesada. No volverás a tu casa durante algún tiempo.

Shallan se mordió los labios. Pensó en sus hermanos.

—¿Me dejarías marchar ahora, después de lo que sé?

—No permitiré que me sirvas mientras piensas en modos de escapar —Jasnah parecía agotada.

—No puedo abandonar a mis hermanos —Shallan se retorció por dentro—. Pero esto es más importante que ellos. Condenación…, es más importante que tú o que yo o que cualquiera de nosotras. Tengo que ayudar, Jasnah. No puedo mantenerme aparte. Encontraré algún otro modo de ayudar a mi familia.

—Bien. Entonces ve a empaquetar nuestras cosas. Nos marcharemos mañana en ese barco que había fletado para ti.

—¿Vamos a ir a Jah Keved?

—No. Tenemos que ir al meollo del asunto —miró a Shallan—. Vamos a ir a las Llanuras Quebradas. Necesitamos descubrir si los parshendi fueron alguna vez parshmenios comunes, y si es así, qué los hizo cambiar. Tal vez esté equivocada en esto, pero si tengo razón, entonces los parshendi podrían tener la clave para convertir en soldados a los parshmenios corrientes —entonces, sombría, continuó—: Y tenemos que hacerlo antes de que lo haga alguien más y lo use en nuestra contra.

—¿Alguien más? —preguntó Shallan, sintiendo una aguda puñalada de pánico—. ¿Hay otros buscando esto?

—Pues claro que los hay. ¿Quién crees que se tomó tantas molestias intentando asesinarme? —Buscó en un fajo de papeles sobre la mesa—. No sé mucho sobre ellos. Por lo que sé, hay muchos grupos buscando estos secretos. Sin embargo, sé de uno con seguridad. Se llaman a sí mismos los Espectros de Sangre. —Sacó una hoja—. Tu amigo Kabsal era uno de ellos. Encontramos su símbolo tatuado en el interior de su brazo.

Depositó la hoja sobre la mesa. En ella había un símbolo de tres diamantes que se solapaban unos con otros.

Era el mismo símbolo que Nan Balat le había enseñado hacía

semanas. El símbolo que llevaba Luesh, el mayordomo de su padre, el hombre que sabía utilizar la animista. El símbolo que llevaban los hombres que habían presionado a su familia para que la devolvieran. Los hombres que habían estado financiando al padre de su padre en su intento de convertirse en alto príncipe.

—Todopoderoso de arriba —susurró Shallan. Alzó la cabeza—. Jasnah, creo…, creo que mi padre puede haber sido un miembro de este grupo.



Los vientos de la alta tormenta empezaron a soplar contra el complejo de Dalinar, lo suficientemente poderosos para hacer que las piedras gimieran. Navani se acurrucó junto a Dalinar, abrazándolo. Olía maravillosamente. Era…, humillante saber cuánto miedo había pasado por él.

Su alegría por tenerlo de vuelta era suficiente para mitigar, por ahora, su furia por cómo había tratado a Elhokar. Ya cambiaría de opinión. Era algo que había que hacer.

Mientras la alta tormenta golpeaba con fuerza, Dalinar sintió la llegada de la visión. Cerró los ojos, dejando que lo envolviera. Tenía que tomar una decisión, una responsabilidad. ¿Qué hacer? Estas visiones le habían mentido, o al menos lo habían confundido. Parecía que no podía confiar en ellas, al menos no tan explícitamente como antes.

Inspiró profundamente, abrió los ojos y se encontró en un lugar de humo.

Dio media vuelta, alerta. El cielo estaba oscuro y se encontraba en un campo de roca blanca como el hueso, irregular y áspera, que se extendía en todas direcciones. Hacia la eternidad. Formas amorfas hechas de rizado humo gris se alzaban del suelo. Como anillos de humo, solo que con otras formas. Aquí una silla. Allí un rocapullo, con las enredaderas extendidas, encogidas en los extremos y desvaneciéndose. Junto a él apareció la figura de un hombre de uniforme, silencioso y vaporoso, que se alzaba letárgicamente hacia el cielo, la boca abierta. Las formas se

fundieron y distorsionaron mientras ascendían, aunque parecían conservar su hechura más tiempo de lo que deberían. Era enervante estar allí en la llanura eterna, pura oscuridad arriba, figuras de humo alzándose por todas partes.

No era como ninguna visión que hubiera visto antes. Era… «No, espera.»

Frunció el ceño y dio un paso atrás cuando la figura de un árbol brotó del suelo cerca de él. «He visto este lugar antes. En la primera de mis visiones, hace tantos meses.» Era un recuerdo difuso. Estaba desorientado, la visión vaga, como si su mente no hubiera aprendido a aceptar lo que veía. De hecho, lo único que recordaba claramente era…

—Debes unirlos —tronó una fuerte voz.

Era la voz. Le hablaba desde todas partes alrededor, haciendo que las figuras de humo se nublaran y distorsionaran.

—¿Por qué me mentiste? —le preguntó Dalinar a la despejada oscuridad—. ¡Hice lo que dijiste, y fui traicionado!

—Únelos. El sol se acerca al horizonte. La Tormenta Eterna se avecina. La Verdadera Desolación. La Noche de las Penas.

—¡Necesito respuestas! —dijo Dalinar—. Ya no me fío de ti. Si quieres que te escuche, tendrás que…

La visión cambió. Giró sobre sus talones y descubrió que todavía estaba en una llanura rocosa, pero que el sol estaba en el cielo como siempre. El campo pedregoso era como cualquier otro en Roshar.

Resultaba muy extraño que una de la visiones lo enviara a un lugar sin nadie con quien hablar y relacionarse. Aunque, por una vez, vestía sus propias ropas. El uniforme Kholin azul oscuro.

¿Había sucedido esto antes, la otra vez que estuvo en aquel lugar de humo? Sí…, había sucedido. Era la primera vez que lo llevaban a un lugar donde había estado antes. ¿Por qué?

Escrutó con cuidado el escenario. Como la voz no volvió a hablar, se puso a andar, pasando ante peñascos resquebrajados y pizarra esfoliada, guijarros y rocas. No había plantas, ni siquiera rocapullos. Solo un paisaje vacío lleno de rocas fragmentadas.

Al cabo de un rato divisó un risco. Subir a un terreno elevado se le antojó una buena idea, aunque la caminata pareció llevarle horas. La visión no terminó. El tiempo era a menudo extraño en ellas.

Continuó subiendo la cuesta de la formación rocosa, deseando tener su armadura esquirlada para que le diera fuerzas. Cuando por fin llegó a lo alto, se acercó al borde para contemplar el paisaje.

Y allí vio Kholinar, su hogar, la capital de Alezkar.

Había sido destruida.

Los hermosos edificios habían sido arrasados. Las hojas del viento estaban caídas. No había cadáveres, solo piedra rota. Esta visión no era como la que había visto antes con Nohadon. Esto no era la Kholinar del lejano pasado: podía ver los restos de su propio palacio. Pero esta formación rocosa no era como la que había cerca de Kholinar en el mundo real. Antes, estas visiones le habían mostrado siempre el pasado. ¿Era esta una visión del futuro?

—No puedo seguir luchando con él —dijo la voz.

Dalinar dio un respingo y miró hacia el lado. Había un hombre allí. Tenía la piel oscura y el pelo blanco puro. Alto, fornido pero no grueso, llevaba ropas exóticas de tipo extranjero: pantalones bombachos y una chaqueta que parecía llegarle solo hasta la cintura. Ambas parecían hechas de oro.

Sí…, esto mismo había sucedido antes, en su primera visión. Dalinar podía recordarlo ahora.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Por qué me muestras estas visiones?

—Puedes verlo allí si miras con atención —dijo la figura, señalando—. Comienza en la distancia.

Dalinar miró en esa dirección, molesto. No podía distinguir nada concreto.

—Tormentas —dijo Dalinar—. ¿No responderás a mis preguntas aunque sea una vez? ¿De qué sirve todo esto si solo hablas con acertijos?

El hombre no respondió. Tan solo siguió señalando. Y…, sí, sucedía algo. Había una sombra en el aire, acercándose. Una muralla de oscuridad. Como una tormenta, pero diferente.

—Al menos dime una cosa. ¿Qué tiempo estamos viendo? ¿Esto es el pasado, el futuro u otra cosa distinta?

La figura no contestó inmediatamente.

—Probablemente te preguntas si esto es una visión del futuro —dijo entonces.

Dalinar se sobresaltó.

—Yo…, acabo de preguntar…

Esto era familiar. Demasiado familiar.

«Dijo eso mismo la última vez», advirtió Dalinar, sintiendo un escalofrío. «Esto ya ha sucedido. Estoy viendo la misma visión de nuevo.»

La figura escrutó el horizonte.

—No puedo ver completamente el futuro. Es como si el futuro fuera una ventana rota. Cuanto más miras, más piezas de la ventana se rompen. El futuro cercano puede esperarse, pero el futuro lejano…, solo puede suponerse.

—No puedes oírme ¿verdad? —preguntó Dalinar, horrorizado ahora que por fin empezaba a comprender—. Nunca pudiste.

«Sangre de mis padres…, no me está ignorando. ¡No puede verme! No habla en acertijos. Solo lo parece porque interpreté sus palabras como respuestas crípticas a mis preguntas.»

«No me dijo que confiara en Sadeas. Yo…, di por hecho…»

Todo pareció temblar en torno a Dalinar. Sus preconcepciones, lo que había creído saber. El suelo mismo.

—Esto es lo que podría suceder —dijo la figura, indicando la distancia con un gesto—. Esto es lo que temo que sucederá. Es lo que él quiere. La Auténtica Desolación.

No, esa muralla en el aire no era una alta tormenta. No era lluvia lo que componía aquella enorme sombra, sino polvo barrido. Recordó plenamente esta visión ahora. Había terminado aquí, con él confuso, contemplando el avance de aquella muralla de polvo. Esta vez, sin embargo, la visión continuó.

La figura se volvió hacia él.

—Lamento hacerte eso. Pero espero que lo que has visto te haya dado las bases para comprender. Pero no puedo saberlo con seguridad. No sé quién eres, ni cómo has llegado aquí.

—Yo…

¿Qué decir? ¿Importaba?

—La mayor parte de lo que te enseño son escenas que he visto directamente —dijo la figura—. Pero algunas, como estas, nacen de mis temores. Si yo lo temo, entonces tú debes temerlo también.

La tierra temblaba. La muralla de polvo era causada por algo.

Algo que se acercaba.

Dalinar jadeó. Las mismas rocas de delante se rompían, se quebraban, convirtiéndose en polvo. Retrocedió cuando todo empezó a temblar, un enorme terremoto acompañado de un terrible rugido de rocas moribundas. Cayó al suelo.

Hubo un horrible, aplastante, aterrador momento de pesadilla. El temblor, la destrucción, los sonidos de la tierra misma parecieron morir.

Entonces pasó. Dalinar inspiró y espiró antes de ponerse en pie, tembloroso. La figura y él se hallaban en un solitario pináculo de roca. Por algún motivo, una pequeña sección había quedado protegida. Era como una columna de piedra de varios pasos de ancho que se alzaba en el aire.

Alrededor, la tierra había desaparecido. Kholinar ya no estaba. Todo se había perdido en la oscuridad insondable de abajo. Sintió vértigo allí de pie en aquel diminuto trozo de roca que, imposible, quedaba todavía.

—¿Qué es esto? —preguntó, aunque sabía que el ser no podía oírlo.

La figura miró alrededor, apesadumbrada.

—No puedo dejar mucho. Solo estas pocas imágenes, para ti. Quienquiera que seas.

—Estas visiones…, son como un diario ¿no? Una historia que escribiste, un libro que dejaste atrás, excepto que no lo leo, lo veo.

La figura miró al cielo.

—Ni siquiera sé si alguien verá esto. Me marcho.

Dalinar no respondió. Desde el empinado pináculo, contempló un vacío, horrorizado.

—Esto no es por vosotros tampoco —dijo la figura, alzando una mano al aire. Una luz se apagó en el cielo, una luz que Dalinar no había advertido que estaba allí. Entonces otra se apagó también. El sol empezó a volverse más oscuro.

—Es por todos ellos —dijo la figura—. Tendría que haber comprendido que vendría a por mí.

—¿Quién eres? —preguntó Dalinar, dando voz a las palabras para sí mismo.

La figura siguió contemplando el cielo.

—Dejo esto, porque debe de haber algo. Una esperanza para descubrir. Una oportunidad de que alguien descubra qué hacer. ¿Deseas combatir contra él?

—Sí —respondió Dalinar, aunque sabía que no importaba—. No sé quién es, pero si quiere hacer esto, entonces lo combatiré.

—Alguien debe liderarlos.

—Yo lo haré —dijo Dalinar. Las palabras salieron sin más.

—Alguien debe unirlos.

—Yo lo haré.

—Alguien debe protegerlos.

—¡Yo lo haré!

La figura guardó silencio un momento. Entonces habló con voz alta y clara.

—Vida antes que muerte. Fuerza antes que debilidad. Viaje antes que destino. Repite las antiguas palabras y devuelve a los hombres las Esquirlas que una vez llevaron. —Se volvió a Dalinar y lo miró a los ojos—. Los Caballeros Radiantes deben volver a levantarse.

—No comprendo cómo puede hacerse —dijo Dalinar en voz baja —. Pero lo intentaré.

—Los hombres deben enfrentarlos juntos —dijo la figura, dando un paso hacia Dalinar y colocando una mano en su hombro—. No podéis disputar como en años pasados. Él se ha dado cuenta de que vosotros, con el tiempo, os convertiréis en vuestros propios enemigos, de que no necesita combatiros. No si puede haceros olvidar, haceros volver unos contra otros. Vuestras leyendas dicen que ganasteis. Pero la verdad es que perdimos. Y estamos perdiendo.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar Dalinar, en voz más baja.

—Ojalá pudiera hacer más —repitió la figura de oro—. Podríais obligarle a elegir un campeón. Está obligado por algunas reglas. Todos nosotros lo estamos. Un campeón podría funcionar bien para vosotros, pero no es seguro. Y…, sin las Esquirlas del Amanecer… Bueno, he hecho lo que puedo. Es terrible, terrible dejaros solos.

—¿Quién eres? —preguntó de nuevo Dalinar. Y sin embargo, le pareció que ya lo sabía.

—Soy…, fui…, Dios. El que llamáis el Todopoderoso, el creador

de la humanidad. —La figura cerró los ojos—. Y ahora estoy muerto. Odium me ha matado. Lo siento.

FIN DE LA QUINTA PARTE



—¿Puedes sentirlo? —le preguntó Sagaz a la noche despejada—. Algo acaba de cambiar. Creo que eso es el sonido que hace el mundo cuando se mea encima.

Había tres guardias tras las gruesas puertas de madera de Kholinar. Miraron a Sagaz con preocupación.

Las puertas estaban cerradas, y estos hombres pertenecían a la guardia nocturna, un título algo inadecuado. No pasaban la noche «guardando», sino charlando, bostezando, apostando o (como en el caso de esta noche) mirando y escuchando incómodos a un loco.

Se daba la circunstancia de que ese loco tenía ojos azules, lo que le permitía salirse con la suya en todo tipo de problemas. Tal vez a Sagaz debería hacerle gracia la importancia que le daba esta gente al color de los ojos, pero había estado en muchos sitios y había visto muchos métodos de gobierno. Esta no parecía mucho más ridícula que la mayoría de las demás.

Y, naturalmente, había un motivo por el que la gente hacía lo que hacía. Bueno, normalmente había un motivo. En este caso, daba la casualidad de que era bueno.

—¿Brillante señor? —preguntó uno de los guardias, mirando a Sagaz, que estaba sentado en una pila de cajas dejadas por un mercader que había sobornado a los guardias para asegurarse de que no robaran nada. Para Sagaz, eran simplemente un buen asiento. Tenía su mochila al lado, y en las rodillas afinaba un enthir, un instrumento cuadrado de cuerda. Se tocaba desde arriba, tañendo las cuerdas mientras lo tenías sobre el regazo.

—¿Brillante señor? —repitió el guardia—. ¿Qué estás haciendo ahí arriba?

—Esperar —dijo Sagaz. Alzó la cabeza y miró al este—. Esperar a que llegue la tormenta.

Eso hizo que los guardias se sintieran más incómodos. No se había predicho ninguna alta tormenta para esa noche.

Sagaz empezó a tañer el enthir.

—Charlemos para matar el tiempo. Dime. ¿Qué valoran los hombres en los demás?

La música sonó para un público de edificios silenciosos, callejones y empedrados gastados. Los guardias no le respondieron. No parecían saber cómo interpretar a ese ojos claros vestido de negro que entró en la ciudad justo antes de que oscureciera y que se había sentado en las cajas junto a las puertas para tocar música.

—¿Bien? —preguntó Sagaz, deteniendo la música—. ¿Qué pensáis? Si un hombre o una mujer tuviera talento, ¿cuál sería el más apropiado, el más valorado, el más ansiado?

—Er… ¿La música? —dijo por fin uno de los hombres.

—Sí, una respuesta común —dijo Sagaz, tañendo unas cuantas notas graves—. Una vez formulé esta pregunta a algunos eruditos muy sabios. ¿Cuál consideran los hombres que es el talento más valioso? Uno mencionó la habilidad artística, como tan agudamente has supuesto. Otro eligió un gran intelecto. El último eligió el talento para inventar, la capacidad para diseñar y crear grandes aparatos.

No tocaba una tonada concreta en el enthir, solo tañía aquí y allá una escala ocasional o una quinta. Como si charlara en forma de cuerdas.

—Genio estético, invención, inteligencia, creatividad. Nobles ideales, en efecto. La mayoría de los hombres escogerían una de esas cosas, si se les diera la oportunidad, y dirían que es el más grande de los talentos. —Tañó una cuerda—. Qué bellos mentirosos somos.

Los guardias se miraron unos a otros. Las antorchas ardían en los pebeteros de la muralla, pintándola de luz naranja.

—Creéis que soy un cínico —dijo Sagaz—. Creéis que voy a deciros que los hombres reconocen valorar esos ideales, pero en

secreto prefieren otros talentos más bajos. La capacidad de ganar dinero o seducir a las mujeres. Bueno, soy un cínico, pero en este caso, creo que esos eruditos fueron sinceros. Sus respuestas hablan por las almas de los hombres. En nuestros corazones, queremos creer, y elegiríamos, grandes logros y virtudes. Por eso nuestras mentiras, sobre todo las que nos decimos a nosotros mismos, son tan hermosas.

Empezó a tocar una canción de verdad. Una melodía sencilla al principio, suave, contenida. Una canción para una noche silenciosa en que el mundo entero cambiaba.

Uno de los soldados se aclaró la garganta.

—¿Entonces cuál es el talento más valioso que puede tener un hombre? —parecía verdaderamente curioso.

—No tengo ni la menor idea —respondió Sagaz—. Por suerte, esa no era la pregunta. No pregunté qué era lo más valioso, pregunté qué valoraban más los hombres. La diferencia entre esas preguntas es a la vez mínima y tan enorme como lo fue el mundo una vez.

Siguió tañendo su canción. No se rasgaba un enthir. Al menos no lo hacía la gente con sentido del decoro.

—En esto —dijo Sagaz—, como en todas las cosas, nuestras acciones nos traicionan. Si una artista crea una obra de poderosa belleza, usando técnicas nuevas e innovadoras, será alabada como maestra, y lanzará un nuevo movimiento estético. ¿Pero y si otra, trabajando independientemente con ese mismo nivel de capacidad consiguiera los mismos logros al mes siguiente? ¿Encontraría el mismo reconocimiento? No. La considerarían una derivación.

»Intelecto. Si un gran pensador desarrolla una nueva teoría de matemáticas, ciencia o filosofía, diremos que es sabio. Nos sentaremos a sus pies y aprenderemos, y registraremos su nombre en la historia para que miles y miles lo reverencien. ¿Pero y si otro hombre formula la misma teoría por su cuenta, y luego se retrasa en publicar sus resultados una sola semana? ¿Será recordado por su grandeza? No. Será olvidado.

»Invención. Una mujer construye un nuevo diseño de gran valor: un fabrial o una obra de ingeniería. Será conocida como innovadora. Pero si alguien con el mismo talento crea el mismo

diseño un año más tarde, sin saber que ya ha sido creado ¿será recompensado por su creatividad? No. Lo llamarán plagiador y falsificador.

Tañó las cuerdas, dejando que la melodía continuara, retorcida, inquietante, pero con un punto burlesco.

—Y por eso, al final, ¿qué debemos determinar? ¿Es el intelecto del genio lo que reverenciamos? Si fuera su capacidad artística, la belleza de su mente, ¿no lo alabaríamos con independencia de que antes hubiéramos visto o no su producto?

»Pero no lo hacemos. Dadas dos obras de majestuosidad artística, sopesadas por igual, daremos más valor a quien la hizo primero. No importa lo que crees. Importa que crees antes que nadie.

»De modo que no es la belleza lo que admiramos. No es la fuerza del intelecto. No es la inventiva, ni la estética, ni la capacidad misma. ¿El mayor talento que creemos que puede tener un hombre? —tañó una última cuerda—. Me parece que debe ser ni más ni menos que la novedad.

Los guardias parecían confusos.

Las puertas se estremecieron. Algo las golpeó desde el otro lado.

—La tormenta ha llegado —dijo Sagaz, poniéndose en pie.

Los guardias echaron mano a las lanzas que tenían apoyadas contra el muro. Tenían una casamata, pero estaba vacía: solían preferir el aire de la noche.

La puerta volvió a estremecerse, como si hubiera algo enorme fuera. Los guardias chillaron, llamando a los hombres a lo alto de la muralla. Todo fue caos y confusión mientras la puerta resonaba por tercera vez, poderosa, temblando, vibrando como si hubiera sido golpeada por un peñasco.

Y entonces una hoja brillante y plateada se clavó entre las enormes puertas, ascendió y cortó la barra que las mantenía cerradas. Una espada esquirlada.

Las puertas se abrieron de par en par. Los guardias retrocedieron. Sagaz esperó en lo alto de sus cajas, el enthir en una mano, la mochila al hombro.

Ante las puertas, de pie en el oscuro camino de piedra, había un hombre solitario de piel oscura. Su pelo era largo y aplastado, sus

ropas apenas una especie de saco harapiento a la cintura. Tenía la cabeza gacha, el pelo mojado y sucio le colgaba ante la cara y se mezclaba con una barba que tenía pegados trozos de madera y hojas.

Sus músculos brillaban, mojados como si hubiera nadado una gran distancia. Llevaba una enorme espada esquirlada, la punta hacia abajo, clavada aproximadamente un dedo en la piedra, la mano en la empuñadura. La hoja reflejaba la luz de las antorchas; era larga, estrecha y recta, con la forma de una enorme lanza.

—Bienvenido, perdido —susurró Sagaz.

—¿Quién eres? —exclamó uno de los guardias, nervioso, mientras uno de los otros dos corría a dar la alarma. Un portador de esquirlada había venido a Kholinar.

La figura ignoró las preguntas. Dio un paso adelante, arrastrando su espada esquirlada, como si pesara mucho. Cortaba la roca tras él, dejando un fino surco en la piedra. La figura caminaba con paso tambaleante, y casi tropezó. Se apoyó en la puerta, y un mechón de pelo se apartó de su cara, revelando sus ojos marrón oscuro, como los de un hombre de clase inferior. Esos ojos eran salvajes, deslumbrados.

El hombre finalmente advirtió a los dos guardias, que permanecían allí de pie, aterrados, apuntándolo con sus lanzas. Alzó la mano vacía hacia ellos.

—Id —dijo, hablando en perfecto alezi, sin rastro de acento—. ¡Corred! ¡Dad la voz de alarma!

—¿Quién eres? —consiguió preguntar uno de los guardias—. ¿Qué alarma? ¿Quién ataca?

El hombre se detuvo. Se llevó una mano a la cabeza, tambaleándose.

—¿Quién soy? Yo… Yo soy Talenel’Elin, Tendón de Piedra, Heraldo del Todopoderoso. La Desolación ha llegado. Oh, Dios…, ha llegado. Y he fracasado.

Se desplomó hacia delante, golpeando el suelo rocoso. La hoja esquirlada resonó tras él. No desapareció. Los guardias avanzaron con cautela. Uno de ellos lo empujó con la culata de su lanza.

El hombre que había dicho ser un Heraldo no se movió.

—¿Qué valoramos? —susurró Sagaz—. Innovación.

Originalidad. Novedad. Pero sobre todo…, oportunidad. Me temo que tal vez llegas demasiado tarde, mi confuso y desafortunado amigo.

Fin del Libro Primero de El archivo de la Luz Tormentosa

Nota final

«Arriba silencio, las tormentas iluminadoras —tormentas moribundas— iluminan el silencio de arriba.»

Este ejemplo es un ketek, una compleja forma de poema sagrado vorin. El ketek no solo se lee igual hacia delante que hacia atrás (permitiendo alteraciones de las formas verbales), sino que es también divisible en cinco secciones más pequeñas, cada una de las cuales compone un pensamiento completo.

El poema completo debe formar una frase gramaticalmente correcta y (teóricamente) de significado conmovedor. Dada la dificultad de construir un ketek, la estructura se consideró en sus tiempos la forma más elevada e impresionante de toda la poesía vorin.

El hecho de que este fuera murmurado por un herdaziano analfabeto moribundo en un idioma que apenas hablaba debería ser de especial importancia. No hay ningún registro de este ketek concreto en ninguna recopilación de poesía vorin, así que es muy improbable que el Sujeto estuviera repitiendo simplemente algo que hubiera oído alguna vez. Ninguno de los fervorosos a los que se lo enseñamos lo conocía, aunque tres alabaron su estructura y pidieron conocer al poeta.

Dejamos que la mente de su majestad, en un día fuerte, reflexione sobre por qué las tormentas podrían ser importantes, y qué puede significar el poema al indicar que hay silencio tanto arriba como debajo de dichas tormentas.

Joshor, jefe de los recopiladores silenciosos de su majestad, Tanatanev, 1173.

Ars Arcanum

LAS DIEZ ESENCIAS Y SUS ASOCIACIONES HISTÓRICAS

Número	Gema	Esencia	Foco corporal	Propiedades animistas	Atributos Divinos primarios/secundarios
1. Jes	Zafiro	Céfiro	Inhalación	Gas translúcido, aire	Proteger/Liderar
2. Nan	Cuarzo ahumado	Varpos	Exhalación	Gas opaco, humo, bruma	Aprender/Dar
3. Chach	Rubí	Chispa	El alma	Fuego	Valiente/ Obediente
4. Vev	Diamante	Lucentia	Los ojos	Cuarzo, vidrio, cristal	Amar/Curar
5. Palah	Esmeralda	Pulpa	El pelo	Madera, plantas, musgo	Justo/Confiado
6. Shash	Granate	Sangre	La sangre	Sangre,todo líquido no aceitoso	Creativo/ Honrado
7. Betab	Zirconio	Grasa	Aceite	Todo tipo de aceite	Sabio/ Ciudadoso
8. Kak	Amatista	Aluminio	Las uñas	Metal	Resoluto/ Constructor
9. Tanat	Topacio	Astrágalo	El hueso	Roca y piedra	Formal/ Emprendedor
10. Ishi	Berilo	Tendón	Carne	Carne	Piadoso/ Orientativo

Esta lista es una recopilación imperfecta del simbolismo tradicional vorin asociado a las Diez Esencias. Unidas, forman el Doble Ojo del Todopoderoso, un ojo con dos pupilas que representa la creación de plantas y criaturas. También es la base para la forma de reloj de arena que a menudo se asociaba con los Caballeros Radiantes.

Los eruditos de la antigüedad también colocaban las diez órdenes de Caballeros Radiantes en esta lista, junto con los mismos Heraldos, que tenía cada uno una asociación clásica con los números y las Esencias.

No sé todavía cómo los diez niveles de Vaciamiento o su prima la Antigua Magia encajan en este paradigma, si es que pueden hacerlo. Mi investigación sugiere que, en efecto, tendría que haber otra serie de capacidades aún más esotéricas que el Vaciamiento. Tal vez la Antigua Magia encaja aquí, aunque empiezo a sospechar que es algo completamente diferente.

SOBRE LA CREACIÓN DE FABRIALES

Hasta el momento se han descubierto cinco grupos de fabriales. Los métodos de su creación son celosamente guardados por la comunidad artifabriana, pero parecen ser obra de científicos dedicados, en oposición a las absorciones más místicas realizadas por los Caballeros Radiantes.

Aumentadores: Estos fabriales sirven para aumentar algo. Pueden crear calor, dolor o incluso un viento tranquilo, por ejemplo. Como todos los fabriales, reciben su energía de la luz tormentosa. Parecen funcionar mejor con fuerzas, emociones o sensaciones.

Las llamadas semi-esquirlas de Jah Keved se crean con este tipo de fabrial adjunto a una placa de metal para aumentar su durabilidad. He visto fabriales de este tipo creados con muchos tipos de gemas; supongo que cualquiera de las diez Polopiedras funcionará.

Reductores: Estos fabriales hacen lo contrario que los aumentadores, y generalmente parecen tener las mismas restricciones que sus primos. Los artifabrianos que me han hablado en confianza parecen creer que incluso es posible crear fabriales más grandes que hasta ahora, sobre todo en relación a los aumentadores y reductores.

FABRIALES PAREJOS

Conjuntadores: Al infundir un rubí y usando una metodología que no me ha sido revelada (aunque tengo mis sospechas), puede crearse un par conjunto de gemas. El proceso requiere dividir el rubí original. Las dos mitades crearán entonces reacciones paralelas a través de la distancia. Las abarcañas son una de las formas más comunes de este tipo de fabrial.

Se mantiene la conservación de la fuerza; por ejemplo, si una se adhiere a una piedra pesada, será necesaria la misma fuerza para levantar el fabrial conjuntado que haría falta para alzarla. Parece que hay algún tipo de proceso durante la creación del fabrial que influye en la distancia a la que pueden estar las dos mitades y seguir produciendo un efecto.

Inversores: Usar una amatista en vez de un rubí crea también mitades conjuntadas de una gema, pero estas funcionan creando reacciones opuestas. Levanta una, y la otra será empujada hacia abajo, por ejemplo.

Estos fabriales acaban de ser descubiertos, y se especula sobre sus posibilidades de explotación. Parece que hay algunas limitaciones inesperadas en esta forma de fabrial, aunque no he podido descubrir cuáles son.

FABRIALES ADMONITORIOS

Solo hay un tipo de fabrial en este grupo, informalmente conocido como el Alertador, que puede advertir de un objeto, sensación o fenómeno cercano. Estos fabriales usan una piedra de berilo como foco. No sé si este es el único tipo de gema que funciona, o si hay otro motivo por el que se usa el berilo.

En el caso de este tipo de fabrial, la cantidad de luz tormentosa que se puede infundir afecta a su alcance. De ahí que el tamaño de la gema empleada sea muy importante.

CORREVIENTOS Y LANZAMIENTOS

Los informes de las extrañas habilidades del Asesino de Blanco me han llevado a varias fuentes de información que, creo, son generalmente desconocidas. Los correvientos eran una orden de los Caballeros Radiantes, que usaban dos tipos principales de absorción. Los efectos de estas absorciones eran conocidos coloquialmente entre los miembros de la orden como los Tres Lanzamientos.

LANZAMIENTO BÁSICO: CAMBIO GRAVITACIONAL

Este tipo de lanzamiento era uno de los más empleados entre la orden, aunque no era más fácil (esa distinción recae en el lanzamiento pleno, más abajo). Un lanzamiento básico implicaba alunar el lazo gravitatorio o espiritual de un objeto o un ser con el planeta, enlazando temporalmente a ese ser u objeto con un objeto o dirección distinto.

Esto crea un cambio en el pulso gravitacional, retorciendo las energías del planeta mismo. Un lanzamiento básico permitía al correvientos correr por las paredes, enviar objetos o personas volando por los aires o crear efectos similares. Los usos avanzados de este tipo de lanzamiento permitían a un correvientos hacerse más liviano lanzando partes de su masa hacia arriba. (Matemáticamente, lanzar un cuarto de la masa de una persona hacia arriba reduciría a la mitad su peso efectivo. Lanzar la mitad de una masa hacia arriba crearía ingravidez).

Los lanzamientos básicos múltiples podrían también lanzar a un objeto o una persona al doble, el triple u otros múltiplos de su peso.

LANZAMIENTO PLENO: UNIR OBJETOS

Un lanzamiento pleno puede parecer muy similar al lanzamiento básico, pero funcionan según principios muy diferentes. Mientras uno tiene que ver con la gravitación, el otro tiene que ver con la fuerza (la oleada, como lo llamaban los Radiantes) de adhesión:

unir objetos como si fueran uno. Creo que esta oleada pudo tener algo que ver con la presión atmosférica.

Para crear un lanzamiento pleno, un correvientos infundía un objeto con luz tormentosa, y luego le unía otro. Los dos objetos permanecían pegados con un lazo enormemente poderoso, casi imposible de romper. De hecho, la mayoría de los materiales se rompían antes de que lo hiciera el lazo que los unía.

LANZAMIENTO INVERSO: DAR A UN OBJETO UN TIRÓN GRAVITACIONAL

Creo que esto es en realidad una versión especializada del lanzamiento básico. Este tipo de lanzamiento requería la menor cantidad de luz tormentosa de los tres lanzamientos. El correvientos infundía algo, daba una orden mental y creaba un tirón para el objeto que lanzaba otros objetos hacia él.

En la base, este lanzamiento creaba una burbuja alrededor del objeto que imitaba su enlace espiritual con el terreno que tenía debajo. Por tanto, era mucho más difícil que el lanzamiento afectara objetos que tocaban el suelo, donde su enlace con el planeta era más fuerte. Los objetos que caían o volaban eran los más susceptibles de influencia. Otros objetos podían ser afectados, pero la luz tormentosa y la habilidad requerida era mucho más sustancial.





Shadesmar
Expanse of the Densities
Nexus of Truth
Nexus of Transition
Expanse of the Broken Sky
Sea of Regret
Sea of Souls
Sea of Lost Lights
Nexus of Imagination
Expanse of the Vapors

Notas

[1] En la versión en papel el texto tambien se encuentra incompleto, se ha añadido la palabra *astillas*; comprobando el original en inglés está escrito como: *The butt of the spear shattered with a spray of wood* (Nota del editor) < <